


UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO

EL PANTEON UNIVERSAL

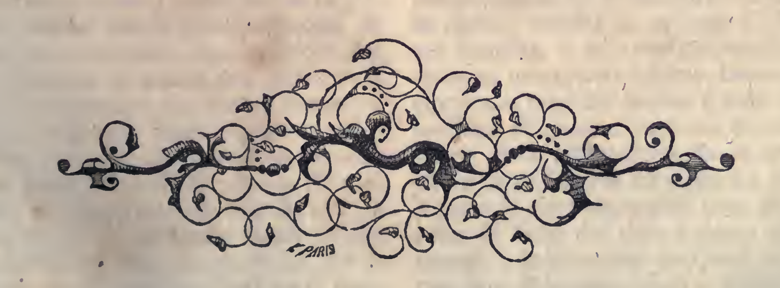
DICCIONARIO HISTÓRICO

DE VIDAS INTERESANTES, AVENTURAS AMOROSAS,
SUCESOS TRÁGICOS, ESCENAS ROMÁNTICAS, LANCES JOCOSOS, PROGRESOS CIENTÍFICOS
Y LITERARIOS, ACCIONES HERÓICAS, VIRTUDES POPULARES,
CRÍMENES CÉLEBRES Y EMPRESAS GLORIOSAS DE CUANTOS HOMBRES Y MUJERES
DE TODOS LOS PAISES, DESDE EL PRINCIPIO DEL MUNDO HASTA NUESTROS DIAS, HAN BAJADO
AL SEPULCRO DEJANDO UN NOMBRE INMORTAL,

POR DON WENCESLAO AYGUALS DE IZCO

con la colaboracion de los señores

D. BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS. | D. MARIANO CARRERAS Y GONZALEZ.
D. VENTURA RUIZ AGUILERA. | D. FRANCISCO ZEA.
D. LUIS MIQUEL Y ROCA. | D. BLAS MÁRIA ARAQUE.
D. JOAQUIN M. BOVER.



MADRID: 1853.

IMPRENTA DE AYGUALS DE IZCO HERMANOS, CALLE DE LEGANITOS, NÚM. 47.

EL PANTEON UNIVERSAL.

A

AARON nació en Egipto por los años de 1574 antes de Jesucristo, hijo de Asuran y de Jochabed de la tribu de Leví. Fué el primer jefe de la religion judáica, el primer sacerdote, entre los judíos, que obtuvo la autoridad del pontificado. Hermano de Moises, á quien Dios confió la mision de libertar á los hebreos de la servidumbre que les abrumaba, asociáronse ambos y se presentaron á Faraon, rey de Egipto, para amonestarle con juiciosas reflexiones; pero viendo que en vez de alcanzar con ellas la conviccion del monarca, se encolerizaba este al oirlas, recurrieron al poder de los prodigios. Aaron convirtió en serpiente la vara de su hermano. Los mágicos del rey hicieron lo mismo con las suyas; pero la serpiente de Aaron devoró á todas las demas. Viendo que este milagro apenas causaba sensacion alguna, hizo germinar mil plagas en Egipto, como la conversion de sus aguas en sangre, el nacimiento de innumerables langostas y ranas, la aparicion de la peste, el cubrirse de tinieblas la tierra, y que el ángel del Señor matase á todos los primogénitos de los egipcios. Mientras Moises consultaba al Señor en el monte de Sinaí, despues del paso del mar rojo, sublevaronse los hebreos y pidieron á Aaron un Dios visible, parecido al que adoraban los egipcios, que era el Dios Apis. Deseando impedir que se diseminasen los israelitas y detenerles á la falda del monte hasta el regreso de su hermano, tuvo Aaron la debilidad de acceder á tan sacrílega demanda; pero su arrepentimiento le granjeó el perdon de esta falta, y á la sazon fué cuando obtuvo la dignidad de gran sacerdote. Grandes y contínuos fueron los disturbios que esta ocurrencia ocasionó entre el indómito pueblo, que con sobrada frecuencia se rebelaba contra los mandatos de Dios. Abiron, Core, y Dathan que osaron disputar á Aaron el sacerdocio, sufrieron el castigo de su rebeldía; la tierra se abrió y sepultó en su seno á ellos y sus familias. A este castigo sucedieron otros no menos aterradores. Doscientos cincuenta rebeldes habian tenido la temeridad de quemar incienso en los altares; pero este holocausto se convirtió en incendio que los devoró á todos, y como la rebelion contra Dios no cesara, el fuego del cielo hubiera esterminado á la obcecada multitud, si Aaron, con el incensario en la diestra, no hubiera logrado aplacar la cólera del Supremo Hacedor. Un nuevo milagro de Aaron acabó de calmar la pública efervescencia. Colocó Moises dentro del tabernáculo las doce varas de las tribus, y se convino en conceder la soberanía á la tribu de la vara que flo-

reciese. La de Levi apareció al siguiente dia llena de flores y de frutos, portento que acabó de convencer á los incrédulos, y todos reconocieron á Aaron por digno sacerdote. Falleció á la edad de ciento veinte y tres años en 1452 antes de Jesucristo.

ABARCA de Bolea (don Pedro Pablo), conde de Arana. Nació en Sietamo, lugar inmediato á Huesca en Aragon, por el mes de julio de 1719. Comenzó sus estudios en 1734 en el colegio de Parma, y fueron tales sus aprovechamientos, que seis años despues entró de capitan con el grado de coronel en el regimiento de Castilla, perfectamente instruido en geografía, historia, filosofía, humanidades, matemáticas, estratégia etc. Obtuvo el mando de su regimiento en enero de 1742 y se portó como un héroe en varios sitios y combates. Fué gravemente herido en la famosa batalla de Campo Santo y ascendió al grado de brigadier. Distinguióse en el paso del Tánaro, al frente de una columna, y volvió á ser herido en la gloriosa entrada de las tropas españolas en Milan. En 1747 se le nombró gentil hombre de cámara con ejercicio y mariscal de campo. Hizo un viaje por el estranjero, donde honró á su patria por sus talentos, y á su regreso en 1755 se le nombró teniente general. Fué embajador en Lisboa, condecorado con la insigne órden del toison de oro. En 1760, reinando Cárlos III pasó de embajador á Polonia. Hizo proezas en 1763, en la guerra contra Portugal, y se le ascendió á capitan general. El conde de Arana fué íntimo amigo del ilustre señor Campomanes, con cuyo auxilio prestó grandes servicios á su patria. Estuvo de embajador en Paris por los años de 1773. Cárlos IV le nombró decano del consejo de Estado en 1792. El año siguiente fué ministro interino de Estado, y lleno de buenos servicios y colmado de aplausos y honores, terminó su brillante carrera en Epila el 9 de enero de 1798 á los 78 años de su edad.

ABBAS I, rey de los persas, de la estirpe de Sofis, ascendió al trono por los años de 1590, á merced de la debilidad de su padre, y mancillado con la sangre de dos hermanos. Sin embargo, se le apellidó *el grande* por su valor y sus proezas. Los tártaros y turcos habian despojado á su padre, Codavindi, de muchas provincias que él supo reconquistar, y en 1622 recobró tambien la ciudad de Ormus, de que se habian hecho dueños los portugueses un siglo y tres lustros atras. Dictó leyes sábias que hicieron la felicidad de su nacion; pero, aun en medio de sus afanes por el bien público, dejábase llevar con sobrada frecuencia de sus instintos crueles y sanguinarios. Su carácter era incomprensible; pues tan pronto se mostraba benéfico y justiciero como arrebatado y feroz. Amaba á sus hijos como un tiernísimo padre, y se convirtió de repente en abominable verdugo de tres de los cuatro que tenia. Al mayor le hizo quitar la vida, inspirado por una mera desconfianza, y despues de designar por heredero á Ssefi, mandó sacar los ojos á otros dos hijos para que no le disputaran la corona. Murió en 1629, despues de 44 años de reinado.

ABBAS II nació en 1629, y á la edad de 13 años sucedió en el trono á su padre Ssefi. No comprendemos cómo algunos biógrafos califican de *justo* á este príncipe. Verdad es que protegia la religion cristiana; pero al mismo tiempo nadie la ultrajaba como él cometiendo todo linage de atrocidades. Hizo cortar la lengua á un criado por que le dió una respuesta que no lisonjeó su oido. Ahogó en el humo á una mujer hermosa que no quiso acceder á sus lúbricas solicitudes, y abrasó en una hoguera á cuantas mujeres tenia en su serrallo, so pretesto de que en una embriaguez le habian dejado solo. Habia cometido varios asesinatos por su propia mano, y sus abominables escesos le hundieron en el sepulcro en 1666 á la edad de 37 años.

ABEL, segundo hijo de Adan y hermano de Cain. Los dos hermanos ofrecian sus primicias á Dios. Cain, que se dedicaba á la labranza, elegia para estos holocaustos los peores frutos, en tanto que Abel, como pastor, se esmeraba en presentar por ofrenda lo mas esquisito de su rebaño. Así Dios le manifestó lo gratas que le eran sus dádivas, predileccion que escitó la envidia de su hermano. Valióse Cain del engaño para satisfacer su cólera, y en el año de 3874 antes de Jesucristo mató á su hermano Abel. Vagaba fugitivo el fratricida sin saber dónde ocultarse, porque conocia toda la enormidad de su crímen. La terrible y ensangrentada sombra de su hermano le perseguia y atormentaba por todas partes. Gesner, célebre escritor aleman compuso un escelente poema titulado *La muerte de Abel*, que hubiera hecho su nombre glorioso, si no lo fuera ya por sus inimitables y tiernísimos idilios.

ABEL, rey de Dinamarca, hijo de Valdemaro II, despues de haber heredado el ducado de Sleswick en la Jutlandia meridional, contrajo matrimonio con una hija de Adolfo de Holstein llamada Matilde. Disputó el trono á su hermano mayor Erico; pero fué vencido por este, que le perdonó con sobrada generosidad. Fingió Abel mostrarse agradecido y le convidó á un espléndido festin. Terminado este, fué Erico alevosamente asesinado por un tal Gudmundion y arrojado su cadáver al rio, todo por disposicion de Abel, que supo disimular su atentado mostrando el mayor desconsuelo. Proclamado rey empeñóse en cobrar cierto impuesto que produjo una rebelion. Venciéronle los frisones, se apoderaron de él y le asesinaron en 1252.

ABELARD ó ABAILARD (Pedro), impropiamente llamado Abelardo, nació en Palais junto á Nantes en 1079 de una familia noble. Era el hijo mayor y renunció á los derechos de mayorazgo. Dedicóse con entusiasmo al estudio. La dialéctica era la ciencia á la que tenia mas aficion. Impelido por el ardiente deseo de confundir con sus argumentos á los sábios mas acreditados y elocuentes de Europa, se presentó en Paris en casa de Guillermo de Champeaux, arzobispo de Nuestra Señora, el orador mas ilustre de su tiempo. Abelard quiso primero granjearse su cariño, y lo alcanzó fácilmente; pero los repetidos triunfos que obtenia en muchas controversias con su maestro, produjeron no solo su aversion, sino la envidia de sus condiscípulos. Separóse de ellos y abrió cátedra en Melun, despues en Corbeil y por último en el mismo Paris. No tardó en adquirir una celebridad tan inmensa, que todos los demas maestros se quedaron sin discípulos. Abelard se hizo el catedrático de moda. Unia á sus talentos de literato los elegantes atractivos del hombre de buen tono. Los hombres le admiraban, las mujeres le querian. Su elocuencia escitaba la envidia de los hombres, su amabilidad era una prenda adorable para el bello sexo. Habia á la sazon en Paris una linda jóven, tan admirable por su talento como por su hermosura. Esta jóven era sobrina del canónigo Fulberto. Su tio, que la amaba tiernamente, le proporcionaba los mejores maestros para utilizar el afan de saber y la incansable aplicacion de su pupila. ¿Cómo habia de olvidarse al célebre y elegante catedrático que era por sus talentos la admiracion de todo Paris? El mismo canónigo fué en su busca y le presentó á su sobrina, lleno de placer y de confianza. ¿Cómo no habia de tenerla de aquel varon ilustre, que lejos de ser un jóven libertino era ya un hombre de edad madura, cuya aula de retórica era fecundo semillero de los mas insignes doctores? En efecto, discípulos suyos fueron Guy-Du-Chatel, cardenal y papa con el nombre de Celestino II, Pedro Lombard obispo de Paris, Berenguer obispo de Poitiers, Gaudefroy obispo de Anxerre y otros. ¿Cómo no depositar una entera confianza en el intérprete mas sábio de las

escrituras sagradas? *Dios es la fuente de toda verdad*, decia con frecuencia, y al desarrollar su filosofía, lo hacia con tan abundante copia de erudicion, con tan buenos principios de moralidad, que deleitaba á sus oyentes, tanto por la claridad de sus argumentos, como por la dulzura de su voz y elegancia de sus acciones, de esa elegancia, hija de la esperiencia en el gran mundo, con que los hombres de una edad varonil suelen vencer en conquistas amorosas á los inespertos jóvenes. Treinta y nueve años contaba á la sazon Abelard, y sin embargo, solo su presencia hizo una herida profunda en el corazon de una niña. Tambien él sintióse lacerado el corazon, y esta impresion primera que ambos recibieron, convirtióse con el trato en un amor violento, cuyos frenéticos impulsos, ni la virtud de una candorosa jóven, ni el talento de un varon ilustre pudieron contener. Cada vez mas admirado Abelard de los encantos de su amada, en vez de cumplir con su respetable mision de maestro, mostrábase el mas rendido enamorado, y aquella misma elocuencia que habia llenado de asombro á los hombres, subió muchos quilates de punto, porque nacia de un corazon abrasado por el fuego del amor. ¿Cómo no habia de sucumbir la inocente paloma á quien tan deliciosamente la arrullaba? Ambos fueron débiles y ambos sufrieron mas tarde las terribles consecuencias de sus amorosos deslices. El tio de Eloisa, que así se llamaba la jóven encantadora, estaba tan ageno de sospechar las secretas relaciones de los dos enamorados, que para atender mejor á la educacion de su sobrina, hospedó al preceptor en su propia casa; pero Abelard no era allí el catedrático del aula, sino un amante frenético que recitaba dulcísimos versos al ídolo de su pasion. Tanto olvidó sus graves tareas, tantos estremos de amor le merecia la bella Eloisa, que no tardó el vulgo en apercibirse de la verdad, ni almas caritativas en arrancar la venda de los ojos del tutor. Lo sabe Abelard, y para librar de la cólera del canónigo á su amada, huye con ella á Bretaña, donde ya madre la desventurada Eloisa, dió á luz el fruto de su loco amor. Allí efectuaron su enlace y regresaron á Paris ansiosos de reconciliarse con su tio. Este deseo era tan sincero, tan vehemente, que á pesar del amor siempre creciente que los dos esposos se profesaban, consintieron en vivir separados, solo por complacer al canónigo; pero este, que alimentaba aun deseos de venganza contra el que era ya su sobrino y le ofrecia amor y obediencia filial, tuvo la avilantez de asalariar á varios desalmados, que sorprendiendo al infeliz Abelard en su lecho, le mutilaron bárbaramente, llenando el resto de sus dias de oprobio y de amargura. Esta inaudita crueldad puso al borde del sepulcro al infortunado esposo de Eloisa. Despues de largos dias de incesantes y agudísimos dolores, cesó por fin el peligro, pero no la angustia de su corazon, no el dolor de sus padecimientos morales que debian darle una tortura incesante, mil veces mas acerba que el martirio horrible que acababa de sufrir. Condenado á romper para siempre unos vínculos que ya Dios habia bendecido, y en los que cifraba su ventura, hubo de huir de una sociedad, donde, objeto de la befa y el escarnio, le aguardaban tantos sinsabores, como triunfos habia obtenido cuando brillaba en ella cual astro radiante de profunda sabiduría. Ocultó pues, su afrenta en la soledad de un claustro. Refugiado en la abadía de San Dionisio, tomó el hábito y envió un eterno adios á la pobre Eloisa, que no menos desconsolada que él, imitó su ejemplo y se hizo monja en el monasterio de Argenteuil. Las prácticas religiosas fueron mitigando poco á poco los pesares de Abelard; pero no le fué posible triunfar de su vehemente pasion. Érale de todo punto imposible olvidar á su adorada esposa, ni podia borrar tampoco de su memoria el ardiente amor que sus gracias le habian inspirado. Esforzábase por triunfar de sus pasiones, de-

dicando largas horas á la bella literatura; pero fué tan desgraciado por sus escritos como por sus amores. Escribió un *Tratado de la Trinidad*, que fué denunciado al sínodo de Soissons, y condenado como herético en 1122. Abelard quemó su obra en presencia de los padres del concilio, y abandonando el monasterio de San Dionisio retiróse á Nogent del Sena, en cuyas inmediaciones hizo erigir á sus espensas un oratorio que tituló *el Paracleto*. Nombrado posteriormente abad de San Gildas de Ruiz, en la diócesis de Vannes, hizo donacion del Paracleto á las religiosas de Argenteuil, entre las cuales se hallaba la desventurada Eloisa. Escribió nuevas obras que tambien le atrajeron acusaciones de herejía en términos, que, por decision del concilio de Sens, condenó Inocencio II las doctrinas de Abelard, y mandó que fuesen quemados sus escritos y encarcelado el autor. Este se dirigió á Roma para apelar de semejante decision; pero al pasar por Cluni, el venerable abad de este monasterio logró hacerle ver sus errores, disuadirle de su empeño y aun reconciliarle con sus acusadores, entre los cuales se contaba el esclarecido San Bernardo. Noticioso el papa de esta reconciliacion y del sincero arrepentimiento de Abelard, le mandó su perdon; pero el desdichado monge estaba ya en un estado lastimero. Consumido por los pesares y las penitencias murió, por fin, en San Marcelo, el año de 1142, á los 65 de edad. Sus cenizas fueron depositadas en el convento del Paracleto á instancias de la desconsolada Eloisa.

ABRAHAM, primer patriarca del pueblo judáico, fué el octavo descendiente de Sem, primer hijo de Noé. Nació por los años de 1996, antes de Jesucristo, en Uren en la Caldea, y aunque pasó al lado de su padre Jaré los primeros años de su juventud, logró preservarse de la idolatría que reinaba entre los suyos, y obedecer la voluntad de Dios. Abandonó su patria, y con su padre, su esposa Sara y su sobrino Lot, dirigióse á Canaan y se domicilió en Haran en la Mesopotamia. A la muerte de su padre trasladóse á Sichen con su mujer y su sobrino, pero el hambre les obligó á dirigirse á Egipto, donde sufrió acerbos disgustos, por haber creido Faraon que llevaba consigo á una hermana y no á su mujer, con cuyo pretesto se la quitó, atentado que repitió despues Abimelech. Habiendo recobrado á su esposa siguió sus viajes con ella y su sobrino, y fijó por fin su domicilio en Bethel. Separáronse tio y sobrino á causa de ciertas desavenencias que surgieron entre sus pastores. Pasó Lot á Sodoma, y Abraham se quedó en el valle de Mambrea. Al cabo de algun tiempo supo este que su sobrino habia caido en poder de Chodorlahomor y otros tres reyes. Armó á todos sus subordinados, que ascendian al número de 318, persiguió á los vencedores, les derrotó y salvó á Lot. Antes de salir de Mambrea, se le apareció á Abraham en un ensueño, la imágen de Dios que cambió su nombre de Abram en el de Abraham, y le prometió que tendria un hijo de su esposa Sara, quien, hallándose sin sucesion á la edad de 75 años, habia escitado á Abraham á que se casara con su esclava Agar, de quien tuvo un hijo que se llamó Ismael. Prescribió Dios á su padre la circuncision, como el sello de la alianza que hacia con él. Abraham se circuncidó á los cien años de edad, y mandó circuncidar á toda su familia. Un año despues nació Isaac, que Sara dió á luz á la edad de 90 años. Cuando este niño tuvo la edad de 25 años, Dios mandó á su padre que se lo ofreciera en sacrificio. Iba Abraham á obedecer, y cuando tenia ya el brazo levantado, Dios le detuvo, y puso en el sitio donde estaba Isaac un carnero, que Abraham le inmoló. Doce años despues murió Sara, y la enterraron en la caverna de Efron, que Abraham habia comprado para su sepultura. Despues de la muerte de su mujer se casó Abraham con Cetura, de

quien tuvo seis hijos. En fin, despues de haber vivido 175 años, bajó al sepulcro este venerable patriarca en 1821 antes de Jesucristo y fué enterrado en el mismo sitio que Sara.

ABSALON, hijo de David y de Maacha era el mozo mas arrogante, mas gallardo y bello de Israel; pero su desmedida ambicion y su libertinaje amancillaban su hermosura. En un convite asesinó á uno de sus hermanos llamado Amnon, su padre le perdonó con sobrada generosidad; pero el ingrato en vez de agradecer tamaña indulgencia, sublevó al pueblo contra David y le obligó á huir de Jerusalen. No contento con semejante maldad, quiso celebrar su triunfo gozando públicamente de las mujeres de su padre, en una tienda erigida sobre una azotea de su palacio. Este execrable incesto y otros crímenes no quedaron impunes. Juntó el rey un ejército y dió el mando á Joab, que derrotó al de Absalon en el bosque de Efrain. Confiando en la ligereza de su caballo, apeló Absalon á la fuga; pero Dios que no deja la maldad sin castigo, hizo que los cabellos del fugitivo se enredasen en las ramas de una encina, de la cual quedó colgado, y allí espiró víctima de una lanzada que le dió Joab, á pesar de la órden de David para que nadie osara maltratarle. Este raro cuanto memorable suceso ocurrió por los años de 1023 antes de Jesucristo.

ABSIMARO-TIBERIO ocupó el trono imperial del Oriente en 698, derribando de él á Leoncio, á quien mandó encerrar en un monasterio despues de haberle cortado las orejas y las narices. Sublevóse Justiniano el jóven contra el usurpador, y apoderándose de Constantinopla, no solo trató con ignominia á Absimaro, sino á su predecesor. Mandóles un dia presentar en el hipódromo, y para dar un divertido espectáculo al pueblo, hizo que Leoncio y Absimaro se tendiesen en el suelo, y poniendo un pié á cada uno en la garganta, se mantuvo una hora en esta posicion, mientras el pueblo celebraba con risotadas la ocurrencia, gritando: *Oprimis el dragon y el leon con vuestras plantas, andais por cima del aspid y del basilisco.* Para dar un desenlace trágico á este repugnante espectáculo, que se representaba en el año 705, mandó Justiniano cortar la cabeza á Leoncio y Absimaro.

ADAN fué el primero de los hombres y padre de los demas. Dios le formó de la nada á semejanza suya, el sesto dia de la creacion del mundo, declarándole rey de la naturaleza, y sometiendo todo lo criado á su dominio. De la carne de Adan hizo Dios la primera mujer, llamada Eva, y estableció á los dos en una deliciosa mansion, jardin del Eden, que por sus encantos mereció el nombre de Paraiso terrenal. Concedióles el goce de todas las producciones de la tierra, esceptuando solo la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal, que les prohibió bajo pena de la vida. *(Quo enim die comederis ex eo, morte morieris.)* Se ignora la naturaleza de la fruta prohibida; pero la opinion que prevalece designa la manzana. Tentado por Eva, quebrantó Adan el mandato de Dios comiendo de la fruta vedada, y de repente cambió de aspecto la naturaleza. Los dos esposos llenáronse de rubor y de vergüenza al reparar en su desnudez, y se apresuraron á cubrirla con hojas de higuera. La desobediencia de nuestros primeros padres escitó la cólera de Dios en términos, que arrojándoles del Paraiso, fulminó un decreto de maldicion contra ellos y todos sus descendientes. Sujetóles á la muerte, y les prometió un Mesías Redentor. Despues de su pecado tuvo Adan muchos hijos; pero la Escritura solo dice los nombres de los tres primeros, que fueron Cain, Abel y Seth. Nuestro padre Adan, dejó de existir á los 930 años de edad.

ADDISSON (José), célebre poeta y filósofo esclarecido, nació en Milston

en Inglaterra el 1.° de mayo de 1672. Sus talentos se desarrollaron con una precocidad sorprendente. Estaba aun estudiando en la universidad de Oxford, cuando imprimió su escelente poema *Musæ Anglicanæ*. En 1695 escribió otro en honor de Guillermo III, que le valió una pension de 300 libras esterlinas (treinta mil reales). Otros escritos que publicó para ensalzar las victorias de su patria, le granjearon la admiracion del pueblo y el aprecio de la aristocracia. Milord Hallifax le propuso á Jorge II para secretario de Estado; pero como Addisson se resistiese á aceptar un destino de tamaña responsabilidad, le dijo Hallifax: «Esa pluma que tanto honra á vuestra patria debe honrar tambien á vuestro rey. Nadie como vos mereceria ser ministro, con solo abandonar esa ridícula candidez con que escuchais durante largas horas á cualquiera que no tiene la décima parte de vuestro recto juicio y claro talento.» Addisson aceptó; pero en breve hizo dimision para entregarse holgadamente al cultivo de las bellas letras. Su *Caton* es una de las mejores tragedias que se han aplaudido en el teatro de Lóndres, tiene trozos verdaderamente sublimes, y el carácter del protagonista es un modelo. Las producciones críticas y morales de este poeta no son menos estimables; pero la obra que mas ha contribuido á inmortalizar su nombre es el poema de *la batalla de Hochstet*. En el año de 1716 contrajo matrimonio con la condesa de Warwick y murió de un asma, que le atormentaba años hacia, el 17 de junio de 1719, á la edad de 47 años.

ADEL, rey de Suecia en el siglo VI, era hijo de Otar, á quien mataron los dinamarqueses en una accion de guerra. Para vengar á su padre invadió Adel la Dinamarca. En pos de una sangrienta lucha, brindó á su contrario con la paz; pero, á condicion de que habia de casarse con Swuvilda, hermana de Adel. Jarmerik, rey de Dinamarca, aceptó la proposicion y se verificó el enlace. A los pocos años acusaron á la reina de adúltera, y su marido la hizo despedazar por cuatro potros. Al saber Adel el desastroso fin de su hermana, declaró de nuevo la guerra á Jarmerik, le hizo prisionero y le condenó á perder la vida entre los mas crueles tormentos. Saciada su venganza regresó á Suecia, dejando por rey de Dinamarca á su hijo Broder; peró al entrar triunfante y contento en su pais, cayó de su fogoso caballo y murió de las resultas de esta caida á los 6 años de su reinado.

ADELAIDA de Francia, hija de Rodulfo II rey de Borgoña, á consecuencia de la paz que este hizo con su rival Hugo, conde de Provenza, despues de haberse disputado encarnizadamente el reino de Italia, en 930, contrajo matrimonio con Lotario, hijo del conde; pero este enlace fué para ella una fuente contínua de sinsabores. Poco satisfecho el marques de Ivrea Berenger con la abdicacion de la corona de Hugo en favor de su hijo Lotario, mandó envenenar á este y quiso obligar á Adelaida á que se casara con su hijo Adalberto. La desgraciada viuda se negó abiertamente á este sacrificio, y Adalberto dispuso que la encarcelasen en el castillo de Garda, situado á la orilla del lago del mismo nombre. Fugóse de esta prision, y en la relacion de esta fuga andan discordes los historiadores. Quién dice «que por un efecto del amor que el pueblo profesaba á la virtuosa y bella princesa, se interesaron varias personas en librarla de su prision, y al fin lo consiguió un eclesiástico llamado Martin; el cual, haciendo una mina hasta la torre, sacó á la reina hácia la orilla opuesta del lago y allí la alimentó con el pescado que él mismo cogia, hasta que auxiliado por Alberto Azzo, con quien estaba de acuerdo, la trasladaron á la ciudad inespugnable de Canosa de que este era señor.» Pero la creencia que prevalece entre los eruditos, es que indignada Adelaida por los bárbaros tratamientos

de que era víctima, se fugó una noche oscurísima, y cayó en un estanque donde permaneció veinticuatro horas muriéndose de hambre y de frio. Logró al fin continuar su fuga y se salvó en la fortaleza de Canosa, desde cuyo punto llamó á Othon I en su socorro. Este príncipe de Sajonia la salvo en efecto, y prendado de su belleza y de sus virtudes se casó con ella. De esta manera facilitó á su esposo la conquista de Italia, y fué una cariñosa madre de sus súbditos. Tuvo un hijo, que á la muerte de su padre fué proclamado Othon II. Teofanía, la esposa de este emperador, la llenó de ultrajes cuando por muerte de su marido ascendió á la regencia del imperio durante la menor edad de su hijo Othon III. Murió tambien Teofanía, y Adelaida fué nombrada regente de Alemania, donde tanto por su carácter benéfico y generoso, como por su alta sabiduría, fué modelo de príncipes. Despues de una vida edificante sufrió la tranquila muerte del justo, el 16 de diciembre de 996, en el monasterio de Seltz sobre el Rin, á la edad de 69 años.

ADELAIDA, mujer de Federico, príncipe de Sajonia, estaba en criminales relaciones amorosas con el marques de Zuringia. La adúltera esposa y su digno amante buscaban incesantemente una ocasion propicia para atentar á los dias de Federico; y al efecto urdieron una trama contra el pundonoroso marido. El marques se presentó un dia á cazar en el bosque del castillo de Federico. Adelaida, colérica en la apariencia, hizo notar á su marido toda la deformidad de aquel insulto y le escitó á que arrojase del bosque al atrevido marques. Federico creyó verdadera la fingida indignacion de su esposa, y se lanzó contra el marques, que le recibió á su turno con la mayor insolencia. Trabáronse de palabras, siguieron las injurias, y por fin cruzaron sus armas. Federico fué víctima de la destreza del amante y murió por los años de 1055. El asesino recibió en galardon de su hazaña la mano infamatoria de una adúltera.

ADELAIDA (Eugenia Luisa) princesa de Orleans, hija de Luis Felipe José, duque de Orleans y de Luisa María Adelaida de Bourbon-Pentievre, nació en Paris el 25 de agosto de 1777. Fué educada por madama Genlis. En 1791 fué á hacer un viaje por Inglaterra, y á su regreso, el mes de noviembre de 1792 halló inscrito su nombre en la lista de los emigrados; cuya circunstancia la obligó á espatriarse y buscar un refugio en Bélgica, bajo la proteccion del duque de Chartres, su hermano mayor, despues Luis Felipe, que se hallaba mandando una de las divisiones del ejército del Norte. Aquí permaneció hasta que la derrota de Nerwinde, ocurrida en el mes de marzo de 1793, obligó al ejército frances á evacuar la Bélgica; por cuyo suceso el duque de Chartres trasladó á su hermana de Tournay á Saint-Amand. Su intencion era, en un principio, dejarla en esta ciudad hasta haber conseguido que se la borrase de la lista de los emigrados; pero, comprendido luego él mismo en un decreto de acusacion, en virtud del cual era necesario apelar á la fuga para poder escapar de la muerte, no tuvo tiempo para otra cosa que para hacer conducir á su hermana y á madama Genlis hasta las avanzadas austriacas. Entonces, la esperanza de volverse á ver dentro de algunos dias en Suiza, donde quedaron citados, templó hasta cierto punto el rigor de esta primera separacion. El viaje, sin embargo, que hizo la jóven princesa, acompañada de madama Genlis, de su sobrina Mlle. Enriqueta de Cercey y escoltada por el conde G. de Montjoie edecan del duque de Chartres, no careció de sustos y de zozobras: al término del cual llegaron por último despues de diez dias de marcha á traves de los campos enemigos, y se reunió Adelaida con su hermano en Schaffouse el 26 de mayo de 1793. Merced á los buenos oficios del general Montesquieu,

que vivia retirado por efecto de la proscripcion, en la pequeña ciudad de Bremgarten, fueron admitidas en el convento de Santa Clara Mlle. de Orleans, Mme. Genlis y Mlle de Cercey, su sobrina. Pero desgraciadamente para estas, al cabo de algunos meses se encontraron reducidas á un estado tal de abatimiento, que les fué imposible prolongar mas su reclusion. Entonces para salir de una situacion tan deplorable, Mlle. de Orleans que acababa de saber la residencia de su tia, la princesa de Conti, en Friburgo, la escribió suplicándola que se dignase enviar por ella; cuyo ruego no fué desatendido ni un momento, porque á los muy pocos dias se presentó en Bremgarten Mme. de Pont-Saint-Maurice, preguntando por Mlle. Adelaide, de parte de la princesa de Conti, y ofreciéndose á conducirla á Friburgo. Mas al llegar aquí, era tal el encono con que se perseguia á la familia de Orleans, que la princesa no se atrevió por el momento á admitir en su casa á su sobrina, y consintió que estuviera enferma en un convento hasta el dia en que ella misma abandonó la Suiza para volverse á Baviera, y en el cual la siguió Adelaida. Ocho años pasaron antes de que los ilustres proscritos que arribaron á Figieres encontrasen á la duquesa de Orleans, y de que esta recibiese el placer, grandemente deseado, de abrazar á su madre; de la cual estaba separada habia ya mas de diez años. En el de 1808, por el mes de junio, Figieres fué bombardeado por los franceses, por lo que la duquesa y su hija se vieron precisadas á huir á pié á media noche, y á refugiarse á mas de una legua de distancia de la ciudad, en el convento de Villa-Sacra, de donde salieron un mes despues para volverse á Torruella de Nongry. En este pequeño puesto fué donde se embarcó Mlle. Orleans para irse á reunir con su hermano mayor; al cual creia encontrar en Malta por haber quedado citados en aquel punto. La princesa llegó á fines del mes de agosto de 1808; pero en ocasion que su hermano acababa de partir, comenzando entonces una série de contratiempos los mas terribles y estraordinarios, que duraron hasta verse por fin en Portsmouth los dos hermanos, en el momento crítico en que el príncipe iba á partir. Entonces ya regresaron juntos á Malta, por el mes de junio de 1809. Despues de algunos meses de detencion en esta isla, los dos proscritos se embarcaron de nuevo con direccion á Mahon, á fin de tomar á su madre y llevarla á Palermo, donde debia celebrarse el casamiento del duque de Orleans con la hija del rey de las dos Sicilias. Mlle. de Orleans permaneció aquí al lado de su hermano, hasta el 1814, en que le fué permitido á este último ir á revisar la Francia. Llegados los cien dias, cuando Luis XVIII abandonó el territorio frances, siguió al duque de Orleans á Tivicknaut. Verificada la revolucion de julio, Adelaida, cuyos consejos eran puntualmente seguidos por Luis Felipe, fué en cierto modo el alma del partido que impelia á este último á que inaugurase por sí la dinastía de la segunda rama de los Borbones. Mas por uno de los altos juicios de la Providencia, que la historia quiere desenhetrar en vano, su obra debia, por decirlo así, perecer con ella. Mme. Adelaide murió en diciembre de 1847, y tres meses despues la dinastía de Orleans desapareció impelida por el viento de la revolucion del 24 de febrero de 1848.

ADRASTO, rey de Argos, casó á su hija Argia con Polinice hijo de Edipo, á quien habia dado hospitalidad en su propio palacio cuando su hermano Eteocles le desterró de Tebas. Creó un ejército acaudillado por siete príncipes, y marcharon contra Tebas. De los siete caudillos perecieron seis. Adrasto fué el único que se salvó; pero lejos de amilanarse con tan sangrienta derrota, escitó á la venganza á los hijos de los príncipes muertos, y formando otro ejército capitaneado por aquellos jóvenes, logró vencer á los Tebanos. Tuvo, sin embargo, el disgus-

to de perder en la pelea á su hijo Egialeo, á cuya desgracia no pudo sobrevivir, y murió desconsolado en el año de 1251 antes de Jesucristo.

ADRASTO, nieto de Midas, rey de Frigia en el año de 600 antes de Jesucristo, dió involuntariamente muerte á su hermano, y para evitar la justa cólera de su padre, abandonó su corte y buscó un refugio en la de Creso, rey de Lidia. Este le acogió con benevolencia, y enterado de las circunstancias del fratricidio, no solo perdonó al que inadvertidamente le habia perpetrado, sino que le colmó de beneficios. Adrasto supo granjearse en tales términos la confianza de su protector, que este le nombró ayo de su hijo Atis, nombramiento que aquel recibió con alegría suma, ansioso de corresponder dignamente á los inmensos favores que recibia del rey. Un dia, en la caza del javalí, lanzó Adrasto su venablo contra la fiera, y errando el tiro, mató al jóven príncipe, á su querido pupilo Atis. Este nuevo asesinato emponzoñó su vida hasta hacérsela insoportable, y no tardó en suicidarse sobre la misma losa que cubria los frios restos de su víctima.

ADRIANO (Elio) nació en Itálica el 24 de enero del año 76 de Jesucristo, y 829 de aquella ciudad, hijo de Damicia Paulina y de Elio Adriano Afro, descendientes de una de las mas ilustres familias de Cádiz. Dispensóle Trajano su proteccion, y el gallardo jóven supo corresponder á ella tan dignamente, que aquel le adoptó por hijo y lególe el trono imperial, al cual ascendió Adriano el 11 de agosto del año 117 de Jesucristo. Hemos dicho *el gallardo jóven,* porque en efecto, el nuevo emperador era de una presencia bellísima, y desde niño unia á ella una amabilidad seductora y un talento precoz admirable, con cuyas aventajadas prendas habia sabido cautivar el corazon de Plotina, esposa de Trajano, que no tuvo poca parte en el engrandecimiento del hijo adoptivo de su esposo. Amado tiernamente de ambos consortes, recibia de ellos contínuas mercedes. Casáronle con su sobrina Julia, y fué nombrado cuestor; pero dejó este empleo para acompañar á Trajano en la espedicion contra los Dacios, en cuya lucha hizo prodigios de valor. En premio de sus proezas le colmó Trajano de nuevos honores. Fué pretor, ejerció la dignidad de arconte de Atenas, y acaudillaba el ejército cuando murió el emperador. A su advenimiento al trono imperial, perdonó sinceramente á todos sus rivales. Habiéndosele presentado uno de ellos implorando su gracia, le dijo: «Siendo Adriano vuestro emperador, nada teneis que temer.» Otro enemigo suyo que le habia prodigado altos agravios, se le arrojó á las plantas diciendo: «*Castigadme como gusteis.*» A lo cual respondió Adriano: «*Sí; quiero castigaros... de este modo*» y le recibió en sus brazos. El primer suceso que dió celebridad á su reinado, fué la paz con los Partos. Sujetó la milicia á una disciplina rigurosa, y á pesar de su brillante estado, no quiso proseguir las conquistas de su antecesor, y mandó derruir el magnífico puente que cruzaba el Danubio. Regresó triunfante á Roma, y dispuso que las ovaciones que se le preparaban se tributasen á la estátua de Trajano. Terminó de una manera gloriosa la guerra contra los Dacios, Sarmatas y Alanos, y visitó despues las principales poblaciones de su imperio. Hizo edificar en Inglaterra una muralla que tenia ochenta millas de longitud; con el objeto de preservar los pueblos que los Romanos poseian, de las invasiones de los Escoceses ó Caledonios. A la sazon fué cuando muchos ilustres personajes romanos, entre los cuales se contaba el historiador Suetonio, perdieron el favor imperial. Dirigióse Adriano á las Gálias, y mandó construir el puente de Gard, el famoso circo de Nimes, y otros varios monumentos. Pasó á España, y se salvó como por milagro de la ira de un asesino. Un atrevido es-

clavo quiso darle muerte en Tarragona; pero fracasó la tentativa, y preso el agresor, contentóse Adriano con entregarle á los médicos diciendo: «Ese hombre está loco... curadle.» Habiendo sabido en Africa que su bienhechora Plotina acababa de morir, regresó precipitadamente á Roma, y mandó celebrar sus exequias con una pompa y suntuosidad sorprendentes, tributándole los honores del apoteosis. Dió otra vez comienzo á sus escursiones, y puso la meta de su imperio en el Eufrates. En Egipto dispuso reedificar el mausoleo de Pompeyo, y honró sus manes con solemnidades funerarias. Desgraciadamente empezó Adriano en este viaje á adquirir celebridad por su vergonzosa conducta. Fundó una ciudad en conmemoracion del jóven Antinoo, sin consideracion al horrible crímen que ya Dios habia castigado con el fuego del cielo. Hizo construir templos, donde sacerdotes sacrílegos pronunciaban los oráculos que el mismo emperador les dictaba, y no tardaron los gentiles en sublevarse contra los cristianos, que fueron en gran número víctimas de la sangrienta persecucion é implacable rencor de sus enemigos. Merced á las reclamaciones de Quadrato y Arístides, puso Adriano término á la espantosa matanza. Reedificóse Jerusalen; pero descontentos los judíos, subleváronse de nuevo capitaneados por un tal Barcochebas, á quien llamaban su mesías. Prohibióles el emperador la entrada en Jerusalen, cuyo nombre sustituyó con el de Elia, é hizo esculpir un cerdo de mármol, que mandó colocar sobre la puerta del camino de Belen, sabiendo el horror que este cuadrúpedo inspiraba á los judíos. De este modo creia Adriano que no se atreverian ni de lejos á dirigir su vista hácia la ciudad. Como los cristianos le eran igualmente odiosos, mandó erigir un ídolo á Júpiter en el sitio de la Resurreccion de Jesucristo y una estátua de Venus en el Calvario. Hizo ademas plantar un bosque en Belen y le consagró el pesebre donde habia nacido el Salvador. Las fatigas de sus largos viajes habian alterado gravemente su salud. Varias veces quiso atentar á su vida para poner término á sus padecimientos; pero le faltó siempre el valor, y habiendo un dia mandado asesinar á varios senadores, esclamó: «¡que sea tan fácil arrebatar la vida á los demas y tan difícil disponer de la propia!» Despidió á sus médicos so pretesto de que no servian mas que para prolongar sus dolencias, y compuso unos versos que marcaban la inquietud en que le tenia el porvenir de su alma. Por fin, murió en Bayes el 10 de julio del año 138 á los 62 de su edad, legando al mundo una celebridad poco envidiable, por que nada valen las mas heróicas acciones, cuando van acompañadas de escándalos y crímenes espantosos.

AETIUS de Antioquía, bajo el nombre del *Hereje* ó el *Ateo*, vivió por el siglo XIV de nuestra era. Oriundo de padres muy pobres, se vió obligado desde su juventud á pasar las noches trabajando en casa de un platero, con el objeto de poder estudiar durante el dia. Al cabo de cierto tiempo, cansado de esta condicion miserable, se hizo médico, ó mas bien ejerció el oficio de charlatan, del que no tardó tampoco en fastidiarse. Entonces se ordenó; y como abrazase el arrianismo, Leon, obispo arriano de Antioquía le hizo diácono, trascurriendo muy poco tiempo sin que él mismo se ciñese la mitra episcopal. Sin embargo, Constantino le desposeyó; Juliano le restableció en su silla, mas Valentino le hizo descender de nuevo, y poco tiempo despues murió en Constantinopla. Sus escritos han sido únicamente de teología.

AFFRE (Dionisio Augusto), arzobispo de Paris, nació en Saint-Rome de Tarn el 27 de setiembre de 1793, de Juan Luis Affre, magistrado, y de María Cristina Boyer, hermana de Dionisio Boyer, director del Seminario de

San Sulpicio, y murió mártir de su caridad el 27 de junio de 1848. Su madre, mujer cristiana y de una piedad singular, se dedicó desde luego á inspirar á su hijo el temor de Dios y el horror á la mentira. Cuyas lecciones produjeron un abundante fruto, puesto que por ambas cosas se distinguió Affre toda su vida. Habiendo manifestado, á la edad de 14 años, el deseo de abrazar el estado eclesiástico, fué conducido por su tio al Seminario de San Sulpicio, donde no tardó mucho en distinguirse por sus grandes talentos y por una aficion particular á los estudios de erudicion. Así es que, ganó todos los cursos de teología con un lucimiento estraordinario. Pero como al terminar la carrera no hubiese cumplido aun la edad prescrita para el sacerdocio, se le envió al seminario de Nantes en calidad de profesor de filosofía. Aquí se dedicó con tanto ardor y entusiasmo á esta enseñanza, cuanto era de esperar de quien sentia por aquella ciencia los mayores atractivos. Ordenado sacerdote el 16 de mayo de 1818, se agregó á la congregacion de San Sulpicio, donde tomó á su cargo la enseñanza del dogma, hasta que, habiéndose alterado su salud en fuerza de un trabajo tan escesivo, se vió obligado á suspender el curso y á retirarse de San Sulpicio. Vuelto á Paris en el mes de octubre de 1820, aunque demasiado débil para dedicarse á un trabajo asíduo, entró de capellan limosnero en el hospicio de niños espósitos. Sin embargo, Affre conoció bien pronto que este empleo no correspondia á la actividad de su carácter; así que, buscando una nueva ocupacion á su espíritu, fundó, de concierto con Mr. de Laurentie y algunos otros amigos, un diario, bajo el título de *La Francia cristiana*. Luego Affre fué nombrado gran vicario de la diócesis de *Luçon*, y mas adelante de la de Amiens, donde se hallaba en 1831 cuando pasó Luis Felipe, y en cuyo punto echó á este una famosa arenga, poco lisonjera para el rey. En 1834 cambió sus funciones administrativas por un canonicato, del cual no disfrutó mucho tiempo, puesto que en el mismo año pasó á la Iglesia de Paris en calidad de canónigo titular y de vicario general honorario. Luego fué nombrado coadjutor de Strasburgo; pero no tomó posesion, porque por muerte de Mr. Quelen, acaecida en 1839, se le proclamó vicario general capitular, y cinco meses despues arzobispo de Paris. La consagracion de Affre tuvo lugar en la metrópoli de Notre-Dame el 6 de agosto de 1840. Durante su episcopado se mostró siempre celoso defensor de los derechos de la iglesia; y esto de tal manera, que jamas se le vió ceder ni doblegarse ante las amenazas ni ante las ofertas del poder, cuando se trataba de capitular con su conciencia. Dígalo sino Luis Felipe y su gobierno, cuando proyectaron reconstituir el cabildo de Saint-Denis. A este celo por los derechos eclesiásticos, por la instruccion de la juventud y por la dignidad del sacerdocio, reunia el arzobispo un grande amor para con los pobres y los desgraciados, como lo prueba su práctica de todas las obras de misericordia, sus visitas frecuentes á los hospitales, y su presteza para continuar la obra de los huérfanos del cólera, fundada por su antecesor. La vida privada de Mr. Affre, lo mismo que su vida pública, solo ofrece un sugeto digno de respeto y de admiracion. Estraño al fausto, al lujo, á la fantasía y al orgullo, vicios harto comunes en los que ocupan elevados puestos, manifestó, al contrario, un natural tímido y un deseo de reconcentrarse en un estrecho círculo de amigos. Su grandeza de alma, sin embargo, y la pureza de sus intenciones se manifestaron por do quier. Correspondia, empero, á una vida tan llena de proezas y de virtudes una muerte gloriosa y sublime; y la que recibió Affre no pudo ser mas meritoria y mas acepta á los ojos de Dios y á los ojos de los hombres. Cuando en el mes de julio de 1848 Paris se hallaba envuelto en los horrores de la guer-

ra civil, su arzobispo recibió una carta, en la cual se le aseguraba que con solo llevar él palabras de paz á los insurgentes, podria evitarse la efusion de mucha sangre. Animado de esta esperanza, corrió á verse con el general Cavaignac, y le confió su proyecto. Entonces el funcionario público, sin poderse contener, manifestó al prelado su asombro y su gratitud al mismo tiempo por la accion heróica que intentaba, y sobre todo, le advirtió el riesgo que corria de perecer en tal empresa. A lo que hubo de contestarle el arzobispo: «Mi vida nada importa; la arriesgaré sin temor.» Algunas horas despues el pastor cariñoso, habiendo conseguido que el fuego cesase, franqueó la barricada construida en la embocadura del arrabal de San Antonio. Venia precedido de Mr. Albert, guardia nacional, que ostentaba en su mano una rama de árbol como símbolo de paz, y llevando á su lado á Pedro Sellier, su fiel criado, que no habia querido separarse un punto de su amo. En aquel instante la presencia del arzobispo escita diversos sentimientos entre los insurreccionados, los unos le besan respetuosamente la mano, los otros, llenos de confianza permanecen mudos, otros, en fin, murmuran altamente. En medio de esta confusion, Albert no cesa de agitar la rama de árbol, y reclama el silencio. El prelado que estaba junto á él, comienza á pronunciar algunas palabras, y en el mismo momento se oye un tiro de fusil: los insurrectos, creyéndose vendidos, hacen una descarga sobre la guardia movilizada, que contesta á su vez al fuego enemigo. Y es en este momento cuando el arzobispo, atravesado de una bala, cae sobre la acera. A vista de este espectáculo, un grito de horror sale de entre la multitud; muchos de los que defendian las barricadas, las abandonan y vienen á levantar al prelado herido. Se ponen á ayudar á Mr. Albert y á Pedro Sellier, ocupados en sacar del campo de batalla á su señor y amo; pero en este momento otra bala hiere á Sellier: de lo cual, apenas apercibido Mr. Affre: «Pedro, le dice, abandóname; no te espongas á mas.» Pero el fiel criado no cree deber obedecerle. Y como los insurrectos que le rodeaban, creyesen que habian sido los guardias movilizados los que le habian herido, y manifestasen deseos de vengarle: «No, no, amigos mios, les respondió, no me vengueis, no; harta sangre ha corrido ya; yo desearé que sea la mia la última que se vierta.» Trasladado al hospital de los *Quinze-Vingts*, el prelado, mártir de su caridad, recibió los últimos sacramentos con una fe y una resignacion que hicieron derretirse en lágrimas á todos los testigos de este noble y triste espectáculo. Entonces, habiendo cesado el combate por la derrota de los insurrectos, fué puesto el arzobispo en unas angarillas, que condujeron á su turno dos soldados y dos obreros, hasta el palacio arzobispal, donde exhaló el último suspiro el 27 de junio de dicho año. El dia siguiente, 28, la Asamblea nacional publicó este decreto. «La Asamblea nacional reconoce como un deber, el proclamar los sentimientos de religioso reconocimiento y de profundo dolor que todos los corazones han esperimentado por la muerte, santamente heróica, de Mr. el arzobispo de Paris.» Los funerales se celebraron el 7 de julio. Jamas la capital de Francia habia asistido á un espectáculo á la vez tan triste y tan grandioso. El cuerpo del arzobispo fué colocado en la catedral, al lado de los restos de sus antecesores MM. de Belloy, de Juigne, de Perigord y de Quelen, y su corazon se depositó en la iglesia de los carmelitas.

AGAMENON, rey de Argos y de Micenas, y general de la escuadra griega contra Troya. Era hijo de Atreo, por lo que le llamaron *Atrida*, así como á su hermano Menelao. Habiendo muerto un ciervo consagrado á Diana, antes de partir con la armada á poner sitio á aquella famosa ciudad, tuvo que sacrificar á su hija Ifigenia para apla-

car á la diosa. Durante el sitio, robó á Aquiles una esclava, llamada Briscida, que al cabo se vió obligado á restituirle. La fortuna, que tan favorable se le mostró delante de los muros de Troya, no quiso concederle la muerte honrosa de un héroe: Egisto, amante de su esposa Clitemnestra, le asesinó en sus estados, cuando, terminada la guerra, comenzaba á saborear en ellos el fruto de sus victorias. Este trágico fin le habia sido ya predicho por Casandra, su prisionera, cuyos consejos desoyó el príncipe, á pesar del grande amor que la tenia. Mas adelante, su hijo Orestes quitó la vida al traidor Egisto, llevando su furor hasta dar muerte á su misma madre, la pérfida Clitemnestra. Segun algunos, Orestes no hirió á esta sino casualmente, y como obedeciendo á la justa cólera de los dioses. La mayor parte de los biógrafos convienen en que estos sucesos ocurrieron por los años de 1180 antes de Jesucristo.

AGAR, sierva de Abraham. No teniendo hijos el patriarca, tomóla por esposa á ruegos de su propia mujer. Próximas ya á realizarse las esperanzas de ambos, Agar, á quien la gloria de dar el deseado heredero á la casa de su amo, ensoberbeció mas de lo que aconsejaba la prudencia, perdió la gracia de su señora. Castigada rigurosamente por esta, con consentimiento del mismo Abraham, huyó hácia el desierto. Sintiéndose sin fuerzas, y no sabiendo que hacer en la desesperada situacion en que se hallaba, sentóse en el camino á orillas de una fuente. De repente, aparécesele un ángel, y mandándola volver á casa de Abraham, la anuncia que allí dará á luz un hijo, al que deberá llamar Ismael; Agar obedece, y á poco ve cumplida la divina promesa. Pero sus desgracias no habian acabado aun: Sara no podia amar á aquel hijo estraño, como seguramente hubiera amado al fruto de su amor, si el cielo le hubiese otorgado la dicha de ser madre. Algunos años despues, la esclava, arrojada de casa de su señor, atravesaba el desierto de Betsabee acompañada del jóven Ismael; Abraham, al despedirlos, les habia dado pan y agua; pero esta les faltó luego, y la desconsolada Agar veia morir á su hijo por momentos, víctima del escesivo calor del desierto. Temiendo á cada paso perderle, y no atreviéndose á presenciar el doloroso espectáculo que en breve debia ofrecerse á sus ojos, deja á Ismael al pié de un árbol é intenta alejarse de aquel lugar con el corazon desgarrado. Entonces el cielo, apiadándose de sus males, envia en su socorro otro ángel, que la detiene y consuela con nuevas promesas: la pobre esclava acaba de saber que Ismael será algun dia cabeza de un gran pueblo, y en vez del cadáver de aquel hijo á quien tanto queria, ve á sus piés un pozo lleno de agua que el enviado del Señor le muestra antes de desaparecer.

AGATOCLES, tirano de Siracusa. Ausonio le cree hijo de un alfarero; pero Plutarco solo dice que se educó á su lado. Entregóse en su juventud á toda clase de desórdenes, llegando á ser con el tiempo un ladron famoso. Despues, abandonando á Reggio, su patria, pasó á Siracusa, donde, alentado por su ambicion, y ayudado por una elocuencia y un valor estraordinarios, ascendió de simple soldado á general, casi con la misma rapidez con que se habia convertido de bandolero en soldado, ocupando el puesto de Damocion, con cuya viuda se casó. Derrotó repetidas veces á los cartagineses; uno de los hechos mas notables de su historia es su salida de Siracusa en ocasion en que aquellos la habian puesto sitio, capitaneados por Amilcar. Tomando la mitad de sus tropas, y encomendando á su hermano Antandro la defensa de la ciudad, se hizo á la vela con sus hijos Arcagato y Heraclide, y sin mas caudal que cincuenta talentos, fué á desembarcar en Africa. Para que sus soldados perdiesen la esperanza de volver á su pais, puso fue-

go á las naves que les habian conducido, único medio de obligarles á pelear con todo el valor que tan arriesgada empresa exigia, y favorecido por la sorpresa que aquella inesperada tentativa produjo en sus enemigos, obligó á Amilcar á levantar el sitio y á volar al socorro de Cartago. Humilde en su elevacion como en su orígen, brilló sin ostentacion, y aun dicen que llegó á ser tal su modestia, que para no olvidar su nacimiento se hacia servir á la mesa en bajilla de oro y de barro. ¡Escelente leccion para los poderosos! No falta quien suponga, que esta humildad era fingida, y le represente como un mónstruo cargado de crímenes; pero ninguno le niega las dotes de valor y de elocuencia á que debió el verse elevado á la primera dignidad. Tampoco todos convienen en que fuese ladron, ni le atribuyen los desórdenes que al hablar de su juventud hemos indicado. Como quiera que sea, Agatocles fué un hombre estraordinario, y bien pudo la calumnia atacar su reputacion, escitada ora por el ódio de sus enemigos, ora por la envidia de los falsos amigos que probablemente le rodearian, atraidos por su fortuna y humillados por su celebridad. Uno de los que menos envidiosos debian estar de su gloria, su mismo hijo Arcagato, le dió muerte, valiéndose de un veneno, en el año de 290 antes de Jesucristo.

AGESILAO II, hijo de Arquidamo. Ocupó el trono de Esparta en vez de Leotiquidas, su sobrino, y fué uno de los reyes mas famosos de aquella ciudad. Como ningun derecho tenia á la corona, aunque era hermano de Agis, rey tambien de Lacedemonia, no le dieron otra educacion que la rígida y modesta que acostumbraban dar en Esparta á los particulares. La esperiencia demostró que no era esta la que menos convenia á un príncipe; gracias á ella, la sencillez y austeridad, propias solo de los hijos de aquel pueblo, tuvieron en Agesilao un espejo donde reflejaron durante toda una vida de ochenta y cuatro años, sembrada de fatigas y de victorias. Adorado de sus súbditos, admirado por sus mismos enemigos, filósofo y guerrero á la vez, supo hermanar al valor del soldado, las virtudes del ciudadano. En sus conquistas en Asia, su primer cuidado era aliviar la suerte de los prisioneros, y dar libertad á los esclavos. Antes de encargarse de la guerra contra los persas, formó un consejo de treinta capitanes, del que nombró presidente á Lisandro, agradecido á los servicios que le habia hecho contribuyendo á que le proclamasen rey; pero la envidia borró la gratitud del corazon del favorito, quien luego se hizo indigno de aquel honor, que tan en relieve ponia la leal amistad del monarca. Obligado este á acudir al socorro de su patria, amenazada por las armas de los atenienses y de los tebanos, suspendió la sangrienta guerra que hacia á los persas, despues de haber vencido á su general Tisaferno, y andando en solos treinta dias el camino que á Xersees costó una marcha de un año, cayó con sus tropas sobre los tebanos y sus aliados, á quienes alcanzó en Coronea, derrotándolos á pesar de las heridas que recibió en la batalla y de la vigorosa resistencia de los primeros. Conquistó en seguida á Corinto, y hubiera aumentado su reputacion con nuevas victorias, si una enfermedad que fué causa de que sus contrarios se repusieran un tanto y alcanzasen algunas ventajas sobre los espartanos, no le hubiese hecho dejar el mando del ejército, á cuya cabeza volvió á ponerse luego que se hubo restablecido, reparando con su valor y pericia militar las pasadas pérdidas. La actividad y el amor que este príncipe tenia á la guerra, único defecto que encuentran en él sus historiadores, no le permitieron vivir en la ociosidad aun en su edad avanzada. Ochenta años tenia cuando, no pudiendo acostumbrarse á la idea de una muerte oscura y sosegada, abandonó su patria para ir á servir á las órdenes de Tachos, rey de Egipto,

que á la sazon estaba en guerra con el rey de Persia. Al oir la nueva de su llegada los principales del pais, llevados del deseo de conocer al héroe, corrieron á agruparse á su alrededor, creyendo que iban á ver un ser de distinta especie, ó por lo menos un hombre de colosales proporciones, capaz de ganar una batalla con solo el auxilio de su brazo; pero ¡cuál fué su sorpresa cuando en vez del gigante que su acalorada imaginacion les representaba, divisaron en la playa á un anciano bajito, de repugnante rostro, y, para mas baldon, cojo, sentado humildemente en el suelo en medio de unos cuantos espartanos, vestidos con una sencillez que rayaba en desaliño, comparable solo á la que se advertia en el traje de su jefe! En efecto, Agesilao, á quien de tan elevado espíritu habia dotado el cielo, poco ó nada tenia que agradecer á la naturaleza. Mirábanle los egipcios sin atreverse á dar crédito á sus ojos: aquel hombrecillo no era, no podia ser *un grande hombre*; pero lo que acabó de desencantarles, lo que en su opinion perdió completamente al príncipe espartano, fué la distribucion que hizo entre los esclavos de los manjares y los perfumes que le presentaron los oficiales de Tachos: el austero monarca contentóse con tomar algunos alimentos groseros, mientras aquellos se regalaban, aprovechando la ocasion que su liberalidad les ofrecia. Mucho hizo reir este último rasgo del carácter de Agesilao á los egipcios; tan cierto es que el *vulgo* es en todas partes mayor de lo que se cree: Tachos era tambien del *vulgo*, y engañado por falsas apariencias, desdeñó los servicios del héroe, y ni aun se dignó oir los consejos del anciano. Caro costó este desprecio al rey de Egipto: sublevado su ejército, quiso nombrar otro rey; el de Esparta entonces, poniéndose de parte de Nectahebo, uno de los aspirantes á la corona, destronó á Tachos, y colmado de honores, se hizo á la vela para su patria llevando á los lacedemonios una suma de 200 talentos (4.025,529 reales vellon) que el nuevo príncipe les enviaba. Una tempestad le obligó á detenerse en mitad de su viaje, no siéndole posible ya volver á sus estados: sorprendióle la muerte en Cirenáica, á los 41 años de su reinado, en el 356 antes de Jesucristo. Este gran rey no quiso que se le erigiesen estátuas, tanto era su horror á la ostentacion, y el desprecio con que miraba las vanas distinciones.

AGILA. Deseando la nobleza goda vengar las afrentas que de su rey Teudiselo habia recibido, formó una conspiracion contra él, y asesinando al tirano, elevó en su lugar á Agila, engañada por las aparentes virtudes de este. Pronto el nuevo rey se quitó la máscara, é hizo ver su error á los grandes y al pueblo, eclipsando, si era posible, á su antecesor con los vicios mas odiosos; no parecia sino que, envidioso de la horrible reputacion de aquel, trataba de empeñarse en una escandalosa competencia. Mal podia ser duradera la paz con semejante monarca: indignados los cordobeses, subleváronse contra él, obligándole á juntar un poderoso ejército, con el cual marchó á sujetarlos. Cerca de Córdoba, el cobarde rey hizo degollar á varios prisioneros sobre el sepulcro de San Acisclo, cuyas reliquias no respetó mas que habia respetado sus cenizas, y profanó el templo del santo, convirtiéndolo en cuadra de caballos. La nueva de estos sucesos aumentó la indignacion de los sublevados, quienes, habiendo hecho una salida, derrotaron al sitiador, y dando muerte en la refriega á un hijo suyo que le acompañaba, se apoderaron de su tesoro. Agila entonces se refugió en Mérida, donde reunió á los fugitivos y reforzó sus tropas, volviendo á emprender la marcha contra Córdoba; pero Atanagildo, su sucesor, auxiliado por el emperador Justiniano, á quien ofreció una no pequeña parte de España en pago de aquel servicio, salióle al encuentro en las inmediaciones

de Sevilla, y en una sangrienta batalla que en aquellos campos dieron ambos ejércitos, le venció, arrebatándole despues la corona en Mérida por medio de una conspiracion, en la que el tirano murió á manos de sus mismos partidarios por los años 554, á los cinco y tres meses de su reinado.

AGILULFO. Acababa de fallecer Antaris, rey de los Longobardos. Llorábale largamente su esposa Teodelinda, sin que las respetuosas reconvenciones de sus doncellas, ni los consuelos que de todas partes la prodigaban, bastasen á aliviar su pena ó la obligasen á disimularla, cuando los grandes del reino, llevados de una ambicion secreta, ó temerosos de que el cetro se escapase de sus manos, harto delicadas para sostener tan gran peso, vinieron á rogarla que pusiese fin á su llanto, aconsejándola por su bien y el del Estado, que volviese á tomar esposo, cuya eleccion dejaban á su albedrio. Respondióles la reina que esperasen á que el tiempo hiciese su oficio, que ella lo pensaria en tanto; y así que hubo enjugado sus lágrimas, considerando digno de la corona á Agilulfo, duque de Turin, mandóle un mensagero con una carta en la que le rogaba se presentase luego en la corte. Ignoraba el duque el designio de la reina; pero como vasallo y cumplido caballero apresuróse á obedecerla, poniéndose en camino casi al propio tiempo que el mensagero partia con la noticia. Salió Teodelinda á recibirle, y reuniéndosele en Lomello, mandó que le sirviesen una copa de vino, de la que bebió la mitad, ofreciéndosela en seguida á Agilulfo, quien la apuró, besándole la mano al volvérsela, con tanto respeto como cortesía. La reina entonces, entre turbada y risueña, «tened, le dijo; dejad esa sumision para otros menos afortunados que vos: vuestra soberana no lo es ya para vos, duque. —¡Cómo, señora! interrumpió Agilulfo, no acertando á comprender las palabras de Teodelinda.—Quiero decir, duque, respondió esta, que usando del derecho que la nacion Lombarda me concede, os elijo por esposo, y que si al rey, mi señor, le place, darémos la vuelta á nuestro palacio, donde los grandes y el pueblo le esperan para felicitarle.» La inesperada elevacion de Agilulfo escitó la envidia de algunos duques, que alzándose contra él, consiguieron, ya que no impedir su triunfo, amargar, aunque por poco tiempo, su alegría. El nuevo rey, á pesar de hallarse en guerra su nacion con los griegos, sujetó á los rebeldes é hizo cortar la cabeza al duque de Perusa. Sitió despues á Roma, causando no poco temor al papa Gregorio el Grande, que nada bueno esperaba de enemigos que como Agilulfo y su ejército, profesaban otras creencias, (pues hay que advertir que tanto el jefe como los soldados eran arrianos) y solo á ruegos de Teodelinda, que seguia la religion católica, consintió en levantar el sitio. Calínico, exarco de Ravena, negoció despues la paz entre el emperador griego y el rey de Lombardía; pero esta paz no pasó de una tregua de algunos años, al cabo de los cuales el mismo Calínico vino á romperla, apoderándose de Parma, donde estaban la esposa y la hija de Agilulfo. Irritado este, juntó sus tropas y atacó y tomó por asalto á Pádua, reduciéndola á cenizas; penetró en la Istria, y sembrando por todas partes la desolacion, quemándolo y destruyéndolo todo, obligó al emperador á llamar á Calínico, y á comprar una paz que antes habia despreciado. Preparábase á señalar su reinado con hechos mas dignos que los de las victorias y las conquistas, reconstruyendo las ciudades destruidas y gobernando pacíficamente á sus súbditos, cuando la muerte le arrebató por los años de 616. Reinó Agilulfo 25, en los que sometió á toda la Italia, menos Ravena y Roma, y embelleció y fortificó á Ferrara, que le debe el no ser hoy, como en otro tiempo, una aldea humilde. Años antes de morir, abrazó la fe católica. Segun un biógrafo, su

corona estuvo en el gabinete de medallas de la biblioteca de Paris hasta el año de 1804, en que fué robada y fundida despues por los ladrones. Era de oro, y estaba todo al rededor adornada de figuras de santos.

AGIS I, II, III. De los cuatro reyes que con este nombre gobernaron á Esparta, solo el tercero y cuarto alcanzaron verdadera celebridad: créese que el primero sometió á los hilotas ó habitantes de Helos: dícese del segundo que venció á los atenienses y los argiros, y que ademas tomó parte en la guerra del Peloponeso; pero estas noticias, estos hechos aislados y comunes no bastan para dar interes á sus biografías. En efecto, ¿qué puede importar á nuestros lectores una batalla, una victoria mas, cuando tantas nos quedan aun que referirles al hablar de otros príncipes y guerreros, que con doble justicia que estos reclaman un lugar en nuestro *Panteon?* Nada mas vulgar que un héroe cuando no pasa de la medianía: Agis III, vencido por Antípatro, y perdiendo la vida en la batalla, no será un jefe prudente; pero está lejos de ser un héroe vulgar. Su interesante biografía va á demostrárnoslo.— Muerto el rey Arquidamo, sucedióle en el trono de Esparta su hijo Agis. La ocasion no podia ser mas oportuna para que el jóven príncipe manifestase su valor y desplegase sus brillantes dotes militares. Amenazada la libertad de su patria por la insaciable ambicion de Alejandro, el bisoño guerrero, mal ceñida aun la heredada corona, tuvo que tomar las armas para combatir á aquel famoso conquistador, uno de los mayores del mundo, defendiendo heroicamente á su pais, empresa sino mas grande, mas digna al menos de un héroe que la del jefe Macedonio. Ya en otra ocasion, enviado por su padre de embajador á Macedonia, habia humillado el orgullo de Filipo, padre de Alejandro, quien estrañando verle solo, cuando los demas estados de Grecia mandaban varios diputados á cumplimentarle, le preguntó si no venia de Esparta mas que un embajador: aborrecia Agis á los Macedonios, y aprovechando aquella coyuntura para demostrarlo se apresuró á responder: «No, y basta para un solo hombre.» Lacónica respuesta, que revèlaba el indomable carácter del hijo de Arquidamo. Puesto á la cabeza de un ejército de 8000 hombres, subyugó una gran parte de la isla de Creta, y cuando de vuelta á Esparta, la nueva de la batalla de Arbela y la victoria de Alejandro vino á sorprenderle en medio de su triunfo, no solo no perdió los ánimos, sino que llevado de su amor á la libertad, quiso salvar á la Grecia del yugo de los Macedonios, y con 20,000 infantes y 2000 caballos que reunió con este objeto, marchó contra Antípatro, general de aquellos, sin reparar en la superioridad de sus fuerzas, que no bajaban de 40,000 soldados, tan bien disciplinados como aguerridos. Largo tiempo estuvo indecisa la victoria; ambos ejércitos peleaban desesperadamente; la sangre corria y la batalla se prolongaba; pero al fin, los lacedemonios cedieron, y Agis, gravemente herido, fué conducido á su tienda, donde no tardaron en rodearle los enemigos, trabándose de nuevo una encarnizada lucha, que hubiera sido aun mas fatal á los lacedemonios que la primera, si su caudillo no les hubiera gritado: «Dejadme y salvaos, si no quereis perder á un tiempo rey y patria.» No temian los lacedemonios la muerte, pero viendo segura la de Agis, se resolvieron á abandonarle, mientras el valeroso rey, arrodillado sobre los cadáveres de sus mismos soldados, solo y sin fuerzas para la mucha sangre que salia de sus heridas, protegia su retirada hasta que, atravesado de un dardo, cayó muerto sobre su escudo. Agis III reinó 9 años, habiendo bajado al sepulcro en el 355 antes de Jesucristo.

AGIS IV. Jamas príncipe alguno amó mas sinceramente á su pueblo, ni se engañó mas en los medios de hacerle

feliz, que este, el mas notable tal vez por sus desgracias y sus virtudes de cuantos ocuparon el trono de Lacedemonia. No bien tuvo en su mano las riendas del gobierno, trató de resucitar el antiguo código de Esparta, y hacer comunes todos los bienes; pero semejante reforma no podia ser del agrado de una gran parte de sus súbditos. Mientras los pobres se regocijaban, esperando ver pronto el término de sus males, estremecíanse los poderosos, temiendo las consecuencias de la nueva ley: esta, en efecto, arrebatando sus bienes á unos ciudadanos para dividirlos con otros, aunque dictada al parecer por un sentimiento de justicia, distaba mucho de ser justa, si se considera que las riquezas deben ser la recompensa del trabajo. Mas conveniente hubiera sido igualar las fortunas haciendo mas crecida la recompensa para aquellos ciudadanos que, siendo verdaderamente útiles á la patria, se afanaban en vano por ver el fruto de sus sudores. De esta manera Agis hubiera conseguido su objeto, evitando el escándalo que necesariamente habia de producir una reforma que destruia el derecho de propiedad, y sin que sus medidas de gobierno hallasen la menor resistencia en los poderosos, habria llegado con el tiempo á desterrar de sus estados la ociosidad y la miseria. No se limitaba á esto la nueva ley: por ella, ademas, quedaban abolidas todas las deudas, con gran contentamiento de las gentes ociosas y de mala conducta, acostumbradas, como suele decirse, á vivir sobre el pais y á derrochar el caudal ageno. Antes de proponer Agis el repartimiento de las tierras, atrajo á su partido á su madre, y á algunos de los ciudadanos mas principales de Esparta, pero su cólega Leonidas hizo revocar el proyecto. Acusado este último por un eforo de haber violado la ley, y no habiéndose atrevido á presentarse á rechazar la acusacion, fué reemplazado en el gobierno por su yerno Cleombroto, que no opuso dificultades al proyecto, antes se unió á Agis para llevarlo á cabo. Pero antes de que el repartimiento de las tierras se verificase, el eforo Agesilao, á quien sus acreedores perseguian sin descanso, buscó un medio de deshacerse de ellos, y no ocurriéndole otro mejor, agotó toda su elocuencia para persuadir á ambos reyes á que lo primero debia ser abolir las deudas, medida que inmediatamente, porque el eforo casi hizo consistir en ello la salvacion de la patria, se llevó á efecto, quemando todas las escrituras de créditos en la plaza pública. Cuando Agesilao vió encendida la hoguera salvadora, no pudo menos de echarse á reir. «Jamas, dijo lleno de gozo, he visto llama mas hermosa.» Con tales ojos la miraba. No tuvo la misma suerte que la abolicion de las deudas el repartimiento en cuestion; faltó un Agesilao que lo apresurase, ó tal vez no le convino á este. Ello es que nada se hizo. Entretanto, los etolios, pueblo feroz que vivia de sus rapiñas, obligaron á los aqueos á pedir socorro á los lacedemonios, sus aliados, y Agis, seguido de sus mejores tropas, salió de Esparta, donde á su regreso le esperaban la ingratitud de sus compatriotas y una dura é injusta muerte. Mientras la disciplina de su ejército era el asombro de aliados y enemigos, los descontentos deponian á su colega Cleombroto, elevando en lugar de este á Leonidas. Volvia Agis de su espedicion cuando tuvo noticia de este suceso. Viendo el peligro que le amenazaba, corrió á refugiarse á un templo; pero pérfidos amigos lograron arrancarle de allí y conducirle á una cárcel, donde el infeliz príncipe perdió la vida á manos del verdugo, por los años 240 antes de Jesucristo. Segun un historiador, antes de subir al cadalso dirigió estas notables palabras á un amigo que compadecia su desgracia: «Mas dignos de lástima son los autores de mi muerte, puesto que me sacrifican injustamente.» El mismo fin tuvieron Agesistrata su madre, y su abuela Arquidamia. Habiéndolas encontrado Anfares, procuró tranquili-

zarlas, y haciendo entrar á la última en el lugar destinado á las ejecuciones, no contento con haber autorizado el suplicio de su rey, mandóla ahorcar inmediatamente. Cuando calculó que el verdugo habria cumplido ya sus órdenes, dijo á la otra que entrase; hízolo Agesistrata, no sospechando la intencion del malvado Anfares, pero pronto se arrepintió retrocediendo horrorizada ante el cadáver de su hijo, que los sayones acababan de colocar en el suelo, y el de su madre, pendiente aun del cadalso. Luego que hubo vuelto de su sorpresa, ayudó al verdugo á descolgarle con mil muestras de dolor que hubieran enternecido á otro que Anfares, y abrazando el cuerpo de Agis esclamó: «Hijo mio, tu bondad te ha perdido y nos ha perdido á todos.» La desgraciada tenia razon, su vida debia terminar tambien en aquel dia fatal, porque los enemigos de Agis eran implacables. Sus últimas palabras fueron un voto por su patria. «¡Plegue á los dioses, pronunció con voz firme al tiempo de acercársele el verdugo, que mi muerte sea al menos útil á Esparta!»

AGLAIDE. El templo de la inmortalidad necesitaba un cancerbero para cada puerta. No solo los varones ilustres y las mujeres notables por su valor, sus virtudes ó sus talentos; partidas de bandoleros, legiones de tiranos, ejércitos de rameras, avaros, charlatanes y miserables de toda especie se agolpan á sus umbrales. La hermosura, el amor, la desgracia, las estravagancias, intentan tambien penetrar en él y manchar algunas páginas del libro de la historia con un nombre y una biografía. Una joroba, una manía, un chiste, pueden hacer á cualquier mortal tan célebre como el heroismo, la piedad, la sabiduría. ¡Verdad desconsoladora por cierto! Los animales mismos osan disputar al hombre el derecho de pasar á la posteridad y pasan, y tienen biógrafos. ¡Cuántos guerreros, armados de punta en blanco, no han entrado en el templo oprimiendo los lomos de un *célebre* caballo! ¡Cuántos canes no se han hecho famosos por su *ingenio*, mientras tal vez sus dueños conquistaban un lugar entre los *necios célebres!* La fama, con la misma trompeta publica los hechos de los unos y de los otros: la posteridad, con la misma atencion los escucha y juzga. El personaje de esta biografía, Aglaide, hija de Megacles, y natural de Megara, no se hizo inmortal mas que por su buen apetito. Verdad es que, si se considera despacio, difícil seria hallar medio mejor para pasar á la posteridad. De esta mujer, verdaderamente singular, no puede decirse que se introdujo en el templo por la puerta falsa. Aseguran que devoraba en cada comida doce libras de pan y otras tantas de carne, y que bebia á proporcion. Ignoramos si se casó; pero, por mas fecunda en héroes que haya sido la Grecia, no es de creer que hubiese griego con el heroismo suficiente para soportar tales gastos. Tampoco hemos podido averiguar el año en que murió; pero si su padre Megacles vino á menos, debió ser aquel en que despidió á la cocinera. Desde luego habrá adivinado el lector que Megacles era el *Rotschild* de su tiempo.

AGNÓDICE. Ninguna reputacion mas sólida, ningun nombre mas justamente respetado que el de aquel que, cumpliendo con una obligacion sagrada que la moral impone á todo hombre, consagra á la humanidad sus afanes, sacrifícale su reposo sin otra ambicion que la de hacer bien, la mas laudable, la mas generosa, pero tal vez tambien la que á mas riesgos espone, y mas tarde halla la recompensa. A esta noble ambicion debe su celebridad Agnódice, ciudadana ateniense, la cual, olvidando el peligro que corria, quebrantando una ley del Areópago que prohibia á las mujeres el ejercicio de la medicina y partear, logró salvar de una muerte segura á muchas señoras de Atenas. Juzgaban estas contraria al pudor aquella ley, mas sábia acaso de

lo que por sus efectos podia creerse, y víctimas de un pudor que nuestras costumbres harian parecer escesivo, sucumbian antes que permitir la asistencia de los hombres cuando su situacion la hacia indispensable. Agnódice, condolida de la desgracia de sus conciudadanas, disfrazóse de hombre y entró en la famosa escuela de Hierofilo, donde se instruyó en la medicina, adquiriendo conocimientos nada comunes en la obstetricia. Ya en el caso de poder ser útil á su sexo, reveló su caritativo proyecto á las señoras atenienses, quienes acudieron á ella siempre que necesitaron de su socorro. No podian comprender los médicos, cómo Agnódice les arrebataba la parte mas quebradiza de la humanidad doliente, mina de inagotable riqueza que la facultad esplota, y cuyas dolencias pasageras, pero indispensables, son otras tantas enfermedades de consideracion para los mas robustos padres y maridos. Envidiosos de la fortuna del nuevo cólega, acusáronle de que seducia á sus enfermas, miserable calumnia á la que pudo bien dar cierto carácter de verdad la belleza femenina de Agnódice; pero esta confundió á sus enemigos ante el senado, revelando el secreto que tanto daba que hacer á los médicos, los cuales, buscando nuevos recursos para perderla, reclamaron la observancia de la ley. El inflexible Areópago condenó entonces á la infractora á sufrir las consecuencias de una falta que tantos beneficios habia producido, y hubiera llevado adelante su rectitud (los biógrafos no dicen si por temor á los acusadores), si las mujeres de Atenas no se hubiesen agolpado al senado, y hecho ver la injusticia que cometia, condenando á su bienhechora, sin cuya asistencia estaban resueltas á dejarse morir en adelante. Esta enérgica reclamacion que destruia todas las esperanzas de los médicos, convenció al Senado de que la ley era inconveniente en aquellas circunstancias, y le obligó á revocarla; Agnódice, pues, siguió siendo el médico de las atenienses, y aquellos tuvieron que contentarse con visitar á los varones, cuya salud empezó á alterarse visiblemente desde entonces. No sabemos cómo los historiadores guardan silencio acerca de la época en que ocurrieron estos sucesos, en que tan brillante papel representó la mitad mas hermosa, al par que la mas amable y compasiva del género humano.

AGRÍCOLA (Gneo Julio), cónsul y general romano, nació en la colonia de Frejus. Era hijo de un senador y nieto de dos procuradores de los Césares. Fascinado por el resplandor de la gloria militar, abandonó el estudio de la filosofía, pasando á Bretaña, donde bajo los mejores auspicios, dió principio á su nueva carrera. Fué cuestor, tribuno, pretor y gobernador, distinguiéndose en todos estos cargos por su rectitud y habilidad para manejar los mas árduos negocios. Considerado por Vespasiano para subyugar á los bretones, que por espacio de cincuenta años habian opuesto una valerosa resistencia á la ambicion de los romanos, marchó contra ellos é hizo admirar su pericia militar en tan difícil empresa. Acababan de derrotar los ordoricos una division de caballería romana, cuando Agrícola, reanimando á sus tropas y haciéndolas trepar por las montañas, asilo y fortaleza de sus indomables enemigos, consiguió alcanzarles y derrotarlos, volviendo atras á nado á apoderarse de la isla de Mona. Seis años de guerra bastáronle para avanzar hasta los dos golfos y la Caledonia, que así se llamaba entonces la lengua de tierra que separa la Bretaña de la Escocia. Viendo los bretones que era inútil la fuga, porque Agrícola habia cercado con su escuadra ambas playas y tomado el desfiladero, resolvieron morir antes que sufrir el yugo de los romanos. La resistencia fué mas obstinada que feliz; peleaban los bretones como gente sin disciplina é ignorante del arte militar, en que tan aventajados eran sus contrarios. Naturalmente belicosos é intrépidos, como

hombres que defendian su libertad, hubiéranles quizas rechazado si el valor y la desesperacion decidiesen la suerte de las batallas; pero aquellos, aprovechándose de sus ventajas, y rivalizando con ellos en intrepidez, los deshicieron y derrotaron por último, quedando con esta victoria los bretones sujetos á los romanos. Los vencidos, así que vieron perdida toda esperanza, incendiaron sus casas y aun muchos dieron muerte á sus mujeres é hijos, por arrebatarles al yugo del odioso adversario. Agrícola conservó cuanto habia conquistado con su sábia política y prudentes medidas; civilizó á los pueblos subyugados, é introdujo mañosamente las costumbres romanas en todos ellos. Pronto las letras y las artes tuvieron apasionados entre los mismos que antes eran conocidos con el nombre de bárbaros, y Agrícola gozaba de sus triunfos y se disponia á emprender nuevas conquistas, cuando Domiciano, emperador entonces de Roma, envidioso de una reputacion que él no podia adquirir, le mandó secretamente volver á la ciudad, advirtiéndole que era su voluntad que no verificase públicamente su entrada, sino de noche y antes que el pueblo tuviese noticia de su llegada, con el objeto de sustraerle á los aplausos de sus conciudadanos. Obedeció Agrícola, disimulando su resentimiento, y se retiró á su casa, donde vivió sin fausto, enteramente estraño á los negocios del Estado y reducido al trato de algunos amigos, conociendo la perversa intencion del tirano, que solo deseaba su ruina. La calumnia, como desgraciadamente acontece con la mayor parte de los hombres ilustres, le obligó á salir de la oscuridad en que vivia para justificarse. Su defensa, llena de dignidad y de candor, la hizo enmudecer; pero Domiciano, segun algunos, viendo frustrados sus deseos por esta parte, apeló á un medio mas seguro para deshacerse de aquel á quien miraba como á un enemigo, sin duda á causa de las grandes virtudes que todos admiraban en él, mandándole envenenar; crímen horrible que procuró encubrir presentándose en medio del luto público derramando lágrimas, que aun en el caso de no ser él la causa de aquella desgracia universalmente sentida, mas debian ser de gozo que de dolor, atendida la ruin envidia que las victorias y la fama del grande hombre habian escitado en el mónstruo. Agrícola murió á los 56 años de edad, dejando á los romanos un modelo que imitar, en la época de lastimosa decadencia que á la sazon comenzaba ya para su patria.

AGRIPPA DE NETTESHEIM (Enrique Corneille), uno de los personajes mas célebres del siglo XVI, no menos notable por la influencia que ejerció en sus contemporáneos, que por la singularidad de su carácter y por las vicisitudes de su carrera, mitad política y mitad literaria, nació el 14 de setiembre de 1486 en Colonia, donde estudió el derecho y la medicina. Como su familia estaba ligada desde largo tiempo con estrechos vínculos á la Casa de Austria, entró de buen grado al servicio de Maximiliano, siendo uno de sus secretarios; hizo la guerra en Italia durante siete años, y al cabo de ellos se graduó de doctor en las dos facultades que habia estudiado. Por los años de 1506 volvió á Paris, donde fundó una sociedad secreta que tenia por objeto el estudio y adelantamiento de las ciencias. La escasez de numerario le obligó á regresar á Colonia; pero muy luego volvió á emprender la ruta á Paris, de cuyo punto marchó para los Pirineos, proponiéndose aquí someter un fuerte, del cual se habian apoderado los paisanos, despues de haber arrojado á uno de los amigos de Agrippa que mandaba en él en nombre del rey. La empresa se logró, mas los rebeldes atacaron de nuevo el castillo, y Agrippa se vió obligado á ceder, logrando salvarse á duras penas. Entonces aprovechó la circunstancia de encontrarse tan inmediato á España para recorrer este reino, pasando de aquí á

Italia, y viniendo por último á reaparecer en Francia. En 1509 esplicó públicamente el tratado *De verbo mirifico* de Renchlin, en Dol, á presencia de un auditorio compuesto de los personajes mas notables de la ciudad; y lo hizo con tal acierto y erudicion tan asombrosa que, la academia satisfecha de los talentos de Agrippa, le otorgó una cátedra de teología que no regentó mucho tiempo, porque las intrigas y las calumnias del franciscano Juan Catelinet le obligaron á escapar de Dol, y á refugiarse en Lóndres, donde se disculpó del crímen de heregía que se le habia imputado. El mismo año tornó á Colonia, y dió lecciones públicas de teología. Al cabo de algun tiempo regresó á Italia, en cuyo punto se le dió el título de consejero aúlico, se le encomendaron los planes relativos á los medios de perfeccionar el arte de la esplotacion de las minas, y el cardenal de Santa Cruz le nombró para asistir al concilio de Pisa en calidad de teólogo. En 1512 sirvió con el grado de capitan en los ejércitos imperiales contra los venecianos, y fué tanta la bizarría que aquí desplegó, que Maximiliano le hizo caballero sobre el campo de batalla. A pesar de esto, sus ocupaciones militares no le impidieron continuar el estudio de las artes secretas y el de la teología. Durante algun tiempo enseñó esta última ciencia en Turin y despues en Pavia, en cuyo punto publicó una obra, en peticano, atribuida falsamente á Mercurio. Precisado á partir en 1515 ó 1516, llevó una vida errante, hasta que por último sus amigos le alcanzaron en 1518 un nombramiento de síndico y abogado general en Metz. Ya en esta villa, hubiera podido vivir tranquilo; pero las disputas que sostuvo contra los frailes, relativamente á la opinion vulgar que atribuia á Santa Ana tres maridos, y la imprudencia que cometió al hospedar en su propia casa una jóven paisana suya, acusada de hechichera, le obligaron á ponerse otra vez en marcha el año de 1520. Volvió á Colonia, donde permaneció muy poco tiempo á causa de habérsele muerto su mujer, pasando el año siguiente á Ginebra, cuyos magistrados le concedieron gratis el derecho de ciudadanía. Pero viendo que se le frustraban las esperanzas que habia concebido de obtener una pension del duque de Saboya, se resolvió á ejercer la medicina en Friburgo, siendo esta la primera vez que la practicó despues de quince años que poseia un título. No se sabe á punto fijo si consiguió algunos resultados en el ejercicio de esta nueva profesion, pero es lo cierto que se fastidió bien pronto, y que regresó á Lyon en 1524, cuando se encontraba allí la corte de Francia. Francisco I le recibió con distincion y le pensionó, nombrándole médico de su madre, Luisa de Saboya. Pero todavía esta vez se burló Agrippa de la fortuna. Habiéndose negado á consultar los astros cuando se lo mandaba la princesa, y á revelarla por este medio los destinos de la Francia, y lo que es mas, habiéndose atrevido á pronosticar muy felices sucesos al condestable de Borbon, rebelado contra su patria, perdió el favor de la corte y se vió precisado á salir á escape de Lyon, viniéndose á Paris, donde se dejó arrastrar de toda la vehemencia de su carácter, y escribió una sátira sangrienta contra la corte y la madre del rey. Desde este momento la gran ciudad del Sena dejó de ser para él un asilo seguro; así que, para sustraerse á los peligros que le amenazaban tan de cerca, hubo de refugiarse á Anvers en compañía de una persona á quien habia seducido, prometiéndola que le revelaria todos sus secretos alquimistas. Mas fueron tales la reputacion y fama que le acarrearon su osadía y su jactancia, al poco tiempo, en este pais, que el rey de Inglaterra por una parte, la corte de España por otra, varios príncipes de Italia y Alemania, y Margarita, gobernadora de los Paises-Bajos, cada uno por la suya respectiva, le hicieron las proposiciones mas ventajosas para en el caso de que se pasase

á su servicio. Empero, él solo aceptó las de la archiduquesa, que le nombró primer archivero é historiógrafo imperial. Entonces sucedió que los frailes y los escolásticos, á quienes Agrippa no habia cesado de atacar sin consideracion alguna, le malquistaron en el ánimo de Margarita, y despues de la muerte de esta princesa, acaecida en el año de 1630, en el del emperador, á quien los teólogos de Lovaina presentaron su tratado *De vanitate scientiarum*, que acababa de publicar, como un conjunto de proposiciones á cual mas censurables y peligrosas. Por esto se mandó suspender el pago de las pensiones que disfrutaba, vino á quedar en la mayor indigencia, contrajo infinitas deudas, y á la postre fué arrestado en la cárcel de Bruselas el año de 1531 por demandas de sus acreedores, segun lo manifiesta él mismo en sus cartas. Despues de un año de arresto, volvió á Colonia y luego á Bonn, donde permaneció hasta 1535, en cuyo año tomó la resolucion de volver á Francia é irse á establecer en Lyon. Lo cual tal vez habria verificado sin la oposicion de Francisco I, que acordándose todavía de las invectivas que dirigió contra la reina madre, le hizo prender al punto. No obstante, sus protectores consiguieron que se le pusiese en libertad y que fuera á terminar sus dias á Grenoble, donde murió el año de 1554, en la casa del presidente Vachon. Su prematura muerte fué efecto, sin duda, de las pasiones que le devoraron.

AGRIPA (Herodes), nieto de Herodes el Grande. Hallándose en su juventud en Roma, confióle Tiberio la educacion de su nieto; mas, habiendo llegado á descubrir su adhesion á Cayo Calígula, le retiró su gracia é hizo encerrar en un calabozo, donde permaneció todo el tiempo que tardó en subir al trono del imperio el hijo de Germánico. Este, á su elevacion, no se contentó con restituirle la libertad, si no que ademas le regaló una cadena de oro igual en peso á la que le habian puesto en la prision, colmándole de honores y distinciones. Suele la fortuna encumbrar á los hombres para precipitarlos mas vergonzosamente y hacer mas ruidosa su caida. Agripa, á quien la liberalidad de Calígula habia agraciado con el título de rey y los tetrarcados de Filipes y Lisanias, no debió menos favores á Claudio, bajo cuya dominacion se vió dueño de los estados de su abuelo Herodes, eclipsando con la magnificencia de su corte á cuantos hasta entonces se habia visto en las provincias que la obedecian. Pero esta misma vanidad debia perderle algun dia, atrayendo sobre su cabeza la cólera del cielo. Deseaba el ambicioso rey aumentar el número de sus partidarios, y para atraerse al pueblo, aparentando el mayor celo por la ley de Moises que profesaba, declaró una guerra cruel á los cristianos. Víctima de esta persecucion fué el apóstol Santiago, al que el tirano, en un viaje que hizo de Cesárea á Jerusalen con el objeto de celebrar la Pascua, mandó encarcelar y dar muerte; San Pedro, preso tambien por órden suya, hubiera sufrido la misma suerte, si el Señor no le hubiese arrancado milagrosamente de mano de sus verdugos. Forjándose estaba ya el rayo vengador que debia herir á aquel soberbio, que así osaba desafiar al mas grande y poderoso de los reyes: pasada la Pascua, volvió Agripa á Cesárea para dar juegos públicos en honor de Claudio II: era el segundo dia de los señalados para aquellas magníficas fiestas: el rey, rodeado de multitud de cortesanos, ostentaba un vistoso y resplandeciente traje, en el que los ojos de todo un pueblo se fijaban con admiracion; acababa de oir las tímidas frases con que los diputados de dos naciones, trémulos en su presencia, le demandaban el perdon de una leve falta; sus ojos brillaban de orgullo; pero el dia de la ira habia llegado. «No es esa la voz de un hombre, decia el pueblo escuchando un pomposo discurso que el soberano dirigia á

los enviados; es la voz de Dios!» Dios en tanto lanzaba al mortal maldito una mirada que le encendia en el fuego de su cólera, y presa de agudísimos dolores, roido de gusanos como un cadáver, Agripa veia cumplida la venganza divina y castigada su soberbia en el sétimo año de su reinado (43 de Jesucristo) cuando mayor y mas estable le parecia su grandeza.

AGRIPINA, abuela de Neron. La antigüedad, mas fecunda en grandes caractéres que los tiempos modernos, nos presenta en esta mujer superior, uno de sus mas notables personajes. Intrépida á pesar de su sexo, fuerte en medio de sus desgracias, amada por sus virtudes y beneficios en la prosperidad, Agripina ocupa en la historia de su tiempo, una pagina tan interesante como hermosa. En vano Tiberio, llevando su ódio hasta la misma tumba de la heroina, intentó manchar su memoria acusándola de adulterio, y mandando se tuviese por dia aciago el de su nacimiento; la fama de la acusada no sufrió por eso menoscabo, y su inocencia triunfó sin defensa de aquella infame maquinacion. Habíala aborrecido siempre el mónstruo; pero nunca con tantas veras como desde que repudiada por él, casó con Germánico, de quien tuvo á Agripina, madre de Neron, y á Calígula, emperador despues de Roma. Veia Tiberio con ojos envidiosos el amor que ambos esposos se profesaban, y, aunque su corazon fuese inaccesible á todo tierno sentimiento, su orgullo no podia perdonar á Agripina el olvido con que correspondia al pasado desaire. Contínuamente la fama llevaba á sus oidos el nombre de aquella mujer, cuyas grandes virtudes no habia sabido apreciar, y la admiracion con que por todas partes le pronunciaban, al propio tiempo que lastimaba su amor propio, hacíale codiciar el bien perdido como si jamas le hubiese tenido entre sus manos. Digno vástago de Augusto, la nieta del primer emperador romano, seguia á su esposo en sus espediciones, respiraba la atmósfera de los campamentos, poníase no pocas veces á la cabeza del ejército como un bravo general, y deseando aliviar la suerte de sus tropas hambrientas y sin fuerzas para resistir la fatiga ocasionada por las largas marchas, verificadas en Alemania y Siria, distribuíale en persona los víveres, hacia curar con esmero á los heridos, visitábales á menudo dirigiéndoles palabras afectuosas, que nunca dejaban de producir su efecto, y era, en una palabra, el ídolo y la Providencia del soldado. Muerto Germánico, regresó á Roma conduciendo las cenizas de su marido, y acompañada de dos de sus hijos, atravesó la ciudad en medio de los aplausos y de las lágrimas del pueblo, que agolpándose á su paso la saludaba, prodigándole los mas honrosos epitetos. A tal estremo llegó el dolor público, que Tiberio tuvo que prohibir por un edicto las demostraciones que de él se hacian y mandar dar secretamente muerte á Pison, segun algunos, á quien se acusaba de insubordinacion, y designaba por asesino de Germánico. El hecho es que Pison fué encontrado cadáver en su lecho antes que su causa se sentenciase. Los nobles rasgos de valor, y leal amor al soldado con que Agripina dió á conocer su carácter en las espediciones que hizo con su esposo, dieron ocasion á Tiberio para atribuirle miras ambiciosas; impelido de la envidia que le devoraba, acudió al senado, é hízole desterrar á la heroina á la isla de Santa María, llamada entonces Pandataria. Agripina, viendo á la sazon manifiesta en aquella injusticia la ruindad de su enemigo, dejó estallar su desprecio hácia él en insultos enérgicos, con mas intrepidez que cordura. Oyóla un satélite del tirano, y tomando á su cargo la defensa de quien tan mal obraba con quien tanto merecia, la dió un golpe en la cara con tanta fuerza, que le saltó un ojo. Hay quien dice que el encono de Tiberio no se satisfizo con esto, sino que condenó á la ilustre matrona á morir

de hambre en el lugar de su destierro. Otros creen que ella misma se dejó morir así (opinion que no parece menos probable que la primera) el año 33 de Jesucristo, á los 4 de su deportacion á Pandataria.

AGRIPINA, madre de Neron. No heredó esta las virtudes de la precedente; lejos de imitarla, ó de aparentar el natural deseo de asemejársele, diríase que desde su juventud se propuso seguir la senda opuesta á la que aquella le habia trazado. Su biografía es un tejido de crímenes, entre los que el homicidio, la prostitucion y el incesto ocupan el primer lugar, solo porque no hay otros mas escandalosos y horribles; á haberlos, la hija de Germánico hubiera manchado tambien con ellos su detestable vida, cuya narracion mas parece una fábula inmoral y absurda, que una serie de hechos tomados de la historia. La de Neron, referida á continuacion de la de su infame madre, encontraria mas fácilmente lectores crédulos, pues es cierto que las maldades de esta rivalizan con las de aquel, y que, si alguna disculpa admitiesen las del uno, tal vez la proporcionaria el ejemplo de la otra. Era Agripina una de las mujeres mas hermosas de su tiempo; su talento competia con su belleza; pero la ambicion y el orgullo la dominaban. Viuda por segunda vez, dió la mano á su tio Claudio, de cuya estupidez y rara indolencia abusó cometiendo toda especie de delitos. Hija, hermana y esposa de emperador, quiso tambien ser madre, y para conseguir que Neron, hijo suyo y de Cayo Domicio Guobardo, sucediese á su marido en el imperio, puso en práctica cuantos medios se le ocurrieron, desde la intriga hasta el asesinato. Victima de la ciega ambicion de esta infernal mujer fué Claudio, á quien la misma Agripina envenenó con un plato de setas, deseando llegar de una vez al logro de sus fines, salvando el principal obstáculo. Antes que Neron fuese proclamado emperador, la predijeron que este, el único ser acaso que habia amado, seria algun dia causa de su muerte. «¡Qué importa, respondió friamente, con tal que reine!» Este fatal pronóstico debia cumplirse: las maquinaciones de la emperatriz para conservar su autoridad, irritaron á su hijo; toda la astucia, todas las caricias de aquella, que, poseida de la *rábia* de dominar que la cegaba, llevó su perversidad hasta á entregarse á su propio hijo, como tal vez no hubiera hecho la mas vil ramera, fueron inútiles ó sirvieron solamente para acelerar su fin. Neron, ocupado únicamente de la idea de deshacerse de su madre, como esta de sus locos proyectos de elevacion y dominio, intentó disimuladamente el pronosticado parricidio, probando á hacerla morir como al acaso en el mar, sin duda porque temia las acusaciones de su pueblo; pero, viendo frustrado su plan, y resuelto á dar muerte á su madre de una manera ó de otra, dió esta horrible comision al centurion Aniceto, que, seguido de otros dos, entró en el aposento de la emperatriz para llevarla á efecto. Sospechando Agripina el objeto que allí los conducia, les dijo: «Si venis á llevar nuevas de mi salud á mi hijo, decidle que estoy buena; pero si os envia aquí para asesinarme, hacedle saber que jamas le hubiera creido capaz de cometer tal crímen.» Habiéndola dado Próculo un golpe en la cabeza, añadió con indignacion, señalando á su vientre: «Rasga este seno que abrigó á Neron.» Cuando espiró, se presentó este, y examinando con particular atencion su cadáver, «¡No creí, esclamó con ironía, que fuese tan hermosa!» Así terminó sus dias la hija de una de las mujeres mas ilustres de Roma, despues de haber llenado la tierra con la fama de sus crímenes.

AGUADO (Don Alejandro María) no es un hombre célebre por su santidad, su sabiduría, ni alguno de esos hechos heróicos que inmortalizan á sus au-

tores; pero éslo y mucho, en el siglo XIX, por sus riquezas considerables. Cabe, pues, en nuestro *Panteon* abierto á todas las celebridades, de cualquier género que fuesen, aun de aquellas menos honrosas y dignas de escitar nuestra envidia; sin que esto último lo digamos por Aguado, con cuyo inmediato parentesco no dejarian de honrarse muchos. Don Alejandro María nació en Sevilla el 29 de junio de 1784, y murió el 14 de abril de 1842, siendo marques *de las marismas del Guadalquivir*. Oriundo de una familia judía portuguesa, abrazó voluntariamente la carrera militar, en la que obtuvo el grado de coronel del regimiento 1.° de lanceros, y llegó á ser edecan del duque de Dalmacia, cuando invadió el territorio español el ejército frances. A consecuencia de la memorable batalla de Bailen, volvió á entrar en Francia con su regimiento; al cual alcanzó la misma suerte que á todos los regimientos estranjeros, desarmados despues de la batalla de Leipzig por un decreto del emperador. Entonces fué destinado á la 11.ª division militar en dicha clase de coronel. Cuando la invasion de Burdeos por las tropas inglesas, pasó á Paris, y aquí obtuvo el mando de un regimiento estranjero, que debia embarcarse para las colonias francesas; mas no habiéndole agradado esta comision, pidió su retiro y emprendió la carrera comercial en la ciudad del Sena. Las relaciones poderosas de sus padres, en Cádiz, la Habana y Méjico, le sirvieron estraordinariamente para la esportacion de los productos franceses y para la venta en Francia de los géneros coloniales. Por consecuencia de estos negocios, repetidos y felicísimos, fué nombrado por el rey de España en 1823, banquero de su gobierno en Paris; cargo que desempeñó Aguado hasta 1830. Durante este tiempo no cesó Fernando VII de darle las pruebas mas señaladas de su aprecio, ya haciéndole donacion de un gran número de minas, ya concediéndole la propiedad de vastos terrenos, sobre los cuales pudiera fundarse el título de marques de las Marismas que le habia concedido. Habiendo llegado á ser rico propietario en Francia, Aguado solicitó y obtuvo carta de naturaleza en 1828, á favor de lo cual desempeñó luego el modesto cargo de *maire* del Yvry, sobre el Sena, pueblo que le debe muy grandes embellecimientos. El puente del *Ris*, sobre el Sena, fué construido á sus espensas. Aguado fué tambien uno de los principales propietarios de las bonitas viñas de Chateau-Margaux, y de una magnífica galería de cuadros, cuyos dibujos ha comenzado á publicar Gavarni. En resúmen, Aguado ha dejado al morir una fortuna que no se estima en menos de sesenta millones de francos. ¡Lástima grande, que tanto dinero no baste para comprar en el mundo una entera felicidad!

AGUEDA (Santa). El laurel de la inmortalidad no solo crece para aquellós hombres que el mundo llama héroes, y que aturdieron á su época con el ruido de sus triunfos, comprados con sangre, lágrimas y desolacion. La inmortalidad de estos tiene mucho de odioso, cuando se examinan sus hechos á la luz de la verdadera filosofía. Pero hay otra clase de héroes, los héroes de la religion, cuya dulce y tierna memoria jamás se borra del corazon de los pueblos, que acuden á ellos presurosos y llenos de confianza cuando el cielo les aflige con alguna calamidad. Y sino mirad: el Etna (hoy Montgibelo) arroja torrentes de llamas y peñascos encendidos, que llegan hasta Catania, amenazando devorarla y convertirla en cenizas. Entonces sus habitantes corren en confuso desórden al sepulcro de su patrona Santa Agueda, el templo resuena con los himnos patéticos y las oraciones de todo su pueblo, toman el velo que cubre su sagrado cuerpo, é invocan su poderosa intercesion para que libre á la ciudad del incendio que llama á sus puertas. La gloria de los escogidos de Dios no pe-

rece ; y aun cuando la historia no conservase en indelebles caractéres sus hechos, la tradicion los conservaria, y estos pasarian de boca en boca hasta la consumacion de los siglos. A mediados del III (año 251) de la era cristiana, sucedió el martirio de Santa Agueda, vírgen de Palermo, de antigua y nobilísima familia, y dotada de tal belleza física que solo podia compararse con ella la de su alma angelical, don mil veces mas precioso que la hermosura que el hombre admira, y que todas las riquezas imaginables. Siendo tantos y tales sus atractivos, no es estraño que solicitase su posesion el gobernador de Sicilia Quintiano, quien ciego de amor, pero de amor torpe y carnal, no hubo medio que no intentase para satisfacerlo, ni oferta que no hiciese para comprar la criminal correspondencia que tanto codiciaba su apetito. Agueda fortalecida por su fe, animada por otro amor y otro objeto á quien habia prometido consagrar la virginidad y pureza del suyo, y hasta su vida, si preciso fuese, se mantuvo sorda á los ruegos y amenazas de Quintiano, quien, creyendo que los tormentos alcanzarian lo que no habian logrado las palabras, dió entre otros uno tan horrible á la santa, que la pluma casi se resiste aun á nombrarlo siquiera; mandó, pues, aquel tigre, que la cortasen los pechos, en la oscura cárcel en que estaba encerrada, lo cual ejecutado entregó á Dios su alma, sin dirigir mas que palabras de bondad y conmiseracion á sus propios verdugos. Muchas de sus reliquias se conservan en Cremona, y hay panegíricos de la santa escritos por San Metodio, patriarca de Constantinopla y San Adelmo de Inglaterra, y dos himnos, uno del papa Dámaso y otro de San Isidoro de Sevilla.

AGUESSEAU (Enrique Francisco D'), nació en Limoges en 7 de noviembre de 1668, de una antigua familia de Saintonge. Para esplicar la precocidad de sus talentos y felices disposiciones para toda clase de estudios, bastará decir que á los 22 años de edad, pocos meses despues de entrar de abogado del rey en el tribunal de Paris, llamado el *Chatelet*, fué nombrado abogado general del Parlamento, desempeñando con tal celo, interes é integridad su nuevo cargo, que el sábio presidente Dionisio de Tolon dijo: «*quisiera yo concluir mi carrera como la ha empezado este jóven;*» palabras, que en boca de una persona tan distinguida y respetable, hacen cuanto elogio puede hacerse. No debia solamente su mérito D' Aguesseau á su natural talento, sino tambien á la constante laboriosidad y aplicacion que manifestó desde sus primeros años, á los cuidados y sanos consejos de su padre, intendente del Languedoc, y al cultivo de la provechosa amistad que desde muy jóven le unió con *Racine*, *Boileau* y otras ilustraciones notables de su tiempo. Diez años ejerció su empleo de abogado del Parlamento, al cabo de los cuales, y en atencion á los méritos contraidos, fué nombrado procurador general. Colocado en esta esfera en que podia desplegar toda la actividad de su génio, todos los conocimientos que le adornaban, su amor al bien, y su espíritu reformador, organizó sábiamente la administracion de justicia, consagró con infatigable celo sus tareas á la de los hospitales, en términos que parecia imposible que un hombre solo pudiera soportar el peso de tantas y tamañas obligaciones. Un dia le aconsejaron que descansase algun tiempo: *¿cómo es posible que yo descanse*—respondió—*sabiendo que hay hombres que padecen?* Magistrados de esta especie no solo se honran á sí mismos, sino al pais en que nacen; pero es indispensable para alcanzar esa gloria, poseer, ademas de la ciencia, un corazon recto y sensible, cualidades que no se compran, ni se encuentran tan fácilmente. Desvelos y sacrificios de esa naturaleza, quedan grabados en el corazon de los desgraciados y de los hombres de bien; así es que D' Agues-

seau llegó á merecer pronto el dictado de *protector de los pobres*, dictado cuya justicia acreditó en infinitas ocasiones, y especialmente en 1709, cuyo invierno, de eterna y fatal memoria para Francia, puso á prueba toda su actividad y sus virtudes, contribuyendo en gran parte á salvar á los indigentes y á la sociedad en general de las consecuencias del hambre mas horrorosa. D' Aguesseau fué el azote del monopolio, que se enriquecia osadamente, mientras millares de familias carecian del pan que unos cuantos miserables almacenaban, sin otro pensamiento que el de su infame avaricia; reanimó el celo de los magistrados, dictó utilísimas disposiciones tanto para la capital de la monarquía cuanto para las provincias; renovó leyes protectoras, y descubriendo los depósitos de trigo de los monopolistas, castigó á estos severamente. Era tal la firmeza de su carácter, que ni la voluntad de Luis XIV, su soberano, podia doblegarla, cuando á ello se oponian derechos que él consideraba justos. Su esposa le sostenia en esta resistencia, digna de un alma fuerte y elevada; y en una ocasion en que fué á Versalles, llamado por el rey, para tratar un asunto importante, aquella le dijo, abrazándole: —Partid, pues, y olvidad, delante del monarca, que teneis mujer é hijos. Perdedlo todo, si es preciso, menos el honor. — Muerto Luis XIV, el duque de Orleans, regente del reino, le nombró canciller, en reemplazo de Voisin, que tambien habia fallecido. Esto fué en 1715; y en 1718, por no querer aprobar el sistema de Law, propuesto en el Consejo por segunda vez, y desechado la primera en virtud de las razones que espuso, fué desterrado á Fresnes. Como ya entonces era canciller, el regente le pidió los sellos; lejos de abatirse D' Aguesseau, dijo al entregarlos: — No merecia yo seguramente la alta honra que Mr. el regente me dispensó dándome los sellos; pero menos merezco aun la afrenta que me hace quitándomelos.—El sistema de Law recibió, en efecto, la acogida que con su acertada prevision habia pronosticado D' Aguesseau; suscitáronse murmullos, el pais se mostró descontento; en vista de lo cual, y llamado nuevamente por el gobierno en 1720, el mismo Law que necesitaba de un magistrado querido y respetado para calmar la tempestad que su funesto sistema habia producido, fué á entregarle los sellos, que en 1722 le quitaron por segunda vez, siéndole devueltos en 1737. Jamas se desmintió la nobleza y serenidad de su carácter en su larga y gloriosa carrera, habiendo ocupado puestos tan distinguidos y en medio de circunstancias difíciles y comprometidas. No brillaban en él menos las virtudes domésticas, y si modelo fué como magistrado, como padre de familia era digno de ser imitado. La educacion de sus hijos, la asídua lectura de obras notables en todos los ramos del saber humano, y con especialidad de los sagrados y los de legislacion, el estudio de los idiomas, de los que sabia perfectamente siete de los principales, la literatura, la agricultura y las ciencias exactas, le hicieron agradable su destierro, no siendo alterada la paz de su pecho por la ambicion de empleos ni dignidades. Habiéndole ido á visitar el nuncio Quiriní á su retiro, le dijo:— Aquí es donde se fabrican las *armas* contra la corte de Roma.—Decid mas bien—respondió D' Aguesseau—que aquí se forjan los *escudos* que rechazan sus *armas*.—Abrumado por la edad y diversos achaques, se retiró, á los 82 años, con los honores de canciller y una pension de 100,000 libras, muriendo en 9 de febrero de 1751. Publicó numerosos escritos, que reunidos componen nueve tomos en 4.°, distinguiéndose por la esmerada correccion de estilo y armonía, si bien hay falta de nervio, de vehemencia. Fué enterrado, segun dejó dispuesto en su testamento, al lado de su esposa *Ana Lefebvre d' Ormesson*, á quien habia amado con ternura. Concluirémos estas noticias diciendo que D' Aguesseau era de media-

na estatura, grueso, y de risueña fisonomía hasta en sus desgracias, y que fué coronado en 1760 por la Academia francesa.

AGUSTIN (San). En la ciudad de Tagaste (Africa) año de 354, nació Agustin, siendo sus padres Patricio y Mónica, á quien tambien la Iglesia cuenta en el número de sus santos. Desde muy jóven comenzó los estudios en su patria, y los siguió sucesivamente en Madaura y Cartago, en cuyo último pueblo, lejos de sus padres y no escuchando mas que la engañosa voz de las pasiones, se entregó á una vida licenciosa, perdiendo algunos años en devaneos, que mas tarde le costaron lágrimas de arrepentimiento. Por aquella época tuvo un hijo llamado Adeodato, fruto de una union ilejítima, que murió en la flor de su edad. Uníase á esta vida de relajacion en las costumbres, su fanático celo por el maniqueismo, cuyo apóstol fué por espacio de algun tiempo, y que despues combatió con todas las armas que le suministraban su vigorosa dialéctica, su persuasiva elocuencia, el ódio que le inspiraba tan abominable secta y las doctrinas de los sagrados libros. Habíase ya robustecido y perfeccionado su entendimiento, con los estudios á que le obligaba su profesion de catedrático de retórica, que desempeñó en su ciudad natal y en las de Cartago, Roma y Milan, cuando se verificó su conversion; conversion en que tuvieron parte los discursos de Ambrosio, y los ruegos y lágrimas de Mónica, su madre, que cada dia lamentaba mas el desórden de sus costumbres. Fué, pues, bautizado en Milan, en la Páscua del 387, á los 32 de su edad, y desde aquel mismo dia dió principio á una vida santa y ejemplar, volviendo á la ciudad de Tagaste, en donde se consagró al ayuno y á la oracion. No fué perdida para él la esperiencia que habia sacado de las vanidades múndanas, antes, por el contrario, comparándolas con el sosiego y dulzura que proporcionan el retiro y las buenas obras, cedió sus bienes á los pobres, formó una comunidad con algunos amigos, y se afirmó mas y mas en su propósito de combatir los errores que estaban en boga en aquel tiempo, anunciando la palabra de Dios, por un privilegio á nadie concedido hasta entonces en Africa, y que debió á Valerio, obispo de Hipona á la sazon, que le ordenó de sacerdote contra su voluntad. En 394 derrotó á *Fortunato*, célebre maniqueo, en una conferencia pública, como quien ademas de conocer los lados vulnerables de la secta que aquel defendia, le superaba en talentos. En el concilio celebrado en Hipona en 393, esplicó de una manera tan admirable el *Símbolo de la fe,* que los obispos convinieron unánimemente en que merecia ser su compañero, como en efecto fué nombrado en el concilio de 395, dándole por coadjutor á Valerio en la silla de aquella ciudad. En cuantos actos y concilios se celebraron entonces, brilló la sabiduría de esta lumbrera insigne de la Iglesia, y ora confundiendo con inflexible lógica, filosofía y erudicion cuantos errores pretendian empañar su lustre, como sucedió en la conferencia pública que tuvo con Felix, uno de los mas acérrimos sectarios del maniqueismo, á quien no solo venció, sino que tambien logró hacer que abjurase su doctrina; ora trabajando infatigablemente, y desplegando toda la influencia que tenia con sus cólegas, en favor de la unidad de la Iglesia, como sucedió en 411, hallándose reunidos algunos obispos católicos y donatistas. A esta piadosa propaganda contribuia tambien la sociedad de clérigos que habia establecido en su casa episcopal, y con quienes vivia. Aun no eran suficientes estos triunfos de la inteligencia, de la virtud y de la religion, para apagar el clamor de los paganos, que, á falta de razones, atribuian las irrupciones de los bárbaros y las desgracias del imperio al establecimiento del cristianismo, y á la destruccion de los templos

donde recibian culto sus ídolos. Para acallar, pues, tan vanos clamores, publicó *La ciudad de Dios*, cuyo solo título recuerda, àun á las personas menos versadas en las letras, uno de los mas grandes y bellos monumentos de que puede envanecerse la literatura. Para analizar esta obra detenidamente, tendríamos que dedicar mas espacio del que nos permite la índole de nuestra publicacion; baste decir que es la obra maestra de San Agustin, y que en ella combate al paganismo de una manera, que nada deja que desear, combinando con admirable acierto los datos de la historia con profundas reflexiones filosóficas, los principios de moral con las pruebas de la religion cristiana, y todo con una elocuencia dulce y persuasiva á la vez. *La ciudad de Dios*, como lo indica su título, es la sociedad de los buenos, de la cual pasa el santo doctor á la *Ciudad del Demonio*, que es la de los malos, consiguiendo con este notable contraste poner en evidencia el bien ó el mal que se sigue de pertenecer á la una ó á la otra. En el año 418, se celebró un concilio general en Cartago (Africa) contra los pelagianos, y Agustin se mostró, como en ocasiones anteriores, tan ardiente enemigo de la herejía que aquellos sustentaban, ya por medio de la palabra, ya en los nueve artículos escritos por él con este motivo, que ha merecido el hermoso título de *Doctor de la Gracia*. Vivia en la mayor humildad y modestia, y era en lo caritativo un modelo, y su comida se reducia á verduras y legumbres. Moraban en su compañía los clérigos familiares, vistiéndose y alimentándose en mancomun, y jamas frecuentó su casa ninguna mujer, ni aun su propia hermana, y él únicamente visitaba á los pobres, huérfanos y enfermos, procurando mantener una saludable disciplina entre los eclesiásticos. No obstante la rigidez de sus costumbres austeras, el cielo permitió conservar su vida hasta la edad de 76 años, muriendo en Hipona, á 28 de agosto de 434, en ocasion de hallarse esta ciudad sitiada por los vándalos que, á su paso de Africa para España, se habian apoderado ya de varias poblaciones importantes; y que al rendirse aquella, en el año siguiente, respetaron el cuerpo de San Agustin, que por los años de 506 fué trasladado, segun se cree, por los obispos de Africa desterrados á Cerdeña, á esta ciudad, y de aquí al monasterio de San Pedro de Pavia, por órden de Luitprondo, rey de los Longobardos. Segun el historiador del Santo, las obras de este ascienden á 1030, comprendiendo en ellas los *Sermones* y *Cartas*. Entre las mas notables se cuentan las *Retractaciones* y las *Confesiones*, un *Tratado acerca de la Escritura Sagrada*, y otros *Contra varios herejes*. La moralidad y pureza de su vida desde que fué bautizado en Milan, brillaban en todos sus actos. Profesaba la máxima de que *vale mas tolerar á un malvado, que esponerse á refutar á un hombre de bien*. Iba calzado, y decia á los que andaban descalzos por mortificacion: *Seamos respectivamente caritativos; así como yo aplaudo y estimo vuestro valor, tolerad vosotros mi debilidad*. En su mesa se hallaban escritos dos versos:

«Quisquis amat dictis alienam rodere famam,
Hanc mensam vetitam duxerit esse sibi.»

AGUSTIN (Don Antonio) nació en Zaragoza, en el año de 1516; fueron sus padres Antonio Agustin, vice-canciller de Aragon, é Isabel, duquesa de Cardona, quienes procuraron darle desde su infancia una educacion correspondiente á su elevado rango. No salieron fallidas las esperanzas y tierna solicitud paternales, porque nuestro don Antonio Agustin llegó á ser uno de los hombres mas eminentes de España por sus vastos conocimientos é incansable amor á instruirse; tanto que, despues de haber estudiado en las célebres universidades de Salamanca y Alcalá, pasó á Italia (1535), para acabar de perfeccionarse en las no menos famosas de Bolonia, Florencia y Pádua.

El célebre colegio de San Clemente, de la primera de estas tres ciudades, ilustrado por el nombre de tantos sábios, le admitió en su seno cuatro años despues, siendo Agustin uno de sus principales ornamentos, ya por su práctica y profunda ciencia en los derechos civil y canónico, ya por su mucha literatura, asombrosa erudicion, y conocimiento en idiomas, antigüedades é historia sagrada y profana. Uno de los estranjeros mas celosos de la gloria de nuestro jóven compatriota, ó mas descontentos, porque este no admiraba su ciencia ó no seguia sus doctrinas, como lo hacian otros, acaso mas por rutina que por propio convencimiento, fué el famoso jurisconsulto Alciato, distinguidísimo erudito y crítico de aquella época, pero no menos infatuado con su saber, y uno de los profesores á cuyas lecciones asistió Agustin, así como tambien á las de Socimo y Benavides, honra de su sigio, á su llegada á Italia. No ignoraba Alciato la opinion que tenia acerca de él el jóven español, opinion que este manifestaba á su amigo Bernardo de Bolea, diciéndole en una carta: *Hic Alciatum inviti amplectimur;* y pretendió vengarse de Agustin escribiendo, como lo ejecutó, un emblema ó empresa contra los jurisconsultos. Semejantes dardos no podian herir al que estaba firmemente escudado con su mérito, como literato, y con la hidalguía y nobleza de su pecho, como hombre. Así es que no se dió por sentido, y desde entonces trabajó con mas constancia que nunca en su grande obra titulada: *Emendationum et opinionum juris civilis*, que publicó en 1543 en Florencia, colocándose con ella á la altura de los mas insignes jurisperitos, cuando aun no tenia mas que 25 años de edad. Ademas de esta obra, escribió durante el curso de su vida: notas sobre *Festo,* que son un modelo de erudicion; *Emendationi Gratiani*, anotada posteriormente por Balucio, y que debe consultar todo el que se dedique á la carrera del foro; *Constituciones de la Iglesia de Tarragona: Cánones penitenciales: Antiquæ collectioni decretalium: De propiis nominibus Pandectarum Florentinarum: Diálogos sobre medallas: Epitome juris Pontificis: Familiæ Romanorum triginta: De Militiis: De Legibus et Senatus consultis Romanis;* libros todos apreciabilísimos y algunos de ellos traducidos á diferentes idiomas. La estimacion que de sus talentos y virtudes hicieron algunos pontífices y reyes, se demostró patentemente en los altos cargos que desempeñó y en las dignidades que le fueron conferidas. El papa Paulo III le nombró auditor de la Rota; su nuncio en Inglaterra, Julio III, en 1544; y en 1557, le dió Paulo IV el obispado de Alisa en la tierra de Labor, nombrándole tambien enviado suyo en la corte de Fernando I, emperador de Alemania. Fué asimismo obispo de Lérida, enviado de Felipe II, rey de España á Sicilia, asistió al concilio de Trento, celebrado en 1562, y últimamente se le confirió el arzobispado de Tarragona que gobernó por espacio de 12 años hasta el de 1586, en que murió teniendo 70 de edad. Su vida fué tan santa, tan ejemplar, tan humilde, tan piadosa que no hay palabras con que encarecerla. Sus bienes eran patrimonio de los pobres, entre quienes los repartia con una generosidad, que solo puede esplicarse diciendo que cuando murió, no se encontró en su tesorería dinero con que sufragar los gastos indispensables á las exequias dignas de su alta clase. Su elevada inteligencia, unida, como hemos dicho ya, á una laboriosidad infatigable, hicieron de él un hombre de los mas doctos de su tiempo, admirando á todos la universalidad de sus conocimientos. Hombres tan ilustres como Pablo Manucio, el abate Lampillas y el insigne Andres Escoto lo confirman con sus autorizadas palabras. El primero de estos sábios decia á nuestro Agustin en una de sus epístolas:—«Escedeis á todos en literatura; y si yo soy algo con respecto á los demas, comparado con vos

nada soy.» El segundo en su conocidísimo *Ensayo histórico apologético* de la literatura española dice: «fué el primero que señaló el camino para volver la jurisprudencia á su primitivo esplendor.» Finalmente, Andres Escoto se deshace en elogios de esta lumbrera del derecho.

AICHAH, hija de Abou-Bekr. Nueve años solamente contaba de edad, cuando Mahoma la eligió por su segunda mujer, prendado de ella, ó por lo que llaman razon de estado. No faltan fundamentos para creer que fué por esta última circunstancia, y que triunfó en su alma ambiciosa la política del amor, resignándose á unirse á aquella por la influencia que pudiera prestar semejante alianza á los grandes proyectos del falso profeta; porque Abou-Bekr era uno de los árabes de mas crédito y mas distinguidos por su valor. Por otra parte, tambien consta que Mahoma la llevaba siempre consigo en sus espediciones, lo cual dice mucho en favor de sus simpatías hácia ella. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es, que Mahoma se casó con Aichah al finalizar el primer año de la Egira. En una de las espediciones mencionadas, Aichah perdió un collar de gran precio, echóse á buscarle, y se alejó poco á poco del sitio en que habia dejado su camello, el cual, visto por unos musulmanes que creyeron que ella estaba en el palanquin ó litera, fué llevado al campamento. ¡Cuánta no seria la pena de la pobre Aichah, al encontrarse sola, sin collar, sin camello, y, lo que es peor, sin honra! porque Aichah ya contemplaba perdida su honra, pensando en las murmuraciones que se levantarian contra ella que nunca se habia separado de Mahoma, y en los comentarios que suscitaria tan fatal incidente. Por fortuna, ó mas bien por desgracia, acudió á aquel sitio Sawan, guerrero jóven y gallardo, atraido por los lamentables clamores de Aichah que resonaban en el desierto. Ofrecióse á acompañarla hasta el real, en su camello, y ella que no encontraba otro medio de reunirse á los suyos, tuvo que aceptar, á pesar suyo. Llegaron, pues, al real, donde ya se la esperaba con la mayor inquietud, y al verla conducida por un jóven de gentil presencia, crecieron las sospechas de los árabes, que sin mas prueba no vacilaron en acusarla de infidelidad, diciendo entre otras cosas que la pérdida de un collar no era motivo suficiente para que la mujer del profeta, nada menos, descendiese al estremo de buscarlo, pudiendo haber dado esta comision á un oficial cualquiera del ejército; y que era muy estraño que hubiera llegado su distraccion hasta el punto de alejarse tanto del campamento. Las apariencias condenaban á la hermosa Aichah, y esta se vió en la precision de responder á tan graves cargos ante su esposo, Abou-Bekr y Omm-Rauman, quienes en vista de las razones que alegó en su defensa la declararon inocente. No sabemos qué razones fueron estas; pero algo valdrian, cuando Mahoma, conociendo que se acercaba el fin de sus dias, se retiró á la casa de Aichah, permitiendo que solo esta le cuidase, pues seguro de su afecto no temia el dar delante de ella muestras de flaqueza. Una de las personas de quienes mas resentida estaba Aichah era de Alí, que habia aconsejado á su esposo que interrogase á la criada cuando la pérdida del funesto collar. Así es, que luego que murió Mahoma, su viuda contribuyó directamente á destruir el califato de Alí; pero habiéndolo alcanzado este al cabo de algun tiempo, Aichah se retiró á la Meca, donde suscitó grandes facciones contra su enemigo, el cual en una reñida batalla, derrotó completamente el ejército de Aichah mandado por Thal-had y Zobeir, y aquella misma cayó en poder del vencedor. Lejos de abusar Alí de su victoria, respetó á la viuda de Mahoma, mandóla á la Meca y la dió 40 mujeres para que la sirviesen. En aquella ciudad permaneció el resto de sus dias, y en la misma murió el año 58 de la Egi-

ra, mereciendo el título de profetisa y la veneracion de los mahometanos que la consideran como una de las cuatro mujeres incomparables que, segun ellos, han aparecido sobre la tierra.

AIDANO. Nació en Irlanda á fines del siglo VI. Deseando consagrarse al retiro, tomó el hábito en un monasterio de Iona, en aquellas islas. La fama de su sabiduría, su piedad y demas nobles prendas que poseia en alto grado, y que hubiera querido ocultar con gusto en el silencio y oscuridad del claustro, llegaron pronto á oidos de Oswald, rey de Northumberland, quien necesitando algunos monges que instruyesen á los habitantes de su reino en todo lo relativo al conocimiento y práctica de la religion cristiana, escribió en 634 á Sejeno, abad del monasterio en que estaba Aidano, rogándole que no dejase de enviar á este. Hízolo así, en efecto, Sejeno, y aun hizo mas, que fué nombrarle principal cabeza de aquellos misioneros, pasando en seguida Aidano á Northumberland, donde se consagró de obispo. Estableció su obispado en la tierra de Lindisfarne, pequeña isla de las costas de Northumberland, que le cedió Oswald, y que tomó el nombre de *Holy-Island* (Isla santa); y construyendo un monasterio bajo la regla de San Colombiano, dió principio á su religioso apostolado, con un celo y actividad que en poco tiempo dieron opimos frutos. Consagrado esclusivamente á su importante y benéfica mision, no descuidaba ninguno de los deberes que esta le imponia; socorria liberalmente á los pobres, consolaba á los desgraciados, y dió insigne ejemplo de humildad y resignacion en los trabajos y enfermedades, en todo el curso de su vida y hasta en la hora de su muerte, que acaeció en 31 de agosto de 651, bajando al sepulcro en olor de santo, y siendo enterrado en la iglesia episcopal de Lindisfarne. Tambien parece que en vida, y despues de su muerte, obró muchos milagros. Entre otras particularidades que se refieren del obispo Aidano, y que confirman su humildad, hay una que merece consignarse. Agradecido el rey Oswald á sus servicios apostólicos, le regaló un soberbio caballo, magníficamente enjaezado. Un dia en que Aidano iba montado en él, le salió al encuentro un pobre á pedirle una limosna; y como no llevase dinero que darle, apeóse del caballo, y entregándoselo al mendigo, continuó á pié su camino. Quejóse el rey á Aidano, diciéndole que bien podia haber socorrido de otra suerte á aquel infeliz, y no regalándole un caballo de tanto valor.—«Creo —le respondió Ai- «dano — que no habeis considerado es- «te asunto con la atencion que merece. «¿Estimaríais vos en mas al hijo de «una yegua que á un hijo de Dios? «*¿Numquid tibi carior est ille filius* «*equæ, quam ille filius Dei?*»

AIMAR ó AYMAR (Santiago), labrador de Veran, en el Delfinado. No proporcionando sin duda á este la esplotacion de la tierra las utilidades que se habia prometido, resolvió, como cosa mas fácil, dedicarse á esplotar la credulidad del vulgo, abandonando la reja por la vara adivinatoria. Santiago podria no conocer otras muchas cosas buenas, pero de seguro no se escapaba á su penetracion la humana flaqueza, que siempre cree á piés juntillas todo lo que halaga sus deseos y pasiones. Pretendia con su instrumento mágico, el buen Santiago, descubrir nada menos que los tesoros ocultos, los metales, los adúlteros de ambos sexos, los homicidas, ladrones, etc.; y todo lo descubria, segun él, por las vibraciones de su varita y por la conmocion que esperimentaba al hallarse presente ó cerca de la persona ú objeto de sus pesquisas. Un hombre de esta naturaleza no tendria precio en los tiempos que alcanzamos; y aun en los suyos, á ser cierta su facultad adivinatoria, no le hubiera dejado muchos ratos de ocio el oficio. Dejóse engañar el vulgo, como siempre sucede, y el

ingenioso Aimar recogió por espacio de algun tiempo abundante cosecha de dinero, porque de todas partes llovian consultas, mas que agua cuando era labrador; pero semejante farsa no podia ser muy duradera; empezaron á conocer los engaños, y hé aquí que el mismo que antes era poco menos ó poco mas que un santo, se vió tratado como un miserable impostor, sin que le valiesen en tan apurado trance su fingida devocion, sus frecuentes confesiones, ni el escrúpulo con que conservaba su virginidad, *sin la cual*, segun decia, *la vara perderia su virtud*. Lo que le desacreditó completamente, fué el interrogatorio que sufrió, y las pruebas á que le sometieron en el palacio de Condé, en Paris, á donde fué llamado en 1693. Descubierta su superchería, tuvo que confesar que, en efecto, ni la varilla tenia la virtud que él la habia atribuido, ni él era mas que un pobre diablo á quien la miseria sugirió la idea de especular de aquella suerte. No faltó, sin embargo, quien á pesar de este desenlace defendiera á Santiago; el abate de Vallemont, hombre fanático y sin juicio, publicó entonces un *Tratado de la física oculta de la varilla adivinatoria*, especie de apología del labrador de San Veran. De este no se sabe mas, sino que despues de haber hecho tanto ruido, murió en su pueblo en 1708, ignorado de todo el mundo, á la edad de 46 años.

AISSÉ (La jóven). Nació en Circasia en 1693, y ciertamente en nada desmintió la proverbial belleza de las mujeres de su pais. Pero esta misma belleza fué la causa de sus desgracias. Habiéndola comprado á un mercader de esclavos, cuando solo tenia 5 años de edad, el conde de Farriol, embajador en Turquía, la llevó consigo á Francia, y la dió una educacion esmeradísima aunque no muy moral, ni muy cristiana; sin duda porque así convenia á los proyectos de quien con capa de protector esperaba abusar impune é infamemente del candor de aquella desventurada criatura. Aissé crecia en atractivos y en talentos, y miraba al que creia su bienhechor como una hija á su padre, lo cual, lejos de reprimir las pasiones del conde, fué el mas poderoso incentivo de ellas, que al fin empañaron la inocencia de la desgraciada jóven. Cuando murió el conde, la encantadora circasiana, que era considerada como un prodigio de hermosura, se vió rodeada de infinidad de admiradores, entre los cuales prefirió al caballero de Aidy, de quien tuvo una hija. Pero sea de resultas de una enfermedad grave que padeció, sea por otras causas ignoradas, lo cierto es, que llena de remordimientos renunció al mundo, y volvió al seno de la religion, que tiene consuelos hasta para los momentos mas amargos de la vida. Verdad es que Aissé nunca pudo recobrar completamente su antigua serenidad de espíritu, ni su alegría, y era que, no obstante sus propósitos y esfuerzos para alejar de sí al objeto de su amor, la imágen de este la perseguia á todas horas. Esta lucha incesante y terrible fué aniquilando poco á poco su espíritu y su débil naturaleza, hasta que murió en 1733, á los 39 años de edad. Dejó escrita una coleccion de cartas, que entre otras apreciables dotes tienen la de una narracion fácil y viva, y en ocasiones interesante, que unida á la gracia de estilo, disculpan en parte ciertas frases y palabras demasiado libres, y mas en una mujer. De estas cartas, dirigidas á madama Calandrini, se han hecho en Francia algunas ediciones.

AKIBA. Hasta la edad de cuarenta años fué pastor; en cuya época se enamoró en tal estremo de la hija del amo, que, habiéndole prometido esta corresponderle y casarse con él, si llegaba á hacerse doctor de su nacion, Akiba abandonó su humilde oficio, dedicándose desde entonces con el mayor afan á los estudios indispensables al logro de sus deseos. Al fin vió estos realizados, hízose doctor, y llegó á ser uno

de los principales rabinos de los que figuraban en el colegio de Tiberiades, en el siglo I de Jesucristo. Su fanatismo era igual, si no escedia al de sus cólegas, y así no tardó en declararse partidario de Barcochebas, falso Mesías, á quién aplicó la profecía de Balaam, que dice: *Orictur stella ex Jacob etc.* Tan sensible como habia sido al amor, que de tosco campesino le convirtió en hombre de ciencia, fué duro con los judíos, en cuya sublevacion empleó toda su influencia, y con quienes cometió tales y tantas crueldades que fué condenado á muerte por el emperador Adriano en el año 135 de Jesucristo, teniendo 120 de edad, segun los judíos. Despues de su muerte, y á consecuencia de haber sido uno de los principales motores de las pasadas turbulencias, la venganza de los romanos no perdonó á su mujer, hijos, ni discípulos, que fueron víctimas de aquellos. Los rabinos atribuyen á Akiba el *Libro de la creacion*, que dió bajo el nombre de Abraham.

ALAMANNI (Luis), nació en Florencia en 28 de octubre de 1493. Fué poeta muy culto y de gran fecundidad y erudicion, como lo demuestran el número y calidad de sus obras, que no harémos mas que citar, contando solamente las que corren impresas, y son: el *Poema* de *Girone il Cortese*, que algunos creen traduccion en verso de la novela *Giron le Courtois:* el poema *Della Coltivazione*, que los italianos estiman en tanto como las *Geórgicas* de Virgilio: *Abarchides*, poema; *Flora*, comedia; *Antígono*, tragedia; la *Fábula de Narciso;* el *Diluvio universal;* la *Fábula del Atlante;* tres libros de *Selva;* la *Fábula de Faetonte;* 30 elegías, 14 églogas, 178 sonetos, 112 epigramas; oraciones á la milicia florentina, otras muchas rimas esparcidas en varias colecciones, y alguna carta. De resultas de una conspiracion fraguada contra Julio de Médicis (que luego llegó á ser papa, bajo el nombre de Clemente VII), tuvo que huir á Francia, perseguido como uno de los principales revoltosos por dicho cardenal, que á la sazon gobernaba la república florentina. Protegido en Francia por Francisco I, que apreciaba mucho sus producciones, fué nombrado en 1544 embajador en la corte del emperador Cárlos V. Llegó á Madrid Alamanni, y cuando fué admitido á la audiencia de este último soberano, pronunció un discurso lleno de alabanzas enfáticas, al principio de cuyos períodos siempre estaba la palabra *Aguila*. Es de advertir, que el poeta embajador habia compuesto antes en elogio del rey de Francia, una especie de fábula satírica dialogada; cuyos interlocutores eran un gallo y un águila, y en la cual el primero decia á la segunda:

L' aguila grifagna
che per piu divorar due becchi porta;

El águila rapante
que por mas devorar tiene dos picos;

Como el emperador hubiese leido la fábula, quiso poner á prueba la serenidad de Alamanni, contestando á su discurso no mas que con los versos que recordaba:

L' aguila grifagna
che per piu divorar due becchi porta;

No por esto se desconcertó el italiano, antes respondió al momento. «Señor, cuando escribí los versos que me ha citado V. M., era poeta, y como tal tenia carta franca para mentir, pero ahora soy embajador, y mi boca no debe decir mas que la verdad; entonces era jóven, y hoy pienso como hombre cuerdo.» El emperador aplaudió esta franqueza. Despues de haber sido empleado en otras varias negociaciones diplomáticas, por Enrique II, sucesor de Francisco I, que siguió dispensando al poeta el mismo aprecio que este, murió en Ambroise en 18 de abril de 1566.

ALARCON (Hernando de), ó el señor Alarcon, como se le llamó despues en consideracion á sus grandes servicios, autoridad y puestos militares, na-

ció en la villa de Palomares de Huete el año de 1466. Debió su orígen á don Diego Ruiz de Alarcon, caballero de muy antigua y muy ilustre ascendencia y á doña Isabel de Llanes Santoyo, señora notable por su virtud y discrecion. De él, como de todos los grandes capitanes que asombraron con su valor y su pericia en el arte de la guerra, háse dicho, que cuando niño todos sus entretenimientos y diversiones eran, escuadronar ejércitos, ensayarse en las voces de mando, y sobre todo enredar con las armas de su tio Pedro Ruiz de Alarcon, militar esperto y valeroso. Mas, si bien es cierto que no siempre influyen en la vocacion de su carrera los juegos de los muchachos, de Hernando de Alarcon puede asegurarse, que los suyos fueron el preludio de sus bélicos ejercicios y victorias. Aun no contaba 16 años cuando abandonó la casa paterna, y en compañía de ese mismo tio, que hemos apuntado ahora, y bajo su conducta, fué á estrenar sus ojos y su espíritu, ya que no podia aun sus brazos y consejo, en los sitios de Alhama y Loja y otras jornadas hasta la rendicion de Cohin. En este punto murió peleando su tio y ayo juntamente; pero como entonces la ocupacion favorita y mas honrosa de los nobles era combatir por su patria y por su rey, no faltó á Alarcon otro tio que se encargase de la continuacion de su enseñanza, y que, haciéndole teniente de la compañía de ginetes que él comandaba, le dirigiese en las campañas restantes. Tal fué don Martin Alarcon. Con tan hábiles preceptores, y al lado de los Navarros, Pescaras, Leyva y Moncada, no es, pues, de estrañar, que Hernando llegara á ilustrarse tanto en aquellas famosas facciones, en que la bizarría y el pundonor eran como virtudes de moda entre los guerreros españoles. Despues pasó á Nápoles, en compañía del Gran Capitan, á cuyas órdenes militó; y en el socorro de Seminara, puesto á la frente de cien ginetes, dió ya muestras de lo que mas adelante llegaria á ser. Así es que, muy luego, Gonzalo Fernandez de Córdova principió á valerse de Alarcon para cualquier empresa de importancia, bien pidiéndole su consejo y ya colocándole en el punto de mayor peligro: acreditando siempre nuestro héroe que la eleccion que de él se hacia jamas era desacertada. El mismo Gran Capitan pudo ser testigo de la intrepidez de Alarcon en la escalada y toma de Cefalonia, así como de su ardimiento y arte de estratagemas en las batallas de Seminara y del Garellano. Terminada felizmente la primera y segunda guerra de Nápoles, de donde habian regresado á España el rey Católico y Gonzalo Fernandez de Córdova, Hernando fué llamado á la metrópoli, á tiempo que iba á rendirse al amor por los hechizos de una dama, tan pobre de nobleza como rica de hermosura. De suerte que, no hubo lugar para capitular de débil en este género de lid al que tan esforzado se mostraba siempre en los campos del Dios Marte. Muy luego fué nombrado por el rey para la espedicion contra Trípoli y Bujía que habia de mandar el conde Pedro Navarro. Despues volvió á Italia, cuando se renovó la guerra de la Santa Liga, y estrenó su valor y su desgracia en la famosa batalla de Ravena en que quedó herido y prisionero. Rescatado luego, continuó señalándose en la política al servicio del rey católico, hasta que sucediéndole en los derechos el emperador Cárlos V, se suscitaron nuevas pretensiones sobre varios Estados de la codiciada y siempre afligida Italia. Entonces las dos Calabrias recibieron á Hernando por su gobernador, Sicilia por restaurador de la pública tranquilidad, y la Lombardía le vió de nuevo gobernando la caballería ligera del ejército coligado de España y del Imperio, al frente del cual ejecutó acciones de capitan esperimentado. Rota la guerra entre España y Francia, Alarcon fué nombrado comisario general del ejército de la Liga, y figuró dignísimamente en el sitio de Milan y en la batalla de Bicoca, en que triunfaron los espa-

ñoles. En la segunda campaña de 1523 se señaló en la defensa de Milan contra Lautrech, ya con vigorosas salidas, ya con fortificaciones de nuevo arte é invencion. Pero los dos hechos que mayor fama le dan á Alarcon y mas renombre, son la famosa batalla de Pavía, en que por lo mismo que mandaba la banda de caballería que rompió el escuadron del rey Francisco y le cogió prisionero, hubo de concedérsele, como á quien le correspondia de derecho, la custodia de tan ilustre prisionero, y luego su conduccion á España y la guardia que aquí se le dió; y el otro hecho, el de haber libertado á Roma del último estrago, cuando fué saqueada por los imperiales y encerrado en el castillo de San Angelo el papa Clemente VII. Entonces vino desde Nápoles, donde se hallaba, contuvo á la soldadesca y se hizo cargo del Santo Padre, á quien tuvo el honor de dar la guardia mientras se halló preso. Finalmente, nombrado por el emperador en 1531, general de las armas, continuó sirviendo con todo el celo y toda la decision de un leal vasallo, siendo uno de los principales instrumentos de que se valió la Providencia para destruir los enemigos de España en la famosa jornada de Túnez. Retirado en Castelnovo, acabó allí su vida cargada de años y de hazañas á 17 de enero de 1540.

ALARICO I, segundo rey de los godos, sucesor de Atanarico, y llamado el *Emprendedor*, con razon; pudiendo merecer acaso tambien el nombre de *Clemente*, considerados los tiempos en que vivió y circunstancias que le rodearon. Alarico es uno de los mas célebres guerreros que figuran en la historia de las grandes invasiones de los bárbaros, que abandonando las frias y estériles regiones que habitaban, se desparramaron por Europa como un torrente sin diques, trastornando la sociedad entonces existente, y que como un edificio combatido por recias tempestades, se desmoronaba ya por todas partes. Si aquellas invasiones, si la inmensa convulsion de la vieja Europa, que comenzó en el siglo IV, fueron una calamidad, un azote del cielo como muchos historiadores creen, porque no consideran mas que la superficie de las cosas y de los acontecimientos, nosotros juzgamos, por el contrario, que fueron un beneficio de incalculables, de infinitos resultados; ademas, la Providencia nunca obra en virtud de un impulso ciego, y menos en ocasiones solemnes como aquella, en que el mundo antiguo agonizaba, envuelto en la mortaja de sus vicios y de sus iniquidades. Proclamado Alarico rey, por eleccion, en el año 382, lo cual motivó no pocas discordias dentro de su misma nacion, atizadas por Radagayso que pretendia arrojarle del trono, y á quien supo vencer con su generosidad y prudencia, mandó á este á Roma, de cuyas rapiñas y vejaciones habia sido víctima su reino, como todos los que caian bajo el poder de la señora del orbe; tanto por abatir el orgullo de aquella ciudad, cuanto por sacudir de una vez el yugo de la dependencia, que pesaba sobre su propio pueblo. Dirigióse, pues, Radagayso á la capital del orbe cristiano con un ejército de 200,000 combatientes. y aunque le venció Estilicon, general romano, no acabó con él, como pudiera haberlo hecho, sin duda para que aquel tornase con nuevos bríos, pretendiendo Estilicon vengarse de este modo de Honorio, con quien no le unian buenas relaciones. Irritado Alarico por este desgraciado suceso, marcha en persona contra Roma en 408, obedeciendo al impulso de su corazon que ardia en sed de gloria y de venganza. Acércase á sus muros, sitiala y se prepara á entrar en su recinto á sangre y fuego; ¡tal era la indignacion que hervia en su pecho! Pero el senado, flaca imágen de lo que habia sido en tiempos de fortuna y prosperidad romanas, mandó consternado embajadores al rey godo, que prometió, conmovido por sus ruegos y lágrimas, abandonar su presa, con la condicion de

que habian de entregarle todo el oro, alhajas y objetos preciosos que hubiese en la ciudad. Uno de los embajadores le preguntó:—«Entonces ¿qué dejais á los habitantes?—La vida, respondió Alarico.» Aun fué todavía mas humano, y se contentó con una gran suma de libras de oro, cuatro mil mantos de seda y tres mil tapices de púrpura, que Honorio prohibió le entregasen. Viendo Alarico que los romanos no trataban de cumplir la promesa que, apurados por la necesidad, le hicieron, y á que, como gentes degeneradas, faltaron, pasó por segunda vez á Roma (en 24 de agosto de 410), y apoderóse de ella, perdonando, segun unos historiadores, á todos sus habitantes, que imploraron de nuevo su piedad, y segun otros, solamente á los que se acogieron á los templos ó invocaban el nombre de Jesucristo. ¡Admirable leccion en un bárbaro, que debiera haber sido imitada por muchos príncipes cristianos en el nombre, y fieras en sus hechos! Su genio emprendedor le impulsaba á la conquista de Sicilia, y de una parte del Africa, y se embarcó con todo su ejército; pero murió repentinamente en la Calabria, á poco tiempo, y despues de una deshecha borrasca que destrozó su armada, cuyo suceso le causó al parecer tal sentimiento, que apresuró el término de su vida.

ALARICO II, rey de los visogodos. Este príncipe, sucesor de su padre Eurico, fué aclamado rey por eleccion en 483 ú 84. No se distinguió, como el que antecede, por su valor, por su genio belicoso, por su prudencia, ni por otras nobles prendas que á aquel enaltecian, pero preciso es confesar que, aunque era celoso arriano, no se ensañó contra los católicos, y que prestó un gran servicio á su época con la recopilacion de leyes, encomendada á su consejero Aviano, y conocida con el nombre de *Código de Alarico*. Este código, tomado en parte del *Teodosiano*, lo promulgó para que los romanos se gobernasen por él, y les fuese de esta suerte menos dura la nueva dominacion á que estaban sujetos. Su reino comprendia los paises situados entre el Ródano y el Garona, parte de los cuales formaban la Galia Gótica, codiciada por Clodoveo, cuya ambicion pretendia aumentar con ella sus Estados. No era muy difícil la empresa de este príncipe, considerando que Alarico, mas que á los deberes que le imponia su elevado cargo, se entregaba á toda clase de disoluciones y desórdenes, y vivia en ociosa holganza gran parte del tiempo, con menoscabo de su autoridad y de su fama.. Así, pues, Clodoveo, atacó al monarca visigodo, tal vez sin justo motivo, que de estos ejemplos llenas están las historias, y le derrotó en Vouglé, en 506, atravesándole el pecho con su lanza un soldado frances. Alarico II reinó 23 años, y con él acabó la dominacion de los godos en aquella parte de la Galia, bello floron de su corona desde los tiempos de Ataulfo, que fué el primero que se estableció allí.

ALAVA (don Miguel Ricardo), general español, nació el año de 1771, en Vitoria, de una familia ilustre. Muy jóven sentó plaza en la marina, donde se distinguió de tal manera, que ascendió bien pronto á capitan de fragata. Poco despues pasó al ejército de tierra con el grado correspondiente. En 1807 abrazó el partido de la Francia, al cual sirvió con celo y desinteres. Habiendo sido nombrado miembro de la junta de Bayona, fué uno de los que firmaron la nueva constitucion dada á España por Bonaparte. A poco marchó á Vitoria, de donde pasó á Madrid, acompañándole siempre al rey José, y allanándole todos los obstáculos que encontraba en su marcha. Pero luego ya dejó de ser fiel al monarca intruso; hácia la época de la batalla de la Albuera, en 1811, abandonó las banderas francesas y fué á ocupar el puesto que le estaba designado en el ejército de sus compatriotas. Y como los hechos de armas se repetian sin ce-

sar, tuvo muy pronto ocasion de distinguirse á los ojos de lord Wellington, que le nombró su edecan. Despues de la célebre batalla de Vitoria, ganada por el ejército español é ingles coligados, Alava, para impedir que su ciudad natal fuese saqueada, penetró en ella uno de los primeros. Por influjo de Wellington, obtuvo Alava el grado de general de brigada; así es, que no se separó de su protector hasta despues de la batalla de Tolosa, época en que volvió á entrar en España. Empero Fernando VII se manifestó quejoso de él, sin que sus últimos é importantes servicios hubiesen alcanzado á borrar de la mente del monarca la idea de su primera defeccion. Por lo tanto, fué aprisionado, hasta que, el general ingles intercedió nuevamente por él; en cuyo caso fué puesto en libertad á los pocos dias. Alava, entonces, supo insinuarse de tal manera en el ánimo del monarca, que alcanzó ser nombrado embajador de España en los Paises Bajos. Y fué en el ejercicio de sus funciones diplomáticas, en el que mostró Alava una completa tolerancia para con sus compatriotas desterrados, siendo acaso su humanidad la que dió motivo á que se le reclamara de España el año de 1819. Al principio de la revolucion de 1820, fué elegido diputado á Cortes por la provincia de Alava. En aquella asamblea votó siempre con el partido exaltado, señalándose mucho en diversas cuestiones por su oposicion á los que llamaba serviles. En mayo de 1822, las Cortes le nombraron su presidente; cuyo honroso cargo no le impidió ponerse al frente de la milicia nacional de Madrid, y sostener contra los rebeldes á los generales Morillo y Ballesteros el memorable 7 de julio del mismo año. Mas adelante, se trasladó con dicha milicia nacional á Cádiz, donde las Cortes habian hecho conducir al rey. Cuando en setiembre de 1823, el ejército frances envistió esta ciudad, Alava fué encargado por las Cortes de pasar al cuartel general del duque de Angulema, y de negociar con este caudillo la paz. Las condiciones que entonces exigió á nombre de las Cortes, la principal de todas el otorgamiento de un gobierno representativo, fueron desechadas por el príncipe; el que declaró que antes de entablar negociacion alguna, era indispensable que Fernando VII pasase libre al cuartel general frances, sin lo cual no escucharia proposicion alguna. En una segunda entrevista, Alava recibió la seguridad de que el duque emplearia toda su influencia en determinar al rey Fernando á que concediese á España una constitucion conforme con sus necesidades; y de que, despues de la rendicion de Cádiz, ningun liberal seria molestado por sus opiniones, siendo desde entonces libres de marchar al estranjero ó de quedarse en su pais. Estas seguridades, de que no quiso acordarse el duque cuando las invocaron los vencidos, no se habian dado seguramente con un carácter oficial; pero ellas fueron repetidas en las proclamas suscritas por el rey, que se publicaron antes de salir este para el cuartel general frances. Fernando las declaró nulas, así como todos los actos del gobierno y de las Cortes, hasta el momento de quedar él en libertad. Alava, entonces, se embarcó con la mayor parte de los diputados para el reino de Inglaterra. Despues de la muerte de Fernando VII, el ilustre proscrito volvió á entrar en España, y abrazó al punto, como era de esperar, la causa de Isabel II. En 1834 fué nombrado embajador en Lóndres, y en 1835 se le trasladó con el mismo destino á Paris. Cuando los sucesos de la Granja rehusó jurar la constitucion del año 1812, por lo cual se retiró á Francia. Su muerte acaeció en 1843.

ALBERICO II, señor de Roma, hijo de Alberico I. Al casarse su madre Marozia, de terceras nupcias, con Hugo de Provenza, rey de Italia, en uno de los saraos con que celebró este sus bodas, pidió á su entenado, el jóven Alberico, un aguamanil para lavarse; Al-

berico derramó por descuido el agua, y Hugo enojado le dió un bofeton. Ultraje tan grande no podia ser perdonado por quien, ademas de primer baron de la antigua capital del orbe, ejercia poderosa influencia en sus habitantes. Los romanos, por otra parte, estaban descontentos de los provenzales, que formaban la corte de Hugo; así es, que no tardaron en levantarse con las armas en la mano, encerraron al rey en el castillo de San Angelo, de donde logró fugarse, y arrestaron á Marozia. Lavada tan victoriosamente la afrenta hecha á Alberico, aclamaron y reconocieron á este por señor de Roma. En 933 pretendió arrebatarle su señorío Hugo, que puso sitio á la capital con respetables fuerzas, pero sin lograr sus deseos, porque los moradores la defendieron con heróico valor. Pasado algun tiempo, se reconciliaron los dos enemigos, casándose Alberico con Alda, hija de Hugo, quien, por disposicion espresa de aquel, nunca mas volvió á pisar el recinto de Roma, que gobernó por espacio de 23 años el hijo de Marozia, sabiendo conquistar el amor y respeto de toda Italia con su prudente y hábil política. Murió en 954, dejando un hijo llamado Octavio, que mas tarde fué papa con el nombre de Juan XII, y que reunió los poderes espiritual y temporal.

ALBERONI (Julio). Nació en 1664 en el ducado de Parma, y fué hijo de un jardinero. En los primeros años de su vida parece que siguió el oficio de su padre; pero á medida que iba creciendo en edad, crecian tambien sus deseos de salir de tan humilde esfera, porque sentia dentro de sí esa fuerza desconocida que impulsa al hombre de genio hácia sus destinos. Sin embargo, es probable que Alberoni no hubiera salido nunca de jardinero, ó á lo sumo de cura de aldea, sin uno de esos acontecimientos casuales, en los que, por insignificantes que sean á primera vista, se encierra á veces el porvenir de un hombre. Cura era de un lugar, cuando, habiendo entrado en su casa el poeta *Campistron*, á quien acababan de robar en el camino, *Alberoni* le acogió con el mayor obsequio y amabilidad, vistióle, y aun le dió una pequeña suma para que pudiera llegar á Roma. Algunos biógrafos dicen que quien protegió despues á Alberoni, fué el obispo de San Donino; pero hay mas fundamento para creer que fuese Campistron, quien, siendo secretario del duque de Vendome, cuando este pasó á Italia mandando el ejército frances, se acordó de su bienhechor y lo recomendó á su amo, haciendo los mas cumplidos elogios de su inteligencia y otras felices dotes. Vendome, que apreciaba á Campistron, quiso complacerle, dando á Alberoni una comision que este desempeñó tan á gusto del príncipe, que desde entonces quedó agregado á su servicio, en clase de secretario, y le llevó consigo á Francia y España. Muerto Vendome, el duque de Parma nombró á Alberoni su agente político en Madrid, en cuyo cargo se supo granjear la confianza de Felipe V. Conociéndose ya en situacion de desplegar los inmensos recursos de su ardiente imaginacion, concibió el proyecto de negociar la boda de este monarca con Isabel Farnesio, heredera de los ducados de Parma, Plasencia y Toscana; con lo cual lograria el triple objeto de captarse el favor de la nueva soberana, alejar de Madrid á la princesa de los Ursinos, mujer intrigante y dotada de maravillosa travesura, que dirigia con su influencia los negocios de España, y conquistar para sí el valimiento que esta alcanzaba con el rey. El diplomático italiano se condujo con tal astucia y acierto en esta negociacion, que los resultados no pudieron ser mas satisfactorios para él; la boda se realizó, la princesa de los Ursinos recibió una órden de destierro, y Alberoni fué sucesivamente nombrado primer ministro, cardenal y grande de España. Colocado al frente del gobierno de esta nacion desde 1715, pensó en realizar los vastos proyectos que

hervian en su mente, siendo uno de los principales el de recobrar todo lo que España habia perdido en Italia. Mas para esto era preciso empezar por consolidar y robustecer en el primero de estos paises la autoridad suprema, reformar los abusos introducidos ó tolerados por sus antecesores, así como tambien la administracion pública que no se hallaba en estado muy lisonjero. Así lo hizo, y uniendo á estas importantísimas reformas la creacion de una marina y la buena organizacion del ejército, logró restablecer en gran parte el poder é importancia de nuestro pais en sus épocas mas gloriosas. Para la conquista de Cerdeña y Sicilia, preparó grandes armamentos, que si bien no dejaron de fijar la atencion de las potencias europeas, ninguna pudo adivinar las intenciones con que se hacian, hasta que empezaron las hostilidades contra aquellos Estados. Con el objeto de asegurarse mas y mas en sus atrevidas empresas, y contrarestar el poder de las potencias interesadas en que no se llevasen á cabo, se coligó con el Czar Pedro el Grande, con Cárlos XII, y con la Sublime Puerta, proponiéndose armar al Turco contra el emperador, al Czar y al rey de Suecia contra los Ingleses; arrestar en Francia al duque de Orleans, y privarle de la regencia, haciendo que los Estados Generales se la confiriesen á Felipe V, y, en fin, destruir el poder del Austria en Italia, contribuyendo á la independencia de este último pais. Contra esta alianza se habia formado otra, luego que empezaron á manifestarse las intenciones de Alberoni respecto de Sicilia y Cerdeña, entre Inglaterra, Holanda y Francia. Planes tan colosales y en los que tantos intereses y personas estaban comprometidos, fueron descubiertos por una cortesana, y el duque de Orleans, en union con la Inglaterra, declaró la guerra á España en 1719. No por esto desmayó Alberoni, quien con sus consejos decidió á Felipe V á marchar hasta las fronteras del reino, en ocasion en que ya los franceses tenian ocupadas algunas de nuestras plazas fuertes, lo cual obligó al monarca español á firmar las paces, que se concluyeron poniéndose como una de las principales condiciones por la parte contraria, la destitucion del cardenal italiano; que se verificó, efectivamente, en diciembre de 1720, mandándole salir de Madrid en el término de 24 horas, y de todo el reino en el de quince dias. Despues de su ruidosa caida, no hubo desgracia que no le persiguiese; apostáronse de intento asesinos contra él; tuvo que apelar á diferentes disfraces para no ser conocido; viajaba á pié todo el tiempo que sus fuerzas le permitian; prendiéronle á su entrada en Francia, caminó siempre escoltado, como si fuese un facineroso, y fué arrestado luego en Génova, por sugestiones del rey de España y del papa Clemente X. Estas desgracias no se mitigaron hasta despues de la muerte de este pontífice; y aun gobernando ya la Iglesia su sucesor Inocencio III, que sometió al exámen del Sacro colegio la conducta de Alberoni, acusado de inteligencia con el turco, fué condenado á reclusion en una casa de jesuitas. Absuelto posteriormente de toda culpa, se retiró por algun tiempo á su patria, en donde estableció un seminario, construyendo á su costa el magnífico edificio que destinaba al efecto, y que en 1746 fué bombardeado por la artillería española y genovesa reunidas. Ocho años antes habia sido encargado de la legacion de la Santa Sede en la Romanía; en cuyo tiempo formó el proyecto de agregar la pequeña república de San Marino á los Estados Pontificios; pero ni aun en esto quiso ayudarle su mala estrella. Benedicto XIV decia comparando sus antiguos y vastos planes, con este de tan escasa importancia: «Alberoni se parece á un gloton, que despues de haber comido opíparamente, aun quisiera un pedazo de pan negro.» Este insigne hombre de Estado, á quien tal vez no faltaba otra cosa que fortuna, puesto que era activo, sagaz, enérgi-

co, ambicioso, audaz, firme en sus resoluciones y dotado de una inteligencia y penetracion nada comunes, murió en 26 de junio de 1752, á la edad de 87 años, dejando una reputacion de político, casi tan eminente como el cardenal Jimenez de Cisneros y Richelieu.

ALBERTO EL GRANDE, llamado en latin *Albertus Magnus*, *Albertus Teuthonicus*, *Frater Albertus de Colonia*, *Albertus Ratisbonensis*, *Albertus Grotus*, es uno de los mas notables entre los filósofos y teólogos que han brillado en la edad media, antes del renacimiento de las letras. Su orígen se halla en la familia de los condes de Bollstædt, y vió la luz por primera vez, segun unos en 1192, segun otros en 1205. Se ha querido suponer que el sobrenombre de *Magnus* no es otra cosa que una traduccion de *Grotus*, hecha en bajo aleman ó en holandes, *Grot*, *Groot*, y en alto aleman *Gross*, que quiere decir *Grande;* pero como no se ha podido probar nunca que alguna de las ramas del árbol genealógico Bollstædt se haya distinguido con el apellido de Grot, nosotros creemos, con los eruditos de mas valer, que el epiteto de *Magnus*, dado á Alberto, fué un homenage rendido á la multitud maravillosa de conocimientos en todo género, que poseia en aquel tiempo. Hizo sus primeros estudios en Pavía, aficionándose desde luego, con especialidad, á la observacion de la naturaleza. Mas á poco, el célebre fraile dominico Jordan, que habia tomado grande ascendiente sobre su espíritu, le decidió, sin grande esfuerzo, á que abrazase la órden de Santo Domingo. Esta, muy pagada de los talentos prematuros que habia visto desplegar á Alberto, le confió el cargo de instruir á la juventud. Esplicó, pues, filosofía y teología, sucesivamente en Colonia, en Hildesheim, en Friburgo, en Strasburgo, en Ratisbona, y por último en Paris, donde la multitud de sus oyentes fué tan considerable, que no se encontró salon suficientemente grande para contenerlos á todos, y el orador se vió precisado á dar sus lecciones en la plaza Maubert, que aun conserva su nombre. En 1249, su reputacion siempre creciente, le valió ser enviado á regir la universidad de Colonia, una de las que mayores recursos ofrecian á los que querian instruirse ó bien dedicarse á la enseñanza. Aquí, en esta ciudad, fué donde recibió la visita del rey Guillermo, conde de Holanda. En 1254, fué nombrado provincial de su órden en Alemania, cuya dignidad conservó hasta 1259. Al año siguiente, el papa Alejandro IV le llamó cerca de sí á Roma, y le hizo gobernador del sacro palacio. Poco tiempo despues, Urbano IV le dió el obispado de Ratisbona, á cuya ciudad se dirigió enseguida; pero al cabo de dos años, mal satisfecho Alberto de aquellas grandezas, á las que preferia la soledad del claustro, envió la dimision de su destino al papa, viniéndose á encerrar otra vez en su celda, donde tomó de nuevo sus antiguas costumbres de enseñar y de escribir. Esto, no obstante, las órdenes de la Santa Sede le arrancaron una vez mas de su retiro en 1274, y tuvo que ir á predicar la cruzada á Alemania y á Bohemia. Despues de haber pagado este tributo al fanatismo intolerante y sanguinario del siglo, y de haber asistido á un concilio que se celebró en Lyon, Alberto regresó á Colonia, donde murió el 15 de noviembre de 1280, habiendo perdido en parte sus facultades, debilitadas por la edad. En resúmen, Alberto el Grande fué un hombre casi tan estraordinario como su contemporáneo Rogerio Bacon, no faltándole otra cosa, que, haber nacido en otro siglo menos desprovisto de todo lo que podia contribuir á desenvolver su ingenio, para haberse elevado al primer rango entre los filósofos y aun entre los físicos. Es un hecho que él conocia la naturaleza y sus efectos admirables, mejor que alguno de sus contemporáneos reputados por insignes; como así tambien, que esta-

ba sumamente versado en las matemáticas, en la mecánica y en la química. Se ha pretendido, aunque sin razon, que él fué el inventor de la pólvora; y tambien se ha dicho, con mayor fundamento, que en sus últimos años llegó á convertirse en un verdadero autómata, dotado de la palabra y del movimiento, á tal estremo, que en un acceso de terror rompió un palo sobre su discípulo Santo Tomás de Aquino, creyéndole un espectro ó una imágen del demonio. Alberto fué mirado como un hechicero, y hubo un placer en rodear todos los sucesos de su vida de los prestigios de la mágia. Se le creyó en correspondencia con la Vírgen, y demasiado poderoso para hacer someterse la naturaleza á sus deseos. Tal es la suerte de los hombres instruidos, en los siglos de fanatismo y de barbárie: á los cuales puede tenérseles por muy dichosos, si sus conocimientos son tan grandes que llegan á inspirár con ellos el terror en lugar de la envidia, y no causan su propia ruina irritando las pasiones rencorosas de una multitud, tanto mas furibunda cuanto menos ilustrada. Lo cual ha dado motivo á que se crea con razon que Alberto solo consiguió asombrar á su siglo, no instruirle. El solo servicio real y positivo, que no se le puede negar, es el de haber demostrado evidentemente, que la opinion es la señora del universo, por cuanto provocó las iras de Roma profesando públicamente la filosofía peripatética, y no cuidándose para nada de la bula del papa en que se anatematizaba semejante doctrina. Así es que, él trazó la senda á Lutero y á Calvino. Por lo demas, él no consideró nunca á la filosofía sino como un arma del dogmatismo religioso, ni tuvo otra noticia de Aristóteles que las que le proporcionaron las malas traducciones latinas, de las traducciones que los árabes habian hecho en su lengua de las obras del sábio Estagirita.

ALBINAS (Las). En todas épocas ha habido mujeres que han asombrado al mundo con la fama de sus heróicos hechos, ó con la de su genio para las ciencias y artes. Y esta fama es tanto mas imperecedera y notable, cuanto que esa hermosa porcion del género humano, por su educacion, por sus hábitos, y por las ideas que siempre han reinado respecto de su capacidad, se halla alejada de toda participacion social. Hallándose sitiada en 1543 Alba-Real, ciudad de Hungría, por numerosas y aguerridas tropas turcas, las mujeres se presentaron en las murallas á defender su amado pueblo; mostrándose tan esforzadas, tan intrépidas, tan serenas, que los hombres mismos reconocian la inferioridad de su valor, reanimado con el ejemplo de las heroinas. No lograron, sin embargo, evitar que la ciudad cayese en poder de los infieles, pero á estos les costó la victoria grandes pérdidas. Los historiadores hablan con merecido elogio de una Albina, que, colocada durante el asalto en medio de una brecha con una guadaña en la mano, cortó de un solo golpe la cabeza á dos de los mas arrojados enemigos que trataban de escalar la muralla.

ALBIZZI (Pedro). Conocidas son de todos los aficionados á la lectura de la historia, las turbulencias y enconados ódios que ocasionó en Florencia la enemistad de los Albizzi y de los Ricci, los primeros plebeyos y pertenecientes al partido de los güelfos, y los segundos afiliados al de los gibelinos. El gobierno de Florencia estaba en manos de los Albizzi desde el siglo IV, en que derrotaron á sus rivales, alejándolos del poder, llegando á ser considerados con el tiempo como jefes y directores del partido güelfo. Pedro Albizzi era primer gobernante desde 1372; en cuya época, cansados ya tanto los Ricci, como los Alberti y Médicis, de verse escluidos del gobierno, empezaron á trabajar para destruir de una vez á sus contrarios; no hallando estos medio de apaciguar á los gibelinos, que al parecer no se avenian á ninguna especie

de reconciliacion que no fuese seguida del provecho que ellos apetecian, determinaron espulsarlos de Florencia; y así se hubiera ejecutado á no ser por el mismo Pedro Albizzi, que no quiso recurrir á medidas violentas, ó que no las creyó convenientes. Los jefes de los gibelinos, alentados con esta conducta, fraguaron en tanto una conjuracion, en que salieron triunfantes. Preso Pedro Albizzi al cabo de algun tiempo, como conspirador, fué completamente absuelto por el tribunal; mas el pueblo que presenciaba el acto, pidió á gritos la muerte de aquellos á quienes consideraba como enemigos, amenazando con despedazar á ellos, á sus hijos y al juez si no los condenaban. Canté de Gabriellis que presidia el tribunal, se interesó por los acusados, firmemente decidido á defenderlos, puesto que la ley los habia absuelto; mas fué en vano, porque Albizzi, conociendo que era imposible amansar el furor del pueblo, y temiendo al propio tiempo caer en sus manos, porque imaginaba que el suplicio seria mas espantoso, se acusó voluntariamente de conspiraciones en que ninguna parte habia tenido, así como tampoco sus desgraciados compañeros, que hicieron lo mismo á escitacion de Albizzi; quien condenado despues, subió al cadalso con el valor y serenidad de un héroe.

ALBORNOZ (Gil Alvarez Carrillo de). Nació en Cuenca, y descendia de las familias reales de Leon y Aragon. Fué uno de los españoles mas distinguidos de su tiempo, así por los altos cargos que desempeñó durante la mayor parte de su vida, como por las grandes prendas que en ellos mostró. Apenas salió de la universidad de Tolosa, en donde concluyó sus estudios, Alonso XI le confirió diferentes dignidades eclesiásticas, y últimamente la de arzobispo de Toledo, siendo aun muy jóven. No le cupo la misma suerte con el rey don Pedro el Cruel; pues habiendo muerto don Alonso, y tratando de aconsejar á aquel en cumplimiento de sus deberes, por su desarreglada conducta y por el escándalo que en el reino movian sus criminales relaciones con la Padilla, se vió perseguido y tuvo que refugiarse en Aviñon, en donde el papa Clemente VI le dispensó toda su proteccion, nombrándole cardenal y dándole asiento en su consejo; con cuyo motivo pronunció al hacer la renuncia del arzobispado de Toledo, estas memorables palabras: «Tan reprehensible fuera yo si conservase una esposa á quien no puedo servir, como lo es don Pedro, rey de Castilla, abandonando á su mujer por una manceba.» Los eminentes servicios que prestó al gobierno de la Santa Sede, le conquistaron una reputacion de hábil político y guerrero, que los sucesos confirmaban afortunadamente mas y mas. Habíanse emancipado de la autoridad pontificia en las revueltas de tiempos anteriores, algunas provincias italianas; y Albornoz, legado y general de Inocencio por los años de 1353, se propuso volverlas á la obediencia de los papas, como en efecto lo consiguió en gran parte. Apoderóse de Argobbio, Vitervo y Orvieto, con su ejército compuesto de soldados de diferentes paises, y sometió al rebelde príncipe Malatesti de Rimini, que era el que mas fuerzas reunia. La envidia, que siempre se ensaña en los hombres mas virtuosos, y que tiene su asiento en las cortes, donde los malos consejos suelen prevalecer por desgracia, la envidia no perdonó tampoco á nuestro compatriota, quien, con gran sorpresa suya fué llamado á Aviñon en 1357, y reemplazado con otro general. Los sucesos posteriores acreditaron la ligereza con que se habia procedido contra Albornoz, puesto que todo lo adelantado por este se iba perdiendo en Italia, amenazando el horizonte serias tempestades si no se ponia pronto y eficaz remedio. En su consecuencia, Inocencio le volvió á enviar á Italia, con los mismos poderes y rango que antes, y los negocios tomaron desde la llegada de Albornoz, un aspecto mas lisonjero; como si su influencia

moral hubiera bastado para producir tan feliz cambio. El tirano Juan de Oleggio dominaba despóticamente en la ciudad de Bolonia; pero Albornoz consiguió que se la vendiese, despues de lo cual tomó posesion de ella, quedando agregada á los Estados Pontificios; estirpó despues una secta de herejes en Nápoles, gobernó el pais con una prudencia, un celo, un valor y un acierto tales, que al cabo de algun tiempo anunció á Urbano V, entonces papa, que podia volver á Roma y reinar en ella tranquilamente; pues los Estados Romanos estaban pacíficos del todo, y las donaciones hechas á la Iglesia de muy antiguo se cumplian ya con exactitud. Imposible parecia que despues de tan gloriosos sucesos, la bastarda emulacion de algunas personas, mal avenidas con la importancia del ilustre español, lograse despertar sospechas en el ánimo de S. S. acerca de la integridad de Albornoz. Pero así fué; Urbano le pidió cuentas de los gastos hechos en su importante comision; pero los recelos de S. S. se desvanecieron sin mas que la contestacion que su legado le dió, mostrándole en el patio de su palacio en Viterbo, un carro cargado de llaves y cerrojos: «Las sumas «—dijo—que me pedis, las he invertido en haceros dueño de las ciudades «y castillos, cuyas llaves aquí veis.» El papa le abrazó, dándole las gracias y cumplidísimas satisfacciones. Albornoz murió en Viterbo á 24 de agosto de 1367, con general sentimiento del pueblo y del santo padre, que veia en él un entendido hombre de Estado y fiel consejero. En Bolonia, dotada años antes por él con una constitucion, habia fundado tambien el magnífico colegio de españoles. Hay una obra de Albornoz muy rara en el dia, sobre las *Constituciones* de la *Iglesia romana.*

ALBORNOZ (Diego Felipe de). La historia conserva un recuerdo de este escritor, canónigo y tesorero de la catedral de Cartagena, por una singularidad que merece referirse. El infante don Fernando, hijo de Felipe V, quedó tan contento con la lectura de la *cartilla política y cristiana* que dicho Albornoz habia publicado en 1666, destinada al rey Cárlos II, que la copió toda de su puño y letra, teniendo entonces solo 16 años de edad. La espresada *cartilla* es un tratado de moral y de política, que comprende, por órden alfabético, varias materias importantes para el buen gobierno de los príncipes. Felipe V, complacido en estremo de que el infante, su hijo, se dedicase á una lectura tan provechosa al par que grave, encargó una reimpresion que fué examinada y dirigida por don Elías Gomez, obispo de Orihuela. La obra consta de 2 tomos en 12.°

ALBORNOZ (don José Carrillo de), duque de Montemar y de Bitonto. Nació en Sevilla á 19 de octubre de 1671, Fueron sus padres el maestre de campo don Francisco y doña Leonor de Montiel. La vida de este insigne varon puede decirse que fué una serie casi no interrumpida de victorias, que dieron glorioso lustre á los tercios españoles. Su inclinacion al noble ejercicio de las armas, se manifestó desde su mas tierna infancia; y cultivada con el esmero que sus precoces disposiciones reclamaban, á la edad de 12 años le nombró capitan de caballería el rey don Cárlos II. Lo que la esperiencia y los años de otros no hubieran conseguido, lo alcanzó fácilmente el genio del capitan Albornoz, que en breve tiempo recorrió varios grados de la milicia, no debidos al favor, sino á sus relevantes servicios, segun irémos apuntando. Inauguró su carrera en 1697, en la defensa de Barcelona, de la manera mas honrosa que podia esperarse, pues derrotó un numeroso cuerpo de caballería francesa con solos doscientos soldados al mando suyo, y lo arrolló hasta sus trincheras, esponiéndose de tal suerte al llegar á estas, que le mataron el caballo y le hicieron prisionero. Esta accion le valió el grado de teniente coronel. Siendo ya coronel, obli-

gó al enemigo á levantar el campo y retirarse, cuando le encargaron la defensa de las orillas del Tajo. En la batalla de Almansa fué uno de los jefes que mas se distinguieron, y no menos satisfactoriamente se portó en las diversas comisiones que se le encomendaron en el reino de Valencia; siendo una de ellas el envío de artillería y municiones al caballero Asfel, que mandaba un cuerpo, pero que, por carecer de aquellas, se veia imposibilitado de operar, hasta que Albornoz logró establecer la comunicacion de aquellas fuerzas con el ejército, echando un puente sobre el Júcar á vista de los enemigos. Aun mas notable fué la retirada que, viéndose atacado por vanguardia; dispuso en Aragon, á presencia de 38 escuadrones de alemanes, y llevando él solo 5 y un piquete; advirtiendo que esta retirada la hizo en medio del dia y en la estension de cinco leguas de llanura; con un desfiladero que la cortaba, y por el cual tenia que pasar forzosamente. El resultado de esta brillante operacion fué salvar sus fuerzas, sin mas pérdida que la de 50 caballos. A esta retirada siguió el sitio de la ciudad y castillo de Cardona, cuya guarnicion toda hizo prisionera; y en recompensa de este servicio, el rey le nombró para el gobierno de Barcelona, gobierno que desempeñó con tanto acierto y sabiduría, que sus disposiciones fueron despues observadas como leyes y ordenanzas. En Oran, Sicilia y Nápoles adquirió nuevos laureles, creciendo su nombre al par del de los mas célebres de la época. Entonces ya era teniente general. La reconquista de Oran por su espada, fué solo obra de tres dias; y allí nuestras tropas, siguiendo el ejemplo de su general, dieron las mas insignes pruebas de arrojo, serenidad y disciplina. En la conquista de los reinos de Italia citados, dió á conocer las grandes cualidades que le adornaban, ya bloqueando á Capua, ya burlando los planes de los austriacos, que tuvieron que retirarse hácia el Adriático, á consecuencia de las acertadas medidas de Albornoz, quien los siguió con tal tenacidad, que al fin les dió alcance y batió completamente su ejército en Bitonto. En esta batalla se cogieron 15 banderas, casi doble número de estandartes, toda la artillería, municiones, víveres y bagajes, haciendo prisionera en el mismo campo la infantería enemiga, y al dia siguiente la caballería. Igual suerte cupo al príncipe de Belmonte, general austriaco, y á otros muchos jefes de todas graduaciones; siendo tan completa la victoria, que los enemigos tuvieron que pedirle un oficial que llevase al emperador tan infausta nueva. En todas las acciones de guerra que siguieron á esta, se mostró á la altura de su reputacion; conquistó á Sicilia é impidió la nueva invasion que los alemanes intentaban en Nápoles, hasta que, por último, Francia firmó la paz con el enemigo, dejando en gran riesgo á nuestro reducido ejército, combinado hasta entonces con el de aquella potencia, y que, merced á la prudente y sábia retirada que dispuso Albornoz, se conjuró el peligro, esperando en parte mas segura, hasta que la paz general pusiese término á las hostilidades. Poco tiempo despues volvió á su patria. Los últimos años fueron acibarados por las intrigas de sus émulos, que consiguieron que el rey le mandase regresar á España de Italia, á donde habia vuelto al frente de un ejército á sostener los derechos del rey sobre algunos Estados. Bien hubiera querido Albornoz presentarse en la corte á esplicar su conducta en la última espedicion, que si no obtuvo los resultados apetecidos, fué porque se le obligaba á seguir distinto plan del que él tenia formado; pero se le prohibió por entonces, si bien luego se le alzó el confinamiento. Murió en Madrid á 26 de junio de 1747, dejando ilustre memoria de sus hechos. En la iglesia del Pilar de Zaragoza se le construyó un mausoleo, por órden del rey, y el duque de Toscana mandó acuñar una gran medalla en su honor, alusiva

á las conquistas de Oran, Nápoles y Sicilia. Ocupó Albornoz los mas altos puestos de la milicia y del gobierno, fué el primer exento del real cuerpo de guardias de Corps, grande de España de primera clase, con el título de duque de Montemar y de Bitonto, caballero del toison de oro y de la no menos insigne órden de San Genaro.

ALBUCIO (Juan Pedro), en latin *Albutius*, nació en Milan hácia el año de 1508, y se hizo célebre por su habilidad en la medicina, sus talentos para la filosofía, y por sus estensos conocimientos tanto en la teología y la historia, como en las lenguas griega y hebrea. Desde la edad de veinticinco años fué profesor de retórica y de lógica en Pavía; llegando á tal estremo su reputacion, que se le brindó con varias cátedras en Bolonia, en Pisa y en otras universidades, todas las cuales él rehusó, sin embargo, por afecto á su pais. Mas este generoso sacrificio fué bien pronto recompensado con la plaza de profesor en medicina, que se le concedió en su patria. Entonces un gran número de príncipes y de personajes distinguidos, tanto de Italia como de Alemania, le consultaron sobre sus padecimientos y pidieron les socorriese con su arte. Por último, murió en Pavía el 14 de febrero de 1583, dejando dos manuscritos que no llegaron á imprimirse, y un hijo que fué con el tiempo muy escelente médico.

ALBURQUERQUE (Alfonso, duque de), uno de los mas famosos conquistadores que ilustran la historia del reino lusitano. Nació en Lisboa, de una familia que descendia de los hijos naturales de un monarca portugues. Las escelentes partes que concurrian en este insigne varon, le hacian muy á propósito para las arriesgadas é importantes empresas que confió á su valor y discrecion el rey Manuel, que á la sazon ocupaba el trono de Portugal. Nombrado Alburquerque virey de las Indias Orientales, dió principio á sus empresas con la toma de Goa, que andando el tiempo llegó á ser uno de los centros principales del comercio de los portugueses, y cuyo próspero suceso, precedido y seguido de sábias disposiciones, dictadas por la prevision de Alfonso, contribuyó á establecer firmemente el dominio de su rey en aquellas apartadas regiones. No fué tan feliz en su espedicion al Mar Rojo para destruir con su escuadra el puerto de Suez, que interceptaba el tráfico de las Indias y paises vecinos, y en el cual se armaba otra poderosa contra los portugueses que iban en aquella época estendiendo su dominacion por el Asia, y suscitando, en su consecuencia, peligrosas rivalidades. No pudiendo penetrar Alburquerque en aquel borrascoso istmo, tuvo que retroceder; pero lejos de desalentarse, ni decaer en lo mas mínimo el ánimo de sus valientes soldados, sitió en 1507 á Ormuz, plaza fuerte en el golfo pérsico, y se apoderó de ella y de la isla, haciendo tributario á su rey del de Portugal. Conócidas son las memorables palabras con que respondió á los enviados del rey de Persia, cuando le pidieron el tributo que el vencido monarca acostumbraba á pagar al suyo. «Hé ahí, «les dijo, mostrándoles un monton de «granadas, balas y diversas armas, la «moneda en que el rey mi amo paga «los tributos.» Tarea larga seria relatar uno por uno, y detalladamente, los hechos de Alfonso en Arabia, Persia y la costa de Malabar, hechos que, unidos á los que posteriormente esclarecieron su nombre, le merecieron el renombre de *Grande* y de *Marte lusitano;* pero no podemos menos de consignar los mas gloriosos, los que consolidaron el poder de su monarca en los vastos paises que le conquistó. Hallándose en el sitio de Malaca, á donde se habia dirigido con el objeto de estender el imperio portugues por el Oriente de Asia, recibió una carta de su amigo Araujo, que habiéndole precedido en aquella espedicion, habia caido prisionero, y cuya vida, como

era de suponer, estaba en gran riesgo. El contenido de aquella carta, en que su amigo le decia que cuidase únicamente de la gloria y provecho de Portugal, sin pensar en su situacion, situacion que afligia en estremo á Alburquerque, arrancó á este de su perplegidad, arengó á las tropas, atacó la ciudad, y despues de sangrientas refriegas, en que por una y otra parte se hicieron prodigios de valor, apoderóse de ella, encontrando en su recinto inmensos tesoros de toda especie. El resultado político de este memorable hecho de armas, fué el reconocimiento del monarca portugues por los reyes de Pegú, Siam y otros, que se apresuraron á enviar embajadores á su nuevo gobernador, solicitando la alianza con Portugal. No temiendo ya obstáculos de ninguna clase por aquel lado, y viendo libre el camino de sus conquistas, Alfonso emprendió la de las islas Molucas, que tuvieron la misma suerte que Goa, Ormuz y Malaca, quedando incorporadas á la corona portuguesa; tambien tremoló la bandera de su nacion en el Malabar. La conducta que este hombre ilustre siguió en el gobierno de las colonias, es digna de todo encarecimiento, y se comprenderá diciendo, que aun mucho tiempo despues de su muerte, que acaeció en Goa en 1515, iban los indios á su sepulcro á pedirle justicia contra la inhumanidad y vejaciones de los que le sucedieron. Alburquerque murió pobre y en desgracia de su rey, que sospechó injustamente de quien con tanta abnegacion, cordura y actividad le habia servido; fatalidad es esta, que siempre ha perseguido á los hombres de verdadero mérito y lealtad, viéndose con frecuencia premiados el vicio y la ignorancia.

ALBURQUERQUE (don Juan Alfonso). Pocas personas, ó tal vez ninguna, contribuyó mas que don Juan Alfonso de Alburquerque á los desórdenes del jóven monarca castellano don Pedro I, llamado por unos historiadores el *cruel*, y por otros el *justiciero*. Era Alburquerque descendiente de las familias reales de Portugal; esta condicion y las cualidades que poseia como hombre político, y que bien empleadas hubieran evitado muchos males, debieron influir en el ánimo de Alonso XI de Castilla, quien le nombró su primer ministro y ayo del príncipe don Pedro, su hijo. Por buena que sea la índole de un jóven, siempre se vicia y tuerce en sus primeros años, cuando los encargados de dirigir por recto camino su inesperiencia, no solo satisfacen sus pueriles antojos, sino que los fomentan y halagan, y mas tratándose de príncipes; creyendo con esta conducta hacerse un lugar que solo debia concederse á la sabiduría y virtud mas acrisoladas. Alburquerque, pues, supo captarse de tal suerte la voluntad de don Pedro, que en 1350, cuando este subió al trono, le abandonó toda la autoridad y le nombró su canciller; primera indiscrecion del jóven rey, que, á pesar de su perspicacia, no conoció que esto era quizas el principio de su perdicion, ó que no lo quiso conocer, empeñado como estaba ya en el mal camino. Habia en la corte una persona que era un obstáculo á la privanza esclusiva de Alburquerque; esta persona era el adelantado Garcilaso de la Vega; pero el ambicioso ministro, á quien importaban poco los medios cuando se proponia lograr un fin, se coligó con la reina madre, y uno y otra contribuyeron á que el rey quitase la vida á Garcilaso. Para consolidar mas su privanza, y antes que otro se le anticipase, fomentó por cuantos medios creyó adecuados la amorosa inclinacion del monarca hácia doña María de Padilla; imaginándose sin duda que las liviandades y crímenes que mancharon aquel período del reinado de don Pedro, serian tolerados por el leal pueblo castellano. Pero no fué así; la indignacion del pais empezaba á manifestarse con claras señales, y todo hacia temer sérios conflictos. Entonces, juzgándose poco seguro en el poder, el mismo Alburquer-

que, que habia favorecido los escándalos del rey y de la Padilla, aconsejó al primero que renunciase á su funesta pasion, no ciertamente porque así conviniese á la majestad del trono y á los intereses del reino, que no era su moralidad tan escrupulosa, sino como hemos dicho, por conservarse él en el favor. Pero no le valieron sus astutas trazas, y siendo desterrado de la corte, con todas sus hechuras, se declaró en rebelion, uniéndose á los descontentos, contra el propio monarca á quien debia sus dignidades y riquezas. Sonrióle por algun tiempo la fortuna; pues se apoderó de varias plazas y aun hubiera penetrado con un ejército en Castilla, á no anticipársele don Pedro que le obligó mal su grado á huir á Portugal, desde donde renovó sus tentativas, favorecido, segun se presume, por el monarca portugues; pero á poco de principiar las hostilidades murió en 1354 repentinamente, cuya circunstancia hizo sospechar que le habian envenenado por órden de don Pedro.

ALCALÁ GALIANO (don Dionisio). Nació en Cabra, provincia de Córdoba, en 1762. La carrera de este ilustre marino español fué tan breve como gloriosa; y su patria conservará el recuerdo de su nombre, asociado á cuantos viajes marítimos de importancia se hicieron en su tiempo, y á una de las mas sangrientas batallas navales de que hay memoria. Alcalá Galiano verificó su primera espedicion apenas concluyó sus estudios, y siendo guardia marina en el departamento de Cádiz; embarcándose con el objeto de recorrer varios puntos de las Américas, en una de las fragatas que formaban parte de la escuadra del marques de Tilli. De regreso á su patria, siguió los estudios mayores en Cádiz, distinguiéndose como siempre entre sus jóvenes y aprovechados compañeros, por su particular aplicacion y laboriosidad. Don Vicente Tofiño, que entonces dirigia estos estudios, le apreciaba singularmente, viendo en él uno de los alumnos que mas habian de honrar su magisterio. Ya en la época á que nos referimos, estaba agregado nuestro don Dionisio, á la compañía de guardias marinas; y por entonces se le confiaron tambien varios trabajos interesantes, como la continuacion de la carta de las costas de España, y el plano de la bahía de Algeciras. En su segunda espedicion, 1784, salió para levantar la carta de nuestras costas del Mediterráneo y de las de Africa, desde cabo Bugni á cabo Cupartel, con relojes marinos y observaciones astronómicas. En 1785 hizo la tercera espedicion, para reconocer el Estrecho de Magallanes, y situar astronómicamente sus puntos. Despues, pasó en compañía de Tofiño á levantar la carta de las islas Terceras, y en 1789 formó parte de la espedicion de reconocimientos dirigida por el célebre Malaspina. Posteriormente fué desde Lima, donde se hallaba, á encargarse del mando de la espedicion de Acapulco, que tenia por objeto reconocer el Estrecho de Juca, y buscar el paso del Océano pacífico al Atlántico. Nombrado algun tiempo despues para una comision política á Tunez, y examinando con este motivo algunos de los puntos descritos en las cartas número 1 y 2, publicadas por la direccion del depósito hidrográfico, tuvo ocasion de rectificar varios errores relativos á la posicion de la isla de Galite, inmediata á aquella capital. Su última espedicion científica, la efectuó en la fragata *Soledad*, con el fin de reconocer las costas y mares del Archipiélago. Las obras que en los años que acabamos de citar escribió Galiano son: una relacion de su viaje al Estrecho de Magallanes, compuesta de órden del gobierno; otra titulada *Relacion del viaje hecho por las goletas Sutil y Mejicana en 1792, para reconocer el Estrecho de Juca*; y otra con el título: *Método de hallar la latitud en el mar, por las alturas del sol;* obras todas fundadas en los buenos principios teóricos y prácticos, y la última de las cuales le valió el título de miembro de la real sociedad de

Lisboa. Réstanos únicamente hablar del fin de don Dionisio Alcalá Galiano. Apenas habia vuelto á España de su viaje al Archipiélago, 1803, cuando estalló la guerra entre nuestra nacion é Inglaterra. Galiano salió mandando el *Bahania* con la escuadra de Gravina, y se halló en la célebre batalla de Trafalgar. No hay español que ignore el trágico y funesto desenlace de este acontecimiento, que formará época en los anales del presente siglo; pero escritas están tambien en la memoria de nuestros compatriotas, las increibles hazañas, los prodigios de valor de nuestros marinos, cuyo honroso vencimiento, lejos de amenguar el lustre de nuestras armas, constituye uno de sus mas gloriosos timbres. En Trafalgar, pues, brillaron las altas cualidades de Galiano, quien peleó, sereno é imperturbable en medio del horroroso fuego enemigo, hasta que una bala de cañon puso término á su existencia, á los 43 años de edad. Murió siendo brigadier de marina y caballero de la Orden de Alcántara.

ALCASSIM-BEN-HAMUD, señor de Algeciras. Entre la multitud de reyezuelos moros que hubo en España, mientras duró la dominacion de los árabes en los varios puntos que conquistaron de nuestra península, merece particular mencion Alcassim-Ben-Hamud, cuyos actos de crueldad mancharon su nombre, pero que poseia dotes no comunes como guerrero. La muerte dada á su hermano Ali-Ben-Hamud, rey de Córdoba, por unos esclavos, hallándose en el baño, fué severísimamente vengada por él á su entrada en aquella capital, en cuyo reino le sucedió por aclamacion, en el año 408 de la Egira, 1017 de Jesucristo. Este primer acto de su reinado le suscitó muchos y poderosos enemigos, tanto en la nobleza, cuanto en las clases inferiores, no solo por los espantosos tormentos con que castigó á los esclávos, sino tambien por la muerte de muchos de los principales personajes de la tribu de los Alameries, delatados en general por aquellos, aunque sin designar á ninguno de ellos en particular. Juzgó Alcassim que el terror sujetaria las voluntades y reprimiria á los descontentos, y por eso fué cruel, prefiriendo sin duda ser temido, á granjearse el amor de su pueblo; conducta equivocada, y que puso mas de una vez en gran riesgo su corona. Ali-Ben-Hamud habia dejado un hijo, llamado Yahyé, quien apenas supo la eleccion de su tio, pasó de Africa á España, y al frente de un ejército que se avistó con el de Alcassim cerca de Málaga, uno y otro dispuestos á venir á las manos, como al fin se verificó; peleóse por ambas partes con igual denuedo y encarnizamiento; ya parecia inclinarse la victoria á Yahyé, ya al rey de Córdoba; y cuando el resultado, segun todas las apariencias, iba á fijarse muy pronto, segun el arrojo con que se acometian los dos campos, llega la nueva de que el rey Almortardi, enemigo del hijo de Ali y de Alcassim, se habia entrado por las Alpujarras, talándolo todo y sometiendo á su obediencia algunos de aquellos pueblos. Este inesperado suceso unió momentáneamente á tio y sobrino, cuyos intereses eran unos mismos; y combinando el plan de ataque que juzgaron mas propio para combatir á su comun enemigo, dirigiéronse sus tropas en busca de Almortardi. Una reconciliacion tan poco sólidamente fundada, no podia ser sincera ni de mucha duracion; así es, que mientras Alcassim iba á Málaga á celebrar las exequias de su hermano, Yahyé entra en Córdoba, declara la ninguna validez de los derechos de su tio á aquel reino, y consigue que le proclamen rey. Pero era tal el terror que inspiraba el nombre de Alcassim, que no bien se presentó este á las puertas de Córdoba, tuvo que huir precipitadamente el nuevo monarca. No logró, empero, satisfacer su venganza aquel, porque los cordobeses, dispuestos resueltamente á sacudir para siempre su yugo, se suble-

varon, y apoderándose de las puertas de la capital, al mismo tiempo que cercaban el palacio, obligaron á Alcassim á defenderse únicamente con sus guardias por espacio de unos dos meses. El resultado no era dudoso; el número, la razon y la fuerza estaban de parte del pueblo; sin embargo, no cedió Alcassim hasta que, privado enteramente de víveres, determinó hacer una salida del alcázar con el fin de salvar la vida, ya que no rescatar el trono que conceptuaba perdido para él. Hízolo así, y logró salvarse casi milagrosamente; merced á la generosidad de algunos caballeros que le condujeron á Jerez. Encerrado despues por su sobrino Yahyé, en cuyo poder cayó al cabo de algun tiempo, murió en una oscura y estrecha prision. ¡Fin merecido, si bien lamentable, del que pretende perpetuar su dominacion hollando los sagrados fueros de la humanidad y de la justicia!

ALCÁZAR (don Baltasar de). Nació en Sevilla, y floreció en el siglo XVI. Son tan escasas las noticias que hay de este poeta español, que la mayor parte de las circunstancias de su vida se ignoran. Muchas de sus composiciones se han perdido, pero colígese por las que de él nos restan, que sobresalia en el género jocoso, uniendo á otras dotes recomendables de estilo, su buen gusto, una soltura y una gracia singulares que le distinguen de otros poetas que han cultivado el mismo género. Ningun amante de la bella literatura ha dejado de leer su célebre composicion titulada *La cena jocosa*, que empieza con los conocidos versos:

En Jaen, donde resido,
vive don Lope de Sosa,
y diréte, Inés, la cosa
mas brava de él que has oido.

Composicion chistosísima, en que campean una facilidad, una pureza y un donaire que cautivan. En la coleccion publicada en Valladolid por Pedro Espinosa, á principios del siglo XVII, con el título de *Flores de los poetas ilustres*; en el Parnaso Español, y en la recopilacion de don Manuel Quintana, se encuentran varias composiciones de Alcázar, y entre ellas algunos romances, sonetos y epigramas.

ALCIBIADES. Nació en Atenas por los años de 450 antes de Jesucristo, y fué hijo de Clinias, sobrino del gran Pericles y descendiente de Ayap. Todas las cualidades estraordinarias que pueden reunirse en un hombre, brillaban en Alcibiades, que desde muy jóven se captó la admiracion de los atenienses, mostrándose alternativamente en el curso de su brillante carrera, dechado de todas las virtudes y de todos los vicios. Alcibiades, sin los sanos consejos de Sócrates, que dirigió los primeros pasos de su inesperta juventud, tal vez hubiera sido uno de esos mónstruos que espantan al mundo con sus crímenes; pero las escelentes máximas de su anciano maestro, depositaron en su corazon semillas que contribuyeron á modificar en gran manera sus inclinaciones. Distinguióse Alcibiades como guerrero, como filósofo, como orador y como político; todo lo cual, unido á su preclaro orígen, á su belleza física y á su opulencia, le hacia ser uno de los personajes mas importantes de la república. Su carácter flexible se acomodaba fácilmente á todas las circunstancias, situaciones y paises; así es, que en Atenas fué licencioso, en Esparta fué sóbrio, relajado en Tracia, fastuoso en la corte de Tisafernes, en Beocia modelo de destreza y agilidad en los juegos, y en Jonia notable por su aficion á los placeres de la indolencia y la voluptuosidad. Su voluntad firme no conocia obstáculos de ninguna especie; las dificultades, lejos de entibiar su valor, lo reanimaban, cualquiera que fuese la empresa que se propusiera llevar á cabo. Era espléndido, generoso, activo, perspicaz, violento, caprichoso; y estas diversas cualidades constituian un gran carácter contradictorio, si se ana-

lizaban sus varios elementos, pero en el cual descollaba, sin embargo, sobre todas las otras, la facultad de dominar á los hombres y hasta hacerles simpáticos sus vicios. La gloria y la fortuna le deslumbraban con sus resplandores; pero la desgracia no pudo jamas doblegar su valor y su orgullo. Sus primeras campañas justificaron la alta opinion en que le tenian los atenienses como guerrero; siendo la Sicilia, cuya conquista le proponia la república, el teatro en donde desplegó los grandes recursos de su talento, acompañado de los generales Nicias y Lámaco. Durante su ausencia, y porque al embarcarse sus tropas para esta espedicion se encontraron mutiladas en Atenas las estátuas de Ceres y de Mercurio, fué acusado de sacrilegio y contumacia por el pueblo, á instigacion de sus enemigos. Alcibiades, en tanto, sometia á Catania, rendia á Naxos, sitiaba á Messina, y tal vez se hubiera apoderado de toda aquella rica isla. Como no compareciese á responder á los cargos que se le hacian, a tan injusta acusacion sucedieron la sentencia de muerte, el secuestro de sus inmensos bienes, un decreto de proscripcion fulminado contra su persona, la declaracion de infamia, las imprecaciones de los sacerdotes y del pueblo, y otras muchas medidas propias para hacer odioso su nombre á los atenienses. Entonces Alcibiades se retiró sucesivamente á Esparta y á Persia, en cuyos paises su influencia suscitó numerosos y temibles enemigos á la madre patria. Todas las conquistas de Sicilia se perdieron nó bien cundió en el ejército la noticia de la desercion de Alcibiades; y Nicias tuvo el sentimiento de ver, que, á pesar de sus esfuerzos por superar las victorias de su fugitivo rival, no podia conseguir ventaja alguna, ni por mar, ni por tierra, y vió perdida la flor de su ejército y armada. Entonces principiaron á conocer los atenienses la ligereza con que habian procedido al condenar á Alcibiades, quien logró de tal suerte ganar la voluntad de los espartanos, que estos, por sus consejos, enviaron con su general Gilipo socorros á los habitantes de Siracusa, y empezaron sus incursiones en la Atica, preparando el bloqueo de Atenas. Contaba tambien Alcibiades para esta espedicion con los socorros de Chio, Mileto y algunas otras ciudades importantes; interesándose igualmente en su favor Tisafernes, gobernador de Sardes, Farnabaces, sátrapa del Helesponto, y el rey de Persia, con quien ya estaban en comunicacion los espartanos. Una liga de semejante naturaleza, unida al crédito de Alcibiades, aumentado singularmente desde las pérdidas que su ausencia habia ocasionado en Sicilia, pérdidas que no pudieron recuperarse, no obstante haber reemplazado Demóstenes en el mando de las tropas de la conquista á Lámaco y á Nicias, produjo gran sensacion en Atenas; en cuya ciudad se restableció la oligarquía, quedando depositada la autoridad en manos de 400 personas. Pero ni la nueva forma de gobierno, ni las rigorosas é irritantes medidas con que este inauguró sus actos, eran condiciones á propósito para calmar la efervescencia popular, ni satisfacer á la flota que recibió indignada la noticia de esta revolucion, hallándose en Samos, frente á frente con la de los espartanos. Coincidia, ademas, con estas circunstancias el desacuerdo que ya reinaba entre Alcibiades, algunos de los principales espartanos y el rey Agis, cuya esposa habia seducido el primero; de suerte que todo inducia á creer que no podia dilatarse mucho un acontecimiento que variase la situacion de los negocios. Convencidos los atenienses de esta necesidad imperiosa; conociendo que la república se hundia si no la salvaba Alcibiades, revocaron todas las medidas dictadas anteriormente contra él, restituyéronle los bienes secuestrados, y aclamado por el ejército de mar y tierra, entra en la famosa ciudad rodeado del entusiasmo de todo el pueblo, siendo antes disuelto el Consejo de los cuatrocientos. No

quedaron defraudadas las esperanzas de Atenas. Colocado Alcibiades á la cabeza de sus compatriotas, poco tiempo le bastó para reanimar el espíritu y el poder de la república. Las batallas navales de Sestos y Abidos, y la conquista de otras plazas del Helesponto, cuando poco antes habian sido derrotados los atenienses en diversos puntos, encendió un entusiasmo general. Uno de los gobernadores del rey de Persia firmó un tratado ventajoso á los atenienses; los espartanos pidieron la paz, que aquellos no quisieron conceder, juzgándose ya invencibles por los primeros triunfos de Alcibiades. Mas estas esperanzas se disiparon muy pronto como el humo, al recibir, consternada la ciudad, la funesta nueva de que 15 naves de las 100 que poco antes habian salido del Pireo, bajo la conducta de Alcibiades, habian sido apresadas por los espartanos. Este fatal accidente no podia en justicia atribuirse á Alcibiades, puesto que el combate se dió contra sus órdenes, hallándose él en la Jonia; pero sus enemigos, que no descansaban, ni podian olvidar tan fácilmente que á él debian su desgracia, atizaron los antiguos ódios contra él; y el pueblo cometió por segunda vez la imprudencia de separar del mando al afortunado general á quien la patria acababa de deber su salvacion. El reves de Jonia no habia sido, sin embargo, de gran trascendencia, gracias á la actividad de Alcibiades, que al momento que lo supo, acudió con todas sus fuerzas y presentó batalla al enemigo, que no quiso aceptarla, recordando, sin duda, que Atenas, envanecida con su general, acababa de rehusar la paz que le pedia Esparta. Lás consecuencias de esta medida fueron lo mas desastrosas que podian ser; pues, al poco tiempo, Lisandro sorprendió á los atenienses en Egospotamos, les derrotó completamente la escuadra, compuesta de 180 velas, destruyó todo su ejército, bloqueó por tierra y mar á Atenas, que cayó en su poder, demolió todas sus fortificaciones, se nombró una oligarquia de treinta hombres, que con el tiempo se conocieron con el nombre de los treinta tiranos, y la nacion toda, de libre que era, quedó sometida al ominoso yugo de la esclavitud. Alcibiades, olvidando generosamente la ingratitud de su patria, y previendo su desgraciada suerte, habia dado desde su retiro sábios consejos á los jefes atenienses, cuya arriesgada y falsa posicion no podia menos de ocasionar los resultados que despues deploraron amargamente, por no querer dar oidos á quien ya tenia sobre sí el descrédito y el desden, consiguientes siempre á la caida de los favoritos de la fortuna. Habíase acogido Alcibiades á Farnabaces, quien, con capa de amistad y proteccion, ó instigado por Lisandro ó por Cricias, le preparaba una traidora muerte, en ocasion en que el primero se disponia á ir á la corte de Artajerjes para implorar socorros y libertar á su patria de la tiranía de los treinta y del yugo estranjero. Murió Alcibiades en la Frigia, á la edad de 40 años, bárbaramente asaeteado por un tropel de asesinos, que no atreviéndose á acercársele y combatir frente á frente, habian intentado antes acabar con él incendiando su casa. Terminarémos estas noticias biográficas refiriendo algunas particularidades, no del todo indiferentes, cuando se trata de personajes de tanta importancia. Alcibiades se distinguia entre sus compañeros de infancia, así en los juegos de agilidad y destreza, como en los ejercicios de fuerza. Luchando en una ocasion con otros jóvenes, llegó á poseerse de tal entusiasmo, que mordió á uno de ellos en un brazo con el mismo ardor que una fiera que persigue á un tímido cordero.—«¡Ah, traidor!, esclamó el jóven, *muerdes como una mujer.—Dí mas bien como un leon*, respondió Alcibiades.» Otro dia, jugando á la taba en medio de la calle, se aproximaba á aquel sitio un carro, que siguió su camino porque el carretero, lejos de hacer caso de Alcibiades que

le habia dicho que se detuviese, arreó enojado á las caballerías. Desbaratóse al punto el grupo de jugadores, los cuales se dispersaron temiendo ser aplastados; pero Alcibiades, no solo permaneció tranquilo, sino que se tendió en el suelo cuan largo era, diciendo con admirable calma al bárbaro auriga: —«*¡Pasa si te atreves, miserable!* y el carretero se detuvo.» La gratitud de Alcibiades tuvo ocasion en que manifestarse, cuando habiendo encontrado á Sócrates, su maestro, que se retiraba á pié despues de la derrota de Delion, espuesto á la persecucion de los enemigos, le montó en su caballo y le acompañó hasta dejarle en seguridad; Sócrates habia defendido y llevado consigo á Alcibiades, herido, en la espedicion de Potidea.

ALEJANDRO (el Grande); hijo de Filipo, rey de Macedonia. Nació en Pella el 20 de setiembre del año 356 antes de Jesucristo. Desde su mas tierna infancia anunciaba ya lo que habia de ser con el tiempo, admirando con la precocidad de sus talentos á los que le rodeaban. La educacion que le dieron, contribuyó en gran manera á desarrollar y robustecer las grandes cualidades con que le habia dotado la naturaleza; llegando á ser en el corto período de su estraordinaria existencia, uno de esos hombres destinados por la Providencia á realizar grandiosas empresas, así en el órden material como en el moral, el intelectual y el político. Los juegos heróicos, el pugilato, la equitacion, fortalecieron sus miembros, endureciéndolos para las fatigas y la intemperie; y en cuanto á la elevacion de su entendimiento, claro y penetrante, naturalmente, con un maestro como Aristóteles, concíbese cuán alto rayaria. Sus detractores le han pintado como un guerrero ambicioso, que encuentra placer en la destruccion, en la venganza y en la sangre; sus apologistas le han considerado casi como un Dios. Pero los hechos hablan mas alto que las pasiones humanas; y cualesquiera que, por otra parte, hayan sido los vicios que mancharon su historia, siempre resulta que Alejandro ha sido uno de los hombres que mas impulso han dado con su mano á la civilizacion humana, renovando las sociedades en donde sopló su aliento, á cuyo calor brotaron semillas fecundas, pero ocultas hasta entonces. Sus facciones, sin ser bellas particularmente, formaban un conjunto simpático, armonioso y tan espresivo, que parecia revelar toda la grandeza de su genio, la superioridad de su espíritu. Tenia cútis suave y sonrosado, nariz aguileña, ojos grandes, vivos y penetrantes, cabello rubio y rizado en grandes bucles, cabeza erguida, estatura regular y cuerpo airoso. De poco sirven, no obstante, las mas aventajadas prendas, las mas felices disposiciones, el ingenio mas sutil, cuando no van acompañados de la inclinacion á instruirse; fatalidad inherente á la mayor parte de los hombres que ocupan un lugar distinguido en los anales del mundo. Mas no pertenecia á este número Alejandro, y el éxito de sus empresas coronó sus desvelos por adquirir conocimientos, sin los cuales tal vez se hubiera confundido con los héroes vulgares, con esos héroes que cifran toda su gloria en la conquista, muchas veces casual, de una plaza, de una ciudad ó de un reino, no acertando en su ignorancia á dirigir los acontecimientos hácia un fin fecundo y civilizador. Alejandro no solo era instruido en las ciencias; amaba con pasion las artes, y con especialidad las calificadas con el nombre de bellas. La poesía formaba sus delicias; llevaba siempre consigo la Iliada de Homero, que leia frecuentemente, y en la destruccion de Tebas, dícese que no respetó mas casa que la de Píndaro, sublime poeta, cuya familia tambien perdonó en consideracion á la memoria de aquel. La necia turba de aduladores, que siempre rodea á los monarcas, alteró su noble carácter y bellos sentimientos lo suficiente para hacerle co-

meter durante su vida algunas acciones que empañan algo su pureza; pero no tanto que dejase de ser constante en sus amistades; generoso, generalmente, con los vencidos; amable sin rebajarse; cortés sin afectacion; humano sin alardes fastuosos. Su pasion dominante, contínua, inalterable, pues desde muy jóven principió á manifestarse en él, era la ambicion; ambicion que le tenia inquieto y desasosegado; ambicion pintada por algunos historiadores con los colores mas odiosos; pero ambicion sin la cual no hubiera realizado ninguno de sus gigantescos planes, que tanta influencia tuvieron en el progreso de los destinos humanos. No bien murió Filipo, los atenienses, deslumbrados con la elocuencia de Demóstenes que pintaba á Alejandro como un jóven incapaz de sostener en Grecia la dominacion macedónica, quisieron sacudir el yugo y se entregaron á públicas y ruidosas demostraciones de alegría, pero Alejandro, que entonces contaba poco mas de 20 años de edad, se dirigió presurosamente á Atenas, que al punto le abrió sus puertas, y le confirió grandes honores y dignidades. El héroe macedonio reprimió severamente la audacia de los peonienses, tracios, ilirios y algunos otros pueblos incultos; los atenienses se apresuraron ademas á conclúir la paz, sujetándose á las condiciones que Alejandro quiso imponerles, y las ciudades del Peloponeso le dieron el título de generalísimo. Habiéndose esparcido poco despues la falsa nueva de la muerte de Alejandro, los de Tebas degollaron inhumanamente á los soldados macedonios que guarnecian algunas plazas, y varias poblaciones griegas se sublevaron de nuevo, mientras aquel iba á vengar la muerte de sus infelices compatriotas y soldados. Todos cuantos tomaron parte en aquel hecho, indigno y cruel, fueron reducidos á la mas ignominiosa esclavitud y vendidos en público mercado; y la soberbia Tebas fué completamente arrasada, para que no quedaran ni restos de la ciudad que habia presenciado tan vergonzoso crímen. Su infatigable actividad, le condujo otra vez á Grecia, en donde hizo entrar en la obediencia á las poblaciones rebeldes; y seguro ya con la tranquila posesion de aquellos dominios, pensó en llevar á cabo los proyectos de su padre; á cuyo fin convocó y reunió en Corinto los diputados de todas las repúblicas, que prendados de su carácter afable y su política lisonjera, le nombraron jefe de su espedicion contra la Persia. Reinaba á la sazon en este pais Dario Codoman ó Codomano, príncipe no desprovisto de talentos, ni de valor, y regularmente acreditado por su clemencia y justicia; de manera que no á él precisamente, sino mas bien á la época, debe atribuirse la pérdida de aquel vasto imperio. La corrupcion de costumbres, el afeminamiento de los persas, los vicios de su gobierno y otras muchas causas que generalmente son el termómetro, digámoslo así, que marca la decadencia de las naciones, habian ido socabando aquel edificio que ya amenazaba ruina. Alejandro partió, pues, al Asia, al frente de un ejército de 35,000 hombres y con víveres para un mes; pasó el Helesponto, llegó á Frigia, y la primera victoria que consiguió en esta memorable espedicion fué la del *Granico*, en donde los sátrapas persas presentaron batalla con un ejército tres veces mayor que el del conquistador macedonio. Estas y otras derrotas, como la de la Frigia, Sardes, Mileto y Efeso sufrieron las tropas de Dario, tal vez por no haberse seguido los consejos de Memnon, natural de la isla de Rodas, para atajar el paso á Alejandro ó impedirle que retrocediese, una vez internado en el Asia. Despues de la batalla del Granico, toda el Asia Menor se sometió fácilmente al yugo macedonio. Entonces Dario, que no habia atendido á los prudentes avisos del Rodio Memnon, le nombró generalísimo de sus ejércitos de mar y tierra; pero ya era tarde, ya habia avanzado mucho Alejandro; y

aun cuando así no hubiera sido, aquel hábil general, que en poco tiempo logró reanimar un tanto la abatida causa de su rey, falleció antes de poder llevar á cabo sus planes de resistencia en que tanto confiaba Dario. Una enfermedad grave detuvo la triunfante marcha del conquistador en *Tarsis* ó Tarso, á su vuelta de Capadocia, por haberse bañado cuando estaba sudando; con cuyo motivo circularon nuevamente rumores acerca de su muerte, que atribuian á su médico Filipo; pero pronto se desvanecieron estos rumores, esparcidos sin duda por los enemigos ó por los émulos de su gloria, con los fines que son de suponer; porque aun no se hallaba Alejandro completamente restablecido, cuando atravesó como un relámpago la Lidia, la Jonia, la Caria, la Panfilia, la Miliada, el valle del Meandro, la Pisidia, la Bitinia, y algunos otros paises que cayeron bajo su dominacion; coronando esta rápida y gloriosa espedicion con la batalla de Iso *(Issos.)* Mencionarémos de paso un incidente singular que, aunque poco importante en sí, no deja de ofrecer algun interes tratándose de un hombre como Alejandro; y es que, habiendo entrado este en la ciudad de Gordium, cortó de un tajo el famoso nudo gordiano, nudo que prometia, segun la comun creencia, el imperio del Asia al que lo desatase. La batalla de Iso, que no hemos hecho mas que nombrar por la digresion que precede, fué tan desgraciada para Dario que en ella se apoderó Alejandro no solo de sus tesoros, sino de él mismo, de su madre, esposa é hijos, á todos los cuales trató con el respeto debido á los grandes infortunios y con la generosidad y magnificencia, propias de un héroe dotado de corazon noble. Esta batalla se dió en el año 333, antes de Jesucristo; puede decirse que fué consecuencia de ella la conquista de otras muchas ciudades y provincias; resistiéndose únicamente Tiro, que en vano procuró conservar la independencia, pues al cabo de un sitio de medio año tuvo que rendirse; y aunque no la destruyó Alejandro, segun algunos historiadores, dos mil habitantes fueron crucificados. Despues de pasar por la Judea, que se habia sometido durante el sitio de Tiro, se dirigió á Egipto y verificó su conquista en muy poco tiempo, fundando mientras permaneció en aquel pais la ciudad de Alejandría para perpetuar su nombre y con la mira de convertirla en emporio del comercio universal. En seguida penetró en el desierto de Libia hasta el Oasis, en donde estaba el templo de Júpiter Ammon, y se hizo declarar hijo de aquel dios y consagrar por el sacrificador del mismo templo; ceremonia ridícula á primera vista, pero que en aquellos tiempos no dejaba de tener importancia. Se ha hablado de las crueldades que ejecutó en la toma de Gazza, tanto con su gobernador Betis, que no tenia otro delito que el haber defendido la plaza, cumpliendo lealmente con su deber, como con otros muchos habitantes; pero no es punto este bien averiguado. En tanto habia reunido Dario un formidable ejército, con el cual pensaba, no solo resistir sino desbaratar las fuerzas de Alejandro, ya que este no quiso aceptar las proposiciones de paz que el Persa le hizo; con cuyo motivo dijo Parmenion, que él las hubiera aceptado si fuese Alejandro: «*y yo tambien* — respondió este — *si fuese Parmenion.*» Los dos poderosos monarcas se encontraron en Arvelas, en cuya batalla quedó decidida la suerte del imperio persa, fundado cerca de doscientos años antes por Ciro. Dario, no obstante llevar un ejército compuesto de un millon de hombres contra cincuenta mil de que constaba el enemigo, quedó completamente derrotado y huyó despavorido á las provincias septentrionales. Despues de la memorable batalla de Arvela, tenia Alejandro el paso espedito para la Persia y la India; pues aunque sus fuerzas no eran muy considerables, la fama de su nombre le abria las puertas de las ciudades; penetrando sucesivamente en Babilonia, Susa, Perse-

polis y Ecbatana, y reorganizando su ejército, en el que su mal ejemplo habia relajado la disciplina. Antes de llegar á Necbatana en persecucion de Dario, supo Alejandro que este rey habia sido asesinado traidoramente por sus propios servidores, Narbazanes, Brazas y Beso, á quienes mandó castigar severamente por tan horrible atentado; si bien se dice que perdonó al primero de los sátrapas citados, en lo cual faltó á su justificacion. Dueño legítimo y reconocido del imperio persa, segun las leyes de Oriente, por muerte del último rey, á cuya familia dispensó generosa proteccion, y despues de otras muchas empresas siempre favorables á sus armas, trató de llevar á cabo la conquista de la India. Para realizar esta espedicion gigantesca formó alianzas con algunos reyes y Estados, pasó el Hidaspe, derrotó á Poro y á otros varios monarcas, y dejó en todas partes magníficas huellas de su tránsito, edificando ciudades, depositando en aquella tierra las semillas de la civilizacion griega, construyendo vías de comunicacion entre los pueblos y estableciendo colonias. Abrió canales, hermoseó muchas poblaciones, introdujo la disciplina entre los bárbaros incorporados á sus ejércitos, y fundó establecimientos científicos, artísticos y literarios, sacando á aquella parte del mundo del letargo en que estaba sumida, con el inmenso impulso de su voluntad y de su genio. Sojuzgada la India vuelve á Babilonia, en donde murió á los 33 años de edad, envenenado, ó á consecuencia de la vida relajada é indigna de él, á que allí se entregó, cometiendo toda clase de escesos como el hombre mas vulgar y degradado. Su propio palacio era un templo, digámoslo así, consagrado á todos los vicios, á todas las impurezas. El héroe se convirtió en rufian, el guerrero en un ser afeminado, su actividad en indolencia, su sobriedad en destemplanza, su noble orgullo en cínica inmodestia; á tal estremo que, hablando un dia con inmerecido desprecio de la gloria que su padre habia adquirido, y contestándole Clito, capitan anciano que habia estado al servicio de Filipo, estas palabras: *Tú no has vencido sino con los soldados de tu padre*, Alejandro le dió de puñaladas, á pesar de haberle salvado Clito la vida en una ocasion. Pero estos desórdenes que le deshonraron un tanto en sus últimos dias, no eclipsan la colosal grandeza de su gloria. Cuando Alejandro murió, puede decirse que su obra estaba consumada. Habia llevado en alas de la victoria la civilizacion á paises semisalvajes; habia puesto en contacto apartadas regiones; habia principiado la asimilacion, ó fusion de las razas, que habitaban los diferentes pueblos por él sojuzgados; y llevado á lejanos climas las ciencias y artes, que son las que constituyen la principal riqueza y esplendor de las naciones. Ante estos magníficos resultados ¿qué es su inconstancia con Barsina, hija de Dario, con Paristais y Roxana, á quienes, segun parece, hizo partícipes alternativamente en una misma noche del tálamo conyugal? ¿Qué son su amor al eunuco Bagoa, su manía de pretender que le tuviesen como á un Dios y le adorasen como tal, las alabanzas que él mismo solia prodigarse, y la muerte de Clito? Alejandro no puede ni debe ser considerado en tan humilde esfera, sino como un genio privilegiado que trae una gran mision al mundo, y que la cumple, para mayor asombro, en el escaso período de diez años; esto es, en el tiempo que necesitaria un hombre de no vulgares talentos para estudiar y preparar las empresas que él acometió. Solo tres artistas tuvieron el privilegio de hacer su retrato; tres artistas dignos en un todo del héroe Macedonio, y cuyos nombres son la mayor apología que de ellos se puede hacer: Praxiteles, Lisipo y Apeles. Uno de esos eternos y fastidiosos cantores, que siempre tienen á mano la Musa para celebrar cualquier incidente, por pe-

queño é insustancial que sea, con tal que diga relacion con la persona á quien están acostumbrados á incensar, le presentó unos versos llenos de elogios tan estremados y tan ridículos al par, al describir una de sus conquistas, que Alejandro, viendo completamente desfigurada la verdad, rompió indignado la composicion, y echó los pedazos al agua. Aconsejándole un dia que castigase á un hombre que criticaba todas sus acciones, respondió: «Esa es la suerte de un rey, el ser censurado por mas laudable que sea su conducta.» En otra ocasion le manifestaron, antes de la batalla de Arvela, que sus soldados se proponian coger y apropiarse todo lo mejor que encontrasen en el despojo de los persas: «Tanto mejor—respondió—eso me prueba que están determinados á pelear bien.» Terminarémos esta biografía con el paralelo entre Filipo y Alejandro, hecho por Justino: «Alejandro tuvo mayores vicios y mas grandes virtudes que Filipo. Ambos triunfaron de sus enemigos, pero valiéndose de medios distintos, el uno empleaba la fuerza, la astucia el otro; el uno se alegraba cuando conseguia engañar á sus enemigos, el otro despues de vencerlos. Filipo era mas político; Alejandro mas grande; el padre sabia disimular su cólera y aun dominarla á veces; el hijo no concedia límites, ni tregua á su venganza. Uno y otro eran aficionadísimos al vino; pero los efectos de la embriaguez eran distintos en cada uno de ellos; pues Filipo abandonando la mesa iba á buscar peligros, y Alejandro volvia su furor contra sus propios súbditos; el uno tornaba del campo de batalla lleno de heridas y cicatrices, y el otro salia del banquete manchado con la sangre de sus amigos. Los de Filipo no participaban de su autoridad, los de Alejandro solian esperimentar los efectos de la suya. Aquel deseaba ser amado, este temido. Los dos cultivaron las letras; por política Filipo, Alejandro por gusto é inclinacion. Este era mas propenso al libertinaje, aquel á la templanza. Con estas diferentes cualidades, el padre echó los cimientos del imperio del mundo, y al hijo le cupo la gloria de dar cima á tan grande empresa.»

ALEJANDRO JANNEO. Fué el tercer hijo de Hircano, y sucedió en el trono de Judea á su hermano mayor Aristóbulo, en el año 104 antes de Jesucristo, sirviéndole de escabel el cadáver de su hermano segundo, á quien asesinó bárbaramente, inaugurando así un reinado que habia de ser fecundo en desórdenes y crímenes, y reuniendo al régio título el de sumo sacerdote. Dando rienda suelta á sus aviesas inclinaciones trató de apoderarse de la Siria, despedazada por guerras civiles, á cuyo efecto la invadió, aunque sin resultado, porque habiendo penetrado en Judea el rey de Egipto, Ptolomeo Látiro, tuvo que retroceder aquel para atender á la seguridad y defensa de sus dominios. Vencióle Ptolomeo, pero la madre de este que pretendia apoderarse del trono de su hijo, unió sus fuerzas á las de Alejandro y lograron derrotarle. Entonces el rey fratricida emprendió el sitio de Gazza, cuya ciudad le fué entregada traidoramente; sus habitantes compraron cara la resistencia que habian hecho al tirano, porque los pasó á todos á cuchillo y redujo á cenizas la poblacion. En seguida declaró la guerra á los árabes, teniendo que llevar á esta espedicion 6000 estranjeros, gente toda perdida y mercenaria, porque los judíos, á quienes no atemorizaban las amenazas ni castigos de Janneo, se resistieron á acompañarle. Los resultados de esta campaña fueron fatales para Alejandro, pues ademas de quedar vencido, se rebelaron contra él sus propios súbditos; siendo esta rebelion orígen de disensiones y guerras intestinas que duraron seis años, en los cuales perecieron mas de 50,000 rebeldes; pues aquel mónstruo no tenia otras ideas que las de venganza y esterminio. La pluma se

resiste á trazar las atrocidades que despues cometió este rey, afrenta de la humanidad; pero la tarea de historiadores fieles nos impone este triste deber. Vencido por Janneo Demetrio Acaero, que habia acudido en auxilio de los judíos rebeldes, estos se refugiaron en Belon, cuya plaza tambien cayó en poder del tirano con todos sus defensores, los cuales fueron conducidos á Jerusalen, en número de 800, y crucificados sin piedad alguna, teniendo, ademas, el horrible dolor de ver en su agonía morir tambien degollados sus propios hijos, padres, hermanos y mujeres. Y así como Neron cantaba estrofas de la Iliada desde lo alto de la roca Tarpeya, mientras el incendio devoraba los muros y edificios de Roma, Alejandro, rodeado de infames concubinas, contemplaba aquel horrendo espectáculo desde una tienda de campaña entre las ruidosas y alegres carcajadas del festin que daba á aquellas. Animado con el éxito que sus medidas sanguinarias habian tenido, y conceptuando tranquilo su reino, emprendió nuevamente sus escursiones y estendió sus conquistas por la Siria, la Fenicia, la Arabia y la Idumea. Murió el tirano en el año 76 antes de Jesucristo, á consecuencia de los escesos de su vida estragada; encargando en sus últimas disposiciones á su mujer, que entregase su cadáver á los fariseos, para que estos se vengasen de él privándole de la honra de la sepultura. ¡Pensamiento y determinacion dignos de tan abominable rey!

ALEJANDRO, tirano de Ferez en Tesalia. Mas propia le hubiera sido á este miserable la sociedad de las fieras, que la de los hombres; pues, dotado como se hallaba de todos los instintos crueles y salvajes que son patrimonio de aquellas, no ejecutó accion que no fuese encaminada á algun crímen. Empezó asesinando á su tio, bajo el pretesto de vengar la muerte de su padre Polidoro; continuó su carrera apoderándose en el año 368 antes de Jesucristo, de la autoridad que habia estado en manos de su víctima; vencido despues por los generales tebanos, Pelópidas y Epaminondas, se dedicó á á la piratería, en cuya *honroso* oficio le favoreció algo la fortuná contra los atenienses, llegando entonces su osadía hasta el punto de hacer un desembarco en el Pireo; por último, concluyó como tal vez no esperaba, pero sí como tenia bien merecido; porque Tebe, su mujer, llegándole á aborrecer como ya le aborrecia toda su familia, introdujo una noche á sus hermanos, quienes acabaron á puñaladas con Alejandro, que entre otras distracciones solia proporcionarse la de echar perros hambrientos á algunos desgraciados cubiertos con pieles de animales monteses, y enterrar hombres vivos.

ALEJANDRO el paflagonio. Nació en la ciudad de Abonótica, en la Paflagonia, provincia del Asia Menor. A los que niegan los progresos de la civilizacion, á los que sistemáticamente combaten los beneficios de las luces, puede presentárseles la historia de Alejandro el paflagonio, y de otros muchos impostores que han abusado de la sencilla credulidad de los pueblos, en épocas en que el entendimiento humano estaba rodeado de tinieblas, y en que las ciencias se hallaban depositadas en reducido número de hombres estudiosos. Hoy, que afortunadamente esas tinieblas se van disipando, hoy, que la ilustracion se difunde y generaliza, ya no es tan fácil especular con supercherías y engañifas, que si antiguamente se consideraban como prodigios ó milagros, en el dia se esplican y comprenden perfectamente sin mas que unas ligeras nociones de física recreativa. Alejandro el paflagonio, que no debia ser del todo lego en la materia, al menos en cuanto lo permitian los conocimientos de su época, llegó á adquirirse con su industria prestidigitadora grandes riquezas, crédito ilimitado y hasta los honores divinos. Pasó su noviciado ó aprendizaje con un

famoso charlatan, tenido por mágico, el cual, viendo las ventajosas disposiciones que para el oficio presentaba el discípulo, le confió los secretos mas importantes que poseia, contándose entre ellos el modo de descubrir tesoros, por muy ocultos que estuviesen, el de adivinar los misterios mas impenetrables, el de hallar los manantiales de las fuentes, y otras muchas cosas que, así las creian ellos como eran ciertas; pero que el vulgo, menos avisado, las acogia como artículos de fe. Graduado ya de truan, con estos y otros conocimientos, aplicóse á practicar su ejercicio con otro solemne bribon llamado Cocona, que le aventajaba, sino en teoría, en práctica al menos, y entrambos se dieron á correr el mundo en busca de incautos y de dinero, ya que no de honra. Juzgaron que nada tan á propósito para el efecto, como hacer intervenir la divinidad en sus ridículas farsas; y así determinaron hacer hablar un oráculo entre los paflagonios, cuyo grado de cultura no era muy alto, y cuya supersticion era sin límites. Lo primero que hicieron, fué esconder unas láminas de metal en un templo de Apolo, habiendo escrito antes en ellas que Esculapio y su padre irian en breve á establecerse en Abonótica; halláronse las láminas, ó por mejor decir, los dos embaucadores dispusieron y facilitaron su hallazgo, por lo mucho que les importaba, y la noticia de este acontecimiento voló de boca en boca estendiéndose en poco tiempo por la Bitinia y la Galacia. Los abonóticos, agradecidos al singular privilegio de que aquellos dioses se dignasen morar en el recinto de su ciudad, acordaron erigirles un templo y hasta empezaron á poner los cimientos. Entonces determinó Alejandro recoger el fruto de sus embustes, y congregando al pueblo cerca de la fuente sagrada, en la cual habia metido de antemano un huevo que contenia una culebra recien nacida, lo sacó dentro de un vaso de agua recogida en la fuente, rompióle, y al tiempo de salir el reptil, esclamó dirigiéndose á la concurrencia: «*hé aquí vuestro Dios.*» Este prodigio, que lo era á los ojos del alucinado pueblo, circuló con la velocidad del rayo, arrancando admiraciones á todos los habitantes. Viendo Alejandro el éxito que habia obtenido su astucia, y conociendo lo útil de no dejar que se apagase el entusiasmo, anunció al dia siguiente, que el Dios que casi habian visto nacer ó salir del cascaron, habia ya adquirido su completo desarrollo, y se habia dignado visitar su humilde morada, en la cual estaba visible á todo el mundo. No hubo menester mas para que el pueblo llenase su domicilio, y contemplase por sus propios ojos al falso profeta acostado en su lecho, y al Dios enroscado en forma de culebron alrededor del cuello de Alejandro. El tal Dios no era otra cosa que una culebra domesticada, que acariciaba á aquel, que solo descubria la cola, y cuya cabeza artificialmente fabricada, abria y cerraba la boca á gusto de Alejandro, quien la comunicaba este movimiento, tirando por unas cerdas de caballo, sujetas á aquella parte del cuerpo. El delirio del pueblo, despues de este supuesto milagro, rayó en lo fabuloso; y reconocido el impostor como verdadero profeta, llovian consultas de todas partes que era una maravilla, tanto mas, cuanto que los oráculos eran pagados á precios ínfimos, y así estaban al alcance de las personas menos acomodadas. Una de las cosas en que mas ensayó su sutileza, fué en el modo de abrir cartas y cerrarlas luego de suerte que no se conociese la trampa; se dedicó á este estudio porque le dirigian muchas preguntas por escrito, y él contestaba acorde en el sobre del mismo papel, como si no le hubiese abierto, lo cual, á los ojos de la multitud, era un milagro como otro cualquiera. ¡Imposible parece que haya llegado á tal estremo la ceguedad de los pueblos, aun en su infancia! Al cabo de algun tiempo, fué llamado á Roma por Marco Aurelio, quien habiendo tenido noticia de curas

hechas por Alejandro, que poseia algunos conocimientos en medicina, aunque no tales que correspondiesen á su fama, fama que llegó hasta la ciudad eterna, quiso verle en su corte. Esta celebridad, lejos de menoscabarse allí, fué en aumento, y hasta llegó aquel á ser considerado y venerado como un dispensador de la inmortalidad; tanto prometia alargar la vida. A este resultado debió contribuir mucho la proteccion de Marco Aurelio, y en su consecuencia el favor y confianza de los cortesanos que no tienen mas voto que el de sus amos. Pero cuando llegó el dia de la terrible prueba, Alejandro sucumbió á ella, muriendo á la edad de 70 años, no obstante su prediccion de que viviria doble tiempo, y esto en el supuesto de que su muerte fuese producida por el rayo ú otro accidente análogo, porque de lo contrario se perpetuaria su existencia. ¡El rayo fué una llaga en una pierna!

ALFIERI (El conde Victor). Nació en Asti en el Piamonte, á 17 de enero de 1749, de una familia ilustre. Quien hubiera conocido á Alfieri en los primeros años de su juventud; quien le hubiera visto abandonar las aulas, y observado su antipatía al estudio, su aficion á las ocupaciones frívolas, y en fin, su estado de ignorancia casi completa, difícilmente hubiera podido adivinar lo que llegaria á ser con el tiempo. Pero así como hay organizaciones é inteligencias precoces, así tambien hay otras en las cuales parece que no existe ó es casi nulo el principio de actividad que á aquellas anima. Y es que no en todos los espíritus germinan con igual prontitud las semillas del genio, así como ciertas plantas no nacen en el mismo período de tiempo en un terreno que en otro, sin que este retraso perjudique en lo mas mínimo á su ulterior desarrollo, robustez y fecundidad. El genio, pues, se hallaba como adormecido en Alfieri en las primeras épocas de su vida, y necesitaba el concurso de ciertas circunstancias para brotar con pasmosa lozanía y esplendor. Cuando murió el padre del insigne poeta italiano, no ténia este mas que un año, y quedó bajo la tutela de su tio Pelegrin Alfieri. A la edad de nueve años entró en el colegio de nobles de Turin, en donde no hizo progreso alguno en sus estudios, ya por no tenerles aficion, ya porque su constitucion débil y enfermiza no le permitiese dedicarse á los trabajos intelectuales con la debida constancia y aplicacion, ó ya por su falta de aptitud, como suponian sus maestros y sus compañeros. Lo cierto es que salió del colegio, con motivo de la muerte de su tio, acontecimiento que le dejaba dueño absoluto de sus bienes y de su voluntad. Tenia entonces 16 años, y entraba en el mundo, ignorante casi de todo, y sin mas que algunas nociones de frances adquiridas forzosamente, digámoslo así, por ser este el único idioma que se permitia hablar en aquel noble seminario. Tambien habia contribuido á mantenerle en su estado de ignorancia su carácter violento y caprichoso, que se avenia mal con la sujecion y disciplina reglamentaria de los institutos científicos, y con la especie de tutela que ejerce el magisterio. No bien se vió libre, se dedicó á viajar, única pasion que le dominaba, y que empleó malamente por cierto, si damos crédito á algunos biógrafos, pues solo sacó de sus viajes preocupaciones y estravagancias, recorriendo, en cosa de dos años, casi toda Europa. Estas preocupaciones, estas estravagancias tal vez serian tales solo á los ojos de los que no ven ni comprenden nada de lo que no está dentro de la esfera vulgar; porque en muchas ocasiones son, si es permitido esplicarse así, los *prodromos*, los signos precursores, ó mas bien los síntomas del *genio*. Ahora, si se da el nombre de estravagancias y preocupaciones al amor á la libertad, á las ideas grandes, elevadas, humanitarias, que respiran la mayor parte de las obras de Alfieri, convendrémos en que le aprovechó poquísimo

su viaje, verificado precisamente en una época en que ya fermentaban bajo del suelo de Europa las tormentas revolucionarias que habian de echar por tierra el edificio levantado por la preocupacion de los siglos. Dícese que la pasion que le inspiró una señora de Turin, fué la que le aficionó repentinamente á la poesía dramática; pero hay mas fundamento para presumir que la causa fuese su viaje, contribuyendo á despertarle de su inercia el espectáculo de la naturaleza de los diversos paises que recorrió, el no menos instructivo y elocuente de las sociedades, de las costumbres, usos, leyes y monumentos que pasaron ante sus ojos, como un espléndido panorama, cuya contemplacion le reveló sentimientos é ideas que ya estaban en su corazon y en su espíritu, pero que no se habian dado á conocer por ninguna manifestacion sensible; porque un poeta no se forma en un dia, y Alfieri se presentó poco tiempo despues de su escursion con la tragedia titulada *Cleopatra*, y con *Los poetas*, comedia en un acto, que es una crítica de aquélla; obteniendo una y otra un triunfo lisonjero para el autor en el teatro de Turin, por los años de 1775. Este triunfo animó sus primeros pasos en la carrera dramática; pero no desconocia Alfieri que necesitaba cultivar esmeradamente sus felices disposiciones, y que para conseguir este resultado, no habia otro medio que el estudio en general, y con especialidad la asídua lectura de los clásicos latinos, italianos y griegos, aunque este último idioma se dice que no le aprendió hasta mucho despues. Entregóse, pues, á este trabajo con una fuerza de voluntad, con una constancia, con una aplicacion tales, que en poco tiempo se encontró en disposicion de entender perfectamente á los autores que se habia propuesto por modelos, mereciendo su preferencia, entre otros, el Dante, el Petrarca, Sófocles, Esquilo, Aristófanes y Terencio Salustio. Alfieri conocia que con este provechoso ejercicio, un nuevo y espléndido horizonte, un mundo antes desconocido para él se presentaba á sus ojos; se aumentó grandemente el caudal de sus conocimientos, formóse su gusto, y en el corto espacio de siete años dió á luz una *Traduccion del Salustio*, un *Tratado contra la tiranía*, algunas odas cuyo asunto era la *Revolucion de la América septentrional*, y catorce tragedias. En la mayor parte de estas obras están pintadas las ideas del autor, cuyo corazon generoso latia por la libertad. ¡Qué ternura, qué melancolía, qué sentimiento, cuando pinta los dolores, los gemidos, las miserias de los oprimidos! ¡Cuánta energía, cuánta indignacion, cuánto furor, cuando truena contra los malvados y contra los tiranos de los pueblos! Pero su republicanismo no es el del interes, el de la especulacion, el del frio cálculo; que á ser así no hubiera escrito mas que composiciones pálidas; es el republicanismo del corazon, con todas sus virtudes y con todos sus defectos; es el republicanismo del sentimiento; nunca ha tenido la musa trágica de Italia mejor representante que Alfieri. Entre sus obras mas acabadas figuran *Virginia*, *Saul*, *Agamenon*, *Antígona*, *Méerope*, *Bruto I* y *Bruto II*, *Agis*, *Timoleon*, *María Stuart* y *Mirrha;* todas composiciones trágicas. No hablamos de sus sátiras y comedias, porque verdaderamente su mérito está muy lejos de igualar al de las citadas. Tambien pertenecen á Alfieri el *Abel*, drama, el *Alcestes*, el *Tratado del príncipe y de las letras;* y mereció el aplauso de los doctos por sus traducciones del griego y del latin, distinguiéndose entre las primeras el *Alcestes* de Eurípides, *los Persas* de Esquilo, *las Ranas* de Aristófanes, y el *Filotetes* de Sófocles; y entre los segundos la de *Salustio*, la de las *Comedias de Terencio*, y la de la *Eneida*, aunque esta no la pudo corregir por falta de tiempo. Para hacer un análisis, por breve que fuese, de las obras mas importantes del insigne trágico italiano, necesitaríamos mucho espacio; baste á

nuestro propósito decir que, en general, sobresalen en ellas el buen gusto, la correccion y la pureza mas esquisitas, en términos que estas y algunas otras dotes le conquistaron el título de Reformador de la lengua italiana. La sencillez, majestad y el interes de sus composiciones trágicas; las bellas y poéticas imágenes, dulces unas, y terribles otras, con que enamora ó conmueve; la verdad de las situaciones y nobleza de los personajes, la pintura de los caractéres y las enérgicas y robustas pinceladas con que anatematiza el vicio y el crímen, son cualidades y circunstancias que colocan al autor en la categoría de los primeros trágicos del mundo. No menos estimable es en sus escritos en prosa, y en sus composiciones líricas, en los cuales campean la gracia y la pureza del idioma patrio, contaminado por los galicismos y otras mil estravagancias que privaban de su hermosura á la lengua en que hablaron el Tasso y el Dante. Durante su permanencia en Paris, donde habia ido con el objeto de hacer una edicion de su teatro, estalló la revolucion francesa, y fué tratado como emigrado, confiscándole tambien sus muebles y libros, sin duda solo por tener un apellido noble, ó tal vez por reprobar públicamente los escesos á que las pasiones desencadenadas conducian á aquel pueblo, y que mancharon la gloriosa obra de la generacion del viejo mundo. Así es, que no bien llegó á Florencia, dió á luz el célebre soneto contra Francia:

Re senza trono, nobili avviliti,
Milizia senza disciplina alcuna, etc.

Por aquella época debió escribir tambien su sátira *Misogallo* contra los franceses, que ha quedado inédita. No en todos los géneros de literatura que cultivó Alfieri, fué igualmente feliz, ni sus obras están exentas de defectos; pero no son estos de tal naturaleza, que destruyan la belleza del conjunto. Este distinguido literato, insigne poeta lírico, y trágico eminente, murió en 8 de octubre de 1803, á la edad de 54 años, en Florencia, y fué enterrado en la iglesia de Santa Cruz de dicha ciudad, en un magnífico sepulcro de mármol, ejecutado por el célebre Canova, y colocado entre el de Miguel Angel y el de Maquiavelo. Su viuda, la princesa de Stuart, que antes lo habia sido del príncipe de este nombre, viznieto de Jacobo II, y que parece se hallaba unida en secreto con Alfieri, costeó el fúnebre monumento.

ALFONSO I (don), tercer rey de Asturias y primero de Leon, llamado el Católico, empezó á reinar en el año 739 de Cristo: murió en el 757. Llorada por los españoles la no menos infeliz que temprana muerte de su rey don Favila, procedieron segun la costumbre de aquellos tiempos á la eleccion del soberano. Entre los que pudieran entonces aspirar á esta suprema dignidad, ninguno se presentaba con títulos de mejor derecho, para ser elegido, que don Alfonso, hijo de don Pedro, á quien varias memorias dan el dictado de duque de Cantabria, porque debia de haber entonces mas que uno, que en aquellas provincias gozase de este título, como se verificó posteriormente con el de condes en Castilla. Era ademas de esto, don Alfonso, de la real familia de los godos, pues descendia de Leovigildo y Recaredo, cuyas circunstancias habian movido á don Pelayo á darle por esposa á su hija Hermesenda; pero sus prendas personales, su valor, prudencia, pericia militar y su fortaleza, calidades mas recomendables y necesarias en la estrecha constitucion de la nueva monarquía, compelieron á todos los magnates, no menos que al pueblo, á proclamarle con unánime aplauso y celebridad; á cuya distincion correspondió en adelante con la mas digna gratitud y mas propia de un príncipe, cual fué el incesante desvelo con que gobernó sus vasallos, estendió los estrechos límites de su reino con gloriosas conquistas, y habituó á los españoles con repetidos triunfos y victorias, á concebir como muy inferiores

aquellos numerosos ejércitos de gentes estrañas y feroces, que poco antes habian juzgado insuperables. Aprovechándose don Alfonso de las divisiones que habian empezado á formarse entre los principales caudillos de los moros, en España, en el principio de su reinado, y reuniendo la gente que pudo de las Asturias y Montañas, compuso una guerrera comitiva; pues mas bien merecia este nombre que el de ejército, y entrando con su hermano don Fruela por Galicia, pasó á cuchillo los presidios mahometanos de aquella provincia, derribó las mezquitas y consagró algunos templos al culto del verdadero Dios, con lo que despues de haber penetrado hasta Lugo, Tuy y Orense, volvió rico de triunfos y despojos, á descansar con sus valientes soldados en las asperezas de los montes, que entonces todavia se podian considerar mas como un asilo y retirada de guerreros, que como estados de un monarca. No permitian largas treguas al reposo y quietud del rey don Alfonso, su celo por la religion, los estrechos términos que cerraban su monarquía, las necesidades de sus vasallos, cuyo número iba creciendo cada dia con la fama de las ventajas que lograban, y finalmente el valor y esfuerzo de su corazon heróico, que le estaba contínuamente estimulando á gloriosas empresas. Con esto, y alentado por el feliz suceso de sus primeras espediciones contra los moros de Galicia, prosiguió repitiéndolas anualmente con no inferiores ventajas; siendo fruto de estas segundas escursiones, la toma de la ciudad de Leon con todos los pueblos principales de su comarca: y continuándolas vigorosamente, en la misma salida ganó á Astorga, Saldaña, Montes de Oca, corriendo hasta Alava y Amaya, y llevando á sangre y fuego cuanto le resistia. Entonces trató de que Odoario, que estaba ausente de su iglesia de Lugo, como otros obispos, volviese á ella, encargándole su reparacion, y la repoblacion de la ciudad, desempeñando este prelado con el mayor celo y exactitud un cargo tan importante, y cuyo ejemplo trajo en adelante notorias utilidades á la religion y al Estado. No descansaba el generoso espíritu de don Alfonso, como el de otros, en el ócio. Su deleite era solamente el contínuo ejercicio de sus tropas, y el de estas el promover los designios heróicos de su soberano. Con esto, internándose mas y mas por las provincias conquistadas, llegó á Portugal, debilitando todos los presidios mahometanos que estaban entre el Miño y Duero. En otra de sus espediciones entró por Burgos, capital de Bardulia, donde se apoderó de Osma, Aranda, Clunia (hoy Cruña del conde) y otros pueblos en las riberas del Duero y del Pisuerga, y, retirándose luego que logró tan pronta como felizmente estas victorias, á Asturias, fundó y dotó junto á la villa de Cangas un monasterio de monges con la advocacion de San Pedro de Villanueva en el año 746 de Cristo. Volviendo en el siguiente año á continuar con el mismo ardor sus conquistas, pasando el Duero, y corriendo las faldas de las sierras que separan las dos Castillas, tomó á Sepúlveda, Segovia, Avila, Salamanca y otros pueblos; en cuyas comarcas dejó sembrado el terror con el castigo de los que se le oponian, y con el saco de las haciendas y casas de los enemigos, volviendo cargado de ricos despojos su ejército, que no descansó mucho tiempo; pues en el año de 748, penetró segunda vez en Portugal hasta Lamego, Viseo y otras ciudades. La escasez de las cosechas de los tres años siguientes, privaron al rey don Alfonso de proseguir sus conquistas; pero atento siempre á la reparacion y mejoría de las que tenia ya aseguradas, pobló varios lugares, y fundó diferentes iglesias en Liébana, Trasmiera, Suporta, y en otros territorios de la Bardulia, ó comarca de Burgos, empleando el resto de su vida en hacer felices á sus súbditos, asegurando la estabilidad de sus conquistas con el establecimiento de la mejor distributiva, que es en lo que

principalmente consiste el bien y la permanencia de los Estados. Estos cuidados, tan loables y dignos de un ánimo real, ocuparon el del rey don Alfonso hasta la era 795, año 795 de Cristo, en que murió con universal sentimiento de sus amados vasallos, habiendo reinado 18 años y un mes. Su piedad y celo por la restauracion de los templos, le adquirió el renombre de Católico con que es conocido en la historia. Se dice, que habiendo colocado su cadáver en un salon del palacio, se oyó una celestial música, como anuncio de su bienaventuranza. Fué sepultado en Santa María de Cangas, con su mujer doña Hermesenda, en quien tuvo á don Fruela, que le sucedió en el reino, á don Wimarano, de quien quedan bastantes memorias en la historia, y á doña Adosinda; y fuera de matrimonio á Mauregato, de quien adelante hablarémos.

ALFONSO II (don), séptimo rey de Leon; empezó á reinar en el año de Cristo 791: murió en el 842. Proclamado á solicitud de don Bermudo I, empezó el rey don Alfonso II á ejercer su dignidad y oficio real, con tanta prudencia y equidad, que en breve tiempo se concilió el amor de todos sus vasallos, de tal suerte que ni aun á los mas notoriamente culpados en la muerte de su padre don Fruela, quedó el menor motivo de recelo ó temor de su venganza. Mudó, al principio de su reinado, su corte á la ciudad de Oviedo, ilustrándola con varios edificios suntuosos, y reedificando ó reparando la iglesia que en ella habia fundado su padre, en lo cual, y en el arreglo de varios negocios del Estado, parece que empleó los primeros ensayos de su gobierno. En este tiempo mantenian graves enemistades y guerras Carlo Magno rey de Francia, é Isem rey de Córdoba, acometiéndose recíprocamente dentro de sus mismas tierras y destruyéndolas con numerosos ejércitos. No se contentaba Isem con invadir los estendidos Estados de Carlo Magno, pues su ambicion se alargaba á pretender unir á los suyos las estrechas tierras que ocupaban los cristianos en las asperezas de Asturias y Galicia. Para el logro de este proyecto envió contra las Asturias uno de sus generales, llamado Mugeit, con un poderoso ejército, que el rey don Alfonso derrotó y deshizo en ciertos lugares pantanosos, adonde le atrajo por medio de su prudencia y pericia militar. Se dice que en esta rota perdieron los mahometanos casi 70,000 hombres; y que el despecho que causó á Isem esta pérdida fué la ocasion de su muerte, que se verificó seguidamente: sucediéndole en el reino su hijo Alhacan, á quien dos hermanos de su padre empezaron á pretender arrojar del trono desde el punto que subió á él. Con esta buena ocasion trató don Alfonso de poblar algunos territorios anteriormente conquistados en la parte de Portugal, como fué la ciudad de Braga: y pasando con un mediano ejército el Duero, entró en los dominios de los moros, llegando hasta Lisboa; y saqueando aquella ciudad, de donde volvió rico de despojos, parte de los cuales dicen que envió á Carlo Magno, en señal y confirmacion de la recíproca amistad que se profesaban, dando á la iglesia de San Salvador de Oviedo, la famosa cruz de oro, que algunos aseguran haber sido hecha por los ángeles. Ocupado despues de esta feliz espedicion en el gobierno interior de sus reinos, atendia el rey don Alfonso á la espedicion de los negocios de sus vasallos con tanta intension, que en muchos años no consta tomase las armas en la mano: empleándose igualmente en la fundacion y reparacion de iglesias, para estender el culto de Jesucristo, que era el principal cuidado que ocupaba su católico ánimo: pero estas razones de ser generalmente amado, no le pudieron libertar de que armándose contra él una conjuracion, no le encerrasen en un monasterio algunos mal contentos y amigos de novedades: donde hubiera ciertamente perecido, á no haberle li-

bertado de esta reclusion y restituido al trono, un caballero llamado Theudio, seguido de algunos de los principales señores del reino. Despues de este suceso, acaeció el descubrimiento del cuerpo del apóstol Santiago; cuyo culto promovió el rey don Alfonso con la fábrica y dotacion de una suntuosa iglesia, á donde trasladó luego la silla episcopal de Iria. Considerando ocupado en estas obras de piedad al rey don Alfonso, trató Alhacan de invadirle sus tierras por dos veces, llegando sus tropas, la primera á Viseo, y la segunda á Benavente; pero en una y otra fueron rechazadas y batidas por las del rey don Alfonso, que prontamente salieron á su encuentro en ambas ocasiones. No se aquietó el espíritu ambicioso de Alhacan con la pérdida que habia sufrido en las dos anteriores espediciones contra las tierras de don Alfonso; y poniendo en práctica la tercera, llegó hasta Zamora; en cuyas cercanías, acometido su ejército por el de los cristianos que le esperaban, fueron enteramente deshechos los mahometanos, y obligado su rey á hacer treguas por algunos años con don Alfonso; pero quebrantadas por aquel, puso sitio á Calahorra, que se vió obligado á levantar aceleradamente, por haber el rey don Alfonso acudido con presteza á su socorro. Irritado mucho mas Alhacan con este desaire, formó dos ejércitos, con que invadió las tierras de Galicia, que gobernaba por el rey don Alfonso don Ramiro su primo; los cuales, á la cabeza de otros dos ejércitos, desbarataron los designios y tropas de Alhacan, venciéndolas en las dos primeras batallas que se dieron cerca de Naharon y del rio Anceo, cuyas situaciones se ignoran enteramente. Mahamud, hombre inquieto y valiente entre los moros, huyendo de Alhacan, se habia amparado del rey don Alfonso: pero deseando despues congraciarse con Abderrahamen, sucesor de aquel, por medio de algun hecho memorable, trató de entregar al rey moro la provincia de Galicia, donde se hallaba, y recibiendo para esto auxilios secretos del rey de Córdoba, se declaró por rebelde, fortificándose en el castillo de Santa Cristina. Sabido el suceso por el rey don Alfonso, acudió en compañía del príncipe don Ramiro á castigar á los rebeldes, y asaltando la fortaleza en que Mahamud estaba retraido, murió este en el primer combate con un número estraordinario de mahometanos, los cuales quedaron siempre escarmentados en algunas otras incursiones que intentó Abderrahamen posteriormente. Viéndose el rey don Alfonso de edad muy avanzada y sin hijos, porque siempre vivió en el celibato, por lo que mereció el renombre de Casto, hizo declarar por su sucesor á su primo don Ramiro, el cual, en los últimos años, tuvo gran parte en el gobierno del reino que dejó don Alfonso, pasando á mejor vida en la era 880., año de Cristo 842. Edificó la iglesia de San Salvador de Oviedo, la de nuestra Señora contigua á esta, y una capilla para el depósito y entierro de los reyes, con otros muchos templos que quedaron por testimonio de su piedad y religion.

ALFONSO III (don), décimo rey de Leon; comenzó su reinado en el año 866 de Cristo: renunció en el 910. A la muerte del rey don Ordoño I, se siguió la proclamacion de su hijo don Alfonso III, á quien sus virtudes dieron justamente el título de grande. Luego que empuñó el cetro, empezó á ocuparse en los cuidados propios de su dignidad, fortificando sus dominios y cortando, con la fundacion de algunos castillos como el de Sollanzo, la entrada en las Asturias á los moros. A poco tiempo de su exaltacion, se le rebelaron los alaveses con su conde Eilon, á quien venció; y encerrándole en una prision, castigó su delito y amedrentó á los cómplices por entonces; aunque poco despues, habiendo suscitado nuevas sediciones aquellos naturales, volvió á Alava y castigó tan severamente á los amotinados, que en adelante no se volvió, durante su rei-

nado, á descubrir la menor señal de infidencia. Competian en este rey la piedad y el valor, por lo cual, valiéndose de las riquezas que le habia dejado su padre, mandó construir una grande arca de plata para las santas reliquias que se veneran en la iglesia de Oviedo. A este acto de piedad, se siguió inmediatamente la recompensa con las dos victorias que ganó consecutivamente contra dos ejércitos de sarracenos, que intentaron invadir á un mismo tiempo sus estados por las cercanías de Leon y por Benavente; los cuales derrotados, llegó con el suyo hasta el Duero, de cuya salida volvió cargado de riquezas, y dejó á Mahomad escarmentado por entonces. Poco despues ganó á Deza, aunque su guarnicion se resistió valerosamente: pero amedrentados de su desolacion, corrieron los moros de Atienza á darle la obediencia. Adelantando despues sus espediciones, llegó el rey don Alfonso á Coimbra, que tomó á fuerza de armas, causando tantos estragos en aquellos territorios, que obligó á Mahomad á pedirle treguas; de las cuales se aprovechó la providencia de don Alfonso para poblar muchas ciudades que se hallaban arruinadas en aquellas y otras comarcas, desde el tiempo de don Alfonso I, entre las cuales se cuenta la de Orense; y poco despues la de Viseo, Lamego y Coimbra lograron ser igualmente pobladas. Concluido el término de las treguas, entró el ejército de Mahomad por Coimbra y Viseo, donde fué rechazado por el rey don Alfonso, que salió á su encuentro; y la misma suerte tuvo el que despues penetró hasta lo interior de los dominios cristianos, con la circunstancia de haber sido tomado su general Abuhalit, y conducido á Oviedo, donde concertó su rescate en el precio de 100,000 escudos. No contenia á Mahomad la continuacion de tantas desgracias, y así renovó sus designios formando un nuevo ejército al mando de su hijo Almúndar, que se encaminó á las fronteras de Leon, donde fué igualmente vencido cerca de la Cinta del Orbigo y el Ezla, de que se siguió el ajustar treguas por el término de tres años: en cuyo tiempo ofreció á la iglesia de Oviedo la famosa cruz de oro que se conserva en su cámara santa. Terminado el tiempo de la tregua, entró don Alfonso otra vez por la parte de Lusitania, llegando á Mérida; en cuya incursion venció nuevamente á los capitanes de Mahomad, como tambien en las tentativas que estos repitieron despues acercándose á Leon: de que resultó un ajuste de paces, que continuaron por un poco tiempo despues de la muerte de Mahomad, y en los reinados de sus hijos Almúndar y Abdala que le sucedieron. Los disturbios que no causaron por este tiempo á don Alfonso los moros, le fueron ocasionados por sus mismos vasallos. Witiza, caballero de grande poder y reputacion en Galicia, se sublevó en aquel reino, causando graves daños á los que no seguian su faccion; siendo esto en términos tan escandalosos, que obligó al rey á enviar tropas á cargo del conde Hermenegildo para castigar al tirano, á quien venció y trajo preso á Oviedo. Pero esto no bastó á apagar el fuego de la sedicion, pues continuaron encendiéndole Sarracino y su mujer Sandina, personajes de grande séquito en aquella provincia; bien que al fin parece fueron castigados, pues consta que se les confiscaron sus bienes. Y aunque al parecer quedó estinguido por entonces, se encendieron entre las cenizas nuevas llamas y mas peligrosas para el rey don Alfonso, pues conspiraron á levantarse con el reino cuatro de los principales magnates de su corte, que se dice eran hermanos; pero descubierta la conspiracion, aunque huyeron, fueron cogidos por el rey, que les mandó sacar los ojos en Oviedo, donde acabaron su vida los tres en una prision estrecha. Beremundo, uno de los cuatro hermanos, logró, aunque ciego, huirse á Astorga, donde se sublevó la ciudad, y con la ayuda de Abdala, resistió primeramente al sitio

y cerco que la puso don Alfonso, y despues salió á campaña contra él mismo; pero fué vencido por este en los llanos de Grajal de Ribera, aunque de esto resultaron nuevos disturbios y guerras con el rey de Córdoba, en que siempre sacó la mejor parte el rey don Alfonso, aumentando sus glorias con nuevos triunfos y conquistas. Pero en medio de estas felicidades, pasó el rey don Alfonso por la dura necesidad de prender al príncipe don García, su hijo primogénito, por haber intentado en Zamora levantarse con el reino, y al fin por la de verse obligado á renunciar en él la corona, lo que ejecutó solemnemente en el palacio de Boydes en Asturias, en el año 910, dando la parte de Galicia á su hijo don Ordoño. Aun despues de la renuncia del reino conservó el rey don Alfonso los mismos deseos que tuvo desde el principio de quebrantar el orgullo mahometano, para el ensalzamiento del nombre de Jesucristo, y así, con consentimiento de su hijo, entró por las comarcas de Avila y Segovia, de donde volviendo á Zamora, murió en aquella ciudad en la era 950, año de Cristo 912. Fué trasladado su cuerpo á Astorga, donde se le sepultó en un mágnifico sepulcro, dejando de su mujer, la reina doña Jimena, á don García, don Ordoño, don Gonzalo, don Fruela y don Ramiro, despues de haber reinado 44 años. Fué este gran rey particular protector de los virtuosos y sábios. Escribió los sucesos de los reyes, desde Wamba hasta Ordoño I, su padre, en un *Cronicon* que lleva su nombre, aunque algunos, por frívolas conjeturas, le atribuyen á Sebastian, obispo de Salamanca.

ALFONSO IV (don), décimo cuarto rey de Leon; tomó principio su reinado en el año de Cristo 924: renunció en el 927. La muerte temprana de don Fruela II facilitó á don Alfonso, hijo de don Ordoño II, la subida al trono, de que le tenia privado aquel por su ambicion y prepotencia, á pesar de una grande parte de los mejores vasallos que le deseaban por soberano; y así, aunque su tio don Ramiro hizo algunas gestiones para suceder á su hermano don Fruela II, fueron vanas y de ninguna consecuencia; no obstante que parece haberse rebelado en Asturias, levantando gente con el designio de apoderarse por fuerza del reino de Leon. Luego que don Alfonso IV ocupó el sólio, sacó de los destierros á que estaban condenados por don Fruela II, los que intentaron proclamarle entonces; y entre estos se hallaba el obispo Leon Fruminio, que volvió á ocupar su silla consecutivamente. El genio é índole de don Alfonso IV se inclinaban mas al sosiego y retiro de la vida privada, que al bullicio y actividad que exige el mando de un soberano; por lo cual, desde luego que empezó á reinar, descubrió un vehemente deseo de apartarse de aquellos cuidados, que eran tan poco conformes á su natural pacífico, tratando este pensamiento con su hermano don Ramiro, en quien determinaba renunciar la corona. Avivóle mas este designio la ocurrencia de la muerte de la reina doña Urraca, de quien tenia un hijo, llamado don Ordoño, de muy tierna edad; y así, partiendo para Zamora, participó á su hermano la última resolucion, que era el abandonar la corona y el siglo juntamente. Llegó don Ramiro de Viseo, donde residia como gobernador de las comarcas de Portugal y Galicia, y convocados muchos de los mas principales señores del reino, hizo el rey don Alfonso IV solemne y formal renuncia de la corona de Leon en don Ramiro; y partiendo para el monasterio de san Facundo ó Sahagun abrazó el estado y regla monacal, vistiéndose la cogulla al mismo tiempo, esto es, en la era 965, año de Cristo 927.

ALFONSO V (don), vigésimo rey de Leon; entró á reinar en el año 999 de Cristo, y murió en el de 1027. A la edad de cinco años fué jurado por rey don Alfonso V, hijo de don Bermu-

do II y de doña Elvira, su segunda esposa, bajo la tutela de esta y del gobierno y educacion del conde don Gonzalo Melendez, hombre principal de Galicia y de doña Nuña Mayor su mujer, que eran sus ayos, en el año de Cristo 999. Abdelmelich, hijo de Almanzor, viendo un rey niño, y hallándose herido del dolor de la reciente muerte de su padre Almanzor, juzgó que nunca mas segura podia tener su venganza, y así vino con mucha gente armada contra Leon; pero dándose muy prontas disposiciones para la defensa, se unieron los leoneses con los castellanos, y tomando á su cargo esta empresa el conde don García de Castilla, le salió al encuentro, le derrotó y le obligó á huir. Ya se percibian los admirables efectos de la union de leoneses y castellanos, y juzgando que todavía podian ser mas seguros, si olvidadas las antiguas enemistades, se hiciese la reconciliacion con los hijos del conde don Vela y otros señores descontentos, que se hallaban en Córdoba, atizando las funestas llamas de la ira, la solicitaron, y concluyeron con ellos; y se restituyeron todos á sus tierras, reintegrados en sus haciendas y dignidades. Muerto Abdelmelich en el año de 1005 de Cristo, sucedió en la privanza con el rey de Córdoba Iscem, su hermano Abderrahamen, el cual no menos vengativo de la muerte de Almanzor, vino contra Castilla con poderosa gente de armas; pero el conde don García, auxiliado de las tropas de Leon y Navarra, resistió y peleó con tanto esfuerzo, que entrándose demasiado en el peloton de los enemigos, fué herido con dos botes de lanza; cogiéronle prisionero, murió á los dos dias, y se le llevaron muerto en señal de triunfo á Córdoba, donde los cristianos le sepultaron en la iglesia de los tres Santos Mártires; y rescatado despues por su hijo y sucesor don Sancho, le colocó en el monasterio de San Pedro de Cardeña. Penetrado de sentimiento el mismo conde, y deseoso de vengar la muerte de su padre, en el año siguiente se armó valerosamente, y con las mismas tropas auxiliares hizo una grande entrada en la tierra de los moros, llevándolo todo á sangre y fuego por el reino de Toledo hasta Molina; y destruida la Torre Acenea, se volvió á Castilla con ricas presas en el de 1009. Si bien el conde de Castilla habia mostrado hasta aquí el valor heredado de sus predecesores, no anduvo tan cuerdo en no aprovecharse de las ocasiones que se le ofrecieron en adelante de perseguir á los infieles, divididos en bandos los mas principales, por ocupar el trono de Córdoba, codiciándolo por una parte Mahomad, Almohadi, que mató á Abderrahamen, y encerró al rey Iscem en una torre, y por otra Isem Arax, y Suleiman ó Zulema; antes bien, el conde ayudó á este con sus tropas, sin conocer que hubiera sido mejor aniquilar al enemigo, que fomentarle en propio daño. No menor desacuerdo cometieron los condes de Barcelona y Urgel don Ramon y don Ermengaudo, ó Armengol, que favorecian el partido de Almohadi, y fueron tan felices unos y otros condes cristianos, que les ganaron muchas victorias á los enemigos que auxiliaban. No asi el rey de Navarra don Sancho el Mayor, que libre de partido, y mas astuto en una coyuntura en que veia la morisma llena de turbacion y discordia, supo aprovecharse de las circunstancias favorables, entrándose por las faldas de los Pirineos, ocupando todos los castillos hasta el rio Gallego, como tambien á Sobrarve, Ribagorza y Boyl, y dejando bien guarnecidos de navarras tropas los presidios que ganaba. El único partido que sacó el conde de Castilla, cuando desamparando á Suleiman favoreció al legítimo rey Iscem, á quien los buenos vasallos habian soltado de la prision, fué haber recobrado á San Esteban de Gormaz, Osma y Clunia, recompensa que parece anheló cuando se resolvió á juntar sus armas con las de los partidarios, y que parece aseguró antes de que sitiase á Toledo en favor de Is-

cem. dando muerte al gobernador Abdala, hijo de Almohadi, que resucitando el antiguo furor de su padre, y la venganza de haberle cortado la cabeza el rey de Córdoba, no solo se juntó con Suleiman, sino que anhelaba el título de rey de Toledo. Encendióse mas la discordia entre los moros; y aunque prevaleció Suleiman, echando al rey Iscem de Córdoba, obligándole á huir á Ceuta, perdió á Jaen, Baeza y Arjona, que ocupó Hayran, intentando, aunque en vano, restituir á Iscem. Siguióse Alí Abenhamir de la familia real de los Omnias, cuyos secuaces mataron á Suleiman, vencieron á Mundir, rey de Zaragoza, y á Abderrahamen Almortada, de la familia tambien de los Omnias, que se le opusieron. Muerto Alí por los partidarios, pusieron en el trono á Alcacin, que se hallaba ocupando á Sevilla, y fué muerto en Granada, persiguiendo á sus rebeldes. Todo era confusion, discordias, horrores y muertes entre los mahometanos. El conde de Castilla, aunque tarde, conoció lo que debió hacer, y aprovechándose de la ocasion hizo una salida, en la que se apoderó de Peñafiel, Maderuelo, Montijo y Sepúlveda. Con lo cual cesó de perseguir ó ayudar á los moros, ocupando todo su cuidado en el gobierno de sus tierras, dando fueros á sus vasallos, aliviando sus tributos, y ensalzando á los caballeros y á la nobleza, con lo que dejó celebrado su nombre. En el discurso de todas estas turbaciones, estaba el reino de Leon en la tierna edad del rey don Alfonso, como en inaccion, aunque parece que el navarro pretendia algunas tierras de sus dominios; pero se casó á los quince años con doña Elvira, hija de sus ayos el conde don Gonzalo Melendez, y doña Nuña, año de 1014 de Cristo, saliendo de su tutela y direccion, y de la de su madre doña Elvira, la cual no tardó mucho tiempo en retirarse, segun costumbre de las reinas viudas, al monasterio de San Pelayo de Oviedo, llevándose consigo á sus hijas doña Teresa (1) y doña Sancha. Apenas empezó á gobernar por sí el rey, se dedicó al bien de sus vasallos, reedificó la ciudad de Leon, y particularmente el monasterio de San Pelayo, las iglesias de San Juan Bautista, y la Mayor; dando fomento igualmente á la reparacion del monasterio de Sahagun. En el año 1020 de Cristo, estando ya reparada de sus ruinas la ciudad, y reedificada la iglesia Mayor, convocó el rey á su consagracion y á celebrar Cortes, á todos los obispos, abades, y principales señores del reino. En estas Cortes de Leon se trató de varios puntos tocantes á la posesion de bienes por las iglesias, del gobierno político y económico del reino; se establecieron varias leyes y fueros, que mantuvieron mucho tiempo los leoneses, mandando se gobernasen por ellos y por las leyes góticas ó Fuero Juzgo, y otras cosas pertenecientes á la guerra, poblacion, libertad de morada, y otros derechos entre los súbditos del rey, de los de behetría y de iglesia, etc. En el año siguiente mandó traer y colocar en la iglesia de San Juan Bautista, que ahora se llama de San Isidoro, todos los cuerpos de sus antecesores, que se habian trasladado á Oviedo, y otros de varias partes, en la capilla de San Martin, hoy Santa Catalina. Arregladas todas estas cosas, volvió el rey á juntar Cortes para restaurar las iglesias destruidas del reino, como eran Braga, Orense, Tuy, Zamora y Palencia; pero hallándose varias dificultades, solo se determinó renovar la de Zamora, para

(1) El obispo don Pelayo en su cronicon, dice, que el rey don Alfonso casó á su hermana doña Teresa con el rey moro de Toledo Abdala; pero ademas de que lo dificultan los tiempos y las circunstancias, la poca firmeza de otras noticias que cuenta, hace dudar igualmente de esta. No es sola esta ficcion en las historias de aquellos tiempos, tambien se finge en la crónica general, que doña Aba, madre del conde don Sancho, quiso casarse con otro moro, y dar veneno á su hijo, y que un montero de Espinosa lo estorbó; de cuyo lance deducen el orígen de esta guardia real.

lo cual fué electo obispo San Atilano, agregar los términos del obispado de Tuy al de Santiago, y repartir la diócesis de Palencia entre los obispados de Leon y de Auca. Seguian con el mismo ardor las discordias y revoluciones entre los moros: los cordobeses echaron de la ciudad á Alcacin, y eligieron por rey á Iscem, tercero de este nombre. Destronado tambien este, nombraron á Mahomad II, á quien despues envenenaron. Sucedió en el reinado Abderrahamen IV, llamado Abdeliabar, á quien tambien mataron, y trajeron para rey á Hiaya Aben-Aly, que estaba en Málaga. Los moros de Aragon, acaudillados de Suleiman Abenhut, conspiraron contra Hiaya Almundafar, hijo de Mundir, rey de Zaragoza, á quien habia sucedido en el gobierno; y ocupado este por Abenhut, se dividieron los de Huesca, Lérida y Tudela, apoderándose cada uno de sus territorios. El rey don Alfonso, que habia preferido la paz á la guerra, y le habia llevado la mayor atencion el gobierno interior de su reino, libre ya de este cuidado, y viendo que aun subsistian las divisiones entre los moros, no despreció la ocasion de hacer una jornada contra ellos; alistó sus tropas, juntó los caballeros y otros principales, y se encaminó por Zamora, entrando por los dominios del moro en Portugal, y ocupó todo lo que encontraba, hasta Visco, con poca resistencia; pero esta fué muy grande en aquella plaza. Cerraron los habitantes sus puertas, y se dispusieron á una vigorosa defensa. Acampado don Alfonso en sus cercanías, tuvo sitiada la ciudad por hambre algunos dias, hasta que le pareció tiempo oportuno de entrarla por asalto; pero hizo la desgracia, que dando vuelta á los muros, á caballo y desarmado, para registrar la parte mas débil de ellos, desde una almena le asestaron un dardo, que le hirió de muerte: duró pocas horas y entregó su espíritu al Señor, lleno de piedad, á 7 de mayo, era 1065, año de Cristo 1027, el 28 de su reinado y 32 de su edad. Levantaron el sitio los leoneses, y llevaron el real cadáver á Leon, donde fué sepultado en la iglesia de San Juan Bautista. Dejó de la reina doña Elvira Melendez dos hijos, doña Sancha y don Bermudo que le sucedió. Las acciones de este rey manifiestan claramente el estado en que se hallaba entonces el reino de Leon; destruidas las ciudades por la guerra; las leyes antiguas quebrantadas, ú olvidadas por el desórden de ella; necesidad de hacer otras nuevas; que requerian las circunstancias de los tiempos. No le fue menos preciso fortalecer el reino con muros, que con buenas leyes la república. La iglesia, la majestad, el pueblo eran los puntos importantes de su atencion. Este último requeria nueva reforma, nuevos atractivos para asegurarle en su tierra, conservarle sus bienes, y estimular el valor contra el poderoso enemigo de que contínuamente se hallaba cercado; por eso puso particular cuidado en arreglar la libertad de posesiones, calidad de matrimonios, y eleccion de señores en los pueblos de behetría, constituyó jueces escogidos en Leon y demas ciudades y lugares para juzgar las causas; libró de tributos todos los comestibles y licores, con tal que se conservase la buena fe en las medidas ó las tuviesen arregladas: mandó que los que iban antes á la guerra con los condes, fuesen tambien con los merinos del rey; y que los habitantes de las cercanías de Leon fuesen á defender y velar los muros en tiempo de guerra. Aquellos tiempos calamitosos no sufrian mucho rigor en las causas criminales; y así las penas, segun el grado de delitos, se reducian á multas, azotes y pruebas de verdad, esto es, testigos, juramento, sufrir el agua caliente, defenderse en duelo. Estos y otros fueros dió este prudente legislador á los leoneses, asturianos y gallegos: cuyo código se llamó *Fuero de Leon:* el cual junto con las leyes góticas anteriores, tuvo tambien el nombre de Fuero Juzgo de Leon, y mucho uso en aquellos dominios. Pa-

rece que era preciso que aquel tiempo fuese una de las ilustres épocas de nuestra legislacion, pues por entonces el conde de Castilla, don Sancho, dió tambien á esta sus buenos fueros.

ALFONSO VI (don), vigésimo cuarto rey de Leon: dió principio segunda vez á su reinado en el año de Cristo 1072. Murió en el de 1109. Hallábase en Toledo don Alfonso, adonde el difunto don Sancho le habia obligado á huir; y hospedado por el mismo *Almamon*, disfrutaba de las satisfacciones amistosas que se habia granjeado con sus prendas y amable trato. Luego que este tuvo la noticia, se asegura que quiso partir sin dar aviso á *Almamon*; pero mas verosímil parece, que comunicó á su ilustre huésped, á quien debia tantos favores, el estado en que se hallaba, pues resultó el que al partir, jurándose mútuamente perpétua amistad, le despidiese *Almamon* con un escuadron de resguardo, hasta que salió de los confines de sus tierras. Llegó don Alfonso á Zamora, y fué recibido con sumo gozo de su amada doña Urraca, y con general aclamacion de los leoneses y asturianos. Los principales de Castilla, viéndole ya restablecido en su reino, determinaron obedecerle, con la condicion de que se purgase con juramento de la sospecha que tenian de haber sido muerto don Sancho, por inteligencia suya, ó la de su hermana doña Urraca. No dudó don Alfonso dar esta satisfaccion; pero por este acto incurrió en su indignacion don Rodrigo Diaz de Vivar, ó por ser autor de semejante medio, ó porque no atreviéndose otro á tomar el juramento al rey, le obligó á hacerlo hasta tres veces; cuya ceremonia y proclamacion se celebró en la parroquial de Santa Gadea en la ciudad de Burgos, en el mismo año de 1072. Viendo el rey don Alfonso VI, cuán contentos le habian jurado la obediencia Leon, Asturias y Castilla, quiso asegurarse de su hermano don García. Llamóle á Leon, con pretesto de tratar los mejores medios de vivir en paz ambos hermanos: pero luego que entró en su corte, le aseguró fuertemente en el castillo de Luna, y se apoderó de su reino. Parece este modo de proceder muy contrario al carácter de don Alfonso, y á la conducta que despues se observó en él: creible es que no se aviniese don García, hombre de genio turbulento y poco sólido, en las condiciones que le propuso, y acaso le irritase mas de lo que era justo, para tomar semejante resolucion. Rendidos todos á su voluntad, se dedicó á hacer obras de piedad y al gobierno de sus dominios; desterró varios abusos que se habian introducido en la cobranza de portazgos á los pasajeros y trajinantes, y á los peregrinos que venian á visitar el templo de Santiago: libró á los pueblos de varias estorsiones que les hacia la justicia en las pesquisas de latrocinios y asesinatos, cuando no parecia el reo: condescendió á los vivos deseos del obispo de Leon don Pelayo, de dedicar solemnemente la iglesia de San Salvador y Santa María; á cuya celebridad asistió acompañado de sus dos hermanas doña Urraca y doña Elvira, y de varios obispos, abades, grandes, y otros principales del reino (1). Dos años se pasaron en estas cosas, y en el de 1074 celebró matrimonio con doña Ines, cuyo linaje se ignora. Por este tiempo se dice, que el papa Gregorio VII hizo muchas instancias para que en España se abrogase el oficio gótico en las iglesias de sus dominios, y se sustituyese el romano, usado en Francia, é introducido ya en Aragon. Cierto es que se intentó, y esta novedad produjo tales parcialidades, que se cuenta haber llegado el caso hasta llevarlos á punta de lanza, y apelar á las pruebas de verdad, como el fuego, el duelo, etc., pero nada detuvo al rey don Alfonso, consiguiendo de los prelados eclesiásticos en un concilio celebrado en Burgos, que se llevase á debida ejecucion.

(1) P. Risco, *España Sagrada*, tom. 36, *en los documentos.*

Muerto desgraciadamente el rey de Navarra don Sancho, por haber sido arrojado por traidores desde lo alto de una roca, estando en caza, quedaron los navarros divididos en parcialidades, para elegir nuevo rey, por hallarse incapaces de reinar dos niños que habia dejado. Unos llamaron al rey don Sancho de Aragon á la corona, y otros á don Alfonso VI de Leon; y estos fueron los riojanos y vizcainos, á quienes así lo habia aconsejado el infante don Ramiro, hermano del difunto rey despeñado. Aprovecháronse de esta coyuntura ambos primos, y así, entrando cada rey por sus fronteras, ocupó aquel á Pamplona, donde fué jurado; y este á Nájera y Vizcaya, donde confirmó sus fueros y privilegios, quedando desde este tiempo incorporadas estas tierras á la corona de Castilla y Leon. En el año de 1079, el papa Gregorio VII envió á su legado, cardenal Ricardo de San Victor, para componer varios desarreglos entre algunos monges, y separar del consorcio del rey á una parienta de su esposa, ya difunta en el año de 1078, y se cree que esta era doña Jimena Muñoz ó Nuñez; de que resultó, que en el año siguiente se casase el rey con doña Constanza, hija de Roberto I, duque de Borgoña, y de Hermengarda su esposa. Por este tiempo habia ya muerto *Almamon*, rey de Toledo, y aunque su primogénito Isem habia heredado el trono, le duró pocos dias, perdiéndole con su temprana muerte. Como habia jurado el rey don Alfonso á *Almamon*, cuando estuvo en Toledo, no tomar contra él las armas, durante su vida, y en su muerte le habia recomendado este á su hijo primogénito Isem, cumplió hasta esta ocasion su fe y palabra: pero habiéndole venido mensageros de los moros toledanos á decirle que su rey Hiaya, hijo segundo de *Almamon*, los trataba mal, ó descuidaba de su gobierno, y que desearian su escarmiento, castigando ó rindiendo la ciudad, pensó ser esta la ocasion de cumplir los deseos que en otro tiempo habia concebido en su corazon, de conquistar á Toledo. Sabia muy bien hasta qué punto era inespugnable; pero no ignoraba que el valor y la constancia la rendiria, en un tiempo, principalmente, en que hallaba discordes á los toledanos; y aun molestados con pillages y estorsiones de la parte de los moros de Sevilla, gobernados entonces por Benabet. Para asegurar mas tan árdua empresa, fué primeramente debilitando al moro las fuerzas, tomándole varias plazas, y talándole varias tierras. En dos jornadas que emprendió en los años de 1082 y 83, conquistó á Escalona, Talavera, Maqueda y Santa Olalla: y en otra de 1084, rindió á Talamanca, Uceda, Madrid, Hita, Guadalajara y otros pueblos. El rey moro de Zaragoza, viéndole tan cerca, creyó que peligraban las tierras sujetas á su mando. Para librarse de este temor, acordó con Aben Falax, alcaide moro del castillo de Rueda, cerca de Zaragoza, que enviase á decir á don Alfonso estaba disgustado con su rey, y que tendria el honor de entregarle el castillo, y estar á su servicio, si él mismo iba á ocuparlo en persona. Hízolo así el moro con el mayor secreto y disimulo, y con su fingida noticia partió don Alfonso de buena fe con su gente, en cuya comitiva llevaba caballeros muy principales, y á los infantes de Navarra don Ramiro, que desde la entrega de Nájera seguia su corte, y á don Sancho, hijo de don Sancho de Peñalen, rey de Aragon. Llegó al castillo el rey, y habiendo observado que no salia el moro á recibirle, tentó su voluntad, pidiéndole cumpliese su oferta. El moro le envió á decir, que entrase en la fortaleza: recelóse mas don Alfonso, y solo envió á tomar la posesion á los dos referidos infantes, y á los condes don Gonzalo Salvadores, y don Nuño de Lara; todos los cuales murieron infelizmente á manos de aquel traidor. Quiso el rey vengar la injuria; pero contemplando inconquistable por entonces el castillo, volvió á las fronteras de Toledo á proseguir la empresa me-

ditada. En el año de 1085 juntó el rey numerosas huestes de todos sus reinos, y bien equipado de lo necesario, pasó á poner sitio á Toledo. Túvola cercada bastante tiempo, sin dejar entrar víveres, único medio de rendirla: y viéndose el moro en tan triste situacion, llamó á capitulaciones. Estas fueron, que el rey Hiaya saliese libre á vivir donde quisiera, en los estados que le quedaban en Valencia; que se diese la misma seguridad á los vecinos moros que quisiesen irse, y que los que por su voluntad quisiesen quedarse, poseyesen sus bienes pacíficamente, y en sus litigios fuesen juzgados por jueces de ellos, segun sus fueros, sin mas carga que el acostumbrado tributo que antes daban á sus reyes. Convenidos en estos capítulos principales, salió Hiaya de Toledo, y entró el rey don Alfonso con su ejército lleno de contento y de satisfaccion, á 25 de mayo del mismo año. Ocupada esta ciudad, halló el rey muchos cristianos que se habian mantenido hasta allí, desde la invasion mahometana, sujetos á los reyes moros, pero libres en su religion y haciendas, los cuales se llamaban muzárabes. Dióles buenos fueros, y dispuso que se poblara, concediendo muchos privilegios á los pobladores, y dedicó su cuidado en poner arzobispo para el buen gobierno de las cosas eclesiásticas, que tuviese prendas merecedoras de tan alto ministerio; pero interrumpió esta determinacion la noticia que tuvo de que los moros de Badajoz, unidos con los de Sevilla, movian las armas contra los cristianos, por lo cual se vió precisado á juntar gente para salirles al encuentro, dirigiéndose hácia Badajoz. Llegó á Coria sin obstáculos, y se apoderó de aquella plaza; pero avistándose despues los ejércitos, se dió una batalla, en que hubo de ceder don Alfonso al mayor número, y se retiró á Toledo. Vuelto á la ciudad, y habiéndose juntado muchos prelados del reino, eligió de comun acuerdo por arzobispo de aquella iglesia al abad de Sahagun don Bernardo, y la dotó de muchos lugares y copiosas rentas, para manutencion de los ministros del altar y el culto divino. En el año de 1087, fué consagrada la iglesia mayor, que antes era mezquita. Dícese, que uno de los pactos del moro Hiaya, fué que se conservase esta reliquia mahometana; pero que el arzobispo don Bernardo, estando el rey ausente la ocupó una noche con violencia, y la consagró privadamente; que se irritó el rey por esta accion; y que algunos de los mismos moros pidieron se aplacase, por evitar mayor mal. Gocen enhorabuena el crédito de esta hazaña los historiadores que la cuentan. Desde entonces don Alfonso aplicó todo su cuidado en repoblar las ciudades y villas desamparadas ó destruidas en Castilla y la raya de Aragon. Puso al cargo del conde don Ramon de Borgoña, deudo de doña Constanza, esposa del rey, la mayor parte de esta empresa. El arzobispo don Bernardo, hizo venir de Francia muchos monges de conocida virtud y acreditada literatura, para que estuviesen bien servidas las iglesias. Iba tomando cuerpo en España la mutacion de disciplina, y otras costumbres: celebrándose concilio en Leon, á que asistió como legado del papa el cardenal Raynerio en el año de 1091, con motivo de la deposicion del obispo de Iria don Diego Pelaez, á quien el rey tenia preso: se estableció entre otras cosas, que se uniformasen los ritos eclesiásticos á lo que enseñaba San Isidoro, esto es, conforme á la iglesia romana: y que desde allí adelante se dejase de escribir la letra gótica, y se sustituyese la francesa. Muerta la reina doña Constanza, que fué sepultada en el monasterio de Sahagun, junto al sepulcro de la anterior reina y esposa del rey en el año de 1093, celebró matrimonio con doña Berta ó Huberta, tambien de la casa de Borgoña, y como quieren otros, de Toscana. Al conde de Borgoña don Ramon, dió por esposa á su hija doña Urraca, habida en la reina doña Constanza. Asimismo casó otra hija natural, llamada doña Tere-

sa, habida en doña Jimena Muñoz, y la dió por esposo á don Enrique, conde de Lorena, y deudo del conde don Ramon. En los tiempos intermedios no cesaban las armas de don Alfonso, conquistando por una parte á Valencia, con los esfuerzos de don Rodrigo Diaz de Vivar, que por sus nobles hechos en batallas contra moros, fué apellidado el *Cid Campeador;* y por otra, entrándose el rey en persona en Portugal, en donde ganó á Coimbra, Santaren, Sintria y Lisboa: cuyas tierras dió en dote á su hija natural doña Teresa, erigiéndolas en condado; y segun pretenden los portugueses, sin sujecion ni dependencia de los dominios de Castilla y Leon. Al siguiente año de haber fallecido la reina doña Berta, que fué en el de 1095, y sepultada en el monasterio de Sahagun con las antecedentes reinas, se casó el rey con doña Isabel, la cual, dicen algunos, que fué la mora Zaida, hija de Ben Abet, rey de Sevilla, que se hizo cristiana, y llevó en dote muchos lugares y la alianza de su padre; cosa que costó mucho á ambos reyes, pues indignados algunos de los vasallos de Ben Abet, se rebelaron, y llamaron á Jucef Aben Texúfin de África, del linaje de los Almoravides, á quienes se rindieron, entregando el reino y la libertad de su señor. Quísole defender don Alfonso, y por mas esfuerzos que hizo, no le pudo restituir á su reino, padeciendo mucho descalabro su ejército en la batalla de Rueda; de donde se retiró con pérdida de mucha gente; y aunque salió el mismo don Alfonso en persona á escarmentarle en otra jornada, evitó Jucef el golpe, pasando á Marruecos á rehacerse de nuevas tropas; dejando bien guarnecidas las plazas, y enviando desde allí un numeroso ejército bajo la conducta del capitan Almohait Hiaya, en cuya ocasion se vió la ciudad de Toledo en gran peligro de ser rendida, si no hubiera resistido tan valerosamente su guarnicion, que obligó al moro á levantar el sitio y retirarse. Muerto el Cid en el año 1099, perdió á Valencia el rey don Alfonso, despues de muchos asaltos; y á pesar de los refuerzos que enviaba contra los Almoravides, siguieron estos sus acometimientos y correrías, de las cuales sacaban siempre algunas ventajas. El rey tenia muchos cuidados á qué atender, ya en reforzar las plazas, ya en repoblar las villas y lugares reconquistados, ya en darles leyes y fueros, ya en proveer á las iglesias de ministros. Murió su esposa doña Isabel en 1103, que fué sepultada con las otras reinas en el monasterio de Sahagun (1); y celebró en el año siguiente matrimonio con otra doña Isabel, cuyo linaje está en duda entre los historiadores. Los Almoravides proseguian sus hostilidades con pérdida nuestra: pero la mas sensible fué la del año de 1108 en la batalla de Uclés, en donde los moros sorprendieron al infante don Sancho, hijo de la Zaida, á quien habia enviado para representar su persona al cuidado de su ayo el conde don García de Cabra, quien cubriéndole con su rodela, y defendiéndole con su espada, perdió juntamente con él la vida, no pudiendo resistir á la multitud y saña de los mahometanos. El rey se hallaba achacoso de sus males, y viudo de la reina doña Isabel, que murió en el año de 1107, no tenia la sucesion varonil, que siempre habia apetecido; y en el siguiente año se casó con doña Beatriz, de familia estranjera, pero no averiguada por los historiadores. No habiéndole dado esta hijos en el año de 1109, y hallándose cercano á la muerte, prometió en matrimonio al rey de Aragon don Alfonso á su hija doña Urraca, viuda ya del conde don Ramon, que habia muerto en el año de 1108. Dejó dispuesto que el infante don Alfonso, hijo de este, y nieto suyo, quedase siempre conde y señor de Galicia;

(1) En las escrituras desde el año 1095, hasta el de 1107, firma la reina con nombre de Isabel, sin distincion de si fué mora ó francesa. Algunos historiadores hacen dos reinas Isabeles, otros una concubina, y otra legítima: todo está confuso.

y que doña Urraca, su madre, heredara los reinos de Castilla, Leon y Asturias, y si esta no tuviese sucesion del rey de Aragon, heredase en su muerte el referido infante don Alfonso. A poco tiempo se agravó su habitual enfermedad, y hechas las diligencias de cristiano, murió á 30 de junio de la era de 1147, año de Cristo 1109, á los 79 de su edad, y 43 y medio de su reinado; y fué llevado á sepultar al monasterio de Sahagun con sus anteriores esposas. La reina doña Beatriz, que le sobrevivió, se volvió á su patria. El rey don García, que habia muerto en la prision en el año de 1091, fué sepultado en la iglesia de San Isidoro de Leon, donde tambien fueron colocadas las dos infantas hermanas, doña Urraca y doña Elvira, que murieron en el año de 1101. Ademas de las hijas que resultan en el contesto, tuvo en doña Isabel á doña Sancha, que casó con el conde don Rodrigo, y á doña Elvira, que fué esposa de Roger, duque de Sicilia.

ALFONSO VII (don), vigésimo sesto rey de Leon; principió á reinar en el año de Cristo 1126. Murió en el de 1157. Al segundo dia de la muerte de doña Urraca, fué inmediatamente su hijo don Alfonso á ocupar á Leon. La mayor parte de los grandes del reino le aclamaron, resistiéndose algunos, ó por particulares intereses, ó por ser sus desafectos; pero á unos con la industria, y á otros con la fuerza, á todos redujo en breve bajo de su obediencia. Entre los que se habian resistido, eran los que aun tenian varias plazas en Castilla por mando del rey de Aragon; y viendo este que le habian desamparado los mas, juntó su ejército para venir á recobrar las plazas entregadas. No se descuidó el rey don Alfonso de Leon, que juntando sus tropas, y dirigiendo la marcha hácia la frontera, se llegaron á juntar ambos ejércitos junto á Támara; pero en lugar de darse una reñida batalla, resultó que se retiraron unos y otros á sus dominios, ofreciendo el aragones entregar lo restante dentro del término de cuarenta dias. Entretanto que esto pasaba, la condesa de Portugal doña Teresa, su tia, se le entró en Galicia, ocupándole algunos lugares hasta Tuy; pero el rey, juntando algunos gallegos, la hizo retirar, obligándola á contratar paces. Sosegadas ya todas las cosas, trató de celebrar matrimonio con doña Berenguela, hija del conde de Barcelona don Berenguer III, y de doña Dulce, condesa de Provenza, y lo efectuó en el año de Cristo 1128, en cuyo tiempo don Alfonso Enriquez, hijo del conde don Enrique de Portugal, ya difunto, y de la condesa doña Teresa, se alzó con el mando, y le aclamaron por primer rey de Portugal. La licencia desenfrenada de las guerras pasadas habia estragado mucho las costumbres; la disciplina y exenciones de las iglesias; y para su reforma se celebró en Palencia un concilio, á que asistieron el arzobispo de Toledo don Raimundo, el de Santiago (que ya lo era por concesion del papa Calisto II) don Diego Gelmirez, y otros obispos y prelados, año de 1129. Y cuando el rey don Alfonso creia descansar por mucho tiempo de los disturbios pasados, el rey de Aragon, no pudiendo apagar en su corazon el fuego de la antigua discordia, juntó su ejército y se adelantó hasta Medinaceli y Moron, pretendiendo ocupar aquellas fortalezas. Fué al socorro nuestro rey, y el aragones se retiró á Almazan, haciéndose fuerte en aquella plaza; pero por consejo de don Pedro, obispo de Pamplona, desistió de sus intentos y se volvió á su reino. El rey de Castilla ocupó á Castrojeriz, y recobró los castillos de Ferraria, Castrelo y otros. Los moros, por otra parte, hacian muchos daños en las fronteras y algunos otros lugares del reino de Toledo, sacando pocas ventajas los cristianos en su resistencia, hasta que el conde don Rodrigo Gonzalez tomó la demanda, y con tan gran general castigó el rey repetidas veces, en Andalucía, los estragos que habia hecho Texúfin en Casti-

lla. El nuevo rey de Portugal acometia los confines de Galicia; pero le hicieron huir con sus huestes los condes don Fernando Perez y don Rodrigo Velazquez; y repitiendo las hostilidades, fué ahuyentado por el mismo rey; de manera que se vió precisado á mudar de intento. Seis años duraron estas inquietudes. El año de 1134 es memorable por la desgracia que padeció el ejército aragones en Fraga, que fué desbaratado por el de los moros, conducidos por el fiero Aben Gama, en donde pereció mucha gente, y muchos caballeros principales, la flor de Aragon; hasta el mismo rey, que habia salido glorioso de muchas conquistas (especialmente de la de Zaragoza, ganada en 1118), tuvo que huir á uña de caballo, y acogiéndose al monasterio de San Juan de la Peña, murió de allí á pocos dias. Muerto sin hijos don Alfonso el *Batallador*, se desunieron los navarros de los aragoneses, y cada uno procuró elegirse rey. Los de Aragon coronaron á un hermano suyo, llamado Ramiro, que estaba monge profeso en el monasterio de San Ponce de Tomeras, y casó con doña Ines, hermana de Guillermo, último duque de Aquitania. Los de Navarra eligieron por su rey á don García Ramirez, nieto del rey don García de Nájera. Con esta novedad se armó el rey de Leon don Alfonso, y se encaminó por Nájera, Calahorra y Tarazona á Zaragoza: todas estas ciudades le juraron vasallaje, y dejándolas á su devocion, y aseguradas de su favor contra los mahometanos, se volvió á Leon, donde en el año siguiente juntó Cortes, y se hizo coronar y apellidar emperador, asistiendo á esta ceremonia el rey don García de Navarra, el arzobispo de Toledo don Raimundo, y otros muchos prelados y grandes, en compañía de doña Berenguela, su esposa, y de doña Sancha, su hermana, á quien habia hecho llamar reina, desde la muerte de su madre doña Urraca. El rey arregló tambien en estas Cortes varios puntos de gobierno y poblacion, y mandó á los adelantados de las fronteras hiciesen todos los años una jornada contra los moros. No pudo ejecutarse tan pronto esta última disposicion, por tener que atender á otros cuidados de los príncipes cristianos de Aragon y Portugal. Los aragoneses y navarros pretendian unos á otros quitarse el imperio; don García de Navarra estendia sus miras hasta las tierras de Castilla, que se habian anteriormente entregado al rey don Alfonso de Leon; pero armando este sus tropas, las sujetó bien pronto. No tuvo tanta felicidad, al principio, en las espediciones que hicieron los gallegos contra los portugueses, que se apoderaron de Tuy y varias tierras de la Limia, á pesar de su valerosa resistencia; pero juntando el rey numeroso ejército, obligó al portugues á restituir lo usurpado y á contratar paces. Desembarazado ya el emperador don Alfonso de Leon de los domésticos estorbos, dedicó sus cuidados contra los moros, á los que por espacio de cuatro años molestó mucho, ya asistiendo por sí mismo á las jornadas, ya por medio del valeroso alcaide de Toledo, don Rodrigo Fernandez, que hizo en sus tierras muchas correrías y estragos. Por este mismo tiempo habia don Ramiro de Aragon renunciado la corona en don Ramon, conde de Barcelona, y siguiendo las discordias entre aragoneses y navarros, se interesó de nuevo el emperador don Alfonso en defensa del conde, como que era su cuñado, juntando sus tropas y partiendo contra el navarro: hubo sus debates, se rindieron varias plazas, pero el rey don García pidió partido, del cual resultó celebrarse esponsales de futuro de doña Blanca, hija de este, con don Sancho, hijo del emperador don Alfonso. Otros cuatro años siguió el emperador molestando á los moros, en cuyas frecuentes batallas les hizo muchos daños, y les ganó á Coria, el castillo de Oreja y el de Mora, y volviendo á tomar á su cargo la defensa del conde don Ramon de Barcelona, inquietado por el rey don García de Navarra, viu-

do ya de doña Margarita, ajustó paces, y las bodas de este con doña Urraca, hija del mismo emperador, habida en doña Gontroda, nobilísima señora asturiana. Amedrentados los moros de tantos estragos como habian recibido de los cristianos, se dividieron en bandos contra ellos mismos, así en España, como en Africa, en cuyas discordias murieron algunos jefes de los almoravides, entre ellos Texúfin, rey de Marruecos, á cuya obediencia estaban. Aprovechándose los príncipes cristianos de estas oportunidades, se armaron contra ellos, y habiendo ganado don Alfonso, emperador, á Calatrava, solicitó auxilios de los navarros y aragoneses para ir por tierra contra Almería, mientras venian á atacarlos por mar los bajeles y tripulacion que habia pedido á los genoveses, á los de Pisa, al duque de Montpeller y al conde don Ramon de Barcelona. Dispuestas las tropas de nuestro emperador, y unidas las auxiliares bajo la conducta de valientes capitanes, entraron en Andalucía por las cercanías de Andújar, y rindiendo el castillo de Baños á Cazlona y Baeza, llegó á poner sitio á Almería, al mismo tiempo que por mar la cercaba la armada de los convocados á la empresa. Duró cuatro meses el asedio; pero al fin la entraron á fuerza en 17 de octubre del año de Cristo de 1147. Se hizo mucha mortandad, cogieron muchos prisioneros, apoderóse el emperador de muchas riquezas y despojos, con que envió bien regalados á los príncipes cristianos que habian contribuido con su valor é industria. El rey de Portugal, don Alfonso, que habia sido combatido muchas veces por los moros fronterizos, se aprovechó igualmente de la ocasion del sitio de Almería, y los acometió al mismo tiempo en Lisboa. Hiciéronse fuertes en ella los moros; no desalentaban por eso los portugueses, y valiéndose del auxilio de un comboy de ingleses, flamencos y franceses, que yendo á las Cruzadas de la Tierra Santa, habian aportado á la ria del Tajo, obligados de los contratiempos del mar, unieron todas sus armas y rindieron á Lisboa, recuperando despues á Sintra, Almada, Palmela y otros lugares. El príncipe don Ramon, con la oportunidad de la armada que habia asistido á Almería, emprendió á la vuelta la conquista de Tortosa, que ganó despues de frecuentes y reñidos combates, y en premio del esfuerzo de los auxiliadores, dió una parte de la ciudad á los genoveses, otra á don Guillen de Moncada, y otra se reservó para sí; de suerte que en este tiempo hicieron los príncipes cristianos hazañas propias de su valor y del celo de la religion que les animaba. Muerta la emperatriz doña Berenguela, á 3 de febrero de 1149, que fué sepultada en la iglesia del apóstol Santiago, empezaron á firmar con título de reyes los dos hijos don Sancho y don Fernando, que le dejó al emperador don Alfonso, y aun se dice que desde entonces quedaron por soberanos don Sancho de Castilla y don Fernando de Leon, titulándose solo de Toledo el emperador don Alfonso. En el año siguiente, en que murió en Navarra el rey don García, entró por sucesor en el reino su hijo mayor don Sancho, y vino á Nájera con su hermana doña Blanca para efectuar las bodas contratadas de antemano con don Sancho, hijo del emperador, lo que se ejecutó con mucha pompa y regocijo. La viuda del rey don García, doña Urraca, que habia tambien venido, se quedó en tierras que le dió el emperador su padre, en Asturias, y por eso fué llamada Urraca la Asturiana. Asimismo el príncipe de Aragon, don Ramon, conde de Barcelona, efectuó su matrimonio con doña Petronila, hija del difunto Ramiro el monge, segun este habia dejado dispuesto cuando se retiró del mando. Dos años despues, el emperador don Alfonso celebró matrimonio con doña Rica ó Richilde, hija de Ladislao II de Polonia y de Ines de Austria, en Valladolid: despues casó el emperador sus dos hijas, á la primera, llamada doña Constanza, con don Luis VII de

Francia, y á la segunda, llamada doña Sancha, con el nuevo rey de Navarra don Sancho VII de este nombre. En el intermedio de estos tiempos no dejaba el emperador don Alfonso de juntar numerosas tropas, y acometer á los moros fronterizos, ya dominados por Abdulmenon, cabeza de los almohades, y vencedor de los almoravides. Hizo muchos estragos y matanza en las tierras que ocupaban de Córdoba, Sevilla, Jaen y Andújar, y considerándolos ya quebrantados con tantas incursiones, quiso echar todo el resto de sus fuerzas en el año de 1155, y saliendo bien armado con lo mas florido de sus huestes, llegó al fin á rendir á Alarcos, Caracuel, Mestanza, Almodóvar, Baeza, Andújar, Pedroche y Santa Eufemia, con que quedó triunfante y los moros escarmentados. A esta satisfaccion y gloria le sucedió el regocijo de recibir en Toledo, con grande ostentacion y aparato, á su yerno Luis VII de Francia, que en compañía de doña Constanza, habia venido á visitar el Santuario del santo apóstol Santiago, á quienes habiéndoles tenido magníficas fiestas y diversiones, los despidió llenos de contento, y regalados con ricas preseas, con que se volvieron á Francia. El amor á las novelas y ficciones que tenian nuestros escritores en los oscuros tiempos antiguos, ó el poco discernimiento de los cuentos y hablillas del vulgo, les hizo adoptar como sospechosa, la que, sin duda, fué una sencilla ó devota accion en don Luis VII, fingiendo que este habia dudado de la legitimidad de doña Constanza de parte del emperador y doña Berenguela, y que vino á desengañarse de su falsa creencia. En el año de 1157, despues de haber ayudado el emperador con sus tropas al rey moro de Murcia y Valencia, Aben Lop, que se habia hecho su vasallo, emprendió una jornada contra los socorros que Abdulmenon habia enviado á los almohades, y estando poniendo sitio á Guadix, le acometió una enfermedad que le obligó á retirarse, dejando á su hijo don Sancho en su lugar; pero agravándose la enfermedad al llegar á la Fresneda, hechas las diligencias de cristiano, acabó su vida en 21 de agosto de aquel año, era de 1195, cuya noticia hizo á su hijo levantar enteramente el asedio de Guadix, y acudir á dar sepultura á su padre en Toledo, en la capilla mayor de su iglesia. Tuvo este emperador seis hijos en la reina doña Berenguela, don Sancho, don Fernando, que fueron reyes, don García y don Alfonso, que murieron de corta edad, doña Constanza y doña Sancha, llamada tambien Beacia y Beatriz, casadas con reyes, como ya se ha dicho. De doña Rica tuvo tambien dos hijos, doña Sancha, que casó despues con don Alfonso II de Aragon, y don Fernando, de quien se tiene poca noticia. De doña Rica, que asimismo fué llamada emperatriz, se dice que casó despues con don Ramon Berenguer, conde de Provenza, y sobrino del conde don Ramon de Barcelona, y en terceras nupcias con don Ramon, conde de Tolosa. Aunque el título de emperador no era nuevo en España, pues le habian tomado don Sancho III de Navarra, su hijo don Fernando, rey de Castilla, don Alfonso VI, su hermano, y don Alfonso I de Aragon, no obstante, el de don Alfonso VII fué tomado de intento con grande aparato y fiestas. Este título parece significaba entonces en España rey de reyes; esto es, que tenia reyes por vasallos, lo cual se verificó mas bien en nuestro don Alfonso VII por las alianzas y pactos que hizo con testas coronadas, y por las batallas que consiguió de muchos príncipes que le juraron vasallaje, como fueron los de Aragon y Navarra, y entre los moros Zafadola y Aben Lop. La reina doña Sancha, hermana del emperador don Alfonso, perseveró doncella toda su vida; era de mucha autoridad para con su hermano, quien la consultaba sus resoluciones antes y despues de ser casado con doña Berenguela, de quien tambien fué muy estimada. Hizo

muchas limosnas á pobres, donaciones á iglesias, y varias fundaciones de monasterios; y era particularmente devota de San Isidoro. Se dice que fué á visitar los santos lugares de Jerusalen; que estuvo en Roma, y que volviendo por Francia, pidió á San Bernardo algunos monges para fundar el monasterio de la Espina. Murió dos años despues que su hermano, y fué sepultada en la iglesia de San Isidoro de Leon. Por estos tiempos se hacian varias espediciones, que llamaban cruzadas, por toda la cristiandad, para ir á recobrar de los turcos la ciudad de Jerusalen. Muchos caballeros particulares de España iban por sí; pero nuestro reino no podia dejar al enemigo doméstico por ir á castigar al distante. Se habian fundado algunas órdenes militares para hospedar y defender á los peregrinos que iban á Jerusalen, de los insultos de los mahometanos; tales fueron los Templarios, los de San Lázaro y los de San Juan. A este ejemplo en nuestra España, dos caballeros de Salamanca, llamados don Suero y don Gomez, que se habian unido con un ermitaño llamado Amando, pidieron permiso al obispo de Salamanca don Ordoño para fabricar una casa y castillo en un monte, junto á la ermita de San Julian, para profesar allí religion y emplearse en defensa de los cristianos de su patria, contra las entradas de los moros por aquellas tierras. Concedida la peticion por el obispo, les dió la regla de San Benito, conforme á la observancia del Cister y al instituto militar; y de este modo tomó principio la órden de San Julian del Pereyro, que despues se llamó de Alcántara.

ALFONSO VIII (don), séptimo rey de Castilla; empezó á reinar niño en el año de 1158, murió en el de 1214. Con ocasion de tener el rey de Castilla, don Alfonso VIII, Cortes en Carrion, su primo don Alfonso IX, hijo de don Fernando II y doña Urraca de Portugal, que entró á ocupar el cetro de su padre en Leon en el mismo año de 1188, á los 16 de su edad, auxiliado de los consejos de su madre, procuró ponerse en buena correspondencia con dicho rey de Castilla, y pasando al efecto á aquella ciudad, en muestra de su union, recibió de su mano la caballería en acto solemne. De esta visita resultó, que uniendo ambos reyes las fuerzas en el año siguiente, hicieron una espedicion contra los moros por la Estremadura, hasta los contornos de Sevilla, y tomándoles varios lugares, entre ellos Calasparra y Ambroz, se volvieron con ricos despojos. Duró poco la union y el contento; pues quedándose el de Castilla con todo lo conquistado, dió motivo al enojo del de Leon, quien para hacerle frente, hizo alianza con don Sancho I de Portugal, su tio, pidiéndole por esposa á su hija doña Teresa, cuyo matrimonio se efectuó á fines del año de 1190. Pero por su causa tuvieron los reyes de Portugal y de Leon varios disgustos con la Silla Romana, mandando esta por medio de su legado, se disolviese, á lo cual, rehusándose los esposos, llegaron á padecer entredichos y censuras eclesiásticas, hasta que despues de cinco años, y de haber tenido tres hijos, llamados doña Sancha, don Fernando y doña Dulce, disolviendo el matrimonio, se retiró doña Teresa á Portugal, llevándose consigo á su hija menor, y dejando los otros dos á su esposo. Entre tanto no estaba ocioso el rey de Marruecos, Jacob Aben Juceph, inquietando al rey de Portugal don Sancho con repetidas hostilidades, para recuperar las plazas que antes habia perdido; pero siempre salió victorioso don Sancho, ayudado, segun la ocasion, de los cruzados ingleses y flamencos, que en sus viajes solian tomar descanso en Lisboa. No sucedió así al rey de Castilla don Alfonso VIII, porque si bien en una jornada, cuyo cargo encomendó al arzobispo de Toledo don Martin Pisuerga, quedaron maltratados los moros de Andalucía en el año de 1194, en el siguiente esperimentó una cruel derrota su ejército en la ba-

talla de Alarcos, en que asistieron en persona Jacob Aben Juceph á la cabeza de su ejército, y don Alfonso á la del suyo. Atribúyese esta desgracia á la falta de prontitud con que debieron acudir con su gente los reyes de Navarra y de Leon, á quienes habia pedido auxilio para esta espedicion. Dícese que llegó el de Leon á Toledo cuando ya estaba de vuelta el de Castilla, y que pasaron varias desabridas reconvenciones de una y otra parte. Lo cierto es, que al mismo tiempo que estaba peleando don Alfonso, ó de resultas de estas vistas, se echaron sobre varias tierras de Castilla uno y otro rey, el leones y el navarro. Para poder contener sus ímpetus, negoció el rey de Castilla las paces con el de Navarra y Aragon, para combatir solo al de Leon. Juntó el castellano sus tropas, entró en el reino de aquel, talando y destruyendo todo cuanto encontraba. Armóse poderosamente don Alfonso IX para salir al opósito á don Alfonso VIII; aquel buscó socorro en el mahometano, por medio de su primo don Pedro Fernandez de Castro, que se habia pasado á sus tierras; este buscó el auxilio del de Aragon, y entre tanto que empuñaban las armas unos contra otros los reyes, el moro Aben Jacob talaba y arrasaba las mas fuertes plazas del reino de Toledo, á pesar de las buenas precauciones que antes habia tomado el rey de Castilla, y la valerosa resistencia de los castellanos: efecto de la ira y deseo de venganza con que descuidaba el incendio de su casa, por ir á poner fuego á la vecina. Para atajar los grandes peligros que amenazaban, fué menester que mediase la reina doña Leonor, esposa de don Alfonso VIII de Castilla, y con su influjo se concluyeron amigables paces, y el nuevo matrimonio de la infanta doña Berenguela, su hija primogénita, con su primo don Alfonso IX de Leon, celebrado en Valladolid en 1197. Sin duda prevaleció en esta alianza la razon de estado y la conveniencia, al temor de disolverse esta union, que llevaba consigo los mismos impedimentos canónicos, que dieron motivo á la Silla Romana para la separacion del anterior matrimonio; como en efecto sucedió despues de varias censuras y entredichos, á los siete años de este matrimonio, año de 1204. Pero no es de estrañar por eso la tardanza en la separacion, por el uso ó abuso de aquellos tiempos de semejantes matrimonios, principalmente entre personas reales, y por causa del bien público; motivos de fácil dispensacion por la Silla Romana en los posteriores siglos. Durante este espacio de tiempo tuvo don Alfonso IX de Leon con doña Berenguela cinco hijos, que fueron doña Leonor, don Fernando (el Santo), don Alfonso, doña Constanza, y doña Berenguela; pero mediando la buena fe en esta union, no solo fueron declarados por legítimos, sino que fué reconocido don Fernando por heredero de la corona de Leon, y jurado por tal en las Cortes, que con este motivo se celebraron en aquella ciudad. De resultas de la separacion y vuelta de doña Berenguela á poder de su padre don Alfonso VIII, sucedieron varias guerras intestinas entre este y don Alfonso IX de Leon, que solo terminaron con la entrega de las plazas y heredamientos que se habian afianzado por el dote de la reina. El rey don Alfonso VIII, en medio de tantas turbaciones, no habia omitido cuidado alguno en el gobierno interior de su reino; y entre otras providencias, llevado del amor de las letras, que hasta entonces habian estado retiradas en los cláustros, ó tenian que salir fuera del reino los que deseaban instruirse en ellas, fundó en Palencia, en el año 1208, una pública escuela ó Universidad, que fué el fundamento de la gloria que despues adquirieron los españoles por su aplicacion á las ciencias y á las artes. Asimismo procuró el auxilio de los reyes de Navarra, Aragon, y algunas potencias de la Francia, con quienes tenia alianza, para hacer una grande espedicion contra los mahometanos, á los

cuales en pequeñas jornadas hacia varios estragos por las comarcas de estos, interin le llegaban los socorros pedidos. Mahomat Aben Jacob, airado de estas estorsiones, y conociendo ó teniendo noticia de la intencion del rey de Castilla, hizo venir numerosas huestes desde el Africa; y ordenando su ejército poderoso, que se componia de cincuenta mil hombres de á caballo, y mas de ciento y cincuenta mil de á pié, se dirigió hácia las fronteras del castellano, á tiempo que don Alfonso VIII, auxiliado de los reyes de Aragon, Navarra, y algunos príncipes franceses, iba talando y destruyendo hácia las del moro las plazas mas fuertes que encontraba al paso. Hicieron alto los ejércitos al otro lado del puerto de Murudal, en los llanos ó Navas de Tolosa: ordenaron unos y otro sus escuadrones: el ejército cristiano apenas pasaba del número de treinta mil hombres, á lo menos solo constaba de veinte y cinco mil caballos: su valor suplia la falta de la multitud: rompieron con el mayor denuedo la batalla; hallaron mucha resistencia en los pechos mahometanos; duró por mucho tiempo indecisa la pelea, sucediendo doble número de gente á los muchos muertos que caian en el campo mahometano; pero tomando sucesivas ventajas nuestro ejército, se vieron precisados los enemigos á retirarse precipitadamente, á hacerse fuertes dentro del recinto de sus reales, que tenian acordonados y bien defendidos con gruesas cadenas. El rey de Navarra don Sancho fué el primero que rompió esta valla; y siguiéndole don Alvaro Nuñez de Lara con los respectivos escuadrones de castellanos, navarros y aragoneses, fué tanto el estrago que hicieron en los enemigos, que quedó en el campo la mayor parte de ellos, y los demas ahuyentados y rotos, siendo casi ninguna la pérdida de los nuestros. Viendo los cristianos destruido el ejército mahometano, y ahuyentados los pocos que habian quedado, siguieron el alcance con corto número de gentes; y no hallando resistencia, tomaron al Ferral, Vilches, Baños, Tolosa, Baeza; y hubieran rendido á Ubeda, único asilo de los huidos, si no se hubieran acabado los víveres y no hubieran empezado las enfermedades; por lo cual se retiró victorioso don Alfonso VIII con todas sus tropas, y las de los auxiliadores, llenos de contento, ricos de despojos y adornados de gloria y perpétuo nombre. El rey de Aragon, don Pedro, se volvió á su reino desde Calatrava; y el de Navarra, don Sancho el *Fuerte*, se despidió del de Castilla, despues de haber entrado triunfante en Toledo el rey don Alfonso VIII. Esta es la famosa batalla de las Navas de Tolosa, dada á 16 de julio del año 1212, en que se dice quedaron muertos en el campo casi doscientos mil moros, y de los cristianos solos veinte y cinco; bien que con los que perecieron despues en el alcance, ascendió el número á ciento y cincuenta; número prodigiosamente corto, respecto del destrozo del enemigo. Fué el triunfo, tanto mas ilustre, cuanto mas esclarecidas fueron las personas que concurrieron, habiendo asistido por parte de Castilla los mas de los concejos, grandes y prelados, y entre ellos el infante de Leon don Sancho Fernandez, que parece ser el hijo de don Fernando II de Leon, y doña Urraca de Haro. El rey don Alfonso VIII, en memoria de tan admirable y feliz suceso, y en accion de gracias al Omnipotente, de quien reconocia tan especial beneficio, dedicó aquel dia, 16 de julio, á que se celebrase con fiesta eclesiástica el triunfo de la santa Cruz, en cuya señal, y bajo de cuya bandera habia vencido. Entretanto que el rey de Castilla adquirió repetidas glorias con los triunfos de los mahometanos, se habia aprovechado de esta oportunidad el rey de Leon don Alfonso IX para tomarle algunas plazas; el de Portugal don Alfonso habia quitado á sus hermanas otras en Galicia. Estas imploraron el socorro del de Leon, y saliendo en su defensa, volvió las ar-

mas contra el portugues, á quien despojó de algunos lugares. El rey de Castilla quiso apagar este fuego, aun á costa del menoscabo de sus intereses; pues no solo dejó al de Leon las ciudades tomadas, sino que le dió otras, para que con más facilidad se pudiera armar contra el enemigo comun mahometano, y no echase menos las que pactó que restituyese al portugues. Don Alfonso VIII, compuestas así las cosas, y deseando promover sus conquistas, hizo dos jornadas en el año siguiente, y tomó varios lugares de los mahometanos; entre los cuales se cuentan Alcaraz, las Cuevas y Alcalá la Real, con que pudo recompensarse la rota que padecieron los de Talavera, que inconsideradamente se habian internado por la parte de Estremadura contra los moros. El año siguiente prosiguió sus espediciones, al mismo tiempo que el rey de Leon hacia las suyas por la Estremadura, en cuya ocasion ganó á Alcántara; y aunque hizo el de Castilla algunos estragos, y tomó á Guliena, fué preciso, para asegurar con la union del de Portugal la mejor forma de combatir al enemigo, que se avistasen en Plasencia; pero antes de llegar don Alfonso VIII le asaltó una enfermedad en un lugar, llamado Gutierre Muñoz, en donde agravándose por instantes, hechas las diligencias de cristiano, le cogió la muerte á 6 de octubre del año de Cristo 1214, era 1225 á los 57 años de su edad. Halláronse en su muerte la reina doña Leonor su esposa, y sus hijos don Enrique, doña Berenguela y doña Leonor, con sus nietos don Fernando y don Alfonso, hijos de doña Berenguela y don Alfonso IX de Leon. A poco tiempo fué llevado á sepultar al monasterio de las Huelgas de Burgos, que habia edificado. Hechos los funerales, fué aclamado por rey de Castilla el infante heredero don Enrique I, bajo la tutela de su madre doña Leonor; pero habiendo muerto esta muy pocos dias despues, y sepultada en el mismo monasterio, tomó la tutela y gobierno la reina doña Berenguela. De este rey es de quien se cuenta la siguiente aventura amorosa: Enamorado Alfonso VIII de una bella hebrea, hasta el punto de poner en planta todos cuantos medios estuvieron á su alcance, para conseguir que esta le correspondiera, no tuvo otras ocupaciones ni otros cuidados, luego que lo alcanzó, que el de mantener vivo este afecto. En un principio no dieron muestras de inquietarse por ello los grandes; pero apercibidos luego del poderoso ascendiente que iba tomando la judía en el ánimo del monarca y de que este tenia abandonados completamente los negocios del reino, por emplear todo el tiempo en los placeres, hubieron de representarle en los términos mas respetuosos contra semejante conducta. Escuchóles con calma don Alfonso; mas estimando en poco sus advertencias, ó decidido á correr todos los riesgos que su loco amor le proporcionase, llegó á despedirles sin darles palabra de ninguna enmienda. Los grandes, entonces, apelaron á un medio inicuo y que solo un desmedido celo por el bien comun pudo sugerirles: tramaron una revolucion, y en medio del motin asesinaron á la hebrea. Cuando recibió el rey la noticia, faltóle poco para enloquecer, tal era el cariño que profesaba á la infeliz manceba; pero precisado por las circunstancias á transigir con los asesinos, hubo de reconcentrar en su pecho el dolor desahogándose solo en tristes y prolongados sollozos. Pues motivo fué este de una profunda y constante tristeza que no se separó de don Alfonso hasta el último momento de su existencia. Hablaremos mas estensamente de estos desgraciados é ilegítimos, cuanto interesantes amores, en la biografía de la *Judía de Toledo*.

ALFONSO X (EL SABIO) (don), segundo rey de Castilla y Leon; empezó á reinar en el año de Cristo 1252 y murió en el de 1284. Apenas don Alfonso dió honorífica sepultura á su padre; precedidas las ceremonias de costumbre, de ceñirse él mismo las armas

benditas, ser ungido y coronado, le aclamaron y juraron por rey en Sevilla en el dia 2 de junio del mismo año de Cristo 1252. Entró á reinar de edad de 32 años, ejercitado ya en las armas, conquistador del reino de Murcia, instruido en los negocios políticos y de gobierno, deseoso de seguir las huellas de sus predecesores en esterminar los sarracenos y recobrar los derechos que le pertenecian sobre algunas plazas del Algarve, que le habia concedido el rey de Portugal don Sancho, cuando fué destronado; reformar las costumbres, mejorar las leyes, ilustrar y promover las letras, y adelantar lo posible la gloria de sus antepasados y de la nacion. Reforzó desde luego el reino de Murcia de tropas y abastecimientos para su mayor seguridad; mandó fabricar la Atarazana de Sevilla y mayor número de naves en Vizcaya; eran menester tropas para defenderse de las invasiones marítimas de los moros, y acrecentar las fuerzas de la marina. Para tener mas gratos á sus vasallos, ademas de mantenerlos en su obediencia, usó del atractivo de los beneficios, y así á los ricos-hombres, caballeros é hidalgos, á unos acrecentó tierras y rentas, á otros se las dió no teniéndolas, hallando para esto fondos y oportuna ocasion en el repartimiento del territorio y rentas de Sevilla, que habia empezado su padre. Dadas estas disposiciones, y habiendo juntado un suficiente número de peones y caballos, dirigióse á Badajoz para repetir desde allí, ó con la razon, ó con las armas, los derechos del Algarve, y otras tierras usurpadas por el portugues. No debieron de ser muchas las hostilidades que mediaron de parte á parte, pues intercediendo el papa Inocencio IV para que ajustasen paces, se retiró don Alfonso á Sevilla á dar su poder y nombrar personas para que en su nombre acabasen los tratados y entregas amigablemente; de lo cual resultó que don Alfonso de Castilla recibió el reino y título de Algarve para darlo en dote á su hija natural doña Beatriz de Castilla, hija de doña Mayor de Guillen de Guzman, y casarla con el mismo rey de Portugal don Alfonso, que habia repudiado á su legítima esposa doña Matilde, con otras condiciones de reconocimiento y homenaje que convino el portugues hacer con el de Castilla. Vuelto á Sevilla, á principios del año de 1253, recibió el homenaje y reconocimiento de vasallaje del rey de Granada Aboabdil-Aben-Hazar, sucesor de Aben-Alhamar, como tambien de Aben-Afot, ó Aben-Mafon, rey moro de Niebla. Acabó y confirmó el repartimiento de las heredades de aquel reino con los acrecentamientos hechos á varios ricos-hombres, caballeros, prelados é hijosdalgos. Meditaba pasar la guerra al África, y asegurar varias alianzas con los príncipes moros de Andalucía para afianzar mejor su empresa; y comunicándosela al papa, le pidió algunas gracias. Este espidió su breve prorogando las Tercias reales, y exhortando á los eclesiásticos á la predicacion de la cruzada para animar á los seculares á concurrir por su parte con dineros ó armas: pero estas vastas ideas fueron sucesivamente interrumpidas por varios y agrios incidentes no esperados. En el dia 8 de julio de aquel año habia muerto don Theobaldo II, rey de Navarra; doña Margarita su madre temió la justa pretension al trono ó al vasallaje acostumbrado por el rey de Castilla, y confederándose con don Jaime, rey de Aragon, hicieron varios conciertos de escluir todo pacto de familia con el castellano, y unir sus ánimos y armas contra él en todo evento. Indignado don Alfonso con esta accion, tomó las armas y se presentó á las fronteras de Navarra. Hubo treguas, en cuyo tiempo se consultaron los partidos que se debian tomar, los cuales fueron reconocer el acostumbrado vasallaje y asistencia á las guerras que ocurriesen. A esta pretension siguió la del reconocimiento del vasallaje de la tierra de la Gascuña en Francia, usurpado por el rey de Inglaterra Enri-

que III, el cual no se rindió hasta que vió que habia enviado socorros el rey don Alfonso á don Gaston de Bearne, principal defensor de los derechos de Castilla. Tratáronse paces, firmáronse alianzas, y el rey don Alfonso consintió en el matrimonio de su hermana doña Leonor, hija de la reina viuda doña Juana de Pouthieu, con el hijo del rey de Inglaterra, llamado Eduardo, renunciando el derecho que tenia á la Gascuña, por haberse ajustado que el príncipe y primogénito dotaria á su esposa con el señorío de esta tierra. Celebráronse estas bodas en Burgos en el mes de octubre del año de 1254 con magnífica pompa de galas y fiestas, haciendo el rey espléndidos gastos con los concurrentes ingleses y franceses de la comitiva del principe don Eduardo; armó á este de caballero segun costumbre; y el mismo Eduardo armó á otros condes y duques súbditos suyos ó de su señorío de Inglaterra y Gascuña. En medio de estas treguas y de estas fiestas, y al paso que con renuncias y donaciones adquiria alianzas, aumentaba por otra parte sus dominios, quitando con poco esfuerzo de armas á los moros, las plazas y tierras de Tejada, Jerez, Medina Sidonia, Lebrija y otras, sin perder un punto de tiempo en el gobierno interior de su reino. Dejaba la espada, y tomaba la pluma para estender la religion y culto divino, proveyendo de obispos á Cartagena, Badajoz y Silves y concediendo exenciones á otras iglesias y casas pias; para confirmar privilegios civiles ó darlos de nuevo; para arreglar y reformar los varios fueros y leyes que por su multitud hacian confusa la legislacion; para contribuir á las ciencias ó por su propio trabajo, ó alentando y alimentando sábios para trabajar en provecho de ellas. Así mandó hacer el libro de las leyes, que intituló el *Fuero Real*, en donde se resumia lo mas principal de la legislacion, para que los concejos de Castilla se rigiesen por ellas, ínterin se acababa el código meditado ya por su padre don Fernando, que intituló el libro de las *Siete Partidas*. Mandó llamar los mejores astrónomos, físicos y médicos de Africa, y los alojó en unas mezquitas al lado del alcázar de Sevilla, de donde los trasladó con el tiempo á Toledo, para que pudieran allí hacer sus enseñanzas, y oirlos el rey; estableció estudios de latinidad y lengua arábiga en Sevilla, sin embargo de mirar con particular inclinacion las escuelas de Salamanca: á estas, despues de haberlas confirmado en el principio de su reinado varias franquicias, que ya tenian de su fundador, acrecentó con algunas cátedras mas en el año de 1254, entre las cuales fueron la de leyes, la de decreto, dos de decretales, dos de física, dos de lógica, dos de gramática y una de música; y creó otros varios empleos bien dotados, siendo el salario mayor en las maestrías de 500 maravedís, y el menor de 50, que por un cómputo prudencial formaba aquel el valor de 166 reales de plata de aquel tiempo, ó 650 reales vellon del nuestro poco mas ó menos. El papa Alejandro VI, que confirmó con sus letras apostólicas este estudio, en el año siguiente le concedió el honor y prerogativa de ser igual al de Bolonia, Roma y Paris, superiores á todos los demas. Ordenó asimismo que se tradujesen en castellano varios autores de astronomía; compuso ó corrigió las tablas astronómicas, llamadas de su nombre *Alfonsinas*. La historia general de España, y la universal del mundo, la de Alejandro Magno, trabajadas segun se cree por su propia mano, y las de las guerras de ultramar, ó de los cruzados, fueron miradas con singular esmero. Su sensible y tierno corazon se dejaba encantar de la dulce poesía, y dispuso se recogiesen varias cántigas ó canciones castellanas y gallegas, y él mismo con su abundante y agradable vena cultivó las musas con singular gracia y pureza. Corrió por el orbe la fama de sus raras prendas, de su valor y política en los empeños de la guerra y de los pactos de alianza, de su generosi-

dad de ánimo y de su magnificencia, de su sabiduría y amor á las letras. Alemania se hallaba dividida en bandos, y despedazada por las civiles discordias; ya muerto el duque de Suevia, cuyo principado, escluido Conradino, venia de derecho á don Alfonso, y pretendia la mediacion del papa para su posesion; ya muerto tambien Guillermo emperador, por cuya vacante era el mas próximo á la imperial corona. En tantos males y penosa situacion por una parte, y en tantos méritos por otra, „veian (dicen los pisanos) que don Alfonso X de Castilla era el mas escelso sobre todos los reyes, que eran ó fueron nunca en los tiempos dignos de memoria, y que amaba mas que todos la paz, la verdad, la misericordia y la justicia, que era el mas cristiano y fiel de todos, lo cual les movió á enviar una embajada, eligiéndole y jurándole emperador de Alemania de parte de su señor el arzobispo Federico. Alfonso reconoció su derecho y admitió gustoso el nombramiento; pero al mismo tiempo le dictaban el honor y la prudencia cuanto era menester mostrarse digno de tan ilustre fama y tan celebrado imperio. Empezó á disponer y juntar las riquezas que tenia, y á valerse de las que pudieran contribuirle sus vasallos para ir al imperio con aquella ostentacion y magnificencia que exigian las circunstancias; y estando el reino tan exhausto de dinero por las costosísimas guerras de su padre, y los gastos que al mismo don Alfonso se habian ofrecido con tantos sucesos de paz y guerra, echó mano del remedio que habia usado tambien su padre de alterar la moneda, de que no se siguieron muy buenas consecuencias. Mas no bien habia recibido la embajada de la república de Pisa, cuando uno de los partidos que infestaban la Alemania, eligieron á Ricardo duque de Baviera y conde de Cornualla, hermano de Enrique III de Inglaterra, en cuya eleccion se dice que prevalecieron no los ánimos, sino las riquezas con que compró algunos votos, pues otros electores, no consintiendo en ella, eligieron despues á don Alfonso, y le enviaron embajadores para que aceptase el imperio. Hizo segunda aceptacion formal y despidió á los embajadores bien regalados, y prometiéndoles iria á tomar posesion. Desfalleció el partido de Ricardo luego que se acabó el dinero, y le dejaron solo y disipado. El imperio quedó como en inaccion por algunos años, procurando cada uno de los pretendientes la inclinacion de la corte romana, que hizo cuanto pudo por mantener su fiel para no manifestarse desviada de don Alfonso en oposicion á la descendencia y parentela de los duques de Suevia, con quienes habia tenido y tenia tantas y tan duras contiendas. En este estado conoció don Alfonso que el dinero, las alianzas y las armas eran los únicos recursos para vencer. Nombró desde luego á su primo Enrique duque de Lorena y Bravante por su lugarteniente, para que en su nombre sostuviese los derechos, cobrase las rentas, declarase guerras, y defendiese á sus vasallos imperiales con la paz ó las armas, con la justicia y el castigo. Señalóle por sueldo diez mil libras tornesas, sin perjuicio del abono de los gastos que ocurriesen en granjear otros príncipes á su devocion, ó en las espensas de la guerra, cuyas diligencias no fueron en vano; pues al año siguiente de 1258 ya tenia asalariados don Alfonso á Federico duque de la Baja Lorena, á Hugo duque de Borgoña, y á Gnido de Dampiere conde de Flandes, con diez mil libras tornesas á cada uno. Confederóse asimismo don Alfonso con Haquino II, rey de Noruega, y para afianzarle mas, casó á su hermano el infante don Felipe, electo arzobispo de Sevilla, con una hija de aquel rey llamada Cristina. La Francia, Navarra y Aragon, con quienes habia renovado pactos, le resguardaban por una parte, y los mismos bandos de Gibelinos y Güelfos, que alborotaban la Italia, le esperaban impacientes por otra: ya estaba resuelto á pasar por mar á la

Lombardía, si hubiera hallado mas apoyo en el papa Alejandro IV, que al fin se mostró inclinado á Ricardo, con lo cual suspendió sus intentos, esperando mejores circunstancias. Ya en este tiempo, año de 1258, tenia el rey don Alfonso tres hijos, doña Berenguela, nacida en 1253, don Fernando, nacido en 1256, llamado de la Cerda, por haber sacado del vientre materno un lunar con una cerda ó pelo crecido, y don Sancho, nacido en 12 de mayo de 1258. Algunos principales y aun de sus mismos hermanos se hallaban descontentos del rey don Alfonso; los reyes moros de Granada, Murcia y Niebla, que eran sus vasallos, se cansaban de serlo, y todos con el viaje meditado al imperio, esperaban ocasion oportuna para sacar la cabeza y sacudir el yugo de don Alfonso, que si bien no era tan pesado, la envidia y ambicion de reinar ó mandar cada uno de por sí le hacian insoportable. Ya el infante don Enrique, despues que habia ganado en el año de 1255 á Arcos y Lebrija de los moros, se habia pasado descontento al rey de Aragon don Jaime, en compañía de don Lope Diaz de Haro, señor de Vizcaya, á jurarle vasallaje para ir contra el rey de Castilla, aquel por quejas que ignoramos, y este por seguir las pisadas de su padre don Diego Lopez de Haro, que ingrato á los beneficios de don Alfonso, tambien se habia pasado á Aragon con el mismo fin. Las iras de don Enrique sin duda se apaciguaron por entonces, haciéndole señor de las plazas que habia conquistado, cuando en el año de 1259 le hallamos en Lebrija haciendo estragos contra las tierras de su hermano, desde los mismos términos que dominaba: no quiso el rey medir sus armas con las de su hermano, bastóle enviar á don Nuño Gonzalez de Lara, gobernador de Jerez y Ecija, para vencerle con poco esfuerzo. Avergonzado entonces ó temeroso el infante don Enrique se desterró á sí mismo, y anduvo vagando despues por Aragon, por Túnez y Roma, en cuya última ciudad logró mejor suerte habiendo llegado á ser senador. Habiendo sucedido tres años de tranquilidad, y suspendido aun el viaje al imperio por don Alfonso, pero instaurada su pretension por la muerte del papa Alejandro IV, y exaltacion de Urbano IV á la silla pontificia, á quien esperimentaba mas favorable, no pudieron los reyezuelos moros romper tan presto como quisieron contra don Alfonso; quien entretanto, habiendo juntado una buena armada, envió á sus valientes capitanes á conquistar la isla de Cádiz; con lo cual podia hacer frente á las esternas invasiones, cuando no pudiese llevar adelante la empresa de pasar á la conquista de Africa. El rey de Marruecos Aben-Juceph, solicitado por los reyezuelos de España, se iba preparando ó para resistir ó para cortar los intentos de don Alfonso, enviando ocultos socorros á sus solicitadores; y apresurando la callada conspiracion, á pesar del mucho silencio y reserva, llegó á descubrirla la sagacidad de don Alfonso, y ya manifiesta, no pudieron menos de declararse los solapados enemigos. Dió órden don Alfonso de que se juntasen todas las huestes y volasen al socorro de la frontera, y al esterminio de los enemigos y rebeldes. El rey de Granada Alboabdil era el principal que llevaba la voz en esta guerra, y presentándose don Alfonso con su ejército en aquella frontera, con solo los esfuerzos del conde don Nuño Gonzalez de Lara y el maestre de Alcántara don Juan Gonzalez, huyeron los moros; pero viniéndole al rey Alboabdil un socorro de mil caballos de Africa, empezó á padecer la caballería de don Alfonso, por ser poca, á causa de haber concurrido pocos, y estos de Estremadura; contentándose los demas con pagar el tributo acostumbrado de la fonsadera y martiniega: en vista de lo cual dispensó á los labradores y caballeros de la Estremadura semejantes tributos, y mandó que en adelante viniesen todos los que pudiesen tener armas y caballo al tiempo que los necesitase. Ahu-

ventados así los moros y evacuados de muchos lugares de la frontera, poblándolos de cristianos, envió una flota ó armada por mar á evacuar á Cartagena, yendo por tierra en socorro don Gil García de Azagra y otros, lo cual ejecutaron felizmente, é hicieron dos castillos en los dos cerros mas eminentes de Cartagena, desde donde asegurados hacian sus correrías, ínterin llegaba el rey don Jaime con el socorro que le envió á pedir, haciéndole presente que preparaba Aben-Juceph su venida con poderoso ejército á socorrer á sus aliados; y que igualmente peligraba el reino de Valencia. Don Alfonso no cesaba de combatir sus enemigos de Granada y demas de la frontera: con igual felicidad desalojó á los de Jerez, y socorriendo las villas de Bejer, Medina-Sidonia, Rota, Sanlúcar, Arcos y Lebrija, echados los moros de aquellas plazas, las pobló y guarneció de cristianos, y tomando algun descanso, envió algunas compañías á sus tierras, citándolas para la primavera siguiente de 1265. Fué menester nueva predicacion de cruzada, nueva concesion de rentas por las iglesias, hecha por Clemente IV, nueva asonada de todo el reino y aun de los príncipes cristianos aliados, para resistir á todo el poder de Aben-Juceph de Marruecos, que envió un ejército numeroso á auxiliar á los de Granada y Murcia; pero el rey don Jaime por la parte de Murcia, y don Alfonso por la frontera oponiéndose al de Granada, repitieron fuertes batallas hasta que los rindieron y sujetaron, no sin el auxilio de muchos arráezes granadinos, conjurados contra su rey; de modo que no les quedasen mas esperanzas que pedir algunas tierras á don Alfonso, para que pudiesen subsistir el resto de su vida. Fué muy sangrienta la batalla de una y otra parte; pero el rey de Castilla, recobrando á Murcia por mano del rey don Jaime, dobló los tributos al de Granada, y escarmentado de la mala fe con que habia procedido, no le concedió lo que quiso pactar con él, de que no favoreciese á los arráezes de sus castillos contra él rebelados, y protegidos por don Alfonso, lo cual produjo despues fatales consecuencias. Don Nuño Gonzalez de Lara y don Lope Diaz de Haro habian recibido sucesivamente imponderables beneficios del rey don Alfonso, y envidiosos entre sí mismos duplicaron su ingratitud, uniéndose ambos en conspiracion contra el rey, y afirmando sus alianzas con la junta de familias é intereses. Don Nuño habia sostenido tambien la rebelion de Granada, y habia quedado tan amigo de su rey, que siempre le tenia propicio á sus atrevimientos, aunque aparentemente amigo de don Alfonso. Ambicion é intereses propios eran los fundamentos de su desacato; sus pretestos, razones de estado de haber el rey hecho magníficas fiestas, gastos y donaciones, especialmente haber levantado al rey de Portugal por intercesion de Dionisio su nieto, los tributos, homenaje y reconocimiento. Los Fernandez de Castro, que en otro tiempo habian sido tan contrarios de los Laras, y estaban con ellos unidos en sangre, añadidos á los principales partidarios, aumentaron la coligacion é hicieron un grueso cuerpo de familias quejosas de ricos-hombres desavenidos y rebeldes. Para que no faltara autoridad y apoyo de la parte de la sangre del rey, ganaron al infante don Felipe, su hermano, personaje no menos ambicioso que débil é inconstante, como lo mostraba en su conducta desde que dejó de ser arzobispo de Sevilla, y casó con doña Cristina, infanta de Noruega. Todos estos personajes, que ó bien por el parentesco ya mas ó menos cercano con el rey debian mostrar la union de la sangre que corria por sus venas, ó por sus dignidades y altos empleos debian haber sido los ejemplares de la fe y obediencia á un rey que solo les habia hecho beneficios, y á quien deberian estarle rendidos como á su señor y soberano, empezaron á hacer insultos y daños en el reino y en las tierras del rey, haciendo

en este caso, contra la comun costumbre, resaltar la fidelidad y amor de los otros vasallos, que menos poseidos de la ambicion y el interes, lloraban las desgracias de su amable rey. El infante don Felipe busca socorro en don Enrique de Rósnay, hermano del rey navarro don Theobaldo II, que estaba ausente, y no le halla; búscanle los conjurados en Aragon, y hallan algunos partidarios; quieren aliarse todos con el rey moro de Granada, y este, viéndose desobedecido de sus arráezes, á quienes protegia el rey don Alfonso, duda en declararse, intentando antes saber si seguia en ampararlos. El rey don Alfonso procura con prelados mensajeros desunir la coligacion, y ofrecen los conspirados que, si con nuevo servicio que imponga á los pueblos les paga sus deudas y completa ó acrecienta sus cuantías, tomarán las armas en su servicio, y contra quien el rey quiera. En efecto, impone el servicio, paga sus deudas á los descontentos, toman estos las armas, pero es para hacer daños á los pueblos, nueva astucia y engaño contra un señor, á quien aun temblaban, y no podian menos de estar reconocidos. Parte el rey á Burgos desde la frontera, y los ricos-hombres le salen á recibir armados al camino, no quieren entrar con él en la ciudad, y retirándose á los pueblos vecinos, se portan como enemigos que quieren hacer conciertos con el rey: manda este que le espongan sus quejas, y don Nuño de Lara, en nombre de todos, presenta diez capítulos como si fueran de acusacion; reducidos principalmente á disminuir la potestad real y sus rentas, y aumentárselas á ellos. Mostróles el rey la futilidad de sus quejas, y sin embargo condescendió en lo que estuvo de su parte á sus peticiones, y en lo que conocia clara injusticia y daño de su persona y reino se comprometió en que se viese en justicia por los jueces que ellos quisieran, con tal que fuesen prudentes, sanos y abonados. Escusáronse de mil maneras; pidiéronle Cortes, las tuvo: pidieron mas, mas les concedió; pero sin ningun fruto, porque por último no dieron mas respuestas al rey, que no podian avenirse con él; tan enagenados estaban los ánimos, que á vista de la razon solo dominaba el capricho y la terquedad. Para llevar su empeño adelante se desnaturalizaron los mas, y se pasaron al rey moro de Granada por ir contra su rey, que hizo cuanto pudo por detenerlos. Contemplándose ya libres del yugo, hicieron en el camino muchos daños contra los derechos de la tregua de los cuarenta y dos dias para salirse del reino, segun costumbre. Llevaron consigo el espíritu de discordia, y aun allí mismo la fomentaban entre los moros; y creyendo que esto cederia en provecho suyo y en daño de don Alfonso, sacó este muchas ventajas de su debilidad. Habia muerto por entonces el rey Alboabdil, y de los ricos-hombres que se habian pasado, querian unos que reinase alguno de los arráezes sostenidos por don Alfonso, otros que Alamir su hijo, en oposicion de los mismos moros: venció el partido de Alamir, y este empezó á recelar de los enemigos que abrigaba. El escándalo que habian causado en el reino español cristiano los ricos-hombres y el infante don Felipe desertados, pusieron en empeño, no solo á los parientes que habian quedado y á los hombres buenos de Castilla, sino al rey, á la reina y á los infantes. Enviábanse mandaderos de una y otra parte para su reduccion; ya flaqueaban los enemigos, y el rey moro se consideraba inquieto en el mayor peligro: para asegurarse envió á decir á don Alfonso que no protegiese mas á los arráezes, y que le haria algun partido ventajoso en sus tierras. Nunca hubiera el rey accedido á la pretension sin dejar al moro igualmente ó mas sujeto, así lo consiguió, prometiéndole entregar los puertos de Algecira, Tarifa y Málaga, pasos que dejaba cerrados á los socorros africanos, y llaves con que sujetaba á los moros granadinos. Hecho esto en el año de 1273, algunos ricos-hombres se volvieron á su rey, y en-

viando á decir á los demas que les otorgaria lo prometido, espidió un privilegio en Almagro en que moderó los servicios pedidos y otras rentas impuestas; y sabiendo que todavía permanecian rebeldes los otros, dejó á su hijo primogénito Fernando en la frontera, y se fué á ver con el rey de Aragon para unir sus fuerzas, y echarse con poderoso ejército sobre Granada. Los ricos-hombres persuadieron á este se adelantase á talar la frontera; don Fernando alistó sus tropas desde Córdoba, y falsamente informado por algunos caballeros, hizo algunos ajustes con el moro, que desaprobó su padre en una carta que le escribió llena de escelentes máximas políticas, propia de un rey sábio. Muerto don Enrique III, rey de Navarra, en el mes de julio del año de 1274, renueva don Alfonso sus pretensiones al vasallaje de aquel reino, en oposicion á las que tenia su suegro don Jaime; y renunciando el derecho, y este punto en su hijo primogénito don Fernando, y vueltos los ricos-hombres unidos á su devocion, dispuso la marcha para ir á verse con el papa sobre sus derechos á la corona imperial. Este asunto, que en medio de sus cuidados y turbulencias le traia inquieto, nunca le habia dejado de la mano. La temprana muerte de Urbano IV, sucedida ya en el año de 1265, habia impedido se resolviese aquella causa puesta en sus manos: pasando á las de Clemente IV su sucesor, se iba dilatando tambien, porque este procurando disuadir á los dos pretendientes, patrocinaba el pensamiento de algunos electores, que querian nombrar un tercero en discordia. Murió Clemente, y murió tambien el competidor Ricardo en el año de 1268. Vacó la silla por espacio de tres años, en cuyo intermedio quiso aprovecharse don Alfonso de la ocasion de pasar armado á la Italia á abrirse por sí el camino al trono imperial, mas las turbulencias de su propio reino se lo impidieron. Gregorio X, á quien hizo nueva instancia don Alfonso, se declara opuesto, y protege la resolucion de los electores alemanes en elegir otro, como se ejecutó en Rodolfo, conde de Hausburg. No por eso desistió don Alfonso de reclamar inválida esta eleccion, y queriendo avistarse con él, le envió á decir que en su conferencia no se apartaria de lo justo de las determinaciones de la silla apostólica: insinuacion que le fué dañosa, pues el papa en su vista confirmó la eleccion de Rodolfo. Ofreciéronsele los lombardos, á quienes envió gente española para sostener el partido, y no dejaron de hacer bastantes progresos; cuando el papa tuvo que valerse de las censuras contra los partidarios italianos, para que desamparasen á don Alonso. Entre tanto, don Alfonso partió á Belcayre en Francia, á avistarse con el papa para hacerle ver su justicia y su razon, dejando por gobernador de sus reinos á su primogénito don Fernando. El ánimo del papa estaba enteramente enagenado de don Alfonso, no le convenció en el agravio que se le hacia, de que muerto Ricardo se hubiese pasado á nombrar otro, estándolo él antes y con derecho suficiente en el sistema político de la corte romana. Negada su proteccion al primer punto se la pidió para que se le restituyera el ducado de Suevia, á cuya herencia ya era mas acreedor en derecho don Alfonso, muerto Conradino; negóse tambien el papa á esta pretension. Espúsole otro convenio; que dispensase y protegiese el matrimonio de la reina de Navarra con uno de sus nietos: el papa estaba interesado por la Francia, y nególe el tercero; con que viéndose (á su parecer) burlado, se volvió á Castilla lleno de desaires y sonrojos. Apenas se habia ausentado el rey don Alfonso, empezó su hijo primogénito don Fernando á desempeñar el gran cargo de la majestad con la mayor vigilancia, visitando las provincias, ciudades y villas, mandando guardar justicia y arreglo en todo; lo cual causó mucho gusto y admiracion, por ser tan jóven que no pasaba de veinte años.

El rey moro de Granada, entre tanto, olvidando las treguas y pactos que habia asentado con el rey don Alfonso, y confiado en la ausencia de este, solicitó las fuerzas africanas del rey de Marruecos Muley-Xec-Aben-Juceph, el cual instado por él á que viniese á toda priesa para echarse juntos sobre las plazas de la frontera,, desembarcó con diez y siete mil caballos en Algecira. Ambos príncipes dispusieron que cada uno con su ejército se dirigiesen el de Granada á Jaen, y el de Fez á Sevilla. Aun no habia llegado á Córdoba don Nuño Gonzalez de Lara, á quien habia el rey nombrado, al despedirse, adelantado mayor de la frontera, cuando inopinadamente se halló con el enemigo que entraba haciendo destrozos por la plaza de Ecija, de la cual era tambien castellano. Vióse con poca gente, pero aguerrida y vigorosa, y dando parte de la novedad al infante don Fernando que estaba en Burgos, acometió las tropas de Aben-Juceph con tanto denuedo, que primero quisieron rendir la vida él y cuatrocientos escuderos que escoltaban su guardia, con otros cuatro mil de la gente que llevaba, que rendirse al moro. El valor de los vencidos fué tal, que hizo temblar á Aben-Juceph, y desconfiar de la victoria, sin embargo de ser desmesuradamente superior el número de sus soldados; lo cual confesó al examinar el campo de batalla y los fuertes campeones que habian perdido la vida. Luego que tuvo el aviso el infante don Fernando de haberse armado el moro, hizo llamamiento de todas las gentes de armas para ir al socorro de don Nuño y la frontera; pero habiendo tenido noticia de su desgracia en el camino, se detuvo en Villa Real (hoy Ciudad) para reunir las fuerzas de su ejército, y las disposiciones convenientes al ataque del enemigo; pero Dios le envió una enfermedad que le quitó la vida y todas sus esperanzas, causando gran sentimiento á Castilla, á su madre y á su esposa, quienes procuraron se sepultara en Santa María de Burgos, quedando dos hijos llamados don Alfonso y don Fernando de la Cerda. Inmediatamente don Sancho su hermano, que venia con tropa para la defensa, tomó el mando, y confederándose con don Lope Diaz de Haro, para que en adelante apoyase su sucesion al trono con el rey su padre y con los ricos-hombres, juntaron las huestes que cada uno traia, y reuniendo á su direccion todas las otras, caminaron al opósito del enemigo con la mayor intrepidez. Coloca don Sancho á don Lope en el castillo de Ecija, deja á don Fernando Ruiz de Castro en Córdoba, envia á Jaen á los maestres don Rodrigo Gonzalez Giron, de Santiago, y á don Juan Gonzalez, de Calatrava. Él va á Sevilla á presentar la armada para impedir nuevos socorros de Africa y la retirada de Aben-Juceph; y con estas acertadas disposiciones, y solo con ponerse en defensa, obliga á retirarse á este príncipe con su gente á Algecira. El arzobispo de Toledo don Sancho que se hallaba en Linares con un cuerpo de tropas, sin esperar las que debian juntársele de los concejos de su arzobispado para hacer frente á los moros de Granada por la parte de Jaen, avanzó, mal aconsejado, para encontrarse con los enemigos, poniéndose á la cabeza de su escuadron: desordenáronse los suyos al primer choque dejándole solo, y siendo hecho prisionero, le cortaron la cabeza y una mano, y dejaron el tronco cadáver en el campo. Al dia siguiente llegó don Lope Diaz de Haro, que iba en su socorro, é irritado de la pérdida, acometió á los enemigos; dejó á muchos muertos, ahuyentó á otros, hizo algunos prisioneros, y recobró la cruz y pendon del arzobispo y su cabeza y mano, que juntaron con su cadáver, y se lo trajeron á sepultar á la iglesia mayor de Toledo. Por este tiempo y en el otoño de 1275 ya se hallaba el rey don Alfonso de vuelta de Francia, y con noticias repetidas del celo de su segundo hijo don Sancho por defender la corona, y de las acertadas disposiciones que habia tomado á este fin; con cuya ventaja no le fué difícil con-

seguir de los príncipes moros dos años de suspension de hostilidades. Descuidados ya de sus invasiones dejaron la frontera los principales caballeros y ricos-hombres, y vinieron á Toledo, donde se hallaba el rey. Don Lope Diaz de Haro declaró á don Alfonso su pretension de que hiciese jurar por heredero del trono al infante don Sancho, pues habia dado tantas muestras de merecerlo, y se habia grangeado por sus prendas el amor y confianza de los castellanos. Por otra parte, la reina doña Violante y doña Blanca, madre de los dos infantes que habian quedado del primogénito don Fernando, instaban que se jurase el hijo mayor de este, llamado don Alfonso. No se atrevió el rey á resolver sin consejo: convocado este, tampoco supo determinar, hasta que tomando la voz el infante don Manuel, hermano del rey, dijo en breves palabras, que no se hacia perjuicio á la herencia del reino en que muerto el hermano mayor sucediese el menor: cuyo consejo siguiendo el rey, no habiéndose aun entonces establecido el derecho de representacion en España, convino en que se jurase por heredero á don Sancho, para lo cual se juntaron de su órden Cortes en Segovia en el año siguiente 1276. La jura de don Sancho por sucesor, hecha y autorizada por el reino en Cortes, disgustó mucho á la reina doña Violante y á doña Blanca viuda del infante don Fernando. Tomó parte en el resentimiento el rey don Pedro de Aragon, hermano de la reina, que poco antes habia sucedido al rey don Jaime, con cuyo consejo se pasaron á Aragon estas personas, que se consideraban tan agraviadas. Créese y no sin fundamento, que algunos ricos-hombres, y el infante don Fadrique, hermano del rey don Alfonso, concurrieron con su consejo á que la reina se ausentase de Castilla. Irritado el ánimo del rey con esta accion de la reina y de los intentos de don Fadrique y de don Simon Ruiz de los Cameros, mandó á su hijo don Sancho que prendiese á este, y le hiciese quitar la vida; y comisionó á don Diego Lopez de Salcedo para que hiciese lo mismo con el infante don Fadrique. La viuda del infante don Fernando, doña Blanca, era francesa, hija de San Luis rey de Francia, y se quejó á su hermano Felipe III el Atrevido, incitándole á que la vengara. Procura el rey Felipe por medio del conde de Monforte Juan de Brena, su mensajero al rey don Alfonso, que revoque la jura de don Sancho en perjuicio (á su parecer) de sus sobrinos; halla repulsa, prepara un ejército para romper la guerra, é interésanse en la paz sucesivamente los papas Juan XXI y Nicolao III, quienes querian fuesen empleadas sus armas para socorrer á la Palestina, á donde los cruzados pedian gente; por cuya mediacion no llegaron á efecto las hostilidades. En tanto que esto pasaba en el año de 1278, el rey don Alfonso dispuso la conquista de Algecira contra Aben-Juceph que la poseia; aprestó por mar una poderosa armada que constaba de ochenta galeras y veinte y cuatro naves, con un gran comboy de galeotas y naves pequeñas para cerrar el socorro de África, ínterin que con su gente de tierra, y la ayuda del arráez de Málaga impedia los auxilios del rey moro de Granada, y atacaba mas seguro al enemigo. Los intentos y disposiciones del rey don Alfonso eran grandes, pero no le salieron bien; una epidemia acometió su ejército por mar y tierra, con cuya ocasion, viendo los moros su debilidad para defender las naves, las destruyeron y quemaron á su salvo; ademas de esto, el infante don Sancho, por pagar una deuda de su madre la reina doña Violante al tiempo de volverse á Castilla, interceptó una suma de dinero que se recaudaba para mantener la hueste en el sitio, y faltando los víveres, se vió obligado el rey don Alfonso á ajustar dos años de tregua con Aben-Juceph, y levantó el sitio, bien que con ánimo de vengarse del rey moro de Granada, que se preparó durante año y medio para hacer una en-

trada en la vega de Granada, como lo ejecutó en el junio de 1280; en la que ademas de no haber podido asistir en persona, como deseaba, por haber adolecido de un ojo, y de haber padecido al principio mucho desastre su ejército, por el ardimiento inconsiderado del maestre de Santiago don Gonzalo Ruiz Giron, que quedó muerto en el campo, salió mas venturoso despues por medio del valor y buen órden con que acometió el infante don Sancho, de cuya accion quedó muy complacido el rey su padre. No dejó el rey don Alfonso sin castigo y escarmiento la accion de su hijo don Sancho, de interceptar el dinero en la ocasion mas urgente de la guerra al judío recaudador, llamado don Zaga de la Malea. Ya estaba este preso de su órden, y mandándole quitar la vida, hizo que le llevasen al frente de las casas donde habitaba don Sancho en Sevilla, y que desde allí lo arrastrasen hasta el arenal para que así entendiera cuán reprehensible habia sido á los ojos del padre; dió este espectáculo mucho pesar á don Sancho, y hubiera partido á arrancarlo de las manos de los ejecutores de justicia, si no le hubieran templado sus deudos y parientes, con quienes se hallaba. La poca edad de don Sancho y la viveza de espíritu que tenia, hizo que lo tomase á injuria ó tema, y mas cuando hasta entonces (menos en esto) tanto habia agradado á sus padres, y aun en aquella sazon se habia portado con valor en la vega de Granada, cuyo mérito y gloria parecia á don Sancho debió templar al rey, y hacer olvidar la pasada osadía. Este es el origen de la desobediencia de este hijo á su padre y su rey, si bien él no hubiera sido tan libre si no le hubieran llegado querellosos del rey y partidarios, que viven solo del fomento de las discordias. Hallaron estos el primer pretesto en que cediendo el rey don Alfonso á las instancias del rey de Francia, de que se heredase con el reino de Jaen al infante don Alfonso, hijo del difunto don Fernando, era en menoscabo del reino y de su herencia; en lo cual como se interesaba tanto don Sancho se opuso á su padre, yendo hasta Bayona, donde se habian juntado los reyes de una y otra parte á disuadirselo. El segundo motivo que tomaron fué la carestía de las cosas comerciales, y el ocultarlas los mercaderes, sin embargo de que siempre procuró el rey don Alfonso que hubiese buen gobierno en esto, ya arreglando pesos y medidas, ya haciendo las tasas á tiempo y segun necesidad, para cortar toda trampa á los mercaderes, y tomando las mejores disposiciones á este efecto. Atribuian tambien estos desórdenes á la alteracion de la moneda desde el principio de su reinado, y temian otros nuevos con la que propuso repetir en las Cortes de Sevilla en el año de 1281. El rey les hizo ver que no era la alteracion de la moneda la que habia encarecido el precio de las cosas, sino las guerras y gastos de los reinos de Murcia, Niebla, Granada, y el desastre padecido en Algecira; y con razon, pues hurtando los brazos á la agricultura y á la industria las guerras, los usurpan tambien al campo, al telar y al comercio, que da las materias que han de convertirse en sustento y en dinero. Llegó á recelar don Sancho que su padre le ocultaba los designios de llevar á efecto el desmembramiento del reino de Jaen para el infante don Alfonso, quien procuraba por medio de terceras personas atraerle á que no lo llevase á mal; al fin se lo declaró el rey don Alfonso: replicóle don Sancho con altivez, irritóse el rey, advirtiéndole que por sus respetos no dejaria de hacerlo, y le amenazó que lo desheredaria por su inobediencia. Sintió mucho esto último don Sancho; y respondiéndole con mas altanería, amenazóle de que le habia de pesar. Hé aquí un padre que quiere hacerse obedecer de un hijo altivo, que le quiere mandar. Temian los concejos al rey, y no se atrevieron á replicarle sobre la alteracion de la moneda; pero hallando la ocasion de es-

tar desavenidos hijo y padre, se presentaron á don Sancho ofreciéndose á ayudarle si los protegia contra sus intentos. Con esta ventaja, parte don Sancho á Córdoba con el pretesto para con su padre, de que iba á acabar el ajuste de paces con el rey moro de Granada, y no fué sino á hacerse amigo del enemigo de su padre. Atrajo tambien á su partido á los reyes de Aragon y Portugal, primo y cuñado aquel, y nieto este. Solicitó y restituyó á los ricos-hombres que se habian desnaturalizado en ocasion del castigo que habia mandado hacer el rey don Alfonso con el infante don Fadrique su hermano, y con don Simon Ruiz. Tomó la voz, don Sancho, de libertador de los pueblos contra la opresion del rey su padre, y por medio de sus hermanos don Juan y don Pedro acabó que siguiesen al que se decia su libertador todo el reino de Leon y mucha parte de Castilla. Envió el rey don Alfonso mensajeros al infante don Sancho, que le dijesen de su parte se viniese á su compañía; que él procuraria ver cuáles eran los agrávios de que se quejaban, para deshacerlos y ponerlos á todos en tanta paz, que no hubiese mas que desear. La ambicion de don Sancho no queria paces; retuvo los mensajeros, y mandó convocar Cortes á Valladolid. Llegó allá á tiempo que sus partidarios le esperaban, y aun la misma reina doña Violante su madre, se mostró complacida de su ardimiento. Pidió que le declarasen rey, pero no se atrevieron á tanto los rebeldes, solo sí que tuviese la administracion y gobierno, no el título. Teniendo aquí ocasion de mirar por el bien público el llamado libertador del reino, todo el bien que hizo, fué quitar al rey las rentas, castillos y plazas de su patrimonio, y repartirlas y darlas á los infantes y ricos-hombres que le adulaban, y conforme ellos apetecian. Partióse de allí á Toledo, y para asegurar el séquito de las casas de Haro y Lara se casó con doña María de Molina Alfonso, prima hermana de su padre, y él casó á doña Leonor su hermana con don Diego Diaz, hermano de don Lope. Sola Sevilla, ciudad en que residia, fué al rey leal. Allí juntó varios prelados, caballeros y ricos-hombres y fieles, y en acto público maldijo á su hijo don Sancho, y desheredóle. Acudió al papa Martin II ó IV, y comisionados por este algunos prelados, se puso entredicho en España en algunas partes. Ya estaba don Alfonso en la mayor pobreza, agoviado del pesar, y casi en punto de desesperacion. Ningun trabajo ni cuita le habia afligido mas en su vida. Acuérdase de buscar auxilios fuera de España; envia su corona rica de preciosas piedras á Aben-Juceph, rey de Marruecos, para que sobre ella le preste algun dinero ó le venga á socorrer, y halla en un estraño y enemigo de la religion el bien que no encuentra en sus súbditos cristianos. Remítele sesenta mil doblas; arma poderosa gente, desembarca en Algecira, y se junta con don Alfonso en campaña; hizo muchos estragos el rey moro ya en las cercanías de Córdoba ocupada por don Sancho, ya en la vega contra su enemigo el rey moro de Granada, dirigiendo las mas de las facciones el rey don Alfonso; pero inciertos rumores de que Aben-Juceph queria apoderarse de la persona del rey, hizo á este desunirse y retirarse á Sevilla. No puede durar mucho una obra fabricada sobre cimientos ruinosos; luego que se acabaron las dádivas de don Sancho, ó no quedaron contentos con los regalos sus aduladores, empezaron á desampararle: primero los infantes don Pedro y don Juan, hijos del rey don Alfonso, y despues muchos ricos-hombres, que restauraron la voz del rey en Castilla. A vista de este desamparo, el infante don Sancho queriendo reconciliarse con su padre fué en busca de él; pero impidieron las vistas los malignos descontentos, que nunca aconsejan bien; se habian nombrado ya comisionados para tratar los ajustes á doña Beatriz, reina de Portugal hija del rey, y á doña María de Molina Al-

fonso, reciente esposa del infante don Sancho, cuando enfermaron sucesivamente el hijo y el padre, con cuyo motivo nada se trató. Agravándose la enfermedad del rey don Alfonso, declaró que perdonaba á su hijo, y que le disculpaba sus osadías como ardimientos de jóven; asímismo perdonó á sus vasallos la desobediencia; y en testimonio de esto mandó espedir cartas selladas con su sello de oro, á fin de que no quedase á la posteridad en ellos esta nota; y recibiendo devotamente los sacramentos, entregó su alma al Señor en 21 de abril de 1284, era 1322, á los 63 de su edad y 32 de su reinado. Dejó dispuesto que su cadáver se enterrase en la iglesia mayor de Murcia, y el corazon fuese llevado á tierra santa á sepultarse en el Calvario donde (decia) estaban enterrados algunos de sus abuelos. Pero los testamentarios, á quienes dejó entera libertad en este punto, lo sepultaron en la iglesia mayor de Sevilla á los piés del sepulcro de sus padres. Tuvo ocho hijos en su esposa doña Violante; á don Fernando, que murió en 1275, á don Sancho, que le sucedió; á don Juan, señor de Valencia; á don Pedro, señor de Ledesma; á don Jaime, señor de los Cameros, que jamas siguió el partido de don Sancho, y á doña Berenguela (primogénita) señora de Guadalajara, á doña Beatriz, que casó con Guillermo VI duque de Monferrat, y á doña Leonor, que casó por direccion de don Sancho con don Diego Lopez de Haro. Hijos de amigas fueron don Alfonso Fernandez el Niño; habido en doña Dalanda ó Aldonza; don Martin Alfonso, abad que fué de Valladolid, y doña Beatriz de Castilla, que fué reina de Portugal. La primogénita doña Berenguela estuvo tratada de casar primeramente con Luis primogénito de Luis el Santo, rey de Francia, cuyo matrimonio no llegó á efecto por haberse muerto antes el novio. Despues, habiendo venido á España la princesa doña María Brena, emperatriz de Constantinopla, esposa de Balduino II, á pedir al rey don Alfonso auxilio para el cange de su hijo Felipe de Courtenay, que estaba en prenda entre los venecianos, por empréstito que ellos habian hecho á su padre, para recobrar su perdido imperio, trató de casarle con doña Berenguela; pero el rey don Alfonso mas consintió en darle dineros que á su propia hija por su nuera. De este principio se tergiversó la especie en la crónica que hay escrita de don Alfonso el Sábio, que dice que una reina de Constantinopla, llamada Marta, vino á pedir cincuenta quintales de plata, para agregarlos á ciento mas que le habian prometido en otras partes, para el rescate de su marido que le tenia cautivo el soldan de Egipto; y que el rey don Alfonso le dió generosamente los ciento y cincuenta quintales de plata. Glorioso es conquistar reinos, pero mas ilustre es dar leyes sábias con que permanezcan, y su poder sea estable. Queria don Alfonso afianzar los dominios que habia heredado de sus mayores, sin perder de vista el acrecentarlos con la espulsion de los enemigos usurpadores. Tantos estados, sujetos á tantos señores, hacian entonces á los reyes menos poderosos, y á los grandes mas soberbios y menos dóciles á nuevas disposiciones. Tanto fuero repartido segun costumbre á las ciudades, formaba un caos confuso de legislacion. El querer solo arreglar esta, y haberlo conseguido, fué una de las empresas mas grandes de este legislador; dichoso si hubiera podido vencer tantos obstáculos, invencibles casi por constitucion, para que hubiera gozado del fruto de sus desvelos. No ha habido hombre verdaderamente grande sin grande espíritu y talento, las ciencias, que tanto amó, y el mismo talento y estudio, que le hicieron filósofo, le hicieron tambien un gran rey, en quien, si hubiera alcanzado otros tiempos, se hubiera cumplido el dicho «de que entonces serian felices las repúblicas, cuando las gobernasen reyes sábios.» Ignoran quién fué este rey los que no se ponen en el

estado de las cosas. Él sabia mas que todos los príncipes de la Europa, mas que los sábios que le ayudaron en sus escritos; pues supo corregirlos y mejorarlos. Las tablas astronómicas alfonsinas, le dieron á conocer mas entre los astrónomos estraños; si hubieran visto las demas obras, le hubieran admirado. Calúmnianle de haber dicho: «que si Dios le hubiera tomado parecer al formar el Universo, le hubiera dado buenas trazas sobre el movimiento de los astros.» Pero no advierten sus enemigos, el que cuando lo dijera era un chiste, aplicable solo al sistema ptolemáico, tan lleno de movimientos opuestos, como de dificultades para entenderse segun mostraron despues Tichon y Copérnico. Pero semejante blasfemia es repugnante á un rey, que tuvo tanto respeto á la iglesia y a la religion, de que hay innumerables documentos; á un rey tan recto en sus acciones, tan amante de la paz, tan benéfico y tan constante en la resignacion y paciencia con que sostuvo tantos trabajos. Fué valiente y guerrero con bastante felicidad. Fué magnífico, espléndido y liberal; pero desgraciado con ingratos: no fué culpable en sus infortunios, antes bien estos mismos le hicieron mas ilustre. Las conquistas de su padre dejaron muy empeñada la corona, y los nuevos dominios adquiridos no dieron tan pronto el fruto para desempeñarla. Fueron menester nuevos recursos; no habia otros para contrastar tantos enemigos de que estaba rodeado: si aquellos hubieran bastado no le hubiera sido difícil apoderarse del imperio, que tanto le burló, estando empeñado en mantener los derechos que le tocaban, segun el sistema de los tiempos. Un buen pié de ejército, sin tener que dividirle para asegurar su reino, lo hubiera allanado todo; idea que habia entablado con la mas fina política. El delito de un hijo, que se le rebela, no mancha la gloria de un padre, que como tal le castiga; hasta el fiero musulman se irrita, y hace suya la causa, por defender la de todos los reyes, y de todos los padres. Alfonso pelea y vence; siempre es cobarde la injusticia, y valiente la razon. Desheredó á su hijo, como padre político; castigóle, como rey; y le perdonó, como cristiano. Murió, al fin, con victoria; y á sus luces debió España algunos siglos despues la gloria que la ensalzaba (1).

ALFONSO XI (don), quinto rey de Castilla y Leon; empezó á reinar en el año de Cristo de 1312: murió en el de 1350. Luego que murió el rey don Fernando el IV, tomó el infante don Pedro, su hermano, la tutoría y el cargo de la aclamacion del rey don Alfonso XI, niño de un año y veinte y seis dias, celebrada en 7 de setiembre de 1312. Inmediatamente le disputó la tutoría el infante don Juan, auxiliado de don Juan Nuñez de Lara. Duraron estas contiendas hasta el año siguiente, á las cuales puso alguna tregua la temprana muerte de la madre del rey niño, la reina viuda doña Constanza; á 18 del mes de noviembre del año 1313, en Sahagun. Los pueblos clamaban contra las estorsiones de los pretendientes tutores. La reina doña María, abuela del rey niño, pudo contentar á todos; quedaron nombrados por tutores la reina abuela, el infante don Juan, el infante don Pedro y don Juan Nuñez de Lara; hicieron sus ordenanzas de resguardo los pueblos, y todo se aprobó en Cortes, celebradas en Burgos en el año de 1314. Entre otras cosas, se estableció en ellas que la crianza del rey estuviese á cargo de la abuela; que al paso que se fuesen muriendo los tutores, se reuniese la tutela en los que quedasen, que durante

(1) La fuerza de estas verdades ha hecho en nuestros tiempos volver por su fama, habiendo la Real Academia española coronado con distinguido premio al que mejor le ha defendido, que fué don José de Vargas y Ponce, entonces guardia marina de la Real Armada, cuyo elogio imprimió la misma Real Academia en 1782 en la imprenta de Ibarra, en cuarto mayor.

esta, anduviesen siempre con las personas reales seis hijosdalgo y caballeros, de doce que se nombrasen para alternar en el año; que las villas hiciesen ciertos ayuntamientos cada año para observancia de aquellas ordenanzas, y que cada dos años hiciesen Cortes los tutores con el mismo fin (1). Parecia haberse atajado todas las discordias con estas precauciones. Murieron sucesivamente en 1315 don Juan Nuñez de Lara, y en el siguiente los dos infantes, de vuelta de una espedicion contra los moros en la Vega de Granada; quedaba sola la reina abuela; pero siempre salian pretendientes á la tutoría. Don Juan, hijo del infante don Manuel, y don Juan, hijo del infante don Juan difunto, y el infante don Felipe, hallaban partidarios aun entre los mismos concejos que antes en las Cortes de Burgos habian firmado lo contrario. Robos, muertes, y falta de justicia, eran los frutos de estos empeños por espacio de mas de cuatro años; ni se descuidaban los pretendidos tutores en pedir servicios y sacar dinero á los pueblos sin motivo público, pero sí con intencion de aprovecharlos en la consecucion de sus fines, á costa de sobornos, armas y sangre. Murió la reina abuela doña María, en Valladolid, á primero de julio de 1321 (2), cansada de pelear con disturbios y disensiones civiles, ya en la minoridad de su hijo don Fernando IV, ya en la de su nieto don Alfonso XI, á quien dejaba todavía en la edad de 9 años; y si bien fueron menester muchos esfuerzos y fatigas para combatir tantos y tan duros lances, su consecucion no pudo menos de ser efecto de gran constancia, acendrada prudencia y sólida cristiandad, caractéres que distinguieron á esta gran reina durante su vida. Con su muerte crecieron las discordias, aumentándose las pretensiones de los tutores, y multiplicándose los daños. Ninguna seguridad habia en los vasallos; nadie hacia viaje sino armado; casi ninguno vivia en lugar que no estuviese fortalecido; si no, abandonaba sus patrios hogares y pasaba á guarecerse á Aragon ó á Portugal. Entre tantos males llegó el año de 1325, en cuyo mes de agosto cumplió ya el rey don Alfonso XI su minoridad á los 14 años. Habíase educado entre buenos (como dice su crónica) y habia sacado buena índole: era inclinado á montar á caballo y á manejar las armas; en su misma adolescencia mostraba ya gran cordura y hacia mucho aprecio de los hombres fuertes y entendidos. Juntó Cortes en Valladolid, se manifestó rey; cesaron las tutorías, reformó su cámara y comitiva, y nombró para ella y su consejo, á Garcilaso de la Vega por parte de Castilla, á Alvar Nuñez de Osorio por la de Leon, hombres prudentes y entendidos, aunque algo inculcados en las ocurrencias pasadas. Juntó á estos á don Nuño Perez, abad de Santander, á Martin Fernandez de Toledo (amo del rey) y á maestre Pero, que fué despues cardenal; tambien dejó cerca de su persona á su tio el infante don Felipe. Confirmó los fueros y privilegios que tenian las ciudades, villas y pueblos; y deseosos de hacer justicia y remediar los daños causados por los tutores y sus parciales, salió á recorrer el reino para examinar las cosas por sus propios ojos. Era consiguiente el enojo de los otros tutores, don Juan y don Juan Manuel, y vengativos hicieron alianza contra el rey. Conoció este sus intentos, y quiso estorbarlos, apartándolos de su union con sagacidad. Llama á don Juan Manuel, pídele á su hija doña Constanza por esposa, otórgasela gustoso, celébranse las bodas con seguridad y fianzas de parte á parte, porque no podian juntarse aun los reyes, á causa de la tierna edad de la nueva reina. Estaba esta prometida de antemano á don Juan; sábelo este cuando ya no tenia remedio, y viéndose burlado, intenta ven-

(1) Véase la obra titulada *Privilegios de Cáceres*.

(2) Fué sepultada en Santa María la Real, monasterio de monjas del Cister, llamado de las Huelgas, en la misma ciudad.

garse de los dos, solicitando á los reyes de Aragon y Portugal. Era don Juan señor de Vizcaya y muy poderoso en gente y estados, y antes de esponerse el rey don Alfonso á los funestos efectos de sus revoluciones, quiso detener sus ímpetus con otra industria. Ofrécele por esposa una infanta, su hermana doña Leonor. No se sabe si con su llegada á Toro, donde le esperaba el rey, dió á este mayor motivo don Juan con su presencia; lo cierto es que le mandó quitar la vida, y acaso mas por consejo que por voluntad. Ocupóle sus estados, y de ellos hizo alguna donacion á su privado don Alvaro. Con tan tremendo golpe tembló don Juan Manuel, y dejando la frontera, de la que era adelantado mayor, se retiró á Chinchilla, lugar suyo en Murcia; y aunque el rey le llamó y dió muestras de agrado, no solo no se fió de él, sino que se previno con la amistad de Ismael, rey moro de Granada. Proseguia el rey don Alfonso haciendo severos castigos con los que habian sido amotinadores en el tiempo de las tutorías, y poniendo á buen recaudo todas las cosas: por esto, y por proporcionar las penas á los delitos, mereció el nombre de *Justiciero;* para adquirirse el de victorioso, empezó á tomar en Sevilla, en el año de 1327, las disposiciones de adelantar las conquistas de la frontera contra los moros. Preparada una armada, compuesta de un suficiente número de naves para impedir por mar el socorro de los mahometanos de Africa, al cargo de su almirante Alfonso Jufre Tenorio, puso sitio á la villa de Olvera; la cual despues de mucha resistencia, se vió precisada á pedir capitulaciones: concedió el rey á sus habitantes que libertasen sus vidas y haciendas, y así entregaron la villa. De allí á poco pasó el rey adelante, y sin mucha resistencia se le entregaron Pruna, Ayamonte y la torre de Alfaquin. Al mismo tiempo el almirante Tenorio tuvo una fuerte batalla naval con los moros, que venian con veinte galeras al socorro del de Granada: echóles á pique el almirante cuatro, tomóles siete y huyeron las restantes; mató mas de 900 moros, y presentó al rey 300 prisioneros. Contento el rey con tan buenos progresos de sus armas, se retiró triunfante á descansar en Sevilla. Cuéntase que desde antes de haber salido el rey don Alfonso de la tutela, se habia tratado de casarle á su tiempo con la infanta doña María, hija del rey de Portugal don Alfonso IV, y que el peligro de las funestas consecuencias de los enojos de don Juan Manuel, habia hecho posponer este partido y preferir el de doña Constanza. Lo cierto es, que en el año de 1327, el rey de Portugal don Alfonso, sucesor de don Dionis, trató con el rey don Alfonso de Castilla este matrimonio de su hija, haciéndole tan buenos partidos, que desde luego admitió, y para precaver los resentimientos que habia de mostrar don Juan Manuel por ver despreciada á su hija (que aun no se habian juntado), tomó la providencia de asegurarla en Toro, y enviar por la infanta doña María. Don Juan Manuel, irritado, buscó auxilio en el rey de Aragon y en el moro de Granada; y armado con sus gentes, empezó á hacer daños en las tierras del rey. Tomó tambien las armas el rey don Alfonso XI para oponerse á los estragos, y hacer otro tanto en los estados de don Juan Manuel: este sublevó varios pueblos, y ganó el partido de una dueña que guardaba á la infanta doña Leonor, hermana del rey, la cual habia de ir á la raya de Portugal á traer la novia; no quiso entregarla y alborotó la villa; don Alfonso vino á asegurar á Valladolid, cuyas puertas halló cerradas. Los partidarios de esta faccion, no quisieron abrirlas hasta que el rey apartó de su lado al conde don Alvar Nuñez Osorio, cuya privanza les sirvió de pretesto para su disculpa. Este, resentido, empezó á maquinar contra el rey, quien en su vista le mandó entregar las plazas que tenia; resistióse: iba el rey á tomar las armas para obligarle, pero un falso amigo de aquel,

le ofreció libertarle de esta molestia con haberlo muerto en su casa á traicion. Entretanto que esto pasaba, celebró el rey don Alfonso las bodas con doña María de Portugal en Alfayate, y las de don Pedro, infante de Portugal, con doña Blanca, hija del infante don Pedro de Castilla, en Fuente Aguinaldos, año de 1328. En el año siguiente, casó á su hermana doña Leonor con el rey don Alfonso IV de Aragon, y con este y el de Portugal, hizo pactos de que concurriesen todos, ó con dinero ó con armas, á las espediciones contra los moros que intentaba hacer. A este mismo fin juntó Cortes en Madrid, en las cuales se estableció el tributo que se llama alcabala. Hechas las prevenciones para la guerra, y junta toda la gente en Córdoba, se dirigió el rey don Alfonso á Teba y la puso sitio. Hubo varias escaramuzas y correrías, ardides y estragos de una y otra parte; pero apretando el cerco el rey, obligó á aquella plaza á que se entregase, á cuyo ejemplo se rindieron los castillos de Cañete y de Pliego. Despues de esto se siguieron felices sucesos. El rey de Granada le pidió paces, ofreció parias y vasallaje, con cuyo motivo desamparó el moro la proteccion de don Juan, hijo del infante don Juan Manuel, que aun no habia cesado de hacer daños, unido con don Juan Nuñez de Lara, hijo del que fué muerto poco antes, que pretendia el señorío de Vizcaya. Don Alfonso de la Cerda, hijo del infante don Fernando, dejó enteramente la pretension del reino de Castilla y vínosele á su obediencia. Los navarros, que estaban sin rey, por muerte de Felipe, llamado el *Largo*, habian pedido su proteccion, y los nuevos reyes que entraron á reinar, don Felipe de Eureux y doña Juana, asentaron con él despues una verdadera amistad año 1331. Alternaban con estas felicidades algunos contratiempos: se vió precisado á castigar varios malhechores que habia en Santa Olalla, y algunos alborotadores en Toledo; habiase escaseado la moneda de Castilla, y no se impedia el pase de las de Aragon, Navarra y Portugal en las fronteras, con bastante detrimento del comercio. Mandó labrar novenes y cornados de la ley y talla del tiempo de su padre el rey don Fernando IV, debiendo dar los que la labrasen por el marco de plata 100 maravedís, y por la dobla 25, pero consiguiendo del rey la codicia del judío Abenxuar, que se subiese el precio de la plata, siendo él solo el asentista y el que pudiese hacer la estraccion de los géneros fuera del reino, se encarecieron las mercaderías; pretendiendo remediar esto el rey, prohibió la estraccion, y quejándose el moro de Granada de haberle faltado á sus pactos, prevenia sus huestes para hacerle guerra. Con esta inconstancia de la moneda y de las estracciones, flaqueaban la agricultura y el comercio, á que contribuyó no poco el haber prohibido que nadie cabalgase sino en caballo, pues faltaron dentro de dos años las bestias de labor, instrumentos necesarios al campo, lo cual obligó al rey á proveer el correspondiente remedio. Por este tiempo celebró el rey su coronacion en la iglesia de Santa María de Burgos con magnífica pompa y aparato de fiestas: admitió bajo de su mando la provincia de Alava, que gobernándose antes por señores electivos, y por albedríos y costumbres, quiso entregarse al rey, pidiéndole fueros, jueces y oficiales de justicia: dióla el *Fuero de las leyes*. Pasando por Vitoria á hacerse entrega de la provincia, instituyó la órden de caballería de la *Banda*, á fin de que los leoneses y castellanos, que habian dejado el uso de los caballos, lo restableciesen é hiciesen cosas de caballerías contra los enemigos. Pasáronse cerca de dos años, en cuyo tiempo el rey moro de Granada habia pedido socorro á Albohacen de Marruecos, quien le envió 7000 caballos, mandados por su hijo Abomelic, los cuales pusieron inmediatamente sitio á Gibraltar, defendido, aunque con poca gente y escasos víveres, por Vasco Perez de Meyra,

valeroso castellano. Con este resguardo, empezó el de Granada á hacer estragos por las comarcas, cercando castillos y plazas. El rey don Alfonso, sin embargo de estar entretenido en Castilla en pacificar á los descontentos don Juan Manuel y don Juan Nuñez, no perdia ocasion de enviar socorros á Gibraltar, y alentar la defensa; mandando al almirante Jufre Tenorio hiciese su deber con su armada en el Estrecho, ínterin el rey iba en persona con las huestes de Castilla y auxilios de Aragon y Portugal á reforzar el cerco. Cuando ya llegaba el rey á Jerez de la Frontera, Vasco Perez de Meyra, habia entregado la plaza al moro marroquí; sintiólo el rey, aceleró la marcha, y en breve se puso delante de Algecira. Hubo varias escaramuzas y combates por mar y tierra con vario suceso, con que pudo llegar á poner cerco á Gibraltar. Fué muy porfiado el sitio; aumentóse el peligro con haber venido Ismael, rey de Granada, á juntarse con Abomelic que estaba en Algecira; faltaban víveres en el campo; Castilla padecia estorsiones de don Juan Manuel y don Juan Nuñez, coligados con don Alfonso de Haro. El rey don Alfonso resolvia ya levantar el sitio, y el rey moro de Granada deseaba cortar los progresos de la guerra; pidió este treguas, y no podia llegar á mejor ocasion su demanda; logrólas al punto, aunque la accion costó al moro bien cara, pues de vuelta á sus reales le asesinaron los suyos, ó porque no se habia empeñado en la defensa, ó por colocar ellos en el mando á un hijo menor suyo, llamado Juceph. El rey don Alfonso con servicios que pidió á varias ciudades de Andalucía, dejó guarnecida la frontera con 3000 caballos, y se retiró á Sevilla á fines de 1333. Los cinco años siguientes se pasaron en apaciguar las contiendas y daños que hacian don Juan Manuel y don Juan Nuñez de Lara, en hacer varios castigos en los coligados á estos, en detener los estragos que hacian los navarros y aragoneses en las fronteras de Castilla por pequeñas causas, y los que hacian los portugueses en Estremadura por patrocinar á don Juan Nuñez y don Juan Manuel, hasta que avenidos estos con el rey por medio de personas intercesoras, y contribuyendo al mismo tiempo el papa Benedicto XII en la pacificacion de los tres reyes, pensaron en volver las armas contra los moros, que, fenecida la tregua de cuatro años, empezaban á inquietar la frontera, confiados en el auxilio que cada dia enviaba á Algecira Albohacen de Marruecos, ya mas poderoso con la conquista que habia hecho en Africa del reino de Tremecen. Juntó el rey sus huestes, dispuso una buena armada para guardar el paso del Estrecho de Gibraltar, compuesta de algunas naves al cargo del almirante Tenorio, y de otras que le envió el rey de Aragon don Pedro IV, dirigidas por don Jofre Gilabet Gruillas. Habiendo llegado el rey á la frontera con su gente, taló los campos de Antequera, Archidona y Ronda; con estos estragos levantó el campo para retirarse; pero los mahometanos de Ronda, creyendo que huian empezaron á perseguirlos por la retaguardia; rechazáronlos los nuestros, mataron á muchos y ahuyentaron á los demas. Considerando el rey don Alfonso, que de este hecho habia de encenderse mas la guerra, dejó su ejército guarneciendo la frontera, y se vino á Madrid á disponer lo necesario para continuarla. Entretanto prosiguieron los reencuentros entre moros y cristianos, y en uno de ellos pereció Abomelic, hijo de Albohacen y general de sus tropas, año de 1339. Irritado Albohacen con esta desgracia, intentó vengarse de los cristianos, juntando un poderoso ejército de mar y tierra, que desembarcó en Algecira, sin que pudiese el almirante Tenorio estorbarlo; quien temerariamente quiso, despues de arribadas las naves moras, provocarlas á batalla, en la cual perdió la vida. Tanto aparato de guerra puso en el mayor cuidado al rey don Alfonso; fuéle preciso recurrir á las gracias de las tercias

y cruzada, y pedir socorro al rey de Portugal, con quien aun no estaba amigo. Hicieron los dos paces, enviando el de Portugal á su hija doña Blanca, y el de Castilla á doña Constanza, hija de don Juan Manuel, á quien habia tenido hasta entonces asegurada, y por cuyo motivo se habian estorbado los tratados matrimonios; pero aunque doña Constanza casó con el infante de Portugal, doña Blanca, en vez de casarse con el infante don Pedro, se entró en el monasterio de las Huelgas de Burgos. Envió el de Portugal gente para unirse á las huestes de Castilla, y naves para juntarse con las que habian enviado los genoveses y el rey de Aragon, y que formasen un cuerpo con la armada española. El rey de Marruecos tenia sitiada á Tarifa; resistíase bien, auxiliada de las tropas de tierra; pero una borrasca esparció las naves, y los mahometanos cogieron las pocas que quedaron. Fué menester nuevo apellido de gente armada, nuevo refuerzo de Portugal, y reunido todo el ejército, repartidos los puestos, el de Portugal con su gente y alguna agregada de Castilla, iba contra el rey de Granada; don Alfonso, con la suya, se dirigió contra Albohacen á estorbar el cerco y socorrer á Tarifa. Hubo encuentros fuertes, mucha sangre derramada, aunque mas de la parte de los sarracenos, no desistiendo los cristianos hasta que lograron ahuyentar á los enemigos. Dióse esta batalla, llamada del *Salado*, por el rio de este nombre, que está en las cercanías, en 30 de octubre del año de 1340. Cuéntase que el ejército musulman constaba de cuatrocientos mil peones y sesenta mil caballos, y el de los cristianos de cuarenta mil de aquellos, y diez y ocho mil de estos; y que la pérdida nuestra solo fué de veinte hombres, siendo la de los enemigos de doscientos mil, número á la verdad increible si no anduviera el brazo de Dios en medio. Fueron muchos y muy ricos los despojos que quedaron en los reales de los moros, no siendo menos apreciables algunos prisioneros hijos y sobrinos de Albohacen, que no tuvo lugar de llevárselos consigo á Ceuta, á donde huyó precipitadamente. Retiráronse triunfantes los reyes; el de Portugal á su reino, y el de Castilla á Sevilla, donde dió gracias á Dios por tan feliz victoria, á que se agregaron plausibles fiestas. Apenas hubo descansado, en el año siguiente, volvió el rey don Alfonso a la frontera; esperaba aun el socorro de las naves de Génova, y le estimulaba mas la ocasion de estar quebrantadas las fuerzas de los moros por la espedicion pasada. Salióle bien la idea, pues en aquella jornada recobró con ventajas á Alcalá de Benzayde, Pliego, Moclin y otros castillos. Con estos avances no dudó la oportunidad de recobrar á Algecira, si con los servicios que le hicieran sus vasallos, no dejaba la empresa de la mano, antes que Albohacen llegase con poderoso ejército de mar y tierra, que estaba previniendo para la venganza. Hizo don Alfonso presentes sus intentos en Cortes, y condescendiendo los pueblos con dinero, armas y gente, volvió á la frontera para sitiar á Algecira. Estaba bien prevenido el Estrecho con la armada combinada de Génova, Aragon, Portugal y Castilla. Vino la espedicion de Albohacen, y al primer choque fué derrotada por los nuestros. Con esta seguridad, y con mucha prevencion de víveres, puso sitio á Algecira con gran resolucion en el mes de agosto de 1342. Asentó el rey su campo junto á la torre, que llamaron despues *de los Adalides*, entre el rio Palmones y la ciudad. Dispuso emboscadas para coger prisioneros é informarse de ellos del estado de la ciudad, que supo estar bien proveida de víveres y gente, contando hasta ocho mil caballos, doce mil peones de ballesta y saeta, y otros muchos de armas, formando en todos hasta treinta mil. Mandó hacer fosos y estacadas para la defensa, y de dia en dia crecian las escaramuzas con daño de una y otra parte, aunque eran pocos los nuestros en número. «Pero lo mas particular es que los moros lanzaban mu-

chos truenos contra la hueste, en que lanzaban pellas de fierro muy grandes tan lejos de la ciudad, que algunas de ellas pasaban mas allá del real, y algunas herian en la hueste: lanzaban asimismo con los truenos saetas tan grandes y gruesas, que alguna hubo que con trabajo la pudo un hombre alzar del suelo (1)». No por eso se arredró el rey don Alfonso, antes bien acercó su campo mas á la ciudad, previniendo víveres para mas tiempo con ánimo de no retirarse hasta que tomase á Algecira, para cuyo fin empeñó varias villas y lugares con el rey de Portugal, sus coronas de oro y otras alhajas con el de Francia, y pidió al papa nuevas gracias. Entretanto el rey don Alfonso peleaba contra un número mayor de enemigos; pero con prudencia y paciencia, con lo cual hubiera sin duda adelantado mucho, si las contínuas y abundantes lluvias no hubieran impedido sus maniobras por espacio del otoño é invierno siguiente, en que padeció mucho menoscabo. Agregábase á esto, que ademas de las contiendas de á pié y á caballo con iguales armas, esto es, con saetas, ballestas, lanzas y espada, siempre los moros sacaban mas ventaja con las armas de fuego, cuyos estragos llegaron ya á hacer temblar á los cristianos, porque en cualquiera parte del cuerpo que diesen «llevábanla á cercen, como si la cortasen con cuchillo, y con poco que uno fuese herido luego era muerto, sin que hubiese cirugía que bastase, lo uno porque venia ardiendo como fuego, y lo otro porque los polvos con que lo lanzaban eran de tal calidad, que la herida que hacian era luego mortal, y venia tan recia, que pasaba un hombre con todas sus armas (1).» Nada acobardaba al rey don Alfonso, siempre vigilante en la distribucion de sus gentes, en hacer avanzadas, ya con fosos, ya con empalizadas y otras máquinas é ingenios, manteniéndose constante en no levantar el cerco. La fama de sus maniobras militares y de los contínuos reencuentros de moros y cristianos se estendia por la Europa, y muchos príncipes y señores de esta parte, movidos del valor de este gran rey, y con ánimo de ejercitar el suyo en tan difícil empresa, iban llegando al campo de dia en dia. Estrañábase que el rey de Portugal no viniese en persona, ó no enviase socorro por tierra; pero en cambio se tuvo por un rasgo heróico haber venido voluntariamente el rey don Felipe de Navarra con alguna gente suya y prevencion para su gasto. Ya se iban á cumplir dos años de cerco, sostenido con tan buena industria del rey don Alfonso, á pesar de muchas hambres y porfiadas peleas de mar y tierra, que llegó á impedir el socorro de Algecira por la parte del mar, y viéndose así estrechados el rey de Granada y el de Marruecos, pidieron ajuste. Este fué, entregar la ciudad de Algecira, guardar treguas por diez años, y hacerse el rey de Granada vasallo del rey de Castilla, pagando 12,000 doblas de oro cada año por párias. De este modo desocuparon los moros la ciudad, libres las personas y caudales, y entró triunfante el rey don Alfonso el domingo de Ramos en procesion, con palmas, y se celebraron los oficios divinos de aquel dia en la mezquita, que, purificada, se intituló Santa María de la Palma, en 28 de marzo del año de Cristo de 1344,

(1) Hemos referido este suceso casi con las mismas palabras de la crónica de este rey (cap. 273.), para que se vea que este ardid de guerra, ó nuevo género de armas, era desconocido entre los españoles hasta aquel tiempo, y por consiguiente que el primer uso de la pólvora cañon y bala lo trageron los sarracenos á España, de donde empezó á estenderse luego por la Europa: que estos cañones eran de bastante calibre, pues las pellas ó globos de fierro y las saetas eran grandes, y que ignorando los españoles el instrumento y modo de hacerse estos tiros, les dieron el nombre mas natural que era el de truenos, al modo que no mucho despues los llamaron así los indios americanos, al oir la primera descarga de mosquetería de los españoles.

(1) Crónica, cap. 292.

y dejando arregladas varias cosas, se retiró á Sevilla á descansar y dar varias disposiciones para el arreglo de la nueva poblacion y gobierno de su imperio. En este tiempo tenia ya el rey muchos hijos. De su legítima esposa, la reina doña María de Portugal, no tuvo mas que dos, á don Fernando, que nació en el año de 1332, y murió en el siguiente; y á don Pedro, que nació en Burgos á 30 de agosto de 1334, y fué jurado heredero y sucesor del reino. De doña Leonor de Guzman, amiga del rey, tuvo diez, á don Pedro, nacido antes que ninguno de los legítimos en 1329, y murió el año de 1338; á don Sancho, que salió fátuo; á don Enrique y don Fadrique, gemelos; el primero se llamó conde de Trastamara, y destronó despues al legítimo don Pedro: nacieron aquellos dos en Sevilla, año de 1333; á don Fernando, que nació en 1336; á don Tello y don Juan, nacidos antes del año de 1341; á don Sancho y don Pedro, nacidos antes del año de 1345; y á doña Juana, cuyo tiempo natalicio se ignora. Y á propósito de estos amores, contarémos aquí la historia de la Guzman, que sobre componer parte de la de Alfonso XI, interesa mucho por el fin trágico que cupo á una hermosísima matrona. Es así: Eleonora de Guzman, viuda de don Juan de Velasco, distinguida por su nobleza y aun mas por su estraordinaria belleza, logró el favor del rey. Demasiado viva esta pasion é intriga para estar oculta á la vista de la reina, no tardó en inspirarla los mas grandes celos, que se aumentaron por la fecundidad de su rival. La reina, demasiado vengativa para verse á sangre fria arrebatar el corazon del rey, trató de vengarse poniéndole en mal con el rey de Portugal, lo que no tardó en conseguir. Los dos reyes se hicieron la guerra por mar y tierra y no dejaron las armas hasta que vieron á España amenazada de moros. Habiendo vacado la gran Maestría de Santiago, Alfonso manifestó deseos de que se le concediese á don Fernando, uno de los hijos que habia tenido de Eleonora; pero no siendo la Orden de esta opinion eligió otro. Reiteradas persecuciones obligaron al nuevo Gran Maestre á refugiarse en Portugal, y por fin consintió la órden en elegir por maestre á don Alfonso Melendez de Guzman, hermano de la bella Eleonora. Poco despues, don Nuño, Gran Maestre de los caballeros de Alcántara, teniendo la desgracia de desagradar á la querida del rey, no tardó en ser acusado de grandes crímenes, por lo que, temiendo él la venganza de Eleonora, hizo traicion á su patria pasándose á los sarracenos, pero no le salvó la vida tan violenta determinacion, pues habiendo sido preso por las tropas del rey, fué condenado á las llamas. Tales fueron los trastornos que causó en España la pasion del rey con Eleonora, la que, como hemos dicho, tuvo de él nueve hijos y una hija, todos poderosos por sus empleos y riquezas, y aun mas por su liga con los Guzmanes y los Ponces de Leon, sus parientes; pero á pesar de su poder no pudieron salvar á Eleonora despues de la muerte del rey, pues haciéndola prender la reina María de Portugal, la mandó cortar la cabeza. Sin embargo, á pesar de esta venganza, Enrique de Trastamara, uno de los hijos de la Guzman, subió al trono de Castilla y empezó una rama que tuvo la gloria de poner los cimientos mas sólidos de la monarquía española. Año 1351. Volviendo ahora al hilo de nuestro relato, dirémos que durante la tregua que el rey don Alfonso firmó en Algecira con el moro, cuidaba en sus dominios los negocios de la paz y gobierno. Visitaba los pueblos, daba nuevos ordenamientos ó arreglaba otros. El mas plausible fué el ordenamiento de Alcalá de Henares, uno de los principales códigos de la legislacion de Castilla, publicado en Cortes de aquella villa en el año de 1348, desde cuyo tiempo empezó tambien á tener uso y autoridad el de las leyes *de las Siete Partidas*, que habia dejado concluido su bisabuelo el rey

don Alfonso X el Sábio. El año de 1349 era el quinto de la tregua. El rey de Granada con los pueblos sujetos en España á Albohacen, rey de Marruecos, la quebrantó, y hacia mucho daño á los cristianos (1). El rey don Alfonso se valió de esta ocasion para recobrar á Gibraltar, que con mucho sentimiento suyo habia perdido antes su castellano Vasco Perez de Meyra. Pidió naves á Génova y Aragon para cerrar con las suyas el paso al socorro de Albohacen por el Estrecho. Los vasallos le sirvieron con varios donativos; y compuesta una poderosa hueste, puso sitio á Gibraltar por mar y tierra. Resistióse este fuerte castillo hasta principios del año siguiente, en que teniéndolo bien apretado el rey don Alfonso, ya sentian el hambre los defensores. El ejército español padecia la peste, resto de la general epidemia que dos años antes habia hecho muchos estragos en toda la Europa. Alcanzó su rigor al rey don Alfonso, y sin embargo de estar enfermo, proseguia con teson el sitio: aconsejábanle los principales que se retirase; pero él tenia en mengua el hacerlo por temor de la muerte, en un punto en que ya estaba para rendirse tan importante plaza. Quiso mas perder la vida, que omitir diligencia alguna para restituir al estado y á la religion un lugar que antes habia sido tan gloriosamente conquistado, y en que ya se habia profesado la fe cristiana. Con esta murió el rey don Alfonso en el cerco en 27 de marzo de aquel año, era 1388, y año de Cristo de 1350. Algunos de los principales, dejando en pié el sitio, trajeron el real cadáver á Sevilla para depositarle en su iglesia mayor, ínterin se trasladase á Córdoba, donde debia sepultarse, segun su disposicion testamentaria. Era el rey don Alfonso XI (segun dice la Crónica, cap. 341) no muy grande de cuerpo, mas de buen talante y buena fuerza, rubio y blanco, y venturoso en guerras. Debió sin duda esta felicidad en lo humano á su gran valor y constancia, á su perspicacia, actividad é industria en las cosas de la guerra. Descubrió su talento observativo desde niño, manifestando, luego que salió de la tutela en los castigos que dió á los malvados, con cuánta reflexion habia sido espectador de los daños que los ambiciosos hacian en su reino, por tener como en presa el mando de su persona. Fué justiciero y vengador de la maldad, pero no fué menos benéfico con sus vasallos, y cuidadoso de su bien. Habia legislacion, pero poco observada ó arreglada. Las costumbres todavía eran fieras, y los ricos-hombres todavía muy menesterosos; solo el rigor ó la severidad podia á veces contenerlos, cuando no mediaban sus intereses. Con la publicacion del código de las *Siete partidas*, y el arreglo del *Ordenamiento de las leyes*, tomaron nuevo aspecto la judicatura, mas vigor los magistrados, mas actividad las leyes, mas suavidad las costumbres, y desde entonces mas respeto los soberanos; y si el rey don Alfonso XI no cogió del todo el fruto por su temprana muerte, llegó á merecer en tan corta vida el nombre de diestro observador político, juez íntegro, legislador prudente, valiente soldado y feliz guerrero. Merece atencion el singular descubrimiento del uso de la pólvora, cañon y bala, puesto por los moros en práctica por la primera vez en España en el sitio de Algecira. Hasta entonces se conocian varias máquinas, que llamaban ingenios, ya para batir los muros con arietes ó maderos gruesos, ya para ofender con saetas ó venablos despedidas de ballestas, ya con piedras despedidas de máquinas á este fin, entre las cuales sobresalieron en este sitio los trabucos que trajeron los genoveses, y los que se hicieron de

(1) Así la crónica de don Alfonso XI, cap. 341. Pero muchos de nuestros historiadores (no sabemos sobre qué fundamentos) dicen que el rey don Alfonso XI quebrantó primero la tregua con motivo de la oportunidad de estar el rey de Marruecos entretenido en hacer guerra á su hijo, que le habia usurpado el reino de Fez.

órden del rey don Alfonso XI para arrojarlas á torno y resorte; ya con fuegos tirados á brazo, y otros muchos ardides; pero globos y balas, despedidos de cañon, no se vieron hasta que, conocida la fuerza elástica de la pólvora y alquitran, probada en cañon de hierro, se puso en práctica esta arma ofensiva. Si tuvieron los sarracenos guardado este ardid entre ellos hasta este tiempo, no lo contemplarian de mucho uso; pero desde aquella época se fabricaron en España muchos, cuya hechura aun se ve en Baza, Tudela, Soria, y en el mismo Algecira.

ALFONSO (EL MAGNÁNIMO), rey de Aragon, sucedió á Juan II en el reino de Nápoles, del que, por decirlo mejor, se apoderó, porque Juan habia nombrado por su heredero al duque de Anjou, y este y el duque de Bar, su hermano, le disputaron por largo tiempo el reino. El amor, segun el dictámen de los mas entendidos historiadores, fué el que le obligó á emprender esta conquista. Este príncipe, no guardando mucha fidelidad á su esposa, tuvo por querida á Margarita de Ixa, dama de la reina, la que se dice fué madre de Fernando, rey de Nápoles. La reina, celosa por carácter, no escuchando otra voz que la de su pasion, hizo ahogar á la querida del rey y á un señor de la corte, que sospechaba fuese el confidente del rey, y consejero de esta intriga. Penetrado de dolor el rey, pasó á Italia, donde apoderándose del reino de Nápoles no quiso volver al reino de Aragon donde residiera la reina. Al principio dió á esta princesa la regencia de los reinos de Aragon y de Valencia, despues se la dió al rey de Navarra su hermano, y acabó por ceder sus coronas para conservar la de Nápoles, donde como dijo un escritor célebre, la guerra y el amor le fijaron, y en donde encontró hasta su muerte enemigos que le ocuparon y una querida que le cautivó. Esta querida fué una bella napolitana, llamada Lucrecia, que tomó tal ascendiente sobre el rey, que le hizo hacer tentativas en Roma para que se casase con ella. Año 1456.

ALFONSO VI de Portugal. El duque de Braganza, que por una feliz revolucion arrebató á los españoles el reino de Portugal que habia invadido, dejó un hijo poco digno de sucederle. Este príncipe, llamado Alfonso el VI, se casó con la señorita de Aumale, hija del duque de Nemours é Isabel de Vandome. Este matrimonio no fué feliz ni pudo serlo, pues á los desarreglos del corazon que la conducta de Alfonso hacia ver en el mas alto grado, pretenden muchos autores que se unia un defecto, que él solo podia hacer á su esposa desgraciada. Era impotente, segun se dice, al menos de esto le acusó la señorita Aumale, y por lo tanto se hizo nulo el matrimonio, y casi al mismo tiempo la señorita se casó con don Pedro, hermano de Alfonso. Por uno y otro lado era segun Voltaire, infundada la acusacion, puesto que el rey tenia públicamente un hijo de una cortesana. si bien podia ser que este hijo fuese reconocido por el rey sin ser su hijo. Pero lo que se halla mas en contrario del dicho de Voltaire, es que se asegura que Alfonso hizo hacer una puerta oculta que daba á la alcoba de la reina, y de la que él solo tenia la llave, á fin de introducir á alguno que pudiese hacerle los honores de la paternidad, y que este fué el motivo de que se valió la princesa para retirarse á un convento, á fin de poner á cubierto su gloria y su honor. Tambien atribuye Voltaire esta resolucion al amor. La mujer de don Alfonso, hija del duque de Nemours, enamorada de don Pedro, hermano de Alfonso, se atrevió á concebir el proyecto de destronar á su marido y de casarse con su amante. En efecto, si se atiende á que poco tiempo despues de la llegada de la señorita Aumale en Portugal, tomó el partido de don Pedro, á riesgo de atraerse el desagrado del rey, y á que ella se casó con aquel príncipe en cuanto se rompió su matri-

monio, tendrá que confesarse que el amor y la ambicion pusieron en juego todos los resortes que arrebataron la corona al rey Alfonso. Este príncipe que no merecia llevarla por su locura, y libertinaje, fué preso y encerrado en las Islas Terceras, de donde se le hizo venir á Portugal, donde estuvo preso hasta su muerte, que aconteció en 1683.

ALHAKEM, llamado *Almudafar* ó vencedor feliz, hijo de Hexem y de Zecraf, elevado al trono de Córdoba en 796, por muerte de su padre. Si este príncipe hubiera sido tan clemente, como afortunado en sus bélicas empresas, pocos de los de su raza hubieran tenido mas títulos á la gloria y á los elogios de la posteridad, pero dejándose llevar de su carácter colérico, siempre que algun obstáculo se oponia á sus caprichos, ensangrentó frecuentemente los actos de su reinado, tratando con bárbara crueldad á sus súbditos y enemigos. Veintidos años tenia cuando subió al trono, y, no obstante su juventud, dió muestras de estraordinaria intrepidez y de conocimientos no vulgares en el arte de la guerra; su vida toda fué una série de triunfos que hubieran merecido el título de gloriosos, á no haberlos manchado, como hemos dicho, con sus crueldades y tiranía. Los primeros enemigos con quienes tuvo que combatir fueron sus tios Abdala y Soleiman, que pretendian arrebatarle la corona apoyados en sus numerosos partidarios; pero Alhakem los derrotó completamente, inaugurando de esta suerte su triunfante carrera. Su genio fogoso y su insaciable ambicion no se satisfacian con reinar tranquilamente en Córdoba, y en hacer felices á sus súbditos, una vez sosegados los ánimos y libre de rivales ó enemigos. Así, pues, se dirigió contra los francos que se habian apoderado de varias plazas, recobró las de Huesca, Lérida, Barcelona y Gerona, y alentado por tan prósperos sucesos invadió á Francia y tomó á Narbona. Inútiles fueron los ruegos y lágrimas de los habitantes para aplacar su cólera, escitada sin duda por la resistencia que encontró delante de esta última ciudad; el infiel conquistador degolló á todos los cristianos que cayeron en su poder. Horrorizaria el relato circunstanciado de todas las atrocidades que este mónstruo cometió, y así no nos detendrémos en él, bastando para formase una idea aproximada de aquellas, los siguientes hechos. Habia Alhakem decretado un nuevo impuesto sobre la introduccion de ciertas mercancías, con cuyo motivo el pueblo, que ya estaba harto recargado, manifestó su disgusto alborotándose y negándose á pagarlo. El rey, rodeado de sus esclavos en los jardines del palacio, lejos de dictar medidas propias para calmar la efervescencia popular, antes de recurrir á medios graves, dió la terrible órden de empalar á los primeros amotinados que se cogiesen, como, en efecto, se verificó, pero con tan poco fruto, que la sublevacion se fué aumentando sucesivamente hasta el estremo de poner en cuidado al mismo Alhaken. Entonces este, ardiendo en deseos de venganza, salió en persona á la cabeza de alguna fuerza armada, y atropellando todo lo que encontraba al paso, sin que le conmoviesen los gritos y llanto de las víctimas, hizo prisioneros á unos 300 revoltosos, á quienes castigó igualmente que á los primeros. Estos y otros horrores por el estilo, convirtieron á Córdoba en una ciudad desierta, pues pasaron de 20000 los habitantes que la abandonaron, temerosos de perder la vida por el capricho del tirano. Dícese tambien, que, habiendo descubierto en cierta ocasion un complot que tramaban contra él algunos cordobeses, degolló á 300 de estos, apareciendo al otro dia sus cabezas esparcidas en las alfombras de los régios aposentos. En sus espediciones á las fronteras de Galicia y contra los francos en 820, fué tan afortunado como siempre; contribuyendo á ello, sin duda, la rígida disciplina que mantenia en sus tropas y el terror que su nom-

bre inspiraba. Murió Alhakem en el año 821, despues de reinar 25, atormentado, segun se dice, por los mas horribles remordimientos.

ALÍ, primo hermano y yerno de Mahoma. A nadie podia haber confiado el falso profeta la predicacion y propaganda de su doctrina mejor que á su yerno Alí, persona que reunia las cualidades mas á propósito para secundarle en todas sus empresas. El valor, la elocuencia, la persuasion, el entusiasmo, el fanatismo brillaban en él en alto grado, logrando inspirar tal respeto y veneracion, que aun hoy es su nombre objeto de la idolatría de los sectarios del islamismo. Conociendo Mahoma lo útil que podria ser á sus miras un jóven de tan aventajadas partes, le dió la mano de su hija Fátima, á quien amaba tiernamente; esta alianza, en efecto, fué uno de los actos mas políticos del profeta, como con el tiempo lo demostraron los resultados. Al prestar juramento, Alí dijo á su suegro estas célebres palabras: «A mí me toca ¡oh profeta de Dios! ser tu visir; yo arrancaré los dientes, sacaré los ojos, abriré el vientre y quebrantaré las piernas á los que se opongan á tus doctrinas;» espresiones que prueban la obediencia y credulidad de Alí, al mismo tiempo que la pobreza de una religion, que para ganar discípulos pone en mano de sus apóstoles el libro al lado de la cimitarra. Despues de la muerte de Mahoma subió al califato Aboubekr; por cuya circunstancia Alí, que habia confiado en ser elegido, tuvo que retirarse á la Arabia, esperando ganarse con el tiempo partidarios, para lo cual no hubo medio oportuno que no emplease. Como el coran habia recibido ardiente aceptacion, así como fué mal mirada la prohibicion de muchas cosas que de este libro hizo su rival, juzgó Alí que, la manera mejor de desacreditar el gobierno de aquel, seria recopilar todas las páginas del sagrado libro y difundir las doctrinas de su maestro; y tan buena maña se dió que, despues de muerto Omar, sucesor de Aboubekr, á quien no pudo derribar, fué nombrado califa. Pero toda la prudencia, todo el tacto que habia manifestado en preparar la muerte de Omar, le faltó cuando se halló al frente del gobierno; porque en vez de atender al consolidamiento de su autoridad por los medios que aconseja el propio interes, cuando no el procomun, inauguró sus actos con la separacion de muchos gobernadores árabes, sin otra causa que haber servido á sus antecesores. Estas destituciones recayeron precisamente en hombres respetables y que, por su justificacion y suave mando, se habian grangeado el amor de los gobernados. Semejante desacierto fué orígen de una sangrienta guerra civil, cuyas fatales consecuencias tuvo que deplorar amargamente. Moawyah, fué el primero que se reveló contra él, atrayendo á sus estandartes gran número de descontentos, entre quienes figuraban hombres temibles por su poder y riquezas, que le aclamaron emir, y le auxiliaron en su conquista de la Siria, tras cuyo triunfo se retiraron á la Meca, que sirvió de centro á todos los enemigos de Alí. En tanto este no estaba ocioso; reanimó el entusiasmo de las poblaciones, valióse de su persuasiva elocuencia para recordar á todo el mundo los grandes males que se seguirian del triunfo de sus enemigos, que lo eran tambien del coran, segun él; reunió un respetable ejército, y volando contra los jefes rebeldes Thalhae, Lobeir, y Aichah, viuda del profeta y rival del califa en el poder, hizo en ellos tan espantosa carnicería, que quedaron muertos sobre el campo de batalla mas de 17000 hombres, con dos caudillos y muchos oficiales. La misma Aichah cayó en poder del vencedor; pero este, usando de la generosidad propia de su carácter, no solo la perdonó sino que la mandó á la Meca con todos los honores debidos, y acompañada por una brillante escolta. A esta célebre batalla siguieron otras muchas en el espacio de menos de un año, y en las cuales perecieron entre una y

otra parte 70000 combatientes, sin que quisiesen ceder Moawyah ni Alí, cada vez mas empeñados en sus particulares pretensiones. El pais estaba ya cansado de tanto sufrir; los estragos causados por la guerra eran incalculables, y urgia poner término á una situacion tan triste y desastrosa. Como la suerte, ora se inclinaba á un partido, ora á otro, sin resultado alguno definitivo, Alí creyó que lo mas conveniente seria, que un combate singular entre él y y Moawyah decidiese la contienda; pero el emir no admitió el reto. Entonces Amru, hombre sagacísimo, aconsejó al emir un medio, que al punto fué admitido. Consistia este en colocar los soldados en sus picas un cartel con un artículo del coran que dispone que las disputas se decidan por medio de dos árbitros. Los soldados de Alí acogieron con júbilo estremado la propuesta, que tan en armonía estaba con su venerado libro, y nombraron por su parte á Abou Muza; siendo elegido Amru por la contraria. Era Abou Muza, sugeto tan cándido como honrado, no podia sospechar, al emprender la conferencia preliminar del ajuste, que se las tenia que haber con quien, ademas de ganarle en malicia, se proponia un fin muy diverso del que aparentaba. Díjole Amru, que puesto que los dos califas habian sido causa de las calamidades que afligian al pais, puesto que su reconciliacion solo podria ser momentánea, porque ninguno de los dos era hombre que se contentase con una avenencia que le privase de parte del poder que solicitaba, nada mas conveniente para el restablecimiento de la paz que la deposicion de los dos califas; y que, en seguida los dos ejércitos reunidos elegirian á quien estimasen oportuno. Estas y otras razones hicieron tal mella en el espíritu del incauto Abou, que le dió entero crédito, animado de la mejor buena fe; y presentándose al ejército sin mas dilaciones pronunció la destitucion del yerno de Mahoma, que Amru confirmó con sus palabras. Pero al mismo tiempo conoció Abou la perfidia que se habia usado con él, porque Amru con la audacia que da la mala fe, declaró califa á Moawyah, á quien se unió en su consecuencia la secta de los Kharidjis, una de las mas poderosas. Alí acudió presurosamente á cortar la desercion que ya empezaba á cundir en sus filas, prometiendo que perdonaría á todos los que se acogiesen al estandarte clavado fuera de su campo en señal de clemencia. Esta resolucion produjo los resultados que se habia prometido. En tanto se tramaba un complot contra su vida, así como tambien contra la de Moawyah y la del pérfido Amru, por tres fanáticos guiados por particular venganza ó acaso para poner término á aquellas desastrosas rivalidades. Los dos rebeldes pudieron librarse huyendo, mas no así Alí, que estando en oracion en una mezquita fué derribado de un sablazo en la cabeza, el dia 24 de enero de 661, quedando muerto á los pocos instantes, y sin poder decir mas que las siguientes palabras á las personas que le rodeaban: «*Si curo, perdonad al asesino; pero si muero imponedle la última sentencia, para que comparezca conmigo ante el tribunal de Dios.*» Su voluntad fué puntualmente ejecutada y su asesino pereció en medio de terribles tormentos. Alí dejó treinta y seis hijos, entre varones y hembras, habidos en Fátima y en otras varias mujeres, despues de la muerte de aquella á quien permaneció siempre fiel, sin haber usado mientras vivió ella de la poligamia permitida por la ley de su padre. Es comun creencia entre los partidarios de Alí, que este no ha muerto, y que volverá á aparecer con Elías para establecer en la tierra el reinado de la justicia y de la virtud. Su sepulcro está cerca de Cuffa; *Abdalla*, apóstata judío, saludaba siempre al yerno de Mahoma, diciéndole *Tú eres aquel que es*, esto es, *tú eres Dios*, y fundó la secta de los *galaitas* que, elevándole sobre la miserable condicion humana, consideran casi como un Dios á Alí.

ALÍ-BEY, primer dragoman ó intérprete del Gran Señor. Floreció en el siglo XVII y dejó trabajos que acreditan su mucha erudicion, y el gran conocimiento que tenia de varios idiomas, como su *Gramática*, el *Diccionario turco*, un *Tratado de la liturgia de los turcos*, etc., y sus traducciones á este idioma de la *Biblia* y el *Catecismo* de la Iglesia Anglicana. Pocas son las particularidades que se saben de su vida; pero consta que era polaco y cristiano, que siendo aun muy niño le cautivaron los tártaros en una de sus espediciones, y que vendido algun tiempo despues al sultan, este cuidó de que le diesen una esmerada educacion en el serrallo de Constantinopla.

ALOADIN ó ALA-EDDYN. Este nombre, á pesar de ser el verdadero, no da á conocer suficientemente al terrible personaje cuyo biografía escribimos; pero si decimos que era á *El viejo de la montaña* á quien pertenecia, pocos habrá de nuestros lectores que no recuerden al punto haber leido algunas de las hazañas que tan célebre le hicieron. *El viejo de la montaña* era el séptimo príncipe de los islamienses ó *asesinos*, que este título les da la historia, y con mucha razon, porque no vivian mas que del pillaje y la sangre. Muerto Djelaleddyn, su padre, en los primeros años del siglo XIII de Jesucristo, Aloadin subió á aquel trono, digno de sus instintos salvajes y manchado ya con los crímenes de sus predecesores, y se propuso desde luego dominar por medio del terror, porque no comprendia que el amor de los pueblos y la clemencia pudieran ser los mas firmes apoyos de un Estado. Otro monarca, por conveniencia propia, ya que no por fines mas laudables, hubiera dado principio á su reinado con algun acto generoso, pero Aloadin mandó cortar la cabeza á todos los amigos y ministros de su padre, sin mas motivo que por sospechas de que querian envenenarle. A este tan horrendo atentado siguieron otros, que dieron á su nombre tan espantosa celebridad, que le temian los hombres pacíficos y honrados de su reino, y hasta los príncipes del Asia y algunos de Europa; no tanto por su poder, cuanto por los medios de que se valia para tenerlos inquietos y recelosos. Uno de estos medios consistia en mandar á ciertos fanáticos, á quienes recompensaba ámpliamente, que asesinasen á las personas por él designadas. Aquellos hombres feroces, creyendo en su ignorancia que cumplian un deber sagrado, ejecutando las sangrientas órdenes de su señor, inmolaban sin piedad al objeto de las venganzas de este. Así Aloadin llegó á adquirir inmensas riquezas, no obstante ser las rentas de su Estado apenas suficientes para sostener con decoro su rango, y hacer tributarios suyos á algunos sultanes, califas y emires de Bagdad, la Siria y el Cairo. Muchos de los príncipes cristianos que concurrieron á la conquista del Santo Sepulcro, se vieron obligados á hacer espléndidos regalos al *Viejo de la montaña*, cuya amistad solicitaban por no ser víctimas de los puñales homicidas, prontos á caer sobre ellos á la menor insinuacion de su feroz jefe. Envalentonaba no poco á este monarca-bandido el ver que nadie le resistia enérgicamente, castigando sus rapiñas y crueldades como se merecian. Cuando Luis IX de Francia pasó por la Palestina, libre ya de su cautiverio, con los restos de su ejército, se encontró con una embajada del *Señor de la montaña*, el que le manifestó cuánto estrañaba que aun no le hubiese pagado el correspondiente tributo. El rey de Francia apenas pudo reprimir la noble indignacion de su alma, al ver tanta osadia y al oir tan insolentes pretensiones; pero considerando que sin apelar á medidas violentas le seria fácil traer á la sumision y al respeto á quien tan reñido solia andar con ellos, despachó á los enviados, advirtiéndoles, que de no someterse su amo no tardaria en tener que arrepentirse. Aloadin al saber el mal éxito

de la embajada, comprendió que habia tropezado, por fin, con quien no estaba dispuesto á permitirle pretensiones injustas é indignas; por lo mismo disimuló su cólera, y mandó á San Luis una camisa y un anillo en que estaba grabado su nombre. objetos entrambos con los que queria significar que deseaba unirse al monarca frances con una amistad constante. Calmada la indignacion de este con los espresados símbolos de amistad que recibió de mano de los embajadores del *Viejo de la montaña*, hizo varios presentes á quien con tanta audacia se atrevió á exigírselos al principio, como forzoso tributo, y envió el hermano Ivés á que le cumplimentase en su nombre. ¡Cuál no seria el asombro de este buen religioso cuando, al visitar al terrible príncipe, vió á la cabecera de su lecho un libro que contenia las palabras que Jesucristo dijo á San Pedro antes de su pasion! Este asombro subió de punto al oir de boca del mismo Aloadin, que tenia en grande estima aquel libro y que lo leia con mucha frecuencia; porque siendo así, no se concibe cómo practicaba precisamente lo contrario, hollando todas las leyes y derechos, cosa que si es criminal en un particular, lo es infinitamente mas en quien debe hacerlos respetar, por su clase, siendo el primero á dar ejemplo. El enviado de San Luis creyó por un momento, que, tal vez aquel corazon no estuviese cerrado á la luz del Evangelio, y que sus prudentes exhortaciones lograrian atraerle al buen camino; pero sus esperanzas se desvanecieron muy pronto, porque el corazon del *Viejo de la montaña* estaba endurecido en la maldad, y no quiso ceder á las saludables máximas del religioso. Joinville, al hacer la relacion de este suceso dice, refiriéndose siempre á Ivés, que cuando Aloadin salia á paseo en un soberbio corcel, ricamente enjaezado, llevaba delante de sí una especie de lictor, que agitando el hacha del *Viejo*, cuyo mango estaba erizado de puñales, gritaba sin cesar: «¡Atras, atras! huid todos del que lleva en sus manos la muerte de los reyes.» Aloadin era tributario de la Orden del Templo, como lo habian sido sus antecesores desde el tiempo de Balduino II rey de Jerusalen, y deseando quedar exento de esta carga rogó á Luis IX que procurase eximirle de ella, manifestando con pasmosa sencillez «que nunca podria él conseguirlo por sí, pues aunque matasen de órden suya al jefe de los templarios, al punto seria elegido otro.» Su peticion fué desoida; y *El viejo de la montaña* asesinado en su propia cama, segun sospechas, por órden de un hijo suyo á quien él odiaba mortalmente.

ALP-ARSLAN, sultan de Persia, de la dinastía de los selgiulcidas. Reinó solamente nueve años, durante los cuales hizo considerables conquistas, y se hizo amar de propios y estraños por su afabilidad, su carácter benéfico y generoso, al mismo tiempo que por su rectitud y justicia. Muerto su tio Togrul Beg, le sucedió en el trono, y habiendo invadido la Persia el emperador de Constantinopla, Romano IV, conocido tambien con el nombre de *Diógenes*, le salió al encuentro á la cabeza de un ejército de 40,000 caballos y le derrotó completamente, haciéndole ademas prisionero; merecida suerte de su ambicion y temeridad. Pero el jóven monarca asiático, lejos de abusar de la victoria, que tan buena ocasion le ofrecia de humillar á quien al penetrar en sus Estados acaso se proponia humillarle á él, no solo le quitó por su mano las cadenas con que el jefe del destacamento que le escoltaba le habia cargado, sino que prodigó toda clase de consuelos y atenciones al vencido, tendióle su mano en señal de amistad, y le dejó partir libre, como igualmente á todos los demas prisioneros, sin mas que exigir un considerable rescate por la persona del emperador. La noticia de este señalado triunfo acreditó grandemente el nombre de Alp-Arslan, quien no durmiéndose sobre sus laureles es-

tendió sus dominios desde el Tigris hasta el Oxo. Su actividad á todo atendia, lo mismo á la disciplina de sus tropas y á la combinacion de sus planes de conquista, que á la administracion de justicia y al órden interior de los Estados. Algun tiempo despues atravesó el Oxo con un formidable ejército, pues hay quien dice que llevaba el casi fabuloso número de 200,000 caballos, que emplearon 20 dias en pasar aquel rio; tomó la fortaleza de Caryr, é hizo prisionero á su gobernador. Este, que se llamaba Juceph, no comprendiendo que lo mas acertado que podia hacer en su nueva situacion era callar, esperando tiempo mas bonancible para él, tuvo la audacia de llenar de injurias á Alp-Arslan, por las reconvenciones que este le dirigió. Entonces el sultan le puso en libertad, y cuando Juceph se alejaba, le disparó algunas flechas que no tocaron su cuerpo. El vencido gobernador, sin dar tiempo á que Alp-Arslan se previniera, volvióse de repente y, cayendo furioso como un tigre sobre su enemigo, le dió de puñaladas, dejándole tendido y espirando. Dióse á huir con ánimo de salvar su vida, pero uno de los soldados del sultan le mató con una pala de jugar á la pelota. Murió Alp-Arslan en aquel mismo dia, 15 de diciembre de 1702, á la edad de 44 años, siendo muy sentida su pérdida por sus tropas que le amaban como á un padre. Fué este monarca uno de los mas poderosos de Asia, y su corte acaso la mas brillante del mundo, pues llegó á tener en su palacio hasta 200 príncipes ó hijos de familias reales que habian ido á rendirle homenaje. En su tiempo se consolidó la denominacion de los selgiulcidas y se hicieron importantes mejoras en el imperio. Hé aquí el epitafio de su sepulcro: *¡Oh vosotros los que habeis visto la grandeza de Alp-Arslan ensalzada hasta los cielos! venid á Meru, y la vereis sepultada entre el polvo.*

ALVARADO (don Pedro de), uno de los mas célebres capitanes que fueron á la conquista del Nuevo Mundo. Nació en Badajoz á fines del siglo XV. La fama de las riquezas del continente descubierto por Colon, así como tambien el deseo de ver las maravillas que de aquellos lejanos paises se contaban, ó de emplear la espada en hazañas que ilustrasen el nombre español, eran motivos bastante poderosos para escitar la codicia de unos, la aficion de otros y el entusiasmo de los que se dedicaban al ejercicio de las armas, profesion la mas noble de todas en aquellos tiempos. No era, pues, estraño, que nuestro Alvarado siguiese la comun tendencia, y acompañase, siendo aun muy jóven, á su paisano Hernan Cortes á Méjico, y que al lado de tan buen maestro y jefe se señalase con no poca gloria en varias ocasiones. Cierto es que no siempre dió Alvarado muestras de la prudencia y tacto que se necesitaban para mantener en las tropas el buen ejemplo, y ganar el afecto de los sencillos naturales del Nuevo Mundo, que era la primera conquista que debió hacerse para allanar el camino de la del territorio; pero preciso es confesar tambien, que contribuyó muchísimo con su singular intrepidez á realizar el objeto de tan arriesgada espedicion. Por otra parte, muchas de las crueldades que se atribuyen á los españoles, tal vez estarian justificadas por las circunstancias que les rodearon, y que escritores estranjeros han acomodado á su empeño de deprimir todo lo que nos pertenece. Lejos de la madre patria, y aislados en aquellas inmensas soledades, un puñado de valientes van á conquistar un Nuevo Mundo; ¿es estraño que tuvieran que recurrir algunas veces á medios duros, para atemorizar á unos salvajes, cuya sencillez era notoria, pero que, por mas que no conste, no dejarian de trabajar contra los estranjeros que iban á apoderarse de su suelo, y á quienes despues debieron el incalculable beneficio de la civilizacion? Encargado nuestro valiente estremeño del gobierno de Méjico y custodia de Motezuma,

abusó de su autoridad, segun se dice, por dar aliento á su codicia; pues viendo las ricas joyas con que los indios se presentaron en unas fiestas de la antigua capital, parece que mandó acometerlos, con ánimo de apoderarse de aquellas, y resultaron muchas víctimas, lo cual dió motivo á una insurreccion general, que no se hubiera sosegado á no acudir Hernan Cortes al socorro de los suyos, que acaso hubieran sucumbido al furor de los mejicanos. Sea de esto lo que quiera, poco tardó Alvarado en distinguirse de una manera admirable, lavando con una de las mas heróicas acciones la mancha que en su reputacion pudo imprimir el hecho de Méjico, dándolo por cierto. Habíale confiado Hernan Cortes, en su retirada de julio de aquel año, famosa en los anales de la conquista, el mando de la retaguardia; pero la retirada no podia verificarse, porque anticipándose los indios, á quienes interesaba impedirles el paso, hicieron una cortadura en el dique de Hacapan, dejando en gran riesgo las tropas españolas. Entonces Alvarado, cuyo valor crecia siempre con las dificultades, se decidió á vencer esta sin alterarse en lo mas mínimo, y saltó la cortadura apoyado en su lanza; los soldados quisieron imitar el ejemplo de su capitan, y muchos, en efecto, se vieron pronto á su lado, pero otros perecieron víctimas de su temerario arrojo. El punto donde se verificó la hazaña del intrépido estremeño se llamó despues *Salto de Alvarado*, y este *el capitan del salto*. En el sitio de Méjico y en la conquista de la provincia de Misteca dió notables pruebas de valor y serenidad, coadyuvando con las escasas fuerzas á él confiadas, á la completa sumision de aquella opulenta capital, y llevando á cabo por sí mismo la de la segunda, teniendo igual suerte los distritos de Guatemala y Soconusco. En Tatulepec fundó una colonia, á la que dió el nombre de Segura. Despues de estas gloriosas empresas tuvo que pasar á España, y luego volvió á América con el cargo de gobernador de Guatemala. No podia Alvarado resignarse á pasar una vida tan ociosa como la que llevaba en su nuevo destino; su carácter inquieto, sus hábitos militares, el deseo de acrecentar el número de sus hazañas, todo esto unido al relato que le habian hecho de las grandezas del Perú, le estimuló á salir de su inercia, y no encontrando motivo hábil, pretestó que no estaba comprendido en el distrito confiado á Pizarro el reino de Quito de que trataba de apoderarse. Embarcóse al efecto con un cuerpo de 800 voluntarios, hombres determinados, y dió principio á su espedicion. Los trabajos que en ella pasaron, sobre todo al atravesar la inmensa cordillera de los Andes, las privaciones, miserias y enfermedades que sufrieron son indecibles; y solo hombres de tanta resolucion y avezados á la intemperie y á toda clase de fatigas pudieran soportarlas. Por fin llegaron á Riombamba, en cuya llanura se avistaron con las tropas de Almagro, que por órden de Pizarro habia salido en persecucion de Alvarado; pero todo se arregló mediante la cantidad de 100,000 duros que exigió este, prometiendo con esta condicion renunciar á su empresa. ¡Lástima que la codicia afease un tanto el carácter del heróico estremeño! bien que esta pasion era achaque bastante comun de los jefes de la conquista. Despues de este suceso, Alvarado, no solo cumplió su palabra, sino que coadyuvó eficazmente á la conquista del Perú dirigida y verificada por Pizarro, regresando á Guatemala en donde continuó por algun tiempo al frente del gobierno. Abandonólo otra vez, deseoso de hacer nuevos descubrimientos; se dirigió á la California, pero tuvo que volver despues de andar mas de trescientas leguas de un pais desconocido, y pasar casi tantos trabajos como en su anterior espedicion. Este famoso capitan tuvo un fin desastroso, pues persiguiendo á unos indios rebeldes, cayó sobre su cabeza un enorme peñasco que le dejó sin vida en el acto.

ALVAREZ (don Mariano). Uno de los héroes de la famosa guerra de la Independencia, el inmortal defensor de Gerona. Nació en Granada á 8 de setiembre de 1749, y descendia de una ilustre familia de Castilla la Vieja. Breve tarea seria la del biógrafo que solo hubiera de apuntar los hechos mas notables de nuestro insigne compatriota, si este no hubiera tenido ocasion de mostrar al mundo, en lo último de su carrera, todas las virtudes que atesoraba su corazon, la estraordinaria firmeza de su carácter, su heróica constancia en los trabajos y su lealtad á toda prueba. Porque, en efecto, no se hallan en la infancia ni en la juventud de Alvarez esos rasgos brillantes de génio que desde luego anuncian hechos portentosos, si bien siempre fué dechado de honradez, exacto en el cumplimiento de sus deberes, humano con el soldado, franco con sus compañeros de profesion, amigo fiel y desinteresado. Pero un solo hecho bastó para colocarle á la altura de los héroes mas grandes, y para grabar su nombre eternamente en la memoria y en el corazon de los buenos españoles. Hé aquí la razon por qué consignarémos todo lo que de su vida sepamos, pues cuando se trata de varones tan insignes como nuestro Alvarez, hasta las circunstancias mas nimias llegan á interesar al lector. Comenzó su carrera siendo cadete en guardias españolas, á la edad de 18 años, y en clase de tal permaneció hasta fines de 1778, época en que ascendió á alférez por rigorosa antigüedad, grado inferiorísimo, seguramente á su puntualidad y celo en el servicio, y á sus notables adelantos en el estudio de las matemáticas á que se dedicó en la capital del Principado, y decimos inferiorísimo, porque entonces, como ahora, solian concederse mas premios y honores al favor que al mérito y la aplicacion. Hallóse despues en el bloqueo y sitio de Gibraltar y en la guerra de Portugal, siempre con el grado de alférez, hasta que al cabo de algun tiempo fué nombrado gobernador político y militar de Alegrete, cuyo cargo desempeñó á satisfaccion del gobierno, sabiéndose captar igualmente el afecto de los habitantes de aquella villa por su rectitud y suave mando. Ya llevaba veintiun años de servicio, cuando recibió la graduacion de teniente coronel, y en 1790 el duque de Osuna, que conocia el mérito de Alvarez, le nombró maestro de cadetes, destino que tuvo que abandonar con motivo de la guerra de Francia que le obligó á salir de la corte. En las diferentes acciones en que por entonces se halló, dió notorias pruebas de una intrepidez y de una serenidad nada comunes, como en la toma de Rivensaltes, en el ataque de Bulon, en la batalla de Pla del Rey y en el sitio y rendicion de Colliure. En la primera se apoderó de un cañon de los enemigos; en el segundo con solo una compañía rechazó una columna de cerca de 600 hombres; en la tercera recibió una herida y arrebató otra pieza de artillería á los franceses; y en Colliure estuvo bajo tiro de cañon mas de dos meses y medio al frente de sus granaderos. En algunos años ascendió sucesivamente á coronel, á brigadier y á capitan de guardias; y en el siempre memorable de 1808 era gobernador del castillo de Monjuich, en Barcelona. Por muchos que hubieran sido los talentos de Alvarez, nunca se hubieran dado á conocer en todo su valor, porque hasta entonces no se habia hallado en situacion á propósito para aplicarlos. Pero ya era diferente su posicion; y las azarosas circunstancias que rodeaban al pais, iban á poner á prueba la virtud y el valor de todos los españoles. Alvarez, como buen militar, tuvo que obedecer las órdenes del gobierno, en las cuales se le mandaba entregar el castillo á los franceses, pero las obedeció llorando como un niño, acaso por la primera vez desde que tenia uso de razon, porque su noble alma, su amor á la patria se rebelaban contra su cumplimiento. El gobierno, sin embargo, no podia menos de premiar el mérito, la fidelidad y demas virtudes del ilustre patrio-

ta, y así le confió el mando de la vanguardia del ejército de Cataluña en el Ampurdan; y poco despues fué nombrado gobernador interino de Gerona, por la Junta suprema de gobierno del reino. Esta plaza se hallaba á la sazon en el estado de defensa mas lamentable, y parecia imposible que hubieran de estrellarse ante sus débiles muros y ruinosos fuertes, aguerridos ejércitos y los planes mejor combinados de famosos mariscales y generales franceses. ¿Pero qué no consigue un jefe de carácter indomable, de constancia heróica y hasta casi fanático por su lealtad, cuando tiene á sus órdenes soldados que le obedecen con entusiasmo? Para saber el estado de la plaza, baste leer el informe de Marescot al gobierno frances, que le habia comisionado para reconocerla, así como otras muchas de la península. De dicho informe resulta que la plaza era *malísima* y que sus fuertes *nada* valian. Es decir, que solo el heroismo de Alvarez y de sus soldados resistió uno de los sitios mas tenaces, mas encarnizados y mas sangrientos que mencionan los anales de nuestra época; advirtiendo que la guarnicion era escasísima, y los recursos de todas clases muy reducidos. El hambre, las enfermedades y la muerte eran tambien poderosos auxiliares de los vándalos del siglo XIX, y solo á ellos cedieron al fin los bravos defensores de la inmortal Gerona. Pero antes de llegar á este último estremo ¡cuántos sacrificios, cuánta virtud, cuánto valor, qué sufrimiento, qué horrores no presenciaron y admiraron los ejércitos estranjeros, en los siete meses y veintisiete dias que duró el sitio! Alvarez, despreciando su vida y solo atento á la honra y salvacion del pais, no dedicaba á su reposo ni aun los momentos indispensables; Alvarez se encuentra en todos los puntos de la plaza, dictando sus órdenes; Alvarez impone en nombre del rey pena de ser pasado por las armas á toda persona de cualquier clase ó condicion que sea, que hable de capitular ó de rendirse; y siempre que le decian que no habia provisiones, que los soldados caian desfallecidos ó muertos de hambre, que los hospitales no podian contener mas enfermos, que faltaban las medicinas, y todo esto sin llegar refuerzos de fuera ni tener mas esperanza que en la Providencia, contestaba con terrible serenidad, que lo mismo era morir de hambre ó de enfermedad, que sepultados entre escombros, y que así ó perecerian ó se levantaria el sitio. Esta indómita y severa constancia, esta fiera grandeza ha producido en nuestra patria pueblos como Numancia y Gerona, y héroes como Guzman el Bueno y Alvarez, héroes que han sacrificado al honor lo que mas amaban. Desde el principio del sitio padecia Alvarez unas crueles tercianas, que unidas á las contínuas fatigas y penalidades consiguientes á un sitio de tal naturaleza, fueron destruyendo en tales términos la salud del bravo gobernador, que al fin este se vió en la precision de entregar el mando á don Julian de Bolivar, teniente de rey, recibiendo poco tiempo despues en el lecho del dolor el Santo Viático. No murió, sin embargo, entonces, pero su vida militar habia terminado, porque ya no pudo volver á tomar el mando, y los franceses entraron cuatro dias despues (11 de diciembre de 1809) en la desolada ciudad, haciendo prisionera de guerra á la bizarra guarnicion, que habia sufrido una baja considerable entre muertos, enfermos y heridos. Los franceses habian invadido traidoramente la península, y solo crímenes y villanías podian esperarse de ellos. Así es, que tanto los soldados españoles como su heróico jefe, fueron sucesivamente conducidos á Francia. ¿Pero cómo llevaron á Alvarez? Con una fuerte escolta, de cárcel en cárcel como un malhechor, sin respeto á sus canas, á sus méritos, al lamentable estado de su salud, creyendo sin duda que así abatirian aquel corazon fuerte, aquella sublime dignidad. En los mismos términos le trajeron poco despues á Figueras, en donde amaneció muerto á la mañana si-

guiente de su llegada, como un verdadero mártir, en el sitio mas sucio y horrible de una de las cuadras de los caballos. La indignacion no encuentra palabras propias con qué maldecir esta conducta, mas digna de las fieras que habitan en los bosques, que de hombres, y de hombres que se llamaban civilizados. Créese con bastante fundamento, que Alvarez sufrió muerte violenta, en la oscuridad del calabozo en donde se encontró su cuerpo. Don Francisco Javier Castaños, otro de los héroes de la independencia, fué á Figueras en 1816, y buscó los huesos del defensor de Gerona, que fueron enterrados con todos los honores debidos, colocando en el mismo sitio en donde murió una lápida con todas las circunstancias de su muerte. En 1823 la destrozaron los franceses, á su entrada en España, pero el gobierno español mandó restablecerla despues. La única falta que se atribuye á Alvarez, fué la de no haber abandonado á Gerona, cuya plaza no se hallaba en estado de defenderse, antes de que los acontecimientos le obligasen, como sucedió, á permanecer en ella. Pero una vez resuelta por él su defensa, todos sus actos durante el terrible sitio, escitan y escitarán siempre la admiracion y los aplausos generales. Don Miguel de Haro, testigo ocular y compañero de Alvarez, dice de este en su *Relacion histórica de las defensas de Gerona:* «Don Mariano Alvarez era de una estatura mediana, de color moreno, ojos vivos, y una compostura esterior que no daba grande idea de sí al que no le observaba de cerca; su talento era mediano, y poca su instruccion; pero tenia un conjunto de apreciables cualidades para el mando, que muy pocos sugetos suelen reunir; era caballeroso en su modo de pensar, y muy desinteresado; mandaba siempre por sí, sin que nadie le dominase; oia y consultaba á los jefes de cada ramo, sin permitir que el del uno se entrometiese en las incumbencias del otro; dejaba obrar á los jefes subalternos en sus cuerpos con toda libertad, y los sostenia con su autoridad; se presentaba con mucha serenidad en los peligros cuando la necesidad lo pedia..... pero la cualidad que le distinguia, y que le coloca esencialmente entre el número de los grandes hombres, es la firmeza de alma, porque poseia esta cualidad de los Brutos y de los Catones en un grado eminente..... Al principio deseaba que su plaza se sostuviese doble tiempo que Zaragoza; y despues que se cumplió este plazo queria que durase cuatro veces mas su defensa.» Concluirémos diciendo que antes de confiar el mando de la plaza á Bolivar, la junta central del reino, habia nombrado al famoso defensor de Gerona teniente general, en premio debido á sus eminentes servicios.

ALVAREZ DE TOLEDO (don Fernando), tercer duque de Alba, apellidado el Grande, nació en 1508 de don Garcia y de doña Beatriz Pimentel, hija del conde de Benavente. Recibió su primera educacion del célebre Boscan, que le enseñó la moral y literaria, y luego fué aleccionado en la milicia y en la política por su abuelo don Fadrique, segundo duque de Alba y conquistador de Navarra. Este señor habia tomado á su cargo la crianza de don Fernando desde los primeros años; y aun cuando sus intentos eran que abrazase su pupilo la profesion de las armas, este no esperó á que su tutor se lo manifestase siquiera; porque sabedor del sitio de Fuenterrabía que acababan de establecer los españoles, se fué á él con fuga generosa, sin haber consultado su determinacion con nadie, ni servirle de obstáculo el temor de la indignacion de su abuelo. Llegado al campamento, fué muy bien recibido por el general don Iñigo Fernandez de Velasco, quien al ganar la plaza quiso que Fernando tomase la posesion, sirviéndole esto de ensayo para las futuras y propias conquistas. Y como la naturaleza le dotase de un entendimiento despejado y reflexivo, vino á suceder que hermanó bien pronto las

prendas de hábil político con las de valeroso soldado. Prueba de esto fué ya aquella vigorosa resolucion suya, contra el parecer del Consejo de Guerra, de seguir el alcance á Soliman, cuando desistió de su empresa de Viena, logrando quitarle ochenta mil hombres. Este y algunos otros semejantes ensayos llamaron bien pronto la atencion del emperador Carlos V, hácia un deudo tan cercano suyo; como que las madres de los abuelos de ambos, el rey Católico y el duque don Fadrique fueron hermanas. Así es que, muy luego comenzó á colmarle de honores y distinciones, y quiso llevarle á su lado cuando desde Flándes fué á oponerse al Turco. Tambien le dió el emperador el mando de la retaguardia de aquel famoso ejército que de Alemania pasó á Italia, cuando la primera se vió pacificar, y en que el célebre marques del Basto llevaba la vanguardia y S. M. I. el cuerpo de batalla. Igual confianza mereció en la jornada de Tunez, en donde, fatigados de sed y de cansancio los imperiales, hubieran perecido todos, á no haber hecho frente don Fernando, ya entonces duque de Alba, á todas las fuerzas de Barbaroja. En la defensa del Milanesado, en la empresa de Carlos V contra Francia, en la infeliz jornada de Argel, siempre ocupó uno de los primeros puestos del ejército, siempre procedió como instrumento necesario para todo intento grande. Y si en la guerra de 1543 que el emperador hizo al duque de Cleves no figuró, como en todas las de su tiempo, el duque de Alba, esto se debió á que con mayor honra suya, si cabe, quedó como coadjutor del príncipe don Felipe en el gobierno del reino. Pasado algun tiempo, cuando la guerra de religion en Alemania, se le dió el mando del ejército, con el título de Lugar-Teniente del emperador: y aquí acreditó que la eleccion que de él se habia hecho para una empresa tan árdua, como la de someter y obligar á rendirse á discrecion al duque de Sajonia y al Lordgrave de Hesse, fautores de los Luteranos, no podia haber sido mas acertada. Muerto Carlos V, el heredero de la corona, Felipe II, continuó honrando y distinguiendo segun sus méritos al duque de Alba, bien que aprovechándose al propio tiempo de los singulares servicios que este le hacia, ya reconquistándole unos de sus estados, ora manteniéndole otros en la obediencia. El haber sido nombrado Alba vicario general de todos los dominios del rey católico en Italia, en tiempo en que se presentian las asechanzas que iba á poner Roma apoyada de Francia, contra el reino de Nápoles, y el haber conjurado nuestro héroe la tormenta, y puesto las cosas de Felipe en mejor órden del que tenian antes, prueba en ambos estremos la verdad de nuestro anterior aserto. En otra ocasion, las provincias de Flándes andaban alborotadas con especiosos pretestos de libertad de conciencia y agravios del gobierno español. Y aunque al principio se echó mano, para reducirlas, de los medios mas blandos y suaves, luego, viendo que estos no alcanzaban, fué necesario apelar al recurso de las armas; en cuyo caso es ocioso advertir que el duque de Alba recibió el encargo de sostener la autoridad real en aquellos dominios. Seis años duró la lucha que el invicto caudillo sostuvo contra los Flamencos, al cabo de los cuales, convencidos estos, como tambien los príncipes protestantes de Alemania, de que no adelantarian un paso en su empresa, mientras estuviese aquel en posicion de estorbársela, representaron contra él á Felipe II, quien tuvo la debilidad de creer que enviándoles otro Lugar-Teniente se pacificarian los rebelados. Faltábale, empero, á Alba recibir otro golpe que acreditase mas la inconsecuencia é ingratitud de aquel príncipe. Habia abusado su hijo, bajo promesa de matrimonio, de una de las doncellas de Isabel, reina de España, y el rey le mandó ir prisionero á Tordesillas. Fácilmente hubiera podido repararse esta falta, pero contando este jóven, con

los servicios y crédito de su padre, se escapó de su prision, y olvidándose de su amor y de sus promesas se casó en Alba, con consentimiento de su padre, con María, hija de don Garcia de Toledo. Hecho este matrimonio sin el consentimiento del rey, fué tomado por un insulto hecho á la autoridad de su soberano, máxime cuando se habia escapado del arresto en que le tenia, y que por su primera pasion habia faltado esencialmente á la reina. En consecuencia de esto, el duque de Alba fué desterrado y confinado á Uceda, donde tuvo bastante tiempo de sentir cuán poco basta para perder un favor que tan difícilmente se adquiere. Año 1578. Contratiempo que, si en un principio alcanzó á afligirle, luego debió parecerle muy glorioso: porque allí á la oscura mazmorra, en donde le habia encerrado el despotismo mas feroz y brutal, tuvo que venir á suplicarle el orgulloso monarca que fuera en su nombre á conquistarle un reino; pues tanto valen la órden de libertad que espidió á su favor Felipe II, y el nombramiento que le envió de generalísimo de la espedicion contra Portugal. En solos dos años se hizo dueño con su prudencia y valor de este pais; pero al término de su gloriosa conquista fué acometido de una grave enfermedad, de la que murió visitado por Felipe II y asistido de fray Luis de Granada, en Lisboa, el año de 1583.

AMAGE, reina de los Sármatas de las costas del Ponto. Aunque mujer por su sexo y nombre, reunia cualidades varoniles que la hicieron tan respetable entre sus súbditos, como temible á los enemigos de fuera, á quienes supo vencer en varias ocasiones. Estaba casada con Madosac, monarca que lejos de interesarse en el bien de sus estados, se entregaba al ócio y á toda clase de disoluciones, en términos, que su ruina y la del pais hubieran sido las consecuencias de su abandono y debilidad, á no ponerse Amage al frente del gobierno. Esta célebre mujer, con sus acertadas disposiciones y su celo infatigable, consiguió establecer grandes reformas en todos los ramos de la pública administracion, y se conquistó una merecida popularidad entre sus súbditos por la rectitud con que procedia en todos sus actos. Reforzó las guarniciones de las plazas; guarneció de tropas las fronteras del reino; estableció y dió audiencias públicas para enterarse personalmente de las querellas de sus súbditos y de sus pueblos; rechazó las incursiones de los enemigos, quienes unas veces prevalidos de la debilidad de su esposo, y otras de la que suponian en ella, no dejaban de molestarla continuamente, y fué poderoso auxiliar de sus vecinos en cuantas ocasiones reclamaron su ayuda. Citarémos una, entre otras no menos honrosas. El rey escita molestaba contínuamente á los del Quersoneso Taurico, y estos, no conceptuándose por sí bastante fuertes para resistirle, solicitaron la alianza de la reina de los Sármatas. Concediósela Amage y se ofreció por mediadora para que entre las dos partes se ajustase un tratado de paz, conveniente á los intereses de entrambos pueblos. No era esto lo que queria la ambicion del escita, ó tal vez creyó que le rebajaban su dignidad y su poder, sometiéndose á la intervencion de una mujer, y así no solo rehusó la paz sino que invadió nuevamente el territorio de sus vecinos. Entonces Amage, llena de cólera, determinó castigar por sí al insolente monarca; y al efecto reunió ciento veinte hombres de los mas valientes y resueltos, y, prevenida con el número suficiente de caballos de refresco, corrió en solo un dia unas cuarenta leguas, que era lo que distaba su corte de la del escita. Llega, pues, á esta, sorprende rápidamente á los centinelas de los principales puestos, derriba las puertas del palacio, mata al rey y á sus parientes, cortesanos y amigos, todo esto sin descansar, y entrega el pais á sus aliados los del Quersoneso. El sucesor del asesinado monarca fué su hijo, pero al

dejarle en posesion del trono la valerosa Amage, le recomendó las mejores máximas de gobierno, advirtiéndole con el ejemplo de su padre las fatales consecuencias que podrian acarrearle los principios contrarios, y previniéndole que viviese en buena amistad con los pueblos vecinos, respetando como era justo sus derechos y su sosiego.

AMALARICO, duodécimo rey de los godos, principió á reinar bajo la tutela de su abuelo Teodorico el año de 511, y habiendo muerto este á los 15 años, continuó solo hasta el de 531 en que murió. Habiendo muerto Gesalaico quedó generalmente reconocido por rey de los godos Amalarico, cuya corta edad y las necesidades del reino, afligido y exhausto con tan contínuas guerras y calamidades, proporcionaron á Teodorico el logro de sus deseos, siendo en calidad de tutor de su nieto, el árbitro y dueño de la monarquía española, que gobernó por espacio de quince años con tanta autoridad desde Italia, que no se reconoció en tan largo tiempo otro soberano, ni se obedecieron otras leyes por los españoles, que las que dictaba Teodorico. Por esta razon algunos escritores le colocan en el catálogo y número de los reyes godos de España, y en efecto, no desmerecia este título si se atienden las virtudes que brillaron en su gobierno, los premios y beneficios que dispensó al mérito, y la justicia y equidad con que arreglaba sus operaciones despues que tomó á su cargo el reino de los godos. Andaba con todo eso desvelado con el temor de que estos no pudiendo tolerar un gobierno estraño, y de que teniendo delante de los ojos la insuficiencia de Amalarico por su minoridad, eligiesen rey de su misma nacion. Para salvar estos justos recelos destinó para ayo de su nieto á Téudio, varon que por sus talentos y prendas podia, no solo desempeñar la educacion de un príncipe, sino tambien sustituirle en el gobierno de la monarquía. Asegurada por este medio la corona en Amalarico, murió Teodorico en Italia en la era 564, año 526 de Cristo. Su muerte repentina se atribuyó á varias causas, que siempre se conjetura arbitrariamente, aunque dependa del curso regular de la naturaleza. Entretanto habia salido de la pubertad Amalarico, y se habia desposado con Crotilde, hija de Clodoveo, aspirando con este enlace al recobro de las provincias desmembradas de su monarquía en Francia, y á la tranquilidad y sosiego de sus vasallos. Llevó Crotilde en dote, sobre mucha virtud y belleza, el estado de Tolosa. Pero estas prendas tan estimables para todos, no fueron suficientes á ganarse el corazon y voluntad de su esposo, á quien tenian enagenado sus distracciones, y principalmente el ódio que profesaba á la religion católica, por ser Amalarico gran defensor de la secta de Arrio, siendo tan estremados su obstinacion y deslumbramiento, que muchas veces llegó á maltratar por esta causa á Crotilde, educada en la piedad del catolicismo. Dotada Crotilde, como queda dicho, de una virtud y belleza en cuyos encantos no tenia competidora, ni quien siquiera pudiese ponerse en parangon con ella, era la admiracion y el objeto de amor de cuantos tenian la fortuna de contemplar de cerca sus atractivos. Estos méritos, que hacian el encanto de la corte de Amalarico, la dulzura y amabilidad de Crotilde, que era el modelo de las clases elevadas y el consuelo de los infelices, al paso que la granjeaban la gratitud y bendicion de sus súbditos, aumentaban el ódio de su esposo, que lejos de reconocer en ella el tesoro de encanto y de virtudes que poseia, la colmaba de repugnantes denuestos que solia acompañar las mas veces de golpes, llevando su frenético furor en ocasiones, hasta el inaudito estremo de hacer que saltase la sangre del lacerado cuerpo de aquella amable criatura, que con ejemplar paciencia y estóica resignacion sufrió por largo tiempo los malos tratamientos, los insultos y degradantes castigos

de su irritado cuanto injusto esposo. Pero como este, en vez de corregirse á la vista del sufrimiento y de las bondades de su esposa, cada dia desplegaba contra ella mayor encono y furor, llegó este á un grado ya insoportable, y faltándole resistencia á la bella y virtuosa Crotilde para aguantar los ultrajes de un ingrato, tuvo que violentarse y hacer un esfuerzo que á su virtud repugnaba, para dar queja á su hermano de la infeliz suerte que sufria. Childeberto, rey de Paris y hermano de Crotilde, á quien habia profesado desde la mas tierna infancia aquel amor fraternal que tan puro y sincero hace latir á un corazon virtuoso, noticioso del tratamiento que Crotilde esperimentaba de su esposo y que no bastaban sus reconvenciones á contenerle, se conmovió en términos que no dilató un momento el tomar cuantas disposiciones le parecieron convenientes, para libertar á su querida é inocente hermana del vergonzoso cautiverio en que su esposo la tenia. Armó inmensidad de buques; organizó ejércitos; superó en brevísimo tiempo las mas árduas dificultades; allanó toda suerte de obstáculos y, lleno de indignacion, de ira, de sed de venganza, ansiaba el momento de lavar el ultraje que, prodigado á su hermana, contemplaba como una mancilla que refluia sobre todos los individuos de su familia y hasta sobre el honor de todos sus súbditos. Inflamó el entusiasmo de sus guerreros, y convocando á sus hermanos Clotario, Teodorico y Clodomiro para contener la severidad de Amalarico, le declaró la guerra, acometiéndole despues con una considerable armada por mar, y un numeroso ejército por tierra, cerca de Narbona. Procuró Amalarico hacer frente á los enemigos con sus godos; pero desordenados estos al ímpetu y choque de las lanzas de los franceses, huyeron alentados de la esperanza de salvarse en la ciudad, ó en las naves que tenian preparadas en los puertos cercanos. El mismo Amalarico fué el primero que huyó cobardemente, entrándose en Narbona, y tomando por asilo un templo de Católicos, pensando salvar de este modo la vida, y ganar tiempo para volverse á España, con el fin de rehacer en ella su ejército, y tomar con mas poder y proporciones satisfaccion y venganza de esta derrota. Algunos dicen que murió á lanzadas en el mismo pórtico de la iglesia, permitiendo Dios que no hallase refugio en su templo, en pena de haber prohibido su frecuentacion á su esposa. Es mas fundada la opinion de que los mismos godos, irritados de la cobardía con que los habia abandonado al principio de la accion, le aseguraron en Narbona, si acaso no fué esta determinacion efecto de su política, y razon de estado para ajustar la paz con los franceses. De cualquier modo que fuese, Amalarico murió en la era 569, año de Cristo 531.

AMAN. La historia de Aman es una de las mas ejemplares y dramáticas de la Sagrada Escritura; es el interesante cuadro de un soberbio abatido, de la justicia cumplida, de la maldad castigada. Era Aman amalecita, y descendiente de Agag que reinó en tiempo de Saul. Poseia todas las malas cualidades de los hombres vanos sin mérito, que son los mas temibles en una corte, porque no pudiendo acreditarse con talentos de que carecen, ni por medio de buenas acciones, porque su corazon no las comprende, procuran alejar del lado del monarca todo lo que les hace sombra, sin reparar en los medios. Gozaba Aman la completa confianza de Asuero, rey de Persia, quien habia mandado que siempre que su favorito entrase en palacio, y siempre que saliese, se arrodillasen ante él los grandes de su corte; órden parecida á la que muchos siglos despues dió aquel gobernador de Suiza, respecto de su sombrero, y cuya consecuencia fué nada menos que la libertad de los pueblos helvéticos. El judío Mardoqueo fué el único que se negó á semejante humillacion, que lo era doble por la

persona en cuyo obsequio se ordenaba; pero este, que aborrecia á los hebreos, porque en otro tiempo espulsaron de su nacion á sus compatriotas los amalecitas, juró castigar esta desobediencia de una manera terrible, contando con que su influencia sobre Asuero allanaria el camino á su venganza. Consistia esta en asesinar en un dia y hora determinados á cuantos judíos se hallasen en los dominios del rey de Persia. Al efecto espuso al monarca, mostrando esquisito celo por el bien del trono y del imperio, lo perjudicial que era la residencia de los hebreos en aquel pais, profesando una religion distinta de la de los persas; entró en otras muchas consideraciones que en su concepto eran de alta importancia, y todas las cuales tendian á su criminal objeto; y supo, en fin, vencer de tal modo la repugnancia de Asuero, que á no ser por las súplicas y lágrimas de la reina Esther, la circular se hubiera espedido, y verificado la horrible matanza. Hubo tambien otra coincidencia. Una noche leian á Asuero los anales de su imperio, y por consiguiente oyó el pasage que referia el descubrimiento de una conjuracion contra su propia persona, descubrimiento hecho por Mardoqueo, y que el monarca se propuso premiar como era debido. Precisamente entonces entraba Aman en la régia cámara, ocupado con la idea de su sanguinario proyecto, y dispuesto como siempre á acusar á su enemigo Mardoqueo. Preguntóle Asuero ¿de qué manera honraria mejor un rey á quien lo hubiese merecido? El infame favorito, creyendo que se aludia á él, respondió que la persona de que se trataba debia salir en público, revestida con las insignias reales, montada en un caballo del monarca, y que el primer grande de la corte debia llevar la brida del corcel, gritando: «Estos son los honores que se harán á quien el rey quiera honrar.» «Pues á tí te encargo los preparativos y cumplimiento de lo que acabas de decir, previniéndote que no omitas ninguna circunstancia de las que puedan contribuir á la solemnidad y pompa del acto.» Al oir Aman estas palabras, permaneció mudo como una estátua; tan grande era la sorpresa que le sobrecogió. Todas sus esperanzas se desvanecieron como el humo en un momento; contemplábase el soberbio privado hundido para siempre, de la manera mas ignominiosa que pudiera imaginarse, pero como no tenia otro remedio que callar y obedecer, ejecutó puntualmente cuanto se le habia ordenado, y dirigió aquel brillante espectáculo que tanto favorecia á Mardoqueo como á él le humillaba. No fué este solo el castigo que sufrieron las maldades de Aman. La reina le pintó como su enemigo mas irreconciliable y el de su pueblo, en términos que Asuero concibió un ódio contra su favorito, que estalló en la primera ocasion que se presentó. Al entrar el rey en la cámara de su esposa Esther, vió postrado á las plantas de esta al insolente Aman, quien previendo sin duda la suerte que le aguardaba, recurria á la clemencia de la reina, suplicándola que se apiadase de él; mas como Asuero lo atribuyese á algun nuevo atrevimiento, mandó que al punto le quitasen la vida, cuya sentencia fué ejecutada, pereciendo en una elevada horca aquel á quien antes todos temian ó adulaban. Los judíos celebran una fiesta, en memoria de este suceso, que merece mencionarse. Principia con un ayuno, y en los dias que dura se lee en las sinagogas el libro de Esther, siempre que en la lectura se pronuncia el nombre de Aman palmotean los judíos, dando patadas en tierra, los muchachos golpean los bancos con mazos, y todos los concurrentes profieren terribles imprecaciones contra el que quiso estermінar su raza, finalizando este aniversario con un banquete.

AMANTES (La roca de los). Siendo aun los moros señores de Granada, hicieron prisionero en una batalla á un caballero cristiano, á quien concedió el

rey la libertad movido de su belleza, de su garbo y estremada política, y le empleó cerca del servicio de su persona. No tardó el caballero en conocer que la hija del rey estaba enamorada de él, y la belleza de la princesa le arrastró á aprovecharse de una ocasion digna de un valiente caballero. A pesar de la vigilancia de los guardias de palacio, los dos amantes hallaron ocasiones de hacerse conocer su amor, y de guardarse una fe mútua. Muy difícil es ocultar una pasion amorosa, sobre todo en un palacio y mas de moros, por lo que no tardó en ser descubierta. Temiendo que el rey interrumpiese el curso de su pasion, trataron de huir una noche á tierra de cristianos donde podrian unirse en matrimonio, y ejecutaron su evasion. Esta fué conocida, y el rey mandó perseguirles inmediatamente. Viéndose los dos amantes prontos á caer en manos de sus perseguidores, se subieron á una alta y escarpada roca en la que no tardaron en verse cercados de las tropas musulmanas. Temiendo los amantes el furor del rey y los crueles suplicios que se les preparaban, se abrazaron con la mayor ternura, y de esta suerte se arrojaron de lo alto de la roca. En memoria de este funesto acontecimiento, se plantó una cruz sobre la roca, á la que se dió el nombre de roca de los amantes ó de los enamorados. Año de 1500.

AMANTES DE TERUEL (Los). A los corazones sensibles y tiernos, á los que creen en los dulces afectos de la amistad y del amor, á aquellas almas constantes, leales y firmes que tienen fe en los sentimientos que Dios ha depositado en el hombre, á esos nos dirigimos; no á esas otras almas frias, escépticas, que niegan la existencia de todo lo bello, de todo lo grande, de todo lo heróico, y que se agitan en el mezquino círculo de lo que llaman *positivismo*, que no comprenden nada de lo que no halaga sus placeres naturales, sus apetitos groseros. Decir á estos, que Juan Diego Marsilla é Isabel Segura murieron de amor, es decir un absurdo, porque segun ellos, nadie se muere de amor; lo mas que conceden es que pudo suceder esto en tiempos remotos, pero què *ya* á nadie se le ocurre semejante *simpleza*. ¡Como si una pasion, y mas una pasion contrariada por mil obstáculos, no fuese un veneno capaz de concluir con una naturaleza de hierro! ¡Como si la cólera, la alegría, la envidia, la ambicion, la tristeza, el ódio, etc., no fuesen los enemigos mas temibles del sosiego, de la dicha y de la salud! A principios del siglo XIII, vivian en la villa de Teruel, de donde eran naturales, Juan Diego Marsilla é Isabel Segura, hijos de dos de las mas ilustres familias de aquella poblacion, y unidos desde su mas tierna infancia con los vínculos de un cariñoso afecto, que con el tiempo habia de ser orígen de sus desgracias, así como en sus primeros años lo fué de contento y felicidad. Ninguna nube sombría vino á turbar la alegría de los dos niños en aquella edad venturosa; juntos corrian por los campos cuando la primavera vestia de flores las dilatadas llanuras; juntos se recreaban en los juegos infantiles; y el tiempo pasaba igualmente para los dos, porque el cielo quiso que naciesen en el mismo dia y hasta en la misma hora, que sus existencias gemelas floreciesen al par, y que la muerte los arrebatase tambien en un punto mismo. Crecia Diego Marsilla en valor, gentileza, discrecion y amor; resplandecian en Isabel la belleza mas cabal, la honestidad y recato propios de una doncella cristiana y bien criada, la obediencia á sus padres á quienes respetaba, y el cariño á su jóven compañero. Y así fué pasando tiempo, hasta que llegó la edad en que queriendo uno y otro santificar con el consentimiento paterno y la bendicion de la Iglesia la constancia eterna que se habian jurado, don Martin de Marsilla, padre de Juan, pidió á don Pedro Segura, que lo era de Isabel, la mano de esta para su hijo. Pero

las fortunas de los dos fieles amantes no eran iguales; Isabel era rica, pobre don Juan, y esta circunstancia en que no habian pensado ellos, pesaba tanto en el ánimo de don Pedro que, unida á la ardiente solicitud de don Rodrigo de Azagra, opulento rival del infeliz don Juan, fué suficiente para que por entonces no otorgase al anciano Marsilla el precioso don que demandaba. Fijóse, pues, un plazo de seis años y una semana, cumplido el cual, si don Juan no volvia rico, Isabel seria esposa de Azagra. Grandísima pena fué la que sufrieron los dos enamorados jóvenes, viendo tan lejana la hora de su dicha; pero ¿qué sacrificios no haria Diego Marsilla para apresurarla lo mas posible? ¿Qué riesgos le acobardarian, qué empresas no acometeria, cuánta actividad, cuánto afan, cuántos desvelos no emplearia, para conquistar el subido premio que ansiaba? Partióse, pues, á la guerra, se halló en diferentes encuentros contra los moros, peleó en la famosa batalla de las Navas de Tolosa, cayó despues prisionero en Francia, vióse mas tarde libre, y hallándose en Siria, un frances, á quien en otro tiempo habia salvado la vida en un combate, le dejó en agradecimiento, al morir, las grandes riquezas que poseia. Mientras tanto, Isabel vivia retirada en su casa, amaba la soledad, pedia á Dios bañada en llanto que protegiese sus inocentes amores, y que llevase pronto á su presencia al idolatrado mortal á quien dedicaba todos sus pensamientos, y de quien ninguna nueva tenia, si bien confiaba en su fidelidad. Viéndose ya poderoso Juan Diego Marsilla, no quiso dilatar ni un solo momento el regreso á su patria; parecíanle siglos los instantes que pasaban sin ver á su adorada, sin gozar de la inefable ventura de contemplarla; y así se dió á la vela, ofreciendo pagar doble suma por la travesía si le conducian en algun tiempo menos del regular. Pero ¡ ay ! todas estas ilusiones desaparecieron como el humo, porque fué apresado por un pirata moro, que le condujo á Valencia, en donde le encerraron. Y el término del plazo se iba acercando. Para que fuese mas completa su desventura, habiéndole visto Zulima, esposa del rey moro de Valencia Zeit Aben-Zeit, quedó enamorada de él, y guiada por su pasion, que ignoraba Marsilla, le sacó de la oscura mazmorra en que estaba encerrado, é hizo que le trasladasen á una de las habitaciones del palacio. Allí supo Marsilla la ardiente pasion de la sultana, pero ni la hermosura de esta, ni las riquezas y libertad que le ofreció, ni la venganza con que le amenazó al saber que su corazon siempre latia por otra, le hicieron titubear en lo mas mínimo. Descubierta despues por Marsilla una conspiracion que se tramaba contra la vida de Zeit, este en pago de tamaño servicio, le prometió su rescate. Estalla, en efecto, la conspiracion, y Zulima, complicada en ella, se disfraza de hombre, huye de Valencia, y se presenta en Teruel con ánimo de vengarse de quien no habia querido corresponder á sus criminales amores. Al efecto se anuncia en la casa de Isabel como un mensagero que le lleva noticias de su amado, y la dice que ha muerto. Un rayo que hubiera caido á los piés de la infeliz doncella no la hubiera hecho tanto mal como este golpe funesto. Llega por fin el dia en que se cumple el plazo convenido entre las dos familias; Azagra se presenta á reclamar la mano de Isabel, ya les esperan en el templo para la solemne ceremonia de las bodas, ya camina la víctima, adornada de flores, hácia el sacrificio, y al mismo tiempo que en el sagrado recinto bendice el sacerdote aquella union, sabe don Martin que su hijo vive y que va á llegar de un momento á otro á Teruel; cree el desventurado anciano que aun no se habrá consumado el religioso acto, y sale corriendo para que lo suspendan; pero la campana anuncia que todo ha terminado. La perversa Zulima habia pagado de antemano á unos bandidos para que detuviesen en el camino á

Juan Diego Marsilla, como lo ejecutaron, amarrándole á un árbol, y ella misma fué á decirle con la bárbara crueldad de su vengativo despecho que Isabel era ya esposa de otro hombre. Isabel, cuando la falsa nueva de la muerte de su amante, hasta resolvió faltar por la primera vez de su vida á la obediencia filial, negándose á dar la mano á don Rodrigo, pero habiendo oido por casualidad una conferencia entre este y su madre, y comprendiendo que Azagra era dueño de unas cartas que comprometian la reputacion de la que habia de ser su suegra, y con las cuales la amenazó, la tierna hija hizo el sacrificio de su vida accediendo á aquella funesta union, por salvar la fama de la que la habia dado el ser. Libre don Juan de los lazos que le sujetaban, corre como un furioso á la ciudad donde vió la luz del dia, busca á don Rodrigo, le desafía, le hiere, perdónale la vida generosamente, y penetrando despues sin ser visto en la habitacion de Isabel, espera á que esta se presente. Isabel llega, y un ¡ay! estraño, un grito de alegría y de dolor, de amor y de desesperacion, exhalan al mismo tiempo los dos amantes. Pero Isabel es ya esposa; oye las reconvenciones que don Juan la dirige, y en un momento de delirio le dice que le *aborrece*. Esta sola palabra, despues de tanto amor, de tantos años de ausencia, de tantos trabajos y pesares, y de tan sublime constancia, fué como un puñal para el desdichado mancebo, que cae á sus piés muerto. Comprendiendo ella entonces la imprudencia que habia cometido al pronunciar aquella fatal palabra, precisamente cuando le amaba, cuando le idolatraba mas que nunca, y abrumada por el dolor con que la muerte de su amante le traspasó rápidamente el corazon, cayó tambien en tierra y exhaló el último suspiro junto al cadáver de su adorado. Dícese que en Teruel se conserva el sepulcro de estos dos amantes, y la patética y trágica historia de su pasion es una de las mas populares.

AMAZONAS (Las). Llámanse de este modo ciertas heroinas ó mujeres bélicas, de las cuales habia dos tribus, una en las costas septentrionales del Africa, y otra originaria de la Escitia ó de la Tartaria, que estendió sus dominios hasta las fronteras de la Asiria. Sin embargo de ser mas antiguas las africanas, solo del orígen de las asiáticas dan los historiadores estensos detalles. Estractarémos de ellos lo que ofrezca mayor interes. Cuando á la union y sosiego del imperio asirio sucedieron las civiles discordias, llegó á tal punto el encarnizamiento de los partidos, que dos jefes del mas débil, apellidados Plino y Escolpito, con sus familias y parciales, se refugiaron en la Capadocia, y posteriormente se establecieron en los campos Temiscereos orillas del Termodonte. Manteníanse con el fruto de sus rapiñas por las inmediaciones del Ponto Euxino, y como sus acometidas no podian menos de incomodar á los habitantes de aquellas cercanías, levantáronse estos en masa contra tan perniciosos vecinos, y lograron esterminar á todos los hombres, quedando las pobres mujeres en el mas desesperado abandono. Alentadas por el deseo de una venganza proporcionada á sus padecimientos, resolviéronse á suplir con energía la falta de sus padres, de sus maridos y sus hijos, lanzándose ellas mismas á la pelea, y formando en fin una gloriosa república, que se hizo despues muy respetable. Mientras una de las mas doctas gobernaba el pais, la mas valiente conducia sus camaradas al combate, y los pueblos llegaron á verse en la necesidad de entablar relaciones con las Amazonas; pero estas no quisieron ya sujetarse al dominio de los hombres. Solo á cierta época del año, y en sitio anticipadamente convenido, asociábanse con los de aquellos mismos pueblos, sin mas objeto que el de multiplicarse. Enviaban los hijos varones á sus padres, y ellas se guardaban las hijas, á quienes educaban de una manera varonil inspirándoles el mas ve-

hemente amor de independencia. Ejercitábanse desde sus primeros años en domar fogosos corceles, en cazar fieras, en blandir la lanza, y disparar la flecha, por manera que su agilidad igualaba á su indomable bizarría. En la guerra de Troya, acaudilladas por Pentesilea, como auxiliares del rey Príamo, hicieron prodigios de valor. Tanto en el Asia como en Africa conquistaron muchas ciudades y les ponian el nombre de la que á la sazon era jefe de aquellas célebres heroinas. En el siglo VIII de nuestra era, hubo tambien Amazonas; que otra cosa no eran las valientes mujeres acaudilladas por la famosa Ulasta, que por el espacio de luengos años, llenaron la Bohemia de terror durante el reinado de Przemislao.

AMBROSIO (San). Nació en el año 340. Algunos de sus abuelos fueron cónsules y prefectos, y su padre desempeñó el cargo de gobernador de las Gálias, de Inglaterra, España y parte de Africa. Siendo aun de muy tierna edad se vió huérfano de padre, pero le quedaba el amor y el celo de una madre para guiar su entendimiento y su corazon y educarle en las mas piadosas máximas; lo cual unido al buen natural y aplicacion de Ambrosio dió los resultados que eran de esperar. Pronto encontró este ocasion de emplear sus talentos y su bondad, siendo nombrado por el prefecto del pretorio Alejo Probo, gobernador de la Emilia y la Liguria. Ambrosio se condujo satisfactoriamente en el ejercicio de su ministerio, haciendo las veces de *obispo* mas bien que las de juez, segun le habia encargado el prefecto, quien dió en ella muestras de conocer el escelente carácter de nuestro santo, el cual brilló con mas esplendor en la ocasion de que vamos á ocuparnos. Habia fallecido Auxencio, obispo de Milan, y se trataba de nombrar sucesor; pero estaban tan divididos con este motivo los ánimos y las opiniones entre los arrianos y los ortodoxos, que no se veia medio hábil de resolver la cuestion de una manera que dejase satisfechos á todos. Entonces Ambrosio acudió á la iglesia, y con la fácil y simpática elocuencia que poseia, abogó tan sábiamente por la paz, que cautivados y arrastrados, digámoslo así, por su poderosa voz los concurrentes le aclamaron por unanimidad obispo, premiando así las sublimes virtudes que le adornaban; pero como Ambrosio no pertenecia aun al gremio de la Iglesia, sino que era solo catecúmeno, hubo que bautizarle, ordenóse de sacerdote, y fué consagrado obispo en 374. Nunca mas necesaria que entonces la eficaz intervencion de un prelado semejante, por las calamidades que á la sazon afligian á la Iglesia de Italia. Provenian estas calamidades de dos causas diversas, era la una la invasion de los godos que todo lo llevaban á sangre y fuego, y que se habian estendido hasta los Alpes; y la otra la doctrina de los arrianos que se propagaba con espantosa rapidez, gracias á la actividad de aquellos fanáticos sectarios, y al vituperable descuido de los que debieron combatir el mal en su principio. Pero el nuevo obispo de Milan empleando las armas de su elocuencia, de su piadoso ejemplo, y de su ardiente fe, al par que la mayor firmeza, logró contener tan fieros estragos, sin que esta firmeza fuese nunca doblegada por motivos mundanos. Hasta la misma emperatriz Justina tuvo ocasion de esperimentarlo, no obstante ser madre de Valentiniano II. Pretendia esta princesa que se permitiese á los arrianos tener una Iglesia siquiera en Milan, pero Ambrosio se negó tenazmente á acceder, porque previa que tras esta exigencia vendrian otras, y que lo que hoy se suplicaba como un favor, mañana podria reclamarse como un derecho; y sobre todo, por los males que tal condescendencia pudiera acarrear á las santas doctrinas que él defendia. En esta ocasion hasta le llegó á amenazar con la muerte un prefecto de la casa del emperador, con el objeto de que, intimidado Ambrosio,

obedeciese á su augusto amo; «¡Ojalá, —respondió el santo— cumplais vuestras amenazas! Si vos os portais como un espadachin, yo sabré tolerarlo todo como un obispo». Cuando el asesinato del gobernador de Tesalónica, Teodosio, que entonces ocupaba el sólio de los Césares, hizo un terrible escarmiento en los habitantes de aquella ciudad, pues se asegura que mandó degollar 7000. Horrorizado el virtuoso Ambrosio, cuyas palabras y actos siempre respiraban paz y mansedumbre y perdon, prohibió al emperador la entrada en la Iglesia y le impuso penitencia pública para que espiase tan horrenda barbárie. Harto conocia el benéfico prelado que si el emperador se empeñaba podia costarle caro su cristiano celo; pero como fiel soldado de Jesucristo combatia por el triunfo de su santa doctrina, sin que le acobardasen peligros ni temores de ninguna especie. Afortunadamente no hubo necesidad de esponer á rudas pruebas su grandeza de alma, porque Teodosio, penetrado de la intencion pura y evangélica del venerable obispo, se sometió sin réplica á todo lo dispuesto por este, dando así un ejemplo de humildad, tanto mas heróica cuanto mas elevado era el rango que ocupaba en el mundo. Los arrianos, irreconciliables contrarios del santo por la fe que predicaba, siempre encontraban motivos de censura contra él. Así sucedió cuando para rescatar de los bárbaros los prisioneros que habian caido en su poder, vendió el buen prelado los vasos de las Iglesias. Los herejes se lo reprobaron altamente, pero él contestó que mas agradaba á Dios que se le conservasen las almas, que el oro y la plata. Fué San Agustin discípulo de Ambrosio, cuyas predicaciones contribuyeron mas que nada á la conversion de aquel gran padre de la Iglesia, porque habia una dulzura, una suavidad, una belleza tales en los discursos de nuestro santo, que cuanto mas se le oia mas cautivaba; y estas mismas dotes se advierten en sus escritos, reunidos en dos tomos en fólio, el primero de los cuales comprende sus *Tratados sobre la Escritura Santa*, y el segundo sus *Escritos sobre diversos argumentos*. Su persuasiva palabra contribuyó eficazmente á condenar la secta de los arrianos en el concilio de Aquilea, celebrado en el año 381 de Jesucristo. Su elocuencia le mereció el dictado de doctor *melífluo*, que, en verdad, hoy nos parece afectado y hasta ridículo, sin que por esto neguemos que es bastante espresivo. Murió San Ambrosio en 397, á la edad de 57 años.

AMILCAR BARCA, padre de Anibal, y uno de los mas célebres generales cartagineses. Una de sus primeras campañas fué la que hizo en Sicilia, en donde tuvo repetidas ocasiones de vencer á los enemigos que antes habian derrotado á sus compatriotas. Cuando se puso al frente del ejército de su república, reinaba en los soldados la mayor indisciplina, ya porque la memoria de los anteriores descalabros debilitase su ánimo, ya por otras causas en cuyos detalles no nos detendrémos; pero la energía, la actividad, la inteligencia y el valór del jóven Amilcar, pusieron remedio á todo, y los soldados que se iban acostumbrando á huir sin pelear apenas, recobraron los antiguos brios escitados por el ejemplo de su jefe, que era el primero en presentar su pecho á los peligros. Él fué quien defendió heróicamente á Eoix, ciudad y montaña que hoy se conoce con el nombre de *Monte de San Julian*, en ocasion en que ya habia perdido Cartago todas sus conquistas en aquel pais. La prudencia de Amilcar corrió parejas con su valor, y cuando el interes de su nacion lo reclamaba, sabia reprimir sus juveniles bríos en los límites oportunos. Así es que los cartagineses derrotados por el cónsul Lutacio en las islas Egates, juzgando conveniente poner término á la guerra, no vacilaron en autorizar á Amilcar para que negociase una paz que podria serles muy provechosa en aquellas circuns-

tancias. En efecto; las porfiadas luchas en que continuamente se veia empeñada Cartago, habian casi agotado los recursos de esta república, que necesitaba algun tiempo para reponerse y volver á comenzar la guerra con sus eternos enemigos, los romanos, á quienes la fortuna protegia entonces. Avínose á todo Amilcar, y entró en tratos con Lutacio, pero eran tales las condiciones del general cartagines, que el cónsul sorprendido le declaró á su vez que la guerra quedaria terminada, pero con la condicion de que Amilcar y los suyos entregasen las armas y evacuasen el pais. «Preferiria mil veces morir—respondió Amilcar—á volver á Cartago manchado con la infamia de entregar las armas á los enemigos de mi patria.»—Viendo Lutacio la obstinacion del jóven general, creyó conveniente retirar su condicion y se firmó la paz. En tanto Cartago, devorada por disensiones intestinas, aniquilada por los grandes reveses que habia sufrido en una guerra estranjera, caminaba á pasos agigantados hácia su perdicion, y solo una mano fuerte podia salvarla. Amilcar se penetró de la situacion de su patria no bien hubo regresado de Sicilia, aunque nunca habia imaginado que aquella situacion fuese tan triste y desastrosa. Las sediciones militares se repetian con frecuencia, propagándose consecutivamente por toda el Africa; siendo el orígen y sosten de ellas las tropas estranjeras asalariadas por Cartago contra Roma, las cuales no teniendo ya ocupacion fuera, tornaban sus armas contra la misma república que las habia alimentado. El número de soldados mercenarios ascendia á 20,000, fuerza considerable en aquella sazon atendidas las circunstancias que dejamos apuntadas, y con la cual se atrevieron á sitiar á la misma capital. En tan apurado estremo los de Cartago se vieron obligados á pedir socorro á Roma, recurriendo por último á Amilcar, que se encargó de la defensa de la famosa ciudad. Ninguna resolucion mas acertada segun lo acreditaron los sucesos posteriores. El número de sitiadores se habia aumentado ya hasta 100,000; pero Amilcar tomó tan acertadas disposiciones, se dió tan buena maña en reanimar el espíritu público abatido, en organizar las fuerzas y distribuirlas convenientemente, que los enemigos tuvieron que levantar el sitio, no sin esperimentar algunas pérdidas, y huir á ciertos puntos del pais en los cuales se vieron como encerrados, y en donde el hambre diezmó sus filas mas que pudieran haberlo hecho las armas. Las ciudades que, á favor de las pasadas turbulencias se habian rebelado, cayeron otra vez en poder de Amilcar, contándose entre otras Utica é Hipona. El general cartagines consiguió otras muchas ventajas sobre los enemigos de la república, estendió los dominios de esta y la paz vino á poner glorioso y anhelado término á las hazañas y desvelos de Amilcar. Consolidado ya el órden en lo interior de la república de Cartago, pensó sériamente Amilcar en renovar la guerra con los romanos sus rivales, y al efecto solicitó pasar á España á la cabeza de un ejército. En esta espedicion le acompañó su hijo Anibal, que entonces contaba muy pocos años de edad, y á quien hizo jurar ódio eterno á los romanos. Con tal maestro y en escuela como la guerra de la península, no podia menos de formarse de aquel niño uno de los mas famosos generales del mundo. Amilcar desembarcó en España, domó el bélico ardimiento de diferentes pueblos de los mas valerosos, y envió á Cartago las inmensas riquezas y despojos recogidos en sus campañas. El teatro de su gloria lo fué tambien de su muerte; porque cuando, al cabo de algunos años, meditaba la conquista de Italia, se ahogó en el Guadiana, rio de Estremadura, en su huida, despues de ser derrotado por los Vetones. Este suceso ocurrió en el año 227 antes de Jesucristo.

AMIC (Juan María), nació en Brest en 1752, y recibió el grado de doctor en medicina en Montpeller, el año de

1779. Primeramente, el gobierno de su nacion le nombró médico particular de los hospitales de Dinana y de Fougieres, encargándole la asistencia de los prisioneros ingleses atacados de una enfermedad epidémica; pero advirtiendo luego su celo y las curaciones que habia hecho, le añadió el cargo de médico de los hospitales de la marina de Brest, que desempeñó hasta enero de 1788, y por último le mandó el despacho de médico de la isla Guadalupe, á nombre del rey. Aquí su ilustracion, su talento, el éxito feliz en la mayor parte de sus curaciones y su filantropía incansable, le acarrearon muy pronto la estimacion y el afecto de los habitantes. Y como durante su larga práctica en aquel enfermizo pais, hizo multiplicadas y terribles incursiones la fiebre amarilla, tuvo infinitas ocasiones Amic en que desplegar su celo ardiente en favor de la humanidad, y motivos bastantes para ganarse, como lo hizo, un reconocimiento sin límites y un acendrado cariño de parte de aquellos habitantes. Por lo que respecta á su desinteres, este no conocia límites; de tal suerte que, cuando murió no legó fortuna alguna á sus hijos, siendo la causa de esto que él no se limitaba á prodigar los socorros de su arte á los pobres, sino que por el contrario se mostraba tan generoso y espléndido con ellos, como no se acostumbra generalmente. Es verdad que no nos legó escrito alguno por el cual pudiéramos apreciar exactamente la multitud ó profundidad de sus conocimientos en el arte de la medicina; pero, tambien lo es que formó muchos buenos discípulos á los cuales hizo pasar las mas útiles tradiciones de su esperiencia. Treinta años de observacion le habian hecho conocer á Amic la fisonomía particular de las enfermedades de las Antillas; siendo su opinion que la fiebre amarilla no era contagiosa sino en determinadas circunstancias. Por último, la Parca, á quien este hombre singular habia arrebatado tantas y tantas víctimas en el momento mismo de irles á cortar el hilo de su existencia, fué inexorable con él el dia 15 de junio de 1819, á los 77 años de edad. Pues, acontecimiento fué este que, corriendo de boca en boca por todos los habitantes de la isla, se le capituló de una verdadera calamidad pública; y el pueblo que no ve con agrado en lo general la pompa fúnebre de los grandes, acudió ahora en tropel á llorar sobre la tumba de este virtuoso patricio y universal bienhechor.

AMMONIUS SACCAS nació en Alejandría hácia el fin del segundo siglo, y ejerció el oficio de mozo de carga en su juventud, á lo cual debió su sobrenombre. Sus padres, pobres y cristianos, le instruyeron en esta religion, que luego tuvo que abandonar, como dice Porfiro, cuando emprendió el estudio de la filosofía. Ya antes que él Potamon de Alejandría, haciendo eleccion entre los diversos sistemas de los filósofos griegos, habia ensayado conciliar todas las opiniones. De suerte que, Ammonius no hizo otra cosa que seguir sus huellas, de una manera mas declarada, cuando osó demostrar la incoherencia y monstruosa confusion de ideas de Pitágoras, de Platon, de Aristóteles y de los académicos, juntas con la teología misteriosa de los orientales, con las supersticiones de los esenios, con los delirios cabalísticos y aun, en ciertos pasajes, con los dogmas mismos del cristianismo. Ammonius no nos legó escrito alguno; y en cuanto á su reputacion puede decirse que proviene en mucho de aquel secreto que exigia de sus discípulos, y del aparato y misterio de que rodeaba su doctrina. Fué maestro de Herennio, de Longino, de Orígenes y de Plotino. Su muerte acaeció, segun se cree, el año de 243. Despues que él, Plotino, Porfiro y Jamblico consolidaron las bases del nuevo sistema, que luego Procul estendió á todas las ciencias. Los sectarios de Ammonius tomaron el nombre de eclécticos ó nuevos platónicos; cuya última denominacion es la sola que les cor-

responde, por cuanto las opiniones de Platon dominaron siempre en medio del tenebroso caos de su doctrina, que no merece seguramente el apellido de ecléctica. El eclecticismo es, segun se ha dicho, la filosofía selecta, y por lo tanto no debe ser considerado como una secta particular, si no como un método tan antiguo como la filosofía misma, y cuyo acertado empleo es el único medio para lograr la verdad, que, ningun hombre, ninguna escuela puede lisonjearse de poseer en toda su estension y esclusivamente. En la escuela de Ammonius se esplicaban todos los fenómenos de la naturaleza, por la interposicion ó influjo de los génios, de los demonios, seres sobrenaturales, sin cuerpo, emanados de la fuente perpétua de las luces, para lo cual se suponia que una multitud infinita de todos ellos llenaba invisiblemente el espacio. Las enfermedades, por ejemplo, se atribuian á los malos génios: así es que, encomendándose á la Divinidad por medio de una vida contemplativa, y por la continencia y sobriedad mas austeras, les parecia que llegaria el hombre á ser capaz de someterlos. Los símbolos, las fórmulas y las palabras mágicas tomadas de las lenguas sagradas del antiguo Oriente, eran todavía, á los ojos de sus sectarios, medios mas eficaces que los medicamentos para ahuyentar los demonios malhechores y las enfermedades que causaban. De donde es fácil concebir, qué perniciosa influencia no ejerceria en el arte de la medicina una doctrina semejante.

AMURATES I, *el ilustre*, emperador de los turcos. Fué príncipe de grandes talentos militares ó de singular fortuna, pues en el curso de su vida, cuyo hilo cortó la mano de un asesino, consiguió cerca de cuarenta victorias. A ellas, mas bien que á sus virtudes, debió el dictado de *ilustre*. porque en algunas ocasiones ejecutó actos de inhumanidad que no le honran mucho por cierto. Sucedió en el trono á su padre Orkan, en el año 1360; y su primer pensamiento, como hombre ambicioso y de bélicos instintos, fué el de dilatar las fronteras de su imperio, á costa de sus vecinos los griegos. Salió, pues, á campaña, y fué tan feliz que no tardó en conquistar la Tracia, Galipoli y Andrinópolis, en cuya ciudad estableció su corte. No menos le favoreció la suerte en la guerra que tuvo con los servios y los búlgaros, á quienes sujetó, haciéndose dueño igualmente de la Baja-Misia. Acrecentado de esta suerte su poder, todo le parecia fácil, y ya estrechaba á *Paleólogo*; emperador de Constantinopla, quien conceptuándose en inminente peligro, hizo con él un tratado tan ventajoso para el vencedor como humillante para el vencido. Los ejemplos de bárbara crueldad que dió durante su vida, empañaron, como hemos dicho, el brillo de sus victorias. Habiéndose rebelado su hijo, ó mas bien tratando de rebelarse contra él, mandó que le arrancasen los ojos; muchos de los infelices comprometidos en la conjuracion sufrieron los mas horribles tormentos, y otros por no esponerse á ellos ¡tan espantosos eran! prefirieron darse á sí mismos la muerte. Pero cuando mas se manifestaba su carácter duro y terrible, era cuando tenia que castigar á los enemigos de fuera. Dícese que este príncipe era, sin embargo, humano generalmente con sus súbditos, que le amaban por la suavidad de su gobierno. Parece verdaderamente increible que puedan conciliarse tan opuestos estremos. Hacia gala Amurates de imitar al gran Ciro, pero si no es considerado como conquistador, no vemos que exista ni la menor semejanza entre los dos monarcas. Amurates murió en 1389, cayendo bajo el puñal de un soldado persa, cuyo ejército acababa él de derrotar. Él organizó el cuerpo de genízaros en la misma forma en que hoy se conoce.

AMURATES II, emperador de los turcos. Sucedió á su padre, Mahomet I, en 1421. Antes de verse en

completa posesion de su imperio tuvo que combatir mucho tiempo, con sucesos prósperos y adversos, contra el impostor Mustafá, que se suponia hijo de Bayaceto, hasta que la fortuna se decidió por sus armas, y derrotando al falso pretendiente, mandó que le despedazasen á su vista. Habian apoyado las pretensiones de Mustafá los griegos, con el auxilio de los cuales se hizo dueño de muchas provincias europeas sometidas á la dominacion de los turcos. Así es que, luego que Amurates se vió libre de su competidor, pensó en vengarse de los griegos, y penetró en su imperio á la cabeza de un ejército poderoso. Allí hizo la guerra por espacio de algun tiempo, obedeciendo en esto no solo á su venganza, sino á la costumbre de sus predecesores, hasta que en 1442 tuvo que levantar el sitio de Constantinopla y de Belgrado, no obstante ser el primer turco que empleó la artillería contra las plazas fuertes. Entonces volvió sus armas contra la ciudad de Tesalónica, que á la sazon pertenecia á los venecianos, y logró tomarla por asalto, haciendo tambien poco despues tributarios suyos al príncipe de Bosnia y al de Albania, Juan Castriotto. Amurates exigió á este último sus cinco hijos en rehenes, y tuvo la inhumanidad, primero, de circuncidarlos, contra lo pactado, y despues de matar á cuatro de ellos, quedando únicamente con vida Jorge Castriotto, que, andando el tiempo, habia de vengar en cierto modo á sus infelices hermanos, con la afrenta del emperador turco. Despues de esta victoria pensó en la conquista de Hungría, pero Ladislao, su rey, logró hacer paces con él. Poco duraron estas, porque quebrantando un juramento el monarca húngaro, por las pérfidas sugestiones del legado del papa, Julian Cesarini, las cosas volvieron al mismo estado que antes. Para resistir al Sultan fué elegido Uniade, que le habia vencido en otras ocasiones; pero en esta iba á combatir el perjurio contra la lealtad, y el perjurio quedó vencido en la batalla de Varna; pero vencido de una manera terrible, porque ademas de perder Ladislao gran parte de su ejército, él mismo murió acribillado de heridas; el cardenal Cesarini pereció igualmente, y solo se salvó Uniade, pero viéndose obligado á recurrir á una cobarde fuga. Apresuróse á reunir gente para reparar tan grande descalabro, volvió á salir á campaña, y se empeñó la batalla con tal fortuna para Amurates, que quedaron tendidos sobre el campo mas de 20,000 hombres del ejército enemigo. Jorge Castriotto habia sido, en tanto, repuesto en los estados de su padre Juan, y ocupado siempre con la idea de la muerte de sus hermanos inocentes, persiguió á Amurates, le derrotó en varias ocasiones, aunque sin poder cogerle entre sus manos; y le obligó á levantar el sitio de Croya, capital del principado de Albania. Afrentado Amurates con este desenlace tan contrario á las esperanzas que él habia alimentado, se encerró entre los monges mahometanos, decidido á retirarse del mundo, pero la ambicion turbaba sus sueños en la soledad, la rabia de aquella afrenta le atormentaba el corazon, y así resolvió volver á sitiar á Croya, como en efecto lo verificó, pero en vano, muriendo al pié de sus muros en 1451, á la edad de 75.

ANA BULLEN, impropiamente llamada Boleyn por los franceses, y Bolena por los italianos y españoles, hija de un noble de Inglaterra llamado Tomas Bullen, pasó á Francia con María, esposa de Luis XII. Fué despues camarista de la reina Claudia, que la cedió á la duquesa de Alenzon, mas tarde reina de Navarra. Cuando Ana regresó á Inglaterra hízose notable por su coquetería y escesiva aficion á los placeres. Su conversacion era agradable, ligera, sostenida por graciosos ademanes, tal vez demasiado libres, que revelaban una alma enamoradiza, y disimulaban una ambicion profunda. La naturaleza no la habia favorecido

con esas dotes de hermosura que seducen desde luego; pero á falta de una beldad perfecta, sus gracias hacian olvidar los defectos de su físico. Tenia seis dedos en la mano derecha, un tumor crónico en el cuello, y la dentadura muy desigual, aunque blanca y de lustroso esmalte. Vióla Enrique VIII, y enamoróse de ella sin notar ninguna imperfeccion. La declaró sus apasionados sentimientos, y Ana, como todas las coquetas, supo fingir una indiferencia glacial que el rey Enrique no esperaba. Persistió este en sus galanteos, que llenaban de júbilo el corazon de la maliciosa jóven; pero disimuló sus verdaderas emociones, y aparentó que los obsequios del rey la ofendian. Mostrábase Enrique VIII, mas enamorado cada dia de aquella jóven insensible, que de ninguna manera quiso corresponder á la frenética pasion del rey. No sabiendo ya este cómo cautivar el corazon de Ana, la propuso casarse con ella, y elevarla al trono despues de divorciarse de su esposa. Ana prometió amar y ser fiel á Enrique si llegaba á tener la dicha de ser su legítima esposa. Rehusó el papa la sentencia de divorcio que solicitaba Enrique VIII; pero esto no fué obstáculo para que el orgulloso monarca dejase de hacer su soberana voluntad. Repudió á Catalina de Aragon, su mujer, y el 14 de noviembre de 1532, verificó secretamente su casamiento con Ana Bullen, habiendo sido llamado Rolando Lée al obispado de Coventry para dar la bendicion nupcial, ceremonia que se verificó en presencia únicamente de los testigos que eran indispensables. Hallándose Ana en cinta, fué pública y solemnemente declarada reina, y esposa de Enrique VIII en 1533. Su entrada en Lóndres fué magnífica. La coquetería que habia aprendido en la corte de Francia, ejercíala en el trono de Inglaterra de una manera tan imprudente, que acaso sin ser tan culpable, como algunos historiadores quieren hacernos creer, lo parecia en efecto; pues gustaba de ir siempre rodeada de galanteadores, de oir lisonjas hasta de sus criados, y ella misma las prodigaba á cuantos hombres parecíanle bien, haciéndoles concebir esperanzas que acaso no se realizaban nunca. Semejante conducta, que por sí sola ya es sobrado criminal, daba armas poderosas á sus enemigos. No tardaron en acusarla de tener ilícitas relaciones con lord Rochefort, con algunos criados y con un músico del real palacio. Enrique VIII, que estaba ya cansado de Ana, y que á la sazon amaba á Juana Seymoor, holgóse en creer culpable á la que pocos años antes tenia por su ángel tutelar. En los interrogatorios todas las respuestas de Ana se limitaban á declarar, que si bien era cierto que habia tenido conversaciones demasiado familiares, y que acaso en ellas podian haberse escapado algunas espresiones harto libres, podia asegurar con la frente erguida que habia sido siempre fiel á su régio esposo, y que era inocente. Las contestaciones de los que se suponian sus amantes, estuvieron en perfecta armonía con las de Ana, escluyendo las del músico Smeton, que no se sabe si por temor, ó por la esperanza de halagar al rey, ó arrastrado por la fuerza de la verdad ó por la de un amor propio escesivo, confesó que habia mancillado el lecho de su rey. Bastó esta declaracion para que todos los acusados fueran condenados á muerte. Rochefort fué decapitado, el músico ahorcado, y Ana debia ser quemada en pública hoguera. Queriendo Enrique privar á su esposa del consuelo de morir reina, hizo pronunciar una sentencia de divorcio bajo el vano pretesto de que habia estado casada anteriormente con cierto milord Percy, y Ana lo confesó, porque se le prometió, que si así lo hacia, en vez de ser quemada, se le cortaria la cabeza. Los historiadores católicos han hecho un mónstruo de esta célebre mujer; y los protestantes la han calificado nada menos que de altamente virtuosa é irreprensible. Esto quiere decir que tam-

bien las historias se escriben por espíritu de partido. Dice bien Millot al criticar esta conducta: ¿Qué la importa á la una ni á la otra religion, el bueno ó mal comportamiento de una mujer? Si nos atenemos á la verosimilitud y aun á las pruebas, si reflexionamos sobre el carácter del matador de su venerable y anciano maestro, si recordamos la ferocidad del marido de Ana, hallarémos mas probabilidades de inocencia que de crímen en favor de esta infeliz. El célebre Hume tiene razon cuando dice, que el mismo Enrique VIII hizo la apología de Ana Bullen, casándose al dia siguiente de su ejecucion con Juana Seymoor; pero dejando para otra ocasion el hablar de la veleidad del monarca, acompañémos á la desventurada Bullen al cadalso. Poco antes de morir, escribió una carta á Enrique en estos términos: «¡Gracias, Enrique!..... Me habeis enaltecido por grados: de vulgar cortesana me hicísteis marquesa de Pembrock; de marquesa me elevásteis á reina, y de reina quereis que ascienda hoy á santa. ¡Gracias, Enrique, gracias!» No solo repitió hasta el último instante de su vida que era inocente, sino que ni en el mismo patíbulo la abandonó su habitual jovialidad. Poco antes de morir, dijo sonriéndose: «Lo que mas me consuela, es que el verdugo es diestro y mi cuello muy delgado.» ¡Pobre mujer! tenia razon: con la rapidez de la centella segó el hacha homicida aquel cuello alabastrino, como si fuera el tallo de una flor, y la cabeza que tan erguida habia brillado en el trono, rodó ensangrentada por el cadalso! Esto sucedió el 19 de mayo de 1536, y el dia siguiente, mientras humeaba aun la sangre de la víctima, Enrique VIII acariciaba á su nueva esposa Juana Seymoor en el mismo lecho donde habia recibido de Ana el ósculo nupcial!

ANACARSIS, filósofo escita, fué hijo de un rey de esta nacion y de una griega. Su madre á fuerza de enseñarle su lengua, y de hablarle de su patria, le hizo hastiarse de la vida nómade y de las costumbres bárbaras de aquellos hombres entre los cuales habia nacido, y le inspiró la idea de ir á buscar en Grecia la instruccion que tanto codiciaba. A dicha suya ocurrió entonces, que Toxaris, uno de sus compatriotas, á quien los mismos motivos habian hecho abandonar su país, le presentó á Tolon, cuyo huésped, discípulo y amigo llegó á ser. Por otra parte, sus virtudes, su saber y la escelencia de su ingénio le hicieron muy pronto célebre, y tanto que, los atenienses le honraron luego con el título de ciudadano. Recorrió, haciendo sus observaciones, casi todas las comarcas de la Grecia, y no hubo pueblo en que no le diesen las mayores pruebas de aprecio y admiracion. Ademas, su conducta y sus ideas, le hacen acreedor á que se le cuente en el número de los sábios de su época; teniendo presente que á las costumbres mas dulces reunia un génio vivo y decidor, el cual manifestó en los apotegmas que nos han trasmitido Diógenes Laercio y Luciano, y que nosotros no podemos insertar aquí. Solo sí citarémos el siguiente, porque se vea que Anacarsis no desconocia los preceptos de la higiene, principalmente el de la sobriedad. «La vid, decia él, lleva tres frutos: el primero causa placer, el segundo borrachera, el tercero arrepentimiento.» La divisa que habia adoptado y que los antiguos inscribian ordinariamente al pié de sus retratos: *Linguam, ventrem, veretrum contine*, envuelve un consejo no menos médico que moral. La medicina fué una de las ciencias que Anacarsis estudió con mayor esmero. De regreso á Escitia, enseñó á sus compatriotas, entre otras cosas, el régimen que debian observar en las enfermedades agudas: pero desgraciadamente quiso tambien introducir en su patria algunas prácticas religiosas de la Grecia, y entonces todos los beneficios que habia hecho se olvidaron hasta el estremo de que su propio hermano le atravesó con una flecha.

ANACREONTE. Nació en Theos en la Jonia, por los años de 532 antes de Jesucristo. Fué uno de los mas famosos líricos de Grecia, é inventor del género de poesía que lleva su nombre. La merecida celebridad que le dieron sus lindas composiciones, ha ido acrecentándose con el tiempo, y aunque generalmente solo se conocen por los literatos las traducciones hechas á varios idiomas, cuya circunstancia las priva de gran parte de su mérito, aun hoy se leen con gusto. Polícrates, tirano de Samos, deseoso de conocerle, le llamó á su corte, quedandó tan prendado de su amabilidad y sus bellas cualidades, como de los consejos de su prudencia y discrecion. Yparco, hijo de Pisistrato, le envió con el mismo objeto una magnífica nave desde Atenas. Pintan á Anacreonte como aficionado al vino, á los placeres de la mesa, y á la voluptuosidad; pero es probable que semejante juicio se haya formado sin otro fundamento, que las ideas que respiran los bellos poemitas del lírico teyano. A ser tales sus inclinaciones y sus hábitos no hubiera rehusado un regalo de cinco talentos (100,588 rs.) que le ofrecia Polícrates, sin mas condicion que la de que pasase dos noches sin dormir; pues verdaderamente nada se hubiera sacrificado en esto un hombre, que, segun nos dicen, pasaba su vida en los placeres de la crápula. Anacreonte contestó al tirano, su bienhechor, que por mucho que aquella suma importase, el sueño valia incomparablemente mas. Anacreonte murió á la edad de 85 años, y esto tampoco dice mucho en favor de la intemperancia que le han atribuido los que se han ocupado de las particularidades de la vida del poeta. No todas las obras de Anacreonte se conservan, pero bastan las conocidas para formarse una idea de la naturaleza de su génio. La sencillez, la elegancia, la dulzura, la facilidad, la gracia, delicadeza y el gusto mas depurado, son las dotes que campean en las poesías del vate de Theos, que no tuvo, ni ha tenido en las generaciones que le sucedieron, quien pudiera igualarse á él en el género que creó. Cátulo y Horacio, entre los antiguos, fueron los que mas se le acercaron; pero en estos no se advierte la fácil espontaneidad que en aquel, sus composiciones son si se quiere mas artísticas, pero las falta aquella espontaneidad, aquel sentimiento, aquella ligereza festiva y amable que están reñidas con el artificio de las reglas. Entre los poetas españoles debe leerse, para formar una idea de las anacreónticas, á Villegas y á Melendez, pero sobre todo al primero, que es quizás quien tanto en sus traducciones, como en las originales, ha comprendido y espresado mejor este género de poesía. En Melendez descubrimos mucha afectacion, muchos esfuerzos de talento, y, ademas, se repite demasiado. Del primero, dice el señor Quintana: «Villegas es entre nosotros el creador de la cantinela y el padre de la anacreóntica, y no ha habido despues quien le siga tolerablemente en la primera; pocos son los que le han igualado en la segunda, y ninguno le ha hecho, ni es fácil que le haga olvidar, ni en una ni en otra.» Perdónesenos la pequeña digresion que hemos hecho, conveniente, por otra parte, para que el que se proponga conocer al poeta griego, en vez de leer malas traducciones, lean las de Villegas; y las anacreónticas originales de este y de Melendez. La traduccion de Condé á nuestro idioma tambien merece consultarse, porque es un trabajo bastante apreciable. Dícese que Anacreonte murió ahogado por una pasa que no pudo tragar, siendo este alimento el único con que se sostenia en los últimos años de su vida.

ANANIAS. La Sagrada Escritura refiere en el libro de Dániel, un hecho ocurrido en el reinado de Nabucodonosor, tan tierno y patético como maravilloso, en que se ve visiblemente la mano de la Divina Providencia, y en el que figuró Ananias como uno de

los actores principales. Habia mandado Nabucodonosor, rey de Babilonia, construir una estátua de oro representando su propia imágen, que colocó en el campo de Dura. Para que su dedicacion se verificase con solemnidad y pompa estraordinarias, ordenó que concurriesen los sátrapas, magistrados, grandes, gobernadores y el pueblo. En el dia de la festividad poblóse el campo de Dura de un inmenso gentío, en el que se hallaban confundidas todas las clases, sexos y condiciones, y en la hora prefijada de antemano, el pregonero leyó en alta voz un real decreto, por el cual se mandaba, so pena de ser metidos en un horno encendido, los contraventores, que al oir el son de la trompeta, la flauta, el harpa, etc., no se prosternasen todos en tierra, y adorasen la estátua. Unos por temor, por respeto otros, todos cumplieron lo dispuesto por el monarca, menos Ananias, Misael y Azarias, compañeros de Daniel, y á quienes Nabucodonosor llamaba Sidrach, Misach, y Abdénago. Notóse al momento por unos caldeos esto que suponian irreverencia, delatáronla y el rey prorumpió en fieras amenazas contra los tres mancebos; pero estos le contestaron: «Nuestro Dios puede librarnos del fuego y de tus manos; y aunque no nos librase, jamas adorarémos tus dioses, ni tu estátua.» Nabucodonosor, al verse humillado por unos jóvenes, mandó lleno de indignacion, que se ejecutasen sus órdenes; pero se vió, con general asombro, que las llamas del horno devoraron á los soldados, dejando intactos á los tres mancebos que paseaban por medio del fuego, entonando el sublime cántico que empieza con estas palabras: *Benedicite omnia opera Domini Domino etc.* Entonces reconoció el rey la crueldad que habia cometido, y admirado como todo el pueblo de tan prodigioso suceso, mandó salir del horno á los jóvenes, y esclamó: «Bendito sea el Dios de ellos, el de Sidrach, Misach y Abdénago, que envió su ángel, y libró á sus siervos, que creyeron en él, y mudaron la palabra del rey, y entregaron sus cuerpos por no servir ni adorar á otro ningun Dios, sino solo á su Dios... Pues yo he puesto este decreto, que todo pueblo, tribu y lengua cualquiera, que digere blasfemia contra el Dios de Sidrach, Misach y Abdénago, perezca, y su casa sea destruida; porque no hay otro Dios que así pueda salvar.» Despues de estas palabras ensalzó sobre todos los demas á estos tres mancebos en todo el reino de Babilonia.

ANASTASIA (Santa). Natural de Roma, é hija del pagano Pretextato, y de la cristiana Fausta. Educada en las sublimes máximas del Evangelio que desde niña procuró inculcarla su madre, fué creciendo nuestra santa en virtudes y en discrecion, siendo casi la principal ocupacion de su vida, el estudio y meditacion de la Sagrada Escritura. Cuando estuvo en edad á propósito, su padre la casó con un caballero romano, llamado Publio Patricio; y este acontecimiento que debia hacer su felicidad, inauguró la série de trabajos y aflicciones que pusieron á prueba su fortaleza y sublime paciencia. Era pagano su marido, y al saber la religion que profesaba Anastasia, ó bajo ese pretesto, empezó á atormentar á esta de la manera mas cruel. Lo primero que hizo fué encerrarla estrechamente; y mientras ella arrastraba su penosa existencia llena de miseria y de penalidades, él derrochaba en disipaciones y desórdenes de toda especie las considerables riquezas que su víctima le habia llevado en dote. Cuanto mas duro, cuanto mas atroz era el trato que la daba Publio Patricio, mas resplandecia su resignacion evangélica, su santa humildad. Por fin, murió el cruel marido, y viéndose Anastasia en posesion de las grandes riquezas que aun la quedaban, dedicóse á practicar todas las virtudes cristianas, llevando con mano pródiga socorros á los pobres y á los infelices confesores de Jesucristo, que por órden del empera-

dor Diocleciano ponian en los calabozos, esperando un martirio que diese fin á su vida y principio á su gloria inmortal. Estas visitas á las prisiones y otros actos de caridad, que llegaron á noticias de los ministros del emperador, hicieron sospechar á estos la religion que adoraba la santa, y para convencerse la prendieron con otras tres compañeras, queriéndolas obligar á que sacrificasen á los ídolos. Todas ellas se negaron á obedecer con admirable firmeza y serenidad, y en su consecuencia los verdugos dieron muerte á las tres compañeras, encerraron á Anastasia, y luego la desterraron á la isla Palmaria, con la idea de ver si separada de su ciudad natal y de todos los suyos, renunciaba á sus ideas. Pero como la fama de la virtud de Anastasia creciese en vez de disminuir, estendiéndose por todas partes, con gran detrimento de la idolatría, la llevaron nuevamente á Roma, en donde fué quemada viva á 25 de diciembre. Una mujer cristiana llamada Apolonia, recogió sus restos, y los enterró en el jardin de su casa, en donde despues se edificó la iglesia que lleva el nombre de la santa. El *canon de la misa* nombra á Santa Anastasia, de quien tambien hacen mencion los martirologios.

ANAXÁGORAS, filósofo griego, nació en Clazomena el año primero de la septuagésima Olimpiada, esto es, quinientos años antes de la era vulgar. Criado en la opulencia, dejó sus bienes á sus padres para dedicarse completamente al estudio. Y como no se conociesen entonces otros medios de instruccion, que los viajes, Anaxágoras comenzó los suyos á la edad de veinte años. Hallándose en Atenas se ejercitó en la elocuencia y en la poesía, hasta que, preocupado su ánimo por objetos mas sérios, quiso ser iniciado por Anaximenes y Hennotimo en los secretos de la filosofía. Continuó sus escursiones á diferentes puntos, al cabo de las cuales regresó á la gran ciudad, en donde tuvo por discípulos á Pericles, Eurípides, Sócrates y Temístocles. Pero la envidia, que rara vez deja de asestar sus tiros á los hombres superiores, se ensañó bien pronto contra Anaxágoras. Y era que en sus lecciones habia asegurado que los truenos, los temblores de tierra, los eclipses y demas fenómenos terroríficos para el pueblo, eran producidos por causas naturales, y de ningun modo efectos de la cólera celeste; por lo cual fué acusado de impiedad y encerrado en una cárcel. Pues proceso fué este, de cuyas consecuencias no pudieron libertarle la amistad ni la veneracion de Pericles, presidente, entonces, de la república, y á quien los consejos de Anaxágoras habian servido de mucho en distintas ocasiones. Algunos suponen que fué condenado á muerte, otros que á destierro. Segun muchos, y esta opinion es la mas probable, le proporcionaron los medios de sustraerse por la fuga á la rabia implacable de los pontífices. Sin embargo, este reves, como así tambien la muerte de sus hijos que vino á afligirle en aquel momento, no abatieron un ápice su ánimo. Anaxágoras encontró entre los habitantes de Lampsaque, á donde se retiró, la consideracion que merecia, los cuales despues de su muerte, que aconteció tres años mas tarde, cuando habia cumplido setenta y dos de edad, no contentos con grabar un epitafio sobre su tumba, llegaron á levantarle altares, segun Ælien. Ciceron describe de esta manera en dos palabras el carácter de este filósofo: *máxima fuit et gravitas et ingenii gloria*. Las obras que escribió no han llegado hasta nosotros.

ANAXARCO, filósofo favorito de Alejandro Magno. Con la misma libertad hablaba á este, que al mas insignificante de los hombres. Viéndole herido una vez, le dijo señalando con el dedo el punto de la lesion: «*Esa es sangre humana, y no la que anima á los dioses.*» Hallándose en otra ocasion sentado á la mesa, le preguntó aquel príncipe: «*¿Qué te parece el convite?*—

Muy bien,—respondió Anaxarco;—*pero le falta una cosa para que sea completo.*—*¿Cual?*—volvió á preguntarle Alejandro.—*La cabeza de un gran señor, con la cual pudiera haberse preparado un plato esquisito*,—contestó, dirigiendo al mismo tiempo su vista hácia Nicreonte, tirano de Chipre, que era uno de los huéspedes de Alejandro.» No olvidó Nicreonte el favor que habia querido dispensarle el filósofo, pero creyó conveniente reservarse el pagárselo para tiempo oportuno. Presentóse al fin la ocasion, con motivo de la muerte de Alejandro, y el tirano quiso preparar una comida con el cuerpo de Anaxarco. Al efecto, mandó que le metiesen en un mortero enorme y le machacasen con una gran mano de hierro, costumbre que aun en el dia se observa en Turquía con algunos reos muftis. Al tener el filósofo noticia del singular capricho del tirano, se le acercó y le dijo: «*Por mas que machaquen mi cuerpo, mi alma quedará ilesa.*» Entonces Nicreonte le amenazó con que mandaria que le arrancasen la lengua. «*No harás tal*,—respondió con calma inalterable Anaxarco, y cortándosela él mismo con sus propios dientes, la escupió á la frente del tirano.» Este dió la terrible órden de que le machacasen, y Anaxarco, que era escéptico, parece que aun dudaba de los tormentos que estaba sufriendo mientras le magullaban el cuerpo.

ANCEO, uno de los *argonautas*, y rey de los tegeates en la Arcadia. Refiérese de este príncipe un hecho casual seguramente, pero que puede ofrecer tal vez alguna importancia bajo el punto de vista de la historia de los tiempos en que floreció. Hallándose un dia en su cámara le dijo un esclavo que no beberia mas vino de su viña. Burlóse Anceo del vaticinio del esclavo, no alcanzándosele el motivo que pudiera haber para que se cumpliese, é inmediatamente mandó que le llevasen una copa llena de aquel licor. Esta órden fué al punto obedecida, pero antes de beber le advirtió el esclavo que el licor tenia aun mucho que andar desde la copa á sus lábios. En efecto, al tiempo de levantarla entraron á decirle que el javalí de Calidonia estaba en su viña. Anceo tira la copa, levántase al punto y sale en busca del cerdoso bruto, el cual no bien le divisa se lanza furioso á él y despedaza su cuerpo.

ANDRADE (don Fernan Perez de). Atribúyese á este caballero, por el licenciado Molinas en su *Descripcion del reino de Galicia*, un hecho cobarde, que, segun la mayor parte de los historiadores, fué ejecutado por Beltran Duguesclin, jefe de las compañías de mercenarios estranjeros que vinieron á España en auxilio de don Enrique de Trastamara. El hecho fué el siguiente. Derrotado el rey don Pedro de Castilla, llamado por unos *el Cruel*, y *el Justiciero* por otros, en los célebres campos de Montiel, tuvo que encerrarse en este castillo. Allí no podia permanecer mucho tiempo en atencion á estar cercado por las tropas de su hermano el de Trastamara; y no sabiendo tampoco de qué manera evadirse, prometió á Duguesclin una gran suma de dinero si protegia su fuga. El frances, en vez de rechazar como correspondia á un caballero la proposicion del vencido monarca, le engañó villanamente fingiendo acceder, y al efecto le dijo que así que viese en su tienda la señal en que quedaron convenidos, saliese de la fortaleza, porque aquella señal le manifestaria que no habia peligro. Hízolo así don Pedro; pero al penetrar en la tienda del miserable Beltran se encontró rodeado de gentes armadas y frente á frente con don Enrique. Los dos hermanos, que habian deseado una ocasion en que manifestarse el profundo ódio que se albergaba en sus corazones, se arrojaron uno sobre otro, y estuvieron luchando por algun tiempo á brazo partido. Al principio la victoria se mantuvo indecisa, y despues se declaró por don Pedro, que logró tener debajo á su hermano; pero enton-

ces el traidor Duguesclin, empleando todas sus fuerzas, varió la posicion de los luchadores, esclamando al mismo tiempo estas memorables palabras: *ni quito ni pongo rey, pero ayudo á mi señor*, despues de las cuales don Enrique acabó á puñaladas con su hermano, y empezó á reinar en Castilla con el nombre de Enrique II, el de las *mercedes*. Don Fernan Perez de Andrade era uno de los caballeros que seguian el partido del príncipe fratricida; pero achacarle á él la indigna hazaña que acabamos de referir, no puede tener otro fundamento que la poca justicia y el poco conocimiento con que de nuestras cosas suelen hablar los estranjeros. Por lo demas, el apellido de Andrade es uno de los mas ilustres de Galicia, y los que lo llevan descienden de nuestro Fernan Perez.

ANDRES (Juan), jesuita conocido mas generalmente por el nombre de *el abate Andrés*. Uno de los sábios que mas honran á nuestra nacion, y una de las principales lumbreras del siglo último. Era natural de Planes, en el reino de Valencia, nació en 15 de enero de 1740 y descendia de una familia distinguida. Manifestando desde niño una decidida vocacion para la carrera eclesiástica, entró en el Seminario de nobles de aquella capital, dirigido por los jesuitas, y en el noviciado no bien cumplió la edad de quince años. Ya cuando recibió las primeras órdenes llamaba la atencion por su laboriosidad estremada y notables talentos, así como tambien por lo irreprensible de su conducta, y en su consecuencia recibió poco despues el nombramiento de catedrático de retórica y humanidades en el colegio y universidad de Gandía. El ejercicio de este magisterio aumentó la suma de sus conocimientos, porque deseoso de desempeñarlo cumplidamente tuvo que aplicarse mas aun de lo acostumbrado, á fin de que esta obligacion no le distrajese de otros estudios sérios en que al mismo tiempo se ocupaba. Así siguió, con general aplauso, hasta la espulsion de los jesuitas de los dominios de España. Con este motivo salió Andrès de su patria, y se dirigió á Córcega y allí permaneció un año, pasando despues á Ferrara, en donde ocupó la cátedra de filosofía de la casa de su Orden. Durante su estancia en Córcega escribió un *Comentario sobre las desgracias sufridas por los jesuitas en su deportacion*; cuya obra, escrita en latin, se distingue particularmente por la pureza del lenguaje y elegancia del estilo. Profesó en 15 de mayo de 1773, y en 21 de julio del mismo año, Clemente XIV espidió el Breve, por el cual quedaba estinguida la famosa compañía de Jesus, que tan formidable poder habia llegado á adquirir, y contra la que se habia levantado un grito general. El marques de Bianchi, caballero de notoria ilustracion, ofreció en su casa de Mántua generoso asilo á nuestro compatriota, á quien profesaba particular estimacion por sus talentos y bellas prendas. Por entonces propuso la Academia de aquella ciudad un premio al que resolviese el *problema hidráulico* que la misma señaló. El premio lo ganó el famoso matemático Gregorio Fontana, y Andres, uno de los concurrentes al certámen, fué agraciado con el *accesit*. Dedicado entonces enteramente á las tareas literarias, no tardó en publicar un *Ensayo sobre la filosofía de Galileo*. El escelente desempeño de esta obra, y la circunstancia de estar escrita en italiano, aumentaron la merecida reputacion del sábio español, que así manejaba los estraños idiomas como el propio. El célebre Trabosquí elogió muchísimo el citado *Ensayo*; y al hablar en otra ocasion de Andres y de su famoso compatriota Lampillas, que habian defendido la literatura española contra el mismo Trabosquí, se esplicó en estos términos: *Andres defiende á su nacion con mejores armas que Lampillas, como lo prueba la modestia con que se esplica:..... no podia ser mejor defendida la causa de los españoles.* Andres adquirió numerosas y distin-

guidas relaciones en los viajes que hizo por diversos puntos de Italia, honrándose con su amistad y solicitándola los hombres mas notables por su saber y posicion social y hasta algunos soberanos. No hacia Andres estos viajes por el solo gusto de recorrer tierras, sino con el laudable pensamiento de aprender, ya visitando las mejores bibliotecas, ya frecuentando el trato y correspondencia de los sábios. Su actividad intelectual no se fatigaba; y ya por entonces dedicaba algun tiempo á su grande obra *sobre toda la literatura.* En 1793 publicó en Viena un opúsculo titulado: *Orígen y vicisitudes del arte de enseñar á hablar á los sordomudos.* Achaque ha sido de los estranjeros el apropiarse muchos inventos que pertenecen á españoles, no habiendo ellos hecho, á lo sumo, otra cosa que perfeccionarlos; pero deber es nuestro reclamar contra semejantes usurpaciones, que son tanto mas sensibles, cuanto que atañen á la gloria nacional. Esta tarea fué la que desempeñó con su acostumbrado acierto el abate Andres en el opúsculo que acabamos de citar, y en el cual, elogiando como se debe los talentos y trabajos de los abates L'Epée y Sicard, demuestra de una manera irrefragable, que los verdaderos creadores de aquel precioso arte, fueron Pedro Ponce de Leon, y Juan Pablo Bonet, frailes españoles, que vivian el primero en Orihuela á fines del siglo XVI, y el segundo en 1620 en Madrid, en donde publicó una obra relativa al mismo asunto. Las razones y datos del erudito Andres no han sido todavía rebatidos victoriosamente por ningun escritor frances, ni podrán serlo; tan fundados son aquellos. Tambien dió á luz en Viena nuestro Andres una obra sobre la literatura de aquella capital, y de regreso á Italia una *Relacion de sus viajes por aquella península.* El sitio de Mántua por las tropas francesas, en 1796, le obligó á retirarse á Colorno, en donde fué director del Seminario de nobles. Tres años despues evacuaron los franceses la Italia, y entonces nuestro compatriota fué encargado, por el emperador de Austria, de dirigir la universidad de Pavía, lo cual no llegó á realizarse, porque los franceses victoriosos volvieron á invadir el suelo que poco antes habian abandonado. Andres se refugió en Parma; y allí, como en todas partes, mereció las mas altas consideraciones, porque su fama era europea. Al momento el duque don Felipe le nombró bibliotecario suyo, y le admitió en su consejo privado. Tambien publicó en Parma una *Coleccion de cartas latinas é italianas* del sábio Antonio Agustin, al frente de la cual puso una estimable disertacion latina, con preciosas noticias acerca del ilustre prelado de Tarragona. Deseoso siempre Andres de que se restableciese en algun punto ó pais la estinguida Compañía de Jesus, para volver á su seno, vió cumplidas sus esperanzas, porque el papa Pio VII espidió en 1804 á favor del rey de Nápoles Fernando VII, que lo habia solicitado, el mismo Breve que tres años antes se habia concedido á los jesuitas de Rusia. La edad de Andres ya era avanzada, su salud estaba tambien quebrantada, tanto por los disgustos sufridos en su espatriacion, cuanto por los escesivos trabajos intelectuales; pero estos inconvenientes no le detuvieron en su resolucion, y renunció, para incorporarse á la Orden, las considerables pensiones que le habian concedido Cárlos III y Cárlos IV de España, y la archiduquesa María Beatriz de Este. Espulsados de Nápoles dos años despues los jesuitas, á consecuencia de la instruccion de José Napoleon, Juan Andres habia determinado refugiarse en Palermo; pero era tal el aprecio que de él hacian los napolitanos mas influyentes por su clase é ilustracion, que se le concedió permiso para vivir tranquilamente en Nápoles, y casi se le obligó á que aceptase la prefectura de la real biblioteca. La *Academia de Historia y bellas letras*, de la misma capital, le admitió en su seno, y algun

tiempo despues fué nombrado secretario de la de Antigüedades, como persona versadísima en este ramo. A la caida de Napoleon, volvió el rey Fernando á ocupar el trono de Nápoles, y Andres á desempeñar los cargos que antes tenia. Los escesivos trabajos y vigilias habian debilitado la vista de nuestro ilustre compatriota, que tuvo la desgracia de perderla totalmente. Por último, habiendo ido en 1817 á Roma á solicitar la beatificacion del jesuita Bobola, murió en aquella capital á la edad de 77 años. Casi toda la prensa europea publicó noticias biográficas de nuestro insigne compatriota, que por su vasto y estraordinario talento era admirado de los hombres mas eminentes en letras, mereciendo no menos elogios por sus virtudes cristianas, carácter amable y benéfico, uniéndose en él la sabiduría á la modestia, la humildad al mérito. El catálogo de las obras de este ilustre español es numerosísimo; y se asombra uno al ver que un solo hombre pudiera abarcar tantos conocimientos, siendo en todos sobresaliente. Hé aquí las obras principales de Andres, ademas de las ya citadas. *Prospectus philosophiæ universæ, publice diputationi propositæ in templo ferrarensi.—Carta al comendador L. Cayetano Valenti Gonzaga, sobre la corrupcion supuesta del buen gusto en Italia, en el siglo XV.—Carta al conde Alejandro Muravi-Bra, sobre el reverso de una medalla, no entendido por Maffei.—Carta al marques Paleotti sobre una demostracion de Galileo.—Disertacion sobre las causas del poco progreso de las ciencias en nuestra época.—Disertacion sobre la música de los árabes.—Orígen, progresos y estado actual de toda la literatura.—Carta al abate Santiago Morelli, sobre algunos manuscritos de las bibliotecas capitulares de Novara y de Vercell.—Esplicacion de un mapa geográfico de 1445, manifestacion de las noticias que se tenian de las Antillas en aquella época.—Investigaciones sobre el uso de la lengua griega en el reino de Nápoles.—Noticia sobre dos poemas griegos de Juan de Otranto y Jorge de Gallipolis en el siglo XIII.—Disertaciones sobre el culto dado antiguamente á Isis, sobre algunas inscripciones halladas en el templo de esta diosa, sobre el descubrimiento de Pompeya y Herculano, y sobre la figura de la tierra.—Disertacion sobre la autoridad de los pontífices.—Cartas familiares á su hermano don Cárlos.* Todas las obras de este catálogo, menos la primera que está en latin, y la última en español, están escritas en italiano, y la mayor parte de ellas traducidas á nuestro idioma. Algunas traducciones son de don Cárlos, hermano de don Juan Andres.

ANDRÓNICO I (Comneno), emperador de Oriente. Fué hijo de Isaac Comneno, nieto de Alejo I, y uno de los mayores mónstruos de crueldad que ha conocido el mundo. Antes de reinar se habia distinguido en el servicio de su hermano Manuel; pero este le aseguró en un convento, por hallarse complicado en una conspiracion contra su vida y su autoridad. Viéndose libre al cabo de algun tiempo, y repuesto en sus antiguos honores, volvió á sus primeras mañas, siempre con la idea de ocupar el sólio imperial. Muerto su hermano, quedó de tutor de su hijo Alejo II, luego fué cólega suyo, y finalmente asesinó al emperador y á su madre, quedando dueño absoluto del imperio en 1183. Su breve reinado fué una série de inhumanidades inauditas, que tenian en la mayor consternacion á sus súbditos; pues no parecia sino que se habia propuesto esterminar todo el imperio, y que se gozaba en este horrible placer. No hubo género de suplicio que no aplicase, y el llanto y las súplicas, lejos de aplacar aquella especie de locura furiosa no hacian mas que aumentarla. Unos morian crucificados, otros desollados vivos; á este le cortaban pies y manos; á aquel le arrancaban la lengua ó los

ojos; y en ocasiones aparecian colgados de los árboles algunos infelices á quienes no queria quitar enteramente la vida, para que fuese mas acerbo su tormento, ni despues de muertos permitia que les diesen sepultura. Pero tales horrores solo duraron dos años, y aun fué harto durar, porque la venganza popular fermentaba sordamente amenazándole con un fin espantoso. Y así sucedió: habiendo salido en persecucion de Isaac Angelo, con ánimo de quitarle la vida, el pueblo proclamó á este y se apoderó de Andrónico, ejecutando con él cuantas atrocidades puede inventar la venganza de un pueblo villana y horriblemente oprimido. Primero ataron á un palo al destronado emperador, que recibió en semejante actitud el escarnio é insulto de sus súbditos. Despues le sacaron un ojo, como él habia hecho antes con multitud de infelices, y montándole al reves en un borrico, le dieron la cola de este por cetro y una ristra de ajos por corona, y así le pasearon por toda Constantinopla, hasta que cansado el pueblo le abandonó á una porcion de mujeres, ó mas bien furias, que acabaron con él, despedazándole con garfios y otros instrumentos. El desdichado emperador parece que reconociendo al fin la Providencia Divina y lo mal que habia obrado durante su vida, se arrepintió de todos sus crímenes. Murió Andrónico en 1185.

ANDRÓNICO PALEÓLOGO, segundo de este nombre. Entre la larga série de príncipes que se sucedieron en el Bajo Imperio, señalóse Andrónico como uno de los mas incapaces para reinar, y al mismo tiempo como uno de los mas débiles, pues careciendo de voluntad propia, se dejaba llevar de consejeros pérfidos é hipócritas. Nació Andrónico por los años de 1258, y subió al trono de Constantinopla despues de muerto su padre Miguel VIII. Él solo dirigió las riendas del gobierno por espacio de doce años, pero conociendo su debilidad nombró por colega suyo á su primogénito Miguel IX, quien á su muerte dejó un hijo llamado Andrónico. Este jóven príncipe participó de la autoridad con su abuelo, pero eran tales los desaciertos é imprudencias del viejo emperador, que su nieto se vió precisado á rebelarse contra él y encerrarle en un convento en donde cuatro años despues acabó sus dias. Los consejeros que mas contribuyeron á su descrédito y perdicion, abusando hasta el estremo de su espíritu apocado y ridículamente supersticioso, fueron su tia la condesa Eulogia, y su primer ministro Musalon; la primera de un carácter inquieto, falso, hipócrita y desordenado, y el segundo uno de esos hombres inconstantes, sin ideas ni principios fijos, y que así defendia hoy una cosa, como mañana abogaba por la contraria, fingiéndose segun convenia á sus planes ora católico, ora cismático. Tales eran las personas que dirigian la conducta de Andrónico II, y tales fueron los resultados. Por sugestiones suyas y por las amenazas que le hacian de la condenacion eterna que le esperaba, si no seguia sus consejos, el supersticioso emperador pidió y sufrió una penitencia pública, en castigo de haber conservado la union de los griegos con los latinos. El comercio, la marina, la administracion toda se resentia de tal estado de cosas, y el pueblo se hallaba abrumado por los enormes tributos que se le imponian. Agregábase á estas causas de ruina la acuñacion de una moneda que nadie queria; de suerte que el imperio caminaba á grandes pasos hácia su perdicion. Los venecianos, los genoveses y otros estranjeros se aprovecharon de tamaños desórdenes, é hicieron varias incursiones por los dominios de Andrónico; quien temiendo mayores é irreparables desastres reclamó el apoyo de los catalanes. Las hazañas que estas tropas, al mando del templario Flor, hicieron en aquellos lejanos paises, son una de las paginas mas brillantes de nuestra historia. A poco de presentarse Flor con su va-

liente ejército tomaron los negocios un aspecto mas halagüeño, hasta que por último derrotados los turcos quedó el imperio libre de los enemigos que le habian puesto al borde del precipicio. En premio de tan eminentes servicios, Andrónico dió á Flor la mano de su hija y el título de César, que no disfrutó mucho tiempo, porque el viejo Andrónico, dejándose dominar como siempre por los consejos de los viles cortesanos que le rodeaban, entró en sospechas contra Flor y mandó asesinarle. Su teniente el duque Entenza fué preso, con la idea sin duda de que no se rebelase, pero los bravos soldados españoles alentados por la rábia que les inspiraba el horrible atentado cometido contra su jefe, se estendieron por las provincias del imperio, llevándolo todo á fuego y sangre.

ANELLO, ANIELLO ó *Masaniello* (Tomas). Jefe de la revolucion que estalló en Nápoles en 1647 contra el gobierno español, cuyos enormes tributos y arbitrariedades ya no podia sufrir el pueblo. Cuando ocurrió este suceso, famoso en la historia, no tenia Anello mas que 24 años, y era pescador de oficio. Púsose al frente de la sedicion, durante la cual se adoptaron cuantas medidas de terror pueden imaginarse para sacudir el yugo que pesaba sobre Nápoles, suprimir los impuestos escesivos, y confirmar las libertades del pueblo; resultado que se consiguió mas tarde. Las turbas, como sucede siempre en las grandes convulsiones, cometieron toda clase de escesos; degollaron y ahorcaron sin piedad á los empleados y á otros muchos infelices, á quienes no valia ni aun el sagrado asilo de las iglesias; prendieron fuego á las casas, se entregaron al saqueo y al pillaje, y hasta paseaban públicamente las cabezas de las víctimas puestas en la punta de las lanzas. Las fatigas é inquietudes de aquellos dias de luto y esterminio, causaron en Masaniello tal agitacion que cayó en un delirio, del cual no volvió, sucumbiendo poco despues bajo el puñal de un asesino. Su cuerpo, que habia sido llevado en triunfo por las calles de la ciudad, fué luego arrastrado inhumanamente.

ANIBAL, hijo de Amilcar, fué uno de los capitanes mas famosos que se han conocido. Cuantas prendas pueden adornar á un guerrero eminente y á un gran político, todas las reunia el general cartagines. Nacido para los combates, y educado en los campos de batalla, y con un maestro tan consumado en el arte de la guerra como su padre, desde muy niño empezó á dar muestras nada equívocas de lo que llegaria á ser algun dia. La prudencia, el valor, la reflexion, la actividad, el genio, el amor á su patria, la abnegacion, eran las dotes que entre otras de no menos valer, le distinguian. Veintiseis años de edad contaba solamente, cuando le fueron confiadas las fuerzas de la república de Cartago, que empleó primero contra España, cuya conquista debia ser la compensacion de las pérdidas anteriormente sufridas por los cartagineses en otras guerras, y despues contra los romanos á quienes habia jurado ódio eterno desde niño. Pasó pues á la península ibérica con su ejército, y se apoderó sucesivamente de varios pueblos importantes, y entre otros de las ciudades de Altea, Salamanca y Sagunto. La resistencia que le opuso la segunda de estas tres ciudades fué heróica; pero nada comparable con la de la inmortal Sagunto, cuya memoria vivirá mientras el mundo exista, para asombro y ejemplo de las generaciones. De todas las ciudades aliadas de Roma, Sagunto (hoy Murviedro) era la mas importante, y como tal el triunfo de Anibal hubiera sido el mas glorioso, por su significacion y trascendencia; pero cuando penetró en ella no encontró mas que ruinas y cadáveres; porque los habitantes prefirieron matarse é incendiarla á rendirse á los cartagineses. A su paso por España, Anibal se habia casado con Hi-

milce, ilustre dama de Castulon, ciudad que se hallaba situada cerca de Baeza; y con esta alianza se grangeó en parte el afecto del pais que iba á conquistar, y en el cual habia estado, siendo de edad de 9 años. Destruida Sagunto, y persuadido de que los romanos no podrian ser vencidos sino en su propio pais, en la misma capital de su imperio, pensó en la conquista de la ciudad eterna, y se puso en marcha con un ejército de 50,000 infantes y 9,000 caballos. Atravesó las Galias, salvó el Ródano, y forzando las marchas se vió en pocos dias al pié de los Alpes. El paso de estas últimas montañas cubiertas de nieves, de hielos y de agua; el frio, la aspereza del camino, rodeado de precipicios, la fatiga del soldado, las enfermedades y la estacion, lo gigantesco de la empresa, capaz de acobardar el ánimo mas resuelto, nada arredró al valeroso cartagines, cuyo nombre no hubiera necesitado mas que este admirable hecho para inmortalizarse como uno de los mas grandes héroes. Al descender á la llanura, su ejército solo constaba de 33,000 hombres; pero Anibal estaba en Italia, y sus deseos quedaban por entonces satisfechos. Empezó, pues, la guerra, y en tres grandes batallas consiguió tres victorias contra igual número de cónsules. Estas batallas fueron las del Tesino, el Trebia y el lago Trasimeno; y los cónsules Cornelio Scipion, Sempronio Longo y Cn. Flaminio. Las pérdidas de los romanos ascendieron solo en la batalla de Trevia á 26,000 soldados, y en la del lago Trasimeno á mas de 20,000 entre muertos y prisioneros. Pero esperaban otros triunfos mayores aun al intrépido general cartagines. Las desastrosas nuevas de estos sucesos llenaron de consternacion á la soberbia Roma, que acostumbrada á encender la guerra en la casa agena, la veia arder ahora en la propia, amenazando devorar su mismo recinto. Con este motivo la república recurrió al medio que en otras ocasiones la habia salvado, á la dictadura, y en este concepto puso su suerte, su autoridad y su poder en manos de Quinto Fabio Máximo, conocido con el dictado de *Cunctator*, ó contemporizador, por su sábia conducta. Pero no acomodaba mucho á los romanos, en aquella peligrosa coyuntura, la hábil astucia de Quinto Fabio, que á la cualidad de prudente político reunia la de buen capitan; lo que querian era actividad, conjurar pronto la tormenta, cualesquiera que fuesen los medios que para conseguirlo hubieran de emplearse, no reflexionando cuán perjudicial suele ser la ligereza en los grandes conflictos. Así, pues, se asoció por colega á Minucio Rufo, jefe de los caballeros, sin conseguir con esta determinacion resultado ventajoso alguno. Creia Quinto Fabio, y no sin razon, que lo mas acertado entonces era estar á la espectativa, cansar al enemigo con contínuas marchas, evitando el venir á las manos hasta que hubiera probabilidades de vencerle; pero sus consejos no fueron oidos, y no bien espiró su dictadura, fueron elegidos cónsules y generales del ejército Terencio Varron y Lucio Emilio Paulo. En tiempo de estos, es decir, en el año 538 de Roma y 216 antes de Jesucristo, se dió la memorable batalla de Canas, batalla de consecuencias inmensas y que tal vez hubiera concluido con el poder romano, si Anibal hubiera marchado en derechura y sin tomar descanso á la misma capital de la república. Las pérdidas de los romanos consistieron en 67,000 hombres entre ginetes é infantes, y el intrépido africano envió á Cartago tres modios de anillos de los caballeros que quedaron muertos en el campo. No se aprovechó Anibal de la victoria como debiera, antes por el contrario, la ociosidad y placeres de sus soldados en la deliciosa Capua, no solo relajaron un tanto la disciplina y mucho el bélico ardimiento de estos, sino que dieron tiempo á sus enemigos para irse reponiendo poco á poco, y prepararse á nuevas empresas. Así es que, cuando

Anibal, saliendo de aquella ciudad, se dirigió contra la capital de la república para sitiarla, ya los romanos estaban prevenidos, y le esperaban sin temor alguno; mandando ademas á España algunos auxilios, para que viese el general cartagines que tenian fuerzas sobradas para resistirle. Y, en efecto, ya por estas causas, ya tambien porque el rigor del invierno le obligase á ello, es lo cierto que Anibal tuvo que levantar muy pronto el campo. No adelantó despues mucho la guerra, pudiendo decirse que durante algun tiempo fué mas espectante que activa. En tanto Cartago estaba entregada al desórden, por las divisiones y ambicion de los partidos que pretendian dominar; y solo la presencia de su antiguo libertador creyeron que podria salvarla nuevamente. Mientras esto sucedia en Cartago, Asdrubal, hermano de Anibal, que habia acudido á socorrer á este con poderosas fuerzas, fué muerto en la batalla del Metauro por Claudio Neron, quedando tambien en el campo gran parte de su ejército. El general romano tuvo la crueldad de mandar á Anibal la cabeza ensangrentada de Asdrubal. Esta era una gran desgracia para su patria, cuya ruina ya consideraba él inevitable, si no se ajustaba una paz que la diese el reposo de que tanto necesitaba. Inútiles fueron sus esfuerzos para conseguirlo, cuando llamado por Cartago, que por todas partes se veia cercada de peligros, se avistó con Escipion, general romano, quien no conformándose con las proposiciones de Anibal siguió la guerra contra este, derrotándole completamente en la batalla de Zama, en la que los cartagineses perdieron cuarenta mil hombres entre muertos y prisioneros, no sin haber hecho prodigios de valor, así Anibal como los soldados. Aquí termina verdaderamente la historia de este hombre admirable; porque en los dias que le quedaron de vida, anduvo errante de corte en corte, siendo en todas ellas perseguido por la influencia y espionaje de Roma. Por último, avergonzado de la mengua de su degenerada patria, que humildemente pedia la paz al vencedor, se envenenó en 183 antes de Jesucristo, siendo de edad de 64 años. En el paso de los Alpes habia perdido un ojo á causa del escesivo frio, segun se dice, y habiéndole retratado un pintor, sin duda por adularle, con dos ojos, le devolvió su obra dándole á entender su desagrado. A otro que le retrató de perfil le recompensó, demostrando en esto, que le disgustaba todo lo que sirve para disfrazar la verdad, por mas que lisonjee, y que el génio artístico consiste en saber encubrir los defectos sin faltar á lo que aquella exige.

ANICETO. La historia conserva con la misma imparcialidad los nombres y los hechos de los verdaderos héroes, que los de los que han vivido para oprobio de la humanidad; conserva los de los primeros para que sirvan de ejemplo y de modelo á las generaciones, y los de los segundos para huir de imitarlos, y para aborrecerlos por sus crímenes. Al número de estos últimos perteneció Aniceto, liberto y ayo de Neron, durante los primeros años de este príncipe cruel. Como condescendiese y aun fomentase todos los caprichos y malos instintos de su amo, llegó á merecer con el tiempo su confianza, siendo vil y cobarde instrumento de crímenes que horrorizarian á las mismas fieras. Pero entre todos ninguno como los ejecutados con Agripina y Octavia, madre la primera, y la segunda esposa de Neron. Como no hubiese respetos que sujetasen las inhumanidades de este mónstruo coronado, ni su propia sangre estaba libre de ellas; y habiendo determinado acabar con la que le habia dado el ser, consultó su proyecto con su digno amigo y consejero. Aniceto lo aprobó, como tenia de costumbre, y aun aceptó la comision de realizarlo, tanto mas cuanto que de tiempos atras odiaba á Agripina, siendo correspondido de esta en iguales términos. Y pasando de

los pensamientos á las obras, mandó construir una galera, dispuesta de tal suerte que, cuando la imperial matrona estuviese dentro de ella, se sumergiese en las aguas. No salió, sin embargo, la prevenida tragedia á gusto de los malvados, y Agripina logró salvarse á nado, pero como el jefe de aquel infame complot se hallaba interesado en llevarla á cabo, despachó algunos sicarios, que al fin dieron con ella en la casa y habitacion en donde se habia escondido, y sin atender á su sexo, clase, ni estado la quitaron la vida. No sabia el emperador á qué espediente recurrir para desembarazarse tambien de su mujer Octavia, puesto que no habia ninguno justo; pero á todo ocurrió el pérfido ingenio de Aniceto, quien no vaciló en declararse adúltero, y mas, seguro de antemano de que aquella maldad no habia de perjudicarle en nada, antes al contrario, pues Neron era pródigo en recompensar tales servicios. La infeliz Octavia, en consecuencia de la falsa delacion, pereció desangrada en su baño, y su asesino Aniceto vivió en el colmo de la riqueza y de la dicha, si dicha puede gozar el que falta á todas las leyes divinas y humanas. Para que fuese menos notable el escándalo, Neron le desterró á la isla de Cerdeña, en la cual murió sin que nadie le turbase en la tranquila posesion del fruto de sus iniquidades.

ANTÍGONA, modelo de piedad filial, y de amor fraternal. Pocos son los hechos que tenemos que referir de esta notable princesa; pero ellos solos hablan con mas elocuencia que las numerosas páginas en que están consignados los de los mas famosos héroes. Habíase desterrado voluntariamente su padre Edipo, y como este era ciego, Antígona renunció á todo lo que poseia por seguirle y acompañarle en su desgracia, sirviéndole de lazarillo con la tierna solicitud de una verdadera hija. En otra ocasion habiendo el tirano Creonte prohibido que se diese sepultura á Polinice, hermano de Antígona, esta sin mirar el peligro que la amenazaba, quebrantó la injusta prohibicion, lo cual acrecentó la cólera del tirano en términos que la condenó á perecer de hambre en una estrecha y oscura mazmorra; pero ella se ahorcó. Eman, á quien estaba prometida la mano de la infeliz doncella, se arrancó una vida que ya no podia ofrecerle ningun atractivo habiendo dejado de existir su amada.

ANTINOO. Las estátuas que aun se conservan en Roma, y que representan la figura de este personaje, y las medallas en que constan algunas circunstancias relativas al mismo, acreditan, así la gentil belleza de Antinoo, como la impúdica lascivia del emperador Adriano, quien no obstante su filosofía se entregó con él á las mas repugnantes obscenidades: concibiendo tal pasion, tal adoracion por sus atractivos, que despues de su muerte, amargamente llorada por el emperador, hasta llegó á dedicarle en varios puntos como en la Arcadia, templos, sacerdotes y culto, verificándose en ciertas épocas, con pomposas ceremonias, fiestas y juegos en honor suyo. No todos los escritores que han hablado de Antinoo están conformes acerca del fin que este tuvo; las opiniones mas seguidas son la de Dion, que dice que pereció ahogado en el Nilo, y la de otros sábios que, con mejores datos, afirman que hallándose gravemente enfermo el lascivo emperador, se dispuso un sacrificio mágico para salvar su vida, y que aquel hermosísimo jóven fué la víctima que pagó con la suya voluntariamente lo mucho que su gratitud debia á Adriano.

ANTIOCO IV, rey de Siria, hijo de Antioco el *Grande*. No tenia cualidad ninguna buena; su historia es un afrentoso borron, que resalta mas al lado de la de su padre, protector del pueblo judío, que le amaba tanto como le aborreció á él durante su reinado.

Un príncipe usurpador, sacrílego, insensato, cruel y amigo del pillaje como él, nunca inspirara simpatías en el mundo, y siempre atraerá sobre su cabeza la cólera Divina, que, aunque no en todas las ocasiones se manifiesta de una manera visible, no por esto deja de caer sobre los malvados. Llamáronle tambien Epifanes, que quiere decir *ilustre*, pero mal se aviene esta calificacion con las iniquidades á que le precipitaban sus inclinaciones perversas. Sus primeras hazañas fueron el sitio y toma de Jerusalen, de cuya ciudad deseaba apoderarse para desfogar su rabia contra los judíos. Logrado su intento, y acrecentado su furor con la embriaguez de la victoria, no hubo crímen que no cometiese, pues no parecia sino que en su demencia, hasta quisiera que aquella santa ciudad tuviera una cabeza sola para cortarla de un golpe, como Neron deseaba respecto del mundo entero. El número de víctimas que sucumbieron á la furia del vencedor, fué considerable, contándose entre ellas el anciano Eleazar y los siete hermanos macabeos; depuso á Onías, sumo sacerdote, el templo fué saqueado y la profanacion entró por sus puertas, pues en el mismo augusto recinto se hicieron sacrificios á los dioses del paganismo. Tambien intentó convertir en objeto de sus usurpaciones á sus dos sobrinos Demetrio y Tolomeo Filometor, rey aquel de Siria y este de Egipto. Al primero le robó el trono, pero el segundo le resistió valerosa y afortunadamente, y le derrotaron sus ejércitos Matías y Judas Macabeo, no teniendo mejor suerte en Elimaida, cuyos templos, llenos de riquezas, eran grande incentivo de su baja y sacrílega codicia. ¿Pero cómo habia de respetar las cosas divinas un príncipe que era modelo de disolucion, escándalo y estravagancia, siendo sus amigas las mujeres públicas, sus templos los lupanares y tabernas, y las personas á quienes honraba de la mas abyecta clase de la sociedad? El cielo cansado de semejante mónstruo, le castigó de la manera mas terrible que puede concebir la mente. Judas Macabeo habia derribado el ídolo colocado en el templo, despues de hacer varias conquistas en la Judea; noticioso de ello Antioco jura esterminar á todos los judíos, convirtiendo en sepulcro la ciudad Santa, y manda al que dirigia su carro que corra sin parar hasta Jerusalen; pero se siente atacado de improviso de horribles dolores; la rabia le da alientos para soportarlos, y repite el imperioso mandato; el carro prosigue su rápida marcha, corre mas y mas, pero tropieza, vuelca y Antioco queda con el golpe que recibe en tal estado, que hubo que retirarle moribundo en un sillon. Su cuerpo medio cadáver inspiraba una repugnancia indecible, porque por todas sus partes le salian gusanos y las carnes se le caian á pedazos, despidiendo una fetidez tal que se percibia á gran distancia y no podia soportarla el ejército. Conociendo, pues, que se acercaba su última hora, llamó á sus amigos y les dijo las siguientes palabras: «El sueño se ha alejado de mis ojos, mi corazon está enteramente abatido, y me devora la pena que sufro. En lo interior de mi corazon he dicho: ¡oh á qué afliccion estoy reducido, y en qué abismo de tristeza me veo sumergido, yo, que antes era tan dichoso y tan querido, en medio del poder que me rodeaba! Ahora se presentan á mi imaginacion los daños que causé á Jerusalen... Reconozco, en fin, que esto es la causa de mis males, y el esceso de mi tristeza me hace perecer actualmente en tierra estraña.» Antioco murió en el año 164 antes de Jesucristo, haciendo en sus últimos momentos liberales promesas respecto de Jerusalen, del templo, y hasta ofreció convertirse á la religion judáica y recorrer el mundo publicando la omnipotencia de Dios. El heróico ejemplo de los siete hermanos macabeos, que prefirieron perder la vida á violar la ley de Dios, fué despues seguido por otros muchos habitantes que empeza-

ron á rebelarse abiertamente contra el rey de Siria.

ANTIOPE. La hermosura dió á esta mujer gran fama en Grecia; pero este mismo don la acarreó no pocas desgracias, verificándose en ella lo que ha dicho uno de nuestros poetas contemporáneos:

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!

Era Antiope hija de Niceto rey de Tebas, quien la persiguió cruelmente por un desliz que tuvo con su amante, sin que la valiera el fingir que este era Júpiter, creyendo que así aplacaria la cólera del autor de sus dias. Antiope abandonó el hogar paterno, é imploró el amparo de Epopeo, rey de Sicione. Mal podia este negarlo á la bellísima princesa, que ya con sus atractivos le habia cautivado; así es que, ademas de acogerla en el régio asilo, se casó con ella, sin que sirviera de escrúpulo á su pasion el recuerdo de la causa que le habia obligado á salir de casa de su padre. Se conoce que Epopeo era hombre despreocupado. No parece que lo era tanto Niceto, porque luego que tuvo noticia del paradero de su hija, declaró la guerra á quien menos debia declararla, es decir, á su yerno; pues al fin este habia lavado con su casamiento la mancha echada por otro sobre la reputacion del rey de Tebas. En tanto Júpiter (llamémosle así, puesto que no consta el nombre del infame seductor) en tanto Júpiter, decimos, se reia como un bellaco, despues de haber arrojado la manzana de la discordia. Niceto no pudo realizar su venganza, porque quedó herido de muerte en el campo de batalla; pero tenia un hermano, llamado Lico, y este se encargó de castigar el crímen que tamaños desastres acarreaba. Aun seguia la guerra, cuando la muerte de Epopeo, acaecida á poco de la del rey de Tebas, la puso término. Entonces Antiope fué encerrada en una estrecha y lóbrega cárcel; y para que nada faltase á su desdicha, allí dió á luz á Anfion y á Zetes. Así siguió por espacio de algunos años la desventurada princesa, hasta que sus hijos siendo ya grandes la pusieron en libertad, asesinaron á Lico, y para mayor escarmiento ataron á Dirce, su esposa, á los cuernos de un toro, que enfurecido con la carga que le habian echado encima hizo pedazos á aquella infeliz.

ANTÍSTENES. Fué el fundador de la secta de los cínicos, y como tal su jefe. Los severos principios que constituian los principales fundamentos de su escuela, hubieran dado con el tiempo buenos frutos, si sus sucesores hubieran seguido el camino que él les dejó trazado, pero apartándose los discípulos de la senda del maestro, su doctrina fué degenerando hasta convertirse en un conjunto de estravagancias y desórdenes lamentables. Resuelto á dar á conocer su filosofía, empezó á esplicarla por los años de 324 antes de Jesucristo; pero oyó á Sócrates, y el maestro, arrebatado por su elocuencia, quiso convertirse en discípulo, diciendo á los que concurrian á oir sus lecciones: «*Id á buscar maestro, que yo ya he encontrado el mio.*» Antístenes profesaba el mas profundo desprecio á todas aquellas cosas que mas deslumbran los ojos del mundo y que mas estima el hombre, prefiriendo la virtud á las mayores riquezas, porque la verdadera riqueza, segun él, consistia en la virtud, y esta en el desprecio de que tanta gala hacia. Y así, uniendo á la teoría el ejemplo, hizo pública almoneda de todos sus bienes, no consistiendo los que se reservó en otra cosa que en una capa sucia y andrajosa. ¡No hubiera hecho otro tanto ninguno de nuestros modernos profesores de filantropía y de moralidad! Antístenes se envolvia en una capa vieja; no faltan ahora gentes que por tenerla nueva sacarian á pública subasta sus creencias políticas, su religion, y hasta sus padres. No todo, sin embargo, debia ser virtud en el filósofo cínico; pero virtud, hipocresía ú orgullo,

siempre aquellos rasgos eran señales de un corazon grande. Sócrates le dijo: «*Se trasluce tu vanidad por los agujeros de tu capa.*» En materia de religion seguia la doctrina de su venerable maestro, y en medio de un pueblo idólatra predicaba la unidad de Dios, pero al mismo tiempo la apología del suicidio. Segun él, la filosofía sirve *para vivir uno consigo mismo*, á cuya máxima pudiera muy bien añadirse: *y para poder sufrir á los demas.* Era tal el respeto que le inspiraba Sócrates, y tal la influencia de sus doctrinas en su ánimo, que desafiando á la intemperie, la aspereza del camino, el hambre, la sed, la desnudez, todos los dias andaba cuarenta estadios, por disfrutar de su conversacion y sociedad, apoyado en un báculo y con un morral á la espalda. Su larga barba, su aspecto serio y grave; la fe en sus ideas que, como hemos dicho, iban seguidas del ejemplo, acreditaron su escuela, y aun la hubieran acreditado mas, á no caer en el estremo en que suelen dar todos los grandes hombres, todos los inventores de sistemas, que es el quererlos imponer á la fuerza, digámoslo así, á los demas. Su amarga ironía fué orígen de la muerte de Mélito, y del destierro de Anito, matadores de Sócrates. Preocupado con su despreocupacion, persiguió con las armas de sus terribles sarcasmos á los que no querian renunciar al lujo, á la riqueza, al amor, á las distinciones, etc.; y como todavía no ha habido un pueblo en el que haya existido jamas tan heróica abnegacion, sucedió que poco á poco le fueron abandonando sus discípulos, no quedándole mas que el famoso Diógenes, uno de los que mas consecuentes fueron siempre con sus severas máximas. Antístenes, como todos los filósofos célebres de la antigüedad, ha dejado sentencias que demuestran el conocimiento profundo que tenia de la sociedad y del corazon humano. «*Vale mas*, decia, *caer entre las garras de los cuervos, que en manos de los aduladores, pues aquellos solo hacen daño á los muertos, al paso que estos devoran á los vivos.—El único bien que no se puede arrebatar, es el placer de haber hecho una buena accion.—A los envidiosos les consume su carácter, como al hierro el orin.—Tan absurdo es apresurarse á separar el trigo de la cizaña, como el licenciar en un ejército los soldados inútiles ó inválidos, sino se purga despues la sociedad de los malos que la corrompen.*»

ANTONINO (Tito-Livio Aurelio), emperador de Roma, á quien dieron el dictado de *Pio* por sus eminentes virtudes. Si bendiciones mereció de sus pueblos, bendiciones ha merecido de la posteridad, y su nombre será ensalzado hasta la consumacion de los siglos. Pocos príncipes se han sentado sobre el trono con mas bellas cualidades que el que fué padre y protector del pueblo romano, por espacio de veinte y dos años, y que es objeto de estas líneas. *Padre de los hombres* debia mas bien llamársele; y con razon, pues el imperio romano se estendia entonces por gran parte del mundo. Nació Antonino en Lanuvio, ciudad de Italia, hácia el año 86 de Jesucristo; y antes de ocupar el sólio imperial, desempeñó varias funciones importantes, como el proconsulado de Asia, el gobierno de Italia y el consulado en el año 120, sabiendo conquistar, en todos ellos, el afecto de los corazones con su afabilidad, moderacion, prudencia, rectitud y sábia administracion; cualidades que despues habia de desplegar con mas esplendor colocado en mas grande esfera. Con tan buenas prendas logró que le adoptase el emperador Adriano, despues de cuya muerte subió él al trono. Como su corazon solo le dictaba sentimientos generosos, quiso inaugurar su reinado con un acto que llevase el consuelo á infinidad de familias, poniendo en libertad á los desgraciados que gemian en las cárceles y que estaban ya sentenciados á morir por su antecesor Adriano. Este y otros rasgos de humanidad, á que no estaban acos-

tumbrados los pueblos, fueron acogidos con universal aplauso; y el Senado acordó que se le erigiesen estátuas, dándole el sobrenombre que la historia ha conservado. Este mismo respetable cuerpo intentó, poco despues, procesar á los que imprudentemente habian conspirado contra Antonino, cuando su advenimiento al trono, pero el emperador dijo: «*No quiero dar principio á mi reinado con rigores; ni me honraria mucho el que vuestras informaciones probasen que me odian algunos de mis conciudadanos.*» Esta benévola mediacion libró de la muerte á muchas personas, no muy honradas por cierto, que no sufrieron otro castigo que el destierro. La administracion del imperio, las economías, la supresion ó rebaja de tributos que abrumaban demasiado á los ciudadanos, la justicia, las reformas en muchos ramos del gobierno, la decidida proteccion á las ciencias y artes, todo fué objeto de los desvelos y paternal solicitud de este modelo de príncipes. Oia las quejas de los súbditos, para proceder con mas conocimiento y acierto en sus determinaciones, y prohibió que se les apremiase en la exaccion de las contribuciones, como era costumbre. No le bastaba su patrimonio para dar toda la espansion que deseaba á su caridad; y su mano socorrió infinitas veces á la indigencia y la orfandad. Tan sublimes acciones merecian ciertamente una gran recompensa; ¿y cuál mas digna que el amor de sus pueblos, que le consideraban como padre, y el respeto y admiracion de los estraños, cuyos monarcas solicitaban su amistad y acudian á tributarle homenaje? No buscaba él la gloria en el estruendo de las armas, en el ardor de los combates, en la ruina y desolacion de ciudades y reinos conquistados; bastábale la paz para ser amado, y para ceñir su frente con inmaculados laureles. Así es que todo el imperio floreció durante su reinado, con no visto esplendor, y los mismos bárbaros respetaban su nombre y contenian la secreta tendencia que les impelia á la guerra y á estender sus conquistas, cuando alguna calamidad afligia á cualquiera de sus pueblos; cuando la carestía, el hambre, el incendio, la epidemia, las inundaciones, etc., hundian en la miseria y en el dolor á una ciudad, á una provincia, al punto acudia con el remedio su mano pródiga. Roma, Narbona, Antioquia y otras ciudades fueron reedificadas á costa del tesoro público, en su reinado, y hermoseó muchas poblaciones con magníficos edificios y útiles establecimientos. Tales fueron sus nobles conquistas, en nada parecidas á las de los que solo respiran sangre y destruccion, así es que contínuamente decia, oyendo ensalzar á esta clase de héroes: «*prefiero la vida de un ciudadano, á la muerte de mil enemigos.*» Su liberalidad rayaba ya en el esceso; despues de cumplir las prodigalidades que, al tiempo de su adopcion, ofreció al pueblo, á su propia costa, cedió todo su patrimonio al Estado, sin quedarse mas que con el usufructo para sí y su hija Faustina, á quien casó con Marco Aurelio. Los pobres siempre encontraban en él un protector, los cristianos un príncipe benéfico y amigo, y á él se debe la célebre carta en que se mandaba que estos fuesen absueltos, y castigados sus acusadores. Las sublevaciones no las apagaba con sangre, ni las reprimia con espada vengadora; poseia él un arma mucho mas poderosa, la clemencia, con la cual supo hacer de enemigos admiradores. Su carácter bondadoso resplandecia en todas sus acciones, y solo se le vió encolerizarse en un acceso de delirio que tuvo en la enfermedad que le condujo al sepulcro, en el año 161 de Jesucristo, y aun esto únicamente contra los enemigos de su pueblo. Refiérese una anécdota que pinta muy bien la moderacion de Antonino, y que por ser tan característica merece consignarse aquí. Cuando era proconsul de Asia, tuvo que pasar por Esmirna, y fué hospedado en la casa del sofista Palemon. Hallábase este ausente á la llegada de Antonino, y

cuando regresó á su casa y supo lo ocurrido en su ausencia, se enojó de tal manera y tal ruido movió, que el proconsul tuvo que abandonar aquel poco hospitalario asilo á deshoras de la noche. Siendo emperador Antonino, aquel mismo sofista, que sin duda por aprender á disputar se habia olvidado de aprender cortesía y humanidad, se vió precisado á ir á la capital del imperio á ciertos negocios, cuyo buen despacho le interesaba. Solicitó al efecto una audiencia del emperador, y este, recordando lo que le habia sucedido tiempos atras con el escelente Palemon, lejos de vengarse de él, le dijo en tono jovial: «*he mandado que se os prepare habitacion en mi palacio; ocupadla, pues, y no temais que ningun imprudente os eche de ella á media noche.*» La muerte de este ilustre y benévolo príncipe, uno de los mejores que ha conocido el mundo, fué universalmente sentida, porque en él perdia el género humano un verdadero padre, mas que monarca, un hombre que habia nacido para respetar la virtud y el mérito, y servir de modelo de una y otro á los súbditos y á los reyes.

ANYES ó AGNESIO (Juan Bautista), Teólogo, humanista, predicador y poeta apreciable. Nació en Valencia en el año de 1480, á 30 de marzo, y descendia de una familia genovesa. La fama de sus virtudes, y la no menos merecida de sus talentos, le conquistaron el aprecio público y el de algunos prelados y personajes distinguidos, cuya proteccion le hubiera proporcionado altos y honoríficos empleos, á no ser él tan modesto y humilde de suyo, que preferia el retiro y la pobreza á todos los esplendores mundanos. Sus disposiciones eran felicísimas, su aplicacion infatigable; y así no era estraño que, tanto en el estudio de la teología y la filosofía, como en el de la poesía y las lenguas latina y griega, sobresaliese entre los estudiantes que en su tiempo concurrian á la universidad de Valencia. Siendo ya de bastante edad obtuvo un beneficio en la catedral de esta ciudad en 1553, y terminó sus dias en una casa estramuros de la misma, perteneciente al conde de Oliva que le apreciaba en estremo. Aunque el estudio y constante meditacion de la Escritura y de los Santos Padres le absorvia mucho tiempo, no por esto descuidó el apostolado evangélico, que desempeñó durante cuarenta años, habiendo pasado tambien á Ayora, en el de 1538, á predicar la doctrina cristiana á los moriscos de aquel valle. La lápida que cubria su sepulcro, y que en la guerra de la Independencia fué destruida por las tropas francesas, contenia este espresivo epitafio á su memoria:

Hic jacet pium Sacerdos, doctissimus Theologus,
Castitatis decus,
R. P. D. Joannes Baptista Agnesius.
Qui obiit Anno D. 1553. Augusti 6.

En su predicacion del valle de Ayora compuso una obra poética titulada: *Pro sarracenis neophytis.* El erudito don Vicente Jimeno, en su obra *Escritores del reino de Valencia* cita algunas de Juan Bautista Anyes, y entre otras: *Egloga in Nativitati Christi, Excellentissimo principi D. Ferdinandi Calabriæ Serenissimæque augustæ Aragonum Germanæ dicta.*=*Apologia in defensionem virorum Illustrium Equestrium, bonorumque Civium Valentinorum, in civilem Valentini populi Seditionem, quam vulgo Germaniam olim apellarunt.*=*Tertia Apologia, in venatores pro avibus cum expositione multarum avium sermone Græco, Latino atque Valentino.*=*Elegia in qua, cùm extrema omnium virtutum ruina, túm universa pene nostrorum temporum deflentur, arguuntur mala.*=*Panthaliæ libri* XXVII. La facilidad de Agnesio para escribir en verso era admirable. Segun su amigo y discípulo don Francisco Centelles en 1518, habia ya escrito doce libros de epígramas; y la última obra citada, en verso la mayor parte, y cuyo manuscrito se conserva en la librería de la catedral de Valencia, se distingue

por la variedad, gusto é ingenio que en ella se advierten.

APARICIO, escultor español. El arca, que en 1033 construyó por encargo de don Sancho el Mayor, rey de Castilla, para guardar el cuerpo de San Millan que yacia en un sepulcro de piedra desde su muerte, le dió merecida nombradía. Dicha arca está en el monasterio de Suso, es de madera chapeada de oro, con labores de márfil, y tiene entalladas multitud de imágenes con piedras preciosas, y otras de cristal. Los diversos compartimientos de esta obra representan los principales episodíos de la milagrosa vida de San Millan, así como tambien los príncipes, religiosos y demas personas que ayudaron á costear el arca, cuya longitud es de vara y media por cinco sexmas de elevacion. Entre todas estas figuras llaman la atencion dos con capa y cabellera á la antigua, y una inscripcion que dice: *Apparitio Scholastico*, *Ramirus rex.* Créese que *Apparitio* es el maestro que dirigió la obra, y que otras dos representan los oficiales que le ayudaron, porque la primera de ellas es un viejo, que con un escoplo labra un escudo, y la segunda un jóven que lo sostiene, con un rótulo del cual solo pueden leerse estas palabras: *Tro, et Rodolpho filio.* Esta antiquísima construccion es de bastante mérito, teniendo en cuenta la época en que se hizo.

APCHON DE CORNEJON (Claudio Marco-Antonio). Nació en Mont-brison en el año de 1722, y murió en Paris en 1783, despues de haber sido obispo veinte y un años, obispo de Dijon y arzobispo de Auch. Aquí debia terminar nuestra tarea de biógrafos, si solo hubiéramos de ocuparnos de esas ruidosas hazañas que deslumbran al mundo; porque ni Apchon arruinó ciudades, ni hizo derramar á nadie una lágrima de dolor. Pero ¿cómo no mencionar siquiera algunos de los sublimes rasgos de caridad cristiana, qué enaltecieron al buen prelado durante su vida, y que despues de su muerte trasmitieron su nombre á la posteridad? Decir que Apchon fue un dechado de virtudes, de celo apostólico y de moralidad evangélica, seria poco decir, porque otros muchos prelados han dado iguales pruebas, no haciendo en esto mas que cumplir con los deberes de su sagrado ministerio. Pero cuando el deber se convierte en sublime abnegacion, en sacrificio heróico, no es justo escasear las alabanzas, ya que, por desgracia, mas suelen tributarse al vicio que á la virtud. Con motivo de un incendio que amenazaba devorar á dos tiernas criaturas, el venerable obispo ofreció un premio de cien luises al que las salvase; pero viendo que nadie se atrevia á ejecutar tan arriesgada empresa, no obstante haber duplicado el valor del premio, y que, por otra parte, el peligro era cada vez mas inminente, resolvióse él mismo á dar ejemplo, subió por una escalera, entró por una ventana que ya empezaba á desplomarse, hasta el sitio en donde se hallaban los dos inocentes niños, y atravesando las llamas que ya le cercaban por todas partes, logró verse en salvo con la preciosa carga, pocos momentos antes de hundirse la casa. El asombro y enternecimiento de los circunstantes, fueron cuales debe imaginarse; pero llegaron á su colmo al oir al prelado estas palabras, que revelan toda la grandeza de su generosidad. «¡Me parece que nadie me disputará el premio que he ganado, y que ninguno de vosotros quiso aceptar! Ahora bien; cedo gustoso esta suma que me pertenece, en favor de estas dos criaturas.» Dícese tambien que al tomar posesion del arzobispado de Auch, una enfermedad causaba grandes estragos en los ganados, y que para remediarlos compró siete mil reses vacunas que regaló á los infelices pueblos de su diócesis. Sus considerables rentas no le bastaban para socorrer la miseria de los pobres, que le consideraban como un padre, á pesar

de no reservarse él para sí propio mas que una cantidad insignificante, atendida su clase y sus necesidades. En sus instrucciones pastorales, como en todos los actos de su vida, brilla en toda su belleza la caridad evangélica; y un conocido escritor italiano, el Padre Soave, ensalza en una de sus novelas morales la accion heróica de Apchon, salvando del incendio á los dos niños.

APELES, el mas célebre pintor de la antigüedad. Segun Ovidio era natural de la isla de Cos, patria tambien de Hipócrates, y floreció 300 años antes de Jesucristo. Sus mejores cuadros y los que le han inmortalizado son los dos de *Alejandro*, de la *Victoria* y de la *Fortuna*, el de la *Calumnia*, el de *Antígono* y el de *Venus*. El héroe macedonio no quiso permitir que nadie le retratase mas que Apeles, cuyo genio admiraba, y á quien colmó de toda clase de recompensas, llegando á tal punto su aprecio y amistad hácia él, que le cedió su propia favorita, que con sus gracias habia cautivado el corazon del grande artista. En uno de los retratos de Alejandro, este famoso conquistador se veia representado con el rayo de Júpiter en la diestra, habiendo tal verdad en la pintura, que segun Plinio, parecia que la mano y el rayo saltaban del lienzo. En el otro estaba Alejandro montado en el Bucéfalo; vió el cuadro este monarca, y manifestando al pintor lo poco que le agradaba su obra, acertó á pasar por allí un caballo que al punto empezó á relinchar, clavando sus ojos en el cuadro; lo cual dió motivo á que Apeles dijese á Alejandro: «*Mas perito es en pintura un caballo, que un rey de Macedonia.*» Conocida es tambien de todo el mundo la contestacion que dió á un zapatero, que alentado por la docilidad del pintor, se entrometió á censurar lo que no entendia. Acostumbraba Apeles á poner sus obras al público, con el objeto de corregirlas, antes de darles la última mano, en vista de las observaciones juiciosas que se le dirigiesen. El zapatero criticó una sandalia de una de sus figuras, y el artista se apresuró á enmendarla, porque vió que, en efecto, aquel tenia razon; pero como despues se atreviese á criticar una pierna, Apeles le dijo: «*Ne sutor ultra crepidam*», cuyo sentido equivale al de nuestro refran: «*Zapatero á tus zapatos.*» Para ocultar el defecto de *Antígono*, que era tuerto, le retrató de perfil, sin que por esto perdiesen nada la semejanza y perfeccion de la obra. Cuando Apeles creia que sus cuadros, aunque estuviesen concluidos del todo, no alcanzaban la perfeccion que él deseaba, ponia al pié de ellos *Apeles faciebat*, y *fecit* en aquellas que le satisfacian completamente. Tres fueron únicamente las que merecieron esta distincion de parte del pintor; el retrato de Alejandro con el rayo de Júpiter, el de la Venus dormida, y el de esta diosa saliendo del seno del mar. Y á propósito: un pintor le presentó un cuadro de esta misma divinidad, rica y soberbiamente ataviada, con el objeto de oir su parecer. «*Paréceme*—dijo Apeles—*que no habiendo podido hacer á tu Venus hermosa, la has hecho rica.*» A otro que se preciaba y envanecia de pintar con mucha ligereza, le dijo: «*Bien se conoce.*» Los necios eran la pesadilla del gran artista, y en diferentes ocasiones los persiguió inexorablemente con los finos y satíricos rasgos de su genio. Un dia en que uno de los sátrapas de Persia principió á hablar impertinencias acerca de la pintura, en el estudio de Apeles, este le dijo: «*Mientras has guardado silencio te tenia por un hombre superior á los demas; pero desde que has hablado te considero inferior á los muchachos que me muelen los colores.*» Hallándose en la corte de Tolomeo, despues de la muerte de su protector y amigo Alejandro, le acusaron de conspirador contra la vida de aquel monarca, y hubiera sufrido la pena capital á no declararle inocente uno de los verdaderos conspiradores. Inventó Apeles

cierto barniz para conservar las pinturas, y el negro de marfil quemado.

APICIO. Así como, Neron por su crueldad, Creso por sus riquezas, y Alejandro Magno por sus conquistas, se hicieron célebres, así tambien Apicio se distinguió por su heróica glotonería, y merece ocupar siquiera un breve espacio en una obra como la nuestra, destinada á consignar los nombres y acciones de las notabilidades de todo género. No se confunda, sin embargo, el Apicio de que hablamos con otros dos, romanos tambien como él, y que se hicieron famosos por sus hazañas gastronómicas, uno en tiempo de Sila y Pompeyo, y otro en el de Trajano. Este floreció, ó mas bien, *devoró* en el reinado de Augusto; y cuando le preferimos á sus rivales, es porque su voracidad fué mas considerable. No entrarémos en los detalles de las infinitas victorias que alcanzó contra los individuos mas robustos y suculentos del reino animal (pues los del vegetal eran enemigos que despreciaba); pero no podemos menos de decir que fué un mónstruo de crueldad con ellos, pues ademas de matarlos, se los comia sin compasion ni remordimientos. Su genio culinario corria parejas con su devoradora gula; y entre otros preciosos inventos con que dotó á su patria, merecen singular mencion las tortas *apicias*. Fundó tambien una escuela pública de glotonería, que contaba con mayor número de alumnos que cualquiera de las cátedras mas concurridas de nuestras universidades. Calcúlese lo que este *héroe* necesitaria para satisfacer su apetito, cuando despues de haber gastado una fortuna opulenta se envenenó, porque creia que con las doscientas cincuenta mil libras que le quedaban, no tendria lo suficiente para satisfacer su gula. Un hombre de tanto genio, como hemos dicho, y de tan consumada esperiencia, no podia menos de poseer bien el arte en todos sus ramos, y de trasmitir á la posteridad el fruto de sus observaciones y vigilias. Convencido de la utilidad de que estas fuesen conocidas, escribió una obra titulada: *De gulæ irritamentis*, y otra de *Obsoniis et condimentis sive de arte coquinaria libri X;* aunque esta se atribuye tambien al Apicio contemporáneo de Trajano. Plinio le llama *Nepotum omnium altissimus gurges.*

APOCAUCO, griego. Es un hecho constante que la desgracia ha de perseguir al hombre de bien, y la fortuna halagar á los malvados; hecho tanto mas estraño, cuanto que donde mas se suelen observar tan notables contrastes es en las cortes, es decir, en donde menos debian observarse, porque reunidos en ella como en su centro natural los hombres que mas trato y conocimiento tienen del mundo, y sobre todo los que pueden levantar á los que viven en humilde situacion, apenas se concibe cómo los malos medran y los buenos sucumben en la miseria, cómo aquellos gozan, cuando estos sufren. Muchas veces podrá no conocerse al hombre perverso; pero muchísimas no solo se le conoce, sino que se le consiente, no solo se le consiente sino que se le busca, se le protege y se le encumbra. Andrónico, emperador de Constantinopla, tenia formado de Apocauco el concepto que puede formarse de la criatura mas vil y miserable; y, sin embargo, en vez de separarle para siempre de su lado, fuéle elevando desde agente ó comisionado de la cobranza de rentas públicas, á las primeras dignidades y puestos del imperio, como cuestor, gobernador de la corte, gran duque etc. Era Apocauco hombre inquieto, intrigante, adulador, ingrato, audaz, todo lo que hay que ser, menos honrado; y á él achacaba el pueblo la mayor parte de las calamidades que sobre él pesaban. Llegaron á su noticia estos rumores, y para inutilizar á sus enemigos mandó construir nuevas prisiones, en las cuales se prometia ponerlos á buen recaudo. No le salió, sin embargo, tan derecho el in-

tento como se habia imaginado, pues un dia que fué á visitar aquellos establecimientos en que gemian por su culpa infinidad de desgraciados, uno de ellos llamado Raoul, se puso á la cabeza de sus compañeros, y asesinaron á Apocauco, asesinato que costó mucha sangre, porque la emperatriz reclamó la venganza de Andrónico, quien despues de asegurarse de sus personas, mandó degollar á todos con inaudita barbárie. Antes habia tratado Apocauco de persuadir al criado mayor de Cantacuceno, á que matase á Andrónico, y se apoderase del trono, pero aquel era demasiado leal para cometer semejante atentado, y lejos de eso coronó al que hubiera sido su víctima, á seguir los consejos del pérfido Apocauco. Lo mismo intentó respecto de Cantacuceno, cuando este se hallaba en Asia peleando; su plan era asesinarle y apoderarse del emperador para encerrarle en una torre. Felizmente el cielo no permitió que se consumasen tantos crímenes, si bien el traidor Apocauco, que dominaba en Constantinopla, llenó de infelices víctimas los calabozos, habiendo encendido la guerra civil con su genio turbulento.

APOLO. Uno de los dioses de la antigua idolatría, á quien la mitología hace hijo de Júpiter y de Latona, y considera particularmente como dios de la poesía, de la música y de la medicina. Su culto se hallaba universalmente establecido, y tuvo muchos y magníficos templos, siendo los principales el de Delfos, el de Argos y el de Augusto, en la ciudad eterna. Conociósele tambien con los nombres de Patareus, Pythius, Nomius, Delius, Smintheus, Cynthius y Thymbraeus; y se le representa bajo la figura de un gallardo y hermoso jóven, desnudo ó ligeramente cubierto, con una corona de laurel ceñida á una larga y rizada cabellera, armado de arco y carcax, ó con una lira en la mano. Los símbolos de Apolo eran el laurel, la oliva, la langosta, los gallos, y el ciervo. Entre las muchas hazañas que la mitología refiere de esta divinidad, las principales son: la muerte dada por él á la serpiente Pithon, á los cíclopes y á las hijas de Niobé; el certamen musical en que venció á Pan y á Marsias, y la construccion de los muros troyanos. Fué causa de varias trasformaciones como la de Clytia en tornasol, la de Dafne en laurel, la de Jacinto en la flor que lleva este mismo nombre y la de Cyparisa en árbol. La estátua de Belvedere, una de las obras mejores de la antigüedad, es la representacion mas perfecta de Apolo. Dicha estátua se conserva en el Vaticano.

APOLODORO de Damasco. Floreció en tiempo de Trajano, y se hizo célebre por sus obras arquitectónicas. Este emperador le mandó construir el Foro y la famosa columna que llevan su nombre, una magnífica biblioteca, un *odeum*, algunas termas y acueductos, la basílica Ulpiana, y un puente sobre el Danubio en la baja Hungría. Para construir el Foro Trajano, hubo que rebajar 144 piés de montaña, y el puente que hemos citado tenia 21 arcos de 170 piés de anchura, y los pilares 150 de altos. Esta soberbia obra era una de aquellas construcciones colosales, que los romanos en los dias de gloria y de poder iban sembrando, digámoslo asi, en los paises por donde pasaban sus ejércitos. La fuerza, rapidez y anchura de aquel rio en el sitio en donde se levantó el puente, habian menester una obra sólida y de resistencia que desafiara á los siglos. Todavía se ven algunos restos de la de Apolodoro de Damasco. No podia sufrir este célebre arquitecto el parecer de las personas ignorantes en arquitectura, cualquiera que fuese el rango y clase de ellas. Así es que, queriendo Adriano, que á la sazon se dedicaba á pintar ciertos frutos, esponer su dictámen acerca de un punto del arte de Apolodoro, un dia en que el arquitecto hablaba de lo mismo con Trajano «*Id*,

le dijo, *á pintar vuestras calabazas.*» No gustaba mucho tanta franqueza á Adriano, y desgraciadamente tuvo que comprenderlo así, á costa de su vida, Apolodoro, porque consultado por aquel emperador acerca del templo de Venus, una de sus obras, y contestándole en una carta: «*El templo no está concluido con bastante perfeccion; es muy bajo, y las estátuas de la diosa muy grandes, en términos que si quieren levantarse para salir no podrán;*» Adriano mandó que le quitasen la vida.

APOLÓNIDAS, médico famoso en la corte de Artajerjes. Tenia este príncipe una hermana llamada Amitis, de quien Apolónidas se llegó á enamorar perdidamente. La jóven princesa padecia algunas indisposiciones, y el médico logró persuadirla de que el único remedio para desvanecerlas era que siguiera sus amorosas inclinaciones, declarándose él mismo uno de los mas apasionados admiradores de sus gracias. Poco fundamento debia tener este dictámen, porque al cabo de algun tiempo enfermó gravemente Amitis, quien en vez de aliviarse sucumbió á su dolencia. Apolónidas, que se habia ausentado durante la enfermedad de Amitis, fué entregado á la madre de esta, que se vengó mandando que le enterrasen vivo en el mismo dia del fallecimiento de aquella, no sin haberle hecho sufrir antes horribles tormentos. No todos los biógrafos están conformes acerca de este hecho, pero en los *Viajes de Antenor* se lee que Apolónidas fué sepultado antes de morir la hermana de Artajerjes, y que esta para abreviar su suplicio le mandó una copa de cicuta.

APOLONIO. Nació en la ciudad de Tiana, (Capadocia) algunos años antes de Jesucristo. Otros con menos ingenio, con menos sagacidad y menos aplicacion que él al estudio, consiguieron embaucar al pueblo con sus profecías; Apolonio con mas elementos para distinguirse en la ocupacion á que se habia dedicado, alcanzó cuanta gloria y prosperidad podia esperar. Tal vez habria buena fe en sus predicciones, por mas engañosas que en sí fueran, pues desde su infancia se entregó á los estudios filosóficos y físicos, y es probable que llegase á creer aquello mismo á que otros estraños á esta pasion nunca debieron dar crédito. La filosofía de Pitágoras era la norma de su conducta y de todas sus acciones; y como escrupuloso observador de las doctrinas del maestro, vivia con severa frugalidad, no alimentándose de otra cosa que de legumbres, absteniéndose del vino y del comercio con el otro sexo, repartiendo sus bienes entre los pobres, frecuentando los templos, y ejecutando otras muchas obras piadosas y caritativas. Estas prácticas ejemplares, unidas á las sentencias enfáticas y misteriosas de que llenaba sus discursos, llegaron á causar una viva impresion en el pueblo. Tambien es posible que Apolonio se burlase para sí de aquello mismo con que adquiria prosélitos y admiradores, y que solo fuese un impostor vulgar; pero sea de esto lo que quiera, es lo cierto que todo el mundo le miraba con veneracion, que las ciudades le mandaban diputados, que los artesanos abandonaban sus talleres por seguirle, y que hasta los mismos oráculos pronunciaban alabanzas suyas. En la India, en Persia, en Egipto conferenció con los bracmanes, los magos y los gimnosofistas, presentándose como un atrevido reformador de las costumbres públicas en muchas ciudades populosas como Atenas, Corinto, Nínive, etc. Refiérense algunas anécdotas de Apolonio que, si no prueban el don de milagros y de profecías, acreditan al menos que era hombre discreto y astuto, y que sabia dejar siempre una puerta franca á sus vaticinios, por si le salian mal. Sirvan de ejemplo las siguientes. Hallándose en tiempo de Neron en Roma, á donde habia ido para ver de cerca, segun decia, *qué animal era un tirano*, encontró cierto dia en

una calle el cortejo fúnebre de una jóven de una de las principales familias consulares; acercóse al ataud, tocó el cadáver, pronunció algunas palabras en voz baja, y la doncella recobra el sentido, se levanta, sale del féretro y se vuelve muy tranquila á casa de sus padres. Este suceso, ya fuese casual, ya concertado con personas interesadas en que asi se verificase, aumentó su fama y el número, ya crecido, de sus incautos admiradores. Aun causó mas sensacion en la culta capital del imperio el que va á continuacion. En un eclipse que hubo de sol, durante el cual se turbó la atmósfera y se oyeron algunos truenos, el célebre adivino esclamó en tono profético y dirigiendo sus ojos al cielo: «*Sucederá alguna cosa grande, y nada sucederá*;» que fue como si nada hubiera dicho realmente; pero la casualidad favoreció tambien esta vez su vaga prediccion; porque estallando una gran tempestad á los pocos dias, á tiempo que Neron comia, cayó un rayo sobre la mesa, y partió la copa en que bebia el tirano, sin tocar á este. A no ser por la tempestad, es probable que nadie se hubiera acordado de las palabras que dias antes habia pronunciado Apolonio; pero con el motivo espresado, todo el mundo las aplicaba al caso presente, asombrándose de que tan ajustadas le viniesen. Vespasiano consideraba á Apolonio como un hombre divino; Domiciano intentó quitarle la vida por conspirador, pero no logró haberle á las manos, porque huyó de Roma, temiendo, con razon, que aunque habia resucitado á la doncella consular, no pudiera resucitarse á sí propio si una vez le separaban del tronco la cabeza. Salvada esta parte que tanta falta le hacia para seguir engañando al mundo, se presentó en Puzol, en donde hizo creer que habia andado en medio dia cuatro jornadas, gracias al amistoso auxilio de un espíritu infernal. Acusado de magia en tiempo del emperador Domiciano, le raparon el pelo y la barba, y entonces dijo estas palabras: «*No sabia que mi barba y mi pelo fuesen culpables en este negocio.*» Indignóse mas y mas con esta sátira Domiciano, y en su consecuencia le sujetaron con esposas y le encerraron en un calabozo. «*Si verdaderamente soy mago*,—exclamó—*¿cómo podréis aherrojarme?*» En una ocasion el rey de Babilonia le pidió un medio para reinar tranquilo y seguro: «*Tened*—le contestó—*muchos amigos y pocos confidentes.*» Cuando Apolonio murió, que fué á fines del primer siglo, le erigieron estátuas, é hicieron honores, dignos mas bien de una divinidad que de un hombre.

APPIANO (Santiago), príncipe de Piombino. Vivió en el siglo XV, y era sobrino de Martin V. Como su esposa no le hubiese dado sucesion, trató Santiago de asegurarla, contrayendo relaciones con una jóven, en quien, en efecto, pasado algun tiempo se vieron señales de que la prometia. Llegado el término del embarazo, llamó Appiano á los florentinos y saneses para que asistiesen al bautismo, reuniéronse los diputados de estos pueblos, y llegó por fin el dia por todos tan esperado. Pero la jóven dió á luz un niño negro, accidente que afligió en estremo al príncipe y que dió no poco que murmurar, porque coincidió con la desaparicion repentina de un moro de la corte. Appiano habia dado en matrimonio una hija suya á un individuo de la familia de los Ursinos, y á consecuencia del suceso que acabamos de referir, pasó á estos últimos el estado de Piombino, en 1634, á Nicolas Ludovisio, duque de Fiano, como feudo imperial, por venta que de él le hizo Fernando II, despues de estinguida la familia Appiana, y en 1707 a la familia de Buoncompagni, de los duques de Sora.

APPIANO (Santiago de). No hay que confundirle con su padre que llevaba el mismo nombre que él, y que habia sido decapitado por órden del emperador Carlos IV. Cuando volvió á Pisa Pedro Gamborti, jefe de uno de

los partidos de esta ciudad, nombró á Santiago canciller perpétuo de la república, como una de las personas en quien mas confianza tenia; pero Santiago, lejos de agradecer los beneficios de su protector, se aprovechó de la influencia que le daba su alto empleo, para derribar á los Gambortis que le habian elevado, uniéndose al partido gibelino. No juzgándose Appiano con fuerzas suficientes para llevar á cabo por sí solo el intento que meditaba, coligóse con Juan Galeas Visconti, señor de Milan, sublevó el pueblo de Pisa, y cayeron bajo el puñal de sus secuaces dos de sus enemigos. A pesar de que los hechos hablaban con harta elocuencia, no se atrevia Pedro Gamborti á sospechar de la fidelidad de Appiano, antes atribuia á otros lo ocurrido; así es que, cuando los suyos se presentaron á él ofreciéndole su ayuda, los despidió diciendo que no la habia menester, y solicitó una audiencia de su antiguo protegido. Appiano le pagó la deuda de gratitud que con él tenia, mandándole asesinar no bien estuvo en su presencia, y otro tanto sucedió poco despues con sus hijos. Saqueáronse entonces las casas de los partidarios del asesinado príncipe, y no oponiéndose ya nada á la ambicion de Santiago, este se tituló señor de Pisa. De los dos hijos que tenia murió el mayor, y Juan Galeas trató de escluir al segundo de la herencia paterna, viviendo aun Appiano, pero el ejército milanes fué derrotado, Galeas Visconti se rindió, y el hijo segundo de Santiago, llamado Gerard, heredó la corona de su padre que murió en 5 de setiembre de 1398.

AQUILINO (Cayo Veccio Juvenco), presbítero español, descendiente de una familia nobilísima. Grande y justa celebridad le ha dado su *Historia evangélica*, uniendo Juvenco á esta gloria la de haber sido el primer poeta de la era cristiana que se dedicó á la poesía sagrada. Consta la citada obra de cuatro tomos, y comprende toda la historia evangélica, en versos exámetros, escritos con suma facilidad y admirablemente ajustados á los testos de los Sagrados libros. De este poeta cristiano, dijo San Gerónimo, que habia sabido sujetar la majestad del Evangelio á las leyes de la versificacion. El autor dedicó al emperador Constantino su grande obra, que siempre ha merecido elogios en cuantas ediciones se han hecho de ella.

AQUILIO (Manio), colega de Mario y Consul. Las victorias que alcanzó en las guerras contra los esclavos, hicieron célebre su nombre. Jefe de estos era Antenion, hombre de fuerza estraordinaria, pero aun era mayor la de su enemigo, como lo demostró el suceso de que pasamos á ocuparnos. Como la guerra se prolongase mas de lo que naturalmente debia esperarse, sin resultado decisivo en favor de ninguno de los dos ejércitos, en los diferentes combates que se sucedieron, acordaron los jefes terminarla mediante un desafío entre ellos dos. Verificóse, en efecto, este singular combate, y Antenion quedó vencido, siguiéndose al poco tiempo la derrota de los rebeldes. Nada hubiera empañado la fama de Aquilio, si aquí hubiese terminado todo; pero no sucedió así. Algunos esclavos se mataron unos á otros, recelando la suerte que les aguardaba cayendo en manos de sus enemigos, los demas capitularon con el general romano, pero no tardaron en arrepentirse, porque queriendo el vencedor conducirlos á Roma para que en el circo sirviesen de espectáculo al pueblo, y de presa á las fieras, siguieron el ejemplo de sus desgraciados compañeros, librándose con su muerte de la ignominia que les preparaban. Al llegar Aquilio á la ciudad eterna, solo le honraron sus conciudadanos con la *ovacion*, pues el *triunfo* se reservaba para empresas mas altas y honoríficas que las de vencer esclavos. Acusado de haber abusado de su autoridad, debió su absolucion á los servicios que habia prestado en Sicilia

durante la guerra de los esclavos, á que dió feliz término; y algun tiempo despues murió de órden de Mitridates, contra quien habia ido á combatir.

ARBOGASTO (El conde de). Era frances, y peleó al servicio del emperador Teodosio en las Galias contra Victor, hijo de Máximo, á quien mató en 389 en medio de un combate. Esta muerte le valió el ser nombrado prefecto del Pretorio. No fué tan afortunado con Valentiniano, si bien es cierto que él mismo tuvo la culpa, porque habiéndole empeñado en una guerra funesta contra los galos, este emperador le destituyó de sus empleos. No era, sin embargo, Arbogasto, hombre á quien atemorizase el enojo de su príncipe, ni á quien contuviesen respetos y consideraciones, y mucho menos confiado como estaba en el crédito que se habia adquirido en la milicia, y así cuando recibió la órden, lejos de darle cumplimiento, la hizo pedazos publicamente; Valentiniano apareció poco despues degollado en su lecho en Viena del Delfinado. Despues de la muerte de este príncipe, Arbogasto se declaró en favor de un tal Eugenio que disputaba el trono de los Césares á Teodosio, y aun fué dichoso en algunos encuentros con las tropas del emperador; pero la fortuna empezó á abandonarle, y temiendo dar en manos de Teodosio, se suicidó en el año de 394 de Jesucristo.

ARBULO MARGUVETE (Pedro de), escultor español, y natural, segun se cree, de Santo Domingo de la Calzada, en cuya poblacion vivió mucho tiempo. Sobresalió este artista en la rotundidad y grandeza de las formas, en la habilidad en descubrir el desnudo, en la de indicar las carnes cubiertas y en el desempeño de los pliegues de los paños, ejecutados con gran verdad. Se conoce en las figuras el profundo estudio que Arbulo habia hecho de la anatomía; y á juzgar por el estilo de sus estatuas y bajos relieves, parece que estudió en Florencia, ó fué aventajadísimo discípulo de Alfonso Berruguete en Castilla. El retablo mayor de la villa de San Asensio, en la Rioja, que aun hoy existe, es una obra que atestigua el genio y habilidad de nuestro compatriota. Compónese dicho retablo de dos cuerpos sobre un zócalo, y un sotabanco, en el cual están representados en bajo relieve, la cena, el lavatorio de los piés, la oracion del huerto y la prision del Señor. Consta el primer cuerpo de seis pilastras jónicas con cinco nichos; en el del medio está la Ascension de Jesucristo, que es el misterio titular; en los dos inmediatos las estátuas de los apóstoles San Pedro y San Pablo, y encima de estas las de los Evangelistas, y en los otros dos la Encarnacion y Nacimiento de Jesucristo, figurados en bajo relieve. Igual número de pilastras y nichos contiene el segundo cuerpo, con la diferencia de que aquellas no son jónicas como en el primero, sino corintias. En los nichos están la Venida del Espíritu Santo, las estátuas de San Juan y de Santiago, y los bajos relieves de la Circuncision del Señor, y la Adoracion de los Santos Reyes. Corona el retablo el Juicio Universal, cuyas figuras son redondas y grandes, y hay un precioso tabernáculo de dos cuerpos sobre la mesa del altar. Murió Arbulo en la villa de Briones, el año de 1608.

ARC (Juana D') y no *de Arco*, como el mal gusto de algunos escritores traduce este apellido, popularmente llamada la *Doncella de Orleans*, adquirió merecida celebridad no solo por su denuedo en las batallas, sino por la influencia que supo ejercer en la suerte de la Francia durante el siglo XV. Nació en Domremy el año 1410, pueblo entre Vaucouleurs y Neufchateau en la ribera del Mosa, que separaba la Champaña de la Lorena. Llamábanse sus padres Santiago D'Arc é Isabel Romée, pobres y honrados campesinos. Educada humildemente, apenas sabia co-

ser é hilar, pues su principal ocupacion se reducia á apacentar los ganados de su padre. En cambio iba adquiriendo de dia en dia una salud envidiable, una robustez varonil, y como era de hermosas facciones y de gentil y aventajada presencia, simpatizaba á primera vista y cautivaba la atencion de todos por su natural talento. Los moradores de su pueblo eran partidarios de los Armañacs, y tenian recias desavenencias con un pueblo inmediato que se mostraba adicto á los Borgoñones. Juana presenciaba y aun tomaba parte en las discusiones públicas, y no dejó de conocer que semejantes contiendas eran el orígen de los desastres que asolaban la Francia. Adicta á las prácticas devotas, imaginóse haber recibido de la misma Divinidad la mision de salvar á su patria lanzando de ella á los ingleses, aliados de los borgoñones, y restablecer en el trono á su monarca lejítimo Carlos VII. Avistóse con el gobernador de Vaucouleurs para que participase al rey su resolucion de salvarle, y le indujese á suspender las hostilidades hasta mediados de la cuaresma «*época santa* (añadia) *en que Dios me auxiliará. Facilitadme una buena escolta y salvaré al pais. Iré en busca de nuestro soberano y le conduciré á Reims, donde será coronado á pesar de los ingleses.*» Rióse el gobernador al oir tan estraña proposicion, y tratando de visionaria á la heroina, la despidió con desprecio. Contábanse ya prodigios de las virtudes y talentos de Juana, á quien el vulgo empezaba á tener por una angelical criatura que el cielo habia puesto en el mundo para consuelo de los desgraciados. El duque de Lorena, en una de sus peregrinaciones, admirado de los prodigios que se referian de la modesta vírgen, y agobiado por una enfermedad que no sabian curar los facultativos, quiso consultar á Juana. Esta le dijo que para recobrar su salud debia abstenerse de la vida viciosa y disoluta que llevaba, consejo que por atrevido y acertado en demasía disgustó soberanamente al duque, y la arrojó de su presencia. Entonces declaróse tambien enemigo suyo el gobernador de Vaucouleurs y mandó que el cura la exorcizase como poseida de los demonios. Para probar Juana que lejos de tener relacion alguna con los espíritus infernales, era protegida por el cielo, anunció que el ejército de Carlos acababa de ser derrotado al frente de Orleans, y como esta derrota salió cierta, llenó de asombro á cuantos habian oido la profecía de la *Doncella*. Ya nadie dudó de la verdad de su mision celeste, y armándola como á una amazona, le dieron dos caballeros con sus pages para que la acompañaran y la presentasen al Delfin. Despidióse Juana de sus padres, y atravesando á caballo un espacio de cerca de doscientas leguas, llegó á Chinon precisamente en el momento en que el rey, amilanado por su derrota, retirábase sin aliento ni esperanza. Más por curiosidad que otra cosa le concedió Carlos audiencia; pero le ocurrió despojarse de todas las insignias de majestad y confundirse entre la multitud de sus cortesanos. Invadió Juana el régio salon, y sin vacilar un momento echóse á los piés del monarca. Quisieron hacerle creer que se equivocaba; pero sin parar mientes en semejante observacion: «*Señor*— dijo al Delfin—*soy la doncella Juana D'Arc. Dios me envia en vuestro auxilio. Dadme fuerza armada, haré levantar el sitio de Orleans y os acompañaré á Reims para ungiros.*» La gentileza de Juana, su hermosura y candoroso continente, la sencillez de su elocuencia al contestar á cuantas preguntas se le dirigian, cautivaron la atencion general. Parecia imposible tanta audacia en una pobre pastora, en una tierna vírgen, y mandó el rey que la virginidad de Juana fuese examinada por los prelados y doctores. Así se verificó, y Juana fué declarada *doncella*. Por fin, creyeron todos en la mision divina de la hermosa jóven, y Carlos VII depositó en ella su confianza. Cuando le presentaron su brillante armadura, rehusó la espada que le ofrecian y pidió al

Delfin la de un caballero que yacia en el sepulcro del altar mayor de Santa Catalina de Fierbois. Solo el rey conocia este depósito, y quedóse asombrado con lo que acababa de oir. Concedióle aquella espada, y armada de punta en blanco, tremolando su oriflama al aire y manejando el corcel con la destreza del mas hábil ginete, presentóse ante el rey, y partió para Blois saludada por los mas ardientes vítores de entusiasmo. Hizo levantar el sitio de Orleans, consumando mil proezas para arrojar á los ingleses de sus posiciones y logrando al fin entrar victoriosa enmedio de las aclamaciones de los sitiados, que se hallaban ya en el horrible estado de la última desesperacion. Al clavar Juana D'Arc por su propia mano el estandarte frances en el punto mas ventajoso que ocupaba el enemigo, sintió una flecha en su espalda. «*Me costará*—dijo—*un poco de sangre; pero esos desdichados no se escaparán de la mano de Dios*» y completó su triunfo. Voló en seguida á Reims, y el 17 de julio de 1429 dispuso la consagracion de Cárlos VII, presidiendo ella misma la solemne ceremonia en traje de guerrero, con un estandarte en la mano. Al terminarse la funcion, puesta de hinojos ante el rey y derramando lágrimas de gozo y de ternura, «*queda cumplida la voluntad de Dios*—esclamó.—*¡Oh ilustre rey! permitidme ahora retirarme á cuidar de mis ancianos padres y apacentar mis ganados.*» Esta súplica repitióla Juana con vivo empeño; pero el rey no quiso acceder á ella, y recompensó sus servicios ennobleciendo su linaje y dándole un escudo de armas de fondo azul con dos flores de lis, una espada plateada con el puño de oro y la punta en alto alardeando una corona. Cambió su apellido *D'Arc* por el de *Du-Lis*, pero pocos son los que conocen este segundo, porque con el primero hizo sus proezas, y el heroismo, que no los blasones, es quien alcanza inmortalidad. Acaudillando las tropas francesas seguia Juana dando pruebas de estraordinario arrojo. Reconquistó á Melun, á Sens, y venció tambien á los ingleses en Lagny y en Compiegne; pero despues de haber entrado triunfante en esta última plaza el 24 de mayo de 1430, cansóse la fortuna de proteger á esta mujer estraordinaria. Reforzados los ingleses con inmensos socorros, despues de haber sido desalojados de sus tiendas, acometieron á la heroina con multitud de fuerzas; pero ella, impertérrita en la retaguardia, deteníase de vez en cuándo, y con solo volver el rostro hácia el enemigo, haciale contener el paso, dando lugar á que los pocos valientes que la habian seguido en su escursion pudiesen guarecerse en la plaza. Quedóse por fin sola en el campo, y, acometida por todas partes, defendióse hasta que cayó de su caballo herida, y quedó prisionera. ¿Y cuál fué el resultado de tanto heroismo? El cadalso la aguardaba y se la condujo á él en traje de mujer, custodiada por una crecida escolta y dos religiosos dominicos, que mas bien parecia se gozaban en insultar su infortunio que dirigirle palabras de consuelo. Pusiéronle en la cabeza una coroza que decia POR HEREJE. Habíanse erigido dos catafalcos en la plaza del mercado antiguo, y en uno de ellos, los obispos de Teruena y de Beauvais con los demas jueces aguardaban á su víctima. Delante de la hoguera preparada para quemar á la infeliz, campeaba un letrero concebido en estas groseras palabras: *Por bruja, adivina, sacrílega, idólatra, blasfema, amante de la efusion de sangre humana, mancilladora de la honra de su sexo, y vil seductora de los príncipes y de los pueblos.* Juana D'Arc subió á la hoguera con la misma intrepidez con que habia escalado las baterías inglesas; murió mártir de su religion, de su patria y de su rey.

ARETAFILA, princesa de Cirene en Libia, tan hermosa como amante de su patria. Muerto Fedimo, su primer marido, se vió obligada á casarse en segundas nupcias con Nicostrato, que

habia mandado matarle para gozar de la rara belleza de Aretafila; pero bien pronto halló medio de castigar á este asesino, librando al mismo tiempo de un tirano á los pueblos. Prometió á Leandro, su cuñado, la mano de su hija, si daba muerte á Nicostrato, y este pereció de la misma manera que habia vivido. Leandro ocupó su trono; mas pronto se hizo odioso por sus tiranías, y fué preciso que Aretafila apelase á una invasion estranjera para reprimirlas. Anabo, príncipe de la Libia, voló en su ayuda, y fué bastante feliz para destronar á Leandro, á quien arrojó al mar, hallándole desprevenido. Vacante el trono de Cirene y libres por fin sus habitantes de todo yugo, proclamaron por su reina á Aretafila, mas esta renunció modestamente la corona, y se retiró á la vida privada, muriendo tranquila y bendecida de todos, por los años 96 antes de Jesucristo.

ARFIAN, distinguido pintor sevillano, discípulo de Luis de Vargas. Pintó en 1551, con Antonio Ruiz, el retablo de la catedral de Sevilla, y con su hijo Alonso una historia de San Jorge en la parroquia de la Magdalena de la misma ciudad.

ARGAIZ (Gregorio de), escritor español, natural de Logroño, que floreció por los años de 1658. Fué monge benedictino en Valladolid, y recibió el honroso encargo de continuar las crónicas de su órden, empezadas por el sábio Antonio de Yepes. Escribió ademas la *Historia de Nuestra Señora de Monserrate*, en la cual afirma que los *Ejercicios espirituales de San Ignacio* no se deben á este santo jesuita, sino á un religioso de aquella órden, y la *Historia eclesiástica de España*, sacada de los escritos de San Gregorio, obispo de Granada y de la crónica de Autberto. La pluma de Argaiz era tan fácil como activa, y buena prueba de ello nos ha dejado en el volúmen de sus obras, que forma 14 tomos en fólio; pero su exactitud, como historiador, es por lo menos dudosa, pues no falta quien le acuse de haber inventado la crónica de Autberto.

ARGENSOLA (Lupercio Leonardo y su hermano Bartolomé Leonardo de). No pudiéndose separar los nombres de estos dos personajes, tan unidos por su parentesco, sus estudios, su reputacion y su fortuna, será bien que reseñemos rápidamente su biografía, para consagrar despues nuestra atencion al exámen crítico de sus obras, que son las que constituyen principalmente su fisonomía histórica. Ambos hermanos fueron aragoneses y nacieron en Barbastro, el primero en 1563 y el segundo un año mas tarde, estudiando en Huesca filosofía y leyes, y en Zaragoza lenguas, elocuencia y demas ramos de la bella literatura. Dedicado *Lupercio* á la política, obtuvo sucesivamente los cargos de secretario del duque de Villahermosa, secretario de la viuda del emperador Maximiliano II, gentil-hombre de cámara de su hijo el archiduque Alberto, y por último, secretario del conde de Lemos durante su vireinato en Nápoles, donde murió en 1613 á los 50 de su edad. *Bartolomé* se dedicó á la carrera eclesiástica, y despues de haber sido rector de Villahermosa y capellan de la emperatriz, destinos que debió á su mérito no menos que al influjo de su hermano, siguió á este á Nápoles, de donde volvió á España para ocupar la canongía de que le hizo merced el papa en la catedral de Zaragoza, y en ella, entregado enteramente al estudio y al retiro, permaneció hasta su muerte, acaecida en 1633, á los 74 de su edad. Tales son las principales vicisitudes de la vida de los dos Argensolas; réstanos ahora llenar la página mas brillante de su biografía. Poetas, eruditos, filósofos, los dos hermanos ocupan un lugar muy alto en la literatura española, y si bien es cierto que de Lupercio no nos quedan mas que algunas poesías, salvadas por la diligencia de sus amigos del incendio á que las con-

denó todas en un arrebato como el de Virgilio, ellas bastan para ceñir á sus sienes los mismos laureles con que adornan las de Bartolomé sus preciosas *rimas*, recogidas y publicadas en 1634, juntamente con las de Lupercio, por el hijo de este último. Sus contemporáneos dieron á los dos Argensolas el título de *Horacios españoles*, y aunque pudo influir mucho en este elogio la alta posicion de los que le recibieron, elevados, como ya hemos visto en la primera parte de este artículo, á los mas honoríficos cargos, seria injusto el no concederles muchas de las grandes cualidades que han inmortalizado al poeta latino. El primer ingenio de su época y del mundo moderno, el gran Cervantes lo reconoce así en su *Galatea*, su *Quijote* y su *Viaje al Parnaso*, donde les llama «dos luceros, dos soles de poesía, á quienes el cielo habia dado cuanto ingenio podia dar» añadiendo del primero «que tenia maduro trato, *humilde fantasía*» frase que, á decir verdad, no sabemos si es un vituperio ó una alabanza. No estamos, sin embargo, conformes con el juicio harto lisonjero que emite nuestro sin par escritor en el escrutinio de la biblioteca de *Don Quijote* sobre las tragedias de Lupercio, las cuales, como dice muy bien el ilustre Quintana, no tienen de tales mas que el nombre y las muertes friamente atroces con que se terminan; de todos modos, repetimos, que el ingenio de los Argensolas puede compararse al de Horacio, por mas que Bartolomé diese la preferencia á Juvenal en este terceto:

Pero cuando á escribir sátiras llegues,
A ningun irritado cartapacio
Sino al del cauto Juvenal te entregues.

Así es que las cualidades que mas brillan en nuestros dos poetas, son la agudeza del ingenio, la facilidad de la rima, la cultura del estilo, la correccion y propiedad del lenguaje, en la cual pocos les igualan y ninguno seguramente les supera; por eso decia con razon Lope de Vega, que habian venido á Castilla desde Aragon á enseñar la lengua castellana. Son notables ademas por su erudicion, por la severidad de su doctrina, por la circunspeccion y cordura que muestran en todos sus escritos, y que revela bien á las claras la índole de su carácter, austero y reservado, pero no envidioso ni fingido. Este carácter, tan poco en armonía con el de Cervantes, naturalmente espansivo y simpático, es el que debió herir en su vejez la suspicaz delicadeza del autor del *Quijote*, tan perseguido de la fortuna como aquellos colmados de sus favores, produciendo en él un resentimiento mudo y respetuoso hácia los mismos que tanto habia encomiado algun dia, resentimiento que guardó en su ánimo hasta el borde del sepulcro. Ese mismo carácter que se trasluce en las obras de los Argensolas, es quizá tambien la causa de la poca aficion que, haciendo completa justicia á sus talentos, manifiesta en sus estudios literarios á nuestros dos poetas, el virtuoso patricio, el decano de nuestros poetas, el inspirado cantor de *Trafalgar* y de la *Imprenta*, el eminente Quintana, cuyo corazon es tan noble como grande y elevada su inteligencia. En suma, el ingenio poético de los Argensolas reunia todas las condiciones necesarias para la sátira, y en este género puede decirse que no hay poeta español que rivalice con ellos. Ya que los estrechos límites de esta obra no puedan dar cabida á los muchos pasages de los de aquellos poetas que se nos vienen á la memoria, permítasenos, á lo menos, citar el siguiente como uno de los mas acabados modelos:

Así tal vez, fiada en su hermosura,
La adúltera gentil con los fingidos
Celos de su consorte se asegura.
Ya se desmaya y turba los sentidos,
Dentro del pecho desleal suspira,
Los ojos á llorar apercibidos.
Culpa á los siervos, con la limpia ira
De los celos legítimos bramando:
Su noble esposo crédulo la mira
Enternecido y obligado, y dando
Satisfaccion inútil á su aleve,
La abraza y pide el corazon mas blando;
Y con los lábios abrasados bebe

De su Porcia las lágrimas atroces,
Que de sus ojos bien mandados llueve.

¿Puede darse mas moralidad en el pensamiento, mas energía en la frase, mas belleza y exactitud en los epítetos? Las costumbres del siglo XVII, iguales ó semejantes por desgracia en todos tiempos, como patrimonio al fin de la mísera humanidad, tuvieron dos severos censores en nuestros dos poetas, quienes, educados en la escuela de Epicteto, no transigieron jamas con el vicio, fieles siempre á aquel eterno precepto de la crítica:

. . . . Utile dulci,
lectorem delectando, pariterque monendo.

Por lo demas, ni Lupercio ni Bartolomé poseian la gracia y la ternura que exige la poesía amorosa: su númen era mas discreto que espansivo, mas sólido que florido, mas profundo que esquisito y ameno. El primero, ademas de sus poesías, se ocupó muchos años en escribir los *Anales de Aragon,* habiendo sido nombrado cronista de este reino, luego que subió al trono Felipe III; pero aquella obra, que tuvo muy adelantada, no ha llegado hasta nosotros y aun se ignora su paradero. Del segundo nos quedan, ademas de sus versos, dos escelentes libros: la *Historia de las Molucas* y los *Anales de Aragon*, que pudieran ser muy bien los mismos que escribió su hermano, continuados por el autor, ó compuestos, al menos, sobre los datos que aquel dejó reunidos.

ARGIA, hija de Adrasto, rey de Argos, y esposa de Polinice, muerto en el sitio de Tebas, antes de la guerra de Troya. Amaba con tal ternura á su marido, que buscó su cadáver entre los que quedaron en el campo de batalla y murió sobre él, desafiando el edicto de Creonte que lo prohibia bajo la última pena. Este rasgo de fidelidad conyugal, verdaderamente heróico, ha inmortalizado el nombre de la célebre matrona.

ARGIMIRO (San), nació en Andalucía de una familia noble y bien establecida, cuando los moros dominaban aquella parte del territorio de la Península. Elevado por sus talentos y su reputacion de probidad á un importante destino de la monarquía de Córdoba, aceptóle con el único objeto de prodigar mayores beneficios á sus conciudadanos; pero bien pronto se retiró al claustro, disgustado de las vanidades del mundo, cansado de la grave carga de los negocios públicos, huyendo de las impertinentes lisonjas de necios aduladores, cuyo falso lenguaje y refinada hipocresía no podia sufrir, y mas que todo, llevado de su inclinacion á la vida solitaria y contemplativa. En aquel sitio permanecia Argimiro, atento solo á la salvacion de su alma, cuando, acusado de celoso cristiano, virtud que pasaba entonces por un crímen á los ojos de los fanáticos sarracenos, vino á sorprenderle el martirio, dándole la muerte y con ella la gloria eterna.

ARGOTE DE MOLINA (don Gonzalo), poeta sevillano, historiador y erudito. Conquistó en su tiempo una reputacion como escritor, por las diferentes obras que dió á la estampa, y como soldado, por sus valerosos hechos en la espedicion contra los moriscos de Granada verificada en 1568, y en la cual sirvió en clase de alférez mayor. Ademas de algunas poesías suyas que ilustran el *Parnaso español*, dejó los escritos siguientes: *Historia de la nobleza de Andalucía*, primera parte, relativa á Jaen, Ubeda y Baeza; algunos fragmentos de la tercera parte de la misma, relativa á Sevilla; *Historia de las ciudades de Baeza y Ubeda;* tambien publicó un *Tratado de la casa de Argote;* la *Historia del gran Tamerlan* y el libro intitulado *El conde Lucanor*, con la vida de su autor el infante don Juan Manuel, nieto de San Fernando, y un discurso de la poesía castellana. Por su ilustracion y sus talentos mereció Argote la amistad de Ambrosio de Morales, y un elogio que

este sábio hizo de él en sus *Antigüedades de España.*

ARGÜELLES (don Agustin), y muy frecuentemente el *divino* Argüelles, en consideracion á sus admirables dotes oratorias, es acaso la celebridad del mejor género que contienen las páginas del Panteon, y la que, tanto por esta circunstancia, cuanto porque ha existido en nuestros dias y aun hemos tratado familiarmente al personaje que es objeto de ella, quisiéramos dar á conocer en toda su estension, presentándola con los rasgos mas característicos y con los mas vivos colores. Pero, como la índole de nuestra obra, por una parte, nos exime de entrar en consideraciones, tal vez algo pesadas para la generalidad del público, y por otra, estamos seguros de que el buen juicio del lector suplirá todo aquello que de cosecha propia dejamos de decir en honor de un hombre, que, hijo del pueblo y sin proteccion alguna de otra clase de la sociedad, supo conquistarse con sus talentos y sus virtudes los primeros puestos de la nacion; de un ciudadano, que, honrado con la confianza de sus compatriotas para representarlos en Cortes, cuantas veces hubo gobierno representativo en España, cumplió honrosa y hábilmente con su encargo; de un ilustre patricio, en fin, que preocupado con la idea de procurar la libertad y la independencia á su patria, trabaja en conseguirlo sin tregua ni descanso, no obstante las prisiones y los destierros que esto le acarrea, y en premio á sus esfuerzos, logra ya en el último período de su vida ser elegido por toda la nacion para desempeñar la tutoría de la heredera del trono é imbuirle aquellas mismas máximas, aquellos mismos principios que él habia proclamado siempre; por todo esto, decimos, nos concretarémos á hacer una reseña histórica, bien que lo mas exacta que nos sea posible, de la vida pública de este honrado patriarca de la libertad; siquier con ella no alcancemos á satisfacer las exigencias de sus mayores y mas apasionados y adictos. Es así: —Nació don Agustin Argüelles en Rivadesella, pequeño puerto de la provincia de Oviedo, antigua Asturias, el 28 de agosto de 1776. Fueron sus padres don José y doña Teresa Alvarez Gonzalez; quienes habiéndose propuesto dar á su hijo una educacion esmerada y correspondiente á su clase, le buscaron maestros, y, unos estudios tras otros, le obligaron á que estudiase humanidades, filosofía, leyes y cánones. De la universidad de Oviedo, donde terminó su carrera, pasó á Barcelona, residencia entonces del Illmo. Sr. Valdes, obispo de aquella diócesi, quien no sabemos si por relaciones solas de paisanaje ó por otras mas íntimas que tuviese con la familia de Argüelles, le nombró su secretario. Muy poco tiempo, sin embargo, permaneció este en su destino, pues chocando mucho á sus inclinaciones y á sus hábitos algunos oficios que tenia que desempeñar, presentó su renuncia y se trasladó el año de 1800 á Madrid. Era la capital, entonces como siempre, el centro de la civilizacion española, y persuadido de ello Argüelles, bien así como de que la sociedad con los hombres ilustrados le proporcionaria ilustrarse él á su vez, los buscó con tan incesante afan como discrecion y tino. No estaba en lo probable que un jóven de las cualidades y circunstancias de don Agustin dejase de ser admitido en los círculos literarios de aquella época, ni en efecto se le negó la entrada ni el trato íntimo con sus individuos, algunos de los cuales contribuyeron mucho á que quedase airoso en otra mas importante pretension. Y era que, habiendo de adquirirse una posicion social, solicitó y obtuvo ser empleado en la secretaría de la interpretacion de lenguas, oficina que tenia entonces mas importancia ó al menos mas lustre que en el dia, y de la cual era jefe don Leandro Fernandez de Moratin, una de nuestras mayores glorias literarias. En 1805 fué trasladado á la dependencia de la Consolidacion de Vales Rea-

les, donde se estaban ejecutando á la sazon operaciones muy importantes y complicadas, y en qué, habiéndose apercibido tambien el jefe respectivo de la capacidad é instruccion del oficial Argüelles, fué este elegido por aquel para desempeñar una comision del mayor interes. Reducíase esta, nada menos que á llevar proposiciones de paz á la Inglaterra, de parte del favorito Godoy, en nombre de la España, y á procurar una alianza ofensiva y defensiva entre las dos naciones contra el poder de Napoleon. La cual embajada no llegó á producir efecto, porque, por una parte, los ingleses no querian tratar nada con un hombre tan desprestigiado como el príncipe de la Paz, y por otra, este tampoco duró en su resolucion, luego que supo los sucesos del Norte, favorables á Bonaparte. A Argüelles, sin embargo, se le mandó permanecer en Lóndres, donde contrajo varias relaciones con personajes muy importantes de esta ciudad, relaciones de que se prevalieron luego y estimaron en mucho sus paisanos don Andres Angel de la Vega y el conde de Toreno, cuando fueron comisionados por la junta de Asturias para buscar arrimo y alianza en el gobierno ingles. Tambien se ocupó Argüelles en estudiar todas las instituciones políticas de aquel pais clásico de la libertad; en lo que consistió, sin duda, y á lo que debe atribuirse aquel profundo conocimiento que demostró siempre en sus discursos, de la índole de los gobiernos representativos. Terminada felizmente la comision de los diputados asturianos, pensaron en regresar á España, y como hubiese sido reclamado de su misma oficina don Agustin, dias antes, se unió á ellos; llegando todos en noviembre de 1808 á la Coruña. Sabidos son de todo el mundo, por lo estraordinarios y heróicos, los sucesos que tenian lugar por este tiempo en la península. Un pueblo, de cuya generosidad y buena fé se habia abusado, hasta el estremo de apoderarse por sorpresa de sus plazas y sus ejércitos, cuyo rey habia sido hecho prisionero de la manera mas traidora que vieron jamas los siglos, se habia alzado como un solo hombre contra su cobarde y vil opresor y combatia con denuedo por conquistar su libertad y su independencia. Una regencia compuesta de los hombres mas eminentes del pais, regia los destinos de la nacion, y unas Cortes generales iban á ser convocadas para el mes de marzo de 1810. Pues en esta época, precisamente, fué en la que, habiéndose hecho notar don Agustin Argüelles por su acendrado patriotismo, por su actividad y energía poco comunes, por su talento y sólida instruccion, en fin, mereció ser elegido diputado á dichas Cortes por los individuos de su provincia, residentes en Cádiz. Aquí fué donde verdaderamente representó la primera escena de su vida pública; y aquí, donde lo hizo con tal maestría y desembarazo, que muy pronto se le distinguió con el nombre de *divino*. «A la cabeza de los liberales, dice el conde de Toreno haciendo la pintura de aquel congreso, campeaba don Agustin Argüelles, brillante en la elocuencia, en la espresion numeroso, de ajustado lenguaje cuando se animaba, felicísimo y fecundo en estemporáneos debates, de conocimientos varios y profundos, particularmente en lo político, y con muchas nociones de las leyes y los gobiernos estranjeros. Lo suelto y noble de su accion nada afectada, lo elevado de su estatura, la viveza de su mirar daban realce á otras prendas que ya le adornaban.» Argüelles fué, en efecto, el primero que en sesion pública abogó por la libertad de imprenta; el autor de las dos proposiciones presentadas al Congreso, pidiendo en la una, que quedase abolida para siempre la tortura de la práctica de los tribunales, y en la otra, que se prohibiese absolutamente el tráfico de esclavos en todos los dominios de España; y, en fin, uno de aquellos pocos, á cuyo cargo estuvo redactar y sostener el proyecto de la Constitucion política de 1812, y como

consecuencia inmediata el declarar incompatible con esta misma Constitucion la existencia del odioso tribunal del Santo Oficio. No hubo cuestion alguna de importancia ni asunto de verdadero interes, durante los tres años de existencia de las Cortes de Cádiz, en cuya resolucion no tomase una parte muy activa don Agustin, encaminándolo todo á sus fines, que no eran otros que procurar la libertad y la independencia á su patria. Finalmente, en esta época, gloriosa bajo todos conceptos para la nacion española, fué en la que mas se ilustró nuestro héroe, ya por ser uno de los que mas firme rostro hicieron al coloso del siglo, ya tambien por haber contribuido poderosamente á dotar á su pais de unas leyes que la nueva civilizacion iba haciendo necesarias. Si de esto último no se tocaron por entonces las felices consecuencias, cúlpese á otros, no al personaje que tan sucintamente describimos. No es nuestro objeto hacer la historia del tratado de Valencey, ni de los demas sucesos, en virtud de los cuales fué destruida la autoridad de las Cortes el 4 de mayo de 1814, declaradas nulas todas sus disposiciones y derogada la misma Constitucion que habian establecido aquellas y jurado la regencia. El hecho es que, Fernando VII, á su regreso á España, despues de un cautiverio de seis años, se declaró absoluto y no quiso acatar otras leyes ni desprenderse de prerogativa alguna; sino es, que volviera todo al mismo ser y estado en que se hallaba á principios de 1808. Y como luego se le designasen aquellos mismos hombres que mas esfuerzos habian hecho en las Cortes de Cádiz por salvar la nacion de una inminente ruina, como otros tantos revolucionarios, enemigos de su autoridad y hasta de la religion de sus padres, hizo estender contra ellos un auto de prision, y, sin terminar sus causas, que se les sentenciase, á unos á presidio, á otros á destierro y á algunos á las armas. Entre estos últimos se hallaba don Agustin Argüelles, quien condenado á servir por ocho años en el fijo de Ceuta, salió para aquel punto el 18 de diciembre de 1815, en compañía de don Juan Alvarez Guerra, siendo conducido con una razonable escolta. Bueno será, sin embargo, que antes de ponernos con él en marcha, digamos cuál fué el testimonio mas auténtico de la criminalidad de don Agustin, y en qué méritos se fundó principalmente su sentencia. Fué aquel una carta escrita en árabe, que se halló entre sus papeles cuando se le registró la casa, y en la que se decia, segun la traduccion de tres árabes marroquíes: «Yo estar muy bien y contento, y en nombre de Dios y mis amigos, ó á mi señor, cuarenta y nueve, año de 1211 (1796 de la era cristiana). Memoria para el Ihachi Almati Boasi, del mes crisma Ramadan ó memoria del Ihachi Abdequerin, la gracia del Dios que me da de comer y beber al Ihachi Elmoti Boasida.» Este documento diabólico se estimó como una prueba plena de que don Agustin conspiraba en favor de la república, y por esto se agregó con gran misterio á la causa. Ya en Ceuta, los condenados fueron recibidos con mas urbanidad y cortesía, por parte del gobernador, de la que era de esperar, y principalmente Argüelles, que fué eximido al punto de las faenas del servicio, tolerándosele que viviese en compañía de dicho señor Alvarez Guerra, contra quien no tenia el jefe de aquella plaza tan severas instrucciones. Ocupado en leer, escribir ó cuidar pájaros, á que nuestro ilustre prisionero tuvo siempre particular aficion, pasó los dias de su cautividad, que entre este punto y la Alcudia donde fué trasladado mas adelante, no duraron menos de cinco años. Pero todos los bienes como todos los males tienen un término en la vida, sucediendo muy frecuentemente, que son tan marcadas estas temibles y deseadas alternativas, que de la cúspide del poder, de los honores ó de las riquezas, se cae de un golpe en el mas profundo abatimiento, en la mayor

desgracia y en la mas horrible miseria, y *vice-versa.* Pues esto precisamente es lo que sucedió á don Agustin Argüelles, luego de verificarse el alzamiento de las cabezas de San Juan, y de haberse convenido el rey en jurar la Constitucion de 1812. De un presidio en que yacia abatido y miserable fué sacado con gran pompa y aparato para conducirle á la corte, en donde le esperaba nada menos que la poltrona del ministerio de la Gobernacion, para que habia sido nombrado en abril de 1820. En tan elevado puesto se mantuvo por espacio de un año, no sin tener que luchar con dificultades de nuevo género como gobierno, puesto que se le hacian dos oposiciones, una en el Congreso y otra en Palacio, pero dando siempre las mayores pruebas de una acrisolada lealtad, de una honradez sin límites y de una energía y actividad singulares. Mas esto no impidió que en marzo de 1821 fuese destituido todo el ministerio de que formaba parte, en virtud de una intriga palaciega, ó mas bien de un plan liberticida. Las Cortes, entonces, tomaron con calor este asunto, y sobre desairar al monarca en la peticion que les hizo de que le designasen los sugetos que deberian constituir el nuevo ministerio, quisieron manifestarle de un modo aun mas esplícito su profundo desagrado, votando una pension de 60,000 rs. anuales para los ministros caidos. Con esto volvió Argüelles á la vida privada, retirándose á su pais, en que fué objeto de todas las demostraciones de gratitud y cariño. Al año siguiente fué elegido diputado á Cortes por su provincia, siendo en esta legislatura en la que figuró entre las filas del partido moderado; hasta que amenazada la Constitucion en fines de 1823, volvió á incorporarse en las del progresista, haciendo las paces con el señor Galiano que estaba á su cabeza, y manifestándose luego como el mas ardiente y decidido liberal. Con dichas Cortes pasó á Cádiz, y allí vió con sentimiento venir á tierra por segunda vez el edificio constitucional, tan poco sólidamente levantado. Prudente, y receloso de que le cupiera igual ó peor suerte que en la época anterior, cuando Fernando VII empezó á gobernar absoluto, se embarcó para Inglaterra, en compañía de otros muchos diputados que tampoco fiaban en las palabras del monarca. En aquella hospitalaria nacion tuvo Argüelles una favorable acogida, sobre todo de parte de aquellos sugetos con quienes habia tenido amistad en su primer viaje y que conocian muy bien sus escelentes cualidades. Estos le proporcionaron los primeros socorros (pues que don Agustin, tan pobre ahora como antes de subir al ministerio, los necesitó en el momento en que dejó de pagársele su pension), hasta que el distinguido conde de Toreno tomó á su cargo socorrer las necesidades de su paisano, amigo y compañero. Trascurrida la ominosa década del despotismo, el ilustre proscripto regresó á España con algunos de sus compañeros, prevaliéndose del decreto de amnistía que habia dado doña María Cristina. A poco de llegar fué elegido procurador á Cortes por su provincia, con la notable y para él honrosa circunstancia, de que como carecia de la renta anual de 12,000 rs., que era necesaria para ser admitido en aquel congreso, sus mismos comitentes otorgaron á su favor una escritura pública, en la que se comprometian todos y cada uno de ellos á pagar sobre sus bienes la espresada renta. De este modo anudó por tercera vez el hilo de su vida pública, que ya no habia de cortarse sino al mismo tiempo que el de su importante existencia. Incorporado esta vez á los adalides del bando exaltado, figuró por su decision y saber en cuantas discusiones de importancia y sobre reformas radicales en los principios de gobierno se fueron entablando; siguiendo de unas en otras con todas las legislaturas hasta el año de 1837, en que hubo de ser nombrado individuo de la comision del nuevo código que se promulgó aquel año. Cupo,

pues, á don Agustin Argüelles el alto honor de haber sido padre de las dos constituciones mas populares que tuvo España en este siglo, y por lo tanto el de que se le distinguiera con el precioso título de *patriarca de la libertad*. A él tambien se le confió el honroso encargo, con pensamiento deliberado del Congreso, de que presidiera la sesion régia el dia que la gobernadora del reino fué á jurar la Constitucion aprobada. Pero habiendo de pasar por alto otras muchas pruebas de distincion y aprecio con que le honraban contínuamente sus amigos y enemigos políticos de España, el público todo de Madrid, los hombres mas eminentes de todos los partidos, solamente nos detendrémos en referir el suceso que coronó de gloria todos sus padecimientos, todos sus sacrificios por amor y en defensa de la libertad. Espatriada en 1840 doña María Cristina, regente y Gobernadora del reino, durante la menor edad de su escelsa hija, las Cortes declararon vacante la regencia y tutoría de doña Isabel II, y trataron en consecuencia de nombrar las personas á quienes se habian de dar tan preciosos encargos. Varias sesiones ocupó la discusion de si la regencia se habia de componer de uno, tres ó cinco individuos, pronunciándose por todas partes los mas estensos y luminosos discursos; hasta que, dado el punto por suficientemente discutido, hubo de procederse á la votacion. Ganaron, desde luego, los que sostenian la regencia única, porque no encontrando los votantes una tercera persona, y mucho menos una cuarta y una quinta dignas de tan elevado puesto, para componer con ellas una regencia trina ó quintuple, tampoco podian decidirse por la de dos; que á haber estado en sus manos esto último, muy distinto fuera el resultado. Procediose en seguida á designar el sugeto, y como solos dos nombres estaban en la mente y pronunciaban los lábios de la mayoría de los españoles, sobre la eleccion tambien de solos dos sugetos estuvo indecisa la mayoría de sus representantes. Obtuvo al fin 179 votos el duque de la Victoria, y 103 don Agustin Argüelles, resultado que dice mucho á favor de nuestro hombre, sobre todo si se atiende á que tomaron parte en la votacion muchos generales y brigadieres, á quienes el favorecido habia otorgado sus ascensos, y á que por haberse declarado dicho caudillo con su ejército á favor del alzamiento de 1840, era por lo que se sentaban en aquel congreso algunos senadores y diputados. Vino luego la cuestion de tutela, y aquí ya no tuvo competidor, digno de mencionarse, don Agustin Argüelles. Una mayoría inmensa de representantes le concedió su voto, y le confió la tutela de las dos augustas huérfanas. Renunciamos al placer de referir las tiernas é interesantes escenas de amor y de gratitud, respecto de los diputados para con él, que ocurrieron en el congreso el dia que se trató, á propuesta suya, de sujetarle ó no sujetarle á reeleccion por su nuevo empleo. En aquella ocasion recibió Argüelles el premio debido á su constancia, á su honradez y todas las otras virtudes; pues no solo se acordó que el cargo de tutor no suponia gracia de S. M., sino de la nacion reunida en Cortes, mas tambien convinieron todos los diputados en que continuara siendo su presidente. Es escusado entrar en detalles y pormenores sobre el celo y eficacia con que se dedicó á llenar las funciones de su nuevo encargo; pues con decir que la misma Cristina, á quien él sustituia ahora, le manifestó haberlo hecho á su satisfaccion, que la régia pupila le tomó un cariño y un afecto entrañables, que todos los empleados del real patrimonio, que no vivian de abusos, le respetaban y le querian, basta y sobra para formarse una idea sobre lo bien que lo haria. Él estableció un nuevo órden económico en los gastos de la Real Casa, y miró por los intereses de su pupila hasta un estremo tal, que, en otro que no fuera Argüelles, seria increible. Habiendo pre-

guntado á la junta consultiva de palacio, qué sueldo podria señalarse para el desempeño de su encargo, esta le contestó que carecia de datos fijos para dar su voto sobre el particular, pero que, considerando su destino como de mucha mayor categoría que el de mayordomo mayor de palacio, á quien estaban asignados 120,000 reales, le parecia que su sueldo podia fijarse *lo menos* en 180,000, dejándole en libertad de tomar de aquí para arriba lo que creyese necesario. El pundonoroso tutor, despues de contestar agradecido á la junta, manifestó que no necesitaba sino 90,000 reales. En su tiempo se comenzó á desmontar el Campo del Moro, y á construir en su lugar el real Parque de Palacio: asimismo se sacaron de los sótanos las famosas estátuas que adornan la Plaza de Oriente, y se construyó aquel bonito y elegante Parterre. Otras muchas obras de reconocida utilidad y ornato hizo practicar el tutor en los reales sitios del Buen Retiro, el Escorial y la Granja, con lo que al mismo tiempo que procuraba la subsistencia á infinidad de familias, reparaba los daños que el tiempo y demas agentes destructores habian causado en las posesiones. En resúmen, puede decirse y aun asegurarse con datos muy positivos, que en mucho tiempo no habian estado los intereses de la Casa Real tan hábilmente administrados como mientras fué jefe superior don Agustin Argüelles. Ahora, por lo que respecta á otros cuidados que tuvo con las régias huérfanas, solo pueden describirse indicando que fueron los mismos que puede tener el padre mas cariñoso con sus tiernos hijos. Argüelles, sobre proporcionarles la asistencia inmediata de las personas mas prudentes y honradas, y la instruccion de los maestros mas virtuosos y sábios, dedicaba todo el tiempo que le permitia el despacho de los negocios á la compañía de las augustas pupilas; en cuya ocasion no se afanaba menos por complacerlas y halagarlas, que por instruirlas. Hombre de esperiencia y de años el tutor, sabia muy bien lo que se debe á la juventud, y cuán poco se hace estimar un viejo regañon de cualesquier niños que estén á su cuidado; y por esto se manifestó siempre mas cariñoso que severo, mas padre que tutor. Así es que, las inocentes princesas le correspondian afectos con afectos, á su amor paternal con el dulce querer de hijas: querian que estuviese con ellas en la mesa, les disgustaba que no les acompañase al paseo, y si sus juegos ó distracciones no eran del agrado del tutor, las ilustres pupilas los abandonaban en cuanto lo conocian. En una palabra; puede decirse que la tutoría de la reina y de su augusta hermana, le proporcionó á Argüelles todos los goces de la familia, de que carecia, y el descanso de la vida doméstica; entregándose á esta tan decididamente, que apenas se volvió á ocupar de la política. En las deliberaciones del congreso rara vez tomaba parte; fuera de allí, solamente se ocupaba de los asuntos de palacio; y llegó finalmente á mirar tanto por sus propios intereses, esto es, por los de sus pupilas, que olvidó casi los de la nacion; pues en muchas ocasiones regañó fuertemente con los ministros porque le detenian el pago de las asignaciones á la Casa Real, fundándose en los apuros del erario. ¡Notable contraste! ¡Quién le habia de decir á Fernando VII, que aquel furioso republicano, como él le suponia, aquel terrible demagogo, á quien él habia condenado á presidio por sus ideas de libertad, seria el que, andando el tiempo, administrase los intereses de las augustas princesas, con la misma pureza y celo que lo haria el monarca: el que, en una palabra, desempeñaria el puesto del padre y de la madre, por lo que respecta á la educacion y crianza de sus queridas hijas, si no con todo el fuego de la sangre, al menos con todo el cariño de la mas ambicionada adopcion! Y, sin embargo, así fué en efecto. Pero separemos la vista de un cuadro, cuyos colores, por muy vivos que

sean, nunca podrán dar una cabal idea del objeto que representan. Ocurrido un cambio de gobierno, Argüelles creyó que la tutoría de sus régias pupilas ya no le correspondia, sobre todo, atendiendo á ciertos motivos de delicadeza y amor propio, de que el hombre de honor no sabe prescindir nunca; y dimitió en consecuencia este encargo en manos de los ministros. Estos no quisieron en un principio acceder á lo que solicitaba Argüelles, y aun dícese que la misma doña María Cristina le escribió en este sentido y manifestándole su agradecimiento por lo mucho que habia cuidado de sus escelsas hijas. Pero habiendo insistido tenazmente Argüelles, fué preciso exonerarle de la tutoría. Desde este momento comenzó á decaer visiblemente la salud de don Agustin, y tanto que, á los pocos meses, el mismo dia en que hizo su entrada pública en la corte la que habia sido reina gobernadora de España, falleció casi repentinamente. Un inmenso gentío acudió en seguida que recibió la noticia, á contemplar el cadáver del que tanto habia querido y admirado en vida. Y es por esto, sin duda, por lo que se notó tanta frialdad, tan escasa concurrencia en toda la estension de la carrera que llevó hasta palacio doña María Cristina. Muy de otra manera sucedió en todo el camino por donde fueron conducidos á la última morada los restos mortales de don Agustin Argüelles: más de cien mil personas de ambos sexos acompañaron el cadáver al cementerio de San Nicolas. Aquí se pronunciaron los mas sentidos discursos en su elogio por algunos de sus amigos políticos, y se contaron rasgos tan dignos de trasmitirse á la posteridad, que nosotros no podemos terminar la biografía de Argüelles sin manifestarlos. «Su muerte, dijo un orador, ha sido tan sencilla como pura su vida. Este hombre que fué ministro; que tuvo varias veces en sus manos los destinos de España; que ejerció con su elocuencia un ascendiente irresistible; que administró los cuantiosos intereses del patrimonio real, ha muerto sin una cruz, sin una banda, sin una insignia siquiera que indicase orgullo y vanidad... Don Agustin Argüelles ha muerto pobre; pobre, sin mas riqueza que una conciencia intachable.»

ARGUIJO (don Juan de), insigne poeta sevillano, contemporáneo y amigo de Lope de Vega, que le alabó en muchas de sus poesías. Fué veinticuatro de la ciudad de Sevilla, y consumió su pingüe patrimonio en proteger la literatura y los ingenios del siglo XVI. El *Parnaso español*, y la *Coleccion de poesías selectas castellanas* de Quintana, contienen bellísimos versos de Arguijo.

ARIADNA, personaje de la mitología, segun la cual, era una hermosa doncella, hija de Minos y Pasifae. Enamorada de Teseo, jóven ateniense que habia ido á pagar el feudo de siete mancebos y otras tantas doncellas, exigido para alimentar el *Minotauro*, le dió un hilo con el cual pudiese entrar y salir en el laberinto donde aquel mónstruo se hallaba encerrado, y huyó con él despues que hubo llevado á feliz término su empresa, matando al Minotauro. Teseo, tan esquivo al amor de Ariadna, como ingrato á sus beneficios, la abandonó en la isla de Chio, y allí fué donde la vió el dios Baco, y donde, prendado de su belleza, se casó con ella, teniendo de este matrimonio seis hijos, Tonte, Benopio, Estafilo, Evante, Latraminio y Tauropolo, y llevándola despues al cielo. Los dioses pusieron entre las figuras celestiales la corona que Baco regaló á Ariadna en la boda, y hoy es una de las constelaciones mas maravillosas que conocen los astrólogos, saliendo con el signo Escorpion el 21 de junio.

ARIADNA, esposa del emperador Zenon, que subió al trono el año 474 de nuestra era. Acusada de adulterio con Anastasio el *Silencioso*, fué sen-

tenciada á muerte por Zenon, y perdonada merced á la intervencion del obispo Acacio. Algunos historiadores afirman que Ariadna se vengó de su marido, dándole por muerto y mandando que le enterrasen durante un síncope que le sobrevino; pero lo único que se sabe de cierto es, que á los cuarenta dias de viudez se casó con Anastasio, haciendo que fuese llamado al trono que dejara vacante su esposo. Esta princesa murió el año 515.

ARIARATO, nombre funesto en la historia de Capadocia, pues pertenece á doce reyes de esta antigua nacion, en su mayor parte infames y tiranos. Ariarato VI, de quien las memorias de aquel tiempo nos dan algunos detalles, mantuvo con los romanos la alianza que inauguró su padre Ariarato V, y que continuaron sus sucesores hasta que la Capadocia fué reducida á provincia romana. La única virtud de este príncipe, consistió en el amor que profesó á su padre y por el cual mereció el nombre de Filopator. Por lo demas, su reinado no nos presenta mas que un cuadro de guerras y revoluciones, promovidas por sus caprichos ó sus desaciertos. Demetrio, rey de Siria, enemistado con Ariarato por haber rehusado casarse con su hermana, suscitó contra él la persecucion de Orofernes ú Holofernes, que le destronó y obligó á espatriarse. Pero restablecido en su trono con el auxilio de Attalo, rey de Pérgamo, y queriendo pagar á este la deuda de gratitud que con él habia contraido, se unió á los romanos contra Aristónico, que habia usurpado á Attalo la corona, y pereció en esta guerra 130 años antes de Jesucristo. La muerte de Ariarato fué seguida de mayores desastres, pues su viuda Laodice, que regentaba el reino, envenenó á cinco de sus seis hijos, por temor de que le arrebatasen su autoridad, no habiéndose salvado el sesto sino oculto y defendido por sus parientes. Al fin, la despiadada madre recibió el condigno castigo de sus crímenes, en la muerte á que fué condenada por el pueblo, cansado de sufrir su tiranía.

ARIAS MONTANO (Benito), sábio español, natural de Sevilla, segun unos, y de Fregenal (Estremadura), segun otros. Hijo de padres pobres, pero hidalgos, recibió una esmerada educacion en casi todos los ramos del saber humano, estudiando filosofía en Sevilla, y en Alcalá teología, en cuya facultad recibió el grado de doctor. Era ademas muy versado en lenguas, y por su talento y vasta erudicion mereció acompañar al obispo de Segovia, Perez Ayala, á Trento, asistiendo con aquel prelado al famoso concilio celebrado en aquella ciudad. Felipe II le envió despues á Flándes para dirigir la impresion de la Biblia llamada *régia*, encargo que desempeñó como era de esperar de su sabiduría, contribuyendo al mismo tiempo á la formacion del *Indice espurgatorio*, decretado por el Concilio de Trento. Dejó escritas muchas obras ya dogmáticas, ya literarias, y todas en latin, cuyo idioma poseia perfectamente; su catálogo puede verse en la Biblioteca de don Nicolas Antonio. Virtuoso y modesto, no quiso en toda su vida abandonar la mediana posicion en que se hallaba, para ocupar los altos puestos eclesiásticos á que varias veces fué llamado, y así querido y respetado de todos, murió en 1598, á los 71 de su edad, legando á la posteridad y á su patria un nombre que durará eternamente, como sus escritos.

ARIAS FERNANDEZ (Antonio), pintor madrileño de notable cuanto precoz ingenio. Refiérese de él, que, á la edad de catorce años, pintó ya los lienzos que adornan el altar mayor del Cármen calzado en Toledo. Fué discípulo de Pedro de las Cuevas, y aprovechó tanto en esta escuela, que á los veinticinco años era ya considerado como uno de los mejores artistas de la corte. Distinguióse ademas Arias Fernandez por sus conocimientos en la historia y la mitología, su amabilidad

y buen trato, su honradez y laboriosidad, tanto que no se concibe cómo pudo verse obligado á refugiarse en el Hospital general de Madrid, donde murió en 1684. Sus obras son muchas, pero la que le ha dado gran fama es una que representa á la Vírgen teniendo en sus brazos el sagrado cuerpo de su hijo, y San Juan en actitud de adorarle, cuadro que compuso para la iglesia de monjas carbajales de Leon.

ARIO ó ARRIO, jefe de los arrianos, secta herética que combatia la doctrina católica sobre la divinidad del verbo, sosteniendo que el hijo de Dios era una criatura formada, como las demas, de la nada; capaz, como las demas, de virtud y vicio, y que, existiendo antes de los siglos, no era, sin embargo, coeterno con el padre. Estos errores empezó á propagar Arrio, despechado de no haber sido nombrado sucesor de San Aguilar, obispo de Alejandría, quien le habia ordenado de sacerdote á una edad avanzada, y conferido el gobierno de una de las iglesias de aquella ciudad, engañado sin duda por su austeridad, no menos grande al parecer que sus talentos. Condenado Arrio desde luego en dos concilios sucesivos que convocó San Alejandro por los años de 319 y 321, se refugió en Palestina, donde ganó á su partido á algunos obispos, los cuales reunieron á su vez un falso concilio para levantarle la escomunion que habian decretado los de Alejandría. Otro concilio ecuménico, congregado en Nicea por el emperador Constantino, volvió á condenar á Arrio; pero este, escomulgado por los obispos y desterrado por el monarca, no dejó por eso de persistir en su herejía, logrando por mediacion de la princesa Constancia que se le levantase, por fin, el destierro. Entonces adoptó un sistema de ficcion, que consistia en presentar protestas de fe, tan artificiosamente redactadas, que engañaban á muchos incautos. De este número fueron el mismo emperador Constantino y los padres del concilio de Siro celebrado en 335, hasta el punto de declararse todos en favor suyo, protegiendo su vuelta á la iglesia de Alejandría. Pero San Atanasio, que conocia bien al heresiarca, se negó á recibirle en ella, y cuando sus partidarios se preparaban para burlar la firme resolucion del santo obispo, Arrio murió repentinamente. Este suceso ocurrido el año 336, no fué bastante á estirpar su herejía, antes bien, ella echó raices mas hondas, siendo llevada al Africa por los vándalos y traida por los visigodos á España, hasta fines del siglo VI, en que fué abandonada completamente. Volvieron sin embargo, á resucitarla en el XVI, Erasmo, que al fin la abjuró tambien, y el médico Servet que pereció por pertinaz en una hoguera, habiendo degenerado despues en el socinianismo, bajo cuya forma amenaza reunir en el dia todas las sectas protestantes.

ARIOSTO, gran poeta italiano, natural de Reggio, de una familia distinguida. Su rarísimo ingenio le hizo ser el favorito de muchos príncipes de su tiempo; sus versos le dieron un renombre y una popularidad envidiables; en fin, las nobles prendas de su alma le conquistaron el aprecio y la confianza de cuantas personas tuvieron la dicha de conocerle y tratarle. Pasó la mayor parte de su vida al lado del cardenal de Est y el duque de Herrara; habitó mucho tiempo una modesta casa de campo, donde distraia sus ócios, entregado enteramente al culto de las musas, y fué tambien gobernador de una provincia del Apenino. Relativa á esta época es una anécdota que corre muy acreditada y, segun la cual, habiendo salido cierto dia Ariosto, solo y desarmado, á dar un paseo por el campo, le asaltó una partida de ladrones, de las muchas que infestaban el pais; pero, reconocido por uno de ellos, no solo le acompañaron hasta dejarle en seguridad, sino que todos á porfía le dieron las pruebas mas irrecusables de consideracion y respeto. Ariosto escri-

bió muchas poesías sueltas, varias sátiras y comedias, dignas todas de una musa inspirada y fácil, pero la obra que le asegura una fama eterna y por la que mereció ser coronado con el laurel de oro, es su poema épico titulado *Orlando furioso*, en el cual si no iguala á Virgilio en delicadeza y gusto, le aventaja en flexibilidad y fantasía, pues toca con maestría todos los géneros y recorre todos los tonos, el filosófico como el satírico, el festivo y alegre como el heróico y sublime. Murió este gran poeta á los 59 años de su edad y 1535 de nuestra era.

ARISTARCO DE SAMOTHRACIA, filósofo bien conocido en la antigüedad por la sabiduría de su crítica, y cuya proverbial imparcialidad ha llegado hasta nosotros con su nombre. Fué discípulo de Aristófanes el gramático, y preceptor del hijo de Tolomeo Philomentor; escribió muchos y muy notables comentarios sobre las obras de Píndaro, Homero, Arato y otros poetas de la Grecia, y murió de hidropesía á los 72 años de su edad, en la isla de Chipre.

ARÍSTIDES, ilustre ciudadano de Atenas, contemporáneo y émulo de Temístocles. Su tolerancia, su imparcialidad, su equidad nunca desmentida le valieron el renombre de *justo*. Sirvió á su patria en la carrera militar y política, distinguiéndose como soldado heróico en las célebres batallas de Maraton, Salamina y Platea, y como magistrado íntegro en cuantos destinos ocupó en la república, que fueron muchos y muy honoríficos. Elegido por el voto público para decidir sobre el proyecto de Temístocles de quemar las naves de los aliados de Atenas, ancladas con el mayor descuido en el puerto de Pegaso, á fin de hacerse dueños de toda la Grecia, pronunció esta inmortal sentencia: «*Nada mas útil que el proyecto de Temístocles, pero nada mas injusto.*» A pesar de sus virtudes, Arístides fué condenado, merced á las intrigas de sus enemigos, al ostracismo, y su alma generosa y noble tuvo el dolor de que se le llamase al poco tiempo para salvar á su patria. Por último, despues de una vida sin mancha, en que habia regido muchas veces los destinos públicos y administrado el erario, murió pobre y miserable, teniendo el Estado que costear sus funerales y encargarse de la manutencion de sus hijos.

ARISTIPO DE CIRENA, filósofo, natural de Libia, discípulo de Sócrates, fundador de la escuela cirenáica. Enseñaba que el placer es el sumo bien del hombre en este mundo, doctrina en que no siguió por cierto las huellas de su maestro, pero con la cual adquirió, como era consiguiente, muchos prosélitos. De ingenio sutil, insinuante y festivo, gozó de alto favor con los príncipes, y especialmente con Dionisio el tirano, de quien fué compañero en sus disoluciones y vicios. Entregado en la práctica á las mismas costumbres que predicaba en la teoría, su ocupacion era la orgía y su pasion las mujeres, á quienes amaba y olvidaba con sin igual inconstancia, alegando por pretesto que él queria poseerlas, pero no que le poseyesen. Refiérense de él muchas anécdotas y sentencias epigramáticas, algunas á la verdad dignas de un gran filósofo y todas de un elevado talento. Requerido en cierta ocasion por un padre que se negaba á pagarle el precio que le habia exigido por enseñar á su hijo, esclamando: *Con ese dinero hay para comprar un esclavo*, contestóle de esta manera: *Cómprale, y tendrás dos, en vez de uno.* Preguntado otra vez: *En qué son los filósofos superiores á los demas hombres*, dió esta dignísima respuesta: *En que vivirian como viven, aunque no hubiera leyes.* Aristipo abandonó su patria para estudiar y predicar su filosofía, escribió algunas obras de moral y de historia que se han perdido en la noche de los siglos, y murió por los años 400 antes de Jesucristo.

ARISTIPO, tirano de Argos, tan perverso como suspicaz y receloso. Su vida era una contínua sospecha; temiendo hallar un puñal en cada sombra, no se atrevia á salir de su palacio donde permanecia siempre rodeado de guardias, y encerrado, para mayor seguridad con llaves y cerrojos. Mas, á pesar de todo, halló el condigno castigo de sus crímenes, muriendo asesinado por los años 242 antes de Jesucristo.

ARISTÓFANES, insigne poeta cómico de Atenas. Fué en su época la delicia del pueblo y de los grandes, á quienes satirizaba con inimitable gracia en sus comedias. Oscurecen, sin embargo, esta cualidad, las personalidades que se permitia á veces contra los mas virtuosos ciudadanos de la república. Así, por ejemplo, escribió una comedia contra Sócrates, y le trató con tal dureza que logró desacreditarle, contribuyendo no poco á la injusta sentencia pronunciada contra aquel filósofo, y que este supo cumplir con ánimo sereno, bebiendo la cicuta. Escribió Aristófanes 54 comedias, de las cuales solo nos quedan 11, tituladas: *Las mujeres en Senado*, *Lisistrato*, *Los pájaros*, *El Pluton*, *Los arcanianos*, *La paz*, *Las arengadoras*, *Las abispas*, *Las ranas*, *Los caballeros* y *Las nubes* (contra Sócrates.)

ARISTOGISON, ciudadano de Atenas, cómplice de Harmodio en una conspiracion en que fué asesinado Hiparco, tirano de aquella república. Hippias, hermano de este último, mandó dar tormento á Aristogison, y habiéndole preguntado, despues que reveló los nombres de muchos conspiradores, si habia alguno mas, él le respondió sonriendo: «*Solo quedas tú, que seas digno de la muerte.*»

ARISTÓTELES es aquel de entre todos los filósofos, cuyas opiniones han ejercido sobre el espíritu humano mas grande y dilatada influencia. Nació en Stagira, cerca de los confines de la Macedonia y de la Tracia el año primero de la nonagésima nona olimpíada, ó sea 384 años antes de la era vulgar. Su padre Nicómaco, médico de Amyntas III, rey de Macedonia, á pesar de no descender de Machaon, hijo de Esculapio, como él lo pretendia, se habia hecho harto célebre por su saber y sus escritos; y en la profesion que él ejercia quiso que le siguiese su hijo, para lo cual le dió las primeras lecciones. Estas fueron, sin duda, las que mas contribuyeron á despertar el gusto de Aristóteles por las ciencias naturales, y le obligaron principalmente á continuar dentro de este estudio el método de la observacion; desconocido hasta entonces á los filósofos, por mas que Hipócrates le dejara ya bien recomendado á los médicos. Háse dicho por autores demasiado sospechosos, que Aristóteles, despues de haber disipado una parte de su fortuna, muertos ya sus padres, se hizo soldado y luego se puso á vender medicamentos. Pero á nosotros nos parece mas prudente creer, que el deseo de instruirse le condujo antes de los 17 años á Atenas, donde se aprovechó tanto de las lecciones de Platon, que muy pronto sobresalió entre todos los condiscípulos, y mereció ser llamado por su maestro el *genio* de su escuela. Durante veinte años continuó dedicándose al estudio de la filosofía, sin hacer el menor caso de las bellas letras: bien que Ciceron asegura que se ejercitó públicamente en la elocuencia en compañía de Isócrates. Pero un genio como el de Aristóteles no podia estar sometido por mucho tiempo á las opiniones de otro filósofo. Así es que se desentendió bien pronto de las de su maestro y ensayó reconstruir, ayudado solo de sus propias meditaciones, el edificio de la ciencia sobre un plan nuevo. Cuya diferencia de opiniones, y, acaso tambien la sombra que hacia á Platon la fama siempre creciente de su discípulo, parecieron dar lugar á algunas diferencias entre ambos. Si hemos de creer á Aristójenes,

Aristóteles un dia, secundado por sus adictos y despues de haber golpeado á Platon, cogiéndole desprevenido, le obligó á cederle la Academia, de donde al cabo de poco tiempo él mismo fué echado por Jenócrates. La animosidad de Aristójenes, sobre el cual habia preferido Aristóteles á Teofrasto para ponerle á la cabeza de su escuela, le llevó sin duda á exagerar en mucho la relacion de estas contiendas poco decorosas á la filosofía. Así es, que Ammonio asegura, por el contrario, que Aristóteles se halló entre los discípulos de Platon hasta la muerte de este; despues de la cual llevó la veneracion á su maestro hasta el estremo de erigirle un altar. Tampoco vió sin sentimiento, que Spensippes reemplazase á Platon en el cargo de la Academia; y esto llegó á tal punto que se retiró de Atenas, yéndose á casa del eunuco Hermias, su amigo y antiguo condiscípulo, y tirano ó gobernador de Atarna, pequeña villa de Mysias, cerca del Helesponto. Bien es que estas vacaciones filosóficas duraron poco, porque habiendo sido vendido y entregado Hermias á Artajerjes, este le hizo matar. Entonces Aristóteles hizo elevar una estátua en Delfos, en honor de su malogrado amigo, y quiso eternizar su nombre componiendo un himno que nos trasmite Diógenes Laercio. Dícese que Hermias dejó una hermana jóven (otros aseguran que era una querida) llamada Pytias, con la cual se casó Aristóteles y fué siempre el mas tierno y fiel marido. Luego se retiró á Mytilena, donde permaneció algun tiempo, hasta que una nueva y brillante carrera se abrió delante de él; Filipo, rey de Macedonia, le confiaba la educacion de su hijo. La carta en que el monarca avisa su resolucion al filósofo, hace igual honor á ambos. «Yo no doy gracias á los dioses, decia el primero, menos por haberme dado un hijo, que por haberle hecho nacer en tiempo de Aristóteles. Vos le hareis, yo lo espero, digno de vos y de mí.» Este hijo era el Grande Alejandro, nacido para dominar sobre los hombres, como su maestro sobre las opiniones. El favor de que disfrutó siempre Aristóteles al lado de de Filipo y de Olympias, y el afecto que le tomó su jóven discípulo, denotan harto, con qué habilidad desempeñó el cargo, bien difícil por cierto, de enseñar á un rey. Habiéndose manifestado en la corte con los grandes, casi mas sublime de lo que fuera en la escuela con los filósofos, mereció la consideracion de todos y llegó á una posicion en que pudo ser útil á sus amigos y al Estado. Su discípulo mismo se complacia en reconocer muchas veces, que debia mas á su maestro que á su padre. Quizá Aristóteles hubiera merecido bien de la humanidad, á haber podido atajar en Alejandro su ardor por las conquistas. Sin embargo, algo influyó en que este fuese uno de los conquistadores mas humanos, y en que sus terribles escursiones diesen algunos resultados útiles á los hombres. Al partirse Alejandro para el Asia, Aristóteles le siguió durante algun tiempo, segun Ammonio, pero segun el parecer comun, se retiró de la corte y volvió á Atenas. Sucedió entonces, que, habiendo escitado la irritabilidad del monarca con su misantropía é indiscrecion el filósofo Callistenes, pariente y discípulo de Aristóteles, fué juzgado y muerto en un suplicio. Y aunque su maestro se hallaba ausente, fué envuelto, sin embargo, en la misma causa y cayó en la desgracia de Alejandro. Cuyo enfriamiento amistoso á que este suceso dió lugar entre el rey y Aristóteles, no autoriza á nadie para afirmar la grosera calumnia de que el preceptor de Alejandro era uno de los cómplices de su muerte. Habiendo regresado á Atenas, Aristóteles estableció una escuela ó Liceo, gimnasio poco digno ciertamente de la tal ciudad. Aquí era donde, paseándose, trataba las cuestiones mas intrincadas de la filosofía, costumbre que le valió el título de *peripatético* trasmitido luego á todos sus sectarios. El método que seguia para la enseñanza era el siguiente: consagra-

ba la mañana á las materias mas abstractas de la ciencia, las cuales designaba él con el nombre de *acromáticas;* la tarde estaba destinada á estudios menos dificultosos y de una aplicacion mas ordinaria en la vida, tales como la elocuencia, la poesía y la moral, que él llamaba *exotéricos*. La celebridad de Aristóteles y lo nuevo de su doctrina, le acarrearon igualmente un gran número de partidarios y una multitud de enemigos. Sin embargo, la rabia de estos últimos no estalló contra él hasta despues de la muerte de Alejandro. Entonces se unieron, á la vez, los demagogos, los sofistas, los platónicos, y los sacerdotes, contra el hombre cuya superioridad se habian visto obligados á reconocer. El pontífice de Ceres, Enrymedon y Demofilo le acusaron de impiedad, puesto que tenia por inútiles las preces y los sacrificios. Así que, para evitar la misma suerte que corrió Sócrates, hubo de retirarse sigilosamente á Chalcis, en la Eubea, á donde le siguieron la mayor parte de sus discípulos. «Evitemos—les decia á sus amigos al tiempo de marchar—evitemos á los atenienses el cometer un segundo atentado contra la filosofía.» Pero Aristóteles no sobrevivió mucho tiempo á su partida de Atenas: el escesivo trabajo le habia consumido y fué la causa de la enfermedad que le llevó al sepulcro á los 63 años, el segundo de la nonagésima cuarta olimpíada, 322 años antes de la era vulgar.

ARISTOSIMO, tirano de Elida, contemporáneo de Pirro, rey de los Epirotas. Su poder, fundado en la usurpacion y la violencia, no duró mas que 5 meses, pues indignados los ciudadanos de los destierros, rapiñas, violencias, asesinatos y escesos de todo género á que Aristosimo se entregaba, se conjuraron contra él y le dieron muerte en el templo de Júpiter, capitaneados por Helanico, Transibulo y Lampis.

ARMAÑÁ (Fr. Francisco), nació en 1728 en Villanueva y Geltrú, pueblo de Cataluña, de padres pobres, pero honrados y virtuosos. Dedicado á la carrera literaria, dió bien pronto á conocer su privilegiado talento, recibiéndose á los 13 años de bachiller en filosofía, y profesando á los 14 en el convento de San Agustin de Barcelona, donde aprendió las sagradas ciencias. Habiendo llegado hasta el rey la fama de su sabiduría, que era no menos grande que su virtud, fué nombrado primero obispo de Lugo y despues arzobispo de Tarragona, en cuyas dos dignidades se mostró no solo celoso y entendido pastor de la Iglesia, sino tambien ciudadano ilustre y amante de su patria. Consagrado á los altos deberes del apostolado, no por eso desatendia sus obligaciones como particular y como cristiano, y hallaba tiempo y recursos para dedicarse á las letras, en que fué muy versado, para practicar la caridad y para plantear todas aquellas mejoras que reclamaban los pueblos de su diócesis. Así en Lugo estableció muchas escuelas elementales gratuitas, y en Tarragona promovió la construccion del acueducto y el muelle, contribuyendo para este objeto con grandes cantidades. Sus sermones eran citados como modelos de uncion y elocuencia; sus pastorales respiran por todas partes amor y mansedumbre evangélica, y no es poca fortuna para la Iglesia de España que unos y otras se conserven y anden hoy en manos de cuantos aspiran á ocupar un lugar digno en la cátedra del Espíritu Santo. Este ilustre prelado compuso tambien un catecismo en catalan que todavía sirve á los niños de aquel pais para aprender la doctrina de nuestra religion sagrada, y murió en 1803 á los 75 años de su edad.

ARNAL, célebre arquitecto de Madrid, donde nació en 1735. Despues de una carrera brillante, que hizo en la academia de Tolosa de Francia, y en la de San Fernando de la corte, fué nombrado individuo de esta última, debiendo tan honorífico título á un tra-

bajo facultativo que se le encomendó en union de otros compañeros y que desempeñó de un modo satisfactorio. Sus talentos y su erudicion hicieron que se le buscase para otras comisiones artísticas, y habiéndose mostrado en todas ellas digno de su reputacion y su nombre, tuvo la honra de ser elegido director de arquitectura en la academia de San Fernando y despues director general de las tres nobles artes. Tales cargos no sirvieron mas que para confirmar la idea ventajosa que ya se tenia de su capacidad y su celo, y el gobierno, en vista de esto, le nombró arquitecto de la renta de correos, en cuyo destino trazó y dirigió cuantas obras fueron necesarias en el ramo, construyendo de nueva planta la magnífica casa de postas que hoy es administracion general de correos. Tambien trazó y dirigió la obra interior de la Imprenta Nacional, de cuyo edificio se le nombró arquitecto en 1784, haciendo durante su vida otros muchos trabajos que le acreditan como artista de gusto y de mérito: tales son el retablo principal de la iglesia de Santa Bárbara en Madrid, el tabernáculo de mármoles y bronces de la capilla mayor de la catedral de Jaen, los dos retablos colaterales de la capilla del colegio mayor de Oviedo en Salamanca, etc., etc. Arnal murió en esta corte el 14 de marzo de 1805, dejando una biblioteca particular tan copiosa como escogida, la cual se vendió despues, prefiriéndose por el tanto á los profesores, segun él mismo habia dejado prescrito en su testamento.

ARNALDA, doncella de Chipre, célebre por su honestidad. Los turcos la hicieron esclava en la toma de Nicosia, verificada en 1570, y destinada con otras compañeras suyas al serrallo del Sultan, prendió fuego á la pólvora del navío que las conducia á Constantinopla, y pereció de este modo con todos los que iban á bordo, prefiriendo la muerte á la deshonra de ver su honestidad mancillada.

AROLAS (don Juan), nació en Barcelona el 20 de junio de 1805, y se trasladó á Valencia con su familia en 1814. Desde muy jóven descubrió gran aficion á las musas, sin que las obligaciones de escolapio, cuya sotana le vistieron cuando empezaban los albores de su juventud, le distrajeran de su educacion favorita. Su estro poético era inagotable, y casi puede asegurarse que hubo un tiempo en el cual era raro el dia en que los periódicos valencianos dejasen de insertar algunos versos suyos. Entre las composiciones que se han coleccionado y publicado en tomos, las que mas llaman y han llamado siempre la atencion, son las que denominó *Orientales*, en las que brilla una abundancia y riqueza de imágenes que admira. Sus superiores le prohibieron repetidas veces que diera al público verso alguno; pero como su númen no pudiese atemperarse al silencio, siguiéronse insertando varias, aunque firmadas con diferentes iniciales que las suyas. Su independencia de carácter le acarreó varios digustos que abreviaron sus dias, dejando de existir á la temprana edad de 44 años.

ARPALICO, rey de los Aminianos en la Tracia. Acostumbró á su hija Arpalice, desde niña, al manejo de las armas, y habiendo hecho de ella una consumada guerrera, consiguió con su auxilio rechazar á Neotolemo que le hacia la guerra. Muerto Arpalico en una conjuracion que tramaron contra él sus vasallos, Arpalice se retiró á los bosques, donde la persiguieron los del pais para apropiarse sus ganados, y la asesinaron cruelmente.

ARQUIMEDES, célebre matemático de Siracusa, de la familia de Hieron, rey de aquella ciudad. Refiérese de él aquel dicho célebre: «*Denme un punto de apoyo y conmoveré el mundo con una palanca.*» Tambien se le atribuyen unas máquinas llamadas *espejos ustorios*, con las cuales incendió las naves del cónsul romano Marcelo, cuando es-

te sitiaba á Siracusa. Sus conocimientos eran profundos y abarcaban todas las ciencias exactas, no solamente las matemáticas, sino tambien la física y la química. Así es, que descubrió la mezcla de metal que en la corona del rey habia puesto el artífice, y entonces fué cuando salió precipitadamente del baño en que se hallaba, y en su entusiasmo echó á correr en cueros gritando: «*lo he hallado, lo he hallado.*» Arquimedes murió en el ya citado sitio de Siracusa, 218 años ántes de Jesucristo, asesinado por un soldado que no le conocia, y á quien el filósofo, con la mayor serenidad, rogó en vano que le dejase concluir una operacion matemática en la cual se hallaba absorto. El cónsul Marcelo sintió tanto su muerte, que no solo trató á los parientes con la mayor distincion, sino que le erigió á él mismo un magnífico mausoleo.

ARRIA, célebre dama romana, cuyo valor nos ha trasmitido Marcial en un bello epigrama. Condenado á muerte su esposo, Ceccina Peto, por haber sublevado la Aliria contra el emperador Claudio, y no queriendo sobrevivirle, se traspasó el pecho con un puñal, que le dió despues al mismo para que imitase su ejemplo, como lo hizo.

ARSENIO, ilustre sacerdote romano, preceptor de los hijos del emperador Teodosio, Honorio y Arcadio. Prodigó á estos príncipes los cuidados de una educacion sábia y religiosa; pero desconfiando de corregir el carácter soberbio é imperioso de Arcadio, que, resentido de sus amonestaciones, habia ya procurado que le matasen, se retiró de la corte y fué á esconderse en el desierto de Esceté. Su desinteres y humildad eran tales que rehusó las magníficas ofertas que Arcadio, arrepentido de sus pasados yerros, le hizo despues de la muerte de Teodosio. Tambien se negó á admitir la herencia de un pariente suyo, diciendo al que le llevaba el testamento: «*Él ha muerto hace pocos meses, pero yo he dejado de vivir hace muchos años ¿cómo podré heredarle?*» Dedicado constantemente á ejercicios piadosos, la vida de Arsenio se prolongó sin embargo, gracias á su robusta constitucion hasta una edad avanzada, muriendo al fin santamente en el año 45 de la era cristiana.

ARTAJERJES I, hijo y sucesor de Jerjes, emperador de Persia; llamósele tambien *Longomano*, porque tenia las manos tan largas que, estando de pié y con los brazos caidos, le llegaban hasta las rodillas. Subió al trono en medio de las discordias civiles que consiguió aplacar, despues de haber matado á su hermano Dario, por la calumniosa delacion de Artabano, á quien, luego que la supo, hizo perecer en los mayores tormentos. Venció á Hitaspes, su hermano, que le habia declarado la guerra, aniquiló á los bactrianos que le auxiliaban y sometió el Egipto, que se habia sublevado contra su poder, auxiliado por los atenienses. Temístocles, arrojado de su patria, halló en él un digno protector, recibiendo de Artajerjes para su subsistencia doscientos talentos y el señorío de cinco ciudades. Los judíos encontraron tambien en este príncipe una noble tolerancia, pues permitió á Esdras que restableciese su religion y su gobierno, reedificando la ciudad de Jerusalen. Al fin de su reinado, Artajerjes hizo la paz con los atenienses y murió el año 426 antes de Jesucristo.

ARTAJERJES, hijo de Dario, y sucesor suyo 409 años antes de Jesucristo. A causa de su estraordinaria memoria fué llamado *Mumon*, con cuyo sobrenombre se le distingue. El reinado de este príncipe fué sumamente desgraciado por turbulencias y ambiciones de familia. Ciro, su hermano, se rebeló contra él, y despues de haber sido perdonado por Artajerjes, levantó tropas y le hizo la guerra hasta morir á sus propias manos en la batalla de Cunaxa á 25 leguas de Babilo-

nia. Estatira, esposa de Artajerjes, fué despues envenenada por la madre del mismo príncipe, que estaba celosa de su valimiento. Y por último, Oco, su tercer hijo, dió muerte á sus dos hermanos Arsamo y Ariape. Artajerjes no pudo resistir á tantas contrariedades, y murió á los 42 años de su reinado y 362 antes de Jesucristo, llorado de sus pueblos que perdian en él un rey virtuoso y humano.

ARTAJERJES OCO, hijo y sucesor del anterior. Este cruel tirano dió principio á su reinado dando muerte á toda su familia, en la cual se contaban su hermana y uno de sus tios con otros cien parientes, y á todos los principales señores persas, sin que pudiera salvarse mas que un tal Datamo, que se hizo fuerte en Capadocia y la Paflagonia, sublevando completamente á estas dos provincias. Artajerjes, no pudiendo vencerle, le envió sucesivamente varios asesinos disfrazados de embajadores, y Datamo, que con su perspicacia habia logrado librarse de algunos de ellos, murió por fin á manos de un miserable que le dió de puñaladas. El Egipto, cansado del yugo en que gemia, se sublevó contra Artajerjes; pero este marchó contra él con un ejército numeroso, y de victoria en victoria llegó hasta el centro de la rebelion asolando cuanto encontraba á su paso y marcando sus huellas con rastros de sangre y luto. Su crueldad é intolerancia le movieron á matar al buey Apis, á quien adoraban los egipcios como una divinidad, y esta profanacion le atrajo la muerte, pues, indignado de ella el eunuco Bagoa, que era tambien egipcio, indujo al médico de cámara á envenenar á Artajerjes, como lo hizo 338 años antes de Jesucristo. Así pereció este príncipe, siendo, por órden de Bagoa, picado su cadáver y echado á los gatos, despues de hacer de sus huesos mangos de cuchillos. Castigo digno de sus crímenes y que deberia servir de escarmiento á déspotas y tiranos.

ARTEMISA, modelo de esposas fieles. Era reina de Caria y se hizo inmortal por las acciones con que perpetuó la memoria de su esposo Mausoleo, pues no solamente recogió cuidadosamente sus cenizas encerrándolas en un magnífico sepulcro, levantado por el famoso arquitecto Scopa, y al cual llamó *Mausoleo* del nombre del difunto, sino que pasó los pocos dias que le sobrevivió llorando sobre aquel sepulcro y murió al fin de dolor junto á él, el año 351 antes de Jesucristo.

ARTEMISA, reina de Caria é hija de Ligdami. Esta princesa es tan célebre por su valor varonil como por el amor desgraciado y violento que abrigó en su pecho. Mandó las fuerzas auxiliares en la espedicion de Jerjes contra los griegos, é hizo acciones tan heróicas en la batalla de Salamina, que aquel rey decia que en ella los hombres se habian portado como mujeres y las mujeres como hombres. Fué preceptora de los hijos de Jerjes y murió precipitándose desde lo alto de la roca de Léucade, despechada de los desprecios de un jóven de Abidos llamado Dardano, á quien amaba entrañablemente. Su estátua fué colocada en Esparta entre los generales persas mas afamados.

ARTURO ó ARTUS, hijo y sucesor de Uter Pendragon, rey de la Gran Bretaña. De este príncipe, que floreció en tiempo de los romanos, refiérense una porcion de hechos, no admitidos todavía por la historia. Así, por ejemplo, se dice que hizo una espedicion victoriosa contra los Sajones, y que al regreso de ella, despues de haber sometido la Escocia y la Irlanda con todas las islas vecinas, saqueado una parte de las Galias y derrotado al general romano Lucio, que se oponia á su paso, instituyó la órden de los caballeros de la *Mesa Redonda*, compuesta de ciento de ellos y otras tantas damas. Estos caballeros se ejercitaban, como los llamados *andantes*, en toda especie

de empresas heróicas, y celebraban sus juntas ó reuniones al rededor de la citada mesa, comiendo tambien en ella en la cual estaban escritos sus nombres, para evitar toda cuestion de etiqueta sobre el sitio que debia ocupar cada uno de ellos. La muerte de Arturo es tan misteriosa como su vida, pues se cuenta que, herido en una batalla, desapareció á la vista de sus soldados, sin que despues haya podido saberse su paradero.

ARTURO ó ARTUS, hijo de Godofredo y sobrino de Ricardo I, llamado corazon de Leon. Sucesor legítimo de este príncipe y reconocido como tàl en ausencia de Ricardo que se encontraba en Palestina, tuvo que huir despues de las persecuciones que le suscitó este último á su vuelta, refugiándose en la corte de Francia, á donde le condujo, siendo aun muy niño, el obispo de Vames. Ricardo ajustó en 1199 la paz con Felipe Augusto; pero, habiendo muerto á los dos años, nombró por sucesor á su hermano Juan *sin tierra*. Declarada la guerra entre este príncipe y Felipe Augusto, que sostenia los derechos de Arturo, fué enviado el jóven pretendiente á sitiar la ciudad de Mirebean en el Poitu, pero Juan le sorprendió, le hizo prisionero y le asesinó él mismo arrojándole despues al mar. Tal fué la muerte del desdichado Arturo á los catorce ó diez y seis años de su edad.

ASDRUBAL, general cartagines, cuñado del célebre Anibal; apellidábanle el *Bello* á causa de su gallarda presencia. Despues de haberse ejercitado como soldado en España á las órdenes de su suegro Amilcar, fué elegido general de los ejércitos cartagineses que hacian la guerra en la península, y empezó su mando derrotando completamente á Orison, que le presentó la batalla con un fuerte ejército, y conquistando doce ciudades importantes. Prudente y humano gobernador mas que valeroso capitan, supo estender sus conquistas por toda la parte de España que se estiende desde el Ebro al Océano, respetando el convenio celebrado con los romanos, por el cual se obligaban los cartagineses á no pasar el Ebro y dejar en libertad á los Saguntinos y demas habitantes establecidos de la otra parte del rio. Edificó á Cartago la Nueva, llamada hoy Cartagena, ciudad que en aquel tiempo fué una de las mas ricas y el emporio del comercio cartagines. Tranquilo por fin en su gobierno y cuando habia asegurado con sus virtudes políticas la dominacion de la república en España, halló 224 años antes de Jesucristo una muerte indigna por cierto de su vida en el puñal que le asestó un esclavo, á cuyo amo habia dado muerte el mismo Asdrubal.

ASDRUBAL BARCA, hermano de Anibal. Fué enviado por el Senado cartagines al socorro de Cerdeña y derrotado por Manlio, general que mandaba esta isla, sin que le valiera el arrojo con que, apenas llegó á ella, mandó volver al Africa su escuadra. Pudo, sin embargo, refugiarse en España, y á pesar de hallarse todo este pais en poder de los romanos, organizó en breve un nuevo ejército, con el cual dió dos batallas que perdió, sosteniendo sin embargo su reputacion de buen soldado. Encargado finalmente de conducir otro ejército á Italia en socorro de su hermano, y estando ya para unirse con este, tuvo la desgracia de que le sorprendiera el cónsul Neron, derrotándole junto al rio Metauro en una batalla sangrienta que costó la vida á Asdrubal y á la mayor parte de sus tropas, 207 años antes de Jesucristo.

ASDRUBAL, general cartagines, aunque no como los anteriores de la familia de los Barcas, pertenecia al partido democrático de la República, y con la exageracion de sus ideas contribuyó no poco á la ruina de aquella, pues, desterrados por su causa muchos ilustres ciudadanos y encendida la discordia entre ellos, los romanos la en-

contraron exhausta y aniquilada cuando volvieron sus fuerzas contra Cartago durante la tercera guerra Púnica. En esta lucha hizo Asdrubal esfuerzos laudables por salvar á su patria, acosando sin cesar á las tropas enemigas con el ejército que mandaba; pero al fin tuvo que ceder á la superioridad de Escipion el jóven, que se hallaba al frente de aquellas, y encerrarse dentro de Cartago. Rendida esta ciudad á las armas de Escipion, Asdrubal con su mujer, sus hijos y algunos de los suyos, se hizo fuerte en el templo de Esculapio que se hallaba en una posicion inespugnable; pero no tardó en rendirse al general romano. No siguieron su ejemplo los demas; por el contrario, prefirieron no sobrevivir á la esclavitud de su patria y buscaron una muerte honrosa, poniendo fuego al templo, y sepultándose todos entre sus escombros, sin esceptuar á la misma mujer de Asdrubal que, ataviada con sus mejores joyas, como en señal de fiesta, y degollando á sus dos hijos á la vista de los romanos, murió tambien maldiciendo la infamia y la cobardía de su marido.

ASPASIA, natural de Mileto en la Jonia; filósofa y cortesana. Se hizo célebre en Atenas así por su ingenio como por su belleza. Sus talentos y su elocuencia eran tan apreciados que el mismo Sócrates y los literatos de Atenas iban á escuchar sus lecciones. Pericles se enamoró de tal manera de sus gracias que, siendo su querida, despues de haberlo sido de Alcibiades, repudió á su esposa por casarse con Aspasia. Tuvo un ascendiente tan poderoso sobre él, que no solo le dirigió á su antojo, sino que gobernó á su nombre una república que dió al mundo tantos sábios y bravos guerreros. Por su consejo emprendió Pericles la guerra de Samos, para vengar á los habitantes de Mileto, y encendióse la discordia contra los megareses, originándose de aquí la famosa lucha llamada *guerra de Megara* que dió motivo á la mas célebre del Peloponeso. Acusada Aspasia de impiedad y de haber ocasionado aquellas calamidades á la república, por vengar agravios personales, tuvo que comparecer ante el tribunal del Areópago, en el que haciendo ella misma su defensa, gracias al imperio que ejercia con su hermosura y elocuencia, pudo salvarse de la severidad de sus jueces, ventura que no le cupo al filósofo Anaxágoras que acusado tambien de impío fué condenado por el Areópago á la pena capital. Muerto Pericles 428 años antes de Jesucristo, Aspasia, se apasionó de un jóven de bajo nacimiento llamado Lisicles, quien por sus manejos fué ensalzado á los primeros empleos de la república. A la influencia del genio singular de Aspasia se debió el que en su época tomasen en Atenas un vuelo prodigioso la elocuencia, la poesía y las bellas artes; glorias que, no obstante, están oscurecidas en parte, pues la vida de aquella célebre griega fué manchada con la disolucion, por haber fundado en Atenas una tertulia de cortesanas, cuyas gracias y favores atrajesen á los jóvenes al partido de su fundadora. En suma, Pericles autorizó la licencia, y Aspasia la propagó.

ASPASIA, llamada tambien *Milto*, palabra griega que significa bermellon, á causa del color sonrosado de su cútis. Ciro se prendó de su hermosura é instruccion y la tomó por manceba; despues lo fué de Artajerjes, hermano de aquel príncipe, y últimamente de Dario II.

ASPASIA (Carlota Micaela). Nació en Francia de una familia que pertenecia á la servidumbre del príncipe de Condé, y se hizo célebre por los acontecimientos de la revolucion del 93 en que tomó tanta parte. Debilitado su juicio por efecto de una pasion desgraciada, que concibió siendo muy jóven, llegó á cometer algunos crímenes y no pocos escándalos, contradiciéndose frecuentemente en sus opiniones políticas.

Así, por ejemplo, despues de haber denunciado á su madre como afecta á la monarquía caida, se vió arrestada ella misma por haber proferido gritos de «*viva el réy*» en las calles. Fué cómplice en el asesinato del diputado Ferrand é intentó tambien dar muerte á Cambo y Boissy D'Anglas, suponiéndoles autores de la carestía que se esperimentó en Paris en 1795. Arrestada por estos hechos y acusada despues, de haber tomado parte en una conspiracion que tenia por objeto devolver la libertad y el trono á Luis XVII, á la sazon prisionero en el Temple, fué guillotinada en 1796 á la edad de veinte y tres años.

ASSARINI, célebre literato del siglo XVII. Nació en Sevilla, siendo su padre italiano y española su madre, pero pasó la mayor parte de su vida en Italia, y escribió en el idioma de este pais, por cuya razon se le disputa todavía á la España. Era muy erudito, principalmente en las ciencias místicas y literarias, habiendo dejado á su muerte muchos obras, entre las cuales se distinguen *La Anatomía de la Retórica*, *Las revoluciones de Cataluña*, *Diálogos morales* y *La Historia de las guerras y sucesos de Italia* acaecidos en su tiempo.

ASTER. Ballestero natural de Anfipolis, que, confiado en su habilidad, ofreció sus servicios al rey Filipo, asegurándole que mataba las aves al vuelo; pero, no habiendo querido aceptarlos aquel príncipe, Aster se pasó á sus enemigos y en el sitio de una ciudad le asestó una flecha que le dió en el ojo derecho, y llevaba esta inscripcion: *Aster al ojo derecho de Filipo.* El rey se la devolvió poniendo al pié de aquellas estas otras palabras: *Filipo ahorcará á Aster si llega á tomar la ciudad;* y efectivamente cumplió su promesa.

ASTORGA (La marquesa de). Grande, inmensa es nuestra satisfaccion siempre que nos vemos en el caso de relatar las heróicas acciones de ilustres personajes ó las virtudes de los humildes hijos del pueblo nacidos en España. Los biógrafos estranjeros suelen andar olvidadizos cuando se trata de esta magnánima nacion, y á veces nos calumnian desfigurando los hechos y mancillando los blasones de nuestros héroes. Hé aquí porque nos hemos propuesto vengar esta afrenta en nuestro *Panteon*, rindiendo un homenaje de justicia á las glorias nacionales; pero no llevarémos nuestro orgullo hasta el estremo de ser ciegos parciales de nuestra patria, relatando solo las virtudes de sus hijos. En todos los pueblos hay grandes criminales y los ha habido tambien desgraciadamente en España. Doloroso es confesarlo; pero vamos á referir un espantoso acontecimiento que atestigua esta acerba verdad. La marquesa de Astorga que vivia en tiempo de Carlos II, supo que su marido amaba á una jóven muy bella, y en un acceso de celos, dirigióse á su casa y la asesinó por su misma mano. Este horroroso crímen es nada en cotejo de lo que hizo despues. Habia inducido á su esposo á dar un gran banquete á sus mejores amigos, so pretesto de que trataba de lucir sus grandes conocimientos en el arte culinario, condimentando ella misma los principales manjares del festin. Accedió el marido á los ruegos de su esposa, y el banquete fué suntuoso. La alegría de todos los concurrentes estaba ya en su apogeo, merced á la profusion de los esquisitos licores que se agotaban, cuando hubo de colmar el entusiasmo general el delicado sabor de uno de los guisos que con mas adorno se presentaron en la mesa. La marquesa misma sirvió á los concurrentes, por lo cual se dió un brindis *á la divina cocinera y amable dueña de la casa*. Sonrióse la marquesa de una manera indefinible, y dirigiendo su azorada vista al marques, le preguntó si le habia gustado el guiso. —Mucho, respondió el marques.—No es estraño, replicó su esposa, porque es el corazon

de esa beldad á quien tanto has amado.—Y sacando en seguida de un armario la ensangrentada cabeza de la victima, la arrojó sobre la mesa, esclamando: —Toma, saboréate con los postres.—Esta infame accion fué acogida por un grito de horror de parte de toda la concurrencia, que se quedó como aterrada de espanto. Aprovechóse la marquesa de la estupefaccion general y huyó á un convento, donde murió loca de rabia y de celos; y loca debió estar sin duda antes de consumar tan detestable venganza.

ATABALIPA, llamado tambien Atahualpa, hijo bastardo de Huana-Capacrey, reina del Perú, y rey él mismo de este imperio que usurpó á su hermano Huascar, degollándole con toda la raza de los Yucas. Sabedor de la llegada de los españoles, á quienes el mismo Huascar habia llamado en su socorro, se dirigió á Catamalca donde se hallaba Pizarro, so pretesto de tener una entrevista con él, y en realidad para que le asesinasen los criados que le acompañaban con armas ocultas debajo de sus vestidos; pero el general español supo burlar su intento dando muerte al mismo Atabalipa en 1533.

ATALARICO, rey de los godos en Italia y nieto de Teodorico, á quien sucedió en el trono el año 526 bajo la regencia de su madre Amalasunta, por no tener él mas que 8 años de edad. Esta princesa, dotada de tanta belleza como talento, quiso dar á su hijo una educacion esmerada, así moral como científica; pero los godos, enemigos de la ilustracion por creerla contraria al ejercicio de la guerra y la rudeza de los combates, hicieron despedir á los preceptores que Amalasunta habia buscado para Atalarico. Sin freno, pues, ni valla, el jóven príncipe se entregó á la disolucion, y murió á los 16 años, víctima de sus escesos.

ATALIA, hija de Jezabel y de Acab, á quien segun San Gerónimo se parecia en su crueldad. Casóse con Joram, rey de Jerusalen, y mandó degollar, despues de la muerte de su esposo, á todos los nietos que tuvo en su hijo Ochozias, no salvándose mas que Joas que fué proclamado rey por el sumo sacerdote Joyadas. Habiendo querido Atalia oponerse á esta coronacion, fué muerta por los soldados 878 años antes de Jesucristo.

ATANAJILDO, usurpador del trono de Aquila á quien sucedió el año 554, despues de haberle derrotado cerca de Sevilla en una batalla, de cuyas resultas murió asesinado en Mérida este último príncipe. A pesar de su ambicion, Atanajildo reunia prendas muy recomendables, y con ellas logró granjearse una gran popularidad entre los godos, sus vasallos. Hizo la guerra contra los ejércitos de Justiniano, emperador de Roma, que, no contento con la parte de las provincias meridionales de España, que Atanagildo le habia concedido en recompensa de sus auxilios para subir al trono, estendia sus posesiones por toda la península. Despues de un reinado corto, pero glorioso, en el cual habia logrado establecer su monarquía y su familia, murió Atanajildo por los años de 567.

ATANARICO, primer rey de los godos, elegido en el año 369 de Cristo, reinó 12 años y murió en Constantinopla el 25 de marzo del año 381. Cualquiera que fué la patria de los godos, sobre cuyo orígen hay muchas y muy discordes opiniones, abandonados los paises septentrionales por una enorme multitud de aquella gente, guiada del deseo de mejorar de clima, ó mas verosimilmente de la ambicion de dominar la tierra, entró en las provincias romanas destruyendo con crueldad impetuosa cuanto la hacia resistencia. Capitaneaban este formidable ejército Atanarico y Fridigerno; los cuales, teniendo ya en poco el triunfar de los romanos, volvieron contra sí mismos sus armas, dividiéndose en partidos

para unir en uno el absoluto mando, haciendo las riberas del Danubio el teatro en que se vió triunfar por la primera vez á los godos de los mismos godos. Vencido Fridigerno en una sangrienta batalla, quedó reconocido por rey Atanarico en el año de 367, era 415 (1). Agradecido al auxilio que el emperador Valente le habia dado contra su competidor, le hizo varios y ricos presentes, ofreciéndole abrazar la religion cristiana, para estrechar con esta uniformidad de culto la union de los afectos. Valente, que ya estaba inficionado de la herejía de Arrio, le franqueó maestros que enseñasen á los godos su dogma; por el cual, aunque abandonaron la idolatría, no consiguieron lo que se habian propuesto, que era profesar la fe de Jesucristo. En el año 378, era 416, recibió Atanarico del emperador Valente la provincia de Tracia, acomodándose á este convenio el imperio romano por traer á su partido y servicio en las incursiones de las otras naciones bárbaras, en calidad de tropas auxiliares, á los godos, que hasta entonces le habian hostilizado como enemigos molestos. Y no pudiendo los godos sufrir una dependencia durable ó permanente, y ofendidos de algunas vejaciones de los romanos, se armaron contra ellos, abrasaron la Tracia, buscaron el ejército de sus enemigos, y habiéndole derrotado enteramente, obligaron al emperador á refugiarse mal herido á una quinta, pensando libertar la vida de este modo. Descubierto por aquellas gentes feroces, no contentos con hacerle prisionero, le abrasaron en su mismo asilo, incendiándole inhumanamente para que espiase el emperador Valente el error de haber precipitado al fuego eterno tantas almas ilustres de godos, habiéndoles comunicado engañosamente el veneno de la herejía arriana. Muerto de este modo Valente, y habiendo ascendido al sólio el español Teodosio, ajustó paces con Atanarico en el año 381, era 419 y tercero de su imperio. En este tiempo pasó Atanarico á Constantinopla, donde murió á los 15 dias de su llegada, esto es, á 25 de marzo del año 381 despues de haber sido recibido del emperador con toda cordialidad, y tratado en su corte con el mayor obsequio. Por estos medios se aliaron de nuevo los godos con el imperio romano bajo ciertos pactos y condiciones, subsistiendo en esta dependencia por espacio de 27 años.

(1) La eleccion de Atanarico fué anterior al año de 377. Se pone en la inscripcion el año de 369 en que empezó á gobernar la nacion goda; y la época de 377 apela al tiempo en que reinó solo.

ATANASIO (San), obispo de Alejandría, en cuya ciudad nació de una familia noble. Dióse á conocer al lado de San Alejandro, su antecesor, por sus virtudes y sus talentos. Elevado al episcopado por eleccion del mismo San Alejandro, señaló su entrada en él negándose á admitir á Arrio en la comunion de los fieles. Esto le atrajo las persecuciones de los sectarios de aquel heresiarca, quienes no cesaron hasta ganar al emperador Constantino y lograr de este príncipe que convocase en Cesarea un concilio para juzgar á San Atanasio. El santo obispo se negó á comparecer ante él por hallarse compuesto todo de enemigos suyos, viendo lo cual los arrianos, hicieron reunir otro concilio en Tiro, ante el cual se justificó Atanasio por boca del presbítero Timoteo, que asistió en su nombre, de las calumnias que se le imputaban. A pesar de todo, el Concilio le depuso de su silla, y el emperador Constantino, siempre seducido por los arrianos, le desterró á Tréveris. Muerto aquel príncipe y repuestos por su hijo Constantino el jóven todos los obispos católicos que habian sido arrojados de sus sillas, volvió Atanasio á Alejandría y fué declarado inocente por varios concilios. Le aguardaban sin embargo nuevas persecuciones bajo el reinado del emperador Constancio que, inficionado de la herejía arriana, hizo que condenasen algunos obispos de su

secta á San Atanasio y le desterró de nuevo. El santo prelado se retiró al desierto, pero aun allí sufrió mayores disgustos, pues el Papa Liberio, amenazado un dia y otro por los arrianos, consintió al fin en condenarle. Volvió sin embargo despues de la muerte de Constancio á su silla de Alejandría y volvió á ser separado de ella por el apóstata Juliano. Joviano, sucesor de este último, le restituyó á su rebaño, y el santo convocó entonces un Concilio en cuyo nombre propuso al emperador la fórmula de fe del Concilio de Nicea como la única ortodoxa, fórmula que aceptó Joviano con gran satisfaccion del santo y confusion de sus enemigos. Bajo el reinado del emperador Valente, tuvo que huir por cuarta vez y refugiarse en la soledad, hasta que, llamado por este príncipe, se dedicó á preservar á su rebaño del veneno de la herejía, en cuya santa ocupacion murió el 2 de mayo del año 373 á los cuarenta y seis de episcopado. Sus obras son: *Defensa de la Trinidad y de la Encarnacion*, *Apologías*, *Cartas*, *Tratados contra los Arrianos*, *Los Malecianos*, *Los Apolinaristas*, y los *Macedonios*, con algunos otros escritos que se le atribuyen.

ATANASIO (San), Diácono de la Iglesia de Jerusalen. Fué uno de los mas celosos defensores de la doctrina del Concilio de Calcedonia contra los Eutiquianos y su jefe Teodosio que habia usurpado á Juvenal el patriarcado de Jerusalen haciéndole salir de esta ciudad el año 452 de la era Cristiana. Perseguido por sus enemigos, murió al fin Atanasio en los mayores tormentos, de órden de Teodosio, alcanzando así la gloriosa palma del martirio.

ATANASIO (San). Nació en Nápoles el año 832 y fué hijo de Sergio, duque de aquella ciudad. Consagrado al Señor desde la edad de siete años, por un voto que habia hecho su madre durante su embarazo, mostró tal vocacion y tantas virtudes que bien pronto fué ocupando todos los grados de la gerarquía eclesiástica, hasta ser elegido obispo de Nápoles el año 849. En este cargo cuidó con el mayor celo de la educacion espiritual de sus fieles, asistiendo al Concilio de Letran el año 861. Querido y respetado de todos, solo tuvo un enemigo, y fué su primo Sergio, á la sazon duque de Nápoles, que, irritado de los consejos y amonestaciones con que procuraba corregir sus vicios el Santo obispo, le persiguió cruelmente poniéndole en un calabozo, arrojándole despues de su silla y sitiándole por fin en la isla de San Salvador á donde se habia refugiado. Pero librado por las armas del emperador Luis I, San Atanasio, en vez de vengarse de los napolitanos que habian seguido las banderas de su perseguidor y rehusaban todavía recibirle en su obispado, acudió al Papa para que los absolviese de la escomunion, que en vista de aquella conducta, habia lanzado contra ellos el abad Cesáreo. Aun en Roma se vió perseguido por los emisarios de Sergio, y dirigiéndose á pedir proteccion al emperador, murió en el camino el año 872 de la era cristiana.

ATAULFO, tercer rey de los godos, elegido en el año 410; reinó 5 años y vino á España en el año de 415, y murió en Barcelona á fines del mismo año. A la muerte de Alarico, verificada en el 410, era 448 se siguió la eleccion de Ataulfo, pariente suyo y hermano de su mujer (1). No pudo apagar en su ánimo el ódio concebido contra Roma su esposa Placidia, hermana del emperador Honorio, con quien estaba casado: pues renovando el fuego que parecia amortiguado en sus ruinas, pre-

(1) Algunos cuentan á Ataulfo por primer rey de los godos, á causa sin duda de que hasta su reinado, esta nacion y sus caudillos no habian puesto el pié en España. En este Diccionario hemos colocado antes Atanarico y Alarico por lo esclarecido de sus hazañas, y haber sido los que dieron á conocer á los godos fuera de sus primeros hogares, y á quienes debieron la grandeza á que llegaron sus descendientes, fundan-

tendió consumir hasta sus cenizas y borrar hasta su nombre; habiéndose propuesto levantar en aquel mismo lugar otra nueva ciudad con el de Gotia. Estas crueles resoluciones concebidas en el principio de su reinado, calmaron poco á poco á persuasiones de Placidia; cedió por contrato á Honorio las provincias que dominaba en Italia, y recibió del emperador por modo de compensacion las que los romanos poseian en las Galias y en España. Estaban establecidos en varias provincias de las Galia los vándalos, suevos y alanos; los cuales acordándose del mal tratamiento que habian esperimentado en Panonia, de Geverico, rey de los godos; sabiendo la venida de Ataulfo, abandonaron aquellas provincias y se pasaron á España, creyendo que los Pirineos fuesen barrera bastante á contener el ímpetu de los godos. Ocuparon sin gran dificultad toda la España estas naciones bárbaras; porque los romanos eran muy pocos, y se retiraron á los presidios, y los españoles destituidos de caudillo y del socorro de los romanos, no hacian resistencia capaz de contener tantas naciones unidas, y de su natural feroces. Por esta causa los suevos, y parte de los vándalos dominaron la Galicia. Otra parte de ellos y los silingos, que se les habian agregado, se establecieron en la Bética, y los alanos en la Lusitania, quedando solamente los asturianos y cántabros en la obediencia de los romanos. En tanto que todo esto pasaba en España, entró Ataulfo en la Galicia Narbonense, y estableció su residencia en la misma ciudad de Narbona: pasó despues á España, y asentando su corte en Barcelona, dió principio á sus temerarias conquistas haciendo guerra á los vándalos, que fácilmente hubiera sujetado, si la imprudencia de haber llevado consigo á Atalo, rival de Honorio, no hubiera movido contra él las armas del imperio, que le distraian de sus conquistas. Para facilitarlas acordó reconciliarse con Honorio; pero como el nombre de los romanos era tan aborrecible á la ferocidad gótica, incurrió Ataulfo en el ódio de los suyos, que acaudillados por Sigerico, conspiraron contra su vida, valiéndose del instrumento vil de un truhan, que se atrevió á herirle estando en conversacion familiar, aunque algunos dicen haber sido el mismo Sigerico quien le dió muerte el año 415, era 453.

do la mas poderosa y antigua monarquía de Europa. San Isidoro que conocia la historia de sus compatriotas, ha servido de guia para no omitir en el catálogo y dinastía de los reyes godos á Atanarico y Alarico: con lo cual queda satisfecha una objecion que algunos podrian oponer.

ATENODORO (San), obispo de Neocesarea, martirizado el año 233 por orden del emperador Aureliano. Era hermano de San Gregorio el Taumaturgo, y asistió al Concilio de Antioquia contra Pablo de Samosata.

ATEPOMARO, rey de una parte de los Galos, que teniendo sitiada á Roma, exigió para hacer la paz que se le entregasen las principales damas de la ciudad. Resistiéronse los romanos, pero habiendo propuesto las criadas reemplazar á sus amas y adoptádose por fin este consejo, aquellas intrépidas mujeres se dirigieron cautelosamente al campo de los sitiados cuando se hallaban durmiendo desprevenidos, una de ellas subió á una torre, encendió una hoguera para avisar á los romanos, y estos cayeron sobre los galos derrotándolos completamente. De aquí tuvo orígen en Roma la *Fiesta de las criadas*.

ATICO (Tito Pomponio). Caballero romano, hijo de un literato distinguido que le inspiró aficion á las letras. Las proscripciones de Cina y de Sila le obligaron á refugiarse en Atenas, donde aprendió la lengua griega que hablaba con igual perfeccion que la latina. Heredó grandes riquezas de uno de sus tios, con las cuales socorria á los desgraciados y se granjeaba muchos amigos. Habia una intimidad tan sincera

entre él, Hortensio y Ciceron, que segun Cornelio Nepos, rivales como eran en el cultivo de las letras, fueron comunes sus triunfos, sin que la envidia les mortificase. Durante las guerras civiles de Pompeyo y de Cesar, de Marco Antonio y de Bruto, portóse de manera que mereció el aprecio de todos; pero rehusó sus favores y prefirió los placeres domésticos, á la agitacion que proporcionan los altos destinos. Llegó á la edad de 77 años sin haber sufrido enfermedad alguna, y habiéndole acometido repentinamente unos dolores reumáticos, dejóse morir de hambre para no darles incremento, en el año 33 antes de Jesucristo.

ATILA, príncipe escita é idólatra, apellidado *el azote de Dios*, era hijo de Mundcico rey de los hunos. Ascendió al trono con Bleda su hermano, en 434. Dió comienzo á su reinado desolando la Tracia y el Oriente. Atormentábale le ambicion de reinar solo y en el año de 444 hizo asesinar á su hermano, crímen abominable que habiendo estendido sus dominios desde el Occidente hasta la Persia, le impulsó á avanzar del lado del Danubio y del Rhin, y llevándolo todo á fuego y sangre hizo nuevas conquistas hasta que, vencido en las llanuras de Chalon, perdió 200,000 hombres en una sola batalla. Casóse con una jóven de estremada belleza, hija del rey de los bactrianos, y fueron tan desordenados los escesos á que en los dias de la luna de miel se abandonó, tanto en la mesa como en el lecho nupcial, que murió ahogado por una hemorragia de nariz el año 454. Fué enterrado en una triple caja de oro, de plata y de hierro, en la cual depositaron tambien muchos preciosos objetos de sus conquistas. Terminado el entierro, fueron degollados los que habian trabajado en él para que quedase aquella sepultura desconocida á la posteridad. Así terminó su carrera aquel conquistador, que á algunas prendas brillantes como el valor, la prudencia en ciertos casos, el genio, la política, unia la ferocidad, el artificio, la traicion. Al regreso de sus espediciones, solia tomar descanso en una humilde choza, aquel hombre cuya ambicion era subyugar al mundo entero. Las riquezas que sacaba de los palacios de los reyes las repartia entre sus soldados, mientras él comia en su cabaña con platos de madera, y á pesar de esta humildad aparente, era Atila el mismo orgullo personificado. La altivez y fiereza de su carácter estaban marcadas en su erguida frente, de manera que intimidaba á cuantos se hallaban en su presencia.

ATILIO RÉGULO, uno de los mas grandes héroes de la antigua república romana. Sus proezas son tantas y tales que apenas bastaria un libro para enumerarlas. Grande en su vida, pero mas grande aun en su muerte, la biografía de este hombre célebre, no ofrece mas que ejemplos de valor, de virtud y sabiduría. El año 267 antes de Jesucristo, fué elegido cónsul con Julio Libio, despues de haber derrotado á los Salentinos y tomado á Brindis, capital de este pueblo. Reelegido con Manlio Vulfo, destruyó la escuadra de los cartagineses, derrotó en Africa á los generales Asdrubal y Amilcar, y tomó á Aypea y otras ciudades. Los cartagineses llegaron á temer tanto á Régulo que echaron junto á él una formidable serpiente, la cual, muerta con el auxilio de algunas máquinas de guerra, fué enviada á Roma y tenia ciento veinte piés de largo. Caminaba el cónsul romano de victoria en victoria, cuando fué acometido, derrotado, y hecho prisionero con quinientos mas de sus soldados por un ejército cartagines conducido por el Lacedemonio Xautipo. Y aquí puede decirse que comienzan las mas memorables hazañas de nuestro héroe. Derrotados los cartagineses el año 250 antes de Jesucristo, por el cónsul Metelo al pié de los muros de Palermo, pensaron entablar negociaciones de paz con los romanos. A este fin enviaron á Régulo á

Roma, creyendo que por su mediacion podrian obtener condiciones mas favorables, pero, no sin haberle hecho jurar antes que volveria al Africa aun cuando no tuviese buen éxito su mision. Partió Régulo, en efecto, acompañado de otros enviados de la república, y resuelto á guardar fielmente su juramento se negó á entrar en la ciudad, á pesar de las instancias del Senado, diciendo que á un emisario de los enemigos no debia dársele audiencia sino fuera de aquel recinto. Los senadores se reunieron, pues, al pié de los muros, y Régulo les habló de esta manera: «Padres conscriptos, los cartagineses nos envian á vosotros, pues tambien yo he venido á ser esclavo suyo por el derecho de la guerra, para que pidamos la paz bajo condiciones que puedan convenir á entrambos pueblos, ó que insistamos al menos en el cange de los prisioneros.» Dicho lo cual, se retiraba en silencio con los embajadores; pero habiéndole invitado los cónsules á que asistiese á la deliberacion, consintió en ello despues de haber obtenido el permiso de los cartagineses, á quienes miraba como sus señores. Desechadas en el consejo las proposiciones de paz é instado Régulo á dar su parecer sobre el cange de los prisioneros, respondió que lo haria como simple particular, pues no era senador ni siquiera ciudadano romano desde que se hallaba en poder del enemigo. Entonces, aquella alma fuerte y constante sacrificó todas sus afecciones al interes de la patria, y bastándole una palabra para recobrar su libertad, su familia, sus bienes, y sus dignidades, declaró enérgicamente que no debia aceptarse el cange; que seria un ejemplo funesto para la república; que los ciudadanos que habian sido bastante cobardes para entregar sus armas al enemigo, ni podian servir con utilidad á la república ni merecian compasion de ella, y que él mismo, viejo ya y gastado por la guerra, no valia tanto como los generales cartagineses que les proponian cangear. Los senadores, llenos de admiracion y estupor, no se atrevian á aceptar tan sublime sacrificio; pero cedieron al fin á las instancias de Régulo, y este, arrancándose de su esposa, de sus amigos, y hasta de los conjuros del gran Pontífice, quien le aseguraba que podria quedarse sin faltar á su juramento, regresó á Cartago, sin embargo de que no ignoraba los terribles suplicios que le aguardaban. En efecto, los bárbaros cartagineses, sorprendidos y furiosos al saber que se habia rehusado la paz y el cange de los prisioneros por consejo del mismo Régulo, le dieron una muerte cruel, cortándole primero los párpados, esponiéndole despues durante muchos dias á los rayos del sol, y encerrándole por último en una arca erizada por dentro de puntas de hierro, en la cual espiró Régulo víctima de los dolores y de la fatiga de un insomnio perpétuo. Tal fué el fin de aquel eminente patricio, cuyo nombre ha llegado todavía hasta nosotros como un símbolo de abnegacion y sufrimiento. Sus virtudes encontraron un digno cantor en el divino Horacio que las celebró en aquella magnífica Oda: *Cœlo tonantur, etc.*

ATREO, rey de Argos y de Micenas, hijo de Pélope, padre de Agamenon y de Menelao y esposo de Erope, vivia en 1291 antes de Jesucristo. Su hermano Tieste, hallándose en relaciones amorosas con Erope, y temiendo los celos de Atreo se retiró á un sitio seguro. Atreo fingió querer reconciliarse con él y le dió con este objeto un convite en el cual le hizo comer dos hijos, frutos de su incesto. El sol retrocedió á la vista de este *requisito* execrable. Séneca, Crebillon y Voltaire han escrito tragedias de este espantoso acontecimiento.

ATROPOS, la mas severa de las tres parcas, cortaba el hilo de los dias atribuidos á cada mortal. Su nombre significaba en griego *la inflexible.* Hesiodo decia que se despedazaba á sí misma.

AUBUSSON (Pedro de). Nació en 1425 de una familia muy distinguida, y se dedicó á las armas que en aquel tiempo eran el ejercicio de los nobles y los caballeros. Bien pronto se dió á conocer á las órdenes de Alberto, duque de Austria que hacia la guerra en Hungría contra los turcos invasores de este pais, haciendo prodigios de valor en una batalla que ganó á los infieles. Vuelto á su patria con el prestigio de la victoria, acompañó al sitio de Montereau-Fant, al hijo de Cárlos VII, rey de Francia, y allí confirmó su reputacion de intrépido guerrero, cobrando tal ascendiente en el ánimo del príncipe que cuando este se rebeló contra su padre, le redujo con sus consejos á dejar las armas. Tan fervoroso creyente, como esforzado capitan, Aubusson buscó un puesto donde consagrar enteramente su espada al servicio de su Dios, y le halló en la orden de San Juan de Jerusalen, recibiéndose Caballero de ella en Rodas, donde tenia su asiento. En 1457, siendo ya Comendador, fué enviado al rey de Francia para pedirle auxilios contra los turcos, mision que desempeñó cumplidamente; en recompensa obtuvo la dignidad de primer *Bayle*, y despues la de Gran Prior de Aubergne, que renunció para ocupar el alto puesto de gran Maestre de la Orden, al cual ascendió por muerte de su predecesor. En esta época es cuando desplegó Aubusson todos sus talentos militares y su celo por el acrecentamiento de la fe cristiana y de la religion que profesaba, fortificando la isla de Rodas y defendiéndola valerosamente de los ataques de los turcos que, habiéndola sitiado en 1480 con una poderosa escuadra, tuvieron que retirarse ante el valor de los caballeros de San Juan y su gran Maestre, no sin haber esperimentado considerables pérdidas. Por este hecho de armas, en el cual salió herido; y otros no menos notables, recibió Aubusson del pontífice los títulos de *Libertador de la cristiandad*, y *escudo de la Iglesia*, ademas de la púrpura cardenalicia. En aquellos tiempos de fanatismo religioso, es muy de notar la tolerancia de Aubusson, pues no solo dió hospitalidad á Zeziem, hermano de Bayaceto y á quien este príncipe perseguia, disputándole el trono del padre de ambos, Mahometo II, sino que le envió á Francia para librarle de las asechanzas del mismo Bayaceto, é hizo que le custodiase siempre una escolta de los caballeros de la Orden establecidos en el Poitu. Murió Aubusson á la edad de 80 años, de melancolía, por no haber podido llevar á cabo una cruzada, y su cuerpo fué sepultado en un magnífico mausoleo erigido á espensas del público, por decreto del capítulo general de su Orden. Su vida fué la de un héroe, y su muerte la de un santo.

AUDOVERA primera mujer de Chilperico, rey de Francia. Habiendo partido este rey á la guerra, dejando en cinta á su esposa, Fredegunda, dama de honor de la princesa, que tenia en ella un gran ascendiente y que ademas era amada de Chilperico, tuvo la habilidad de persuadirla á que fuese madrina de su propia hija, diciéndole que el rey no podia menos de ver con satisfaccion este rasgo de solicitud maternal. Audovera, demasiado crédula, tuvo en la pila la niña que dió á luz, poniéndole por nombre Childesinda; y Fredegunda, á la vuelta de Chilperico, se apresuró á esponerle que no podia cohabitar con ella hallándose unidos por un lazo espiritual. Bastóle al rey este pretesto para dar rienda suelta á su pasion, y se casó con Fredegunda, divorciándose primero de Audovera y encerrándola en un convento, donde murió la desdichada princesa el año 580, quién dice que arrojada á un torrente, quién que ahogada por órden de su rival.

AUGEREAU, duque de Castiglione, natural de Paris, donde nació en 1757 de una familia pobre y humilde. A los veinte y dos años sentó plaza de soldado en las reales guardias walonas de

España, y habiendo ascendido á cabo, pasó á Nápoles donde fué maestro de esgrima. Espulsado de allí con otros franceses, de órden del rey, volvió á Francia y se alistó de voluntario en los ejércitos de la república, donde distinguiéndose por un valor á toda prueba, ascendió en menos de dos años al grado de general de brigada. Como tal hizo la guerra en 1794 contra los ejércitos coligados, asistiendo al sitio de Figueras y tomando una parte muy activa en la victoria que alcanzaron sobre nuestras armas las francesas á las márgenes del rio Fluvia. Enviado poco despues á Italia como general de division, desplegó en esta famosa campaña los mas raros talentos militares, apoderándose de las gargantas de Millesimo, tomando á Alba y Casale, forzando el paso del puente de Lodi, entrando en Castiglione despues de haber resistido un dia entero á los ataques de los austriacos y asistiendo en fin á la memorable batalla de Arcola, donde poniéndose al frente de sus tropas y al fuego de la artillería enemiga, decidió la victoria. Habiendo marchado Bonaparte á la espedicion de Egipto, Augereau fué nombrado para reemplazarle en el mando del ejército de Italia, que dejó despues por el de Paris, y entonces fué cuando se le vió penetrar en el salon de la camara legislativa con fuerza armada y arrestar á los diputados de las comisiones de inspeccion. Los vencedores le proclamaron *salvador de la patria*, y Augereau obtuvo muchos y muy importantes cargos, si bien no pudo conseguir que se le nombrase Director como ambicionaba. Hallándose en Paris en 1799 como diputado en el consejo de los Quinientos por el departamento del Alto-Garona, trató al principio de oponerse á los ambiciosos proyectos de Bonaparte, que de vuelta del Egipto, y lleno de victorias, conquistaba rápidamente el favor del pueblo y el poder del Estado; pero concluyó por ponerse al servicio del dictador, y despues de desempeñar con gloria varias comisiones militares que aquel le encomendó, fué nombrado por el mismo, al ascender al trono, mariscal del imperio, y grande águila de la Legion de Honor, con otros títulos no menos honoríficos. Hizo despues la guerra de Alemania, derrotando á los austriacos junto al lago de Costanza, tomando á Bregenz, Lindan y Berlin, y ganando entre otras la batalla de Jena, donde se elevó á grande altura como militar y como soldado. De allí pasó á España, donde esperimentó sus primeros reveses durante la memorable lucha de nuestra independencia; reveses que ocasionaron su desgracia hasta el año 1812 en que se le dió un mando poco importante en la guerra de Rusia. La batalla de Leipzick fué la última en que tuvo ocasion de mostrar su arrojo, pues al poco tiempo cayó del trono Bonaparte, siendo confinado á la isla de Elba. Augereau sostuvo hasta el último trance la causa del emperador, pero restablecido en el trono Luis XVIII, reconoció á este monarca y aceptó de él títulos y honores. Durante el período de los cien dias, se pasó nuevamente al partido de Napoleon, pero este le rechazó declarándole traidor. Prisionero el capitan del siglo en Santa Elena, acercóse tambien Augereau al monarca restablecido, y esta vez tuvo por fin un término su inconstancia política, pues Luis no quiso aceptar sus servicios. De este modo se vió Augereau rechazado por todos los partidos y murió el 12 de enero de 1816 en su posesion de La Houssaye, á donde se habia retirado.

AUGUSTO OCTAVIO, primer emperador de los romanos. Nació en Roma el 23 de noviembre del año 62 antes de Jesucristo, durante el consulado de Ciceron, siendo hijo de una sobrina de Julio Cesar el cual le adoptó y le hizo su heredero. Asesinado este grande hombre por Bruto, el Senado eligió á Octavio para contrarestar el poder de Antonio, dándole las mismas preeminencias que á los cónsules,

y habiendo sido aquel derrotado en la batalla de Módena, donde perecieron estos, Octavio quedó al frente de las tropas. Entonces supo que el designio del Senado no era otro que el de debilitar á los dos rivales uno con otro, para dar el poder á los partidarios de Pompeyo, y se unió con Antonio y con Lepido que le auxiliaba, repartiéndose entre los tres durante cinco años bajo el nombre de triunviros el dominio de la república. En este período cometió Octavio con sus compañeros todo género de crueldades, entregándose mútuamente las cabezas de sus amigos y hasta las de sus parientes, entre otras la del ilustre Ciceron, de quien tantos favores habia recibido Octavio, y que, sin embargo, abandonó á las iras de Antonio, en cambio de la vida del tio de este último y del hermano de Lepido. Para confirmar tan sangriento pacto, casóse Octavio con Claudia, hijastra de Antonio, y este matrimonio vino á estrechar mas y mas una union que estaba fundada en el crímen. El indomable Bruto, despues de dar muerte á César, amenazaba todavía con un puñado de parciales el poder de los triunviros, pero estos le atacaron, le derrotaron, y Octavio envió su cabeza á Roma y mandó que la arrojasen á los piés de la estátua de César llenando de ultrajes aquel sagrado resto del virtuoso republicano. Desde esta época su mando no fué mas que una série de discordias con sus propios compañeros, en las cuales corrió la sangre de muchos ilustres ciudadanos, hasta que desembarazado primero de Lepido á quien desterró dejándole únicamente el título de pontífice, y despues de Antonio en la batalla naval de Accio, año 31 antes de Jesucristo, se apoderó esclusivamente de la república como deseaba. Entonces empezó á ser clemente y humano, haciendo alarde de conceder lo que no poseia sino por la usurpacion y la violencia. Por fin, el año 29 antes de Jesucristo volvió á Roma vencedor de todos sus enemigos y despues de haber recibido los honores de tres triunfos diferentes, uno por la victoria contra los Dalmatas, otro por la batalla de Accio y otro por la de Alejandría, fue proclamado emperador y recibió del Senado la autoridad suprema con el título de Augusto. Llegado ya Octavio á este puesto que tanto anhelaba, desplegó algunas virtudes aparentes y dotes de gobierno, con las cuales, restableciendo la paz, y la abundancia, en aquella Roma, que habia ensangrentado antes con sus matanzas y que estaba aun desierta con sus proscripciones, logró hacerse amar y admirar de sus súbditos. Protegió las artes, las ciencias y las letras, y en su reinado florecieron los mas grandes escritores de Roma, tales como Ovidio, que fué desterrado por la hipócrita severidad del usurpador; Próspero, Cátulo, Tibulo, Virgilio, Horacio y muchos historiadores ilustres. Estos dos últimos poetas cantaron en magníficos versos la munificencia de Augusto, que tantas lágrimas y sangre habia costado á los pueblos. Para concluir, aquel hombre singular, raro conjunto de supersticion y de talento, de debilidad y fortaleza, de vicios y de virtudes, murió en Nola á los 76 años de edad y 14 de la era cristiana, despues de haber asociado á su trono á su hijo natural Tiberio, oprobio de la humanidad y modelo de tiranos.

AURA ó AUREA (Santa) nació en Sevilla, de una familia noble y rica, pero mahometana, y no queriendo seguir sus principios religiosos, se retiró á un convento de Córdoba para practicar mejor la fe de Jesucristo, en la cual habia sido iniciada por su tia la beata Artemia y sus dos hermanos mártires San Adolfo y San Juan. Allí fueron á buscarla sus parientes, noticiosos de su conversion, y la denunciaron ellos mismos al gobernador de la ciudad, el cual logró intimidarla por un momento, y hacerla vacilar en sus creencias. Pero, repuesta Aura de su turbacion, y fortificada con las oraciones que habia hecho en el convento,

salió de él publicando que era cristiana, y no quiso desmentirse ni aun en el suplicio, á que fué condenada por el inexorable gobernador, alcanzando así la palma del martirio el 19 de julio del año 856 de la era cristiana.

AURELIANO (Lucio Domicio), emperador de Roma. Nació en la Panomia de una familia humilde, y habiéndose alistado como soldado en las legiones, ascendió rápidamente, merced á su valor, á los primeros puestos de la milicia. Era celoso en estremo de la disciplina, que hacia respetar en el ejército, bajo las mas severas penas, y Valeriano, conociéndolo así, le confió la inspeccion de todos los cuarteles; derrotó á los francos en Maguncia; fué tribuno y cónsul, y alcanzó en este tiempo tales victorias, que se le proclamaba *libertador de la Iliria y las Galias*. Muerto el emperador Claudio II, el pueblo y el ejército le eligieron para sucederle, y entonces fué cuando verdaderamente desplegó todos sus talentos militares; pues, no solo aseguró la paz interior del imperio, destruyendo á los bárbaros que le infestaban, sino que conquistó el Oriente, por medio de una série no interrumpida de grandes victorias. Despues de ellas volvió á Roma, y entró en esta capital triunfante, llevando atados á su carro á Zenobia, reina de Egipto, que habia capitaneado por sí misma sus ejércitos, á Tétrico que dominaba en las Galias, y á una multitud de cautivos godos, alanos, vándalos, suevos, sármatas, francos, alemanes, etiopes, árabes, indios, bactrianos, georgianos, sarracenos y persas. Tranquilo ya en su trono, se dedicó enteramente á robustecerle, disminuyendo los tributos, socorriendo á los pobres, protegiendo las artes y aliviando, en fin, algun tanto la suerte de los pueblos. Era justo, aunque escesivamente severo, y se mostró muy favorable á la Iglesia católica. Su muerte no fué á la verdad digna de su vida, pues, habiendo fingido uno de sus esclavos una lista de proscripcion con la firma del emperador, y entregádosela al pueblo y al ejército, estos se rebelaron y Aureliano pereció asesinado cerca de Heraclea el año 275 de la era cristiana.

AURELIO (don), quinto rey de Asturias y Leon; sucedió en el año 768 de Cristo: reinó mas de seis años: murió en el 774. La corta edad en que quedó don Alfonso, hijo del rey don Fruela, al fallecimiento de este, y la delicadeza de la constitucion de aquella monarquía, que empezaba á tomar incremento en medio de unos enemigos tan poderosos, como eran los sarracenos en aquellos tiempos, forzaron á los españoles á desatender la representacion del tierno príncipe, y eligieron por rey á don Aurelio, primo-hermano del difunto. Las primeras muestras que dió de su aplicacion al gobierno y al bien de sus estados, fueron el solicitar con la mayor viveza y eficacia, que Abderrahamen, rey de Córdoba, viniese en revalidar las treguas que D. Fruela habia tratado con él; en lo que parece no haber hallado grande embarazo; porque la política de Abderrahamen, que aun no habia asegurado bien las cosas de su reino, que acababa de arrancar de las manos de sus rivales y competidores, conoció que tenia necesidad del descanso y de la quietud para atender mas bien al establecimiento de su gobierno y al sosiego de muchos de sus vasallos, de quienes podia temer los resentimientos de la fuerza con que les habia obligado á reconocerle por soberano. En esta misma aplicacion y ejercicio se hallaba el rey don Aurelio, cuando se le suscitó dentro de su mismo reino una guerra que pudo haberle sido mucho mas ominosa que la de los enemigos y soberanos que rodeaban sus tierras. En las incursiones que se habian hecho en los territorios enemigos en varias ocasiones por sus antecesores los reyes don Alfonso y don Fruela, fueron tomados cautivos muchísimos mahometanos que, por razon de estado y buena polí-

tica se creyó debian contribuir á la poblacion y al cultivo de las tierras, que se iban adquiriendo con las conquistas. Estos, pues, ó estimulados del deseo natural de recobrar la libertad, ú ostigados del mal tratamiento que acaso esperimentarian en su infeliz estado, trataron secretamente el levantarse contra sus amos, formando una numerosísima conjuracion; para la cual armándose precipitadamente, se atrevieron á presentarse en cuerpo, arrestados á sostener á todo trance su designio y el cobro de su libertad. Este impensado acaecimiento, que verosímilmente puso en consternacion los ánimos de todos, halló el del rey don Aurelio tan dispuesto para remediarle, como si muy de antemano le tuviese previsto y meditado: pues congregando con la mayor prontitud un suficiente número de gente, formó un ejército volante con que fué á buscar á los levantados: los cuales, vencidos desde luego, fueron obligados á sufrir en su cautiverio mayor estrechez y pesadumbre que la que hasta allí habian esperimentado, para evitar de este modo los efectos del descuido y de la contemplacion que pudieron ser tan funestos á la monarquía. No contento el rey don Aurelio con el vencimiento y sujecion de estos rebeldes, pasó á castigar á todos aquellos que se justificó ser los que suscitaron el movimiento general, para contener á los demas en adelante en el miedo de su poder, y en el respeto de su justicia. Sosegadas por estos medios aquellas turbaciones, volvió don Aurelio otra vez su cuidado y aplicacion al mejor régimen de su reino, empleando, como monarca digno y glorioso, todos sus esmeros en procurar el bien y felicidad de sus vasallos, y correspondiendo á estos paternales desvelos los frutos dulces que lograba en las perennes aclamaciones y elogios con que bendecian los pueblos la mano de que esperimentaban tan colmados y repetidos beneficios. Las ideas benéficas de tan gran rey para con sus fieles vasallos, no se circunscribian solamente á los términos de su propia vida y reinado; pues haciéndolas pasar mas allá de su muerte, meditaba dejarles en su sucesor un soberano que promoviese mas y mas la felicidad del reino. Por esto, viéndose sin hijos, y que su hermano Bermudo consagrado á Dios habia ascendido al diaconato; y considerando por otra parte que los cortos años de su sobrino don Alfonso le inhabilitaban todavía para sucederle, trató de casar á su prima doña Adosinda con don Silo ó Silon, uno de los principales señores del reino, para que á su fallecimiento, atendidas las recomendables circunstancias de este, y el título de esposo de doña Adosinda, pudiera tener mas proporcion para sucederle en la corona. Estas juiciosas prevenciones parece fueron los anuncios de su muerte; que esperimentó en la era 812, año de Cristo 774, despues de haber reinado seis años y algunos meses, con general sentimiento de sus amantes vasallos, que le lloraron por muchos dias. Fué sepultado en la iglesia de San Martin del valle de Laneyo, distante cuatro leguas de la ciudad de Oviedo, que parece ser la que con alguna corrupcion se conoce hoy con el nombre de San Martin de Ordion. Algunos creen que este piadoso rey fuese el fundador de esta iglesia, por la circunstancia de haber tenido en ella su enterramiento. En un compendio de la historia de España, recientemente publicado, se lee lo que sigue: «El historiador Mariana afea la memoria de Aurelio, con un hecho bien censurable á ser cierto; pero que no lo es segun todas las probabilidades. Cuenta que hizo un asiento con los moros, por el que se obligaba á darles cada un año cierto número de doncellas nobles, como por parias; pero ningun escritor antiguo, anterior al siglo XIII, habla de este hecho, y claro es que un asiento tan repugnante, y por otra parte tan público, no podia ocultarse á los autores de los antiguos cronicones. Y una vez que estos nada dicen; ¿cuál es el orígen de la noticia? ¿por qué conducto llegó á los

oidos del primer cronista que la insertó, y á quien despues han seguido los demas? Véase cómo á poco que se reflexione, debe tenerse por fabuloso un hecho que hubiera mancillado, no solo el nombre del rey, á quien se supone su autor, sino al pueblo que lo sufriera. ¿Ni cómo suponer que aquellos bravos españoles que, entre peligros sin cuento fundaban un nuevo reino, dieran sus hijas, sus hermanas, sus amadas, sin que hubiese precedido á tan odioso trato una derrota, ni aun siquiera una batalla?»

AURELIO (San), mártir de la iglesia española durante la persecucion del rey moro Abderrahamen en el siglo IX de la era cristiana. Era hijo de una familia mahometana rica y noble, pero educado en la religion cristiana por una tia suya, pereció en esta saludable creencia, y cuando llegó á la juventud solo pensó en buscar una esposa que fuese tambien de la comunion de Jesucristo. Hallóla en efecto, y su casa fué desde entonces el asilo de todos sus hermanos y el templo donde se rendia culto al verdadero Dios, con las piadosas exortaciones del célebre San Eulogio. Descubierto esto por el juez de la ciudad, Aurelio y su esposa fueron amenazados con los mayores tormentos si no renunciaban á la fe de Cristo, pero ellos fortificados mas y mas en esta fe con el ejemplo de los que morian por ella, decidieron arrostrarlo todo por confesarla, y despues de haber asegurado la suerte de sus dos hijas Felicita y María, se presentaron en la iglesia cristiana haciendo así pública ostentacion de pertenecer á ella, y hallaron el martirio que deseaban el 27 de julio del año 852.

AUVERGNE ó AUVERNIA (La Tour de), nació en Bretaña en 1743, de una familia que descendia en línea bastarda de la casa de Bouillon, y se parecia mucho física y moralmente al ilustre Turena, que descendia tambien de aquella casa. Alistóse en el ejército en 1777, ascendiendo á capitan en 1779, y despues de haber servido como voluntario en América, se hallaba retirado cuando estalló el año 92 la guerra de la revolucion francesa. Auvergne tenia entonces 50 años, pero á pesar de esta edad y de la aficion que sentia á las tareas literarias, en las cuales se hallaba ocupado, volvió á tomar las armas sin querer aceptar un grado superior al de capitan, y mandando un cuerpo de granaderos en el ejército de los pirineos orientales, conquistó con su valor una reputacion envidiable. Hecha la paz con España en 1795, se dedicó de nuevo á las letras, y escribió un glosario de cuarenta y cinco lenguas, y un diccionario frances céutico. Pero habiendo caido soldado el hijo de un pobre anciano que no tenia otro apoyo y que fundaba en el trabajo del jóven el único medio de subsistencia, La-Tour, tan valiente como compasivo, se ofreció á reemplazarle é hizo en su lugar dos campañas, en las cuales, siempre al frente de los soldados, añadió nuevos laureles á los que ya coronaban su frente. Rehusando todo premio que fuese lucrativo y hasta una donacion que quiso hacerle el jefe de su familia, no pudo sin embargo negarse á admitir el sable de honor y el glorioso título de *primer granadero de Francia* que le dió el primer cónsul de la República. Desde entonces creyó que debia su vida al servicio de su patria, y consagrándose enteramente á ella, no abandonó la milicia hasta morir en la batalla de Neubourg el 27 de junio del año 1800. Su muerte fué llorada por todo el ejército; y se le tributaron los mas grandes honores fúnebres; su plaza quedó vacante en la compañía, respondiendo un soldado al nombrársele en las listas: *muerto en el campo del honor;* su corazon encerrado en una caja de plata era llevado por sus compañeros en todas las marchas; y sus restos mortales se enterraron en el sitio mismo donde fué herido mortalmente, levantándose encima un sencillo monumento con una ins-

cripcion que espresaba el nombre, el título, y el dia de la muerte de tan ilustre soldado.

AVENTINO (Juan), *Autor de los anales de Baviera*, en cuyo ducado nació siendo hijo de un posadero. Deseando casarse á los 64 años, hasta cuya edad habia permanecido soltero, consultólo con sus amigos, los cuales le respondieron con aquella frase de Moliere: *Casaos, no os caseis.* Leyó despues los libros sagrados y profanos, y estuvo indeciso mucho tiempo acerca de las ventajas é inconvenientes del matrimonio que encontró en ellos; pero resuelto, en fin, á buscar esposa, fué tan desgraciado en la eleccion, que se casó con una mujer fea, pobre y de mal génio. Los disgustos que con ella tuvo, le distrajeron del estudio y de las tareas literarias, y murió de melancolía en 1534 á la edad de 68 años.

AVERROES, célebre médico árabe de Córdoba, donde nació en el siglo XII de una familia ilustre. Almanzor, rey de Marruecos, noticioso de su virtud y sabiduría, le nombró juez de toda la Mauritania y le colmó de favores, si bien no dejó por eso de hacer que le escupiesen á la puerta de la mezquita cuantos pasasen por ella, en castigo de su poca ortodoxia en la fe mahometana. Era, en efecto, Averroes, muy despreocupado en este punto, y solia esclamar: *¡Muera mi alma de la muerte de los filósofos!* Dejó á su muerte varias obras, entre las cuales la mas notable es una traduccion de Aristóteles en lengua arábiga, libro que comentó, adquiriendo con este motivo el renombre de *comentador* con que se le conoce.

AVILA (Juan de), apellidado *el Apóstol de Andalucía.* Nació en Almodovar del Campo, é hizo sus estudios en las universidades de Salamanca y Alcalá. Habiéndose quedado huérfano, dió todos sus bienes á los pobres, y se dedicó al estado eclesiástico con tanta vocacion, que quiso marchar á las Indias á emplearse en la conversion de los infieles; pero el arzobispo de Sevilla le instó tanto á que se quedara en su diócesis que el jóven eclesiástico cedió y empezó á predicar la divina palabra por toda la Andalucía. Su elocuencia y su uncion eran tales, que conmovian los corazones mas empedernidos en el vicio, y fruto de ellas fueron la conversion de San Francisco de Borja, la resolucion benéfica de San Juan de Dios y la vocacion de Santa Teresa. Murió en 1569, dejando varias obras publicadas é inéditas, siendo entre las primeras las mas notables, sus *Cartas espirituales*, y la titulada *Audi filia*, y entre las segundas *La Reforma del estado eclesiástico*, y las *Notas al Concilio de Trento.* Escribió su vida el ilustre y virtuoso fray Luis de Granada, y hoy le venera la iglesia como á uno de sus mas piadosos varones.

AVILA (Sancho de), confesor de Santa Teresa, y sucesivamente obispo de Murcia, Jaen, Sigüenza y Plasencia. Nació en Avila en 1546, siendo hijo primogénito del marques de Velada, á pesar de lo cual se consagró al estado eclesiástico. Escribió las vidas de San Agustin y Santo Tomás, y murió en Plasencia en 1626, llorado de todos por su ciencia y sus virtudes.

AVILA (Gil Gonzalez de), célebre eclesiástico y literato español, natural de la ciudad que lleva su nombre. Enviado por sus padres á Roma, siendo aun niño, en clase de familiar del cardenal don Pedro Deza, salió de allí tan instruido que á los 20 años regresó á España con el crédito de un consumado literato. Constantemente dedicado al estudio, publicó muchas y muy buenas obras, como son, *Historia de las antigüedades de Salamanca, Vida del rey Felipe III, Idem de don Alonso Tostado de Madrigal, obispo de Avila, Idem del rey Enrique III, Teatro de las grandezas de Madrid, Teatro de*

las iglesias de España, *Teatro de las iglesias de las Indias*. Fué cronista real de Castilla y de las Indias, y su posibilidad y virtud le han colocado en el número de nuestros hombres ilustres. Nació por los años de 1580, y murió de una edad muy avanzada.

AYALA (Martin Perez de), sábio prelado español, natural de Hieste, en la sierra de Segura. Pobre, como sus padres, pero con una vocacion decidida para la iglesia y las letras, hizo estudios sólidos, y por su erudicion y sus virtudes, mereció que el emperador Cárlos V le eligiese para asistir al Concilio de Trento, donde fué la admiracion de cuantos le escucharon. Por los méritos que allí contrajo, fué nombrado sucesivamente obispo de Guadix, de Segovia, y arzobispo de Valencia, en cuya ciudad murió á la edad de 62 años, en 1564. Estaba muy versado, no solo en la gramática y humanidades, que enseñó con mucho aplauso, si no tambien en la teología, de cuya facultad fué catedrático en Granada, y en las lenguas hebrea y griega que aprendió en la célebre universidad de Lovaina. Dejó escritas varias obras en castellano y en latin, de las cuales las mas dignas de mencion son las siguientes: *Commentaria in universalia Porphyrii*, y *De divinis apostolicis atque ecclesiasticis traditionibus*, *de quæ autoritate ac vi earum sacrosancta assertiones, seu libri decem*.

AYALA (don Ignacio Lopez de), apreciable literato y restaurador de las ciencias y las letras en el reinado de Cárlos III. Fué catedrático de poética en los estudios de San Isidro, y por su erudicion, así como por sus trabajos literarios, mereció ocupar un puesto en la Academia de la Historia. Su actividad y su aficion al estudio, eran tales, que desde 1765 hasta 1784 no cesó de publicar obras ya históricas, ya científicas, ya de amena literatura, entre las cuales citarémos las siguientes: *Cetarion sive de thynnorum ad fretum Herculeum piscatura*, poema latino; *Historia de Federico el grande, rey de Prusia; Filosofía moral de Aristóteles; Disertacion física sobre la Aurora Boreal, observada en Madrid la noche del 24 de octubre de 1768; Idem sobre el cometa observado en el año 1779; Historia de Gibraltar; Numancia destruida*, tragedia, y varios versos *epitalámicos* que compuso en castellano, latin, griego, hebreo y arábigo, con motivo del casamiento de Cárlos IV y María Luisa, á la sazon príncipes de Asturias.

AYALA (Bernabé de), pintor sevillano, uno de los fundadores de la Academia de Sevilla en 1666. Era discípulo de Zurbarán, y ha dejado algunos buenos cuadros en que imita bastante el colorido y las tintas de su maestro, como por ejemplo, el que pintó representando la *Asuncion* con el apostolado á los piés, y hoy se halla en el altar del Sagrario de la iglesia de San Juan de Dios en Sevilla. No nos han quedado noticias fidedignas de la época de su nacimiento, y únicamente se sabe que murió hácia el año 1763.

AZARA Y PERERA (don José Nicolás de), primer marques de Nibbiano. Nació Azara en Barbuñales de Aragon, provincia de Huesca, el dia 5 de diciembre de 1730, de una de las familias mas ilustres y de esclarecida nobleza de aquel antiguo reino. Habiendo estudiado en la universidad de Huesca, en donde se graduó de doctor en jurisprudencia, pasó á Salamanca en 1749 al colegio de San Salvador de Oviedo, en el que sirvió la plaza de bibliotecario. Llegando á la corte la fama de su claro saber y privilegiado talento, Carlos III le confirió una plaza de oficial en la secretaría de Estado en 1760, y la facilidad y tino con que desempeñó cuantos asuntos se le cometieron, le valió ser nombrado, en 1765, agente general de España en Roma cerca de la santidad del papa Clemente XIII. Desde su llegada á la

capital del orbe católico, su casa fué el punto de parada de todos los sábios, el refugio de los artistas y hombres de letras, y el mejor liceo ó academia científica, literaria y artística de Roma. Árbitro Azara, por decirlo así, de los destinos de Roma en el pontificado de Pio VI, cerca de cuya persona fué embajador de España con retencion de la Agencia, no solo atajó en medio de su carrera de reformas eclesiásticas á su amigo el emperador de Austria José II, con el que arregló personalmente las diferencias que tenia con el papa, á Leopoldo, gran duque de Toscana y al duque de Parma Fernando I, que se hallaban indispuestos con el espresado pontífice, y librado la Ciudad Santa del gran peligro que corrió en el motin de 1793, si que tambien detuvo al coloso del siglo, al indómito Napoleon Bonaparte, cuando en 1796 se dirigia á Roma con su ejército para castigar los ultrajes que suponia la Francia republicana le habia hecho el pontífice y los romanos, logrando de aquel genio de la guerra el armisticio de Bolonia. Por este hecho fué proclamado el *libertador* de Roma, nombrado uno de sus sesenta senadores, y obtuvo el honor de que se le acuñase una medalla con su busto. Durante la revolucion francesa, las familias proscritas del desventurado Luis XVI y de Orleans, obtuvieron de él una generosa y magnífica hospitalidad; y como el desgraciado Pio VI le debiera tambien sumos cuidados y atenciones en el tiempo de su ostracismo, en su compañía y por su consejo hizo la bula por la que pudo despues ser elegido fuera de Roma su sucesor Pio VII, al que tambien hizo servicios importantes. Nombrado Azara, en 1798, embajador de España cerca del Directorio de la república francesa, que le recibió, para mas honrarle, en audiencia estraordinaria, y poco despues de Portugal para arreglar su paz con la república, escribió su preciosa *Memoria sobre la pacificacion general de Europa.* Llevó en aquel cargo su beneficencia hasta Constantinopla, en donde alivió la suerte de los franceses prisioneros del Gran Señor, cuyo gobierno solo por su medio quiso contratar los socorros para ellos, y llegó á tal su ascendiente con el Directorio ejecutivo de la república, que solo á él respetaba entre los diplomáticos, y á su peticion cerró los clubs revolucionarios que declamaron contra España y varió de sistema completamente. Por un golpe de ingenio, hijo de su privilegiado talento, para salvar el crédito español, libró á la Francia de una inminente banca-rota, por lo que mereció las bendiciones y plácemes de ambas naciones. Fué tal la confianza qué tuvo en el talento y probidad de Azara el Directorio, que le encargó la formacion del plan marítimo de las escuadras combinadas contra la Inglaterra, el que se trabajó en su palacio de la embajada de España, y tal el amor que se le profesó, que cuando á fin de 1799 fué depuesto de la embajada por una intriga de corte, el mismo Directorio quiso mandar uno de sus miembros á Madrid para manifestar, en nombre de la Francia, que solo á Azara se reconoceria por embajador, lo que se hubiera llevado á efecto sin las súplicas y formal repulsa del caballero que se opuso á ello obstinadamente. Habiendo dejado Napoleon el mando del ejército de Egipto al general Kleber, llegó de improviso á Paris pocos dias antes de la salida de Azara, con el que se avistó al instante, y al abrazarse ambos génios, Azara le informó del estado del pais y le comunicó su opinion sobre lo que podia hacerse para defenderle de la anarquía, resistiéndose á quedar en Paris, como queria aquel, que le ofreció colocarle en el puesto público que mas le halagase ó mantenerle en la grandeza que desease, con tal de que se quedase á su lado. Reducido Azara á la vida privada, se dirigió á su casa de Barbuñales despues de haber acompañado y servido en Barcelona á su desgraciada amiga la princesa Adelaida, madre de Luis Felipe, último rey de los franceses, y

aquel pueblecito de Aragon empezó á ser sumamente considerado por toda la Europa. Se le volvió á nombrar en 1800 embajador en Paris á instancias de muchos buenos españoles, y dirigiéndose á Madrid á tomar órdenes, se le propuso por los reyes el ministerio de Estado, pero rehusándolo obstinadamente, le condecoraron con la banda y gran cruz de Cárlos III, reuniendo al efecto capítulo estraordinario para él en el cuarto del rey, en cuya ceremonia la reina María Luisa le cosió la placa por su misma mano: en esta ocasion era ya Azara caballero Gran Cruz y Bailio de la órden de Malta, Consejero de Estado y caballero pensionado de la misma órden de Cárlos III. A su regreso á Paris fué recibido con entusiasmo por Napoleon, por su gobierno, y por todos los hombres políticos y de letras de Francia que le respetaban y apreciaban por su superior talento. Nombrados soberanos del nuevo reino de Etruria los infantes de España, príncipes de Parma, les alojó en su casa con la mayor magnificencia y generosidad á su paso por Paris; y como lograse de Napoleon que, á pesar del tratado de Aranjuez que destronaba al infante duque de Parma Fernando I, padre de los anteriores, no se le removiese de su ducado durante su vida, este agradecido soberano no solo le nombró su embajador principal en Paris, sino que le dió el feudo y marquesado de Nibbiano, en su ducado de Plasencia, para sí y sus sucesores, dignidad que recibió á instancias de su rey. En esta ocasion se halló Azara en Paris con seis embajadas diferentes á la vez, cosa que á pocos diplomáticos habrá acontecido y ademas tenia poderes estraordinarios para mediar entre la Francia y todos los reinos que estuviesen en guerra con la República. En 1801 hizo la paz entre España y Rusia, y nombrado en 1802 para representar á España en el célebre Congreso de Amiens, obtuvo en él el primer lugar, y como tal firmó el primero el tratado de paz que allí se hizo, en el que logró anular todos los contratos ruinosos de comercio que teniamos con Inglaterra, por los que se favorecia en nuestro pais mas á aquellos isleños que á los naturales: fué mirado en Amiens con tanto entusiasmo, que llegó el caso de suspenderse en el teatro la representacion para aplaudirle al entrar en su palco. Por el mal estado de salud del nuevo rey de Etruria, se le quiso mandar á organizar y gobernar aquel reino, pero la temprana muerte del jóven soberano impidió que así se verificase; así como su porfiado rehuso, hijo de su modestia, fué causa de que no fuese Soberano de Malta, de cuya órden quiso Napoleon hacerle nombrar Gran Maestre. Rota la paz contratada en el Congreso de Amiens entre la Francia y la Gran-Bretaña, aconsejó sábiamente Azara á su gobierno la neutralidad que guardó España en esta segunda contienda, disminuyendo en mucho con su influjo, los sacrificios que Napoleon la impuso para que pudiera conservarla. Disgustado Azara de las intrigas de su corte, motivadas por las disensiones intestinas de la familia real; cansado ya de trabajar, y deseoso de descansar en su querida Roma para escribir las *curiosas Memorias de los sucesos de su larga vida política*, que puede decirse son la historia de los 50 últimos años del siglo XVIII y cuatro primeros del presente, y de disfrutar de su rica biblioteca, que pasaba de 20,000 volúmenes, y de su precioso museo de antigüedades y de bellas pinturas y de escultura, del que regaló al rey esa bellísima coleccion de bustos antiguos en mármol, que con su nombre se admiran en el real Museo de Madrid; deseoso de disfrutar todos estos bienes, repetimos, pidió con energía por cuarta vez su jubilacion, y la obtuvo al fin del año de 1803. Libre ya de los negocios, se preparaba á pasar á Italia en compañía de su hermano don Felix, sábio escritor naturalista y distinguido marino, cuando le atajó la muerte el 26 de enero de 1804 á los 73 años de edad. El cortejo de su entierro fué el mas

numeroso que habia visto Paris hasta entonces, pues que asistió á él el gobierno y todas cuantas personas ilustres habia en la capital: traido su cadáver á España por sus hermanos, fué sepultado en un suntuoso sepulcro de mármol que se ostenta en la iglesia parroquial de Barbuñales, en cuyo pueblo, y en la fachada de su casa, ha colocado el año de 1850 un sencillo, pero elegante monumento en mármol que le recuerde, su sucesor y sobrino el magnífico señor don Agustin de Azara, actual marques de Nibbiano. El nombre de Azara se ve citado con elogio en casi todas las obras de historia y de política que se han impreso en España y en el estranjero de un siglo á esta parte, y en todas las vidas y biografías de los pontífices, soberanos y hombres políticos de su tiempo, en los que se le reputa como escelente diplomático, escritor puro, eminente artista, sábio anticuario y de gran virtud, probidad y patriotismo. Deseoso el actual marques de Nibbiano de rendir un digno homenaje á la memoria de su ilustre tio, le consagró, en la casa de su nacimiento, en Barbuñales de Aragon, un sencillo á la par que magnífico monumento en mármol que se inauguró con toda pompa el 23 de noviembre de 1850. Ademas de los muchos trabajos diplomáticos y literarios que no han visto todavía la luz pública, se conocen de Azara las siguientes publicaciones: la edicion en 8.° con notas de las obras de *Garcilaso de la Vega*, hecha en 1765 en las que puso un precioso prólogo sobre la lengua castellana. Las *Obras del famoso pintor Mengs* ilustradas con notas, la vida de este artista y el citado *Comentario á la belleza*, publicadas en 1780. La preciosísima edicion ilustrada de *La vida de Ciceron* que tradujo del ingles, Madrid 1790. Las obras del famoso naturalista *Bowles* con notas y un prólogo suyo, publicadas en 1782 y 1789 en Madrid. La lujosa edicion de las obras del poeta español *Prudencio*, Parma: la de las exequias de Carlos III con su elogio, Roma 1788. *Obras de Horacio*, Parma 1791. *Obras de Virgilio*, Parma 1793. *La religion vengada*, poema de su amigo el cardenal Bernis, Roma 1795. *Gli Animali Parlanti*, de su amigo el poeta abate Casti. *Memorias sobre la beatificacion del venerable Palafox*, Roma. *Sus memorias* publicadas en 1847, y otras varias obras de que se da razon en la estensa vida civil y política de este ilustre español, escrita por don Basilio Sebastian Castellanos de Losada, en dos tomos en fólio menor y publicada en una bella edicion con multitud de grabados en 1849, por su sobrino y heredero el señor don Agustin de Azara, tercer marques de Nibbiano, con solo el objeto de regalarla á todas las bibliotecas, academias y cuerpos científicos, literarios y artísticos españoles y de toda Europa, como lo ha hecho de las *Memorias* de aquel, publicadas tambien á su costa. En la actualidad se imprime una magnífica corona poético-musical y política en honor de Azara, costeada por el mismo señor y dirigida por el espresado Castellanos, para la que han mandado composiciones 300 vates, y cartas hasta 450 personas de las mas célebres é ilustradas de España en todos los ramos del saber y en todas las carreras y partidos políticos.

AZARA Y PERERA (don Eustaquio), obispo de Barcelona. Nació en Barbuñales de Aragon el 19 de setiembre de 1727. Hermano mayor de los célebres don Felix, escritor naturalista y brigadier de marina, y don José Nicolas, diplomático que llenó el mundo de su nombre, se dedicó á la carrera eclesiástica por vocacion, y despues de graduarse en ambas jurisprudencias en la universidad de Huesca, tomó el hábito de religioso en el monasterio de Santa Victoria de Aragon en octubre de 1748, en cuyo convento fué síndico y párroco. Salió de este monasterio para el de San Cugat del Valles, en Cataluña, del que le concedió el rey, en 1764, dignidad de camarero mayor, y

en ella estuvo hasta 1772 en que fué nombrado abad de Santa María de Amer y Rosas, en la misma provincia. Apreciando sus talentos los benedictinos, le nombraron en 1778 definidor general de la órden, y en 1781, por aclamacion, presidente de la congregacion. En 1784 volvió á su convento de San Cugat, de abad, y llegando á la corte la noticia del saber y virtudes de este religioso, le nombró el rey obispo de Ibiza, nombramiento que confirmó el papa de una manera satisfactoria. La isla de Ibiza, casi selvática antes de ir á ella este prelado, le debe su instruccion principal y parte de su fertilidad, pues que, empeñando al efecto sus rentas, la libró de la miseria en que se hallaban sus habitantes proveyéndola de trigo que hizo transportar de la península. Estableció escuelas con maestros instruidos, dedicando él mismo tres dias á la semana para la enseñanza de los niños y niñas; proporcionó á los labradores nuevos y buenos instrumentos con qué labrar las tierras, amaestrándoles en las mejores reglas agrónomas; desarraigó envejecidos abusos, mejoró las costumbres, les proporcionó útiles plantaciones, haciendo traer, á su costa, árboles y sarmientos de toda clase de vid de la península, máquinas para hilar bien el algodon, telares y otra porcion de objetos agrícolas é industriales; en fin, fué un padre cariñoso y así le apellidaron aquellos isleños. Sabiendo que el rey le consultó al papa para arzobispo de Burgos, se resistió á ascender á esta dignidad; pero no pudo escusarse de pasar á obispo de Barcelona para el que fué nombrado en 1794, en cuya diócesis fué el ángel consolador de los pobres, para quienes fueron sus rentas. Mandó á Roma monjes de su misma órden á que aprendiesen las lenguas orientales y la buena literatura, y cuando regresaron, ya instruidos, creó á su costa dos cátedras de estos conocimientos en Barcelona. Proveyó las bibliotecas de buenos libros que les regaló; estableció socorros á los sacerdotes pobres, mejoró la condicion de las cárceles, y en fin, fué uno de aquellos hombres benéficos que consagran todos sus intereses y hasta su vida por la humanidad, y hé aquí por qué su nombre se pronuncia siempre con gratitud por los ibizanos y catalanes. Despues de una penosa enfermedad, en la que imitó á Job en la paciencia y conformidad cristiana, falleció el 24 de junio de 1797, á los 69 años de edad, sumiendo en luto y desconsuelo á toda su diócesis que se tuvo por huérfana de un buen padre. Sus pastorales y algunos opúsculos místicos que se conocen de este prelado, publicarán siempre su talento y virtud, que hacen su nombre digno de ser recordado en la posteridad.

AZARA Y PERERA (don Felix), brigadier de la Real Armada. Nació en Barbuñales de Aragon, provincia de Huesca, el 19 de mayo de 1742. Fué hermano del célebre diplomático Azara, y del insigne obispo de Barcelona del mismo nombre. Decidiéndose por la carrera de las armas, poco antes de concluir la de jurisprudencia en la universidad de Huesca, abandonó esta, y entró al servicio, de cadete del regimiento de Galicia en 1764. Su aplicacion le valió el obtener, en 1767, plaza de subteniente de infantería é ingeniero delineador de los ejércitos nacionales, plazas y fronteras, siendo destinado, en 1768, á dirigir parte de los trabajos de la fortaleza de Figueras, y despues á las obras del desagüe de los rios Jarama y Henares para la canalizacion, que no llegó á terminarse, que dirigia el comandante del cuerpo don Pedro Cermeño, y á las del reparo de las fortalezas de Mallorca. Nombrado en 1774 maestro de los estudios de ingenieros de la plaza de Barcelona, ascendió al empleo de ayudante en el arma. Declarada la guerra á Argel, en 1775, á cuya espedicion se le mandó, fué herido de tal gravedad en aquella guerra, que estuvo 12 años sin poder tomar alimentos de consideracion,

y particularmente pan. Ascendido á teniente de resultas de la accion, en 1776 fué elevado á capitan con título de ingeniero estraordinario, de cuyo empleo pasó al de teniente coronel de infantería en 1780. Habiéndose contratado entre España y Portugal fijar los límites en las posesiones de ambas naciones en la América meridional, se nombró á don Felix comisario principal para la demarcacion limítrofe, como el ingeniero mas científico y á propósito para este encargo. Ya en el Paraguay, Azara recibió sucesivamente los grados de capitan de fragata y de navío. Aficionado don Felix al estudio de las ciencias naturales, se dedicó en los veinte años que estuvo en su comision á estudiar las razas de hombres de aquel pais y todas sus producciones, y á este fin le recorrió varias veces en todas direcciones muy detenidamente, sin asustarle ni detenerle los graves peligros y estraordinarios obstáculos por que tuvo que pasar, y resultado de estudios y observaciones son sus preciosas obras sobre los *cuadrúpedos y pájaros del Paraguay*, traducidas ya en todas las lenguas de Europa, la titulada *descripcion é historia del Paraguay y del rio de la Plata*, que con la *memoria rural* del mismo pais, ha publicado hace poco su sobrino el actual señor marques de Nibbiano, don Agustin de Azara, bajo la direccion del literato don Basilio Sebastian Castellanos, autor de su biografía y notas de las obras. Los americanos tienen á Azara como el mas sábio y verídico historiador de América, y como el geógrafo que mejor ha escrito de aquel pais, y en el Paraguay se venera su nombre considerándosele como el de su padre y el de su glorioso protector. En el Ayuntamiento de la Asuncion, se ostenta el magnífico plano del territorio del rio de la Plata, que levantó, obra que acredita su pericia, largos y penosos viajes y sus profundos conocimientos; y la Academia de ingenieros en Guadalajara tiene una reduccion de tan preciosa obra. Regresando don Felix á Madrid en 1801, imprimió las dos primeras obras que hemos citado, y trajo multitud de pájaros y de animales disecados para el rey, que los mandó colocar en el Gabinete de Historia Natural de Madrid, que debe á Azara parte de su riqueza. Nombrado brigadier de Marina en 1802, hallándose con su hermano el embajador en Paris, pidió su retiro del servicio, que obtuvo en 1803, y despues de haber visto morir en sus brazos á su sábio hermano en 1804, volvió á España, y se reunió al seno de su familia á la ciudad de Huesca, en la que murió el 17 de octubre de 1821, despues de haber prestado importantes servicios á la patria en la gloriosa guerra de la independencia. Se halla conservado en la catedral de Huesca, en el Panteon de la ilustre familia de Lastarosa; y por órden del ilustre general de ingenieros, el escelentísimo señor don Antonio Remon Zarco del Valle, se colocará este año su retrato en la Academia del cuerpo entre los de los mas célebres ingenieros.

AZARIAS ú OZIAS, hijo de Amasias, rey de Judea, á quien sucedió el año 810 antes de Jesucristo. Era muy amante de la agricultura que cultivaba él mismo, pero no por eso desdeñaba los ejercicios de la guerra. Así es que, viéndose amenazado de los filisteos, se puso al frente de un ejército de 300,000 hombres, los derrotó y echó por tierra los muros de Jeth, Jummá y Azoto. Embriagado con la prosperidad, sus costumbres, antes sencillas y honestas, se volvieron viciosas y depravadas, y habiendo querido ofrecer incienso en el altar de los perfumes, fué acometido de una lepra que le condujo al sepulcro el año 769 antes de Jesucristo.

AZLOR (doña María de la Consolacion), baronesa de Valdeolivas, condesa viuda de Bureta, honor de Zaragoza en la memorable lucha de la independencia, nació en la ciudad de Gerona el 12 de mayo de 1775. Fué

hija de don Manuel Azlor, gobernador militar de aquella plaza y despues virey de Pamplona, y hermano del duque de Villahermosa, y de doña Petronila de Villavicencio. En la educacion de esta heroina se puso por sus padres el mayor esmero, y, aficionada á las artes, llegó á dibujar con tal maestría, que mereció los elogios de la Real Academia de Artes de San Luis de Zaragoza, como se ve en sus actas relativas al año de 1801. En 12 de mayo de 1794, contrajo matrimonio con don Juan Crisóstomo Lopez Fernandez de Heredia, conde de Bureta, siendo doña Maria de la edad de 19 años, en la que se hallaba reputada por la mas graciosa aragonesa de su época. Al fallecimiento del conde quedaron á doña María un hijo que heredó el título y casa de su padre, y una hija que es la actual marquesa de Nibbiano doña María de los Dolores, esposa del señor don Agustin de Azara, sucesor del gran diplomático español de este nombre en el siglo XVIII. Desde la muerte del conde se dedicó la condesa á la educacion de sus hijos esclusivamente, y las virtudes que puso en práctica á este efecto y la gran piedad que la caracterizaba, fueron causa de que, por muchos, se la denominase la *Santa*, quedando tan arraigada su religiosidad entre los zaragozanos, que aun hoy se designa su casa con este dictado, si bien la religiosidad de sus sucesores, inclusa la de la actual condesa, han contribuido mucho á que se mantenga este buen nombre que acrecientan con sus buenas costumbres y ejemplar virtud y devocion á la vírgen del Pilar, cuya efijie se ve en la fachada de la casa desde que la habitó la célebre Bureta. Cuando dado en Madrid el grito de independencia, el 2 de mayo de 1808, se levantó España toda como un solo hombre, para sacudir el yugo con que trató sujetarla el coloso del siglo Napoleon Bonaparte; la antigua Salduba, la inmortal Zaragoza, se preparó, á pesar de sus débiles muros, á dar el ejemplo á los pueblos libres de que no hay muro mas fuerte para defenderse de los tiranos, que la decidida voluntad de los leales y valientes ciudadanos; y poniendo á su frente el inmortal general español don José Palafox y Melfi, elevado por sus compatricios desde subalterno á tan alta dignidad, desafió á las águilas francesas, siempre vencedoras hasta entonces, como si la Providencia las hubiera engrandecido de exprofeso, para que fueran mas humilladas ante el patriotismo aragones. La condesa de Bureta, cuyo carácter amable y bondadoso la hizo muy popular, se indignó al ver la perfidia con que el arrogante coloso trataba de encadenarnos al carro de su fortuna, y juró en las aras de la patria, poner en juego todo cuanto pudiese para ayudar á vencer á sus paisanos ó morir en la demanda. Contra el grande ejército frances que se dirigió á Zaragoza, solo 220 soldados mandaba el general Palafox, á cuya disposicion puso la Bureta cuantos bienes poseia, segun dicho consignado del mismo señor, pero el ejemplo de la condesa y el de otros no menos generosos, entusiasmó de tal modo el patriotismo de los aragoneses, que Zaragoza toda se levantó en masa, proporcionando brazos y dinero suficiente para la defensa. El general Lefebre se acercó á Zaragoza el 15 de junio; y reunidos con la condesa los jefes del pueblo, Tio Jorge, el presbítero Sas, el labrador Cerezo, el carpintero Ilena, el fabricante Salamero, y el comerciante San Clemente y Romeu, juraron morir ó vencer, y al grito de viva la Vírgen del Pilar, se arrojaron, seguidos del pueblo, sobre los enemigos, y pocos franceses de los que osaron acercarse á la capital de Aragon pudieron salvar la vida. Entusiasmando con su ejemplo á las masas la condesa, hombres, mujeres y niños corrieron á la defensa, llevando á rastra los cañones á los puntos que les designaba el corregidor don Lorenzo Calvo de Rozas, que mandaba por ausencia de Palafox que habia salido á batir al campo á los franceses,

los que tuvieron que desistir aquel dia de su empeño despues de dejar en las puertas del Carmen y del Portillo mas de 500 muertos. Al paso que los aragoneses cortaban aquella noche las calles y ponian parapetos, la condesa reunió á su alrededor porcion de mujeres de todas clases, y estableció una especie de cuerpo de amazonas, entre las que se inmortalizaron en los sitios con la Bureta, Agustina Aragon, Casta Alvarez, y María Agustin. La multitud de bombas que arrojaron el 17 los franceses sobre Zaragoza, vigorizó mas el empeño de la defensa, y la Bureta que corria todos los puestos alentando á los zaragozanos, tuvo la satisfaccion de ver á Agustina Aragon, sirviendo sola la batería de la puerta del Portillo despues de muertos todos sus defensores, y de que al reparar la mortandad que les causaba se retirasen de ella los invasores, contra los que la Bureta mandaba sus valientes aragoneses, que entusiasmados por el hecho de la espresada heróica artillera, hicieron prodigios de valor, y tanto que el general Verdier suspendió el ataque. Renovóse este con dobles fuerzas y empeño la noche del 17 de junio, y al primer cañonazo, se presentó la Bureta en casa del general Palafox, que se hallaba ya en la ciudad, armada y seguida de sus criados del propio modo, pidiéndole punto que defender. No es posible poder pintar en este corto artículo lo heróico de la defensa de Zaragoza en esta terrible noche y en el dia que la sucedió, en el que los franceses hicieron cuanto puede hacerse para vencer; baste solo decir, que Zaragoza se igualó en el valor de sus hijos, á Sagunto y á Numancia, si bien su denuedo les deparó por esta vez el vencimiento. Multitud de casas cayeron ya voladas por los defensores para obstruir el paso á los invasores, ya al peso de la lluvia de bombas que estos arrojaban, y millares de cadáveres de unos y de otros, mezclados con los escombros, hacian intransitables las calles oscurecidas por el humo de los edificios en que se prendia fuego, y por el polvo que levantaban los beligerantes y las ruinas que se iban sucediendo, y unido esto á la gritería del combate, á los ayes de los moribundos, y al continuado estampido del cañon, ruido de la fusilería y tañido lúgubre de las campanas, tambores y clarines de guerra, se podrá pintar á la imaginacion un débil bosquejo del magnífico cuadro que ofreció la invicta Zaragoza en aquel terrible ataque. Desde el principio de él se vió á la condesa con la canana ceñida á su delicada cintura y con el fusil en la mano, cubriendo su bella cabellera con un ligero sombrerillo que aumentaba sus gracias, y de este modo recorria las trincheras y los puntos mas peligrosos, seguida de sus amazonas y criados armados, á fin de alentar y entusiasmar á sus compatriotas á quienes parecia el ángel de la guerra, destructor de los enemigos. El siguiente dia fué en el que Zaragoza sobrepujó á todos los pueblos en heroismo, pues empeñándose los franceses en apoderarse á toda costa de la ciudad, lograron á fuerza de pérdidas penetrar en sus primeras calles, pero los zaragozanos todos se arrojaron á una muerte cierta por defender su libertad, y volando las casas sobre sus enemigos, y con los esfuerzos sobrenaturales que presta el verdadero patriotismo, lograron vencer, haciendo retroceder humillados á los vencedores, en mil batallas, de muchos pueblos. Al ver la condesa en este dia que adelantaban los franceses hácia su casa, corrió á ella, y llegando á tiempo de que se indicaba su morada para ser tomada por su buena posicion, hizo arrastrar á brazo ante su puerta dos cañones, y formando instantáneamente dos baterías, aguardó impávida al enemigo, que retrocedió al verse cortado con tal heroismo por una mujer. Reforzada Zaragoza con las tropas españolas que mandaba el marqués de Lazan, los franceses levantaron el sitio y tuvieron lugar los premios y alegrías de los heróicos zaragozanos, siendo la condesa, María Agus-

tin y Casta Alvarez victoreadas con entusiasmo por el pueblo y por las tropas. Deseosos los franceses de lavar la afrenta que habian sufrido en Zaragoza por un puñado de hombres, enviaron contra ella un formidable ejército mandado por sus bravos generales Moncey, Mortier y Lannes, que atacaron la ciudad el 21 de diciembre con notable desesperacion, pero sus esfuerzos por los términos ordinarios se estrellaron en el heroismo aragones. La Bureta que se habia ya casado con don Pedro María Ric, báron de Valdeolivas, regente de la audiencia y despues presidente de la Junta de Gobierno de Zaragoza, se dedicó en este segundo sitio al socorro de los heridos y de los necesitados, convirtiendo su casa en un hospital de sangre y en un hospicio para los menesterosos y los niños, pero sin dejar de alentar á los combatientes; y cuando ya reducida á escombros la ciudad, exánimes sus defensores por el cansancio, por el poco número, por la multitud de cadáveres que infestaban las calles, por el hambre y por la peste, y mas que todo por la enfermedad que atacó al inmortal general Palafox, se acordó la capitulacion, por la que entraron los franceses en 21 de febrero de 1809, la condesa despreció públicamente á los generales enemigos, que admirados de su valor, solicitaron su amistad, y salió de Zaragoza con su esposo y familia para Cádiz, desde donde volvió luego que fueron lanzados los franceses de la Península por el valor de sus denodados hijos. Su entrada en Zaragoza fué un verdadero triunfo, y hasta Fernando VII, de vuelta de su cautiverio en Valencey, se hizo un deber en visitar á la heroina á su paso por la ciudad en 1814. Dedicada la Bureta á la educacion de sus hijos, vivió amada de sus compatriotas hasta 23 de diciembre del mismo año de 1814, en que falleció á los 39 años de edad, dejando un nombre inmortal que venerar á Aragon, mientras se tenga por algo entre sus hijos el valor y la virtud: sus cenizas están depositadas en la parroquia de San Felipe.

B

BABILA (Santa), nieta del emperador Galieno. Fué educada secretamente en la verdadera religion por dos eunucos cristianos, y bautizada por el papa Cornelio. Juró consagrarse á Jesucristo, á pesar de estar prometida á un rico mancebo de Roma, y habiéndolo sabido este y encontrándola un dia orando, la amenazó con denunciarla, si no consentia en darle su mano. Ella resistió y el celoso mancebo cumplió su propósito. Entonces el emperador la dió á elegir entre morir ó ser esposa de su prometido, pero Babila prefirió la palma del martirio, que alcanzó sufriendo la muerte con resignacion heróica.

BACON (Francisco), baron de Verulamio, vizconde de Saint-Alban y gran canciller de Inglaterra, fué uno de esos genios superiores, si bien raros, que descubren con una sola ojeada, á manera de águilas, toda la estension del imperio de las ciencias, y se apoderan sin dificultad de todos los conocimientos modernos á medida que van apareciendo. Su nacimiento ocurrió el 22 de enero de 1561, y en su infancia comenzó ya á dar señales de lo que llegaria á ser; una de estas, que siendo muy niño, aun, fué presentado á la reina Isabel, á la cual sorprendió estraordinariamente con sus respuestas. Tambien prueba evidentemente su precocidad el que, cuando contaba solos 16 años habia recorrido ya con una rapidez y un aprovechamiento que asombraba á sus maestros, todo el círculo de los estudios que se usaban entonces; así como el haber conocido el defecto de la filosofía reinante y haber compuesto un escrito para combatirla. Bacon se apercibió desde luego de que el edificio de las ciencias, para estar construido sólidamente, debia constar de otros fundamentos y otros materiales. Cuya idea no se apartó nunca de su mente, y el cual punto de partida tomó siempre en sus meditaciones. Su padre, Nicolas Bacon, hombre de un mérito estraordinario y revestido de la dignidad de guarda sellos, que él mismo llegó á disfrutar mas adelante, le envió á Francia; con el objeto de que perfeccionase su instruccion viajando, y de que adquiriese el conocimiento de los hombres, sumamente necesario en el manejo de los negocios públicos. Las observaciones sobre el estado de la Europa, que escribió por este tiempo, denotan cuán bien aprovechó su viaje, y con qué fruto habia estudiado los gobiernos, los usos y las costumbres de diferentes paises. El embajador Powlet, en cuya comitiva habia venido Bacon á Paris, hizo de él, al punto, tal confianza, que, á pesar de sus poquísimos años, le encargó de una comision secreta para la reina de Inglaterra; la cual desempeñó aquel tan á satisfaccion de esta princesa, que le manifestó muy espresamente su reconocimiento. Reclamado Bacon á Paris, cuando la muerte de su padre, recogió, despues de hechas las particiones entre cinco hermanos, una herencia muy poco proporcionada á su nacimiento. Cuya circunstancia, mas bien que su gusto, le determinó á emprender el estudio de las leyes; manifestándose aquí, como en todo, superior á la generalidad, y mereciendo por sus talentos que á los veinte años se le admitiese de consejero particular de la reina. La ambicion por ascender á los mas altos empleos, ni los trabajos de que se encargaba para acrecentar su fortuna, le ocuparon jamas hasta el punto de hacerle perder de vista su idea dominante de reformar la filosofía, trazando un camino nuevo por el que se llegase mas pronto y con mayor certeza á la verdad. Así es que, presentó en bosquejo este proyecto, en un ensayo, harto pomposamente titulado *Temporis par-*

tus maximus; cuya obra nosotros no hemos alcanzado á ver. Pero, su aplicacion á las ciencias fué causa de que se retardasen hasta cierto punto sus adelantos en la carrera pública. Cuando en 1594 el conde de Essex, su amigo y su protector mas celoso, empleó su crédito para hacerle nombrar procurador general, Roberto Cecil, secretario principal del Estado, aliado de Bacon, pero enemigo manifiesto de Essex, se opuso al nombramiento. Este ministro persuadió á Isabel de que un hombre tan profundamente engolfado en las especulaciones filosóficas, no podia ser á propósito para desempeñar aquel cargo. Entonces el conde, sentido de la negativa, quiso indemnizar á Bacon, haciéndole el presente de una estension de terreno muy considerable; lo cual, agradecido al principio, como lo merecia tal generosidad, fué muy pronto olvidado por el hombre que solo aspiraba á la gloria. Ciertamente es cosa que indigna y aflige al mismo tiempo, ver á un sugeto de las circunstancias de Bacon dar un ejemplo tan grande de ingratitud. Este no solamente abandonó al conde de Essex, cuando fué acusado de alta traicion, sino que levantó su voz públicamente contra él en la instruccion del proceso. Ademas, cuando despues de la condenacion y de la muerte del conde, la compasion del público llegó á manifestarse por la murmuracion, y el gobierno creyó deber justificarse por medio de un escrito público, de la nota de rígido que se le imputaba, Bacon fué elegido por su talento para componer esta obra, viéndose con sorpresa que aceptaba el encargo y que pagaba de un modo tan indigno los beneficios del conde para con él. Probablemente sus enemigos fueron los que le aconsejaron una resolucion tan imprudente con el objeto de desacreditarle en el concepto público. Sin embargo, él marcó tanto en este escrito, titulado *Declaracion de las traiciones del conde de Essex,* la violencia que se hacia, el estudio con que habia escrito algunas palabras, y el interes mismo que no podia dejar de sentir por el acusado, que la reina le hizo por esto algunos reproches. Mayores aun se los haria, sin duda, su propio corazon. Ahora bien; si la ambicion fué el principal móvil de semejante conducta, verdaderamente que quedó muy mal satisfecha. La ingratitud de Bacon concitó contra él todos los ánimos y no hubo uno solo que no se la vituperase: el mayor talento del siglo se vió espuesto á la indignacion y al desprecio públicos, y su desgracia fué mas grande todavía por haberlo merecido. Su vida misma se halló en peligro, puesto que mas de una vez estuvo á punto de ser asesinado. En vano publicó una apología larga y cuidadosamente hecha: ella no produjo el menor efecto en el ánimo de sus contemporáneos. Hasta la reina Isabel se creyó dispensada de pagar una complacencia que costaba harto cara al que con ella la habia tenido. Bacon, pues, no obtuvo durante su reinado otra gracia que la sencilla reversion del cargo de escribano de la Cámara estrellada, valedero diez y seis mil libras esterlinas de renta, y que no llegó á disfrutar hasta veinte años despues. Cuando estaba de buen humor comparaba este oficio á los fértiles campos de su vecino, los cuales le ofrecian una deliciosa perspectiva sin jamas llenarle los graneros. No se verificó, pues, hasta el advenimiento de Jacobo I al trono, la elevacion del conde de Verulamio. Habiendo sido este de los primeros que se presentaron á hacer la corte á aquel príncipe, que se jactaba de proteger á las letras, fué recibido con la mayor distincion, y honrado con el título de caballero. En 1593, Bacon tuvo entrada en la Cámara de los comunes, como diputado por el condado de Middlesex: y allí pudo observarse con frecuencia, que, aunque adicto á la corte por el oficio que desempeñaba, solia votar á favor de los intereses del pueblo y en contra de los proyectos de los ministros. Encargado de la mision delicada de poner en manos del rey las re-

presentaciones del Parlamento, hechas con motivo de las vejaciones causadas por sus proveedores, la llenó á satisfaccion de todos. En prueba de lo cual, recibió por premio de su servicio, de parte de su soberano, el cargo de consejero particular y mas adelante una pension; y de parte de la Cámara de los comunes, una manifestacion pública y solemne de sus talentos y su adhesion, que debió serle mas lisonjera y mas grata recompensa. Desde este momento pareció ya como que la fortuna se complacia en derramar á manos llenas sus favores sobre Bacon. Este obtuvo sucesivamente los destinos de procurador general, de consejero privado y de guarda-sellos; y por último, en 1619 se le creó gran canciller de Inglaterra, dignidad que, por otra parte, solo diferia de la antecedente en un grado mayor de elevacion. Los títulos de baron de Verulamio y de vizconde de Saint-Alban contribuyeron aun mas á su grandeza. Y por último, su casamiento con la hija del rico *alderman* Barnham le colocó, al cabo de algunos años, en el estado de opulencia que correspondia á sus deseos. Mas, por lo mismo que es raro ver llegar en el mundo los hombres superiores en las ciencias á una grande elevacion, se siente que, cuando han llegado á la del célebre canciller, les sea tan poco duradera, y sobre todo, cuando esto último se debe á causas semejantes á la que ocasionó la caida del baron de Verulamio. Es el caso, que en 1621 se elevaron varias quejas contra él, por haber recibido grandes sumas de dinero en pago de las concesiones de empleos y privilegios que habia espedido como canciller del Estado; acusándosele, ademas, de haber puesto precio á la justicia, sin que por esto pudiera probársele que la habia vendido en sus juicios. Mas, como él declaró á la Cámara de los pares que algunos de los cargos que se le hacian eran fundados, sin duda con la intencion de evitar las consecuencias de una pesquisa judiciaria, aquel cuerpo le condenó á una multa de 40,000 libras esterlinas, á un encarcelamiento en la Torre de Lóndres tan duradero como quisiera el rey, declarándole ademas incapacitado para ejercer ningun cargo público y para sentarse en el Parlamento. Sin embargo, conviene advertir, que la prodigalidad mas bien que la avaricia, fué la que arrastró á Bacon á cometer unas faltas poco dignas en verdad de la rigidez de un filósofo. Indudablemente influyó tambien mucho el haberse creido obligado á satisfacer la insaciable avaricia del duque de Buckingham, favorito de Jacobo, y á quien él debia principalmente su elevacion y por el cual parecia haberse sacrificado en esta circunstancia. Tampoco sus criados dejaron de contribuir á su perdicion, traficando con el favor de su amo, el cual careció siempre de la energía necesaria para reprimirlos. Se cuenta que, habiéndoles visto ponerse en pié un dia á su llegada, cuando la sustanciacion del proceso, les dijo: «No os molesteis, señores mios, que lo que ha causado vuestra elevacion, ha originado al propio tiempo mi ruina.» El encarcelamiento de Bacon no duró mas que algunos dias, al cabo de los cuales le puso el rey en libertad, y le perdonó el pago de la multa que le habia sido impuesta. Tres años despues, alcanzó de Jacobo las cartas de abolicion: entrando en seguida en posesion de sus honores, volviendo á tomar asiento en el Parlamento, y hasta pareciendo que sus faltas quedaban borradas por sus grandes méritos y el recuerdo de sus servicios. Tristemente desengañado del valor de las grandezas humanas, no se cuidó de otra cosa en su retiro que del estudio y de la filosofía. Bien es que tampoco, aun en medio del bullicio de la corte y del embarazo de los negocios, habia dejado de ocuparse nunca de las ciencias, ni de engolfarse en sus meditaciones. Su ambicion literaria fué siempre aun mas grande que su ambicion política. Él mismo lo decia frecuentemente y declaraba, que se creia encargado con

especialidad de desmontar el terreno de la filosofía y aun de hacerle cambiar de aspecto. Su tratado de la dignidad y progreso de las ciencias, publicado en 1605 contribuyó no solamente á su reputacion, mas tambien á su fortuna, aumentándose el favor de que gozaba cerca del rey Jacobo. Por este tiempo tambien, que fué cuando llegó á la cumbre de los honores y se ocupó mas de los negocios del Estado dió á luz su *Novum organum*. Casi todas sus otras obras las compuso en el reposo y la calma de los cinco últimos años de su vida. Los trabajos y las pesadumbres habian alterado su salud. Estaba Bacon ocupado en hacer sus esperiencias sobre la conservacion del cuerpo, cuando, sintiéndose acometido de una indisposicion repentina, entró para recobrarse en casa del conde de Arandel cerca de la cual se hallaba. Pues solo trascurrieron ocho dias hasta su muerte, la cual aconteció el 9 de abril de 1626, á la edad de 66 años, de una fluxion de pecho. Uno de sus antiguos secretarios, hizo que se le erigiese á sus espensas un monumento, que Bacon merecia quizas de su patria. Se encontró en su testamento un pasaje muy notable: «Yo lego mi memoria, desde este momento, á los estranjeros, y despues á mis compatriotas» decia entre otras cosas. Él disfrutó, efectivamente, mientras vivió, del aprecio y la admiracion de todo cuanto la Francia y la Italia tenia de mas ilustre. No fué, pues, sino mas tarde, cuando Locke y Newton, adoptando sus principios, forzaron, por decirlo así, á sus compatriotas á hacerle completa justicia. Se ha supuesto que durante los eclipses de luna caia en un abatimiento de que solo se veia libre hasta que cesaba el fenómeno. A la profundidad y á las gracias de su ingenio, Bacon reunia una de estas fisonomias que previenen en favor del sugeto á la primera vista. Grave ó festivo, segun convenia, sabia tomar todos los tonos con igual facilidad y cautivaba la atencion de cualquiera que le escuchase. Las maneras mas insinuantes aseguraban el efecto de su elocuencia. Hasta en los pleitos manifestaba una gracia y travesura particular, que el rey Jacobo gustaba de que le recordasen. Bacon ofrece el ejemplo sumamente raro de un espíritu superior, junto con un carácter demasiado débil. Este último fué la causa de todas las faltas que se le criticaron al filósofo: pues por él se prestó á secundar la codicia del favorito, del cual temia la influencia, y por él toleró el inmiscuimiento de sus criados. Siendo igualmente por dicho carácter, por lo que no se atrevió á oponerse á la órden de su soberana cuando le mandó inculpar gravemente á su protector. Esto no es estraño: distan aun mucho de la verdadera sabiduría los hombres sábios; hay un trecho inmenso entre la escelencia de algunos y la apetecible perfeccion de todos.

BADIA (Domingo Leblich y), sábio español que nació en 1760. Hizo sus estudios en la universidad de Valencia y bien pronto dió muestras de un talento estraordinario, especialmente para las lenguas, que poseia con rara perfeccion. Profundamente versado en el árabe, determinó viajar por Asia y Africa, y al efecto solicitó y obtuvo del gobierno español una pension de 12000 reales para su familia, y partió de España en 1803, bajo el nombre de Alibey, provisto de títulos arábigos, inventados por él mismo, y que le acreditaban como hijo de Othman-bey, príncipe de los abasidas. Por este medio logró obtener entre los musulmanes la mas favorable acogida, y visitó sucesivamente á Trípoli, el Cairo y la Meca, observándolo todo con la mas escrupulosa atencion y recogiendo datos curiosísimos sobre las costumbres de los pueblos orientales. Vuelto á España, el rey intruso José Bonaparte le colmó de obsequios y le dispensó una gran proteccion, nombrándole en 1809 intendente de Segovia, y en 1812 prefecto de Córdoba. Pero, espulsados los

franceses del territorio español, Badia tuvo que huir á Francia y allí publicó una relacion de sus viajes con el título de *Viajes de Alí-Bey por África y Asia desde* 1803 *hasta* 1807, obra que presentó al instituto y obtuvo un éxito merecido. En 1824 murió Badia, y España perdió en él uno de sus mas ilustres hijos.

BAFFO, dama tan célebre por su hermosura como por su elevacion rápida é imprevista al mas alto grado de la fortuna. Era hija de un nóble veneciano, gobernador de Corfú, y al ir á reunirse con su padre fué cautivada por un corsario turco y vendida al emperador Amurates III. Este monarca se prendó de ella y la elevó al trono, tomándola por legítima esposa, distincion que no se habia concedido á ninguna esclava en Turquía desde los tiempos mas remotos. Admirada la córte de la constancia de Amurates, y sorprendido el mismo príncipe del irresistible influjo que tenia Baffo en su corazon, creyeron que empleaba para obtenerle algun filtro, y la hermosa sultana fué privada de toda su servidumbre y vigilada escrupulosamente. Pero al fin se convenció el emperador de la espontaneidad de su pasion, y se entregó sin reserva á ella. Desde entonces no hizo mas que afirmarse el valimiento de Baffo, y duró, aun despues de muerto su esposo, hasta la subida al trono de su nieto Acmet I que la encerró en el serrallo viejo el año 1603.

BAHAMONDE (Francisco). Nació en Valencia en 1750, siendo sus padres don Francisco Bahamonde y Seijas y doña María Vicenta Sessé. Dedicado desde niño al estudio de las letras, sobresalió bien pronto en las humanidades, la poesía y la crítica, que cultivó con fruto, dando uno de los primeros ejemplos del buen gusto literario que empezaba á renacer en su época. Era de costumbres austeras y tan amante de las tradiciones de su patria, que nunca rindió culto á innovaciones ridículas ó inútiles, despreciando la moda hasta el punto de no abandonar el traje de capa y chambergo que usaban sus abuelos, sino en aquellos actos en que le obligaba á ello la etiqueta. Contento con la modesta fortuna que poseia, no quiso aceptar nunca otros cargos que aquellos juramentos gratuitos y honoríficos en que podia prestar algun servicio á su patria, tales como el de sócio de número de la de *Amigos del País*, *Académico de honor y Secretario interino de la Academia de nobles artes de Valencia*, los cuales desempeñó con el mayor celo y acierto. No conocia en sus críticas literarias ni amigos ni enemigos, sino que á todos decia su opinion lisa y llanamente, con los consejos que le sugerian su ilustracion y buen gusto. Escribió varias composiciones poéticas que le dan un buen lugar en nuestro parnaso, y murió en 1805 llorado de cuantos le conocian y apreciaban sus talentos.

BAILLY (Juan Silvano), hijo de Roque Bailly, conocido bajo el nombre de La-Riviere, primer médico de Enrique IV. Nació en Paris en 1736; dedicóse al principio á la literatura y compuso dos tragedias *Clotario* é *Ifigenia en Taurida*. No parece sino que en la primera previó la desastrosa suerte que le esperaba, pues pintó en ella la muerte de un corregidor de Paris degollado por el pueblo. Habiendo trabado conocimiento Bailly con el abate La Caille, célebre astrónomo de aquella época, le tomó por maestro y en breve se dedicó á los mismos estudios, aprovechando tanto en ellos que desde 1763 empezó á publicar obras en las cuales descubrió una erudicion profunda y un talento investigador. Estas obras son las siguientes: *Observaciones sobre la luna*, *Memoria sobre la luz de los satélites*, *Ensayo sobre los satélites de Júpiter*, *Las estrellas zodiacales*, *Historia de la astronomía antigua y moderna*, *Idem de la astronomía antigua indiana y oriental*, *Orígen de las ciencias*, y la *Atlántide de Platon*. Admi-

tido en las tres academias de Paris y nombrado comisario de la de ciencias, publicó en 1784 y 1786 dos relaciones importantes, una sobre el *Magnetismo animal* y otra sobre la necesidad de dividir el hospital de Paris en cuatro establecimientos situados en barrios diferentes para evitar la infeccion de aquel gran foco de miasmas. Poco despues estalló la revolucion francesa, y Bailly fué elegido diputado y despues presidente de la asamblea constituyente, cuyas discusiones dirigió en la famosa sesion del *Juego de pelota*. Nombrado despues corregidor de Paris, desempeñó este destino con el mayor celo y tolerancia en aquella época de tempestad revolucionaria, gozando de una gran popularidad hasta la accion sangrienta del Campo de Marzo, (no de Marte como suele traducirse) en que se vió obligado á publicar la ley marcial y dispersar á tiros las turbas seducidas y agitadas por los jacobinos y los partidarios de Orleans. Honrado y noble, á pesar de la exaltacion de sus ideas, declaró, como testigo, en favor de María Antonieta en la causa formada contra esta desgraciada princesa. Retiróse despues á Melun, cansado de la vida política y disgustado de las discordias que despedazaban á su patria; pero ni sus merecimientos pasados, ni su retiro, ni sus virtudes, ni su sabiduría pudieron librarle de las saturnales del 93, en cuyo año fué arrancado de sus humildes hogares y conducido á la guillotina, muriendo en ella con la serenidad y el valor digno que solo puede prestar una conciencia tranquila, á pesar de los insultos y vituperios de toda especie que sufrió antes de llegar al cadalso.

BALAAM, hijo de Beor ó Bosor. Era un falso profeta del pueblo israelita, natural, segun se cree, de Ptetor ó Pathura en las orillas del rio Eufrates. Habiendo Balac, rey de los moabitas, enviado embajadores para maldecir á Israel, Balaam los siguió hasta que un ángel con la espada en la mano le detuvo en medio del camino. Espantada la burra que montaba, se detuvo de repente, habló por un milagro del Señor para condenar la crueldad de su dueño que la mataba á palos, y el ángel previno á Balaam que solo digese las palabras que Dios le inspirara. Llegó, en efecto, el falso profeta á la corte de Balac, y en vez de maldecir como este deseaba, solo pronunció bendiciones, pronosticando que saldria una estrella y un renuevo de la casa de Israel, con todo lo demas que se refiere á la venida del Mesías. Irritado el rey despidió á Balaam sin hacerle ningun presente; pero el falso profeta, movido de su avaricia, le aconsejó que enviase al campo de Israel las doncellas mas hermosas de Madian; Balac siguió este consejo, y los israelitas, entregados al placer y á la idolatría, no tardaron en abandonar á su Dios y ser abandonados de él. Al poco tiempo, murió Balaam á manos de un soldado del ejército hebreo que acababa de derrotar á los madianitas.

BALBO, *el mayor* (Lucio Cornelio), ilustre español, que por su talento y sus virtudes, mereció el título de ciudadano romano y llegó á ocupar los mas altos puestos en la república. Nació en Cádiz, 94 años antes de Jesucristo, de una familia noble y rica que le dió una educacion esmerada, y se dedicó á la carrera de las armas, sirviendo con gloria á las órdenes de Metelo y despues de Pompeyo, en la guerra contra Sertorio. A los 43 años de edad, era ya Balbo senador, á los 51 fué nombrado edil, á los 53 pretor, y á los 56 ascendió á la dignidad de cónsul, á pesar de ser estranjero. Esta cualidad fué sin duda la que le atrajo el ódio de algunos envidiosos; pero la elocuencia de Ciceron y el influjo de Pompeyo y Craso le libraron de las asechanzas de sus enemigos. Balbo mantenia estrecha amistad con aquellos poderosos patricios, así como tambien con Julio César, no siendo bastantes á romper las disiden-

cias entre este último y Pompeyo, en las que nunca quiso mezclarse sino para reconciliar á los dos rivales. Amante de las letras y las artes, dícese que construyó un teatro en Roma á semejanza de los de Pompeyo y que escribió dos obras notables: la *Efémeris*, que mereció el título de historia de César, y otra titulada *Ejegetiton*, que trataba de los sacrificios de Hércules; pero aun no se sabe positivamente si es á él ó á su sobrino *Balbo el menor*, á quien pertenecen estos monumentos de generosidad y sabiduría. Afírmase, sin embargo, que *Balbo el mayor* participó de la erudicion del filósofo griego Teofanes, y que hallándose con él estrechamente unido durante su vida, le heredó despues de su muerte. De todos modos, es lo cierto que se distinguió como ciudadano, como soldado y como político, y en prueba de ello no tenemos mas que citar sus cuatro cartas á Ciceron, en las cuales revela los mas bellos sentimientos; su testamento en el cual dejó 500,000 aureos (unos 18.000,000 de reales), para repartirlos entre las familias romanas mas necesitadas, las monedas que se acuñaron en su honor y los monumentos en que se eternizó su nombre. En cuanto á la época en que acaeció la muerte de Balbo, se ignora todavía.

BALBO, *el menor*, (Lucio Cornelio) sobrino del anterior, gaditano como él, y como él prudente político y aguerrido soldado. Obtuvo la dignidad de gran pontífice por la influencia de César, á cuyas órdenes sirvió siempre, manteniendo con él estrechas relaciones de amistad y de partido. Enviado al Africa al frente de un ejército, conquistó toda aquella parte que se estiende desde Berberia á Nigricia, y mereció por ello los honores del triunfo, que se le dispensaron con una pompa y magnificencia inusitadas, siendo entonces la primera vez que los obtenia un estranjero. Tantos aplausos escitaron la envidia del cuestor Assinio y de algunos otros oscuros intrigantes, pero sus manejos y sus cábalas no pudieron menoscabar en nada la gloria y la popularidad de Balbo. Este ilustre ciudadano se dedicó á honrar su patria con sus dádivas como ya lo habia hecho con sus hazañas, y edificó á su costa una ciudad que llamó *Neapolis*, construyó en Cádiz un gran acueducto llamado *Tempul;* costeó el soberbio puente que se conoce con el nombre de *Suazo;* y levantó otros muchos monumentos que acreditan sus virtudes. La época y el lugar de su muerte, se ignoran tambien como los de su tio.

BALBOA (Vasco Nuñez de), descubridor del mar del Sur. Nació el año de 1475, en Jerez de los caballeros, de una familia de hidalgos, aunque pobre. Despues de haber sido criado de don Pedro Puertocarrero, señor de Moguer, se alistó en la espedicion que hizo Rodrigo de Bastidas á la América, y se hallaba establecido en la *Española*, en la villa de Salvatierra, cuando don Martin Fernandez de Enciso vino á tomar el mando de aquella colonia por ausencia de Ojeda. El nuevo almirante partió en breve en busca de su compañero, prohibiendo que se embarcasen con él los habitantes de la *Española* que tuviesen deudas; pero Balboa, aunque de este número, halló medio de burlar semejante órden, encerrado en una pipa y segun otros envuelto en una vela. Llegados á Urabá los espedicionarios, despues de haber encallado su nave en un vajio, se veian allí desnudos, hambrientos y sin recursos de ninguna especie, cuando Balboa les aconsejó que se trasladasen á un pais situado al occidente, atravesado por un gran rio que él habia visto en su espedicion con Bastidas, y que decia ser una tierra fresca, abundante y hospitalaria. Aquellos desgraciados siguieron este consejo, atravesaron el golfo, y bien pronto se encontraron á las orillas del Darien, donde, hallando todas las comodidades que les habia pintado Balboa, establecieron una colonia que llamaron Santa María de la Antigua. Con

esto empezó á cobrar crédito nuestro aventurero entre sus camaradas, y bien pronto fué elevado al mando de la colonia. Él, por su parte, supo disimular muy bien su ambicion bajo las apariencias del bien público, movió en secreto los ánimos contra Enciso y Diego de Nicuesa, que eran los que tenian mas títulos para disputarle el puesto á que aspiraba, logró desembarazarse de ellos, espulsándolos de la colonia, y de esta manera conquistó el gobierno. Pero una vez instalado en él, usó de su autoridad con tal moderacion y prudencia, que no tardó en hacer olvidar su orígen, grangeándose la confianza y el afecto de sus súbditos, á quienes trataba siempre como amigos y camaradas. Entonces emprendió espediciones atrevidas y peligrosas; la fortuna coronó el éxito de ellas, y Santa María de la Antigua se enriqueció bajo el mando de Balboa con una rapidez que no era seguramente de esperar de un pueblo naciente y compuesto de hombres en gran parte perdidos y dados á la rebeldía. No faltaron sin duda sediciosos que tratasen de derribarle: pero Balboa mostró tal habilidad y celo en los negocios, tal tolerancia y grandeza de ánimo, que fué apoyado por el mayor número, y ciertamente es de admirar tan noble conducta en un hombre rústico y sin principios, ambicioso y contrastado muchas veces en sus planes, y en una época en que no escasean por desgracia las venganzas y las persecuciones mas horribles entre los descubridores de América. Pero cuando mas seguro se creia en su mando; cuando acababa de recibir el título de gobernador; cuando habia conquistado los dominios de Coiba y Dabaibe, y vencido por la fuerza de las armas ó la astucia de la política á mas de diez caciques indios, entre los cuales se contaban el indomable Cemaco, el poderoso Careta, el apacible Comagre y el suspicaz Abebeiba; cuando, por último, habia llenado de oro á sus súbditos y enviado pingües *quintos* á la metrópoli, supo Balboa que la corte, indignada por las quejas de Enciso, aquel almirante á quien él desposeyera del gobierno de la colonia, habia resuelto su pérdida. Firme y sereno entonces, no quiso aguardar, sin embargo, con los brazos cruzados el resultado del proceso en que se le habia envuelto, sino que, recordando con mas vehemencia que nunca los sueños de su ambicion y de su genio, prefirió morir con gloria en los descubrimientos que proyectaba. Escogió, pues, ciento y noventa de sus compañeros, los mas bien armados y dispuestos, y con mil indios de carga, algunos perros de pelea y las provisiones suficientes, se hizo á la vela en un bergantin y diez canoas el 1.º de setiembre de 1513. En esta espedicion atravesó muchas provincias, la mayor parte enemigas, y peleando con los indios y los elementos; sufriendo el hambre, la fatiga y toda clase de privaciones; haciendo prodigios de valor y esfuerzos que dan una alta idea de su inteligencia, llegó por fin al Mar del Sur, á donde se dirigia. Al saber que se hallaba cerca del término de su viaje, Balboa se adelanta solo, y desde la cima de una montaña vecina, contempla enagenado y atónito el grandioso espectáculo que se ofrece á sus ojos; cae de rodillas, besa la tierra, tiende sus brazos á las ondas, y llamando á sus compañeros, bendice con los ojos arrasados de lágrimas el inmenso poder de Dios que le habia guiado y sostenido hasta dar cima á una de las altas empresas que han visto los siglos. Despues planta una cruz en la montaña, grabando en ella los nombres de los reyes católicos, como para indicar la nueva soberanía religiosa y política que establecia en aquellas regiones, y no contento todavía con esto, espera una ocasion oportuna para tomar posesion de ellas; baja á la ribera el 29 de setiembre de 1513, y armado de todas armas, llevando en una mano la espada desnuda y en la otra una bandera en que estaba pintada la imágen de la Vírgen, con las armas de Castilla á los piés, marcha por medio

de las ondas que le llegaban hasta la cintura, diciendo en altas voces, «Vivan los altos y poderosos reyes de Castilla; yo en su nombre tomo posesion de estos mares y regiones; y si algun otro príncipe, sea cristiano, sea infiel, pretende á ellos algun derecho, yo estoy pronto y dispuesto á contradecirle y defenderlos.» Tal fué aquel acto tan solemne como sencillo, cuya relacion estendió el escribano de la espedicion Andres de Valderrábano. Balboa, satisfecho ya de sí mismo, hizo algunas escursiones provechosas por los paises limítrofes, y volvió al Darien el 19 de enero de 1514, cuatro meses y medio despues de haber salido, siendo recibido por todos los habitantes con las mayores demostraciones de gratitud, admiracion y respeto, y llevando consigo mas de cuarenta mil pesos en oro, un sinnúmero de ropas de algodon, y ochocientos indios de servicio. Hallábase en aquella época Balboa en todo el apogeo de su prosperidad, mirado por los colonos del Darien como un ser privilegiado del cielo, lleno de riquezas, rodeado de aplausos y de gloria; pero esta fortuna no le duró mas que hasta la llegada de Pedrarias, enviado por el rey Fernando para reasumir en sí toda la autoridad y el mando de la colonia, y que arribó á esta el 29 de junio del citado año. Llevaba el nuevo gobernador órden de procesar y tomar residencia á Balboa; y si á esto se hubiera limitado, seguramente no hubiera tenido que temer nada de él nuestro héroe; pero, arrastrado del orgullo de su nobleza, y despreciando la humildad de la cuna de aquel, ocupó en su ánimo el ódio el lugar de la imparcialidad y de la justicia. Así es que los bienes de Balboa fueron confiscados, y el descubridor del Mar Austral gimió largo tiempo en la miseria, hasta que, por mediacion del obispo Quevedo, Pedrarias consintió en ser mas humano ó mas justo, hizo las paces con su rival, y mudando enteramente de miras, por interes ó por cálculo, se unió á él, dándole la mano de su hija mayor doña María, con quien se desposó por poderes Balboa. Entre tanto, habia mudado mucho la reputacion del nuestro héroe en la corte; el rey Fernando, dando oidos á algunos de sus muchos amigos y admiradores, le habia vuelto á su gracia, enviándole el nombramiento de adelantado del Mar del Sur y capitan general de las provincias de Coiba y Panamá. Resistióse al principio Pedrarias á dar cumplimiento á estos despachos; pero, convencido al fin por las amonestaciones del obispo Quevedo, que por cierto no obraba sin interes en aquel asunto, pues Balboa le habia dado parte en todas sus haciendas, reconoció los títulos de este, y le dió permiso para marchar á tomar posesion del territorio de su mando. Partió, en efecto, el Adelantado, y con la proteccion del rey, con el parentesco recientemente contraido con su enemigo, y sobre todo con su inocencia y su derecho, parecia que estaba ya libre de todo peligro, cuando hallándose en el puerto de Piñas, á donde habia ido en descubrimiento de la isla de las Perlas, despues de haber hecho aprestos considerables, fué llamado por el gobernador, y preso de órden suya por Francisco Pizarro, aquel que mas tarde habia de eternizar su nombre como descubridor y conquistador del Perú. Desde entonces ya no volvieron á lucir dias serenos para Balboa; su estrella se habia eclipsado; formósele un proceso tejido de hechos, ó falsos ó indiferentes, pero que todos tenian la apariencia de sediciosos para Pedrarias, y haciéndosele ademas cargo de la espulsion de Enciso y Nicuesa, con que habia dado principio á su elevacion, se le condenó por traidor y usurpador á la última pena. Sufrióla él con ánimo sereno y resignacion cristiana, protestando en alta voz contra su sentencia, y de tan triste y afrentoso modo terminó su gloriosa vida el año 1517, á los cuarenta y dos de su edad, en medio del llanto y la indignacion de los habitantes del Darien, testigos todos de su lealtad y de la saña de sus

verdugos. Hé aquí ahora el retrato que hace de Balboa su dignísimo biógrafo don Manuel José Quintana: «Era alto, membrudo, de disposicion bizarra y agraciado semblante. La robustez de sus miembros le hacia capaz de cualquier fatiga y vencedor de los mayores trabajos. Su brazo era el mas firme, su lanza la mas fuerte, su flecha la mas certera, hasta su lebrel de batalla era el mas inteligente y el de mayor poder. Iguales á las dotes de su cuerpo eran las de su espíritu; siempre activo, vigilante, de una penetracion suma y de una tenacidad y constancia incontrastables. Pudo considerársele hasta la espulsion de Enciso como un faccioso artero y atrevido que, ayudado de su popularidad, aspira á la primacía entre sus iguales, y logra á fuerza de intrigas y de audacia desembarazarse de cuantos con mejor título podian disputarle el mando. Mas despues que se halló solo y sin rivales, entregado todo á la conservacion y progresos de la colonia que se habia puesto en sus manos, se le ve autorizar su ambicion con sus servicios, levantar su pensamiento á la altura de su dignidad, y con la importancia y grandeza de sus descubrimientos ponerse en la opinion pública casi al nivel de Colon.»

BALDUINO I, hijo de Balduino VIII, conde de Flándes. Fué elegido primer emperador latino de Constantinopla despues de la toma de esta ciudad por los cruzados en 1204. Juan, rey de los búlgaros, le atacó cuando estaba sitiando á Andrinópolis, y á pesar del heróico valor de Balduino le derrotó en una batalla campal el 15 de abril de 1205. El desgraciado príncipe, cargado de cadenas, fué conducido á Ternovia, donde estuvo en una prision diez y seis meses, al cabo de los cuales, Juan mandó darle muerte en medio de los mas crueles tormentos. Tenia entonces Balduino treinta y cinco años.

BALDUINO II, de la ilustre casa de Courtenai, último emperador latino de Constantinopla, para cuya dignidad fué elegido en 1228. Atacado por Vatacio emperador de Nicea y por Azan, rey de los búlgaros, tuvo que pasar á Europa á pedir socorros; los obtuvo en efecto, y á su vuelta derrotó á Vatacio; pero bien pronto se rehizo este último y obligó á Balduino á pedir nuevos socorros, que por esta vez no obtuvo en el grado que necesitaba. Miguel Paleólogo le sitió en Constantinopla en 1261 y habiendo entrado en esta ciudad por un subterráneo el 29 de julio del mismo año, Balduino huyó despues de haber perdido para siempre la corona. Establecióse entonces en Italia, y allí murió en 1273 á la edad de 55 años, dejando por toda herencia á su hijo único, Felipe, el vano título de emperador.

BALDUINO III, rey de Jerusalen. Subió al trono en 1142 á la edad de 13 años, y sus enemigos, aprovechándose de su corta edad, se apoderaron del principado de Edesa. Grande fué la indignacion que causó en los cristianos de Occidente esta noticia, haciendo que en sus corazones se despertase su antiguo brío y que emprendiesen una nueva cruzada para sostener y vengar al jóven rey. En ella tomaron la cruz, inflamados sus ánimos por la elocuencia de San Bernardo, Luis VII rey de Francia, y Conrado III, emperador de Alemania, marchando al frente de sus ejércitos, acompañados de muchos y esclarecidos príncipes cristianos. Con tan poderosos auxiliares no solo hubiera podido reconquistar Balduino los estados que habia perdido, sino que los ejércitos sarracenos hubieran sido completamente derrotados por las armas de la Cruz, pero las traiciones de los griegos y las muchas sorpresas que por esta causa hicieron los turcos á los alemanes, fueron causa de que perecieran estos en gran número antes de llegar á Jerusalen. Mas felices los franceses, pudieron llegar con escasas pérdidas despues de haber sostenido varios encuentros con los sarracenos, en los que las mas veces salieron vencedores. Bal-

duino, acompañado de los dos monarcas, puso sitio á Damasco, pero tuvieron que levantarle cansados de la resistencia obstinada de los sitiados, y se retiraron dejándole al frente de enemigos poderosos. Lejos de desalentarle entonces esta desercion, resistió á todos los ataques en que se vió envuelto y se apoderó de Ascalona. Murió segun se cree envenenado en febrero de 1163 á la edad de 33 años.

BALDUINO IV, hijo de Amaury, rey de Jerusalen, á quien sucedió en 1174. Durante su menor edad, se vió agitado el reino de las facciones que acompañan comunmente á las regencias, y Saladino, aprovechándose de esta coyuntura, avanzó hácia la Palestina destruyendo cuanto encontraba á su paso. Cuando Balduino fué mayor de edad salió al encuentro de su enemigo y le derrotó, persiguiéndole hasta las orillas del Nilo, pero Saladino volvió contra él y le derrotó á su vez en las orillas del Jordan en un sitio llamado *vado de Jacob*. Balduino obtuvo entonces, á fuerza de oro, una tregua que no tardó en violar el enemigo, y vencido de los achaques propios de su constitucion, naturalmente endeble y enfermiza, tuvo que confiar su ejército á su cuñado Guido de Lusiñan. Este, tan inhábil como pusilánime, perdió el tiempo en preparativos inútiles, y lo hubiera perdido todo á no encargarse del mando Raimundo, que llegaba en situacion tan apurada. Logróse entonces otra tregua, y Balduino murió durante ella el año 1186, dejando su reino en tal estado que al poco tiempo cayó en poder de Saladino.

BALLESTER (Juan). General de la religion carmelitana. Hijo de la villa de Campos, en Mallorca, varon docto y esclarecido en todo género de virtudes, autor de escelentes obras literarias que cita Bover en su diccionario crítico de escritores baleares. Murió en un convento de Mallorca en 30 de setiembre de 1374. Su sepulcro y epitafio han rodado por entre escombros, sin que nadie los recogiera en la época de la destruccion de aquel cenobio, merced al vandalismo mallorquin que ha podido con los monumentos lo que no han podido los siglos, las inundaciones y los terremotos.

BALLESTER y ZAFRA (Juan). General español, natural de Palma, y uno de los que mas se distinguieron en las guerras de sucesion. Fué gobernador de Granada y director general de Ingenieros. Murió en su patria en 5 de febrero de 1766.

BALMES (El presbítero don Jaime), nació en la ciudad de Vich por los años de 1810. Hizo sus primeros estudios en el seminario conciliar de dicha ciudad, pasando luego á continuarlos á la universidad de Cervera. Desde sus primeros años manifestó un talento claro, un génio dócil y una aplicacion estraordinaria; por lo que no son de estrañar los adelantos singulares que hizo en su carrera. Particularmente en los cursos de filosofía y teología, Balmes sobresalió tanto, que no tuvo competidor entre todos sus condiscípulos. Ordenado sacerdote se dedicó á las ciencias político-sociales, y como contaba ya con el fundamento de una moral ilustrada y una religion sin hipocresía, adelantó mucho en poco tiempo. Grande admirador de las tradiciones monárquicas, Balmes se parecia mucho al famoso ministro frances el vizconde de Chateaubriand. Como este se remontó en alas de su genio á una altura tan elevada sobre las pasiones de los partidos, que todos le respetaron y admiraron. Tambien al hacerlo dió gloria á su patria, por lo que, sin embargo de que combatia las ideas y las preocupaciones universales, todos los buenos ciudadanos le tegieron coronas y lloraron su temprana muerte. Y no porque fuera monárquico se crea que sus dogmas políticos eran otros que los de la libertad y dignidad humanas: semejante tambien en esto á

Chateaubriand, ha legado á la posteridad y á la gloria unas preciosas páginas que el mas ardiente demócrata puede leer, seguro de encontrar en ellas los principios de su propia filosofía liberal. Particularmente en su folleto Pio IX, descubre Balmes las ideas mas avanzadas, al aplaudir al pontífice su marcha emprendida por el camino de las reformas. ¡Quién le habia de decir al sábio publicista, cuando esto hacia, que tan pronto y tan directamente habia de cambiar de rumbo el Santo Padre! Balmes escribió en Madrid el periódico titulado, *El Pensamiento de la Nacion*, que, á semejanza del Mercurio de Francia que escribió Chateaubriand, defendia el principio monárquico, por mas que quisiera hacer compatible con él el otro de la libertad. Asimismo escribió y publicó una obra titulada: *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilizacion europea*, que en nuestro concepto vale mas por la fuerza de lógica con que está escrita, que el *Genio del Cristianismo* de Chateaubriand. Esta y todas las demas producciones del jóven presbítero, serán siempre una joya de nuestra literatura por la fuerza y hermosura de su diccion, la magnificencia de las descripciones, la sublimidad de sus conceptos y la vivísima claridad que derraman sobre los puntos mas oscuros de la ciencia política social. Finalmente, en el último tercio de su vida, la academia española le concedió un puesto honorífico en su seno, que Balmes no llegó á ocupar por haber enfermado en seguida, y muerto en Vich el 9 de julio de 1848. Sus restos mortales fueron conducidos á la última morada con estraordinaria magnificencia, porque no obstante tener dispuesta y mandada otra cosa muy distinta el difunto en su testamento, el pueblo que le vió nacer quiso dar una muestra solemne de lo gratas que le habian sido las virtudes de aquel hijo predilecto. Así es, que todas las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, acompañadas de un inmenso gentío, contribuyeron á dar importancia y solemnidad al acto.

BALMIS (Francisco Javier), cirujano de cámara del rey de España, fué uno de esos hombres benéficos, cuyos hechos distinguidos debieran mas bien esculpirse en mármoles y bronces, que los de los mas famosos conquistadores. Habiendo concebido el proyecto generoso de llevar la vacuna á la América y á las posesiones asiáticas de la España, salió de la Coruña el 30 de noviembre de 1803, llevando en su compañía algunos niños recien vacunados y en una disposicion tal, que, habiendo llegado á Caracas despues de tocar en las islas Canarias y en Puerto-Rico, pudo vacunar de brazo á brazo los niños del pais. Desde aquí envió uno de sus ayudantes con igual encargo á la América meridional, trasladándose él á la Habana y luego á la península del Yucatan, desde donde envió otro ayudante á Tabasco. Así es que, la América española, las Filipinas, la China y la isla de Santa Elena, donde se detuvo á descansar de regreso para Europa, le deben el beneficio de la introduccion de la vacuna. El nombre de este cirujano merece, pues, un lugar distinguido entre los de los bienhechores de la humanidad: jamas viaje alguno corto ni dilatado produjo mayor utilidad á los hombres, y sin embargo, ¡apenas es conocido en el mundo ilustrado el nombre de este filántropo español! Balmis regresó á España en 1804 y permaneció durante la guerra de la independencia en Cádiz, hasta que á la vuelta de Fernando VII fué llamado de nuevo á la cámara de este príncipe. En 1816 regaló á la Biblioteca del Museo de Madrid una coleccion de dibujos iluminados que representaban las plantas mas comunes de la China. Tambien publicó en 1795 una obra acerca de las supuestas propiedades antivenéreas de dos medicamentos, la cual parece haberse traducido al italiano en Roma. No tenemos mas noticias de este distinguido español; pe-

ro las que preceden nos bastan para presentarle como digno de que su nombre pase famoso á la posteridad. El heroismo de las batallas no nos satisface; el que existe en las acciones benéficas halaga y deben admirarle mas todos los hombres.

BALMONT (Alberta Bárbara de Ernecourt, conocida bajo el nombre de madama de San), célebre heroina francesa. Nació en Neuville, en 1607, de una familia ilustre, y desde niña mostró las mas felices disposiciones para el arte de la guerra, que abrazó apenas llegara á la edad de la juventud. El pueblo de su nacimiento habia sido hasta entonces una aldea abierta, que saqueaban á su placer los crávatas, especie de merodeadores, entregados á todos los escesos del desórden y la indisciplina. La intrépida Balmont fortificó á Neuville; alistó y ejercitó en las armas á cuantos caballeros y labradores quisieron ponerse á sus órdenes, y con este pequeño ejército contuvo y escarmentó mas de una vez la audacia de aquellos feroces soldados. Era Alberta de constitucion robusta, de un valor á toda prueba, constante en las adversidades, prudente en los peligros, firme y serena en los trances mas apurados de los combates. Con estas dotes no tardó en hacerse una reputacion militar en su patria, y hoy dia se cita su nombre como uno de los que ilustran las páginas de la historia francesa.

BARAHONA DE SOTO (Luis), poeta español, menos célebre por sus obras, que por los elogios que de él hizo Cervantes en el escrutinio de los libros de don Quijote. Era natural de Lucena, y ejercia la profesion de médico con mucho crédito en Archidona. Escribió, entre otras poesías, *Las lágrimas de Angélica*, de cuyo libro dice el ilustre Quintana: «Poema muy recomendado entonces por la urbanidad de sus contemporáneos, que estimaban el carácter y profesion del autor; pero olvidado ahora y no leido ni aun por los que le poseen, aun cuando le aprecien como libro de difícil adquisicion. Propúsose el poeta cantar las aventuras de Angélica la bella, desde que se casa con Medoro hasta que logra tomar posesion de su reino del Catay, que le tenia usurpado y le disputaba con las armas otra reina del Oriente. Por consecuencia es una especie de continuacion, y aun imitacion del *Orlando furioso*; empresa muy desigual á las cortas fuerzas del imprudente Barahona. Ademas de estar ejecutado en un estilo seco y prosáico, y en versos lánguidos y desaliñados, es su invencion tan estravagante y al mismo tiempo tan pobre, tan poco interesantes las aventuras, tan nulos los caractéres, que la paciencia mas obstinada se cansa al instante de semejante lectura, y solo puede el libro citarse como un ejemplo mas de reputaciones mal adquiridas.»

BÁRBARA (Santa), hija, segun la tradicion mas autorizada, de Dioscoro, uno de los mas furiosos sectarios del paganismo, el cual, viendo la firmeza de la santa en la fe de Jesucristo, cometió la crueldad de cortarla él mismo la cabeza. El martirologio romano hace mencion de Bárbara el 4 de diciembre, añadiendo que padeció el martirio en tiempo del emperador Maximino en la ciudad de Nicomedia. Hallándose el cielo sereno en aquel acto horrible, sonó el estampido del trueno, cayó un rayo y abrasó al feroz verdugo de su hija.

BÁRBARA, esposa del emperador Segismundo, que la elevó al trono en 1392, viudo ya de su primera mujer María. Era hija de un señor bohemio, llamado Herman, conde de Cilei, y se hizo célebre por su impudicia, que era tan grande como su hermosura. Muerto Segismundo en 1497, quiso casarse con Ladislao, rey de Polonia y despues de Hungría, pero este príncipe gallardo y lleno de atractivos, rehusó

la mano de una mujer tan impura. No faltó quien, antes de aventurarse á sufrir esta repulsa, aconsejó á Bárbara *que imitase en su viudez á la tórtola*; pero ella respondió *que valia mas seguir el ejemplo de los gorriones*. Bárbara murió poco tiempo despues, por los años de 1451, en Koningsgretz, ciudad de la Bohemia.

BARBAROJA I (Aruch), apellidado así por el color de su barba. Nació en Sicilia, y segun otros en Mitilene, ciudad de la isla de Lesbos; se dedicó á la piratería y conquistó á Argel, ocupando su trono. Una vez dueño de esta importante parte del África, quiso proseguir sus conquistas y declaró la guerra al rey de Tremecen, venciéndole en diferentes encuentros. Los españoles, sin embargo, no le dejaban un punto de reposo, y al fin cayó en sus manos y murió peleando desesperadamente en 1518. Era Barbaroja cruel, pero no le faltaban ni valor ni astucia en los peligros, y buena prueba de ello es la estratagema á que recurrió cuando los españoles le iban á la pista. Entonces esparció por el camino sus joyas y sus tesoros, esperando como Mitridates, que sus enemigos se detendrian á recogerlos y le darian el tiempo necesario para la fuga; no fué así, sin embargo, pues aquellos despreciaron las riquezas para ir en busca de la gloria, y á esto debió Barbaroja una muerte que él habia procurado evitar con tanto ingenio.

BARBAROJA II (Cheredin), hermano del anterior, á quien sucedió en el trono de Argel, imitándole y aun escediéndole en valor y crueldades. En 1535 se apoderó de Tunez, arrojando de allí á su legítimo rey Muley-Hassan; pero este príncipe fué restablecido en breve por Carlos V, y Barbaroja se vió en la necesidad de evacuar sus estados. Despues de haber devastado la Sicilia, se unió á la escuadra francesa para sitiar á Niza en 1543, y murió en 1547 en Constantinopla á la edad de 80 años. El sultan Soliman II le habia nombrado poco tiempo antes general de sus ejércitos navales, oponiéndole al famoso genoves Doria.

BARCELÓ (don Antonio), célebre marino español, natural de Mallorca. Dió principio á su carrera, persiguiendo con su jabeque á los moros que infestaban entonces las costas de España y se hizo el terror de aquellos atrevidos piratas. Sus hazañas llegaron á noticia del rey Cárlos III, y en 1762 le nombró S. M. comandante de los reales jabeques. Entonces emprendió una persecucion tan activa é incesante contra los moros, que en 1769 habia ya hecho prisionero al famoso Sahim, con mas de 1600 piratas, echando ademas á pique ó apresando 19 buques y libertando una multitud de cristianos. Enviado en 1782 al sitio de Gibraltar, se condujo allí con su acostumbrada pericia y arrojo, impidiendo la entrada en el puerto á todos los convoyes que iban á llevar víveres á los sitiados. Diósele despues el mando de la espedicion contra Argel, y bombardeó dos veces esta plaza, causando considerables pérdidas á sus moradores y viéndose él mismo en los mayores peligros. La hubiera tomado sin duda, á no haber sido por el rigor de la estacion, que le obligó á retirarse de aquellas aguas, pero no por eso es menor el mérito que contrajo Barceló en acometer tan árdua empresa. La injusticia y la envidia le persiguieron en los últimos dias de su vejez, queriendo hacerle pasar por loco; y él, no pudiendo resistir á tantas contrariedades, debilitado ademas por las fatigas del mar y de la guerra, murió al fin, legando su gloria y su nombre á su patria, que le ha colocado en el número de sus mas ilustres hijos, en 30 de enero de 1797, y sus restos mortales, destinados á ocupar el lugar que se merecen en el panteon naval, descansan en una modesta tumba en la capilla de San Antonio de la iglesia de *Santa Creu*, en la que habia sido bautizado el dia 1.° de octubre de 1717.

BARCOCHEBAS, bandido fanático que suponia ser la estrella predicha por Balaam, de cuya fábula tomó su nombre (*barcochebas*, hijo de la estrella.) Los judíos, dispuestos siempre á lo maravilloso, creyeron que era el Mesías verdadero, y se sublevaron contra sus dominadores los romanos, esperando que él los libertaria. Barcochebas se puso, en efecto, á la cabeza de los rebeldes, mandó reedificar á Jerusalen, y talando y destruyendo cuanto encontraba á su paso, degollando los romanos que se le resistian, y martirizando á los cristianos, contra los cuales mostraba especialmente su saña, se hizo dueño de algunas ciudades, y consiguió tremolar por un momento el estandarte de la victoria. Pero salió Severo, enviado por el emperador Adriano, contra aquellos furiosos, los atacó, los encerró en la ciudad de Bitter que tomó al cabo de tres años de sitio, y acabó con ellos y con su jefe el año 134 de Jesucristo, dando muerte á mas de 500,000 judíos, sin contar los que perecieron de enfermedad ó de hambre.

BARDAS, llamado tambien *Scelero*, general de los ejércitos del emperador Juan Zimisces, en cuyo reinado gozó de gran autoridad por sus intrigas y su valor. Muerto este príncipe el año 975, se sublevó Bardas contra Basilio II y se hizo proclamar emperador, venciendo á cuantos generales se enviaron para perseguirle. Bardas Phocas, sin embargo, le dió una batalla, y no habiéndose decidido la victoria por ninguno de los dos combatientes, le propuso al dia siguiente un desafío que aceptó *Scelero*. En él fué herido peligrosamente y tuvo que refugiarse en los estados del califa de Bagdad, que le retuvo como prisionero. Al año siguiente, viéndose ya libre, se reconcilió con Bardas Phocas, y se dividieron entre los dos el imperio; pero este, perseguido por las tropas del emperador, murió en 986, y entonces *Scelero* no tuvo mas arbitrio que someterse á Basilio. Presentóse en efecto á él, y fué recibido con mas bondad que merecia, pues el emperador, teniendo sin duda en consideracion su avanzada edad, le colmó de distinciones y le conservó su empleo de gran maestre de palacio. Así es que *Scelero* tuvo una vejez tranquila y una muerte que no podia esperar despues de una vida tan agitada y revoltosa.

BARKOF, esclavo circasiano, que con su audacia y sus grandes prendas llegó hasta escalar el trono del Egipto. Su elevacion comenzó por ganar la confianza de Ilboga, poderoso emir á quien habia sido vendido, y con cuyo valimiento alcanzó los mas altos destinos del imperio. Nombrado regente durante la menor edad del príncipe heredero Hadji, arrebató á este la corona en 1382, y le encerró en una prision sentándose en el trono. Sublevàronse contra él los magnates mas poderosos, y aunque al principio logró reducirlos, no tardó en encenderse la guerra civil con mas fuerza y caer él mismo prisionero en poder de Montach, que le envió á Krac. Sobrevinieron, sin embargo, grandes disidencias en el partido vencedor, y Barkof, aprovechándose de ellas, se evadió de su prision, se presentó al pueblo, logró reunir un numeroso ejército de parciales, y despues de haber derrotado á sus enemigos, entró triunfante en el Cairo el 28 de enero de 1380. Ciñóse entonces la corona y reinó sin la menor inquietud hasta el año 1399 en que murió, llorado y bendecido de sus pueblos. Hizo, en efecto, olvidar su usurpacion con sus beneficios; disminuyó los tributos; enriqueció con sus economías el erario público; protegió las artes; fomentó la industria, y á su muerte dejó cuantiosas sumas para que se repartieran entre los pobres.

BARLAAM (San), mártir de la fe cristiana, que profesó toda su vida. Era natural de un pueblo inmediato á Antioquia, en el tiempo de las mayores persecuciones contra los fieles, y aunque no tenia otros conocimientos

que las máximas del evangelio, se hizo notar bien pronto por su elevacion de alma y sus virtudes. Encerrado en una prision y conducido despues á la presencia de un juez, confesó en alta voz la religion del Crucificado, por lo cual se le obligó á que metiera la mano llena de incienso en el brasero que habia en el altar destinado á los sacrificios paganos. Por este medio se pretendia obligarle á que, vencido del dolor, abriese la mano y dejase caer el incienso en la lumbre, para decir despues que habia rendido culto á los ídolos; pero el Santo, conociendo la superchería y no queriendo dar lugar ni aun á las apariencias de un acto que repugnaba á su corazon, se dejó quemar heróicamente la mano sin abrirla, y sin derramar por consiguiente el incienso. De resultas de este tormento murió Barlaam, siendo emperador á la sazon, segun se cree, el bárbaro Diocleciano.

BARRIONUEVO (Francisco de), pacificador de Santo Domingo. Sublevada esta isla en 1532, y elegido por el emperador para reducirla á la obediencia, partió de España, y tomando solamente 30 españoles de confianza y otros tantos indios, con algunos religiosos franciscanos, entre los cuales se habia criado el cacique Enrique que capitaneaba á los indios rebeldes, emprendió y llevó á feliz término su espedicion en muy pocos dias. Resultado de ellas fué un tratado de paz, que se firmó entre las dos partes, deponiendo el cacique sus armas y sometiéndose con todos los suyos. Fué siempre Barrionuevo un oficial intrépido y prudente, muy esperimentado en los negocios de América, y cuyas luces y servicios aprovecharon mucho á la corona y á los intereses de España, en aquellos tiempos de espediciones y conquistas.

BARRI (María Juana Gomart, condesa del), favorita de Luis XV. Era de orígen plebeyo y pasó su primera juventud en el fango de la prostitucion mas abyecta; pero sus gracias y su hermosura llamaron la atencion del conde del Barri, quien desde que la vió, concibió la infame idea de hacer de ella el escalon de su fortuna. Al efecto, presentó á la Gomart al rey; este concibió una violenta pasion por ella, y despues de haberla casado con Guillermo del Barri, hizo que la llevasen á la corte. Desde entonces, la antigua mujer pública, instruida por su marido y su cuñado, empezó á dominar el ánimo de Luis XV, y á disponer con ellos á su antojo de los destinos públicos. Nada se sustraia á su influencia; los ministros, los nobles, los altos empleados de palacio, todos cuantos rodeaban al monarca dependian enteramente de la voluntad ó el capricho de la favorita. El famoso ministro Choiseul, que tuvo la firmeza de representar á Luis XV, cuán indigna era semejante mujer de sus favores, pagó con la desgracia este prudente consejo. En una palabra, madama del Barri fué la verdadera reina de Francia, durante los últimos años de aquel reinado de corrupcion y libertinaje, hásta que muerto el monarca, se la confinó á una abadía, y ya no volvió á presentarse en la corte. Durante la revolucion, dió en cierto modo muestras de gratitud á los desmedidos favores que habia recibido del trono, adhiriéndose al partido de la familia real, y vendiendo hasta sus joyas y sus alhajas para libertarla de la prision en que yacia. Estos manejos llegaron á oidos de la policía republicana, y acusada Juana Gomart de haber llevado luto por el *rey*, fué sentenciada á la guillotina, en la cual murió el 6 de noviembre de 1792, con una debilidad propia de su sexo, pero indigna de su posicion y su orgullo.

BARTH (Juan), terror de los mares. Nació en Dunkerque, de una familia de pescadores pobres, y sin otro apoyo que su valor, su audacia, y su buena estrella, llegó á ocupar los mas altos puestos de la marina francesa. En 1692 era ya jefe de escuadra, y sin embargo

no sabia escribir. En el bloqueo del puerto de Dunkerque, pasó con los buques que mandaba al traves de 32 navíos de guerra ingleses y holandeses, y al dia siguiente apresó cuatro de los primeros, que con un rico cargamento se dirigian á Moscovia. Quemó despues 86 naves, así de guerra como mercantes, hizo un desembarco en New-castle, destruyendo mas de 200 casas y volvió á Dunkerque con una presa valuada en 500,000 pesos fuertes. En el mismo año atacó á una escuadra holandesa escoltada por tres navíos, hechó á pique uno de ellos y apresó diez y seis naves cargadas de trigo, que condujo á las costas de Francia. En 1693, mandando el navío *Glorioso* de 66 cañones, quemó y echó á pique seis navíos holandeses ricamente cargados que encontró cerca de Faro. A los pocos meses, partió con seis navíos de guerra al puerto de Ulekeren, para escoltar un convoy de trigo, y le condujo felizmente á Francia, burlando la persecucion de la marina inglesa y holandesa. Al año siguiente, encargado de custodiar otro convoy, y atacado en la altura de Texel por el almirante de Frisa, recobró cien velas que este habia logrado apresarle y le hizo prisionero á él mismo, con dos navíos mas de los ocho que mandaba, sin embargo de ser sus fuerzas muy inferiores en número. Por esta brillante batalla naval se concedió á Barth el título de nobleza. Otras muchas dió todavía, en que confirmó su arrojo, pero los estrechos límites de esta biografía no nos permiten enumerarlas. Baste decir que el intrépido marino, aunque incapaz de combinar un gran plan de batalla, á causa de su falta de instruccion científica, no cesaba de intentar sorpresas tan aventuradas como peligrosas, llevando en todas la palma de la victoria. Así es que los enemigos de la Francia le temian, sus compatriotas le admiraban, y el rey y el gobierno le colmaban de honores y distinciones. En esta posicion murió en 1702, á los 51 años de edad, dejando una fama que no se estinguirá nunca en la memoria de su patria. Barth era de gallarda presencia, franco y hasta rudo en sus acciones y sus palabras, tanto que ni aun en la corte y en la presencia del rey sabia conducirse de otra manera que como un oscuro marinero. Cuéntase de él entre otras anécdotas muy propias de su carácter, que cuando el monarca le dijo: «Juan Barth, acabo de nombraros jefe de escuadra,» él respondió con el acento de la conviccion: «Habeis hecho bien, señor» y se despidió de S. M. sin darle siquiera las gracias.

BARTHELEMI (Juan Santiago), insigne escritor anticuario, y erudito frances. Nació en Calais en 1716, y desde niño mostró una gran aficion á las lenguas y á los monumentos de la antigüedad, abrazando el estado eclesiástico, despues que concluyó sus estudios en Marsella. Al poco tiempo se estableció en Paris y se entregó enteramente á trabajos numismáticos, sobresaliendo tanto en ellos, que en 1747 fué nombrado individuo de la Academia de Inscripciones, miembro de la sociedad real de Lóndres, y últimamente director del gabinete de numismática del rey, gozó gran favor en la corte y especialmente con el duque de Choiseul, pero ni pretendió nunca destinos políticos, ni los aceptó cuando se le ofrecieron. Por el contrario, consagrado enteramente á la ciencia que cultivaba, la enriqueció con numerosos descubrimientos, y en esta laudable y gloriosa ocupacion empleó sus mejores años, y una gran parte de su fortuna. Escribió diferentes obras, entre las cuales citarémos como la mas notable y la que encierra todo el saber, nada comun por cierto, de Barthelemi, el *Viaje del jóven Anacarsis por Grecia*, libro que es la admiracion de los hombres doctos, la enseñanza de la juventud y la delicia de cuantos le leen; libro europeo, universal, y en cuya composicion empleó el autor 30 años de su vida, Barthelemi habia vivido cómodamente hasta la época de la re-

volucion en que perdió sus rentas y se vió reducido á la miseria. Para colmo de desgracias, fué encerrado en un oscuro calabozo, pero bien pronto salió de allí, y los exaltados de la república respetaron en él la ancianidad, la virtud y la sabiduría que no habian respetado en otros muchos. Por fin, el año 1795, á los 79 de su edad, murió aquel grande hombre, de un accidente que le sobrevino, estando leyendo las obras de Horacio.

BARTIMEO, uno de los dichosos judíos, á quienes eligió el Salvador del mundo para ejercer en él su poder milagroso y divino. Era un pobre ciego de la ciudad de Jericó, donde vivia de la caridad pública, y hallándose cierto dia sentado en el camino de Jerusalen, llamó á Jesus, que pasaba por allí seguido de sus discípulos y de una multitud inmensa del pueblo. «Jesus, hijo de David, decia, tened misericordia de mí.» A estas voces se detuvo el Salvador, preguntándole: «¿Qué quieres de mí?» «Que me hagais ver la luz,» respondió Bartimeo, y Jesus replicó: «Anda, tu fe te salva,» á cuyas palabras el ciego recobró la vista y siguió al divino maestro.

BARTOLOMÉ (de los Mártires), del Orden de Santo Domingo, nació en Lisboa en 1514; fué maestro de teología de don Antonio, sobrino del rey don Juan III de Portugal, que seguia la carrera eclesiástica; y la reina Catalina, por consejo de su confesor el célebre fray Luis de Granada, le nombró en 1559 para el arzobispado de Braga. Revestido con esta dignidad, asistió y se distinguió en el Concilio de Trento, combatiendo á los que por un respeto mal entendido, no querian que se hícieran reglamentos para la reforma de los cardenales, y esparciendo con la mayor energía que cuanto mas eminente fuera la dignidad eclesiástica, tanto mas importaba poner á los que estuvieran revestidos de ella en la necesidad de observar una vida ejemplar. Sostuvo tambien, llevado del mas santo celo y conforme en un todo con sus opiniones sobre los deberes de los prelados, que la residencia de estos en sus iglesias era de derecho divino, y por consiguiente indispensable. «¿A qué estamos reducidos nosotros, decia, si aquellos á quienes Dios ha confiado el cuidado de su iglesia ponen en problema la obligacion que tienen de vivir en ella? ¿Se aguantaria á un criado que, estando encargado de los hijos de su amo, disputase si tenia ó no la obligacion de estar al lado de ellos? ¿Qué diríamos de una madre que abandonase el hijo á quien crió á sus pechos; ó de un pastor que dejase su rebaño á merced de los lobos? ¿Será posible que dudemos de nuestra obligacion de velar personalmente sobre aquellos, por los cuales tenemos tambien la de sacrificar nuestra vida cuando su salud lo exije? Aun les somos á ellos mas deudores de nuestra vida en sus necesidades espirituales, que lo somos á nosotros mismos por alguna ventaja temporal cualquiera que sea.» Y uniendo las obras á sus palabras, cuando en 1567 se vió afligido Portugal de una hambre espantosa, el único consuelo de Braga fué el de su santo prelado, que, como padre cariñoso, asistia á todos los pobres con sus contínuas limosnas. Al hambre siguió una peste devoradora, y lejos de abandonar á su grey, de quien se titulaba su primer médico, no se apartó un momento del foco mismo de la infeccion, asistiendo y visitando á los enfermos, socorriendo á los pobres, y dando los mas heróicos ejemplos de caridad cristiana. En el noble ejercicio de su ministerio, la pluma de Bartolomé de los Mártires no podia permanecer ociosa; así es que escribió muchas y muy apreciables obras, así dogmáticas como devotas, debiendo citar entre ellas como las mas notables la titulada: *Stimulus pastorum*, el *Compendio de las máximas de la vida espiritual*, y los *Deberes y virtudes de los obispos*. En sus últimos años renunció este santo pre-

lado su dignidad, para consagrarse enteramente á la penitencia, y se retiró al convento de Viana, donde murió en 1590.

BARTOU (Isabel), llamada comunmente *la santa*, doncella de Kent. Nació en la provincia de este nombre en Inglaterra, bajo el reinado de Enrique VIII, y habiéndole quedado el vicio de torcer la boca y hacer contorsiones estraordinarias, de resultas de una enfermedad que habia padecido, el cura luterano de su parroquia se propuso sacar partido de esta deformidad, para embaucar al crédulo y supersticioso vulgo. Al efecto, persuadió á Isabel á que fingiese éxtasis y escesos de santo entusiasmo; ella entró en sus miras, y entre los dos lograron su propósito, no solo con el populacho, sino hasta con los mas ilustres personajes. Isabel recogia cuantiosas limosnas que partia con su cómplice, y la Inglaterra entera rendia una especie de culto á tan infame superchería. Llegó por fin á tanto, que la Bartou se atrevió á predicar en público contra el divorcio de Enrique VIII, pronosticándole que perderia la corona y moriria un mes despues de su casamiento con Ana Bullen. Ofendióse el rey de esta prediccion é hizo condenar á la falsa profetisa á muerte, como rea de estado, en 22 de abril de 1534. Tal fué el funesto fin de Isabel Bartou, digno por cierto de su vida.

BASILIO (San) llamado el Grande, obispo de Cesárea. Nació en esta ciudad de la Capadocia á fines del año 329, y fué hermano de otros dos obispos, San Gregorio de Nisa y San Pedro de Sebasté. Enseñóle su padre la gramática, y continuó sus estudios en Constantinopla y Atenas, donde contrajo amistad con San Gregorio Nacianceno. Concluida su carrera, que era la del foro, la ejerció con acierto durante algun tiempo en Cesárea, pero bien pronto se disgustó del mundo y se retiró á un desierto, del cual no salió hasta que en 369 fué elegido contra su voluntad obispo de su patria. El emperador Valente quiso ganarle á la secta arriana que profesaba, y al efecto le envió á Modesto, prefecto de Oriente; pero Basilio supo resistir á sus seducciones lo mismo que á sus amenazas. Conmovido Valente de esta magnanimidad, se negó á firmar la órden de destierro contra el santo, que exigian los arrianos, y Basilio pudo dedicarse tranquilamente á calmar las disensiones que dividian las iglesias de Oriente y Occidente por causa de Malecio y Paulino, ambos obispos de Antioquia. En esta santa ocupacion, y lleno de un celo enteramente divino por la salvacion de su diócesis y la suya propia, murió en 379, siendo colocado en el número de los grandes doctores de la iglesia.

BASILIO (San), clérigo de la iglesia de Ancira en la Galacia. Fué uno de los mas firmes defensores de la fe de Nicea contra los arrianos, los cuales le persiguieron sin lograr que cediese de su celo divino. Recorria la ciudad exortando á los fieles á no abandonar la causa de Dios, y llenaba las calles y las plazas de su voz elocuente é inspirada. Juliano el apóstata mandó que le dieran los mas crueles tormentos, pero el santo los sufria con la mayor resignacion, esperando alcanzar la palma del martirio; viendo lo cual sus verdugos le atravesaron con dos hierros aguzados y encendidos, y así murió el 29 de junio del año 362 para nacer á la vida eterna.

BASILIO, célebre impostor que escitó una rebelion en el imperio de Oriente el año 934. Era natural de Macedonia, de carácter audaz, emprendedor y astuto, y fingiéndose Constantino Ducas, supo ir ganando poco á poco la confianza de los grandes, el pueblo y el ejército, manteniendo oculta su ambicion hasta que llegó el momento de arrojar la máscara. El emperador romano que reinaba entonces

en Constantinopla, conociendo sus intrigas y la traicion que meditaba, le hizo cortar la mano derecha para escarmiento suyo y de sus cómplices; pero Basilio curó de su herida, se puso una manopla de cobre y se acostumbró á manejar con ella diestramente las armas. Entonces tremoló el pendon de la rebeldía, apoderóse de algunas plazas fuertes, empezó á hacer escursiones por el pais con los partidarios que habia reunido, hasta que, atacado por las tropas de Romano, y hecho prisionero, fué conducido á Constantinopla y arrojado en una hoguera.

BASILISCO, noble patricio, cuñado del emperador de Oriente Leon I y general de sus tropas. Muerto aquel príncipe el año 475, usurpó el trono á Zenon, haciéndole huir á la Isauria, y empezó á ejercer un poder opresor y tiránico. Protegió á los Eutiquianos; levantó el destierro al hereje Pedro el *Labandero* que habia usurpado la silla patriarcal de Constantinopla; obligó á quinientos obispos á que firmasen una circular anatematizando la carta de San Leon y el concilio de Calcedonia; finalmente cometió todo género de violencias y tropelías, hasta que el año 477 le atacó Zenon con un poderoso ejército que habia juntado, le derrotó en una reñida batalla, y le mandó encerrar con su mujer é hijos en un castillo de Capadocia, cuyas puertas hizo tapiar para que allí muriesen de hambre, como sucedió en el invierno próximo.

BASINE, mujer de Basin rey de Turingia, á quien abandonó para ir en busca de Chilperico I, rey de Francia, que habia sido su amante. Este príncipe la acogió cariñosamente y se casó con ella, naciendo de tan impura union Clodoveo I el año 465.

BASSANO ó BAZAN (Alvaro de), marques de Santa Cruz, grande almirante de la célebre escuadra llamada la *Invencible*. Era hijo de don Alvaro de Bassano, general de las tropas de Fernando el católico en las guerras de Granada, y despues de haber hecho importantes servicios en la marina, fué nombrado general de la armada por el emperador Cárlos V. Ejerciendo este alto cargo en 1530, hizo varias conquistas contra los moros y derrotó en diferentes combates á los buques franceses y berberiscos que infestaban las costas de España. En 1571 asistió á la batalla de Lepanto y contribuyó mucho á la victoria, recibiendo tres heridas. En 1583 derrotó la escuadra francesa que trataba de impedir la conquista de Portugal por Felipe II, y tres años despues derrotó tambien la escuadra inglesa, haciendo prisionero al almirante Drake que la mandaba. Bazan era uno de los mas grandes marinos de su siglo, hombre de tanto valor como talento, activo, intrépido, entusiasta por su patria, y Felipe II, que conocia estas cualidades, le confió el mando de la *Invencible*, escuadra que destinaba á la conquista de Inglaterra; pero habiéndole dirigido algunas reconvenciones, el héroe marino murió de pesadumbre con gran sentimiento de aquel rey, que, al saber despues el desastroso fin de la escuadra, esclamaba: «De otro modo hubiera sucedido si Bazan no hubiese muerto.»

BASSI (Laura), literata y sábia italiana. Nació en Bolonia en 1711, y á los veinte y un años sostuvó públicamente una tésis de filosofía contra siete profesores, en presencia de los célebres cardenales Lambertini y Grimaldi. El senado de Bolonia, noticioso de su erudicion y talento, le dió una cátedra de filosofía, en la cual fué la admiracion de cuantos la escuchaban. Poseia, en efecto, los mas vastos conocimientos, no solamente en las lenguas antiguas, sino tambien en las ciencias abstractas, en las ciencias físicas y en la literatura. En 1738 casó con el doctor Verati, del cual tuvo muchos hijos. Celebráronla en sus versos los poetas, respetáronla los sábios, le abrieron sus puertas las Academias, entre

ellas la de los *Arcades de Roma*, y se acuñó en su honor una medalla con la efigie de Minerva en un lado y esta inscripcion en el otro: *Soli cui fas vidisse minervam.* Murió esta mujer estraordinaria en febrero de 1778.

BATILO, inventor de la danza pantomímica, que cultivó asociado con un tal Pilades, representando ambos por medio del gesto escenas ya trágicas ya cómicas. Era natural de Alejandría y liberto de Mecenas, con cuya proteccion se presentó en Roma en tiempo de Augusto, llamando de tal modo la atencion, que el pueblo y especialmente la nobleza acudian llenos de entusiasmo á presenciar y aplaudir sus farsas. Tenia Batilo un genio alegre, vivo y gracioso, y con estas dotes se atrajo fácilmente el favor del público. El filósofo Demetrio atribuyó á la música y á las decoraciones todo el efecto que producia la accion de Batilo, pero este para convencerle de su error, representó sin aparato, y Demetrio esclamó enagenado: «*No solamente te veo, te oigo y hasta tus manos me hablan.*» Pilades y él denominaron este espectáculo *Danza itálica*, y los romanos le adoptaron desde entonces, viéndose en Roma teatros donde se representaba con la mayor perfeccion.

BAUHIN (Juan), célebre médico frances. Nació en Amiens en 1511, y adquirió tal reputacion que, siendo aun muy jóven, fué nombrado médico de Catalina, reina de Navarra. Habiéndose separado de la comunion católica que profesaba, á consecuencia de haber leido las obras de Erasmo, tuvo que huir á Inglaterra, donde ejerció la medicina y cirujía con el mismo crédito. Vuelto á su patria, donde se casó á los 29 años de su edad, hubiera perecido víctima de las persecuciones que sufrian entonces los herejes, sin la proteccion de la reina Margarita, que agradecida á Bauhin porque la habia curado una enfermedad peligrosa, le salvó de la hoguera á que fué condenado y le nombró su médico de cámara. Pero al fin tuvo que huir Bauhin por consejo de la misma Margarita, y se estableció en Alemania, donde conquistó en breve una alta posicion científica y murió á los 71 años de edad, dejando dos hijos Juan y Gaspar, herederos del talento y de la sabiduría de su padre.

BAUX (Guillermo), fué príncipe de Orange, y despues rey de Arles y de Viena, título que le confirió Federico II en 1214. Era un príncipe tan arrebatado como orgulloso, y su carácter fué causa de una aventura que no debemos pasar en silencio. Pasando Guillermo por las posesiones de un mercader, se negó á pagar los derechos de peaje y maltrató al dueño que se los exigia; este pidió justicia al rey de Francia, y habiendo recibido permiso para vengarse como pudiera, falsificó el sello real y escribió á su ofensor una carta, convidándole á las fiestas que debian celebrarse en la corte. Guillermo se apresuró á aceptar la invitacion, y al pasar por la ciudad donde residia el mercader, este y sus amigos, que le esperaban, le obligaron á darles una reparacion cumplida. Fuera de la aventura que acabamos de referir, no hay otra cosa notable en la vida de este príncipe, que en 1218 fué hecho prisionero, desollado y despedazado por los albigenses á quienes tanto habia perseguido.

BAUZA (Felipe). Uno de los hombres eminentes que ha tenido la España en este siglo, mas eminente aun por su desgracia que por su fortuna. Autor de las principales cartas y planos de los puertos y bahías del Mediterráneo y de otros escelentes trabajos de que se han aprovechado los estranjeros. Fué uno de los diputados en la legislatura de 1822 que hubieron de emigrar para sustraerse á la persecucion, y tal vez á la muerte, que amenazaba á los liberales de aquella época. Lóndres respetó su saber y su es-

traordinario talento, y Lóndres lloró su muerte en 3 de marzo de 1834. Habia nacido en Palma de Mallorca en 7 de febrero de 1764.

BAYARD (Pedro del Terrail de), mas conocido por *el Caballero Bayardo*, empezó su carrera de paje del gobernador del Delfinado, su pais natal. Hijo de una familia noble, siguió al rey de Francia Cárlos VIII, cuando fué este llamado en 1495 por el papa Alejandro VI á la conquista del reino de Nápoles, donde el jóven guerrero empezó sus proezas. A la muerte de este monarca prestó Bayard eminentes servicios á Luis XII, contribuyendo á la conquista de Milan. En el reino de Nápoles, solo en un angosto puente, resistió el ímpetu de doscientos caballos que le atacaron. Unia á su valor sentimientos generosos y humanitarios. Citarémos en prueba de esta verdad su conducta en la toma de Brescia, donde recibió una peligrosa herida por libertar del saqueo la casa donde se hospedó. Agradecido su dueño, quiso entregarle una importante cantidad de dinero, y el pundonoroso Bayard regaló aquella suma á las dos hijas del que por su conducto se la enviaba. Frenéticamente enamorado de una jóven, tan linda como necesitada, hizo proposiciones á su madre, que aunque deshonrosas, admitió impelida por su estremada pobreza. Condujo su hija á la habitacion del caballero Bayard, y echándose la virtuosa jóven á sus plantas, esclamó: «¡Piedad, señor! No deshonreis á una infeliz, que harta desgracia sufre con ser víctima de la indigencia.»—«Levántate, hija mia, respondió el enamorado caballero, conmovido á la vista de la virtuosa jóven; saldrás de mi casa sin mancilla en tu honor y mas dichosa que al entrar en ella.»—Le señaló un buen dote y le proporcionó un ventajoso casamiento. Hizo prodigios de valor al lado de Francisco I. Defendió heróicamente la plaza de Mezieres, y en 1523 acompañó al almirante Bonnivet á Italia. En 1524 recibió una herida mortal; y próximo á espirar, mandó que le arrimasen á un árbol, de frente al enemigo. «No quiero, dijo, que me vean la espalda en mis últimos momentos, toda vez que no se la he vuelto jamas.» Encontróle en este estado el condestable de Borbon, cuando acometia al ejército frances, y aunque enemigo, como apreciaba altamente las virtudes del héroe moribundo, le manifestó con toda sinceridad lo mucho que sentia su muerte. «No me compadezcais, le dijo Bayard, pues soy mas feliz que vos. Vale mas morir que empuñar las armas contra la madre patria y faltar á los juramentos de fidelidad.» Un instante despues era ya cadáver. Murió á los 48 años de edad. Su cuerpo embalsamado fué conducido á Grenoble, su patria, y por mandato del duque de Saboya se le hicieron los honores de soberano. Sus proezas habíanle granjeado el título de *Caballero sin miedo y sin mancilla*. Tuvo una hija natural que fué madre del infortunado Chartelard, á quien María Stuart mandó cortar la cabeza por haberse atrevido á dirigirla una declaracion amorosa.

BAYARTE (Juan de). Célebre y distinguido artillero, de cuya arma llegó á ser maese de campo general. Inventó nuevos calibres y reformó los antiguos, aunque sus trabajos no obtuvieron la estimacion que era de desear hasta despues de su muerte, porque la emulacion y la envidia se opuso, como siempre, á su indisputable mérito. Fué gobernador de Ibiza y posteriormente de Menorca, en cuya isla parece que murió por el año de 1666.

BAYER (don Francisco Perez), sábio literato y anticuario del siglo XVIII. Nació en Valencia, en 1711, de padres medianamente acomodados, y siguió la carrera eclesiástica en Salamanca y Valencia, recibiendo en la universidad de Gandía el grado mayor en filosofía y teología escolástica, y aprendiendo con la mayor perfeccion el derecho civil y

las lenguas sábias. Dotado de una alta inteligencia y de vastos conocimientos en todos estos ramos del saber humano, no tardó en distinguirse en la traduccion y arreglo de las bulas, privilegios y otros instrumentos del archivo de la catedral de Salamanca, que hizo en menos de un año por encargo de aquel cabildo. En 1738 fué nombrado secretario del arzobispo de Valencia, don Andres Mayoral, en cuyo empleo tuvo ocasion de confirmar la rara reputacion que ya se habia adquirido. En 1745 fué elegido por oposicion, catedrático de hebreo en la universidad de Valencia, y al año siguiente pasó con igual destino á Salamanca. En 1750 se le mandó reconocer en compañía del P. Buriel los archivos y librería de manuscritos de la iglesia de Toledo, recogiendo los monumentos hebreos que pudieran ser útiles para la academia de la historia, y desempeñó esta comision durante cuatro años con tanto acierto, que fué nombrado en recompensa canónigo de Barcelona. Poco despues se le envió á Italia en busca de códices, monedas y antigüedades preciosas, y en poco mas de seis meses que duró su viaje, escribió dos tomos en 4.° que encierran tesoros inapreciables de observacion y sabiduría. En vista de este resultado, se le comisionó para hacer al magnífico colegio de San Clemente de Bolonia una visita, de la cual obtuvo el Estado muy notables ventajas. Volvió por fin Bayer á España, y despues de ocupar algun tiempo una canongía que se le dió en la catedral de Toledo, recibió de Carlos III el encargo de reconocer los manuscritos latinos, griegos y hebreos de la biblioteca del Escorial, y formó en solo tres años un catálogo exacto de todos ellos, compuesto de cinco tomos en fólio con sus índices raciocinados. Pero aun recibió Bayer una honra mas señalada, al confiarle aquel monarca la educacion de sus hijos, como preceptor; destino de cuyo esmerado desempeño es un testimonio irrecusable la erudicion y gusto literario del infante don Gabriel, autor de la elegante traduccion del *Salustio* impresa en Madrid en 1772. Tantos servicios no podian menos de tener un premio, y Carlos III nombró á Bayer arcediano mayor de la catedral de Valencia en 1775, le condecoró con la cruz de la órden que lleva el nombre de aquel monarca y le nombró despues bibliotecario mayor de la real biblioteca. Este fué el último cargo que ejerció Bayer, pues el 27 de enero de 1794 murió en su patria á los 82 años de edad. Ademas de los trabajos ya mencionados, escribió aquel hombre ilustre una multitud de obras que seria prolijo enumerar y que versan sobre casi todos los ramos del saber humano. Era una de esas inteligencias vastas y profundas consagrada toda su vida á la meditacion y al estudio, á cuya fecundidad, á cuya aplicacion, á cuya fuerza de comprension y de retentiva nada podia resistirse. No tenia otra ocupacion que la lectura, ni otros placeres que los que proporcionan las ciencias y las letras. Dominado esclusivamente por el amor á ellas, no cabian en su pecho pasiones mezquinas, y la virtud, la abnegacion, la caridad eran para él una especie de costumbre. Así es que gastó parte de sus bienes en libros y limosnas, dejando á los pobres las riquezas que podian quedarle á su muerte. Regaló su magnífica librería á la universidad de Valencia, y costeó muchas obras destinadas al culto de la religion que tan ardientemente profesaba. En una palabra, Bayer fué uno de los mas grandes sábios que ha tenido España, y su memoria no perecerá en tanto que haya en el corazon de los hombres algun respeto á la gloria.

BAYEU (Francisco), pintor de Zaragoza, donde nació en marzo de 1734. Sus padres le dedicaron primero á una carrera literaria, pero viendo su decidida aficion á la pintura, le permitieron despues seguir este noble arte, fundando en el genio de su hijo esperanzas que no tardaron en verse realizadas. Hizo Bayeu sus primeros estudios

bajo la direccion del profesor Lujan, que pasaba entonces por uno de los mejores pintores de Zaragoza, y á los pocos años ganó el premio ofrecido por la academia de San Fernando, al que representase mejor en una lámina de cobre la tiranía de Giron, mereciendo ademas que aquella corporacion le señalase una pension decorosa para continuar en Madrid sus estudios. Pasó en su consecuencia á la corte y en ella hizo tales progresos, que el célebre Mengs le propuso para que fuese uno de los pintores del palacio real. A su lado adelantó todavía Bayeu tanto, que la academia le nombró en 1765 su individuo de mérito y le propuso para teniente de director. El rey le nombró poco despues su pintor de cámara, y así fué creciendo Bayeu en reputacion y fortuna, hasta que el 4 de agosto de 1795 murió, siendo director general de la academia de San Fernando. Sus obras son muchas y se distinguen por la correccion del dibujo, la sencillez de las actitudes, el buen órden de la composicion, el claro oscuro y el colorido, cualidades en que muy pocos pintores del siglo XVIII igualaron á Bayeu.

BEATRIZ DE TENDA, mujer de Facino Cana, tirano de Alejandría. Enviudó á principios del siglo XV, heredando pingües riquezas de su marido y un ejército poderoso. Casó de segundas nupcias á los 40 años con Felipe María, príncipe que apenas contaba 20 de edad. Este valiente jóven solo vió en semejante casamiento los medios de saciar su ambicion, y poniéndose al frente de su nuevo ejército entró vencedor en Milan el 6 de junio de 1412, sometiendo la Lombardía, ahuyentando al usurpador Barnabó y vengando la muerte de su madre y de su hermano en sus asesinos. Estendió sus dominios desde el monte de San Gotardo hasta el mar de Liguria, desde las fronteras de la Toscana hasta las del Piamonte, y todo lo debia á las tropas y riquezas de su esposa. Con todo, Felipe María no pudo vencer la repugnancia y hastío que le causaba una mujer que contaba 20 años mas que él. Acusóla de haber profanado el lecho nupcial con Miguel Orombelli, jóven cortesano, al cual por el diabólico medio de la tortura arrancó una confesion calumniadora. Llevados al patíbulo ambos supuestos cómplices, fuese por el temor de sufrir nuevos tormentos ó por la esperanza de alcanzar su perdon, repitió Orombelli en presencia del tribunal y del público, que habia disfrutado de los favores de la duquesa. «Os perdono vuestra debilidad, esclamó con altivez Beatriz. Miguel Orombelli, los tormentos que han arrancado esa vergonzosa confesion á vuestra cobardía, tambien los he sufrido yo; pero no me han violentado hasta el estremo de calumniarme. ¡Sois el único que podia justificar mi inocencia y me abandonais! Así castiga Dios el haber yo violado la fe que debia á mi primer marido, contrayendo un segundo enlace.» Apenas pronunció estas palabras, precipitáronse los verdugos sobre Orombelli y le decapitaron. Arrodillóse Beatriz á su vez, dirigió al cielo una oracion, y ¡rodó su cabeza por el cadalso!

BEAULIEU (Juan Francisco Bremont, llamado). Era un actor cómico del teatro de Variedades de Paris, donde representaba con algun aplauso, cuando, al estallar la revolucion francesa, abandonó la escena por la política, y se mezcló en los diversos disturbios que agitaban entonces á la nacion francesa, y especialmente á su capital. Su valor, unido á la exaltacion de sus ideas, le granjeó cierto influjo con el cual ascendió á capitan de la guardia nacional. Habiendo sido condenados á muerte los hermanos Agasse por falsificadores de firmas, Beaulieu quiso probar que el castigo de los reos no trascendia á su familia, y al efecto se quitó las charreteras en la asamblea de su distrito y se las puso á uno de los parientes mas cercanos de aquellos. En 1802 volvió otra vez á tomar la

profesion de cómico; pero desesperado por no poder reparar su fortuna, que se habia menoscabado mucho, se suicidó tirándose un pistoletazo.

BEAUMARCHAIS (Pedro Augusto Caron de), célebre escritor frances, que nació en Paris el 24 de enero de 1732. Ejerció en sus primeros años la profesion de relojero, y habiéndose apasionado despues de la música, se dedicó á tocar varios instrumentos, entre ellos el arpa y la guitarra, que llegó á poseer con la mayor perfeccion. Esta habilidad le dió entrada en la corte, y con la proteccion de algunos grandes señores juntó, al cabo de algun tiempo, una respetable fortuna. Entonces emprendió vastos negocios que le dejaron ganancias considerables, proporcionándole una verdadera riqueza. Cuando estalló la revolucion francesa fué miembro de la primera junta provisional de Paris; perseguido despues, tuvo que huir á Holanda y á Inglaterra, donde permaneció hasta que, absuelto y justificado, regresó á su patria, muriendo en el retiro de sus hogares de una enfermedad de pecho en 1799, á los sesenta y nueve años de edad. Era Beaumarchais un ingenio felicísimo para la sátira y la crítica, y escribió algunas obras que han inmortalizado su nombre, especialmente sus comedias, entre las cuales ocupan el primer lugar y hacen todavía las delicias del público frances *El Barbero de Sevilla* y *El casamiento de Fígaro*.

BECERRA (Gaspar), escultor, pintor y arquitecto, nació en Baeza en 1520. Siendo muy jóven, y llevado de la mucha aficion que profesaba á las nobles artes, pasó á Roma á oir á los sábios profesores de ellas y á estudiar los soberbios monumentos de la antigua metrópoli. Asociado á Vasati, le ayudó en la pintura de la sala de la cancillería de Roma, y al lado de este célebre artista adquirió tanta práctica y mereció tal nombre y estimacion entre los profesores, que consiguió que una tabla pintada por su mano, que representaba la natividad de la Vírgen, fuese colocada al lado de otra de Daniel de Volterra en la iglesia de la Trinidad del Monte de Roma. Noticioso Felipe II del mérito de Becerra, le llamó á su servicio y le nombró su pintor por real cédula de 23 de agosto de 1563. Los trabajos que hizo, desempeñando aquel cargo, en el palacio de Madrid, perecieron en el incendio de este la víspera de Navidad de 1735; pero se conserva lo que pintó en el Pardo en la bóveda y paredes de una pieza que perteneció á una de sus cuatro torres, representando la fábula de Medusa, Andromeda y Perseo, en la cual se puede observar hasta qué punto habia llegado Becerra en la correccion del dibujo, en la espresion, actitudes y otras sublimes partes de la pintura. Murió este pintor en Madrid en 1570, siendo aun muy jóven, llorado de todos los amigos de las artes. A pesar de su temprana muerte, dejó no solo buenos discípulos de escultura y pintura, sino muchas y muy buenas obras, de las cuales entre las mas notables debemos citar: el retablo mayor de la iglesia de las Descalzas reales, y la estátua de Nuestra Señora de la Soledad que regaló la reina doña Isabel de la Paz á la iglesia del convento de padres Mínimos de esta corte, obra que puede llamarse un prodigio del arte, pues en ella se ve espresado con la mayor propiedad el dolor, la ternura, la constancia y la conformidad de la madre de Dios en su tristísima situacion. Tambien fué obra de Becerra el retablo mayor de la catedral de Astorga, por el que le regaló el Cabildo 30,000 ducados. Una lápida que representa la resurreccion de los muertos en la capilla de San Bernardo de la Seo de Zaragoza, un bajo relieve del descendimiento de la Cruz en la iglesia de los Trinitarios calzados de Valladolid, y el escelente crucifijo que se venera en una de las capillas de la colegiata de Medina del Campo.

BECERRIL (Alonso), platero, natu-

ral de Cuenca. La fama de este artífice va unida á la de su hermano Francisco y su hijo Cristóbal, como autores los tres de la magnífica custodia de la catedral de Cuenca, construida desde 1528 á 1573. En efecto, la custodia de que se trata, es una obra maestra que por sí sola basta para acreditar la singular habilidad de los tres Becerriles. No pudiendo hacer aquí de ella una descripcion minuciosa, nos limitarémos á decir que pertenece á aquel género de arquitectura llamado *plateresco*, usado en España á principios del siglo XVI, y que tanto la parte arquitectónica como las figuras, los bajos relieves, festones, y cuantos adornos contiene, están ejecutados con suma delicadeza y gusto.

BELISARIO, insigne general de los ejércitos del emperador Justiniano. Era natural de Tracia, de familia pobre y humilde, y habiendo tomado las armas como soldado, sus grandes prendas militares no tardaron en elevarle al mas alto puesto. Uno de sus primeros triunfos fué la conclusion de la guerra de Persia, por medio de un tratado que celebró el año 531 con su rey Cabades. Al año siguiente marchó á la conquista del Africa, tomó á Cartago, sometió á los moros y derrotó á los vándalos, haciendo prisionero á Gilimer, usurpador del trono de aquella nacion, y conduciéndole á Constantinopla atado al carro de su triunfo. Destruido en Africa el reino de los vándalos, pasó Belisario á Italia á hacer lo mismo con el de los godos, y despues de haberse apoderado á la fuerza ó por convenio de Catania, Siracusa, Palermo y otras ciudades, tomó á Nápoles y entró en Roma triunfante, enviando al emperador las llaves de la ciudad eterna. Allí le sitiaron de nuevo los godos capitaneados por su rey Witiges, sucesor de Teodato, que habia sido asesinado, pero Belisario le venció, le obligó á encerrarse en Rávena, y por último le hizo prisionero conduciéndole á Constantinopla. No tardó, sin embargo, en tener que abandonar esta capital para ir á combatir á Cosroes I, rey de Persia, á quien derrotó, volviendo despues contra Totila, electo rey de los godos de Italia, con tanta fortuna, que le impidió destruir á Roma como ya habia empezado á hacerlo. En esta época pudo Belisario descansar algunos años de las fatigas de la guerra, pero una espada tan terrible para los enemigos de su patria no debia permanecer mucho tiempo ociosa en la vaina. Así es, que siendo ya de una edad muy avanzada, volvió á ponerse al frente del ejército para vencer y ahuyentar á los hunos, que habian hecho una irrupcion en el imperio. Despues de tantas glorias, la envidia y la calumnia, que no podian tolerar la elevacion de Belisario y el favor de que gozaba, así en la corte como con el pueblo, empezaron á perseguirle tenazmente, y aquel ilustre guerrero, acusado de conspirar contra el mismo trono que no habia hecho mas que sostener toda su vida, se vió privado de la gracia de Justiniano y condenado por este suspicaz y receloso monarca á ser encerrado en una torre despues de arrancarle los ojos. En ella pasó sus últimos años Belisario, ciego, pobre, y teniendo que mendigar el sustento á los pasajeros con estas palabras que ha conservado la tradicion: «*Dad un óbolo á Belisario, á quien la fortuna elevó y la envidia privó de la vista.*» Su muerte acaeció, segun se cree, el año 565.

BELLIN, pintor veneciano, cuya fama era tal que fué llamado por Mahometo II para que le pintase varios cuadros, que aquel emperador recompensó espléndidamente. Refiérese de este artista una anécdota curiosa y que vamos á reproducir aquí sin responder de su exactitud. Bellin pintó un magnífico cuadro que representaba la degollacion de San Juan Bautista, y parece que al verle Mahometo, le encontró muy bello, disgustándole únicamente la seccion de la cabeza y el tronco, la cual no estaba, en concepto

suyo, segun la naturaleza. Queriendo, pues, dar al pintor un modelo, llamó el emperador á un esclavo y mandó que le cortasen la cabeza; pero Bellin impidió esta barbárie diciéndole. «*Señor, dispensadme de imitar á la naturaleza, ultrajando á la humanidad.*» Añádese que despues de este caso pidió su licencia, temeroso de que su cabeza sirviese de modelo á algun otro pintor, y que Mahometo, que á pesar de su crueldad sabia apreciar las artes y los artistas, se la dió, regalándole tres mil ducados de oro, y despidiéndole con cartas de recomendacion para la república. De todos modos, es lo cierto que Bellin, al volver á su patria, recibió una pension y la cruz de caballero de San Marcos, muriendo allí en 1501 á la edad de 80 años.

BELLINI (Vicente), compositor de música, nació el 3 de noviembre de 1802 y no en 1808, como dicen algunos biógrafos, en Catania pueblo de la Sicilia. Su educacion filarmónica tuvo comienzo en el conservatorio de música de Nápoles, y fué perfeccionada por los maestros Tritto y Zingarelli, aunque Bellini debe ser considerado como un músico de instinto, formado por sí solo. Despues de haber publicado en Nápoles algunas ligeras composiciones escribió una cantata, varias sinfonías y muchas piezas religiosas. En 1824 representóse en el teatro del *Real Colegio de Música*, la ópera *Adelson e Salvina*, y dos años despues *Bianca e Gernando* en el teatro de *La Scala* de Milan. Considerado ya de *primo cartello*, compuso *Il Pirata*, que se representó en Milan en 1827 y su brillante éxito atrajo hácia su autor la atencion del mundo musical, y acrecentó la fama del jóven maestro que apenas contaba 25 años de edad; pero cuando escitó mayor entusiasmo, fué en 1828 al representarse en el gran teatro de Milan *La Straniera*, escrita para la Meric-Lalande y Tamburini. *I Capuleti ed i Montechi*, representados en Venecia, y *La Sonnámbula*, compuesta en Milan para la célebre Pasta, enaltecieron la ya envidiable reputacion del cisne siciliano. *La Norma* y *Beatrice di Tenda*, añadieron nuevas flores á la hermosa corona de Bellini. Lleno de laureles presentóse en Paris y Lóndres, donde fué obsequiado y aplaudido como su gran talento músico merecia. En la primera de dichas capitales escribió en 1834 *I Puritani*, para la célebre Grisi, y los no menos famosos Rubini, Tamburini y Lablache. Esta ópera fué recibida con frenético entusiasmo, y la celebridad del afortunado compositor llegó á su apogeo. Jóven, simpático por su interesante físico al par que por sus admirables talentos, parecia que nada podia quedarle que ambicionar al que formaba la delicia y era el objeto de los aplausos, distinciones y admiracion de la sociedad mas escogida de las primeras capitales del mundo; y sin embargo, aquella flor tan halagada, tan llena de ilusiones, de esperanzas y de vida, vió palidecer poco á poco sus colores, marchitarse sus hojas, y doblar por fin su tallo al soplo emponzoñado de la inexorable parca. Murió Bellini en lo mas bello de sus dias; pero vive en la memoria de cuantos tienen un corazon sensible á las delicias de la música; sus encantadoras composiciones harán su fama imperecedera, harán su nombre inmortal. Son las siemprevivas de su gloriosa y perfumada corona.

BEMBO (Pedro), escritor y poeta, que con Dante y Petrarca, sus antecesores, contribuyó á perfeccionar la lengua italiana. Nació en Venecia en 1470, de una familia noble y distinguida. Estudió el griego en Sicilia bajo la direccion de Constantino Lascaris, y la filosofía en Ferrara con Nicolas Leoniceno. Aun no habia salido de las aulas, cuando ya empezaron á circular sus versos, llamando la atencion por su dulzura, y siendo criticados por su libertad. En este punto estaban conformes con las costumbres del autor,

algo desarregladas hasta la época en que Leon X, sacando á Bembo del gabinete, le hizo su secretario. Entonces engolfado el poeta en los negocios, mudó enteramente de vida y de conducta, retirándose, á la muerte de aquel pontífice, á Venecia, donde se entregó enteramente á las tareas literarias. Paulo III le confirió en 1538 la dignidad cardenalicia, y Bembo, ordenado de sacerdote, fué nombrado en 1539 para la silla episcopal de Eugubio y despues para la de Bergamo, que ocupó, como pastor dignísimo, hasta que en 1547 falleció en Roma á la edad de 76 años. Dejó escritas en italiano y latin, en prosa y verso, las obras siguientes: *Cartas á favor de Leon X*, *Historia de Venecia desde* 1480 *hasta* 1513, *Arengas*, *Cármina*, *Varias poesías* y un *poema sobre la muerte de su hermano Cárlos*.

BEME ó BESME, llamado así porque era de Bohemia, pues su verdadero nombre es Cárlos Dianowiz. Asesinó al almirante Coligni por mandato del cardenal de Lorena, de cuya casa era criado. En el sitio de Santonja, verificado en 1575, fué hecho prisionero por los protestantes, y habiéndose escapado de su encierro, el gobernador de la plaza le persiguió hasta darle muerte. Refiérese que Besme, al verle entonces venir tras él, le gritó: *ya sabes que soy mal sugeto*, y le disparó un pistoletazo; pero, habiéndole errado el tiro, el gobernador le atravesó de una estocada, diciéndole: *yo quiero que no vuelvas á serlo*.

BENALCÁZAR (Sebastian), uno de los capitanes que sirvieron en la conquista del Perú á las órdenes de Pizarro. Apoderóse de Quito por los años de 1535, y fué nombrado gobernador de aquella ciudad. Despues de haber sostenido una larga guerra contra Almagro y Gonzalo Pizarro, pasó al gobierno de Popayan, que le confirió el emperador Cárlos V, y murió en 1550 con la reputacion de uno de los mas valientes conquistadores de la América.

BENAVIDES (Miguel de), uno de los apóstoles mas celosos del Nuevo Mundo. Nació en 1552 en Carrion de los Condes, de una familia ilustre, y á los diez y seis años de edad abrazó la religion de Santo Domingo. Despues de haber enseñado teología con mucho aplauso en varias escuelas, pasó á Manila en 1587, acompañando al célebre P. Juan Crisóstomo, que debia fundar allí un nuevo establecimiento de misioneros, y se consagró á la conversion de los chinos que solia reunir en aquella ciudad el comercio. En esta empresa trabajó con tanto celo como buen éxito, llegando aquel hasta el punto de hacer á la China en 1589 una espedicion, en la cual padeció los mas crueles tratamientos de aquellos habitantes, indignados de sus predicaciones religiosas. Enviado á la corte como Procurador de la provincia de Filipinas, recibió, al llegar, el nombramiento de obispo de Nueva Segovia, y habiendo aceptado esta dignidad por órdenes terminantes del papa Clemente VIII, volvió á Manila con veinte religiosos de su órden, y sin detenerse en ella, pasó á tomar posesion de su nueva diócesis. El estado en que esta se hallaba, era tal, que no encontró allí mas que doscientos indios que hubiesen abrazado la religion cristiana, pero el dignísimo prelado se aplicó tanto á la conversion de aquellos salvajes, que en poco tiempo logró atraer á la fe de Jesucristo dos provincias enteras de las tres de que se componia Nueva Segovia. Felipe III, en premio de sus virtudes, le trasladó al arzobispado de Manila, teniendo que costear sus bulas por la pobreza en que el P. Miguel se hallaba. Pasó, pues, este pastor á Manila, y allí murió en 1607 á los cincuenta y cinco años de su edad, con grande opinion de santo.

BENEZET (San), pastor de Avilar, en el Vivarés, en Francia, donde na-

ció en 1165. Fué un varon piadoso y lleno de virtudes, de quien refiere la tradicion, que le inspiró Dios á la edad de doce años para construir el famoso puente de Aviñon, el cual tenia diez y ocho arcos, y se acabó en once años, á pesar de las dificultades de la obra, que retrajeron á los romanos en su tiempo de hacerla, obligándoles á pasar el Ródano por Tarascon, por medio de un subterráneo abierto bajo el lecho del rio. Murió San Benezet en 1184, y fué sepultado en una capilla que se construyó sobre uno de los espolones del puente. Dícese que, habiéndose arruinado una gran parte de este en 1669, sacaron de allí el cuerpo del santo y le hallaron sin la menor señal de corrupcion.

BENIGNO (San), apóstol de Borgoña y discípulo de San Policarpo. Recibió la corona del martirio en Dijon, bajo el reinado de Marco Aurelio, en medio de los mas crueles tormentos, pues ademas de haberle sellado los piés con plomo fundido, le encerraron en aquel estado con unos perros furiosos, y por último le traspasaron el cuerpo con una lanza.

BENITO (San), fundador de la órden que lleva su nombre. Nació en el territorio de Nursia, ducado de Espoleto, el año 480, y fué educado en Roma, donde se distinguió por sus talentos y virtudes. A los diez y seis años se retiró á una caverna en el desierto de Sublac, á donde la fama de sus austeridades llevó una multitud de personas á vivir en su compañía. Fundó doce monasterios, y habiendo salido de su retiro á los tres años para ir á Caniso, convirtió á los habitantes de este pueblo, que eran idólatras, levantando allí un monasterio, cuya fama se estendió en breve por toda Europa. Totila, rey de los Godos, queriendo saber si era cierto el don de profecía que tenia el Santo, le envió uno de sus oficiales disfrazado con sus reales vestiduras, y acompañado de una numerosa comitiva. Benito, apenas le vió, le dijo: *Quítate el vestido que llevas, porque no es tuyo*, y al saber esto Totila, fué en persona á visitar al siervo de Dios, prosternándose en su presencia. Entonces Benito le pronosticó que reinaria nueve años, al cabo de los cuales moriria y tendria que dar cuenta á Dios de los muchos crímenes que habia cometido, y seguiria cometiendo en lo sucesivo; prediccion que se cumplió en todas sus partes. Murió San Benito el año 543, dejando perpetuado su nombre en su regla, que ha sido una de las mas sábias, y á quien las ciencias y las letras deben importantísimos servicios.

BERENGARIO ó BERENGUER I, hijo de Berando, duque de Frioul y de Guita, hija del emperador Luis. Hízose proclamar rey de Italia hácia el año 893, y fué el primero que usó la corona de hierro que se han ceñido despues los reyes de Lombardía. Derrotó al pié de los muros de Brescia á su competidor Guido de Espoleto, pero habiendo sido derrotado despues él mismo por este á las orillas del Trevia, el año 889, imploró el auxilio del emperador Arnoldo, con el cual logró sostener su trono. Era un príncipe ambicioso, cruel y turbulento, tanto que sus súbditos no pudiendo tolerarle, llamaron á Luis Bozon, rey de Arles y de Borgoña, para que le destronase; pero Berengario sorprendió á este, y le cogió prisionero. Bozon pudo al fin obtener la libertad, y al año siguiente volvió á Italia con un ejército poderoso, entró en Roma, se hizo coronar emperador, y reinó cuatro ó cinco años, hasta que en 904 le sorprendió Berengario en Verona y le mandó sacar los ojos. Consagrado entonces el vencedor por el papa, juntó sus tropas á las de este y otros príncipes para derrotar á los sarracenos que infestaban la Italia; pero sus triunfos, aumentando su soberbia, no hicieron mas que precipitar su caida. Los pueblos irritados por las crueldades que cometia, llamaron á Rodul-

fo II, rey de la Borgoña transjurana; este le atacó con un ejército numeroso, y aunque Berengario se defendió valerosamente ayudado de los húngaros, á quienes tambien habia llamado por su parte, se vió al fin reducido á encerrarse en Verona, donde murió asesinado por un tal Hamberto el año 924.

BERENGUELA, esposa de Alfonso VII de Castilla, con quien casó en 1128. Nació veinte años antes en Barcelona, siendo sus padres don Ramon Berenguer III, conde de la misma ciudad, y doña Dulce, condesa de Provenza. Adornaban á Berenguela todas las virtudes que pueden hacer amable á una princesa; discrecion, prudencia, magnanimidad, valor y hermosura. Así es que asistia á su esposo con sus consejos; le acompañaba en los campos de batalla y compartia con él el peso de la corona. Ella le ayudó á domeñar la peligrosa rebelion del conde de Asturias, don Gonzalo Pelaiz; ella tambien defendió á Toledo cuando esta ciudad fué sitiada por los moros, aprovechando la ocasion de hallarse Alfonso VII al pié de los muros de Cazorla. Entonces supo Berenguela suplir durante mucho tiempo la ausencia de su régio esposo, mandando las tropas, animando á sus súbditos á morir por su religion y su patria, llevando, en fin, las riendas del gobierno como prudente capitan y como consumado político, y cuando se vió la plaza próxima á sucumbir á la superioridad de los enemigos, recurrió á las armas de su sexo, se presentó á ellos en una de las torres de Toledo, rodeada de toda la pompa de la majestad, y echándoles en cara su cobardía en atacar á una débil mujer, mientras les esperaba en Cazorla su marido, logró conmoverlos hasta el punto de que abandonasen el cerco. Poco tiempo despues alcanzó Alfonso Munio una gran victoria sobre los moros y trajo á Berenguela las cabezas de sus dos jefes Azuel y Avenzeta, pero ella mandó que las embalsamaran, y envueltas en riquísimos paños se las envió á las tristes viudas, queriendo, sin duda, corresponder á la generosidad con que habian procedido aquellos en el sitio de Toledo. Murió Berenguela el año 1149, dejando dos hijos, don Sancho el *deseado* y don Fernando, y una hija que casó con el rey don Sancho de Navarra.

BERENGUELA, apellidada la *prudentísima* por su rara prudencia en todos los negocios; era hija primogénita del rey de Castilla don Alfonso VIII, y casó el 19 de diciembre de 1197 con don Alfonso IX, rey de Leon, siendo este enlace la prenda de paz entre aquellos dos príncipes divididos hasta entonces por desastrosas guerras. Bella, cariñosa y modesta, Berenguela hizo por largo tiempo las delicias de su esposo; magnánima y amante de sus pueblos, influyó para que aquel disminuyera los tributos, socorrió á los pobres con caritativa largueza, y sembró en su reino el bienestar y la abundancia; por último, piadosa y amante de las artes, edificó soberbios edificios, levantó alcázares, engrandeció las iglesias, y las dotó con espléndida magnificencia. Tantas virtudes no podian menos de hallar un premio, y el cielo, propicio á ellas, concedió á Berenguela el mas grande de todos, la gloria inmarcesible, la dicha inefable de ser madre de San Fernando, despues rey de Castilla y Leon. Sin embargo, poco tiempo despues el papa anuló su casamiento bajo pretesto de parentesco entre los dos esposos, y despues de algunos años de gestiones inútiles con Su Santidad, tuvo que retirarse al lado de su padre para evitar los rayos de la Iglesia. Aconteció por entonces la muerte del rey de Castilla, y Berenguela fué nombrada gobernadora del reino durante la menor edad de su hermano Enrique; pero bien pronto hizo renuncia de este cargo, y se retiró del trono, hasta que por muerte de aquel príncipe, fué ella misma jurada y proclamada reina. Entonces llamó á su hijo don Fernando, y le cedió el cetro,

contentándose con dirigirle y animarle con sus consejos. Murió Berenguela el 9 de noviembre de 1246, llorada y bendecida por sus súbditos que de tantos beneficios le eran deudores.

BERENGUER II (don Ramon), llamado el *viejo*, conde de Barcelona, hijo de Berenguer I y de doña Sancha de Castilla. A su advenimiento al trono, encontró la mayor parte de sus estados invadidos por los sarracenos que estendian sus conquistas hasta las mismas murallas de la capital, pero tenia un corazon intrépido y valiente, ardia en una ambicion noble, y sin arredrarse ante el número y demas ventajas de sus enemigos, juntó un pequeño ejército, declaró al musulman la guerra, y ya solo, ya ayudado de algunos otros príncipes cristianos, á cuyas armas unió las suyas, devolvió á los pueblos su independencia, se apoderó de Tarragona, edificándola de nuevo; derrotó á Alchagil, rey moro de Zaragoza, y alcanzó otras muchas victorias. Tan político como guerrero estableció las leyes conocidas con el nombre de *Usatges*, y atento al decoro de la religion, al bienestar de los pobres y al engrandecimiento de las artes, reedificó con su segunda esposa Almodis la catedral de Barcelona, dotó el hospital de Santa Eulalia, hoy dia de Santa Cruz de la misma ciudad, y terminó gloriosamente sus dias el 27 de mayo de 1076. Algunas acciones indignas manchan la brillante memoria de este príncipe, pero la única que aparece cierta, es el envenenamiento de su hijastro don Pedro Berenguer.

BERENGUER III, hijo y sucesor de Berenguer II, conde de Barcelona. Conservó el lustre de su nombre y aumentó la gloria de su padre, en las guerras que sostuvo primero contra el vizconde de Alti, Bernardo Aton, que le habia usurpado los condados de Carcasona, Rasez y Lauregeais, y á quien obligó á que le devolviese el gobierno supremo de algunos castillos, y despues contra los moros sobre los cuales consiguió muchas victorias, arrojándoles de las Islas Baleares y tomándoles á Tortosa y á Lérida, puntos importantes, desde donde hacian escursiones temibles para los barceloneses. En 1117 tomó posesion del condado de Cerdeña, y con esto se halló dueño de numerosos estados, muchos de los cuales habian pertenecido á sus antecesores. En 1126 sufrió una considerable derrota en el campo de Cervino, pero este desastre no amenguó en nada su valor, antes por el contrario, le infundió mas celo en favor de sus súbditos. Así es que, deseoso de proporcionarles todos los beneficios posibles, concluyó un tratado de comercio con el dux de Génova, y tuvo la satisfaccion de que este príncipe fuera personalmente á ofrecerle diez moravatines por cada navío de la república que arribase á Barcelona. Piadoso, al par que caballero, Berenguer tomó en sus últimos años el hábito templario, y acabó su gloriosa carrera en 1131 en un hospital á donde se habia hecho trasladar para morir entre los pobres.

BERENGUER IV, hijo del anterior, á quien sucedió en el trono y en las virtudes. Continuó con feliz éxito la guerra contra los moros, y habiéndose casado en 1137 con doña Petronila, niña de tres años, primogénita del rey de Aragon don Ramiro el *monge*, fué llamado por aquel príncipe para gobernar su reino. En este cargo, mostró bien las altas dotes de mando que le adornaban, pues no solo conservó los estados que se le entregaron, sino que los aumentó con importantes conquistas, haciendo la paz con los reyes de Castilla y de Navarra, sofocando la rebelion del conde de Ampurias, don Ponce Hugo, derrotando en varios encuentros á los moros de Andalucía, hasta desalojarlos de Almería y otras ciudades, y apoderándose del castillo de Sinrana en las inaccesibles montañas de Pradas, donde fundó el monasterio de nuestra Señora de Poblet, así

como de las plazas de Lérida y Fraga. Coronado de tantos laureles, fácil le hubiera sido proclamarse rey de Aragon, pero él, con una moderacion que le honra, se contentó con el modesto título de príncipe, reservando el de reina para su esposa doña Petronila, con quien se desposó formalmente en 1150. Tenia Berenguer un corazon noble y caballeresco, que le llevó á auxiliar con sus armas á algunos príncipes cristianos, amenazados por súbditos desleales, y habiendo sabido que la emperatriz de Alemania, acusada injustamente de adulterio, se hallaba amenazada de perder la vida si no encontraba un paladin que la defendiese victoriosamente en el *Juicio de Dios*, á que tan comunmente se apelaba en aquellos tiempos, voló á ofrecer su espada y su brazo á la inocente cuanto desgraciada princesa. Llegado á Alemania de incógnito, retó á los dos calumniadores, mató al uno, obligó á retractarse al otro, y devolviendo así la honra á la dama y la esposa al esposo, volvióse á Barcelona, sin descubrir su calidad ni su nombre. Pero noticioso de ello al poco tiempo el emperador, envió á su misma esposa á buscar al conde, invitóle á pasar á sus estados, y habiendo accedido este gustoso, le colmó de presentes y distinciones, honrándole con el título de marques de la Marca. Berenguer murió el 6 de agosto de 1162.

BERENICE, hija de Tolomeó Filadelfo, y esposa de Antíoco rey de Siria, con quien casó el año 257 antes de Jesucristo. Este príncipe tenia entonces otra mujer llamada Lodice, y habiendo querido unirse á ella, á los seis ó siete años de su nuevo enlace, la vengativa dama le envenenó, temiendo su inconstancia; sitió á Berenice que se habia retirado con su hijo á un arrabal de Antioquia; se apoderó de este niño y le mandó degollar, antes que llegara en defensa de la madre su hermano Tolomeo Evergetes, que se habia puesto en camino con tal objeto. Entonces Berenice, desesperada, montó en un carro de batalla, persiguió al asesino y le mató de una pedrada, despues de lo cual se encerró en Antioquia donde fué hecha prisionera y degollada ella misma al poco tiempo.

BERENICE, hija de Tolomeo *Auletes*, y esposa de Seleuco, á quien mandó degollar para casarse con Arquelao. Este príncipe murió en un combate, y Berenice pereció tambien el año 55 antes de Jesucristo, degollada de órden de su propio padre, que restablecido en el trono de que le habian arrojado sus súbditos, quiso castigar de este modo el crímen de aquella adúltera princesa.

BERENICE DE CHIO, una de las mujeres de Mitridates Eupator, que vencido por Lúculo y temiendo que los enemigos tomaran un castillo en el cual se hallaban encerradas aquellas y las violasen, envió á un eunuco para que las diera á todas un veneno. Berenice partió con su madre la parte que le correspondia, y no pudiendo morir de pronto por ser corta esta dósis, fué ahogada por el bárbaro emisario, año 71 antes de Jesucristo.

BERENICE, hija de Agripa el anciano, y hermana de Agripa el jóven, rey de los judíos. Nació el año 28 de la era cristiana, y estuvo casada con su tio Herodes, á quien el emperador Claudio dió el reino de Calcides. Muerto este príncipe, y queriendo acallar el rumor de que mantenia relaciones incestuosas con su hermano, casóse de segundas nupcias con Polemon, rey de Cilicia, pero no tardó en abandonarle para vivir con su antiguo amante. Habiendo ido despues á Roma, se enamoró de ella de tal modo el emperador Tito que trató de tomarla por esposa y proclamarla emperatriz; pero, temiendo las murmuraciones del pueblo romano, la envió por fin á Jerusalen, donde su tio Agripa II la adoptó, dándole el título de reina.

BERGA y SANTA CILIA (Gabriel). Capitan valerosísimo y uno de los mas señalados partidarios de Felipe V. Al frente de los *Baulets*, nombre del bando de los Borbones, sostuvo una reñida batalla contra los *Botiflés*, austriacos, junto á la puerta del muelle de Palma, y en esta accion perdió la vida el dia 27 de setiembre de 1706.

BERMUDO I (don), sesto rey de Leon; empezó su reinado en el año de Cristo 788, renunció en el 791. Cuando acaeció la muerte de don Mauregato, sin duda subsistian en los próceres y señores del reino, aquellos mismos recelos de que el infante don Alfonso, si ascendia al trono, vengase la muerte de su padre don Fruela. Por cuya razon, aunque al parecer no habia cosa mas regular que repetir su proclamacion, acudieron á sacar del monasterio, en donde vivia retirado, á don Bermudo; y no obstante su repugnancia, á causa de hallarse con el órden del diaconato, no solo le obligaron á que tomase las riendas del gobierno, sino que le fué forzoso contraer matrimonio con una señora, llamada, segun unos Numila, y segun otros Osenda. El ánimo esforzado de don Bermudo, que, á pesar de la mansedumbre del estado que habia profesado anteriormente, resplandecia en todas sus acciones, y la madurez y equidad con que se producia en todas sus deliberaciones y decretos, le atrajeron el amor de sus vasallos tan maravillosamente, que este fué el medio de vencer la repugnancia que en muchos de ellos subsistia, en cuanto á consentir en que fuese alzado por rey el infante don Alfonso; pues trayéndole de la provincia de Alava, donde subsistia retirado desde la intrusion de don Mauregato, le empezó á dar parte en el despacho de los negocios del reino, para que se juzgasen igualmente aciertos del infante sus sábias determinaciones; consiguiendo por este medio recobrar el afecto de aquellos señores, cuyos ánimos tenia enagenados el mismo miedo y riesgo de ser algun dia reconvenidos sobre su anterior conducta. Los hijos de Abderrahamen disputaban en este tiempo la corona de su padre, contra la voluntad de este, que habia declarado por heredero á su fallecimiento á Zulema, su hijo mayor, á quien trataban de despojar de este derecho Isem y Abdalá, sus hermanos, habiéndose hecho proclamar aquel en la provincia de Toledo, que gobernaba por su padre. Altivo con las victorias que habia conseguido contra sus hermanos, dirigió sus armas hácia la montaña, encaminándose por Burgos, para destruir las tierras de los cristianos: pero saliéndole al encuentro don Bermudo, con su ejército, deshizo enteramente el de los moros, obligándolos á una vergonzosa retirada. No escarmentó á Isem esta derrota, pues pensando mejorar de suerte, atacó la parte de Galicia, que pertenecia á los reyes de Leon; pero tuvo igual desgracia, siendo tambien en aquella espedicion vencido y derrotado. Ni las dulzuras del mando, ni las satisfacciones que sus victorias le proporcionaban, ni los halagos y placeres de la corte pudieron cautivar el corazon de don Bermudo, en términos que le hiciesen olvidar los deberes contraidos en el retiro del monasterio. No parece sino que consideraba todas sus glorias como un sueño pasajero, sin dejarse fascinar del oropel y fausto de la corte, ni seducir por el suave arrullo de la lisonja, que en los alcázares reales adula siempre á los que ciñen corona. Tal era el desprecio que le merecian las vanidades mundanas, que si bien accedió al deseo unánime del pueblo, cuando abandonó su santa soledad para engolfarse en el bullicio de la corte, y dejó el crucifijo para empuñar el acero y abatir el orgullo de los moros, haciendo triunfar la santa causa de los cristianos, desde sus primeros pasos en la espinosa carrera del gobierno y de las armas, tuvo el noble y generoso proyecto de salvar su patria, compartir las glorias con el hijo del desgraciado don Fruela,

iniciarle en los secretos de las cosas públicas, enseñarle con el ejemplo la senda del honor é instruirle perfectamente en todo, para hacerle digno de ocupar el trono del que habia sido arrojado por la ambicion de don Mauregato y sus parciales. Si grandes fueron las hazañas que ilustran el nombre de don Bermudo, esta generosidad, despues de haber libertado á su pais de la dominacion de los moros, le honra mas que todas sus proezas juntas, y fué mas grande y respetado en su humilde situacion, de mero particular, que cuando para gloria de su patria brillaba en su frente la diadema real. En todos sus triunfos procuraba que don Alfonso tuviese una parte ostensible; pero tal fué el ardimiento de este príncipe en la última batalla, en que fueron completamente derrotados los moros, que los combatientes todos prorumpieron en vítores de entusiasmo y demostraciones de estimacion á tan esforzado guerrero. Cuando vió don Bermudo la disposicion en que se hallaba el pueblo, trató de volver á su verdadero y legítimo estado, separándose de su mujer, como lo ejecutó, renunciando la corona en don Alfonso, cuyas amables prendas y cuyo valor tenian asegurados los ánimos de los que al principio le temian como vengador de la muerte de su padre. Verificóse esta renuncia en el dia 14 de setiembre de la era 829, año de Cristo 791, en consecuencia de la cual fué proclamado el rey don Alfonso, que fué el II de este nombre, con general júbilo y satisfaccion del pueblo, viviendo en su compañía don Bermudo, como particular, en la mas estrecha amistad y concordia hasta su muerte. Fué hijo don Bermudo de don Fruela ó don Froila, hermano de don Alfonso el Católico, de quien se ha hecho mencion anteriormente, como que fué uno de los principales instrumentos de las muchas victorias que este gran rey consiguió de los moros, con que se estendieron tan notablemente los términos de su monarquía. Tuvo de su mujer doña Osenda tres hijos, á saber: Don Ramiro que sucedió á don Alfonso II, don García y doña Cristina. Murió á los 6 años de su renuncia en la era 835, año de Cristo 797, y fué enterrado en la iglesia de San Salvador de Brañalonga, cerca de Tineo, donde subsistió hasta que el rey don Alfonso X hizo trasladar sus cenizas, con las de su mujer doña Osenda, al monasterio de San Juan de Corias. Sin embargo de esto, afirma el rey don Alfonso el Magno en su cronicon, haber sido sepultado el rey don Bermudo en la ciudad de Oviedo.

BERMUDO II (don), décimo séptimo rey de Leon; muerto don Ramiro III, fué recibido por rey en Leon don Bermudo II, en el mismo año de Cristo 982: y si bien logró con felicidad lo que tanto tiempo habia deseado, no fué tan completa, que no se viese afligido de contínuas desgracias por espacio de mas de quince años. Desde fines del reinado anterior, viendo Almanzor en viva discordia los ánimos de los vasallos de Leon, declarados unos por don Bermudo, sosteniendo otros á don Ramiro, y apuradas casi las fuerzas de todos, conoció ser esta la ocasion mas ventajosa para emprender hazañas propias de su ambicioso espíritu guerrero. Formó desde luego el designio de ampararse de sus tierras; pero consideró al mismo tiempo serle forzosa mucha industria, meditar los medios y calcular los efectos. Era preciso abrirse camino, y esto habia de ser demoliendo las principales fortalezas de la raya de Leon, Castilla y Galicia; era necesario inquietar á la Navarra y á la Cataluña, y en fin, revolverlo todo. Para poner en ejecucion su pensamiento, vino en el año 984 de Cristo con un buen reforzado ejército hasta Simancas. Sitióla, y sus habitadores, aunque no tuvieron socorro de la parte del rey, resistieron con el mayor valor, hasta rendir su cuello al feroz cuchillo de Almanzor, que dejó escapar muy pocos de la crueldad de su acero; derribó sus murallas, y se lle-

vó á Córdoba algunos prisioneros, que le merecieron alguna compasion, entre los cuales se cuentan Dominico Yañez Sarracino, y otros compañeros que despues padecieron martirio en Córdoba. Sucesivamente, y en varios años fué tomando y demoliendo varias fortalezas al castellano, que fueron Atienza, Sepúlvedá, Osma, Alcoba, San Esteban de Gormaz y Coruña del Conde, mientras los moros de Zaragoza divertian con sus hostilidades al rey de Navarra, y los de Tortosa se entraban por los dominios del conde de Barcelona don Borrel, cuya ciudad tomaron, y perdieron despues, huyendo de los esfuerzos del mismo conde, que la recuperó con los auxilios que le envió el rey de Francia Roberto. En el reino de Leon saqueó y destruyó á Zamora, una de las mas fuertes é importantes plazas, sin que el rey don Bermudo II pudiese resistir tantas invasiones, ó porque se hallaba exhausto de fuerzas, y no podia juntar tropas propias, ni pedírselas á los vecinos, por estar estos desunidos con el reino de Leon, ó porque dentro de sus dominios le daban qué hacer otros disturbios interiores, á que era menester acudir con su cuidado. El obispo de Iria don Pelayo disipaba las rentas eclesiásticas, y cometia otros escesos que dieron lugar á que el rey le removiese de su silla, y substituyese á Pedro Martinez de Monsoncio. Gonzalo Melendez, hombre principal de Galicia, era rebelde, y se habia resistido á enviar unos esclavos suyos, que se acogieron á su sombra, y fué necesario que el rey pasase armado á castigarle, en cuyo lance prendió á su hijo don Rosendo. Este le burló despues, aunque le habia dejado en rehenes un lugar suyo, llamado Puerto Marin, mientras iba á tratar con su padre la correspondiente recompensa no cumpliendo su palabra, ni volviendo á la prision. Castilla estaba aun desviada de la amistad de los leoneses, contentándose el conde Garci Fernandez con mantener la union con el rey de Navarra don Sancho Abarca, ocupado en resistir á los moros de Aragon. En tal estado, con dificultad podian acudir á la defensa de la cristiandad estos príncipes, ni conciliar los ánimos para unir las armas contra el enemigo comun: ocasion para aprovecharse este de su debilidad. Pero don Bermudo II, en medio de sus cuidados, no dejaba de merecerle atencion el daño que sentia y el peligro que le amenazaba; y ya que no se hallaba con fuerzas dentro de casa, procuró el auxilio del rey de Navarra don Sancho, formando pactos de alianza y defensa, igualmente que de familia, casando con una hija de este rey, llamada doña Elvira (1). Por entonces no le pudo prestar armas y gente, á causa de tener que resistir á los moros de Zaragoza; pero medió para que se las enviasen los Gascones y Provenzales, vasallos del conde de Gascuña, esposo de doña Urraca, hermana del rey de Navarra (2). Ya hacia doce años que Almanzor maltrataba los dominios cristianos de Navarra, Castilla y Leon bien á su placer por estas causas: y rotas así las vallas, no le era difícil reputar por mas oportuno este tiempo, para llegar con satisfaccion á la misma corte de los leoneses, y viniendo en el año 995 de Cristo con un numeroso ejército de mahometanos, entró por el reino de Leon talando sus campos y murallas agua arriba del rio Ezla. Pero esta vez encontró mas apercibido á don Bermudo II, á quien ya le habian llegado las tropas francesas que le habia pro-

(1) Consta, que antes había sido casado con doña Velazquita, que algunos creen fué hija de aquella doña Urraca, que quitaron los burgaleses á Ordoño *el Malo*, cuando huia. El obispo don Pelayo, que continúa la historia desde donde la dejó Sampiro, pone dos Velazquitas, una, mujer legítima de don Bermudo, y otra ilegítima. De aquella, dice, que la repudió, y de esta hace venir la dilatada descendencia de ciertos Ordoñez y Pelaez, por el matrimonio de una hija, llamada Cristina, con Ordoño, apellidado el *Ciego;* pero en su narracion hay apariencia de contradiccion, y de que son una misma las dos Velazquitas.

(2) *Moret, Annal. de Navarra, lib. X, cap.* 3.

porcionado el navarro: y juntas aquellas huestes con las que recogió de su reino, hizo frente al valeroso Almanzor, acometiendo con ímpetu á este caudillo de los infieles, y trabando tan sangrienta batalla, que se vieron obligadas á huir las tropas mahometanas. Avergonzado Almanzor de la fuga, detuvo á los suyos reprendiéndoles ásperamente su cobardía; y los alentó de tal manera, que volvieron pié atras, cargando sobre los leoneses, y los obligaron á la retirada picándoles la retaguardia, hasta hacer que se encerrasen en la misma ciudad de Leon. Volvióse Almanzor á Córdoba, no muy bien satisfecho; pero dejando amenazados á los leoneses con que no habia de sosegar hasta igualar la ciudad con el suelo. Amedrentados los habitantes de Leon, juntamente con los de Astorga, con el susto que acababan de padecer, y previendo que Almanzor podia fácilmente descargar el golpe de su amenaza por la superioridad de fuerzas con que se hallaba, y el implacable ódio que les habia jurado, se vieron en la triste situacion de abandonar muchos sus casas, retirarse con sus familias á lo interior de Asturias, y llevarse consigo las apreciables reliquias de lo que mas amaban, los cuerpos de varios santos, y de sus reyes, reinas é infantes de la real familia, los cuales fueron colocados en Oviedo en la capilla de Alfonso el Casto. Entre las reliquias que trasladaron, fueron las de San Pelayo á un monasterio que se dió su título, en donde por este tiempo fué superiora la reina doña Teresa, viuda de don Ramiro II. Esto mismo dió mas aliento á Almanzor, y aprovechándose de su afliccion y espanto, vino en el año siguiente 996 de Cristo con un grueso ejército hasta las murallas de la ciudad de Leon, y la puso sitio. Estaba la ciudad desamparada de su rey, y de la mayor parte de la gente principal, y solo defendida por el consejo y valor del conde don Guillen Gonzalez, hombre principal de Galicia, á quien el rey habia fiado esta empresa. La defensa fué muy valerosa, pues aunque Almanzor, aplicadas las máquinas á los muros, habia abierto brecha y tentado varias veces el asalto, no logró la victoria hasta que perdieron las vidas los leoneses, y con ellos el conde, que en la misma brecha los alentaba, ya que no podia manejar el acero, por hallarse enfermo. Destruyó Almanzor los muros, las torres, las iglesias y monasterios de la ciudad: pasó desde allí adelante, rindió á Astorga, y no hubiera detenido el ímpetu de su carrera, si no hubiera hallado bien defendidos los castillos de Gordon, Luna, Alba y Arbolio, donde se hacian fuertes el rey y sus tropas, y volviéndose á Córdoba, arruinó al pasar á Coyanca y al monasterio de Sahagun. Almanzor siempre respiraba crueldad, ruinas, muertes; y así habiendo entrado á sangre y fuego en los años anteriores en Castilla y Leon, solo le restaba acometer las plazas de Portugal y los dominios de la Galicia. En el año siguiente de 997 entró con un grueso ejército, desalojándo á los cristianos de Coimbra, Viseo, Lamego y Braga, dejándolas guarnecidas con su gente. Tomó y destruyó á Tuy despues de una valerosa resistencia, y llegó al fin á la vista de Compostela con el ánimo de saciar su sed con la sangre de los cristianos, y con el oro y preciosas alhajas del templo del santo apóstol Santiago. Hizo algun estrago, y queriendo saquearlo y destruirlo, espantado por la permision de Dios, del miedo que le infundió el venerable sagrario, volvió atras: siguiéndose á esto una enfermedad de vientre en todos los agarenos, que apenas quedó ninguno que volviese vivo á su tierra, contentándose Almanzor, segun dicen, con llevarse á Córdoba las campanas y puertas de la iglesia. Desesperado este mahometano por esta desgracia, y no bien satisfecho su ansioso é iracundo corazon contra los cristianos, quiso echar el resto en una espedicion compuesta de numerosas tropas recogidas de Africa y de España, y vino en el año siguiente con ánimo de acabar con Castilla.

Supo estas prevenciones el conde Garci Fernandez: no dejaron de temerlas el rey de Leon don Bermudo II: y el de Navarra don García llamado el *Tembloroso*, hijo y sucesor de don Sancho Abarca, que habia muerto en el año de 994 de Cristo. Conocieron estos príncipes cuán caro les habia costado el no estar unidos, y no juntar sus fuerzas contra el enemigo comun: y estrechándose en esta ocasion con los lazos de la amistad para hacer frente al comun peligro, dispusieron todas las gentes de armas que pudieron, y fijando el punto de reunion en un sitio entre Osma y Soria, salieron á impedir el paso al sañudo mahometano. Presentóse Almanzor con un ejército de cien mil infantes y sesenta mil caballos: traia valerosos capitanes moros y cristianos, entre ellos los hijos del conde don Vela, que juzgaban esta la ocasion mas oportuna para destruir al castellano, recobrar sus tierras, y vengar los agravios de su padre. No se amedrentaron los príncipes cristianos de tan numeroso ejército; antes bien entraron en la batalla con tanto ardimiento, que no acordándose del sustento, ni del descanso, estuvieron peleando y matando todo el dia, y hubieran proseguido la mortandad, si las tinieblas de la noche no les hubieran impedido el combate. Dando pues esta corta pausa á la accion, esperaron con impaciencia la siguiente aurora, y cuando mas apercibidos buscaban al enemigo en su campo, vieron con asombro desamparadas las tiendas, cubierto de cadáveres el suelo, y desaparecido el enemigo. Murieron en esta batalla llamada de *Catalañazor* (que se interpreta la batalla de los aliados) setenta mil infantes, y cuarenta mil caballos, cuya desgracia sintió tanto Almanzor, que no pudiendo pasar en su fuga del lugar de Valdecorreja, murió allí desesperado y triste, y fué llevado á sepultarse entre los suyos á Medinaceli, año de Cristo 998. Fatigado el rey don Bermudo II de tantos males como aquejaban su reino, y la enfermedad de la gota que le afligia, por lo cual fué apellidado el *Gotoso*, murió en el Vierzo en un lugar llamado Villabuena, donde fué sepultado, era 1037 año de Cristo 999. Reinó 17 años, y dejó de la reina doña Elvira á don Alfonso, de edad de cinco años, á doña Teresa, y á doña Sancha. El monje de Silos (contemporáneo del obispo don Pelayo) hablando de este rey dice, que fué bastante prudente: que mandó observar las leyes establecidas por el rey Wamba, y que se obedeciesen los cánones: que fué amante de la piedad y la justicia, procurando reprobar lo malo, y elegir lo bueno. Consta así mismo por varios documentos, que hizo ricas donaciones á la Iglesia de Santiago, á cuyo obispo Pedro estimaba mucho por su piedad y celo católico, y que dotó y acrecentó los monasterios de Samos, Celanova, Carracedo, Carbonario, Pombeiro, etc., de todo lo cual se deduce, cuán equivocadamente el obispo don Pelayo le llama tirano, indiscreto, malvado, etc., y le atribuye fábulas y hechos fabricados en su capricho, ó tomados de cuentos vulgares.

BERMUDO III (don), vigésimo primero rey de Leon; don Bermudo, hijo de don Alfonso V y de doña Elvira Melendez, entró á reinar jóven en el mismo año de Cristo de 1027. Hallábase aun el conde de Castilla don García, hijo de don Sancho, en la menor edad, y bajo la tutela del rey de Navarra don Sancho el Mayor, y de doña Munia la reina, hermana mayor del jóven conde; por cuyo motivo el rey de Navarra se llamó tambien el año 1022, en que empezó la tutoría, rey de Castilla. Tambien se observa en el arzobispo don Rodrigo, y se confirma con documentos que cita Moret, que en aquel año y el siguiente tomó el dictado de rey de Leon y Astorga. El monge de Silos no pone este hecho hasta el primer año del reinado de este don Bermudo, confirmándose esto tambien por los documentos que cita Moret de este año; siendo de sentir él mismo,

que el rey don Sancho tuvo una guerra en el año 1022 contra don Alfonso, y aun se pone á describirla segun sus conjeturas; por las cuales en este de don Bermudo piensa que don Sancho renovó las pretensiones de lo que entonces habia ganado en Leon. Los demas historiadores de aquellos tiempos dilatan otros 10 años todos estos sucesos hasta el de 1032. Lo cierto es, que el rey de Navarra se tomó mucha mano con estos dos jóvenes príncipes, por ser sus parientes, y acaso tutor de ambos, y así andaba muy mezclado en los negocios de sus estados. En efecto, él fué quien determinó ajustar dos bodas, una de don Bermudo III y doña Jimena (1), última hija del conde don Sancho, y otra del jóven don García con doña Sancha, hermana de don Bermudo III. El primer matrimonio tuvo efecto en el mismo año 1027. Tratóse el segundo con honoríficas y ventajosas condiciones, para que fuese mas bien admitido; siendo las principales dar título de rey de Castilla al conde don García, á fin de que don Bermudo no pusiera reparo en casar á su hermana con quien no fuese testa coronada; y de que llevase en dote como suyas las tierras que el navarro pretendia, ó habia conquistado en Leon, convinieron en las circunstancias, y quedó aplazada esta union para el siguiente año. Pocas veces cesaban los disturbios en Galicia: un caballero principal llamado Oveco Rosendo movió alborotos en aquella provincia; lo que dió motivo al rey don Bermudo III, á que pasase en persona á sosegarlos, y á hacer ausencia de la corte. Entre tanto concertaron el rey don Sancho de Navarra, y su cuñado el conde de Castilla don García, ir disponiendo la ejecucion de las bodas, anticipándose el conde á visitar á su hermana y futura esposa, para que con la vista y trato de ambos, fuesen mas agradables y plausibles, cuando viniese de Oviedo don Bermudo; pero no fueron sino muy tristes y desventuradas. Hacia 12 años que los Velas, á quienes restituyó sus tierras el conde don Sancho, por ciertas discordias que tuvieron con él, se desnaturalizaron de sus estados, y pasándose á Leon, el rey don Alfonso V los habia acogido y dado tierras en las montañas para su sustento. Estos, acostumbrados á maquinar traiciones, y no habiendo aun depuesto de su ánimo la ambicion de hacerse dueños de Castilla, pensaron que se les presentaba ahora la ocasion mas segura y proporcionada á sus deseos. Coligáronse, y previniéronse de armas con muchos partidarios leoneses, y determinaron frustrar aquellas bodas con la muerte del jóven conde de Castilla. Llegó este á la ciudad de Leon, acompañado de ilustres personajes castellanos, quedándose el rey don Sancho el Mayor con su gente de armas acampado hácia la raya, en Sahagun ó sus cercanías. El conde fué muy bien recibido de su hermana la reina doña Jimena, y de la infanta doña Sancha, destinada para esposa: y por estar aun ausente el rey don Bermudo en Oviedo, dispusieron por sí el correspondiente hospedaje y asistencia á su persona, alojándole en una bien alhajada casa, en la calle que llaman Barrio del rey. Fueron inmediatamente los Velas con traidor disimulo á presentarse á don García, y ofrecerle sus respetos, como á quien habia sido su señor natural, y como á ahijado, á quien don Rodrigo Vela habia tenido en la pila del bautismo antes de desterrarse de Castilla. Recibiólos benignamente, y los despidió llenos de caricias; pero estos, insensibles á ellas, se fueron á tramar la hora de su venganza para el tiempo que el conde saliese á visitar la iglesia de San Juan (despues San Isidoro); y prevenidas ocultamente sus gentes, le asaltaron en el camino, siendo el mismo don Rodrigo Vela el primero, que atravesán-

(1) Entre los historiadores es muy vario el nombre de esta señora: unos la llaman Urraca, otros Teresa: otros Urraca Teresa: segun los documentos que cita Moret, á quien sigue Salazar de Castro, siempre se escribió Jimena.

dole un venablo, manchó con la sangre del inocente aquellas sacrílegas manos que le habian sustentado para el sagrado bautismo. Consternáronse los castellanos y leoneses, que llevaba el conde en su acompañamiento; y aunque quisieron castigar el atentado con la espada, no pudieron resistir al mayor número de los partidarios, á cuyas manos murieron muchos. Llenóse de confusion la ciudad alborotada con el fiero suceso, y con el alarma de los traidores: en vano intentaron remediar el daño la reina y la infanta, á quienes apenas quedó sentido para el dolor. Los Velas huyeron de la ciudad, y se dirigieron á ocupar el castillo de Monzon. El rey don Sancho luego que tuvo la noticia del cruel asesinato, quiso llegarse á Leon á tomar venganza de los alevosos Velas; pero como ya habian huido, suspendió su determinacion hasta mejor tiempo, no quedándole accion para otra cosa que para llevarse al difunto conde al monasterio de Oña al sepulcro de sus mayores (1). Hechas las exequias tomó posesion el rey de Navarra del condado de Castilla, adquirido á la corona por herencia de su esposa la reina doña Munia, hermana del difunto don García, y nombró por conde de aquel estado á su hijo don Fernando. Sabiendo despues por mensajeros que le envió el conde de Monzon, don Fernando Asurez, que tenia allí entretenidos á los Velas, que querian tomarle el castillo, partió en aceleradas marchas bien prevenido de gente armada; y habiéndolos sorprendido, mandó echarlos vivos al fuego, para que con tan rigurosa pena satisfaciesen el horrendo atentado contra el difunto conde. Por este tiempo, y en esta ocasion parece que don Sancho el Mayor, andando á caza en las cercanías de donde antes habia estado Palencia, descubrió la ermita de San Antolin entre las ruinas y malezas de la antigua Palencia, ciudad destruida antes por la violencia de los mahometanos, ó como otros quieren por las frecuentes inundaciones de las avenidas de los vecinos montes, aun antes que las de los sarracenos, y dió las órdenes y disposiciones convenientes al obispo de Oviedo don Poncio para restaurarla y fabricar la iglesia: mientras tanto el mismo rey daba otras providencias para abrir nuevo camino á los peregrinos que venian á Santiago, mas cómodo y libre de las asechanzas de los agarenos, que los apresaban. Don Bermudo estaba ocupado en apaciguar los disturbios que seguian en Galicia, fomentados por el obispo de Iria Instruario, á quien separó de su silla, y sustituyó á Cresconio, hombre de virtud y letras, que puso remedio á los daños que habia causado su antecesor, y renovados por Sisnando Graliariz, á quien obligó á huir con sus partidarios, y tomándole sus posesiones las donó á la iglesia de Santiago. Crecia la obra de Palencia, y don Sancho iba dando varias tierras adyacentes por dotacion de aquella iglesia. No agradó este modo de proceder al rey de Leon don Bermudo III. Vió desde luego, que sobre las pérdidas pasadas se le iba desposeyendo de lo que le quedaba en Leon para enriquecer á Palencia, y que en lugar de agregarse á la ciudad, debia ser esta agregada á su reino, por haber repartido su padre aquella diócesis entre los obispados de Auca y Leon. Declaró la guerra el rey don Bermudo, y ambos aprestaron sus tropas. El rey don Sancho entró desde luego venciendo y sujetando todas aquellas tierras que median entre los rios Pisuerga y Cea; resistió el paso con valor el rey don Bermudo III; pero cediendo al mayor poder, se vió en la triste situacion de retirarse á Galicia, con cuyo motivo se rindieron al rey don Sancho muchas tierras del reino de Leon, y entre

(1) Aunque en la iglesia de San Juan de Leon hay una lápida ó inscripcion de estar allí sepultado el conde don García, no por eso se opone á que lo estuviese en el monasterio de Oña; pues sin duda permaneció depositado en aquella iglesia interin dió disposicion de llevárselo á Oña el rey don Sancho.

ellas la ciudad de Astorga, año de Cristo de 1032 (1). Volvió á juntar su gente don Bermudo y disponerse con mas ahinco á recobrar tan grande pérdida; pero viendo que el navarro con las nuevas adquisiciones daba cada dia á su reino mayor estension, muchas tropas y ventajas, instado de sus vasallos, concertó recuperarlas con tratados de paz: el principal fué de casar á su hermana doña Sancha con el príncipe don Fernando, hijo del rey don Sancho y conde de Castilla, con las mismas condiciones que se habian pactado con el difunto don García, esto es, de dar título de rey de Castilla á don Fernando, y destinar para dote de doña Sancha las tierras conquistadas en Leon. Quedaron convenidos ambos reyes, y don Bermudo hizo en las bodas magníficos gastos y plausibles fiestas en el año siguiente de 1033. Habia crecido ya tanto el poder y grandeza del rey de Navarra con tantas conquistas y adquisiciones, que se titulaba rey de las Españas y aseguraba estenderse su cetro desde Zamora hasta Barcelona. Ya tenia á su hijo Fernando rey de Castilla, á su hijo don García le tocaba la corona de Navarra, y como tal heredero se titulaba rey; pero le restaban otros dos, á quienes queria dejarlos bien heredados; y así á don Gonzalo le destinó la soberanía de Sobrarbe y Ribagorza, y á don Ramiro (2) lo restante de Aragon, dándoles ademas como mezcladas y recíprocas algunas tierras de unas soberanías en otras. Hechas estas disposiciones celebró en Palencia la restauracion de esta ciudad y consagracion de su iglesia, concurriendo á este acto muchos prelados, grandes y señores con la reina y sus cuatro hijos; nombró por obispo de aquella diócesis á don Bernardo, y le dió la ciudad, y las Iglesias y señorío de varias villas y lugares adyacentes, con muchos fueros y privilegios; señalando por términos de su jurisdiccion todo lo que habia entre los rios Pisuerga y Cea, hasta entrar en el Duero, tierras que habian sido la manzana de la discordia entre los dos reyes don Bermudo III y don Sancho el Mayor. Concluida esta grande obra, no tardó el rey don Sancho en finalizar la carrera de su vida lleno de dias, de poder y majestad, y en buena paz, hácia los principios del año de Cristo 1035. Su muerte dispertó, como suelen dispertar las de casi todos los monarcas, esperanzas ya desvanecidas, agitó ámbiciones poderosas, y causó por fin una gran revolucion en todos los estados de la cristiandad de España; se vió desde luego dividido en cuatro reinos el imperio de Navarra, quedando tal vez celosos unos de otros los reyes, por no ser cada uno superior á todos. La envidia que tantos males origina contra cualquiera que sea la clase de la sociedad, pues por todas ellas derrama la ponzoña de su aliento, reside en los régios alcázares dispuesta á no tolerar rivales en el poder. Nada halaga al orgulloso tanto como el dominio de los pueblos. La sed de mando es insaciable en los que nacen en cuna régia, y jamas viven contentos en su esfera elevada. Siempre ambicionan acrecentár su grandeza y poderío, y al logro de sus deseos de dominacion, sacrifican su reposo y acometer suelen empresas arriesgadas, que si coronan algunas veces con el buen éxito el heroismo de un osado guerrero, abren por lo regular un abis-

(1) Por lo dicho hasta aquí resultan tres guerras sobre una misma cosa, y con unas mismas circunstancias; pudiéndose creer que fué una sola accion atribuida en diversos tiempos, ó colocada fuera de su órden. Si son distintos hechos, es menester decir, que al paso que se tomaban estas tierras, se volvian, y se formaban paces, para volverlas á quebrantar.

(2) Puede dudarse con fundamento si este Ramiro fué el bastardo ó hijo natural, que dicen los historiadores tuvo el rey de Navarra en una ilustre Señora del castillo de Aybar; porque en los documentos que cita el padre Moret resultan tres Ramiros, dos á lo menos legítimos, dos que murieron antes de esta division, y por consiguiente no se puede afirmar con certeza si el uno de los muertos seria el bastardo ó el legítimo.

mo en el que se precipita ciego todo aquel que no hermana el valor con la prudencia. El rey don Bermudo III, que hasta ahora se hallaba retirado en Galicia, consideró la debilidad de un reino dividido entre pequeños reyes, y pensó que le era fácil vencer á cualquiera de ellos de por sí: sus fuerzas habian sido pocas en tiempo de don Sancho el Mayor; pero su valor era siempre grande: penetrábale el corazon el sentimiento de tanta pérdida, y su pundonor le alentaba á emprender una accion, que le dejase bien puesto en el concepto de sus vasallos, y en la fama de los venideros tiempos. Juntó sus gentes de armas, y se encaminó á las tierras de Palencia; ocupó esta ciudad, é hizo donacion de ella á la iglesia y al obispo de Oviedo don Poncio. Volvió á Leon á dar algun descanso á sus huestes para juntarlas de nuevo y reforzar su ejército. Dispuestas todas las cosas se dirigió otra vez contra Castilla. El rey don Fernando, que no pudo librarse del primer ímpetu de don Bermudo en la pérdida de Palencia, se habia prevenido á toda prisa, y llamado á su hermano don García de Navarra para que viniese á socorrerle con sus gentes. Ambos ejércitos se encontraron á la vista de Tamara, no lejos del rio Carrion. Trabóse la batalla: impaciente don Bermudo, llevado de su ardor, y fiado en la destreza de su caballo, llamado el *Pelayuelo*, acometió derechamente á los dos hermanos reyes, entrándose por medio de los escuadrones; pero no fué tan feliz como arriscado, porque en la escaramuza fué atravesado de un bote de lanza, y cayó mortal en tierra. Heridos los leoneses de este dolor, esforzaron la pelea mientras le veian con alguna vida; pero habiendo muerto á pocas horas, desmayaron, y volvieron las espaldas. Los navarros y castellanos cargaron sobre ellos; pero viendo don Fernando, que ya apresuraba la destruccion en propio daño, mandó suspender las armas, y dió las disposiciones convenientes para que llevasen á sepultar el real cadáver á la iglesia de San Juan de Leon, lo cual sucedió era 1075, año de Cristo 1037.

BERNARDO DEL CARPIO. En tanto que los sucesores de Pelayo en España trataban de sostener y aumentar sus conquistas contra los sarracenos, el amor escitó revoluciones que inquietaron mucho á los cristianos. Alfonso el Casto, rey de Castilla, tenia una hermana llamada Jimena, triste víctima de su nacimiento. Don Sancho, señor de Saldaña, que se habia sabido introducir en el corazon de la princesa, no tardó en ser amado con el amor mas ardiente; y como Jimena supiese que el rey su hermano no aprobaria jamas esta union, se casó en secreto con don Sancho. Las consecuencias del matrimonio informaron á don Alfonso de este enlace misterioso, pues que no pudo ocultársele el nacimiento de un niño hijo de su hermana. No consultando el rey mas que á su honor ultrajado, sordo é inexorable á las súplicas y ruegos de su hermana, la hizo encerrar en un monasterio y mandó bien custodiado á su esposo, despues de haberle hecho sacar los ojos, á un solitario castillo. A pesar de su indignacion, no creyó deber estender su venganza al hijo de estos desgraciados y le hizo criar y educar á su lado dándole públicamente el título de sobrino. Este jóven que no tardó en hacerse notable por su valor y hazañas, bajo el nombre de Bernardo del Carpio, hizo grandes servicios al rey su tio, siendo el fin de todas sus acciones el conseguir la libertad de su padre. Tuvo la destreza de interesar en su causa á la reina y á los grandes del reino, pero como Alfonso se mantuviese inflexible, se retiró Bernardo á Saldaña, y alzando el estandarte de la revolucion, se mantuvo firme en este pais, á pesar de todas las fuerzas que contra él fueron, hasta la muerte del rey su tio. Nada nos dice la historia de Bernardo hasta el reinado de Alfonso el Grande, en el que parece que reunido á este príncipe, contribuyó mucho á las victorias que al-

canzó contra los sarracenos, no pidiendo otra recompensa por todos sus servicios que la libertad de su padre. Encontrando en este rey la misma dureza y terquedad que en su antecesor, lleno de despecho é inmolándolo todo á los sentimientos que la naturaleza le inspiraba por aquel á quien debia la vida, fortificó el Carpio cerca de Salamanca y llamó á los moros en su auxilio. Embarazado Alfonso con esta revolucion y temiendo de su valor, prometió á Bernardo entregarle á su padre, con tal de que le entregase el Carpio. Esta condicion fué aceptada y ejecutada con la mas escrupulosa fidelidad por parte de Bernardo; pero apenas habia hecho este sacrificio, cuando supo que su desgraciado padre habia muerto, ya repentinamente, ya por órden del rey. Persuadido de la maldad del rey, y no teniendo ya motivo para seguir peleando contra su patria, no queriendo permanecer en un pais que le recordaba sus desgracias, dejó Bernardo la España y retirándose á Francia, se distinguió en aquella ciudad por sus laudables acciones. Año 870.

BERNARDO (San) uno de los grandes padres de la Iglesia. Nació de una familia noble en el pueblo de Fontaine en Borgoña, el año 1091, y despues de haber hecho los mas brillantes estudios en la universidad de Paris, tomó el hábito en el Cister á los 22 años de edad, renunciando á los empleos y dignidades que por su ilustre cuna y sus vastos talentos podia esperar en el mundo. Dos años despues, cuando apenas habia salido del noviciado, fundó el monasterio de Clairvaux y fué nombrado primer abad de aquella casa, que, pobre en un principio hasta el punto de no alimentarse los religiosos mas que de hojas de haya y pan de cebada y maiz, fué creciendo en poco tiempo tanto que llegó á tener 700 novicios, enriqueciéndose y produciendo papas como Eugenio III, cardenales, obispos y venerables prelados á la Iglesia. La fama de las virtudes y la sabiduría de Bernardo cundió por todas partes, y de todas partes acudian á consultarle en los negocios mas árduos de la religion y de la política. En 1128 recibió el encargo de redactar una regla para los templarios, y le desempeñó con el raro acierto que saben cuantos conocen la historia de aquella órden; en 1130 decidió con general aprobacion la cuestion sometida á un concilio sobre cuál de los dos papas elegidos, Anacleto ó Inocencio II, era el verdadero, pronunciándose por este último. Algun tiempo despues marchó á Milan y reconcilió con la Iglesia á sus habitantes, que se habian declarado por el antipapa Anacleto, siendo allí venerado como un santo y renunciando la silla episcopal que se le destinaba. En 1140 asistió al concilio de Sens, é hizo condenar algunas proposiciones del famoso Abelard. Por último, el papa Eugenio III, su discípulo, le dió al poco tiempo la mision de predicar la primera cruzada, y entonces se vió á Bernardo, á pié y con un crucifijo en la mano, recorrer los mas apartados paises, inflamando con los rayos de su elocuencia á los grandes y á los pequeños en favor de aquella espedicion, á la vez piadosa y guerrera, armando el brazo de los cristianos, y haciéndoles abandonar su patria, sus hogares, sus familias, para trasponer los mares y lanzarse á libertar el santo sepulcro del poder de los infieles. La cruzada no tardó en llevarse á cabo, gracias á sus esfuerzos, y cuando se le quiso nombrar jefe de ella, Bernardo rehusó modestamente un cargo de tanta responsabilidad, cediéndole á Pedro el ermitaño, y permaneció en Occidente, impugnando los errores de algunos herejes y sembrando la semilla de su órden. En tan santa ocupacion murió el año 1153, despues de haber fundado muchos monasterios en Francia, España, los Paises-Bajos, Inglaterra, Irlanda, Saboya, Italia, Alemania, Suecia, Dinamarca, etc. y de haber ilustrado su siglo, con los muchos escritos que dejó sobre cuestiones de disciplina,

de dogma y de moral, los cuales son hoy consultados como otros tantos oráculos de la Iglesia.

BERGUIN (Luis), una de las innumerables víctimas de la intolerancia religiosa, durante la época de la reforma en Francia. Era caballero artesiano y habia publicado diversos escritos que fueron denunciados como heréticos al Parlamento de Paris. Este tribunal los sometió al exámen de la facultad de Teología, y habiendo sido censuradas en 1523 algunas de sus proposiciones, condenó al autor á que las abjurase públicamente. Berguin se negó, y fué encerrado en una cárcel de la cual salió por mediacion de Francisco I que le apreciaba en estremo; pero como permaneciese siempre obstinado en sus errores, sus jueces le sentenciaron á morir en una hoguera, ejecutándose este auto de fe el 12 de abril de 1523 en la plaza de la Greve.

BERRI (Cárlos Fernando de Borbon, duque de) hijo del Conde de Artois, despues Cárlos X. Nació en Versalles en 1778, y á los once años de edad fué llevado por su padre lejos de Francia, huyendo de la revolucion del 89. El príncipe de Condé le dió el mando de un cuerpo de caballeros, llamados *cazadores nobles*, con el cual pasó despues al servicio de Rusia, y desde entonces manifestó las mas recomendables prendas militares, unidas á un carácter franco y leal, á un alma grande y generosa. Firmada la paz en 1801, se trasladó á Inglaterra para reunirse con su padre, y allí permaneció hasta que la caida de Napoleon en 1814 le abrió las puertas de la Francia y las de Paris, donde él entró el 21 de abril y fué recibido con la mayor cordialidad, especialmente por el ejército. En 1815 tomó el mando de las tropas que debian oponerse á la marcha de Napoleon hácia la capital, pero, aclamado este como emperador por donde quiera que pasaba, tuvo que retirarse á Bélgica con la familia real, durante el período de los *Cien dias*. Al año siguiente volvió á Paris, se casó con María Carolina Teresa, hija mayor del príncipe heredero de las Dos Sicilias, y continuó siendo uno de los mas bellos ornamentos de la corte de Francia, hasta que el 13 de febrero de 1820, saliendo del teatro de la Opera con su esposa, fué herido mortalmente de una puñalada en el pecho por un hombre llamado Louvel. El duque de Berri no sobrevivió á este accidente, pues al poco tiempo murió, dejando en cinta á su esposa, de un príncipe que nació el 29 de setiembre de aquel año, y recibió el título de duque de Burdeos.

BERTA, esposa de Teobaldo II, conde de Provenza, y despues de Adalberto II, marques de Toscana. Era una dama de tanta belleza como talento, que, por su ambicion y sus intrigas, comprometió á su segundo marido en guerras sangrientas con los concurrentes al trono, á quienes favorecia para despues abandonarlos. Habiendo quedado viuda, concertó una liga contra Berengario, rey de Italia, pero este la hizo prisionera en Mantua, y exigió por su rescate las principales ciudades de la Toscana. Berta se negó á entregárselas, y aseguró con sus atractivos el éxito de su negativa; pues Berengario se enamoró ciegamente de ella y le devolvió la libertad sin condicion alguna. Murió esta princesa en Luca el año 925, dejando la Toscana en un estado de riqueza y poderío, que perdió despues, sin que nunca le haya recobrado.

BERTHELIER (Filiberto), revolucionario ginebrino del siglo XVI. El obispo Juan de Saboya le habia nombrado en 1513 gobernador del castillo de Perey, á dos leguas de Ginebra, pero, viendo Berthelier que aquel prelado trataba de destruir las franquicias de los pueblos, se alzó contra él, y reuniendo gente de sus ideas, puso la ciudad en revolucion. Derrotado y perseguido despues, tuvo que huir á Fri-

burgo, de donde volvió á Ginebra provisto de un salvo-conducto para presentarse en el consejo episcopal á hacer su defensa, y rebatió de tal modo los cargos que se le hacian, que los jueces, aunque enemigos suyos, no pudieron menos de absolverle, quedando admirados de la franqueza y energía de sus respuestas. Aumentóse con esto su partido; pero Cárlos III, duque de Saboya, temiendo que sustrajese á su autoridad los pueblos, encargó al obispo Juan, que le persiguiese sin contemplacion alguna, y este, despues de haberle preso, logró por fin que le condenasen á muerte en 1519. Berthelier fué decapitado, en virtud de esta sentencia, y su cabeza paseada por la ciudad, para intimidar al pueblo con el escarmiento que se habia hecho en su jefe.

BERTHIER (Alejandro), mariscal de Francia. Nació en Versalles en 1753, abrazó la carrera de las armas, á que tambien pertenecia su padre como oficial del cuerpo de ingenieros geógrafos, y ascendió en breve á capitan de dragones. Empezó á señalarse por sus talentos militares en la guerra de la independencia de los Estados Unidos, á las órdenes del general Rochambeau, ganando el grado de coronel, y á su vuelta á Francia en 1789 fué nombrado mayor general de la guardia nacional de Versalles. En 1792 obtuvo el grado de mariscal de campo, y como tal sirvió en la famosa guerra de la Vendée, combatiendo siempre con tanta pericia como arrojo. Pero, donde verdaderamente se dió á conocer como un gran general fué en la guerra de Italia, alcanzando otros tantos triunfos en la toma de Ceva y de Mondrovi, en el paso del Pó, y en la memorable batalla de Lodi. Concluida aquella campaña, y habiendo marchado el general en jefe Bonaparte á Paris, para prepararse á la espedicion de Egipto, Berthier le reemplazó en su puesto, y tuvo la triste gloria de ser el encargado por el Directorio para ocupar á Roma, deponer á Pio VI de su trono, y establecer en los Estados del Pontífice un gobierno temporal semejante al que entonces habia en Francia, cometiendo así un atentado que en vano se quiso cubrir con la máscara de una venganza, para la cual no habia fundado motivo. Bajo el consulado de Bonaparte, desempeñó Berthier el cargo de ministro de la guerra, hasta que el 2 de abril de 1800 pasó á Italia con el mando del nuevo ejército. Entonces se halló en la gran batalla de Marengo, donde se portó con tanto acierto como bizarría, elevando su reputacion militar al grado mas eminente. El 19 de mayo de 1804 fué creado mariscal del imperio, y al poco tiempo príncipe soberano de los paises de Neufchatel y Valangin, acompañando en sus campañas á Napoleon, que le concedió ademas la espada de vice-condestable del imperio, y el título de príncipe de Wagram, despues de la batalla de este nombre. Mandó la funesta campaña de Rusia, y fué tan querido del emperador, que por su mediacion se enlazó con una casa soberana; casándose con una princesa de Baviera. Esto no impidió, sin embargo, á Berthier volver la espalda al hombre de quien tantos beneficios habia recibido, y ponerse en la época de la restauracion al lado de Luis XVIII, á quien siguió en su fuga á Bélgica durante el período de los Cien dias, para retirarse desde allí, sin que se sepa el motivo, á los estados de Baviera, donde murió el 1.° de junio de 1815.

BERTRADA, hija de Simon, conde de Montfort, y mujer de Foulques, conde de Anjou, á quien abandonó el año 1092 para vivir públicamente con el rey de Francia Felipe I, que estaba ya casado con Berta. Esta union adulterina fué sancionada por algunos prelados en 1093; pero el papa Urbano II escomulgó á los dos amantes, y no levantó la escomunion hasta el año 1104, en que, muerta ya la esposa de Felipe, este casó legítimamente con la fa-

vorita. Así llegó á ser Bertrada reina de Francia, retirándose en su vejez al monasterio de Bruyeres, que ella misma habia fundado, y en el cual murió por los años de 1117.

BERTRAN (Felipe), obispo de Salamanca; nació de una familia humilde, pero distinguida, por contar entre sus antepasados á San Luis Bertran, en la sierra de Engarceran, reino de Valencia. Hizo sus estudios en la universidad de Valencia, y aprovechó tanto en ellos que, graduado de maestro en artes y doctor en teología, obtuvo por oposicion una cátedra de filosofía, la cual desempeñó con notable acierto. Regentó algunos años despues los curatos de Bertera y Masamagrell, practicando las virtudes propias de un párroco celoso de su ministerio, hasta que por oposicion fué elegido canónigo lectoral de Valencia. En este cargo empezó á darse á conocer como predicador lleno de uncion y elocuencia, tanto que el rey Cárlos III le nombró obispo de Salamanca en 1763, inquisidor general en 1774, y caballero gran cruz de la órden de su nombre en 1778. Bertran se mostró digno de tantos honores, desplegando en el resto de su vida un talento y un celo religioso que le colocan entre los mas ilustres prelados de la Iglesia de España. Dejó escritas varias obras, á saber: una *Coleccion de cartas pastorales*, otra de *Sermones*, las *Constituciones del real seminario de San Cárlos* de Salamanca, y la traduccion de la *Historia de los seminarios* de Juan Giovanni.

BETHENCOURT (Juan de), célebre aventurero frances, natural de Normandía. Era gentil-hombre de Cárlos VI, cuando estallaron las guerras civiles en Francia, y huyendo de su patria, donde no podia vivir sino entre escenas de desolacion y de sangre, reunió un cuerpo de aventureros, y emprendió la conquista de las islas Canarias. Habiendo logrado fundar en ellas un establecimiento, y no teniendo bastante gente para proseguir su empresa, pidió auxilios al rey de Aragon, que se los concedió con la condicion de que le prestaria homenaje, quedando Bethencourt señor de todo el territorio que conquistara. Pero estos auxilios fueron insuficientes, y el intrépido aventurero tuvo que recurrir á su pais en busca de gente que colonizase las islas. Trasladó, en efecto, á ellas una porcion de familias, y en poco tiempo se halló dueño de las Canarias. Entonces distribuyó las tierras entre sus soldados; nombró á su sobrino Macibt de Bethencourt gobernador general, en calidad de teniente suyo, y partió en 1405, dirigiéndose primero á Aragon donde renovó su homenaje, de allí á Roma, donde pidió y obtuvo del Papa la provision de un obispo para las islas, y por último á sus posesiones de Normandía en las cuales murió el año de 1425.

BIAS, uno de los *siete sábios* de la Grecia, donde floreció por los años 608 antes de Jesucristo, siendo natural de Priena, ciudad de Caria. Compuso, segun Diógenes Laercio, mas de 2000 versos sobre la Jonia, y se le atribuyen muchas sentencias dignas de mencionarse. Solia decir, por ejemplo, que *lo mas difícil es sobrellevar un infortunio; que el hombre mas desgraciado es el que no sabe sufrir la desgracia*, y preguntado durante el sitio de su patria por qué era el único que se marchaba de la ciudad sin llevarse nada, respondió: *todo lo llevo conmigo*. Bias murió en los brazos de un hijo de su hija, y sus conciudadanos, respetando la memoria de sus talentos y sus virtudes, honraron sus cenizas, erigiéndole un magnífico templo.

BIBIANA (Santa), vírgen y mártir. Era una doncella romana, ilustre por su fe y sus virtudes, que floreció en los tiempos de Juliano el Apóstata, y pereció con otros muchos cristianos durante el gobierno de Aproniano, que nombrado pretor de Roma el 363 de

nuestra era por aquel emperador, y habiendo perdido un ojo, atribuyó esta desgracia á los conjuros de los magos, con cuyo nombre designaban entonces los idólatras á los sectarios de la religion verdadera. El supersticioso y cruel gobernador quiso vengarse de ellos, y al efecto decretó una persecucion de la cual fué víctima Bibiana, pues la azotaron con látigos hasta que espiró, abandonando su cadáver en el campo para que fuese devorado por las fieras. Los cristianos le recogieron, sin embargo, y le enterraron cerca del palacio de Licinio, erigiéndole una capilla que despues ha sido reparada diferentes veces hasta convertirla en un templo magnífico.

BIBULO (Marco Calpurnio), ilustre ciudadano romano, y uno de los mas ardientes defensores de las libertades de la república. Diplomático astuto, mas que aguerrido militar, supo, siendo procónsul de la Siria, librarse de los Partos que le tenian sitiado en Antioquia, atrayendo á su partido un magnate de aquella nacion que estaba quejoso de su rey Orode y que escitó una rebelion contra este monarca, haciéndole así abandonar la guerra contra los romanos. El año 693 de la fundacion de Roma, y 59 antes de Jesucristo, fué nombrado cónsul con Julio César, y su consulado fué una lucha perpétua contra los ambiciosos proyectos de aquel hombre estraordinario. Habiendo presentado Julio César al senado la famosa ley agraria, Bibulo se opuso tenazmente á que se aprobara y arrostró en esta discusion la muerte, pues sus lictores fueron heridos, sus fasces despedazadas y él mismo arrojado de la asamblea. Entonces se encerró en su casa, y durante los ocho dias que le restaban aun de consulado, no cesó de publicar edictos contra César, tanto que este enfurecido, preparó para asaltar la casa de su colega un motin, que por fortuna pudo desbaratarse oportunamente. En las guerras que estallaron despues entre Julio César y Pompeyo, Bibulo siguió constantemente el partido de este último y se hizo digno de su ilustre pariente Caton, con cuya hija Porcia estaba casado. Por último, mandando las escuadras de Pompeyo, murió en el mar de una enfermedad el año 49 antes de Jesucristo.

BICTAS (Agis), favorito del sultan Amurates III, y fundador de la guardia de los *genízaros*, que en un principio se compuso de 6,000 hombres, y que despues llegó hasta 60,000, habiendo sido muchas veces árbitra de la suerte del trono y del imperio, hasta que Mahamud II la abolió en estos últimos tiempos. Bictas era un hombre feroz y sanguinario, que, poseido de una adhesion salvaje á su amo, instituyó los genízaros para que le sirviesen de custodia, y que proponiéndose hacer de estos soldados los ejecutores ciegos de las órdenes sultánicas, los eligió entre los hombres mas desalmados, acostumbrándolos al asesinato, á la violencia y á todo género de crueldades, de la misma manera que se acostumbra á los reclutas en un ejército regular al manejo de las armas, y á las fatigas de la guerra. Este horrible plan fué llevado á cabo por él con una constancia bárbara; al efecto, hizo á tiernos niños que degollasen á respetables ancianos, mutilándoles antes los miembros; sumió en calabozos inmundos á los cautivos cargados de grillos y cadenas; cometió, en fin, los mas espantosos crímenes, tomando á los genízaros por testigos cuando no por cómplices, y de este modo logró consolidar una institucion que ha sido el azote de los pueblos sometidos al yugo otomano, y cuya funesta fama se ha trasmitido de siglo en siglo, y de nacion en nacion hasta hacerse proverbial aun en España mismo. El nombre del monarca que la abolió, será bendecido por este solo hecho de cuantos amen á la humanidad, y su memoria ocupará siempre un lugar sagrado en todos los corazones sensibles.

¡Oprobio y execracion á Bictas, fundador de los genízaros! ¡Loor eterno á Mahamud II, destructor de aquella raza de verdugos!

BINIMELIS (Juan). Presbítero, natural de Pollenza, primer cronista del reino de Mallorca, y de quien han copiado todos los demas que han escrito la historia de aquel pais. La suya quedó inédita. Murió en 12 de enero de 1616.

BION DE BORISTENA, filósofo cínico, natural de la Scitia. Se dedicó á la música y á la poesía, y fué sucesivamente discípulo de Crates, de Teodoro el Ateo y últimamente de Teofrasto, variando á cada paso de principios y de sistema. Lleno de vanidad mas que de verdadera ciencia, todo su afan era buscar aplausos, aunque para ello tuviese que hacer estravagancias, y así se cuenta que, habiendo desembarcado en Rhodas durante sus viajes, vistió á los marineros de su nave de estudiantes y se presentó en público rodeado de aquel séquito para que todo el mundo creyera que eran discípulos suyos. Atribúyensele una porcion de sentencias, entre las cuales hay algunas sensatas como esta: *Cuando escucháreis con igual indiferencia las injurias y las lisonjas, habreis dado un paso en el camino de la virtud*, y no pocas inmorales ó necias como esta otra: *Una mujer fea es un suplicio para el marido; una mujer hermosa es un objeto de placer, no tanto para él como para sus vecinos.*

BIREN (Juan Ernesto de), favorito de la duquesa de Curlandia Ana Iwanona. Era, segun dicen algunos biógrafos, de familia humilde, pero dotado de talento, de audacia, y no desprovisto de atractivos personales, se propuso elevarse haciendo la corte á aquella princesa, que no tardó en enamorarse de él y colocarle en los primeros puestos del estado. No habiendo podido, sin embargo, Ana, lograr que fuese admitido en la nobleza de Curlandia, le llevó consigo, cuando ascendió al trono de Rusia y le concedió la mas ilimitada influencia en el gobierno. Biren se aprovechó de ella para vengarse de sus enemigos, y en poco tiempo desterró é hizo perecer en los mayores tormentos á las familias mas encumbradas de San Petersburgo, asentando su dominacion sobre el terror que inspiraba á unos y la estremada parcialidad con que trataba á otros. La emperatriz, subyugada á él por pasion ó por miedo, no sabia resistir á estas crueldades, y rebajaba su dignidad hasta el punto de suplicarle de rodillas que pusiese un término á ellas. Biren, inflexible, esclamaba que el pueblo ruso debia ser gobernado con cetro de hierro, y siguiendo tan abominable máxima llenaba de desolacion y espanto á los súbditos del imperio. Estos pudieron, por fin, respirar un momento, pues en 1737 fué nombrado Biren duque de Curlandia, y estuvo 3 años ocupando su trono, pero en 1740 murió Ana, nombrándole en su testamento, regente, durante la minoría del príncipe heredero Iwan, y la Rusia volvió á gemir de nuevo bajo el yugo del tirano. Biren, no contento con el alto puesto á que le habia elevado la fortuna, creyó entonces llegado el momento de dar cima á sus aspiraciones al trono, que era el objeto de todas sus esperanzas, é intentó dar un golpe de Estado que desbarató uno de sus mismos cómplices, el general Munich, disgustado porque no partia con él la autoridad y el mando. En su consecuencia, tomó las riendas del gobierno la duquesa de Brunswich, madre del jóven Iwan, y Biren fué desterrado á la Siberia. Un año despues, habiendo sido proclamada reina por medio de una revolucion, Isabel, hijastra de este último, se le dió permiso para establecerse en Iaroslow, y Munich fué enviado en su lugar á la Siberia, hasta que Pedro III, á su advenimiento al imperio, llamó á los dos á la corte. Con esto parecia que Biren quedaria

satisfecho, pero, como el emperador no le restableciese en su ducado de Curlandia, se unió al partido de Catalina II y contribuyó á colocar á esta célebre princesa en el trono. Ella, en recompensa de tales servicios, le devolvió el ducado, y 6 años despues confió el gobierno del mismo á su hijo. Por último, despues de una vida tan agitada, Biren se retiró á la soledad, y murió en Millaw á la edad de 82 años, el 28 de octubre de 1772.

BLANCA DE CASTILLA, madre de San Luis, rey de Francia. Era hija de Alonso IX de Castilla, donde nació en 1185, casando en 1200 con Luis, hijo primogénito de Felipe Augusto, y que despues ciñó la corona con el nombre de Luis VIII. A la muerte de su esposo, fué nombrada regente durante la minoría de su hijo, y se consagró enteramente á la educacion de este príncipe y al gobierno de los pueblos. Graciosa, bella y discreta, supo hacerse amar de sus súbditos, convencer las exigencias de los nobles, y engrandecer el Estado, asegurando la paz y la abundancia con una política firme al par que prudente. Hizo la guerra á los albigenses; concluyó un tratado con el conde de Tolosa, y entregó el reino á San Luis libre de enemigos interiores y estraños. En 1229, en medio de un rigoroso invierno, acompañó á su hijo al sitio de Belesina, y animó de tal modo á sus tropas, que los rebeldes, mandados por el duque de Bretaña, se vieron obligados á rendirse. A los 40 años de su edad, inspiró á Jibaldo conde de Champaña, una pasion á la cual resistió, como casta matrona, aprovechándose al mismo tiempo de ella para reducir á aquel príncipe á la obediencia. Por último, Blanca se condujo toda su vida como un dechado de virtud, y murió santamente en 1252 retirada en la abadía de Maubuisson, que ella misma habia fundado.

BLANCA DE BORBON, esposa del rey de Castilla don Pedro el Cruel, con quien casó el 3 de junio de 1353 á los 18 años de edad. Su esposo, apasionado de doña María Padilla, la abandonó á los dos dias de verificarse el matrimonio, para seguir viviendo con aquella célebre favorita, y Blanca se retiró á Medina al lado de su suegra la reina doña María. El rey mandó prenderla; la encerró en el alcázar de Toledo bajo la vigilancia de don Juan Fernandez de Hinestrosa, tio de la Padilla, y los castellanos, indignados de este proceder injusto, se rebelaron en favor de Blanca, que halló ocasion, en medio del alboroto, de huir de su prision y refugiarse en la catedral, sin que quisiera salir de allí por mas instancias que Hinestrosa le hizo. Entonces el rey envió un cuerpo de tropas contra la ciudad rebelde; prendió y mandó matar á los parciales de Blanca, y esta princesa fué trasladada del castillo de Sigüenza al de Jerez, y de allí á Medina Sidonia, donde murió en 1361 á manos de un ballestero.

BLANCA, mujer superior á la romana Lucrecia. Era esposa de un ciudadano de Padua, llamado Porta; y habiendo muerto su marido en el sitio de Basano, de donde era gobernador, defendió la plaza hasta que, despues de obstinados ataques, cayó en poder del tirano Acciolini que la cercaba. Este, dueño de la libertad de Blanca, se enamoró perdidamente de sus gracias, y la instó tanto, que la honesta viuda no vaciló en tirarse por una ventana para librarse de sus persecuciones. Algun tiempo despues, curada de las heridas que la habia causado su arrojo, logró el infame Acciolini lo que deseaba, atando á Blanca de piés y manos á una cama, pero ella desesperada, conservando siempre la castidad del alma, pidió que la llevaran al sepulcro de su esposo, y apenas le abrieron, se precipitó sobre el cadáver, cerrando tras sí la losa. Así pereció aquella mujer estraordinaria, dando un ejemplo de virtuoso heroismo que no olvidará nunca la historia.

BOCCACCIO (Juan), uno de los mas felices ingenios que honran la literatura italiana. Nació en Paris en 1313 de un trato ilegítimo que tuvo con una dama francesa un mercader que con su hijo se estableció luego en Florencia, aunque oriundo de Certaldo. Su padre le dedicó á los negocios mercantiles, poniéndole, á los trece años de edad, en casa de un comerciante que le llevó á Paris y le tuvo á su lado seis años. Boccaccio manifestó poca aptitud para esta profesion y la abandonó al fin para estudiar derecho y bellas letras. Fué discípulo de Petrarca y viajó por toda la Italia, dándose á conocer brillantemente por sus escritos en verso y especialmente en prosa, que le grangearon por do quiera la mas favorable acogida, colocándole á una gran altura en la república literaria. En efecto, él fué de los primeros que dieron á la lengua italiana la suavidad y melodía que la distinguen, sirviendo aun su estilo de modelo á los literatos de su patria. Escribió varias obras, entre las cuales citarémos como las mas notables *La genealogía de los dioses*, mitología llena de erudicion y talento; *La amorosa Fiametta*, poema en el cual retrata bajo el nombre de la protagonista, á una dama de quien estuvo apasionado y que segun dicen era hija bastarda del rey Roberto de Nápoles; por último el *Decameron*, coleccion de cien novelas amorosas, que por su gracia picante han llegado á hacerse populares en toda Europa. En los últimos dias de su vida se retiró Boccaccio á Certaldo, y allí murió en 1375 á la edad de sesenta y dos años, siendo sus restos encerrados en un sepulcro de mármol, que todavía se conserva con un honorífico epitafio.

BOILEAU DESPREAUX (Nicolas), apellidado el Horacio frances. Nació en Croue, cerca de Paris, en 1636, y desde niño se mostró sumamente aficionado á las letras. De un talento claro y de una aplicacion constante, recorrió con lucimiento todos los grados académicos que exigen la carrera de filosofía, la del derecho y la de teología, pero estos estudios no sirvieron mas que para afirmar mas y mas en él su decidida vocacion á la literatura. Así es que no tardó en publicar sus *Sátiras*, impresas por primera vez en 1666, y que tan buen lugar le hicieron entre los demas escritores contemporáneos. Tras ellas dió á luz su *Arte poética*, calcada sobre la de Horacio, pero mas completa y ordenada que esta, consolidando su reputacion la magnífica traduccion que hizo del *Tratado del sublime* de Longuino, la cual le abrió las puertas de las academias de inscripciones y bellas letras. El rey Luis XIV quiso honrarle, nombrándole para escribir su vida en union con Racine de quien era gran amigo, y sus contemporáneos le rindieron el tributo de admiracion y respeto que merecia por sus talentos y sus virtudes. A la muerte de aquel gran poeta, retiróse Boileau del mundo y de la corte que antes frecuentaba, y murió en 1711 á la edad de 75 años.

BONAPARTE (Napoleon), apellidado comunmente el *Coloso del siglo*. Nació en Ajaccio, poblacion de Córcega, el 15 de agosto de 1769, de una familia noble oriunda de Toscana, y á los pocos años de edad entró de alumno en la escuela militar de Brienne, dando prematuras muestras del portentoso genio militar que habia de desplegar algun dia. De allí pasó á la escuela militar de Paris, y en 1785 salió de ella con el grado de subteniente de artillería. Habia abrazado la causa revolucionaria como la que ofrecia mas vasto campo á su ambicion, y así es que habiendo vuelto á Córcega, donde permaneció tres años estudiando la teoría del arte militar, bajo las órdenes del general Paoli, se declaró á favor de los que querian establecer la misma clase de gobierno que á la sazon regia en Francia. En su consecuencia fué espulsado de la isla, y se dirigió á Marsella, uniéndose á su regimiento

con el grado de teniente que ya tenia, para marchar á las órdenes del general Cartaux contra los federalistas. El 6 de febrero de 1792 ascendió á capitan, se halló en el sitio de Lyon con el general Kellerman, y despues en el de Tolon, donde mandó la artillería como comandante. Los servicios que entonces prestó, le valieron el ascenso á ayudante general y la confianza del gobierno, hasta el punto de ser nombrado en 1794 para mandar una espedicion contra Córcega. Bonaparte no tuvo reparo en aceptar este cargo, atentando á la independencia de su patria, y este solo hecho revela bien claro su falta absoluta de principios, así morales como políticos. Vuelto á Francia, sin haber podido sujetar á aquellos altivos isleños, mandó la artillería en la toma de Saorgio, y fué recompensado con el empleo de general de brigada. Ocurrió la revolucion del 9 thermidor, y Bonaparte, comprometido en este acontecimiento, fué preso y encausado, permaneciendo suspenso en sus funciones militares hasta el 5 de octubre de 1795, dia en que, llamado á Paris por Barras para defender á la Convencion contra los ataques de las secciones, derrotó á estas, y recobró asi el favor del gobierno. Entonces fué nombrado general en jefe y se casó con Josefina Tascher, viuda de Alejandro Beauharnais, recibiendo al poco tiempo el mando del ejército de Italia. Este debia ser el primer teatro de sus triunfos, que igualan si no esceden á los de los mas grandes capitanes de los tiempos antiguos. Su primer cuidado fué restablecer la disciplina entre sus soldados é inspirarles aquel amor de la gloria, que los condujo despues á las mas altas empresas militares que han visto los siglos. Tan buena semilla no podia menos de dar sus frutos; así es que en tres dias, á pesar de ser los enemigos superiores en número, y de hallarse el ejército frances sin vestidos, sin víveres y sin artillería, ganó Bonaparte las tres batallas de Montenotte, Millesimo y Mondovi, despues de lo cual pasó el Pó, se apoderó de Plasencia y de Parma, forzó el puente de Lodi, entró en Milan, ocupó la Toscana, tomó á Ancona, triunfó en Roveredo, Bassano, Arcola y Rivoli, se hizo dueño de Mantua, castigó á Venecia por haber favorecido á los austriacos, y no detuvo sus admirables victorias hasta celebrar el tratado de Campo-Formio. En tan rápida série de conquistas no se limitó al papel de capitan aguerrido, sino que obró tambien como profundo político, organizando y administrando los pueblos con la misma celeridad y acierto con que los habia conquistado. Su ambicion iba creciendo con su fama, que llenaba ya la Europa, y no reparando en los medios con tal que le condujesen al fin, dió el 3 de setiembre de 1797, de acuerdo con el directorio, aquel golpe de Estado que no era mas que el preludio de otros mas radicales. Bonaparte fué nombrado general en jefe de las costas del Océano, y el 5 de diciembre de 1797 regresó á Paris, siendo recibido en triunfo por el gobierno y por el pueblo. Su presencia en la capital empezaba ya á inspirar recelos, cuando él, que aun no creia llegado el caso de escalar el poder, propuso al directorio la gigantesca espedicion de Egipto, y recibió la órden de partir al frente de un poderoso ejército. Partió, en efecto, y sabida es la série de triunfos que alcanzó en un mes que permaneció en aquellas apartadas regiones, donde no se sabe qué admirar mas en él, si la audacia de acometer tan árdua empresa, ó el valor, la actividad, el talento que desplegó para llevarla á cabo. Citarémos entre las memorables batallas que dió entonces Bonaparte, la de las Pirámides, al frente de las cuales decia á sus soldados con aquella elocuencia del guerrero, en la cual no tuvo otros rivales que Anibal y Julio César: *Mirad, desde la cima de esos monumentos, cuarenta siglos os contemplan.* Por fin, el 15 de julio de 1799 se embarcó precipitadamente, desembarcó en Frejus el 9 de octubre, voló á Paris el 16, y en-

contró la Francia exhausta, humillada por sus enemigos, y dividida por las discordias intestinas. Él solo podia salvarla, y lo hizo, aunque en provecho propio, disolviendo el 10 de noviembre por medio de la fuerza, el Consejo de los quinientos, y creando el 1.º de enero de 1800 con Ducos y Sieyes una nueva forma de gobierno, bajo la cual fué nombrado primer cónsul. Desde esta época la Francia tomó nuevo aspecto; restablecióse el órden, reformóse la administracion, y se vieron libres de enemigos las fronteras de la república. Bonaparte, que no podia permanecer ocioso, se preparó, despues de cumplida aquella tarea, á arrojar á los austriacos de Italia, y al efecto concibió y ejecutó el proyecto, mirado hasta entonces como imposible, de pasar los Alpes por el monte de San Bernardo, cayendo desde allí sobre la retaguardia del ejército enemigo, á quien destruyó con fuerzas muy inferiores en la famosa batalla de Marengo. Volvió despues á Paris, donde entró en medio de las aclamaciones populares, y librándose como por milagro de las conspiraciones que ya empezaban á tramar contra él sus enemigos, empezó á preparar hábilmente el camino del imperio, que logró por fin el 18 de mayo de 1804, no sin haber sacrificado antes á su ambicion insaciable algunas víctimas, entre las cuales recordará siempre la historia con indignacion y dolor al desgraciado duque de Enghien. Ciñóse, pues, Bonaparte, la corona con el nombre de Napoleon I, y fué reconocido como soberano de Francia por varias Cortes de Europa. Inglaterra era la única que desafiaba su poder, y determinó hacer un desembarco en sus costas con una numerosa escuadra, pero aquella potencia, aliándose con la Rusia y el Austria, supo obligarle á distraer sus tropas para emprender el camino de Alemania, donde le llamaban los acontecimientos. Dirigióse, en efecto, Bonaparte al Norte, obligó á capitular al ejército austriaco, entró en Viena, y ganó en Austerlitz aquella memorable batalla que puso en su mano la suerte de toda Europa. Él decidió de ella, variando los límites de las naciones, trastornando los imperios, dando y quitando tronos, colocando en ellos á su familia y á sus generales, y coronándose él mismo rey de toda Italia. Pero no contento todavía con esto, invade la Prusia, la conquista en la gran batalla de Jena, y publica desde Berlin su famoso *sistema continental*, con el que se proponia rendir á Inglaterra, cerrándole todos los puertos de Europa. Faltábale poseer la España, esta joya codiciada por todos los conquistadores, y creyó lograrlo cometiendo aquella negra traicion que le abrió las puertas de la península. Pero aquí es donde precisamente debia estrellarse la rueda de su fortuna, y en efecto, dueño de nuestras plazas fuertes, con un millon de soldados, con recursos inmensos, con los mejores generales del mundo, se vió obligado á ceder ante el valor, la constancia, la altivez indomable de nuestros padres, y despues de cinco años de una lucha encarnizada, en que fué mas de una vez abatido el vuelo de las águilas francesas, y se renovaron las inmortales hazañas de Numancia y de Sagunto, tuvo que evacuar el territorio español, cuando ya su estrella, hasta entonces resplandeciente, empezaba á tocar en el ocaso. Durante aquel período habia usurpado los Estados pontificios, arrebatando al papa de Roma, y conduciéndole prisionero á Francia; habia derrotado nuevamente á los austriacos en Wagram, y les habia impuesto la paz, casándose, despues de haber repudiado á su esposa Josefina, con la archiduquesa María Luisa, hija del emperador de Austria. La Rusia se disponia á volver contra él sus armas en 1812, pero Bonaparte, adelantándose á este proyecto, pasó el Niemen con 500,000 hombres, ganó la batalla de la Moscowa y no se detuvo hasta Moscow, desde donde los rigores del clima le obligaron á emprender una retirada que, unida á los reveses que por el

mismo tiempo sufrió en España, fué la causa inmediata de su ruina. El año 1813 no pudo ser mas fatal para aquel audaz guerrero, pues en él, en medio de algunas victorias poco importantes, perdió la batalla de Leipzik, vió invadida la Francia por el ejército de los aliados, los pueblos le retiraron aquella especie de fanatismo que antes les inspiraba, y abandonado de todos, tuvo que abdicar la corona y encerrarse en la isla de Elba, cuya soberanía se le dió con una renta de dos millones de francos. Pero el conquistador del mundo no podia reducirse al mezquino papel de un reyezuelo, y así es que en marzo de 1815 se escapó precipitadamente de Elba, entró en Francia al frente de algunos aventureros, y escitando nuevamente el entusiasmo en aquellos soldados que tantas veces habia conducido á la victoria, recobró en algunos dias el imperio. Ya habia pasado, sin embargo, su época; y la batalla de Waterlóo, en que fué derrotado, puso término á aquella restauracion que solo duró cien dias, arrastrando al mismo Napoleon prisionero á la isla de Santa Elena bajo la custodia de los ingleses. Allí, amargada su alma con las vicisitudes del destino, humillada por el indigno trato que sufria de sus guardadores, sucumbió al dolor y la desesperacion el 5 de mayo de 1821. Tal fué el fin de aquel hombre estraordinario, Alejandro de la edad moderna, cuyo sublime genio llena las páginas de la historia contemporánea, no pudiéndose aun pronunciar sin una mezcla de admiracion y espanto el nombre de *Napoleon Bonaparte*.

BONAROTA ó BONAROTI, (Miguel Angel), sublime escultor y pintor italiano. Vivia por los años de 1474 en Chusi, (Toscana) y comenzó su carrera bajo los auspicios del gran duque Lorenzo de Médicis. A los 16 años de edad era ya la admiracion de cuantos le trataban, y creciendo en habilidad cada dia, llegó á tanta altura que resucitó los tiempos de Fidias y Praxiteles. Los pontífices, los monarcas, los mas grandes príncipes de Europa, y hasta Soliman, emperador de los turcos, se disputaron el honor de tenerle á su lado, y poseer sus obras que son muchas y muy notables, debiendo citar entre ellas: *El Juicio Universal*; magnífico cuadro pintado al fresco con tanta verdad, que su aspecto infunde un santo terror; un *Cupido* de mármol, de estatura natural, y que parece animarse cuando se le mira; *La estátua de Baco*, que iguala en belleza á lo mas acabado que nos queda del arte griego y romano; *Una estátua de la vírgen de la piedad*, sublime como el objeto que representa etc., etc. El pincel de Miguel Angel era tan diestro como su cincel, y ambos tenian por guia el genio estraordinario que en él brillaba. Murió este gran artista en Roma en 1564, y los mejores talentos de su época derramaron flores sobre su tumba, siendo arrebatado de ella su cuerpo por Cosme de Médicis, y trasladado una noche á Florencia. ¡Tal era la admiracion casi fanática que inspiraba su memoria!

BONNA, heroina y guerrera de la edad media. Era de una familia humilde de la Valtelina y se ocupaba en apacentar un rebaño de ovejas, cuando habiéndola visto Pedro Brunoro, ilustre caballero de Parma, se enamoró de su altivez y viveza y se la llevó consigo, vistiéndola de hombre y haciendo que le acompañase en la caza. Bonna descubrió tanto valor y arrojo, que su amante no se separaba ya de ella ni aun en los peligros de la guerra, hasta el punto de que, agradecido á la adhesion y cariño que le profesaba, la tomó por esposa. Entonces ella redobló su celo, se dió á conocer ventajosamente en algunas batallas, y por último defendió con su esposo la isla de Negroponto contra los ataques de los turcos, para cuya comision habian sido nombrados ambos por la república de Venecia. Brunoro murió en aquella defensa, y Bonna no tardó en se-

guirle al sepulcro, pues falleció en 1446 en una ciudad de la Morea, dejando dos hijos de su matrimonio.

BONO (Beato Gaspar de), piadoso monge de la órden de los mínimos de San Francisco de Paula en Valencia, donde nació el 5 de enero de 1530 de padres virtuosos, aunque humildes; desde sus mas tiernos años dió ya indicio de las virtudes que tanto habian de hacerle brillar algun dia, pues, siendo sus padres tan achacosos que no podian ganarse la subsistencia, él les daba hasta la comida que le tocaba en casa del mercader donde servia. Allí, despues de haber aprendido á leer y escribir solo con su aplicacion, aprendió tambien la gramática latina, y juzgándose con los conocimientos necesarios para abrazar la vida del claustro, quiso á la edad de 15 años seguir esta vocacion, pero le detuvo el deseo de no abandonar á sus padres que no tenian otros recursos que el trabajo de su hijo. A los 20 años, viendo ya asegurada la subsistencia de aquellos ancianos, pidió á Dios que le iluminara acerca de la carrera que debia emprender, y arrastrado por una inspiracion divina, sentó plaza de soldado y militó en las guerras de Italia, conservando en el ejército toda la inocencia y pureza de su alma, sin dejar de mostrar por eso un valor é intrepidez á toda prueba. Por fin, despues de 10 años de gloriosos servicios, volvió á su inclinacion primitiva y tomó el hábito en un monasterio de la regla de San Francisco de Paula. Desde esta época á la de su muerte, su biografía es una série de acciones santas que el cielo se dignaba autorizar frecuentemente con milagros. Sin conceder mas que el tiempo mas preciso de reposo al cuerpo, repartia las horas entre la oracion, la caridad y la penitencia. Así murió Gaspar de Bono en el seno del Señor, el dia de San Buenaventura, del año 1604, segun él mismo habia predicho, siendo beatificado por el pontífice Pio VI, el 10 de setiembre de 1786, desde cuyo dia le venera la Iglesia en sus altares.

BORGIA (Cesar). Así como el cielo envia al mundo seres que hacen amable la virtud, y cuyas buenas y escelentes dotes sirven de modelo á sus semejantes, así tambien otras arroja, para escarmiento de los hombres, ciertos abortos de la naturaleza, que con sus crímenes y maldades son el oprobio de las familias y el horror de la sociedad. Cesar Borgia, hijo segundo, segun de público se conoce, del papa Alejandro VI, y de una concubina que este tuvo antes de ser elevado al pontificado, ha dejado fama en la historia tanto por sus lances amorosos, como por los crímenes que cometiera. Desde muy niño dió ya pruebas de su perversa índole. Hallándose un dia jugando en casa de su padre, en Roma, con otros jóvenes de su edad, tuvo una reyerta con el hijo del conde Aldobrandini, que mas fuerte que él, le sujetó al pronto; pero ansioso Cesar de vengarse, y disimulando por el momento su encono, le propuso pocos dias despues saltar una terrible hoguera que él mismo habia preparado y encendido en el patio de su palacio. Aceptado el reto por el incauto jóven, le hizo Cesar caer al primer ímpetu en medio de ella, muriendo en breves horas de sus resultas y con los mas acerbos dolores. Increpado Cesar por aquella cruel accion contestó sin inmutarse y como haciendo gala de su maldad: «Me ha vencido y le he matado.» Esto decia bastante lo que prometia para lo futuro. Su padre, sin embargo, que le amaba tiernamente con ciego é inconsiderado cariño, le hizo abrazar desde muy jóven el estado eclesiástico; no ciertamente para que con él pudiese mejorar sus costumbres, sino para que pudiese disponer de cuantiosas rentas. Procuróle primeramente el obispado de Pamplona, cuando aun no habia cumplido la edad de veinte años, y apenas fué elevado á la silla de San Pedro, le trasladó á la mitra arzobispal de Valencia,

que no llegó á regir, pues inmediatamente despues fué nombrado cardenal. Esta elevada dignidad eclesiástica, que en cualquier otro hombre de mejores intenciones hubiera servido para mejorar sus sentimientos, para Cesar Borgia fué la causa de dar rienda suelta á sus crímenes y liviandades, manchando la púrpura que indignamente vestia. El impuro amor que profesaba á su hermana Lucrecia, parecida á su hermano en las liviandades y desenfreno, y la loca ambicion que le dominaba para poseer riquezas sin reparar en los medios de adquirirlas, le sugirió el atroz pensamiento de asesinar á su hermano mayor Juan de Borgia, primer duque de Gandía. Pretestó para ello una cuestion amorosa en un banquete que dió á varios principales romanos pasando de las palabras á echar mano de las espadas. La intervencion de los convidados y los ruegos de Lucrecia que tambien asistia al festin, terminaron al pronto la cuestion; pero, á la mañana siguiente se encontró el cadáver de Juan en el Tiber metido en un saco y traspasado de siete estocadas. La voz pública acusó generalmente de tan horrible fratricidio á Cesar, pero este haciendo gala de su maldad, y como despreciando la acusacion, hizo de la hermana su manceba, ostentando con ella, en su palacio, una vida licenciosa, que si bien en público nadie se atrevia á motejar por temor á su brazo afortunado, le dejó solo y aislado aun en medio de aquella corte corrompida. Por esta época (1498), muerto ya su hermano primogénito y dueño Cesar de riquezas considerables, odiado de toda la nobleza romana y perseguido por el pueblo que no veia en él mas que un tirano atropellador de su honra, abandonó el estado eclesiástico, y marchó á ofrecer sus servicios al rey de Francia Luis XII que proyectaba la espedicion contra Milan. El valor que no podia negarse á Cesar Borgia y su arrojo en la pelea, unido á su carácter adulador, le dieron favorable acogida. Cesar, favorecido por su padre y temible por su espada, habia contraido matrimonio, aun siendo cardenal, con Juana, hija de Luis XI de Francia. Empero, muerto este rey, y viendo que nada podia adelantar en sus planes de ambicion mientras se conservase unido á su esposa, cuyo carácter dulce y apacible contrariaba sus proyectos, presentó á su nuevo rey una bula pontificia en la cual se anulaba su matrimonio, dejándole no obstante la posesion del ducado de Valentinois, que le conservaba un alto rango, y no pequeños bienes en la corte de Francia. Cesar no se contentó con esto, antes bien, llevado del insaciable deseo de medrar, se casó á poco tiempo con la princesa Carlota, hija de Alano, señor de Albret, poderoso caballero de Francia, con cuya fortuna y las tropas que le diera Luis XII, hizo una cruda guerra á los señores italianos; apoderándose de Imola, Forli, Facuya, Pésaro, Rimini y varias otras ciudades y plazas importantísimas, descargando su ódio y pesada tiranía sobre los príncipes italianos. Las tropas de Cesar temibles por su valor denodado eran tanto mas crueles, cuanto que nada respetaban, ni la ancianidad, ni el sexo, ni la edad, y á ejemplo de su jefe, nuevo Atila, devastaban cuanto se oponia á sus desafueros y furor. Cesar se reservaba siempre para sus liviandades las doncellas mas hermosas, y para recabar su favor era preciso que cediesen antes á sus torpezas y caprichos; Rimini, sobre todo, conserva todavía rastro de su conquista. Envalentonado con tan repetidas victorias y dueño de una parte de Italia, regresó á Roma triunfante y ébrio de orgullo y de furor. Sentados allí sus reales y celoso de las inmensas riquezas que poseia el cardenal Corneto, recurrió, para apoderarse de ellas, á sus antiguas costumbres, y para ello preparó un gran convite con varios manjares envenenados; empero por una feliz casualidad para el cardenal, el papa, que tambien asistió al banquete y Cesar fueron únicamente las víc-

timas. Alejandro VI por su avanzada edad y sus inveterados achaques, sucumbió á los pocos dias, y Cesar, segun de pública voz se dijo, solo pudo librarse de la muerte dejándose meter dentro del vientre de una mula que se mató al intento. Empero no por eso varió de vida y de conducta; antes bien prosiguió con mas furor que nunca sus crímenes y maldades. Seguido siempre por una cohorte de sicarios, era, por donde pasaba, una verdadera plaga, y sus satélites daban de puñaladas ó estrangulaban á la menor seña que advertian en el rostro de su señor. Los muchos é irreconciliables enemigos que se habia suscitado, le hubieran, á no dudar, asesinado, si las precauciones de que se rodeaba, por una parte, y la decidida proteccion que le dispensaba el rey de Francia, por otra, no le hubieran libertado de las infinitas asechanzas que se le tendieron. Pero tan ingrato con su protector, como infame era para sus semejantes, Cesar no tan solo abandonó el servicio del rey de Francia, sino que le hizo cruda guerra: las mismas plazas que poseia en su nombre y por un efecto de su favor, las convirtió en baluartes contra los franceses. La fortuna, sin embargo, iba abandonándole, y su osadía y maldad tocaban á su término. Agotados sus recursos, y no encontrando por dó quiera, mas que enemigos implacables, volvió á Roma á implorar el auxilio de Pio III, sucesor de su padre en el supremo pontificado, quien le permitió retirarse bajo la salvaguardia de la Santa Sede á las escasas tierras que le quedaban; pero como ni aun en aquel estado miserable á que se veia reducido, se mantuviese quieto aquel genio turbulento, le hizo prender algun tiempo despues, despojándole enteramente de sus bienes. Vuelto á la libertad, pero cubierto de oprobio é ignominia, se presentó Cesar á Gonzalo de Córdoba, entonces en Nápoles, el cual no quiso aceptar sus servicios, antes bien, le hizo trasladar con segura escolta á España, donde fué encerrado en un castillo. Mas á pesar de la estrecha vigilancia con que se le guardaba, con fingidas promesas al carcelero y asesinando al centinela, logró fugarse y presentarse al rey de Navarra Juan Albret, tio de su mujer, entonces en guerra con el condestable de Castilla. General en jefe de las tropas del navarro, iba Cesar á su frente á sitiar el castillo de Viana, cuando á favor de la oscuridad de la noche, dos soldados castellanos lograron penetrar en su tienda, y le cosieron á puñaladas en su propio lecho. Ocurrió este acontecimiento el 12 de marzo de 1507. Las tropas que le seguian no dieron muestra alguna de sentimiento al saber la noticia de su pérdida, antes bien, como por irrision, sin duda, cubrieron su cadáver con una capa encarnada, y le dieron modestamente sepultura. Tal fué el fin de aquel hombre que no tuvo mas ley que su capricho, ni mas razon que su orgullo, y cuyo escudo ostentaba por divisa esta espresion altanera; *aut Cesar, aut nihil* (ó Cesar, ó nada.)

BORGIA (Lucrecia), hija de Rodrigo Borgia, que fué papa con el nombre de Alejandro VI. La hermosura de Lucrecia era tan notable, como escandaloso el desarreglo de su conducta. Fué la amante de su padre y de sus hermanos Juan y César. En 1493 contrajo matrimonio con Juan Sforzia, señor de Pésaro, pero por impotencia de este, fué declarado nulo el casamiento y en 1498 se casó con el hijo de Alfonso II de Aragon, que fué asesinado. En 1501 casóse Lucrecia en terceras nupcias con Alfonso de Este, hijo del duque de Ferrara. Cometió crímenes execrables Un episodio de la vida de Lucrecia inspiró á Victor Hugo uno de sus dramas mas terroríficos, drama que ha adquirido universal celebridad, no solo por su propio mérito, sino por haber prestado argumento á una de las óperas mas encantadoras del malogrado compositor el célebre Cayetano Donizetti.

BORGOÑA (Felipe y Juan), ambos naturales de Burgos. El primero fué célebre arquitecto y afamado escultor, de quien se valió el cardenal Jimenez de Cisneros para la obra del altar mayor de la catedral de Toledo, y en él esculpió varios bajos relieves. El cabildo de Sevilla le nombró en 1513 su arquitecto mayor, y como tal concurrió á la fábrica de aquella suntuosa catedral. Cuando en 1512 se vino abajo el cimborio de aquel bello edificio, fué Felipe Borgoña el que reedificó el que hoy existe, que aunque menos elevado es mas bello que el primitivo. En 1531 esculpió en Valladolid el sepulcro del obispo de Palencia que se encuentra en la capilla del colegio de San Gregorio, y asociado despues con el célebre Alfonso Berruguete, trabajó en los bajos relieves de la sillería del coro de la catedral de Toledo. Intervino igualmente en 1539 en la reconstruccion del cimborio de Burgos que se habia desplomado. Vuelto á Toledo murió en 1543. Su hermano Juan fué pintor de grande nombradía, especialmente para los frescos, de los cuales se conservan casi todos los que pintó para la iglesia primada de España. Entre ellos es el mas notable el que representa la conquista de Oran, que escita la admiracion de todos los conocedores que lo contemplan. Tambien son suyos los retratos de la galería de arzobispos de aquella iglesia hasta el cardenal Cisneros inclusive.

BORJA (San Francisco de), hijo de Juan, tercer duque de Gandía, y de Juana de Aragon, hija de Alfonso, hijo natural del rey Fernando V. La sublevacion de las comunidades de Castilla y la guerra de los agermanados de Valencia, que pusieron en combustion los estados de su padre, obligaron á este á trasladarse á Zaragoza, desde donde pasó á Valladolid, entrando de page de la infanta Catalina, hermana de Carlos I. La emperatriz Isabel, tan nombrada por su hermosura, queriendo que Francisco de Borja no se separase de su lado, le casó con una dama de su palacio, llamada doña Leonor de Castro, y el emperador por este enlace le creó marques de Lombay, nombrándole caballerizo mayor de su régia esposa. La mucha pericia que tenia en el arte militar obligó al emperador á llevarle consigo en la jornada contra Tunez, y en la espedicion que siguió poco despues contra Provenza. En ambas dió señaladas muestras de valor. Empero la muerte de su íntimo amigo, Garcilaso de la Vega, y mucho mas aun la de la emperatriz á quien se dice amaba en secreto, hicieron en él tal impresion que resolvió abandonar el mundo y abrazar el estado religioso. Su estado, sin embargo, y la voluntad de Carlos I hicieron aplazar por algun tiempo su resolucion, y entretanto pasó á Cataluña de donde fué nombrado virey, logrando con su prudencia y firmeza de carácter no tan solo calmar la efervescencia de los ánimos un tanto perturbados, sino que limpió enteramente aquel reino de los muchos bandidos que le infestaban. Hácia esta época falleció su padre, y poco despues su esposa. Estos dos sucesos le dejaron libre para seguir su anterior propósito. Retirado por algunos años en su palacio de Gandía que fortificó debidamente para preservarla de las incursiones de los piratas argelinos, antes de tomar definitivamente el hábito de Loyola, compuso algunas obras ascéticas que no encontraron gracia ante el tribunal de la inquisicion, el cual las proscribió y prohibió su lectura. La vida ejemplar que llevaba en el claustro, movieron á los papas Pio IV y V á ofrecerle el capelo que rehusó siempre, y la misma negativa opuso tambien, cuando por muerte del último, intentó el sacro colegio elevarle al sumo pontificado. No obstante esta abnegacion y humildad, el tribunal de la fe le persiguió con obstinada saña, tanto por las obras suyas que prohibió, cuanto por la estrecha amistad que le unia al arzobispo de Toledo Bartolomé de Carranza, quien á

pesar de su alta dignidad tampoco pudo libertarse de sus venganzas; y solo á su irreprochable conducta, y al mucho valimiento que tenia con varios señores influyentes de la corte de Felipe II, debió el no ser encerrado en los calabozos de aquel terrible cuanto implacable tribunal. Los disgustos acibararon su vida, y postrado al fin con una enfermedad violenta, falleció al cabo de tres dias en 1.º de octubre de 1572, en el convento de jesuitas de Roma, donde se habia refugiado para salvarse del ódio de sus perseguidores, llorado de todos los que conocian sus virtudes. El papa Clemente X le colocó en el número de los santos.

BORRUL (don Pedro José), célebre abogado valenciano del siglo XVII. A los 19 años de edad, visto su grande ingenio y profundos conocimientos en jurisprudencia, fué nombrado catedrático perpétuo de aquella universidad, y sucesivamente abogado del ayuntamiento, asesor del virey y juez del crímen de la audiencia. Confiriéronsele varias comisiones honrosas que siempre desempeñó gratuitamente, no queriendo, como él se complacia en repetirlo, ser, en nada, gravoso á su pais, por cuya razon, y habiendo padecido grandes infortunios cuando estalló la guerra de sucesion por haber tomado partido por Felipe V, murió pobre en Madrid en 1708. Dejó varias obras apreciables de derecho. Sus hijos don José y don Francisco, y don Francisco su nieto, han dejado tambien un nombre célebre en los fastos científicos de España. El primero era todavía de corta edad cuando fué nombrado profesor de jurisprudencia de Salamanca, y abrazando despues la toga llegó á ser fiscal del supremo consejo de Indias. Sus obras informes y manifiestos son todavía consultados hoy dia por las personas de saber. Don Francisco siguió la carrera eclesiástica, dejando en Roma, á donde se trasladó muy jóven, un nombre célebre por sus profundos conocimientos en las materias jurídicas y canónicas. El papa Clemente XII le nombró canónigo de Valencia, desde donde regresó á Roma como auditor del tribunal de la Rota. Nombrado á poco tiempo obispo de Tortosa, cuando apenas empezaba á remediar los males y la gran miseria que aquejaba á los pueblos de su diócesis, falleció casi repentinamente en 1758. Ha dejado varios escritos apreciables, distinguiéndose entre ellos las representaciones que dirigió al rey y al consejo real sobre los muchos abusos que cometian los encargados de administrar justicia. Don Francisco, (el nieto) en quien se ha estinguido esta casa, ha sido siempre reputado como insigne jurisconsulto, y como tal fué enviado á las Cortes constituyentes de Cádiz, como representante de Valencia. Despues fué nombrado magistrado de aquella audiencia territorial, sin haber querido nunca ocupar los altos empleos que en su carrera le ofreció el rey, por no abandonar los estudios de los fueros y antigüedades valencianas á que era sumamente aficionado. Ha dejado un tratado muy curioso sobre la fundacion y manera de funcionar el tribunal de aguas de Valencia.

BOSCAN (Mosen Juan), caballero barcelones y uno de los primeros regeneradores de nuestra poesía del siglo XVI. Era muy jóven todavía cuando le fué confiada la educacion del gran duque de Alba, á quien inspiró los sentimientos caballerescos y generosos que le hicieron tan célebre despues. Unido con Garcilaso de la Vega, siguiendo ambos en sus espediciones guerreras como en las empresas de amor al rey Cárlos I. Boscan era buscado por todos, tanto por la agudeza de su ingenio, como por el valor y el arrojo que mostraba en los varios combates particulares que sostuvo. Muerto Garcilaso, Boscan se ocupó en recoger y poner en órden las producciones de aquel suavísimo poeta, y como por aquel tiempo falleciese tambien su esposa doña Ana Giron de Rebolledo, á

quien amaba con delirio, se apoderó de él una melancolía irresistible que le hizo bajar al sepulcro en los años mas floridos de su vida. Sus obras fueron impresas despues de su muerte en Medina del Campo, en Lyon y en Venecia. En la biblioteca real de Madrid se conserva un manuscrito suyo con el título de *Memorias del año* 1452, que son la descripcion mas exacta y verídica de los sucesos y guerra de Cataluña de aquella época.

BOSSUET (Santiago Benigno). Consagrado desde muy jóven al estado eclesiástico, fué agraciado á la corta edad de 13 años con un canonicato en la catedral de Metz. Los brillantes discursos que pronunció durante la cuaresma de 1666 y los de adviento de 1668, que le encargó el rey, consiguieron la conversion al catolicismo del famoso mariscal de Turena, uno de los mas ardientes defensores del protestantismo. A consecuencia de esto fué nombrado obispo de Condom, que renunció por haber sido nombrado preceptor del delfin, y en 1681 fué agraciado en cambio con el de Meaux. Para la enseñanza de su augusto alumno compuso su famoso *Discurso sobre la historia universal*, obra que ha llegado á ser popular y en la que se describe sucinta aunque brillantemente la elevacion y caida de los imperios, así como las causas de su progreso y decadencia. Pero lo que sobre todo le ha grangeado un nombre casi universal, ha sido los sermones que predicó ante Luis XIV, en los cuales dejó oir verdades tan amargas para aquel príncipe, acostumbrado á avasallarlo todo, como útiles para la enseñanza de los pueblos. Grave en su trato y severo en su moral, condenó altamente la *sátira contra las mujeres*, que habia compuesto su íntimo amigo Boileau, porque segun él era contraria á las buenas costumbres y propendia discretamente á retraer á los hombres de casarse. Murió en 1704 á los 77 años de edad. Sus obras completas, de las que se han hecho varias ediciones, son aun hoy dia casi indispensables para los que se dedican á la oratoria sagrada.

BOTZARIS (Marco), uno de los héroes de la moderna Grecia, nacido en las montañas de Souli en la Albania. Las violencias y arbitrariedades que los turcos cometian en su pais, escitaron en alto grado su carácter independiente y libre, y no pocas veces durante su juventud se le vió pelear cuerpo á cuerpo con los soldados de la media luna; que se complacian en maltratar á las mujeres y niños indefensos. Concertado con varios de sus compatriotas que deseaban libertar á su patria de la insoportable tiranía del sultan, fué uno de los primeros que alzó el grito de independencia general en 1821 que resonó en toda Europa. Nombrósele á consecuencia estratasca ó jefe de la Grecia occidental, y desde aquel momento fué su primer cuidado fortificar cuidadosamente la plaza de Misolonghi, considerada como la llave del Peloponeso durante la conquista de los castillos de Patrás, de Lepanto y los Dardanelos menores. Repuestos un tanto los turcos de sus primeras derrotas, volvieron á cargar con nuevas y considerables fuerzas contra la Grecia, y ya habian conseguido algunas ventajas parciales, cuando el héroe griego llegó á la entrada de las gargantas del monte Colidromo con solos 450 valientes de la Seleyda y 300 helenos reclutados en Aracinta. El ejército turco ascendia á 20,000 hombres; pero Botzaris lleno de ardor y confiado en el indomable valor y constancia que inspira la independencia y libertad de la patria, no titubeó un momento en atacarles. Reune á sus voluntarios y les dice: «Esta noche, hermanos mios, atacarémos á nuestros enemigos; no haya para ellos ni tregua ni piedad; el puñal y el sable son las únicas armas que debemos emplear.... la empresa es atrevida; consulte cada cual sus fuerzas y su valor; el que no quiera sacrificar su vida por la patria,

libre es de retirarse. Grecia y libertad ha de ser nuestra divisa.» Tan nobles y animosas palabras fueron contestadas por todos con el grito de «¡viva la libertad! ¡viva Botzaris!» La pequeña, pero resuelta falange del héroe griego, penetra á media noche en silencio en el campamento enemigo, y en un momento quedan tendidos sin vida mas de 500 bárbaros. Viéndose los turcos sorprendidos, empiezan á acusarse mútuamente de traicion y rompen el fuego unos contra otros. Botzaris se aprovecha de aquel tumulto y reuniendo sus valientes penetra en el cuartel general, destroza y mata cuanto se opone á su paso, inmola con su propia mano al porta-alfange del general turco y á siete beyes principales de Zadrina, y ya iba á retirarse, contento de su proeza, cuando un negro esclavo del Serasquier á quien habia desdeñado matar, le disparó un pistoletazo á quema ropa que le hace caer al suelo. Botzaris, sin embargo, no por eso se desanima, antes bien manda que las trompetas toquen á degüello; pero en aquel momento mismo una descarga de fusilería de los turcos le hiere en la cabeza dejándole al pronto sin sentido. Los primeros crepúsculos del dia dejan ver á los mahometanos el estandarte de la cruz enarbolado en medio de su campo, junto al moribundo héroe, y enfurecidos se traba junto á él un combate encarnizado: muchos valientes griegos quedan tendidos al lado de su jefe; pero los que pudieron sobrevivir pudieron lograr, no sin grandes y heróicos esfuerzos, ponerle en salvo y llevarlo á Misolonghi. Pero desgraciadamente la herida era mortal; y al dia siguiente, 23 de agosto, espiró llorado de sus invictos compañeros y con dolor profundo de la Grecia toda, que le cuenta hoy dia en el número de sus héroes.

BOUCICAUT (Juan de), distinguido sobre manera á la corta edad de 12 años por sus aventuras amorosas y repetidos desafíos de los cuales salió siempre ileso. A los veinte y cinco años fué nombrado gran mariscal de Francia. Defensor constante del bello sexo adoptó por divisa «mi dama antes que todo», lo cual le proporcionó un desafío con el famoso Duguesclin, ó Bertran Claquin, á quien hirió gravemente. Hecho prisionero en la batalla de Nicopolis, en la cual peleó por mucho tiempo solo contra una multitud de otomanos, fué llevado en camisa ante Bayaceto, quien le mandó cortar la cabeza, pero la sultana favorita Aymé intercedió por él, y logró conservarle la vida en atencion á su fama de enamorado. Conducido á Inglaterra despues de la batalla de Acincourt, que sujetó casi toda la Francia al poder de la Gran Bretaña, ha dejado en ella fama perpétua de su valor indomable y de sus lances amorosos. El amor, que en él era una segunda naturaleza, le hizo crear en Francia la órden de la *Dama blanca*, cuyo objeto era defender á las mujeres de las gentes codiciosas que trataran de despojarlas de sus bienes durante la ausencia de sus padres, hermanos ó maridos. Los caballeros de esta órden, antes de ingresar en ella, debian probar que mantenian relaciones amorosas con jóven soltera, y que habian tenido un desafío, por lo menos, en su defensa.

BOUGAINVILLE (Luis Antonio de). Nació en Paris en 1729, y aunque sus padres le destinaron al principio á la carrera del foro, su genio emprendedor y aventurero le obligó muy pronto á abandonarla, embarcándose con el general Montcalm, encargado de la defensa del Canadá, como su ayudante de campo. Su osadía y denodado valor, junto con sus sentimientos humanitarios, le granjearon un nombre célebre entre las tribus medio salvajes de aquel país, y á sus esfuerzos y consejos se debió en gran parte la conclusion de la guerra, y la paz establecida en 1762. De regreso á Francia y no pudiendo acomodarse á los ócios de la corte, pidió y obtuvo el mando de una fragata,

con la cual se propuso no tan solo dar la vuelta al mundo entonces conocido, sino descubrir nuevas tierras. Durante esta navegacion que duró siete años, descubrió entre los 17 y 19 grados de latitud Sur, un conjunto de varias islas que denominó *Archipiélago peligroso*, por los infinitos escollos de que se hallan rodeadas. De allí dirigió su rumbo por Otaiti, isla conocida ya por los españoles con el nombre de Sagitaria, hácia el Oeste, descubrió las *islas de los navegantes*, y hácia el Septentrion las *Cícladas mayores* apellidadas despues, *nuevas hébridas*. Continuando su viaje abordó unas tierras desconocidas hasta entonces, á quienes denominó *La Luisada*, tropezando en seguida con el *Cabo de la Salvacion*, así llamado por él, por haber felizmente escapado á los muchos peligros que le habian rodeado hasta entonces. Su humanidad y afable trato con los pueblos salvajes que visitó en esta espedicion, fueron tales, que no solo muchos de ellos reconocieron la soberanía del rey de Francia, llenando á Bougainville de presentes, sino que treinta años despues, cuando la Francia envió otra espedicion esploratoria, no tan solo encontraron esculpido en los árboles de aquellas comarcas desconocidas, el nombre de Bougainville, sino que los habitantes derramaban abundantes lágrimas al pronunciarlo. Vuelto á su pais, pudo escapar, gracias á su buena fama y al aprecio general, á los delirios de la revolucion de 1789, y retirado completamente de la vida pública, se ocupó en escribir varias obras marítimas entre las cuales figura en primer lugar su *Viaje alrededor del mundo*. Murió en agosto de 1811.

BOURDIN (Mauricio), famoso antipapa del siglo XII bajo el nombre de Gregorio VIII. Perseguido á mano armada por las tropas del pontífice Calisto II, y encerrado en Sutri, se defendió con desesperacion obstinada, haciendo espirar con el suplicio y los tormentos á todos los habitantes que se mostraban contrarios á que se defendiese dentro de sus murallas. Pero estos, aprovechando el momento en que Bourdin se hallaba entregado á los placeres de la mesa con sus cortesanos y concubinas, se apoderaron de su persona, y la entregaron atada de piés y manos á los sitiadores. Dueños los soldados de Mauricio, le condujeron á Roma, montado al reves sobre un camello, empuñando la cola del cuadrúpedo como si fuera una brida, cubriéndole con una piel de carnero recien desollado, á manera de manto imperial, y una coroza en la cabeza. Encerrado en la cárcel pública, murió en Roma á poco tiempo de su llegada en 1122. Dicen varios historiadores, que no pudiendo soportar tanta humillacion ni tamaños insultos, se hizo dar un veneno que acabó repentinamente su existencia.

BOURDON (Francisco Luis), miembro de la Convencion nacional francesa por el departamento de l'Oise, por lo que es conocido generalmente con el nombre de Bourdon de l'Oise. Nació en Compiegne de una familia de labradores, y desde su juventud abrigó siempre sentimientos republicanos y un grande ódio por la monarquía. Fué uno de los que con mas exaltacion votaron la muerte de Luis XVI, y tomó una parte activa en las asonadas de mayo de 1793 y 27 de julio de 94. Enviado á la Vendée como comisario del gobierno, los asesinatos que allí hacia diariamente ejecutar el general republicano Rosignol, le afectaron tan vivamente, que no solo le destituyó del mando, sino que desde entonces se declaró enemigo implacable de Robespierre. De regreso á la Convencion contribuyó poderosamente á la caida de este, conduciéndole á la guillotina, y proponiendo despues que sufriesen igual suerte sus partidarios. El Directorio le condenó á la deportacion con varios de sus antiguos colegas, muriendo en Sinnamari, á poco tiempo de su llegada á la Guyana.

BOUTEVILLE (Francisco de Montmorency, conde de) célebre duelista frances nacido en Tolosa en 1585, hijo de Luis de Montmorency, conde de este título. Su manía de batirse era tal y tan grande su suerte, que apenas llegaba á sus oidos que existia otro hombre que manejaba diestramente la espada, se dirigia á él, aun cuando fuera preciso hacer un largo viaje para encontrarle, y se batia sin mas pretesto ni motivo que su altanera voluntad. Así mató entre otros, al conde de Toriguí, y á los marqueses de Beauoron y de Busi, obligándole la muerte de este último á refugiarse en Lorena para escapar á la justicia que le perseguia vivamente. Pero habiendo sido detenido en Vitrille fué conducido á Paris y decapitado en la plaza de Greve el 21 de junio de 1627. Era tal su manía, que hasta en el cadalso mismo quiso desafiar al verdugo á puñetazos, pero habiéndole sujetado y amarrado fuertemente, sufrió la última pena con un arrojo y serenidad que dejó fuertemente impresionados á los asistentes.

BOVADILLA (don Francisco de), nació en 1462 de una familia noble de Castilla, pero escasa en bienes de fortuna. Su carácter adulador le valió que en 1500 le nombraran los reyes Católicos gobernador general de las Indias con encargo de residenciar la conducta de Cristóbal Colon, de quien viles cortesanos suponian que queria enseñorearse de las tierras que con tanta gloria habia descubierto para España. Al llegar á Santo Domingo, investido de plenos poderes, pretendió que don Diego Colon, que gobernaba aquella isla, le entregase el mando, pero como este se resistiese le mandó prender juntamente con sus hermanos Cristóbal y Bartolomé que habian acudido á su defensa, y cargándoles de grillos les hizo conducir á la península. Empero indignados los reyes don Fernando y doña Isabel, del villano proceder de Bovadilla, mandaron poner en libertad á los ilustres presos al momento que llegaron, disponiendo que su perseguidor regresase al momento para dar descargo de su injusticia; pero habiendo naufragado el buque que le conducia pereció con sus compañeros de viaje en 1502.

BRACMAN. Antiguo filósofo de la India, cuya secta existe todavía en nuestros dias, y que se ha hecho célebre por la austeridad de sus máximas. Para ser admitido en ella, era preciso durante 30 años, tiempo prefijado para ser iniciados en sus misterios, guardar un profundo silencio, no comer carne de ninguna especie, esponerse desnudo á las injurias del tiempo y ayunar y orar contínuamente. Despues de este largo noviciado, entraban á gozar con los demas de todos los placeres sensuales, y gastronómicos imaginables. Los bracmanes creian en la metempsicosis ó trasmigracion de los espíritus, reconocen un ser supremo que gobierna el mundo, miran el alma como inmortal, y admiten el premio y el castigo en otro mundo.

BRAHE (Ticho ó Tiko), hijo de Othon Brahe, familia distinguida de Dinamarca, nació en 1546. Destinado por sus padres al estudio del derecho, lo abandonó muy pronto para entregarse enteramente al de la astronomía que fué siempre para él una verdadera pasion. Deseoso de ampliar sus conocimientos en esta ciencia, que puede decirse en verdad, se hallaba entonces en su infancia y llena de oscurísimos misterios, recorrió durante 5 años los mas célebres observatorios de Alemania y de Suiza, enterándose de los métodos y doctrinas mas comunmente recibidas, cuando al regresar á su patria en 1572 apareció una nueva estrella en la constelacion de Casiopea, publicó varias observaciones curiosas é interesantes sobre aquel suceso, que fijaron la atencion no tan solo de sus compatriotas, sino la de los sábios de las demas naciones europeas. Prendado Federico III del ingenio de Ticho, le

encargó la enseñanza de la astronomía, donándole para establecer su observatorio, todo el terreno que comprendia la isla de Hwen entre Elseneur y Copenhague, con una pension anual de 5,000 escudos, un feudo en Noruega y un beneficio canónico que producia 2,000 escudos de renta. Con tan régia munificencia, hasta entonces sin ejemplo, hizo Brahe construir en la ya citada isla de Hwen un magnífico observatorio que denominó Uraniemburgo, ó ciudad de Urania. Este palacio-habitacion, fué por espacio de 15 años la capital de la astronomía europea, donde se pronunciaban las máximas y sentencias astronómicas que todos respetaban como un oráculo sagrado. Prendado Ticho Brahe por aquel tiempo de una jóven bellísima llamada Cristina, hija de un pastor protéstante, y que, aunque de humilde cuna, reunia á las gracias de su hermosura una instruccion poco comun, le atrajo este enlace de inclinacion el ódio y las persecuciones de su familia, que infatuada con el altivo orgullo de su nobleza, no queria que su hijo, que con su saber se habia grangeado una tan general nombradía, faltase así á la altivez de su alcurnia, y que haciéndose superior á tales preocupaciones, buscase en las inclinaciones del corazon los goces de la vida íntima. Empero gracias á la constante proteccion del rey, nada consiguieron las tenaces persecuciones de la nobleza que tomó como suya la afrenta que, segun ella, se hacia á su familia y clase. Desgraciadamente la muerte de Federico vino en su auxilio, y aprovechándose de la menor edad del Cristiano IV, recabaron de sus consejeros regentes del reino, que se le despojase de todos los bienes que poseia y se le estrañase del reino. Acogido en Bohemia por Rodulfo II, emperador de Alemania, recibió de este príncipe una pension de 3,000 ducados, y el usufructo de una bellísima posesion en Benateck, perteneciente al patrimonio imperial, donde colocó sus instrumentos astronómicos para continuar sus investigaciones científicas. Trasladado un año despues á Praga, á la casa que para él compró el mismo emperador, Ticho Brahe no disfrutó por mucho tiempo de aquellos beneficios; la muerte de su esposa á quien amaba con delirio, y el ódio incesante de sus enemigos de Dinamarca, que ni aun en su retiro le dejaban vivir en paz, causaron su muerte en 14 de octubre de 1601. Ticho era de mediana estatura, pero de presencia agradable y simpática. Habiendo perdido la nariz de una cuchillada que recibió en un duelo por amores, reparó esta pérdida formándose él mismo otra de una materia compuesta de oro, plata y cera, tan perfectamente imitada, que apenas se advertia la diferencia; cuyo secreto parece haber muerto con él, pues que no ha podido despues acertarse en la composicion.

BRASIDAS. General espartano en la guerra del Peloponeso, nació el año 410 antes de Jesucristo. Enemigo constante de los atenienses, los venció en diferentes encuentros, y atrajo á muchos pueblos á la alianza con su patria. Republicano austero, castigaba con inflexible rigor á los que faltaban á las leyes de su pais, y colocado siempre á la cabeza de sus tropas, su ejemplo era el grande estímulo que tenia para arrojarse sobre sus enemigos. Murió cuando apenas contaba 40 años de edad, de resultas de una herida recibida peleando cuerpo á cuerpo con Cleonte, general ateniense, en la batalla de Amfipolis. Cítase en honor suyo una magnífica respuesta que dió su madre á los que ensalzaban sus heróicas virtudes y sus rasgos de valor. «Os engañais, esclamó aquella mujer heróica, mi hijo era muy valiente y muy grandes sus virtudes; pero Esparta tiene hijos á millares que le esceden.» La grandeza de alma de la madre, que tenia en mas la gloria de su patria que la de su propio hijo, no quedó sin recompensa. Sus conciudadanos les erigieron un monumento pú-

blico para perpetuar su memoria, y anualmente les tributaban honores con una fiesta y juegos generales que denominaron *Brasideos*, en los cuales nadie podia tomar parte sin ser espartatano, y probar no haber sufrido ningun castigo ni la mas leve pena.

BRAMANTE (Francisco Lázaro), nacido en Castel Duremte, territorio de Urbino, en 1444. Nombrado por el papa Julio II inspector de los edificios públicos, le decidió á que demoliese la primitiva iglesia de San Pedro, para construir otra mucho mas magnífica que fuese la maravilla del mundo. Adoptado el plan de Bramante, se echaron los cimientos de la nueva basílica en 1506, y en muy pocos años se levantaron las paredes hasta el cornisamento, pero el artista no pudo lograr ver concluida su obra, pues le arrebató la muerte en 1514 á la edad de 70 años. Posteriormente fué aquel célebre monumento continuado por Miguel Angel, aunque con notables variaciones en el plan primitivo.

BRAVANTE (Enrique, primer duque de), hijo de Godofredo, duque de Bouillon, llamado el valeroso, nació en 1190. Compañero de su padre en la primera cruzada, se hizo admirar de todos, cuando apenas salia de la infancia, por sus muchos actos de valor, particularmente en la toma de Joppe, donde plantó el primero el estandarte de la cruz sobre sus murallas. Perdidamente enamorado de la hija del emperador Othon, abandonó en breve la Palestina para pelear en favor de este contra el duque de Suavia, los condes de Gueldres y de Holanda, y el obispo de Lieja, que con numeroso ejército le disputaban sus estados. Su valor y caballerosidad le grangearon tal fama, que los principes y reyes de su tiempo buscaban su alianza como el vínculo mas fuerte de su poder. Bruselas le debe la formacion y establecimiento de un código de legislacion, en el que se hallan consignadas las mas sábias disposiciones para asegurar las libertades del pueblo con el establecimiento de la autoridad soberana, cuyo código es aun hoy dia la base sobre la que se asientan las franquicias populares de aquel pais. Derrotado por la primera vez de su vida, á pesar de haber asistido ó dirigido por sí 52 grandes batallas, por Felipe Augusto de Francia en la batalla de Bouvines, se retiró á Colonia, donde murió el 5 de setiembre de 1255, llorado por todos sus súbditos á quienes habia dispensado grandes beneficios. Su viznieto Juan, apellidado el *victorioso,* así como se denominó el *guerreador* á su visabuelo, le sucedió en el mando en perjuicio de su hermano mayor Enrique, por las intrigas y manejos de su madre que le amaba con pasion. Valiente y denodado como su antecesor, una de las acciones que mas le distinguen, fué el desafío que en campo abierto sostuvo contra Pedro de Brosse que habia acusado á su hermana María, reina de Francia, de haber envenenado á su hijastro con el objeto de sentar en el trono á uno de sus propios hijos. Vencido Brosse, le hizo ahorcar públicamente en la plaza de Montfancon. Dirigió en persona la batalla de Warengin, derrotando completamente al duque de Luxemburgo, que perdió toda su caballería, quedando prisioneros muchos señores y el arzobispo de Colonia. Desde entonces cambió el grito de guerra, que antes era *Lovaina por el rico duque*, por el de *Limburgo, por el que la ha conquistado*. Juan, sin embargo, no tan solo mereció el título de *victorioso* por su valor, sino que fué al mismo tiempo sábio legislador, y por su saber y prudencia mereció ser nombrado abogado general y juez supremo de las provincias situadas entre el mar y el Mosa. Dominado, empero, por la manía de su época, en que toda la gloria de un caballero consistia en justar hábilmente en un torneo, murió á manos de Pedro de Baufremont en el que se celebró con motivo de las bodas del duque de Bur con Eleonora, hija de

Eduardo, rey de Inglaterra, despues de haber asistido y vencido en 62 justas celebradas en varias cortes de Europa. Durante el reinado de su nieto Juan III, llamado el *Triunfador*, estendieron sus privilegios populares las ciudades de Lovaina y de Bruselas, que confirmó, y aun añadió otros muchos, despues de vencer en repetidos encuentros al rey de Francia Felipe de Valois. Despues de estos príncipes, los que les sucedieron en el gobierno de Flándes, fueron perdiendo sus primitivas conquistas, viniendo aquellos pueblos á ser presa de varios soberanos europeos, que aun hoy se adornan con el título de duques de aquel pais, entre los cuales se cuentan los reyes españoles.

BRAVO (Juan), compañero de Padilla y Maldonado en el levantamiento de las comunidades de Castilla. Fundidor de oficio, gozando de gran renombre entre las clases populares y artesanas de Segovia, de donde era natural, fué el primero que en aquella ciudad, entonces fortificada, y tenida casi por inespugnable, levantó pendones en favor de Padilla que se habia levantado en Toledo, no contra la autoridad real de Cárlos I, sino contra la osadía y rapiñas de sus consejeros, estranjeros en su mayor parte, cuya ambicion desmesurada no se veia satisfecha. Lós infinitos y pesados impuestos que cargaron á los segovianos, y la altanería con que acogieron sus quejas, movieron á Juan Bravo á declararles una guerra atroz y sin tregua, que tantas lágrimas y sangre costó á las dos Castillas. Los hechos y el valor de Bravo, no son para encerrarse en los modestos límites de unos apuntes biográficos; para conocerlos á fondo, seria preciso describir toda la historia con todas sus varias alternativas de la guerra de las comunidades. Autores apasionados é injustos han presentado siempre á los tres jefes de aquel levantamiento famoso, como dirigido especialmente para amenguar y rebajar de su lustre y decoro á la autoridad real; pero cuando se estudian aquellos hechos á la fria luz de la razon, y con el detenimiento de su justo criterio, no puede menos de confesarse, que si Juan Bravo con sus compañeros Padilla y Maldonado se dejaron llevar á veces de una ira ciega é imprudente, las venganzas y el encono de los consejeros de Cárlos, les dieron siempre motivo que abonara su conducta. Para mas esplicaciones, remitimos á nuestros lectores al artículo sobre Padilla. Hecho prisionero con este y Maldonado, en la batalla de Villalar, Juan Bravo fué decapitado al dia siguiente, recibiendo el golpe de la fatal cuchilla sin altanería, pero tambien sin bajeza.

BREGUET (Abraham Luis), natural de Suiza, nació en 1747. Los escasos recursos con que contaba su familia, le obligaron á abandonar desde la infancia el estudio del derecho á que le habian dedicado, trasladándose á Paris á los 15 años de su edad para aprender el oficio de relojero. Huérfano á los 17, sin bienes y sin apoyo, teniendo ademas á su cargo una hermana menor, encontró en sus talentos y aplicacion el medio de remediar tan apremiantes necesidades consagrándose dia y noche al estudio de la mecánica, que ha llevado á su alto grado de perfeccion. Lo primero que inventó y perfeccionó y por lo cual llamó la atencion de Europa, fué los relojes perpétuos, que se dan cuerda ellos mismos con el movimiento del que los lleva. Siguióse á esto la invencion del *para-caidas* que preserva de toda fractura el volante, los *muelles-campanas* que suenan tanto mejor, cuanto mas cerrada está la caja; que han dado orígen despues á los sellos y cajas de música. El gran establecimiento de relojería que dirigia ha producido tambien varios instrumentos astronómicos, físicos y de navegacion, como los llamados de *escape-libre*, de *fuerza constante*, de *torbellino*, de *elice* y varios relojes astronómicos y marinos. Forzado á emigrar

de Francia, cuando estalló la tempestad revolucionaria de 1792, se ocupaba á su regreso en 1804 en montar de nuevo una nueva y mas estensa fábrica de relojes, cuando le sorprendió la muerte en 1823.

BRILLAT SAVARIN (Anselmo). El jovial y amabilísimo autor del mayor tratado de gastronomía que ha visto la luz pública, nació en 1753 en Belley, pueblo situado al pié de los Alpes en las fronteras de Francia y de Saboya. Dedicado á la abogacía desde muy jóven, ejercia allí esta noble profesion con raro desprendimiento, cuando en 1799 fué nombrado casi por unanimidad para representar aquel distrito en la asamblea constituyente, tomando una parte muy activa en todas las disposiciones que aquel congreso trató de adoptar para hermanar las libertades populares con el ejercicio de la autoridad soberana. Nombrado á principios de 1792 corregidor de su ciudad natal, hizo cuantos esfuerzos pudo para preservar á sus subordinados del régimen del terror; pero en breve se vió obligado á emigrar refugiándose en Suiza, pasando despues á los Estados Unidos donde permaneció, ora dando lecciones de lengua francesa, ora de músico del teatro de Nueva York, hasta que regresó á Paris en 1796. Durante su emigracion y en medio de grandes privaciones y miseria conservó no tan solo su carácter amable y festivo, y una tranquilidad de ánimo inalterable, sino que todavía encontró medios de hacer agradable la existencia, inventando varios manjares que han servido despues de norma á los mejores y mas afamados cocineros. Por su talento culinario, era consultado durante su destierro por todos los aficionados á la buena mesa, y sus decisiones fueron recibidas siempre como un oráculo. Nombrado en 1699 magistrado del Tribunal supremo, su mesa fué siempre citada como la mas delicada y agradable entre las que mas fama tenian de opíparas durante los reinados de Napoleon y de Luis XVIII, tanto por la variedad, como por lo delicado y esquisito del servicio. Como fruto de sus investigaciones gastronómicas, ha dejado su célebre obra de la *Fisiología del gusto, ó meditaciones de gastronomía trascendental*, indispensable y escelente guia no tan solo para los ricos espléndidos, sino para los que solo pueden disponer de una mediana fortuna, y se complacen en hacer agradables á sus amigos algunas horas del dia. Falleció este doctor gastronómico en 1826, llorado de todos los que habian podido admirar en él, no solo su integridad de la magistratura, sino su constante alegría y su festiva filosofía.

BRINVILLIERZ (la marquesa de). Nació Margarita de Aubray en 1636, siendo educada por sus padres con el mayor recogimiento en las máximas mas austeras. Por su rara hermosura se casó cuando apenas contaba 15 años de edad con el marques de Brinvillierz, comandante del regimiento de Normandía, quien tuvo la imprudencia de introducir en su casa á un jóven oficial de gallarda presencia, llamado Godin de Sainte Croix, y desde aquel momento cambió enteramente de sentimientos. Enamorada perdidamente de Godin, Margarita se entregó á los mayores escesos y abominables escándalos, hasta que su padre, que era en aquella época corregidor de Paris, hizo encerrar al amante en la Bastilla, donde permaneció cerca de un año. Pero á su salida volvieron á continuar sus adúlteras relaciones, con la sola diferencia que Margarita las ocultó bajo la máscara de la devocion, frecuentando las iglesias y los hospitales, y haciendo ostentosos actos de caridad y beneficencia. Mas entre tanto meditaba los crímenes mas horrendos que puede cometer un ser humano. Durante su encierro en la Bastilla, habia aprendido Sainte Croix de un italiano llamado Evilí, preso al mismo tiempo que él, el arte de fabricar varios venenos sumamente activos, y Margarita que no perdonó á su padre y tres hermanos, el que

la separasen de su amante, los emponzoñó en una comida de familia, muriendo los cuatro á los pocos dias. Ignoróse por mucho tiempo quién fuera el autor de tan execrable crimen, hasta que la casualidad lo hizo descubrir. Un dia que se hallaba Sainte Croix preparando un tósigo, se le cayó una máscara de vidrio que llevaba puesta para preservarse de sus efectos, y murió enmedio de los mas atroces dolores. Al momento fueron secuestrados y sellados todos sus efectos, por no tener familia ni deudo alguno en Paris; pero como Margarita reclamase con repetidas instancias una caja que decia ser suya, la justicia la hizo abrir antes de entregársela, y se encontró estaba llena de paquetes de veneno rotulados, con la esplicacion de su uso. Temiendo Margarita que aquel incidente descubriese sus crímenes, huyó precipitadamente de su casa marchando á Inglaterra y desde allí á Lieja. En este último punto fué detenida y desde allí conducida á Paris, donde convencida de haber envenenado á su padre, dos hermanos, una hermana, á su confesor y tres criados, la cortaron la cabeza y quemaron públicamente su cuerpo el 17 de julio de 1676. Al arrestarla en Lieja la encontraron una confesion escrita de su propia mano, en la cual, al través de varias protestas religiosas, declaraba haber sido la autora del envenenamiento de su familia, y los proyectos que abrigaba de hacer sufrir igual suerte á otras varias personas, que directa ó indirectamente habian tratado de separarla de sus criminales relaciones. Dice un biógrafo, que con el objeto de quedar libre y poder casarse con Sainte Croix, habia envenenado por siete veces consecutivas á su marido, pero que su amante no cuidándose de unirse con tan detestable mujer, le habia dado otras tantas un contraveneno que le conservó la existencia como por milagro.

BRISSOT (Juan Pedro), nació en Ouarville cerca de Chartres, en junio de 1794. Su padre, pastelero de oficio, le dió una educacion esmerada no perdonando medio ni gasto alguno para proporcionarle una vasta instruccion. Trasladóse al efecto á Paris, donde á poco tiempo entró de pasante en casa de un procurador de aquellos tribunales; pero disgustado de aquella existencia uniforme y pacífica, la abandonó en breve para entregarse todo á la literatura. La primera obra que publicó con el título de *Investigaciones filosóficas sobre el derecho de propiedad y sobre el robo, considerados en la naturaleza y en la sociedad*, escrito que puede decirse en verdad es el preludio de los que en la última época ha publicado M. Prudhom, le valieron la amistad de los filósofos de aquella época como Condorcet, Claviere y Queriain, que en una revista mensual intitulada *La Crónica*, propagaban con notable esfuerzo los principios sociales que se inauguraron algunos años despues con la toma de la Bastilla el 14 de julio de 1789. Sin embargo, perseguido Brissot por la policía de Paris á causa de sus opiniones avanzadas fué encerrado en la Bastilla, de la que salió á poco tiempo, merced á la proteccion que le dispensó el duque de Orleans, llamado despues *Egalité*, pasando mas tarde á Lóndres con una comision del mismo lugarteniente de policía que habia decretado su prision. Concluida esta, trató de establecer en aquella capital una vasta sociedad que reuniese á todos los hombres de saber y de ciencia de Europa, pero como esto exigiese mucho tiempo y su alma activa no pudiese permanecer en la inaccion, se trasladó á los Estados Unidos, por cuyas instituciones republicanas tenia grandísimas simpatías. Mas apenas empezaba á respirar aquel ambiente, cuando llegaron á sus oidos los primeros rumores de la reforma política francesa que preludiaban grandes trastornos para este pais, y Juan Pedro, que veia en ellos el camino mas que de su fortuna, de la fama á que aspiraba, regresó á su pais contándose

desde su llegada en el número de los que con mas ahinco procuraban el desmoronamiento de este trono secular. Los repetidos folletos que publicó sucesivamente contra el régimen monárquico, le valieron el nombramiento de individuo de la comision de pesquisas de la ciudad de Paris, modelo de la que mas tarde se instituyó con el nombre de *comité de salvacion pública*, que tantos ciudadanos envió al patíbulo. Brissot, empero, no alcanzó durante este tiempo, la nombradía que anhelaba; sus escritos exagerados casi siempre y sus ambiciosos proyectos fueron contrarestados por algun tiempo por las publicaciones que contra él escribió un cierto Morande, que le habia conocido durante su permanencia en Inglaterra, el cual le acusó aunque sin pruebas ni gran fundamento, de concusionario y de ladron. El pueblo, sin embargo, que fácilmente cree todo lo que le halaga, aun cuando sea en detrimento y deshonra de los que le defienden, acogió esta acusacion como verdadera y aceptó la palabra *brissoter* como sinónimo de robar. Poco despues tambien se publicó contra Juan Pedro otro folleto con el título, *el canto del gallo*, pero este aunque redactado con rara habilidad y al parecer sin pasion ni encono, solo produjo el aumentar su popularidad, y que se le nombrase diputado de la Convencion nacional. Declaróse allí desde luego el partidario mas ardiente de la república universal, siendo el principal promovedor de la guerra que la Francia declaró á la Alemania en 1792. Momentos tuvo Brissot, que pudiera creerse dueño y árbitro de la Francia, tal era el ascendiente que habia logrado tener sobre las masas por sus discursos y escritos: pero junto á él se levantaba un rival poderoso, si no tan elocuente mucho mas inflexible, llamado Robespierre; y Juan Pedro viendo que iba disminuyéndose su aura popular, solo por ódio á su rival, se coligó con varios diputados girondinos que adoptaron una marcha mas moderada, y que durante el proceso del infortunado Luis XVI, trataron de libertarle del cadalso. La muerte de este monarca puso la república francesa en manos de Robespierre, y por consiguiente Brissot y sus nuevos amigos fueron entregados al ódio y á la venganza de sus mortales contrarios. Juan Pedro no cejó por eso, sin embargo, en su propósito: y viendo que nada podian lograr en Paris trató de escitar el ódio de los departamentos contra la capital y formar de la Francia una república federal, así como Robespierre y sus partidarios defendian la unitaria. Mucho habia, no obstante, adelantado en su propósito, cuando viéndose proscrito con los girondinos á consecuencia de la asonada ó motin del 30 de mayo de 1793, trató de refugiarse en Suiza, pero detenido en Moulins fué llevado de cárcel en cárcel hasta Paris, donde fué guillotinado el 21 de octubre de aquel año á los treinta y nueve años de edad. Brissot era de constitucion débil, de estatura baja, pálido de color, aspecto triste, algo contrahecho, y aparentaba cierta sencillez en el vestir que rayaba en el abandono. Fué de los primeros que desterraron de su peinado el uso de los polvos. Su reputacion de austero republicano llegó á ser tan general que las primeras palabras que pronunció Gustavo III de Suecia cuando le asesinaron fueron: «Quisiera saber qué dirá de esto Brissot.» Una de las principales manías de Juan Pedro era llamarse y que le denominaran: «El republicano sin miedo y sin tacha.» Ha dejado escritos varios opúsculos políticos y sociales.

BROCARIO (Arnaldo Guillermo), impresor español, nació en Alcalá de Henares en 1494. Por sus muchos conocimientos en el arte de imprimir se habia adquirido ya algun renombre, cuando el cardenal Jimenez de Cisneros pensó dar á la luz pública, bajo sus auspicios, la famosa *Biblia Políglota*, que ha servido despues de modelo para que publicasen otras con el

mismo título varios escritores famosos. Encargóse, pues, este trabajo á Bracario, el cual hizo fundir espresamente los caractéres necesarios al efecto, suprimiendo de los griegos y hebreos los acentos, para que la impresion saliese mas conforme con los manuscritos antiguos. Para alzar como convenia este monumento de eterna memoria, compró el cardenal mas de 7,000 manuscritos hebreos que le costaron sobre 4,000 duros, recibiendo del papa Leon X, copia exacta de los griegos que posee la biblioteca del Vaticano. Se calculan en 1.000,000 de reales, suma cuantiosa para aquel tiempo, los gastos que ocasionaron las pensiones de los sábios encargados de inspeccionar la impresion y corregir las pruebas, las gratificaciones de los copiantes, y lo invertido en viajes, composicion y tirada. La inscripcion que despues del título se puso: *Industria et solertia honorabilis viri Arnaldi Guillelmi de Brocario*, *artiis impressoriæ magistri*, es la prueba convincente de la gran fama que en aquella época, todavía tan atrasada, en los conocimientos y mecanismo del arte disfrutaba Brocário. Los cuatro primeros tomos que contienen el antiguo Testamento en hebreo, caldeo, griego y latino, se imprimieron en 1510: el quinto en 1514, y el sesto y último que comprende un vocabulario hebreo y caldeo el año siguiente 1515, pero ninguno pudo ver la luz pública á causa de la muerte del Cardenal Cisneros, hasta que Leon X autorizó su venta por su breve fechado el 20 de mayo de 1520; tasando cada hoja en 6 ducados y medio. Su precio ha aumentado despues considerablemente, puesto que el último ejemplar que se ha encontrado en el comercio de libros ha sido comprado por 44,000 reales. Brocario fué pensionado por doña Juana llamada *la Loca*, á causa de esta magnífica impresion y murió en Alcalá, su patria, en 1533.

BRONDO y MORLÁ (Francisco). Uno de los militares que mas se distinguieron en las guerras de Italia y en las de Portugal, cuando este reino se quiso emancipar de la corona de España. Brilló su valor en las islas del mar del Norte, y quedó gravemente herido en la famosa jornada de Inglaterra por haber incendiado el enemigo su galera, acontecimiento que destruyó la nave, y asido Brondo á una tabla, luchó con las olas por espacio de 24 horas, hasta que la mar le arrojó á las costas de Hibernia. Lucióse tambien en las costas de Sicilia, y para descanso de tantas fatigas fué nombrado sargento mayor de la gente de guerra de los lugares marítimos de Mallorca, su patria. En ella ocupó el importante destino de Bayle general. Murió en Palma en 1.° de mayo de 1662.

BROSSE (Pedro de la), natural de Turena, hijo de una familia indigente y plebeya. Este frances, primeramente barbero de Luis IX, y despues gentil-hombre y favorito de Felipe *el atrevido*, se dió á conocer por un crímen horrible; temiendo perder el favor con su amo por el ascendiente que iba tomando en el ánimo del rey la reina María, envenenó á Luis, primogénito de Felipe, hijo de su primer matrimonio, acusando á la reina de su muerte. Dícese que descubrió esta falsía una beata ó adivinadora de Flandes á quien se consultó sobre esto; lo cierto es que Brosse fué ahorcado por aquel crímen en 1276, en medio de los aplausos de los cortesanos á quienes habia humillado, y de infinito pueblo á quien habia maltratado y sacrificado con su soberbia durante la época de su favoritismo.

BROWN (Juan), célebre médico escoces, hijo de unos pobres labradores del condado de Berwich, nació en 1736. Los poquísimos recursos con que sus padres contaban para mantenerse, les hicieron renunciar no tan solo á proporcionarle una carrera, sino has-

ta el enseñarle á leer, pero el niño Juan, cuyas naturales disposiciones y vivacidad le destinaban á salir de aquel estado humilde, aprendió cuando apenas contaba 4 años de edad los primeros rudimentos de la lectura y escritura, de un pobre anciano que le habia cobrado grande cariño. Era tal su aficion al estudio, que todo el tiempo que los demas niños de su edad lo dedicaban al juego y á los entretenimientos propios de la infancia, él lo empleaba en leer cuantos escritos le venian á las manos. Quedó por este tiempo huérfano de padre, y el segundo esposo de su madre, de oficio tejedor, quiso dedicarle á estas faenas; pero Brown se opuso resueltamente, y por no contrariar su vocacion le enviaron á Dublin para continuar su educacion, en la que hizo tan rápidos progresos, que á los 13 años de edad se le encargó la educacion de los hijos de uno de los personajes mas principales del pais. Juan Brówn, sin embargo, no podia acomodarse á aquella vida monotona: orgulloso, con razon, de haber salido por sí mismo y sin ayuda alguna del estado miserable en que naciera, conocia que se aumentaba diariamente su amor propio, á medida que conseguia nuevos triunfos en sus estudios, haciéndose notable al mismo tiempo por su agilidad y destreza en el pugilato á que son tan aficionados los ingleses. Obligado, no obstante, á tomar una carrera, marchó á Edimburgo, para dedicarse al estudio de la teología, pero una circunstancia singular le separó en breve de su propósito, entregándose con todo ardor á las investigaciones de la ciencia médica. Rogáronle que tradujese del latin, idioma que poseia con perfeccion, una tésis de medicina, y lo hizo con tal maestría que desde entonces consagró todo su trabajo al arte de curar, en el que hizo rápidos progresos. Su carácter y su viva imaginacion, no podian, sin embargo, circunscribirse á las reglas entonces en boga, de esta importante ciencia, y á muy poco inventó otro sistema que tuvo y aun tiene no pocos partidarios. Segun él, todas las enfermedades humanas provienen de la falta de equilibrio en la sangre y los humores, por lo cual las divide en dos causas principales: una procedente de un esceso de fuerza (esténicas), y la segunda de falta de la misma (asténicas). De aquí deducia, que la creacion de toda enfermedad debe ser muy sencilla, fortificando la naturaleza para que por sí misma contribuya al equilibrio necesario á la salud. Esta doctrina que estaba en abierta oposicion con los principios científicos que defendia el doctor Culleu, médico entonces de gran nombradía, hizo que los escolares y médicos jóvenes se dividieran en dos bandos, llegando á veces á derramarse sangre en las diferentes luchas que se trabaron para defender cada cual su sistema. Tantas emociones, las persecuciones que tuvo necesariamente que sufrir, su natural intemperancia, los esperimentos que en sí mismo hizo con el ópio, y los estimulantes que sin cesar tomaba, abreviaron sus dias, falleciendo de un ataque de apoplegía en octubre de 1788. El sistema médico de Brown fué despues de su muerte generalizado en Europa, pero ha decaido despues que el doctor Broussais, médico de Paris, estableció el suyo basado en un principio enteramente contrario. Por esto este último prescribia hasta con esceso las sangrías, al paso que el primero no las admitia sino en los casos estremos. Ambos á dos han contado y cuentan con celosos adeptos, aun en el dia que no puede negarse que el arte de curar ha hecho no pocos progresos en sencillez y verdad.

BRUNA (don Francisco de), entendido y celoso magistrado de la audiencia de Sevilla, que enmedio de las graves ocupaciones de su empleo, supo ocuparse constantemente en mejorar la condicion del pueblo, procurándole con sus sábios escritos su bienestar moral. Amigo íntimo de Jovellanos, publicó

varios escritos dirigidos á mejorar las costumbres populares, criticando el espíritu de las leyes, que estaban en abierta contradiccion con los adelantos del siglo. Esta conducta, verdaderamente patriótica, le granjeó no pocos enemigos y constantes persecuciones de parte de los interesados en conservar intactos los abusos del poder. Bruna, sin embargo, no cejó en su propósito, y en medio de los disgustos que por todas partes le rodeaban, continuó anatematizando las inveteradas preocupaciones de la época. Amante decidido de las artes, y convencido de que el abatimiento en que se encontraban, tenian por causa principal el poco aprecio que se tenia á las clases trabajadoras, á quienes las leyes escaseaban la proteccion que les era debida, dice: «Todo el oficio de las leyes en esta «materia bastará que sea remover im«pedimentos, y corroborar la seguridad «y libertad del artesano; lo demas es «obra de los magistrados mas que de «las leyes. En las que pertenezcan á «esta materia considero tres puntos: «primero inspirar horror al ócio y hol«gazanería; segundo la estirpacion de «los vagos, corrigiéndolos por medio «de pocos hospicios, en que no sean «perpétuos; tercero, el honor, el in«teres y la emulacion. No creo que las «leyes fabriles deban pasar de aquí, «porque perderian su natural majes«tad.» Abrumado de disgustos que exacerbaron sus dolencias, murió este sábio magistrado en 1807, llorado de los pobres á quienes socorria diariamente aun con mas largueza de lo que le permitian sus escasos recursos, y amado de todos los que habian podido admirar sus virtudes, cuanto su ameno y dulce carácter.

BRUTO (Lucio Junio), jefe de la familia republicana de este nombre, que tanta fama ha adquirido en la historia romana, y el primero que se levantó contra la insoportable tiranía de los emperadores, promoviendo la revolucion célebre que arrojó de Roma á los Tarquinos, aboliendo la monarquía y estableciendo el sistema republicano. Era hijo de Marco Junio y de Tarquinia, hija del primer Tarquino: suponia descender de uno de los compañeros de Eneas. Apenas salia de la niñez, cuando el infame asesinato de su papre y hermano, cometido por órden de Tarquino, el soberbio, llenó su alma de viva indignacion; pero no contando con apoyo alguno para vengar aquella infamia, y temiendo que si se manifestaba le cupiese igual suerte, reconcentró dentro del corazon su despecho, y para mejor vengarse se fingió estúpido é idiota. Representó tan al natural su papel, que los aduladores del tirano, añadieron al nombre de Junio el de *Bruto*. El momento que tanto ansiaba llegó por fin: Sexto Tarquino, el matador de su padre, ébrio con su poder, ultrajó y violó á Lucrecia, hija de una familia noble, y admirada del pueblo romano por su belleza y su virtud. Aquel crímen contra las costumbres privadas hizo conocer al pueblo lo que tenia que esperar de aquella desalmada fiera que respetaba como señor; pero si bien todos murmuraban en secreto, nadie se atrevia á levantarse contra su tiranía, temeroso de las venganzas de los satélites del tirano. Solo Lucio arrojó desde entonces la máscara de idiotismo con que hasta aquel momento se cubriera, y arrancando del seno de Lucrecia el puñal con que esta acababa de darse la muerte por no sobrevivir á su deshonor, esclama: «Os «pongo, ¡oh dioses! por testigos de «mi juramento. Juro vengar á la casta «Lucrecia; desde ahora me declaro «enemigo de Tarquino y de su familia: «sin descansar un momento hasta que «mi patria recobre su libertad y su «ventura.» Admíranse todos al oir espresarse así al que tenian pocos momentos antes por imbécil; pero Bruto, aprovechándose de aquella primera impresion, les dice que no con lágrimas y suspiros se vengan los ultrajes de los tiranos, sino con la insurreccion y la espada; y haciendo pasar de mano en

mano el puñal ensangrentado, les obliga á repetir su juramento. En seguida hace llevar á la plaza pública el cadáver de Lucrecia, y escitando con su presencia y el relato de tan execrable crímen las pasiones del pueblo, se dirigen todos á una al palacio de Tarquino, y destrozando cuanto se opone á su paso, le obligan á huir cobardemente, estableciéndose desde aquel momento la república. La magistratura suprema fué confiada á dos cónsules, nombrando el primero á Lucio, y el segundo á Colatino, esposo de la infortunada Lucrecia. No tardó, empero, el tirano proscrito en urdir dentro de los muros mismos de Roma una conspiracion para recobrar el poder perdido, contándose entre los conjurados los dos hijos de Bruto, y los sobrinos de Colatino. Grande fué el estupor de Lucio Junio, cuando un fiel esclavo, que habia sorprendido el plan de los conjurados, le reveló aquella maquinacion contra la república y los nombres de los afiliados. El cariño paternal le impelia á buscar todos los medios para libertar á sus queridos hijos de la muerte; pero la ley obligaba al magistrado que castigase severamente la traicion y el ultraje hecho á la república. Los jóvenes acusados, en vez de defenderse reconocieron su crímen y esperaron tranquilos el fallo de sus jueces. Colatino lloraba, Valerio se inclinaba á la piedad, y solo Bruto inflexible y severo acalla los movimientos del corazon. Pregunta á sus hijos si tienen algo que alegar en su defensa, repite por tres veces consecutivas la pregunta y al contemplar su silencio, se vuelve á los lictores y esclama: «¡Ejecutad la ley!» Dicho esto se sienta con majestuosa calma, sin que al parecer le conmovieran los sollozos de todos los que presenciaron aquella cruel, aunque por otra parte justa sentencia. Solo al ver caer la cabeza de las prendas mas queridas de su alma, pareció inmutarse asomando las lagrimas á sus ojos. Perdida para Tarquino toda esperanza de recobrar el cetro, que habia tan cobardemente deshonrado, viendo fracasada la conspiracion con cuyo apoyo contaba, imploró el auxilio de los estranjeros, ofreciendo á los veyentanos una parte de su imperio y gruesas sumas de oro si le ayudaban con sus soldados. Con este auxilio se dirigió contra Roma mientras que los cónsules sabedores de esta alianza le salian al encuentro con gran número de infantes mandados por Valerio, y muchos caballos que dirigia Bruto. Al momento de avistarse ambos ejércitos, Aruns, hijo de Tarquino se dirige á escape contra Lucio Junio, que se adelanta para combatir. Páranse los dos ejércitos mientras que los dos enemigos pelean cuerpo á cuerpo; despues de muertos sus caballos, crúzanse las espadas sin que basten las corazas á detener el temple del acero, y cuando Aruns herido iba á caer, su espada traspasa el pecho de Bruto. Los romanos indignados entonces acometen despechados á sus contrarios, y pronto les ponen en vergonzosa fuga. El cádaver de Bruto fué llevado en triunfo en hombros de cuatro caballeros romanos los mas distinguidos, saliendo el senado á recibirle á las puertas de la ciudad. Pronunció su colega Valerio la oracion fúnebre, la primera que se habia pronunciado en Roma, y desde entonces data esta costumbre en los funerales de los personajes mas distinguidos. Los romanos le erigieron una estátua de bronce con una espada levantada, colocándola en el capitolio, en memoria de haber sido el fundador de la república y mantenedor de la libertad de su patria, y las mujeres romanas vistieron luto durante un año, considerándole como el vengador de su sexo ultrajado en la persona de Lucrecia.

BRUTO (Marco Junio), hijo de Junio y de Servilia, hermana de Caton. Nutrido desde sus primeros años con la lectura de los escritos de la Grecia, adquirió un grande amor por la libertad, lo cual unido á la severidad de costumbres, modelándolas por la con-

ductá pública y privada de su tio, le adquirieron un gran renombre, y sus conciudadanos le consideraron siempre como el mayor defensor de la república. La lucha encarnizada que se trabó entre César y Pompeyo, le hizo adoptar el partido de este último, porque creyéndole menos audaz, temia menos una traicion contra la estabilidad de las instituciones patrias. Vencido Pompeyo en Fonalia, Bruto para salvar su vida se acogió á la merced del vencedor, quien no tan solo le perdonó, sino que le confió el mando de la Galia Cisalpina. Empero su alma republicana y la íntima amistad que le unia con Dasio, enemigo irreconciliable de César, no perdonaban que este, fuerte con sus victorias y la gloria que habia dado con ellas al pueblo romano, se alzase con la dictadura, y aspirase á ser emperador. Reunido, pues, con Labeo, Lenas, Ligario y otros conjurados, se presentó en el Senado que César presidia, y arrojándose sobre él, le clavó el puñal en el pecho. César, viendo á Bruto con el acero ensangrentado en la mano, le dirige esta lacónica reconvencion *¡y tú tambien, oh Bruto!.....* cayendo al momento sin sentido. Aquella accion no tuvo el éxito que los republicanos conjurados esperaban. Marco Antonio y Octavio, compañeros de César, aprovechan los primeros momentos para conmover al pueblo contra los asesinos, y este que creyó ver el alma del dictador en un cometa que apareció la noche que se celebraron sus funerales, se amotina contra ellos, y los arroja de Roma. Retiróse Bruto á Atenas, y puesto al frente de algunas naves se apoderó de la escuadra romamana que volvia del Asia cargada de tesoros, los que distribuyó entre los soldados de Pompeyo, que faltos de recursos andaban vagando por la Tesalia. Poco tiempo despues se apoderó tambien de Demetriades, y del grande acopio de armas que César habia mandado hacer, poco tiempo antes de morir, para hacer la guerra á los Partos. En uno de los encuentros que tuvo durante esta lucha, sorprendió á Cayo, hermano de Antonio, que al frente de un ejército habia sido enviado contra él; y aun cuando pudo pasarlo todo á cuchillo, mandó que se les conservase la vida, para evitar, como él decia, el derramamiento de la sangre de sus conciudadanos; empero al saber la proscripcion y muerte de su amigo Ciceron, hizo que se degollase á Cayo por via de represalias. Poco tiempo tardó Bruto en juntar un considerable número de tropas con las que Cairo habia levantado en el Asia menor y en la Siria, para atacar al mismo Antonio y á Octavio, que salieron á su encuentro en Macedonia; pero la batalla de Filipes le fué fatal. El ala izquierda que mandaba Casio fué derrotada completamente por Antonio, y aun cuando la derecha, dirigida por Bruto, resistió por algun tiempo con heróica desesperacion, no pudo resistir al ímpetu de las águilas romanas, pronunciándose en retirada despues de vanos esfuerzos. Viéndose solo y sin medios para continuar la lucha, y desesperado por ver á su patria, cuya libertad amaba con pasion, presa de nuevos señores, esclamó desconsolado: «*¡Miserable virtud! tú no eres mas que un nombre vano: yo te habia seguido como una realidad, pero te odio porque solo eres la esclava de la fortuna!*» Volviéndose en seguida á su amigo Estraton, que no se habia separado un momento de su lado, le suplica que le arranque la vida, porqué no quiere sobrevivir á su desgracia. Niégase á ello su confidente, pero al ver que llama á un esclavo para que cometa el crímen, le presenta la punta de su espada, volviendo al mismo tiempo la cabeza para no verle morir, y Bruto se arroja sobre ella, cayendo sin vida con el pecho traspasado, el año 42 antes de Jesucristo. Antonio hizo recoger su cadáver, y despues de hacerle ostentosos funerales, envió sus cenizas á su madre Servilia. Marco Junio tenia gran fama entre los romanos, tanto por su saber como por su elocuencia, sus austeras

virtudes y su valor indomable. Una de las circunstancias mas notables de su vida, fué la aparicion misteriosa que, segun los historiadores de su tiempo, se le presentaba en su tienda de campaña á las altas horas de la noche, manteniéndose de pié junto á la lámpara, sin hablarle. «*¿Quién eres?* la preguntó Bruto, una vez cansado de aquel silencio.—*Tu mal genio,* contestó la aparicion; *pero ya no nos volverémos á ver hasta en las llanuras de Filipes.*» Añádese que la víspera de esta batalla volvió á aparecérsele el espectro, y á esto atribuyen algunos la desesperacion que le hizo buscar la muerte.

BRUYERE (Juan de la), nació cerca de Durdan en 1644. Célebre escritor frances, conocido especialmente por su obra titulada *Los Caractéres*, en la que da á la juventud la idea mas completa de la sociedad humana, describiendo exactamente las pasiones, los vicios y ridiculeces que con ligeras variaciones de usos y costumbres, que varian con las épocas, son siempre las mismas, y forman como el lazo que las liga entre sí. Poco y casi insignificante es lo que se sabe de la vida de este insigne escritor; únicamente que fué tesorero de la hacienda de Caen, y encargado despues de enseñar matemáticas al duque de Borgoña, bajo la direccion de Bossuet; que pasó el resto de sus dias en palacio con una pension que le hizo el rey de mil escudos anuales (sobre 12,000 reales próximamente); que fué nombrado miembro de la Academia francesa en 1693, y que murió tranquilamente en Versalles en 1696. Este amable filósofo ha publicado ademas una escelente traduccion de los *Caractéres de Teofrasto*, obra muy profunda de aquel escelente filósofo griego, buscada aun hoy dia por todos los que desean conocer á fondo la sociedad y las costumbres de la Grecia, que tanta influencia tuvieron en el desarrollo de la civilizacion del mundo conocido.

BUCARELI (don Antonio María), hijo de don Luis, segundo marques de Vallehermoso, y de doña Ana Ursua, condesa de Gerona. Entrado desde muy corta edad en el servicio de las armas desde la clase de cadete hasta la de teniente general, fué ascendiendo de grado en grado, y solo por el valor que demostró en las campañas de Lombardía y de Niza, de Plasencia y la Provenza. Destinado despues de asentada la paz al gobierno de Cuba, concluyó en la Habana los fuertes del Morro y Atares y la fortificacion de la Cabaña. Por estos señalados servicios fué luego nombrado virey y capitan general de Nueva España, presidente de la real audiencia de Méjico. En aquel mando tan estenso cuanto honroso, desplegó Bucareli sus grandes conocimientos militares y civiles, que le hicieron célebre en las antiguas colonias españolas. Activo é incansable en el cumplimiento de su deber, propúsose desde luego reformar la administracion de justicia, un tanto alterada con la desmesurada ambicion de muchos empleados que solo procuraban acaudalar grandes sumas en el ejercicio de sus empleos á costa de los pobres colonos. Los dominios españoles, puede decirse en verdad, que jamas tuvieran un defensor mas celoso y entendido; desterró la discordia, aseguró la tranquilidad de aquellos pueblos, y mientras se ocupaba en la creacion y disciplina de los regimientos provinciales que creó de nuevo, concluyó el fuerte de San Cárlos de Perote, mejoró la fortificacion del castillo de San Juan de Ulua, y edificó el de San Diego de Acapulco. Empero todo esto le pareció poco para satisfacer su amor patrio: sus deseos se estendian á engrandecer los dominios españoles, é incesantemente trabajó con este objeto. Promovió y llevó á cabo grandes esploraciones para descubrir las costas septentrionales de California, tan abundantes hoy en sus minas auríferas, hasta la altura de 58 grados. Secundó igualmente los ade-

lantamientos del nuevo departamento de San Blas, y dispuso que se emprendiera é hiciera por dos veces el camino por tierra á Monte Rey, vadeando los rios Gila y Colorado. En medio de tan vastas empresas no olvidó por eso el grande interes con que miraba el remedio y alivio de la indigencia y las mejoras de ornato público, así es que á su liberalidad se debe el magnífico hospicio que estableció en Méjico para socorrer a los pobres, proporcionándoles en él útiles y provechosas ocupaciones. Tambien debe aquella ciudad á Bucareli el hospital de dementes, y la cárcel de la Acordada, promoviendo y secundando con esfuerzo constante las sumas que para su establecimiento proporcionó su consulado, cediendo para ello una parte del cuantioso sueldo de 80,000 pesos fuertes que le habia señalado el rey. Despues de una existencia gloriosa y útil para su patria, amado y respetado de sus gobernados, á quienes habia hecho suave y agradable su poder, falleció con sentimiento universal el 9 de abril de 1779 á la avanzada edad de 71 años, llorado de los pobres que veian desaparecer con él un padre cariñoso, y un celoso defensor de sus derechos. Su cadáver fué depositado, despues de hacerle solemnísimas exequias, en la iglesia colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico, y su corazon en la de religiosas capuchinas de la misma ciudad.

BUCKINGHAM (Jorge Villiers, duque de). Este arrogante y fastuoso favorito de Jacobo I de Inglaterra, nació en el condado de Leicester en 1592. Hijo de una familia noble, pero escasa en bienes de fortuna, su esbelta figura y su talento natural mas inclinado á la adulacion que á la verdad, llamaron la atencion del rey, que le nombró su copero, y poco despues, habiendo caido en desgracia el conde de Sommerset, que gozaba de todo el valimiento de aquel monarca, le reemplazó Jorge, reuniendo en su persona, en menos de dos años, las altas dignidades de gentil-hombre de cámara, baron, vizconde y duque de Buckingham, custodio de los cinco puertos, y dispensador absoluto de los empleos y rentas de los tres reinos; de cuyo poder usó tan solo para satisfacer su ambicion desmésurada y sú codicia sin límites. Con su imprudencia, tono altivo, y arrogante grosería, desbarató el proyectado enlace entre el príncipe de Gales, despues Cárlos I, con una infanta española, engañando á la nacion inglesa acerca del estado de la península, obligando á la Inglaterra á sostener una lucha encarnizada en el Palatinado, donde sufrió no pocos y merecidos reveses. Para ello impuso nuevas y mas onerosas contribuciones, arruinando el comercio, y destruyendo la propiedad. El Parlamento británico alzado casi en masa contra las exacciones y arrogancia inaudita del torpe favorito, le declaró *corruptor del rey, traidor á las libertades patrias, y enemigo de la Inglaterra*, pero el insolente Buckingham, contestó á aquella solemne declaracion disolviendo por dos veces consecutivas la cámara de los Comunes, y arrestando á los individuos mas distinguidos del Parlamento. Desde entonces empezó á prepararse la tremenda tempestad que causó la muerte del infortunado Cárlos I. Favorito tambien de este príncipe, acabó durante su corto reinado de aniquilar á la nacion con empréstitos forzados, é imponiendo derechos ilícitos para llevar á cabo su ridícula empresa contra Cádiz, y su ataque contra la Rochela, que aunque en apariencia intentada para socorrer á los protestantes sublevados contra el rey de Francia, lo fué únicamente para vengarse del cardenal de Richelieu, ministro universal y favorito al mismo tiempo de aquel monarca, por haber descubierto las relaciones amorosas que en secreto queria tener con Ana de Austria, para lo cual se habia hecho nombrar embajador estraordinario en Paris. Arrojado de esta capital, donde á cada paso veia espuesta su

vida, á pesar del mucho oro que derramaba para procurarse seguros confidentes, logró, contra la viva oposicion de ambas Cámaras, que el débil Cárlos I le pusiera al frente de la escuadra enviada nuevamente en auxilio de los rocheleses, cuando al momento de dejar su casa para embarcarse, un desconocido le traspasó el corazon de una puñalada, el 23 de agosto de 1628.

BUFFON (Jorge Luis le Clerc, conde de) nacido en Montbard de la Borgoña el 7 de setiembre de 1707. Dedicado desde sus primeros años al estudio del derecho, pronto le abandonó para entregarse enteramente á las investigaciones de la historia natural á la que tenia una aficion decidida. Secundado poderosamente por los profesores de la escuela de Dijon, célebre en aquella época por la profunda instruccion que en ella se daba, sobresalió desde luego en el estudio de la geometría, que contribuyó no poco, andando el tiempo, á granjearle un nombre universal. Los contínuos viajes que emprendió desde los diez y ocho años de edad y su aficion á la lectura, fueron el principio de las curiosas investigaciones que hizo en los reinos vejetal y animal, que publicó á su regreso á Paris en 1744, y el proemio, por decirlo así, de su magnífica obra de *Historia natural*, que ha servido de modelo á los que posteriormente se han ocupado de esta ciencia. Si en verdad no puede decirse que sea el primero que la creó, no se le puede negar el hermosísimo título de su mas entendido propagador y mejorador de las teorías y observaciones del célebre Plinio. La academia francesa, deseando recompensar los grandes y brillantes estudios del naturalista frances, le admitió en su seno por unanimidad de votos, colmándole al mismo tiempo de merecidos honores; y el rey, por su parte, le nombró director general de sus jardines. Con esta proteccion logró dar mas ensanche al *Jardin de plantas* de Paris, que bajo su inspeccion, llegó á ser el mas magnífico y completo de los que se conocian y aun conocen en Europa. Empero, tantos afanes y cuidados y un saber tan distinguido no podia quedar esento, como no puede nunca estarlo el verdadero mérito, de la envidia de las medianías. Atacado con frecuencia por enemigos implacables, que con rateras calumnias y falsías, trataron de desacreditarle ante la Europa entera, que le conocia y admiraba, por mas que con ánimo sereno y conciencia tranquila la procuraba despreciarlos, minaron poco á poco su salud, dejando de existir en el mes de abril de 1788 á los 80 años de edad, llorado por todos los que pudieron gozar de su amable carácter y sólida instruccion. Sus obras se han hecho populares, y han sido traducidas en todas las lenguas de Europa.

BURGUERA (Romeo), poeta lemosin, cuyas obras se han encontrado recientemente en la Biblioteca Colombina de Sevilla: religioso dominico que ocupó los principales y mas elevados destinos de su órden, y se hizo notable cuando la caida de los Templarios. Partidario de Felipe de Francia, y uno de los sacerdotes que asistieron á aquellos caballeros en sus últimos momentos; hay quien cree que fué emplazado para ante el tribunal de Dios, lo mismo que el soberano destructor de aquella imponente milicia. La estincion de los Templarios tuvo lugar en 1312, y la muerte de Burguera en 1313. Era natural de Santany en Mallorca.

BUSTAMANTE (don Juan Ramirez), nació en Sevilla en 1566. Sabia siete dialectos diferentes de los indios, y por esto se le encargaron y desempeñó varias comisiones en las tierras nuevamente descubiertas en el Nuevo Mundo. Contrajo cinco veces matrimonio y tuvo de ellos cuarenta y dos hijos legítimos, y veinte ilegítimos de diferentes mujeres. A los noventa años se ordenó de sacerdote, gozando siempre de una salud robusta, no habiendo per-

manecido un solo dia en cama, ni padecido enfermedad alguna, falleciendo de resultas de una caida que dió al ir á celebrar el sacrificio de la misa, á los ciento veinte y un años de edad. Dícese que fué elegante poeta, pero sus obras no han llegado hasta nuestros dias.

BUSTAMANTE Y GUERRA (don José) nació este distinguido marino en Ontaneda, valle de Toranzo en las montañas de Santander el 1.° de abril de 1759. Sentó plaza de guardia marina en 1770, y aun cuando contaba muy pocos años, su constante aplicacion y la agudeza de su ingenio, le valieron el ascender á muy poco tiempo al grado de alferez de fragata, encargándosele el mando de la *Santa Clara*, destinada á socorrer la plaza de Melilla vivamente apremiada por los moros, logrando no sin grandes esfuerzos y arrojo, proveerla de comestibles y desembarcar varias piezas de artillería gruesa, en medio de los fuegos cruzados que contra él disparaba el enemigo. Destinósele, concluida esta peligrosa empresa, para conducir desde Cádiz á Puerto Rico y la Habana varias tropas, embarcadas en cinco urcas y la fragata *Esmeralda*, que iban á reforzar aquellas guarniciones. Regresado de aquellas ricas Antillas con un cargamento de caudales para la Hacienda pública, sufrió el buque en que las conducia una avería, varando por ineptitud del piloto á la entrada del canal de Bahama, sobre Cayo Largo, pero los conocimientos y actividad que desplegó en aquellos momentos críticos Bustamante, lograron despues de tres dias de lucha, sacar el buque de tan peligrosa posicion, salvando su rico cargamento. Desde 1777 hasta 1796, que fué promovido á brigadier de la armada, desempeñó diferentes comisiones del gobierno en Manila, Veracruz y la Habana, á bordo del *Velasco*, *Santa Ines*, *Triunfante*, *Santa Rosa*, *Africa* y *San Sebastian*, con el empleo de mayor general, y capitaneando la *Atrevida*, emprendió en 1789 el derrotero de las costas de América, comprendidas entre el Rio de la Plata y el cabo de Hornos por una parte, y por la otra entre este mismo cabo y los estremos de la América septentrional, hasta 61 grados de latitud, examinando las islas Marianas, Filipinas y Macao en la China; la isla de Mindanao y las de Morintay, la Nueva Guinea, y hasta quinientas leguas de mares no trillados hasta entonces; las Nuevas Hebridas, Nueva Zelanda y Nueva Holanda, el Callao de Lima, la Concepcion de Chile, las tierras de Fuego y la costa Patagónica y la parte occidental de las Malvinas, yendo á recalar á Buenos Ayres. Aun cuando por una negligencia poco disculpable por cierto, no se haya publicado la relacion exacta, tanto histórica como política, de este viaje de esploracion, el público ha podido disfrutar de los mapas marítimos levantados por Bustamente, junto con algunas observaciones astronómicas, y varias de historia natural, que son en gran manera apreciadas y estimables. Al llegar á Montevideo, tuvo nuestro marino que armar en guerra su corbeta la *Atrevida* con motivo de la guerra contra Francia, para escoltar un rico convoy que desde aquel punto se dirigia á España para el real tesoro, arribando felizmente á Cádiz el 21 de setiembre de 1794. Nombrado en 1796, gobernador militar y politico de Montevideo y comandante general de aquel apostadero, tomó disposiciones tan acertadas para el resguardo y salvacion de aquel importante puerto, vivamente hostilizado en aquella época por numerosas fuerzas navales de la Gran Bretaña, que á ellas se debió á no dudar el que la metrópoli conservase aquella rica parte de sus vastos dominios en América; haciéndose amar tanto de aquellos habitantes por su carácter conciliador y benévolo, que el gobierno no pudo menos de acceder á las súplicas que todos le dirigieron para que prorogase su mando por otros cinco años. Empero las azarosas circuns-

tancias que agitaban entonces á la Europa, y particularmente á España, reclamaban imperiosamente su vuelta sin concluir la próroga de su mando; pero al regresar á la madre patria conduciendo los caudales que desde aquel punto y de Lima se enviaban para cubrir los apuros siempre crecientes del tesoro, se vió traidoramente sorprendido al recalar en la costa española sobre el cabo de Santa María por cuatro navíos ingleses, cuyo comandante le hizo saber que aunque se hallaban en paz ambas naciones, tenia órden de su gobierno para detener el convoy y conducirlo á Inglaterra. Tan inesperada cuanto aleve intimacion llenó de justa indignacion el noble orgullo de Bustamente, y animando con el ejemplo á su gente, empeñó por toda contestacion un sangriento combate el 4 de octubre de 1804, contra fuerzas infinitamente superiores. El caprichoso destino no favoreció desgraciadamente á la lealtad y al heroismo: herido Bustamante de gravedad y retirado de la pelea, diezmada la tripulacion, y voladas é inutilizadas las fragatas *Mercedes* y *Medea*, vió el noble marino apresada su escuadrilla y conducida á Léndres. Restablecido en aquella capital de sus heridas, regresó á España donde un consejo de guerra le absolvió de toda culpa, con honorífica nota de su valor relevante. Invadida la península por la perfidia francesa en 1808, Bustamente, no tan solo se negó á reconocer al monarca intruso, sino que abandonando su familia y á costa de mil peligros, marchó á Cadiz á ofrecer sus servicios á la regencia. Nombróle esta, al momento, presidente de Charcas, y luego del Cuzco; pero sin que tuviese tiempo de marchar á su destino, le confirió la capitanía general y presidencia de Guatemala, en abril de 1810. Embarcado en un navío ingles que debia conducirle á su destino, despues de desempeñar al paso una mision honorífica en Méjico, tomó posesion de su alto cargo el 14 de marzo de 1811. La situacion en que aquel pais se encontraba era tristísima y difícil: los alzamientos sucesivos de Méjico, Buenos Aires y Costa-Firme habian tenido tambien su eco en varias provincias del territorio de su mando; pero Bustamante con su prudente celo y entendida vigilancia, supo desbaratar los planes de los conjurados, conservando aquella provincia fiel á la madre patria. Las medidas conciliadoras que adoptó para ello, y la tolerancia que usó con todos, no tan solo le valieron el conservar la tranquilidad pública y que la insurreccion aplazase sus planes para mas tarde, sino que pudo mandar á España, despues de pagadas abundantemente las cargas de la provincia, un ahorro de 1,257,359 pesos fuertes. Tan agitada vida, todavía acibarada con profundísimos disgustos, tanto mas sensibles para su alma, cuanto que provenian de la notoria injusticia con que le trataban algunos de sus conciudadanos, influyeron notablemente en el decaimiento de su salud, que le obligó á resignar su mando y volver á respirar los aires natales, con grandes demostraciones de sentimiento por parte de los habitantes de Guatemala que perdian con su ausencia un defensor celoso de su tranquilidad y reposo, y un activo fomentador de sus intereses. Establecido á su regreso en Madrid por haber sido nombrado vocal de la junta de fortificacion de Indias, director interino de la armada, y vice-presidente de la junta de fomento, falleció en esta corte el 10 de marzo de 1825. La patria perdió con él un patricio ilustre, y la marina española una de sus mejores glorias.

BYRON (Jorge Gordon, lord), vino al mundo en el mes de enero de 1788, en la abadía de Newitad, en Escocia. Educado desde sus mas tiernos años en el colegio de Harrou, y despues en el de la Trinidad de Cumbridge, mostró muy en breve un carácter independiente y altivo que no pudieron domar ni los castigos de sus maestros, ni las privaciones á que contínuamente le su-

jetaban; antes bien, unido todo esto á las crueles burlas de sus compañeros, que sin cesar le echaban en cara un ligero defecto que tenia en el andar, contribuyeron no poco á agriar su genio y desarrollar su misantropía y altivez. Espulsado del colegio por su carácter indomito, volvió al lado de su madre, que no le manifestaba por cierto gran cariño, se entregó á todo el esceso de sus pasiones, causándole no pocas reyertas y lances la viveza y ardor de sus amores. Allí compuso sus primeras poesías, tituladas: *Horas de recreo*, cuya publicacion le acarreó una tremenda filípica que le dirigió la *Revista de Edimburgo*, cuyos redactores, ó no comprendieron el vasto génio que se ocultaba bajo aquellos modestos ensayos poéticos, ó si lo previeron, quisieron cortarle las alas en su primer vuelo. Empero aquel apasionado artículo, en que habia mas personalidades groseras que sano criterio, en vez de anonadar á Byron, solo sirvió para exaltarle mas. A los Zoilos injustos de Edimburgo, contestó con una sátira tremenda, atacando no sin motivo la reputacion que habian adquirido algunos literatos de la época. Desde entonces data la amistad que le unió siempre con Walter Scott y Tomas Moore, que tambien, como él, fueron cruelmente zaheridos en la *Revista*. Admitido en la Cámara de los lores, cuya dignidad le correspondia de derecho por su ilustre nacimiento, sus nuevos colegas no le dispensaron toda la fraternal acogida que él creia merecer: su vida disipada, su reputacion de licencioso y mas que todo las libres y poco comunes ideas que habia manifestado en sus escritos, previnieron contra él el ánimo de la aristocrácia inglesa, que creia encontrar en Byron un funesto atentador de su arraigado orgullo y de sus antiguos privilegios. Los discursos que pronunció en la alta Cámara no hicieron mas que conservar tan injusta antipatía. Lord Byron, disgustado de aquella existencia, y de una lucha sin fruto, perseguido ademas con los sarcasmos de aquella sociedad infatuada é intolerante, y ansiando, por último, ver y observar el mundo en otras regiones que bajo las frias nieblas del Támesis, emprendió un viaje á Italia y Grecia, cuyos poéticos paises cautivaban tanto su atencion, recorriendo antes las costas de Portugal y España, cuyas impresiones ha dejado brillantemente consignadas en su poema titulado *Childe Harold*. Este magnífico escrito que publicó á su regreso á Lóndres, cambió enteramente la opinion en su favor. Lord Byron fué entonces el hombre de moda, y al mismo tiempo que esta nombradía le sirvió para vengarse de sus enemigos, aumentó el número de sus conquistas amorosas. A poco tiempo, otro poema titulado el *Corsario* aumentó en tanto grado el entusiasmo, que el primer dia de su publicacion se vendieron 10,000 ejemplares. El *Ghiaom*, la *Desposada de Abidos* y *Lara*, que dió sucesivamente á luz, añadieron nueva celebridad al jóven lord, pero la disipacion de vida á que se entregó le malquistó con sus queridas, de las que se vengó cruelmente publicando amargos epigramas. Cansado de esta agitada existencia y creyendo encontrar el reposo en los lazos conyugales, contrajo matrimonio en 1816 con Mis Milblanc, de quien tuvo una hija al poco tiempo. Empero su inquieto carácter y sus turbulentas costumbres se avenian mal con la tranquilidad doméstica, á que se añadió para disgustarle mas, el génio poco tolerante y un tanto celoso de su esposa, que le obligó á separarse violentamente de ella. Esta separacion le enemistó con sus iguales, á cuyo ódio contribuyó en gran manera la estrecha amistad que contrajo con los principales radicales de ambas cámaras. La calumnia, inseparable del verdadero mérito, vino á agregar por entonces con su maldiciente lava nuevos disgustos á los disgustos anteriormente sufridos; pero su génio altivo no quiso descender á justificarse ante la opinion, que poco antes le habia en-

salzado hasta las nubes, y abandonando por segunda vez á su patria, á su mujer y á su hija, fijó su residencia un corto tiempo á las orillas del lago de Ginebra, trasladándose despues á Florencia. En esta artística ciudad, preso perdidamente de amores, por la condesa G... la separó de su esposo y vivió públicamente con ella, protegido en sus adúlteras relaciones por los padres de la condesa, perseguidos por formar parte de la sociedad de los carbonarios, á quienes Byron dispensó grandes favores y proteccion. Con ellos y la condesa á quien amaba con delirio, se trasladó á Rávena, donde alcanzó inmensa popularidad, siendo su casa el centro de las conspiraciones urdidas en favor de la libertad italiana, y el depósito de armas que debian distribuirse, cuando llegase el momento oportuno á los conjurados. Perseguido en Rávena, pasa á Ferrara, donde publica la *Profecía del Dante* para animar á los italianos á recobrar su nacionalidad perdida, y desde allí á Venecia donde escribe el *Beppo* y una parte del *Don Juan*, odisea satírica, cuyo final se ha publicado despues de su muerte, aun cuando existen fundadas dudas acerca de su autenticidad, y que es una revista satírica de las costumbres y opiniones de su tiempo. Una desgraciada aventura de amores que en esta ciudad tuvo con una veneciana conocida por su belleza y recato, que por celos al ver las infidelidades de su amante le amenazó de muerte, y desesperada por sus sarcasmos y abandono se arrojó al canal, como por las opiniones liberales que ostentaba, se vió espulsado de Venecia por el gobierno austriaco y ocupados todos sus papeles. Proscrito y errante, sin encontrar puerto seguro donde vivir, se resuelve á marchar á Grecia, cuyos pueblos habian tomado las armas para sacudir el yugo insoportable de la media luna, llegando á Cefalonia á primeros de agosto de 1823; pero viendo que desgraciadamente existian tristes divisiones entre los jefes de los griegos, se establece al pronto en Metaxata para no afiliarse en ninguno de los dos bandos. Allí se hace amar por varias acciones de humanidad que no podemos pasar en silencio. En un hundimiento en el que habian sido sepultados muchos infelices, iban estos á quedar enteramente privados de ver la luz, cuando se presenta lord Byron, y poniéndose al frente de varios trabajadores á quienes anima con su ejemplo, y recompensa con su dinero, logra al fin libertarlos de la muerte: liberta á los prisioneros turcos y griegos esforzándose en suavizar la ferocidad de aquella guerra encarnizada, y por último negocia con los jefes griegos para calmar y desvanecer sus diferencias, logrando al cabo cimentar su union. Sabe luego que Misholonghi, baluarte del Peloponeso se halla vivamente atacado por mar y tierra por los turcos, y entra en la plaza para secundar los heróicos esfuerzos de Mauwocordato que le defiende. La escuadra griega que podia salvar aquella ciudad, se niega á ello hasta que la paguen sus sueldos atrasados, y lord Byron marcha á Lóndres, vende una parte considerable de su patrimonio, y regresa con algunos fondos á Grecia á mediados de enero de 1824, paga á la escuadra, arma y mantiene á sus espensas 500 suliotas y se proclama su jefe. Nómbrale el gobierno provisional general de una division de 3,000 hombres destinados á sitiar á Lepanto; pero sobreviene la discordia entre los suliotas y los de Misholonghi y se difiere el sitio. Este contratiempo aflige en estremo á Byron, y su impaciencia y su agitada vida le producen un ataque de epilepsia el 15 de febrero, que se repite por cuatro veces consecutivas en el mes. En tanto, convoca el gobierno un congreso que debe reunirse el 16 de abril en Sulone, al que debia asistir el magnánimo lord, pero acometido el 9 de una calentura inflamatoria espira el 19 en brazos de su fiel criado, á los 37 años de edad, habiendo compuesto pocos momentos antes de espirar un can-

to á la libertad, siendo sus últimas palabras una tierna despedida á su mujer y á su hija. El gobierno griego, al saber su muerte, mandó que se le hicieran funerales magníficos como á su mas ilustre ciudadano, declarando al mismo tiempo que adoptaba á su hija como hija de la patria. Presenta Byron una contradiccion estraordinaria entre sus costumbres y sus escritos: en religion unos le creen ateo, otros escéptico y maniqueo, al paso que él se lamenta de no haber nacido católico. Aristócrata de cuna se jacta de despreciar las preocupaciones de su clase, y abandona sus privilegios al mismo tiempo que se irrita sobremanera al menor insulto que se pretende hacer á su orgullo y altivez. Esparce las mas bellas máximas contra la disipacion que le hace tan desgraciado, y su vida es una disipacion continuada. Desprecia á las mujeres y las ultraja con sus epigramas, y es siempre víctima del amor, sin poder nunca separarse de ellas. Incrédulo, cree en los presagios: tropieza por casualidad la primera vez que va á casa de su prometida, y no vuelve jamas á entrar en ella. Encuentra el anillo nupcial de su madre el dia de sus desposorios, y juzga que como aquel, tambien será el suyo desgraciado. Se hace decir la buenaventura, y la gitana le dice que los años 27 y 37 le serán fatales, y como para corroborar este presagio, se casa á los 27 y muere á los 37. Considera el matrimonio como una cadena insoportable, como una calamidad de que se debe huir, y se casa y escribe que el matrimonio es el estado mas feliz de la vida y mas propio para calmar las pasiones. Se felicita de su separacion con su mujer, pero pronto la echa de menos y desea la reconciliacion; propónele el medio de volverse á unir, pero al momento le manifiesta que es absolutamente imposible. A pesar, sin embargo, de todos sus defectos, lord Byron no puede menos de ser considerado como uno de los primeros poetas del siglo XIX.

C

CABARRUS (don Francisco), nació en Bayona en 1752. Su padre, rico comerciante de esta ciudad, quiso que siguiera sus primeros estudios en Toulouse, pero el jóven Cabarrus cuyo carácter independiente se avenia mal con la monotonía de un colegio, se escapó precipitadamente á España, y fijó su residencia en Zaragoza. Allí siguió el comercio, y casándose con la hija de su principal, púsole este al frente de una fábrica de jabon que tenia en Carabanchel. Con la aproximacion á Madrid, contrajo varias amistades que le fueron muy provechosas, especialmente con el director entonces de *La Gaceta*, que le proporcionó las relaciones de Campomanes y Olavide. Con motivo de la guerra que España sostenia entonces con la Inglaterra, cesaron las grandes remesas de dinero que se recibian de Méjico, y agotados todos los caudales del Tesoro público, iba á caer este en los mayores apuros, cuando el ministro de hacienda, Muzquiz, que conocia á fondo la vasta inteligencia de Cabarrus, le consultó sobre el medio que adoptaria para hacer frente á tamañas necesidades, y entonces fué cuando don Francisco concibió el proyecto de crear los vales reales. Adoptóle el ministro, y de ello resultaron grandes ventajas; tanto que al principio se buscaban los vales con mas afan que el metálico. Animado Cabarrus con el buen éxito de aquella idea, propuso en seguida y presentó al ministro el plan del establecimiento y formacion del Banco de San Cárlos, que tambien se aprobó y puso en planta el 2 de junio de 1782, de cuyo Banco fué nombrado director. La guerra obstinada, que como llevamos dicho, sostenia España contra la Gran Bretaña, habia hecho sufrir á la compañía llamada de Caracas, considerables perjuicios, y ya iba á verse privada enteramente del comercio esclusivo del cacao, cuando propuso Cabarrus unir el comercio de América con el de Asia por las islas Filipinas, proyecto que fué aprobado y creada la compañía de este nombre el 10 de mayo de 1785. Al mismo tiempo que Cabarrus organizaba estas vastas cuanto utilísimas empresas, propuso al gobierno la apertura de un canal de riego y navegacion, que empezando en las montañas de Guadarrama, fertilizase los alrededores de la corte, yendo á desembocar al Guadalquivir. Principiáronse, en efecto, los trabajos de tan magna empresa, y á no dudar se hubiera llevado á cabo, si el ministro entonces de hacienda, don Pedro Lopez de Lerena, haciéndose eco de la malevolencia y envidia que persigue siempre con tenaz ardimiento lo que contrasta con rancias preocupaciones y mezquinos intereses, no hubiera mandado suspender en 1786 los trabajos empezados. Cabarrus se vió desde entonces perseguido por las intrigas cortesanas que se aumentaron con tenaz encono, cuando informó contra la creacion de un monte pio en favor de las viudas de los nobles, y hubiera sido su víctima si Cárlos III que conocia el mérito de Cabarrus y los grandes servicios que habia hecho á su pais, no le hubiera cubierto siempre con su régia proteccion: pero á la muerte de este monarca en 1788, Lerena encontró ocasion oportuna de vengarse. Pidióle al efecto la rendicion de cuentas, y ora que estas no estuviesen tan minuciosamente justificadas como se exigia, ora que hubiese ánimo deliberado de perseguirle, es lo cierto que se le puso preso en 24 de Junio de 1790; pero Cabarrus imploró la antigua amistad que le unia con el favorito Godoy á quien habia hecho señalados favores al principio de su elevacion, y salió enteramente libre del proceso; y restituida su libertad con el apoyo del favorito, fué nombrado Cabarrus mi-

nistro plenipotenciario en el congreso de Rastadt en 1797 y, concluido este, embajador de S. M. C. cerca de la república francesa, pero aquel gobierno no quiso admitirle por ser originario frances. Dióselc, en cambio, una comision en Holanda, donde permaneció hasta la caida de Godoy, que fué llamado á España por Fernando VII. Empero al llegar á Zaragoza se vió cruelmente amenazado por los habitantes de aquella ciudad pronunciada terriblemente contra el usurpador, envolviéndole en la proscripcion general por haber nacido en Bayona, sin tener en cuenta que no tenia de frances mas que el nacimiento. Preservado de aquel inminente peligro á favor de un disfraz, y embarcándose de noche en el canal, anduvo errante por varias provincias, hasta que entronizado el usurpador en el trono de San Fernando, le nombró superintendente de la caja de consolidacion y despues ministro de hacienda. Pero al llegar á Sevilla, á donde fué para organizar las oficinas dependientes de su ministerio, se vió atacado de la gota que lo llevó al sepulcro el 27 de abril de 1810.

CABESTAN ó CABESTAING (Guillelmo de), hidalgo del condado de Rosellon y poeta del siglo XIII. Escelente trovador y ardiente enamorado, tuvo varias queridas, siendo la última Triclina Carbonell en cuyo loor compuso varias trovas. El marido de esta, celoso de la preferencia que concedia á Cabestan le mató á traicion, y arrancándole el corazon lo sirvió en una fuente de plata á Triclina obligándole á que lo comiera. Hízolo así en efecto, pero declarándole al mismo tiempo, que pues que habia comido tan noble carne, y unido á su corazon el corazon de su amante, no debia probar en adelante manjar alguno, y en cumplimiento de su propósito se dejó morir de hambre el año 1213. El marido furioso por tan sin igual constancia, la hizo, despues de muerta, arrancar tambien el corazon y lo arrojó en pasto á sus perros, que mató enseguida quemándolos vivos, y aventando luego sus cenizas.

CABEZA DE VACA (Alvaro Nuñez), natural de Estremadura, nacido en 1507. Estaban en aquella época en su mayor furor los deseos que animaban á todos de descubrir nuevas regiones en América, y Alvaro Nuñez que á esta pasion general unia un carácter independiente y un tanto aventurero, se embarcó en Sanlúcar el 17 de Junio de 1527, cuando apenas contaba 20 años de edad, con el cargo de tesorero de la escuadra, que al mando de Pámfilo de Narvaez, salió de aquel punto para el rio de las Palmas en la Florida. El desgraciado éxito que tuvo aquella espedicion, obligó á Alvaro Nuñez á refugiarse en Méjico despues de haber participado de las gloriosas fatigas de sus compañeros, y corriendo mil peligros su existencia, volviendo á España en 1537. Presentado en la corte, solicitó y obtuvo del rey el permiso para continuar sus descubrimientos, ofreciendo emplear en la nueva empresa 8,000 ducados de su propio bolsillo, y proveer ademas á su gente de vestuario, municiones, caballos y víveres necesarios para llevar á cabo la conquista y posesion del rio de la Plata. Dióscle en consecuencia, el título de Adelantado, y entre las varias concesiones que obtuvo fué el que no hubiese en las tierras que pudiera descubrir ni abogados ni procuradores, por cuanto la esperiencia enseñaba constantemente que en los nuevos descubrimientos que se hacian, se originaban grandes desavenencias, y se perturbaba de contínuo la paz con el establecimiento de semejantes oficios. Con 400 soldados y 2 buques partió de Cádiz, Alvaro Nuñez, el 2 de noviembre de 1540. Despues de no pocos trabajos á causa de lo bravo de la mar, y de la impaciencia de su gente, que la firmeza de su carácter pudo solo contener, llegaron á Santiago de Cabo Verde, desde donde reparados los buques se

dirigió al rio de la Plata. Llegado á este punto desembarcó su gente, dirigiéndose por tierra al Paraguay, y al cabo de 19 dias de marchas penosísimas, pisó por fin las inmensas llanuras habitadas por los indios guaraneces, á cuya tierra dió Alvaro Nuñez el nombre de provincia de Vera, en memoria de su padre el célebre descubridor de las islas Canarias. Continuando su viaje el 11 de marzo de 1542, hizo su entrada solemne en la Asuncion. El mismo dia tomó posesion de aquel gobierno y del cargo de Adelantado, saliendo en breve á proseguir sus descubrimientos, sujetar á los indígenas mal avenidos con sus nuevos señores, y arreglar las diferencias suscitadas entre los españoles y los indios sobre el reparto de las tierras. Empero todo el celoso afan y los cuidados de Alvaro, no pudieron preservarle de la malevolencia de algunos ambiciosos que se propusieron fracasase su gloriosa empresa. Varios de sus compañeros y dependientes que no podian adquirir las grandes riquezas que ambicionaban con el sistema de moderacion que habia adoptado, se coligaron con los del pais, y prendiendo á Nuñez una noche, le cargaron de cadenas. Sus leales amigos quisieron defenderle, pero Alvaro, seguro de su proceder, rehusó su auxilio, y se dejó embarcar para ser conducido á España. Una tempestad que se levantó al encontrarse en alta mar, puso á prueba la lealtad de Nuñez. Asustados los que le custodiaban y viéndose próximos á perecer, le quitaron las cadenas rogándole con lágrimas les salvase. Alvaro accedió á sus ruegos, y gracias á su pericia en las maniobras de los buques, llegaron sanos y salvos á las Azores. Pero luego que se vieron en tierra, los carceleros, olvidando que le debian la vida, le acusaron ante aquel gobernador de haber saqueado las islas de Cabo Verde á su paso para la Plata, mas el gobernador, mas honrado que los calumniadores de Alvaro, no quiso oir la acusacion, y los envió ante el gobierno español. Renovaron sus acusaciones al llegar á Sevilla, donde se hallaba la Corte á la sazon, pero Alvaro Nuñez supo demostrar tan claramente su inocencia, que no solo consiguió su libertad, sino que se le confirmó en todos sus empleos y distinciones. Sus detractores perecieron casi todos sumidos en la miseria y el desprecio, mientras que Cabeza de Vaca continuó disfrutando de la gracia y de los favores del monarca, hasta que le alcanzó la muerte en 1558. Por su amabilidad con todos, su tolerancia con sus gobernados, y la equidad con que trató á los pobres indios, ha logrado Alvaro Nuñez conservar un lugar distinguido entre los descubridores de las colonias americanas; y si muchos de sus sucesores en el mando hubieran imitado su conducta, tal vez no se lamentara España de la pérdida de aquellas ricas y feraces posesiones, ni se vieran la mayor parte entregadas hoy al desórden y á la anarquia.

CABRERA (don Bernardo de), nació en Calatayud en 1298, de una familia distinguida. Dedicado desde muy jóven á la carrera de las armas, se distinguió con notables hechos en la conquista de Mallorca, sujetando despues á los moros sublevados que vagaban por el reino de Valencia. Nombrado por don Pedro, llamado *el Ceremonioso*, ministro y jefe de su gobierno, desplegó en el ejercicio de tan alto cuanto difícil cargo, sus vastos conocimientos políticos como antes los habia desplegado en la guerra, tanto que, cuando el rey aragones quiso apoderarse de la isla de Cerdeña, dependiente entonces de la república de Génova, puso á Cabrera al frente de la armada, coligada con la de los venecianos, y ambas derrotaron á los genoveses, apresando ó echando á pique sus galeras en la memorable jornada del 27 de agosto de 1335. La gloria de que se cubrió Cabrera en aquella ocasion como jefe de la escuadra combinada, le suscitó la envidia y maledicencia de los cortesanos, y como don Bernardo

fuese demasiado hábil político para no conocer que la amistad de los reyes es de suyo mudable y peligrosa, renunció todas sus dignidades y se retiró á vivir á un monasterio. No tardó don Pedro en conocer el grande hueco que dejaba Cabrera en sus consejos, y no queriendo verse privado de ellos, sobre todo en las críticas circunstancias por las que iba, no sin trabajo, atravesando, fué á visitarle en persona, rogándole encarecidamente tornase á la corte como así lo efectuó. Hallábase entonces trabajada Castilla por la guerra civil y fratricida entre Enrique de Trastamara y don Pedro, apellidado por unos *el Cruel*, y *el Justiciero* por otros. Enrique se habia aliado con la Francia, la que envió en su socorro una banda de aventureros mandados por Bertran Claquin, ó Duguesclin, que como si la España fuese tierra conquistada, talaban los campos, saqueaban las ciudades, violaban á las mujeres y nada dejaban ileso de su voraz rapiña, y el de Trastamara trató de ligarse tambien con los reyes de Aragon y de Navarra para hacer mas posible la victoria; pero Cabrera siempre leal y honrado presentó aquella guerra al rey, como tan impolítica é injusta, que don Pedro ya casi se inclinaba á seguir su parecer, cuando la influencia de la reina, secundada por aduladores cortesanos, supo destruir la del privado con falsas suposiciones y calumnias. Acusáronle, para ello, de hallarse vendido á don Pedro de Castilla, y de haber querido envenenar al rey para apoderarse del trono. Don Bernardo, aun cuando seguro de su inocencia, temiendo con razon el poder de la reina y la debilidad de su esposo, crédulo en demasía, trató de evitar el golpe, refugiándose en Francia, pero fué detenido en la frontera y conducido con fuerte escolta á Zaragoza. Renováronse allí las acusaciones, y se le dieron, para que confesase su crímen, fuertísimos y desconocidos tormentos; pero Cabrera seguro de su inocencia nada confesó, y á pesar de los esfuerzos de las personas interesadas en su daño, el crímen no pudo probarse. La justicia y la ley reclamaban su libertad, pero el rey ostigado por la reina, no supo obedecer á la razon y le entregó por su debilidad culpable á las venganzas de sus irreconciliables enemigos. Cabrera fué decapitado en Zaragoza el 26 de junio de 1364 á la avanzada edad de 66 años, confiscándole al mismo tiempo todas sus propiedades. Empero el pueblo, mas justo que el monarca, le obligó algun tiempo despues á que justificase la memoria del que, defensor de sus libertades patrias, habia sido sacrificado injustamente al ódio personal de bajos aduladores, y que restituyese sus bienes á su nieto don Bernardo.

CADALSO (don José), nació en Cádiz el 10 de octubre de 1741, de una familia antigua y solariega de Vizcaya. Enviáronle sus padres á Paris, cuando apenas contaba nueve años de edad, donde aprendió las humanidades y las ciencias exactas y naturales, perfeccionándose al mismo tiempo en los idiomas latino, frances, ingles, aleman, italiano y portugues que hablaba con rara perfeccion. El 4 de agosto de 1762, entró de cadete en el regimiento de caballería de Borbon con el que hizo la guerra contra Portugal, distinguiéndose por su denuedo y valor cuando intentaron pasar los enemigos el Tajo y en el sitio y rendicion de Almeida. Ascendido á capitan en 22 de junio de 1764, trasladóse con su regimiento á Zaragoza, en cuya ciudad se dedicó con ardor al cultivo de las bellas letras. Unido con íntima amistad con don Gaspar Melchor de Jovellanos y otros ilustres españoles que en aquella época procuraban con loable esfuerzo desterrar las vulgares, cuanto perjudiciales preocupaciones, que el mezquino interes y fanatismo habian arraigado en los ánimos españoles, Cadalso coadyuvó mucho con sus escritos á acelerar la aurora de la regeneracion, satirizando con fina y delicada crítica en sus *cartas marruecas*, todo cuanto á su

juicio claro era digno de abolicion ó de radical reforma. *Los eruditos á la violeta* que escribió despues, es otra sátira ingeniosa, perfectamente escrita contra cierta clase de gentes que quieren pasar por sábios, sin haber estudiado nada. El autor no solamente ridiculiza la superficialidad de semejante clase de eruditos, sino que nota de paso en muchos autores estranjeros los mismos vicios y acaso mucho mas exagerados que los que imputan á los españoles. En el *suplemento á los eruditos* y en la *Carta de un erudito viajante á la violeta*, resaltan su espíritu patriótico, y hace notar los grandes yerros en que esta gente hace caer con sus superficiales y falsas relaciones, aun á los hombres mas instruidos y circunspectos. *Las noches lúgubres*, de las que se han hecho varias ediciones, son una imitacion de las del ingles Young, y acaso superiores á estas por la sublimidad de la invencion, lo patético de las espresiones y la energía de su estilo. Por último, en sus *poesías líricas* revivió, como justamente asegura Quintana, la anacreóntica que habia muerto con Quevedo. En el festivo y ameno Cadalso de quien Melendez recibió tan útiles lecciones, terminan los ensayos y esfuerzos para restablecer el arte poético, y desde entonces principia una nueva era para la poesía castellana con otro fondo, otro carácter, otros principios y aun puede decirse, con otros modelos. Lo que hace mas apreciables las obras de Cadalso es su juicioso modo de pensar, su espíritu de humanidad, y el acendrado patriotismo que resalta en ellas. Empero mientras Cadalso se dedicaba con constante esmero á restaurar nuestra literatura con Huerta, el maestro Gonzalez, Iglesias, Moratin y Melendez, con cuya amistad se honraba, los generales Aranda, Ricardos, Alvarez de Sotomayor, veian en él un perfecto modelo de todas las virtudes militares, y le encargaban las comisiones mas delicadas y la defensa de los puntos de mayor importancia. Ascendido á coronel de caballería en recompensa de sus buenos y dilatados servicios, hallábase Cadalso mandando una batería en la guerra contra los ingleses; al frente de la plaza de Gibraltar fué herido en la sien derecha, por un casco de granada, muriendo en el campo del honor á los 40 años de su edad y 19 de servicio.

CADMO, hijo de Agenor, rey de Fenicia. Segun los mitólogos, fué el inventor del alfabeto, el cual enseñó en diferentes reinos de la Grecia, durante la larga peregrinacion que emprendió con su esposa *Harmonia*, hija de Júpiter, y maestra á su vez del sublime arte que lleva su nombre, á consecuencia de las terribles predicciones del oráculo. La circunstancia de haber asistido á sus bodas todos los dioses, á escepcion de Juno, no impidió que su descendencia fuese desgraciadísima. Fruto del matrimonio de uno de los hijos de Cadmo con Nictis, fué el famoso Lago, padre del infeliz Edipo. Agovea, hija tambien suya, dió á luz al infortunado Panteo, destrozado despues por las Bacantes, en ocasion en que le sorprendieron oculto entre las ramas de un árbol del Citeron. A la familia de Cadmo pertenecen asimismo Ino y Semele, con quien la suerte no se mostró menos rigurosa que con sus hermanos. Víctima la primera de las mismas tramas que imaginaba, para perder en su celoso furor á Prixo y Helea, hijos de su rival y su inconstante marido, hubiera indudablemente perdido la existencia en el seno del mar, sin la proteccion inmerecida de Neptuno; la segunda, seducida por Júpiter, tuvo el triste fin que en las biografías de Ceres y Baco se refiere, pagando con su vida la curiosidad é insensato orgullo que la movieron á exigir al Dios apareciese á sus ojos en todo el esplendor que le rodeaba. Antes de todos estos sucesos, Cadmo, que era uno de los cuatro hermanos de Europa, salió á buscarla por toda la tierra, de órden de su padre,

que poco resignado con su suerte, mandó á Finco, Cilix, Fenix y nuestro héroe no dejasen rincon en el mundo, por escondido que fuese, que no registrasen hasta dar con ella. Desde aquel momento los hijos del desconsolado padre, abandonaron su patria para no volver mas, obedeciendo tambien en esto á su padre, que les habia prohibido volver á Fenicia sin llevar consigo á su hermana. Cansado de perseguir inútilmente al inmortal raptor de Europa, Cadmo resolvió por fin en Grecia consultar al oráculo, y este le respondió que «era la voluntad de los dioses fundase una ciudad en el lugar en que la primera vaca que encontrase se detuviese.» Volvió á emprender su marcha el hijo de Agenor, topó un animal de la especie indicada en el camino, y siguió sus pasos hasta la Beocia, donde la vaca se paró á descansar, y allí edificó una ciudad, á la que puso por nombre Tebas, proponiéndose por modelo para su construccion á la Tebas egipcia. Pero antes de dar principio á la obra, quiso impetrar el auxilio de los dioses sacrificándoles á su guia, y necesitando agua para las libaciones, envió por ella á algunos de los que en su espedicion le acompañaban. Llegados estos á la fuente mas inmediata, vieron que un horrible dragon la defendia. No les dió tiempo de retroceder el mónstruo, pues aprovechándose de su asombro que les dejó como si allí les hubiesen clavado, los devoró á todos. Cadmo, estrañando su tardanza se dirigió impaciente hácia el sitio de la catástrofe. Los restos de sus compañeros, sangrientos y destrozados, cubrian el camino, y el dragon victorioso se preparaba á despedazarle; mas el intrépido fundador de la Tebas de Beocia, no se amedrentó por eso, antes por el contrario se lanzó á él y combatiéndole le dió pronta muerte. Satisfecho con el triunfo que acababa de obtener, arrancó los dientes al mónstruo y los sembró en la tierra; pero ¡cuál no seria su sorpresa cuando vió que cada diente producia un guerrero, y que así que acabó de aparecer aquella prole infernal, los unos acometieron á los otros y todos juntos se hirieron y golpearon mútuamente hasta lograr destruirse! Solo cinco sobrevivieron á sus hermanos, los cuales, uniéndose á Cadmo, dieron la vuelta con él y le ayudaron á edificar la ciudad. Despues de la fundacion de esta, nuestro héroe verificó su enlace con la hija del señor de los dioses, ocurriéndole los sucesos al principio referidos, á los que siguieron algunos años de oscura vida pasados por ambos en lo mas retirado de la Iliria. Por último, Júpiter los arrebató en un carro tirado por dos serpientes, conduciéndolos á los campos Elíseos en recompensa de sus virtudes.

CAGLIARI (Pablo), y no Caliari como lo apellidan algunos biógrafos, denominado el *veronese* por haber nacido en Verona en 1530 segun unos, y 1528 segun otros. Su padre que era escultor, fué su primer maestro, y uno de sus tios Antonio Badili, que era pintor, le admitió despues por discípulo. Rivalizando con el Tintoretto aun cuando no le igualó en la maestría del pincel, le escedió en la nobleza con que representaba la naturaleza. Caracterizan sus cuadros una imaginacion fecunda, viva y elevada, mucha majestad y espresion en sus cabezas, elegancia en sus figuras de mujeres, frescura en su colorido, y verdad y magnificencia en sus ropajes. Murió en Venecia en 1588 con la reputacion de gran pintor, de hombre honrado y amigo generoso. Habiendo sido recibido espléndidamente en una casa de campo que un amigo suyo poseia cerca de Venecia, pintó en ella secretamente un bellísimo cuadro de *la familia de Dario*, dejándolo allí al marcharse, en prueba de su agradecimiento.

CAGLIOSTRO (el conde Alejandro de), nació en Palermo en 1743, y es su nombre verdadero *José Bálsamo*, pero tomó el apellido de su tia y madrina

Vicenta Cagliostro. Huérfano de padre desde sus mas tiernos años, debió al cuidado de su madre y abuela una educacion escogida y una vasta instruccion. No era, sin embargo, adecuada al carácter de Bálsamo la monotonía del encierro de un colegio, pues su carácter independiente y ambicioso, le impulsaba á buscar otro mundo y otra sociedad donde pudiese desarrollar el gran deseo de figurar como un gran personaje. El primer paso que dió en su carrera de aventurero fué el sacar una suma considerable á un platero de Palermo, llamado Marrano, ofreciéndole en cambio descubrirle un inmenso tesoro. Con ella emprendió un viaje á Levante, recorriendo sucesivamente la Grecia, el Egipto, la Arabia, la Persia y las islas de Rodas y de Malta, donde contrajo amistad con un viejo alquimista llamado Althotas, que gozaba de gran reputacion de sábio, y que decia haber descubierto un elixir que ahuyentaba la muerte al que lo usaba. Desde Malta, donde fué brillantemente acogido por el gran maestre de la órden, quien no tan solo le dió varias cartas de recomendacion sino tambien dinero, pasó Cagliostro á Nápoles y de allí á Roma, donde se casó con una jóven de rara hermosura llamada Lorenza Feliciani, hija de un fundidor de metales, recorriendo con ella la Holanda, Inglaterra y España, unas veces con el nombre de *Tischio* y otras con el de *Meliso, Belmonte Pelegrini*, el *conde Fenix* y *Harat*, y al llegar á Francia fué donde adoptó el de conde de Cagliostro que conservó siempre despues. Las naturales gracias de su esposa y la seduccion de su trato le sirvieron en gran manera para averiguar muchos secretos de las familias de los paises por donde viajaba, y unido esto á su lenguaje enfático y misterioso, dieron á Cagliostro tal fama de profeta, que su tránsito por los pueblos era una verdadera ovacion. Iniciado en los principios del magnetismo, cuya ciencia apenas se conocia entonces, la hacia servir para adivinar el porvenir, prediciendo la suerte que habia de caber á los que le consultaban. Cuando en 1780 llegó á Strasburgo, fué tal el entusiasmo que produjo su presencia, que las autoridades tuvieron que tomar sérias medidas de precaucion, para evitar las desgracias que podria producir la muchedumbre que á todas horas se agolpaba á la puerta de su alojamiento. Celebráronse grandes fiestas en su honor, y no podia salir vez alguna á la calle sin que los fanatizados habitantes le paseasen en triunfo, llevándole sobre sus hombros por toda la ciudad. Las limosnas, actos de beneficencia y curaciones que hizo con los pobres, fueron tantas, que hasta los predicadores le presentaban en sus discursos como un hombre estraordinario y digna de imitarse su conducta. Precedido de esta fama, llegó Cagliostro á Paris á principios de 1785. Su llegada causó tal novedad, que de todas partes acudian las gentes para ver y consultar á un hombre tan prodigioso. Bálsamo llegó á ser en pocos dias el objeto de todas las conversaciones; la agudeza de su ingenio, el atractivo de su lenguaje, y en especial sus vastísimos conocimientos, escitaron la admiracion universal. Hasta la moda le pagó su tributo, pues en breve las damas mas encumbradas y hasta las clases mas inferiores de aquella sociedad, no usaron mas que chales, abanicos, sombrerillos y vestidos á lo Cagliostro. Ligado íntimamente Cagliostro con el príncipe cardenal de Rohan, que segun cuenta la crónica andaba perdidamente enamorado de la reina María Antonieta, anduvo mezclado en el famoso asunto del collar de diamantes de un precio fabuloso, que parece que la reina deseaba poseer, y el cardenal queria regalarla para captarse sus favores. Empero fueron tantos y tan escandalosos los incidentes que mediaron, que se instruyó un proceso sobre ello, y Cagliostro fué encerrado en la Bastilla, junto con Mme. de la Motte, su cómplice. Bálsamo, no obstante, para vindicarse de la acusacion, publicó un

folleto aduciendo tantas y tales pruebas de su inocencia, que al fin se le sacó de su encierro, pero espulsándole de Francia para siempre. Trasladóse en consecuencia á Inglaterra, donde permaneció dos años, llevando una vida verdaderamente de príncipe, aun cuando no se le conocian rentas ni productos algunos con qué subvenir á tanto fausto y magnificencia. Desde Lóndres pasó á Basilea, Aix, en Saboya, Turin, Génova, Verona y últimamente á Roma, donde la inquisicion le formó causa, y le encerró en el castillo de San Angelo el 27 de diciembre de 1789. Sentenciado á ser decapitado en la plaza pública, la intervencion de sus muchos y poderosos amigos le libertó de la pena, conmutándola en encierro perpétuo. Lorenza su mujer fué encerrada en el convento de monjas de Santa Polonia. Desde entonces no volvió á hablarse mas de este hombre célebre por mas de un título, pasando casi desapercibida su muerte en 1795 de un fuerte ataque al celebro. Por mas que se ha pretendido aminorar su saber, es lo cierto que su instruccion en la historia natural era vastísima, y que al perfecto conocimiento de las virtudes y efecto de las plantas debió no tan solo el inventar varios remedios eficacísimos, sino el gran número de curaciones que hizo, especialmente en la clase menesterosa. Empero no tan solo en este ramo se distinguió Cagliostro, sino que se le atribuye tambien justamente, la introduccion en Europa de la sociedad de Francmasones, en la que fué iniciado durante su viaje á los pueblos del Asia. Si bien esta sociedad ha sido tenida despues como incitadora de los grandes trastornos que agitaron á Francia y á la Europa durante los últimos años del siglo pasado y principios del actual, su fundacion y estatutos, que aun hoy dia se conservan, estaban únicamente basados en el amor fraternal, prestándose mútuamente los asociados todos los auxilios y cooperacion que en las desgracias exigian sus hermanos. Cágliostro, durante sus viajes, dejó establecidas en diferentes ciudades de Europa, asambleas ó lógias particulares que recibian órdenes de la suprema europea establecida en Paris, como esta á su vez las recibia ó pretendia recibirlas de la asiática, donde imperaba el gran Copto, jefe superior de todas ellas. Bálsamo ó Cagliostro era tambien uno de los principales adeptos de otra sociedad llamada de los *iluminados*, la cual pretendia ver el porvenir, al traves de una botella de agua tocada por uno de sus jefes principales, arrojando en ella unas cuantas gotas del elixir de perpétua vida. Aseguraba tambien este hombre estraordinario, que para que este elixir fuese completamente perfecto, era indispensable mezclar en el zumo de las raices y el grano de oro de que lo componia, tres gotas de la sangre de un niño recien nacido, cuya madre estuviese y hubiera estado siempre enteramente limpia, desde su nacimiento, de pensamiento alguno de impureza. No es posible encerrar dentro de los estrechos límites de una breve reseña biográfica, todos los detalles que encierra la vida y aventuras de este hombre singular, pues para ello seria preciso copiar testualmente la obra que se publicó en Roma en 1791 con el título de *Compendio de la vida y acciones de José Bálsamo, denominado el conde de Cagliostro, estractado del proceso formado contra él en* 1790, ó la *Vida de José Bálsamo* publicada en español, traducida de la que con el mismo título se publicó en Paris en 1791, y á ella tenemos necesariamente que remitir á los que quieran enterarse á fondo de aquella azarosa existencia, tan llena de virtudes humanitarias, cuanto de acciones estupendas é increibles.

CAHER-BILLAH (Mahamoned-Ben-Moctadher) décimo nono califa de la raza abasida; fué elevado al trono por los sediciosos el 4 de mahorem el año 317 de la hegira (17 de enero de 929), en lugar de Moctadher su hermano

mayor; pero este triunfó de los revoltosos despues de una sangrienta lucha de tres dias, y haciendo prisionero á Caher, le encerró con fuertes cadenas en el palacio de su madre. El asesinato de Moctadher, ocurrido tres años despues por mano de uno de los antiguos partidarios de Caher, con quien á pesar de su prision mantuvo contínuas relaciones, colocó á este en el califato, teñido con la sangre del hermano. Dueño del poder y sin freno que lo contuviera, dió desde el primer momento de su reinado, ancha suelta á sus pasiones desordenadas y sanguinarios cuanto bárbaros instintos. Todos los que habian pertenecido al servicio de Moctadher, fueron presos en una misma noche y estrangulados al dia siguiente en presencia de Caher, que para añadir un nuevo tormento á su suplicio, hizo al mismo tiempo azotar públicamente y á su vista sus concubinas y esclavas. Durante su corto reinado de 18 meses, no hubo esceso ni crueldad que no cometiese, y todo lo sometió á su insensato capricho. Los mismos que tanto habian contribuido á su elevacion fueron los primeros que se conjuraron contra él, y una noche que se hallaba sumergido en el sueño de la embriaguez, fué sorprendida su estancia, degollada su guardia y le aprisionaron, sacándole al mismo tiempo los ojos. Su sucesor mandó ponerle en libertad, pero condenándole á un tormento mucho mayor que el que hubiera podido encontrar con la muerte misma. Privóle de todo socorro y de todo auxilio, y el que tanto orgullo habia desplegado se vió reducido á mendigar el sustento de casa en casa y á la puerta de las mezquitas, confundido con los demas indigentes, esclamando: «apiadaos y socorred al que fué vuestro califa y hoy se ve necesitado é implora vuestra caridad.» Así vivió diez y seis años aborrecido de todos, y por nadie compadecido, dejando de existir el año 948. Su cadáver fué sepultado en el muladar público, y allí fué pasto de animales inmundos. Durante mucho tiempo fué costumbre entre los abasidas, cuando un nuevo califa ocupaba el trono, saludarle del modo siguiente: «Sed justo y humano, y acordaos de la suerte de Caher.»

CAIN, primer hijo de Adan y Eva, nació á fines del primer año de la creacion del mundo, y segun aseguran los libros santos, se dedicó á la agricultura. La envidia que se apoderó de su ánimo al ver que su hermano Abel, que ofrecia á Dios las mejores primicias de sus rebaños, era mas favorecido del Altísimo y sus bienes prosperaban á la par que los suyos disminuian, le hizo cometer el atentado mas atroz que puede imaginarse. Sorprendióle un dia, y ébrio de venganza le aterró con sus fuerzas hercúleas, machacándole la cabeza con una enorme piedra. Desde aquel fatal instante perdió todo reposo. Devorado por los remordimientos, viendo alzarse sin cesar ante sus ojos la sombra ensangrentada de su inocente hermano, y temblando á cada instante por su propia vida, iba ya á entregarse á la desesperacion y añadir al crímen cometido un nuevo crímen, cuando Dios se dignó sacarle de aquel temor, pero condenándole al mismo tiempo á andar errante por el mundo. Retiróse al oriente de la tierra de Den y allí tuvo á su hijo Enoc, del que desciende una numerosa posteridad. Se tiene comunmente á Cain como un réprobo, pero San Juan Crisóstomo cree que hizo rigorosa penitencia de su fratricidio y que al fin alcanzó el perdon.

CALAS (Juan), honrado negociante de Toulouse (Francia), nació en 1698 en el lugar de Lacaparede, diócesis de Chartres: pertenecia á la religion reformada y era padre de una numerosa familia. La persecucion que inhumanamente pesó sobre los protestantes, en los últimos años del reinado de Luis XIV, gracias á la fanática influencia que en su ánimo ejercia madama de Maintenon, y que continuó durante

el mando de Luis XV, llevó el terror por todas las provincias francesas, haciendo por todas partes innumerables víctimas. En Toulouse, especialmente, la venganza y el fanatismo se ensañaron de un modo horrible, y para llevar adelante el ódio religioso, no se perdonó medio alguno, hasta echar mano con frecuencia de la calumnia. Juan Calas era por su ejemplar conducta y por sus eminentes virtudes cívicas el objeto de la animadversion de aquel pueblo entonces fanatizado hasta el estremo, y que parecia destinado á renovar de siglo en siglo, desde las persecuciones de los albigenses é institucion del supremo tribunal de la inquisicion, los crímenes mas inícuos. La casualidad ó acaso una mano interesada, vino oportunamente á secundar los maquiavélicos proyectos de aquella gente desapiadada. En la noche del 13 de octubre de 1761, se encontró degollado en la misma casa paterna á Antonio, hijo mayor de Calas. Su carácter turbulento y pendenciero, su génio naturalmente sombrío, y sus desarregladas costumbres, hicieron sospechar al pronto que Antonio mismo habia atentado contra su vida, pero los perseguidores del protestantismo aprovecharon la ocasion para esparcir el rumor, que el padre habia privado al hijo de la vida, bajo el pretesto de querer abandonar la religion reformada, para ingresar en la iglesia católica romana. Creció por momentos la noticia, añadiendo á ella detalles indignos de escribirse, respecto á las relajadas costumbres y licenciosa vida que Juan Calas tenia en el seno de su familia, acusándole de mil torpezas y liviandades. Instruyóse proceso sobre esto, y el magistrado Juan David, haciéndose el instrumento de apasionados acusadores, manda arrestar á Cálas y á su mujer encerrándoles en la cárcel pública. Como era de presumir, no escasearon los testigos, y aun cuando Calas niega con la firmeza de la inocencia todos los estremos de la causa, aun cuando prueba con la mas clara evidencia el gran interes que tenian sus acusadores en perderle, y aun cuando por último hace ver patentemente que sus antecedentes públicos y particulares, su arreglada conducta, la severidad de sus principios, y el cuidado esquisito que daba á su familia, alejaban toda sospecha de ser él el autor del horrendo crímen de que se le acusaba, el Parlamento de Tolosa, dominado mas bien por la opinion popular, que dispuesto á administrar recta é imparcial justicia, condena á Calas al suplicio horrible de la rueda, ejecutándose la sentencia el 9 de marzo de 1762. El hijo menor de Juan, fué desterrado para siempre del reino, y la mujer absuelta, pero confiscados todos sus bienes. Tal injusticia, sin embargo, tenia que tener su término: la viuda del infortunado Calas, acudió en queja al rey de Francia, para que se revistase el proceso, y habiéndolo conseguido, el consejo real, que se reunió por estraordinario, para examinar este estraño caso, declaró inocente por cincuenta votos, á Calas y su familia. Por memorable sentencia pronunciada el 9 de marzo de 1765, fué indemnizada aquella familia desgraciada de todos los perjuicios que se le habian inferido, reponiéndola á costa del tesoro público en todos sus bienes, multando ademas á los magistrados que le habian condenado así como á sus acusadores. El trágico fin del inocente Calas, ha servido de argumento á varias composiciones dramáticas, que se han representado con éxito en los teatros de Europa.

CALASANZ (San José de). No son únicamente los que el mundo aclama como héroes, porque con la fuerza de su brazo alcanzaron renombre de valientes, causando muchas veces males que los pueblos por largo tiempo deploran, los que merecen consignar su vida en las páginas indestructibles, cuanto imparciales, de la historia, sino los que mas modestos que aquellos, y sin tantas pretensiones, contribuyeron con su celo y afan á mejorar las cos-

tumbres é ilustrar la inteligencia del pueblo, para que una vez desarrollada pueda contribuir en gran manera á la ilustracion y racional progreso de la sociedad. Entre los últimos, no dudamos en afirmar ocupa un lugar distinguido el personaje de que nos vamos ocupando. Nació este varon santo en Peralta de la Sal, del antiguo reino de Aragon, de una familia de noble alcurnia, el 11 de setiembre de 1556. Poco ó nada tuvieron que estimularle sus padres y maestros para adelantar su instruccion; su aplicacion y buenas costumbres le dieron, desde luego, el primer lugar en las escuelas. Habiendo obtenido el grado de doctor en leyes, cánones y teología, que recibió con general aplauso en la universidad de Valencia, y recibidas las órdenes sagradas, se dedicó con celoso afan al desempeño de su ministerio en las varias prebendas eclesiásticas que obtuvo. Por los copiosos frutos que produjeron las visitas que hizo en diferentes pueblos del obispado de Urgel, fué nombrado vicario general de aquella vasta diócesis, y á su asiduidad en el trabajo, como á su tolerancia, se debió la mejora de las costumbres, y que se cortasen de raiz las enemistades que mediaban entre muchas familias. Hallábase por aquellos tiempos dividida Barcelona en dos bandos contrarios, que reconocian por orígen el ódio que entre sí albergaban dos familias nobles de aquella poderosa ciudad, con motivo de ciertos lances de honor, y Calasanz que fué comisionado por el rey para poner término á tan peligrosas contiendas que turbaban la paz del reino, logró con su claro talento y convincentes razones, no tan solo restablecer la armonía entre ellas, sino conseguir que dieran un público testimonio de su reconciliacion, abrazándose en público los jefes principales de los opuestos bandos. Roma era, sin embargo, donde debia brillar en mayor grado su escelsa caridad. Trasladado á aquella gran capital del órbe católico, de incógnito, habiendo renunciado préviamente todos los cargos importantes de que se hallaba revestido, poco tiempo tardó en darse á conocer por su incansable amor á la humanidad. Una furiosa inundacion del Tiber y una peste asoladora que por aquella época sobrevinieron, le hicieron distinguirse en la salvacion de los infelices habitantes del barrio trastiverino, en quienes se cebó mas cruelmente aquella doble desgracia. Condolido su piadoso ánimo al ver el gran número de niños, que la falta de sus padres ó su pobreza lanzaba á todas horas por las calles de la ciudad santa, sin mas amparo que la pública caridad, concibió el laudable proyecto no tan solo de procurar seguro asilo á las abandonadas criaturas, sino de instruirlas al mismo tiempo en los primeros rudimentos del saber humano. Asociado con otros varones piadosos, á quienes comunicó su proyecto, abrió en 1597 sus primeras escuelas públicas con el nombre de *Escuelas Pias*, en el barrio Transtibere, cuya fundacion fué aprobada y secundada poderosamente por el papa Clemente VIII. Empero, como la piedad y el celo por el bien de sus semejantes tiene necesariamente sus envidiosos, y como por otra parte, el interes es el enemigo nato del desprendimiento y la liberalidad, Calasanz se vió al momento perseguido no tan solo por los maestros de las escuelas de Roma, que con aquel filantrópico pensamiento veian disminuir necesariamente sus emolumentos, sino por la influencia de muchos magnates, que por todos cuantos medios les proporcionaba su posicion, trataron de rebajar el mérito del insigne eclesiástico español. José de Calasanz no cejó por eso en su propósito: trabajando dia y noche con celoso afan, para estender y mejorar sus institutos primarios, tuvo el placer de verlos propagarse en muy pocos años por toda Italia, Alemania, Hungría y Polonia, enviándole comisionados de varias ciudades para obtener operarios que fundasen en ellas un establecimiento tan útil y piadoso. Mas cuando Calasanz empezaba á tocar el dulce fruto

de sus desvelos, se levantó contra él una atroz persecucion, mucho mas cruel y dolorosa para su alma, cuanto que procedia de ún tribunal temible del que nadie solia escapar ileso. La inquisicion romana, secundando las torpes miras de algunos compañeros mismos del santo varon, instigados por los jesuitas, envidiosos del aura popular que disfrutaba, le mandó prender y llevarle públicamente á sus cárceles. Por mas calumnias que se inventaron, y por muchos y muy poderosos que fueron los testigos que depusieron contra él, los inquisidores no pudieron menos de reconocer su inocencia, movidos no tan solo por las claras y patentes muestras que adujo de la rectitud de sus intenciones, sino obligados tambien por el clamoreo general que en las clases populares, que tantos bienes recibian de su mano, se levantó en su favor. No por eso se aminoraron sus disgustos; la calumnia, á falta de razones, prosiguió implacable contra la institucion de las Escuelas Pias, y si no consiguió hacerlas desaparecer, las desmoronó algun tanto, y deshizo en parte lo que tanto habia costado fundar. Reducida la órden, por breve de Inocencio X á congregacion de votos simples, y mas tarde sin votos, se dió libertad á los religiosos para salir al siglo ó abrazar otra regla monástica, y esto unido á los incesantes trabajos de los hijos de Loyola, hizo que se perdiera la semilla sembrada en siete de las provincias establecidas, donde se habia mejorado en gran manera la educacion de las clases menesterosas. Tantas injusticias y tropelías, tenian que influir indispensablemente en su salud, pero sin descansar un solo instante en su propósito, y con una paciencia y constancia invencibles en enseñar por caridad á millares de niños, y habiendo renunciado por dos veces el capelo y el palio que le ofrecieron, ansioso siempre de hacer bien á la humanidad, al pobre y al desvalido mas bien que de descansar en el fausto y magnificencia de las altas dignidades de la iglesia, falleció el 25 de agosto de 1648. Los portentos que se obraron por su intercesion despues de su muerte, movieron al papa Benedicto XIV á beatificarle, y á Clemente XIII á colocarle en el número de los santos.

CALDERON (don Rodrigo). Ciertamente, que si no fuera por esas mentiras y esas inconsecuencias en que vemos incurrir á cada paso aun á los hombres mas francos é ingenuos, no sabríamos esplicar la anomalía de que, en los reinados absolutos, donde los ministros solo figuran como meros ejecutores de la voluntad irrestringible del monarca, se les haya exigido la responsabilidad de sus actos, y hecho pagar con la cabeza la estralimitacion de sus deberes; mientras que en los gobiernos representativos, en donde la responsabilidad ministerial constituye un artículo de la Constitucion, y en que contínuamente se está clamando porque llegue á hacerse efectiva esta prerogativa de los administrados, nunca, á pesar de esto, se ha dado á la nacion el espectáculo de un ministro degollado ó perseguido por la ley, como lo fueron en tiempos de despotismo don Alvaro de Luna, Antonio Perez, el conde duque de Olivares, don Rodrigo Calderon, y algunos otros. El hecho, sin embargo, es cierto, y para convencerse de ello no necesita mas el lector que echar una mirada retrospectiva sobre los tiempos que ha alcanzado, y enterarse de las biografías de los sugetos anteriormente nombrados, que á su debido tiempo y por el órden alfabético le irémos dando. Por lo que respecta á don Rodrigo, nació en la ciudad de Amberes, en los Estados de Flándes. Debió su orígen al capitan don Francisco Calderon y á doña María de Lanaclin, natural de Alemania. Esta señora murió al poco tiempo; lo cual fué causa de que padre é hijo se viniesen para Valladolid, en cuyo punto habia nacido el primero, y adonde se casó en segundas nupcias. Mal avenido don Rodrigo con su madrastra, á cau-

sa de una de esas causas que abundan en tal parentesco, fué colocado por su padre, en clase de page, al servicio del vice-chanciller de Aragon. Duró poco tiempo en este empleo, porque previendo don Francisco, que su hijo podria adelantar mas y hacer mayor fortuna en el servicio del marques de Denia, duque de Lerma y privado del rey, le trasladó de casa del vice-chanciller al palacio del *vice-rey*. De carácter apocado don Rodrigo, y sin el pulimento de la corte todavía, por sus pocos años y el menos tiempo que hacia que en ella estaba, era un objeto de burla y diversion para los desvergonzados palaciegos; quienes llegaron á hostigarle tanto, que, hasta privarse de ir al tinelo á comer y de salir á la sala, á menos que no fuese en compañía del maestre ó de algun gentil-hombre á quien los otros pages respetasen, le hicieron. ¡Pero cosa rara! De estas burlas y estos desprecios, se originó precisamente su mayor elevacion; porque, habiendo chocado al marques tanta exactitud y puntualidad en el servicio, por parte de don Rodrigo, y no sospechando, siquiera, que esto fuese efecto del miedo que tenia á todos sus compañeros, le cobró estraordinario afecto, y despues de haberle nombrado su page de bolsa y comunicádole algunos asuntos de importancia, no paró hasta hacerle ayuda de cámara del rey. Ascendido ya sobre este primer pedestal de su fortuna, procuró asegurarse bien en su puesto, el ahora muy discreto provinciano, enlazándose con doña Ines de Vargas, señora de la Oliva, muy principal y de alto rango en Estremadura. Sobre esto, el duque de Lerma no cesó de procurarle honores y distinciones, alcanzándole del rey la merced del hábito de Santiago, la Encomienda de Ocaña, el condado de la Oliva trasmisible para sus hijos, y hasta la capitanía de la guardia real alemana. Finalmente, habiéndose hecho cargo el rey de la capacidad, discrecion y otras prendas recomendables de don Rodrigo, le nombró su secretario de Estado, en reemplazo del conde de Villa-Longa, depositando en él la mas completa confianza, y sin escasearle ninguna especie de autorizaciones. Pero, á medida que su valimiento y su fama, fué creciendo en don Rodrigo la altivez y la soberbia, llegando á tal punto su indiferencia para con los grandes, que muchos de ellos se dieron por ofendidos. Tampoco se manifestó muy galante con los pequeños, porque si bien es cierto, que, en las audiencias que daba, oia indistintamente al rico y al pobre, no lo es menos que últimamente llegó á hacer muy raras estas audiencias, y que sus injusticias se podian contar casi por el número de sus decisiones. Sobre esto, como sobre otros manejos poco decorosos de don Rodrigo, se originaron hablillas en el vulgo, que cada vez iban tomando mayor incremento; para cortar de una vez las cuales, como para impedir los efectos que ciertas revelaciones podrian causar, solicitó y obtuvo del rey una cédula, en la cual le declaraba su buen ministro y le absolvia de cualquiera culpa anterior á aquel decreto. Su padre, sin embargo, recelando siempre en su alta prevision, el fin desastroso que aguardaba á su hijo, como consecuencia forzosa de aquella altanería insultante con que trataba á todos, le pintó con los mas vivos colores lo crítico de su posicion, y le dió los mas saludables consejos. No los escuchó don Rodrigo, antes por el contrario, se indispuso con su padre por esto, y segun fama, hasta llegó á negarle por lo que era, queriendo hacerse descender de otra familia mas ilustre. A pesar de todo, no era perverso este hombre singular, y esto lo prueba no solo el que, cuando murió su madrastra se reconcilió con el autor de sus dias y le colmó de honores y beneficios, mas tambien un caso raro y muy notable que le aconteció en la corte. Fué, que habiendo recibido una cita de una dama á quien él venia rondando un año atras, sin que ella nunca le hubiese

dado esta ni otra recompensa por su constante amor, salió de su casa cierta noche con ánimo de visitar á la que suponia él su manceba, provisto de un bolsillo con trescientos doblones que creia necesarios. Y como le saliese al encuentro en el camino, muy cerca de la casa de la dama, un anciano venerable, suplicándole le oyera, y él le otorgase su permiso para hablarle, aquel le dijo así: «Yo, señor, soy hombre de bien, hijodalgo, y con tan grande necesidad, que una hija que tengo de 19 años y yo, no nos hemos desayunado desde anoche por no tener: ni sabemos qué ha de ser de nosotros; de suerte, señor, que por no morirnos de hambre, estoy resuelto á dar permiso á mi hija, que es una doncella, para que sea mala, y que con su cuerpo gane de comer: y así V. S. por las entrañas de Jesus y por la sangre que derramó, no dé lugar á cosa semejante y me socorra con una limosna.» Recelóse al pronto don Rodrigo de que este fuese algun ardid de su dama, y el respetable viejo que tenia á sus piés su padre ó persona muy allegada, que en su honor se interesase. Pero al ver que á las súplicas acompañaban las lágrimas y que el anciano en sus palabras y ademanes descubria su corazon, sacó los trescientos doblones del bolsillo, y se los entregó diciendo: «Amigo mio, no permita nuestro señor, que tal ofensa haga. Tome ese bolsillo en que van trescientos doblones, y pues me ha conocido y sabe mi casa, acuda á buscarme, que no le faltaré en nada mientras viva. Quítesele esa mala imaginacion y tenga cuidado de encomendarme á Dios.» Los dos entonces se despidieron y don Rodrigo regresó á su casa muy otro de como habia salido. Pero decíamos antes, que con objeto de cortar las hablillas que contra él se divulgaban y de ponerse á cubierto de lo que suele decirse un golpe de Estado, se habia provisto de una Real Cédula absolutoria de sus pasados delitos: proyecto que le salió fallido, porque mas feliz ó mas discreto su antiguo protector, el duque de Lerma, á quien Calderon pagó con desprecios los beneficios recibidos, solicitó y obtuvo del papa un capelo de cardenal, y con él salió por las calles, despues de haberse retirado de los negocios y de la presencia del monarca, como indicando al pueblo que no pudiendo tolerar los desmanes que se cometian en el órden político y civil, se acogia al órden religioso tan preponderante y respetado en aquellos tiempos. Pues demostracion fué esta, que dió lugar á que la mina que se habia estado cargando contra el marques de Siete Iglesias, durante mucho tiempo en las altas regiones, estallase, y el pueblo prorumpiese en amargas recriminaciones y sátiras punzantes contra su gobierno, atribuyéndole grandísimos delitos, imponderables alevosías, falsedades y cohechos; de todo lo cual, asustado don Rodrigo, hubo de retirarse á Valladolid, á conferenciar con una monja sobre el medio de impedir su caida, y allí esperó por consejo de la religiosa, la última resolucion del monarca. Mientras esta llegaba, ocupóse en ocultar con gran prisa todos los papeles que podian acarrearle algun compromiso, multitud de alhajas, y hasta gruesas sumas de dinero que habia adquirido por malos medios. Pero fueron inútiles tantas precauciones, porque habiendo sido preso la noche del 20 de febrero de 1619 en Valladolid y encausado de órden del rey, sus jueces hallaron medio con intimaciones y pesquisas de descubrir mucha parte de lo escondido, y lo demas lo declaró él en el tormento. De Valladolid fué trasladado el preso al castillo de Montanches, de donde se le condujo luego á San Torcaz y por último á la corte, á una de sus propias casas de la calle Ancha de San Bernardo. Aquí fué donde se le dió el tormento el 7 de enero de 1620, por indicios que se tenian de grandes crímenes, tales como haber tenido parte en la muerte de la reina doña Margarita de Austria, de haber procurado hechizar al rey para tener-

le propicio á sus deseos, de haber envenenado al inquisidor general y confesor de S. M., de haber hecho matar á don Alonso de Carvajal, al P. Cristobal Suarez, á Pedro Caballero, y á Alonso del Camino, todos los cuales negó con un valor estraordinario, á pesar de los dolores que sufria, y por lo que se le absolvió de todo cargo. No así de haber procurado envenenar en su prision al alguacil de corte Agustin de Avila, y ya que esto no pudo, de haber sido causa de su muerte, lo mismo que de la de Francisco de Juara, cuyo asesinato mandó y pagó don Rodrigo al sargento mayor don Juan de Guzman, persiguiendo luego á uno de los jueces que entendian en esta causa, y trataba de buscar el verdadero criminal, y amenazando á los otros; lo cual le fué probado y por ello impuesta la sentencia de sacarle de su prision y ponerle sobre una mula ensillada y enfrenada, pasearle así por las calles públicas y acostumbradas de la villa, llevando delante el pregonero que publicase sus delitos, hasta la Plaza Mayor, donde para este efecto se habria levantado un cadalso, y por fin que fuese degollado en este sitio (por la garganta, hasta que muera, dice la sentencia), perdiendo á mas la mitad de sus bienes aplicables á la real Hacienda. Otra sentencia se le impuso por el tribunal civil, que contenia doscientos veinte y cuatro cargos, y por la cual se le condenó en mil doscientos cincuenta ducados, y á la pérdida de todos sus honores gracias y mercedes. Ambas las oyó sin dar visibles muestras de alteracion el 18 de octubre á media noche, don Rodrigo, y al punto comenzó á disponerse para morir como cristiano. Se cargó de silicios y cruces con puas aceradas que mortificasen su cuerpo, pasó las noches enteras de rodillas haciendo oracion, sus disciplinas y sus ayunos fueron contínuos, y por último, llegaron á tanto sus penitencias, que el mismo confesor hubo de prohibírselas. Entre tanto el pueblo aguardaba impaciente el momento de ver ejecutada en todas sus partes una sentencia con todas las apariencias de justa, cuando hé aquí que el 20 de octubre á las dos de su tarde se empezó á despejar la Plaza Mayor y á construir con mucha prisa en su centro el tablado en que habia de morir don Rodrigo. Este pasó toda la noche que habia de preceder á su ejecucion, haciendo su disposicion testamentaria, escribiendo una carta á su padre en la que le recomendaba cuidase de sus hijos, y poniendo órden y arreglo en los que muy pronto dejarian de ser sus asuntos. Finalmente, habiendo llegado á la prision el alcalde de corte, seguido de sesenta alguaciles á caballo y treinta á pie, á las nueve de la mañana del otro dia, tomaron las últimas medidas para que el reo estuviese pronto á las once, y la carrera que habia de llevar desembarazada, con lo que empezó la ceremonia de vestirle un traje afrentoso, que el mismo don Rodrigo se empeñó en arreglar. Tambien queria don Rodrigo que se le pusiese el hábito de la órden caballeresca á que habia pertenecido, y sintió mucho que se le atasen las piernas por debajo del vientre de la mula cuando le puso el verdugo caballero en ella. A las once en punto, como se habia dicho, la fúnebre comitiva se puso en marcha, siendo tan inmenso el gentío que la obstruia el paso, que tuvieron harto que hacer los alguaciles para romper por medio. Entonces se dió el primer pregon, que leido por el pregonero decia así: «Esta es la sentencia que manda hacer el rey nuestro señor en este hombre, porque hizo matar alevosamente á otro, y por la culpa que tuvo en la muerte de otro hombre, y las demas porque fué condenado, en sentencia, le mandan degollar. Quien tal hizo que tal pague.» Encaminado por la plaza de Santo Domingo, Costanilla de los Angeles, Santa Catalina de los Donados, calle de las Fuentes, Mayor y de Boteros dió vista al cadalso el reo en el momento de penetrar en la plaza. Apeóse con mucho aire don Rodri-

go, y habiéndose recogido el capuz sobre el hombro subió con firmeza al fatal tablado. Una falta de respeto, sin embargo, como él la supuso, á su persona, llegó casi á hacerle desmayar cuando estuvo aquí: «yo no he sido traidor, dijo, ¿me quieren degollar por la espalda? ¿en qué consiste que está este cadalso sin luto?» El confesor entonces le reconvino porque se distraia con pensamientos mundanales, y le advirtió que el patíbulo no se enlutaba para ninguno. Pero, todavía no fue esta la última prueba que dió de que, aun en aquel trance fatal no le habia abandonado su orgullo desmedido, fuente y orígen de todos sus delitos. Habiendo llegado el momento de hacer la última confesion y de pedir al religioso que le acompañaba, que le absolviese de toda culpa, tuvo reparo de arrodillarse en público, como lo habia hecho en la prision los dias anteriores; siendo preciso que el confesor se lo mandara para que lo hiciese. Luego se fué á sentar en la silla que estaba dispuesta, y como le pareciese que no se habia colocado bien se levantó y sentó de nuevo, echó el capuz hácia atras, se miró y remiró varias veces, concluyendo por preguntar al verdugo, si hacia buena ó mala figura. Este procedió entonces á atar los piés á don Rodrigo, quien se admiró tanto de aquella irreverencia cometida con él que prorumpió al punto: «¡Qué haces, amigo!» Los religiosos entonces trataron de calmarle, advirtiéndole que era estilo muy antiguo y muy formal el de atar los piés á los reos cuando ya iban á morir. Finalmente, tanto por lo que antecede, como porque se hizo vendar los ojos con una banda que traia al cuello, no permitiendo que se la atasen por detras y por otra multitud de remilgos de que usó para arreglar su traje y su persona antes de morir, la vanidad de don Rodrigo en el cadalso fué tal, que ha quedado en proverbio á las generaciones sucesivas. ¡Tan cierto es que el hombre, ni aun en las circunstancias mas críticas cambia de carácter!

CALDERON DE LA BARCA (don Pedro). Este genio insigne, el mas popular indudablemente de la escena española, y su repertorio dramático el mas conocido entre los célebres poetas del siglo XVII, nació en Madrid el 17 de enero del año 1600, de don Diego, y doña Ana María de Hencio y Riaño, secretario aquel del Consejo de Hacienda, y señores ambos de la casa de de Calderon de Sotillo. Con el objeto de que su hijo recibiese una educacion esmerada, y tanto para poder el padre entregarse con mas descanso al ejercicio de su empleo, cuanto para preservar á don Pedro del contagio de las costumbres sobrado libres de la época, le enviaron á Salamanca apenas cumplió los trece años de edad, para estudiar en aquella universidad la filosofía y el derecho, que no tan solo cursó con grande aprovechamiento, sino que se instruyó al mismo tiempo mas que medianamente en las matemáticas, la geografía, historia y otros estudios amenos. Pretendian sus padres que siguiera la carrera de la toga, cuyas plazas estaban por entonces casi enteramente reservadas á los vástagos de las familias ilustres ó de la nobleza; pero don Pedro, á quien su imaginacion brillante y pensadora á la par, le inclinaba al cultivo de las musas, y desde que antes de salir de la corte para Salamanca compuso su primera comedia *El carro del cielo*, hasta que á los 80 años cerró él mismo su admirable teatro con la titulada *Hado y divisa*, ni un solo dia, ni un solo momento dejó de tributar respetuosa adoracion á las hijas del Pindo y Helicona. Restituido á Madrid en 1619, se dedicó enteramente á su ocupacion favorita, representándose contínuamente en los corrales de la corte varias de sus composiciones, hasta 1625, que abrazando el estado militar pasó á Milan y luego á Flándes, á incorporarse con las tropas españolas, donde en los varios choques que aquellas mantuvieron con los enemigos de España, mostró Calderon, que si manejaba con brillante acogida la pluma,

ceñia tambien la espada con gloria y renombre esclarecido. Pero Felipe IV, mejor poeta que rey, y mas galante que ambicioso, no quiso que el estro de Calderon vagase sin apoyo entre el bélico estruendo de las armas, y le llamó pronto á su lado, si no para que oscureciese al *Fénix de los ingenios*, el fecundísimo Lope, para que rivalizase al menos en su justa y bien adquirida fama. Verdad es que Calderon alcanzó un tiempo, para su gloria y fortuna, mas adelantado en buen gusto, un público entusiasta por la escena, y un monarca y una corte infatigables cultivadores y protectores de las obras del arte. A estas causas reunidas, dice un entendido biógrafo, y al carácter oficial de ingenio de la corte, que obtuvo Calderon durante todo el largo reinado de Felipe IV y la minoría de su sucesor, debió sin duda el que los admirables frutos de su talento, apareciesen ante el público con todo el esplendor debido, cautivando la atencion del soberano y de los cortesanos, de los inteligentes y del pueblo en general, hasta el estremo de hacerle aparecer por mas de medio siglo (justamente el período mas fecundo en escelentes autores), el dominador de la escena española, el poeta cortesano, el ingenio verdaderamente nacional. Sus ostentosos dramas, sus magníficas creaciones, que aparecian primeramente en los régios salones del alcazar de Madrid, en los jardines y estanques del Buen Retiro, y en los teatros de la Zarzuela y del Pardo, despues de obtener los aplausos de aquella corte poética y caballeresca, pasaban á electrizar la multitud en los corrales del Príncipe y de la Cruz; sus ingeniosas piezas y alegorías religiosas, representadas con grande aparato en las plazas públicas, en las fiestas del *Corpus* ante los reyes, los consejos supremos, las autoridades y el pueblo, convertian á Calderon en verdadero eco de su siglo, en el cantor de la época, en su Homero, Píndaro y su Tírteo. Calderon volvió luego á empuñar las armas en compañía del conde duque de Olivares, para olvidarse, segun dicen varios biógrafos, de un amor desgraciado que habia prendado fuertemente su corazon; pero como este género de vida le pareciese sobrado desasosegada é inquieta, sin que bastase la agitacion de los campamentos á hacerle olvidar su fatal pasion, abrazó el sacerdocio cuando frisaba en los 51 años de edad. Felipe IV, que siempre se habia mostrado admirador constante de su talento, premió sus méritos con una capellanía de los reyes nuevos de Toledo, donde en los ratos de ócio que le dejaba su ministerio, continuó escribiendo sus celebradas comedias. En 1663 fué nombrado capellan de honor de S. M. con una pension en Sicilia, y retencion de su primitiva capellanía, hasta el 25 de mayo de 1681, que falleció en Madrid en su casa natal, situada en el trozo de la calle Mayor, que antes se conocia con el nombre de las platerías, con sentimiento universal de sus numerosos amigos y admiradores. Sus restos mortales fueron encerrados en un sepulcro de mármol, erigido en la antigua parroquia del Salvador, hoy dia demolida, á espensas de la congregacion de sacerdotes naturales de Madrid, á la que legó todos sus bienes al morir, y allí se conservaron hasta que al desaparecer la iglesia en 1840, fueron trasladados con pomposo acompañamiento, al cementerio de la sacramental de San Nicolas, estramuros de la puerta de Atocha donde descansan, siendo acaso el único de los poetas de su siglo, cuyas cenizas se hayan salvado de la injuria de los tiempos. El verdadero teatro de Calderon, compuesto de 116 comedias, ha sido reimpreso diferentes veces, sin contar los 72 autos sacramentales que cedió el autor al archivo del Ayuntamiento, donde se conservaban íntegros hasta que los cedió en 31 de mayo de 1717, por la cantidad de 16,000 reales, á don Pedro de Paula y Mier, quien los publicó en tres volúmenes, con sus correspondientes loas. Para concluir la

biografía de este esclarecido ingenio, trasladarémos el juicio que sobre él emite un distinguido escritor y admirador de su talento. «Calderon, ademas de ser insigne poeta, de un ingenio colosal, era uno de aquellos tipos caballerescos y simpáticos que él solia pintar en sus comedias. Buen patriota, cumplido caballero, militar esforzado cuando jóven, pagó con sangre el tributo de lealtad á su patria y á su rey; y su corazon tierno y apasionado rindió un culto respetuoso en su altar á la hermosura; cultivador de la virtud, al par que de la ciencia, no consintió jamas en ninguna de sus obras el menor desacato contra la moralidad y la creencia: venerable sacerdote despues, la mitad de su vida quedó consignada como un modelo de piedad y virtud religiosa; y aunque sublimado por sus altos merecimientos, á las distinciones y puestos de caballero del hábito de Santiago, capellan de honor de palacio y de los reyes nuevos de Toledo, su mansedumbre, su apreciable condicion y nobles modales no se desmintieron jamas, tratando como superiores, sin baja adulacion ni servidumbre, al monarca y á los magnates de la corte, como iguales á los célebres autores de su época, á los sacerdotes de la venerable congregacion de naturales de Madrid, y á los pobres á quienes socorria y servia en su santo hospital.»

CALEB. De la tribu de Judá, uno de los enviados á la tierra de promision para reconocer el pais y tranquilizar á los israelitas, atemorizados por la relacion que de ella hicieron los primeros diputados que al efecto se mandaron. Josué y Caleb fueron los únicos de cuantos habian salido de Egipto que entraron en la tierra prometida. Tocáronle á Caleb en el reparto de las tierras las montañas y la ciudad de Ebrou, de donde arrojó tres jigantes. Murió á la edad de 114 años. En las obras ascéticas, Caleb y Josué son el símbolo del corto número de cristianos que sostienen con valor, fe y perseverancia los sufrimientos y combates de esta vida, y despues de su útil viaje llegan al lugar del reposo.

CALICRATES. Escultor célebre en la antigüedad por varias obras de una delicadeza portentosa. Cuéntanse, entre otras, el haber grabado unos versos de Homero en un grano de mijo, un carro de marfil que se tapaba con una ala de mosca, y unas hormigas del tamaño ordinario, cuyos miembros se distinguian perfectamente.

CALÍGULA (Cayo César Germánico), emperador romano, sucesor de Tiberio, nació el año 13 de Jesucristo en Ancio. Era hijo de Germánico y de Agripina, hija de Julia y del grande Agripa. Adoptóle Tiberio en sus primeros años, sucediéndole en el trono cuando aun no habia cumplido los 25 de edad el año 37 de Jesucristo. Como generalmente acontece con todos los tiranos, los primeros actos de su gobierno anunciaron dias felices para el pueblo. Prometió al senado que partiria con él las funciones administrativas que le competian como emperador, y darle una gran parte en el ejercicio de la autoridad suprema, considerándose como su hijo y discípulo, mandó poner en libertad á los presos, llamó á los desterrados, perdonó á los que habian conspirado durante el reinado anterior, y quemó las pruebas escritas que Tiberio habia recogido contra ellos; reformó el órden ecuestre, abolió la mayor parte de los tributos que agoviaban al pueblo, y arrojó de Roma á las prostitutas. Los romanos seducidos con tan brillantes reformas y llenos de esperanzas para el porvenir, le aclamaron el *modelo de los príncipes;* pero no tardaron en arrepentirse de su escesiva y crédula confianza. Ocho meses de beneficios ocultaban una alma pérfida y dañina, y ensoberbecido con las contínuas alabanzas que le prodigaban, dió rienda suelta á la falsía y perversidad de su infame corazon. La primera accion que demostró sus fero-

ces instintos, fué el dar muerte por su propia mano y á la vista de sus cortesanos, á un capitan de su guardia, para arrancarle la posesion de una mujer á quien amaba, que Calígula queria para sí. Desde entonces, sus crímenes pueden contarse por los dias de su existencia. Ebrio de orgullo, se jactaba de ser el soberano de todos los reyes de la tierra, y miraba á los demas príncipes como viles esclavos. Quiso ser mirado y venerado como un Dios, y haciendo decapitar todas las estátuas de Júpiter, colocó la suya en su lugar, hizo erigir un templo en su honor, se nombró sacerdote, instituyó sacerdotes é inventó nuevos sacrificios para aplacar su saña, uniendo en esta adoracion vil y baja á su mujer y su caballo. El nuevo é improvisado Júpiter, para merecer mejor este título, quiso imitar por medio de una máquina, el relámpago, el trueno y el rayo, y en medio del ruido que producia, arrojaba una piedra al cielo y esclamaba como desafiándole: *ó vénceme ó te venzo.* No contento empero con tales estravagancias, derribó las estátuas de los grandes hombres de la república, hizo quitar de todas las bibliotecas públicas los bustos de Homero, de Virgilio y de Tito Livio, y arrebató, en fin, á muchas familias los monumentos de la gloria y virtud de sus antecesores. Deshonesto é incestuoso, vivió públicamente con sus tres hermanas, presentándose con ellas al pueblo en las posturas mas indecentes y vergonzosas, arrebatando las esposas á sus maridos y obligando á estos á ser testigos de su propio deshonor. Los escesos de los primeros emperadores eran una débil sombra comparados con los de Calígula. A tal estremo llegó su prodigalidad que mandó construir espresamente unos baños para su uso, en los cuales se derramaban los mas preciosos y costosos perfumes, y sus gastos en la mesa eran tales, que con frecuencia solia hacer echar en las salsas, perlas molidas, y servir á sus convidados platos de oro. El amor que tenia á su caballo bastará para dar una idea de su loca estravagancia. Hizo que le construyesen una cuadra de blanquísimo mármol y un pesebre de marfil, y cuando habia de salir aquel animal, á quien puso el nombre de *Incitatus*, colocaba la noche anterior á la puerta de la cuadra varias centinelas, encargadas de alejar de sus inmediaciones todo rumor para que no interrumpiesen su sueño. Fabricó espresamente para el mismo un palacio lujosamente amueblado, con varios cocineros para festejar opíparamente á cuantos fueran á visitarle, y Calígula mismo le puso varias veces á su mesa, presentándole avena y vino generoso en un plato y una copa de oro. Dícese que si hubiera vivido mas tiempo le hubiera hecho nombrar cónsul. Tan cruel como impío, hizo degollar á muchos senadores convocándoles despues como si estuviesen vivos. A los ancianos y achacosos, los entregó á ser pasto de las fieras en los juegos públicos del circo, so pretesto, como él decia, de desembarazar á Roma de ciudadanos inútiles. Se complacia en prolongar los tormentos de sus victimas; asistia siempre á sus suplicios, y los suspendia durante tan bárbaro acto para prolongar su agonía. Tal era, en fin, su inhumana ceguedad, que muchas veces decia que quisiera que el pueblo romano tuviera una sola cabeza, para cortarla de un golpe. Tantas y tan continuadas crueldades dieron lugar á muchas conspiraciones contra su vida, y una de ellas hubiera logrado feliz término, á no haberse esparcido el rumor de que Calígula iba á marchar contra los germanos y bretones. Empero los grandes preparativos que hizo para aquella espedicion no produjeron mas que un ridículo resultado: haciéndose llevar recostado sobre un lujosísimo pavés en hombros de ocho soldados de su guardia, y mandando de antemano regar las calles de las ciudades y caminos del transito para que no le incomodase el polvo, en vez de apoderarse de la Bretaña, se contentó con acoger á uno de

los príncipes arrojados de este reino, y en lugar de conquistar la Germania, se contentó con que sus tropas recogiesen en las orillas del mar de Batavia multitud de mariscos para adornar su palacio. Pero tantas baladronadas y tanta infamia no podian quedar impunes: habia llegado ya para él la hora del castigo, y Casio Chereas, tribuno de las Cortes pretorianas, se encargó de libertar á la tierra de aquel monstruo. Ademas de los motivos de venganza que abrigaban todos los ciudadanos de Roma, Chereas habia recibido repetidas injurias personales. Puesto de acuerdo con varios senadores y caballeros ofendidos tambien personalmente como él, resolvieron acometer al tirano en los juegos palatinos que duraban cuatro dias, y darle de puñaladas en el momento propicio que su guardia no pudiera defenderle. El último de aquellos dias, se mostraba Calígula mas alegre y confiado que nunca. Los conjurados estaban en sus puestos respectivos, y Chereas ansiaba llegase el momento oportuno. Asprenas, uno de los iniciados y de quien menos sospechaba el ensoberbecido tirano, le aconsejó fuese á refrigerarse á los baños para gozar mas cómodamente del resto de la fiesta. Se levanta Calígula para seguir el consejo, y la multitud se alza como si estuviera acorde para el crímen, y al entrar el odiado emperador en la galería de su palacio, se le acerca Chareas y le derriba en el suelo de una puñalada diciéndole al mismo tiempo: «¡Muere, tirano!» Rodeáronle al momento los demas cómplices, y mientras Calígula forcejeaba por desasirse, llamando á su guardia en su socorro, le acabaron finalmente con mas de treinta puñaladas. Así murió aquel hombre execrable, falso é insensato á los 29 años de edad y á los 4 de su reinado. Difícil seria formar un juicio exacto de aquel mónstruo con faz humana, limitándonos por lo tanto á copiar las palabras de Séneca. «La naturaleza parecia haberle producido para mostrar á un tiempo, el vicio mas estremado, sostenido por la autoridad mas despótica.»

CALÍOPE, una de las nueve musas. Preside á la elocuencia y á la poesía heróica. Represéntanla bajo la forma de una hermosa doncella, de digno porte y majestuoso semblante, coronada de laureles, con una trompa en la mano derecha, un libro en la izquierda y otros tres junto á sí. La trompa de Calíope inmortaliza las acciones dignas de loa, y preserva del olvido á los varones ilustres, presentándoles por modelo á las generaciones. Homero, Virgilio, Tasso, Camoens y Ercilla la han recibido de manos de la vírgen del Parnaso para cantar á sus héroes; con ella tambien han cantado á los suyos, de bien diferente especie por cierto, mas no por eso menos presentes en la memoria de los hombres, desde la aparicion de *La Mosquea* y *La Gatomaquia*, los célebres Villaviciosa y Lope de Vega. Hoy Calíope está muda; su mano ya no lleva la sublime trompa á los lábios. ¿Habrásele descompuesto por ventura? ¿La musa de las hazañas y de la gloria se habrá cansado de asordar el viento con sus sonoros cantos? Algunos maliciosos dicen que nuestros poetas menos robustos y vigorosos que los de la antigüedad, no se atreven á pedirle el divino instrumento por no esponerse á caer con él de bruces y hacer ante el público la ridícula figura, que aseguran presentó Hebe cuando sirviendo el nectar á los dioses dió el resbalon en la alfombra. Otros disculpan el silencio de la sábia doncella, diciendo que en nuestro tiempo no solo no nacen Aquiles, sino ni siquiera héroes del tamaño de los celebrados por los dos festivos poetas castellanos en sus inmortales poemas. Por nuestra parte no nos creemos obligados mas que á narrar los hechos, sin meternos á escudriñar las causas. Tarea es esa que, sobre ardua en demasía, corresponde al historiador; no á nosotros, humildes biógrafos.

CALISTENES, famoso malhechor, que incendió las puertas de Jerusalen el dia y á la hora misma en que se celebraba con gran pompa en aquella gran ciudad, la victoria que Judas Macabeo habia alcanzado contra Nicanor, Timoteo y Baquides. A favor de la confusion que produjo aquel inesperado incendio, quiso salvarse escondiéndose en una casa inmediata á los muros, pero fué preso al momento y arrojado en la llama misma que habia él provocado.

CALISTO III (don Alonso de Borja, papa con el nombre de) nació en Canals, provincia de Valencia de la noble y antigua familia de los Borjas en 1378. Concluidos que fueron los estudios de jurisprudencia que cursó en Lérida, en los que salió tan aventajado que mereció ser llamado por Pio II *escelentísimo en la ciencia de las leyes*, y abrazado el estado eclesiástico, fué nombrado por el papa Martino V, cura de la parroquia de San Pedro Martin y San Nicolas de Valencia, que desempeñó con ejemplar virtud, rehusando no tan solo la administracion del obispado de Mallorca, sino varias otras mitras para las que fué propuesto. Nombróle sin embargo don Alfonso V de Aragon su consejero privado, pasando á Roma encargado de una muy difícil comision del mismo monarca, que desempeñó con gran lucimiento y beneficio del gobierno. El precitado papa Martino, que conocia particularmente el gran mérito de don Alonso, le encargó junto con el cardenal Pedro de Foix se trasladase á Peñíscola, para acabar de estinguir las reliquias que quedaban del cisma de Avignon, promovido por el antipapa Pedro de Luna, y á los trabajos de don Alonso se debió restituir la completa paz á la iglesia romana, asaz dividida entonces, y que Muñoz, sucesor de Luna, reconociese al pontífice romano, terminando las religiosas escisiones que tan trabajados tenian á muchos estados de la cristiandad. Por tan señalado servicio fué Borja nombrado arzobispo de Valencia entonces vacante. En 1433 asistió al concilio de Basilea como embajador del rey de Aragon, poniendo antes en paz al mismo rey con don Juan II de Castilla. La habilidad y delicadeza con que puso término á los disgustos y competencias que mediaban entre el pontífice Eugenio VI y el rey don Alonso, le granjearon tal nombradía, que el papa le elevó á la dignidad de cardenal en premio de sus servicios, el 12 de junio de 1444, hasta que al fallecimiento de Nicolao V en 1455 fué elevado á la silla pontificia. Dícese que San Vicente Ferrer le predijo llegaria á tan alta dignidad, y que Borja hizo un voto escrito, que se encontró despues de su muerte redactado en los términos siguientes: «*Yo* «*Calisto, papa, ofrezco á Dios y á la* «*Santa é indivisa Trinidad perseguir* «*con la guerra, con las maldiciones, in*«*terdictos, y por cuantos medios estén* «*en mi mano, á los turcos y demas ene*«*migos del nombre cristiano.*» Como quiera que sea es lo cierto, que desde el primer momento que se vió elevado á la suprema dignidad de la iglesia, procuró encender el ánimo de los príncipes católicos contra los musulmanes; estableció varios arsenales y depósitos de armas en Roma, los primeros, como dice Pio II, que se vieron en aquella gran ciudad; armó diez y seis galeras, nombrando general de ellas á Juan de Aquileya, con las cuales molestó por tres años consecutivos las costas agarenas, apoderándose de varias islas que poseian. No contento con esto, envió Calisto varios legados á los húngaros, armenios, tártaros y persas, formando una liga de todos los príncipes cristianos, hasta que consiguió derrotar las tropas agarenas en la batalla de Belgrado, ganada por Juan de Huniades en 1456. Dos años despues, preparaba una nueva espedicion, para la cual hacia grandes preparativos, y tenia ya reunidos 150,000 escudos en oro, cuando la muerte puso término á sus proyectos el 22 de julio de 1458.

CALLEJA (don Andres de la) nació en la Rioja en 1705. Dedicado á la pintura desde muy jóven, sobresalió tanto en este divino arte, que á los 39 años de su edad, Felipe V le nombró director de la junta preparatoria para establecer una academia de bellas artes en Madrid, y cuando su sucesor Fernando VI la estableció en 1752, le concedió igual título, nombrándole al mismo tiempo pintor de su real cámara. Falleció este benemérito artista en la corte el 2 de enero de 1785 con sentimiento unánime de esta corporacion, de la que era director general, á cuyo realce contribuyó en gran manera por su desinteresado celo y su puntualidad en los adelantamientos de la juventud. En varias iglesias de Madrid, y en el museo de la provincia se conservan actualmente varias obras suyas, que son admiradas por los inteligentes.

CALVINO (Juan). Aparecen en el mundo, en las épocas de disturbios, ora políticos, ora religiosos, ciertos seres, que oscurecidos en los principios de su vida, y sin que nada demuestre la influencia que pueden, en lo sucesivo, ejercer sobre su época, sirven de enseña ó para fortificar el principio de unidad ó para ser firmes apoyos de trascendentales opiniones. Entre estos se cuenta el personaje cuya vida y hechos vamos á tratar someramente. Nació Calvino en Noyon, el año 1509, de un pobre tonelero, que andando el tiempo, y gracias á la eficaz proteccion del obispo, llegó á ser notario y procurador fiscal del obispado. Juan, que desde su infancia mostró grande inteligencia, aunque de carácter un tanto díscolo, fué provisto cuando apenas contaba 12 años de edad, con una capellanía en la iglesia de Noyon, y mas tarde nombrado cura de Pont-Gevegne, cuya plaza no llegó á desempeñar por no haber sido elevado al sacerdocio. Al concluir sus estudios de derecho canónico en Orleans, se trasladó á la universidad de Bourges, donde ligado con estrechos vínculos de amistad con el heresiarca Wolmar, empezó la carrera disidente de la iglesia romana, que le habia de hacer el rival del famoso Lutero. Pasó desde Bourges á Paris, y en esta ciudad publicó su primera obra titulada *Comentario sobre el libro de la clemencia* de Séneca. Firmóla con el nombre de Calvino, con cuyo nombre se le conoce generalmente, aunque el verdadero es *Cauvin*. Las doctrinas que en este primer ensayo vertió, y sus íntimas relaciones con los zuinglianos y luteranos, que por aquella época abundaban en la capital de Francia, llamaron la atencion del Parlamento de Paris, quien espidió una órden terminante para prenderle y formarle causa; pero avisado á tiempo pudo burlar, saltando por su balcon, las pesquisas de los encargados de prenderle, y marchó á Angulema, donde perdido el miedo y apoyado por los secuaces de la nueva creencia luterana, continuó propagando sus máximas y errores. Regresó algun tiempo despues á Paris, pero como temiese ser arrestado y encerrado en la Bastilla, se refugió en Basilea (Suiza), donde libre de las asechanzas de sus enemigos, se erigió en jefe y doctor de una nueva iglesia, reformada de la de Lutero, y para ello publicó sus cuatro famosos libros de las *Instituciones de la religion cristiana*, que son como el compendio de sus doctrinas, y el catecismo ó nuevo evangelio de sus discípulos. Las doctrinas que en ellos vierte, son generalmente copia de las de Escolapandio, Melancton y Lutero, pero añadiendo un buen número de máximas erróneas, especialmente sobre la predestinacion, la justificacion, las leyes, ministros y sacramentos, escritas con gran pureza y elegante estilo, cuya obra dedicó al rey de Francia. Si bien al leer la doctrina fundamental de Calvino, no puede menos de confesarse la sutileza de su ingenio, y lo muy versado que estaba en el estudio de la Escritura Sagrada y de los Santos Padres, al examinarla detenidamente se observa que

hay, en lo general, poco discernimiento en la eleccion de las opiniones, y mucha temeridad en sus decisiones. Los principales errores de que adolece, son, afirmar que el libre albedrío fué enteramente perdido por el primer pecado de Adan; y que Dios ha creado los hombres para ser patrimonio del infierno, y no porque lo merezcan sus culpas; que los votos, esceptuando el bautismo, son una tiranía; desecha y proscribe el culto esterior y el de los santos; no admite la autoridad pontificia, ni obispos, ni sacerdotes, ni fiestas, ni cruz, ni ninguna ceremonia del culto esterior. Tan solo acepta y reconoce dos sacramentos, el bautismo y la comunion, proscribiendo por último, las indulgencias, los sufragios y la misa. Establecida ya su reforma, el patriarca del nuevo culto recorrió la Suiza y varios pueblos limítrofes de Italia, adquiriendo buen número de adeptos, estableciéndose, por fin, en Ginebra, donde fué nombrado predicador del consejo y catedrático de teología, hasta que de resultas de una disputa que se originó sobre la manera como debia celebrarse la cena ó comunion, fué espulsado de la ciudad, trasladándose á Strasburgo donde permaneció tres años. Aplacadas en 1561 las disidencias que habian dividido á los secuaces de Calvino, volvió á Ginebra, siendo recibido con gran pompa, y como papa de la nueva iglesia: desde entonces fué siempre tenida aquella ciudad como la sede del calvinismo. Aplicóse desde luego á establecer una disciplina severa, fundar consistorios, coloquios y sínodos: crear diáconos, celadores, y dependientes de los templos. Arregló la fórmula de las oraciones y de las predicaciones; la manera de celebrar la cena y el ceremonial para bautizar á los niños, y enterrar á los muertos. En union con los magistrados del canton, redactó y promulgó una coleccion de leyes civiles y eclesiásticas, que aprobadas por el pueblo forman la base de su código fundamental. Hizo mas; para obligar á que todos se sujetasen á la nueva ley, estableció una especie de inquisicion y un tribunal consistorial, para castigar con censuras y escomuniones á los que se separasen de su creencia. Empero lo mas estraño es, que esta religion que se ha creido ser la mas favorable á la libertad, que es la base esencial de las repúblicas, tuvo por jefe y autor á un hombre de carácter tan duro é implacable, que casi rayaba en la tiranía. Calvino no podia sufrir contradiccion alguna en sus opiniones; así es, que habiéndole escrito Miguel Serveto algunas cartas relativas al ministerio de la Santa Trinidad, Calvino se valió de ellas para que le sentenciasen á ser quemado vivo públicamente, olvidando y desentendiéndose de los principios de tolerancia que él mismo habia contínuamente proclamado. Su interes oscureció su razon. Perseguido en Francia, declamó contra los intolerantes; y dueño de Ginebra, sostuvo que era preciso condenar al fuego á los que no pensaban como él: este hombre, que para nada reconocia la autoridad de la iglesia, se erigia en árbitro de las conciencias. Comenzaba por aquel tiempo á meter mucho ruido con sus opiniones un arriano llamado Valentin Gentilis, y el patriarca de Ginebra manda prenderle y condenarle á hacer una pública retractacion que evitó, refugiándose en Lyon. Su partido ha sido siempre considerado por los demas protestantes como altanero, díscolo y sedicioso. Calvino trató siempre á sus adversarios con una cólera indigna, no solamente de un teólogo, sino de un hombre honrado. Los epítetos de *puerco*, *jumento*, *perro*, *buey*, *borracho* y *rabioso*, eran sus ordinarios cumplidos, pero esta brutal grosería no impidió que tuviera muchos sectarios. Calvino murió en Ginebra en 1564, en un estado de desesperacion y con una enfermedad horrible, si hemos de creer lo que acerca de ella dice Pedro Custemio, uno de sus discípulos, testigo ocular de su muerte. Las obras de este hereje reformador, considerado como la segunda cabeza

del protestantismo, fueron impresas en Amsterdam en 1667. Si Lutero era mas elocuente de viva voz, Calvino era mas puro y correcto en sus escritos. El amor propio del primero, dimanaba de su carácter violento; el del segundo, era mas delicado y no se manifestaba sino á medias. Calvino era, sin embargo, mas sóbrio, casto, laborioso y desinteresado, tanto, que al morir no dejó mas que una suma equivalente á 120 escudos de oro.

CAMARGO (Mariana Cuppi, denominada la), célebre bailarina del siglo último, nació en Bruselas en 1710. Su madre era española de una familia distinguida, que se encaprichó de un bailarin italiano llamado Cuppi, por quien abandonó la casa paterna, marchando á Francia donde se mantenia con las lecciones de baile de su marido. La belleza de Mariana la atrajo en derredor infinitos adoradores de las principales familias de Paris, que gastaron en obsequiarla grandes sumas. Contratada en el teatro principal de aquella gran ciudad, bailó con general aplauso y entusiasmo como priméra bailarina desde 1734 hasta 1751, en cuya época, dicen unos, que á causa de haber sido engañada por un jóven de quien estaba perdidamente enamorada, y otros que á consecuencia de un sermon que oyó en la iglesia de San Roque en la cuaresma del último año citado, abandonó las tablas y vendiendo sus galas, se retiró á una modesta habitacion en los alrededores de Paris, llevando desde entonces hasta su muerte, ocurrida cuatro años despues, una vida ejemplar, despues de dejar completamente el trato de los grandes de la corte. El rey la concedió por su mérito artístico una pension de 1500 libras francesas, que aceptó; renunciando al mismo tiempo otra que quiso darle el príncipe de Rohan-Soubise. La Camargo fué por mucho tiempo no tan solo el ídolo de la juventud francesa, sino el modelo que seguian las damas de la corte en los caprichos de la moda, que aun sirven hoy dia y figuran entre los mas variados trajes de máscara.

CAMBACERES (Juan Santiago Pregis de), nació en Montpeller el 17 de octubre de 1753. La carrera jurídica á que se dedicó desde jóven, tal vez no hubiera logrado elevarle mas que á un sitio mediano en la magistratura, si la revolucion de 1789 no le hubiera presentado la ocasion propicia de representar á la nobleza en los estados generales que precedieron á aquella lucha, y afiliarse entre los amigos y partidarios de las reformas políticas y administrativas. Durante la asamblea constituyente, asistió á sus debates como suplente de la diputacion del departamento del Herault, pero previendo y temiendo á un tiempo los grandes disturbios que amenazaban por el calor de los discursos, ocupó rara vez la tribuna, limitándose únicamente á trabajar con ardor en las comisiones de que formaba parte, especialmente las que convenian al ramo judicial. Encargado, cuando se formó el proceso al infortunado Luis XVI, de interrogar á aquel monarca acerca de los consultores que queria elegir para su defensa, obtuvo al presentar su dictámen, que la asamblea decretase que los abogados que el rey nombrase, tuviesen entera libertad en las conferencias con el monarca, lo mismo que su confesor. Aun cuando republicano en la apariencia, y mas bien por temor que por convencimiento, desaprobó altamente el decreto que espulsaba á los Borbones, interpelando vivamente á Louvet, autor de la proposicion. El partido llamado de la *Montaña*, compuesto de los diputados mas exaltados en republicanismo, le persiguió por esta opinion, y tal fué el temor que se apoderó de su ánimo, que para contrarestar aquel ódio y salvar su existencia, votó con ella la culpabilidad del rey. Disputó no obstante á la convencion el derecho de juzgarle, pronunciando en plena sesion las siguientes palabras: «El pueblo os ha creado legisladores, pero no jueces. Os

ha encargado que labreis su felicidad, pero no que pronuncieis la condenacion del autor de sus desgracias.» Como quiera que sea, Cambaceres fué reputado siempre como uno de los diputados que querian salvar á Luis XVI, así es que cuando su hermano Luis XVIII fué repuesto en el trono por las tropas aliadas, se le permitió permanecer en Paris, á pesar de la ley que se promulgó contra los regicidas. Durante la tormenta revolucionaria, Cambaceres estuvo constantemente encargado de varias comisiones, y aun cuando acusado repetidamente de moderantismo, supo hábilmente eludir las venganzas de Robespierre y de San Just. Sin embargo, el haber sido encontrado mezclado en el movimiento insurreccional contra la Convencion del 13 vendimiario, fué la causa de que se le separase del Directorio para el que estaba propuesto, y se le nombrase individuo del consejo de los Quinientos. Entonces presentó su proyecto de código civil, cuya impresion se decretó é hizo crear una comision encargada de examinar los actos del Directorio cuando atentasen contra el poder legislativo. Secundando poderosamente la revolucion del 9 de noviembre de 1797 en favor de Bonaparte, y elevado este al consulado, le nombró segundo cónsul no tanto por su inteligencia y saber en el ramo judicial, cuanto porque conocia su carácter tímido y deferente, y por lo tanto no tenia que temer que por su parte se opusiera á sus vastos proyectos de ambicion y engrandecimiento. Elevado Napoleon al trono imperial, nombró á Cambaceres, archicanciller del imperio, obteniendo mas tarde el ducado de Parma y grandes riquezas. Bonaparte tuvo siempre en el archicanciller un ciego instrumento de sus planes: confióle los principales secretos de su política, puso á su cargo la resolucion de todos los negocios jurídicos, y en su ausencia era Cambaceres quien ejercia con frecuencia la autoridad suprema. Forzado Napoleon á salir al encuentro de los aliados, que en grandes masas iban destruyendo cuantas tropas imperiales se oponian á su paso, nombró á Cambaceres presidente del consejo de regencia; encargado de defender á Paris, pero sabedor el archicanciller de que los enemigos se acercaban á marchas forzadas á la capital, y segun dicen algunos, de concierto con Luis XVIII, hizo que la regente y el gobierno se retirasen á Blois, y esta imprudente retirada fué en gran manera favorable á los partidarios de los Borbones, al paso que los napoleonistas se desanimaron completamente, á pesar de estar antes resueltos á oponer una obstinada y vigorosa resistencia. Destronado Bonaparte, se adhirió Cambaceres á la opinion del Senado que reconoció al nuevo rey Luis. Al regreso de Napoleon á Paris en 1815, nombró á Cambaceres ministro de la Justicia, y aun cuando se escusó, pretestando su avanzada edad, el emperador se negó constantemente á admitir su renuncia. Despues de la batalla de Waterlóo se manifestó contrario á la decision de la Cámara de los diputados, que queria enviar á los soberanos del Norte una comision encargada de presentarles la declaracion de los derechos de los franceses. A pocos momentos llegó el mensaje de la comision del gobierno, que forzada por la próxima llegada de Luis XVIII, le reintegraba en todos sus poderes. Cambaceres levantó la sesion para no dar lugar á reclamacion alguna posterior, siendo este el único acto de valor cívico que dió en el curso de su larga carrera. Su vida pasó casi desapercibida durante la segunda restauracion, y aun cuando fué al principio proscrito como todos los regicidas, Luis XVIII le permitió volver á Paris en 1818, donde permaneció sin ejercer funcion alguna pública, hasta que llegó el término de su existencia en enero de 1824 á la edad de 71 años. Dejó grandes riquezas, aun cuando habia vivido fastuosamente, siendo su mesa citada como un modelo de buen gusto y de elegancia. Su proyecto de código civil sirvió de base

para el que con el mismo título publicó despues Napoleon.

CAMBISES. Hijo y sucesor de Ciro en el año 530 antes de Jesucristo. Habiéndose sublevado el Egipto contra él, juntó un ejército para castigar á los revoltosos, pero como al llegar delante de Pelusio, se aprestasen sus habitantes á oponerle fuerte y obstinada resistencia, Cambises no queriendo esponer á sus soldados á los tiros de la ciudad sitiada, mandó colocar al frente gran porcion de gatos, perros, cigüeñas, ovejas y otros animales que los pelusianos veneraban como sagrados. Los sitiados, en vez de disparar contra los que adoraban y respetaban como dioses, les abrieron las puertas de la ciudad, y de este modo se apoderó el sucesor de Ciro del último baluarte de la rebelion. Dueño y vencedor del Egipto, dirigió luego sus armas contra los ammonitas, talando cuantas tierras tropezaba al paso, y destruyendo, hasta los cimientos el templo de Júpiter Ammon. Pero como si el cielo quisiera vengar aquella injusta y desoladora guerra, casi todo aquel grande ejército pereció de hambre y de sed, quedando enterrados los que pudieron sobrevivir en la arena del desierto. Furioso Cambises con aquel desastre, juntó de nuevo un ejército y marchó contra los etiopes; pero tampoco fué mas afortunado en esta espedicion; pues la falta de víveres originó un hambre cruel, viéndose los soldados obligados á sortearse entre sí para servir de pasto á sus compañeros. Fuera de sí, ébrio de orgullo y ciego de desesperacion, atacó á Tebas saqueando y quemando todos los templos. Pasó despues á Menfis, y como en aquellos momentos se celebrase la fiesta del buey Apis, creyendo ver en su alegría un insulto por sus reveses, pasó de una estocada al animal, mandando á sus soldados azotasen á los sacerdotes, y degollasen á á los que asistian á la fiesta. Avisado de que un aventurero llamado Esmerdiz trataba, en su ausencia, de usurparle el trono, mandó dar la vuelta á su reino, cuando á tiempo de montar á caballo se hirió con su propia espada en el muslo, muriendo á los pocos dias el año 523 antes de Jesucristo. Era Cambises de un carácter altanero, tiránico é implacable, y el matar ó ver matar su diversion favorita. Tenia tambien grande aficion á embriagarse, y como uno de sus favoritos, llamado Praxespes, tratase de corregirle de aquel feo vicio, el rey de los Persas ofendido de este deseo, se propuso castigar como un crímen aquella prueba de buen afecto. Estando, pues, un dia en un banquete, y fingiéndose embriagado, mandó al hijo del favorito, que era copero mayor, permaneciese en pié á un estremo de la sala con la mano izquierda sobre la cabeza; tomando entonces el arco pasó de parte á parte de un saetazo el corazon del infeliz copero, y mostrando despues el cadáver al pobre padre, le dijo sonriéndose: «¿No es verdad que tengo buen tino aunque estoy embriagado?» Este príncipe sanguinario mató de una estocada á su hermano, porque habia tratado de arrancarle una de sus concubinas, y dió un puntapié en el vientre á su hermana Meroe, estando embarazada, únicamente porque habia lamentado la muerte de su hermano. Por último, habiendo sido acusado un juez de vender sus sentencias, mandó despellejarle vivo, y forrar con su piel un sillon, donde obligó á sentar al hijo para que administrase recta justicia en lugar del padre.

CAMBON (José). Nació en Montpeller en 1756, de una familia de comerciantes en indianas y telas al por menor. Fogoso republicano ya, desde que empezaron los primeros movimientos de 1789, fué enviado á la asamblea legislativa en 1791, donde á la par que en política se mostró siempre partidario de las reformas mas avanzadas, en hacienda desplegó unos conocimientos poco comunes, y á él se debe el establecimiento en Francia del gran libro

de la deuda pública, y los principios de la administracion financiera que se han ido aplicando y mejorando despues. Para subvenir á las crecientes necesidades del Tesoro, creó *asignados* bonos ó pagarés, por valor de treinta millones de francos, que fueron buscados al principio con gran fervor, pero que con las diferentes creaciones que sucesivamente hicieron los encargados de la administracion de Hacienda, cayeron en tal descrédito, que por un par de botas ó un sombrero, se exigian hasta tres y cuatro mil francos en aquel papel desprestigiado. La proposicion de Cambon, de convertir en metálico las estátuas de bronce de los *tiranos*, hizo que se le tuviese por un republicano de los mas avanzados; por eso se estrañó, que cuando el rey, á consecuencia de la terrible revolucion del 10 de agosto, se refugió en el seno de la Asamblea, Cambon se apresurase á procurar la seguridad del rey y su familia, y que se opusiera á separar á los individuos de aquellos príncipes infortunados en su prision del Temple, privándoles de toda comunicacion entre sí. Creyóse por lo tanto, que Cambon era partidario de una monarquía constitucional moderada; pero sea que viera perdida la causa de los Borbones, bien porque temiera perder su adquirida popularidad, es lo cierto que volvió muy pronto á manifestar sus primitivas opiniones con mas exaltacion que antes. El 15 de agosto presentó á la Asamblea los papeles encontrados en el famoso armario de hierro, los que se suponia ser las pruebas de la culpabilidad del rey y la correspondencia con los emigrados; y pocos dias despues propuso que se vendiesen las alhajas de la corona, y se deportasen á la Guyana los clérigos que se negaran á pronunciar el nuevo juramento. Tocóle, como presidente, cerrar la última sesion de la Asamblea legislativa, y reelegido miembro de la Convencion nacional, se afilió desde luego al partido de los montañeses, aun cuando profesaba grande ódio á Robespierre, á quien acusó públicamente de aspirar á la dictadura. Votó el destierro de los Borbones, y propuso á la Asamblea se arrojase para siempre de Francia á todos los jefes del partido anti-revolucionario. En enero de 1793, al mismo tiempo que pedia se citase á Hersaint, á quien acusaba de ser uno de los autores de los asesinatos de setiembre, votaba la muerte de Luis XVI, sin apelacion al pueblo y sin suspension. Opúsose sin embargo al establecimiento del tribunal revolucionario, y viendo que sus esfuerzos eran infructuosos, pidió que al menos para recaer sentencia, precediese el dictámen de un jurado nombrado espresamente al efecto. Pocos dias despues, conociendo las venganzas terribles que la Montaña iba á ejercer sobre los girondinos, pidió y obtuvo, que no se diese cuenta de una proposicion, por la cual se pedia se proscribiese y juzgase á veinte y siete de aquellos. Robespierre, no obstante, que dominaba á la Convencion, por medio de la municipalidad de Paris, compuesta de la gente mas osada y vengativa que puede darse, hizo que aquella se presentase en el jardin de las Tullerías con gran pompa, para demostrar que gozaba de toda su independencia; pero Cambon, que conocia las pérfidas intenciones de Robespierre, se colocó en medio de los girondinos, como para protegerles con el prestigio de su nombre, dando con esto una prueba admirable de valor cívico, tanto mas raro, cuanto que en aquella época, la voluntad de Maximiliano era la suprema ley. Los jacobinos lograron al cabo su intento, y Cambon, al ver que no podia salvar á sus amigos, rasgó públicamente su faja tricolor, insignia de diputado, arrojando al suelo y pisoteando sus poderes escritos. Proscritos los girondinos, estrecha todavía mas sus relaciones con la Montaña, que llegó á respetarle y hasta temerle. Acusóle Robespierre ante la Convencion, pero Cambon, despues de justificarse plenamente, acusó á su vez á aquel

alborotador sanguinario, influyendo en gran manera en su caida estrepitosa y fatal. La muerte de aquel tiranuelo, dejó aterrada á la Montaña, y en vano luchó Cambon en su defensa; los crímenes que habia cometido, iban á encontrar providencial castigo. Suscitóse, como era consiguiente, una encarnizada lucha entre los jacobinos y los republicanos moderados, y por mas esfuerzos que hizo Cambon para detener la reaccion que amenazaba, nada pudo lograr, y vió anuladas una gran parte de las disposiciones que habia tomado para mejorar la Hacienda pública. En esto estalló una conspiracion urdida por los jacobinos contra la Convencion, y los autores de la muerte de Robespierre; y Cambon, viendo que iba á ser arrestado, consiguió salvarse refugiándose en el barrio de San Antonio, donde conservaba algun prestigio. Libre en virtud de la amnistía que se publicó cuando fué disuelta la Convencion, y establecido el directorio ejecutivo, publicó Cambon una *carta* dirigida á sus conciudadanos, sobre las mejoras que habia introducido en la Hacienda pública, retirándose en seguida á Montpeller, negándose á admitir el cargo de municipal con que le honraron sus conciudadanos, fijando su residencia en una posesion que habia comprado de bienes nacionales. Su antiguo colega y amigo Cambaceres, le ofreció en 1804 un empleo en la administracion de rentas, que rehusó por creerlo inferior á su capacidad y antigua categoría. Comprendido en la ley de enero de 1816 contra los regicidas, emigró á Bélgica, y murió en Bruselas el 15 de febrero de 1820, á los 60 años de edad. Difícil es al biógrafo el descifrar el carácter de Cambon; fogoso revolucionario al principio, vióselc inclinado en favor de la monarquía moderada, constituirse en defensor de los girondinos, declararse enemigo de Robespierre, y llegar á la caida de este á ser un jacobino exaltado. Lo que no puede negarse á Cambon, es, que fué el primero que sentó principios nuevos, algunos de ellos muy útiles en la administracion de la Hacienda, y que la marcha financiera, establecida en los principios de la revolucion francesa, es Cambon quien la planteó y llevó adelante con resuelta energía y no poca probidad.

CAMILO (Marco Furio). Romano ilustre y muy nombrado en la historia por sus grandes virtudes civiles y militares. Elevado muy jóven por el voto de sus conciudadanos á las dignidades de censor y de tribuno militar, adquirió con la austeridad de sus principios tal prestigio entre los romanos, que sus palabras eran siempre respetadas, y obedecidas ciegamente sus decisiones en cualquier conflicto que ocurria. Un suceso notable vino á probar con cuánta justicia le respetaban los de Roma. Habíanse aprovechado los veyentanos de las discusiones interiores de la república para asolar su territorio, y despues de amenazar y arrojar ignominiosamente á los embajadores romanos, enviados para proponerles la paz, llegaron con sus huestes hasta los muros mismos de Roma. La altivez romana no pudo sufrir tantos ultrajes, y desde aquel momento se resolvió asolar á toda costa á sus rivales y enemigos. Pusieron, por ende, cerco á Veyes, pero en el largo período de diez años que duró el sitio, nada consiguieron sino debilitar sus fuerzas. Tanta obstinacion parecia amenazar á Roma de verse despoblada, con la continuada pérdida de sus mas valientes hijos. Espidióse, para remediar este mal, una ley obligando á todos los jóvenes á casarse con las viudas de los soldados que habian perecido en la lucha, nombrando al mismo tiempo dictador á Marco Furio Camilo con ámplios poderes para dirigir y acabar la guerra. Causó este nombramiento tal entusiasmo entre la plebe, que jóvenes y ancianos corrieron á alistarse bajo sus banderas, seguros del triunfo. Empero Camilo, que conocia cuán difícil, si no imposible, era sojuzgar á los veyenta-

nos por la fuerza, y no queriendo por lo mismo que se derramase sin fruto la sangre de sus conciudadanos, hizo abrir una mina subterránea que conducia al centro de la ciudadela, por la cual introdujo una parte de sus tropas, al mismo tiempo que las restantes daban un asalto general. Atónitos los veyentanos se entregaron á merced del vencedor. Así fué tomada la eterna enemiga de Roma cual otra Troya, despues de un sitio de diez años, por la astucia y prudencia de Camilo. El Senado romano le concedió por esta accion los honores de triunfo, que recibió entrando en Roma sobre un magnífico carro tirado por cuatro caballos blancos, distincion que algunos envidiosos creyeron era mas propia para los dioses que para sus generales. Despues de este glorioso hecho, dirigió sus armas contra los faliscos, derrotando su ejército y sitiando su ciudad. En este sitio ocurrió un hecho digno de especial mencion porque revela el noble carácter de Camilo. Un maestro de escuela que tenia á su cargo los hijos de las principales familias, logró sacarlos de la ciudad y presentarlos al general romano como medio seguro de forzar á los habitantes á rendirse sin dilacion. Camilo absorto é indignado á la vez al ver la perfidia y dañina intencion de un hombre, cuyo deber era proteger la inocencia en lugar de venderla tan vilmente, despues de escucharle con sañudo semblante, esclamó lleno de cólera: «Villano, ofrece á gentes como tú, y no á mí ese medio deshonroso de vencer. Porque sea yo enemigo de tu ciudad, ¿se han perdido ya enteramente los vínculos sagrados que unen á todos los hombres entre sí y que no deben romperse nunca? En la paz como en la guerra hay deberes sagrados; combatimos contra los hombres, pero no contra los niños.» Dicho esto mandó desnudar hasta la cintura al maestro, y maniatado á la espalda lo entregó á sus mismos discípulos para que lo condujesen á la ciudad. Una generosidad y nobleza semejante produjo tal sensacion entre los sitiados, que se entregaron sin condiciones á merced del vencedor. Camilo sin embargo, que tanta gloria y honor habia dado á su patria, tenia que sufrir las injusticias de la ingratitud popular. Instigado el pueblo por sus tribunos, le acusaron de haberse aprovechado de las riquezas de Veyes, citándole á comparecer en Juicio. Pero Camilo al ver pagados con tanta villanía los esclarecidos servicios hechos á su patria, se negó á presentarse, y abrazando á su mujer é hijos se refugió en Nardea, pueblo situado á cierta distancia de Roma. Pero el cielo se encargó de vengarle. Vióse Roma amenazada por los galos que con Breno, su general, al frente, talaron el territorio romano. En tan grande apuro el Senado recurrió á Camilo para que fuera á libertarle, nombrándole dictador por segunda vez, y este, olvidando sus agravios, reune tropas y marcha en socorro de Roma, cuando Breno ponia en el platillo de una balanza su espada, y en el otro el oro que pedia por su rescate. «Volved ese oro al Capitolio, dice con tono altivo á los comisionados de Roma, que con los de Breno autorizaban el acto: con el oro y no con el hierro debe ser rescatada Roma; yo solo, como dictador, me toca firmar la paz y solo la compraré con mi espada.» Dicho esto, presenta inmediatamente la batalla, derrota completamente á los galos, y salva la república arrojando de su suelo á todos sus enemigos. Los romanos le dieron el nombre de *Rómulo, padre de la patria y nuevo fundador de Roma.* Quinta vez dictador arrojó nuevamente de la república á los galos que la habian invadido con innumerables fuerzas, muriendo despues de tan gloriosos hechos á la avanzada edad de 80 años el 365 antes de Jesucristo.

CAMMA. Natural de Galacia conocida en la historia por el hecho siguiente: Enamorado de ella el griego Sinorix, asesinó traidoramente á su esposo con el fin de gozarla, pero Cam-

ma juró vengar aquel agravio, y su venganza la presenta como el modelo del amor conyugal. Al efecto, despues, despreciando los presentes y ruegos de Sinorix, pero temiendo que usase con ella de violencia, fingió que consentia en ser su esposa. Citóle para el templo de Diana, de cuya diosa era sacerdotisa, aparentando dar á aquel acto la mayor solemnidad. Como una de las ceremonias era que los esposos bebieran en una misma copa, Camma, despues de haber pronunciado las palabras consagradas y el juramento prescrito, toma la copa que habia llenado de veneno, y bebiendo la primera, la presentó á Sinorix, quien sin sospechar cosa alguna, la apuró hasta las heces. Entonces Camma enagenada de alegría esclamó que moria contenta, pues que habia vengado á su esposo. A pocos momentos espiró gozándose en las agonías mortales del matador de aquel.

CAMOENS (Luis de), natural de Lisboa, vino al mundo en 1524 de una distingüida familia portuguesa oriunda de España. Una pasion tan tierna cuanto desgraciada, fué el principio y orígen de sus grandes infortunios. Regresado á Lisboa despues de concluir sus brillantes estudios en Coimbra, famosa universidad de aquella época, especialmente protegida por don Juan III. Algunas poesías que habia compuesto durante su estancia en la universidad, llenas de una dulzura y sensibilidad que prevenian en su favor, y que revelaban un alma tierna, sensible, y una figura simpática y un tanto melancólica, aun cuando disfrazada con una mirada de fuego, le dieron grata acogida en el palacio del rey, donde por su mala estrella inspiró, segun unos, una fuerte pasion á la reina, y á la infanta doña María segun otros. Creemos por nuestra parte que fuera esta última siquiera por los puntos de contacto que por su aficion á la poesía tenia con Camoens. Como quiera que sea, es lo cierto que aquella pasion malhadada, oculta y misteriosa al principio, fué revelada por la indiscrecion y malas mañas de algunos cortesanos nacidos y criados para azote de la humanidad. El rey sumamente severo y un tanto implacable en la observancia de las rígidas leyes de la etiqueta palaciega, si bien apreciaba á nuestro poeta por su saber, no quiso tolerar aquella inclinacion amorosa, y desterró á Camoens á Santarem. En aquel retiro se entretuvo en componer versos y en cantar, á imitacion de Ovidio, su destierro, pero ocultando siempre el motivo de su desgracia. Viéndose, por último, imposibilitado de volver á la corte, pidió y obtuvo el ir á pelear contra los moros, donde perdió un ojo en un combate naval, por su sobrado arrojo y osadía. Con esto su reputacion de valiente igualó á la de buen poeta, y Camoens creyendo que podria obtener su perdon y acaso una recompensa por su valor, volvió á Lisboa donde solo encontró nuevos desengaños y amarguras. Su pasion acendrada habia sido olvidada injustamente por la que le habia hecho arrostrar las vias del poder, y el rey no olvidaba tampoco sus agravios. Loco y desesperado, viendo tan mal apreciada su alma y menospreciando sus servicios, volvió la vista hácia el Nuevo Mundo descubierto, creyendo que entre el estruendo de la guerra podria acallar los gritos del corazon. Embarcóse, pues, para Goa en compañía de Fernando Alvarez Cabral, que á la ambicion de ganar fama de ciencia, habia reemplazado en su alma la sed de gloria militar. No hubo espedicion que los gobernadores portugueses emprendiesen que no se contase entre los primeros Luis de Camoens, ni batalla ni combate que no derramase su sangre el poeta lusitano. Embarcado en 1555 á bordo de la escuadra que, al mando del capitan Manuel de Vasconcellos, fué destinada á recorrer y esplorar el estrecho de la Meca, soportó con notable constancia las grandes incomodidades que sufrió aquella árdua y arriesgada espedicion. Siem-

pre al frente de los soldados portugueses, á quienes animaba con su ejemplo en los varios encuentros que tuvieron con los indómitos pueblos que encontraron al paso, parecia, tanto era su arrojo y denuedo, como que queria libertarse del peso de su existencia. Vuelto á Goa, encontró grata acogida en el gobernador Barreto, que á la sazon tenia el mando de aquellas islas. A estar menos dolorido su corazon, Camoens hubiera encontrado en las amistades que contrajo con varios compatriotas ilustres de aquella rica colonia portuguesa, tranquila felicidad, pero enemigo de toda adulacion, y agriado por otra parte su carácter con tanta desgracia repetida, se retiró á una casa de campo fuera de la ciudad, donde ocupó sus ratos de ócio en escribir amargas sátiras contra el mal proceder de algunos empleados públicos, que mas que la gloria de su patria, buscaban el aumento de sus riquezas personales. Fácil es concebir que desde entonces los censurados le declararian una guerra sin tregua, sus concusiones y desmanes que ocultaban con las tinieblas del secreto, encontraban un obstáculo poderoso á la publicidad que las daba Camoens. Tanto intrigaron contra él, que al fin consiguieron que se le desterrase á las fronteras de la China. En tan miserable estado llegó á Macao, donde solo por compasion le nombraron proveedor ó administrador de los bienes de los ausentes y fallecidos, hasta que fué nombrado gobernador general de la India don Constantino de Braganza, que regresó á Goa tan pobre y miserablemente como habia salido antes. Créese que durante su destierro compuso parte de su famosísimo poema las *Luisiadas* que le han granjeado tan universal y merecido renombre, pues se cuenta que durante el naufragio que sufrió en la travesía hasta Goa, salvó su vida y su precioso manuscrito llevándolo en el aire en una mano mientras remaba con la otra. El nuevo virey Braganza que ya le habia honrado en Lisboa con su amistad y proteccion le acogió con marcadas pruebas de favor, y puede decirse que esta fué la única época tranquila de la azarosa existencia de Camoens; pero cuando don Constantino fué al poco tiempo reemplazado por el conde Redondo, se vió de nuevo perseguido, acusado de malversacion de caudales, y encerrado en una lóbrega cárcel. Triunfó, sin embargo de sus acusadores, y conseguida la libertad trató de regresar á su patria, desembarcando en Lisboa á principios de marzo de 1569. Pero en aquella ciudad para él de tan dolorosos recuerdos, en vez del premio de sus fatigas, solo encontró nuevos desengaños y la miseria. Entonces publicó su magnífico poema de *As Luisiadas*, único tesoro que habia traido de las Indias, donde tantos otros amasaban grandes riquezas; mas esta obra tan apreciada despues, solo le produjo una mezquina pension de veinte escudos que le asignó por gran favor el rey don Sebastian. Desconocido de sus contemporáneos, menospreciado de los cortesanos aduladores, y hecho la befa de sus compatriotas, acabó sus dias el hombre, cuya memoria, á pesar de la envidia, se ha eternizado entre los eruditos de todas las naciones. Murió Camoens en Lisboa el año 1579 á los 55 de edad, y fué enterrado, casi por caridad en la iglesia de Santa Ana, hasta que en 1595 la justicia de la posteridad, que empezó á conocer la injusticia con que sus mayores habian tratado á tan preclaro ingenio, trasladó sus restos á otra mejor sepultura en el centro del mismo templo, colocando sobre su losa la inscripcion siguiente, que es la mas evidente acusacion del injusto trato que en su tiempo se diera al insigne poeta:

AQUI YAZ LUIS DE CAMOENS,
PRINCIPE
DOS POETAS DE SEU TEMPO:
VIVEO POBRE É MISERABLEMENTE,
E ASI MORREO
ANNO DE MDLXXIX.

Esta inscripcion desapareció mas tarde para dar lugar á otra latina, que si bien mas pomposa, recordaba menos las tristes angustias del que ha saludado el mundo como uno de los mas grandes intérpretes de la poesía épica.

CAMPAN (Juana Luisa Enriqueta Genest de), nació esta distinguida escritora, en Paris en 1752. La despejada inteligencia que mostró desde su niñez, dejó presagiar desde luego, que habia de ocupar un lugar distinguido en la república de las letras. A los 15 años de edad, fué nombrada lectora de las hijas de Luis XV, pero habiendo tenido la desgracia de agradar á María Antonieta, entonces en el apogeo de su gloria, esta princesa la admitió en su servidumbre, colmándola de favores y atenciones: y para mas obligarla, la casó con Mr. Campan, su secretario particular, nombrándola al mismo tiempo su camarista de confianza. Al lado siempre de su soberana y amiga, quiso participar de su suerte cuando encerraron á la familia real en la prision del Temple, pero el inexorable Petion, alcalde en aquella época, de Paris, no la permitió permanecer allí. Se ha dicho despues, que Mme. Campan habia debido su salvacion, á ciertas revelaciones que habia hecho respecto á la infortunada María Antonieta, pero estas absurdas calumnias, han sido completamente desmentidas despues por la duquesa de Tourcel que perteneció tambien á la servidumbre íntima de aquellos monarcas. Es lo cierto, que viendo la de Campan que no podia ser útil en manera alguna á sus señores, se retiró á Combertin, donde la persiguió el ódio de Robespierre, denunciándola al tribunal revolucionario, por cuya razon tuvo que andar vagando de pueblo en pueblo, con nombre desconocido, hasta que alzado Bonaparte con el mando de la Francia, se estableció en San German, en Laye cerca de Paris. Pero como no contaba con recurso alguno, y por otra parte tuviese que mantener á su madre septuagenaria, un hijo de menor de edad, su esposo enfermo, y otros individuos de su familia, pobres y sin auxilio, buscó y encontró en sus talentos los medios de subvenir á tantas necesidades. Abrió, pues, un colegio de educacion, que muy pronto adquirió gran celebridad. Su reputacion de institutriz, llegó á oidos de Josefina, quien la confió la educacion superior de su hija Hortensia, despues reina de Holanda. Cuando Napoleon, á consecuencia de la batalla de Austerlitz, creó el colegio de Ecouen, para las huérfanas de militares muertos en el campo de batalla, puso á su frente á Mme. Campan, que introdujo en él un régimen, que siempre ha sido citado y tomado por modelo. Suprimido este colegio cuando la restauracion de los Borbones, ó mas bien trasladado á San Dionisio, Mme. Campan, para quien no se habia agotado todavía la copa de la desgracia, se retiró á Mantes, donde no tan solo tuvo la afliccion de saber la triste cuanto injusta suerte, tal vez, que habia cabido á su valiente sobrino el general Ney, sino ver morir á su hijo, á quien amaba con delirio. Tantos golpes repetidos, desengaños tan continuados, y sufrimientos sin cuento, alteraron profundamente su salud, dejando de existir el 16 de marzo de 1822, á los 60 años de edad. Entre sus obras, se distingue especialmente las *Conversaciones de una madre con sus hijas; La Vieja de la cabaña; Arabela ó la casa de educacion; Memorias sobre la vida privada de María Antonieta; Educacion de las niñas y memorias anedócticas.* Casi todas han sido traducidas al español.

CAMPANELLA (Tomas) nació en Stillo en la Calabria el año 1568. Sus padres le dedicaron al estado eclesiástico cuando no habia entrado todavía en la edad de la razon, vistiéndole el hábito de Santo Domingo, pero el jóven Tomas, á quien no acomodaba la austeridad del claustro, pronto dió á conocer con cuánta repugnancia vivia

entre sus paredes. En una conclusion pública que sostuvo, segun era uso entonces en las escuelas monásticas, confundió de tal manera con sus argumentos á un antiguo catedrático de filosofía que habia sido tambien maestro suyo, que el anciano irritado y deseando vengarse, le acusó ante el tribunal de la inquisicion de profesar opiniones contrarias á la fe y al gobierno de Nápoles, de haber querido entregar la ciudad á los enemigos del estado. Por ambas acusaciones, hijas de la rabiosa ira de un compañero de hábito, fué Campanella encerrado en una estrecha cárcel, y puesto en el tormento por siete veces en 24 horas, sin lograr empero que confesase faltas que ciertamente no habia cometido; sentenciado á prision perpétua fué sacado de ella á ruegos y por intercesion de Urbano VIII, y Campanella aprovechó aquella ocasion favorable para trasladarse á Paris donde fué favorablemente acogido por el cardenal de Richelieu que ejercia en Francia, en aquella época, la suprema potestad, y en esta ciudad compuso ó por mejor decir, revisó y corrigió su obra *La ciudad del Sol* que ha tenido un éxito general. Esta novela política si bien contiene cosas imposibles de realizarse, encierra con frecuencia verdades que deberian tener muy presentes los que tienen á su cargo la gobernacion de los pueblos. Otra obra cuenta tambien menos conocida y tambien menos apreciada, titulada: *Discurso sobre la monarquía de España*, en la cual indica al monarca español los medios mas á propósito para llegar á obtener la monarquía universal.

CAMPOMANES (don Pedro Rodriguez, conde de). Este distinguido español, entendido jurisconsulto y sábio magistrado, nació en Santa Eulalia de Sorriba, concejo de Tineo, principado de Asturias, el 1.° de julio de 1723. Huérfano de padre desde la infancia, pasó á los seis años de edad al lado de su tio don Pedro Sorriba, canónigo de la colegiata de Santillana, que le procuró los primeros maestros de su vasta instruccion. Tal era la aficion que mostraba al estudio, dice un biógrafo su contemporáneo, que á los diez años traducia ya en verso los bellísimos cuanto tiernos de Ovidio, esplicando minuciosamente la mitología de sus dísticos. El mismo claro ingenio mostró en el complicado estudio de la legislacion española, tanto que cuando apenas habia cumplido diez y nueve años, regentaba el bufete de don Juan Ortiz de Amaya, catedrático entendido y célebre abogado de su época. Llegó por fin la época tan deseada para Campomanes de recibirse de abogado, y fué tal la brillantez con que salió de su exámen público ante el consejo, que uno de los magistrados examinadores le encargó el mismo dia un grave asunto de particular interes. Sin descuidar el nuevo abogado los delicados negocios que confiaban á su saber, ocupábase al mismo tiempo en ensanchar el círculo de sus conocimientos, que la fama que justamente iba adquiriendo obligó al no menos célebre marques de la Ensenada, á proponerle al rey como uno de los cuatro literatos que habian de ocuparse en escribir una revista que tratase esclusivamente de materias científicas y artísticas para ilustrar al pueblo en general. Indicado por un amigo suyo á Cárlos III, entonces todavía rey de Nápoles, como el mejor abogado de Madrid, fué aceptado por aquel monarca y puesto á su cargo un negocio de importancia suma, y harto difícil de suyo, que desempeñó airosamente. Y esta fué la base del grande aprecio, que aquel ilustrado monarca dispensó á Campomanes, cuando ciñó la corona de España é Indias. Nombrado en marzo de 1748 individuo de la academia de la historia, asesor de correos en 1755 y fiscal del mismo ramo en 1762, formó durante el tiempo que desempeñó este destino una notabilísima ordenanza para el mejor gobierno de esta renta, estendiendo las comunicaciones con nuestras colonias, por medio de los buques de co-

mercio, teniendo siempre presente como él decia que «si no se unen el interes particular con el del público, siempre saldrá este último perjudicado.» La fiscalía del consejo y cámara de Castilla, cuyo nombramiento debió únicamente á la grande y merecida opinion que de él tenia formado Cárlos III, fué para Campomanes un medio para fortificar, y aun aumentar su nombradía. Aun cuando algo exagerado, y á veces un tanto injusto respecto á ciertas cuestiones y opiniones regalistas, sus dictámenes fiscales son un modelo digno siempre de consultarse y admirarse por la solidez de sus razonamientos, la severa elegancia de su lenguaje, y la claridad de sus argumentos. Los fueros de la corona nunca encontraron mas hábil defensor. «En «efecto, dice un conocido biógrafo con«temporáneo, la fiscalía de don Pe«dro Rodriguez Campomanes fué el «tiempo de la concordia del sacerdo«cio y del imperio en España; lo fué «la vivificacion de la agricultura, in«dustria y comercio, lo fué de la re«generacion de los estudios públicos, «y lo fué, últimamente, del consuelo «de los hombres desdichados sin culpa «suya.» Sus discursos contribuyeron directamente á impulsar las grandes obras de construccion de caminos, puentes y calzadas, que han dado merecido renombre al reinado de Cárlos III; exhortó siempre á que se hermosearan las entradas y salidas de los pueblos, estendiendo los sábios principios y máximas de policía y ornato rural, y por fin á él se debe el que se habilitaran varios puertos para el comercio con América, quitando muchas de las infinitas trabas que se oponian á su desarrollo. En vista de tantos méritos, y de servicios tan relevantes le condecoró el rey con la cruz pensionada de su órden, desde su establecimiento en 1780, y con el título de conde de Campomanes, nombre de un coto que le habia donado en 1772. Cárlos IV le nombró en 1789 gobernador en propiedad del consejo y cámara de Castilla, cuyo alto cargo desempeñaba interinamente desde 1785. En el de 1791 le fué admitida la renuncia que presentó de su alto puesto, por no querer suscribir á todas las locas exigencias del liviano favorito Godoy, recibiendo en 1798 la gran cruz de Cárlos III, sin que todas estas merecidas distinciones alterasen en lo mas mínimo su carácter probo y moderado, la afabilidad de su trato y la rectitud de su conducta. El conde de Campomanes dejó de existir el 14 de diciembre de 1802 á los setenta y cinco años de edad, dejando para honra de su patria un nombre ilustre y una reputacion intachable. No nos permiten los límites de estos ligeros apuntes el detallar todos los escritos de este modelo de altos funcionarios y de ciudadanos honrados: sus obras desde la primera que publicó á la corta edad de veinte y cuatro años con el título de *Disertaciones históricas de la órden y caballería de los templarios*, hasta el *Discurso sobre la cronología de los reyes godos* han sido impresas y coleccionadas en diferentes épocas para aprovechamiento é instruccion, no tan solo de los aficionados á las investigaciones históricas, sino de los dedicados á la carrera del foro, y en todas ellas se ve la lucidez de su claro ingenio, y la profundidad de sus vastos conocimientos. Amante resuelto y denodado adalid de la libertad del trono respecto á las pretensiones de Roma, vierte en sus alegatos doctrinas y máximas, que hoy, que tanto se pretende haber adelantado, parecerian inadmisibles. Y sin embargo su catolicismo estaba fuera de duda. Dejó ademas este ilustre patricio, varios manuscritos interesantes, entre ellos un *Discurso histórico legal, que prueba el derecho que asiste á don Cárlos III á la corona de Portugal*, la *Historia general de la marina hasta el principio de los califas*, la *Primitiva legislacion de España*, los *Cánones de la iglesia de España* y el *Fuero de Madrid*.

CAMUS (Juan Pedro), obispo de

Belley desde la corta edad de 26 años: nació en Paris en 1582. Distinguióse este prelado por el ódio que profesaba á los frailes mendicantes á quienes obligó á abandonar su diócesis. Reprendido amistosamente por ello por su amigo el cardenal de Richelieu le dijo un dia: «No encuentro en vos, señor obispo, otro defecto, que el que persigais tan tenazmente las órdenes mendicantes, sin esto, de buen grado os canonizaria.» A lo que respondió inmediatamente el prelado de Belley: «Ojalá alcanzáramos lo que uno y otro deseamos; así seríais vos papa y yo santo.» Despues de desempeñar con notorio celo las tareas apostólicas durante 20 años, renunció el obispado como igualmente las mitras de Arras y Amieas, retirándose al hospital de incurables de Paris, donde murió en 1652. Escritor infatigable, una buena parte de sus obras se dirigen contra los institutos que tanto aborrecia, ademas de varios romances piadosos y diferentes homilias. Voltaire ha tomado casi todos los argumentos que aduce contra las órdenes religiosas de las producciones del obispo de Belley.

CAMUS (Armando Gaston) vino al mundo en Paris el año 1740. Partidario fogoso de la revolucion de Francia de 89, fué nombrado por sus conciudadanos diputado en los estados generales, y el primero que denunció en la tribuna el *libro rojo*, donde estaban inscritas las pensiones que otorgaba el rey. Camus fué tambien el que propuso y presentó á la asamblea el proyecto de la constitucion civil del clero. Nombrado archivero de aquella cámara, hizo un servicio importante á las letras, evitando, cuando se suprimieron las órdenes y demas corporaciones religiosas, que se estraviasen las principales obras y manuscritos de sus bibliotecas. Miembro de la Convencion, votó la muerte del rey remitiendo su voto por escrito, por hallarse ausente en comision. Nombrado comisario en union con otros cuatro colegas en el ejército de Dumoriez encargados especialmente de prender á aquel general, y destituir á los jefes sospechosos, cayó en poder de una avanzada austriaca prevenida de antemano por el general frances, y encerrado en una fortaleza hasta que fueron cangeados por la infortunada hija de Luis XVI. Vuelto á Paris ingresó en el consejo de los quinientos entregándose desde entonces á sus tareas literarias hasta su muerte acaecida en noviembre de 1804. Sus escritos, aunque de ellos se hicieron al principio varias ediciones, puede decirse que han caido en el olvido.

CANALS y MARTI (don Juan Pablo), baron de la Vall-roja, era natural de Barcelona. Su padre habia establecido en 1738 una fábrica de indianas, para los dibujos y tinte, con varios operarios estranjeros, mas como el jóven Canals observase el gran misterio de que se rodeaban para mezclar los ingredientes que componian los colores, y el modo de usarlos en las indianas y demas telas de algodon, movido de un noble celo por el adelantamiento de su patria, para libertarla de aquella contribucion que pagaba á los estraños, se dedicó con laudable afan al descubrimiento y estudio de aquellas materias, introduciendo en España el cultivo y aprovechamiento de la granza. Por este servicio y por haber fomentado en gran manera en varios lugares de la provincia de Valladolid la cosecha de la rubia, le nombró el rey inspector de agricultura y comercio, y la junta de fábricas de Barcelona, su presidente honorario, en justo tributo de sus desvelos por la prosperidad de su pais. Escribió Canals varias memorias interesantes sobre tintes y las plantas que las producen, falleciendo despues de una larga enfermedad en 1788.

CANDAULE. Rey de Lidia, tuvo la imprudente debilidad de acceder á los deseos que le manifestó Giges su favorito, de ver y admirar las gracias y atractivos de la reina al tiempo de me-

terse en el baño. La reina ruborizada al principio, no le pareció del todo mal la gallardía del mozo, y ora que se enamorase de él, ora ardiendo en deseos de vengarse por verse tan ligeramente tratada por su esposo, es lo cierto que propuso á Giges que si queria obtener algun favor suyo, asesinase primero al rey. Ejecutólo el amante improvisado, y por este medio poseyó la mujer y la corona de su príncipe, el año 716 ántes de Jesucristo.

CANELLAS ó CANELLES (Vidal de), obispo de Huesca y célebre jurisconsulto del rey don Jaime I de Aragon, encargado por este rey de recopilar todas las antiguas leyes de Valencia, y publicar el código de las mismas conocido con el título de *Fuero valenciano*. Atribúyese tambien á este ilustrado obispo la composicion de ciertas leyes ó tablas llamadas igualmente *fueros*, escritas por los catalanes de órden del mismo rey. Se cree comunmente que murió en 1253.

CANELLAS (Agustin), nació en 1765 en el pueblo de Santa María *Dels Peus*, antiguo corregimiento de Vich, principado de Cataluña. Aventajado desde muy jóven en las matemáticas y en la náutica, y obtenido el despacho de piloto, hizo un viaje á Veracruz. En esta travesía tuvo ocasion de desplegar sus profundos conocimientos en la navegacion salvando por dos veces el buque que dirigia, cuando á su regreso, bien fuera en cumplimiento de una promesa, bien por otra causa ignorada, renunció al mundo vistiendo el hábito de Trinitario calzado. No por eso abandonó fray Agustin sus estudios favoritos, antes bien nombrado en 1803 sócio de la academia de ciencias naturales y artes de Barcelona, escribió una razonada memoria manifestando con la mayor claridad los gravísimos perjuicios que sufren las artes, el comercio, la navegacion y la agricultura, de la discordancia y desigualdad de pesos y medidas, y haciendo ver la imprescindible necesidad de que el gobierno adoptase en todos sus dominios una medida, que fundada en la naturaleza, apoyada en los trabajos y la autoridad de los primeros sábios de Europa, ofreciese la mayor facilidad en los cálculos, la claridad en el comercio, la aptitud en las artes, la conformidad en la agricultura, la sencillez en las distancias itinerarias, y abriese el mas espacioso campo al rápido curso de las ciencias. El gobierno que conocia á fondo la vasta instruccion de Canellas, le designó algun tiempo despues para que acompañase y secundase los trabajos del astrónomo frances Mechain, enviado por su gobierno para practicar en España varias operaciones geodésicas dirigidas á fijar la verdadera figura de la tierra. Concluida aquella delicada comision regresó á Barcelona á continuar la enseñanza en la cátedra de pilotaje que se le habia confiado, contribuyendo en gran manera á perfeccionar, con sus lecciones, los escelentes pilotos catalanes que han sido siempre la honra de la marina española. En la memorable guerra de la independencia, negóse obstinadamente Canellas á servir al usurpador, y rehusando sus ofertas corrió á ofrecer su inteligencia y su brazo primero al brigadier Rovira, pasando despues á las órdenes del general O-Donell, quien le nombró ayudante del cuartel maestre general, encargándole desde luego todos los trabajos relativos á la topografía y planes de campaña. Durante este tiempo levantó los de Tarragona, el de San Feliu de Codinas, el de Vich, y sobre todo el de Buza; hizo varias delineaciones, muchas de ellas á vista del enemigo; formó itinerarios y descripciones razonadas y trigonométricas para examinar y corregir la carta general de Cataluña con relaciones de la constitucion física y topográfica de las cordilleras, gargantas, pasos y avenidas, de las posiciones militares y de las corrientes que pueden interceptar la marcha de las tropas. En una palabra, durante aquella memora-

ble campaña, fué Canellas uno de los que mas se distinguieron por sus incesantes y utilísimos trabajos, granjeándose el aprecio de los generales y de la nacion entera. Tambien mostró que no sabia escatimar su sangre cuando se trataba de defender el honor y la gloria de su patria, mostrándose denodado guerrero en los campos de Vich, Margalef, La Bisbal, San Martin, La Salut y otros muchos célebres por las acciones de guerra que en ellos se dieron, y por último sufrió con admirable constancia y teson los rigores del sitio de Tarragona. Concluida la guerra, volvió á desempeñar su antigua cátedra de náutica, y en 1817 nombrado por el general Castaños comisionado para examinar la posibilidad física y moral de emprender la obra de un canal que pudiese regar todo el llano de Barcelona. Concluido este exámen y sus consiguientes operaciones en compañía de varios ingenieros distinguidos, se vió acometido de una enfermedad aguda que le llevó al sepulcro el 10 de abril de 1818.

CANGE (Cárlos Dufresne Du), célebre autor del *Glosario latino*, nació en Amiens en 1610. La publicacion de esta magnífica obra fué del modo siguiente: El autor llamó un dia á varios libreros, y enseñándoles un cofre viejo que habia en un rincon, les dijo que dentro hallarian materia para publicar una obra importante, y que si querian imprimirlo, desde luego lo ponia á su disposicion, y entrarian en ajuste. Aceptada la proposicion, abrieron el baul, y solo encontraron un monton de papelitos del tamaño de un dedo, que parecian haber sido desgarrados como inútiles. Rióse Du Cange al verlos confusos, y les aseguró de nuevo que su manuscrito se hallaba en el cofre. Volvieron todos á rebuscar aunque en vano; hasta que al fin, uno de ellos los examinó atentamente y advirtió que aquellos pedazos de papel contenian varias notas de letra del autor. Observó tambien que le seria fácil ponerlos en órden, porque empezando por la palabra que se proponia esplicar, todo consistia en arreglarlos segun el órden alfabético. Con esta clave, y convencido de los profundos conocimientos de Du Cange, no titubeó en ajustar el cofre con todas las riquezas que contenia, para proceder desde luego á su impresion. Es tambien autor de varias historias de los pueblos de la edad media, que los literatos consultan siempre con fruto. Falleció este apreciable erudito en 1688 á los 78 años de edad.

CANNING (Jorge). Nació este distinguido hombre de Estado en Lóndres, de una familia irlandesa, escasa en bienes de fortuna. Si el despejado talento que manifestó desde sus primeros años, le valió con el tiempo ocupar los puestos mas altos del Estado, mucho le valieron tambien las íntimas relaciones de amistad que contrajo durante su permanencia en el colejio de Oxford, donde le envió un tio suyo, rico comerciante, para que perfeccionara allí su educacion. Gracias á su amigo y condiscípulo Jeukinson, despues lord Liverpool, fué elegido diputado por el distrito de Newtown, (isla de Chigt) cuando apenas contaba 23 años de edad, declarándose desde luego partidario de la política que seguia el famoso ministro Pitt, que encontró en el jóven y ardiente Canning un leal y celoso defensor. Era aquella época de grandes luchas parlamentarias: los partidarios y los antagonistas de la revolucion francesa no perdonaban ni medio, ni recurso, ni frase, ni sátira que no empleasen para derrotar á sus contrarios Fox y Sheridan, entre los primeros no dejaban tregua ni descanso á los segundos dirigidos por Pitt y Canning. El éxito de las armas francesas dió nuevos brios á la oposicion del Parlamento, y Canning y Pitt tuvieron que abandonar el campo á sus contrarios. Empero, dos años despues volvió el segundo á ponerse al frente de los negocios, y Canning aceptó en

aquel gabinete el cargo de tesorero de la marina. Hasta el año 1822 que formó él mismo un nuevo gabinete, señalado con su propia política, Canning pasó por todas las fases que puede atravesar un hombre político distinguido. Ensalzado por sus discursos en la Cámara, cuando era oposicion, anatematizados sus actos cuando formaba parte de algun ministerio, silbado en la lucha electoral de 1816 por el populacho de Liverpool, y llevado en triunfo por sus amigos el dia mismo de su eleccion, Canning se mostró siempre lo que siempre fué, un verdadero ingles que nada tenia en tanto como la preponderancia y grandeza de su patria. Tal era su talento, y en tanta valía se le tenia en Inglaterra, que la aristocrática y orgullosa Cámara de los lores, tuvo que plegarse repetidas veces ante la fuerza de sus razonamientos, y secundar sus planes cuando se trataba del honor de la Gran Bretaña y la defensa de la verdadera libertad. Cuatro son los actos principales del ministerio Canning que conservará la historia como indestructibles monumentos de su política, si bien uno de ellos hiere vivamente la dignidad española. 1.° la separacion de la Inglaterra de la santa alianza: 2.° el reconocimiento de la independencia de las colonias americanas de España; 3.° la intervencion en Portugal para sostener la carta de don Pedro: y 4.° la alianza con la Rusia y la Francia para libertar á la Grecia del dominio turco. Otro grande acto le pertenece, aun cuando no consiguió su realizacion durante su vida, la emancipacion de los católicos de Irlanda, concediéndoles los mismos derechos y fueros que á los demas ingleses. Atacado de una enfermedad aguda contraida por efecto de su incesante trabajo, Canning dejó de existir el 2 de agosto de 1827 á los 56 años de edad. El Parlamento y el rey decretaron se le hiciesen magníficos y suntuosos funerales, el pueblo quiso demostrar en aquellos tristes momentos su gratitud al que tanto habia hecho por su grandeza y poderío. Sábio jurisconsulto, diputado elocuente, orador profundo y ministro entendido, Jorge Canning que desde su pobre cuna se habia elevado gradualmente y solo á fuerza de talento hasta el primer puesto de la nacion despues del monarca, que habia desempeñado cargos tan lucrativos y comisiones tan pingües, añadió un nuevo timbre á los muchos que habia adquirido; la probidad. Su elogio está cifrado en esta elocuente frase: murió pobre.

CANO (Juan Sebastian), natural de Guetaria, provincia de Vizcaya. Fué uno de los arrojados cuanto insignes españoles que en 1510 acompañaron á Fernando de Magallanes en su espedicion á América, cuyo resultado fué el descubrimiento del estrecho que lleva su nombre. De los cinco buques que emprendieron aquel desastroso viaje, solo pudo salvarse el que mandaba Cano. Este intrépido marino, á pesar de hallarse abandonado y entregado á sus propios recursos, despues del trágico fin de su jefe Magallanes, siguió impávido su navegacion á las islas de la Sonda, y doblando el cabo de Buena Esperanza regresó á Sevilla el 8 de setiembre de 1523, despues de haber dado la vuelta al mundo entonces conocido, en el espacio de tres años y cuatro semanas. El emperador Cárlos I, queriendo recompensar los servicios de Cano, le concedió el uso de escudo de armas, cuya divisa era un globo terrestre con este exergo: *Primum me circundedisti:* Fuiste el primero que me rodeaste.

CANO (Melchor). Este religioso dominico, sábio teólogo de su tiempo, fué natural de Tarancon, y adquirió gran celebridad, no tan solo por la obra que publicó titulada *De Locis Theologicis*, que es y ha sido siempre consultada por los que se dedican al estado eclesiástico, sino por las encarnizadas disputas que sobre estas materias sostuvo con el no menos célebre Bartolomé

Carranza, despues arzobispo de Toledo. Era este hombre de mucho mérito por su saber y tolerancia, y al mismo tiempo cortes y afable, y religioso ejemplarísimo. Cano, por el contrario, era vehemente en el hablar, sobrado altivo y no poco ambicioso, de modo que segun es público, tuvo no poca parte en las desgracias que acibararon los dias de aquel prelado virtuoso. Asistió Cano al famoso concilio de Trento, y en 1552 fué nombrado obispo de Canarias, pero no habiendo podido recabar del papa las bulas para su consagracion, regresó á Madrid, donde murió á poco tiempo de un ataque cerebral.

CANO (Alonso), pintor, escultor y arquitecto español, nació en Granada el 19 de marzo de 1601. De resultas de un desafío que tuvo con su rival en la pintura don Sebastian del Llano y Valdes, á quien hirió gravemente, tuvo que huir de Sevilla, trasladándose á Madrid favorecido por el conde-duque de Olivares, ministro y privado del rey. Sus delicados trabajos que ejecutó en la corte, le valieron el nombramiento de pintor de S. M. y maestro de dibujo del príncipe don Baltasar Cárlos. Su genio díscolo y provocativo dió muy fundadas sospechas á que se le imputase el asesinato de su mujer, á quien segun dijeron habia encontrado en brazos de un amante, aunque otros aseguran que fué asesinada, durante su ausencia, por un desconocido que se introdujo en su casa, so pretesto de copiar algunos de sus mas famosos cuadros. Lo cierto es, que Cano temiendo á la justicia se escapó de Madrid, refugiándose en la Cartuja de Portaceli, cerca de Valencia. Algun tiempo despues, cuando creyó acallada su acusacion, volvió á la corte donde pudo permanecer oculto algun tiempo, pero descubierto por unos esbirros, le prendieron dándole tormento para que confesase el crímen que se le imputaba; empero Cano se mantuvo firme en negarlo, y no encontrando, al fin, prueba alguna convincente contra él, fué declarado inocente y puesto en libertad. Vuelto á la gracia del rey, abrazó para mas obligarle el estado clerical y continuó instruyendo al príncipe en la pintura; pero no pudiendo este soportar su genio áspero é impetuoso, le exoneró de su cargo. Por aquel tiempo vacó en la catedral de Granada una racion de música vocal, y Cano persuadió al rey se la confiriese como escultor, arquitecto y pintor del cabildo. Accedió Felipe IV á sus deseos, con la precisa condicion que recibiese las órdenes mayores dentro del año; pero como Cano se mostrase negligente en su cumplimiento, fué, pasado este término, despojado de su beneficio. Por último, el obispo de Salamanca le confirió una capellanía ordenándole al mismo tiempo de subdiácono, y por ello mandó el rey restituirle su racion en Granada, cuya renta disfrutó tranquilamente hasta su muerte acaecida el 5 de octubre de 1667. A pesar de su carácter duro y quisquilloso, tenia Cano un corazon compasivo: no podia oir las súplicas del pobre, sin acudir al momento á su socorro, y cuando no tenia dinero que darle, pintaba cualquier cuadro para regalárselo. Entre las muchas anécdotas que se cuentan de su altivez, refiérese que habiéndole un dia pagado con cierto desprecio, un oidor de Sevilla, un San Antonio que le habia encargado, no quiso recibir el precio, y lo hizo pedazos en su presencia; tampoco quiso por igual motivo, concluir el coro de la catedral de Málaga, creyendo se despreciaba su mérito, y en su última hora no quiso mirar el crucifijo que le presentaba el sacerdote por estar mal ejecutado, pidiendo otro con el que murió abrazado. Son muchas y varias las obras que se cuentan de este insigne artista esparcidas por varios puntos de la península, que siempre han sido admiradas y aplaudidas por los inteligentes, tanto nacionales como estranjeros.

CANO DE ARÉVALO (Juan), es hijo este pintor español del pueblo de

Valdemoro, y vino al mundo en 1656. Su principal aficion era pintar figuras pequeñas. Viendo cuán apreciadas eran, se entretuvo todo un invierno en adornar una gran partida de abanicos, que vendió á muy crecido precio haciéndolos pasar como franceses; porque entonces como ahora habia grande apego, para mal de España, en admirar y adoptar todo cuanto procedia de allende el pirineo. Era Cano al mismo tiempo muy diestro en la esgrima, y como sus amigos le instasen en un viaje que hizo á Andalucía á que ostentase su brillante, pero funesta habilidad, desafió en una corrida de toros celebrada en Alcalá, á uno de los concurrentes, á quien desarmó é hirió, pero en esto acudieron dos deudos del herido, hiriendo mortalmente á Cano, de cuyas resultas murió en 1696, á los 40 años de edad.

CANOVA (Antonio). Pocos escultores entre los antiguos, y acaso ninguno entre los modernos ha alcanzado el renombre y fama que este insigne artista, y muy pocos son tambien los que le igualan en la profusion de obras que salieron de su hábil cincel. Nacido en 1757 en Pozzagio, junto á Venecia, ya llamó la atencion del señor de su pueblo natal cuando apenas contaba doce años, presentando un dia en su mesa un leoncito de manteca, perfectamente hecho. Valióle esto el que dicho señor le pensionase para que perfeccionase su aficion en la academia de bellas artes de Venecia, en donde ganó varios premios. Debidamente examinado y aprobado, se estableció pocos años despues en la misma ciudad en un modesto taller, hasta que en 1779 se trasladó á Roma, llamado por el embajador de su república, cerca de la santa sede. En la sociedad de aquel personaje fué donde encontró Canova varios inteligentes y consumados artistas como el embajador de Inglaterra, en Nápoles, Hamilton y al famoso Mengs, quienes deplorando el mal gusto introducido en la escultura le aconsejaron que separándose de tan funesto cuanto estraviado camino, procurase no tan solo copiar los buenos modelos de los antiguos, sino imitar la sencillez y la gracia de la misma naturaleza. La primera obra que atestigua esta noble resolucion, fué el grupo de *Teseo sentado sobre el Minotauro vencido.* Al presentar esta produccion se estendió por todas partes el nombre de Canova, y la Europa toda le proclamó el primer escultor moderno, dándole un distinguido lugar entre los hombres de genio de su siglo. Durante los años desastrosos de la revolucion francesa que estendió su poder sobre Italia, recorrió Canova varias capitales del continente, recibiendo por do quiera una acogida brillante, y magníficos presentes de los reyes y potentados. A su regreso á Roma, le nombró el papa inspector general de bellas artes, le creó caballero romano, y le puso por su propia mano las insignias de su clase; y mas tarde le entregó tambien en audiencia solemne el diploma de su inscripcion en el libro de oro del capitolio, el título de marques de Ischia y una pension de 3,000 escudos romanos, que Canova consagró toda entera al fomento de las artes y al estímulo de los artistas. Este célebre estatuario, despues de una vida laboriosa y brillante, murió en Venecia á los sesenta y cinco años de edad con sentimiento general. Sobrado largo seria el insertar el detallado catálogo de sus magníficas producciones, pero no podemos menos de citar entre otras, el *mausoleo de Clemente XIV* en la iglesia de los santos apóstoles en Roma; el *Amor y Psiquis acostados*, que posee en Inglaterra sir H. Blondel; *Venus y Adonis*, propiedad del marques del Beiro, de Nápoles; el *monumento* erigido en Venecia de órden del Senado *á la memoria del valiente marino Enemo; la Magdalena arrepentida*, propiedad del marques de Sommariva; *El Amor y Psiquis* en pié, del palacio de la Malmaison en Francia; *Los dos pugiladores* del palacio del Vaticano; *Hércules lanzando á*

Licas contra un peñasco, del opulento banquero romano Torlonia; *Venus victoriosa* bajo las facciones de la bellísima Paulina Bonaparte, estátua que pertenece hoy á la reina de Inglaterra. La *Venus saliendo del baño*, conocida por la Venus itálica; *Las tres gracias*, propiedad del duque de Bedford; *Marte y Venus*, *la Paz y las Gracias*, grupos que pertenecen á la reina de Inglaterra; *Una bailarina y Paris* al emperador de Rusia; la estátua de *Washington* al Senado de la Carolina en los estados de la Union americana; y *Jesus muerto*, *la Vírgen y María Magdalena*, cuyo grupo interesa y conmueve mas que el que trabajó el no menos célebre escultor Miguel Angel Buonaroti. La mayor parte de las obras de Canova han sido despues copiadas y grabadas por los célebres Bertinelli, Bonato, Fontana, Morghen y otros famosos grabadores.

CANSECO (don Casimiro Florez), distinguido helenista y catedrático de lengua griega en los antiguos reales estudios de Madrid, muy conocido entre los literatos por haber corregido y aumentado la traduccion que de la *Poética de Aristóteles* dió á luz en 1778 don Alonso Ordoñez Seijas, señor de San Payo, añadiendo el testo griego, la version latina y las notas de varios comentadores de aquel ingenio de la Grecia. Tambien publicó el señor Canseco las *Obras de Jenofonte,* de las que solo se han publicado los dos primeros tomos.

CANTACUZENO (Juan V, emperador de Oriente), fué primero ministro y favorito de Andrónico Paleólogo el jóven. Al tiempo de morir este le encomendó la custodia de sus dos hijos Juan y Manuel, mientras conservase la regencia la reina madre, pero los grandes y el ejército, disgustados de su conducta la obligaron á dejar el mando, y proclamaron regente del imperio, en su lugar, á Cantacuzeno, al mismo tiempo que declararon y reconocieron como emperador á Juan, hijo mayor de Andrónico. El nuevo regente gobernó durante muchos años con gran prudencia y habilidad, hasta que para libertarse de las venganzas de la reina madre que habia obligado á su hijo que le declarase perjuro y traidor, se apoderó del imperio para salvar su vida. Dueño del ejército se apoderó de Constantinopla, que se apresuró á abrirle sus puertas, y obligó á Juan Paleólogo á casarse con su hija y dividir con él el poder. Este arreglo cimentó la paz por algun tiempo. Empero la envidia de Juan y las contínuas instigaciones de su madre fueron nuevamente la causa de que el suegro y el yerno recurriesen por segunda vez á las armas, pero despues de una lucha bastante encarnizada, ambos emperadores se reconciliaron, y siguieron gobernando juntos por muy pocos dias, pues Cantacuzeno abdicando el mando, fué á encerrarse en un monasterio del monte Athos (en 1335) donde vivió como filósofo cristiano. Fué un gran príncipe, buen político, entendido general, y escelente escritor. Cuando ocurrió su muerte en 1380, sus antiguos súbditos le lloraron sinceramente, porque durante su gobierno les habia tratado mas bien como padre que como príncipe. Este es su mas bello elogio.

CANUTO II y III. El primero apellidado el *Grande*, no bien subió en 1015 al trono de Dinamarca, cuando se trasladó á Inglaterra para asegurar las conquistas que habia recientemente hecho su padre en aquella isla, y á tiempo lo previno, puesto que el rey Etelzedo habia ya reconquistado una buena parte de ellas. Pero Canuto, despues de obligarle á pasar el mar y refugiarse en Normandía, venció en combate singular á su hijo Etemundo, y apoderándose de casi todos sus estados, solo le dejó algunas tierras junto al Támesis. Asesinado este por su cuñado Edvico, se casó Canuto con Emma, viuda de Etelzedo, quedando por

este enlace dueño de toda Inglaterra. Cimentada la tranquilidad de sus nuevas conquistas regresó Canuto á Dinamarca, donde su cuñado Alfert andaba alborotando los pueblos para apoderarse de la corona; pero Canuto le preparó una emboscada mandando asesinarle en seguida. Hecho esto, dirigió sus armas contra la Noruega, de la que se apoderó en 1030 despues de derrotar completamente á su rey Olao. Con esto llegó á ser el príncipe mas poderoso de su época, pero aun cuando sus súbditos le dieron el renombre de *Grande*, fué menos por reconocimiento á sus beneficios que por el terror que inspiró á los pueblos que sometió á su yugo. Su hijo Canuto III, llamado *el atrevido* ó *el robusto*, que por muerte de su hermano Haroldo quedó único dueño de los estados de Inglaterra, se hizo tan odioso á sus súbditos por su bárbara crueldad, que constantemente tuvo que vivir armado para libertarse de las asechanzas que se le tendian. Entre las venganzas á sangre fria que cometió, fué el mandar desenterrar el cuerpo de su hermano, cortarle la cabeza y arrojar sus restos al rio. Encontrados por unos pescadores le dieron piadosa sepultura, pero el feroz Canuto al saberlo, mandó que los arrojasen nuevamente á las aguas. Felizmente para la Inglaterra en 1042 murió repentinamente de una apoplegía fulminante que algunos atribuyen á un envenenamiento. Con la muerte de este desapiadado monarca concluyó en Inglaterra el dominio de la dinastía dinamarquesa.

CAPELO (Arturo), baron de Stardam. Este insigne guerrero es el Guzman el Bueno de Inglaterra, cuya lealtad imitó. Era Capelo gobernador de Colchester, por Cárlos I, cuando Farfaix, jefe de las tropas del Parlamento, puso sitio á aquella plaza en 1645. Para mejor apoderarse de la plaza, obligando al gobernador á rendirse, hizo este general llamar á un hijo de Capelo que estudiaba á la sazon en Lóndres, para que persuadiese á su padre á que le entregase la ciudad. El jóven, empero, se negó á ello diciendo que su padre no tenia necesidad alguna de recibir consejos de su hijo, hasta que furioso Farfaix mandó desnudarle hasta la cintura y presentarle en este estado á su padre en medio de un grupo de soldados que le amenazaban con las espadas desnudas. Capelo, que desde lo alto de las murallas presenciaba aterrorizado aquella bárbara crueldad, oyó que uno de los oficiales le gritaba: «*Preparaos á rendiros, ó á ver derramar la sangre de vuestro hijo*» más el leal gobernador contestó al momento con entereza: «*acuérdate hijo mio lo que debes á Dios y al rey*,» cuyas palabras repitió por tres veces. Inmediatamente volvió á entrar en la plaza para exhortar á los oficiales á mantenerse firmes, no para vengar á su hijo, sino para cumplir con su deber. Tomada, empero, la ciudad y hecho Capelo prisionero, fué conducido á Lóndres y degollado en el mismo cadalso que Cárlos I.

CAPELO (Blanca). Esta mujer tan celebrada por su rara hermosura, que debió á lo irresistible de sus atractivos el subir al trono de Toscana, era veneciana de orígen y descendiente de una antigua familia de patricios. Enamorado perdidamente de ella un jóven florentino llamado Pedro Bonaventuri, mancebo de una casa de comercio que tenian en Venecia los Salviatis, Blanca le correspondió ciegamente, persuadida que era el mismo distinguido personaje. Pronto se desvaneció el error, y el enamorado mancebo se vió despedido por la que amaba. Mas como el amor no encuentra obstáculos, Pedro encontró medio de lograr, venciendo muchos, que Blanca acudiese á una cita misteriosa. Mas enamorada que prudente, la sin par veneciana accede á los deseos de su amante; pero cuando quiere volver á su casa encuentra cerrada la puerta. Loca y desesperada cree su honor comprometido, ruega,

insta y apremia á su adorado dueño que la salve, y ambos huyen aquella misma noche á Florencia. Poco tiempo pudo permanecer oculta la peregrina belleza veneciana; un dia que se hallaba á la ventana de la pobre casa de los padres de su esposo, acertó á pasar por debajo el gran duque, y se prendó de ella. Para tenerla en su corte labra el enamorado príncipe la fortuna del marido; le colma de honores y riquezas. Empero Bonaventuri embriagado con el régio favor, abusa de su influencia, y una noche es asesinado á la puerta de su palacio (1574). Pocos años despues enviuda tambien Francisco de Médicis y se desposa con Blanca, declarándola al mismo tiempo reina de Chipre (1579). La ambicion y el orgullo la dominan entonces, y tanto ella como la torpe conducta de su hermano Victorio, á quien habia hecho ministro y confidente único de su marido, escitan el ódio de la familia gran ducal, que no habia perdonado el desigual casamiento de su jefe. El cardenal Fernando, hermano y sucesor inmediato al trono de su hermano, se encarga de la venganza. Convídales á comer, fingiendo tratar las paces, á una quinta de las inmediaciones de Florencia, y al concluir el convite ambos esposos caen muertos de repente. El público imputó al cardenal aquella repentina catástrofe, pero este que habia logrado su objeto, ocupa el trono que poseyó largos años, abandonando antes la púrpura cardenalicia.

CAPMANY DE MONTPALAU (Antonio de), oriundo de una antigua familia de ciudadanos de Gerona, nació en Barcelona el 24 de noviembre de 1742. Dedicado al noble ejercicio de las armas, tomó parte en clase de subteniente en la guerra contra Portugal de 1762, concluida esta pidió y obtuvo su retiro fijándose en Utrera donde casó con doña Gertrudis de Polaina, hija de un rico hacendado de aquella villa. Confióle el gobierno la comision de llevar á las nuevas poblaciones de Sierra-morena una colonia de familias catalanas de industriales y labradores, que desempeñó satisfactoriamente bajo la direccion del célebre don Pablo Olavide, super-intendente de las nuevas poblaciones. Cuando cayó en desgracia aquel insigne español y procesado por el Santo Oficio, Capmany se trasladó á Madrid, donde se ocupó constantemente en escribir y publicar varias obras que le han dado justo renombre de literato y de filólogo. No queriendo adherirse en 1808 al gobierno intruso, marchó á Sevilla, para ofrecer sus servicios á la junta soberana y á la regencia. Nombrado diputado por Cataluña en las cortes de Cádiz, contribuyó en gran manera, tanto por sus discursos como en los diferentes cargos públicos que le fueron encomendados, á secundar los esfuerzos del patriotismo español, hasta que acometido por la epidemia que se desarrolló en Cádiz en 1813, murió el 14 de noviembre á los 71 años de edad. Muchos y muy brillantes son los escritos que ha dejado Capmany, que seria sobrado prolijo enumerar, pero merecen citarse como los mas encomiados la *Filosofía de la elocuencia*; el *Código de las costumbres marítimas de Barcelona*; el *Discurso económico político en defensa del trabajo mecánico de los menestrales, y de la influencia de los gremios en las costumbres populares*; el *Teatro histórico crítico de la elocuencia castellana*; la *Vida de varones ilustres de España*; el *Estado de la literatura en España á mediados del siglo XVI*, y otras varias obras filológicas.

CAPPONI (Pedro), magistrado de Florencia, célebre por su intrepidez y amor patrio. Cuando Cárlos VIII, rey de Francia, marchó á conquistar á Nápoles en 1494, se presentó á los florentinos al frente de su ejército, exigiendo le suministrasen fondos, y le concediesen cierta jurisdiccion en todo el territorio de la república. Capponi, que era á la sazon uno de los diputados principales de la misma, se encon-

tró un dia con sus demas colegas en la conferencia en que el secretario de aquel príncipe comunicaba las condiciones que queria imponer á los de Florencia, é indignado al escuchar tan humillantes propuestas, se levanta de repente, y arrebatando el papel que las contenia de manos del emisario frances, lo desgarra en mil pedazos, y arrojándolo al suelo, esclama: «*marchaos, y haced tocar el tambor, que nosotros tocarémos las campanas; la república de Florencia no quiere que se la humille; id y decid á vuestro amo que esta es nuestra única respuesta.*» Y salió inmediatamente del salon, dando á entender estaba dispuesto á sostener con las obras sus palabras. Capponi murió de un tiro de arcabuz delante de Esciano, castillejo de las montañas de Pisa, al dar el asalto las tropas florentinas que mandaba. (1496)

CAPUZ (Francisco, Leonardo Julio y Raimundo). Esta familia de escultores valencianos es notable por la perfeccion de sus obras, apreciadas en gran manera de aficionados é inteligentes. El primero nació en Valencia en 1665, y ha dejado varias figuras de marfil, dando notorias pruebas de su rara habilidad y de la seguridad de su pulso, esculpiendo con indecible acierto varias figuras del tamaño de un hueso de cereza. Leonardo Julio, hermano del anterior, vino al mundo en la villa de Onteniente el 10 de abril de 1660, tambien se hizo notable por lo bien acabado de sus estátuas, que aun se ostentan en varios templos de Valencia. Entre ellas se distingue la del *Señor en el sepulcro*, que se manifiesta al público en la iglesia catedral el jueves y viernes santo. Raimundo, tambien hermano de Francisco y de Leonardo, les escedió si cabe en nombradía, y para mejor darse á conocer, se trasladó á Madrid, donde observando que las producciones de los estranjeros eran tenidas en mas valía y aprecio que las de los nacionales, (siempre ha sido esto achaque de nuestros magnates), empaquetó con gran esmero y cuidado sus propias obras, diciendo que acababan de enviarlas de Italia para que las vendiera en comision, y con esta estratagema logró despacharlas en breve á precios muy subidos. Ejecutó despues algunas figuras como de una cuarta de altas, con las cabezas y manos de marfil, con los vestidos de madera de varios colores imitando el traje de varios pordioseros de Madrid; y tan feliz y al natural los copió, que habiendolas visto el príncipe de Asturias don Luis, le nombró su maestro de escultura, confiriéndole el título de escultor de cámara, cuando subió al trono. Al morir Luis I se retiró á Valencia, donde murió en 1743. Francisco habia ya dejado de existir en 1727, y Leonardo Julio en 1731. En la capilla de la comunion de la parroquia de San Andres de Valencia existen todavía las estátuas de los doce apóstoles, perfectísimas esculturas de Raimundo, escepto las de Santiago y Santo Tomas que dejó sin concluir.

CARACALLA (Marco Aurelio Antonino),emperador romano, llamado antes Bananio, conocido tambien con el nombre de Severo. Nació en Lyon el año 188 de la era cristiana, de Septimio Severo y Julia. Elevado al trono por los soldados romanos, segun costumbre, el mismo dia de la muerte de su padre, su primera crueldad fué asesinar en brazos de su misma madre á su hermano Geta, que habia sido proclamado emperador al mismo tiempo que él. El fratricida, queriendo borrar su crímen á los ojos de sus tropas, les aumentó el sueldo, concediéndoles ademas varios privilegios, y distribuyéndoles cuantiosos presentes, con lo cual no solo logró que aprobasen su infame accion, sino que para darla cierto colorido de legalidad, declararon á Geta traidor á su patria. Empero, ora fuese remordimiento, ora para hacer creer al pueblo romano que solo habia cometido el crímen impulsado por la necesidad de conservar su propia vida,

mandó colocar á su infelice hermano en el número de los dioses, diciendo con este motivo: «*Que sea dios, pero que no viva.*» El jurisconsulto Papiniano, que se negó á justificar aquel asesinato, fué tambien asesinado por su órden, y el mismo suplicio sufrieron otros que rehusaron igualmente el sincerarle. El cruel Caracalla, atormentado por los remordimientos ó mas bien impulsado por sus feroces instintos, marchó á las Galias, donde alborotó los pueblos, conculcó los derechos de las ciudades, y no se retiró sino despues de escitar contra él el ódio de todos los habitantes. Por los tributos y exacciones forzosas que impuso, aniquiló todas las provincias que dependian de Roma, y reconvenido por su madre por sus desmanes, la contestó con altivez, enseñándola su espada pesnuda: «*Sabed que mientras yo empuñe este acero, todo tiene que plegarse á mi voluntad.*» A sus caprichos hubiera dicho mejor aquel tirano. Empero, aquel acero que tan implacable se alzaba contra los débiles y los indefensos, no sirvió para defenderlos de las incursiones y atropellos de los bárbaros. Los Germanos, los Partos y otros, le declararon cruda guerra, y Caracalla solo pudo obtener la paz á fuerza de dinero. Su cobardía, sin embargo, no impidió que tomase y se le diese el nombre de *Germánico*, de *Partico* y de *Arábigo*, como si los hubiese vencido con la fuerza. Creyendo inmortalizar su nombre, como si este pudiese hacer olvidar su villanía, se hizo llamar tambien Alejandro el Grande, y para ello no tan solo adoptó su traje, sino que copió tambien sus maneras, gestos, posturas y ademanes. Furioso contra los de Alejandría porque le habian motejado y reido de su sed de sangre, se dirigió contra aquella ciudad al frente de un ejército numeroso, dándoles órden de que no perdonasen la vida á nadie. La carnicería fué tan horrible, segun afirman varios historiadores, que la sangre corria á torrentes por las calles, y el Nilo y la playa vecina estuvieron enrojecidos durante muchos dias. Pero sus crueldades y su odiosa tiranía debia tener su término. Maczino, que mandaba el ejército de Mesopotamia, se valió de Marcial, centurion de la guardia del emperador y hombre de una fuerza estraordinaria. Un dia que se hallaba paseando Caracalla á caballo por los alrededores de Edesa, aprovechó aquel el momento en que le vió separarse de la comitiva, para arrojarse sobre él, y coserle á puñaladas, dejándole muerto en el acto. El asesino quiso salvarse al momento, pero descubierto por los soldados favoritos de la guardia de Caracalla, fué decapitado en su venganza.

CARAFFA (Cárlos), fundador de la congregacion de los obreros pios ú *obregones*, descendia de la ilustre familia de su nombre y nació en 1561. Hízose jesuita al principio, pero pronto dejó la sotana para abrazar la carrera militar, en la que dió señaladas pruebas de su valor y pericia. A los 34 años de edad, con motivo segun algunos aseguran, de un desengaño amoroso, se retiró del mundo abrazando de nuevo el estado eclesiástico. Desde entonces observó siempre una vida muy austera, entregándose enteramente á los ejercicios de caridad y á la predicacion. Estableció en Nápoles muchas casas de recogimiento para las mujeres públicas arrepentidas, y una congregacion para cuidar á los enfermos en los hospitales, que aprobó el papa Gregorio XV con el título de *Congregacion de los obreros pios*. Sus individuos no hacen voto alguno, pero sí observan una vida muy austera. Murió este piadoso varon el 8 de setiembre de 1633.

CARAZZOLE (Joaquin). Triste, aunque frecuente ejemplo nos presenta este personaje del término que suelen comunmente tener el favoritismo de los poderosos y los amores de las reinas. Nacido de humilde cuna en Umbria de

Italia, llegó á ser, tanto por su interesante figura como por sus vastos conocimientos, secretario de Juana II, reina de Nápoles. Hízole esta duque de Melfi, condestable del reino y poderosamente rico, pero cansada la reina de él le hizo asesinar una noche, al salir de su cuarto segun tenia de costumbre. Dicen algunos que Carazzole fué quien asesinó por mandato de Juana á Juan Carrazzioli, generalísimo de las tropas napolitanas, amante anterior de la misma reina.

CARBAJAL (Luis de), pintor de cámara de Felipe II, y uno de los artistas que contribuyeron al adorno del monasterio y palacio del Escorial. Nació en Toledo en 1534. Varias son las obras que existen de este pintor en aquel vasto edificio, en los altares de su iglesia y en los claustros, que merecen la aprobacion de los inteligentes por su buena composicion, frescura del colorido y correcto dibujo. Tambien trabajó en la decoracion del palacio del Pardo, falleciendo el año 1615.

CARBONELL (Alonso), escultor y arquitecto español, nació en Valencia á fines del siglo XVI. En 1624 se trasladó á Madrid para ejecutar, en compañía del pintor Caxes, el retablo mayor de la Merced calzada, cuya obra fué mas tarde trasladada á otro punto, cuando Churriguera y su escuela introdujeron el mal gusto que reinó durante casi todo el siglo XVIII. En 1627 atendido el mérito de Carbonell, le nombró el rey aparejador de las obras que se ejecutaban en el régio alcázar de la corte y el palacio del Pardo; y no obstante, la superintendencia de las obras reales que corrian á cargo de don Juan Bautista Crescenti, de las que era maestro mayor Juan Gomez de Mora, se encargó á Carbonell, atendido su indisputable mérito, la direccion y ejecucion del palacio del Buen Retiro, que desempeñó á satisfaccion de Felipe IV, y del conde duque de Olivares, promovedor de esta obra. Ejecutó tambien los diseños de la portada, escalera, altar y pavimento del panteon del monasterio del Escorial, y se le atribuye la planta y alzado de las casas consistoriales de Madrid, cuya obra comenzó en 1644. En 1648, fué nombrado maestro mayor de todas las obras reales, falleciendo en 1660.

CARCELL (Miguel Ferrando), tejedor de lino y célebre trovador de las islas Baleares en el siglo XVI. Aunque tosco y sin estudios, poseia una imaginacion muy fecunda, y al mismo tiempo que trabajaba en su telar, dictaba versos que aun son hoy dia admirados, particularmente el poema escrito en mallorquin con el título de *Tractat dels visis y mals costums de la present temporada*, impreso en Mallorca en 1694 y reimpreso varias veces. Murió tan pobre como habia nacido en 1594.

CARDONA (Ramon de), virey de Nápoles. En 1511 se puso al frente del ejército de la Liga formado contra la Francia por el pontífice Julio II, la república de Venecia y don Fernando de Aragon (el católico); mereciendo particular aprecio de este monarca, que le recompensó con varios estados y dinero. Con las tropas que organizó en Nápoles atacó en 1512 á Florencia, mas como no fueran admitidas sus proposiciones de paz, sitió y se apoderó de la fortaleza de Plato, donde los españoles encontraron grandes almacenes de víveres y armas. Los florentinos irritados con esta pérdida, se sublevan en masa y obligan á su primer magistrado á enviar una diputacion para tratar con el general español, y Cardona les exigió en consecuencia le aprontasen 140,000 escudos, á saber: 80,000 para el ejército, 40,000 para el rey de Aragon y 20,000 para él, persuadiéndoles ademas, á que abandonasen la alianza con los franceses y se alistasen con los confederados, como así se verificó. Empero Cardona, á quien aquejaba, sin duda, gran sed de dinero, no tardó en abandonar la Liga por la

causa de los Médicis, que con grandes ofertas le ganaron, contribuyendo mucho por su parte á restaurarles en la posesion de su ducado. Muerto Julio II, principal promovedor de la Liga, Cardona se apoderó de Parma y Plasencia, agregándolas por el rey aragones al estado de Milan, en cuya ciudad falleció hácia el año de 1519.

CARDONA (Juan Bautista), célebre anticuario y bibliógrafo valenciano. Nació en Valencia á principios del siglo XVI y fué sucesivamente canónigo de aquella catedral y obispo de Perpiñan, de Vich y de Tortosa. Dedicóse principalmente á restablecer las verdaderas lecciones ó comentarios de la Escritura hechos por los santos padres, segun los antiguos manuscritos auténticos, y ya habia restituido mas de 800 de las obras de San Leon el Grande y de San Hilario, cuando falleció en 1589.

CARDUCHO ó CARDUCCI (Bartolomé y Vicente.) El primero, pintor, escultor y arquitecto, nació en Florencia en 1560, trasladándose á España en 1585, siendo pensionado por Felipe II con 50,000 escudos anuales, pagándole ademas las obras que por órden suya trabajase. Felipe III le continuó la misma benévola proteccion, eligiéndole para que, con otros pintores de gran nombradía, embelleciese la régia residencia del Pardo, pintando al efecto toda la galería del mediodia del cuarto del rey. Pero cuando se disponia á pintar en la bóveda las hazañas y conquistas de Carlos I, falleció en aquel real sitio en 1608 con general sentimiento de todos los amantes de las bellas artes. Su hermano Vicente, que aunque nacido tambien en Florencia se reputaba hijo de Madrid, por haber venido á ella muy niño, fué su digno heredero en la pintura, continuando á la muerte de Bartolomé las obras que este tenia principiadas en el Pardo. Concluidas estas pasó á la Cartuja del Paular, donde pintó la gran coleccion de cuadros que adornaban el claustro grande de aquel monasterio. Falleció en 1638 á los 60 años de edad. De ambos hermanos existen varias obras muy estimadas en las iglesias de Madrid, Valladolid y Toledo; entre ellas el retablo de *La Cena* en las monjas Carboneras, *La Asuncion de Nuestra Señora* en las Descalzas Reales, y *Las historias* en la biblioteca del Escorial.

CARESMAR (Jaime.) Distinguido escritor y anticuario catalan, nació en Igualada el 10 de octubre de 1717. Varon verdaderamente sábio como virtuoso y modesto, se dedicó con celoso afan á restaurar documentos antiguos, muchos de ellos casi ignorados y perdidos para las letras y la historia de varios pueblos. Tal fué la nombradía que adquirió en este género de trabajos, que los eruditos franceses encargados de los principales y mas interesantes documentos diplomáticos é internacionales, acudieron repetidas veces á Caresmar para que disipase sus dudas, acerca de la autenticidad y verdadera filiacion de los que examinaban, antes de darlos á luz. Gracias á la actividad é inteligencia de este modesto sábio, fueron arreglados y puestos en órden casi todos los archivos del principado, salvando de su completa destruccion muchos documentos preciosísimos é interesantes para la historia de Cataluña. Estas fatigosas investigaciones no le impidieron, sin embargo, á pesar de su complexion delicada y contínua falta de salud, el desempeñar las cátedras de filosofía y teología en el monasterio de Bellpuig del órden premostatense, cuyo hábito vistió en 1742, siendo despues abad del mismo. Acometido de un ataque de apoplegía falleció en Barcelona el 1.° de agosto de 1791 á los 74 años de edad. Ha escrito varias obras sobre antigüedades, y muchísimas otras inéditas sobre el mismo asunto.

CARIBERTO. Rey de Paris, sucesor

de su padre Clotario I en 561. Fué este monarca al principio de su reinado muy amante de las bellas letras, y decidido protector de los sábios. En estremo celoso de la observancia de las leyes, se ocupó constantemente por cierto tiempo en asegurar la tranquilidad y la dicha de sus súbditos, pero no tardó en abandonarse enteramente al vicio de las mujeres, dejando el cuidado del gobierno en manos de los llamados *mayordomos de palacio*, cuya autoridad y prestigio fué poco á poco estendiéndose hasta apoderarse, andando el tiempo, del trono y del poder. Cariberto fué el primer rey de Francia, á quien su obispo escomulgó á causa de su condicion depravada y licenciosa. A la muerte de su padre repudió á su esposa legítima, casándose sucesivamente con dos hijas de un cardador de lanas á quienes repudió tambien, enlazándose despues con la hija de un pastor, sin privarse por eso de tener gran número de concubinas. Murió en 567.

CARINO (Marco Aurelio), hijo del emperador romano Caro, que le nombró César en 282 y le envió á gobernar las Galias. Hombre débil y de un corazon corrompido, deshonró con su brutal liviandad á la mayor parte de las familias de los galos, destruyendo y empobreciendo los pueblos con los enormes tributos que les exigia. Arrojando de su lado á los respetables consejeros que le habia dado su padre, para que le ayudasen en el gobierno, puso en su lugar á los jóvenes compañeros y cómplices de sus vicios y desórdenes. Este príncipe tirano, burlándose del sagrado lazo del himeneo. se casó con nueve mujeres que no quisieron acceder á sus caprichos sin pertenecerle legítimamente; pero las repudió una tras otra cuando hubo saciado su carnal apetito, y mucho mas brutalmente cuando le declaraban hallarse en cinta. Tanta y tan repetida infamia no podia quedar impune: la mujer de un tribuno de quien habia torpemente abusado, declaró, ó arrepentida ó celosa, á su marido, la falta que habia cometido contra su honra; y este vengador de su nombre, libertó á la Galia y al mundo de aquel mónstruo el año 285, pasándole el pecho de una estocada.

CARLOS I (don), décimo cuarto rey de Castilla y Leon, quinto emperador de Alemania y tercero de las Indias; empezó á reinar en el año de 1516: murió en el de 1558. Por puntos iba creciendo el rey en estados y en poder, rey de España y de las Indias, duque de Borgoña y Flándes, dueño de Nápoles y Sicilia, elegido por entonces rey de romanos, nieto de Maximiliano I, emperador y aliado con él, hechos tratados con el rey Francisco de Francia, y con el papa Leon, que unia las potencias cristianas para combatir con el turco Selin; emparentando de nuevo con el portugues, casando con él á su hermana doña Leonor, que sucedió en el trono á doña María su tia, y dueño ya sin disputa de la Navarra, por cesion de la reina viuda doña Germana, de los derechos que podia tener á él por parte de Juan Labrit, se volvia la atencion de la Europa hácia su persona. Muere á la sazon Maximiliano, adquiere los votos de los electores, y es elegido emperador de Alemania en competencia del rey Francisco de Francia, quedando este, á su parecer, muy desairado (1). Pero entre tanto las ciudades de Castilla estaban descontentas. Habian esperado del rey que no se diesen los empleos á estranjeros, y apenas partió de Castilla dió el arzobispado de Toledo á Guillermo de Croy, obispo de Cambray, sobrino del caballerizo mayor. Segovia fué la primera que se resintió, fuéronse uniendo á ella Avila, Toledo, Cuenca, Jaen y otras, y otorgando sus poderes, enviaron comisionados á Aragon á hacer humildes súplicas al rey sobre es-

(1) Con motivo del nuevo imperio estableció que se le diese título de majestad, que hasta entonces habia sido de alteza.

tos asuntos. En Valencia se levanta un estraño alboroto con pretesto de religion; llamáronle hermandad ó germanía; faccion vulgar que empezó por querer perseguir de muerte á algunos creidos sodomitas, y degeneró en discordia entre nobles y plebeyos. Desagradaron al rey todas estas comunidades y facciones; instábale la partida á tomar posesion del imperio de Alemania; instábanle las Cortes que habia convocado á Valladolid, á fin de pedir donativos para los gastos; y la importunacion de los procuradores hace que las mude, y aun que sean echados algunos de ellas. Conclúyelas en la Coruña, desde donde se embarca para Flándes en 21 de mayo de 1520, dejando por gobernador de Castilla á su maestro el cardenal Adriano; en Zaragoza al justicia mayor don Juan de Lanuza, y en Valencia al conde de Melito don Diego de Mendoza. Despues de la partida se encendieron mas los levantamientos de las ciudades, asaltando á los mismos procuradores que habian asistido á las Cortes, á unos porque fueron echados de ellas por el rey, á otros por haber condescendido á los donativos que pedia, y á otros por no haber hecho resistencia en sus pretensiones. Don Juan de Padilla, alentado del espíritu de su mujer doña María Pacheco, era entre los pocos nobles el principal promovedor de los alborotos, desde Toledo. Véase la biografía de este caudillo, con cuya muerte en un cadalso quedaron estinguidos los comuneros en el mes de abril de 1521. Halló el rey Cárlos turbada la Alemania con la herejía de Martin Lutero, que desde el año de 1517 habia empezado á fomentarse: una pequeña causa dió motivo á esta revolucion tan grande. Habian estado en posesion los frailes agustinos de Alemania, de predicar las indulgencias en los jubileos y cruzadas. Leon X, sumo pontífice, trasladó esta prerogativa á los frailes dominicos, en una que publicó para que los fieles contribuyesen contra el turco, y quedaron aquellos resentidos. Lutero, entonces augustiano, empieza á predicar y defender conclusiones contra el valor de ellas: sábelo el papa, cítalo á Roma, toma parte Maximiliano emperador, cítale á una asamblea en Auspurg; aquí le condenan, apela al papa, condénale este, y Lutero apela al concilio. Defiéndele Federico, elector de Sajonia, y publicando escritos contra la iglesia romana, va estendiendo tanto sus errores, que halla sectarios, no solo en su patria Witemberga, sino en Zuinglio en la Suiza. Escúchale el emperador Cárlos en la asamblea de Wórmes, reconviénele, exhórtale á que deje de turbar la Iglesia y el Estado, encuéntrale remitente, y le condena á que si en el término señalado por el papa no se retractaba de sus errores, fuese su persona aprehendida y castigada como hereje; año de 1521. El rey de Francia Francisco I reclamaba la Navarra, segun el convenio firmado en Noyon en otro tiempo, para Eurico de Labrit; no podia conseguirlo con demandas, y se valió de las armas; entró su ejército en Navarra, y se apoderó de ella hasta la Rioja. España estaba ocupada en sus discordias, pero bien pronto el conde de Haro juntó un numeroso ejército, y el duque de Nájera le hizo retirar. No desmayó el rey de Francia, antes bien, auxiliando á Roberto de Marca, logra que este turbe á Flándes. Quéjanse ambos reyes, y empiezan á preparar grandes ejércitos y elegir buenos y esforzados generales, y á un mismo tiempo se peleaba en Flándes, en las fronteras de Navarra y en Italia. El marques de Mántua era general del papa, coligado con el emperador, y el marques de Pescara de la infantería española. Lautrec era gobernador de Milan por Francia; el cual, aunque resistió vigorosamente al ejército coligado en varios reencuentros, y en el cerco de Milan tuvo que abandonar la plaza, á cuyo ejemplo se rindieron muchas ciudades; suspendióse un poco la faena, muriendo el papa Leon X, en cuyo lugar fué electo sucesor el cardenal obispo de Tolosa, con

el nombre de Adriano VI, á principios del año de 1522. El emperador compuso lo mejor que pudo las cosas de Alemania, y dejando por gobernador de ella al infante don Fernando su hermano, y de Flándes á su tia doña Margarita, se vino á España, tocando primero en Inglaterra, donde avistándose con el rey Enrique VIII, se coligó de nuevo con él para proseguir la guerra contra Francisco I, rey de Francia, cuyo ejército habia sido descalabrado segunda vez en la batalla de Bicoca. En 1523 se habian hecho grandes progresos en América. Vasco Nuñez de Balboa, gobernador de la provincia del Darien, habia descubierto á la otra parte de Tierra-firme el gran mar Pacífico ó del Sur en 1512. Algunos españoles y portugueses habian hallado el Brasil por esta otra parte, y Diego de Solís, buscando algun estrecho para pasar al Pacífico é ir por allí á las islas de Oriente, habia llegado hasta el rio de la Plata en 1517. Pero esta gloria estaba reservada á Fernando de Magallanes, que despues de muchos trabajos, lo encontró en el paraje á que dió su nombre en 1520: atravesóle todo, torció hasta la línea de la otra parte, y escogió un rumbo hácia las Molucas; no las vió él porque murió en una de las Filipinas. Su compañero Sebastian Cano llegó á aquellas con asombro de los portugueses y del mundo, y volviendo por el Oriente al Cabo de Buena Esperanza, fué el primero que dió vuelta al orbe terráqueo. Hernan Cortés habia conquistado gran parte de la nueva España, y Francisco Pizarro y sus compañeros emprendian la conquista del Perú por el levante del Panamá. En medio de todas estas felicidades seguia la guerra de Francia en la frontera de Navarra, y en Italia por el Milanes, intentando Francisco I recuperar las plazas perdidas en una y otra parte. Mas contra él se peleaba dentro de su reino por Enrique VIII, unido al ejército flamenco; en Navarra por el mismo rey Cárlos, y en Milan por un ejército compuesto de alemanes, romanos, napolitanos y españoles. Y estos hicieron tales progresos, que arrojando á los franceses de Italia vinieron á combatir hasta Marsella, en cuya porfiada resistencia tuvieron que levantar el sitio. Irritado el rey Francisco I, arma de nuevo un poderoso ejército, á cuya frente viene hasta Milan, cuya plaza se le rinde, hallando poca guarnicion: de allí se dirige á Pavía, plaza mas fuerte, y pónela sitio. Esta se hallaba bastante apretada; el ejército español con poca gente y poco dinero; pero con un socorro de alemanes que le llega, anímase el ejército imperial; presenta batalla al frances en sus mismas trincheras; peléase crudamente y quedan muertos 10,000 franceses, y prisioneros mucha gente de cuenta, entre ellos el rey. Esta batalla, llamada de Pavía, fué dada en el mes de febrero de 1525; famosa por el valor y grande resistencia que mostró el ejército frances, por los ardides del marques de Pescara, sin los cuales, siendo poco numeroso su ejército, no hubiera acaso vencido, y por la calidad de los jefes que quedaron muertos y prisioneros. Hecho prisionero el rey Francisco, cuya victoria se disputaron soldados y jefes, fué traido á Madrid, y hasta principios de enero del año siguiente de 1526 estuvo preso en su alcázar, y detenido en avenirse en el precio de su rescate y las condiciones de paz. El emperador queria en cange de su persona la restitucion del ducado de Borgoña, que antes era suyo: el rey Francisco resistió mucho esta peticion, y solo vino en ella con la condicion de que el emperador le diese en matrimonio á su hermana doña Leonor, reina viuda de don Manuel, rey de Portugal, y por dote el ducado de Milan. Así se le dió libertad. Celebró públicamente esponsales en Illescas con la reina viuda del portugues, armó las condiciones de los tratados de paz, y vuelto á Francia no cumplió ninguno, pretestando que todo cuanto habia otorgado lo habia hecho con violencia, fatigado de la prision y deseoso de verse

libre. El emperador Cárlos celebró tambien matrimonio despues con la infanta doña Isabel, hermana de don Juan II, rey de Portugal, en el mes de marzo de 1526; y en el mayo del año siguiente nació de él don Felipe que despues se llamó II. Entre tanto procuró sosegar los moros de la Alpujarra y de Valencia, que levantaban varios alborotos, porque se les reconvenia con la religion cristiana que antes habian abrazado y ellos no querian observar. Sucesivamente dispuso tropa para enviar á Italia y defender las plazas españolas, y principalmente quitar á Milan al duque Esforcia, á quien ayudaba, vuelto contrario el papa, coligado con los venecianos, florentinos y franceses para echar á los españoles de Italia, y quitar al emperador el reino de Nápoles, á cuya union llamaron liga santísima. Pero los españoles, antes que se juntaran los ejércitos, se aprovecharon con industria de la ocasion; pues, aunque con pocas fuerzas, entraron en Roma al saco en el mes de junio de 1527. El papa se refugió al castillo de San Angel, y se vió precisado á entregarse con algunas condiciones de dinero, ínterin se ajustaban otras con el emperador; mas no tuvo tanta felicidad el ejército imperial en el resto de Italia, pues acometiendo el frances, auxiliado del ingles, á Génova, Alejandría y Pavía, se rindieron estas plazas á su mayor poder. Mas poco despues, la suerte fué adversa á unos y otros en Nápoles, matando la peste tanto como la guerra, y muriendo allí los principales generales; lo cual obligó á retirarse el ejército frances, en cuya fuga, siguiendo el alcance los españoles, quedó casi todo desbaratado y presos los principales capitanes. De aquí resultó la necesidad de la paz. El papa pidió para casar con su sobrino Alejandro de Médicis, á doña Margarita, hija natural del emperador, nacida en 1522, con el estado de Florencia, y que se reintegrasen al patrimonio de Roma las ciudades y lugares tomados. El emperador pidió al papa que le confirmase el título de rey de Nápoles con un feudo al estado eclesiástico, que se llamó de la *hacanea*, y otras cosas dirigidas á la pacificacion de Italia. Por otra parte el rey de Francia, Francisco I, diputó á su madre madama Luisa, para que en Cambray tratase con doña Margarita, gobernadora de Flándes y tia del emperador, las paces mas ventajosas que pudiese. Todo se ejecutó, y quedaron acordes, en cuyas paces se incluyeron despues todas las potencias de la Europa, escepto los venecianos y florentinos que se mantuvieron renitentes. Una de las señales de esta paz general, y principalmente con el papa, habia de ser la coronacion del emperador, el cual pasó á Italia con grande comitiva de tropa y gente principal española, embarcándose en Barcelona, en 30 de julio de 1529. Llegó el emperador á Génova, pasó á Plasencia, y de allí á Bolonia, donde ya se hallaba el papa: entró con mucha pompa, y fué recibido con grande aparato de toda la ciudad. Se encaminó en derechura al tablado suntuoso que se habia erigido en la plaza de San Petronio para su coronacion. Esperábale en su sitial elevado el papa, revestido de pontifical, rodeado de cardenales y prelados. El emperador besó el pié y la mano al papa. Este dió ósculo al emperador; y este fué el recibimiento celebrado en 5 de noviembre de 1529. En primero de enero de 1530 se publicó con ceremonia la paz general. En 22 de febrero se celebró la primera coronacion, le puso el papa en su capilla privada la corona de oro de costumbre, y el 24 recibió en la catedral la de hierro, de mano del mismo papa, fué hecho canónigo de San Pedro, y de San Juan de Letran de Roma por los respectivos cabildos, y hubo muchas y esquisitas ceremonias, segun costumbre antigua en semejantes actos, que describen con menudencia los historiadores y rituales de este género. Hizo caballeros á muchas personas distinguidas; á los caballeros de Rodas ó

del órden del hospital de San Juan, dió la Isla de Malta, el Gozo y Tripoli en Berbería con el feudo de un alcon, en cambio de la isla de Rodas que les habian quitado los moros. Partió de allí á Alemania, llegó á Inspruk, donde le esperaba su hermano don Fernando, rey de Hungría y gobernador de Alemania. Juntó una asamblea en Auspurg ó Augusta, para ver si podia componer los disturbios de religion que habian fomentado los sectarios de Lutero; presentáronle estos una suma de artículos de su creencia, llamados confesion augustiana, y de que ofrecieron no apartarse jamas. El emperador vió que mejor se compondrian las cosas en un concilio general, y escribió al papa para esto en 1530. Tambien se trató en aquella dieta de preparar las armas contra el turco Soliman II, que poco antes se habia apoderado de Buda en Hungría, y habia puesto á Viena en peligro de rendirse; el cual se decia que volvia contra Alemania con poderosísimas fuerzas. El emperador dió iguales disposiciones en España para el mismo fin, y escribió á los reyes de Inglaterra y Francia para que concurriesen como pudiesen por su parte. Pero estos que ya habia tiempo miraban al emperador como un rival mas fuerte que ellos, se alegraban de que dividiese sus fuerzas, ó no le faltasen peligros, por cuyo motivo se inclinaban á favorecer mas á los luteranos, que ya habian protestado en Espira, y hecho liga en Smalcaldia contra cualquiera que impidiese el uso de la libertad de la religion; coloreando todo esto con el disgusto ó disenso que mostraban á la novedad de que el emperador habia hecho coronar rey de romanos, sin consentimiento de ellos á su hermano don Fernando, rey de Hungría. Viendo el emperador este modo de pensar, y que se le frustraban sus intentos contra el turco, hubo de ceder á la necesidad. Atrajo á los mismos protestantes armados, para que uniesen las armas contra el enemigo comun, revocando los decretos de Wórmes y Augusta, y permitiéndoles ciertas libertades en punto á su pretensa religion, hasta que todo se decidiese en el futuro concilio, y todos estuviesen á sus santas determinaciones. Juntó el emperador 90,000 soldados: acercóse el turco, segun se dice, con 300,000 hasta Viena, haciendo algunos estragos al paso, pero se retiró sin haber hecho conquista de provecho, ó aconsejado, como se dice, del rey de Francia y los venecianos, representándole el poder y felicidad del emperador, ó porque realmente lo temió; y así en el rechazo por la parte nuestra, como en su retirada, se asegura que perdió de sesenta á ochenta mil hombres, año de 1532. Nueva guerra, y no menor gloria se previene al emperador para el año de 1535. Desde el principio del reinado andaban pirateando por las costas de España, Sicilia y Nápoles y las plazas que tenia el emperador ocupadas en la costa de Berbería, varios corsarios africanos. Los mas celebrados habian sido Homich y Queredin Barbaroja, hermanos: este último habia echado á los españoles de Argel; estos, intentando recuperarla, habian perdido casi todo el convoy á fuerza de tormentas, y solo consiguieron conservar por tributario al jeque de Gélves. Tambien habia desposeido el mismo corsario á Muley Hacen de su reino de Túnez, y este, habiendo visto el poder del emperador Cárlos, así por tierra como por mar, contra el turco, en la última retirada, quiso valerse de su proteccion; para lo cual fué á esperarle á Barcelona, donde, apenas desembarcó el emperador, se ofreció á ser su vasallo, si con su auxilio lograba restituirse á su trono. El emperador condescendió gustoso, y hechas Cortes y llegado dinero, mandó preparar una numerosa armada á este fin. Por otra parte, el turco Soliman, avergonzado de la retirada infructuosa de Viena, y sentido del descalabro que habia padecido al mismo tiempo su escuadra en el Mediterráneo, por la imperial, que estaba á la defensa y habia tomado á Coron, plaza marítima, llamó para vengarse al famoso

Barbaroja; hízole su general de mar; dióle navíos para juntarlos con los suyos, y le mandó que combatiese cuanto pudiese. El emperador Cárlos convidó á esta espedicion á todos los príncipes cristianos. El infante don Luis de Portugal trajo su pequeña escuadra; Génova, el papa, y algunas ciudades de Italia enviaron las suyas; y las de Nápoles, Sicilia, Malta, y las demas sujetas al emperador, tuvieron órden de acercarse á Cerdeña para reunirse allí el emperador con la que habia juntado en España. El dia 30 de marzo de 1535 se hizo el emperador á la vela desde Barcelona, y reuniendo toda la armada, que constaba de 400 velas con 15,000 infantes y 300 caballos, tuvo noticia que Barbaroja fortificaba la Coleta en la costa de Túnez; dirígese allá, hace con felicidad el desembarco, atrinchérase, y planta el cerco. Hubo salidas de la parte del castillo, emboscadas, escaramuzas, no sin daño de una y otra parte; hízose contínuo y vigoroso fuego, y abierta brecha lo escalaron y se apoderaron de él con poca pérdida nuestra, y mucha de los enemigos. El rey de Túnez, que habia llegado á la sazon con poco refuerzo de caballería, tuvo la complacencia de oir de boca del emperador: «esta es la puerta por donde volveis á entrar en vuestro reino.» Siguió el ejército la marcha á la ciudad de Túnez: Barbaroja, retirándose hácia ella, habia juntado hasta 90,000 hombres de armas, con que hacia frente al ejército imperial. Este desalojándolo del puesto que habia tomado, fué persiguiéndole hasta que se entró en Túnez; pero halló, por su desgracia, casi sin gente la ciudad, porque se huia á los montes, y ocupado el castillo por los cautivos cristianos, que habian roto las prisiones. Tuvieron aviso de esto el emperador y el rey de Túnez; entraron en la ciudad, y Barbaroja huyó á Bona. Murió mucha gente ciudadana en la huida; dió posesion el emperador á Muley Hascen, reservándose la goleta, y sacando ventajosas condiciones en favor de los cautivos cristianos; de los cuales fueron rescatados 18, ó segun otros, 22,000 de todas naciones, y dejó pactado que en adelante no se cautivase á ninguno en todo el reino de Túnez. El emperador pasó á Italia; Barbaroja ocupó á Mahon, tratando á los prisioneros con mucha crueldad; lo cual dió motivo á que el emperador meditase la nueva empresa de invadir á Argel, que no pudo ejecutar tan pronto como quisiera. Habia habido algunas revoluciones en Inglaterra y Francia. El rey Enrique VIII, prendado de Ana Bullen, habia roto el matrimonio con la reina doña Catalina, tia del emperador, y con él la religion católica. El rey de Francia Francisco I, con motivo de haber muerto el duque de Milan Esforcia, movia nueva pretension al ducado, y preparaba sus armas. Antes que el emperador previniese las suyas, entró el frances por el Piamonte, tomando muchas plazas del duque de Saboya, deudo del emperador, por estar casado con una hermana de su esposa. Partió el emperador desde Nápoles á Saboya, tocó en Roma, y trató con el papa del concilio que se esperaba, y de las causas justas que tenia para combatir al rey de Francia, no solo en defensa del estado de Milan y de Saboya, sino aun para entrar en Francia, y quitarle el mismo reino. En efecto, despues de algunas hostilidades pasadas en Saboya con poco suceso, se acercó á Niza con numeroso ejército de mar y tierra en 25 de julio del año de 1536. Desde allí pasó á Aix, de donde fué á sitiar á Marsella: no pudo entrarla; la falta de víveres, y una epidemia hicieron menguar su ejército en mas de 20,000 hombres, y que el emperador se retirase á Niza. Aquí murió el célebre poeta Garcilaso de la Vega, de resultas de una herida de piedra que recibió en el asalto de la torre de Muley. Aunque por la parte de Flándes habian hecho algunos progresos contra el frances en la Picardía sus armas, determinó el emperador abandonar la empresa; y enviando tro-

pa á la defensa de Lombardía, partióse á España á prevenirse contra el turco, que por otra parte le amenazaba, coligado con el rey de Francia. Este, entre tanto acometió y rindió algunas plazas de Flándes, con pérdida de una y otra parte; cuyos progresos atajó la reina de Hungría doña María, gobernadora de Flándes, mediando con doña Leonor, reina de Francia, al mismo tiempo que en Lombardía seguian las escaramuzas y asaltos de las plazas entre las tropas francesas é imperiales, con mas ventaja de los nuestros; pero las treguas de Flándes alcanzaron á Italia, y suspendiéndose las hostilidades, se retiraron los ejércitos. Llegó la armada del turco á las costas de Nápoles que halló fortificadas, que solo pudo ocupar á Castro, saquearlo y llevarse mucha gente prisionera, pero saliendo al encuentro Andres Doria con su espedicion tomó y quemó muchas naves turcas, y las quitó muchos cautivos. En el año siguiente de 1538, volvió el turco las armas contra los venecianos, antes sus aliados; el papa quiso unir en su favor y contra el turco al rey de Francia y al emperador; pidióles un congreso en Niza, viéronse los tres, trató con cada uno, y con ambos juntos de concordarlos, y hacerlos amigos en perpétua paz, y solo se pudo conseguir una tregua de 10 años, negándose á unirse contra el turco el rey de Francia. Aprestada ya en el Mediterráneo una poderosa armada, compuesta de las naves del emperador, del papa y venecianos, fueron pocos los progresos aquella vez, contentándose unos y otros enemigos con algunos choques, y retirándose Barbaroja mas quebrantado por la furia del mar que por la de los enemigos. En primero de mayo del año siguiente de 1539, murió la emperatriz doña Isabel de Portugal de malparto, á los 36 años de su edad en Toledo: dejó tres hijos, á don Felipe, sucesor, de edad de 12 años, á doña María que habia nacido en 21 de junio de 1528, y á doña Juana, nacida 4 años antes en 24 de junio de 1535. Tuvo tambien tres varones, que habian muerto; que eran don Juan, don Fernando, y el que le causó la muerte, y no nació vivo. Fué llevada á sepultar á Granada. Entre los encargados para la entrega iba el marques de Lombay, primogénito de los duques de Gandía don Francisco de Borja, quien, á vista de lo desfigurado del cadáver, habiendo sido antes una hermosura, resolvió dejar el mundo y sus pompas, y unirse á Ignacio de Loyola, vizcaino, soldado antes, y estudiante despues en Paris, que habia dado principio á la fundacion del órden, llamado de la Compañía de Jesus, cuatro años antes, y entonces solicitaba la confirmacion ó aprobacion del papa. Ambos fueron canonizados posteriormente y declarados santos. Varios alborotos de la ciudad de Gante, patria del emperador en Flándes, le sacaron de España, y pasando por Francia, donde fué muy obsequiado del rey Francisco, llegó á Flándes; castigó severamente á los rebeldes, y los redujo á su obediencia año de 1540. Despues de esto quiso poner remedio á los disturbios de religion, y espidió un edicto prohibiendo todos los libros de los pretensos reformadores; mandó tambien comparecer á una asamblea en Ratisbona á los príncipes del imperio, y varios prelados y doctores, á la cual asistió tambien el cardenal Contareno, legado del papa. No pudo ajustar nada, y vió la necesidad que habia de apresurar el futuro concilio, que tiempo hacia se estaba tratando, á cuyo fin, de vuelta para Italia, se avistó con el papa Paulo III en Luca, y trataron de que le convocase cuanto antes. Entre tanto no cesaban las piraterías de los berberiscos y turcos en las costas de España é Italia; y el emperador, habiendo mandado juntar de una y otra parte toda la armada que se pudiese, para hacer la espedicion de Argel que tenia meditada, por el mes de setiembre de 1541, se embarcó en Porto Vénere, y fué á esperar toda la escuadra á Mallorca, pero habiendo

esta pasado hácia Argel, fué á juntar la suya con aquella, y llegó á su vista en 20 de octubre del mismo año. Desembarcó con felicidad; fué tomando puestos ventajosos sin pérdida de gente; pero mas grande fué la que causó una recia tormenta de la mar, la cual, impidiendo sacar los bastimentos y artillería, y enfureciéndose cada vez mas, anegó muchas naves y hombres; con lo que se vió precisado á recoger el resto, levantar el campo, y retirarse á Metafuz, desde donde despidió á sus respectivos dominios las naves y tropa, y él se vino por Mallorca á Cartagena á fines de noviembre de 1541. Poco guardó las treguas el rey de Francia, pues en el año de 1542 renovó sus hostilidades por Flándes, por el Piamonte, y por las fronteras de España; lo cual dió motivo al emperador á pasar con mucha tropa á Flándes para su defensa en el año siguiente de 1543, haciendo su viaje por Génova, el estado de Milan y Alemania. Habia el frances pedido auxilio al turco, y este le envió una poderosa armada al mando de Barbaroja; llegó con esta á Niza, plaza del duque de Saboya, la bloqueó, derrotó sus murallas, y la rindió, cargó con muchos despojos y cautivos, que remitió al Sultan, pero salió al encuentro la escuadra de don García de Toledo, y lo recobró todo. El emperador Cárlos entre tanto se puso sobre Dura, rindióla, y ejecutó en ella todo el rigor de la guerra, á vista de esto muchas ciudades de Juliers, Güeldres y otras se entregaron. El duque de Orleans por otra parte, general del emperador, entró en Luxemburgo, cuyas principales plazas se le sujetaron. El rey de Francia juntó á toda priesa sus tropas para impedir por aquella parte las victorias del César, envió sus tropas á socorrer á Landresi, que estaba sitiada, lo cual sirvió de que el ejército imperial no pasase adelante, y se retirase á invernar. Mientras esto pasaba en Flándes, era en España todo alegría, en celebridad de las bodas del príncipe don Felipe con la infanta doña María, hija de don Juan III de Portugal, y su esposa doña Catalina, hermana del emperador, las cuales habia dejado ya dispuestas al partirse á la guerra. Celebróse por poderes en Almerin á 12 de mayo de este año de 1543. En 12 de noviembre entró la princesa en Salamanca, donde la recibió el príncipe, y celebraron el matrimonio con mucho regocijo y fiestas, siendo ambos de edad de 16 años. Los estragos de la guerra por una y otra parte en Italia, Flándes, y aun en las costas de Vizcaya y Galicia en el año siguiente de 1544, hicieron apetecer la paz que se publicó en el mes de setiembre del mismo año; la cual hecha, se dirigieron los cuidados á que se celebrase el concilio general, para el cual el papa Paulo III espidió su bula convocatoria á Trento para el año siguiente de 1545. Los protestantes rehusaban que el papa presidiese el concilio. El emperador los convocaba á juntas para que se aclarasen las cosas, de manera que todos pudiesen descansar en las determinaciones del concilio. Nada acomodaba á los protestantes: el emperador tomó las armas para sujetar á unos vasallos rebeldes con pretesto de religion; ellos tomaron las suyas, y se encendió una sangrienta guerra; duró mas de dos años; venció el emperador, y castigó severamente á los principales, si no en las vidas, en las haciendas; en lo cual condescendió mucho á la intercesion de los electores fieles. En este intermedio murió en España de sobreparto del infante don Cárlos la princesa doña María, esposa del príncipe don Felipe, en 12 de julio de 1745: en Alemania Martin Lutero en 17 de febrero de 1546: en Inglaterra el rey Enrique VIII en 27 de enero de 1547, y en Francia en 31 de marzo del mismo año el rey Francisco I. En el año siguiente de 1548, se suspéndió un poco el concilio general, pasándose desde Trento á Bolonia los padres, de órden del pontífice, y créese que por alguna epidemia; por lo cual, viendo el emperador que se dilataban

los medios para sosegar los discordes en religion en Alemania, en un tiempo tan oportuno como aquel, en que los acababa de vencer con las armas, determinó que se hiciese una fórmula ó suma por cuatro teólogos, dos de los católicos y dos de los protestantes, de la cual resultase que condescendiendo en algunos puntos, ínterin se decretase todo en el concilio, reinase la paz y aguardasen con benevolencia sus decisiones. Esta suma, llamada *Interim*, contenia varios artículos ortodoxos, y permitia á los protestantes legos el uso del cáliz, y á los eclesiásticos ó ministros el uso del matrimonio. Mandó el emperador en la dieta de Augusta, que los católicos nada innovasen en punto de religion, y que los protestantes que quisiesen, guardasen aquel *Interim:* muchos consintieron en él, otros lo repugnaron, y otros se mostraron indiferentes, de donde aquellos se llamaron *interimistas*, y estos *adiáphoros* ó indiferentes. En España celebró Cortes en los reinos de Aragon el príncipe don Felipe en nombre de su padre, para recoger algunos donativos y enviarlos á Alemania. El emperador envió á casar con su hija la infanta doña María á su sobrino Maximiliano, hijo de su hermano don Fernando, rey de Hungría: celebróse el matrimonio, y quedando estos por gobernadores en Castilla, partió á Flándes el príncipe don Felipe, llamado de su padre; embarcándose desde Rosas á Génova, pasó por Milan, Trento y varias ciudades de Alemania, haciéndole muchas fiestas y obsequios por todas partes, y llegó á Bruselas, donde fué jurado duque de Brabante, y sucesor heredero de Flándes, año de 1549. Despues de dos años volvió á España con plena facultad de su padre para el gobierno de los reinos; y el príncipe Maximiliano se volvió con su esposa á Flándes por la misma ruta. Entre tanto el turco habia hecho varios estragos en las costas de Nápoles y en los dominios de Africa, que poseian los españoles, ó los caballeros de Malta, resistiendo cuanto pudieron las escuadras y tropa de unos y otros. El rey de Francia Enrique II, rompió las paces; empezó con varias hostilidades por Italia, y se ofreció proteger contra el emperador á los protestantes de Alemania; con cuyo auxilio el elector Mauricio suscitó nueva guerra, y al primer ímpetu estuvo en peligro el emperador de ser sorprendido en Inspruk á principios del año de 1552. Pero recogiendo tropas se armó contra los protestantes, é hizo resistencia á las armas francesas, que iban reforzando las fronteras de Alemania: el turco amenazaba á las costas de Nápoles, pero ni unos ni otros hicieron cosa digna de consideracion ni en esta ocasion, ni en otras tentativas que hubo en el discurso de los dos años siguientes. Por este tiempo habia muerto el rey de Inglaterra Eduardo VI, jóven de 16 años. El duque de Northumberland sabia que Enrique VIII habia llamado á la sucesion del reino, en defecto de la de su hijo Eduardo, á doña María su hija y de la reina doña Catalina de Aragon, y despues á doña Isabel, su hija, y de Ana Bullen: pero por intereses particulares sacó violentamente del rey moribundo (si no la fingió) una declaracion de sucesion á la corona en Juana Gray, hija del duque de Suffolck, y nieta de otra doña María, hermana de Enrique VIII. El duque juntó partidarios, aclamó á Juana, contra el partido de la verdadera sucesora; huyó esta de Lóndres, la persiguió el duque; tomó parte el Parlamento en su favor, y al duque desampararon los suyos; fué preso y castigado, y la reina doña María aclamada y reconocida por reina; la cual, como católica, inmediatamente mandó que se observase la verdadera religion, y soltó de las prisiones á los obispos y otros personajes que por esta causa estaban oprimidos. El emperador Cárlos vió esta ocasion muy oportuna para aumentar su poder, y afianzar por aliado al reino ingles, casando con la reina doña María á su hijo el príncipe don Felipe. Tra-

tóse la boda, y quedando en España por gobernadora la princesa doña Juana de Portugal, que poco antes habia enviudado del príncipe del mismo reino, embarcóse el príncipe don Felipe, y llegó á Hapton, puerto de Inglaterra, en 19 de julio de 1554, y en 25 del mismo mes se efectuó el matrimonio, y fué condecorado el príncipe con el título de rey de Nápoles y Sicilia, por concesion del padre. En 12 de abril del año de 1555 murió en Tordesillas la reina doña Juana, madre del emperador, de edad de 73 años, y fué depositada en el monasterio de Santa Clara de aquella villa. y el emperador, hallándose ya fatigado de tantos cuidados como le habian traido las guerras contra tantas potencias, y los disturbios con pretesto de religion, llamó á Bruselas al rey don Felipe su hijo, é hizo públicamente en él la renuncia de los estados de Flándes; poco despues á principios del año siguiente de 1556 hizo igual renuncia en él de los reinos de España, y retirándose en el de 1557 á España, dejando el imperio de Alemania en su hermano don Fernando, rey de romanos y de Hungría, á principios del año de 1558 se entró á acabar sus dias en el monasterio de Yuste de religiosos gerónimos, en la vera de Plasencia.

CARLOS II (don), décimo octavo rey de Castilla y Leon, y séptimo de las Indias; dió principio á su reinado en 1665; murió en 1700. Muerto el rey don Felipe IV, entró á sucederle en el trono don Cárlos II, de edad de cuatro años, hijo de la segunda mujer doña Mariana de Austria, que quedó por gobernadora y tutora del rey niño y del reino. Su difunto esposo en su testamento habia dispuesto este gobierno con mucha prudencia, nombrando una junta de estado que habia de presidir la reina. Componíase esta del presidente de Castilla, el conde de Castrillo, del vice-chanciller de Aragon, don Cristobal Crespi, del arzobispo de Toledo, el cardenal Sandoval, del inquisidor general, el cardenal don Pascual de Aragon, de un grande de España, el marques de Aytona, y un consejero de estado don Gaspar Bracamonte y Guzman, conde de Peñaranda. Al dia siguiente de la muerte del rey Felipe IV, falleció el arzobispo de Toledo, y queriendo la reina tener en su junta á su confesor el P. Juan Everardo Nitardo, jesuita aleman, dió á este la plaza de inquisidor y consejero de estado, que dejaba don Pascual de Aragon, pasando al arzobispo de Toledo; cuya eleccion causó mucho disgusto á algunos poderosos y particularmente á don Juan José de Austria que le contemplaba enemigo. No por eso se dejaba de atender á los negocios importantes del reino. La reina inmediatamente envió á pedir, por sí y por su hijo el rey, al papa, la confirmacion de la investidura del reino de Sicilia, dando poder especial para este fin al virey de Nápoles don Pedro de Aragon. Igual investidura fué confirmada por la reina al duque de Toscana por lo tocante á Siena, puerto Ferraro. Portugal se llevaba mucha atencion. El ingles Cárlos II miraba por su comercio, y sin desagradar á España queria no desfavorecer al portugues, para tenerlo todo mas seguro. Renovó las paces con España y muchos artículos de la que se hizo en 1630; pretendia una tregua de 30 años para el portugues; y los plenipotenciarios que se reputaron mas hábiles para esta empresa, fueron, de la parte de la Gran Bretaña el noble baron Ricardo Fanshaw, y de la parte de España don Ramiro Felipe Nuñez de Guzman, duque de Sanlúcar la Mayor, y de Medina de las Torres, conde de Oñate, etc. (1). Hubo de cederse á la necesidad, hallábase España exhausta de erario y tropas, con tantas guerras pasadas contra tantas potencias juntas y distantes; veia las fuerzas y amigos que cobraban los portugueses, la voluntad declarada del rey

(1) Tratados de paz, reinado de Cárlos II part. I.

de Francia Luis XIV, en echarse sobre los estados de Flándes, que por último recurso si el ingles se volvia contra España peligraba enteramente el reino. Esto mismo que pareció asegurar algo á España, dió mas aliento á la Francia para hacer tratados de paz con Portugal, estorbando que este reinado hiciese duradera la tregua que el ingles proponia. Declaró en fin abiertamente su voluntad el frances, contra España, de entrarse por los Paises Bajos á tomar los estados de Brabante; publicóse un manifiesto en que se intentaba justificar su conducta, argüir de nulas las renuncias que habia hecho la infanta de España doña María Teresa á la sucesion de este reino cuando casó con Luis XIV, y que aun independientemente de este derecho, lo tenia para tomarse lo que él juzgaba que le correspondia en los estados de Flándes, sin que por esto se violase en nada el tratado de los Pirineos. Presentóse este manifiesto por el embajador de Francia á la reina madre gobernadora, respondióse á él por algunos célebres escritores españoles, y se aparejaban las plumas al mismo tiempo que las armas. Fué preciso hacer presente por parte de España á los estados generales de Holanda, el peligro que les amenazaba de parte del frances si no unian sus fuerzas con las de España; y formar nuevo tratado de paz y amistad con la Inglaterra, á cuya conclusion fueron comisionados el P. Everardo, el mismo duque de Sanlúcar la Mayor, y el conde de Peñaranda, todos de la junta de Estado, y por el rey de Inglaterra el conde de Sandwich. Hízose por este medio una tregua de 15 años mas larga con los portugueses, condescendiendo en la mayor parte con el deseo que tenia el ingles de no desamparar á Portugal y el comercio entre las tres potencias; aparentando el ingles el bien comun, pero movido solo del tratado oculto que tenia hecho de auxiliar aquel reino, y suceder en él si pudiese, mediante el derecho que adquiriria casándose con una hija infanta de Portugal. Don Juan José de Austria, fué mandado disponer para pasar á Flándes, de donde era gobernador propietario, y entre tanto su teniente gobernador, el marques de Castel Rodrigo, tuvo órden de disponer á las armas y á la defensa á los paises católicos, asentar ligas con los holandeses y príncipes vecinos, y aun con algunos particulares de Francia. El frances, así como habia ganado la union con Portugal, trató paces con Inglaterra, siendo este el blanco á donde se dirigian las potencias enemigas, poniéndole en la precision de ó cumplir con todas, ó faltar á alguna, si bien nunca con perjuicio suyo: pero antes de mediado el año de 1667 en que se habian cumplido todas estas negociaciones, dió principio el rey de Francia á la invasion de Flándes. Cerróse el trato y comercio; hiciéronse embargos y represalias; pocos príncipes se unieron en favor de España; la Suecia, la Holanda é Inglaterra hicieron triple alianza, mas para procurar la paz y ofrecer la cesion de algunas ciudades flamencas, que para asistir á ninguno en guerra. Vióse España apresurada, y en la precision de cambiar la tregua de Portugal en una absoluta paz, y de reconocer á este reino por potencia coronada, y á su rey Alfonso VI á principios del año de 1668. No mucho despues se trató la paz con Francia, y se concluyó en Aquisgran, ó Aix-la-Chappelle en el mes de mayo del mismo año, en que no tuvo poca parte la mediacion del papa Clemente IX; siendo comisionados para ella el gran Colbert de Francia, y el marques de Castel Rodrigo de España. En virtud de este tratado, y por un efecto de contemplacion á la paz, quedaron adjudicadas al frances las plazas que habia tomado en el ducado de Borgoña, Charleroy, Binch, Ath, Dovay, Scarpa, Tornay, Oudenarde, Lila, Armentieres, Courtray, Bergues, y Funes con todas sus baylías, castellanías, gobernaciones, prebostados, territorios, dominios y señoríos y sus pertenencias; subsis-

tiendo en su vigor lo establecido en el tratado de los Pirineos, escepto las cosas de Portugal que habian tomado otro semblante. Salieron por garantes de esta paz las potencias de la triple alianza, que la habia negociado; valiendo su logro al rey de Suecia algunas cantidades por gratificacion, y quedando todas tres empeñadas y obligadas á concurrir al auxilio de la España en caso de infraccion por parte del rey cristianísimo. Entre tanto que esto pasaba, no dejaba la reina de tener algunos sentimientos en su palacio. Don Juan de Austria, que habia sido mandado pasar á la defensa de Flándes, habia tenido su partida en la Coruña, ya ocupado en la disposicion y apresto de naves y gente, ya queriendo y pidiendo mas dinero del que se le franqueaba, reputando él por pocas fuerzas las que querian que llevara. Al fin escusó su viaje alegando indisposicion en su salud: irritada la reina por contemplar no era suficiente aquella causa, mandó que se retirase de la Coruña, y sin entrar en la corte, destinase su residencia en la villa de Consuegra. Hubo siniestros informes, atribuyéndole culpas de premeditados alborotos. Intentóse su prision; huyó de Consuegra antes de llegar la órden; fuese á Aragon: escribió varias cartas á la reina y á los consejos, sincerándose; hiciéronse consultas para graduar sus acciones; pidió con muchas instancias el infante que se separase al P. Everardo del lado de la reina, de la junta de Estado y de los dominios de España: hubo de condescender la reina para evitar desasosiegos; salió el P. Everardo de España á Roma, para quien se pidió un capelo, y la reina nombró á don Juan José de Austria, sin permitirle entrar en la corte, por virey y capitan general de Aragon, y vicario general de sus dependencias en 4 de junio de 1669. Quietas así las cosas, se volvieron los cuidados á los estados de Italia, recibiendo la España del emperador las correspondientes investiduras é infeudaciones de los territorios de Milan, Pavía, Anglería, Malgrato, Final, Piombino, como tambien de los paises de Flándes, y no estando nunca muy satisfechas las potencias de España y el imperio, de que el rey de Francia no intentase volver á la guerra, ponian mucho esmero en ratificar y asegurar los tratados de las potencias garantes de la paz y otros príncipes, para en caso de la irrupcion que contemplaban próxima. Parecia en efecto que el rey cristianísimo en medio de la paz que no duró cuatro años, queria lograr mas de lo que habia podido en guerra, pues se iba apoderando de muchos lugares de Flándes, con título de dependencias de las plazas de cualquiera jurisdiccion que fuesen, y con ellas ocupar indirectamente todos los dominios españoles en aquella parte. A este fin se entraba por todo con violencia; seguíanse quejas: Holanda, como garante protegia lo que podia, por cuyo motivo le declaró la guerra el frances en 1672. Con poderosas tropas entró en Holanda, y mas con el dinero ó industria que con riesgos de la guerra, hizo tales progresos hasta el Rhin, que obligó tambien á tomar las armas al emperador. El gobernador de la Flándes española se vió asímismo obligado á defenderse de algunas hostilidades, y sirvió de pretesto la defensa, para que igualmente declarase el frances la guerra á España en 19 de octubre de 1673. La España, que mas estaba para armarse de razon y de justicia que de arcabuces, se vió en la precision de tomar las armas para la posible defensa, y pedir al reino el subsidio de 19 millones y medio pagaderos en seis años, así para el estado eclesiástico, como para el secular, segun costumbre en otras ocasiones con la correspondiente dispensacion del papa, concedida por su bula de 9 de diciembre de 1673. En la declaracion de guerra que contestó España, se dió un manifiesto lleno de vigorosa elocuencia, con la cual y muchas poderosas razones, se mostraban las tropelías del ministerio frances en los Paises Bajos, y el mucho sufri-

miento que tuvieron los vasallos españoles en sus escesivas estorsiones. Pero aunque la España empuñaba la espada, que apenas podia manejar, ponia todos sus esfuerzos en reducir á la Francia á la razon, empeñando vivamente para esto á los garantes de la triple alianza, al imperio y á otros príncipes, dando comision á varios enviados estraordinarios que hicieron muchos congresos y alianzas en Colonia, Cell y otras partes. Para mayor colmo de las desgracias de España, en medio de esta guerra, se levantó Mesina en Sicilia, y pidió la proteccion del frances, el cual no solo se la dió gustoso, sino aun se cree que secretamente sublevaba á Nápoles, para conseguir de este modo apoderarse de unos estados á que alegaba pretensiones y derechos muy antiguos. La armada de España, auxiliada de la holandesa, y varias providencias gubernativas no adelantaron mucho. Estaba nombrado don Juan de Austria para pasar á su reduccion, pero no llegó el caso de su presencia, porque los favoritos que tenia en la corte, consiguieron del rey que viniese á su consejo de Estado, de que resultó retirarse la reina madre á Toledo, y apartar del ministerio al que habia sido la confianza de esta, don Fernando Valenzuela, y de la corte á algunos grandes. Ya habia el rey don Cárlos II llegado á la edad de 14 años á fines del año de 1675, y habiendo empuñado el cetro, parecia que tomaba vigor la España; apresurábanse las alianzas de varios príncipes de Alemania para unir sus fuerzas y voluntades á concluir una paz general con el frances. Los progresos de este eran rápidos y ventajosos en Flándes, así contra la Holanda y Alemania, como contra la España: ganaba tambien mucho terreno en el Rosellon; y la España y el imperio que al principio fueron como auxiliares de la Holanda, tomaron á su cargo todo el peso de la guerra, sin dejar de instar en congresos á la paz. El mismo frances convenia en la negociacion de ella, pero no perdia tiempo entre tanto en tomar plazas de los holandeses, por cuyo motivo estos se adelantaron á cerrarla en particular con el rey de Francia, y juntos con el rey de Inglaterra mediaron para concluirla por España. Aquella se hizo en 10 de agosto, y esta en 17 de setiembre de 1678 en Nimega. El rey Luis XIV, en estos tratados ofreció restituir á los holandeses la plaza de Mastrick y sus dependencias, y á la España las de Charleroy, Binch, Ath, Oudenarde y Coutray, el ducado de Limburgo, el pais de la parte de allá del Mosa, á Gante, Rodenhus, Lerve, y San Guilain en Flándes, y algunas otras en Cataluña; reservándose el Franco Condádo, Besanzon, Valencienes, Bauhain, Conde, Cambray, Ayre, Sant-Omer, Ipres, Warwik y otras ciudades y plazas. Siguióse el tratado de paz con el imperio, firmado en 5 de febrero del año siguiente, incluyéndose en él otros príncipes y la misma España, y en 30 de agosto el matrimonio de la princesa María Luisa, sobrina de Luis XIV, hija del príncipe Felipe duque de Orleans su hermano, con Cárlos II rey de España, que habia llegado á la edad de 18 años. El príncipe de Harcourt, entregó la esposa en Irun al marques de Astorga, persona comisionada á este fin en 3 de noviembre de 1679. El rey don Cárlos II que habia salido hasta Burgos, se adelantó á recibirla tres leguas mas allá en Quintanilla, donde renovándose las santas ceremonias quedó efectuado el matrimonio, y dirigiéndose á Madrid entraron en 2 del mismo año. Hiciéronse muchas fiestas y regocijos, así en Burgos como en Madrid, celebrándose su entrada pública en 13 de enero de 1680, desde el retiro al palacio real. Hallóse la reina madre en ellas, vuelta ya á la corte y á la gracia de su hijo, despues de haber fallecido don Juan José de Austria el año antes. Desconfiaban las potencias de Europa de que durase mucho la paz con Francia, y así mirando á lo que podia suceder, se formaban nuevas alianzas

para concurrir á hacer mantener la parte y observar los tratados anteriores siempre que fuese menester. Aseguraron estas ligas Inglaterra con España, Suecia con Holanda, y todos con el imperio y otros príncipes. No se engañaban en sus dudas, pues cada dia iban observando cómo fortificaba sus plazas la Francia en Cerdeña, en la Alsacia, en Flándes, como queria sujetar á su jurisdiccion varias ciudades libres del imperio, la ocupacion precipitada de las plazas que tardaban en entregársele en virtud del último ajuste, y la peticion de otras que decia olvidadas en los tratados, el aumento de marina y preparacion de tropas, con otras cosas que les eran de bastante indicio para temer un próximo rompimiento. No tardaron mucho en verse los efectos; á fines del año 1683 se entró por Flándes, tomó á Luxemburgo, Coutray y Dixmuda; demolió á la plaza de Tréveris, y obligó al imperio y á la España á cambiar la paz de Nimega en una tregua de 20 años, firmada en Ratisbona a 15 de agosto de 1684. Entre tanto que mantenian los españoles las esperanzas del sosiego y de la enmienda de sus calamidades, aguardaban como el remedio último de ellas para la sucesion de estos reinos, algun fruto de la reina doña María Luisa de Borbon que bendijese el cielo; mas Dios no se dignó darles este consuelo, habiendo muerto la reina en 12 de febrero de 1689, sin dar señas de fecunda en casi diez años de matrimonio. Apenas se le dió sepultura en el panteon de San Lorenzo, se pensó en nuevo matrimonio y en mayores esperanzas de fruto en doña María Neoburgo, hija del conde elector Palatino del Rhin Felipe Guillermo y de Isabel Amalia su esposa. Hechos los desposorios por poderes, pasó á Flándes, embarcóse en Flesinga en 27 de enero de 1690, y en 6 de abril desembarcó en el Ferrol; fué obsequiada por los lugares y ciudades que pasaba con grandes fiestas. El rey don Cárlos II se adelantó á recibirla á Valladolid, donde se renovaron las ceremonias del matrimonio en 4 de mayo del mismo año, y en 22 del mismo entraron en Madrid, habiendo sido festejada, así aquí como en Valladolid, con el aparato correspondiente á su persona y dignidad. Ya en el mes de abril del año anterior, habia declarado la guerra el frances á España: originóse todo esto de las revoluciones de Inglaterra contra Jacobo II, á quien desposeido del reino en 1688, protegia Luis XIV contra el príncipe de Orange, Stathouder de Holanda, que fué declarado rey de la Gran Bretaña en 1689, con nombre de Guillermo III. No podia lograr el frances su empresa sin dividir las fuerzas de los aliados del imperio, que se habian prevenido desde la liga de Augsburg firmada en 1686: contestó la guerra España, ligáronse de nuevo el imperio y la España, Inglaterra y Holanda contra la Francia, declarando tambien oponerse siempre á la pretension del frances, de que su hijo el Delfin sucediese al trono español si el rey Cárlos II muriese sin hijos; agregóse la Saboya, y poco despues el elector de Brandemburgo, peleábase á un mismo tiempo en Italia, Alemania, Flándes, Inglaterra, Cataluña y América; el comercio interrumpido atrajo mayores miserias, todo era estrago y desolacion durante seis años de guerra. Peleando el frances solo contra tantos, intentó ganar un enemigo menos en el duque de Saboya, para reforzar su ejército con el que tenia en Italia: hizo en agosto de 1696 un tratado secreto de paz con Victor Amadeo II, ofreciendo darle el Pignerol y restituirle las plazas tomadas: empeñóle en solicitar con la casa de Austria la neutralidad por la parte de Italia, y á que no se consiguiera la paz; y contrató el matrimonio del duque de Borgoña con María Adelaida princesa de Saboya. Logróse en efecto poco despues la suspension de armas en Italia, firmada por el imperio, España y Saboya, ofreciendo todos retirar sus tropas de aquella parte. El frances con esta seguri-

dad, apretó la guerra por Flándes, Alemania y Cataluña, hasta que con mas ventajas obligó á las potencias á apresurar la paz, destinándose á este fin un congreso en Riswisk. Hízose aquí el tratado en 20 de setiembre de 1697, entre los respectivos plenipotenciarios de Francia y España: acordóse volver á esta las plazas de Barcelona, Gerona, Rosas y Belver y otras de Cataluña en el estado en que habian sido tomadas; en Flándes á Luxemburgo, Chini, Charleroi, Coutray, Mons y Ath; y en fin con la reserva de algunos lugares de la provincia de Henao, todas las demas plazas que hubiera ocupado en cualquiera parte de los dominios de España en la presente guerra; y sucesivamente hizo Luis XIV iguales tratados con los Estados generales de Holanda, con Guillermo III de Inglaterra y con el imperio, incluyéndose recíprocamente unas potencias en las otras segun sus anteriores ligas. En la corte de España no menguaban las calamidades; la reina madre, doña Mariana de Austria, habia muerto en 16 de mayo de 1689 retirada del gobierno. La reina doña Mariana de Neoburg, segunda esposa del rey don Cárlos II, no daba esperanza de sucesion despues de seis años de matrimonio, y no atribuida ya la causa á ella como á la primera, sino á la debilidad de salud del rey que contínuamente estaba enfermo y con poca serenidad para aplicarse al sério gobierno de la monarquía, la credulidad del vulgo imaginaba ser su enfermedad efecto de filtros supersticiosos, lo que acaso seria de la violencia ó inoportunidad de las medicinas. Era preciso que la reina esposa interviniese mas en el gobierno, y pensaban que todo lo dirigiria por influjo de favoritos. En este estado las potencias estranjeras contemplaban á España agonizando, y así pasaron al repartimiento. Créese que á este proyecto dieron principio la Inglaterra y Holanda, tratándolo con Luis XIV. La Francia que se consideraba primera acreedora al trono español, y preveia las guerras que suscitaria el imperio en la misma pretension, para evitarlas convino en el arbitrio y tratado convenido en 11 de octubre de 1698 (1). Adjudicábase al Delfin de Francia, Nápoles, Sicilia, la costa de Toscana, el marquesado del Final, y en las fronteras de España la provincia de Guipúzcoa, con las ciudades de Fuenterrabía y San Sebastian, y el puerto del Pasaje, aplicábase al príncipe Cárlos archiduque de Austria el ducado de Milan, y se destinaba al príncipe electoral de Baviera para la herencia del trono español las Indias y los Paises Bajos (2). La España estrañó mucho este modo de proceder de las potencias estranjeras, y mas en un tiempo en que estaba mas restablecida de su salud, é hizo saber su desagrado á Holanda é Inglaterra por medio de memorias presentadas por sus embajadores en las respectivas cortes, como tambien al emperador, etc., á fines del año de 1699. Nada de esto sirvió para que desistiesen estas potencias de su intento, y mas habiendo muerto el príncipe electoral de Baviera, por cuyo caso se contemplaba la casa de Austria mas acreedora á los derechos de sucesion; hicieron un segundo tra-

(1) Tratados de paz, tercera parte de los de Cárlos II, pág. 594.

(2) Poco tiempo despues se esparció la voz que el mismo Cárlos II de España, habia hecho una junta de Estado, y que con su parecer habia resuelto nombrar por sucesor suyo al príncipe electoral de Baviera. A consecuencia de este ó rumor ó engaño, el marques de Harcourt embajador de Francia en España, presentó al rey Cárlos II una memoria protestando contra aquella disposicion. *(Tratados de paz de Cárlos II, parte* 3.ª, pág. 615.) El marques de San Felipe (al principio de sus comentarios de la guerra de Felipe V) hace una relacion de esto con tales circunstancias, que parece todo creible: pero la respuesta que se dió por España á la memoria del referido embajador, (véase la nota en los dichos tratados de paz, pág. 610) y las sentidas quejas y manifiestos que dió á las cortes el rey Cárlos II, no solo dan apoyo para dudar de la verdad de este hecho, sino para negarlo absolutamente.

tado de particion en el mes de marzo de 1700, en que se reprodujo lo mismo; pero variando de príncipe sucesor de España, y nombrando por tal al archiduque Cárlos, hijo segundo del emperador Leopoldo, y cambiando el ducado de Milan con los estados de Lorena en este príncipe. Acabó de consternar el ánimo y salud del rey don Cárlos II esta particion, pues veia que las potencias se empeñaban en el desmembramiento de una corona de tanta estension, y disponian de ella como de cosa ya sin dueño; veia asimismo los preparativos de Francia, Inglaterra y Holanda para sostener su intento despues de su muerte; por otra parte el emperador Leopoldo, aunque advertia por el tratado la sucesion en su hijo el archiduque Cárlos, no podia sufrir que fuese con tanto menoscabo: y así representó al rey Cárlos II por medio de su embajador su descontento, y le instó á que preparase su defensa. El rey Cárlos II en un negocio de tanta importancia, consultó al Consejo de Estado, el cual se dividió en dos partidos, uno en favor del archiduque Cárlos, y otro en el de un nieto de Luis XIV, ó el duque de Anjou hijo segundo del Delfin. Consultó asimismo al papa Inocencio XII, y este habiendo oido á varios cardenales, le espuso que en conciencia debia nombrar al duque de Anjou, cuyo dictámen apoyaron varios ministros del Consejo Real y muchos teólogos, fundados en que la ley de esclusion de todos los descendientes de la casa de Borbon, era contraria á los derechos de naturaleza y leyes fundamentales del reino, y que no habiendo sido estipulada sino para impedir que dos poderosas potencias como Francia y España se uniesen en un mismo reino, se evitaba el peligro con esta disposicion. El emperador Leopoldo que supo esta consulta y la inclinacion al partido de Francia, hizo nueva demostracion de su desagrado, instando al rey de España que se declarase por la casa de Austria: pero el rey Cárlos II hizo su testamento en 3 de octubre de este mismo año de 1700, llamando en primer lugar al duque de Anjou, y en su defecto á su hermano menor el duque de Berri; y en segundo lugar si alguno de ellos sucediere á la corona de Francia, y la prefiriese á la de España el archiduque Cárlos, y en su defecto por las mismas circunstancias de sucesion al imperio, al duque de Saboya (1). El rey don Cárlos II cada dia se acercaba á la muerte por la violencia de una enfermedad de cámaras, y sintiéndose tan agravado, nombró por gobernador de sus reinos al cardenal Portocarrero, arzobispo de Toledo, durante su enfermedad ó hasta que en su muerte se abriese su testamento: poco tiempo disfrutó el cardenal esta satisfaccion, pues dos dias despues falleció el rey en 1.° de noviembre del año de 1700. Yace en el real panteon del Escorial.

CARLOS III (don), vigésimo segundo rey de Castilla y Leon, y undécimo de las Indias: dió principio á su reinado en el año de 1759. Murió en el de 1788. Apenas respiraba la España de las fatigas de la guerra concluida en 1713 por el ajuste de paz en Utrech, cuando tuvo el sentimiento de verse privada en el año siguiente de la amable reina doña Luisa Gabriela de Saboya, aunque le quedó el consuelo de ver establecida la sucesion al trono en dos hijos que dejó, siendo el uno el príncipe don Luis y el otro el infante don Fernando. El viudo rey don Felipe V se hallaba en lo mejor de su florida edad, y desde luego pensó en buscar una esposa digna de su esceiso trono. Hallóla en Parma en doña Isabel Farnesio, hija del duque Odoardo y de Dorotea de Neoburgo, hija del elector Palatino. El cardenal Aquaviva, que estaba en Roma ajustó las bodas en nombre del rey, y celebrándose los desposorios en Parma en 16 de setiembre de 1714, fué aclamada

(1) **Tratados de paz, reinado de Cárlos II, parte 3.ª, pág. 711.**

con mucho regocijo reina de España. A 20 de enero del año de 1716 dió la reina doña Isabel á luz al infante *don Cárlos Sebastian*, generosa esperanza de sus reales padres, y alegría de toda España. A los dos años de su tierna edad se le destinó para soberano de Parma, Plasencia y Toscana, cuyos dominios fueron muy envidiados del emperador de Alemania, que puso todos los obstáculos posibles para impedir su consecucion por espacio de 15 años; cuyo suceso contarémos desde el principio, ya reasumiendo, ya ampliando lo que habremos de decir en el sumario de la vida de Felipe V. Por las paces de Utrech de 1713, habia cedido el rey don Felipe para el emperador en Italia el ducado de Milan, la Cerdeña y el reino de Nápoles, y para el duque de Saboya el reino de Sicilia. Habíase tambien estipulado entera neutralidad en Italia en cualquier acontecimiento de guerra, y que si el duque de Saboya no observaba varias condiciones declaradas en la cesion, debia devolverse á España el reino de Sicilia. No cumpliendo bien ambas potencias lo pactado, y observándose que el de Saboya trataba con el emperador de trocar la Sicilia por la Cerdeña, reconvenidas con buenas razones por el rey don Felipe, y no dándole satisfaccion, se vió precisado á tomar las armas en el año de 1717. Ocupó primeramente la Cerdeña, y al año siguiente la Sicilia; encendióse otra vez la guerra; el inglés envió socorros á Sicilia, el rey de Francia acometió á la España por la frontera; y aunque estas dos potencias tenian empuñada la espada, convidaban á la paz por medio de un proyecto formado en el mismo año de 1718. Observaban estas dos coronas la poca ó ninguna esperanza de sucesion masculina en los actuales poseedores de los estados de Parma y Plasencia, por hallarse sin hijos en avanzada edad el duque de Parma Francisco Farnesio, hijo de Odoardo y María de Este de la casa de Módena, casado en segundas nupcias con Dorotea de Neoburgo viuda de Odoardo: la misma dificultad en Antonio, su hermano, casado con Enriqueta de Este; descendientes todos de la casa de Médicis de Florencia; igual obstáculo en Juan Gaston gran duque de Toscana, casado con Ana María de Sase-Lawembourg, hija del elector Palatino; ser próxima heredera por línea de hembra la reina doña Isabel Farnesio, y pretendiente á la sucesion, representando línea masculina en su hijo el infante don Cárlos; oponerse el emperador á estas disposiciones sin su consentimiento, pretestando ser aquellos estados feudos del imperio, y por consiguiente árbitro en el nombramiento de sucesion, faltando la línea masculina no interrumpida; contradecir esta dependencia aquellos estados, de los cuales el de Parma solo se reconocia feudo de la silla romana, y la Toscana haber sido república libre, sin haber perdido derecho alguno; y en fin prever todas las potencias que si en esto no se daba un corte, habria siempre una semilla de discordias y de sangrientas guerras. Para evitar pues estos daños formaron unos preliminares de paz, en cuyo artículo 5.° se proponia al infante don Cárlos por sucesor de estos estados, y en falta de él á sus hijos ó hermanos varones de legítimo matrimonio, con las condiciones de que nunca los poseyera el que ocupara el trono de España, ni ejerciera su tutela; que el emperador diese sus letras de investidura eventual; y que para mayor seguridad entrasen á ocupar algunas plazas de Parma y Toscana guarniciones neutrales, como eran las tropas suizas, las cuales deberian ser pagadas por las potencias medianeras. Pedíase tambien en los referidos preliminares al rey don Felipe que renunciase la isla de Cerdeña y los convenios sobre la Sicilia con el duque de Saboya, pasando á aquella el derecho de reversion, que era lo que deseaba el emperador para hacer su trueque; y que se renovasen las renuncias recíprocas entre el empera-

dor y la España sobre la Francia, Flándes y estados de Italia. Admitió con gusto el emperador el proyecto, entró en él la república de Holanda, por lo que se llamó tratado de la cuádruple alianza. Comunicóse todo esto al rey don Felipe V: vió este de cuánto tenia que desprenderse para que el infante don Cárlos lograra la soberanía de los estados de Parma y Toscana: meditó el asunto; tardó en resolverse, y solo el amor á la paz le hizo acceder á la alianza cuádruple en 26 de enero de 1720. A esta accesion debia seguir por parte del rey de Inglaterra, la entrega de Gibraltar, que aunque no sonaba en los artículos de la cuádruple alianza, se habia prometido secretamente; y por parte del rey de España la evacuacion de la Sicilia y la Cerdeña, para que quedasen libres al emperador. El rey don Felipe cumplió prontamente sin esperar la ejecucion de las promesas de los otros, dilatándose el arreglo de lo convenido con las demoras que sucedian en el congreso de Cambray, que para este fin se habia dispuesto. Pero aunque el emperador retardaba enviar al congreso sus plenipotenciarios, las demas potencias que ya habian enviado los suyos, no dejaban de tener sus conferencias. Entre tanto el emperador, para poner mas obstáculos proponia al gran duque de Toscana, que despues de su fallecimiento haria que entrase á suceder su hermana Ana María de Médicis, viuda de otro elector Palatino, reduciendo á la Toscana á su antiguo estado de república. Penetraron las demas potencias los intentos del emperador, dirigidos á frustrar el artículo 5.° de la sucesion en favor del infante don Cárlos: y así creyendo obligarle, se aplicaron á hacer tratados particulares de paz con España. El que hizo el ingles en 13 de junio de 1721 se reducia á devolverse las mútuas presas, y á que quedase libre y desembarazado el comercio, que con estas demoras estaba parado. Quedóse con Mahon bajo ciertas condiciones, ofreciendo hacer los esfuerzos posibles con los parlamentos, para devolver la plaza de Gibraltar. En el ajuste con Francia y España entró tambien la Inglaterra. En este se convino llevar á debido efecto los tres tratados de Utrech, Rastad ó Baden, y el de Lóndres ó de la cuádruple alianza, y lo que se acordase en el actual de Cambray, prometiendo para ello concurrir cada potencia contratante con 8,000 hombres de infantería y 4,000 de caballería. Siguióse á esto por parte del frances la evacuacion de las tropas de las fronteras de España, y un tratado de un doble matrimonio de dos hijas del duque de Orleans, la una con el príncipe de Asturias don Luis, y la otra con el infante don Cárlos, y una hermana de este, doña María Ana Victoria, con el rey Luis XV. Luego que comprendió el emperador que por estos particulares ajustes se le habia de avivar, envió sus plenipotenciarios á Cambray en el año siguiente de 1722. Instábase por las potencias garantes al despacho de las letras de investidura; el papa protestó al congreso por medio de su nuncio sobre este punto, alegando que los estados de Parma y Plasencia eran feudos de la silla romana. El gran duque de Toscana protestaba tambien por medio de su ministro contra el artículo de la sucesion á sus estados sin su acuerdo, como acto contrario á sus derechos. Al fin, el emperador, de consentimiento del imperio, despachó sus letras de investidura en 9 de diciembre de 1723. Presentado en el congreso, el diploma, hallaron los plenipotenciarios de España algunas dificultades, por suponerse ó declararse aquellos estados feudos del imperio contra lo que sus ministros habian resistido, y el rey don Felipe habia tambien repugnado. Consultaron á la corte de España: el rey don Felipe V habia renunciado ya el cetro en su primogénito don Luis I, y este admitió el diploma segun el tenor y sentido de lo establecido en el artículo 5.°, preliminar de la cuádruple alianza, esperando que esto

se declarase mejor y concluyese en el actual congreso de Cambray. Con esta condicion firmaron tambien los plenipotenciarios de las potencias garantes á principios del año de 1724. El congreso no adelantaba en la paz, porque cada potencia proponia condiciones á que los ministros alemanes daban poco oido, y los soberanos de Parma y Toscana rehusaban su dependencia del imperio; esto mismo instaban los plenipotenciarios españoles, y aun algunas de las potencias mediadoras, pero nunca se ponian de acuerdo. Al mismo tiempo ocurrió la novedad de devolver Francia la esposa contratada con Luis XV, á que se siguió la devolucion de la que estaba en España para el infante don Cárlos: pero se temia nueva guerra; lo que considerando el rey don Felipe V, que ya habia vuelto al trono por muerte de su hijo el rey don Luis, se dirigió á tratar con el mismo emperador un ajuste de paz que se firmó en Viena en 30 de abril de 1725, á que se agregaron uno de alianza y otro de comercio. Por estos tratados quedó confirmado el artículo de sucesion del infante don Cárlos, conforme á lo propuesto en el de la cuádruple alianza de 1723. Pero las potencias mediadoras, especialmente Inglaterra y Holanda se ofendieron, alegando ser aquellos tratados en varios puntos perjudiciales á su comercio. Siguióse una guerra entre Inglaterra y España, declarada en 1727, que duró hasta el año de 1729, en que se concluyó la paz firmada en Sevilla. Entre varios artículos de esta paz se ofrecia á la España, por parte de la Inglaterra, Francia y Holanda, ayudar ó concurrir á la introduccion de seis mil hombres de tropa española en los estados de Parma y Toscana, en lugar de las neutrales que se habian estipulado en los anteriores tratados, para asegurar mejor la sucesion del infante don Cárlos. Ya en el año anterior habia pedido el gran duque de Toscana guarnicion española en Liorna, porque desconfiaba del proceder del emperador, que habia determinado introducir tropa alemana, aunque aseguraba que era en favor del infante don Cárlos, en el caso que muriese el gran duque. Sucedió como se temia, pues llevando á mal el emperador el tratado de Sevilla, introdujo inmediatamente tropas alemanas á principios del año de 1730, y guarneció algunas plazas de Nápoles. Esta novedad puso en gran cuidado á las otras potencias, y principalmente á la España: ya se pensaba en tomar otra vez las armas y ocupar á Sicilia, ó introducir derechamente las tropas españolas en los estados de la sucesion del infante don Cárlos; pero como á esto debian concurrir las potencias garantes con dinero y tropa, fué dificil de ponerse en ejecucion el pensamiento, en cuyo estado de cosas el rey de España las hace saber que si no cumplen con el empeño de su cargo, se exime de todo lo que antes habia contratado con ellas. Al mismo tiempo muere el último duque de Parma, Antonio Farnesio, en 20 de enero de 1731; espárcese la voz de que su esposa Enriqueta de Este, hija del duque de Módena, quedaba en cinta. El emperador toma posesion inmediatamente con tropas alemanas de los ducados de Parma y Plasencia, declarando que los aseguraba para el póstumo, y que si no se verificase ser varon, los ocupaba en favor del infante don Cárlos. Múdase un tanto el semblante de las cosas: el rey de Inglaterra y el emperador se coligan con un tratado nuevo de paz, y el rey de España con un pacto de familia con el gran duque de Toscana. Los primeros miraban á afianzar el comercio entre sí, y la sucesion á la casa de Austria en la primogénita del emperador, segun la pragmática sancion cesárea del año 1713; pero convinieron en que se admitirian muy pronto las tropas españolas en los estados en que debia suceder el infante don Cárlos, y que convidarian al gran duque de Toscana á entrar en este ajuste: lo cual comunicado al rey don Felipe V, vino en

ello en 8 de junio, y 22 de julio de 1731, no tardando cinco dias en concluir lo entablado con el gran duque de Toscana, aunque este y el emperador ignorasen entre sí lo que cada uno contrataba. Por este tratado, el gran duque, con acuerdo de su hermana viuda electriz palatina, Ana María de Médicis, nombró por sucesor suyo al infante don Cárlos y sus hijos ó hermanos varones, cediendo en favor del mismo los bienes, muebles y raices propios, y de su herencia y posesion. El rey don Felipe se obligaba por su parte á mantener los fondos públicos y el gobierno en el estado en que se hallaban, conservar el título de gran duquesa á la electriz palatina, y de regente del ducado en ausencia del infante ó en su menor edad, como tutora y gobernadora, y en su mayor edad la asistencia al consejo; de todo lo cual se convino que se diese parte al emperador, y á los reyes de Francia é Inglaterra, convidándoles á su accesion. Por un artículo separado, se convino tambien en que, desde luego, pudiese el infante don Cárlos pasar á residir en Florencia como príncipe hereditario, y que se introdujesen las tropas españolas en Toscana y pudiesen pasar á Parma segun el reglamento que se debia disponer á su llegada: todo lo cual se hizo tambien con consentimiento del Senado Florentino. Comunicados los tratados, el de Viena al gran duque, y el de este al emperador, halló cada uno sus dificultades, pero desvanecido el preñado de la viuda del duque de Parma, y acrecentado el deseo de la paz, accedieron recíprocamente uno á otro, bien que el gran duque dejó una protesta secreta en el archivo de Pisa en favor de sus derechos, consintiendo solamente por el bien de la paz en la aceptacion pública de aquel tratado (1). Accedieron á este ajuste en setiembre de 1731 las potencias garantes; especialmente la Inglaterra, que ya habia aprontado sus navíos para completar el convoy de las tropas españolas á Italia, que estaba ya dispuesto en Barcelona en el mes de octubre del mismo año. Estaba compuesta esta armada de veinte y cinco navíos españoles, al mando del almirante don Esteban Mari, con siete galeras mandadas por el teniente general don Miguel Reggio; en ella iban seis mil hombres de tropa española al mando del conde de Charny don Manuel de Orleans. El convoy ingles se componia de diez y seis navíos de buen porte al mando del almirante Waguer. El dia 17 de octubre de este mismo año, partió de Barcelona toda la armada, y en 27 del mismo echó las áncoras en Liorna; los generales Mari, Waguer y Charny entraron en congreso con Fr. Salvador Ascanio, ministro comisionado en Toscana por parte de España, con Mr. Colman de Inglaterra, y con el marques Ranucini, secretario del gran duque, para disponer el modo cómo se habian de portar las tropas sin perjuicio de los particulares ni del estado. Segun el convenio, haciendo el juramento de obediencia al gran duque, se repartieron en Liorna, Portoferrayo y Pisa, en donde debian alternar con las tropas toscanas en las guarniciones. A los tres dias de la partida de la escuadra, se dispuso la del infante don Cárlos desde Sevilla, donde aun se mantenia la corte, con su correspondiente comitiva y servidumbre, á fin de ir á tomar posesion de su soberanía de Parma. Contaba entonces la edad de 15 años, y eran sus tutores aprobados por el emperador el gran duque de Toscana, Juan Gaston, y Dorotea de Neoburgo, duquesa viuda de Parma, abuela del nuevo real duque. Salió de Sevilla á 20 de octubre, acompañado de su ayo el conde de Santisteban del Puerto y demas comitiva, dirigiéndose á Valencia, y de allí á Barcelona, en cuyas ciudades le obsequiaron con varios regocijos y fiestas. Partió de Barcelona para la raya de Francia en 23 de noviembre,

(1) *Becatini:* Storia del Regno di Carolo III.

acompañándole el capitan general marques de Risbourg, y el intendente general don Antonio Sartine. Desde la frontera de Francia le obsequiaron hasta Antivo por las tierras del Rosellon y la Provenza, de órden del rey Luis XV, el marques de Granges y los gobernadores de los distritos por donde pasaba, esmerándose los pueblos en festejos. Hizo alto en Antivo el dia 17 de diciembre, y habiendo llegado de Liorna seis galeras españolas y cuatro toscanas, se embarcó el 26 del mismo para aquel puerto, á donde llegó al dia siguiente no sin trabajo por una gran borrasca. Los liorneses le recibieron con salvas de artillería, festejándole con varios regocijos, y se detuvo unos cuantos dias por la enfermedad de viruelas que allí le acometió. Entre este tiempo recibió la noticia y parabien de que su serenísima abuela, Dorotea de Neoburgo, habia tomado posesion de sus estados en su real nombre en 29 del mismo mes, y que el conde de Estampa habia sacado de allí las tropas alemanas que al principio del año habia introducido de órden del emperador. El 21 de febrero de 1732 entró el infante don Cárlos en Pisa, en cuya ciudad no fueron menos lucidos los obsequios en los veinte dias que allí permaneció. El dia 9 de marzo llegó á Florencia, en donde hizo su entrada pública en medio de aplausos y aclamaciones, y fué recibido con abrazos paternales del gran duque de Toscana y su hermana. Disfrutó sus obsequios por espacio de seis meses, recibiendo el acostumbrado público homenaje del dia de San Juan, como príncipe hereditario. Partió en fin á Parma, donde entró en 9 de octubre de 1732, aclamado por duque y soberano de aquellos felicísimos estados. El emperador Cárlos VI ya se habia arrepentido de haber dado su consentimiento á la entrada de las tropas españolas, y á la venida del infante don Cárlos: temia la armada que se disponia en los puertos de España, que aunque era para Oran se tenia secreto el intento. Todo era quejarse de los homenajes y obsequios que hacian al infante don Cárlos, alegando que solo eran propios para cuando se verificase la muerte del gran duque, y que en la menor edad del infante debian prestarse á la duquesa de Parma Dorotea, su abuela, como tutora. Suspendió el diploma de posesion de los estados de Parma y de la dispensa de menor edad, y dirigió decretos y rescriptos al gran duque y al senado de Florencia anulando lo hecho, y mandándoles que obrasen conforme á los tratados; pero los florentinos que no reconocian por superior al emperador, no hicieron aprecio. El papa Clemente XII renovó sus derechos al feudo de Parma, y no solamente no consiguió nada, sino tambien vió negado el censo anual acostumbrado, y sintió que el infante don Cárlos hubiese tomado el título de duque de Castro y Bonciglione, manifestando corresponderle aquellos estados. Entre tanto ya habia llegado el infante don Cárlos á la edad de 18 años, por cuyo motivo espidió su decreto, declarándose estar dispuesto para gobernar sus dominios, solo é independiente de su abuela la duquesa Dorotea, á quien habia permitido que hasta entonces los dirigiese como gobernadora, curadora y tutora, sin embargo de que á los 14 años, segun costumbre de otros estados de Italia, pudo haber tomado las riendas del gobierno. En este estado muere el rey Augusto II, elector de Sajonia y rey de Polonia; los nacionales llamaban al trono á Estanislao Lentziski, que antes en competencia de Augusto habia sido desposeido y últimamente estaba retirado en Alemania; una hija suya estaba casada con Luis XV, y se empeñaba por él para la eleccion al trono. El emperador Cárlos VI, que el año anterior se habia aliado con la Rusia y la Dinamarca, se opuso á esta eleccion en favor del hijo de Augusto II, toman partido algunas potencias, enciéndese una guerra. Unese la Francia con el rey de Cerdeña, á quien prometia una parte del Milanesado, y

empiezan á hacer la guerra por la Italia al mismo tiempo que por el Rhin y fronteras de Alemania. El emperador procura defenderse en una y otra parte, ínterin el de Rusia inquietaba á la Polonia. España, advirtiendo por una parte el riesgo de los estados vecinos á Milan, y por otra parte el descontento con que sufrian en Nápoles y Sicilia el yugo aleman, toma las armas para ocupar estos reinos; envia por mar y tierra tropas á Génova y Liorna, y nombra generalísimo de sus ejércitos al infante duque don Cárlos á principios de 1734. El príncipe don Cárlos pasa á Florencia para disponer la meditada empresa, dejando á Parma defendida por medio de los dos ejércitos de Francia y Saboya, los cuales con dos batallas, en que derrotaron al enemigo, dejaron bien asegurados aquellos estados. Dispuestas ya las tropas de tierra, cuyo comandante general era el conde de Montemar, soldado esperto, conquistador de Oran; facilitado el paso por el estado eclesiástico, que los influjos de la corte de Viena habian hecho dificultar con el papa Clemente XII; acercadas á las costas de Nápoles algunas naves por parte de España, mientras estas ocupaban algunas pequeñas islas, partió en 24 de febrero el infante don Cárlos desde Florencia por el estado romano á Nápoles. Llegó sin oposicion hasta Monte Rotondo, donde hizo publicar en 14 de marzo un manifiesto, declarando las facultades que tenia de su padre el rey don Felipe V, ofreciendo mantener á los habitadores los privilegios, y aliviarlos de los tributos que la opresion alemana les habia impuesto, y llamándolos á su obediencia y del rey su padre. De allí se acercó á la ciudad de Nápoles, donde llegó el 28 del mismo mes. El virey Cesáreo que se hallaba con pocas fuerzas para la defensa, habiéndola desamparado se fué á Bari, y los habitadores de la ciudad de Nápoles salieron hasta San German, á entregar las llaves al real infante. Con este feliz suceso, guarneciendo la ciudad con suficiente tropa, envió la restante con el conde de Montemar á desalojar de las demas plazas á los imperiales. Esta noticia llenó de regocijo á España, y el rey don Felipe inmediatamente envió en un real decreto, con fecha de 22 de abril, la cesion del reino en la persona del infante, creándolo rey desde entonces para sí y sus sucesores. El rey don Cárlos hizo su entrada pública en Nápoles en 10 de mayo del mismo año de 1734, entre innumerables aplausos, aclamaciones y regocijos. Montemar fué desde luego con quince mil hombres en alcance de los enemigos, que se habian fortificado en Bitonto; ellos eran siete mil y esperaban otros tantos de socorro por la parte del Adriático. Atacólos antes que llegara el refuerzo, y los derrotó, con lo que Montemar se hizo acreedor á las honras del rey don Cárlos, que le condecoró con los títulos de duque de Bitonto y grande de España. El rey don Cárlos en persona conquistaba á Gaeta y Cápua, que no tardaron en rendirse, y de este modo logró echar del territorio de Nápoles las tropas imperiales. Mientras esto pasaba por tierra, la armada española conquistaba parte de la Sicilia; rindiéronse desde luego Palermo, Mesina y poco despues su ciudadela, Trapana y Siracusa, aclamando con el mayor regocijo á don Cárlos rey de Nápoles y Sicilia; y antes que se acabara el año de 1734, ya el rey don Cárlos empezó á ser soberano de estos dos pingües reinos. Asegurado en el trono el rey don Cárlos, pasaron las tropas á incorporarse con el ejército combinado de Francia y Saboya, que estaba haciendo frente á las tropas alemanas en Parma y Plasencia. Debilitado el emperador por esta parte, atacado del frances por el Rhin, donde habia perdido á Filisburgo, y viendo quietas las potencias marítimas garantes de los anteriores tratados, las reconvenia y buscaba su auxilio. No dejó el rey de Inglaterra de dar oidos á sus quejas, y así determinó empeñarse en una paz.

Hizo una declaracion á las potencias beligerantes, en que decia, que si no se convenian en un tratado, destinaria la armada que actualmente prevenia, para atacar en Indias los establecimientos franceses y españoles. Con esto la Francia, que con sus victorias y sus aliados se hallaba poderosa para ser árbitra de la paz, propuso al emperador ciertos preliminares, que se reducian á que Estanislao cediese sus pretensiones al reino de Polonia, dándole los ducados de Bar y de Lorena durante su vida, debiendo devolverse despues á la misma casa de Lorena de Francia; que cediendo Cárlos rey de Nápoles sus pretensiones á la Toscana, entrasen estos estados en la misma casa de Lorena luego que muriese Juan Gaston, y que reconociendo el emperador á don Cárlos por rey de Nápoles y Sicilia este cederia los derechos á Parma y Plasencia en favor de él. Tambien al rey de Cerdeña se le daba algun territorio á la otra parte del Tesino, con la superioridad sobre los feudos de las Langas, esto es, Novara, Tortona y el Vigevenasco. De este modo cediendo cada uno alguna parte, y recompensándose en otras, parece que se miraba á dejar á todos contentos. Convino desde luego el emperador en los preliminares y los firmó en 16 de noviembre de 1735, y se siguió un armisticio, así por la parte de Alemania, como por la de Italia. Augusto III empezó á reinar sin obstáculo en Polonia: los toscanos que estaban contentos con tener en lo sucesivo un rey coronado en Nápoles por gran duque, no dejaron de sentir esta mutacion de señor en la casa de Lorena; y al contrario, los napolitanos que por mucho tiempo habian obedecido á un virey, se contemplaban felices por tener por superior un rey tan amable como don Cárlos, y que tanto miraba por el bien de sus vasallos. A este fin, luego que ocupó el trono empezó á formarse un plan de gobierno, lleno de prudencia, justicia y benignidad. Amplió los privilegios de la ciudad, dió libertad á muchos presos en las cárceles; no admitió un donativo de cien mil ducados que le presentó el primer magistrado; mandó satisfacer los gastos que sus tropas habian hecho á la ciudad; que todos los barones, ciudades y comunidades del reino poseyesen pacíficamente los bienes comprados durante el gobierno de los alemanes, pero que se presentasen aquellos por sí, y estas por sus diputados ó procuradores al juramento de obediencia: para lo cual comisionó al duque de Lorenzana, y estableció un tribunal para juzgar de las causas sobre este punto, si las hubiese; el cual se componia del conde de Charny, presidente, del regente de la Vicaria, del secretario de justicia, dos consejeros, un fiscal y un abogado. Daba audiencia á todos sus vasallos y los admitia á besar su mano. Repartió los empleos de mas consideracion y de gobierno de provincia á la principal nobleza, y en los tribunales colocó personas distinguidas; con cuyas atenciones, no solo se ganó el amor de todos los suyos, sino tambien de los que se hallaban afectos al imperio ó empleados por él, ya residiesen en Nápoles, ya en Roma, donde inmediatamente sustituyeron á las armas imperiales las de Borbon, Médicis y Farnesio. Los convenios de la paz entre las potencias iban muy lentos; pero el rey don Cárlos no se descuidaba en apresurar por todos caminos los actos de aprobacion que se debian al establecimiento de su nuevo reino. Dió parte al papa Clemente XII por medio de su ministro en Roma, de la cesion que habia hecho el rey don Felipe en su real persona, y de su entrada pública en Nápoles. Nombró su embajador estraordinario, para ofrecer al papa en el dia de San Pedro el reconocimiento llamado de la hacanea, que consistia en un regalo de siete mil escudos, segun costumbre de los poseedores de Nápoles. Opúsose el emperador, pretendiendo proseguir como hasta entonces con el mismo obsequio, y en esta competencia comisionó el papa ocho carde-

nales para su decision; de que resultó que se admitiese el reconocimiento del emperador, ínterin el rey don Cárlos no fuese universalmente reconocido y recibiese del papa la investidura de rey. Con esto se procuraron con mas diligencia entre España, Alemania y Francia, los recíprocos actos de cesion: esta de Parma, Plasencia y Toscana, y aquella del reino de Nápoles y Sicilia; por medio de un congreso en Florencia entre los ministros destinados á este fin, el conde de Montemar por España y Nápoles, el mariscal de Noailles por Francia y el general Wactendock por Alemania; reservóse no obstante el rey don Cárlos la accion á la herencia de los bienes, muebles y raices propios del gran duque de Toscana, como hijo adoptivo suyo: todo lo cual se finalizó en diciembre de 1735; á que se siguió la evacuacion de las tropas españolas, y la introduccion de las alemanas en aquellos estados, segun lo convenido. Ya reconocido así el rey don Cárlos, volvió con mayor cuidado la atencion al gobierno de justicia de su reino. Habia muchos abusos que reformar, prohibió la antigua costumbre de los asilos en palacios particulares, aunque fuesen de obispos; discernia las jurisdicciones reduciendo la eclesiástica á sus límites, y mandando contribuir á los eclesiásticos con aquellos subsidios justos y debidos al soberano. Formó una junta de ministros para que entendiese en los medios posibles de aliviar al vasallo; reedificaba los edificios públicos destinados á las escuelas; visitaba los colegios, y cuidaba de mejorar los estudios. Ponia el mayor cuidado en el aumento del comercio, en la construccion de naves y formacion de una escuadra para resistir á los berberiscos que libremente hacian daños en aquellas costas. Mandaba hacer évoluciones militares y de artillería á la tropa y campamentos que presenciaba, alentando con premios á los soldados que se distinguian en sus obligaciones. Despues de estos cuidados, y del cumplimiento de sus devociones, con que daba un ejemplo de singular cristiandad, tomaba el recreo del teatro ó de la caza para dar algun descanso á sus fatigas. Entre las recreaciones una era irse á *Portici*, casa de campo no lejos de la ciudad. Advirtió que en las escavaciones, que algunas veces se habian hecho, se descubrian algunos restos de antigüedad, lo cual hizo sospechar que allí estaba la antigua ciudad del Herculano, sepultada de los terremotos desde el tiempo de Tito; promovió las escavaciones, se descubrieron teatro, templo, muebles, pinturas, estátuas y otras preciosidades, y en fin el Herculano y la ciudad de Pompeyo, todo lo cual hizo una señalada época del estudio de la antigüedad. En medio de estas felicidades para acrisolar mas su virtud, no dejó el brazo del Omnipotente de probarle con algunas amarguras. Esperimentó mal contentos en algunos de aquellos principales señores de feudos, acostumbrados á la libertad impune en tiempo de los vireyes; pero su prudencia y su benignidad, con pocos castigos y muchos perdones, los hizo gratos. Tuvo que avisar de su obligacion y obediencia al soberano, á algunos religiosos que fomentaban partidos en los descontentos, ó se creian vulnerados en la correccion de los abusos introducidos entre ellos, y lo hizo con tanto amor que consiguió el fruto sin violencia. Suavizó varias quejas, que el estado pontificio tuvo por una revolucion suscitada en Roma y Veletri en el paisanaje y la tropa española y napolitana, la cual hubiera pasado á un rompimiento con esta corte y la de Viena á no haber hecho ver su prudencia la osadía del vulgo y su benignidad en su justicia. Aunque poco contenta la silla romana por las pretensiones del rey Cárlos sobre asuntos eclesiásticos, no tardó en ver declarados sus derechos y privilegios, y que no pedia sino lo justo, ya concedido por los anteriores pontífices: con lo que consiguió el rey que los nuncios suspendidos para asis-

tir en las Cortes de Nápoles y Madrid por estas y otras dificultades, sosegados los ánimos, pasasen á ejercer sus funciones, manifestando su regocijo el papa con despachar la birreta para el infante don Luis, y las letras de investidura de aquellos reinos en favor del rey don Cárlos, cuyo contento se completó con la presentacion de la hacanea por parte del rey don Cárlos, con mucho aparato y lucimiento. Tenia siempre sobre su corazon los males del vasallo. En mucha afliccion se vió su real persona, cuando un dia, volviendo de caza al pasar un arroyo crecido con la avenida de un turbion, estuvo en peligro de perder la vida, libertándole la Suma Providencia por medio de la destreza de su cochero; pero mas sintió los estragos que una erupcion enorme del Vesubio causó en los pueblos circunvecinos por aquel tiempo. Sus habitadores abandonaron sus casas dejándolas con sus alhajas, por no perder la vida con la inundacion de la lava ó con los torbellinos de cenizas, que con abundancia vomitaba aquel volcan. Compadecido el rey de este desastre envió tropas á guardar las casas, socorrió de pronto las mas pobres familias, y perdonó los tributos de aquel año á los pueblos mas perjudicados. Mientras esto pasaba, la reina de España doña Isabel Farnesio buscaba digna esposa para su hijo el jóven rey don Cárlos, que llegaba ya á los veinte y dos años de edad. Puso primero las miras en la archiduquesa María Ana, hija segunda del emperador Cárlos VI, quien habia casado ya en el año de 1731 á su primogénita María Teresa con el duque de Lorena Francisco, en quien debia recaer la Toscana. No se ajustaron bien los intereses del emperador, y así volvió los ojos la reina doña Isabel á la princesa doña María Amalia de Sajonia, hija de Augusto III rey de Polonia y de la archiduquesa primogénita del emperador José I. El conde de Fuenclara concluyó esta comision á fines del año de 1737, y á principios de enero del siguiente se celebró esta noticia en Nápoles y Madrid con mucho regocijo. El rey don Cárlos nombró inmediatamente toda la familia de servidumbre y comitiva, secretario, camarera mayor, damas de honor, guarda mayor, señoras de honor, azafata, camaristas, mayordomo mayor, mayordomos de semana, caballerizo mayor y otros. El conde de Fuenclara hizo su entrada pública en Dresde en 7 de mayo con el mayor lucimiento; á los dos dias se hizo la peticion formal y presentacion del retrato del real esposo. El príncipe Federico Augusto, hermano de la real esposa celebró por poderes los esponsales; hubo grandes fiestas y regocijo, y la nueva reina doña María Amalia partió de Dresde á Italia por la Alemania en compañía de su hermano el dia 12 del mismo mes. En Viena fué obsequiada por su abuela la emperatriz viuda Amalia, por donde pasó el dia 20. Nueve dias despues llegó á *Palma Nova*, territorio de Venecia, en donde recibió la comitiva y familia destinada á su real servidumbre. En Venecia se la obsequió con muchas salvas de artillería, continuándolas en el paseo que hizo por algunos canales, acompañada de la principal nobleza de la ciudad. Pasando á Padua recibió las joyas que allí le presentó el duque de Atri en nombre del rey don Felipe V, y los obsequios que le hizo el duque de Módena Francisco de Este. Dirigiendo su viaje por varios estados de Italia, salian á recibirla sus principales señores ó enviados, esmerándose en estas ceremonias el cardenal Mosca, enviado del Papa, los diputados de Ferrara, Faenza, Rávena, Forli, Cesena, Rímini, Pésaro, Sinigaglia, Ancona y Loreto. A la raya de Nápoles salió á recibirla el real esposo, acompañándola desde allí hasta Gaeta, á donde llegaron el 19 de junio. Aquí se hizo la ceremonia de recibimiento en un magnífico pabellon construido á este propósito: ratificáronse los esponsales, y hechas las santas ceremonias, quedó concluido el matrimonio, celebrándose

con fiestas y aplausos. De allí á dos dias entraron en medio de aclamaciones innumerables en la corte de Nápoles: siguiéndose muchos festejos de fuegos artificiales, iluminaciones y otras señales de alegría, finalizando con una entrada pública el dia 2 de julio. Creó el rey la órden de San Genaro, declarándose gran maestre de ella, y nombró varios oficios de su instituto, hizo caballeros á sus dos hermanos los dos infantes de España don Felipe y don Luis, y al príncipe real de Polonia Federico, hermano de la reina, dió sus insignias á varios cardenales, arzobispos, príncipes, duques, títulos y hombres ilustres de Nápoles y España, y reservó seis nombramientos á eleccion de su padre el rey don Felipe V, quien en efecto condecoró á algunos en Madrid, donde en 5 de julio se celebró la noticia del feliz casamiento con besamanos, luminarias, fuegos de artificio y representacion de ópera en el palacio del Buen Retiro. Ya puesto el rey don Cárlos en este nuevo estado, se dedicó con mas esmero á los negocios del reino; empresa que como nueva le llevaba mucha atencion. Seguia dando públicas audiencias y escuchando con amor hasta el mas desvalido. Se hallaba muchas veces presente en las consultas de los consejos; continuaba en reformar abusos, y aunque ya los asilos de los delincuentes no eran mas que las iglesias y conventos, viendo que habia muchos refugiados que por la noche cometian algunos robos, mandó que se pasasen todos inmediatamente á las competentes cárceles, y que formados sin dilacion sus procesos, se finalizasen con brevedad sus causas; lo cual hizo cesar muchos desórdenes. Hizo particular empeño en examinar cómo se arreglaria el punto de que los eclesiásticos y regulares no poseyesen mas rentas y bienes que los permitidos por los cánones y privilegios, que no se opusiesen á las regalias y al bien del Estado, y que pagasen aquellos subsidios debidos á la corona en los casos estraordinarios que los demas vasallos lo hacian. Despues de maduras reflexiones puso este asunto en manos del papa Clemente XII, el cual mandó formar una congregacion á este fin á principios del año de 1739; pero habiendo sucedido á este, en el mismo año, el sábio pontífice Benedicto XIV, concluyó este negocio á satisfaccion de ambos. Estando en tan buena situacion sus dominios para el tráfico y comercio interior y esterior, y para la navegacion á levante y poniente, no se contentó con establecer una junta ó tribunal compuesto de ministros togados y negociantes, para la mas pronta espedicion de los negocios de comercio, sino tambien un consulado de tierra y mar formado de cinco cónsules y dos asesores jurisconsultos anuales, que dirigiesen todos estos asuntos segun el nuevo arreglo de derechos y otras disposiciones encaminadas á la circulacion del dinero y alivio de los litigantes en estas causas. Para asegurar la navegacion y poner seguridad en los mares, emprendió hacer tratados de paz y comercio no solo con las potencias comerciantes cristianas, sino con las berberiscas y el turco, concluyéndolos con este en el año de 1740, y en el siguiente con la regencia de Trípoli. Con estas miras se mejoró el puerto de Nápoles, se aumentaron naves, se fundieron cañones, se compusieron caminos, se establecieron fábricas de paño y sedas, se convidó á las gentes estranjeras á venir á establecerse en su reino, sin que obstase la variedad de sectas; y poco despues estableció postas desde Nápoles á Constantinopla para la mayor prontitud en la espedicion de los negocios entre las dos potencias. Por este tiempo se formalizó la paz entre España y Alemania, y se trató el matrimonio del infante don Felipe con madama Luisa Isabel, primogénita de Luis XV. Fué comisionado para esto con embajada estraordinaria el marques de la Mina, y celebró los esponsales en 16 de agosto de 1739 con entrada pública en Paris, y otras

ceremonias magníficas, á que se siguieron muchas fiestas y regocijos. Partió la nueva esposa en 31 de setiembre acompañada del rey su padre hasta dos leguas de Paris, y desde allí prosiguió con numerosa comitiva hasta San Juan de Pié de Puerto, en las fronteras de España, donde en 11 de octubre el príncipe Maserano la presentó las joyas de regalo de parte del rey don Felipe V, y prestaron su obediencia el mayordomo mayor duque de Solferino, la camarera mayor marquesa de Ledé, y demas comitiva española, que desde allí empezó á servirla. Hecha la entrega el dia 13, partió la infanta esposa, dirigiéndose por Pamplona hasta Guadalajara, donde la recibió con mucho regocijo la reina viuda de Cárlos II doña María Ana de Neoburgo, y desde allí á Alcalá, en cuya ciudad estaban los reyes y el real infante esposo y demas familia para su recibimiento. Aquí se ratificó el matrimonio, haciendo las santas ceremonias el patriarca; y á los dos dias entraron en Madrid entre mucho concurso que celebraba á los reyes y á los nuevos esposos con mucho aplauso. Por las ciudades por donde habian pasado, habian sido muy lucidos los obsequios: pero dieron á estos el último complemento las fiestas públicas que se siguieron en Madrid con magnífico y real aparato. Ya en este tiempo habia renovado la guerra el ingles contra España, por pretensiones que habian quedado pendientes desde el tratado de Sevilla; al principio solo tenian sus límites estas inquietudes entre las dos potencias, pero luego cundieron por toda Europa con motivo de haber muerto el emperador Cárlos VI de Alemania sin sucesion masculina, y llegar el caso de ponerse en ejecucion lo establecido por él en la pragmática sancion del año de 1713, en que se arreglaba la sucesion por línea de hembra. El rey don Cárlos no tuvo poca parte al principio de esta guerra en sus trances, auxiliando á España contra la reina de Hungría; pero corriendo con buena amistad con la Inglaterra tomó á sus instancias el partido neutral; prosiguieron las hostilidades con varia fortuna en Alemania, Francia y en varios estados de Italia, estando en Saboya á la frente del ejército español el infante don Felipe. Entre los varios sucesos de 1744, tuvo que retirarse el general español Gages hácia Nápoles, en cuyo alcance iba el aleman. Viendo entonces el rey don Cárlos invadidas ó amenazadas sus fronteras, no pudo menos de tomar las armas para defenderlas y defenderse; de lo cual resultó la famosa accion de Veletri, testigo del valor del rey de las dos Sicilias y sus tropas. En medio de estos cuidados nunca perdia de vista el rey don Cárlos el aumento de fuerzas y comercio del reino, y el alivio de sus vasallos en las mayores necesidades. Desde principios de la guerra habian ocupado los ingleses con varias escuadras, ya el mar de Génova, ya el de Nápoles, ya el golfo Adriático para estorbar los socorros de aquellos que eran enemigos de la reina de Hungría, á quien auxiliaba; una de ellas se puso delante de Nápoles, requiriendo al rey don Cárlos que observase neutralidad; no podia el rey responder de manera que no temiese el peligro que le amenazaba, y aunque sus fieles napolitanos se ofrecieron á pegar fuego á la armada enemiga, convino en la neutralidad; pero desde entonces dió mayores providencias para fortalecer los puertos y reforzar su ejército para lo que se ofreciera en adelante. No es fácil de esplicar el paternal amor con que acudió al alivio de todos sus vasallos en la gran peste que hubo en Mesina y Reggio, en que perecieron mas de cuarenta mil personas, y hubiera hecho mayor menoscabo en los habitadores del restante reino, si no se hubiera opuesto á sus progresos con las mas sábias y prontas providencias, y remedios de la medicina. Por esta causa, y por el obstáculo de los ingleses que cruzaban por aquellos mares, habia descaecido un poco el comercio, y crecido el pre-

cio de los comestibles, pero bajando el rey á sus espensas el precio de la harina, los gobernadores de la ciudad hicieron lo mismo con este alimento y el de las carnes. La muerte del emperador Cárlos VII, sucedida á principios del año de 1745 á que se siguió la eleccion de Francisco, gran duque de Toscana, dió mayor aumento á la guerra de Italia, pues ascendiendo al trono imperial el mismo que lo habia sostenido tantos años como esposo de la reina de Hungría, entrando con mas enteras fuerzas llevaba mayor esperanza del vencimiento. No era menor el empeño de la Francia en sostenerla unida á Nápoles y España, no desmayando esta en la empresa, aunque por muerte del rey don Felipe V subió al trono español un rey muy inclinado á la paz, cual era don Fernando VI. Animaba el valor de todos y la razon de cada uno, la reina madre doña Isabel, á quien le parecia muy justo entrase el infante don Felipe en los derechos de su hermano el rey don Cárlos á los estados de Parma, Plasencia y Guastala, con cuyo fin se sostenia la guerra con el mayor teson. Duró esta dos años mas, hasta que se firmó en Aquisgran una paz por el mes de octubre de 1748, por la cual fué declarado el infante don Felipe soberano de Parma, Plasencia y Guastala, de cuyos estados tomó posesion en el año siguiente de 1749. Tranquilo ya el rey don Cárlos se dedicó con mas esmero á los cuidados del gobierno y felicidad de sus vasallos; no mucho tiempo antes habia tenido que componer varias cuestiones que se suscitaron sobre competencias de causas eclesiásticas, y cuidó que no se alterase el uso del tribunal arzobispal en materias de religion. Sucediéronse varias inquietudes sobre rumores esparcidos de que habia en su reino sociedades de fracmasones, pero una bula de Benedicto XIV y un decreto del rey las calmaron. Quiso hacer ver á los caballeros malteses el derecho feudal y de patronato que tenia sobre su obispado, derivado desde Cárlos V, que como rey de Sicilia habia dado la isla de Malta á los caballeros de San Juan, que perdieron la isla de Rodas: resistieron estos, alegando prescripcion, medió el papa, y suspendió el rey el comenzado intento, reservándose para en adelante su accion competente. Nunca omitia tiempo alguno de hacer todo el bien posible á sus vasallos mas menesterosos, presentándosele no pocas ocasiones en las erupciones del Vesuvio, siendo muchas muy dañosas á los campos, villas y aldeas y sus habitadores, pero en especial la del 23 de octubre de 1750. Por este ánimo tan caritativo le habia llenado el cielo repetidas veces de consuelos y de frutos de bendicion. La reina su esposa doña María Amalia habia dado á luz hasta entonces cuatro infantas y tres infantes; á saber: doña María Isabel, que nació en 6 de setiembre de 1740, doña María Josefa Antonia, en 20 de enero de 1742; otra doña María Isabel, en 19 de abril de 1743, las cuales vivieron poco tiempo; siguiéronse doña María Josefa, nacida en Gaeta el 16 de julio de 1744; y doña María Luisa, en Nápoles en 12 de noviembre de 1745; la primera infanta de España, y la segunda emperatriz viuda de Alemania: en 1747 nació el príncipe duque de Calabria don Felipe, quien, quedando débil por enfermedades de la niñez, no pudo despues reinar, y entró en todos sus derechos su hermano don Cárlos, rey de España con el nombre de Cárlos IV, nacido el 12 de noviembre de 1748, pasando la sucesion de Nápoles á don Fernando, nacido en 12 de enero de 1751. Para dar, pues, el rey don Cárlos un destino á alguno de sus hijos, correspondiente á su calidad, dirigió las miras al emperador de Alemania Francisco Esteban. Era este deudor al rey don Cárlos de los bienes alodiales, que habian entrado en su poder como nuevo sucesor del último duque de Toscana Juan Gaston, muerto sin sucesion varonil en el año de 1737, y que pertenecian por testamento y derecho de sucesion al mismo rey

don Cárlos. Para que sirviesen, pues, de dote á una de sus hijas, concertó con el emperador que se tratase un doble matrimonio entre dos hijos de cada uno, esto es de Leopoldo (que despues fué emperador), segundo hijo de Francisco con doña María Luisa, hija segunda del rey don Cárlos, llevando el título y soberanía de gran duque de Toscana; y del primogénito ó destinado para la sucesion de Nápoles, con María Carlota hija del referido emperador, quienes algun dia habian de ser reyes de las dos Sicilias. Así tratadas las cosas y convenidas, se celebró de nuevo la paz entre la España, el emperador, el rey de Nápoles y el de Cerdeña. Mas parece que estas paces felices para la Italia, sirvieron de incentivo al prusiano para meter la guerra en Sajonia contra el suegro del rey don Cárlos, el rey de Polonia, en el año de 1756. Armóse en favor de Prusia la Inglaterra, y contra ellas la Francia y la Alemania. Por otra parte, habian ya comenzado varias hostilidades en América entre el frances y el ingles sobre los límites de la Acadia y el Canadá, que habian quedado pendientes en el último congreso de la paz. Fué encendiéndose la discordia de tal modo, que declarándose mútua guerra, vinieron á hacerse una comun las dos, tomando tambien parte en ella el ruso y el sueco. El rey don Cárlos era espectador neutral de esta tragedia; pero al paso de los progresos de ella fortificaba sus plazas, reforzaba su ejército, prevenia sus naves y estaba vigilante á cualquier evento. No se estaba menos alerta en España, teniendo que temer mas de cerca las resultas; pero el rey católico era muy pacífico, y se esforzaba á huir de la discordia lo mas que pudiese. En este estado muere el rey don Fernando VI en 10 de agosto de 1759, á cuya sucesion era llamado el rey don Cárlos de Nápoles por legítimo derecho; fuéle preciso pensar en disponer de su reino, y venir á ocupar el sólio del de España. Inmediatamente que falleció el rey don Fernando VI se despacharon correos con esta noticia al rey don Cárlos de Nápoles, y á la reina madre doña Isabel Farnesio al real sitio de San Ildefonso, que tenia poder especial de su hijo para ser gobernadora de España ínterin se verificase el arribo de su sucesor, no menos digno por patricio, y acreedor legítimo al trono, que por rey conquistador de reinos, y lleno de esperiencia para tomar las riendas de los vastos dominios españoles. La reina madre, igualmente esperimentada y amante de la nacion y de su hijo, en tanto que le aguardaba con ánsia, empezó á manifestar aquel gran corazon y talento que habia hecho ver durante el reinado de su esposo don Felipe V. Desde luego dió las providencias oportunas, que por órden debian sucederse. Despachó las disposiciones acostumbradas para el magnífico funeral y depósito del rey don Fernando en el monasterio de la Visitacion de Madrid, donde tenia destinado su sepulcro; poniendo esta comision á cargo del duque de Alba como mayordomo mayor del recien difunto rey. A los siete dias pasó la reina en compañía de su hijo el infante don Luis al real palacio del Buen Retiro, entrando en esta corte en medio de innumerables aplausos, y siendo recibida de la grandeza, embajadores y demas personas distinguidas con el mayor regocijo y debido obsequio. Destinó la solemne proclamacion de su hijo *Cárlos III*, *rey de las Españas y de las Indias* para el dia 11 de setiembre, la cual se ejecutó con la mayor pompa, aparato y universal aclamacion del pueblo. Levantó el pendon de esta villa de Madrid el conde de Altamira, como alferez mayor y regidor perpétuo de ella, y siguiéronse los acostumbrados festejos de gala, luminarias, besamanos, fuegos de artificio, fiestas de toros y otros. Al mismo tiempo celebraba el rey don Cárlos III en Nápoles el pésame y luto por su amado hermano, y se disponia para venir á España con su familia en la escuadra compuesta de diez

y seis navíos, que de órden de la reina madre habia partido de Cartagena al mando de don Pedro Estuardo, el marques de la Victoria y don Andres Reggio, que habian llegado á Nápoles con feliz navegacion en 29 de setiembre. Siguióse el acto de cesion y renuncia del reino de las Dos Sicilias en su hijo tercero el infante don Fernando, declarándolo por emancipado, rey y sucesor del reino y de sus bienes, por medio de un real decreto espedido en 6 de octubre del mismo año de 1759. A este precedió una consulta del consejo de Estado y un exámen escrupuloso de la indisposicion absoluta de reinar, que por enfermedad duraba en su primogénito don Felipe. Asi se reconoció la primogenitura en el segundo infante don Cárlos Antonio, destinado para príncipe de Asturias, y digno sucesor de las Españas. Procuró evitar el rey don Cárlos III con esta cesion en su hijo don Fernando, ya segundogénito, el que se reuniesen en lo sucesivo á un mismo tiempo las dos coronas de Nápoles y España, conforme al espíritu de los últimos tratados de paz, arreglando la sucesion futura con todos los llamamientos correspondientes á este fin; y por cuanto se hallaba el rey jóven en la menor edad, formó un consejo de regencia, bajo cuya tutela y gobierno se dirigiese el reino hasta su mayor edad, que habia de ser en llegando á cumplir los diez y seis años. En despedida dejó al nuevo rey don Fernando tales consejos en su decreto, cuales se podian esperar de un rey lleno de catolicismo, justicia, mansedumbre, vigilancia y paternal amor á sus vasallos, del cual se habian hecho dignos por la fidelidad con que le habian servido. Encargóle mucho estas virtudes y estos vasallos, y echándole la bendicion se embarcó en la escuadra el dia 9 de octubre, en compañía de su amable esposa la reina doña María Amalia de Sajonia y de sus hijos el príncipe de Asturias don Cárlos, los infantes don Gabriel y don Francisco Javier, el infante don Antonio y las infantas doña María Josefa y doña María Luisa. Todo el pueblo los seguia con las lágrimas hasta perderlos de vista, y traian á la memoria y á la lengua las muchas virtudes de un rey, que habiendo subyugado su reino con las armas, conquistó los corazones de sus habitadores con beneficios: de un rey que habia vencido asombrosos peligros en la guerra, y habia elevado el reino á un estado respetable: de un rey que habia restablecido la marina, ampliado el comercio, protegido las letras y las artes, hermoseado la ciudad y sitios de recreo con suntuosos edificios y fortificaciones, calles, paseos, y que les dejaba en Pórtici una riqueza suma de las preciosas antigüedades de Pompeya y del Herculano. Con próspera navegacion llegó el rey don Cárlos á vista de Barcelona el dia 15 del mismo mes de octubre, y desembarcó el 17 con igual felicidad con la reina y toda su familia, coronando la ribera y el puerto numeroso pueblo y nobleza, que le aclamaban con alegres vivas; cuya gustosa noticia recibida en Madrid por la reina madre y comunicada al pueblo, causó imponderable regocijo y se celebró con *Te Deum*, general repique de campanas, galas, luminarias y otras demostraciones de universal contento. En los cinco dias que hizo el rey mansion en Barcelona, fueron magníficas las fiestas con que la ciudad le obsequió, recompensando el rey este festejo con perdonarles los débitos atrasados de las contribuciones reales y con otros beneficios. Partió de allí el dia 22, y llegando á Zaragoza el 28 fué mayor la detencion en esta ciudad, por algunas indisposiciones de salud que padecieron la reina y su familia; y no siendo menos obsequiados en los treinta y dos dias que se detuvieron, continuaron su viaje desde el dia primero de noviembre, dejando allí el rey don Cárlos la memoria de sus beneficios, perdonándoles los atrasos, y erigiendo un sepulcro en una capilla de la catedral del Pilar al duque de Montemar, que en otro tiempo habia con-

tribuido tanto á su exaltacion al trono de Nápoles. Al llegar á una jornada de distancia de Madrid, se adelantó el infante don Luis á Guadalajara á dar la bien venida á los reyes y real familia, y traer noticias de su importante salud á la reina madre, recibiendo allí y en Alcalá el rey, la obediencia y obsequio de muchos grandes, ministros y personas de distincion, que igualmente se habian adelantado. El dia 9 llegó á Madrid por la tarde, encontrando en el camino por la puerta de Alcalá innumerable lucido concurso que manifestaba su alegría con repetidos vivas y aclamaciones, en medio de las cuales entró en el palacio del Buen Retiro, donde le recibió con tiernos abrazos su madre la reina doña Isabel, repartiéndolos con el mayor afecto en su real nuera y graciosos nietos; á que se siguieron los obsequíos de la grandeza con ricas galas, vistosas luminarias y besamanos de los diputados y cuerpo diplomático, y particulares de la corte y provincias. Empezó inmediatamente á arreglar su palacio y gabinete, haciendo muy poca mutacion en el ministerio, el cual ocupaban los mismos ministros del anterior reinado: el de Estado y Guerra don Ricardo Wal; el de Gracia y Justicia el marques del Campo de Villar, y el de Hacienda el conde de Valparaiso: pero depositando en este último toda su confianza para la embajada de Polonia, donde habia menester de su celo, nombró para sucederle al marques de Esquilache, hombre muy esperimentado en el manejo de este ramo, por haber dado muchas pruebas de su inteligencia en Nápoles en el ministerio de Hacienda, Marina y Guerra, que mucho tiempo habia estado á su cargo. Halló el rey don Cárlos muy cargada de créditos la real Hacienda, por causa de las deudas atrasadas del reinado de Felipe V su padre, y otros anteriores, y al mismo tiempo muchos atrasos en el pago de las contribuciones y algunos empréstitos hechos por la tesorería real, y deseoso su paternal amor á los vasallos de igualar los beneficios y gracias que habia hecho en Cataluña y Aragon, principió el año de 1760 perdonando á los reinos de la corona de Castilla todo lo que estuviesen debiendo á la real hacienda por la contribucion de rentas provinciales, y su equivalente hasta fin del año de 1758, estendiendo despues este favor hasta perdonar mas de tres millones y medio de reales de vellon, de que eran deudores á la misma real hacienda, varios pueblos y particulares de Valencia, Mallorca, Andalucía, Mancha, Toledo y Estremadura, por los préstamos de granos y dinero para poder subsistir y sembrar en los años calamitosos desde 1748 y seis siguientes. Para pagar las deudas de su padre Felipe V, consignó diez millones de reales al año, y cincuenta millones de contado para distribuirlos entre los interesados; y no contento con querer estinguir todos los créditos de aquel reinado, mandó que todos los que estuviesen reconocidos por la junta de descargos, pertenecientes á los cinco reinados anteriores, fuesen tratados en la contaduría general de valores, y socorridos en la tesorería general con un diez por ciento por entonces, y sucesivamente con la prorata que fuesen percibiendo los acreedores respectivos. Restableció los dos regimientos de reales guardias españolas y walonas al pié y fuerza que tenian antes de su última reduccion, é hizo una gran promocion general de todo el ejército de infantería y caballería, artillería, ingenieros, marina y de las milicias, al tiempo de celebrar su entrada pública, que destinó para el domingo 13 de julio por la tarde del mismo año de 1760 en compañía de la reina, el príncipe de Asturias y demas real familia. Fueron muy lucidos los adornos de las calles con variedad de arcos triunfales, pórticos, fuentes, inscripciones, estátuas, medallas y colgaduras en las ventanas y balcones, y no menos lucido el magnífico tren y comitiva de las reales personas, yendo por la carrera llenos de regocijo al ver manifiesto el contento

y amor de los vasallos en el innumerable concurso de vecinos y forasteros y en los frecuentes vivas y aclamaciones. Casi toda la semana fué de fiestas y regocijos con fuegos de artificio, representacion cómica, fiestas de toros, disfraces de imitacion inventados por los gremios menores, galas, iluminaciones, repique de campanas; siendo igualmente brillante y magnífica la jura del príncipe de Asturias don Cárlos Antonio, celebrada el 19 del mismo mes en la iglesia del monasterio de San Gerónimo, contigua al real palacio del Buen Retiro, donde entonces tenian los reyes su residencia. Proseguia el rey don Cárlos en el gobierno dirigiendo todas sus miras al comercio y bien de sus súbditos, concedió libertad de todos los derechos de entrada para el trigo que viniese de fuera de sus dominios; y para facilitar la correspondencia en lo interior del reino, y con los paises estranjeros, dobló los dias de estafeta; mandó que conforme al artículo VIII del concordato del año de 1737, contribuyese el estado eclesiástico del reino de todos los bienes adquiridos desde entonces, y procuró que se redimiesen los capitales de la real casa de aposento. Pero en medio de tanta felicidad, Dios quiso con su fuerte brazo probar su real corazon y sufrimiento. Hallábase en el real sitio de San Ildefonso en compañía de su esposa y demas familia por el mes de setiembre de aquel año: empezó á indisponerse la salud de la reina, viniéronse al palacio del Buen Retiro con la esperanza de la mejoría, mas no fué así, porque agravándose de dia en dia su débil situacion, conoció la misma reina doña María Amalia estar cercana su muerte: dispúsose para ella con fervorosos actos de cristiana, y recibidos los santos sacramentos entregó su espíritu al Señor el dia 27 del mismo mes de setiembre de 1760 á los treinta y seis años de su edad; cuyo real cadáver fué conducido al panteon del Escorial. Perdió el rey una amable esposa y sus hijos una verdadera madre de familia, en cuya educacion se habia esmerado con particular desvelo y ejemplo de las madres reinas. El rey don Cárlos llevó con especial resignacion esta disposicion del Altísimo, mas no fué solo este golpe que descargó su Divina Omnipotencia; presto sucedió otro, que fué el de la guerra. Seguia esta con el mayor ardor entre las potencias del Norte: el rey Jorge III de Inglaterra que habia sucedido á su abuelo Jorge II, que murió el 15 de octubre del mismo año, la alentaba aun con mas vigor: todo era fuego y sangre. Este rey ingles se vanagloriaba de las victorias que habia conseguido sobre el frances por mar, y de haber debilitado sus fuerzas navales y su comercio. Los mismos estragos amenazaban á la España en sus establecimientos de Indias, al paso que el ingles aumentaba su prepotencia; ya habia hecho algunas usurpaciones edificando en territorio español con varios pretestos y disimulos, y habia abusado de su poder con algunos navíos. Fuese previniendo el rey don Cárlos, y puso todo su cuidado en la milicia; hizo promocion segun los méritos de los oficiales y alentó á la nobleza para alistarse en la tropa, la cual lo ejecutaba con mucha emulacion. Aragon y Cataluña le presentaron tres regimientos voluntarios de infantería; Madrid uno de caballería con el mismo título. Cádiz, Puerto de Santa María, el campo de Gibraltar, Granada, Cartagena, Ceuta, Badajoz, Alburquerque y Alcántara le sirvieron con sus milicias urbanas, para defender sus fronteras, costas y puertos. Pasaba revistas, presenciaba campamentos, tenia una marina que pasaba de cincuenta navíos de guerra, muchas fragatas y otros bajeles, y daba disposiciones convenientes en la América, á fin de que se guarneciesen las plazas y se apresurasen las flotas, que desde el principio del reinado habian continuado en venir con felicidad y muy interesadas. En este intermedio parecia que entre las potencias beligerantes

queria disponerse la paz. La Prusia y la Inglaterra, que eran las dos que llevaban todo el peso de la guerra contra las demas, habian publicado en la Haya en 15 de noviembre de 1759 una declaracion en que manifestaban tan loables deseos, y convidaban á un congreso para ponerlos en ejecucion. Las Cortes de Versalles, Viena y Petersburgo habian respondido aceptando la paz y el congreso en Ausburgo; pero añadieron que era menester incluir tambien á los reyes de Polonia y Suecia, como sus aliados, y que reconociendo que la guerra particular en América entre el ingles y el frances no tenia conexion con la del rey de Prusia é Inglaterra, la Alemania y sus aliados, seria muy conveniente se hiciese antes la paz particular entre aquellas dos, mayormente cuando el rey de España habia ofrecido gustoso su mediacion para esta especial reconciliacion. Con tan buenos intentos no hubiera creido el rey de Francia que á esto se negase el de Inglaterra, por lo cual á principios del año de 1761 le propuso unas condiciones que desde luego parecieron equitativas: pero en medio de muchas demandas y respuestas y varias contestaciones con poco fruto, aunque al parecer se iba á concluir, no obstante, por tener mas lugar de ejecutar sus meditadas empresas, Inglaterra alargaba el tiempo, y no queria condescender á la pretension de Francia, de que se subsanasen á la España algunos daños recibidos en Indias de parte del ingles. A vista de esto Luis XV y Cárlos III hicieron alianza defensiva ó pacto de familia para lo sucesivo. Este acto que en nada se oponia á los progresos de la paz, si el ingles la quisiera, fué convertido por él en nuevo pretesto de guerra; y asi lleno de altivez y orgullo, cual era su genio ó el de su ministro Pitt, mandó á Milord Bristol, su embajador en la corte de Madrid, preguntase si esta union era para ir contra Inglaterra, añadiendo que de no responder directamente, tomaria este pacto por agresion y declaracion de guerra. El rey de España reputó este modo de proceder por la misma declaracion y acometimiento del ingles; y asi su respuesta fué declararle la guerra en el mes de diciembre de 1761, la cual en 18 de enero siguiente se publicó en Madrid en vista de haberse hecho lo mismo en Lóndres en el dia dos del propio mes. Inmediatamente formó el rey don Cárlos un ejército de prevencion con destino á obrar donde conviniese para la defensa del Estado y costas de estos reinos, nombrando por comandante general al teniente general marques de Sarria. Faltaba un paso que dar con Portugal antes de empezar las hostilidades, y así rogó el rey don Cárlos al rey José I que manifestase qué partido tomaria en ellas; hizo estos oficios por medio de su embajador don José Torrero y el ministro plenipotenciario de la corte de Francia, pero con la precaucion de abocar sus tropas combinadas con las de esta potencia á las fronteras de Portugal, para tenerlas prontas en cualquiera evento. El rey José I hizo todos sus esfuerzos para no declararse como se esperaba á pretesto de neutralidad; pero se veia clara su inclinacion al ingles, de lo que resultó mandarse por Cárlos III que la tropa combinada acometiese las plazas portuguesas, como de enemigo declarado en el mes de mayo de 1762. El ejército comandado del marques de Sarria formó su primer campo en Zamora el dia primero de aquel mes, y á cuatro marchas, estableciendo su cuartel general en Carvajales, dispuso la conquista de las primeras plazas. Poco resistieron al principio los portugueses, rindiéndose sucesivamente Miranda, Berganza y Chaves: solo se contentaban con hacer ocultos daños con los pocos españoles que encontraban desviados, ó con los muchos que eran espelidos del reino con motivo de la declarada guerra; á los cuales despues todavía intentó llamar, principalmente á los que habian tenido seis años de domicilio. Considerando el rey de

España estos inoportunos daños y convocatorias que pasaban los límites de la humanidad y la razon, espidió dos rigurosos decretos mandando tratar á los portugueses con todo el rigor de la guerra, de que hasta entonces se habia abstenido, y declaró por traidores á los que volviesen en virtud del ofrecimiento de la convocatoria. A estas hostilidades hechas con buen suceso en las entradas de Portugal siguieron muchas enfermedades por los escesivos calores y mala calidad de los alimentos, y así se retiró nuestro ejército á Zamora y Ciudad Rodrigo, para recobrarse y volver de refresco contra la fuerte plaza de Almeida. Púsose sitio á esta en principios de agosto; pero apenas vió que los nuestros habian formado trinchera se entregó capitulando. Entre tanto cobraban ánimo los portugueses porque les venian refuerzos de Inglaterra, y así un cuerpo de trescientos y cincuenta armados se acercó á la raya de Castilla al lugar de Navasfrías, y apoderándose de la corta guarnicion española que allí habia, lo saquearon, é hicieron muchos estragos: no siendo menor la accion que emprendieron unidos ya con los ingleses, entrando en Valencia de Alcántara. Hallábase ya fatigado por su poca salud el marques de Sarria, y pidiendo su retiro, se lo concedió el rey, premiándole con el toison de oro, y entró á sucederle en el mando el conde de Aranda. Se ocuparon algunos pueblos, y se conquistaron la plaza de Salvatierra y el castillo de Vilabella, rendidos por capitulacion; se hicieron tambien algunas correrías y escaramuzas, aunque sin lograr atraer al enemigo á una batalla en campo raso, como se intentaba. La alegría de los buenos sucesos en la campaña de Portugal fué turbada con las funestas noticias de lo que habia pasado en la isla de Cuba en América. Los ingleses que habian llenado de escuadras el mar Océano, ya por la guerra contra los franceses, ya por la declarada á España, se aceleraron á la conquista de la Habana. En el dia 7 de junio hicieron un desembarco y dispusieron sus baterías con navíos por mar y trincheras por tierra. Fueron poco á poco avanzando hasta poder batir el castillo del Morro; era muy vivo el fuego, y no era menos el del castillo y el que se hacia de un navío desguarnecido en la rada; perdieron mucha gente los ingleses, hicieron los nuestros mucho estrago sobre sus baterías y sus navíos: no padecia menos el castillo del Morro: pero aun resistieron los españoles con el mayor vigor en el asalto dado por los enemigos el dia 30 de julio; en él admiraron el valor de don Luis Velasco, capitan de navío, comandante del castillo, que solo contra muchos regó la brecha de sangre enemiga y la suya, defendiendo con espada en mano sus banderas; y con todo aun no se rindió la ciudad hasta el dia 13 de agosto. Entrególa por capitulacion su gobernador don Juan de Prado con muchos navíos é intereses que enriquecieron á los enemigos; los cuales no pudieron menos de confesar su vigorosa defensa. Hicieron particulares elogios de don Luis Velasco; y no pudiendo el rey de España premiarle con vida (pues murió de resultas) para que quedase su memoria perpetuada en su familia, concedió á su hermano don Iñigo, título de Castilla, y mil pesos de pension para él y sus descendientes, perpetuando asimismo su nombre en el de un navío que quiso se llamase *el Velasco*. Esta triste noticia, la astucia del ejército portugues de no venir á las manos frente á frente, y la mala estacion que se siguió en el otoño obligaron al rey don Cárlos á mandar que retrocediesen sus tropas y se pusieran á cubierto, parte en Castelblanco, parte en el territorio de Lentejo, y últimamente en Alburquerque. No habia cesado de apresurar el rey de Francia la paz con el ingles, y de rogar al rey don Cárlos tomase parte en ella. Nuestro monarca que siempre la habia deseado y tenido como el bien mas precioso de un imperio, ya desde 31 de agosto de este año de 1762 se

habia dispuesto á ella. Ignoraba aun entonces el rey don Cárlos el suceso de la Habana, ni tenia noticia de la pérdida de Manila, ni de la conquista de la Colonia del sacramento en el Brasil, hecha por don Pedro Ceballos de nuestra parte. Con esta anticipacion, pues, dió su pleno poder al marques de Grimaldi, su embajador estraordinario en la corte de Paris. Sucesivamente nombraron sus plenipotenciarios Lóndres y Paris para el ajuste, y el de Portugal como accesor. Conferenciaron las condiciones, y se firmaron los preliminares de la paz en Fontainebleau en 3 de noviembre del mismo año. La suma de estos era ceder el rey de Francia al de Inglaterra en la América la Acadia y el Canadá; la isla de Cabo Breton y las del golfo de San Lorenzo; conceder el ingles al frances una parte de las costas de la isla de Terranova para la pesca y sequería: pero no en el golfo de San Lorenzo, sino con la condicion de pescar á tres leguas de distancia, y á quince en el Cabo Breton; ceder asimismo el ingles las islas de San Pedro y Miquelon; y para señalar los demas límites en los dominios americanos de uno y otro, tirar una línea por medio del rio Misisipí, hasta el rio Iberville, y desde allí por los lagos de Maurepas y Pontchartrain hasta el mar; y en fin restituirse recíprocamente otras islas así en las Indias occidentales, como en las orientales. Por lo tocante á Europa el rey de Francia devolvia la isla de Menorca, ganada por los franceses en el año de 1756, y varias plazas conquistadas al prusiano, evacuando ambos ejércitos varias plazas de la Westphalia, la Sajonia inferior y el Rhin. En lo que pertenece á España se habian de decidir las presas respectivas hechas por los ingleses ó los españoles en los tribunales respectivos de ambas naciones, y debian demolerse las fortificaciones levantadas por los ingleses en la bahía de Honduras y otros lugares del territorio de España en la América: pero debía el rey de España permitir á la Inglaterra la corta y carga del palo de tinte ó campeche. Igualmente restituia el rey de la Gran Bretaña lo conquistado en la isla de Cuba con el puerto de la Habana, en el mismo estado que estaba antes, y el rey de España cedia toda pretension á lo que poseyese al oriente del Misisipí, y á la pesca de Terranova. Por lo que mira á Portugal debian cesar todas las hostilidades entre portugueses, españoles y sus aliados, y restituirse las plazas conquistadas por unos y otros en el mismo estado qué antes estaban. A todo lo cual debia convidarse al rey José I para que accediese. Prontamente se siguieron las ratificaciones de estos preliminares entre las tres potencias contratantes y la accesion del rey de Portugal, firmándosè el tratado definitivo de paz en 10 de febrero del año siguiente de 1763; y agregándose despues las solemnidades de ratificacion y accesion respectivas, y otros actos de costumbre, se publicó la paz en Madrid en 23 de Marzo del mismo año. Las diligencias de la paz en el Norte habian empezado casi en el mismo tiempo, ajustándose primero la Suecia y Rusia con el prusiano, y mediando para que este hiciera lo mismo con la emperatriz reina de Hungría. Esta dió su consentimiento á una suspension de armas en Silesia, que fué firmado en Nieu-Beilau en 24 de noviembre de 1762. Siguiéronse los deseos de los círculos del imperio instando á que se apresurase la paz: agregáronse las instancias hechas al mismo fin por parte de Francia é Inglaterra; en cuya consecuencia el rey de Prusia firmó un tratado definitivo de paz con la Polonia y la Alemania, en 15 de febrero de 1763, en el palacio de Hubertzbourg: haciéndose las ratificaciones y el cange respectivo en 1.º de marzo del mismo año. Hechas las paces en toda la Europa, empezó esta á respirar de nuevo con mayor satisfaccion y regocijo. El rey de España habiendo retirado su ejército de las fronteras de Portugal y restituido las plazas conquistadas, hi-

zo una gran promocion general en el cuerpo militar, en premio del valor y fidelidad con que le habia servido; y dió el superior grado de capitan general de su ejército al conde de Aranda, que con estraordinario esmero y seguro acierto habia dirigido y mandado el último resto de la campaña. Ni en medio de tantos cuidados de la guerra habia el rey don Cárlos descuidado un punto el gobierno interior de sus reinos. No se suspendió el pago de los créditos contra la real hacienda, aunque con la modificacion de un seis por ciento, destinando ademas cuatro millones para pagar por entero los de cantidad menor de dos mil reales. Ni dejó de hacer algunas obras pias, tomando bajo su real proteccion el colegio de irlandeses de Alcalá de Henares, destinados á la propagacion del Evangelio en el Norte, y proveyéndoles de su real erario para su anual subsistencia. Al real seminario de nobles dispensaba algunas buenas sumas para proseguir el edificio, y asistia con su real familia algunas veces á los actos públicos de letras humanas, matemáticas y física esperimental, animando estos estudios. Ni se detuvo en las ideas comenzadas de ornamento y limpieza de la villa de Madrid, afeada en las casas por su desproporcion, y en sus calles por su inmundicia: por lo cual mandó establecer cloacas, conductos y vertederos de las aguas no limpias, y encargó la direccion de estas obras á su primer arquitecto ingeniero don Francisco Sabatini. Fomentaba la construccion de caminos públicos y buenas posadas para comodidad de los pasajeros y facilidad del comercio; y para que se lograse la mas cómoda y pronta correspondencia de España á América y en lo interior de estos dilatados dominios, destinó un paquebote cada mes, que saliese de la Coruña únicamente para este fin, y estableció las postas y correos por todos los dominios de las Américas. Para poder recompensar la necesidad del uso del pescado salado, interrumpido el comercio por la guerra de los ingleses, alcanzó del papa Clemente XIII indulto para que en los dominios de España se pudiese comer de carne en la cuaresma, escepto algunos dias; lo cual se continuó despues, logrando por este medio impedir que saliesen muchos millones de España. Queriendo hacer mas útiles y menos gravosas las penas de los contrabandistas y defraudadores de las rentas reales, que antes eran destinados á las obras públicas de los presidios, los aplicó con buen acuerdo por cinco años á las armas: resolucion que en las circunstancias de aquel tiempo sirvió para aumentar el ejército, siguiéndose despues con mucho fruto, y estendiéndola á los vagos y pordioseros de vicio. Siempre hacia nuevos esfuerzos para socorrer las necesidades del pueblo; á fines del año de 1763 estableció la real lotería á beneficio de los hospitales, hospicios y otras óbras pías; y en un incendio bastante grande que hubo en el real monasterio de San Lorenzo del Escorial, mandó socorrer de su real erario á las personas que habian padecido algun detrimento, y reedificar á sus espensas lo quemado ó demolido, que importó grandes sumas. Una parte de la industria que fomenta el comercio nacional es el arte de los tintes. Habia el rey encargado á la junta de comercio con mucho esmero el desvelo en los asuntos de su inspeccion: entre varias acertadas providencias espidió en 1763 una real cédula, concediendo exencion de derechos por diez años á la granza ó rubia que se embarcase para fuera del reino, y otras franquicias para su cultivo y comercio. Con este atractivo se estableció una compañía de comercio dirigida en Madrid á preparar y beneficiar en cubas y barriles este ingrediente, y para los tintes sólidos de lanas, y la transmutacion de los mordientes aplicados á las telas de algodon ó indianas, en varios colores permanentes; abriéndose para su venta á precios cómodos un almacen en la corte. Hizo este ramo tan buenos y breves

progresos bajo la direccion de su inspector don Juan Pablo Canals, que en el año siguiente le nombró el rey director general de los tintes de España. A vista del aprecio de las artes, empezaron muchos á aplicarse á alguna industria ó descubrimiento; desde luego apareció uno que blanquease perfectamente las lanas y afinase los colores falsos de las sedas; otro que inventase las matrices y punzones para fundir caractéres de imprenta; otro que descubriese el modo de fundir la platina, y en fin se estableció en el reino de Galicia, en la Coruña, la primera academia de agricultura, y se dió principio á sus asambleas en honor del rey, en 20 de enero de 1765, por su presidente el marques de Piedrabuena, intendente general de aquel reino. Nunca perdia de vista el objeto que se propuso al principio de tener un ejército en todas maneras respetable. Ya los reyes, sus antecesores, Felipe V y Fernando VI desde los años de 1739, 1751 y 59 habian establecido ó mejorado academias militares en Barcelona, Cádiz, Oran y Ceuta; para que en ellas se enseñasen á los cadetes y oficiales de su ejército, aquellas ciencias matemáticas y dibujo, conducentes al arte de la guerra. Proveyéronlas de maestros hábiles, y destinaron premios y ascensos para los alumnos aprovechados; pero faltaba una empleada únicamente en la artillería; y así desde el año de 1762 habia mandado formar una compañía de caballeros cadetes del real cuerpo de artillería, destinando el real alcázar de Segovia para colegio militar de este ramo. Dispensó de su real erario las sumas necesarias para reparar aquel edificio y construir en él las oficinas propias para habitacion, comodidad y enseñanza. Dió sobre todos estos puntos muy sábios reglamentos, y por lo que toca á la instruccion estableció la de las ciencias matemáticas, dibujo y otras facultades correspondientes á la artillería, sin omitir nada de lo que fuese conducente á una educacion sólida, útil, y completa, á fin de que este real cuerpo lograse unos oficiales educados en la escuela del honor y de la ciencia para el real servicio y gloria de sus armas. A principios del año de 1764, se hallaba el edificio compuesto, y los correspondientes maestros prontos para la enseñanza. Nombró los caballeros cadetes que habian de ser colegiales, y en 15 de mayo del mismo año entraron á ocuparlo y dar principio á tan importante estudio con una solemne abertura y oracion inaugural, que dijo el jesuita Eximeno en alabanza de este instituto. El dia 2 de agosto siguiente, pasó el rey don Cárlos á visitar en persona aquel real colegio, y le agradó mucho ver la buena disposicion del edificio, y puestas en planta sus generosas ideas. Repitió despues por agosto y octubre otras visitas en compañía de su amada real familia, ya para asistir á las evoluciones combinadas de fusil y cañon, ya para presenciar otro ejercicio de ataque y defensa de una línea fortificada, que mandó construir á este fin, quedando siempre complacido de la destreza y adelantamiento de sus artilleros. Llevóle tambien mucha atencion la brigada de carabineros reales que restableció al antiguo pié de seiscientos hombres, la cual completa, mandó en junio de aquel mismo año que se presentase en Aranjuez. Hizo su revista á caballo en compañía del príncipe de Asturias, y vió con gusto las evoluciones de tan robusta y aguerrida tropa. Aumentó asimismo los demas cuerpos de caballería, y en el mismo año revistó en el real sitio de San Ildefonso algunos regimientos de esta milicia con igual satisfaccion, y de las personas reales que asistieron en su compañía. En medio de estas satisfacciones tuvo el rey don Cárlos el placer de ajustar el matrimonio entre la infanta doña María Luisa, su hija, y el archiduque Pedro Leopoldo, despues gran duque de Toscana y emperador de Alemania: fué nombrado para ir á felicitar esta agradable nueva á aquella corte el duque de

Osuna por el mes de enero de 1764. Celebróse la ceremonia de los desposorios en Madrid en el palacio del Buen Retiro, desde 14 de febrero del mismo año, haciendo su entrada pública el conde de Rosemberg, embajador estraordinario del emperador, especial comisionado de pedir á la infanta, firmando el rey y su real familia y el referido embajador las capitulaciones matrimoniales; y dando la mano en nombre del archiduque el príncipe de Asturias á su hermana la infanta desposada. Aplaudióse este matrimonio por espacio de tres dias con luminarias, fuegos de artificio y galas, y por parte del embajador con espléndidos banquetes, fiestas de representacion, baile, serenata y otros regocijos. El rey don Cárlos hizo muchas mercedes de grandes empleos, y caballeros de diferentes órdenes. Celebróse en fin el hacimiento de gracias en la capilla de Atocha, yendo el rey con la infanta nueva desposada y toda su real familia en público por varias calles de Madrid, segun la carrera dispuesta y vistosamente adornada con magnífica pompa y comitiva, aclamando el pueblo á todas las personas reales, y bendiciendo la gentileza y gallardía de la amable real novia. Detúvose no obstante la nueva real archiduquesa mas de un año en compañía de su padre y hermanos, porque tambien se habian tratado en Parma los desposorios del príncipe de Asturias don Cárlos con la princesa doña María Luisa, hija del serenísimo infante don Felipe, duque de Parma, y habia de venir en la misma escuadra que condujese á la archiduquesa. Salió al fin esta del real sitio de Aranjuez en 15 de junio del año de 1765, dirigiendo su viaje por la Mancha y Murcia hasta Cartagena, á donde llegó el dia 22 muy contenta de los obsequios que la habian hecho los pueblos por donde habia pasado; fueron estos mas frecuentes y lucidos en aquel puerto, en que la esperaba una escuadra de nueve navíos de guerra y otros bajeles al mando del capitan general marques de la Victoria; y se embarcó el dia 25, haciéndose las correspondientes salvas de artillería del puerto y de los navíos. En Parma se preparaba al viaje en el mismo tiempo la serenísima princesa de Asturias doña María Luisa: y en el dia 29 del mismo mes de junio partió de aquella corte, yendo delante su padre el infante don Felipe, y dirigiéndose á Tortona, de donde salieron á recibirlos la reina de Saboya, su tia, doña María Antonia Fernanda y su real esposo, que habian partido de Turin para darla los últimos abrazos. En el dia 3 de julio entró en Génova, siendo recibida de las diputaciones de ambos sexos, destinadas para hacerla obsequio con la mayor atencion y respeto en el palacio de Tursis, preparado de antemano; los cuales continuaron la ciudad y otras personas distinguidas durante el tiempo que allí se detuvo. El dia 17 llegó á la misma ciudad la escuadra que conducia á la infanta archiduquesa con la mayor felicidad; hechas las correspondientes salvas de artillería, y recibidos los recados de atencion de la serenísima princesa de Asturias, y las visitas de personas principales, desembarcó inmediatamente, dirigiéndose al mismo palacio de Tursis, á donde la recibió la serenísima princesa con demostraciones del mayor agrado; y desde allí fué conducida al palacio del marques Doria, destinado por aquella república para su habitacion. Muchos festejos estaban preparados en obsequio de ambas reales primas: pero se convirtieron en luto con la noticia de la muerte del serenísimo infante duque de Parma, sucedida en el dia 18 de aquel mes en Alejandría, donde se habia juntado con los duques de Saboya para esperar allí á la infanta archiduquesa. Partieron, pues, de Génova las dos reales novias: la archiduquesa á Inspruk en el dia 23 con la familia alemana dispuesta para servirla; y la princesa de Asturias en el dia siguiente con la suya para España, embarcándose en aquella escuadra. Llegó

esta á Cartagena el dia 11 de agosto, donde desembarcó felizmente, aplaudida con las salvas de artillería correspondientes, y obsequiada con fiestas de iluminacion, arcos de perspectiva, orquestas de música, fiestas de toros (á que no asistió por causa de luto), carros triunfales, máscaras y fuegos de artificio. Recibió los obsequios del conde de Aranda, que habia pasado allí desde Valencia: como tambien de la diputacion de la ciudad, y otras personas distinguidas; y á los tres dias partió, dirigiéndose al real sitio de San Ildefonso. El viaje fué feliz por los pueblos donde pasaba; y mostró mucho agrado á los regocijos con que la obsequiaban, y á los honores militares que le hacia la tropa donde la habia. En Villaverde, lugar cercano una legua de Madrid, á donde llegó el dia 23, se detuvo algo indispuesta hasta su recobro. Allí admitió los rendimientos de muchas personas distinguidas de Madrid, y de la diputacion de esta villa y corte. Salió de aquel lugar el dia 2 de setiembre, y tuvo el pueblo de Madrid el gusto de ver pasar por sus muros tan amable princesa, manifestando con sus aplausos y bendiciones el contento que recibian de tener ya tan cerca á la que un dia habia de ser reina de España. Al dia siguiente se adelantó el rey don Cárlos III á recibirla hasta Guadarrama, y despues de haber comido con S. A. la condujo en su propio coche por la tarde hasta el palacio del real sitio de San Ildefonso, donde siendo recibida de las personas reales con demostraciones del mayor contento, se celebraron los desposorios con el príncipe de Asturias aquella misma noche. Aplaudióse esta dicha con *Te Deum*, luminarias y galas. Repitiéronse los obsequios á la vuelta á Madrid desde el real sitio de San Lorenzo en el mes de diciembre, dando principio otros en el 18 del mismo. A este fin concurrieron á palacio felicitando á SS. MM. y A. los consejos y tribunales con las formalidades acostumbradas. El rey acompañado de los nuevos reales esposos y demas real familia, salió el dia siguiente en público á dar gracias al santuario de Atocha desde el real palacio nuevo por la carrera dispuesta y adornada con primorosas perspectivas y arcos triunfales. Antes de volver asistieron á una representacion por los cómicos de Madrid en el palacio del Buen Retiro, y se retiraron entre iluminaciones vistosas por todas las calles, plaza Mayor y de Palacio. Siguiéronse fuegos de artificio, fiestas de toros y otros obsequios de la villa y gremios, como tambien de la grandeza y cuerpo diplomático; manifestaron todas las personas reales sumo agrado y complacencia; y el rey don Cárlos dispensó muchas mercedes de grandeza, de honores, empleos, caballeros, grados en el ejército, indulto general de desertores, pensiones y otras gracias particulares. Gozaba el rey don Cárlos tranquilos dias de paz, y el placer que á esta se habia seguido de las alianzas contraidas por medio de los dos matrimonios de que acabamos de hablar, disponíase á continuar las ideas que desde el principio se habia formado de civilizar los pueblos y arreglar su policía y gobierno: pero un acaso sucedido en Madrid y algun otro pueblo de España le hizo ver la mayor necesidad y prontitud en reformar algunas costumbres bárbaras y envejecidas en el reino. El bullicio de la gente baja del pueblo de Madrid que hubo en el mes de marzo de 1766, y cuyo orígen tal vez se debió á una casualidad de poca importancia, era efecto de la desordenada libertad en algunos usos, el cual duró poco, y sin mas perjuicio que una ciega vocería; suscitada por la multitud de vagos y pordioseros de vicio, que desamparando sus patrios lugares, venian á entretener la holgazanería ó su voluntaria necesidad. Prontamente el rey don Cárlos puso remedio á todo, y empezó de nuevo á arreglar la policía, y lo que restaba de su gobierno con el mayor acierto. Hizo á Madrid plaza de armas, aumentando tropa para su

guarnicion. Al conde de Aranda, que estaba de capitan general de Valencia, nombró presidente del consejo de Castilla; y confió á su cargo la ejecucion de algunos puntos de gobierno, que desempeñó con la mayor prontitud á satisfaccion de su soberano. El rey abrazaba cosas mayores. Ya desde la exaltacion al solio habia hecho varios esfuerzos para el alivio del pueblo, arreglar el modo de administrar y distribuir los bienes que llaman propios y arbitrios, á fin de que redundase sin malversacion su producto en beneficio de los mismos. Encargó su conocimiento y gobierno al consejo de Castilla, y creando una contaduría general con aquel título, señaló un dos por ciento de su importe para salario de sus individuos, y estinguió el cuatro por ciento en que estaban cargados para la real Hacienda. Con el buen manejo de sus caudales se proporcionaba la fácil paga de los tributos que formaban la mayor parte de las rentas reales. Pero habia poca exactitud en el modo de exigirlas los dependientes destinados á este fin, de que resultaban débitos en los pueblos, desfalcos en las tesorerías del rey, y aumento en los contrabandos. Hizo prudentes reglamentos para que á ellos se atuviesen los intendentes ó subdelegados, los administradores, tesoreros y otros empleados en el cobro de las rentas, ínterin tomaba las providencias conducentes para estinguir las rentas provinciales y de alcabalas, cientos, millones, fiel medidor, y otras muchas reducidas á este género, y convertirlas en una única contribucion equivalente, que comprendiese tambien á los eclesiásticos y regulares acaudalados: intento que ya habia tenido Felipe V, y proseguido Fernando VI, sus predecesores. Pero con la nueva necesidad de atender con particular esmero al buen gobierno de los pueblos, espidió á principios del año de 1767 una instruccion circular á todos los corregidores, en que restableciendo la antigua correspondencia con los respectivos ministros del consejo de Castilla, les mandó que informasen del estado de cada uno de ellos, y velasen con el mayor cuidado sobre todos los puntos de gobierno: tales eran, procurar que no se usurpase la jurisdiccion real; que se evitasen escándalos graves, y la dilacion de las causas criminales, deteniendo sin necesidad á los reos en las cárceles; ver si se administraban bien los pósitos, los propios y arbitrios, los hospitales, casas de misericordia y de expósitos, y demas obras pias, sobre cuyo último punto tenian tambien encargo los prelados eclesiásticos, como tambien que los religiosos de las órdenes no fuesen por sí granjeros, ni estuviesen fuera de clausura, ni hubiese escesos en gastos de cofradías agenos del verdadero culto. Asimismo se les encargaba en aquella instruccion el cuidado de los montes y plantíos, y que hubiese semilleros para repartir á los vecinos para la plantacion de árboles, observar los sitios despoblados para poblarlos; los caminos y puentes descompuestos para componerlos; cuidar del aseo, limpieza y arreglo de aranceles en las ventas y posadas de tránsito: si no se recogian los vagos y mendigos; si estaban en buen estado las pesquerías y se guardaban las correspondientes vedas sobre este punto; en fin, si habia alguna industria ó maniobra arruinada para repararla. A todo lo cual se agregaba el establecimiento de diputados y personeros del comun para el abasto del pueblo y mayor vigilancia en el gobierno. A proposicion del conde de Aranda, presidente de Castilla, estableció la distribucion del pueblo de Madrid en ocho cuarteles y sesenta y ocho barrios, poniendo el cargo de cada cuartel á un alcalde de corte, y el de cada barrio á un alcalde de barrio, que lo debia ser todos los años un honrado vecino elegido por los mismos habitantes de él; y vista la utilidad de esta providencia mandó despues que se estendiese á todas las ciudades donde hubiera audiencias ó chancillerías,

para la mayor quietud del pueblo, la mas pronta administracion de justicia, y recoleccion de vagos y mendigos á los hospicios destinados. Inmediatamente que mandó salir de sus reinos á los jesuitas, cuyo estrañamiento sucedió en el mes de abril de 1767, puso el mayor cuidado en el cumplimiento de las fundaciones y obras pias que habia en sus casas y colegios, destinando muchas de ellas para seminarios conciliares y otros píos institutos, y sustituyendo en los estudios y cátedras que ellos obtenian sugetos de instruccion y mérito. Espidió órdenes á todas las universidades para que informasen del estado de ellas, mejorasen la enseñanza, y propusiesen nuevos planes y métodos para evitar el fárrago antiguo, é introducir la mas sólida erudicion. Nombró varios ministros del consejo para que fuesen directores cada uno de la universidad, y velase sobre el cumplimiento de sus estatutos, propusiese los que nuevamente fuesen necesarios, arreglase las dotaciones, cuidase de la reforma y buena enseñanza, é informase con el mayor escrúpulo del mérito de los opositores á las cátedras. Estableció asimismo en cada universidad un censor régio, para que examinase y cuidase no se defendieran conclusiones ni doctrinas opuestas á la conservacion de las regalías y autoridad de la corona; y queriendo que en Madrid hubiese un estudio de las mas sólidas ciencias, restableció en 1770 las cátedras que habian sido fundadas por Felipe IV en el colegio que se llamaba imperial, y las arregló de manera, que aquí se estudiasen las ciencias sólidas y otras que faltaban en las universidades de España. Desde el principio de su reinado habia puesto particular atencion en que el estado eclesiástico observase con exactitud la disciplina eclesiástica segun los cánones, concilios, sinodales y otras instituciones de la silla apostólica; y para facilitar la concordia del sacerdocio con el imperio, habia espedido una pragmática sancion arreglando la presentacion al consejo de las bulas y breves pontificios, para su pase y ejecucion, siendo conformes á las regalías y concordatos: cuyo cumplimiento se renovó con motivo de un *monitorio* espedido por el papa Clemente XIII, en ocasion de haber el duque de Parma estrañado á los jesuitas de sus Estados. Pero ahora, de nuevo encargó y exhortó á los prelados eclesiásticos, la vigilancia sobre la disciplina de la Iglesia, y que los individuos del estado eclesiástico, no entendiesen en agencias, administraciones, ni negocios temporales que no fuesen de sus iglesias, beneficios ó monasterios; que los regulares no estuviesen fuera de clausura, ni los eclesiásticos seculares fuera de sus curatos, beneficios y lugares donde debiesen residir; que vistiesen hábito clerical, evitando disfraces y motivos de competencias de jurisdicciones; que los mismos prelados visitasen las cofradías, hospitales, y obras pías y últimas voluntades en la parte que les tocase, para su mejor arreglo y cumplimiento; que examinasen los beneficios y curatos incóngruos, y le propusiesen la reduccion de ellos para mejor cóngrua y decencia de los eclesiásticos, y mejor asistencia al sagrado culto y ministerio. Dió nueva forma y arreglo á la colectacion é inversion de los espolios y vacantes de las prelacías eclesiásticas, encargando se formasen bibliotecas públicas, y otros destinos útiles al clero y al socorro de los pobres; y en fin, alcanzó del papa la reduccion de asilos, para evitar la fuga de los delincuentes é impunidad de los delitos. No fué menor su celo en el gobierno de lo civil y eclesiástico, de los dilatados dominios de América, mandando á sus vireyes, presidentes y gobernadores, le comunicasen el estado y progresos de las providencias dirigidas á este fin; y á los metropolitanos que celebrasen concilios provinciales en sus respectivos distritos, por la necesidad que habia de reforma en varios puntos, conforme á los cánones y leyes de Indias; sobre exaccion

de derechos en los tribunales eclesiásticos y curatos; sobre formar catecismo de doctrina cristiana, esplicarla los curas, y hacer pláticas sobre el Evangelio; sobre la asistencia del clero á la parroquia á los divinos oficios; sobre limitar las fundaciones de capellanías ó clérigos no necesarios, y que no se perpetuasen los bienes de patrimonio; sobre la cómoda distribucion de parroquias; conducta del clero y subordinacion á sus diocesanos, establecer seminarios conciliares; reglar las cuestaciones de los mendicantes, y otros puntos de disciplina eclesiástica. Era vehemente su celo por la religion, y su devocion á la santísima Vírgen María en el misterio de su Concepcion inmaculada; pues ademas de que al subir al trono español, consiguió del papa Clemente XIII, que se venerase en todos sus reinos como patrona principal de ellos; con el oficio y rezo que antes usaban los religiosos de San Francisco de Asis, estableció una nueva órden con el título de real *órden distinguida de Cárlos III*, dedicada á la purísima Concepcion de la Vírgen María, para tenerla propicia en su gobierno, y premiar con este distintivo á los vasallos de mérito. Fundó esta órden en el año de 1771, con motivo del feliz alumbramiento de la serenísima princesa doña María Luisa, dando á luz al infante don Cárlos Clemente, en 19 de setiembre de aquel año. Todo el reino estaba con la mayor ansia, esperando un digno sucesor en este primer parto; y gozosos los vasallos de tan alto beneficio, concedido por el cielo, se preparaban á aplaudirlo con magníficas fiestas; pero el corazon piadoso del rey don Cárlos, aunque apreciaba mucho este obsequio, conocia no obstante, que las fiestas públicas que pueden escusarse, serian mas bien gastos supérfluos, ó empeños costosos á las ciudades; y así, quiso mas que se redujesen al socorro de los verdaderos pobres, cuales son, los labradores y artesanos. Mandó, pues, que las cantidades que los pueblos hubieran de espender, se empleasen en dotes de doncellas pobres para casarse, y prevenirse de aperos, yuntas é instrumentos necesarios para las artes y la labranza: provecho mas ventajoso para ellos, y el bien del Estado. Siempre habia mirado como un mal público, la pobreza y falta de poblacion. Con este fin, habia hecho romper y repartir las tierras baldías, poblar el vasto yermo de Sierra Morena, que antes servia de escondrijo de ladrones, y repoblar la provincia de Ciudad Rodrigo y otros pueblos. Con estas miras, concedió varias exenciones á los labradores, y prohibió que los dueños despojasen de sus tierras á los renteros; promovió las fábricas de jabon, arregló la estraccion del aceite, protegió á los comerciantes de Valladolid y Burgos, que se unieron en cuerpos para adelantar el comercio, fábricas y agricultura de Castilla la Vieja; habilitó puertos en Cataluña, arregló el comercio de España é Indias, y de los reinos de América entre sí; concedió varias franquicias á los que plantificaban alguna industria, como el cultivo de algunas semillas ó ingredientes para los tintes, el beneficio de minas de carbon turba y de la calamina, las fábricas de relojes, abalorios, perlerías y esmaltes, las de pintados de seda, estampados de lienzos, tegidos de esparto, tripes, terciopelos rasos, járcias, curtidos, máquinas para hilar seda, para trillar, y otras que pudiesen impedir el tráfico estranjero: cuyos ramos puso al cuidado y celo de la real junta general de comercio y moneda, dándola jurisdiccion competente para formar y aprobar las ordenanzas de las artes y maniobras, y el conocimiento y gobierno de sus objetos ó materias, y artefactos para promoverlos en todos sus ramos. Contribuian tambien á este fin, y al de la educacion pública, los buenos patricios con ánimo generoso, juntándose en sociedades patrióticas, bajo la real proteccion. La sociedad vascongada de Amigos del País, habia tenido principio en los nobles deseos

del marques de Peñaflorida, desde el reinado de Fernando VI, pero no habia arreglado aun su plan hasta el de Cárlos III, que concedió á los primeros sócios su permiso en el año de 1765, y la tomó bajo su real amparo. A su ejemplo, se formaron la sociedades de Madrid, Baeza, y casi todas las de las provincias ó ciudades de España; por cuyo medio se ha conseguido emplear la juventud pobre y ociosa, y promover la educacion é industria popular. A todas estas cosas se agregaba la formacion de otras compañías de comerciantes, para facilitar el comercio interior del reino. Emprendiéronse canales en Madrid y en Murcia, se finalizó la acequia de Colmenar de Oreja, avivó la prosecucion de la imperial de Zaragoza: la diligencia de coches para la comodidad de los viajes desde Francia, por las dos carreras de Bayona y Figueras hasta Madrid, y desde aquí á Cádiz, le merecieron su atencion, y tuvieron principio á vista de la actividad que se ponia en el comercio. En medio de estas cosas, proseguia con el arreglo de la tropa, para tener siempre en pié un buen ejército y bien disciplinado. Dió reglas y ordenanzas para reemplazar anualmente el cuerpo militar, por medio de quintas y sorteos de los jóvenes solteros de las provincias, aunque fuesen jornaleros, sirvientes, criados no hidalgos ó de colegios y comunidades, estableciendo las solas precisas exenciones de esta carga: dió nueva planta al Consejo de guerra, para la mejor espedicion de los negocios militares, creó la clase de brigadieres de la real Armada, para premio de la marina, y estableció un nuevo cuerpo de ingenieros de este ramo. Aumentó la soldada á la tropa de infantería; señaló premios y alivios á proporcion de los servicios que multiplicasen los soldados rasos y sargentos: dió tambien sueldo al inválido, y procuró que hubiese generalmente mas limpieza y decencia en los cuarteles, proveyendo de abundantes camas, para que á ninguno faltase la suya. En Indias, formó plazas, estableció milicias y nuevos cuerpos militares. Con estas prevenciones y gobierno, se hallaba en estado de no temblar incursion alguna de los enemigos, principalmente de los corsarios moros; á cuyo fin, y para evitar en lo posible la guerra, habia hecho paces y amistad con el rey de Marruecos, desde el año de 1766. Pero cansado este de la quietud, ó instigado de sus vecinos los de Argel, rompió la paz en 1774, pretestando, que en los tratados no estaban esceptuadas las plazas de tierra, Ceuta, Melilla, Alhucema y Peñon, y añadiendo que le obligaban al intento de recobrarlas, motivos de religion musulmana. Antes de mover hostilidad alguna, el rey don Cárlos hizo ver al de Marruecos su equivocacion, mostrándole estar todo espreso en los tratados, y se previno á la defensa, remitiéndole los individuos moros que habia en España. Nada satisfizo al marroquí, y se presentó en persona delante de Melilla. Puso varias baterías, ya para hacer daño á los fuertes y castillos, ya para impedir por mar el socorro de los nuestros, que tenian contrarias las olas: atacó en fin, con la mayor viveza la plaza, con ánimo de demolerla, ó dar un asalto; pero era tan vigorosa la defensa por nuestra parte, que aunque los socorros no podian entrar con facilidad, dieron que hacer mucho nuestras armas á las mahometanas; en lo cual se vió sobresalir la pericia militar de don Juan Sherlock, gobernador de aquella plaza, la valentía de la tropa y el esforzado aliento de doce desterrados, que quemaron las trincheras de los enemigos. Resistieròn mas de tres meses de cerco, llamando la atencion el moro, al sitio de Alhucema y del Peñon. Al fin conoció el marroquí el vano empeño de conquistar las plazas; y en 16 de marzo de 1775, levantó el sitió de Melilla, pidiendo paces duraderas, y mútuo comercio con España. Condescendió el rey don Cárlos; y hechas la paces, formó una espedicion contra Argel, para escarmentar á aque-

llos porfiados y crueles corsarios. Confió la accion al cargo de don Alejandro O-Reylli, comandante general de las tropas de tierra, y de las de mar, al de don Pedro Castejon; pero esta empresa no salió tan feliz como la antecedente, á causa de no permitir aquella furiosa y peligrosa costa un pronto desembarco. Proseguia el rey don Cárlos en arreglar el mas acertado gobierno en los vastos dominios de la América, dando nueva forma y ampliacion al supremo Consejo de Indias, al tribunal de la contratacion en Cádiz, y á las audiencias de aquellos reinos, para la mas pronta resolucion en los negocios. Deseoso de propagar la luz del Evangelio hácia el norte de la California, mandó hacer varias espediciones por mar y tierra, desde el año de 1769, para la reduccion de los indios salvajes de aquellos territorios, lo cual logró por medio del cuidado del virey de nueva España, el baylío Fr. don Antonio María Bucareli, y los encargados de varios buques, que hicieron los descubrimientos hasta el año de 1776. Pero al mismo tiempo en la América Meridional, los portugueses habian ocupado varias plazas y territorios, sin guerra y sin motivo alguno de ella. Para restaurar todo esto, nombró á don Pedro Ceballos, para el mando de las tropas que habia de conducir, y una escuadra de diez y seis naves, que bajo de sus órdenes, debia mandar el marques de casa Tilly. Partió aquel general desde Cádiz, en noviembre de 1776, llegó á la ensenada de Garoupas, ocupó la isla de Santa Catalina, con poca resistencia de los portugueses, aunque estaban prevenidos con buenas fuerzas. Con igual felicidad se apoderó de la colonia del Sacramento, con lo cual recobró todo lo perdido. Recibió el rey don Cárlos mucho placer; premió al general Ceballos, al marqués de casa Tilly, y á otros con este motivo, y coronó el regocijo la venida de su hermana la reina de Portugal, doña María Ana Victoria á la corte, á renovar con su real hermano los fraternales cariños, y la antigua amistad con aquel reino en el mes de noviembre de 1777. No tardó mucho tiempo en suceder otra indispensable guerra. Las colonias americanas inglesas, se habian sustraido de la obediencia á la corte de Lóndres; peleaba el ingles para reducirlas; vióse obligado el rey de Francia á patrocinarlas. El rey don Cárlos, ofreció su mediacion: aparentaba quererla el ingles, pero dilataba responder, ó poner en ejecucion los medios propuestos: y entre tanto inquietaba varios establecimientos españoles, solicitándolos á la rebelion, ó haciendo hostilidades con ellos en tierra, y con las naves en el mar. Ya habia sufrido demasiado el rey don Cárlos, con la esperanza de que todo tendria un pacífico acomodamiento, y no hallando verificado ni uno ni otro, se vió en la precision de declararle la guerra; juntando sus armas con las francesas, en el mes de junio de 1779. Ocasion fué esta, que hizo ver cuánto se habia hecho amar de sus vasallos el rey don Cárlos, y cuán amante corazon abrigaban estos en sus leales pechos. No hubo ciudad, villa, cabildo, catedral, prelado, magistrado, cuerpo de comercio y persona particular, ó comunidad religiosa de algun haber, que no lo presentase con el mayor placer á su soberano, para que dispusiese de sus caudales ó sus personas en aquella guerra. El rey mandó dar á todos, públicamente, las mas espresivas gracias y muestras de su satisfaccion, y solo impuso una pequeña carga en varias rentas, que no duró mas que el preciso tiempo, para ayudar á satisfacer los gastos de la guerra. El soldado de tierra y el marino, se prestaron con el mayor aliento á la campaña. La ciudad de Barcelona con sus comerciantes y gremios, y otros pueblos del principado de Cataluña, como tambien algunos particulares y comerciantes de Mallorca, hicieron varias compañías para armar algunos buques á sus espensas, con el fin de proteger su comercio, y perseguir á los enemigos de su sobe-

rano. Lo mismo hizo el consulado de Cádiz, y hasta las damas gaditanas aprestaron un navío de buen porte para hacer el corso á sus espensas: accion heróica que alabó mucho el rey, y dió las convenientes órdenes, para que se facilitasen sus generosos y varoniles deseos. El rey armó una poderosa escuadra, al mando de su general comandante don Luis de Córdoba y otros subalternos, para impedir los socorros que enviasen los ingleses á Gibraltar, á cuya plaza habia puesto sitio por tierra, en el campo que llaman de San Roque. El de Marruecos negó desde luego al ingles todos los auxilios que le pedia para Gibraltar, y así tenia cortados todos los pasos. Las plazas de América estaban bien prevenidas, por lo cual, los ingleses se dirigieron solo á las partes que contemplaron mas flacas. Enviaron al tiempo próximo de la guerra, nueva tropa á Panzacolas, y manifestaron ánimo de conquistar la Luisiana, ya con estos aparatos, ya con ocultas insinuaciones en sus habitantes. Pero por nuestra parte, se hicieron de órden del rey varias espediciones para estorbar sus intentos. Don Bernardo de Galvez, gobernador de la Luisiana, acometió y ganó varios fuertes y establecimientos ingleses en las orillas del Misisipí. Sucesivamente sitió y ocupó el fuerte de Mobila, y con el auxilio de una escuadra, mandada por don José Solano, y combinada con algunos buques franceses, emprendió la conquista de Panzacolas, la cual se rindió despues de un largo y porfiado bloqueo, y de una grande resistencia por parte de los ingleses, en 8 de mayo de 1781. Al mismo tiempo se hicieron otras espediciones en la costa de Campeche, dirigidas por el gobernador de Yucatan, con las cuales se logró arrojarlos de todos sus establecimientos y destruir sus casas y rancherías, haciendo muchos prisioneros. Los enemigos por su parte, para recompensar sus pérdidas, ó conseguir mas ventajas, se enderezaron á las costas de Goatemala; ocuparon á Omoa; pero viniendo el presidente de aquella audiencia, don Matias Galvez, con refuerzos, les obligó á abandonar su posesion. Prosiguió sus jornadas; arruinó los establecimientos de aquellas regiones, y recobró el castillo de San Juan de Nicaragua, que habian tomado: resultando de todas estas empresas, haber despojado los españoles á los ingleses de todo el seno mejicano. Entre tanto, la escuadra de don Luis de Córdoba, combinada con la francesa, habia hecho varias operaciones por mar á fin de estorbar los convoyes que enviase Inglaterra á la plaza de Gibraltar; y aunque logró la escuadra de aquella potencia entrar por dos veces sus auxilios, mas favorecida del mar que la nuestra, y mas despechada que valiente, otras dos veces cayeron en manos de nuestra escuadra ricos despojos, y mucho número de buques y prisioneros. Don Luis de Córdoba, mereció el honor de que el rey de Francia le enviase su retrato, en muestra de su valor y acertada conducta en la armada combinada. Don Antonio Barceló, apostado en la bahía de Gibraltar, y despues don Ventura Moreno, hicieron mucho daño en los navíos ingleses, y en las fortificaciones de la plaza, con las barcas cañoneras de la invencion de aquel: industria de que pronto se aprovecharon las naciones estranjeras, conociendo su utilidad y ventajas en cualquier combate naval. Las maniobras militares que se hicieron en la línea del campo de San Roque, contra la plaza de Gibraltar, fueron muchas é ingeniosas, mostraron la valentía y ánimo de la tropa española. El fuego por una y otra parte, al principio era muy lento: pero desde que recibieron en la plaza el segundo socorro, se rompió por nuestra parte de todas las baterías con la mayor viveza y actividad, haciendo muchos daños en la plaza, y poniendo en el mayor cuidado á los ingleses, ya por tierra, ya por mar, con las salidas de las lanchas cañoneras é incomodidad que estas causaban, llegándose sin peligro

hasta cerca de los muelles. En este intermedio, divertidos los ingleses con el bloqueo de Gibraltar, ocupados los pasos del estrecho, y sin el riesgo de que pudiesen socorrer prontamente á la isla de Menorca, resolvió el rey tomarla. Nombró para esta espedicion al teniente general duque de Crillon, comandante de las tropas de tierra, y al brigadier don Buenaventura Moreno de las de mar. Salió la armada de Cádiz, en 21 de julio de 1781, y despues de algunos obstáculos de mar, desembarcó en Menorca en 19 de agosto. Apoderóse el general de toda la isla, y puso sitio al fuerte castillo de San Felipe, en que tenian puesta su confianza los ingleses. Todo el tiempo que medió hasta principios de noviembre, fué empleado por aquel general en arreglar varios puntos pertenecientes al gobierno español, en sus habitantes, disposicion de los despojos tomados, desembarco de socorros, pertrechos y municiones, y en formar las baterías correspondientes para rendir el castillo. Duró el bloqueo mas de tres meses, aumentándose los daños á proporcion de la obstinada resistencia de los enemigos. Entregáronse al fin estos por capitulacion, á principios de febrero de 1782, si bien quedó la guarnicion prisionera de guerra; con lo cual se logró limpiar la isla de griegos, corsos, judíos, moros y otros enemigos de España y de la religion católica. En premio de estos servicios, el rey don Cárlos nombró á Moreno jefe de escuadra, y capitan general al duque de Crillon, quien mereció tambien la honorífica espresion, de que el emperador José II le escribiese una carta de elogios y parabienes. Desde Menorca, pasó el duque de Crillon, en el mes de julio, de órden del rey, á encargarse del bloqueo de Gibraltar, yendo á suceder á don Martin Alvarez; comandante de aquel cerco, en el cual no se habia cesado de adelantar baterías, fosos, caminos cubiertos y otras obras militares para estrechar la plaza. Cada dia se inventaban por el general duque de Crillon nuevas industrias para los ataques: entre ellas fué singular la de las baterías flotantes, empleando para este fin varios buques en el mar, con ánimo de arrimarse mas por agua á los muelles, y hacer un fuego general por mar y tierra. Hízose este á mediados de setiembre; pero la bala roja que disparaban los enemigos contra las baterías flotantes ó los navíos empalletados, comenzó á incendiar á algunos, y fué necesário dejar este arbitrio, despues de haber acreditado el mayor valor en esta malograda empresa. Siguió nuestro campo con mucho ardor en su empeño. Los ingleses se reforzaban continuamente, y tomaban mas aliento con la esperanza de nuevos socorros. Nuestra escuadra combinada, que estaba siempre dispuesta para impedirlos, no pudo en el mes de octubre de 1782 lograrlo. Supo con anticipacion la venida de la armada inglesa; no pudo salir de la bahía de Gibraltar con tanta facilidad como quisiera; pero aunque logró dispersarla por el mediterráneo, la multitud de naves enemigas, y tener que lidiar con los peligros de parte del mar y nuestras costas, hacian mas difícil cualquier combate naval. Entró en fin el socorro en Gibraltar. Tomó nuevo aliento la plaza; pero no fué menor el de nuestros sitiadores en hacer el daño posible por todas partes con los fuegos de las baterías y de las cañoneras y bombardas, siendo muchos los prodigios de valor que hicieron los sitiadores en el resto de aquel año en un bloqueo tan difícil y de tan alta empresa, que movió la curiosidad del duque de Borbon y del conde de Artois, príncipes de la sangre real en Francia, antes de verla: y vista, el asombro, la admiracion y la alabanza. En América no se cesaba de adelantar las conquistas, tomando establecimientos á los ingleses, no siendo inferior á las pasadas la rendicion de las islas de la Providencia y de Bahama, cuya espedicion puso don Bernardo de Galvez, gobernador de la Luisiana, al cargo de

don Juan Manuel de Cagigal, gobernador de la Habana. Con las pérdidas que esperimentaba el ingles de parte de la Francia y nuestra, y la situacion dudosa de Gibraltar, consideró que no debia omitir diligencia alguna para apresurar la paz, mediando especialmente para ello la Rusia y la Alemania. El rey don Cárlos, que no habia tomado las armas sino precisado, la deseaba con aquella generosidad de ánimo que siempre, y daba indicios de estar próxima, premiando aun antes de suspender las hostilidades con numerosas promociones en el ejército, y recompensando su infatigable valor. Estableciéronse al fin varios artículos preliminares en Versalles á principios del año de 1783, y se firmaron en 20 de enero por los respectivos plenipotenciarios, el conde de Aranda de nuestra parte, y el señor Fitz-Herbert de la de Inglaterra. La suma de estos fué que el rey de España conservase la isla de Menorca, y en América con la Florida occidental ganada la oriental que cedia el ingles; que este conservase en Campeche como antes la facultad de cortar y transportar el palo de tinte con ciertos límites y condiciones que señalasen, y nunca pudiesen ser contrarias al derecho del dominio español, que las islas de Providencia y Bahama se restituyesen á Inglaterra en el mismo estado en que se hallaban antes de su última conquista; qué se hiciese cange de prisioneros y demas territorios, que durante este tiempo se ocupasen por una y otra parte hasta la noticia de la suspension de hostilidades; y en fin que se renovasen los antiguos tratados de paz y comercio. Iguales preliminares hizo el rey de Inglaterra con el de Francia, segun las conquistas é intereses de cada uno. Firmóse el tratado definitivo de paz en Versalles á 3 de setiembre de 1783, concurriendo la emperatriz de las Rusias y el emperador de Alemania como mediadores; y se publicó en Madrid en 1.° de octubre del mismo año con general contento de todos, á vista de unos partidos tan ventajosos á la gloria de las armas y del rey de España. Restituyóse á su quietud la Europa, pero el rey don Cárlos III queria afianzar el sosiego de su reino por todas las partes del mundo, y ensanchar el camino de su comercio. Habia visto en el reino de Nápoles las ventajas conseguidas por él en las paces ajustadas con el turco; quiso estenderlas á España, practicando las diligencias á este fin en medio de la pasada guerra. Envió á Constantinopla con este encargo á don Juan de Bouligni; este lo desempeñó con acierto, y se lograron unas paces firmadas en 14 de setiembre de 1782 entre el ministro católico y el gran visir Hagit Seid Mahomet. Seguíase conciliar los ánimos de los potentados berberiscos; por lo que toca á Argel bien conocia el rey su indisposicion á todo buen ajuste: tentó mostrar á un tiempo la guerra y la paz; envió delante de Argel á don Antonio Barceló con una escuadra de seis navíos de línea, algunas fragatas y otros buques á fines de julio: bombeó la plaza; pero escarmentados los argelinos de la espedicion pasada, la habian fortificado mucho, y se volvió sin mas fruto que algunas ruinas de edificios y muerte de hombres. Hizo otra tentativa de igual efecto el año siguiente de 1784 por el mismo tiempo: fué preciso tomar el medio de empeñarlos á la paz; para lo cual hicieron sus esfuerzos el gran turco y el rey de Marruecos, ya amigos de la España; consiguióse el éxito, y se firmó un tratado en junio 1786; logrando ya en 1783 otro convenio con la regencia de Trípoli, antigua amiga del rey don Cárlos cuando reinaba en Nápoles. Ya era tiempo que el rey don Cárlos descansase de tantas fatigas empleadas en hacer la guerra ó la amistad con las naciones estrañas, y dedicarse con mas ahinco al gobierno interior de su reino, al cual no habia perdido de vista en medio de tantos cuidados. Para sostener los gastos de la guerra y el giro del comercio, autorizó un banco nacional, llamado de San

Cárlos, el cual se obligó á la reduccion de vales, al pago de las obligaciones de la corona en los paises estranjeros, y á las provisiones de ejército por mar y tierra. Abrió el rey un préstamo de ciento y ochenta millones de reales de capital, con la admision del tercio de este en créditos contra la testamentaría de su padre el señor Felipe V. No cesó de promover las fábricas é industria, y para su fomento habia tomado la administracion por su cuenta y bajo de una direccion, de las fábricas de paños de Guadalajara, Brihuega y San Fernando, poniendo la venta de sus géneros á precios mas moderados que los de los estranjeros. Habia prohibido la entrada de los tejidos de algodon ó mezcla de él, y la estraccion del esparto en rama, promoviendo al mismo tiempo la de otras materias de cosecha nacional, ademas de la de granos y de pescados de las pesquerías del reino. Toda la nacion estaba puesta en movimiento para contribuir al aumento de la agricultura, artes y comercio. Las sociedades patrióticas se estendian por todas partes. Muchas personas particulares, y principalmente varias compañías de comercio, abrian suscriciones ó formaban fondos á sus espensas, dando materias para hilados y ocupar las niñas y mujeres, como se verificó en Madrid, Granada, Segovia, San Ildefonso, Burgos y otros lugares de Castilla, dirigiendo sus intentos á restaurar las fábricas ó abastecer las establecidas, añadiendo premios á la mayor aplicacion. En Barcelona se pusieron escuelas de náutica y de dibujo, y de esto último siguieron el ejemplo Olot, Mallorca, Plasencia de Guipúzcoa y otros pueblos, para contribuir con su instruccion á la perfeccion de máquinas pertenecientes á las manufacturas y otras artes. Se crearon montes pios en Granada para socorrer á las viudas é hijos de los operarios y empleados en las fábricas de lonas y lienzos: en Málaga y Alcira para auxiliar á los cosecheros, y premiar á los que mas se aventajasen en algun ramo de agricultura ó industria. El rey protegia con la mayor generosidad todos estos nobles proyectos dirigidos á desterrar la ociosidad, educar la juventud, á reformar las costumbres, y hacer feliz al vasallo: para conseguirlo mejor mandó erigir en Madrid las diputaciones de caridad, á fin de que recogiesen limosnas en cada barrio, plantificasen escuelas de educacion y de labor para las niñas; cuya providencia estendió á todas las capitales y villas populosas del reino. Mandó examinar en todas las capitales de provincia las cargas á que estaban sujetos los pueblos, para que sin perjuicio de ellas, ó mejorándolas ó sustituyendo otras mas fáciles, se viese lo que podria economizarse ó aumentarse para fondos de socorro de los labradores desgraciados, y adelantamiento de la agricultura, artes y fábricas. Hechas estas diligencias en sus propios pueblos y en sus propias rentas, pasó á impetrar del papa Pio VI permiso para tomar de las prebendas eclesiásticas pertenecientes á la real presentacion, segun el último concordato, la tercera parte de sus frutos, destinando de su importe un fondo caritativo que cooperase á la ereccion de hospicios y casas de misericordia, ó socorro de las erigidas, y remedio de los verdaderos pobres, quitando con este medio el fomento de vagos y holgazanes. Pero habia que esterminar otro género de vicios que por otra parte sostenian la ociosidad delincuente en los contrabandistas, ladrones, gitanos y otros vagos. Para perseguir á aquellos dió nuevas disposiciones á los capitanes generales de provincia, para que comisionasen tropa á este fin, ó auxiliasen á la justicia con ella, contando este servicio en los militares, y premiándolo como si fuese de guerra viva. Para esterminar los demas vagantes prohibió los buhoneros andantes con cámaras oscuras ó animales de habilidades, los romeros ó peregrinos estraviados, los fingidos saludadores, los loberos y otros; y en fin para traer á domicilio fijo á los llamados gitanos,

y emplearlos en alguna ocupacion, declaró que ni eran ni debian llamarse gitanos, mandando que se borrase su nombre donde estuviese escrito, y que ellos dejando su traje, gerigonza y modales se aplicasen á algun oficio honrado, á cuyo fin los llamaba con paternal cariño, perdonándoles sus escesos, pero amenazándoles con el castigo si no correspondiesen á su generosa piedad. Derogó varias leyes en la parte que eran contrarias á que los hijos ilejítimos pudiesen aplicarse á oficios honrados: á fin de que no fuesen con su ociosidad y mal nombre carga del Estado, declaró por hábiles para cualquiera servicio en la milicia, ó en el Estado, á los individuos que llamaban *de la calle* en Palma de Mallorca, y generalmente que se tuviesen por limpios y honrados varios oficios que con preocupacion se reputaban por sórdidos y viles. Ademas de las escuelas gratuitas y montes para suministrar hilazas á las fábricas, para ocupar mujeres y niños, estableció que en cada regimiento se recibiesen 32 muchachos, quienes, despues de instruidos en las primeras letras y obligaciones del servicio de las armas, pudiesen tambien ocupar las plazas de cabos y sargentos. En todo contribuia el rey á desterrar la ociosidad, pero tambien alcanzaban sus miras á disminuir otros vicios, como el de la trampa, usura y juego. Sujetó á la jurisdiccion ordinaria todo fuero y privilegio (escepto el del militar en actual servicio) de los grandes, títulos y poderosos, que no pagasen con puntualidad las deudas contraidas con los artesanos y criados; prohibió los préstamos usurarios de los mercaderes, dando providencias oportunas para evitar esta casta de contratos y fraudes; mandó que por deudas civiles ó causas livianas no se arrestasen en cárceles á los artesanos, labradores y operarios de las fábricas, ni se les embargasen sus instrumentos y aperos. Declaró que perdian fuero de jurisdiccion los que hiciesen resistencia á la justicia; arregló el modo de conocer inmediatamente así á los jueces ordinarios como militares en los delitos y prisiones; y prohibió con penas rigurosas los juegos de envite, suerte y azar. Puso límites á la multitud de pretendientes que con este pretesto desamparaban sus domicilios, ó no se aplicaban á otras carreras, sirviendo de peso y gasto en la corte, y de molestia á los ministros, y en cuanto á méritos de los sugetos declaró quiénes debieran ser mas acreedores y atendidos, prefiriendo á los que hubiesen hecho algun servicio al Estado. La administracion de rentas provinciales esperimentaba aun algunas dificultades, y las imposiciones de alcabalas y otros derechos no guardaban la proporcion al terreno, al cultivo, al consumo y á las provincias, y redujo estos pagos á un prudente temperamento, haciendo esentos algunos géneros comestibles y comerciables, rebajando otros, y aumentando los que podian sufrir mas carga. Era escasa la dotacion de los corregimientos y alcaldías mayores, ni estaban proporcionados sus ascensos con aquella igualdad uniforme que pudiese alcanzar á todos: estableció determinado número de años de servicio con escala de sexenio en sexenio á corregimientos mas pingües, y á los tres sexenios á las plazas togadas de las audiencias, y á los que no fuesen de letras á los honores correspondientes de capa y espada, segun los particulares servicios hechos en la policía y gobierno de los pueblos, agregándose á esto despues un monte pio para sus viudas y sus hijos. Tambien erigió otros montes pios para la mayor parte de los cuerpos del ejército, como infantería, caballería, de artilleros, de infantería de Marina, pilotos de la real armada, inválidos de la maestranza de arsenales y otros: y advirtiendo cuánto era mas necesario emplear en varias fatigas mayor número de infantería que de caballería, volvió á reducir esta á tres escuadrones por regimiento, y aumentó un tercer batallon en aquella; y para que se verificase con prontitud este aumento, mandó á las justicias.

ordinarias que con particular cuidado prosiguiesen en la recoleccion de vagos, y les dió facultad para recibir y filiar las reclutas voluntarias. Para promover mas la navegacion y el comercio á Indias y á las partes mas remotas de su imperio, dió permiso para que se erigiesen consulados en los puertos de España donde no los hubiese; con su auxilio se restableció la antigua compañía de la India Oriental, y se formaron otras de seguros marítimos y terrestres. Dedicando tanto esmero en el gobierno civil, velaba igualmente el rey don Cárlos en el eclesiástico. Ya desde el año de 1771 habia conseguido del Papa Benedicto XIV que las causas eclesiásticas que determinaba el auditor del nuncio apostólico en calidad de juez ordinario, en primera instancia, ó de apelacion de los prelados, se decidiesen en un nuevo tribunal erigido en Madrid, compuesto de individuos de la nacion, al cual se impuso el nombre *Rota*, conservando al nuncio su autoridad, jurisdiccion y privilegios de legado á *Latere* de la silla apostólica, y á los ordinarios y demas prelados la facultad de juzgar en primera instancia en sus diócesis y metrópolis. Dieron motivo á este establecimiento muchas causas representadas varias veces al rey en instancias hechas por el reino, y varias consultas del supremo consejo de Castilla, poniendo en su real consideracion la instruccion de los eclesiásticos naturales en las particulares leyes y costumbres recibidas: asi en lo general de la disciplina de la iglesia de España, como en lo particular de algunas sinodales y otros estatutos. Ocho años despues de esta nueva planta para la mas fácil y pronta espedicion de los negocios de aquel tribunal, arregló de tal manera las plazas de los auditores nacionales, que ordenó que de ciertas provincias hubiese sujetos instruidos en todo lo necesario á este punto, segun las sinodales y disciplina de ellas, y amplió el número para premiar con este honor á los capellanes de su real capilla. Dirigió á la cámara de Castilla varias instrucciones, para que tomando exactos informes de los eclesiásticos y prelados del reino, sobre su ciencia y virtud, le presentasen en sus vacantes, los mas dignos para la provision de los arzobispados, obispados y demas piezas eclesiásticas; procuró que se estermimasen varios abusos cometidos con pretesto de devocion, como los disciplinantes de sangre y aspados, indecorosos adornos de cruces llamadas de mayo, y otras imágenes no veneradas en los templos, rogativas, danzas en las iglesias, sus átrios y cementerios, arreglando el uso de trenes en las procesiones de páscua, refrenando varios abusos profanos en otras, y los desórdenes en las noches de San Juan y San Pedro. Para evitar los incendios en los templos, y atender á la mayor majestad y decencia de sus retablos y altares, mandó que en adelante se construyesen de jaspe ó de estuco, promoviendo así al mismo tiempo la arquitectura y escultura, y sujetando sus planes y diseños al exámen de la real Academia de las tres nobles artes; mirando á la misma decencia, como tambien á la salud pública, mandó construir cementerios fuera de poblado, dando el rey principio y ejemplo, con el primero que se hizo á sus espensas en el real sitio de San Ildefonso. Ademas de haber mandado á los jueces ordinarios, que en las sucesiones abintestato, no dispusiesen del quinto de sus bienes, como era costumbre, prohibió toda manda y herencia dejada á los confesores, para sus personas, iglesias y comunidades. Renovó con la mayor actividad la ley nacional, de que los hijos, para casarse, obtuviesen el consenso paterno, y encargó á los prelados eclesiásticos el mayor celo en este punto. Su compasion con los delincuentes fué grande: mandó á los jueces que fijasen pena temporal á los condenados á los presidios de Africa, á fin de que con la desesperacion de su alivio, no desesperasen tambien en la religion, pasándose á los moros con título de re-

negados; y dió las providencias oportunas para el cuidado espiritual en las cárceles, durante el tiempo de la sustanciacion de las causas, á que contribuian mucho con ejemplar caridad cristiana, varias señoras principales de la corte, que juntándose en sociedad, tomaron á su cargo el alivio de mujeres presas. A este fin, las visitaban frecuentemente, las consolaban y socorrian, y para entretenerlas su ociosidad, y hacerlas en algun modo útiles para sí y la patria, las franqueaban hilazas y otras materias para sus labores. Era incansable su desvelo en promover las ciencias útiles al Estado. Ya despues de las reformas de las universidades, habia establecido, digámoslo así, un comercio entre ellas, mandando que los cursos anuos de unas, fuesen recibidos en otras, y que varios seminarios, así conciliares como de alumnos seglares, lograsen de igual beneficio, siendo del número de estos últimos, los mas insignes, el real seminario de nobles de Madrid, y el de Vergara en Guipúzcoa, que miraba con particular atencion, por tratarse en ellos con especial gusto, las matemáticas y ciencias naturales. Con igual esmero promovió estas en varias capitales y ciudades de España. Abrió en Madrid un esquisito y abundante gabinete de historia natural, enriquecido con las preciosidades que ofreció generosamente don Pedro Francisco Dávila, hábil naturalista, para provecho y comodidad del público; y que cada dia se fué aumentando con las que vinieron de América: proporcionó con mas facilidad el estudio de la botánica, trasladando desde el territorio de Migas-Calientes, en la orilla del Manzanares, el real jardin botánico, á un terreno ámplio, contiguo al paseo del Prado, é hizo traer de todas partes las mas raras plantas: erigió otros jardines botánicos en algunas capitales del reino, y destinó á Indias varias espediciones botánicas, para traer de allí sus plantas, y formar la flora del Perú. Envió á reinos estranjeros jóvenes para instruirse en la historia natural, en la metalurgía y química, y de estas dos facultades, plantificó escuelas públicas en la corte. Igual remision de sugetos, hizo por las cortes estranjeras, para observar lo mejor sobre la anatomía y cirugía, y establecer un real colegio de estas facultades en Madrid, con el título de San Cárlos, á imitacion del que habia hecho en Barcelona en el principio de su reinado: sin que por eso hubiese dejado de fomentar en el hospital general los mismos estudios, y el de farmacia, á que asignó varios premios, á los mas sobresalientes practicantes, cada año. Protegió asimismo las reales academias literarias del reino, y dió frecuentes auxilios para su mejora, á las de la lengua española, historia, buenas letras de Barcelona y Sevilla, y geografía de Valladolid: á las médicas de esta corte, de Sevilla y Barcelona, á las de las Nobles Artes de Madrid y Valencia y otras, no omitiendo ramo alguno de literatura que dejase de promover. Tan vastos designios y objetos emprendidos de una vez, y llevados á la debida ejecucion con celo y constancia, no podian menos de producir en el gabinete de Estado, un gran cúmulo de negocios que despachar, y una grande multitud de objetos á qué atender. La plantificacion de caminos y canales, y el aumento de correos y postas, necesitó aparte una superintendencia general, á cargo del primer secretario de Estado y del despacho universal, que entonces era el conde de Floridablanca. Los negocios de Indias, requerian la separacion de la marina, y la uniformidad de los de Gracia y Justicia, de todo el imperio español, pedia que se reuniese este ramo; y así se arregló todo esto en dos secretarías: la de Marina, á cargo del excelentísimo señor don Antonio Valdes, y lo restante al del excelentísimo señor marques de Bajamar, secretarios de Estado y del despacho universal de estos objetos. El ramo de Hacienda no queria menor desvelo en la espedicion

de sus negocios, especialmente para la mayor actividad de los resguardos en las provincias: y así, para su inmediato gobierno en ellos, creó juntas provinciales, bajo la instruccion y órdenes del secretario de Estado y del despacho universal de Hacienda, el excelentísimo señor conde de Lerena. La marina, en sus tres departamentos, necesitó asimismo sus correspondientes juntas, para atender con prontitud en todos los negocios de este real servicio, como arsenales, astilleros, construccion de navíos, estudios náuticos y de ingenieros, hospitales, cuerpos de cirugía y medicina, y otras cosas pertenecientes á una buena economía, para una respetable armada y aumento de la navegacion: siendo á proporcion tanto ó mas grande el cúmulo de los negocios del estado de la guerra, que abrazaba la milicia de España é Indias, al cargo del secretario de Estado y del despacho universal de Guerra, el excelentísimo señor don Gerónimo Caballero, y despues al del marques de Campo de Alange. Parece que no faltaba otra cosa mas al rey don Cárlos, que saber el efecto que habian producido en la poblacion tantas y tan sábias providencias; mandó, pues, que se hiciese un censo ó empadronamiento general de sus vastos dominios. Tuvo su efecto en España, y con él la satisfaccion de ver crecido mucho el número de sus vasallos; aumentados los brazos de la agricultura é industria, y bien servidos ambos ministerios, eclesiástico y civil, y tocando ya á la felicidad su reino. Ya se hallaba en muy avanzada edad, pero infatigable en ser mas que rey, padre del vasallo. Y si un rey tiene que hacer al mismo tiempo dos personas, una pública y otra particular, la de padre de familia, no era menos recomendable. Su vida doméstica, desempeñó igualmente el título de católico, por muy virtuosa y cristiana. Luego que vino de Nápoles al trono español, manifestó su piedad y amor fraternal á su difunto predecesor Fernando VI, haciéndole magníficas exequias, y erigiéndole un majestuoso sepulcro en el real monasterio de la Visitacion de esta corte, llamado de las Salesas, y al pié de su urna puso una inscripcion, en que mostró al mismo tiempo el desinteres y despego de las cosas terrenas (1). Probó la virtud de la fortaleza y el sufrimiento con los mas terribles golpes, capaces de estremecer al corazon humano mas generoso. Muere á poco tiempo, y en lo mas florido de su edad, su amada esposa, la reina doña María Amalia de Sajonia, y ademas de manifestar desde luego su constancia, sufriendo con ejemplar paciencia tan triste suceso, halla la ocasion de dedicarse enteramente á la virtud de la castidad, que tanto habia amado desde jóven (2). Toma á su cargo con particular esmero la educacion de los hijos que le deja su real esposa, ya imbuidos en la religion y la virtud: instruye al príncipe don Cárlos en las letras y artes, y particularmente en las de reinar: llámale al despacho á su debido tiempo, y le enseña con paternal cariño á ser clemente y justo, rey y padre de sus vasallos. Dale á él por esposa una hija de su hermano, de no menor talento y virtud, digna hija del infante don Felipe duque de Parma, y á ambos consortes da lecciones sábias con que les instruyan en los mas estrechos deberes de padres de familia. Hábiles maestros, informan en las letras humanas y otras artes dignas, á los infantes don Gabriel, don Francisco Javier y don Antonio Pascual; pruebas bien públicas hay, del escogido talento de todos sus hijos, y de los pro-

(1) HIC IACET HUIUS COENOBII CONDITOR
FERDINANDUS VI. HISPANIARUM REX
OPTIMUS PRINCEPS QUI SINE LIBERIS
AT NUMEROSA VIRTUTUM SOBOLE,
OBIIT IV. ID. AUG. AN. MDCCLIX
CAROLUS III. FRATRI DILECTISSIMO
CUIUS VITAM REGNO PRÆOPTASSET
HOC MOERORIS ET PIETATIS MONUMENTUM.

(2) Véase la oracion fúnebre que dijo en sus reales exequias el doctor Vela, en el real monasterio de la Encarnacion de Madrid á 13 de marzo de 1789, pág. 18.

gresos de su feliz ingenio. Educa con cuidadoso celo á las infantas doña María Josefa y doña María Luisa, proporcionando á esta última, para heredar un dia, el imperio de Alemania, por medio de su feliz matrimonio con el archiduque Leopolpo. Pero todos estos cuidados y felicidades, quiere Dios que se mezclen con tristes amarguras. En medio de los regocijos de las dos esposas, la princesa de Asturias y la archiduquesa de Austria, esperimenta don Cárlos el dolor de la noticia infausta de la muerte de su hermano el infante don Felipe, y el sentimiento de ver morir despues á sus ojos su amada madre, la reina viuda doña Isabel Farnesio (1), y su querido hijo, ya jóven, el infante don Francisco Javier (2). Calman un poco los pesares con la fecunda prole de los príncipes de Asturias. Concede el cielo en 19 de setiembre de 1771, un primogénito infante, don Cárlos Clemente; siguen en 22 de abril de 1775, la infanta doña Carlota Joaquina: en 11 de setiembre de 1777, doña María Luisa: en 10 de enero de 1779, doña María Amalia; otro infante, don Cárlos Eusebio en 5 de marzo de 1780, y otra doña María Luisa Vicenta, en 6 de julio de 1782. La mano poderosa de Dios, corta el hilo de la vida á los nietos varones (3), y á la segunda hembra (4), á que se agrega la sensible pérdida de la reina de Portugal, doña María Ana (5), hermana del rey don Cárlos. Lloran los tristes príncipes la falta de sus tiernos hijos: junta sus lágrimas el cariñoso abuelo; pero reconociendo todos con humildad la suma providencia del Altísimo, adoran sus divinos decretos, y muéstranse fuertes al sentimiento. Templan su dolor con el nacimiento de los dos infantes gemelos, don Cárlos y don Felipe, en 5 de setiembre de 1783; priváles otra vez el Todopoderoso de este contento (1): y siempre constante el rey don Cárlos, anima y consuela á sus hijos con ejemplar paciencia y religion. Nace otro sucesor en 14 de octubre de 1784; el príncipe don Fernando. Añade el rey don Cárlos á este regocijo, el de ver casada á su amable nieta, la infanta doña Carlota Joaquina, con el príncipe heredero de la corona de Portugal, don Juan, y una hermana de este, llamada doña María Ana Victoria, con el infante don Gabriel. Celébrase la paz que acababa de hacer con Inglaterra, junto con este doble matrimonio, con real aparato y magnificencia, en el mes de marzo de 1785. Colma su alegría un hermoso y tierno fruto, que es el infante don Pedro de Portugal, hijo de estos segundos consortes, nacido en 18 de junio de 1786; recibe en sus brazos á otro infante, don Cárlos María Isidro, hijo de los príncipes de Asturias, nacido en 29 de marzo de 1788; el cual fué presentado despues en el magnífico templo de San Isidro el Real, y ofrecido por sus devotos padres, los príncipes, á este milagroso patrono en 12 de junio siguiente. Repítese la alegría con otro infante, don Cárlos José, nacido en 26 de octubre de 1788, hijo de los infantes don Gabriel y doña María Ana Victoria. Mas en medio de estas felicidades, ve morir casi á un tiempo á este mismo infante y á sus padres (2); juntándose á estas la pérdida de su querido hermano, el infante don Luis (3). ¡Cuántas y cuán amargas pruebas envia la mano fuerte de Dios al rey don Cárlos, de su constancia, sufrimiento

(1) En 11 de junio de 1766.

(2) En 10 de abril de 1771.

(3) Don Cárlos Clemente murió en 6 de marzo de 1774. Don Cárlos Eusebio, en 11 de junio de 1783.

(4) Doña María Luisa en 2 de julio de 1782.

(5) Doña María Ana murió en 15 de enero de 1781.

(1) El infante don Felipe en 18 de octubre, y el infante don Cárlos, en 11 de noviembre de 1784.

(2) Doña María Ana Victoria, murió en 2 de noviembre: el infante don Cárlos José en el dia 9, y el infante don Gabriel, en el 23 del mismo mes y año de 1788.

(3) Murió este en 7 de agosto de 1785.

y religion! Fué toda su vida frugal y moderadamente parco en el vestir. En medio de las régias y espléndidas mesas, no comia mas que lo que contemplaba necesario para vivir; vestia sin brillantez, y de las ropas fabricadas en España, en los dias que podia escusarle la ceremonia, dando ejemplo en su palacio y á la grandeza, del desprecio del lujo y de la ostentacion: era enemigo de aquellas diversiones que podian traer riesgo á la honestidad, ó descomponer su seriedad agradable; y solo amaba moderadamente la caza, como diversion mas inocente, y que le proporcionaba un sencillo recreo y afabilidad con las gentes del campo. Todo su bolsillo secreto se empleaba en socorrer á los pobres y verdaderamente necesitados, y en fin, traia una vida arreglada y ajustada al Evangelio y ley de Dios, manifestando que los reyes, en medio de sus pompas y sus cuidados, pueden ejercer con facilidad la virtud, y mucho mas las que pueden ejercitarse en tan alto puesto; cuales son, la justicia, la clemencia, la magnanimidad, la prudencia y la templanza. En medio de sus virtudes y de sus trabajos domésticos, sufridos con ejemplar fortaleza, en medio de aquel ardiente celo por el bien de sus vasallos, el Todopoderoso se sirvió cortar la carrera de una vida tan laboriosa y bien empleada, en el acertado gobierno de su entendida dominacion. De vuelta del real sitio de San Lorenzo á Madrid, á principios de diciembre de 1788, donde habia padecido un ligero constipado, se sintió nuevamente indispuesto; desde el dia 6 del mismo mes, fué prosiguiendo el curso de su enfermedad con alguna esperanza de alivio; pero en el dia 13, ya mas agravado, recibió con fervorosa devocion el sagrado Viático, administrado por el patriarca de las Indias. Al anochecer pidió él mismo, en su pleno conocimiento, la Estrema-Uncion, formalizó su testamento cerrado, recibió la bendicion papal del nuncio apostólico, llamó á sus hijos, echóles su paternal bendicion, dejó encargado á los príncipes el cuidado de los hermanos y del infante don Pedro; y al sucesor real el celo por la religion y el amor á sus vasallos. Cada instante se acercaba su muerte; pero hasta el último conservó la mayor tranquilidad, entereza y resignacion á los supremos decretos del Altísimo; y á media noche, acompañado de las tiernas lágrimas de sus tristes hijos, entregó su espíritu al Señor, á los 72 años no cumplidos de edad, y 29 de su reinado en España. Fué llevado á sepultar con solemne pompa, al real panteon de San Lorenzo del Escorial. Dejó su muerte llenos del mayor sentimiento á sus vasallos; los cuales manifestaron desde luego, con tiernas lágrimas y corazon sencillo, el dolor que les causaba la pérdida de un rey tan benéfico, justo y amante de sus súbditos. No cesaban de alabar sus virtudes, y el celo por el cumplimiento de los deberes de monarca, y el amor por la prosperidad de su reino; prendas que tuvo en tanto grado, que apenas hallarán ejemplar en la historia. Recordaban en su memoria las fatigas y trabajos con que desde jóven se fabricó en Nápoles un reino, y del anhelo con que mantuvo su esplendor, adornado de la piedad y la justicia; ponderaban el desvelo, con que lleno ya de la sólida esperiencia y de superior talento, se dedicó incesantemente en España á refundir del todo su vasto imperio, hasta colocarlo en la mayor felicidad y altura de gloria; méritos que acreditaron muy bien, que era un monarca perfecto.

CARLOS IV (don), vigésimo tercero rey de Castilla y Leon, y duodécimo de las Indias; subió al trono en 1789, abdicó la corona en 1808. En este flujo y reflujo de prosperidad y decadencia que esperimentan los pueblos, obra poderosamente la diversa conducta de sus soberanos. Rara vez se han sucedido sin interrupcion dos monarcas, con las mismas inclinaciones, las mismas dotes personales, igua-

les prendas de gobierno. El sólio y el nombre les han identificado, las demas circunstancias apartado á gran distancia. La mira primordial y favorita de uno ha sido destruir la obra de su predecesor, como la de un artífice inesperto y jóven, arrastrado por una pueril ostentacion consiste en ridiculizar y borrar el diseño trazado por la mano provecta y práctica de otro artífice. Hase juzgado que las instituciones sobre las que habia impuesto el tiempo su sempiterna llave, quedaban sin virtud para lo sucesivo, y se ha creido hacer un mérito en aventurar reformas que exigen tanta ilustracion como tino, para ensayarse felizmente y producir el apetecido resultado. Aun lloraba la España al benéfico Cárlos III cuando subió al trono su primogénito Cárlos, cuarto monarca de este nombre. Verdadero contraste de su padre, oponia el nuevo rey á la laboriosidad, actividad, energía é inteligencia de aquel, una indolencia habitual, un carácter pusilánime y pobre, un desafecto estremado á los negocios públicos y un entendimiento de reducidos límites. Educado en el centro de una corte sábia y brillante, iniciado en casi todos los grandes asuntos que se habian debatido durante su juventud, adolecia sin embargo de la mas crasa ignorancia ó la afectaba con estudio, como es muy verosímil, para mejor desembarazarse de las graves ocupaciones del gobierno. No se ocultaba á Cárlos III la ineptitud de su descendiente y así al morir le designó como ministro á Floridablanca, consejero antiguo, probo, ilustrado, y de una fidelidad inalterable, y el único capaz sin duda de apartar á la nacion del inmenso caos de desdichas en que iba á precipitarse. No debia el conde sin embargo desempeñar largo tiempo cargo tan espinoso, erigirse entonces un poder rival, temible y muy ominoso para el pais en época posterior; alzábase Godoy, y Floridablanca hubo de sucumbir.—La manía de los príncipes débiles es tener favoritos, sea con el objeto de ofrecer en ellos un blanco seguro á la animadversion pública escitada por los desaciertos administrativos, sea con el de depositar en sus manos aunque estrañas, fieles por necesidad, el timon del Estado, ó bien porque dotados de un corazon mezquino, aceptan con docilidad y sumision las primeras impresiones, sin encontrar despues fuerzas ni recursos para rechazarlas, siendo, bajo este último concepto, víctimas de su propio carácter. Cárlos IV, pues, monarca irresoluto y negligente debia tener un favorito, y don Manuel Godoy se vió adornado con tal investidura. No podia haber sido mas desatinada y fatal la eleccion del privado; Godoy reunia á una estraccion baja y humilde, una incapacidad reconocida para las altas funciones gubernativas, y el orgullo que tan violentamente se despierta en las personas de oscura condicion cuando suben á la cumbre del poder, no por el escalon de sus méritos, sino por la prohibida via de la merced y el favor. Guardia de Corps habia merecido el cariño de la reina segun confesaba la opinion pública, y á esta señora debió en gran parte su ensalzamiento y brillante posicion. El rey le colmó de gracias, le dispensó títulos honoríficos y ya desde esta época escuchó con preferencia á todos los demas, sus consejos y los de sus parciales. Iba en efecto, á presentarse de nuevo el espectáculo tan repetido como denigrante, de un monarca que ceñia la diadema como una insignia sin virtud, y de un vasallo que reconcentraba en sí toda la accion material y moral de la soberanía. Era el año de 1789 en el que Cárlos IV ciñó la corona, y en igual período estallaba en la vecina Francia la colision por tanto tiempo reprimida entre el pueblo, es decir las grandes masas vejadas y enardecidas con el deseo de venganza, y el trono y las altas clases opresoras, altivas y despóticas. La insolencia de una nobleza presuntuosa y llena de ambicion, y la penuria, siempre en incremento, del erario, habian obligado á Luis XVI

á convocar los estados generales. El estado popular por su esencia y por el imperio mismo de los sucesos logró con su firmeza erigirse en centro de unidad, y venciendo la pertinaz resistencia de los otros dos atraerles á su seno, dando alientos y formas á la revolucion, y agitando la existencia del desgraciado Luis, perseguido á la vez por las exigencias de la Asamblea y por los alaridos de un populacho hambriento, frenético y desnaturalizado. Las célebres jornadas de Versalles y del 10 de junio, hicieron una impresion notable en toda la Europa, y Floridablanca sincero en demasía, no disimuló el ódio que le merecian los desacatos cometidos por las turbas revolucionarias en aquellos terribles dias, y aun dejó entrever los deseos de una hostilidad en su concepto necesaria. A la verdad la revolucion se habia anunciado con condiciones tan democráticas, que hizo temblar á los tronos, y el pensamiento del conde, desconocido ó rechazado por las potencias observadoras, era mas admisible y hacedero entonces que en la sazon y época en que se adoptó. De cualquier modo la opinion de Floridablanca no encontró acogida en el valido; combatióla ademas con teson el conde de Aranda, y esta resistencia le valió el ministerio de Estado. Aunque corta, bajo el nuevo monarca, la administracion de Floridablanca, no fué estéril en glorias para la nacion, y la firmeza de este ministro supo contener oportunamente la demasía de los ingleses. Habian estos establecido colonias en las islas de Cuadra y Vancouver comprendidas en el territorio mejicano, dependencia á la sazon de España, y la corte de Madrid reclamó enérgicamente contra esta violacion del derecho internacional. Las negociaciones entabladas al efecto con el gabinete de San James no debieron arrojar un resultado muy satisfactorio, pues algun tiempo despues una escuadra española á las órdenes del esforzado marino don Juan de Langara, combinada con otra francesa, hizo rumbo á la América. El gobierno ingles, bien por no hallarse prevenido, bien por que quisiera apartar de su comercio, ya entonces primer elemento de vida y poderío de su nacion, azote tan terrible, bien porque comprendiese lo ilegal de su obstinacion, no la mantuvo por mas tiempo, y el español obtuvo lisonjeras esplicaciones y un desagravio cumplido. No fué duradera la armonía entre el privado y el nuevo ministro. El conde de Aranda, hombre enérgico, hábil diplomático y entendido político, no queria recibir inspiraciones estrañas ni someter sus opiniones al fallo de una autoridad incompetente, pero ese mismo carácter independiente y altivo vino á labrar su desgracia, pues Godoy celoso por otra parte del crédito del conde le desterró despues de destituirle, á Epila en Aragon. En el entretanto la revolucion francesa adquiria nuevos medros y poder. A la Asamblea constituyente habia sucedido la legislativa compuesta de hombres violentos, jacobinos ó franciscanos, directores ó miembros de esos célebres clubs, donde se forjaban y santificaban los mayores crímenes, al propio tiempo que como por instinto se decretaba la existencia y se preparaba el organismo de una democrácia turbulenta, de otros mas templados y en mayor número que se apellidaron girondinos, dotados igualmente de ideas republicanas, y de algunos individuos de la falange monárquica-constitucional, que faltos de valor y de energía, se plegaban alternativamente á las exigencias de las dos primeras fracciones. La lucha sostenida tiempo habia entre el pueblo, los representantes y el monarca, y siempre desigual para este, adquiria entonces una gravedad y crudeza indefinibles; ya no se trataba de nivelar ó deslindar las facultades respectivas de la nacion y la corona, ni de fijar límites de compatible existencia á cada uno de estos poderes rivales; pretendíase mas; se queria ensalzar al uno sobre la ruina, el abatimiento, la nulidad completa del otro. Las funesta-

mente célebres jornadas del 20 de junio y 10 de agosto de 1792 dieron por resultado la abolicion de la dignidad real, y el desventurado Luis XVI, despues de retirarse huyendo de los furores de una plebe frenética y feroz al seno de la Asamblea, fué depuesto y encerrado con su familia en la torre del Temple. Mientras que los parisienses se entregaban á todos los furores de esta orgía política, mientras que cimentaban el nuevo órden político sobre millares de víctimas inmoladas desapiadadamente en el infausto 2 de setiembre, los ejércitos de la Austria y la Prusia penetraron en el territorio francés y amagaron á la capital con una invasion terrible; pero la energía republicana acudió al sitio del peligro, y algunos soldados bisoños, acaudillados por Daumourier supieron humillar en la Argone la arrogancia de las huestes estranjeras, y cortar por entonces sus proyectos. Nuestro gobierno que, fiel observante del pacto de familia, habia conservado hasta aquí sus amistosas relaciones con la Francia, quebrantó esta larga alianza con motivo de la muerte de Luis XVI. La desgracia presidió constantemente las operaciones militares de esta campaña inaugurada bajo felices auspicios; una respetable guarnicion española encerrada dentro de Tolon, despues de un obstinado asedio, en el que se distinguió por primera vez el jóven Napoleon Bonaparte, cayó en poder del ejército republicano, y á este desastre lamentable sucedieron las derrotas del Boló, Rosas y Bouquets, la pérdida de Colibre, y la rendicion de Figueras, plaza importante que á una topografía imponente reunia una guarnicion fuerte de diez mil hombres y doscientas piezas de batir. No eran menos rápidos los progresos de las armas francesas en el norte de la Península. Algunos cuerpos mandados por los generales Moncey y Deseins, soldados de reputacion, se apoderaron de San Marcial y del Haya, avanzaron hasta el corazon de Guipúzcoa, se enseñorearon de esta provincia y solo las poblaciones de Azpeitia y Azcoitia pudieron librarse de la saña del altivo vencedor. Igual suerte esperimentó la Navarra, de modo que el gobierno español flojo por su misma constitucion, y acobardado por tantos y tan repetidos reveses, se apresuró á concluir en 22 de julio de 1795 un tratado de paz, por el que se cedia á la Francia la parte española de la isla de Santo Domingo en compensacion de las provincias conquistadas. Seguia durante este tiempo la revolucion oscilante y buscando un aplomo que no podia encontrar. El poder supremo habia pasado de la convencion al directorio, es decir, de un cuerpo esencialmente popular en su naturaleza y orígen, á otro vestido de inciertas formas aristocráticas y precursor del despotismo, pero esta diferencia entre las generaciones de ideas, obra de la mano diestra y reparadora del tiempo, no influyó desfavorablemente en la marcha de los negocios militares. El general Bonaparte, cuyo genio y actividad eran ya bien conocidos, contaba el número de sus victorias por el de las acciones empeñadas; Montenote, Ceva, Carligtione y Rivolo fueron sucesivamente teatro de sus triunfos, y Bolonia, Milan y Ferrara, cayeron en su poder. El tratado de alianza ofensiva y defensiva verificado entre nuestro gobierno y el directorio, completó nuestras desavenencias con los ingleses. Estos formidables señores del mar obtuvieron una ventaja de consideracion en el cabo de San Vicente, y aunque despues atacaron sin fruto las Canarias, Guatemala y Puerto Rico, lograron por fin hacerse dueños de Menorca y la Trinidad, y apostaron una recia escuadra en el puerto de Cádiz con el objeto de paralizar nuestro comercio. Cuanto menos esperados son los sucesos prósperos, tanto mas se aumenta la ambicion. La Francia que seis años antes sirviera de ludibrio y escarnio á la Europa, no contenta ahora con abatir los fieros de esa Europa confederada, llevaba sus planes y sus ejércitos hasta

el riñon de las zonas abrasadas. El emprendedor Bonaparte, queriendo inmortalizar su nombre con otra hazaña gloriosa, partió para el Egipto, burló la vigilancia de las escuadras inglesas, arrolló, deshizo las fuerzas que le opusieron los mamelucos, se hizo dueño de aquel pais, y al trazar sus proyectos en una esfera mas vasta, se vió detenido por un fuerte descalabro que padeció la escuadra francesa anclada en el puerto de Abukir, combatiendo contra la inglesa mandada por el almirante Nelsson. Aunque este revés atajó los planes jigantescos de Napoleon, la victoria en el continente seguia las banderas de la república, y la antigua dominadora del mundo, Roma, cayó en poder de las tropas que aquella mandaba á sojuzgar la Italia. Amedrentada la Europa por el portentoso incremento que adquiria la Francia, trató de oponerla un fuerte obstáculo y se confederó por la segunda vez. El Austria, la Rusia, la Inglaterra, la Cerdeña y Nápoles, reunieron sus elementos y ejércitos, habiendo sido invitada tambien la Turquía que se azoraba ya por la pérdida de Egipto. Tan inmensa aglomeracion de fuerzas parece debia humillar la arrogancia de los franceses, pero estos no desmayaron; atacaron á los napolitanos, les hicieron pedazos, se apoderaron de su capital, y la convirtieron en una república que denominaron Partenopea. Verdad es que los campos de Plullendorff, Stoehach, Verona Magna, Casanovo, Trevia y Novi presenciaron la derrota de los generales republicanos Jourdan, Scherer, Moreau y Fouvert, mas en Zurinhc, Basilea y Helder adquirieron Masena y Brune un renombre inmortal. No se habia sin embargo desnudado la Europa de todas sus esperanzas, y aun creia atraer á su lado con un último y formidable esfuerzo la benevolencia de la fortuna. Poco tiempo mantuvo esta ilusion. Bonaparte habia regresado de Egipto, é investido con el carácter de primer cónsul corrió, con la celeridad del rayo, al encuentro de las huestes coligadas, avistó en Marengo las que conducia el general Melas, las acometió con pericia é intrepidez, y dejó fuera de combate mas de catorce mil hombres. A este triunfo sucedieron los reportados por Moreau en Biberai, Memingen, Hochet y Hohelinden; Murat marchó victorioso contra Nápoles, y Dupont se apoderó de Toscana. Durante este período nuestra administracion pública esperimentaba la instabilidad y fluctuaciones que tantos males producia. Los ministros se sucedian con una rapidez peligrosa; á Urquijo habia reemplazado Jovellanos, hombre que á una erudicion profunda reunia el valor del funcionario público, y que calculaba los riesgos que iba á correr la nacion siguiendo el estraviado derrotero trazado por el privado. Como el mérito no se hermana nunca, ni puede marchar en armonía con la ignorancia presuntuosa y favorecida, Jovellanos se propuso abatir la altivez del príncipe de la Paz, nuevo título de Godoy, pero avisado este oportunamente pudo evitar el golpe que le amagaba, y empleó su creciente influjo en hacer proscribir al digno consejero. Mientras nuestro gobierno con una conducta arbitraria perdia muchas líneas de su quicio y natural aplomo, la Austria, el primer campeon de la guerra europea, maltratada y falta de recursos implora una paz necesaria, que obtuvo por el tratado de Luneville con condiciones humillantes, y por el de Florencia aseguraba su existencia Nápoles, aunque renunciando parte de su territorio. La corte española convertida en satélite de la política francesa, y queriendo captarse la benevolencia del primer cónsul á quien contemplaba con la admiracion de un niño que mira la obra de un jigante, no solo cedió á la república la Luisiana, sino que á instancias de Bonaparte declaró la guerra á Portugal, y muy luego un ejército respetable, á cuya cabeza se puso el príncipe de la Paz, penetró en el territorio lusitano, se apoderó de Campo Mayor y Olivenza, y amenazando á

Vicencio, obligó al gobierno portugues á firmar el tratado de Badajoz; por él quedó incorporada á los dominios españoles la plaza de Olivenza. La tranquilidad que sucedió á la paz de Luneville dio tiempo á Bonaparte para poner en práctica sus pensamientos políticos. Su genio, sus victorias le habian presentado como un ser estraordinario á los ojos del pueblo frances; el espíritu republicano estaba agonizando y próximo á sucumbir bajo el golpe tremendo de la reaccion; el ejército poderoso, ardiente y entusiasta, profesaba á su jefe un culto de veneracion, de idolatría, y todas estas causas desplegando su accion y manejadas diestramente, allanaban el camino á la soberanía. Pero Napoleon llevó mas adelante sus proyectos; sancionó la publicidad del culto católico, le declaró el mas importante del Estado, dotó competentemente á sus ministros, y promoviendo al propio tiempo la aristocrácia civil, hizo de unas clases vejadas y vilipendiadas durante el furor revolucionario, y que ya empezaban á resucitar, dos elementos fuertes, íntimamente adheridos á él por necesidad, por gratitud, y por el influjo mismo de las circunstancias. Como la multitud por instinto anhela su bienestar, y por delirio, por fascinacion, le huella y maltrata algúnas veces, Bonaparte prodigó los beneficios materiales, y de este modo consiguió captarse la benevolencia de las masas, para quienes la dulzura de la voz libertad estaba acibarada por el sinsabor y amarguras de una década entera. De este modo el moderno dictador llegó á ejercer un poder omnímodo, no atreviéndose todavía á pulverizar el esqueleto de aquel cuerpo democrático, cuyo vigor y lozanía habia usurpado en gran parte su ambicion. Este respeto sin embargo duró bien poco; el senado ofreció al moderno César la diadema del imperio, y mas feliz que el antiguo no encontró en el capitolio el puñal de Casio, siendo coronado solemnemente por el pontífice Pio VII. Infatigable el emperador, voraz de gloria y de dominio, imaginó un plan vasto y pretendió ponerle en ejecucion. Atacar á la Inglaterra, á esa enconada rival de la Francia en su corazon mismo, aniquilarla y borrar su nombre de la lista de las naciones, era una empresa gigante, pero inferior al genio y audacia de Napoleon. Una poderosa escuadra con ciento ochenta mil hombres de desembarco y formidable tren de artillería se dió entonces á la vela. La potencia insular tan inmediatamente amenazada, invocó el celo de las demas europeas, y el Austria y la Rusia respondieron unánimes al grito de alarma. Napoleon sin desconcertarse partió rápidamente al encuentro de los coligados, les derrotó en Wertingen, Gunzbourg, Elchingen; y en Sanjenin y en Ulina y en Austerliz adquirió laureles inmarcesibles. Treinta mil hombres perdieron los aliados en esta memorable campaña; la Rusia solicitó un armisticio y el Austria sacrificó en aras de la paz sus mas bellas provincias. La España, que á pesar del último tratado podia considerarse como neutral, habia esperimentado todos los azares de la guerra sin alcanzar alguna de sus ventajas. Los ingleses malamente autorizados por un pretesto especioso, escarnecian y hollaban nuestro pabellon, llevando su desacato hasta el estremo de atacar á Cádiz que se defendió bizarramente; una conducta tan irregular escitó la justa indignacion del gobierno de Cárlos IV, y arrancó una formal declaracion de guerra. Por desgracia el primer paso en este fatal sendero fué de muerte. Nuestra marina padeció un descalabro terrible, combatiendo en Trafalgar en union con la francesa, y contra la inglesa á las órdenes del célebre Nelsson; el choque fué sangriento y destructor, los vencedores compraron caro el triunfo y el mismo Nelsson falleció en el seno de la gloria. Aunque este suceso era en si de la mayor importancia influyó poco en la marcha general de la guerra; el héroe frances eslabonó de nuevo sus hazañas

y conquistas; en vano la Rusia se negó al tratado de Presburgo; en vano se confederó con la Prusia y la Suecia; Napoleon deshizo en Jena á los prusianos, dictó la paz de Charlotemburgo, acosó á los rusos en todas partes, les desbarató en Eylan y Trieland, tomó á Dantzik y les obligó á reconocer en Tilsitt su superioridad y fortuna. Arbitro Napoleon de la suerte de la Europa, respetado del mundo entero, conoció era llegado el momento de poner en planta su idea dominante, la de apoderarse de España. La conducta servil de nuestro gobierno, cuya alma era siempre el príncipe de la Paz, lejos de entibiar sus deseos, les acrecentó mas y mas; comprendió que un poder falto de veracidad y energía, era un obstáculo tenue, incapaz de resistir á la sagacidad y recursos de un conquistador consumado. La discordia intestina que empezaba á echar hondas raices en nuestro pais, prestaba nuevo alimento á sus esperanzas; supo esplotarla con maña y empleó para conseguir su objeto una política injusta y maquiavélica, pero sutil y fascinadora. El príncipe de Asturias, blanco de los tiros de Godoy y de la reina madre, concibió una adversion profunda al privado, y mancomunando sus sentimientos con los de la nacion se propuso derribarle. La alianza con el emperador seria en todo evento de gran peso; Fernando se apresuró á solicitarla, y el embajador frances Beauharnais, con quien se entablaron las negociaciones, supo conducirse tan bien, que sin aventurar promesa alguna de importancia, mantuvo las ilusiones del príncipe con vagas y falaces palabras. Ya no restaba á Napoleon sino el ensayar la segunda parte de su plan.—El mejor medio de atraerse los hombres es lisonjear su pasion dominante. Bonaparte halagó el orgullo del valido y le hizo consentir fácilmente en el tratado de Fontainebleau. Acordábase por este la conquista del reino de Portugal que debia verificarse por las tropas españolas y francesas y la adjudicacion al de la Paz, de las provincias de Algarve y Alentejo en plena soberanía. Apenas se ratificó el tratado mandó un cuerpo de veinte mil hombres, que á las órdenes del general Junot, atravesó rápidamente nuestro territorio, penetró en Portugal, y apoyado en las divisiones españolas logró apoderarse casi sin disparar un tiro, de Lisboa, la capital. Aunque organizada y completa la conquista del reino lusitano afluian á nuestras provincias numerosas legiones francesas mandadas por los generales Moncey, Dupont, Bessieres y Dusheme, y se apoderaban, desplegando alternativamente la astucia y la violencia, de los importantes castillos de Pamplona, Figueras y Barcelona, puntos todos fuertes, los primeros baluartes de la Península, sin que el gobierno se dignase elevar una voz reclamadora ni exigir una esplicacion. Sin embargo, el velo que cubria sus ojos y que le impedia descubrir la realidad de los sucesos, cayó ante otros trascendentales y palpables; Junot, señor de Portugal, declaró que pertenecia este en su totalidad al emperador, y no bien el favorito sentia huirse su último sueño de ambicion, cuando el grueso de las tropas francesas con Murat á su cabeza, siguió la línea de Castilla la Vieja y se dirigió á Madrid, mientras Dupont al frente de fuerzas respetables se encaminaba á Segovia. La corte aturdida por este golpe imprevisto estaba llena de azoramiento, y perseguido Godoy opinó porque se trasladase el monarca á Méjico, pero Cárlos IV desechando quizas por la única vez de su vida el consejo del valido, se adhirió al de los que creian mas oportuna su marcha á Sevilla. Tan luego como se esparcieron estos rumores se desencadenó el ódio contra Godoy, y una multitud considerable corrió á Aranjuez, donde á la sazon se hallaban el privado y las reales personas, decidida á perpetrar un desacato en la persona de aquel. Llegó la noche del 16 de marzo de 1808, y el pueblo influido por noticias cada vez mas alarmantes, escitado por el acaso

se precipitó en la habitacion del príncipe de la Paz, buscó frenético al objeto de su encono, y aquel, despavorido y justamente sobresaltado, encontró en una buhardilla un asilo contra el furor de sus enemigos. Los dias 17 y 18 se sintió aun la conmocion, si bien menos violenta, y en el último espidió el rey un decreto exonerando á Godoy de sus funciones de generalísimo y gran almirante, y concediéndole libertad para elegir el punto de su futura residencia. Cárlos IV habia destrozado con su propia mano su obra predilecta, la brillante posicion de Godoy, y demasiado sensible á este golpe no tuvo valor para soportarle. El dia 19 abdicó en favor de su primogénito, Fernando, una corona cuyo peso le atormentaba ya y le era en estremo fatigosa. Así terminó Cárlos IV su reinado de diez y nueve años. Príncipe débil y apático podia lo mismo haber sido bueno que malo; su corazon recibia con facilidad las primeras impresiones, bien fuesen de cualquier linage; su desgracia consistió en haber tenido por guia un favorito y haber vivido en una era sembrada de espinas y peligros. Si Cárlos IV se hubiera convencido de lo que constituye un buen rey, acaso lo hubiera él sido, porque tenia una índole sana y una intencion recta, pero creyó que cualquiera podia dirigir el timon del Estado y le abandonó en manos de su mujer y de su privado. Numerosa fué la descendencia de Cárlos IV: contábanse en ella tres varones y seis hembras: Fernando VII su sucesor, los infantes don Cárlos María Isidro y don Francisco de Paula; las infantas doña María Amalia; doña Carlota Joaquina, casada con el rey de Portugal Juan VI; doña María Luisa, que se enlazó con Luis rey de Etruria, doña María Isabel, mujer del rey de Nápoles Francisco I y otras dos infantas que fallecieron en la mas tierna edad. Aunque desprovisto de la régia púrpura, todavía no renunció el anciano monarca á la esperanza y deseos de recuperarla, pero de sus esfuerzos en este sentido no menos que de su muerte nos ocuparémos con estension al trazar la historia de Fernando VII, por exigirlo así la marcha conveniente de los acontecimientos.

CARLOS MARTEL, hijo de Pepin de Heristal y de una concubina llamada Alpaida. Pleuctrudes, la legítima esposa de su padre, que á la muerte de este trató de colocar en su lugar como mayordomo de palacio á su hijo predilecto Godofredo, para reinar en su nombre, prendió lo primero á Cárlos ya de edad, entonces, de veinticuatro años, que no mostraba, respecto á ella, las disposiciones mas pacíficas. Mas los austrasianos, avergonzados de obedecer á un niño turbulento y á una mujer de vengativo y violento carácter, alzáronse contra Pleuctrudes y su hijo, y libertando á Cárlos le declararon duque de Austrasia en 715. Fácil fuera al jóven duque apoderarse del poder; empero prefirió que otro llevase el título de rey, mientras él conservaba el mando y la mas completa autoridad sobre el estado. Durante los reinados de Chilperico II y de Thierry, príncipes por demas imbéciles, y á los cuales cuenta la historia en el número de los reyes holgazanes, Cárlos fué el verdadero rey, aun cuando solo llevaba el título de *mayordomo de palacio;* pero entre tanto ponia las bases para que sus sucesores se sentasen en el trono de Francia, que él, ó gran político ó sobrado modesto, no quiso nunca poseer. Vencedor en diferentes encuentros de los sajones que infestaban el territorio frances, Cárlos, no tan solo los derrota sino que les impone y hace pagar un crecido tributo. Los sarracenos dueños de casi toda España, avanzan llevando la destruccion en pos hasta el centro de la Francia, pero Cárlos se adelanta con numerosas tropas, y secundado por Eudes de Aquitania, los alcanza en los alrededores de Poitiers; destruye y aniquila las vencedoras huestes de Abderrahamen muriendo este en el campo de batalla (732). Los sa-

jones continuaban sus escursiones, pero Cárlos marcha de nuevo contra ellos y los arroja de su reino, despues de una terrible carnicería. Manifiéstanse, entretanto, varias sediciones imponentes en sus estados; Cárlos siempre dispuesto á prevenir á sus enemigos, se dirige al momento contra ellos, y unos tras otros, los destruye á todos sin conmiseracion ni piedad. Los frisones infestan los rios y talan las llanuras; Cárlos Martel los ataca por mar y tierra, penetra hasta sus propias ciudades y tala tambien sus campos, destruye sus templos, derriba sus ídolos, y se lleva consigo gran número de rehenes para asegurarse de la fidelidad de los que quedaban. Para asegurarse de sus tropas, adoptó Cárlos el medio de usar con ellas de gran liberalidad y largueza, y para ello echó mano de los cuantiosos bienes que el clero poseia. A unos dió los que pertenecian á los obispos, á otros los de los monasterios, á este el título y preeminencias de abad, á aquel una rica y bien dotada prebenda; por manera que en los catálogos de los superiores de los monasterios se encuentra con frecuencia el nombre de una jóven nombrada por su hermosura, que tenia y disfrutaba del título de abad. Los simples soldados dotaban á sus hijas con las rentas de las parroquias que, como es sabido, consistian en diezmos. Gastado por las fatigas, aun cuando solo contaba cincuenta años de edad, Cárlos Martel murió en 741. Sus hechos de armas fueron muchos y á su presteza para el combate, su denuedo en la lucha y su incansable brazo, debió el que se le diera el sobrenombre de *Martel*, que le concede un lugar en estremo distinguido en la historia de Francia. A la muerte de Thierry, Cárlos no quiso presentar otro rey á los austrasianos, antes bien se ocupó de dividir el reino entre sus dos hijos, para despues de su muerte; dejando la Austrasia á Carloman, y la Neustria á Pepin. Cárlos fundó en los últimos años de su vida la órden militar de la *Gineta*, cuya leyenda era *Exaltat humiles*. Divisa muy adecuada á los hombres á quienes su valor y arrojo saca de un estado oscuro y presenta cubiertos de gloria á los ojos de la nacion.

CARLOS I de Francia, conocido por Carlomagno. Hijo de Pepin, nació, segun la opinion mas generalmente admitida, en Saltzburgo en 742, aun cuando otros suponen que en Jupille cerca de Lieja. A la muerte de su padre entró en posesion, por herencia, de los estados de la Neustria, la Borgoña y la Aquitania; y pocos años despues, con motivo del fallecimiento de Carloman, su hermano mayor, fué reconocido por jefe supremo de la Franconia, ó sea, lo que por él, se llama hoy dia el reino de Francia. Encontróse Carlomagno, cuando subió al trono, frente á frente de grandes peligros que correr y embrolladas dificultades que vencer: por una parte con su reino dividido en facciones promovidas por los señores de las diferentes provincias, casi reyezuelos de la época; y por otra con los sajones y otros pueblos bárbaros del norte que cometian mil tropelías con los habitantes de las fronteras, y que llevaban muchas veces sus rapiñas hasta el corazon de la Franconia. Uníase á esto el estado incivil é inculto de la mayoría de los súbditos de Carlomagno, gente avezada á las contínuas correrías y combates á sangre y fuego; sin mas ley que el capricho ó la espada del mas fuerte, ni mas razon que la voluntad del mas audaz ó poderoso. Para asentar, pues, la primera base del grande imperio que ha dado merecido renombre á un siglo y á una época, el primer cuidado de Carlomagno fué el sujetar á sus enemigos interiores. Dirigióse en consecuencia, como el mas terrible é influyente de todos, contra Unaldo, duque de Aquitania, que abandonando el claustro donde se habia retirado, y pisado la cogulla que vistiera por amor al cielo, se habia puesto al frente de sus súbditos rebelados contra su rey y señor, talando y destruyendo cuanto á su paso se opo-

nia. Carlomagno, al frente de sus tropas, los busca, los encuentra, los vence y hace á Unaldo prisionero. Sujeto el principal caudillo de la rebelion, los demas señores y feudatarios sobrecogidos de temor, se sometieron á su autoridad y poder. Tranquilo el rey por esta parte, marcha en seguida contra los sajones, los derrota, toma la plaza fortificada de Eresburgo junto á Paderborn, que era su mejor y mas seguro baluarte, pasa á cuchillo toda su guarnicion; arrasa, hasta los cimientos, el famoso templo druídico de Irminsul; y como para mostrarse generoso y magnánimo, perdona el resto de aquellas bandas armadas y medio salvajes. No bien asegura la paz en las fronteras, castigados fuertemente los sajones, acorre el monarca victorioso á auxiliar al papa combatido sin descanso ni tregua por Desiderio, rey de los longobardos: hace á este prisionero, tómale su título de rey, y confirma al pontífice en la posicion del exarcado de Rávena. Vuelven los sajones á molestarle, y Carlomagno los sujeta por segunda vez. Reclama su proteccion el rey moro de Zaragoza, Ibin-Al-Grabi, y Carlomagno acude en su ayuda, entra en Cataluña, donde consigue algunas victorias, se apodera de Gerona y sitia á Pamplona; pero pierde la jornada de Roncesvalles, y en ella la flor de su nobleza. En esta batalla pereció su sobrino Roldan, uno de los doce famosos pares de Francia, cuyo valor y proezas han cantado despues los romanceros. Tornan por tercera vez á molestarle los sajones, y Carlomagno los vence y aniquila. Escitados por Vitkind vuelven por cuarta vez á rebelarse, pero el jefe de los francos no da entonces ya oidos á la piedad. Manda degollar á cinco mil de los principales de entre ellos que fueron cogidos con las armas en la mano, y los demas atemorizados piden la paz, se sujetan obedientes á la merced del vencedor, abrazan muchos de ellos el cristianismo, entre los cuales su instigador Vitkind, y de acuerdo con la santa sede establece varios obispados, les dicta leyes y los asegura la tranquilidad. Dueño ya Carlomagno de una gran parte de Alemania, de casi toda la Italia y de Francia, marcha á Roma, donde el pontífice Leon III le corona como emperador de Occidente (año 800), y renueva el imperio de los Césares estinguido con Augústulo. Estendíase el poder del nuevo emperador desde Benevento hasta Bayona, desde Bayona hasta la frontera norte de Baviera, por toda la Galia, una gran parte del continente italiano, toda la Alemania, los Paises Bajos, y una buena parte de la Hungría. Tenian sus estados por límites, al Oriente el Naab y las montañas de la Bohemia; al poniente el Oceano; al mediodia la España y el Mediterráneo y al Norte el Oceano y el Oder. Vencedor de sus enemigos y con tan dilatado imperio á sus órdenes, dedicóse Carlomagno á mejorar la situacion civil y material de sus gobernados, fomentando las artes, promoviendo la enseñanza, dictando leyes, protegiendo á los sábios, y presidiendo públicos certámenes, que pueden considerarse como el orígen de las modernas academias. Los hombres instruidos de todos los pueblos y naciones, encontraban en Carlomagno un resuelto protector, y se veian colmados por él de honores y distinciones. Restableció la marina, visitó sus puertos, construyó buques de alto porte, y proyectó unir el Rhin con el Danubio, por medio de un canal que enlazase así el Oceano con el mar Euxino. La iglesia galicana le es deudora de muchos beneficios y privilegios; introdujo en ella el canto gregoriano, convocó, para su mejor régimen, varios concilios y fundó varios monasterios. Las letras le deben el establecimiento de la famosa universidad de Paris, las escuelas de las catedrales, y Roma su seminario. Sus *capitulares*, así llamados por ser una coleccion de leyes divididas en capítulos, son un modelo de sabiduría, y la mas convincente prueba de su profundo saber. No son menos admirables las que hizo para la administracion ci-

vil de sus estados: uniformó en todo su vasto imperio los pesos y medidas, para dar mas facilidad al comercio y dictó otras suntuarias segun las clases, que han servido de modelo para las que han publicado los reyes sus sucesores en tiempos posteriores. Carlomagno próximo á morir asoció al imperio al único hijo que le quedaba, llamado Luis, reservando la Italia para Bernardo hijo de Pepin, falleciendo en 814 á los 71 años de edad, 47 de reinado y 14 de imperio. Fué enterrado en Aix la Chapelle donde todavía se conserva su sepulcro, con la inscripcion siguiente: «Aquí yace Cárlos, grande y ortodoxo emperador, que ha estendido gloriosamente el reino de los franceses, y que ha gobernado con felicidad durante 47 años.» Carlomagno ha dado el nombre á un siglo, á una época y á una civilizacion: su nombre se estendió por todo el mundo conocido, y se conserva como el modelo de los príncipes legisladores: las dificultades que tuvo que vencer para imponer á los pueblos nuevas costumbres, nuevos hábitos, nuevas creencias y nuevos conocimientos, no son para relatarlas en brevísimos apuntes. Si como príncipe fué grande, aun lo fué mas como hombre. Sus hijos fueron sus primeros súbditos, los instrumentos de su grandeza, los modelos de obediencia. Político por instinto, tolerante por conviccion, prudente y modesto por naturaleza, atemperó de tal manera sus órdenes, que todo quedó sujeto á su voluntad. Uniólo todo la fuerza de su génio; contuvo al clero sin oprimirle, y destruyó las exageradas pretensiones de la nobleza, que queria reputarle como su igual. Soberano absoluto de sus pueblos, fué mas bien padre cariñoso, que señor severo; gustando mas que le obedeciesen por amor, que se sometiesen por su fuerza. Vasto en sus designios y pronto en la ejecucion, nadie habia llevado hasta entonces, y pocos lo han logrado despues, al mas alto grado, el arte de acometer las mayores empresas con facilidad y las mas difíciles sin demora. Recorrió sin cesar su vasto imperio, mejorando lo que amenazaba ruina, y aplicando el remedio donde encontraba el mal. Casóse ocho veces; pero solo Himiltrude, la primera, es considerada como legítima: las otras las tienen varios autores como concubinas; no por haberlas poseido á la vez, sino por haber faltado ciertas formalidades en sus enlaces, y ser ademas de clase menos elevada que la suya. De aquí es que los hijos que tuvo de estas, no fueron llamados á la sucesion de sus estados. Como quiera que sea; y dejando á merced de los críticos la mayor ó menor incontinencia de este príncipe, no se le puede negar el título de grande, ni despojar tampoco á su siglo del glorioso renombre de *siglo de Carlomagno.*

CARLOS V de Francia. Hijo del rey Juan, primer príncipe que tomó el título de Delfin que despues han llevado los inmediatos sucesores á aquel trono, nació en Vincennes en 1337 y fué coronado en Reims en 1364. Al subir al poder encontró la Francia entregada, no tan solo á las facciones que la destrozaban entre sí, sino presa la mayor parte de los ingleses, sus naturales enemigos. Aplicóse desde luego, con una sabiduría y prudencia poco comun, á poner coto á las demasías de los señores que al frente de sus vasallos unas veces, y parapetados en sus castillos otras, debilitaban el ejercicio de la autoridad real. Aun cuando solo tenia 27 años cuando tomó á su cargo las riendas del gobierno, habia gobernado algunos años antes como regente, con motivo de la cautividad de su padre, hecho prisionero por el príncipe de Gales en la desastrosa batalla de Poitiers; así es, que su primer cuidado fué negociar con los grandes feudatarios del reino, y poniendo al frente de las grandes compañías de aventureros, que recorrian las provincias cometiendo mil tropelías y estorsiones, al célebre guerrero Bertran Claquin ó Du-

guesclin, quien desde las últimas clases del estado, obtuvo por solo su arrojo y decision la espada de condestable, primera dignidad del reino despues de la del monarca. La Francia habia perdido en tiempo de su padre todo cuanto Felipe Augusto habia conquistado de los ingleses, y Cárlos, ora por medio de sus agentes, ora por las armas, volvió á recobrarlo todo. El rey de Francia empezó despues de reconquistar de Inglaterra sus antiguos dominios, á disfrutar de los beneficios de la paz, y desde entonces se aplicó resueltamente á curar las dos llagas principales que destruian el pais, es decir, á mejorar la administracion pública y hacer desaparecer las grandes compañías de aventureros. Respecto á la primera empezó por reducir el número de empleados, disminuyó los impuestos, uniformó las monedas, é hizo tales economías en los gastos, que á su muerte se encontraron en el tesoro público diez y siete millones de libras sobrantes, suma fabulosa para aquel tiempo, y que aun en los nuestros se tendria por cuantiosa. Estendiéronse sus desvelos á la agricultura, una de las primeras, y acaso la primera fuente de la riqueza de las naciones, aligerándola de las muchas gabelas que la oprimian, y salvándola en parte del oneroso yugo de los señores. Con la seguridad que la dió, renació la abundancia, y con ella la prosperidad y el bienestar material. Las grandes compañías, por otro nombre llamadas *malandrines*, fueron enviadas á Castilla en auxilio de don Enrique de Trastamara que peleaba á la sazon con don Pedro *el Cruel* ó *el Justiciero*, en cuya empeñada lucha dejaron de existir, no sin cometer antes en España males y estorsiones sin cuento. De los 30,000 hombres que las componian al principio de la campaña, solo quedaron 6,000 despues de la jornada de Montiel, en la que don Enrique ganó su trono, perdió don Pedro la vida y Claquin comprometió su honor. Pero la Francia habia quedado libre de los *malandrines*, y Cárlos V podia respirar. Apasionado á las letras, protegió y recompensó á los autores. La biblioteca del Louvre que en tiempo de su padre solo constaba de 20 volúmenes, la aumentó hasta 900, cosa sorprendente para entonces, pues que solo existian manuscritos que se vendian á peso de oro. Decia este rey que «los monarcas solo le parecian felices porque podian hacer bien.» Este sentimiento hace su elogio. Era bueno, afable y amigo cariñoso. No hay memoria de que hubiese tratado con modales ásperos ni descortesía á ninguno de los que se le acercaban. Era rígido y severo en que se guardase el debido decoro, y las buenas costumbres; y sobre esto decia que «lo primero que debe enseñarse á los hijos de los reyes y grandes señores, es el camino de la virtud, para que se distingan por las costumbres, los que han de distinguirse de los demas en honores y dignidad.» Siguiendo este principio, castigó severamente la relajacion de los eclesiásticos, cuya «buena conducta y ejemplo tanto influye, segun decia, en la prosperidad y adelanto de los pueblos.» Este príncipe que ha merecido se le designe con el renombre de *Sábio*, murió en 1380 á los 43 años de edad.

CARLOS VI de Francia. Hijo y sucesor del precedente, nació en Paris en 1368 y subió al trono á la muerte de su padre, cuando solo tenia doce años. Entregada la Francia durante su reinado á la guerra civil, promovida por sus tios los duques de Anjou, de Berri y de Bretaña, fué perdiendo poco á poco los estados que su padre habia conquistado de los ingleses. La batalla de Azincourt en la que pereció la flor de la nobleza francesa y cuatro príncipes de la sangre real, abrió la puerta á las tropas inglesas que fueron ocupando sucesivamente varias provincias, hasta llegar á Paris y proclamar al rey de Inglaterra regente y heredero del reino. Dos causas contribuyeron poderosamente al envilecimiento y postracion en que cayó la Francia du-

rante el reinado de Cárlos VI: su demencia y la prostitucion de su esposa Isabel de Baviera. Sobrevínole la primera al atravesar el bosque de Mans en uno de sus viajes á Bretaña, un dia que hacia un fuertísimo calor, cuando apareciéndose en una de las encrucijadas un hombre en camisa, y deteniendo á su caballo le dijo: «No pases mas adelante ¡oh rey! que estás vendido.» Agregóse á esto la fatal circunstancia de haber chocado la lanza de uno de sus pages contra el casco del otro, y entonces creyendo el infortunado monarca que era cierta la prediccion, pone mano á su espada, atropella, hiere y mata cuanto se le pone por delante, paralizando tan solo su frenesí cuando se vió fuertemente asido y maniatado por algunos oficiales y soldados de su escolta, gracias al denuedo y arrojo de uno de ellos que pudo sujetarle saltando á grupas de su caballo. En sus accesos de furor nadie podia acercársele, escepto una jóven llamada Odeta de Champdivers que con la dulzura de carácter que la distinguia, logró dominar de tal modo al rey, que solo á ella obedecia y se calmaba al oir su voz. Dedicada enteramente á su cuidado cuando el infeliz monarca se vió no solo abandonado de todos, sino hasta perseguido de los mismos á quienes habia colmado de inmensos beneficios, inventaba para distraerle varios juegos y entre ellos se la atribuye la invencion de los naipes, y algunos de sus juegos combinados. La conducta de Isabel de Baviera, su legítima esposa, merece un artículo aparte, y á él remitimos á nuestros lectores; adúltera, ambiciosa y vengativa no tan solo acibaró los dias de su esposo, sino que contribuyó en gran manera á aumentar las facciones y los partidos que con tanto encarnizamiento se persiguieron mútuamente en las calles y en los campos. El demente monarca acabó sus dias el 21 de octubre de 1422, dejando pobre y dividido el reino que habia encontrado rico y unido al subir al trono.

CARLOS VII de Francia, llamado el *Victorioso* por haber reconquistado de los ingleses la mayor parte de su reino, nació en Paris en 1403 de Cárlos VI y de Isabel de Baviera. Reducidos todos sus estados á una muy corta porcion de terrenos, y apellidado por mofa *el rey de Bourges* por los ingleses, se vengó de ellos en la batalla de Gravelle (1423) y en la de Montargis (1427). Pero las tropas enemigas, considerablemente reforzadas, pusieron sitio á Orleans, y Cárlos se veia muy próximo á sucumbir cuando se presentó una pobre pastora de Domremy, llamada Juana d' Arc, que diciéndose inspirada, le ofreció vengarle y hacerle consagrar en Reims por rey de Francia. Resistióse Cárlos al principio, pero despues la concedió lo que pedia, y la valerosa jóven marchando al frente del ejército entra en Orleans y salva la plaza. Esta heróica defensa fué el principio de los grandes y decisivos triunfos que alcanzó sucesivamente el ejército real. Cárlos VII recobró en breve tiempo todo el pais conquistado por los ingleses, escepto el puerto de Calais. Sin embargo, bien puede asegurarse, con un sábio historiador, que el rey de Francia solo fué testigo de las proezas de sus súbditos. Si se presentó á la cabeza de sus tropas fué mas bien como soldado que como jefe, debiendo tan solo sus victorias á la inteligencia y pericia de sus generales. A no ser por ellos, hubieran permanecido casi siempre ociosas sus armas y descuidados sus asuntos, para entregarse en cuerpo y alma á sus amores. Un dia que se hallaba entretenido en una fiesta que le daban sus cortesanos, preguntó á uno de sus ministros, qué pensaba de aquella fiesta: «Pienso, respondió este, que no puede un rey perder mas alegremente sus estados.» No obstante esta indolencia, la suerte le fué siempre próspera. El fin de su reinado, aunque infeliz para él, fué muy feliz para la Francia. Enemigo de tomar partido alguno violento, ni de ocuparse de ningun asunto sério, no su-

po cortar de raiz las divisiones que reinaban en su corte y su propia familia. Su hijo, el Delfin, despues Luis XI, irritado de aquella indolencia é instigado por los duques de Alenzon y de Borbon, se revela contra él; pero Cárlos logra desarmarle, y le perdona sin que este acto de clemencia logre poner feliz término á la rebelion. Con razon se dice, pues, que fué desgraciado con su padre y con su hijo. Esto le hizo desconfiado y temeroso hasta tal punto, que habiéndole dicho uno de sus confidentes que se trataba de envenenarle, se apoderó de su alma tal temor y tan profunda melancolía, que no quiso comer cosa alguna en muchos dias, por lo cual debilitándose por grados, murió de miedo de morir en 1461 á la edad de 58 años. Cárlos VII presenta, tanto en el trascurso de su vida como en su muerte, un conjunto estraordinario de contradicciones: entregado á los placeres antes y durante su reinado, la victoria y la suerte no le abandonan; lleno de fe, religioso hasta rayar en fanatismo, son muy poco arregladas sus costumbres: mas soldado que capitan, mas feliz que hábil, ingrato con la joven que fué el orígen de que reconquistara su reino perdido, dejándola á merced de sus enemigos, colma á sus amigos predilectos de riquezas; acertado en la eleccion de generales, elige muy mal á sus favoritos: bueno, liberal, popular, afable hasta la familiaridad, es de todos obedecido menos de su hijo, de quien no fué amado ni respetado mientras los pueblos le amaban y respetaban. Pero estas contradicciones de su carácter, no rebajan el cumplido elogio que como monarca se le debe; la historia le da el renombre de *victorioso y restaurador de la Francia*, porque la encontró invadida y la reconquistó; presa de una soldadesca brutal y devastadora, la contuvo por medio de la disciplina que en ella estableció: mal provista de magistrados, puso órden en los tribunales de justicia. La relajacion del clero era mucha, y la corrigió convocando varias asambleas y concilios, para dar nuevo vigor á los antiguos cánones y asegurar las libertades de la iglesia galicana. Por último, merece ser alabado por haber ordenado en la administracion pública, el régimen para cobrar los impuestos, piedra de toque de un buen gobierno. Estableciólos, pues, con el apoyo del consejo de los grandes, sujetándolos al asentimiento prévio de los principales del pueblo que debian pagar. Por esta causa los cobró todos sin obstáculos, porque todos estaban persuadidos de su necesidad y de la utilidad comun con que se invertian.

CARLOS IX de Francia, nació en 1550 y subió al trono por muerte de su hermano mayor Francisco II en 1560. El verdadero representante de la monarquía puede decirse que fué durante todo el tiempo del reinado de Cárlos, su madre Catalina de Médicis *(véase su biografía)*, y á no dudar, ella fué la que le indujo á cometer y autorizar los actos sangrientos que mancharon la época de su mando. La matanza de los hugonotes el 23 de agosto de 1572, que privó de sus jefes á las principales familias de Francia, obligando á emigrar al estranjero á los que pudieron escapar milagrosamente de la espada de los conjurados, es un acto de venganza y ódio político que la historia consigna siempre con horror. El mismo rey tomó en ella una parte activa desde una de las ventanas de su palacio del Louvre, disparando repetidas veces su arcabuz contra los que procuraban salvarse por el rio, favorecidos por la oscuridad de la noche. Poco satisfecha todavía su venganza quiso al dia siguiente gozar del horroroso espectáculo que ofrecian las calles, llenas de los cadáveres de los protestantes asesinados, y habiéndole aconsejado uno de sus favoritos que se retirase, porque el cadáver del almirante Coligni olia mal, le contestó Cárlos con la mayor sangre fria: «Dejadme gozar en su muerte; el cadáver de un enemigo siempre huele bien.» Esta carnicería

escitó la rabia de la venganza, enconada mas todavía por el fanatismo religioso, y los hugonotes se hicieron fuertes y temibles en Montalban y la Rochela, destruyendo el ejército real que fué enviado contra ellos. Cárlos IX murió á la temprana edad de 24 años en 1574, despedazado de remordimientos, víctima de una enfermedad horrorosa, aunque arrepentido de haber querido mantener su poder por medios violentos é inhumanos. Este príncipe amaba las letras y las bellas artes; favorecia á los poetas aunque no los estimaba, y de ellos solia decir, que era menester tratarlos como á los buenos caballos, dándoles de comer sin saciarles. Uno de sus mayores placeres era derribar de una sola cuchillada la cabeza de los asnos y de los cerdos que encontraba al paso, cuando iba de caza. A pesar de sus defectos tenia este príncipe algunas prendas escelentes; amaba entrañablemente á su madre y hermanos; era generoso y espléndido; sinceramente adicto á sus amigos y bastante caritativo con los necesitados; pudiendo decirse, que todas las violencias cometidas durante su reinado, fueron efecto del carácter vengativo de su madre, poderosamente secundada por los cortesanos envidiosos, ambiciosos é intrigantes, que solo pensaban en sus propios intereses, los cuales unos le irritaban infundiéndole viles sospechas, y otros le aconsejaban siniestramente, abusando de la inesperiencia propia de una edad en que el hombre apenas se conoce á sí mismo, y que es difícil adivinar los intentos del corazon ageno y las dificultades de los negocios.

CARLOS X de Francia. Este monarca, que nacido en una clase menos elevada hubiera sido un escelente ciudadano, y un modelo de cumplidos caballeros, fué la causa de una revolucion y la caida de un trono que privó de él á toda una dinastía. Emigrado cuando estalló la revolucion que hizo subir al patíbulo á su desgraciado hermano Luis XVI, estuvo constantemente mezclado y tomó una parte activa en las operaciones militares, que la nobleza escapada de Francia, con este motivo, combinó de acuerdo con los ejércitos estranjeros contra la república, continuando mezclándose en las diferentes conspiraciones que se urdieron contra Napoleon, mientras este ocupó el trono imperial. Regresado á Paris cuando fué restaurado por los aliados su otro hermano Luis XVIII, constituyóse desde el principio el jefe de la oposicion ultra-realista, que tantas desgracias habia de atraer mas tarde á toda su familia. Príncipe generoso y afable, pero de carácter débil, mas bien que el alma, fué el instrumento de las venganzas políticas de sus amigos, de quienes nunca quiso separarse, á pesar de reclamarlo incesantemente la voz pública, que les acusaba de conspirar abiertamente contra la carta constitucional otorgada por su hermano. Sus primeros actos en el gobierno, dieron algunas esperanzas de bienestar y prosperidad para el pais. Revocó las leyes que se habian publicado por el ministerio anterior, hostiles á la libertad de imprenta, y proclamó una amnistía política para todos los encausados correccionalmente y contra los desertores, permitiendo tambien regresasen á sus casas varios prófugos condenados por diferentes causas. Así es que al regresar á la capital de su solemne coronacion en Reims, fué grande el entusiasmo con que se le recibió por los parisienses, y Cárlos pudo creer que contaba efectivamente con el amor ardiente de sus súbditos; pero desgraciadamente desconoció que entre la Francia que abandonó cuando emigrara, y la que volvia á encontrar, existia una notabilísima diferencia. Es de creer, sin embargo, que sin las afecciones particulares que le dominaban, y á ser otros los hombres que gozaban de su entera confianza, Cárlos X, si no hubiera sido un gran rey, hubiera sido un monarca sinceramente constitucional; pero los cor-

tesanos aduladores y viles, malos génios y escollo de los reyes, y ruina de los pueblos, tenian sobre su ánimo sobrada influencia para que no labrasen su carta constitucional. Las tendencias manifiestamente hostiles á la perdicion, empezaban á labrar una fuerte oposicion en el espíritu de los franceses, sin que la espedicion enviada contra los turcos en favor de la independencia de la Grecia, ni la célebre batalla naval de Navarino, que fué su consecuencia, debilitasen la resistencia que las medidas del gobierno encontraban en la cámara popular. Llegó en esto la época que los favoritos creyeron propicia para tomar las riendas del gobierno, y el príncipe de Polignac, reputado como el jefe de los anti-constitucionales, fué nombrado jefe del gabinete (1829), ocupando los otros ministerios, el baron d' Haussez, Capelle, Chantelauze, Bourmont, Peyronnet, Montbel, y Guernon Rainville. Este ministerio fué mal recibido por la opinion, y todos auguraron desgracias. La prensa toda no tardó en hostilizarle fuertemente. Resolvióse, entre tanto, la famosa espedicion de Argel, y en honor sea dicho del monarca que nos ocupa, fué llevada á cabo con gloria para la Francia, á pesar de la viva oposicion de la Inglaterra. Mas entretanto que el ejército frances daba feliz cima á la empresa que no habian podido conseguir las armas españolas en tiempo de Cárlos I, ni las de la Gran Bretaña mas tarde, preparaba el gobierno de Cárlos X las famosas ordenanzas que amenguaban en gran manera las libertades populares. Publícanse estas el 27 de julio de 1830, y desde aquel dia la guardia nacional que habia sido imprudentemente licenciada, unida á las grandes masas de trabajadores que corrieron presurosos á las armas, se fué apoderando de los barrios principales de Paris y acabó por espulsar á la familia real del trono de sus mayores. El rey que habia reunido en Rambouillet toda su guardia real, y algunos pocos regimientos que le habian permanecido fieles, quiso resistir, y contemporizar despues, abdicando la corona en su nieto Enrique, hijo de su hijo el difunto duque de Berry; pero el gobierno provisional se negó á toda composicion, y secundado por las masas armadas obligó al monarca á salir del territorio de Francia. Embarcóse al fin en Cherburgo junto con el duque de Angulema y su esposa, la duquesa de Berry, y su hijo Enrique refugiándose en Inglaterra. Poco tiempo despues se trasladó á Alemania, fijándose en Goritz donde acabó sus dias de un ataque del cólera el 6 de noviembre de 1836.

CARLOS de Francia, conde de Anjou, nacido en 1220. Hermano de San Luis, rey de Francia, á quien el cielo dotó de todas las virtudes que pueden reunir los reyes para hacer la felicidad de sus pueblos, educado como este por la magnánima y sábia princesa española doña Blanca, su madre, Cárlos de Anjou manifestó siempre un carácter despótico y cruel, que no tan solo le hizo odioso á todos, sino que por su culpa y escesos se disminuyeron los Estados de su patria. Avido siempre de sangre y de venganza, hizo morir en una cárcel con los mayores tormentos á la mujer é hijos de Manfredo, que se habia apoderado del reino de Nápoles, y á quien habia vencido en batalla campal en los llanos de Benavento; mandando decapitar igualmente en la plaza pública, por mano del verdugo, á Corradino de Suavia, que trató de disputarle el gobierno de aquel reino. Tantas fueron las injusticias y crueldades que cometió, y tal la deshonra que introdujo en el seno de las familias, que al fin se coligaron las principales familias sicilianas, y dirigidas por Juan de Prócida, de cuyos bienes se habia apoderado y abusado ademas de su mujer, trataron de libertarse de aquella pesada tiranía. Concertáronse en secreto, y el dia de Pascua de Resurreccion de 1282 al toque de vísperas, se sublevaron como un solo hombre, degollando en pocas horas á mas de 8,000 fran-

ceses que encontraron en las calles, plazas y templos de Sicilia, salvándose solo Cárlos, como por milagro. Esta matanza es conocida en la historia con el nombre de *Vísperas sicilianas*. Murió este aborrecido príncipe en 1285, y como si el cielo hubiera querido agravar en sus últimos momentos el remordimiento de tantos crímenes, recibió la noticia pocos momentos antes de morir, que habia sido quemada la escuadra que destinaba á reconquistar la Sicilia, y que otra no menos formidable que corria en su auxilio habia sido apresada por los aragoneses, quedando prisionero su hijo.

CARLOS DE BORBON, condestable de Francia. Mientras fué gobernador de Milan se captó el aprecio de la nobleza y del pueblo por su cortes afabilidad. El valor que habia mostrado en todas las acciones de guerra, especialmente en la batalla de Marignan, al lado de Francisco I, le granjearon tal opinion de denuedo y bizarría, que los reyes estranjeros procuraron por todos los medios posibles el atraerlo á sus banderas. La imprudencia y la envidia de una mujer, fueron, sin embargo, la causa de que fuera infiel á su monarca y traidor á su pais. La reina madre, Luisa de Saboya, quiso disputarle la propiedad de los dominios que poseia, y Cárlos, viéndose abandonado de Francisco I, de quien debia y creia esperar mas amparo, se pasó al servicio de las armas españolas. Cárlos I encontró en él uno de sus mejores adalides, contribuyendo en gran parte á la derrota de los franceses en Pavía y prision del rey de Francia. Puesto al frente del ejército que sitió á Roma, pereció en uno de los asaltos que se dieron (1527), yendo á la cabeza de sus tropas con uniforme blanco, *para ser*, como él decia, *el blanco de los sitiados y la mayor bandera que guiara á los sitiadores.*

CARLOS IV de Alemania, nació en 1316 y subió al trono imperial en 1347. Su reinado es célebre por la publicacion de la famosa *Bula de oro* espedida en la Dieta de Nuremberg en 1356. El estilo de esta carta ó constitucion imperial patentiza las costumbres de aquella época. Empieza apostrofando á los siete pecados capitales, y despues compara á los siete electores á los siete dones del Espíritu Santo y al candelabro de los siete brazos. En esta ley fundamental, se fija en siete el número de electores del emperador; se asigna á cada uno de ellos una alta dignidad del imperio; se arregla el ceremonial de la eleccion y coronacion; se establecen dos vicariatos ó lugartenencias imperiales; se declara indivisibles á los electores; se reconcentran y reunen en ellos todos los derechos de la soberanía llamada *superioridad* territorial; y se confiere al rey de Baviera la dignidad de presidente de los electores seculares. Esta ley del imperio escrita sobre papel vitela con un gran sello de oro al pié, ha sido conservada durante mucho tiempo en Francfort por reunirse allí la Dieta germánica, y fué por aquel entonces ratificado en Metz con gran solemnidad y pompa. En el banquete que con este motivo se dió al emperador, fué Cárlos servido por muchos príncipes alemanes que se reconocieron feudatarios suyos: los duques de Luxemburgo y de Brabante le presentaron las bebidas en una copa de oro; el de Sajonia se presentó con una medida de plata llena de avena que cogió de un gran monton que habia preparado de antemano en la misma sala que servia de comedor; el de Brandemburgo sirvió el aguamanil y la tohalla, y el conde Palatino sirvió la comida. Murió este emperador en Praga que le debe la fundacion de su universidad, en 1378. Durante su reinado descubrió el fraile franciscano Bartoldo Schwartz la pólvora, cuyo descubrimiento ha causado tan grande revolucion en el arte de la guerra.

CARLOS VI de Alemania. Nacido en 1685, declarado por su padre rey

de España en 1703, y coronado emperador de Alemania en 1711. Apoyado en los derechos que pretendia tener por los reyes de la casa de Austria á la sucesion del trono español, y viéndose ademas secundado por gran número de partidarios que tenia en la península, combatió para asegurar la corona sobre sus sienes con variado éxito, y hubo momentos que pudo creer haber destruido las esperanzas que fundándose en el testamento de Carlos II, alegaba Felipe V de la casa real francesa. Empero la suerte de las armas y los pueblos de España inclinaron al fin la balanza del lado de los Borbones, y por la paz de Radtstat de 7 de setiembre de 1714, quedó asegurado don Felipe en el trono de España y cedidos al emperador los reinos de Nápoles, la Cerdeña, los Paises Bajos y los ducados de Mántua y de Milan. Asentada la paz, solo se vió turbada en Alemania por la guerra contra los turcos que el emperador hizo de consuno con los venecianos. El tratado de Passarowitz (1718) dió á la casa imperial las plazas de Tameswar y Belgrado, y una parte de la Bosnia, la Servia y la Valaquia. Entretanto el rey de España le declaró la guerra para recobrar las provincias desmembradas de la monarquía por la paz de Utrech. Una escuadra que al intento arribó á Cerdeña con tropas de desembarco, se apoderó en breve tiempo de todas las plazas y puntos ocupados por los imperiales, lo cual fué causa de la formacion de la cuádruple alianza entre el emperador, la Francia, la Gran Bretaña y los Estados generales, para el mantenimiento de los tratados entonces existentes. Felipe V se vió precisado por la fuerza de las circunstancias á renunciar á sus pretensiones, y Carlos VI fué sostenido en sus dominios. Ningun obstáculo hubiera desde entonces alterado su posesion, si por una política contraria á los intereses generales de Europa, no se hubiera empeñado en escluir del trono de Polonia al rey Estanislao, y poner en su lugar á Federico Augusto, (1733.) Por ello le declararon la guerra la Francia, la España y la Cerdeña. La primera se apoderó de Kehl, Tréveris, Trarbarch y Filisburgo. El infante don Cárlos, despues III de este nombre en España, se apoderó del reino de Nápoles (1734) y se hace coronar rey de las Dos Sicilias. La Cerdeña se posesiona del ducado de Milan. Cárlos VI se tuvo por muy feliz en aceptar las condiciones del vencedor. Abriéronse conferencias (1735) y el tratado de Viena (1738) vino á poner un término á los males de la guerra. Por él abdicaba la corona de Polonia el rey Estanislao conservando el título de tal, con la posesion de los ducados de Lorena y de Bar; al de Lorena se le daba en cambio el de Toscana; el infante español don Cárlos conservaba el trono de Nápoles; el rey de Cerdeña se reservaba la posesion de Tortona, Novara y la soberanía de Langues; el emperador volvia á recuperar el ducado de Milan y los Estados de Parma y Plasencia; y la Francia adquiria, despues de la muerte de Estanislao, la Lorena y el Bar. No fueron únicamente estas las pérdidas que esperimentó Cárlos VI, porque empeñado nuevamente por su alianza con la Rusia, en la guerra contra los turcos, tuvo que cederles (1739) la Valaquia y la Bosnia imperial, y la Servia con Belgrado, despues de demoler sus fortificaciones; estipulando al mismo tiempo, que el Danubio y el Save fuesen las fronteras de la Hungría y el imperio Otomano. Cárlos VI falleció al año siguiente (1740) habiendo perdido una gran parte de las posesiones que habia conquistado. Príncipe benigno y justo, era animoso en la adversidad, moderado en la dicha, y enteramente consagrado á los deberes que le imponia su alta dignidad. Grande en sus proyectos, todos los encaminaba al bien de su pais; construyó muchas fortalezas en la frontera turca, para poner coto á las correrías de los musulmanes; fundó varios hospitales, entre ellos el de Pesth, para los sol-

dados inválidos, y abrió muchos y cómodos caminos por entre las cimas inaccesibles de los Alpes, siendo notables en este género los de la Carintia y la Croacia.

CARLOS I de Inglaterra. Es este infortunado monarca palpable ejemplo de cuán perjudiciales son á los reyes los favoritos, y cuántos males acarrea á las naciones el que no se consulten, para dirigirlas, sus tendencias, sus necesidades y sus deseos. El mal aconsejado Cárlos, bueno, humano, generoso, cariñoso con su familia, y afable con todos, llegó algunas veces á ser tirano y cruel, porque á ello le arrastraban sus imprudentes aduladores. Ya desde el principio de su reinado (1625), tuvo que sostener con la España una guerra encendida, por haberse roto por la arrogancia del negociador Buckingham, las negociaciones entabladas para su enlace con una infanta española, porque el favorito queria casarle, como en efecto lo consiguió, con María Enriqueta de Francia. Este casamiento produjo en Inglaterra muy mal efecto; y ya desde entonces se notó el divorcio que comenzaba á establecerse entre el rey y el pueblo. Nególe el Parlamento los subsidios que pedia para continuar la guerra, ó mas bien los caprichos de Buckingham, y el rey apeló al medio, peligroso siempre, de cerrar las Cámaras é imponerlos al pais por su propia autoridad. La derrota que la escuadra inglesa sufrió delante de Cádiz (1626), le obligó á convocarle de nuevo, pero los Comunes se mostraron tan indóciles como la vez primera, y no se limitaron á esto tan solo sino que acusaron públicamente al favorito, de corruptor del rey, y atentador á las libertades y privilegios del Parlamento. Pero Cárlos, obstinado en seguir los pérfidos consejos de sus confidentes, disolvió de nuevo la Cámara. La falta de impuestos legales condujo desde entonces al gobierno de Cárlos á plantear un sistema de contribuciones, que en poco tiempo esparció por toda Inglaterra el terror ó la sedicion, y como dice un conocido autor: «No se «veia en aquella funesta época la se«renidad en el rostro de un ingles «capaz de pensar y de prever.» El rompimiento con la Francia y el desastre de la Rochela agravaron todavía mas los apuros del erario, y para hacer frente á tantos apuros convocóse por tercera vez el Parlamento (1628). Su primer acto, empero, fué presentar al rey la célebre acta conocida con el nombre de *Peticion de derechos* que Cárlos se vió precisado á sancionar. Grande fué el júbilo que se esparció por los tres reinos al saber aquella resolucion del rey, y todos creyeron ver amanecer dias mas prósperos y felices; pero desgraciadamente el gobierno no supo aprovechar este entusiasmo para cimentar la autoridad real. El partido puritano tenia grande influencia en el Parlamento, y bajo pretestos religiosos unas veces, ó de estender los derechos populares otras, promovió mil desórdenes y conflictos, que no hacian mas que propagar en los ánimos la discordia y el rencor. El rey ó impotente, para conjurar el mal, ó demasiado confiado en sus propias fuerzas, cerró y disolvió la asamblea de los Comunes y desde entonces gobernó por sí, estableciendo el gobierno unitario ó absoluto. Aconsejado entonces por el obispo de Lóndres, que despues de la muerte de Buckingham tenia toda su confianza, trató de introducir en Escocia (1637) la liturgia y gerarquía anglicana; pero los escoceses se opusieron abiertamente, y de aquí resultó la famosa liga conocida con el nombre de *covenant*, que tanta parte tomó en la revolucion posterior. El rey queriendo atajar el mal, y aconsejado por su leal ministro Wentworth convocó el Parlamento último de su reinado. Pero era ya tarde, y si los Parlamentos anteriores solo se habian mostrado resistentes, este se declaró completamente hostil. Cárlos Stuart no contaba mas que con el apoyo de su fiel ministro, y los presbiterianos eran fuertes en

número y elocuencia. Dos años trascurrieron en luchas y combates oratorios, que naturalmente tenian su eco en las masas agitadas, que al mismo tiempo que aumentaban el prestigio de los enemigos del trono, disminuian notablemente el de la autoridad real. Cárlos, ya casi prisionero del Parlamento, huyó de Lóndres (1643) para ponerse al frente de las tropas que le habian permanecido fieles. Pero su desgracia estaba resuelta, y la pérdida de la batalla de Nazerbi (1645), en la que salieron los parlamentarios victoriosos, lo decidió todo, y el fugitivo rey, desesperado y fuera de sí, se acogió al ejército de Escocia. Empero en tiempos de revueltas, la lealtad se esconde avergonzada, para no dejar mas que hablar al interes. El rey de Inglaterra fué entregado á sus enemigos por la cantidad de *cien mil libras esterlinas*, (quinientos mil duros). Conducido á Lóndres fué inmediatamente juzgado por un tribunal especial compuesto de Fairfaix., de Cromwell, Waller y hasta ciento cincuenta jueces. Por tres veces compareció el infortunado Cárlos ante sus jueces, y otras tantas declinó, con gran serenidad y valor, su competencia; pero su muerte estaba de antemano decretada, y Cárlos I fué sentenciado á ser decapitado delante de su palacio de Witehall. En vano cuatro de sus ministros antiguos se ofrecieron á sufrir por él aquella pena, y en vano tambien intercedió la Europa en su favor; la sentencia fué ejecutada por un enmascarado que hizo el oficio de verdugo, el 30 de enero de 1649. La animosa constancia de Cárlos en sus reveses, y la tranquila firmeza con que arrostró la muerte, admiraron hasta sus mismos enemigos, probando el vulgar proverbio, que *los Stuarts sobrellevan mejor sus desgracias que su prosperidad.*

CARLOS II de Inglaterra. Hijo del precedente, nació en 1630 y pasó toda su juventud refugiado en varias ciudades de Europa, hasta que Monck, gobernador de Escocia, y que gozaba de grande influencia en el Parlamento despues de la muerte de Cromwell, logró restablecer á Cárlos en el trono de Inglaterra (1660), y coronarle solemnemente en Lóndres. Ora porque no se mostrase demasiado vengativo, ora porque en lo general se hallase el pueblo ingles cansado del dominio de Cromwell y de su hijo, es lo cierto que las disposiciones y actos del gobierno de Cárlos, no tan solo no encontraron oposicion alguna, sino que muchas fueron recibidas con general aplauso. Mandó publicar y establecer la libertad de conciencia, lo cual le granjeó el amor de todo el partido católico; suspendió las leyes penales establecidas contra lós no-conformistas, y fundó y fomentó en gran manera la sociedad real de Lóndres. Bastante desarreglado en sus costumbres privadas y notablemente pródigo, Cárlos II murió sin sucesion en 1685.

CARLOS XI de Suecia. Nació este príncipe en 1655 y fué proclamado rey à la edad de cinco años por muerte de su padre Cárlos Gustavo. La hábil regencia de su madre, unida con el senado, aseguraron la conservacion de las posesiones conquistadas durante el reinado precedente, y parecian haber asegurado la tranquilidad de la Suecia, pero desgraciadamente alzáronse en el seno de esta asamblea dos partidos; el uno sostenido por los títulos que aspiraban á formar un gobierno oligárquico, y el otro que pedia la conservacion de las prerogativas garantizadas á las clases inferiores por las leyes constitutivas del Estado. El rey ofendido del predominio que queria ejercer en sus consejos el primer partido, convocó los Estados en 1680, y con rara politica supo ganar tanto el afecto de los pueblos, que la Asamblea popular al tiempo de disolverse, le presentó un acta declarándole soberano absoluto y libre de toda responsabilidad, quedando, en consecuencia, re-

ducido el senado á un simple consejo de Estado. Investido Cárlos del poder, no se mostró por eso exigente, antes bien cuidó de convocar con regularidad los Estados para discutir y votar las contribuciones. Aplicóse el rey entonces, á mejorar la administracion del reino, organizando un ejército nacional, libertándose de mantener tropas mercenarias; estableció la contribucion territorial con arreglo á la riqueza pública; fundó un banco en Stokolmo, perfeccionó las leyes marítimas, y abrió al comercio el puerto de Carlscona, y varios canales de comunicacion y transporte. Dotado de un juicio exacto y de un carácter varonil, adquirió tal reputacion entre los soberanos de Europa, que con frecuencia se apelaba á él, para que dirimiese sus diferencias. Falleció en 1697, dejando á su hijo un reino floreciente, un ejército y una escuadra respetables, y un tesoro abundante en dinero y recursos cual nunca lo habia poseido monarca alguno.

CARLOS XII de Suecia. Hijo del precedente, nació en 1682. Impaciente por reinar, se hizo declarar mayor de edad á los 15 años, y al tiempo de coronarle, arrebató la corona de manos del arzobispo de Upsal, ciñéndosela él mismo con tal aire de imponente grandeza, que dejó absorta á la multitud. No bien se habia encargado del gobierno, cuando coligándose el rey de Polonia, el de Dinamarca y el Czar de Moscovia intentaron apoderarse de sus estados, fiados en la inesperiencia del jóven rey. Pero Cárlos, que apenas contaba 18 años, se pone al frente de su ejército y los ataca á uno despues de otro y los vence; corre despues á Copenhague, arrojando á los dinamarqueses de sus atrincheramientos y envia á decir á su rey, que si no hace justicia al duque de Holstein su aliado, á quien habia hostilizado, se preparase á ver destruida su capital, y su reino invadido á sangre y fuego. El resultado de estas amenazas fué el tratado de Travendal, en el cual nada se reservó para sí, contentándose con vencer y humillar á su enemigo. Concluida esta guerra en menos de seis semanas, marcha en derechura á Nerva (1700) sitiada por 100,000 rusos, les ataca con solos 9,000 soldados, y los arroja de sus posesiones, haciendo prisioneros gran número de enemigos. Cárlos siempre generoso y humano, da libertad á los soldados vencidos, para que vuelvan desarmados á sus hogares, guardando tan solo á los generales, á quienes devuelve sus espadas y dinero. Despues de humillar á los rusos, acomete al rey de Polonia, se apodera de la Curlandia, somete á la Lituania y entra victorioso en Varsovia, gana la encarnizada batalla de Clisau, sitia á Thorn y elige rey á Estanislao Leczinski en lugar de su enemigo Augusto. Envanecido con tantas y tan repetidas victorias vuelve las armas contra el Czar; al frente de cuarenta mil hombres se apodera de Grotno, pasa el Boristenes, hace un tratado con los cosacos, y fija su campamento en las riberas del Decena. Empero al avanzar hácia Moscou le abandona la fortuna, y pierde la batalla de Pultawa (8 de julio de 1709). Herido en una pierna, hecho prisionero casi todo su ejército, se vió precisado á refugiarse en Turquía. El gran señor recibió magnificamente al vencido rey, y le dió una escolta de honor de cuatrocientos tártaros. Empero al tratar de hacerle salir de sus estados por temor de su genio turbulento, Cárlos se fortifica en su casa de Bender, hace frente á un ejército, y solo se rindió cuando vió arder el edificio. Trasladado á Andrinópolis, y de allí á Demir-Tocca, permanece diez meses en cama, fingiéndose enfermo, para mejor engañar á sus carceleros; hasta que aprovechando una ocasion propicia se escapa de su encierro y llega á Stralsund el 22 de noviembre de 1714. Repuesto un tanto de sus derrotas, y agitado siempre por su ardor guerrero, ataca á la Noruega, poniendo sitio á Federicshall (1718). Pero una noche que inspeccio-

naba los atrincheramientos levantados aquel dia por los ingenieros, cayó muerto de un balazo que, segun algunos suponen, partió de las mismas filas de su ejército. Con él fenecieron todos los proyectos de venganza. Cárlos XII, como dice justamente un distinguido historiador, no era un Alejandro; pero á no dudar, hubiera sido el mejor soldado de su ejército. Con razon se le ha llamado el don Quijote del Norte, pues llevó todas las virtudes de los héroes á un estremo, en que son tan peligrosas como los vicios opuestos. Inflexible hasta ser obstinado, liberal hasta ser pródigo, valiente hasta la temeridad, y severo hasta la crueldad, en sus últimos años, fué menos rey que tirano; y durante su vida, mas soldado que héroe. Sus costumbres eran austeras y aun duras. En cuanto á religion todas le fueron indiferentes, aun cuando esteriormente profesaba el luteranismo. Para dar á conocer mejor su carácter, creemos sea del agrado del lector el que refiramos algunas anécdotas de su vida. En su primera campaña preguntó al oir el ruido de las balas: «*¿Qué es esto?—Es el ruido de las balas que os disparan*—le dijeron. —*¡Bueno!*—repuso al momento,—*esta será mi música desde hoy.*» Al saber que un oficial sajon se habia apoderado de la princesa Lubomiwski, favorita del rey Augusto, que huia de los horrores de la guerra con todos los objetos de valor que llevaba consigo, Cárlos escribió al oficial el billete siguiente de su propio puño: «*Como yo no hago la guerra á las mujeres, el teniente coronel Hage pondrá en libertad á su prisionera, así que reciba la presente, devolviéndola cuanto le pertenece; y si no se considerase segura para continuar su camino, el mismo teniente coronel la escoltará hasta la frontera de Sajonia.*» Como prueba de su impavidez en los combates, cuéntase que cuando en la batalla de Nerva le mataron el caballo que montaba, dijo saltando velozmente sobre otro que le presentaron: «*Estas gentes me obligan á hacer el ejercicio.*» Hallándose sitiado en Stralsund, un dia que se hallaba dictando á su secretario unas cartas para sus ministros, cayó una bomba en la casa donde estaba, la que por una felicidad inconcebible, dejó ileso el gabinete del rey. Mas como al estampido del proyectil y el estruendo de las ruinas, se le cayese de la mano la pluma al secretario, le preguntó con semblante sereno: «*¿Qué tienes? ¿por qué no escribes?*—A lo cual solo respondió balbuceando el secretario.—*¡Una bomba... señor!*—*Y bien*,—repuso el rey —*¿qué tiene que ver la bomba con la carta? Prosigue.*» Por último, hé aquí una muestra de su prodigalidad. Grothusen, su favorito y tesorero, tan pródigo como su amo, le presentó un dia una cuenta de la inversion de setenta mil escudos en esta forma: «*Diez mil escudos entregados á los suecos y á los genízaros en virtud de las órdenes generosas de V, M., y los restantes me los he comido.—Ved ahí*,—dijo entonces el rey,—*como me gusta que me den cuentas mis amigos: Mullen* (su ministro de Hacienda) *me hace leer páginas enteras para sumas de diez mil escudos, pero yo prefiero el estilo lacónico de Grothusen.* En fin, como uno de sus oficiales tenido por avaro, se quejase una vez al rey de que todo se lo daba á Grothusen, le dijo: «*Es que yo no doy el dinero sino á los que saben gastarlo.*»

CARLOS XIII de Suecia, último rey de esta dinastía que acabó con su muerte ocurrida el 5 de febrero de 1818, á los setenta años de edad. Entró á reinar el 29 de julio de 1809, por haber sido destronado Gustavo IV, por un motin popular que se oponia á la guerra contra Napoleon. El nuevo rey, al subir al trono, ajustó las paces con el emperador de los franceses, y á peticion de los principales personajes de Stokolmo partidarios de la Francia, declaró príncipe heredero al general frances Bernadotte que reinó despues con el nombre de Cárlos XIV.

CARLOS XIV de Suecia (Bernadotte). Pocos ejemplos presenta la historia de una elevacion tan rápida y durable como ofrece el personaje del que vamos someramente á ocuparnos. Nacido en 1764, en un molino de los alrededores de Pau (Francia), y ocupado desde niño en las faenas propias de su oficio. Juan Bernardo ó Bernadotte, sentó plaza á los diez y ocho años de edad, en uno de los regimientos de guardias francesas, en el cual á lo mas que hubiera podido aspirar, sin los disturbios de los tiempos, era á obtener una plaza de sargento. Pero Bernadotte tenia ambicion y génio, y estas dos cualidades reunidas suelen ser comunmente escalon de gran fortuna. Tomando una parte activa en los movimientos políticos y revolucionarios de Francia desde 1789, el futuro rey fué ganando sucesivamente todos sus grados en el ejército, batiéndose con arrojo en todas las batallas y combates de la república. Bonaparte, que le distinguia con su particular amistad, le puso al frente del ejército que con la division auxiliar española mandada por el célebre marques de La Romana, debian conquistar á la Suecia; y allí fué donde el antiguo molinero desplegó, mas que su saber militar, su hábil ciencia política. La espedicion francesa y los designios de Napoleon quedaron frustrados; pero Bernadotte habia sabido adquirirse tanta popularidad y prestigio entre los suecos, que los grandes de aquel reino unidos á los diputados de los estados, obligaron á Cárlos XIII á adoptar á Bernadotte como príncipe heredero del trono de Suecia (1812). Apoyada por Napoleon, y no mal vista esta estraña eleccion por los soberanos del norte, que vislumbraron, no sin razon, un medio de separar del coloso uno de sus mejores generales y apoyos, el nombramiento de Bernadotte fué universalmente aprobado. Trasladóse á Stokolmo el futuro rey, y en honor á la verdad debe decirse, que su conducta política fué desde entonces, para sus súbditos, la mas propia para cautivarse las voluntades del pueblo. Separando su causa de la de su antiguo compañero y jefe, unióse su ejército al de los aliados cuando cerraron todos contra la Francia; y si en este acto hubo patente ingratitud por parte de Bernadotte, no hay duda que obró como hábil político. De todos los reyes que creó ó apoyó Napoleon, es el único que conservó su régia posicion. Proclamado rey el 6 de febrero de 1818 con el nombre de Cárlos XIV, el mismo dia del fallecimiento de Cárlos XIII, ha reinado pacíficamente hasta el 8 de mayo de 1844, que murió dejando el trono á su hijo Oscar, y asegurada su nueva é improvisada dinastía.

CARLOS II de Navarra, llamado *el Malo*. Príncipe dotado de vasto entendimiento, de elocuencia y valor, pero con un corazon tan perverso, que oscureció con sus crímenes sus raras cualidades. Hizo asesinar á Cárlos infante de Lacerda solo porque se habia dado á este príncipe el condado de Angulema, que él pretendia para su mujer, hija del rey Juan. Cárlos V de Francia, hijo de este monarca mandó arrestar á Cárlos *el Malo*, para castigarle por varios crímenes de que se le acusaba; pero habiéndolo previsto el navarro, se fugó de la cárcel, asesinando á sus carceleros, y para vengarse marchó á Paris á unirse con los descontentos; los cuales le persiguieron despues por las muchas violencias y desmanes que cometió con sus habitantes. Su arma favorita era el veneno, y por dos veces quiso atentar á la vida del monarca frances, á quien no perdonó nunca el haber intentado castigarle. Su muerte acaecida en 1367 fué digna de su vida criminal. Habíase hecho envolver en unas sábanas empapadas con aguardiente, bien fuese para reanimar sus fuerzas abatidas, bien para disminuir los agudos dolores que le causaba la lepra que padecia. Pero habiéndose prendido fuego á las sábanas, murió consumido por las lla-

mas en medio de los mas acerbos dolores y de los mas cruelísimos tormentos.

CARLOS III de Navarra, denominado *el Noble*, hijo y sucesor del precedente, era el reverso de su padre, y como la indemnizacion que el cielo concedia á los navarros por los grandes males que causó el reinado de su antecesor. Coronado en Pamplona, cuando apenas contaba veinte y cinco años de edad (1390), se apresuró, al tomar las riendas del gobierno, á reformar los abusos introducidos en el reino, fijando toda su atencion en vivir en paz y buena armonía con los príncipes sus vecinos. Dotado de gran talento, pero sin los vicios de su padre, negoció diversos tratados ventajosos con la Inglaterra, la Francia y Aragon, manteniendo, por ellos, sus estados en paz, mientras los demas se veian cruelmente agobiados por las guerras intestinas. A sus esfuerzos y mediacion debió la Francia el que se reconciliasen las facciones de Orleans y de Borgoña. El desgraciado Cárlos VI y su familia encontró en Cárlos *el Noble* benévola acogida y eficaz apoyo, cuando Juan de Borgoña asesinó al duque de Orleans, y se recrudecieron, con este motivo las enemistades y venganzas de los partidarios de entrambos. Bajo su cetro paternal florecieron en sus estados las artes, las letras y la industria, muriendo en Olite en 1425, llorado de sus súbditos, y admirado de los reyes sus aliados y vecinos.

CARLOS *el Temerario*, duque de Borgoña, hijo de Felipe *el Bueno* y de Isabel de Portugal, nació en Dijon (Francia) en 1433, y se distinguió bajo el nombre de conde de la Charolais en la batalla de Rupelmonde cuando apenas tenia diez y nueve años. Por su carácter independiente, á la vez que violento y duro, estuvo siempre en oposicion con los favoritos de su padre; pero lo que mas le ha singularizado ha sido el odio implacable que desplegó contra Luis el onceno. Los descontentos y enemigos de este monarca encontraron en el jóven duque un jefe resuelto á combatir á todo trance al rey de Francia, que no pocas veces estuvo á pique de arrebatarle la corona. Así es, que cuando se le presentó el obispo de Paris, para manifestarle la injusticia de sus ataques contra Luis, le contestó con altivez: «Id á decir á «vuestro amo, que siempre hay sobra«dos motivos para molestar á un prín«cipe, que solo sabe hacer uso del tor«mento y del veneno; y que marchan«do contra él, cualquiera está seguro «de encontrar gran número de parti«darios. Que he tomado las armas con«tra él á solicitud de los pueblos, de «la nobleza y de los príncipes, que to«dos quieren emanciparse de su tira«nía. Estos son mis únicos cómplices.» La batalla de Montlery que se trabó poco despues vino añadir nuevos títulos de gloria y de valor, á los que ya habia adquirido *el Temerario*. Ascendido al trono por muerte de su padre (1467) desplegó contra los de Lieja y Gante sobrada crueldad, para vengarse de las concesiones que le habian arrancado antes de emprender la guerra contra Luis XI. A pesar de su odio contra este, consintió en no tomar en adelante las armas contra él, mediante una suma de ciento veinte mil escudos de oro; pero como en la entrevista que tuvo en Perona con aquel rey, supiese que los de Lieja, escitados por Luis, habian tomado las armas y apoderádose de Tongres, obligó á este que le acompañase para presenciar el castigo que descargó sobre los culpables. Empero, ora fuera la sed de venganza lo que le animase, ora el ver que su altivez tropezaba siempre con la astucia de su rival, es lo cierto que desde aquella época adquirió su carácter tal grado de ferocidad, que no tan solo fué el azote de las naciones vecinas, sino el autor de su propia ruina. Los suizos le derrotaron completamente en las batallas de Granson y de Morat, perdiendo en esta el famoso diamante que se vendió

entonces por un escudo, y que el duque de Toscana compró despues por un precio casi fabuloso. Murió al fin en 1477 de un hachazo que le dividió la cabeza en el sitio de Nancy, despues de ver destruido su ejército por la traicion de uno de sus generales, llamado Campo-baso. Cárlos *el Temerario* fué el último representante del feudalismo en Francia, y aun cuando cruel en la guerra, era, no obstante, justo y humano con sus gobernados.

CARLOS ALBERTO, rey de Cerdeña, nació en 1798. La grande inteligencia que mostró desde sus primeros años, y la serenidad y valor con que arrostraba los peligros, hicieron concebir grandes esperanzas á los que deseaban dias mas prósperos y mayor independencia para su patria. Pronuncióse en favor de las reformas políticas del Piamonte cuando estallaron en aquel pais (1820), algunos movimientos en favor de las libertades políticas; pero la desgraciada suerte que tuvieron aquellos generosos esfuerzos, le obligaron no tan solo á separar su causa de la de los complicados en aquellos acontecimientos, sino que para captarse de nuevo la confianza de su padre, y la de los reyes aliados que se oponian á todas las innovaciones reformistas, pidió y obtuvo el permiso de formar parte de los ejércitos franceses, cuando en 1823 invadieron la península para sofocar en España el régimen constitucional. Asistió, pues, en calidad de ayudante del duque de Angulema, jefe supremo de las tropas francesas, al sitio de Cádiz y toma del Trocadero, en la que tomó una parte activa. Concluida esta regresó á su pais, donde se mantuvo, al parecer, estraño al gobierno, pero sin perder nunca de vista el aprovechar todas las circunstancias que se presentasen favorables para engrandecer el nombre de su reino. Acusáronle sin embargo, los que no conocian su carácter reservado y político, de haber continuado el mismo gobierno de su antecesor, durante los primeros años que ocupó el trono; pero como ya hemos dicho, Cárlos Alberto en la posicion que ocupaba en Europa, no podia esponerse á mostrarse lo que era, porque sus intenciones hubieran sido sofocadas al momento por fuerzas superiores, y acaso perdido el trono, destruyendo para siempre sus proyectos. La revolucion francesa de 1848, le dió ancho campo para ello, planteando en seguida en el Piamonte el régimen constitucional. A medida que fué estendiéndose por toda Italia el deseo, no solo de sacudir la dominacion austriaca, sino de reunir los varios y pequeños estados italianos en un solo reino, todos fijaron su vista en el rey de Cerdeña, como el que mejor reunia todas las circunstancias que se necesitaban para tan vasta empresa: pero la envidia, la malevolencia y la desunion, desbarataron y destruyeron por su base la obra colosal del patriotismo. Cárlos Alberto, sin embargo, no cejó en su propósito, antes bien continuó prosiguiéndolo con mas ardor. Al frente de su ejército secunda el movimiento de Milan, alienta las esperanzas de los patriotas y persigue á los austriacos hasta las orillas del Pó. Empero cuando podia esperar ver libre la Italia del dominio del Austria, y derrotado su ejército; cuando por todas partes veia acudir á alistarse en sus banderas á una juventud ardiente de gloria, la traicion ó cobardía de uno de sus generales compromete la accion de Novara (1849), y el ejército piamontes queda destrozado por el austriaco dirigido por Radetzki. Las fatales consecuencias de esta jornada fueron inmensas; la Lombardía volvió á caer en poder del vencedor, y los pequeños estados italianos que habian secundado su movimiento, recibieron guarniciones estranjeras. Cárlos Alberto creyó concluida su mision, y abdicando el peso de la corona en su jóven primogénito, subió en una silla de posta; y atravesando en pocas horas la Francia y la España, va á morir á Oporto, donde fijó su residencia, al poco tiempo de su llegada.

CARLOS *el Bueno*, conde de Flándes, hijo de San Canuto, rey de Dinamarca. Defensor decidido de los derechos del pueblo contra las invasiones de los grandes y del clero, á quienes contuvo siempre en sus injusticias y odiosas exacciones. Era este príncipe enemigo mortal de los aduladores y cortesanos, y solo apreciaba á los que se acercaban á hablarle, dice un sábio historiador, á medida que le demostraban la verdad clara y sin ambages. Mas de una vez agotó sus tesoros para remediar las necesidades de los pobres; y hasta vendió sus galas cuando se encontró sin medios para ello. Por último, era tan celoso del bienestar de sus gobernados, que durante su mando mantuvo siempre á bajo precio los artículos y comestibles de primera necesidad, para que los pueblos no esperimentasen nunca los terribles efectos de la miseria. Pero un preboste de San Donato de Bruges, que era al mismo tiempo canciller de Flándes, queriendo vengarse de este virtuoso príncipe, porque reprimia y castigaba sus cohechos é injusticias, compró unos asesinos que le quitaron la vida en 1124, sobre las gradas de un altar de la vírgen de la indicada iglesia de San Donato.

CARLOSTAD ó CAROSTALD (Andres Rodulfo), canónigo, arcediano y catedrático de teología en Witemberg. Grande amigo de Lutero, á quien graduó de doctor, y todavía mas exagerado que él en sus doctrinas. Fué el primer eclesiástico de Alemania que se casó públicamente, cuya ceremonia hizo con mucha ostentacion, cantándose en la misa varias canciones profanas que sus discípulos compusieron espresamente para el objeto. Murió en Basilea, pobre y despreciado en 1541. Dejó escritas varias obras de controversia eclesiástica, muy poco estimadas y apenas conocidas.

CARMATH (Hamdam-Iber-Alaschatz), fundador de una secta árabe á principios del siglo X, cuya doctrina atacaba los dogmas del mahometismo é islamismo. Predicaba la comunidad de los bienes y de las mujeres, proscribia la confesion, los ayunos, la oracion y la limosna, y no imponia freno alguno á las pasiones. Pereció víctima de la venganza del jefe de los ismaelitas, de cuya secta se habia separado para fundar la suya. Sus doctrinas modificadas y ampliadas han servido en nuestro siglo de base para las que en 1830 proclamaron los sansimonianos de Francia, y una fraccion de los modernos socialistas.

CARMONA (Juan de), célebre médico español del siglo XVI, murió en Sevilla, y ha dejado las obras siguientes escritas en latin. *Práctica útil para conocer y curar la peste*, y el *Tratado sobre si la astrología es necesaria á los médicos*.

CARMONA (Alfonso), escritor español andaluz del mismo siglo. Es autor de una *Relacion del descubrimiento y conquista de la Florida*, que Garcilaso de la Vega cita con elogio.

CARMONA (fray Jimenez de) nació en Córdoba en 1589, estableciéndose en Sevilla como médico, en cuya profesion adquirió mucha celebridad. Escribió un tratado *Sobre la grande escelencia y virtudes del agua*. Murió fraile de San Francisco, cuyo hábito vistió en los últimos años de su vida.

CARMONA (Salvador), célebre grabador español, nació en Madrid en 1730. Pensionado al principio en Paris, por el gobierno, fué despues enviado á Roma para perfeccionarse en su arte, y al regresar á España en 1760, casó con una hija del famoso Rafael Mengs, y nombrado al mismo tiempo grabador de cámara del rey. Dejó varias obras sumamente admiradas, entre ellas *la Vírgen y el niño Jesus*, copia de Van-Dick, y la *Resurreccion del Señor*, de Cárlos Vanloo. Murió este estimable artista en su patria en 1807.

CARNEADES DE CIRENA. Fundador de la tercera academia griega, y jefe del *Pirronismo*. Nació el año 218, antes de Jesucristo. Su sistema consiste en admitir tan solo verdades constantes é inalterables, fundadas en la esencia misma del Ser Supremo, pero oscurecidas con tantas argucias, condiciones y tinieblas, que apenas se pueden descubrir. Permite empero, que se pueda obrar apoyándose en un hecho puramente verosimil; pero á condicion de que no se pronuncie palabra alguna de un modo afirmativo. Carneades era como todos los antiguos sábios, en general, desaliñado en el vestir, y se dejaba crecer el pelo, la barba y las uñas. Fingia olvidarse de comer, y era preciso que sus criados le pusieran la cuchara en la mano, y muchas veces hasta en la boca. Su elocuencia era elegante á la par que persuasiva. Habiendo sido condenados los atenienses á pagar quinientos talentos por haber saqueado la ciudad de Orepa, enviaron á Roma á Carneades para que defendiese á los de Atenas; y Caton al oirle, temiendo que se les condonase la multa, esclamó: «Arrojad á ese griego; no parece sino que los atenienses al encargarle de sus negocios han querido triunfar de sus enemigos.» Murió de 85 años de edad, el año 129 antes de Jesucristo. El mismo dia de su muerte hubo un eclipse de luna, «como si el mas bello astro despues del sol, dice Diógenes Laercio, hubiese tomado parte en esta pérdida.»

CARNICERO (Alejandro), escultor español, nació en Iscar, provincia de Segovia en 1693, y ha dejado varias obras muy estimadas, entre ellas el *paso de los azotes de Jesucristo*, que existe en Salamanca, y la *Santa Cecilia* y *unos ángeles* en la catedral de Leon. Tambien son de este artista las estátuas colosales de los reyes Wamba, Sisebuto y Sancho el Craso, colocadas hoy en la plaza de Oriente de Madrid.

CARNOT (Lázaro Nicolas), diputado en la asamblea legislativa y convencion francesa, teniente general de sus ejércitos, nació en Borgoña en 1753 de una antigua familia de labradores, pero desde muy jóven entró en el cuerpo de ingenieros. Amante celoso de su patria, rehusó varias ofertas que le hicieron los reyes estranjeros para que se pasase á sus filas; y mas apasionado de la libertad que de los privilegios militares, hizo adoptar á la primera asamblea varias disposiciones que los coartaban. Tomó una parte activa en el armamento de la guardia nacional, y en la disposicion que despues se adoptó de armar al pueblo de picas, que contribuyó no poco al destronamiento de Luis XVI. Votó la muerte de este monarca, sin apelacion ni aplazamiento. Nombrado uno de los cinco directores, cuando se estableció la constitucion del año III, se puso desde luego en vivísima oposicion con Barras, otro de sus colegas, porque le disputaba la direccion de los negocios militares. La república debió á Carnot la formacion de los grandes ejércitos que contuvieron la invasion estranjera contra ella. Pero acusado de realismo en la época del terror, fué proscripto y tuvo que emigrar, refugiándose en Alemania. Cuando el general Bonaparte se apoderó del gobierno, nombró á Carnot ministro de la guerra, contribuyendo en gran manera á organizar los ejercitos que le proporcionaron sus victorias y conquistas ulteriores. Pero celoso de su autoridad no podia avenirse ciegamente á las exigencias del primer cónsul, y se retiró del ministerio algunos meses despues. En 1802 fué llamado al tribunado por eleccion de los senadores, y en este cuerpo votó constantemente contra la oposicion republicana. Negóse, sin embargo, á firmar el acta de la sesion del tribunado, en la que se ofreció el trono al general Bonaparte; por cuyo motivo, habiendo sido abolido el cuerpo á que pertenecia, quedó sin empleo y sin recurso algu-

no. Carnot que habia ocupado los mas altos empleos de su patria, y habia, por decirlo así, subyugado á la Europa, era pobre; porque en medio del trastorno general nada habia adquirido, ni de nada habia querido aprovecharse, prefiriendo el permanecer íntegro y altivo. Cuando los ejércitos imperiales sufrieron tantos desastres en Rusia, tuvo la generosidad de ofrecer sus servicios al hombre que tanto le habia despreciado antes, solo porque quiso conservar la independencia de sus opiniones; y entonces Napoleon le confió la defensa de la ciudadela de Amberes. Esta defensa es la mejor página de su historia. Nada omitió para conservar la seguridad interior y esterior de aquel fuertísimo baluarte de la Bélgica; y solo lo entregó á los aliados cuando hubo desaparecido de Francia el poder imperial. Los ricos y bien abastecidos arsenales de aquella importante plaza sirvieron á la Francia, despues, para compensar, en gran parte, los gastos de guerra que la reclamaron las potencias coligadas. En vano se le hicieron brillantes é interesantísimas proposiciones para que entregase la fortaleza, ó al menos adelantase la entrega de algunas horas. Carnot permaneció inflexible; y despreciando las riquezas se mantuvo fiel á su honor y su deber. Por esta accion le fué permitido permanecer en Francia, reconociéndole su grado de teniente general y devolviéndole la cruz de San Luis, á pesar de estar comprendido en la medida adoptada contra los regicidas; pero habiendo aceptado el ministerio de la guerra que le ofreció Napoleon á su regreso de la isla de Elba, y contribuido mucho como miembro del gobierno provisional despues de la derrota de Waterloo á que se adoptasen medidas de resistencia contra los Borbones y sus aliados, fué proscripto al entrar Luis XVIII en Paris, marchando primero á Varsovia y despues á Magdeburgo, donde murió en 1823, sin bienes de fortuna, dejando á sus hijos por herencia un nombre puro de toda accion deshonrosa. Escribió Carnot varias obras muy apreciadas de los militares, y algunos folletos políticos y opúsculos poéticos.

CARO (Anibal), uno de los mas célebres literatos italianos del siglo XVI, nació en 1507 en Civita-nuova en la marca de Ancona. Sus composiciones poéticas, son aun hoy dia admiradas de todos, y algunos de sus sonetos son comparables, si no mejores que los del Petrarca. Fué secretario del duque de Parma, y despues de los cardenales Farnesio, quienes le colmaron de riquezas y presentes. Falleció en 1566.

CARO (Rodrigo) literato, anticuario y jurisconsulto español, nació en Andalucía en 1591. Entre las varias obras que ha dejado, merecen citarse las *Antigüedades y principado de la ilustrísima ciudad de Sevilla*, y la *Relacion de las inscripciones y antigüedad de la ciudad de Utrera*. Muchos de sus manuscritos se conservan en varias bibliotecas de Andalucía.

CARO DE TORRES (Francisco) escritor, hijo de Sevilla, donde nació á fines del siglo XVI. Ha dejado dos obras, una que trata de los Paises-Bajos y colonias españolas de América, y la otra una historia de las tres órdenes militares, Santiago, Alcántara y Calatrava.

CARO Y SUREDA (don Pedro), marques de La Romana. Nació este preclaro español en Palma de Mallorca, el 3 de octubre de 1761. Familias hay en quienes el valor y la virtud parecen hereditarias. El padre de don Pedro habia muerto siendo general del ejército español, al frente del regimiento de caballería de Almansa, peleando heróica y denodadamente contra cuádruplo número de Argelinos, en la desgraciada espedicion contra aquella regencia en 1775; y el hijo, que cuando aquella desgraciada ocurrencia se hallaba estudiando en Lyon

de Francia, regresó á España, concluyendo sus estudios en Salamanca, y colegio de nobles de Madrid. Guardia marina en 1778, seria prolijo seguir al distinguido marques en los varios hechos de armas en los que tomó parte activa, hasta que declarada la guerra entre Francia y España en 1793, pasó La Romana al ejército de tierra, sirviendo bajo las órdenes de su tio don Ventura, general en jefe, quien le puso al frente de una numerosa division de cazadores, tomando parte en todos los combates y acciones de guerra que ocurrieron durante el año de 1793 y parte del 94. En los fastos de aquella campaña y siguientes, y en los anales del ejército español, el marques de La Romana ocupa un distinguido lugar. Su arrojo en la pelea, su serenidad en los reveses, y su clara inteligencia, le granjearon tan alto concepto entre los oficiales, y tan ciega confianza entre la tropa, que los generales en jefe le confiaban siempre las mas arriesgadas operaciones, seguros de verlas coronadas de un éxito feliz; y la misma fama y justo renombre habia obtenido entre los franceses, á quienes venció con frecuencia. Pero el mayor timbre de la carrera militar de La Romana es, sin duda, la retirada que bajo su mando ejecutó la division española, de las frias regiones del norte, que vamos á reasumir en brevísimas palabras. En enero de 1807, el gobierno español, ó mejor dicho, el favorito Godoy, puso á disposicion de Napoleon una division de 15,000 soldados, acaso lo mejor de las tropas españolas, que al mando del marques debian reunirse en el Hannover, para cerrar á los ingleses las embocaduras del Wesser y del Elba: y allí escitaron la admiracion de los franceses acaudillados por Bernadotte, por su valor y disciplina. Despues de la paz de Tilsit (1807), estalló la guerra entre Dinamarca y la Gran Bretaña. Napoleon se propuso invadir la Suecia, y la division española de La Romana, recibió órden de pasar á las islas dinamarquesas, como la vanguardia del ejército frances. En consecuencia, fueron llegando sucesivamente los cuerpos de que se componia, á Jutlandia y la Fionia, donde quedaron acantonadas. Mas entretanto, Bonaparte consumaba su perfidia arrancando á los reyes españoles su corona, para ceñir la frente de su hermano José. Hallábase el marques en la Fionia, cuando Bernadotte le intimó la órden de prestar juramento de fidelidad al monarca intruso. Colocado el general español en una situacion tan crítica, rodeado de fuerzas francesas, superiores en número á las suyas, desconfiando de las dinamarquesas, y sin noticias directas de su patria, tuvo por mas prudente para salvar la vida de sus soldados, el acceder, bajo condicion, á las pretensiones del frances, que perecer sin fruto entre los hielos polares, negándose abiertamente. No tardó La Romana en saber el verdadero estado de su patria; y lleno de noble indignacion, trató de volar con sus tropas al socorro de sus hermanos. Puesto de acuerdo con el almirante de la escuadra inglesa para trasportar sus tropas, tuvo entretanto que engañar al general frances manifestándole, para adormecer sus recelos, una confianza y seguridad que estaban muy lejos de su ánimo. Mientras así operaba dirigió á los jefes de los cuerpos una circular, enterándoles de todos los acontecimientos de España, invitándoles al mismo tiempo, á reunirse en las islas de Fionia y Langeland para impedir que los franceses se opusiesen á su designio. «Soy español, «les decia, y estoy resuelto á partici- «par de la gloriosa suerte de mi patria. «Todo es preferible á vivir bajo la ig- «noble dependencia en que estamos, y «voy á embarcarme con las tropas que «quieran seguirme.» Tan cumplidamente fueron ejecutadas sus órdenes, y tan escrupulosamente guardado su secreto, que las tropas españolas partiendo de diferentes puntos, llegaron casi todas el mismo dia al lugar de la

cita. Componian la guarnicion de Niborg en la Fionia, tres compañías dinamarquesas, y La Romana, temeroso de que contrariasen sus proyectos, supuso una órden de Bernadotte para que se retirasen de aquel punto: é inmediatamente ocupó aquella plaza importante, donde se hallaban varias lanchas cañoneras que hubiesen podido incomodar su retirada, embarcando en seguida las tropas en unos barcos costeños dinamarqueses, reuniéndose en Gotemburgo con los buques ingleses, que ya habian recibido á su bordo al marques y todo su estado mayor. Así salvó el ilustre guerrero de la villanía francesa, las valientes tropas que habian encomendado á su cuidado; y á él debió la patria que acorrieran desde lejanas tierras á libertarle, una buena parte de sus valientes hijos. La derrota de Blake en Galicia, (1808) y la desmoralizacion que á consecuencia se introdujo en aquel ejército, obligó al gobierno español á encargar el mando en jefe de las provincias septentrionales de España, al marques de La Romana. La victoria coronó sus esfuerzos en Villafranca, Lugo, Santiago, Vigo y otros puntos; y aunque reducido su ejército á un número casi insignificante de combatientes, obligó á evacuar la Galicia y Asturias á los franceses mandados por Soult y Ney. Separado, sin embargo, del mando, por míseras intrigas que no queremos calificar, aun cuando fué nombrado al mismo tiempo vocal de la junta suprema, no volvió al mando activo hasta 1810, en que á consecuencia de la pérdida de la batalla de Alba de Tormes, se le dió el mando del ejército de la izquierda. Pero al tiempo de dirigirse á Estremadura, cayó gravemente enfermo en Cartajo, donde murió el 23 de enero de 1811, á los 52 años de edad. El mas bello elogio que puede hacerse de este español preclaro, son las siguientes frases con que lord Welington dió cuenta á su gobierno, de su muerte: «Sus «virtudes, dice, sus talentos, y su pa«triotismo eran conocidos del gobierno «de S. M. Británica. Con él, ha perdi«do el ejército español su mas bello «adorno; su pais el patriota mas puro; «y el mundo, el defensor mas valiente «y celoso de la causa por la que pe«leamos.»

CAROLINA (Amalia Isabel), esposa de Jorge IV rey de Inglaterra. Hace ya años que dejó el mundo esta princesa, y apenas puede la historia juzgar con fundamento y cumplida certeza, si fué una mujer liviana ó una esposa fiel; ni si la conducta sobrado desordenada que se le atribuye, era nacida de su carácter ó de la frialdad con que su esposo la trató siempre. Nacida en Brunswick el 17 de mayo de 1768, vióse rodeada desde su mas tierna edad de una corte elegante y amable, como era la que entonces reunia en torno suyo su padre Cárlos Guillermo Fernando de Brunwick, jefe superior de los tropas austro-prusianas que combatieron con desigual fortuna á los ejércitos republicanos de Francia. Su casamiento con el príncipe de Gales (1795), se verificó bajo muy malos auspicios. El heredero del trono de Inglaterra se opuso desde el principio á este enlace, no porque aborreciese á su prometida, sino porque su corazon y su palabra estaban ligados de antemano con una de las señoras de su corte. Así es, que al dar á luz á su primera hija, el príncipe de Gales la hizo notificar que en adelante cesase entre ambos esposos toda relacion conyugal (1796). La altiva Carolina fuerte con su inocencia, no quiso rebajarse á pedir esplicaciones sobre esto, y aceptó la proposicion; pero participando al mismo tiempo, al padre de su esposo la conducta inconcebible de su hijo. No bastaba, empero, esta separacion al de Gales ó mejor á su amante; y para poder formular ante el pueblo ingles los verdaderos motivos de su conducta, se espió á Carolina hasta en las ocupaciones mas reservadas en el palacio de Montagu-housse, donde habia fijado su residencia. Na-

da, empero, se pudo saber; y Carolina aparecia siempre como irreprensible en su conducta, hasta que en 1806 lord y lady Douglas que habitaban en las cercanías, denunciaron al rey algunas faltas que en su decoro habian observado. Si se consultan los informes que sobre esto mandó hacer el rey, y los varios testigos que fueron llamados á declarar sobre el asunto, la acusacion de los Douglas, es una verdadera calumnia. Intentóse probar, en efecto, que la princesa habia dado á luz, en 1802, un niño habido de relaciones amorosas con el almirante Sidney Smith; pero todo quedó en duda y nada se resolvió definitivamente, á pesar de las varias reclamaciones é instancias para que se abriese un público y solemne proceso como pedia la acusada. En esto se encargó de la regencia el príncipe su esposo, y Carolina instó de nuevo para que se rehabilitase su opinion, se la permitiera ver á su hija y se la devolviese el rango que justamente la correspondia; pero fué desechada nuevamente su peticion, en atencion á que segun decretó el regente, *habiendo cesado toda correspondencia entre las partes, la determinacion del príncipe era no volverla á hablar jamas*. La prensa y el parlamento tomaron entonces una parte activa en el asunto. Los debates fueron acalorados y violentos, y muy poco á propósito para reconciliar á los esposos. Cansada, al parecer, de tantas bastardías, y de verse el objeto de generales hablillas, pidió permiso para viajar por el continente, y obtenido este, recorrió la Francia, Suiza é Italia, siendo en todas partes objeto de honores estraordinarios y de brillantes recibimientos. Pero si hasta entonces la conducta de la princesa de Gales puede conceptuarse como libre de culpa, la que observó despues presta mucho campo á graves acusaciones contra su honor. A su llegada á Milan admitió en clase de criado á un tal Bergami; y como al poco tiempo le elevara á la dignidad de su gentil-hombre particular, las sospechas de liviandad adquirieron mayor fuerza, y poco á poco fué separándose de su lado toda la servidumbre que habia sacado de Inglaterra. Acompañada siempre de Bergami, visitó la isla de Elba, se presentó en Palermo, Mesina y Siracusa, y obtuvo para su favorito la cruz de Malta, y el título de baron de la Francisca. En la primavera de 1816 fletó una corbeta para recorrer Túnez, Utica, Atenas, varias islas del archipiélago, Constantinopla y Jerusalen, donde instituyó una órden con el título de Santa Carolina, de la que hizo gran maestre á su gentilhombre. Ciertas locuras ó estravagancias que cometió en su regreso á Europa, acabaron de comprometer altamente la reputacion de la princesa; pues con pretesto del calor, hizo levantar sobre el puente de la fragata que la conducia, una tienda magnífica bajo la cual pasaba horas enteras con su favorito. En esto ocurrió la muerte de Jorge III, y la princesa de Gales se encontró de derecho reina de Inglaterra; pero cuando trató de volver á su patria adoptiva, se encontró en Saint-Omer (Francia) con dos altos personajes, comisionados para prohibirla la entrada en la Gran Bretaña. Carolina, sin embargo, despreciando aquella intimacion, rechazó las amenazas, y arribó á Douvres. Desde este punto hasta Lóndres, su viaje fué una ovacion continuada. El rey su esposo al saber su llegada, envia un mensaje á las cámaras acusándola de adulterio. Empezóse este célebre proceso el 17 de agosto de 1820; mas á pesar de los testigos que se presentaron contra la reina, casi todos italianos de su misma servidumbre, la cámara de los lores solo aprobó el *bill* de acusacion por una mayoría de nueve votos; y como el ministerio no la considerase suficiente, se aplazó su aprobacion decisiva á seis meses; esto es, indefinidamente. El pueblo ingles celebró esta victoria de la reina contra sus enemigos con tales demostraciones de júbilo, que en algunos puntos hasta ocurrie-

ron sérios desmanes. Casi podia decirse que la reina repudiada, gobernaba mas que el mismo rey; y la altiva Carolina veia humillados á todos sus mayores enemigos, cuando la acometió una grave enfermedad que la llevó en pocos dias al sepulcro (1821). Hasta despues de su muerte fué aquella mujer indefinible causa de agitacion, pues habiendo dispuesto el gobierno que su cadáver no atravesase las calles de Lóndres, al ser conducido al buque que debia trasportarle á Brunswick, se levantó un motin que dispersando á los guardias que acompañaban el féretro, le paseó por las calles mas concurridas de la capital, acompañándole respetuosamente hasta dejarlo depositado en el buque.

CARON, hijo del Eretro y la Noche. Mediante una retribucion de un óvolo cuando menos, ó á lo mas de tres, pasaba las sombras en una barca, de un lado al otro de la Estigia ó Aqueronte. Negábase á conducir las almas de aquellos que no habian sido enterrados, las cuales andaban vagando cien años por la orilla sin que el cruel barquero se enterneciese á sus súplicas. Los gentiles, temiendo tratase de la misma manera á los muertos que se presentasen, reclamando sus servicios sin la cantidad exigida por la travesía, cuidaban al enterrarlos de ponerles en la boca algunas monedas. Caron no se limitaba á pasar á los muertos en su barca; los vivos que, como Eucas y Hércules Tebano, se hallaban con el suficiente valor para penetrar en la morada de las almas, solo tenian que mostrarle cierto ramo de oro consagrado á Proserpina, despues de lo cual quedaban satisfechos sus deseos. No lo hizo así sin embargo, el último, ni el ceñudo barquero se lo exigió; pero costó cara á este su falta, porque habiendo sido encerrado en la mas lóbrega prision del Tártaro, no pudo ejercer sus funciones hasta un año despues, lo que le sirvió de escarmiento para lo succesivo.

CARRANZA (Bartolomé). Nació este eminente prelado y sábio teólogo en Miranda en 1503. Á los 17 años de edad tomó el hábito de dominico, y en poco tiempo cobró tan gran fama de entendido en todas las materias dogmáticas, que fué enviado en calidad de consultor al concilio general de Trento (1545), donde admiró á todos por su vasta erudicion. Felipe II al subir al trono, por abdicacion de su padre Cárlos I, le nombró arzobispo de Toledo, cuyo alto cargo desempeñaba con tanta virtud y desprendimiento, cuando inopinadamente y sin motivo se vió acusado y conducido preso á las cárceles de la Inquisicion por suponerle adicto á las máximas de Lutero. El venerable prelado que repetidamente y con distinguida gloria habia defendido no pocas veces las doctrinas ortodoxas del catolicismo, se sometió sin murmurar á tan estraño procedimiento, diciendo tan solo á los dos prelados que le acompañaban: «Llevo conmigo un amigo fiel que es mi inocencia, y un enemigo que causará mi desgracia, que es mi dignidad de arzobispo.» Ocho años duró su encierro, al cabo de los cuales fué trasladado á Roma y encerrado nuevamente en el castillo de San Angelo. Sentencióscle al fin en 1575, aun cuando ninguna prueba legal resultó contra él, á que hiciese solemne abjuracion de sus errores, á lo cual se sometió el humilde prelado sin murmurar, para dar una prueba patente de su obediencia. Pero esta inmerecida sentencia influyó tanto en su salud, que murió al poco tiempo, con general sentimiento. Prueba de ello es, que el pueblo romano que habia podido apreciar sus virtudes de cerca, y que acaso no ignoraba la mala fe y refinada malevolencia con que le habia tratado el tribunal llamado de la Fe, celebró sus funerales con gran pompa, cerrándose todas las tiendas en muestra de dolor, y acompañando su cadáver un inmenso gentío, como si fuera un santo. Efectivamente, merecia ser elogiado este dechado de prelados, como

hombre ilustre tanto por su ciencia como por sus irreprensibles costumbres, así por su modestia en la prosperidad, como por su resignacion y paciencia en la desgracia. Quedan de este sábio arzobispo varias obras muy estimadas.

CARRANZA (Gerónimo). Hijo de una familia noble de Sevilla. Era sumamente hábil y diestro en el arte de la esgrima, y cuentan las crónicas del siglo XVI, que nunca fué vencido en ninguno de los muchos lances de honor que le provocaron. Compuso una obra, hoy dia muy rara, con el título de *La filosofía de las armas, de su destreza y de la agresion y defension cristiana.* De este personaje toma orígen el adagio vulgar «envaine usted, señor Carranza» que se usa generalmente cuando se quiere apaciguar una disputa.

CARREÑO DE MIRANDA (Juan), hijo de una noble familia de Asturias, nació en Aviles en 1614. Aun cuando se dedicó al principio á la carrera judicial, muy pronto la abandonó para consagrarse enteramente á la pintura, cuyas obras causaron entonces grande admiracion, y son hoy muy estimadas. En el salon llamado de los espejos del real palacio, hay un fresco suyo que representa á *Vulcano, y los desposorios de Pandora con Epimeteo.* Por ello fué nombrado pintor de cámara. Era tanta la modestia de Carreño, que no quiso admitir la cruz de caballero de Santiago que quiso darle el rey, diciendo que se consideraba altamente recompensado con ser pintor de cámara; y tanto su noble orgullo, que como algunos le reprendiesen aquella abnegacion les contestó: «La pintura no necesita honores; ella puede darlos á todo el mundo.» Falleció este apreciable artista en Madrid á últimos del siglo XVIII. El mérito de sus obras es muy recomendable por la correccion del dibujo, por la suavidad del colorido, y por lo bien que imitó á Van-Dick en las tintas.

CARRIER (Juan Bautista) fué uno de los malvados mas feroces y sanguinarios que ha producido la revolucion francesa de 1792. Nacido en Yolay, solo era procurador de un tribunal subalterno, cuando por sus exaltadas opiniones fué nombrado diputado en la convencion nacional. Si hubiéramos de seguir uno á uno los infinitos y horrendos crímenes que cometió este hombre nefando, serian necesarios muchos volúmenes, que acabarian por desesperar al lector, y arrojar lejos de sí una relacion que solo respira sangre y destruccion; baste como muestra de sus instintos el decir, que estando un dia almorzando en un café con algunos de sus compañeros, dijo en alta voz, que la Francia no llegaria nunca á ser feliz, mientras no se esterminasen las dos terceras partes de su poblacion. Fácil es concebir que un mónstruo semejante alcanzaria gran valia entre los mas desenfrenados destructores de toda idea de órden y de gobierno. Enviado á Nantes en calidad de comisario de la convencion, ó mas bien como procónsul, halló Carrier en toda la Vendée ancho campo donde saciar su rabia y deseos de venganza. Hallábanse atestadas las cárceles de presos por sospechosos de desafectos al régimen republicano, y el procónsul que encontró sobrado tardías las formalidades curiales antes de pronunciar la sentencia, á pesar de que generalmente trascurria muy poco plazo desde la prision al cadalso, propuso á las autoridades de aquella desdichada ciudad, el suprimir toda actuacion prévia, y sacrificar en masa á los tachados de enemigos de la república. Aceptada tan feroz proposicion (¡tal era el terror que inspiraba aquel tirano!) discurrió Carrier el medio tan pronto, como horroroso, de hacer desaparecer á la vez muchas víctimas, ahogándolas en el rio. Mandó primeramente, y por via de ensayo, embarcar una noche á noventa y cuatro presos, y como el barco se hallaba barrenado de antemano, fuese á fondo á poco tiempo de se-

pararse del embarcadero, pereciendo todos los que conducia. Satisfecho de este primer resultado, repitió la operacion varias veces, y para añadir la irrision á tan feroz crueldad, dió á estas ejecuciones el nombre de *baños republicanos*. La conducta del sanguinario Carrier, que á todos horrorizaba, encontró apoyo en la parte exaltada de la convencion, y viéndose el procónsul apoyado, aun pasó mas adelante en su bárbara crueldad. Las víctimas destinadas á morir, las hacinaba en un vasto edificio llamado el depósito, y desde allí las mandaba trasladar atadas de dos en dos, generalmente de diferente sexo, para precipitarlas desde lo alto de la cubierta del buque á lo mas hondo del rio. A estas ejecuciones las denominó *matrimonios republicanos*. ¡Y estas escenas de horror se han perpetrado en un pueblo, que ha pretendido siempre dar lecciones de civilizacion á los demas! ¡Y la representacion nacional las aplaudia! Por mas de un mes se repitieron diariamente tan horribles espectáculos, sacándose indistintamente del depósito todos los que se encontraban en él, pereciendo muchos estranjeros que solo eran prisioneros de guerra. Este mónstruo con faz humana hacia espiar á los demas hasta las culpas y faltas que él solo cometia. Acometido de una enfermedad vergonzosa producida por el libertinaje en que vivia, hizo prender, para vengarse, á un centenar de rameras y arrojarlas al agua, publicando al mismo tiempo, que solo lo hacia para purgar á la república de todo vicio y que solo imperase la virtud. Se calcula que en el depósito de Nantes perecieron mas de quince mil personas, no tan solo de muerte violenta, sino de hambre, de frio y de epidemia. Llegó á tal grado la corrupcion de aquel lugar infestado, que no hallando á nadie que quisiese limpiarlo, tuvo Carrier que ofrecer la vida á los presos que quisieran encargarse de ello. El hambre y la peste desolaban la ciudad; las orillas del rio estaban cubiertas de cadáveres, y el agua estaba tan corrompida que se prohibió el beberla. Tal era el aspecto que presentaba Nantes bajo el mando de Carrier. Pero tanta maldad debia tener un término. Muerto Robespierre y concluido el terror, el procónsul de Nantes fué acusado por sus mismos compañeros y enviado á la guillotina (1794), cuya muerte sufrió con el cinismo que siempre habia acompañado sus acciones.

CARTUCHE (Luis Domingo), famoso bandido frances que tuvo atemorizada por mucho tiempo la Francia, burlando siempre las pesquisas y el poder de la justicia. Nacido en Paris en 1693, su padre que era un rico tonelero de aquella ciudad, quiso darle una educacion brillante y religiosa, y al efecto le puso en un colegio de jesuitas; pero Cartuche que tenia una inclinacion muy pronunciada á apropiarse los bienes agenos, cometió tales desmanes y robos entre sus compañeros de colegio y sus maestros, que temiendo un dia verse descubierto, se escapó de su encierro y se volvió á su casa. El padre, informado de su mala conducta, quiso encerrarle en una cárcel; pero Cartuche sospechando lo que contra él se tramaba huye de su poder; y como era audaz y emprendedor pronto formó una partida de ladrones, de tal manera organizada, que tenia amedrentados á los parisienses. Era ademas tan diestro y sagaz que supo captarse la confianza del mismo jefe de policía, quien le encargó que muerto ó vivo le presentase á Cartuche, ofreciéndole una fuerte recompensa. Prometiólo el bandido, pero temiendo ser descubierto ó vendido por alguno de los suyos, se trasladó á Bruselas donde continuó sus hazañas con mas seguridad. Distinguióse Cartuche por su astucia, y era grande su habilidad en disfrazarse; y como por otra parte era muy instruido y poseia varias lenguas con notable perfeccion, se servia de todas estas ventajas personales para informarse detalladamente de todos

cuantos secretos de familia le convenia saber para realizar sus robos con mas seguridad. Entre otros citarémos como muestra los dos lances siguientes: Al pasar por Orleans supo que una viuda muy rica de los alrededores estaba inconsolable, porque su hijo único la habia abandonado para marchar á América. Deseoso de aprovecharse de la inmensa fortuna de la opulenta viuda, se informa muy al pormenor de todas sus circunstancias, y logra al fin conquistar por cien doblones una antigua aya del hijo espatriado. Despues de prepararse durante unos dias para representar bien su comedia, se presenta al cabo á la buena señora, perfectamente disfrazado, y arrojándose á sus piés la pide perdon de haberla querido abandonar, prometiéndole que en adelante ya no saldria de Francia. Sorprendióse al pronto la inconsolable madre; pero fué tal el aplomo de Cartuche, y tal la seguridad con que habló de su vida anterior, que logró engañarla completamente; y no tan solo á ella, sino á sus parientes y vecinos que todos le felicitaron por su buena resolucion. La crédula viuda pagó bien cara su credulidad y buena fé; pues para que no volviese ni siquiera á intentar el abandonarla, le entregó en dinero contante diez y seis mil duros para que comprase en Paris un buen empleo. Al recibir poco tiempo despues carta de su verdadero hijo conoció el engaño, pero era ya tarde: Cartuche estaba fuera de sus alcances. Otro dia sabe que un joyista de Paris tenia un magnífico aderezo de brillantes: introdúcese en su casa, gana la amistad del artífice, y de tal manera le cautiva que se lo lleva consigo á su casa de campo. Pero una tarde mientras dormia la siesta le roba Cartuche la llave donde tenia guardado el aderezo, hace ensillar prontamente un caballo, vuela á la ciudad, y enseñando la llave á un criado de confianza le dice que le entregue de parte de su amo las joyas deseadas. El criado nada recela y ejecuta la órden; y Cartuche desaparece para no volver á presentarse mas. Sin embargo, tan buena fortuna tocaba ya á su término: queriendo retirarse á gozar tranquilamente de la mas que regular fortuna que habia adquirido con sus robos, designó al que habia de sucederle en el mando de la banda, entonces tan numerosa que pasaba de trescientos bandidos; pero indignados algunos de la preferencia que dió á uno sobre los otros; alentados ademas por las fuertes recompensas ofrecidas al que presentara su cabeza, le delataron á la policía, que le prendió una noche al salir de la ópera, y despues de aplicarle al tormento, fué descuartizado vivo en 1721.

CARVAJAL (Francisco de). Este capitan español, que nació á fines del siglo XV, se distinguió tanto por su valor como por sus crueldades. Cuando el asalto de Roma fué el primero que subio á la brecha, y tantos los desmanes que cometió en el saqueo, que Cárlos I le mandó retirar de allí y le envió á América. Allí dejó correr sin freno la astucia y crueldad de su carácter. Viejo esperimentado en los ardides de la guerra, de grande ingenio, codicioso, altivo é intrigante, hubiera sido una de las mayores glorias del ejército conquistador si no las hubiese manchado con inauditas tropelías y horribles crímenes. Si mientras se mantuvo fiel á los generales del rey les sirvió de mucho, tanto por sus oportunos consejos como por su denodado valor, cuando se unió al rebelde Pizarro en Lima, su nombre fué la enseña de la destruccion y del mal. Ebrio de venganza, mataba á unos porque defendian la causa de los españoles fieles á su deber, á otros para apoderarse de sus riquezas; á muchos porque se oponian á sus miras, y á las mujeres que compadecian á sus víctimas las ahogaba sin piedad. Frailes, sacerdotes, prisioneros, enemigos, todos caian al golpe de su espada, todos sufrian el último suplicio cuando por su desgracia venian á su poder, y si

alguno por rarísima escepcion se libertaba de su furor era á costa de inmensas sumas para cebar su codicia. Los nuevos refuerzos que llegaron de España al ejército real, pusieron coto á las depredaciones de Pizarro y Carvajal, y en la batalla de Cuzco cayeron ambos prisioneros. A su entrada en la ciudad se amotinó el pueblo y quiso arrastrarle, pero la justicia, si bien consiguió el conservar su vida, solo aplazó el castigo por breves horas. Al dia siguiente volvió el pueblo á alborotarse y sacándole de la cárcel le ataron con una soga por los piés, y le mataron arrastrandolo por las calles, descuartizándolo despues y colocando sus destrozados miembros en varias puertas de Cuzco. La casa del inhumano Carvajal fué arrasada, y sembrado de sal el sitio que ocupaba. Otro Juan de Carvajal, pariente del anterior, y como aquel, tan cruel y despótico en el mando de la provincia de Venezuela, que le habia confiado Cárlos I, fué tambien vencido en una batalla y sentenciado á la pena capital en Tucuyo, ahorcándole en 1546.

CARVAJAL Y VARGAS (don Luis Fermin de), conde de la Union, hijo del duque de San Cárlos, nació en Lima en 1752. Distinguióse en alto grado en la defensa de Oran (1792) al frente de una division de infantería, y á él se debió el que no hubiese sucumbido la plaza, por haber conservado y derrotado un gran número de moros que trataban de apoderarse de la torre llamada del *Nacimiento*, cuyo punto abastecia de agua á los sitiados. Cuando estalló la guerra contra la república francesa, el conde de la Union que se encontraba de gobernador del castillo de Figueras, fué encargado de una de las divisiones del ejército de Cataluña; dando señaladas pruebas de valor é inteligencia en la toma de Ceret y de San Ferreol (1794). Por fallecimiento del general en jefe Ricardos, y sucesivamente del conde de O-Reilly que iba á reemplazarle, le encargó el gobierno el mando de aquel ejército. Desgraciadamente la envidia se apoderó de los demas generales de division que tomaron á mal la determinacion del gobierno, y escuchando mas bien á sus mezquinas pasiones que al honor de la patria, secundaron tarde ó débilmente las operaciones que disponia el conde, por cuyo motivo se vió el Ampurdan invadido por las huestes enemigas, no sin hacerles sufrir D. Luis con las tropas que mandaba directamente, algunos serios descalabros. A pesar de esto, los franceses avanzaron hasta las cercanías de Figueras, donde se preparaba una general batalla, cuando al hacer el conde un reconocimiento del campamento enemigo desde la hermita del Roure, y animar con su presencia á los defensores del reducto principal cerca de Pont de Molins, fué herido mortalmente de una bala en el pecho que le llevó al sepulcro á las pocas horas, á la temprana edad de 42 años.

CARVAJALES (Juan y Pedro Alonso de Carvajal, llamados vulgarmente los), eran dos hermanos que siguieron el partido de don Sancho IV de Castilla, llamado el *bravo*, contra su padre Alfonso X. Con motivo de habérseles imputado la muerte de un individuo de la familia de los Benavides que seguian el partido opuesto, Fernando IV al subir al trono, sin proceso, ni pruebas, ni testigos, ni audiencia, condenó á ambos hermanos á ser arrojados de lo alto de la peña de Martos. Reclamaron los infelices hermanos justicia, y no habiéndoseles oido, emplazaron al rey para que dentro de treinta dias compareciese ante el inapelable tribunal del Eterno á responder de su inhumana injusticia. Murió en efecto Fernando antes de cumplirse el plazo, y este suceso afirmó mas en la opinion de todos la inocencia de los dos hermanos Carvajales, dando al rey desde entonces el nombre del *Emplazado*.

CARVALLO (Sebastian José), conde de Oeyras, y marques de Pombal: na-

ció en 1699 de una familia noble, pero pobre, de Coimbra. Entre los favoritos de los reyes que mayores males y desgracias han atraido sobre los paises donde ejercieron su funesta dominacion, el marques de Pombal debe figurar, tal vez, como el mayor. Dedicado al estudio de la jurisprudencia primero, y al servicio de las armas despues, tambien tuvo que abandonar este á causa de varias faltas bastante deshonrosas, que le atrajeron el ódio de sus compañeros de armas. Pero Pombal era uno de esos caractéres profundamente vengativos, que todo lo sufren para poder mejor realizar sus planes liberticidas y destructores. Gracias al afecto que la reina doña María de Austria profesaba á la condesa de Daun, con quien habíase casado durante su permanencia en Viena, logró que á la muerte de don Juan V, su sucesor, le nombrase secretario de negocios estranjeros. Era don Juan VI un príncipe débil, poco amigo de ocuparse del gobierno, y en estremo sensible á la adulacion; así es que fué fácil á Pombal apoderarse del ánimo del monarca, de tal manera, que el reinado de este soberano se reduce al despótico mando de su primer ministro y favorito. La muerte de la reina madre (1754), que durante su vida habia podido contener los crueles instintos de Carvallo, dejó á este libre de poner en planta sus proyectos. Altivo, insolente y tirano, mandó construir gran número de cárceles, que pronto se vieron llenas de cuantos podian contrariar sus planes. Mientras que por una parte alucinaba el débil rey con la relacion y descubrimiento de soñadas conspiraciones contra su persona, por otra hacia subir al cadalso á los principales personajes de Portugal, á quienes acusaba de tomar parte en conspiraciones regicidas; encerraba en profundos calabozos á otros, y desterraba á gran número de gentes pacíficas, cuyo único delito era no pensar como el torpe favorito. Nombrado algun tiempo despues, en premio de sus supuestos servicios, conde de Oeyras, gran maestre de la corte, y marques de Pombal, llegó á tal punto su poder arbitrario y su orgullo sin límites, que toda queja, toda reclamacion, aun la mas justa y legal, era absolutamente inútil, y solo servia para dar pábulo á nuevas y mas desapiadadas persecuciones. En tanto, mientras el pais se empobrecia, se aumentaba la miseria y la afliccion de las familias, y desaparecia todo cuanto de ilustre y distinguido encerraba Portugal, el insolente favorito desplegaba un fausto y una magnificencia que rivalizaba con la del mismo soberano. Pero todo este humillante poder tuvo su término feliz para el pais: la muerte de don Juan VI fué recibida por el pueblo todo como la aurora de mejores dias: el favorito habia perdido á su protector. Pombal fué desterrado de la corte, y exonerado de todos sus cargos, empleos y honores, y relegado á su hacienda, donde murió en 1782 abandonado de todos, odiado del pueblo, que arrastró por el lodo y destruyó sus retratos; de los grandes á quienes habia humillado y perseguido, y hasta de los amigos de su fortuna, que se tornaron entonces sus mas enconados enemigos. ¡Justo y merecido premio de quien solo habia usado del favor del monarca para llenar de luto y desolacion á infinitas familias, y de oprobio y miseria á toda una nacion!

CASANDRO. Rey de Macedonia despues de Alejandro el Grande. Habiéndose negado los atenienses á recibirle, acometió repentinamente á la ciudad, y apoderándose del museo, lo convirtió en fortaleza para contener á los descontentos. Dado este golpe, desplegó una crueldad inaudita contra todos los que sospechaba eran enemigos suyos, matándolos á palos y á pedradas en medio de los mayores tormentos. A tanto llegó su barbárie, que por su mano mató á Olimpia, madre de Alejandro, de quien habia recibido considerables beneficios y proteccion, así como á Roxana, su esposa, y al hijo de aquel

conquistador. Con el terror de sus crímenes fácil le fué escalar el trono; pero disfrutó muy poco de él, pues á los tres años murió de una hidropesía rabiosa el año de 289 antes de Jesucristo.

CASAS (Fray Bartolome de las), protector de los indios. Nació en Sevilla, por los años de 1474, de una familia francesa, cuyo verdadero apellido era Casaus, establecida allí desde el tiempo de la conquista, y heredada por San Fernando en recompensa de los servicios que le hizo en la guerra contra los moros. Siguió la carrera del derecho en la universidad de Salamanca, donde se honraba con un esclavillo indio que le servia de paje, y que le habia traido de América su padre, el cual acompañó á Colon en su segundo viaje. Así, dice Quintana, el que habia de ser despues tan acérrimo defensor de la libertad indiana, empezó su vida por traer un siervo de aquella gente consigo. Acabados sus estudios y recibido el grado de licenciado en ellos, Casas determinó pasar á América, y lo verificó en 1502, al tiempo en que el comendador Ovando fué enviado de gobernador á la isla Española. Ocho años despues se ordenó de sacerdote, siendo la suya la primera misa nueva que se celebró en Indias. Su reputacion en virtud, letras y prudencia, era ya tal que al año siguiente, 1511, Diego Velazquez se le llevó consigo á Cuba, á donde iba de gobernador y poblador, para servirse de sus consejos en los grandes negocios de su nuevo mando. Correspondió el licenciado dignamente á su confianza, y aumentándola el gobernador á proporcion que la ponia á prueba, le encomendó diferentes comisiones, entre las cuales fué una la de acompañar á Pánfilo Narvaez, en su segunda espedicion á las provincias de Bayamo y Camaguey, á fin de evitar los yerros y desastres que habia cometido en la primera. Aquí puede decirse que empieza realmente la vida activa y el apostolado de Casas. Él doctrinaba los indios, bautizaba á los niños, contenia á los soldados en sus escesos y al general en sus arrojos. Los primeros que le veian atender con tanto celo á su defensa y amparo, y contemplaban la autoridad y respeto que gozaba entre los españoles, le amaban, veneraban y obedecian, siendo tal el crédito de Casas con ellos, que para que hiciesen cualquier cosa que importase á la espedicion, bastaba enviarles en una vara unos papeles viejos que sonaban como órdenes del padre. Por este medio se logró atraer á los naturales de los diversos paises por donde atravesó la espedicion, á pesar de los indignos tratamientos y las crueldades de todo género que cometieron con ellos los espedicionarios, y que á duras penas lograba contener Casas. Concluida aquella, el gobernador Velazquez, para premiar los servicios del buen religioso, le hizo un ventajoso repartimiento de tierras y esclavos, y él, activo y diligente por naturaleza, se dedicó á dirigir y aumentar su hacienda con una industria que le prometia las mejores esperanzas para lo futuro. Pero estas sujestiones de la codicia, se avenian mal con su carácter justo y generoso, y no tardaron en dar lugar á otros pensamientos mas nobles. Aunque caritativo y humano en su modo de tratar á los indios, Casas no dejaba de aprovechar los que se le tenian repartidos en los trabajos de las minas y las sementeras. Creia entonces que esto era lícito y honesto, como él mismo confiesa con la ingenuidad que le caracteriza en su *Historia general*, mas estudiando en cierta ocasion un sermon que iba á predicar, echó casualmente la vista sobre el capítulo 34 del Eclesiástico, y las máximas que contiene fueron un rayo de luz para su alma y su inteligencia. Juzgó indigno de un cristiano, y mucho mas de un sacerdote, enriquecerse á costa del sudor y sangre de infelices condenados á trabajar para advenedizos, que no tenian para ello otro derecho que la fuerza, y yendo y viniendo en este pensa-

miento, se resolvió á resignar desde luego sus indios y sus tierras en manos del gobernador que se los habia dado. Hízolo así, en efecto, sin que bastasen á disuadirle de su propósito, los consejos del mismo gobernador que le estimaba en estremo, y no pareciéndole aun que cumplia con su conciencia, si no unia la predicacion al ejemplo, se resolvió á venir á Castilla para representar en favor de los miserables indios. Un amigo le facilitó dinero para los gastos de su viaje, partió en derechura á Santo Domingo, y llegó á esta isla precisamente cuando los ánimos estaban todos alborotados y divididos, de resultas de un repartimiento de indios que á nadie habia contentado. La voz de Casas, alzada en favor de estos infelices y clamando contra los repartimientos, era imposible que fuese atendida en medio de aquel huracan. El concurso de sus sermones era grande, el fruto de ellos ninguno, y ni su opinion, ni sus virtudes, ni su ejemplo, bastaban á darle imitadores. El licenciado, viendo tan siniestra disposicion en los ánimos, determinó venirse á España, á probar si poniendo al gobierno de su parte, conseguia con el auxilio de la autoridad lo que no podia con el consejo. Llegó á Sevilla á fines del año 1515, y pasó inmediatamente á la corte para hablar con el rey sobre el gran negocio que le traia; pero Fernando, aunque le recibió bien, sugerido por los emisarios y cómplices de los españoles de América, interesados como ellos en mantener allí los abusos, no hizo mas que darle esperanzas que nunca se cumplieron. La muerte de aquel monarca y la regencia interina de Cisneros, abrieron á las Casas una perspectiva mas lisongera para sus filantrópicos proyectos. El gran cardenal los acogió con el mayor interes; encargó al mismo Casas y al doctor Palacios, que presentasen un plan para el gobierno de los indios, y concluido que fué este, nombró para ejecutarle tres comisarios; fray Luis de Figueroa, fray Bernardino de Manzanares y fray Alonso de Santo Domingo. Propuso entonces Casas que debia haber en la corte de ordinario, una persona de ciencia y conciencia que procurase constantemente el bien de los indios, y el cardenal le eligió á él para aquel honroso cargo, con el título de protector universal de las Indias, mandándosele que partiese con los comisarios para instruirlos y ayudarlos. Partieron, en efecto, uno y otros y apenas llegaron á la isla, empezaron á obrar con arreglo á las instrucciones que habian recibido, dando muchas y muy acertadas providencias y administrando el Nuevo Mundo con la mayor equidad, entereza y sabiduría. Pero era preciso introducir poco á poco las reformas; y Casas, queriendo estinguir de un solo golpe la esclavitud no tardó en resentirse, por un esceso de celo, con sus propios compañeros, escitando al mismo tiempo el resentimiento de los colonos, que veian en él al mayor enemigo de sus privilegios y granjerías. De aquí resultó, que Casas escribió á la corte contra los comisarios; los comisarios representaron contra Casas, y los pobladores de la América contra todos ellos. La corte dió oidos á las acusaciones que llovian especialmente contra el primero, y mandó que se le espulsase de Santo Domingo, como hombre peligroso para la paz y tranquilidad de la isla; pero él, avisado de esta novedad, ó presumiéndola, dispuso antes su viaje á España, á volver por sí mismo y por sus indios; salió de América el mes de mayo de 1517, y llegó sin tropiezo alguno á Aranda, donde á la sazon se hallaba la corte. Presentóse inmediatamente á los ministros del nuevo monarca, Cárlos I, y halló en ellos una favorable acogida. El gran canciller Selvagio, especialmente, se hizo su protector; interesó al rey en favor suyo, y por indicacion del mismo, presentó Casas al gobierno un escrito, proponiendo diferentes medios de aliviar á los indios y atajar su destruccion total. Entre

ellos, uno fué el que ya antes tenia manifestado de que se enviasen á las islas labradores de Castilla para que poblasen y cultivasen la tierra, y el otro, que se concediese á los españoles que allí estaban, la libre saca de negros que llevados allá se empleasen en los ingenios de azúcar y el laboreo de las minas, dos clases de fatiga insoportables y mortales á los débiles americanos. Este arbitrio, dice Quintana, mal esplicado por los historiadores y menos bien entendido por los filósofos, ha dejado sobre la memoria de Casas una tacha, que toda la admiracion de la posteridad por sus virtudes, no ha podido borrar todavía. Se le acusa de contradiccion en sus principios y de estrechez en sus miras, y de no haber sabido libertar á los indios de las plagas que sufrian, sin cargarlas sobre los infelices africanos. Pero á los que con tanta dureza censuran el medio de que se trata, advertirémos que ya mucho antes que ellos, el mismo Casas le condena en su Historia, manifestando espresamente su arrepentimiento de haberlo dado «porque la misma razon, dice, es de ellos que de los indios.» Por lo demas, los dos arbitrios fueron del agrado del gobierno que los aprobó inmediatamente, y dió las órdenes para su ejecucion, sin que ninguno de ellos produjese los resultados que se deseaban. Entonces Casas volvió el pensamiento á otros proyectos de diversa naturaleza, y presentó una propuesta por la cual se obligaba, si se le concedia el gobierno de mil leguas de costa en tierra-firme, á darlas redimidas y pacificadas en el término de dos años, enviando al tesoro del rey al tercero, quince mil ducados, que en otros diez años llegarian por un órden progresivo hasta sesenta mil. Este plan fué muy bien acogido por el gobierno; pero los enemigos de Casas emplearon cuantos medios estuvieron en su mano para desacreditarle. No contentos con burlarse de algunos de los pormenores, de atacarle en la incapacidad del autor, en la barbárie y abyeccion que atribuian á los indios, sembraron la desconfianza contra el mismo Casas, diciendo que no podia confiarse un poder tan grande á un clérigo sin garantías. Él, sin embargo, volvió victoriosamente por los indios y por sí mismo, y en cuanto á la última escepcion que se le ponia, ofreció fianzas llanas y abonadas en veinte ó treinta mil ducados de cumplir lo que prometiera. Uno de sus mas encarnizados adversarios era el obispo del Darien, que acababa de llegar de América; Casas tuvo con él agrias disputas, en las cuales no reparó en decirle, *que si no restituia todo cuanto traia de allá*, *no se podia salvar mas que Judas*, y habiendo llegado todo á noticia del rey, este quiso escucharlos á uno y otro en una solemne conferencia. Comparecieron, en efecto, ante aquel príncipe, y cada cual habló largamente en pró de sus ideas: el obispo, con la petulancia de un hombre engreido con su autoridad y con el asentimiento del mayor número; Casas con la uncion, celo y elocuencia que prestaban sus piadosas convicciones y la santidad de la causa que defendia. Así dijo entre otras cosas: que si acogia bajo su amparo y proteccion á los indios, no era precisamente por servir al rey ni porque quisiese por ello merced ni galardon alguno; que no se moveria por servir al rey, si no pensase y creyese que hacia á Dios un servicio; y que en confirmacion de los sentimientos que manifestaba, hacia renuncia de cualquier merced y galardon temporal que quisiera dársele. Añadió, que los indios eran de su naturaleza libres y muy capaces por razon y doctrina de la fe cristiana, de la virtud y las buenas costumbres; finalmente, que la religion cristiana es igual y se adapta á todas las naciones del mundo, y á todos igualmente recibe y á ninguno quita su libertad ni sus señores, ni mete debajo de servidumbre. Por fin, despues de no pocas dilaciones aprobóse la propuesta de Casas, señalándosele en vez de las mil leguas

de costa que habia pedido, doscientas setenta, que son las que se estienden desde la provincia de Paria hasta la de Santa María, límites señalados al distrito que él se encargaba de pacificar y convertir; de la tierra adentro se le concedieron cuantas queria. Él, contentísimo con tan buen despacho, partió al instante á Sevilla á disponer y preparar su espedicion; eligió por sí mismo los doscientos labradores que habia de llevar consigo; logró que se le facilitasen y fletasen por cuenta del rey tres navíos, surtidos con la mayor abundancia así de bastimentos como de rescates: añadió por su parte cuanto pudo con dineros que pidió prestados, y provisto de todo lo que necesitaba, se hizo á la vela, en fin, tocando ya con la mano el blanco de sus deseos, y lisongeado con las mas dulces esperanzas. Pero cuando llegó á Puerto-Rico, se halló con la nueva de que los indios de Costa-Firme, de resultas de una de las muchas carnicerías cometidas en sus tribus por los españoles, se habian sublevado, incendiando el monasterio de dominicos de Santa Fé, con cuya cooperacion contaba Casas para su empresa. Tan grandes trastornos produjeron una profunda impresion en su ánimo, mas no desmayando enteramente por eso, resolvió aguardar la armada que se enviaba de Santo Domingo á sujetar á los rebeldes, y cuyo comandante era un amigo suyo. Llegó este con sus navíos, y Casas le presentó sus provisiones y despachos, requiriéndole formalmente que no pasase adelante, pues á él estaba encargada la parte de pais en donde iba á hacer la guerra, y si la gente estaba alzada, á él y no á otro competia atraerla y asegurarla. Pero, no haciendo caso el comandante y continuando su espedicion, que fué por cierto bien desastrosa para los indios, Casas no tuvo otro medio para dar fuerza á su autoridad que el de pasar á Santo Domingo á solicitar de aquella audiencia el cumplimiento de las órdenes que llevaba. En la Española no encontró grandes dificultades para que se publicasen sus provisiones, pero al requerimiento que repitió contra la espedicion, se le respondió con efugios y dilaciones. Por fin, temiendo los jefes de la isla, que Casas cumpliera las amenazas que hacia de venirse á dar cuenta al rey de su desobediencia, acordaron contentarle dándole los auxilios que necesitaba y entrando con él á la parte de las utilidades. Hechos, pues, todos los preparativos y reunida toda la armada, Casas dió la vela en julio de 1521 del puerto de Santo Domingo y se dirigió para recoger á sus labradores á Puerto-Rico, donde los habia dejado. Pero ya ellos, intimidados con lo que habian oido decir de aquella tierra alterada, y resabiados con las sugestiones de los adversarios de Casas, se habian esparcido por diversos puntos, y ninguno se prestó á seguirle. Este primer contratiempo fué seguido de otros mayores, porque llegado á la costa de Cumaná, y tratando de verificar su establecimiento con la gente que allí habia y la que él llevaba, halló que muy pocos eran los que querian permanecer con él. Los indios estaban huidos, la tierra yerma y ni habia bastimentos, ni rescates, ni servicios; sus pobladores hambreaban, todos deseaban abandonar el pais, y todos vieron el cielo abierto cuando se encontraron con navíos en que poderse volver. Partieron, en efecto, con estos la mayor parte de ellos, quedando solo con Casas sus criados, algunos amigos y los pocos que, fiando su subsistencia del sueldo que recibian, se aventuraron á todo. No desmayó él por verse en tan triste desamparo: puesto de acuerdo con los religiosos franciscanos de un monasterio que allí subsistia, se encaminó allá con su gente, mandó al instante construir una atarazana para custodiar los víveres, rescates y municiones que llevaba, y dispuso levantar una fortaleza para asegurarse contra los indios, y aun contener á los españoles de Cubagna para que no hiciesen las correrías de

costumbre. Mientras tanto envió sus emisarios á los pueblos de la comarca, con presentes para ganarlos y con muchas promesas de paz, agasajo y justicia. Mas la fortaleza tuvo que suspenderse por haberle quitado con engaños los de Cubagna al maestro que la dirigia, y como las idas y venidas de aquella gente díscola eran frecuentes, le resabiaban con su trato los pocos indios pacíficos que habia. Requirió él contra tan malas artes al alcalde de Cubagna; este no hizo caso de su requerimiento, y Casas, viéndose sin fuerzas para contener á los intrusos, determinó pasar á Santo Domingo á pedir justicia á la audiencia, y sino irla á buscar aunque fuese del rey mismo. Mas, no bien hubo partido cuando los indios, viendo á los castellanos abandonados, solos y sin buques en qué escapar, cayeron en tropel sobre el establecimiento, y llevándolo todo á sangre y fuego, le destruyeron completamente, dejando solo con vida unos cuantos colonos que pudieron librarse de su persecucion huyendo en una canoa. Entre tanto Casas, navegando á la Española, tuvo tambien la desgracia de que el navío equivocase el rumbo y fuesen á parar al puerto de Jáquimo. Allí supo el desastroso fin de su establecimiento, aquel objeto de sus mas queridas ilusiones, y dirigiéndose á Santo Domingo, dió cuenta de todo á la corte. Su corazon habia recibido una herida profunda; veíase sin hacienda, sin recursos, consumidas en aquella empresa sus propias rentas y las de la corona, escarnecido por sus enemigos, y no pudiendo resistir á tantos dolores, resolvió abandonar el mundo y abrazó el cláustro en 1522, haciendo solemnemente su profesion al año siguiente, en la órden de los dominicos, con quienes le unian los vínculos de la amistad, de la simpatía y de la comunidad de doctrinas en favor de los indios. Seis años duró este retiro de Casas, durante los cuales vivió entregado todo á los ejercicios y austeridades de su regla, y á los estudios que su nuevo estado requeria. Entonces fué cuando concibió el pensamiento de escribir la *Historia general de las Indias*, habiéndolo llevado despues á cabo, hasta concluir aquella obra voluminosa un año antes de su muerte. Por fin en 1527, Casas fué enviado á Nicaragua, donde se acababa de fundar un obispado, para ayudar á su primer prelado en la predicacion del Evangelio y conversion de los indios. Erigióse para ello en la ciudad de Leon un monasterio de dominicos de que él fué uno de los primeros moradores. Ni su residencia allí fué fija por mucho tiempo, pues que ya en 1531 se le ve en Santo Domingo escribir una larga carta al Consejo de Indias, sobre los males y remedios de aquellos naturales, y dos años despues hizo á un cacique rebelde llamado Enrique, una visita para reducirle á la sumision, visita que llevó muy á mal la Audiencia, aunque él la impuso silencio con la energía y firmeza de sus contestaciones. Es de suponer que iria y vendria alguna vez de Nicaragua á Santo Domingo, segun la exigencia de los casos lo requiriese. Se le ve insistir fuertemente en todas partes por donde pasaba cuando hacia estos viajes, en la necesidad de predicar á los indios el Evangelio, con las armas de la doctrina y la persuasion, y no á la fuerza y con ejércitos, tanto que el virey de Méjico, don Antonio de Mendoza, convencido de ello, dió diferentes órdenes para que se hiciese así en los términos de su mando. Se le ve, en fin, en 1536 otra vez en Nicaragua, y allí resistir con todo su poder al gobernador Rodrigo Contreras, sus espediciones militares al interior del pais, quererse él encargar solo con sus frailes de la conversion de los indios, y predicar á los soldados españoles para que no obedeciesen las órdenes violentas de su caudillo en las entradas que hiciesen. Exasperados los ánimos de unos y otros con estas alteraciones, se intentó á Casas una causa criminal como fautor de sedicion y revoltoso, en

que se sobreseyó por interposicion del obispo; mas, habiendo fallecido este en medio de aquellas ocurrencias, Casas, á despecho de los ruegos y reclamaciones que le hicieron, abandonó el convento de Nicaragua y tomó con sus frailes el camino de Guatemala. Aguardábanle allí mejores esperanzas, porque el obispo electo de aquella ciudad le tenia convidado con sus cartas á hacer el mismo servicio al Evangelio en su provincia que, estensa en demasía y falta de ministros del culto, necesitaba tanto y mas que cualquiera otra de su actividad y su celo. A poco tiempo de haber llegado allí, dió á conocer su tratado latino *de único vocationis modo*, en que se propuso probar estos dos estremos: 1.° Que el único modo instituido por la providencia para enseñar á los hombres la verdadera religion, es aquel que persuade el entendimiento con razones y atrae la voluntad suavemente; 2.° que cuando los infieles no ofenden á la república cristiana, la guerra que se les hace, so pretesto de sujetarlos para que reciban mejor la fe, es injusta, perversa y tiránica. Este tratado, ya tan interesante por las verdades que encierra, lo es todavía mas por los resultados que hizo. Reíanse de él y de su autor los fieros conquistadores, y le retaban á que probase á convertir los indios con buenas palabras y exhortaciones piadosas; pero él aceptó el reto y pidió que se le dejase ensayar su sistema en la tierra de Tuzulutlan, que no habia podido ser sojuzgada por las armas, con estas dos solas condiciones: que los indios que se hallasen por aquel camino no fuesen dados nunca en encomienda á castellano alguno, y fuesen tenidos como los demas vasallos del rey, obligados solamente á dar el tributo que segun su pobreza les fuese posible, y que en el término de cinco años ningun español entrase en la tierra, para que no escandalizasen ni estorbaran la predicacion. Aceptó con no poca sorpresa, mezclada de duda, el gobernador de Guatemala, y en el mes de mayo de 1537, partió Casas con sus frailes á cumplir la mision que habia tomado á su cargo. Los resultados correspondieron á sus esperanzas, pues en menos de un año el cacique y los principales indios de Tuzulutlan, de idólatras, fieros y montarazes que eran, se tornaron, por la predicacion y los buenos tratamientos, católicos, dulces y humanos, no tardando en seguir su ejemplo y en comerciar amistosamente con los españoles los demas naturales de aquel pais salvaje. Casas, sin embargo, no tuvo la gloria de traer las cosas á tan feliz estado, pues, llamado por su obispo, se vió en la necesidad de partir á España en busca de misioneros, llegando allí felizmente á principios del año 1539. Su estancia en la corte no fué pérdida para los indios, á quienes amaba como hijos. Él hizo en 1540 que se dictasen diferentes providencias, favorables todas á aquellos infelices; él procuró que fuesen atendidos especialmente los de Tuzulutlan; él en fin, obtuvo del gobierno la sancion mas esplícita y solemne de los privilegios concedidos á estos por el gobernador de Guatemala. No se descuidaba entretanto en llenar el objeto principal de su viaje. Los misioneros franciscanos y dominicos, estaban ya apalabrados y prevenidos para emprender su navegacion el año 41. Disponíase tambien el padre Casas á marchar con ellos, cuando recibió órden del cardenal Loaysa, presidente del Consejo de Indias, en que le mandaba que detuviese su viaje, por ser necesarias sus luces y su asistencia en el despacho de ciertos negocios graves que pendian entonces en el Consejo. Casas, pues, dividió su espedicion, y quedándose él para ir despues en compañía de los dominicos, envió delante á los franciscanos con las cédulas relativas á Tuzulutlan, á fin de evitar los perjuicios de la tardanza. Entonces fué cuando se publicaron las ordenanzas conocidas en la historia de las Indias con el título de *nuevas leyes*, por las cuales se puso algun concierto en los

desarreglados negocios de América, aboliendo la esclavitud de los indígenas. En ellas tomó, como fácilmente puede presumirse, no poca parte el protector de los indios, y el emperador, queriendo sin duda premiar tantos servicios, le nombró para el obispado del Cuzco. Pero él no quiso aceptar esta dignidad, por mas instancias que se le hicieron, siendo precisa una órden formal, decisiva é irrevocable para que admitiese la de obispo de Chiapa, que se le confirió inmediatamente despues de su renuncia. Su primer cuidado entonces, fué pedir que se le diese el número suficiente de religiosos que predicasen y administrasen el pasto espiritual en las provincias de Chiapa y Guatemala, y habiendo logrado cuanto hubo menester, empleó el resto del año en aguardar sus bulas de Roma; y en dar sus disposiciones para que los frailes que habian de acompañarle, reuniéndose en Valladolid y Salamanca, viniesen desde aquellos puntos á Sevilla. Esta ciudad se consagró solemnemente el domingo de Pasion de la cuaresma del año siguiente 1544, y á 10 de julio del mismo, acompañado de sus misioneros, dió la vela en Sanlúcar, en los navíos de la flota que salió entonces para Indias. La navegacion hasta Santo Domingo fué feliz, pero no bien hubo el obispo puesto los piés en el Nuevo Mundo, principió á recoger otra vez la amarga cosecha de desaires y aborrecimiento que su evangélico amor á los indios le granjeó siempre. Habian irritado mas y mas aquellos sentimientos las nuevas leyes, que atribuian y no sin razon á la influencia de Casas, y sobre todo una obra de este, publicada durante su estancia en la corte, y titulada *Destruccion de las Indias*, en la cual referia, tal vez con exageracion en el fondo y en la forma, los daños causados en aquel territorio por sus descubridores y pobladores. Él, sin embargo, no se intimidó por nada, sino que despreciando toda consideracion y respeto humano, notificó á la Audiencia las provisiones que llevaba para la libertad de los indios, y la requirió para que diese por libres todos los que en término de su jurisdiccion estuviesen hechos esclavos. Despues de lo cual, deseoso de dejar una mansion ya tan desagradable para él y sus compañeros, fletó una nave en que se embarcó con ellos el 14 de diciembre de 1544, y no sin haber pasado en la travesía recios temporales, arribó á Campeche el 6 de enero siguiente. Al principio se le recibió bien, pero sus amonestaciones y amenazas para que se diese libertad á los esclavos indios, con arreglo á las provisiones que llevaba, le atrajeron bien pronto el mismo ódio que en Santo Domingo, llegando hasta el estremo de negarle la obediencia como obispo, y los diezmos que le pertenecian. Todavía sufrió Casas nuevos trabajos en su viaje de Campeche á Chiapa por el rio Tebasco, pero al fin en febrero de 1545, entró en Ciudad Real, capital de su obispado, y fué recibido con las mayores demostraciones de afecto y reverencia. Estas se trocaron, sin embargo, en desvío y aborrecimiento tan pronto como aquel quiso continuar su mision libertadora y hacer ejecutar las nuevas leyes: hubo disputas, alborotos, hasta una sedicion á mano armada en que faltó poco para atentar á la vida del obispo. Casas y sus monjes dominicos se vieron abandonados, betados, escarnecidos por los habitantes de la ciudad, y faltándoles las limosnas de que vivian, no tuvieron otro remedio que estenderse por los pueblos circunvecinos, donde los salvajes les dieron una acogida que no habian merecido de los cristianos. Allí se dedicaron á propagar la fe, atrayendo á ella gran número de aquellos infelices, que se mostraban tan dóciles á la razon como indómitos eran á la violencia y á la fuerza. El ánimo de Casas gozaba en tan dulce espectáculo, y los resultados de sus misiones le consolaban ámpliamente de los disgustos que por todas partes le llovian. Los españoles no hacian el menor caso

de las nuevas leyes, y oprimian y maltrataban cada vez mas á los indios. Nuestro obispo determinó ir á la ciudad de Gracias-á-Dios, donde residia la Audiencia, para requerirle á poner un coto á tales demasías, y habiendo pasado en este viaje por Tuzulutlan, tuvo la satisfaccion de ver completamente pacificado y convertido por las predicaciones de sus antiguos compañeros, aquel pais, poco tiempo antes idólatra, feroz y salvaje. Cuando llegó á Gracias-á-Dios, y se presentó á la Audiencia, todo fué desprecios, insultos y dilaciones de los oidores, hasta que al fin aquel tribunal, por convencimiento ó por quitársele de encima, comisionó á uno de sus miembros para que en union con Casas, fuese á procurar en Chiapa la observancia de las leyes relativas á la libertad de los indios. El obispo, sin embargo, marchó delante, y era tal la enemistad que se habia adquirido con sus doctrinas, que toda Ciudad-Real se alborotó á su llegada, queriendo matarle, como lo hubiera verificado algun revoltoso, si la presencia del comisario de la Audiencia que llegó poco despues no lo impidiese. Ya sosegados algun tanto los ánimos, Casas partió á Méjico, á donde fué llamado como individuo de una junta que el visitador de aquella provincia, Tello Sandoval, habia nombrado para tratar y resolver las cuestiones de derecho público y privado que ofrecian á cada paso la conquista de las Indias, la esclavitud de sus naturales y su repartimiento por encomiendas. Esta junta se componia de cinco ó seis obispos y diferentes teólogos y juristas, y bien se deja conocer la influencia que tuvo en ella Casas, por los principios que se sentaron unánimemente, como bases de toda deliberacion, principios de los cuales los mas notables son los siguientes: 1.° Que todos los infieles, de cualquier secta y religion que sean, por cualesquier pecados que tengan, cuanto al derecho natural y divino y al que llaman derecho de gentes, justamente tienen y poseen señorío sobre sus cosas que sin perjuicio de otro adquieren, y tambien con la misma justicia poseen sus principados, reinos, estados, dignidades, jurisdicciones y señoríos. 2.° La causa única y final de conceder la Sede Apostólica el principado supremo de las Indias, á los reyes de Castilla y Leon, fué la predicacion suprema del Evangelio y dilatacion de la fe cristiana, y no porque fuesen mas grandes señores ni príncipes mas ricos de lo que antes eran. 3.° La Santa Sede Apostólica, en conceder el dicho principado á los reyes de Castilla, no entendió privar á los reyes y señores naturales de las Indias, de sus estados, señoríos, jurisdicciones, lugares y dignidades; ni entendió dar á los reyes de Castilla ninguna licencia ó facultad por la cual la dilatacion de la fe se impidiese y al Evangelio se pusiese algun estorbo, de modo que se retardase la conversion de aquellas gentes. Esta era en suma la doctrina que Casas predicaba treinta años hacia, la que habia sostenido en el año 1519 delante del emperador, la que literalmente estaba contenida en su libro *De unico vocationis modo*, la que fué consignada en su historia, y la que le habia servido de base para su conducta así apostólica como pastoral. Disuelta la junta, el obispo de Chiapa quedaba descontento de que no se hubiese resuelto en ella la cuestion principal, esto es, la relativa á la esclavitud de los indios, y aunque se le dijó que semejante punto se habia omitido por razon de Estado, él instó tanto y tanto que al fin volvió á reunirse, siendo el resultado de sus nuevas deliberaciones declarar por tiranos á todos cuantos con pretesto de las bulas del papa habian hecho guerras y sujetado esclavos, y condenarlos á la restitucion de los daños y perjuicios que hubiesen causado. De este modo la junta se creyó en el deber de decir la verdad á los españoles, aunque bien sabia, segun el historiador de Chiapa, que no por eso habian de ponerse los indios

en libertad. Este fué el último servicio que su protector pudo hacerles en América. Convencido íntimamente de la inutilidad de sus esfuerzos, determinó renunciar el obispado, y fijo en esta idea hizo sus preparativos, embarcándose en Veracruz á principios del año 1541. Su presencia en la corte fué señalada al instante como las anteriores, por las cédulas y provisiones diferentes que en aquel mismo año, en fuerza de sus informes y diligencias, se espidieron en beneficio de los indios. En medio de estas ocupaciones, sin duda agradables para él, sorprendióle otra de no tanto gusto á la verdad, pero no menos importante á su causa y de mucha mayor celebridad; la disputa que tuvo con el doctor Sepúlveda, uno de los primeros literatos de aquel tiempo. Habia escrito este un libro titulado *Demócrates segundo*, cuyo objeto principal era justificar la esclavitud de los indios y la dominacion de los españoles en América; Casas no podia dejar pasar sin un correctivo tan indignas tendencias; y salió como era natural, pública y privadamente á contradecirlas y contrarestarlas. El gobierno quiso oir entonces á los dos contendientes, y Casas y Sepúlveda comparecieron á sostener sus respectivas doctrinas ante el Consejo de Indias, asistido de varios letrados, teólogos y juristas. Las conferencias duraron varios dias, y escusado es decir que, si nuestro obispo no brilló por las dotes de la forma, en las cuales le aventajaba Sepúlveda, debió llevarse al menos la palma por la pureza de su moral y la solidez de sus razones. El gobierno no quiso decidir la cuestion ni á favor del uno ni del otro, en lo cual obró á nuestro parecer con mucha prudencia; pero Casas siguió disfrutando de los mismos respetos, consideracion y confianza que hacia tantos años se le dispensaban, mientras que Sepúlveda escitó contra sí la reprobacion de la censura, de muchas corporaciones políticas, religiosas y literarias del Estado, y hasta del emperador mismo y sus ministros, á quienes tanto debian halagar sus teorías. Ni bastaron á disminuir la buena opinion de Casas, las invectivas de cierto fraile franciscano llamado Toribio Motolinia, el cual, por razones de envidia sin duda, se atrevió á dirigir contra el obispo una larga representacion al Consejo; este libro, si llegó á manos de aquel, no escitó quizá mas que su desden ó su lástima, pues guardó el decoroso silencio que correspondia á la inocencia y pureza de sus intenciones, á su dignidad y á sus canas. Casas habia renunciado su obispado en 1550, y tuvo bastante crédito para hacer nombrar por sucesor suyo á fray Tomas Casillas, dominicano como él y su amigo, superior de los misioneros que llevó consigo en su último viaje á Indias. Retiróse despues á vivir en el convento de San Gregorio de Valladolid, para descansar de sus fatigas, y allí pasó algunos años entregado enteramente á ocupaciones piadosas ó literarias, sin descuidar por eso un punto la proteccion y defensa de sus indios, que era, por decirlo así, la obligacion principal de su vida. Por fin, á últimos de julio de 1566, le asaltó la enfermedad que terminó sus dias en el convento de Atocha, cuando, segun la opinion comun, tenia noventa y dos años de edad. Sepultáronle en la capilla mayor de la Vírgen, y aunque las exequias se celebraron con la mayor solemnidad por el superior de la casa, el báculo de palo y el pontifical pobre con que él se mandó enterrar, eran todavía un documento precioso de la humildad y modestia que, con la humanidad, habian sido sus principales virtudes.

CASIMIRO III de Polonia. Este rey que encontró, al elevarle al trono por eleccion, no solo infestado el reino por numerosas bandas de ladrones, sino agoviado por las incesantes correrías de los moscovitas y de los caballeros teutónicos; el tesoro exhausto, las artes postergadas, y arruinada la agricultura, mereció el renombre de *gran-*

de por haber restaurado sus estados de la ruina que les amenazaba. Político consumado, celebró varios convenios con los húngaros y alemanes, para asegurarse aquella parte de las fronteras de su reino; y valiente como un héroe, no tan solo derrotó á los rusos en los varios encuentros que trabó con ellos, sino que agregó á la Polonia casi toda la Rusia meridional. Empero, si Casimiro es celebre como político y guerrero, no lo es menos como sábio legislador. Pacificados sus estados, respetado su nombre en el interior y temido en el esterior, reune una dieta en Vilslicza, encargándola la reforma general de las leyes. Este acto es su mayor elogio. Casimiro que con el prestigio de su nombre y con el ascendiente que le habian dado sus victorias, hubiera podido reformar y otorgar, él mismo, una nueva legislacion, respeta los derechos de sus súbditos; y súbdito él mismo de la ley y de la razon, consulta y encarga á los del pais la mejora de las reglas del gobierno. ¡Digna enseñanza de príncipes! Las nuevas leyes fueron recibidas, como era de esperar con general aplauso; y la solicitud paternal, que contínuamente dispensó Casimiro á las clases mas necesitadas y trabajadoras, le granjea el título que le da la historia de «rey de los labradores.» No contento, empero, con esta proteccion que dispensa á la agricultura, reanima, por cuantos medios están á su alcance, las artes, la industria y las ciencias, que las turbulencias anteriores habian desterrado de aquel pais; y dispuesto siempre á conservar la integridad y la grandeza de su patria, trabaja al mismo tiempo en poner el reino al abrigo de los insultos y ataques de los enemigos, fortificando las ciudades, y perfeccionando la instruccion militar. Feliz y victorioso hubiera sido siempre este rey, si el amor desordenado que tuvo á las mujeres, no le hubiera adormecido á veces, y proporcionado algunos triunfos á sus enemigos que se aprovecharon de esta circunstancia. Entre sus favoritas se distinguió una jóven judía llamada Ester, de hermosura incomparable, por cuyo favor lograron los judíos grandes y beneficiosos privilegios. Casimiro murió al volver triunfante de una espedicion contra los rusos, el 8 de noviembre de 1370. Con este monarca concluyó en Polonia la raza de los príncipes hijos del pais; empezando á elegir despues reyes estranjeros, que han sido la causa de los graves disturbios que le han agitado por tantos siglos, y concluido por borrarle del catálogo de las naciones europeas.

CASIODORO (Aurelio), célebre historiador y ministro de Teodorico, rey de los godos. Nació en Esquilache, en 470 de una familia opulenta y noble de Italia. Su talento casi universal le granjeó desde muy jóven merecido renombre; y sus conciudadanos seguían ciegamente sus consejos, que no pocas veces les preservaron de verse destruidos y aniquilados. Elevado por Teodorico al cargo de consejero secreto y ministro único, á él se deben los famosos reglamentos que se publicaron bajo el reinado de aquel príncipe; pero como al fin de sus dias fuese agriándose su carácter y oponiéndose á todo cuanto útil y provechoso le aconsejaba su ministro; este que no transigió nunca con su conciencia, viendo por otra parte que la incapacidad de los sucesores de Teodorico apresuraba la caida de los godos, á quienes habia servido fielmente durante cincuenta y dos años consecutivos, se retiró á su patria para dedicarse esclusivamente al cultivo de las letras. Para ello fundó su monasterio en Viviers en la Calabria, imponiendo á los monjes la obligacion de recoger y copiar los manuscritos de los antiguos y de su época. A Casiodoro puede decirse que debe la historia la mayor parte de los indispensables cuanto preciosos documentos que la sirven de base. Aun cuando se ignora la época fija del fallecimiento de este erudito escritor y

modelo de ministros, se cree que vivió mas de cien años.

CASTAÑOS Y ARAGORRI, (don Francisco Javier) nació en Madrid el dia 22 de abril de 1758. Hijo de don Felipe Castaños y Urioste, y de doña María Aragorri, recibió una educacion esmerada en sus primeros años. Luego, cuando apenas habia cumplido los diez, fué nombrado capitan de infantería, en recompensa de los servicios prestados por su padre, cosa que le obligó á ingresar en el real Seminario de Nobles de esta corte, y á dedicarse á los estudios militares. En Barcelona completó estos estudios con el de las ciencias matemáticas, á que se habia aplicado bajo la direccion del doctor Lucuce. Cumplidos los 16 años se trasladó á Cádiz, en cuyo punto, agregado al regimiento infantería de *Saboya*, hizo su aprendizaje de armas, concurriendo desde el año de 1780 al de 1782, al bloqueo y sitio de Gibraltar, y á la toma de la isla de Menorca. En estas operaciones demostró el valor y la inteligencia que, andando el tiempo, le elevaron al primer rango en la milicia. Unas veces por órden de antigüedad, y otras en premio de servicios que prestó en varias funciones de guerra, y señaladamente en las de Oran y Ceuta, fué ascendido en 1782 á sarjento mayor, en 1784 á teniente coronel, en 1789 á coronel graduado, y en 1792 á coronel efectivo. Empeñada la guerra con la república francesa, á consecuencia de los escesos revolucionarios de Francia, pasó Castaños á Pamplona con el mando del regimiento de Africa, y el dia 23 de junio de 1793, en una de las diferentes acciones que tuvieron lugar en Orduña, dió una prueba estraordinaria de valor. Habíanle abandonado los suyos y dejado solo enmedio de soldados enemigos; uno de estos habia herido ya á Castaños de un sablazo, y como si esta fuese la señal de acometer, se prepararon inmediatamente y estaban á punto de descargarse sobre él centenares de armas mortíferas.—«¡*Deteneos!* esclamó Castaños en frances con voz de trueno, adelantando el brazo y presentando sus galones: ¡*Respetad á un coronel!*» Pues no fué necesario mas, para que las ideas de subordinacion y de respeto se aglomerasen en tropel á la mente de aquellas cien cabezas, y para que los soldados no se diesen cuenta de si era un jefe amigo ó enemigo el que con tal fuerza les hablaba. Algunos instantes de reflexion hubieran bastado sin duda para destruir el encanto; pero los granaderos de Africa, que se habian apercibido del suceso de su coronel, se arrojan impetuosamente sobre los franceses, atácanlos con denuedo á la bayoneta, trábase de parte á parte un combate al arma blanca, y cejando al fin los enemigos ante el desesperado arrojo de nuestros bravos, huyen despavoridos, y Castaños queda salvado milagrosamente. Pero no fué esta la única prueba de cariño que mereció á sus granaderos. Brigadier ya, fué destinado á mandar los reductos de Vera, y hallándose en la altura de San Marcial, defendiendo el reducto número 8, atacado por numerosas fuerzas enemigas, recibió una herida mortal producida por una bala de fusil que le atravesó la cabeza, entrando bajo la parte inferior de la oreja derecha y saliendo por la superior de la izquierda. Aquella catástrofe desalentó á las tropas, que por atender al cuidado de su jefe, abandonaron el reducto, y entonces tuvo lugar un hecho, que tanto ennoblece á los granaderos de Africa, como prueba los estrechos vínculos de afecto que siempre ligaron á aquel regimiento con su coronel Castaños. Yacia este casi sin vida entre los brazos de sus soldados, quienes solo se ocupaban de los medios para ponerle en salvo. El descenso por el reducto era impracticable, pues no habia vereda capaz de contener apenas el equilibrio de un hombre sin ayuda de las manos, cuando para bajar al herido desde la cúspide en una camilla, eran necesarios dos por lo menos. Todo lo allanó,

sin embargo, el amor de los granaderos; tendidos de espaldas sobre la áspera y terrible pendiente, y formando de alto á bajo, desde la altura á la falda del reducto, una fuerte columna sostenida por el mútuo apoyo de los piés, afirmados sucesivamente en los hombros, alzaron las manos para recibir y despedir sucesiva y cuidadosamente al herido, que entregado á los robustos brazos de los primeros granaderos colocados en la pendiente, fué deslizándose paso á paso por aquel prolongado lecho humano. Era aquel un acto que arrancaba lágrimas; la vida de Castaños pendia del mas ligero descuido de los granaderos; una mera sacudida, una ténue oscilacion hubiese bastado para estinguirlo; sin embargo, los últimos hombres de la columna entregaron al ilustre jefe salvo, cual lo habian recibido de los primeros. Colocado entonces en una camilla, fué trasportado á Hernani. Castaños no ha podido olvidar nunca que debe la vida á los denodados granaderos de Africa, y queriendo recompensar tan inapreciable servicio, por un acto público tan duradero como su vida, vistió en todos tiempos desde entonces el uniforme de Africa, ese glorioso uniforme blanco con que le hemos visto presentarse siempre luciendo sobre él sus honrosas condecoraciones. En 1794 volvió al ejército, y como su bizarría y pericia eran tan conocidas, los generales en jefe Caro y Colomera, le emplearon en los puestos mas peligrosos y en las empresas mas arriesgadas. Por estos tiempos tuvo ocasion de demostrar que era tan buen militar como hábil negociador. En las conferencias diplomático-militares que mediaron entre él y el general Marescot, con quien mas tarde se encontró tambien en negociaciones, por fortuna mas dichosas para España, acreditó suma perspicacia y entereza. Hecha la paz de Basilea, y siendo mariscal de campo, vino Castaños de cuartel á Madrid, donde le esperaba una vida feliz y regalada en medio de la abundancia y los placeres. Castaños era sobrino del marques de Iranda, hombre poderoso y bien quisto en la alta sociedad madrileña. Le alojó en su casa, puso á su disposicion los tesoros de sus arcas, y le presentó en las altas reuniones. Estaba á la sazon separada la nobleza de la influencia de la corte, en razon á que la primera no llevaba su respeto como queria la última, al esceso de considerar á su favorito como á sus reyes. El centro principal de que partian los tiros de la nobleza, era la casa de la condesa de Benavente, que vivia á la sazon en la cuesta de la Vega; llamábase por antonomasia la *Puerta Otomana*, porque en sus salones se reunia la sociedad mas distinguida, y se comentaba y ponia en ridículo la política del favorito. Allí mereció Castaños un puesto especial por la oportunidad incisiva al par que delicada, con que sabia dar calor á los epigramas que estaban á la órden del dia en aquella reunion. El crédito de Castaños en este punto le valió un momentáneo é injusto destierro á Badajoz por el año de 1799. En 1800 se le dió el mando de una division que debia reunirse en las costas de Galicia, y embarcarse con el objeto de embestir las Antillas inglesas; pero acometido el Ferrol por una escuadra británica que traia á su bordo quince mil hombres de desembarco, fué preciso abandonar aquel proyecto, y Castaños contribuyó poderosamente con su division á la gloriosa defensa del Ferrol, y á la derrota del enemigo. Por estos servicios, y con motivo del casamiento del príncipe de Asturias, fué promovido á teniente general en 5 de octubre de 1802. Comandante del campo de Gibraltar, se captó Castaños la consideracion de las autoridades inglesas. El gobernador de la plaza, duque de Kent, padre de la actual soberana de Inglaterra, tuvo la galantería de invitar á Castaños á que como general revistase las tropas de la guarnicion; Castaños aceptó el convite, y concurriendo á caballo vestido de gala á la plaza de Gibraltar, revistó aque-

llos regimientos, uno de los cuales estaba mandado por el príncipe como simple coronel. «General, le dijo el duque, aquí mandais como si estuviérais en medio de vuestro ejército.» «Está bien, contestó Castaños con gravedad fingida, podian desfilar todos por la puerta de tierra para que mis soldados entrasen á tomar posesion de la plaza.» Aquella inesperada y oportuna respuesta provocó la hilaridad del príncipe y de los jefes, y trascendiendo á la poblacion fué justamente aplaudida. Todavía se encontraba Castaños en el campo de Gibraltar, cuando al grito del 2 de mayo se respondió con el de guerra, hasta en los mas ocultos rincones de la península. Las provincias meridionales hicieron, pues, lo que todas las demas de España: no bien se pasaron los terribles momentos de la efervescencia popular, tan inícuamente provocada, pensóse sériamente en los medios de resistir á Napoleon. Y aquí fué donde el general Castaños desplegó sus grandes talentos militares y políticos, acreditándose de un genio organizador y prudente, capaz de dominar las azarosas y terribles circunstancias que le rodeaban, y de imprimir á la comenzada heróica defensa la unidad necesaria. En medio de los mayores obstáculos y contratiempos, falto de todos los recursos que se facilitan á un general en épocas normales, Castaños llegó á formar ese valerosísimo ejército que tuvo la gloria imponderable de humillar antes que ningun otro, y abatir cuando nadie lo habia hecho, la soberbia de las águilas imperiales. Fácil es comprender que aludimos á la memorable jornada de Bailen, jornada que no olvidará nunca la generacion presente, y cuya memoria se trasmitirá á las generaciones venideras. Pero la fortuna, que no siempre es compañera inseparable del hombre, volvió la espalda al famoso caudillo en la batalla de Tudela, y el pueblo, que en todas partes es impresionable y veleidoso, cambió las copas de néctar con que hasta entonces habia obsequiado á Castaños, en copas de amargura. Despues de entregar en Sigüenza el mando del ejército al conde de Cartaojal, pasó el vencedor á Sevilla, donde soportó con magnanimidad y resignacion heróica, todos los disgustos y sinsabores que acompañan siempre al cambio de tiempos y de situaciones, y vivió en la posible oscuridad, hasta que hallándose en Algeciras fué nombrado, á la disolucion de la junta central, presidente del nuevo gobierno, cargo que desempeñó hasta que las Cortes nombraron en 1810 otra regencia. Muerto el marques de La Romana en 1811, Castaños tomó el mando del quinto ejército, y con él concurrió á la tan sangrienta como gloriosa batalla de la Albuera, en la que tuvieron tambien parte los generales Blake y Beresford. En 1812, y despues de varias operaciones afortunadas como la de Arroyo Molinos, reasumió Castaños el mando de los ejércitos quinto, sesto y sétimo, dirigiendo así una multitud de elementos dispersos, con los cuales apoyó, aquel mismo año, las operaciones del ejército ingles hasta Burgos. Nombrado despues lord Wellington generalísimo de los ejércitos anglo-hispano-lusitanos, el héroe de Bailen al frente del quinto, que constaba de ocho divisiones, asistió á la mayor parte de las funciones de guerra que hubo hasta la entrada en Francia. Estando ya en Tolosa, recibió una órden inmotivada de la regencia, en la que se le prescribia entregar el mando á don Manuel Freire; á cuyo cruel desaire, que tenia su orígen en las circunstancias políticas, contestó Castaños en términos bastante duros, que revelaban la dignidad ofendida. Terminada la campaña y puesto en libertad el rey cautivo, Castaños fué agraciado por este con el nombramiento de consejero de Estado, en cuyo puesto se encontraba cuando fué preciso recurrir de nuevo á las armas, de resultas del desembarco de Napoleon en Francia. Castaños pasó á Cataluña con el mando en jefe del ejército de la de-

recha, con el que penetró en Francia y ocupó á Bellegarde, Perpiñan y otros puntos de los departamentos fronterizos. Arrojado Napoleon de Francia, y hecha la paz general, Castaños quedó con el mando del ejército y principado de Cataluña, granjeándose por su rectitud, moderacion y dulzura, el cariño de aquellos habitantes. En Barcelona se conserva su memoria en gran veneracion. Los acontecimientos de 1820, á los que opuso toda la resistencia de un soldado que no obedece mas órdenes que las que emanan del gobierno, le obligaron á salir de su querida Cataluña, y á regresar á Madrid, donde pasó en la oscuridad la segunda época constitucional. La escasez de recursos que tan altamente ha proclamado siempre la honradez innata del general Castaños, se acreció por los años en que vamos, cuando sobre los pasados atrasos sufrió la reduccion de su sueldo á cuarenta mil reales. Vióse entonces reducido á habitar una casa harto modesta en Madrid, sin despedir á ninguno de sus domésticos, y la infanta doña Luisa Carlota, apreciadora de sus virtudes, envió al general, de un modo secreto y delicado, la suma de treinta mil reales. En 1823, á la entrada del duque de Angulema, recibió Castaños una invitacion de la junta de Bayona, para que se pusiese al frente de la regencia; pero fiel siempre á sus juramentos y á la voz del honor militar, desechó semejante proposicion, y se puso en marcha para Sevilla, donde se encontraba el rey. Con la vuelta de S. M., entró de nuevo Castaños en el consejo de Estado. Sin embargo, ageno en cierto modo á la política, durante la ominosa década del despotismo, tuvo una parte muy pasiva en la direccion de los negocios de aquella época. Jamas dió su parecer sobre ningun asunto importante, sino despues de instarle repetidas veces y hasta precisarle á ello el monarca. En los acontecimientos de 1832 y 1833, se condujo el vencedor de Bailen con su acostumbrada lealtad. Desechando primero las sujestiones de los partidarios de don Cárlos, y mas tarde las intimaciones que desde Portugal le dirigió este príncipe, contribuyó poderosa y eficazmente á la exaltacion al trono de la legítima soberana doña Isabel II. En aquella época azarosa, el ejemplo del veterano del ejército debió influir mucho en el ánimo de los hombres vacilantes é indecisos. Pero lo que principalmente llama nuestra atencion sobre este hombre singular, lo que le hace mas acreedor á la estimacion de sus compatriotas todos, es que, jamas, durante las épocas de su mando en las diferentes provincias que tuvo bajo sus órdenes, hizo correr sangre española, ni se prevalió de esos odiosos estados de sitio, en que va envuelta generalmente la arbitrariedad de las autoridades militares, para mantener el órden y el sosiego públicos. Sobre todo, en la liberal é industriosa Barcelona, en esa oprimida Cataluña, en que tantos lugar-tenientes ó capitanes generales señalaron la época de su dominacion con horrores y crueldades inauditas, pretestando para ello el sosten del órden público, Castaños, por el contrario, trató á aquellos provincianos con la mayor humanidad y dulzura, por lo cual, llegó á hacerse tan popular entre ellos, que salia á pasear por todas partes sin que le acompañase un solo ayudante de campo, y hasta prescindia en su palacio de la indispensable guardia, bien confiado en el cariño y respeto de los barceloneses. Es fama, que haciéndole reparos sobre esto algunos entes asustadizos, incapaces de gobernar sin apoyarse en el terror, y arguyéndole con el carácter fiero é indómito de los catalanes les solia contestar: « El dia que tenga noticia de alguna sublevacion en cualquier pueblo de Cataluña, monto inmediatamente á caballo, y puesto al frente de cuatro ó seis músicos provistos de sus violines, me dirijo sin vacilar al lugar del combate. Allí formo mi tropa, desplego la batalla, y si despues de esgrimir sus arcos mis sol-

dados y de hacer oir sus marchas guerreras y aires nacionales, no me rinden inmediatamente sus armas los contrarios, declaro formalmente que soy el capitan general mas estúpido de cuantos ha tenido hasta ahora ni pueda tener en adelante el Principado.» Castaños, sin embargo, no se vió precisado á hacer este alarde imponente de fuerza, pues los catalanes demostraron una vez mas, que no es el rigor y la tiranía la que enteramente les sujeta, sino la justicia y la equidad. El vencedor de Bailen ha sido tambien muy célebre por sus agudezas y chistes ingeniosos; en las líneas anteriores ya dejamos hecha mencion de algunos, y en las siguientes pondrémos de manifiesto otro. Cuando entró en Sevilla, despues de la inmortal batalla de Bailen, salió á recibirle una inmensa multitud que le aclamaba con entusiasmo meridional. En aquellos momentos de júbilo universal, notando uno de los amigos del general, que este, lejos de participar de aquel ardiente regocijo, se hallaba triste y meditabundo, se acercó á él y le dijo: «Mi general, ¿cómo está usted tan pensativo, cuando todo el mundo se exhala en vítores y aclamaciones hácia su libertador?» A lo que contestó Castaños con tanta gracia como verdad: «Estoy en el Domingo de Ramos, y me acuerdo de mi Viernes Santo.» En efecto, su Viernes Santo llegó con la funesta batalla de Tudela. Finalmente, condecorado Castaños con el collar del Toison de Oro, con todas las grandes cruces civiles y militares de España, duque de Bailen, presidente del Consejo de Castilla, del de regencia y del Estamento de próceres, Senador del reino, tutor de S. M. y de su augusta hermana, comandante general del cuerpo de Alabarderos, supo hermanar en todos estos encumbrados puestos la firmeza con la moderacion, la dignidad con la dulzura, y la gloria con la modestia. Caritativo y cariñoso con los desgraciados, dióles todo cuanto tenia, y el que tanto pudo enriquecerse, murió el 24 de setiembre de 1852 pobre, sumamente pobre. Hé aquí su mayor elogio.

CASTI (Juan Bautista), célebre poeta italiano, nació en Montefiascone en 1721. Su estremada inclinacion á la sátira le hizo indisponer con el obispo y cabildo de aquella ciudad, de que era canónigo, y por ello se vió obligado á espatriarse, viviendo desde entonces, segun es fama, de un modo muy poco conforme con su estado. Pero siendo muy bien recibido y festejado por varios príncipes, tanto de Italia, como de Alemania y Rusia, Casti continuó entregándose á su ocupacion favorita, y su causticidad tomó mucho mayor incremento. Como habia leido y viajado mucho, su conversacion era viva y llena de rasgos originales. Pero en general su lenguaje era licencioso, ridiculizando al mismo tiempo á los hombres, á las leyes y costumbres establecidas, y hasta la misma religion. Para burlarse de todo, hasta de su propia voz lo hacia, que era áspera y gangosa, proviniendo de una enfermedad vergonzosa que le puso á las puertas del sepulcro. En 1798 pasó á Paris, donde fué perfectamente acogido de todos los literatos. Era su ingenio tan fecundo, que hasta sus últimos años no pasó dia que no publicase alguna sátira, novela, ó añadiese algo al poema que le ha hecho célebre titulado *Gli animali parlanti*. Pero en febrero de 1803, al salir de un banquete donde habia estado mas alegre y decidor que nunca, le acometió una fuerte calentura, de cuyas resultas murió á los pocos dias. Sus principales producciones son las *novelas galantes* y *los animales que hablan*. Compuso tambien algunas óperas, pero son de muy escaso mérito.

CASTILLO SOLÓRZANO (Alfonso del), poeta, historiador y romancero español, cuya patria y lugar de su nacimiento se ignoran. Unicamente se sabe que floreció en el siglo XVII, y es autor de un gran número de novelas, entre las cuales las mas nombradas

son, *la Garduña de Sevilla; la Quinta de Laura; la Sala de recreacion;* y *el Sagrario de Valencia.* Las tres primeras han sido traducidas al frances. Lope de Vega hace un grande elogio de Castillo en su *Laurel de Apolo.*

CASTLEREAGH (Roberto Stewart marques de Londonderry, vizconde de). Nacido en Irlanda en 1769, ya mostró desde sus primeros años grande ambicion y agudo ingenio. Elegido diputado de su pais cuando apenas contaba 21 años de edad, eleccion que costó á su padre el ganarla mas de 30,000 libras esterlinas (3.000,000 de reales), trabajó mucho en su primer legislatura en favor de la pobre Irlanda, peró olvidando muy en breve á su pais, afilióse entre los que componian la mayoría de la Cámara de los comunes. Queria llegar á ser ministro, y para ello no perdonaba medio. Viéronse al fin coronados sus esfuerzos, encargándole la cartera de la guerra, que desempeñó hasta la caida del famoso Pitt. Hizo entonces dimision de su cargo, pero al cabo de dos años volvió de nuevo á ocuparla, segun eran favorables ó adversas las probabilidades que tenia Napoleon de asegurar su imperio. Como el vizconde se habia mostrado siempre tan tenaz enemigo de la revolucion francesa, el mayor ó menor grado de estabilidad que aquella y el imperio adquirian, eran la norma mas segura para que ocupase ó no su puesto en el gabinete de la Gran Bretaña. En 1809 volvió, por tercera vez, á ocupar el ministerio de la guerra, y á consecuencia de la desgraciada espedicion de Walcheren, tuvo un desafío con Mr. Caning, hiriéndole levemente; pero este acontecimiento obligó á ambos á salir del gabinete del cual formaban parte. No tardó, sin embargo, Castlereagh en volver á ser nombrado ministro de negocios estranjeros; y en 1813 plenipotenciario cerca de las cortes aliadas. En este cargo desplegó el vizconde gran talento y mucha actividad en favor de los Borbones, para su reposicion en el trono de Francia; decidiendo á las grandes potencias á que no transigiesen con Napoleon. Era tal la animadversión que le profesába, que habiéndose dejado á Bonaparte, por el tratado de Fontainebleau, á consecuencia de haber abdicado la corona imperial, la soberanía en propiedad de la isla de Elba, Castlereagh rehusó firmar dicho tratado, hasta que se vió precisado á ello por las órdenes terminantes que recibió de su gobierno. Parece que desde aquella época se propuso el gabinete británico el encerrar á Napoleon en Santa Elena, y solo esperaba oportuna ocasion para llevarlo á cabo. En el congreso de Viena hizo el vizconde grandes esfuerzos para lograr la abolicion del tráfico de negros, y llegó hasta amenazar con impedir la importacion de los géneros coloniales, donde quiera que continuase el comercio de esclavos. Nada decidió, sin embargo, el congreso de un modo definitivo; acordándo, tan solo, que la abolicion de la trata fuese haciéndose por grados. Lord Castlereagh fué uno de los principales autores y promovedores de la coalicion contra la Francia, y el que mas principalmente insistió despues del regreso de los Borbones en que se devolviesen á las varias potencias los objetos de arte de los que se habia apoderado Napoleon en sus victorias. Pero ¡misterio singular! lord Castlereagh que habia llegado al apogeo del poder, que habia reunido cuantas condecoraciones, honores y riquezas puede el hombre desear; el mismo que disfrutaba en paz, y considerado de su príncipe, de todas las comodidades de la vida, y de todas las ilusiones mundanas, se degolló (1822) con una navaja de afeitar, sin que hasta ahora se haya podido descubrir el motivo. Momentos antes de este suceso nadie podia sospecharlo; y por mas conjeturas que entonces se hicieron, es lo cierto que el suicidio de Castlereagh ha sido y es todavía un profundísimo arcano.

CASTOR Y POLUX, hijos de Leda,

mujer de Tindaro, rey de Esparta. La fábula supone á Júpiter enamorado de esta princesa, cuyo pudor ofendió valiéndose de un ardid, que si en otros dioses hubiera podido ser disculpable, en el soberano de todos ellos es un borron que afea las mas bellas páginas de la historia del Olimpo. Es el caso que el presidente del senado divino salió un dia al encuentro de Leda, que tranquila y contenta se paseaba por las orillas del Euxotas; habíase su majestad suprema transformado en albísimo cisne; Venus, á sus instancias, mudó tambien de forma, y ocultó su hermosura bajo el tosco plumaje de un águila, echando en seguida á volar tras la indefensa ave como si quisiese despedazarla con sus tajantes uñas. El cisne (nada mas natural) buscó un asilo, y lo halló en el cándido pecho de la hermosa, que blanda y amorosamente le recibió defendiéndole de su traidor enemigo; mas ¡ay! algun tiempo despues, la incauta protectora dió á luz dos huevos, fruto de su sensibilidad y de la gratitud del ave perseguida. De estos dos huevos salieron despues dos varones, que fueron Castor y Polux, y dos hembras, que se llamaron Elena y Clitemnestra. Amáronse los dos gemelos con la mayor ternura; juntos acometieron las mas peligrosas empresas; su valor no conocia obstáculos: testigo de ello multitud de piratas que infestaban las costas del mar Egeo, y que, siendo todavía muy jóvenes ambos hermanos, pagó con la vida su temeridad y sus crímenes. En la espedicion de los Argonautas distinguiéronse tambien Castor y Polux, el primero por la habilidad con que guiaba el carro bélico, y el segundo en el combate de la manopla, saliendo vencedor de su rival Amico, hijo de Neptuno y rey de Betricia. La primera hazaña de nuestros héroes de vuelta de aquella famosa espedicion, fué rescatar á su hermana Elena, haciendo la guerra á su raptor Teseo. Los dos se enamoraron despues de Ilaira y Irebea, hijas de Leucipo, con las que se hubieran casado si no hubiesen estado ya prometidas á Idas y Linceo. Habiéndose arrojado á robar á las princesas en medio del festin con que se celebraban sus bodas en la corte misma de Tindaro, hermano de Leucipo, dieron ocasion á que sus esposos los llamasen á combate, y, verificándose el duelo, Castor perdió la vida á manos de Idas, que luego murió tambien á las de Polux; el cual ya se habia desembarazado de su adversario. Era Polux inmortal, y encontrando insoportable la carga de su existencia despues de la muerte de su hermano, y hallándose imposibilitado de recurrir al suicidio, suplicó á Júpiter le permitiese morir, ó le devolviese á aquel, ofreciéndose él mismo á bajar á los infiernos á sacarle de entre las sombras en cuya compañía se hallaba. El Tonante dispuso que ocupase la mitad del año el lugar de Castor, y que este volviese á la vida durante otros seis meses, gozando, desde entonces, ambos de la inmortalidad que solo habia sido concedida al uno de ellos. Se representa á Castor y Polux bajo la forma de dos jóvenes montados sobre dos caballos blancos. Uno y otro llevan en la cabeza una estrella y un venablo en la mano. Dedicáronles muchos templos, aunque mas frecuentemente con el nombre de Castor. Dícese que al cabo fueron convertidos los dos hermanos en astros, que hoy forman el signo del Zodiaco que se llama *Géminis*. Para probar su divinidad refieren los poetas que en una terrible borrasca que sufrieron en el viaje de los Argonautas, aparecieron dos ligeras lucecitas sobre sus cabezas, despues de lo cual el mar cesó de bramar, serenándose el tiempo. Estos fuegos fátuos se llamaron entonces *Castor* y *Polux*, y hoy son conocidos entre los navegantes con el nombre de fuego de *Santelmo*. En lo antiguo se consideraba á nuestros dos hermanos como divinidades abogadas de los marinos.

CASTRO (Guillen de) nació en Valencia en 1569, y es uno de los mejo-

res ingenios dramáticos del siglo XVI, tan fecundo en ingenios esclarecidos. Poco ó nada se sabe de la vida de este escritor, únicamente que fué capitan del Grao, lo cual nos induce á creer si habria seguido la profesion de marino. Desgraciadamente el autor de *las mocedades del Cid* ha sido relegado al olvido con sobrada injusticia por los críticos españoles, y mas bien se encuentra su nombre citado con elogio y debidamente apreciado entre los estranjeros. De *las mocedades* tomó Corneille asunto para su famosa tragedia *El Cid*; y el mismo Voltaire, que en alabar á los suyos no anduvo escaso, confiesa que todos sus pensamientos y gracia están tomadas del autor español. Debe, pues, en verdad atribuirse el orígen de la tragedia francesa, elevada allí á tan sublime altura, á un ingenio español; y es justo consignemos aquí, como una gloria española, que Guillen de Castro, como don Juan de Alarcon, son los dos poetas esclarecidos que han servido de base á otros dos no menos esclarecidos, Corneille y Moliere; para que el primero diera su magnífica tragedia, y el otro imitara en su *menteur* (el embustero) á *la verdad sospechosa* del segundo. Dejónos Guillen de Castro cuarenta y tres producciones, entre las que merecen notarse ademas de *las mocedades*, las tituladas *Allá van leyes do quieren reyes; el desengaño dichoso; engañarse engañando; la humildad soberbia* y *la ingratitud por amor*.

CASTRO (Ines de), descendiente de una ilustre casa de Castilla, reunia á un talento poco comun una estremada belleza; dotes, ambas, que fueron el orígen de sus desgracias. Hallábase de dama de honor de la princesa Constanza, esposa del infante don Pedro, hijo de Alfonso IV de Portugal, cuando la muerte de aquella princesa con quien estaba unida, mas que por los intereses aduladores de la corte, por una amistad sincera y desinteresada, vinieron á amargar sus dias. Don Pedro que amaba mucho á su esposa, encontró en Ines una compañera de su dolor; y esta dolorosa simpatía engendró en el corazon del infante una pasion dulce, pero en estremo desgraciada. El esposo y la amiga no tardaron en entregarse á mas tiernos pensamientos. La belleza de Ines hizo olvidar á don Pedro su amor primero, y las lágrimas se trocaron en pasion. La desgracia une á las almas cariñosas; y la sensibilidad es mala consejera de la razon. Don Pedro amó con delirio á doña Ines, y esta le correspondió con ternura. Empero para los envidiosos cortesanos el amar es delito, y el favor un crímen; que quien pretende influencia, destierra de su alma todo sentimiento de piedad. Los favorites de Alfonso temieron, que abandonando á los dos amantes, acaso pudieran un dia suplantarles los hermanos de la dama; y esplotando, (costumbre añeja de aduladores), el carácter sobrado irritable de Alfonso, lograron sembrar entre hijo y padre la ponzoña del rencor. Don Pedro, para mejor resguardar á Ines le habia dado su mano; é Ines, haciéndole padre, habia reforzado el amoroso y legítimo lazo que con al infante la unia. Alfonso se vale de su autoridad paterna, para que el hijo rebelde despida á la que, con razon y con justicia, no puede despedir; y don Pedro, mas amante que nunca, se niega á obedecer. El rey, indignado de la inutilidad de sus esfuerzos marcha á Coimbra donde vivia retirada Ines, creyendo que con amenazas lograria su objeto. Preséntase altivo ante la dama, mas siéntese enternecido al aspecto de sus hijos, y su cólera casi desaparece: su alma fluctua entre el perdon y la venganza, y casi se inclina al primero: empero los cortesanos, (dirémos sus nombres para eterno oprobio), Alvaro Gonzalez, Pedro Coello y Diego Lopez Pacheco, se hallan allí para atizar la discordia. La dureza natural de Alfonso favorece sus proyectos, cede á sus insidiosas instancias y queda resuelta la muerte de la

infortunada Ines... tan solo se aguarda como momento oportuno, la ausencia de don Pedro. Llega al fin. Un dia que salió este príncipe á caza muy temprano, entran repentinamente los asesinos en la habitacion de Ines dormida todavía. Su hermosura, su juventud, la irresistible gracia de sus facciones, nada es bastante para ablandar aquellas fieras; arrójanse sobre ella y al despertar, la que al dormirse solo oyó el arrullo del amor, se ve cercada de feroces sicarios que levantan contra ella sus puñales... Lágrimas, sollozos, súplicas, promesas, todo es en vano... traspasado el pecho con repetidos golpes, cae su cuerpo inanimado; (1335) pero los asesinos no la abandonan hasta estar seguros de su crímen. Empero temiendo la venganza de don Pedro huyen despues y marchan al estranjero á acallar, si pueden, sus atroces remordimientos. Y con razon: al saber el infante el atentado corre á las armas para vengar, al menos, la memoria de la que amaba: secundado por los hermanos de su Ines tala, destruye y siembra la desolacion y el terror por do quiera encuentra algo que pertenezca a los traidores; y aun cuando aplacado por momentos con los ruegos de su madre, en el corazon del infante arde viva la venganza. Muerto Alfonso (1337) y rey don Pedro, su primer cuidado es haber á las manos á los asesinos de su esposa. Pacheco habia muerto en Francia, y Alvaro y Coello refugiados en Castilla, le son entregados por don Pedro el Cruel ó el justiciero. Era ya llegada la hora del castigo. Matarlos era poco para su saña; era preciso que sufriesen préviamente los mayores tormentos. Nada se perdonó para ello: la saña humana se complació en hacerles morir mil veces antes de arrancarles por última vez la vida. Respirando aun y mutilados, fueron espuestos al público en un patíbulo; arrancándoles el corazon, lo pusieron todavía palpitante á los piés del monarca; y como si esto no bastase á tranquilizar su amor perdido, fueron los cadáveres quemados, y dispersas en el aire sus cenizas. Bastaba ya para la venganza, pero faltaba satisfacer al corazon. Reune las cortes del reino en Castanhedo, para que el pais entero sancione su deseo, y las declara su enlace con Ines; manda estender un acta solemne y reconoce y hace reconocer con derecho á la corona á los dos hijos de su amor. Luego desenterrando el cadáver de la infortunada dama, la ciñe la descarnada cabeza con la diadema real, y manda que á sus restos se hagan honores soberanos. Tal es el trágico fin que tuvo la bellísima, cuanto infortunada Ines de Castro, que ha dado orígen al mas bello episodio del poema de Camoens, y servido de asunto á varios dramaturgos.

CATALINA DE ARAGON. Reina de Inglaterra. Era hija de Fernando V de España y en 14 de noviembre de 1501 casó con Arturo, príncipe de Gales, primogénito de Enrique VII de la Gran Bretaña, aun cuando no llegó á consumarse el matrimonio por la prematura muerte de su esposo. Habia tenido por objeto, este enlace, el cimentar la alianza de ambas naciones contra la Francia; así es, que viendo defraudadas sus esperanzas el de Inglaterra, y sintiendo ademas, como avaro que era, el tener que restituir cien mil ducados, mitad de la cantidad que habia recibido como dote de su nuera, y que casándose con otro tuviera que aprontar la tercera parte de las rentas del principado de Gales y ducado de Cornuailles que se la habian asignado, propuso y se convino en casarla con el príncipe Enrique, que, aunque hijo menor, habia llegado á ser presunto heredero de la corona. En mal hora se verificó este proyecto, aplazado al principio por la corta edad del príncipe y realizado cuando llegó á su mayoría: el voluble cuanto violento carácter de Enrique no era el mas á propósito para hacer la felicidad de la dulce española Catalina. De esta union vino al mundo la princesa María, la única

que sobrevivió á los demas que tuvieron. Pero Enrique caprichoso, altanero é inconstante; que nunca habia aprendido á vencer sus pasiones, ni á reprimir un solo deseo, vió á Ana de Bullen, y quedó pérdidamente enamorado. Desde aquel momento fatal quedó resuelta la pérdida de Catalina. Para lograr el divorcio, invocóse un testo del Levítico que prohibe el matrimonio con la viuda del hermano; supúsose que habia sido consumado el matrimonio con el príncipe Arturo; se propusieron tratos á Catalina para que dejase á su esposo en libertad; se invocó la influencia de Roma; pero en vano: la inocente aragonesa permaneció inflexible; el amor de madre no la permitia sacrificar á sus hijos la abnegacion de esposa. Citósela ante un tribunal, casi todo compuesto espresamente de aduladores del rey; pero la reina sobre recusarles no quiso aceptar su jurisdiccion. Amenazósela y resistió; imputósela el haber querido atentar contra la vida de Enrique; pero con la calma de la inocencia desvaneció la imputacion. Enrique no perdonó medio alguno para formarse una opinion favorable á sus miras: no escaseó el oro y los presentes; y el oro y los presentes lograron que las universidades y los hombres entendidos que consultó, dijeran que el matrimonio con Catalina era nulo, y que el papa no podia haber dado la dispensa. Pero Catalina se mantuvo firme é invocó el juicio de Roma; y Roma estuvo de su parte. Esto irritó á Enrique, y furioso y desatentado niega la unidad católica, repudia al sucesor de San Pedro, y forma y establece una nueva iglesia declarándose su supremo jefe. ¡A tanto le condujo su amor por Ana! ¡tantos disturbios produjo el firme carácter de Catalina! Dueño absoluto del poder real y de la nueva Iglesia, Enrique se casa públicamente con Ana, y la pobre Catalina se ve relegada al castillo de Himbalton, donde solo sobrevivió dos años al divorcio, falleciendo en 1536. Catalina de Aragon es un palpable ejemplo de cuánta injusticia y crímenes son capaces los príncipes, que sin freno que les contenga y entregados al desórden de los placeres, solo ven en el grave, cuanto alto cargo que ejercen, el medio de satisfacer su orgullo inmoderado; y de alimentar sus vicios, en vez de dedicarse, como deben, á dar constante ejemplo á los pueblos, de virtud, de probidad y de justicia!

CATALINA DE MÉDICIS. Pocas mujeres presenta la historia con tan odiosos colores como á esta reina de Francia. Nacida en Florencia en 1519, pidióla Francisco I para esposa de su hijo Enrique, á trueque de una fuerte suma que le prestó su padre Lorenzo de Médicis, para subvenir con ella á los gastos de aquel monarca caballeresco. En nada figuró Catalina durante el reinado de su suegro, ni cuando su esposo ocupó á su vez el trono; antes bien, como italiana astuta y disimulada, vivió en paz y buena armonía con la duquesa de Etampes, querida de Francisco, y Diana de Poitiers, amante ó concubina de su esposo. Tampoco fué grande su valimiento mientras reinó su hijo primogénito Francisco II, por hallarse enteramente entregado este monarca á la familia de los Guises; pero entretanto puso las bases de su futuro poder. Favoreciendo á los protestantes, preparó Catalina las disensiones que mas tarde ensangrentaron la Francia; y es bien cierto, que á no encontrar el partido de los hugonotes tanto apoyo en su política, las opiniones religiosas no hubieran producido unas guerras civiles tan largas y desastrosas. La muerte de Francisco II puso el poder real en manos de Catalina, y desde entonces dió rienda suelta á su ambicion. No sin temores ejerció, sin embargo, su influencia: fluctuando entre los protestantes á quienes habia halagado, y los católicos cuyas ideas alimentaba, se vió reducida á intrigar en secreto, engañando á ambos. Despreciada, al fin, de todos los partidos, pero consolándose con la esperanza de dividirlos

para reinar; buscando pretestos para negociar, y no negociando jamas sin preparar una nueva guerra civil, puso á Cárlos IX, siendo ya mayor de edad, en la cruel alternativa de reconocer un partido mas poderoso que la autoridad real, ó de recurrir al horroroso medio de asesinar á una parte de sus súbditos, con la esperanza incierta de hacerse superior á las facciones. El degüello del dia de San Bartolomé fué resuelto por los consejos de Catalina, que anteriormente habia favorecido los motines de los hugonotes, cuando los creyó conducentes á su propósito. Al mismo tiempo que tan crueles mañas desplegaba, fomentaba los celos que existian entre el rey y su hermano; y tan perversa madre como reina sin piedad, alimentaba la discordia entre sus hijos, mientras la guerra civil devoraba el reino; prefiriendo la ruina de su familia á dejar un solo instante de parecer necesaria. Cuando falleció en 1599, á la edad de 70 años, se hallaba la Francia entregada á tal desórden y confusion, que su muerte pasó desapercibida. La historia apenas puede definir el carácter de esta mujer. Atea hasta el estremo de serla indiferentes todas las creencias, creia, no obstante, y consultaba con frecuencia á los astrólogos; despreciando la vida cuando convenia esponerla en provecho de su amor propio; y mostrando á los soldados que no temia correr los azares de una guerra, era con frecuencia tímida y miedosa; no apreciando el valor sino de los que se mostraban adictos á su persona, tenia habilidad suma para hacer vivir en paz á los jefes de los cónsules contrarios, para de este modo malquistar y perder á los que la eran opuestos: pródiga hasta la disipacion, no concebia el modo de disminuir sus gastos; y cuando alguno se atrevia á manifestarla los apuros del erario, tan solo contestaba: «Es preciso vivir.» Sus costumbres licenciosas y libres acabaron por pervertir á la Francia, que no en el secreto de las familias, sino en público se hacia gala de faltar al pudor. Preciso es, sin embargo, confesar que esta mujer ambiciosa, falsa y cruel, se distinguió por la elegancia de sus modales, y por su ilustrado amor á las ciencias y á las artes; y si á esto solo hubiera limitado su influencia, la Francia, en vez de detestarla como una gran calamidad, la hubiera respetado siempre como una de sus mejores glorias.

CATALINA I DE RUSIA. Es tan estraordinaria la causa de la subida al trono de esta princesa, que es indispensable dar sobre ella algunos detalles interesantes. Cuando fué tomada por Tchemeretoff, la Livonia (1702), quedaron prisioneros todos sus habitantes, y entre ellos una jóven huérfana, de orígen desconocido, á quien un ministro luterano habia recogido por caridad, sin cuidarse de educarla. Entonces era esposa de un soldado sueco, cuyo nombre calla la historia, y ni aun despues de su elevacion menciona. Su cautiverio, que debia considerarse como una desgracia, fué el principio de su fortuna. Como era linda en estremo, y tenia, ademas, una viveza y una gracia que encantaban, Tchemeretoff, para granjearse el favor del príncipe Menschikoff, favorito del Czar de Rusia, Pedro I, se la cedió como un distinguido regalo. Si Menschikoff la hizo ver á propósito á su soberano, ó la vió este por casualidad, esto lo calla la historia; pero sí es cierto que Pedro I se enamoró perdidamente de la esclava. Alhajóla, en consecuencia, una casa en un barrio algo estraviado de Moscou, con el objeto de poder gozar mejor de sus gracias, y allí solia tambien despachar con sus ministros. En aquel mismo retiro tuvo dos hijas, la una llamada Ana, y la otra Isabel. Pero cuando tuvo Pedro que marchar á la guerra contra los turcos (1711), no queriendo separarse de Catalina, la declaró su esposa. Grande era el amor del Czar, y relevante prueba la dió, cuando trece años despues, al verse acometido de una enfermedad que le puso á las puer-

tas del sepulcro, mandó, despues de restablecido, que la coronasen por emperatriz de Rusia con estraordinaria pompa. Tantas mercedes debian haber subyugado el corazon de Catalina; pero vehemente en sus pasiones, amó ella á su vez á un jóven de su servidumbre, de gallarda presencia, llamado Moens. Sorprendióla Pedro, y en el primer momento de celos quiso decapitar á Catalina, y á un hermano de este que favorecia los adúlteros amores. Dícese que un cortesano lo impidió, aconsejando al Czar otra venganza mas política. Moens y su hermano fueron acusados de despilfarro y poca probidad en el manejo de la casa de la emperatriz; y por este delito fueron públicamente decapitados. La venganza de Pedro para con su esposa se redujo á hacerla pasar, sentada á su lado, por debajo de las cabezas colgadas del amante y de su cómplice. Catalina ahogó el dolor dentro del alma, y calló. Todavía la faltaba reinar. Poco tiempo despues murió el Czar, y Menschikoff, que con razon soñaba gobernar bajo el nombre de Catalina, aseguró que la voluntad del Czar era que su esposa le sucediese. Menschikoff habia sido el favorito y confidente de Pedro; tenia ademas en su poder el tesoro público y la fortaleza, disponia de todo, y nadie se atrevió á resistirle. Fué, pues, obedecido, y Catalina reinó mientras su primer dueño gobernaba. Empero poco tiempo disfrutó Catalina del apogeo de su poder; acometida de un cáncer que se agravó con el frecuente uso del vino de Tokai, murió en 1727, á los 37 años de edad y dos de reinado.

CATALINA II DE RUSIA. Esta *Semíramis* del norte, como la llamaban los literatos franceses del siglo último, nació en 1729 en Stetlin, donde se hallaba de gobernador su padre Cristian Augusto de Anhalt-Zerbst. Elegida por la emperatriz Isabel para esposa de su sobrino Pedro, á quien habia designado para su sucesor en el imperio, fué llevada á Moscou, donde abrazó la religion griega, cambiando su primitivo nombre de Sofía Augusta por el de Catalina Alexiowna. Verificóse el enlace el 1.º de setiembre de 1745; pero el carácter indolente y misántropo de su marido, contínuamente entregado á la bebida y á los vicios propios de un soldado, no eran muy á propósito para hacer la felicidad de la elegante y culta Catalina; así es, que reducida á buscar una ocupacion en el estudio, puede decirse que los diez y siete años que, antes de reinar, tuvo que pasar en la tristeza y el tedio, contribuyeron en gran manera á desarrollar su talento, y la fuerza y energía de su carácter. Tampoco podian ganar nada las costumbres de la futura emperatriz con la estremada licencia que veia en la corte de la czarina Isabel; no es estraño, por lo tanto, que para consolarse en su soledad, trabó amorosas relaciones con su gentil-hombre el conde de Soltikoff, de quien se supone, no sin fundado motivo, era hijo el czar Pablo, que sucedió en el trono á Catalina. Pero cuando la ausencia empezaba á borrar su imágen del corazon de la gran duquesa, presentóse un jóven de gallarda apostura, tan célebre por sus riquezas como por sus desgracias, llamado Estanislao Augusto Poniatowski. Amóle Catalina desde el primer momento con pasion; pero las intrigas de las cortes estranjeras obligaron al rey de Polonia á que llamase á su corte á Poniatowski, y Catalina, si bien sintió su pérdida, pronto le reemplazó en su corazon con el conde Orloff, jóven y elegante oficial de la guardia. Muere en esto la czarina Isabel, y Pedro III sube al trono: para la ambiciosa Catalina era llegado el momento de realizar sus ensueños. Unida con su amante Orloff, el conde Panin, y la intrépida princesa Daschkoff, urden una conspiracion contra el czar, su esposo, aborrecido de sus súbditos por su carácter é inclinaciones. Moda fué entonces en Rusia conspirar á favor de una mujer jóven y bella, contra un marido áspero y brutal: así es que el partido de Catalina se aumentó como

por encanto. No permaneció, sin embargo, tan secreto el objeto de la conspiracion que no llegase á oidos del czar; pero Catalina, advertida, sale de Peterhoff á media noche, hace parte del viaje en una mala carreta, y aparece en Petersburgo en el momento mismo que iba á estallar la revolucion. Las tropas estaban ganadas, y el pueblo, seducido por los conjurados, levanta banderas por Catalina. Pocas horas bastaron en la noche del 8 al 9 de julio de 1762, para proclamar emperatriz á la esposa de Pedro III. Lo mas admirable en este alzamiento, es que se verificó sin efusion de sangre, y que ninguna víctima hizo; únicamente pareció ser necesaria la muerte del emperador, que amaneció degollado en la prision donde le encerraron los conspiradores. Dueña ya Catalina del poder, preciso es confesar que cumplió bastante exactamente las promesas que, como todos los que aspiran al mando, ofrecen cuando pretenden. Despues de hacerse coronar solemnemente en Moscou, dedicóse enteramente á los cuidados del gobierno, fomentando la industria y la agricultura, creando una marina formidable, y espidiendo útiles reglamentos para la administracion de justicia. Conocia Catalina los instintos guerreros y ambiciosos de su pueblo, y lisonjeó su vanidad, añadiendo nuevas tierras á sus dominios, y haciéndose la árbitra de los reyes y príncipes sus vecinos. Un hecho marca su historia que la da gran celebridad y fama; porque en medio de su omnipotente grandeza, no desconoció el derecho que asistia á los hombres para examinar las leyes á las cuales deben sujetarse en adelante. La que por sí y ante sí, y visto el estado poco civilizado en que yacia su imperio, podia conceptuarse como la persona mas ilustrada de todos; la que podia disponer á su antojo de una fuerza armada respetable que impusiese sus caprichos, pagó justo tributo á la razon, convocando en Moscou una Asamblea compuesta de los diputados de todas las provincias rusas, para que examinasen una instruccion escrita de propia mano de la emperatriz para reformar las leyes del imperio. Desgraciadamente la envidia suele asentar sus reales en las grandes reuniones humanas, y los mejores proyectos y las medidas mas convenientes suelen ser objeto, sino pretesto, de recriminaciones y division. Así sucedió en la Asamblea, ó llámese si se quiere, Parlamento de Moscou; hasta que viendo Catalina el torcido sesgo que tomaban las discusiones, y cuán al reves, de lo que en sí eran, se comprendian sus intenciones, se apresuró á despedir á los legisladores, encargándose desde entonces en preparar por sí el futuro engrandecimiento del vasto imperio moscovita. No es, ciertamente, para un modesto apunte biográfico el detallar las grandes empresas de Catalina *la Grande*, porque seria preciso seguir los anales de su reinado dia por dia y hora por hora, porque en todas ellas hay algo que deje ver su profunda habilidad política, y la grande energía de su carácter. Las provincias de Polotsk y de Morhilow, desmembradas de la infeliz Polonia, y agregadas á la Rusia; los turcos vencidos y derrotados; perdidos para ellos Azof, Tangaroh y Kimburn, y abierto el mar Negro á la libre negociacion; la anexion de la Crimea, y el haber ensanchado los límites del imperio hasta mas allá del Cáucaso, son títulos bastantes para hacer olvidar los principios de su encumbramiento. Digna sucesora de Pedro I, *el Grande*, la Rusia debe á esta princesa, igualmente grande, la decisiva influencia que goza aquel pais en el mundo entero. La Turquía, sobre todo, quedó humillada desde entonces, y acaso llegue un dia que los sucesores de Catalina planten la cruz griega sobre las mezquitas de la antigua Bizancio. La Polonia, esa nacion valiente que tantos y tan señalados servicios habia hecho á la cristiandad, sirviendo de barrera inespugnable á las pretensiones musulmanas, y que tan mal recompensada ha sido por la Europa; habia ya sufri-

do una primera desmembracion; pero esto no bastaba, ni al rey de Prusia, ni al emperador de Austria, ni á la ambiciosa Catalina. Protegieron los dos primeros, menos arrojados que la tercera, el descontento de los polacos; y lograron, en efecto, suscitar dificultades que hirieron el amor propio de la autócrata; y, aprovechando tan favorables circunstancias para agrandar sus dominios, borra aquella nacion desgraciada del mapa de Europa (1792), á pesar de hallarse en el trono su antiguo amante Poniatowski. Poco tiempo despues unió á la Rusia la Curlandia, la Samogitia, la Semigalla y el círculo de Pitten. Catalina, por último, acababa de emprender una guerra contra la Persia, con la idea, segun algunos historiadores, de restablecer el imperio del Mogol, y destruir la dominacion inglesa en Bengala, cuando la muerte vino á paralizar sus proyectos en 1796. Dícese que sus últimos momentos fueron terribles. Una noche que se hallaba jugando á los naipes con sus damas y favoritos, se levanta de repente y entra en un aposento inmediato. Inquietos todos al ver que tarda en volver, se atreven á penetrar en la habitacion, y solo encuentran cerrada la puerta de un gabinete reservado. Contiénense al pronto, pero muy luego llaman á la emperatriz, mas sin obtener respuesta. Fuerzan, al fin, la puerta, y encuentran á Catalina pálida, desmelenada y forcejando con la muerte. Pocos momentos despues era cadáver. Esta mujer célebre ha dejado escritas varias obras, entre las cuales se cuentan la titulada, *Antídoto ó refutacion del viaje á Siberia*; el *Czarowity Chlore;* la *Correspondencia con Voltaire* y algunas composiciones teatrales.

CATILINA (Lucio). Sucede en la degeneracion de los gobiernos, que se presentan ciertos seres dotados de suma ambicion, que á trueque de satisfacerla, no temen el entregar á su patria á los horrores y desórdenes de la guerra civil. Felices las repúblicas entonces, si por fortuna encuentran nobles hijos que las defiendan de las perfidias de los conspiradores. Lo que hemos asentado debe precisamente aplicarse á Lucio Catilina lo primero, y lo segundo á Ciceron. Así es que la historia del uno es el complemento de la del otro; y ambas reunidas dan una idea completa de la mayor y mas terrible conspiracion que se urdió contra la república romana. Cuando Catilina, descendiente de los Sergios, antiquísima familia de patricios, vino al mundo, se hallaba entregada la república á los furores de los partidos que dirigian Mario y Sila. Desde luego abrazó el partido del último: su carácter naturalmente perverso encontró ancho campo donde ejercer venganzas, incendios y rapiñas, que los patricios por su debilidad y cobardía sufrian en silencio; aun cuando odiaban públicamente la atroz barbárie del dictador. No bastó, en tanto, que Sila, fatigado, abdicase la dictadura, y el pueblo romano creyese entónces que podia respirar: la depravacion habia hecho tales progresos entre los romanos, que los crímenes eran recompensados, y perseguida la virtud. El que mas se distinguió en esta lucha sanguinaria era Catilina, que por su carácter osado, sus sentimientos inhumanos y sus costumbres abominables, fué la bandera, en torno de la que se agolpó todo cuanto de mas abyecto se encerraba dentro de los muros de Roma. La nobleza perdida de deudas y llena de crímenes, y el populacho mas prostituido y soez, fueron los decididos partidarios de Catilina, que prometia á los primeros el verse libres de importunos acreedores, y santificadas sus faltas; y á los segundos el saqueo y el incendio de la ciudad. Algunos romanos ilustres, empero, celosos del honor de su república, trataron de desacreditarle ante el pueblo, acusándole primeramente de ofender á los dioses por mantener trato ilícito con una vestal, y despues por las injustas exacciones que impuso á

los pueblos romanos del Africa durante su proconsulado; pero los infinitos partidarios que contaba, y el temor que habian inspirado al senado romano, hicieron vana esta doble acusacion; y Catilina se mostró despues mucho mas orgulloso y ufano que antes. Sospechábase, no obstante esto, que habia cometido aun muchos mayores crímenes contra el pudor. Decian unos que su mujer Aurelia era su propia hija, fruto de uno de sus muchos adulterios; y otros aseguraban, que aunque Aurelia no tenia con él semejantes vínculos de sangre, habia asesinado á su primera mujer para poderse casar con ella. Añadíase, que repugnando esta el casamiento porque tenia un hijo del primer enlace, Catilina, tan desnaturalizado como lujurioso, le habia asesinado para quitar todo estorbo. Así al menos lo sospecha Salustio en la *historia de la conjuracion*. Ya hemos dicho que Catilina, como el mas audaz, se hallaba al frente de los conjurados, y estos, no tan solo contaban con gran número de partidarios dentro de los muros de Roma, sino que disponia de los restos de las antiguas bandas de Sila, que solo ansiaban ejercer, como siempre, el saqueo y la destruccion. Para conseguir sus fines, era necesario que Catilina fuese nombrado cónsul; y acaso lo hubiera logrado, si, para bien de la república, no se hubiese opuesto un hombre distinguido, Ciceron, que arrostrando los furores y las venganzas de los partidarios de Catilina, reunió en su favor el voto de los habitantes pacíficos de Roma, que solo ansiaban que un carácter arrojado y severo como el del célebre orador romano, tremolase la bandera del órden y la paz. Rudo fué el golpe que con este nombramiento recibió el partido de Catilina; pero este no desmayó por eso en su empresa: apoyado por los senadores Léntulo, Cétego, y hasta el mismo Cesar, se atrevió á todo; pero Ciceron, fuerte con el apoyo de los hombres honrados de la república, no temió el habérselas cuerpo á cuerpo con el temible jefe de los conjurados. Conocida es de todos la magnífica peroracion en la que el ilustre orador descubrió todas las intrigas de Catilina, invitándole á ponerse al frente de las tropas insurrectas de Manlio, y á destruir con ellas á la madre patria; el enemigo de Roma, y particularmente de Ciceron, furioso por ver descubiertas sus intrigas, deja precipitadamente á Roma, y marcha á ponerse al frente de los insurrectos, jurando destruir todo cuanto se oponga á sus proyectos. El senado, arrastrado por la elevada elocuencia de Ciceron, pronuncia al fin la pena de muerte contra Catilina, y mientras aquel, como cónsul que era, permanece en la ciudad para conservar la tranquilidad pública, salé Petreyo al frente de los soldados fieles, para pelear en campo abierto contra las legiones de Catilina. Viéndose este cercado, y un tanto disminuidas sus fuerzas, porque muchos de los comprometidos, como acontece siempre, faltaron á la cita, buscó y logró en la pelea una muerte digna de mejor causa. Los que siguieron sus banderas imitando su ejemplo, tambien perecieron todos, defendiendo el puesto que Catilina les habia confiado. (Año 63 antes de Jesucristo). Así se salvó la república romana que Catilina habia jurado, si no destruir, socavar al menos sus fundamentos; entregándola á merced de sus partidarios, que no llevaban mas objeto que apoderarse de todo para regirla á su manera, estableciendo un despotismo, tanto mas cruel, cuanto que habian de ser muchos los que lo habian de ejercer, basado tan solo en el saqueo, la prostitucion y el incendio.

CATHELINEAU (Santiago). En la aldea de Pinenmage, cerca de San Florencio de Anjou (Francia), vivia un mercader de lanas, casado, y aunque jóven, respetado de todos por sus buenas costumbres y bondadoso carácter. Santiago Cathelineau, que así se llamaba, oyó un dia que los jóvenes de San Florencio se habian sublevado con-

tra la convencion nacional, por no querer formar parte de la leva de trescientos mil hombres que habia decretado aquella Asamblea. Cathelineau que, como muchos de su pais, no podia soportar la tiranía terrorífica que pesaba, en aquella época, sobre la Francia; sin escuchar los ruegos de su mujer y de sus hijos, junta á unos cuantos amigos y marcha á unirse con los jóvenes sublevados. Al frente de unos cien hombres se atreve á atacar un puesto militar que hace prisionero, apoderándose de un cañon; y este fué el principio de la grande insurreccion armada que, estuvo muy á pique de separar de la república francesa varias provincias de Francia. Los primeros triunfos del mercader de lanas, estimularon el ardor de los anti-republicanos, y la insurreccion bretona llegó á contar muy pronto ochenta mil hombres armados. Pero entre los varios jefes que la dirigian, Cathelineau fue siempre mirado como el principal, á cuyos consejos y resolucion se sometian; y era tanta la veneracion y respeto con que le miraban que no se le designaba mas que con el nombre del *Santo de Anjou*. Con fuerza tan imponente, Cathelineau, despues de haberse apoderado de Saumur quiso atacar á Nantes, habiendo combinado antes esta operacion con los insurrectos de la Vendée y del bajo Poileau; pero ora que estos no acudiesen á tiempo á la cita, ora que el cansancio hubiese disminuido las fuerzas con que contaba Cathelineau; ora tambien, la desesperada defensa que opusieron la guarnicion republicana de la ciudad atacada, el jefe vendeano nada pudo lograr, á pesar de haber hecho prodigios personales de valor, siendo herido, en uno de los asaltos, de un balazo que le llevó al sepulcro dos dias despues (1793). Con esta inesperada y lamentable pérdida se dispersó el ejército insurrecto, dividiéndose en pequeños grupos, que fueron poco á poco esterminados por los soldados de la república, dirigidos por el intrépido cuanto prudente Hoche.

CATON (Marco Porcio), conocido generalmente por el *Censor*, para distinguirle de otros de su mismo nombre y familia. Nació el año 232 antes de Jesucristo. Su padre, que era plebeyo, le dejó al morir una reducida herencia en las cercanías de *Tusculum*, hoy Frascati, que Marco Porcio cuidó desde entonces y trabajó por sí mismo. Sumamente moderado en sus gastos, llegaba algunas veces á ser hasta miserable; y llevado de esta idea fija, cada dia encontraba algun medio de reducirlos, introduciendo nuevas y útiles economías en su manera de vivir. Era Caton, elocuente por naturaleza, y su lenguaje muy culto y elegante. Estas dotes, y la severidad de principios que observaba, movieron á Valerio Flaco, personaje de gran valía en Roma, á llevarlo consigo, ofreciéndole emplear toda su proteccion y valimiento en su favor. A Valerio, pues, debió Caton las primeras dignidades, que por grados le condujeron al primer puesto de la república. Habia pasado la época en que el pueblo romano arrancaba de las tranquilas labores del campo á los hombres beneméritos y virtuosos, para ponerlos al frente de los negocios públicos y del ejército: las dignidades y la influencia habian quedado reservadas tan solo, á las familias de los grandes, que por sus riquezas disponian de los votos de los ciudadanos, que como es costumbre cuando el interes se mezcla, solo los daban al que mayores ventajas les ofrecia. En esta época, pues, una austeridad y rigidez de principios como la de Caton eran un anacronismo; y por lo tanto sin el apoyo decidido que le prestó Valerio, jamas Caton hubiera salido de la humilde esfera de labrador. Era, pues, este insigne romano, lo que entonces y siempre despues, se ha llamado un *hombre nuevo*, de nombre oscuro y sin fortuna; mas apenas se mostró, cuando escitó la admiracion de todos por su elocuencia comparada tan solo á la de Demóstenes, y con una austeridad de costumbres, y energía de carácter, que na-

die ha llegado jamas á esceder. Así en los tribunales como en las reuniones populares, realizaba la bella definicion, que él mismo ha dado despues del orador, y que nos ha conservado Quintiliano: «El hombre de bien, sábio en el arte de hablar.» Nombrado primero tribuno militar, claro es que no podia aprobar las prodigalidades de los jefes superiores del ejército romano, que orgullosos con sus victorias, hacian odioso, con su conducta, el nombre romano; así es que, enemistado con ellos, pronto tuvo que volver á Roma para evitar persecuciones inmerecidas. Empero si los fastuosos militares le aborrecian porque contínuamente les echaba en cara su disolucion y sus desmanes con los pueblos conquistados, la parte del pueblo romano, que por fortuna habia podido resistir á la prostitucion general, le guardó una mejor recompensa, elevándole primero al alto cargo de cónsul de la república, y luego al no menos honorífico y grande de censor. En ambos conservó Caton su rigidez y austeridad de costumbres; y aunque luchando siempre y no pocas veces con desventaja, logró restituir parte de la perdida pureza de costumbres, primera base de consistencia y firme estabilidad de una buena república. Sabida en Roma la sublevacion de la España citerior, marchó Caton á ponerse al frente del ejército para domeñar á los rebeldes; y visto el gran acopio de vituallas que sus antecesores en el mando habian mandado hacer, para no verse privados de nada y poder pelear con mas comodidad, las envió todas á Roma, contentándose con decir á los que le reprochaban aquella medida: «La guerra debe mantener á los que la hacen.» Con nuevos reclutas que trasformó en escelentes tropas, alcanzó numerosas victorias, volvió á someter la provincia á los romanos, hizo desmantelar todas las ciudades, y condujo su ejército á Italia donde recibió los honores del triunfo. Las acciones de esta guerra memorable han sido detalladamente escritas por Tito Livio, sino con exacta precision, con rara elocuencia al menos. La admiracion que el historiador romano profesaba á Caton le hacen mirar todas sus acciones como laudables y meritorias, al paso que juzgadas con el severo é imparcial juicio de la crítica, tiene que convenirse, que Caton anduvo, con frecuencia, en las provincias sublevadas con sobrado rigor y crueldad. Empero sin detenernos á examinar sus hechos, el pueblo romano apreció en tanto esta victoria, así como la parte que activamente tomó despues en la que consiguió Sempronio contra Antíoco (año 189 antes de Jesucristo), que le eligió censor de la república á pesar de la vivísima oposicion de la nobleza romana, que veia en él el mayor y mas constante enemigo de sus desórdenes. Aquella censura fué célebre por la estremada severidad que desplegó Caton, que le granjeó gran número de enemigos, siendo una de las causas el haber privado de la dignidad de senador á Lucio Quintilio Flaminio, personaje consular, por una accion de crueldad que habia cometido con un hombre del pueblo; y otra el haber hecho espulsar del Senado á Manlio cuando aspiraba al consulado por haber abrazado á su mujer de una manera indecente en presencia de su hija. En vano acusaron á Caton, los que solo podian vivir al abrigo de los desórdenes y prostitucion de costumbres; el pueblo romano que supo apreciar el mérito é intenciones de su primer magistrado, las desechó todas, y decretó se le erigiese una estátua en el templo de la salud. Su vida política fué una contínua lucha, pues acusaba sin cesar y con encarnizamiento; y á su vez fué él tambien acusado del mismo modo. El último acto de su larga y brillante carrera pública fué su embajada al Africa para dirimir las grandes cuestiones que se habian suscitado entre los cartagineses y el rey Masinisa, aliado de los romanos. Este viaje es célebre porque desde entonces se fomentó

mas y mas la idea entre los de Roma, de destruir á Cartago. Así es que en todos los discursos que Caton pronunció desde esa época, repetia la famosa frase, que ha sido con tanta frecuencia repetida despues: *Delenda Cartago* (es preciso destruir á Cartago). Sin embargo, aun cuando Caton era tan económico de las rentas públicas, no por eso despreciaba las riquezas y no era negligente ni muy escrupuloso en los medios de adquirirlas. Severo hasta la dureza con sus esclavos, les vendia hasta la libertad de cohabitar con sus mujeres. Agricultor entendido, sabia aprovecharse de todos los infinitos recursos que proporciona la tierra para aumentar su patrimonio; pero no pareciéndole bastante rápidos para saciar sus deseos, agregó las especulaciones mercantiles y el préstamo á crecido interes, con el fin de sustraer una parte de su fortuna á la influencia de Júpiter, segun él decia. La decrepitud hizo caer á Caton en los mismos vicios que tanto habia anatematizado, disfrutando de una opípara mesa y entregándose á los placeres de la gula con los vecinos de su magnífica quinta. Era, á pesar de todo, buen marido y tenia á esta cualidad como muy superior á la de ser senador. Solo tuvo un hijo, y la conducta de Caton en la educacion de este, descrita circunstanciadamente por *Plutarco*, en sus *Varones ilustres*, es el modelo mas perfecto de un verdadero padre y de un hábil preceptor. Falleció este célebre romano el año 147 antes de Jesucristo al siguiente de su vuelta del Africa, y cinco antes de la destruccion de Cartago; á los 85 de edad. Se conservan de Caton varias obras apreciables; entre ellas un *Tratado de Agricultura* (De re rústica); *Orígenes ó historias y anales del pueblo romano*; su libro sobre la *Educacion de los niños y los preceptos sobre las costumbres.*

CAUCHON (Pedro) obispo de Beauvais (Francia), tristemente célebre por haber sentenciado á morir á la intrépida Juana d'Arc, conocida vulgarmente por la *Doncella de Orleans*. Prelado disoluto y ambicioso, se unió con los ingleses cuando estos invadieron la Francia en los reinados de Cárlos V, persiguiendo mortalmente á los que defendian la integridad de la monarquía francesa. Los habitantes de Beauvaïs, conociendo su adhesion servil á sus enemigos, le arrojaron de su silla en 1429; y desde entonces procuró por todos los medios posibles la ruina de su patria. Habiendo sido hecha prisionera la intrépida Juana en la diócesis de Cambrai, reclamó Cauchon el derecho de examinarla y sentenciarla como hechicera; para lo cual le concedió jurisdiccion el cabildo de Roma, á cuyas cárceles habia sido conducida. Para lograr su criminal objeto, no perdonó el indigno y traidor prelado medio alguno, y uno de ellos fué el introducir un sacerdote en el calabozo, fingiéndose preso como ella, y recibir su confesion, que debian escribir literalmente dos agentes ocultos en una habitacion inmediata; pero esta sacrílega disposicion no ofreció prueba alguna contra Juana, que protestó repetidas veces al supuesto confesor, que era inocente de cuanto se la imputaba. Cauchon, viendo que no podia lograr su designio, intentó envenenarla, pero no habiéndolo conseguido tampoco, por la sobriedad de la doncella, quiso darla tormento; mas el temor de que pereciese en él, le obligó á apresurar el proceso, y la sentenció á encierro perpétuo y á comer solo pan y agua. Esta conducta atroz, irritó en gran manera al pueblo que, sublevándose, le obligó á salir de la ciudad persiguiéndole á pedradas, é insultándole con mil dicterios; al mismo tiempo que enfurecidos los ingleses por que Cauchon no habia condenado á Juana á morir, le exigieron que les devolviese el dinero que le habian dado para obligarle á ello; pero tan avaro como injusto, prometióles de nuevo que derramaria la sangre de la heroina. En efecto, como una de las cláusulas de la sen-

tencia, habia sido que no pudiese vestir jamas como los hombres, segun lo habia tenido por costumbre en las campañas, hizo que la quitasen una noche, mientras dormia, los vestidos de mujer que llevaba, sustituyéndoles otros del sexo opuesto. Al despertar la pobre Juana, se vió cruelmente vendida, porque entrando repentinamente sus carceleros, pudieron afirmar que habia faltado á una de las condiciones de su pena. Alborozado el infame obispo por ver realizados sus proyectos, la sentencia á morir, declarándola *relapsa, escomulgada y arrojada del seno de la iglesia.* Empero el cielo parece que quiso tomar á su cargo el castigo público de Cauchon por este crímen desapiadado; pues despreciado de los ingleses, y odiado de sus compatriotas, que por do quiera se presentaba le arrojaban piedras é inmundicias, murió repentinamente, estándose afeitando en 1443. Pocos años despues, al paso que se rehabilitaba la memoria de la infeliz doncella muerta por su culpa, el papa Calisto IV escomulgaba á Cauchon, mandaba desenterrar su cadáver y arrojarlo al muladar: y para que nada faltase para hacer mas execrable su recuerdo, Guillermo Cauchon, su sobrino y heredero, fué el primero en declarar que la sentencia pronunciada por su tio era injusta, y efecto solo del odio y oro de los ingleses.

CAVANILLES (Antonio José), nació este sábio y modesto botánico, en Valencia de 1745. Despues de desempeñar con notable acierto y aprovechamiento de sus numerosos discípulos, las cátedras de filosofía y matemáticas en el colegio de San Fulgencio de Murcia, pasó en 1777 á Paris, como preceptor de los hijos del duque del Infantado, embajador de España en aquella corte. Durante los doce años de residencia allí, no tan solo se perfeccionó en el estudio de las ciencias naturales, sino que herido su amor propio de español, al ver tan mal tratada á su patria en una obra que entonces se publicaba con gran éxito, dió á la prensa su opúsculo escrito en frances, con el título de *Observaciones sobre el artículo* ESPAÑA *de la nueva Enciclopedia* (1784). En esta obra, la primera en que se distinguió Cavanilles, desplegó el mas laudable celo y ardor patriótico, refutando las falsas aseveraciones é inexactos juicios del autor del artículo, Masion de Morvilliers, combatiéndole victoriosamente y refutándole con sólidas razones y hechos positivos. Tan victoriosamente deshizo los errores de aquel escritor, que los mismos periódicos franceses tuvieron que confesar, que despues de la noble defensa de España por el abate Cavanilles, no quedaba ya duda alguna de la profunda y crasa ignorancia del articulista de la Enciclopedia; no sabiendo qué admirar mas, si la superioridad del autor, que fundándose en hechos y conocimientos verdaderos, arguye y confunde, ó la modestia y comedimiento de sus profundísimas razones. Vuelto á España, publicó don Antonio la escelente obra titulada, *Icones et descriptiones plantarum quæ, aut sponte in Hispania crescunt, aut in hortis hospitantur*: enriquecida con magníficas láminas dibujadas por él mismo, aumentando los conocimientos botánicos que hasta entonces se tenian, con la descripcion de cincuenta y nueve plantas enteramente desconocidas. Comisionado de órden del gobierno para mejorar el estado de la agricultura en varias provincias, aprovechó los cortos momentos que le dejaban los cuidados de su comision, para formar su magnífica obra, que se publicó por cuenta del gobierno, con el título de *Observaciones sobre la historia natural, geografía, agricultura, poblacion, etc., del reino de Valencia.* Esta obra es, á no dudar, la mas útil que sobre estas materias se ha publicado en España. Claro es, que el renombre que iba adquiriendo Cavanilles entre los sábios europeos, habia de herir la susceptibilidad de los franceses, siempre

dispuestos á negar el mérito de los que no pertenezcan á su nacion. Así es, que tuvo que sostener acaloradas controversias con varios escritores de aquel pais; pero como la razon se hace lugar temprano ó tarde, tuvieron que convenir que habian andado un poco errados en el juicio del eminente Cavanilles, y que sus obras revelaban conocimientos y apreciaciones que habian escapado á su natural perspicacia. Confesion es esta que honra sobremanera al naturalista y botánico español, por venir de parte que siempre suele ser parcial. Individuo de todas las academias y sociedades científicas de Europa, don Antonio se halló en contínua correspondencia con los hombres mas eminentes, que le consultaban con frecuencia sus dudas y observaciones. Sus obras han contribuido á los progresos de la botánica, por el gran número de plantas que dió á conocer. El sueco Tumberg, dió á una nueva que descubrió, el nombre de Cavanilles, como para imitar á este, que habia hecho otro tanto en honor de varios compatriotas, para vengarles del olvido en que se les tenia. Murió Cavanilles en 1804. Ademas de las obras que hemos indicado, quedan tambien suyas, una *coleccion de controversias botánicas; observaciones sobre el cultivo del arroz en el reino de Valencia*; *anales de historia natural; historia natural de las palomas domésticas de España; y material para la historia de la botánica.*

CAXTON (Guillermo), vino al mundo hácia el año 1410, en el condado de Kent, y aun cuando le dedicaron sus padres al comercio, él en los ratos de ócio se entregó al estudio de las lenguas estranjeras, algunas de las cuales poseyó con rara perfeccion. Fué el primero que introdujo en Inglaterra el arte de imprimir, y era tan laborioso que él solo traducia los libros, los imprimia, los adornaba con viñetas de su propia mano, y los encuadernaba tambien; y como al principio no se conocia *la fe de erratas*, notaba las faltas que observaba en sus impresiones, corrigiéndolas á la mano con tinta encarnada. Murió en 1491, á los 80 años de edad.

CAZICLOU-VAIVODA. Era este personaje hijo de Drancola, príncipe de Valaquia, y se hizo célebre por sus crueldades mas que por su valor. Aunque era tributario del gran turco, no quiso prestarle el juramento de vasallaje acostumbrado, so pretesto unas veces de hallarse en guerra con los húngaros, y otras de no poder abandonar sus estados por temor de una insurreccion. Al fin Mahometo II, no pudiendo sufrir tantos desaires, envió contra él un ejército mandado por Husseim bajá; pero Caziclou le sorprendió en la primera noche que pasaron sus tierras, derrotándolo completamente, y cortando por su propia mano la cabeza de Husseim, que remitió como regalo, al rey de Hungría. Pero enviada otra espedicion mandada por Alí-bey, consiguió este una completa victoria sobre el ejército valaco, é internándose luego encontró el jefe turco, plantadas en una inmensa llanura, gran multitud de estacas, que sostenian otras tantas cabezas de los soldados de la media luna, que habian sido hechos prisioneros. Irritado con este ultraje, marchó en busca de Caziclou, á quien derrotó y obligó á huir y refugiarse en Hungría, donde creyó encontrar buena acogida. Pero Corvin, que mandaba entonces aquel reino, instigado por las súplicas y representaciones de las desgraciadas víctimas de Caziclou, le mandó prender y encerrarle en una estrecha prision, donde murió desesperado, colgándose de los hierros de su ventana. Es de notar que el verdadero nombre de este príncipe asesino, era *Blacus;* pero sus súbditos le apellidaron Caziclou, esto es, *empalador*, porque en uno de sus accesos de rabia, tuvo el feroz capricho de hacer empalar á seis mil hombres en un solo dia.

CAZOTTE (Santiago). Este literato frances, merece un lugar en el *Panteon*, mas que por sus escritos, por la delicada prueba de amor filial que recibió de su hija. Pertenecia Cazotte al partido realista, y como al registrar la correspondencia publica, los amotinados del 10 de agosto de 1792, encontrasen varias cartas sospechosas que escribia á sus amigos, fué preso junto con su hija Isabel, que le servia de secretario; y encerrados en la cárcel de la Abadía. Entre los horrores de los asesinatos de los presos, el 2 y 3 de setiembre, iba Cazotte á ser víctima de los feroces asesinos, cuando arrojándose su hija al cuello, y cubriéndole con su cuerpo esclamó: «No llegareis al corazon de mi padre, sin traspasar antes el mio.» Aquel acento de amor filial desarma á los verdugos, y padre é hija son llevados en triunfo por los mismos que querian arrancarles, pocos momentos antes, la existencia. Empero, poco tiempo disfrutó de su libertad, porque preso de nuevo y conducido ante el tribunal revolucionario, fué sentenciado á muerte, que sufrió con serenidad inalterable, el 25 de setiembre del mismo año.

CEA BERMUDEZ (don Francisco). Sin los acontecimientos políticos que han agitado á España desde los primeros años de este siglo, y en los que directa ó indirectamente ha tomado una parte, mas ó menos activa, el personaje cuyo nombre va al frente de este artículo, tal vez no ocupara un lugar en nuestro *Panteon*. Pero como quiera que haya sido el representante de un sistema político, cuyo error ó bondad no debemos calificar aquí, redactarémos una breve noticia de la carrera y actos de este diplomático español, que por su propio saber se ha labrado un lugar preferente en la historia de los hombres notables contemporáneos. Nació Cea en Málaga en 1780, de padres comerciantes, que le dedicaron desde luego al ejercicio de su profesion, trasladándose á poco tiempo á Cádiz para acabar su educacion mercantil. Hácia 1808, consumada la abdicacion de Cárlos IV, á consecuencia de la insurreccion de Aranjuez, vino don Francisco á Madrid recomendado á don Antonio Ugarte, uno de los validos del nuevo monarca, quien prendado del despejado talento de su nuevo protegido, hizo que se le confiase una comision reservada para Rusia, con el objeto de hacer ver al emperador el entusiasmo que se habia despertado en España, para rechazar la dominacion que queria imponer á los españoles el emperador de los franceses, y la instalacion de las cortes en la isla gaditana. Sin duda debia quedar contento, Alejandro, de los políticos modales y esquisita cultura del comisionado español, por cuanto Cea fué nombrado, poco tiempo despues, cónsul general en Rusia. Allí permaneció bastante tiempo, hasta que disgustado el emperador de sus ideas liberales, indicó su deseo de que fuese relevado de su puesto, á lo que accedió el gobierno español. Elegido de nuevo en 1822 como ministro plenipotenciario en San Petersburgo, el gobierno imperial se negó á recibirle, y en consecuencia fué trasladado con el mismo carácter á Lóndres, donde permaneció hasta 1824. Fernando VII le llamó este mismo año para confiarle la cartera de Estado, en cuyo cargo, si bien se mostró menos liberal que en 1820, logró contener las tropelías de la reaccion ultra-realista, que como generalmente acontece en todos los cambios políticos, se habia apoderado de los primeros puestos, y tenia grande influencia en los consejos del rey. Pero derribado por intrigas de esta en 1825, marchó á Dresde, y luego á Lóndres como representante de España. Allí se encontraba cuando le fué confiado de nuevo, en octubre de 1832, el ministerio de Estado. Su política templada podia pasar, en aquella época, por liberal, pero los manifiestos de 3 de diciembre del mismo año, y especialmente el de 2 de octubre de 1833, dejaron ver que las ideas de Cea Ber-

mudez estaban notablemente cambiadas. Dióse entonces á su política, y así se ha designado despues el nombre de *despotismo ilustrado;* política y forma de gobierno, que ni satisfizo á los amantes de las reformas y progreso político de España, ni agradó á los partidarios del sistema absolutista. Derribado del ministerio por la fuerza de las circunstancias, y los graves acontecimientos que sobrevinieron despues, obligaron a Cea á marchar á Paris, donde permaneció inactivo hasta 1838, que fué comisionado á Viena para negociar el reconocimiento de Isabel II por el Austria. Empero no habiendo logrado su intento, regresó á Paris, donde en 1839 publicó un folleto demostrando el derecho que asistia á esta señora á la corona de España. Retirado desde entonces de la vida pública, é indiferente á las honrosas invitaciones que se le hicieron para regresar á su patria, falleció en aquella capital en 1852.

CEAN BERMUDEZ (Juan Agustin) nació en Gijon, provincia de Asturias, en 1749. Unido desde la infancia con el inmortal Jovellanos, de cuya buena ó mala fortuna participó siempre, demostró grande aficion por las bellezas artísticas; así es, que abandonando los estudios filosóficos á que le habian dedicado sus padres, se entregó enteramente á las artes del diseño, ya unido con varios profesores de Sevilla, donde se habia trasladado con su amigo, ya bajo la direccion de Mengs cuando regresó á Madrid, nombrado oficial de la secretaría de Indias. Preparado de antemano con el estudio de varios idiomas, y muy particularmente versado en el conocimiento de la geometría, arquitectura y anatomía artística; dolorido al ver la decadencia en que yacian, por incuria y abandono, las bellas artes en España, cuna un tiempo de grandes pintores, estableció á su costa, y no sin grandes dispendios, una escuela pública de nobles artes en la capital de Andalucía, que protegida y dotada despues por Cárlos III, se ha conservado desde entonces con gloria y fruto de aquella bella ciudad. Mientras Jovellanos estuvo en el poder, pudo Cean Bermudez dedicarse con fruto á sus estudios favoritos; y á él se debieron el sacar del olvido el nombre y trabajos de muchos artistas distinguidos, dándoles en la historia de este divino arte el lugar que merecian sus afanes. No era Cean de esos hombres que cuando se hallan perseguidos por una desgracia inmerecida se esconden y privan á su patria de la clara luz de sus talentos; antes bien, como si al separarle de sus empleos, le restituyeran la libertad perdida, cuando so pretesto de una comision futil le desterraron á Sevilla (1801), se entretuvo en componer varias obras tan útiles como agradables, como la *Historia general de la pintura*; la *descripcion artística de la catedral;* y el *diccionario histórico de los mas ilustres profesores de las bellas artes en España;* llena esta última de curiosísimas noticias que hacen apreciar debidamente las riquezas que en este ramo poseemos. Nombrado, despues de concluida la guerra de la independencia, individuo de la Academia de la historia, fué en ella, á no dudar, uno de los que con mas esmero trabajaron incesantemente y con fruto, para restituir á esta sábia corporacion el rango que la pertenece y que quiso darla su augusto fundador; y el que con mayor gloria contribuyó por sus vastos conocimientos á reunir datos interesantes sobre las muchas y preciosísimas antigüedades que encierra nuestra nacion. Cean Bermudez estaba dotado de todas las circunstancias que caracterizan al hombre de bien y al cumplido ciudadano; amigo de la ilustracion de la juventud, la alentaba con su ejemplo y la prodigaba sus consejos; benigno, humano, generoso, veraz, siempre fiel á su conciencia y severo en sus costumbres, de todo dió constantes pruebas, y en todo se distinguió sobre manera. Modesto en la prosperidad solo usó de su influencia para contribuir á propagar la ilustra-

cion y el saber, y á destruir las preocupaciones que impedian el adelantamiento de la patria; y tranquilo y sereno cuando se vió perseguido, hizo servir su desgracia para dejar á la posteridad pruebas irrecusables de su ingenio esclarecido. Falleció este benemérito cuanto insigne español en 1829. Ademas de las obras indicadas, quedan de Cean Bermudez otras varias impresas ó inéditas, que todas se conservan en el archivo de la ya citada Academia de la historia.

CECIL (Guillermo). La fortuna, que es rara y estravagante en sus caprichos, hizo que un dia se encontrase el jóven Guillermo (nacido en 13 de setiembre de 1520, en el condado de Lincoln, hijo del guardaropa de palacio del rey de Inglaterra), con dos capellanes irlandeses, acérrimos partidarios de las ideas ultramontanas, y trabase con ellos tan acalorada discusion, que los buenos de los clérigos se retiraron medio confundidos. Súpolo Enrique VIII, y llamando al jóven disputador, quedó tan prendado de su viveza, que le agregó desde luego á su régia servidumbre. Así fué medrando durante el reinado de aquel monarca, hasta que Eduardo VI le nombró ministro de Estado. Desde entonces comenzó Cecil á desplegar una ambicion un tanto desmedida, aun cuando basada en un profundo y despejado talento. Demasiado acostumbrado á los favores reales, no pudo soportar el alejamiento que por él tenia la reina María, y desde luego se declaró partidario de su hermana Isabel. Esta distinguida princesa, cuyo carácter describirémos en su lugar correspondiente, le recompensó, á su subida al trono, ámpliamente su adhesion; bien es verdad, que Cecil por su parte contribuyó no poco á las glorias de su reinado. A Cecil debieron los ingleses, entre otras cosas, el reglamento relativo á las monedas, que desde Enrique VIII habian sido alteradas: inclinó á la reina á sostener á los escoceses partidarios de la reforma; el que la propuso al Parlamento, redactando los treinta y nueve artículos que debian servir de base al proyecto; y el que concluyó y firmó el convenio de Leith y el tratado de Edimburgo, que aseguraron, por aquella parte, la paz á la Inglaterra. Naturalmente, la distincion que merecia de Isabel, le atrajo muchos enemigos; pero Cecil supo burlar con maña sus maquinaciones, afianzándose mas y mas en el aprecio de la reina, que para recompensar sus servicios le nombró baron de Burleig (1571), y poco tiempo despues caballero de la distinguida órden de la Jarretiera, y gran tesorero. Hay que reprocharle, sin embargo, su inveterado odio contra la desgraciada María Stuart, á quien privó de su trono y de la vida, fomentando, primero, los desórdenes que agitaron su reino, que la obligaron á refugiarse á Inglaterra, y aconsejando despues á Isabel que la formase causa y la enviase al cadalso. Si la fria política ha podido hechar un velo en este triste asunto, sobre la conducta de Cecil, la humanidad y los sentimientos dulces del corazon, le considerarán siempre como un hombre desapiadado y odioso por haber llevado su venganza mas allá de los límites de la razon. Por esta catástrofe fué Cecil relevado de su alto cargo, pero muy pronto volvió á ser llamado por Isabel, y gozó de mas favor que nunca. En 1558 formó Cecil el plan de defensa contra la famosa escuadra, llamada *la Invencible*, que Felipe II envió contra Inglaterra; y á él debieron entonces los ingleses, no solo el acierto de aquellas operaciones defensivas, sino la paz hecha con España; á pesar de la oposicion de varios miembros del Parlamento. Murió Cecil en 1598, despues de haber sido ministro durante 40 años consecutivos, de haber gozado de la omnímoda confianza de su soberana, y reunido mayor poder que cuantos ministros y favoritos le habian precedido.

CÉFALO Y PROCRIS. La historia

de estos dos desventurados esposos es una de las mas bellas fábulas que han inventado los antiguos. Héla aquí tal como la refieren la mayor parte de los mitólogos: Céfalo, hijo de Eolo, ó segun otros de Mercurio, casó con Procris, hija del rey de Atenas Erecteo, á quien amaba tiernísimamente. Enamorada de él la Aurora, ofrecióle sus dones si correspondia á su pasion; pero Céfalo los despreció, y la diosa de la mañana, creyendo poder ablandar algun dia el corazon del ingrato, bajó á la tierra en su carro de luz, adornada de todas sus flores, prendido el flotante velo al rubio cabello y ostentando sobre su frente el fúlgido lucero que eclipsa á todos sus hermanos de la noche; acercóse al objeto de su cariño, que á la sazon estaba cazando en un espeso monte, y dejándole fascinado con su hermosura y lo vistoso y resplandeciente de sus galas, le llevó consigo al palacio de Apolo, su morada, donde en vano procuró hacerle olvidar á su rival, porque la ausencia, lejos de debilitar el amor de Céfalo, lo fortalecia y avivaba. Tanta constancia, tan no vistos desdenes irritaron á la diosa. «Anda, dijo un dia á Céfalo, vuélvete al lado de esa misma Procris, que tan ciegamente adoras; pero mira no te pese mas tarde de haberla amado tanto, así como del rigor que has usado conmigo.» Quedó el jóven suspenso, y la Aurora, para darle una muestra mas de su pasion y de su poder, le concedió la facultad de tomar la forma que quisiese, con cuya gracia satisfecho Céfalo voló adonde se hallaba Procris, ocultándose á sus ojos bajo la apariencia de un mancebo de hermoso rostro y airosísimo talle, rico á juzgar por la magnificencia de su traje, y no menos liberal que rico si á su noble continente se atendia, con el objeto de calmar los temores que las palabras de la diosa le habian hecho concebir y hacer esperiencia de la fidelidad de su mujer. Esta, indiferente al buen porte y nada comun donaire del galan, resistió al principio en términos que el imprudente marido resuelto á continuar la prueba, tuvo que apelar á las dádivas, acompañándolas de tantos suspiros, tantas quejas y tantos encarecimientos de la belleza de aquella á quien daba los mas dulces nombres, y colocaba, no solo á la altura, sino aun sobre los mismos soberanos dioses, que la dama empezó á vacilar, haciendo ver á Céfalo cuán temerario habia andado en seguir adelante con su empeño. Entonces el suspicaz esposo, lleno de ira, volvió á revestirse de su primera y natural forma, asustando de tal manera á la que ya llamaba desleal y perjura, que la desdichada huyó á los bosques, y se ocultó entre las ninfas de la comitiva de Diana. Cuando hubo pasado algun tiempo, Céfalo, sintió renacer en su pecho el amor antiguo y la llamó á su lado: Procris, abandonando los rudos ejercicios, á que en compañía de las ninfas se habia entregado, por gozar de las caricias de su esposo, apresuróse á complacerle, regalándole á su vuelta, un perro muy ligero y un venablo que heria siempre de seguro, tornando en seguida á la mano que lo habia lanzado. Céfalo, creyendo complacer en ello á su esposa, se aficionó nuevamente á la caza y volvió á perseguir á los habitantes de las selvas, con el mismo ardor con que lo habia hecho antes del rapto que hemos referido. La casualidad llevó un dia á Procris á un bosque, donde el sofocante calor del verano habia obligado á buscar un asilo á Céfalo, en ocasion en que el fatigado cazador murmuraba estas ó semejantes palabras: «Venid, perfumados vientos del estío, vida y alma de nuestros campos, cuyas flores besais y meceis tan blandamente; aura, hazles venir, reanimando la naturaleza con su soplo y frescura. Tú eres su reina, y te obedecerán, y estas sombras serán mas frescas y agradables con su venida, vientos del estío, soplad; ¡ven, aura, ven!» No fué necesario mas para que Procris se crease una rival, y se propusiese seguir los pasos á su espo-

so hasta averiguar si eran ó no ciertas sus celosas sospechas. Otro dia, cuando apenas empezaba el alba á despejar el horizonte, blanqueando la cima de las montañas, se levanta, va al bosque y espera á que su marido aparezca en pos de alguna fiera, para espiarle y no perderle de vista en toda la jornada. Algun tiempo despues de la salida del sol, y cuando ya este iba tomando alguna fuerza, llega Céfalo, deja en el suelo el dardo, y se tiende á la sombra que el rigor de la estacion y la fatiga le hacian ya apetecer. No tardó en comenzar su plegaria, á cuyo son la desgraciada esposa, á quien los celos tenian fuera de sí se estremeció, haciendo que las ramas que la cubrian se agitasen, y que Céfalo, pensando que la causa de aquel rumor y movimiento fuese alguna cervatilla, que perseguida por su perro atravesase el bosque, tomase al punto el venablo y lo arrojase contra Procris, cuyo ¡ay! postrero heló la sangre en las venas del aterrado cazador. Pocos momentos despues, el esposo seguia á la esposa á la morada de las almas, desde donde Júpiter, condolido de su desgracia, los trasladó al cielo, colocándolos entre los astros, á ruegos, segun dicen, de la Aurora, amante desdeñada, mas no por eso rencorosa, del desdichado autor de aquella horrible catástrofe. El perro que Procris regaló á este, fue convertido en piedra, persiguiendo á un jabalí el mismo dia en que ocurrió la muerte de sus amos, destino que alcanzó tambien á la bestia perseguida.

CÉFIRO Y FLORA. Segun la fábula mitológica, el primero ministro y cortesano de la Primavera, galan de las flores y mensagero de Venus y Cupido, es el esposo y amante de la segunda, llamada antes de su enlace la ninfa Cloris. Céfiro, al unirse á ella, le dió en dote el imperio de las flores, frescura y juventud eternas, y un nombre que Roma honró por mucho tiempo con los famosos *Juegos Florales*, especie de rogativa que la esterilidad del año obligaba á hacer á sus habitantes con el objeto que es de suponer, y que á causa de la escasez de las cosechas, hubo que repetir periódica y anualmente mas adelante. Varron dice que Flora era adorada entre los Sabinos; y que Tacio, su rey, fué el primero que introdujo su culto en Roma; pero Lactancio cree que el orígen de esta diosa no hace el mayor honor á su divinidad, pues, si se le ha de creer, no es otra que una dama romana, llamada Cloris, como la ninfa de que se ha hablado anteriormente, muy rica y no de las mejores costumbres, por cierto, la cual á su muerte dejó por heredero de todos sus bienes, que eran inmensos, al Senado. Esta accion fué recompensada con una apoteosis ó canonizacion en forma; instituyéronse ademas solemnidades en honor suyo, y deshonrando á la par al Senado y al cielo se le dió el imperio de las flores, y un lugar al lado de las divinidades fabulosas. Las fiestas que se celebraban en honor de Flora dan cierto color de verdad y fundamento á la opinion de Lactancio. Lejos de ofrecer la sencillez y pureza que á primera vista podia suponérseles, eran notables por la disolucion y el escándalo que en ellas reinaban, como que en todas se presentaban cortesanas enteramente desnudas, que en presencia de una multitud de espectadores pronunciaban los mas obscenos discursos. Cuentan que un dia hallándose Caton presente á la celebracion de estas fiestas, los que en ellas tomaban parte, esperimentaron no poco empacho y embarazo, dudando si debian presentar tan repugnante espectáculo á hombre tan virtuoso como él; sabido esto por el severo romano, se retiró, dejando en libertad á público y representantes, que inmediatamente se entregaron á los escesos de costumbre, compareciendo luego en la escena las cortesanas de la manera que se ha dicho, para insultar el pudor y todo linage de virtud con sus palabras y ademanes. Representan á Flora jóven y hermosa, co-

ronada de guirnaldas; á su lado se ven unos canastillos llenos de flores. Su esposo Céfiro, galan de rizados cabellos, de esbelto talle y no menos gracioso rostro, la sonrie y acaricia.

CELLAMARE (Antonio del Guidice, príncipe de), nacido en Nápoles en 1657, entró muy jóven al servicio de Carlos II de España, cuyo favor gozó, así como el de su sucesor Felipe V. Prisionero en Italia en 1707 en la guerra que este príncipe sostuvo en aquel pais con los imperiales, no fué cangeado hasta 1712, en cuya época fué nombrado embajador cerca del rey de Francia. La conspiracion que seis años mas tarde (1718), se urdió en Paris contra la regencia del duque de Orleans, durante la minoría de Luis XV, en la que tomó, segun indica la historia, una gran parte el monarca español, de quien se sospecha queria, visto lo mal que andaban los asuntos de Francia, hacerse proclamar regente, y si era posible rey de aquella nacion, comprometió en gran manera al embajador español, sospechoso, no tan solo de ser uno de los mas activos conspiradores, sino de favorecer poderosamente los intereses de la misma conjuracion con la inmunidad que le daba su carácter. Lo cierto es, que habiendo sido descubierta por la locuacidad de una cortesana iniciada, Cellamare hubo de huir precipitadamente de Paris, habiendo sido embargados todos sus papeles, sin que se tuviesen en cuenta los privilegios de su rango. Este suceso abortado, ha conservado desde entonces el nombre de *Conspiracion de Cellamare*. A pesar de las protestas y negativa que sobre este asunto hizo el gobierno español, parece indudable que se habia dispuesto todo con asentimiento del monarca de España, puesto que Cellamare continuó gozando del favor de Felipe V hasta que murió en Sevilla en 1733.

CELLINI (Benvenuto) célebre escultor, grabador y platero italiano, nació en Florencia en 1500. Era de tan altivo, orgulloso é independiente carácter, y tan pronto á sacar la espada, que por el menor motivo se le veia pelear con encarnizamiento y obstinacion. Alabábase Cellini de haber muerto al condestable de Borbon y al príncipe de Orange en el asalto de Roma por las tropas españolas, cosa que nada tendria de estraño, pues para su defensa habia él formado una compañía de jóvenes tan atrevidos como él para defender la ciudad, y el gobierno, vista su áudacia le habia tambien confiado el servicio de cinco piezas de artillería del castillo de San Angelo. Acusado de haber robado en el saqueo de aquella capital las joyas de la tiara, fué encerrado en una cárcel, donde permaneció hasta que Francisco I de Francia logró desvanecer la acusacion y restituirle la libertad. Trasladado á Paris, ejecutó para el monarca frances varias obras, que son en el dia la admiracion de todos. Pero como su genio y carácter se aviniesen muy poco con la galantería é intrigas cortesanas, y se hubiese, ademas, indispuesto con las queridas del rey, se vió precisado á marchar á Florencia, donde se ocupó esclusivamente de su arte. Como muestra del aprecio que siempre han merecido sus obras, dirémos que un ingles pagó en 1774 la cuantiosa suma de ochocientos luises por una taza de plata, cincelada por Benvenuto. Falleció en 1570.

CELSO (Aurelio Cornelio), famoso médico romano que floreció en los tiempos de Augusto Tiberio y de Calígula, conocido con el nombre de *Hipócrates de los latinos*, tanto por haber traducido con la mayor exactitud y elegancia las obras de aquel esclarecido ingenio, cuanto por haberlas comentado y añadido con notas y observaciones propias. Sus tratados de medicina contienen ocho libros, que dan una completa idea del estado en que se encontraba en su época el arte de curar, y son un manantial inagotable para to-

dos los autores que se han ocupado de este difícil estudio; muchos de los cuales han presentado, como suya, la doctrina del médico romano. Háse dicho que Celso fué solo compilador; pero bien examinadas sus obras no deben ni pueden compararse con las que en nuestros dias se han caracterizado con este nombre. Su doctrina quirúrgica puede mirarse como puramente hipocrática; en cuanto á lo demas, el mismo Celso confiesa deberlo al célebre Asclepiades, y segun la manera con que establece sus preceptos, es de creer que pertenecia á la secta de los eclécticos. Se cuentan mas de cincuenta y nueve ediciones de sus obras hechas en Francia, Italia, Holanda y Alemania, desde la primera que vió la luz pública en Florencia en 1478. Se ignora el año que murió este celebérrimo médico.

CENCI (Beatriz). Pocos hechos presenta la historia tan horribles como el suplicio de la heroina, cuyo nombre encabeza este artículo, ni tanta maldad é infamia como la de su padre. Vivia en Roma á mediados del siglo XVI un noble romano llamado Francisco Cenci, con sus tres hijos Jacobo, Bernardo y *Beatriz*. Ya este noble desapiadado habia envenenado á la madre de sus hijos, por haberse cansado de sus gracias; pero tan torpe como cruel, pronto ofreció su mano á una rica matrona llamada Lucrecia Petroni, que aun cuando al principio se negó á este enlace, por la mala fama que su futuro tenia, no pudo ó no supo resistir á sus halagos tentadores. Los hijastros creyéronse felices al pronto, suponiendo que las gracias de Lucrecia habian podido amansar el corazon de su padre, pero Francisco, que solo queria saciar su brutal apetito, logrado que hubo su objeto, no tan solo despreció á su nueva esposa, sino que trasladándose á uno de sus castillos, encerró á toda su familia en oscurísimos y hediondos calabozos. Empero como un crímen llama otro crímen: de un padre asesino debian salir hijos parricidas. Concertados Jacobo, Bernardo y Lucrecia, proyectaron asesinar á su padre, y para ello dieron parte á Beatriz; pero la pobre jóven que á una belleza incomparable reunia un alma candorosa y tierna, no pudo oir sin horror tan culpable proyecto. En vano suplicó, rogó, derramó lágrimas: sus hermanos y su madrastra habian determinado consumar el crímen. El carcelero, que habia sido seducido, llevó á cabo tan culpable proyecto, y Francisco Cenci, despues de asesinado, apareció colgado de una higuera. El pueblo creyó que el cielo le habia deparado aquella muerte en castigo de sus crímenes. Pero cómo nada hay oculto en el mundo, ni falta que tarde ó temprano no se espíe, el asesino al morir declaró su crímen. Estremecido de horror Clemente VIII, que á la sazon ocupaba la silla pontificia, manda prender á la viuda é hijos de Francisco. Aquí comienzan las desgracias de la infortunada Beatriz. Puestos en el tormento, ni Lucrecia ni los dos hijos tuvieron valor bastante para negar el crímen; solo Beatriz protestó de su inocencia. La dolorida jóven, libre de aquella mancha, no queria faltar á Dios con un perjurio. En vano insiste el inflexible juez y en vano la suplican sus hermanos que confiese, pues á este precio se les conservará la vida. Beatriz libre del parricidio no quiere confesarse rea. Pero la atrocidad del crímen y la firme resolucion del pontífice en que se castigara con todo el rigor de las leyes, hicieron sujetar nuevamente á Beatriz al tormento. Envuelta la infortunada jóven en una túnica blanca, que dejaba descubiertos sus torneados brazos, atóla el verdugo los puños con una cuerda colgada de una garrucha clavada en el techo, de la que, tirando con violencia, levantó del suelo el cuerpo delicado de Beatriz, y aflojando luego, y deteniendo de pronto la cuerda, la hizo dar un fuerte sacudimiento, quedando en el aire como sofocada por su propio peso; pero entre los dolores y angus-

tias de la muerte no desmintió su firmeza, y solo esclamaba anegada en llanto: «Vírgen María, no me abandoneis en tan duro trance.» El juez conmovido mandó suspender el tormento. Empero como si á esta infeliz jóven la estuviese reservado el apurar hasta las heces el cáliz de la amargura, pocos dias despues se nombró para actuar en la causa otro juez mas inflexible y severo. Cesar Lucini, que así se llamaba el nuevo magistrado, creyendo poderla vencer con el terror, dispuso que entrasen á Beatriz en el gabinete donde se hallaba, que habia hecho de antemano revestir de negro, alumbrado tan solo por una débil y opaca luz. A un lado se veian todos los instrumentos del suplicio, y sobre la mesa de Lucini una descarnada calavera. Interrogada de nuevo, de nuevo volvió á negar: y el inhumano juez indignado de tanta firmeza mandó que la aplicasen el *procuste*. Consistia este tormento bárbaro en una tabla larga sembrada de guijarros puntiagudos, sobre la que se tendia y ataba el cuerpo del paciente cubierto tan solo de una delgadísima túnica, y luego por medio de una soga que pendia de una garrucha, se le columpiaba fuertemente, lacerando y destrozando las carnes de la víctima de una manera horrorosa. La varonil Beatriz sufrió tambien con resignacion heróica esta dura prueba; y á las preguntas que se la hacian solo contestaba protestando, con sentidas lágrimas, de su inocencia. Pero lo que el dolor no consiguió, logrólo el amor fraternal: Jacobo y Bernardo, á quienes el inhumano juez les habian hecho entender que salvarian la vida si conseguian la confesion de su hermana, entraron de repente, y arrojándose á sus piés en lágrimas deshechos, la suplicaron que se confesase cómplice, para salvarles la vida. La tierna Beatriz no supo ni pudo resistir á esta prueba: su alma candorosa no sospechaba la cruel falsedad de su verdugo. Beatriz afirmó todo lo que Lucini quiso; pero al cabo de pocos dias vió que habia sido cruelmente engañada. Nada pudo ablandar al inflexible Clemente VIII; ni su juventud, ni sus desgracias, ni la influencia que en su favor interpusieron los mas altos personajes de Roma. Jacobo subió al cadalso temblando de humillacion; Lucrecia, se desmayó al ver los aprestos del suplicio; solo Beatriz se adelantó impávida y serena, y alzando los ojos al cielo, como esperando de él, la justicia que los hombres la negaban, inclinó su cabeza, que el hacha del verdugo separó de un solo golpe de su tronco. La sangre, que al brotar manchó su blanco velo, dió á conocer á los afligidos espectadores que la mártir del amor fraterno llevaba consigo al sepulcro un corazon puro de toda culpa y el candor de su virginidad. El retrato de Beatriz pintado por el famoso Gnido Reni se conserva como una preciosa joya en la galeria del palacio Barberini en Roma.

CENIS, hija del lapita Elato. Los griegos, á cuya pintoresca imaginacion se deben tantas ingeniosas y bien fingidas fábulas, que por mucho tiempo han sido la delicia de los demas pueblos, suponian que Neptuno, prendado de su belleza, la violentó, aprovechándose del carácter escéntrico y salvaje de la hermosa, que la impelia á buscar siempre los sitios mas retirados, tales como la orilla del mar, en la que frecuentemente se la encontraba distraida con el movimiento y solemne murmullo de las olas. No pudiendo acostumbrarse á la vergüenza que le causaba su deshonra, y temiendo le sucediese otro conflicto como el pasado, rogó al dios le concediese el mudar de sexo, gracia que luego le fué otorgada por el soberano de los mares, quien por especial favor le concedió además la de ser invulnerable, adivinando tal vez la intencion de aquella valerosa criatura, cuyo corazon varonil, insensible al amor, no lo era igualmente á la ambicion ni á la gloria. El improvisado va-

ron dejóse llevar de sus antiguas inclinaciones, y dándose á sí propio el nombre de *Cenco*, partió inmediatamente á pelear contra los Centáuros; tanto amaba las fatigas y los peligros de la guerra. No parecia sino que la misma muerte guiaba su acero, segun los contrarios que derribaba, y el terror que sus certeros golpes esparcian por todas partes. Pronto todos los tiros de los Centáuros se dirigieron á él solo; pero los dardos le respetaban y caian á sus piés sin causarle temor, ni herida. Irritados los mónstruos, arrancan los árboles mas robustos que hallan al paso, lo cercan y arrojan sobre él un bosque entero, bajo cuyo peso vacila y cae sofocado el héroe. Neptuno trocóle entonces en una pintada y hermosísima ave, á la que jamas se vió posar en árbol alguno. Otros aseguran que los dioses restituyeron á Cenis su primitiva forma de mujer, despues de la muerte del intrépido Cenco.

CENTAUROS, mónstruos medio hombres y medio caballos, es decir, la cabeza, el cuello, los brazos y el vientre de hombre, y el resto de caballo con todas sus formas desde el arranque del cuello, y nacidos del ayuntamiento de Ixion con la nube, á que el padre de los dioses dió la apariencia de Juno, para cerciorarse de si era verdadero su designio de violentar á la diosa. Así que el lascivo Ixion vió la nube se abalanzó á ella, pero probada su criminalidad, fué precipitado en los infiernos, donde, atado de piés y manos á una gran rueda que jamas cesa de girar, está purgando su delito. Las principales armas de los Centáuros eran el arco y la maza, y su morada la Tesalia. Dícese que fueron los primeros que domaron los caballos, por lo cual se les ha atribuido la ambigua forma con que los conocemos. Despues de la terrible persecucion de Hércules, que casi esterminó su raza, se refugiaron algunos en la isla de las Sirenas, donde al cabo murieron de hambre. Dos que se establecieron en la Arcadia tuvieron la osadía de querer violar á Atalante, hija del rey Jasio, un dia en que la encontraron cazando; pero la valerosa princesa se defendió de ellos, y disparándoles dos certeros flechazos tendió á los dos mónstruos á sus piés y escapó del peligro. Muchos son los casos en que los Centáuros manifestaron su índole perversa, arrojándose á empresas del mismo género, cuyos resultados no solian ser mas satisfactorios para ellos que el de la aventura que acabamos de referir. En el banquete, que en union con los Lapitas celebraron las bodas de Piritoo con Hipodamia, el argonauta Eurito, tambien de raza maldita, intentó hacer violencia á la desposada, siendo causa de que su esposo, Alcides y Teseo, tomasen las armas y les acometiesen haciendo en ellos espantosa matanza. *Chiron*, el mas célebre de todos, era hijo de Saturno y de una ninfa del Oceano, llamada Filira. Sorprendidos ambos amantes en su primera cita por Cibeles, esposa del Dios, este para evitar sus reconvenciones, se transformó en caballo, y aquella huyó á los montes Pelasgos, donde dió á luz al Centáuro, que fué un prodigio de sabiduría, y tan al reves de sus semejantes, que habiéndose retirado á las selvas á vivir como verdadero sábio, lejos del trato pérfido de los hombres, los principales héroes de su tiempo, vinieron á buscarle atraidos tanto por la fama de su ciencia, como por la de las grandes virtudes de que dió repetidas pruebas en aquellas soledades, mereciendo la amistad de la casta Diana, con quien pasaba los dias cazando. Céfalo, Esculapio, Meleagro, Castor y Polux, Nestor, Peleo, Teseo é Hipólito, Diomedes, Aquiles, Eneas y el sagacísimo Ulises fueron discípulos suyos, así como Baco, entre las deidades y otros muchos mortales y semi-dioses. Chiron no era solo un filósofo, cuyo saber se limitase á conocer el curso de los astros, en lo que era tan profundo como demuestra el haber sido autor del calendario

porque se guiaron los Argonautas en su espedicion: las orgías y otros ritos báquicos son invencion suya; en la inteligencia y habilidad con que ejecutaba las operaciones quirúrgicas no tenia rival, y era tan gran músico, que con solo hacer vibrar las cuerdas de su lira curaba algunas enfermedades. Persiguiendo Alcides á los Centáuros, disparóle equivocadamente una de sus flechas empapadas en la sangre de la hidra, y le hirió en una rodilla. Los dioses, viéndole presa de los mas agudos dolores, le arrebataron al cielo como acostumbraban á hacer con sus escogidos, y le colocaron entre los signos del Zodiaco, bajo el nombre de Sagitario. Chiron, aunque feo y de diferente especie que los hombres con quienes vivia, halló una mujer que le amase, si no por su rostro, por su sabiduría ó sus virtudes; fué esta la ninfa Clariclea, hija de Apolo, que menos preocupada que la madre del mismo centáuro, no solo no le tuvo miedo como aquella, pidiendo á los dioses que la convirtiesen en tilo, sino que se casó con él y aun dió á luz despues de su matrimonio á Ocira, la cual heredó de su padre el don de predecir lo futuro. Esta ciencia le fué al fin funesta, pues habiendo anunciado á Esculapio su destino, cuando aun era niño, en castigo fué transformada en yegua.

CERDA (Bernarda Ferreira de la), célebre por sus talentos poéticos y vasta erudicion; nació en Oporto (Portugal) á últimos del siglo XVI. A creer lo que afirman varios autores portugueses, era escelente profesora de música, y de varios instrumentos, hablaba varias lenguas, y muy versada ademas en la retórica, las matemáticas y la filosofía. Encargóla Felipe II la instruccion latina de los infantes don Cárlos y don Fernando, y adquirió tal nombradía, que todas las academias portuguesas y españolas la contaron en el número de sus individuos. Murió doña Bernarda en 1650, dejando escritas varias obras apreciables, como son un poema titulado *España libertada*, varias *comedias, poesías* y *diálogos*, y un opúsculo con el título de *las soledades de Busado*.

CERES Y BACO, divinidades mitológicas, hijas, la primera, de Saturno y Cibeles, y de Júpiter y Semele la última. La importancia de ambas entre los demas dioses de la fábula, es tan notoria como demuestra el adagio aquel tan sabido, que hace depender á Cupido, ó el amor, de Ceres, diosa de la agricultura, y de Baco, inventor ó descubridor del néctar que inspiró á Anacreonte tan lindas canciones. Sin embargo, los poetas apenas han dedicado algunos ratos de ócio á la deidad de los campos; el ceguezuelo dios es casi siempre el asunto de sus melífluas composiciones. Ceres, irritada por esta falta de galantería, indigna del génio, al negarles sus dones, no ha hecho mas que pagarles en la misma moneda. Injustamente tenida por una deidad prosáica, por los amantes de las musas, recibe diariamente nuevas pruebas de la indiferencia de estos; pero estos, privados de sus favores, así como de los del dios de los pámpanos, por la especie de *asociacion* que entre ambas divinidades existe desde que hicieron sus famosos viajes, tienen las mas veces que alimentarse de auras y contentarse con el licor de Hipocrene, en tanto que el ingrato dios á quien cantan, les vuelve la espalda haciéndoles conocer toda la profundidad del adagio á que hemos aludido antes. Nosotros, en muestra del respeto que nos merecen estas dos deidades, hemos resuelto rendirles homenaje á la vez en un mismo artículo, seguros de que nuestros lectores lo aprobarán, aun suponiendo que todos, sin escepcion, se precien de cristianos viejos. Porque ¿qué seria de los mas devotos, si Ceres no les ayudase á llevar la carga de las mortificaciones, y Baco no fortaleciese de vez en cuando su estómago, decaido por los rigurosos ayunos y privaciones de la cuaresma? Griegos y roma-

nos anduvieron poco cuerdos en no unir á dos dioses que tan buena voluntad se tienen, con los vínculos del matrimonio. Por nuestra parte, vamos á suplir esta falta ú olvido, sin alterar la fábula, y solo en lo que atañe al órden de colocacion de los personajes, como hemos hecho con *Abelard* y *Eloisa* y los *amantes de Teruel*, quienes si resucitaran confesarian que no fueron mas inseparables que Ceres y Baco. Ya hemos visto cuán ilustre fué el orígen de aquella. En los largos viajes que hizo con su *asociado*, el mas poderoso de los dioses despues de Júpiter, enseñó á los hombres la agricultura, mientras el hijo de Semele hacia correr fuentes de vino, con una lanza cubierta de pámpanos y yedra, llamada Tirso; milagro digno de un dios como él, que haria convertir á muchos incrédulos, y en el que los adoradores de la divinidad pagana en nuestros dias, encuentran solo una cosa que vituperar, y es, el haberse verificado en época tan remota. Ceres tenia muchos y muy famosos templos: ofrecíanle las primicias de todos los frutos y le sacrificaban un puerco, siendo tanto el respeto con que se representaban sus misterios, que aquel que osaba turbarlos pagaba con la vida su irreverencia. Represéntanla con una hoz en la mano y un manojo de espigas y de amapolas en la otra; una corona de lo mismo ciñe sus sienes; insignias toscas, pero honrosas, de la benéfica diosa de quien los mortales habian aprendido á cultivar los campos. Otros la pintan con un haz de trigo debajo del brazo izquierdo, ó sentada en un carro tirado por dos dragones, con una antorcha en la diestra. De esta manera, sin mas comitiva ni aparato, por hacer mas breve su peregrinacion por la tierra, salió á buscar á su hija Proserpina, á quien Pluton, dios de los infiernos, para el cual no debian significar mucho los favores que la deidad habia hecho al género humano con sus sábias lecciones, tuvo la osadía de robarle. Verificóse el rapto á orillas de la fuente Aretusa, en Sicilia, donde la hermosa doncella solia ir por agua, bien agena por cierto del peligro que su inocencia corria en aquellas frecuentes espediciones. Largo tiempo hacia que andaba el terrible dios llamando á todas las puertas, con el objeto de hallar una mujer que le quisiese por esposo; pero la aversion que su persona y la dignidad que ejercia, inspiraban aun á las mas despreocupadas, obligábanle á consumirse en un odioso celibato. La necesidad, mala consejera, le sugirió un medio algo violento de salir de aquel estado, y habiendo visto á Proserpina, prendado de su belleza, resolvió llevarla consigo á sus reinos; y casarse allí con ella sin respetar fórmulas, ni pararse en miramientos como hasta entonces, temiendo sin duda un nuevo desaire. Afanábase en tanto Ceres por encontrar á su hija; acude á Júpiter, y las respuestas anfibológicas del padre de los dioses la dejan en la misma confusion respecto á su paradero. Desesperada, toma dos grandes hachas encendidas y las coloca sobre el monte Etna; unce á su carroza dos serpientes aladas, y con otra hacha en la mano, parte y recorre el mundo. Con Atenas, Celeo, rey de Eleusis y padre de Triptolemo, la acogió hospitalariamente, y la diosa, en recompensa, hizo de su hijo un escelente labrador, instruyéndole en las artes de la agricultura. Cansada al fin de dar pasos en balde, volvió la desconsolada madre á Sicilia, donde la ninfa Aretusa ó Ciana le contó el rapto de Proserpina, con cuya noticia dió nuevo giro á sus indagaciones, bajando en seguida á la morada de Pluton, que ya lo era de su hija, á la que halló tan indiferente y tan otra de la que habia sido, que atónito y casi arrepentido de haberla buscado, tuvo que acudir de nuevo á Júpiter, á quien pintó con vivos colores la ingratitud de la muchacha. Júpiter, haciendo uso entonces de su omnipotente autoridad, dió órden al soberano del imperio de las sombras, de

que restituyese su hija á la diosa, siempre que no hubiese comido nada en los Campos Elíseos. Desgraciadamente, segun se supo despues, la desventurada habia caido en la tentacion de probar la fruta de los jardines de Pluton, y comido hasta siete granos de una granada que cogió en ellos, un dia en que la calor la incitó á descansar á su fresca sombra. Averiguado esto, Ascalafo, hijo del Aqueronte y de la ninfa Orfne, testigo y delator del hecho, fué convertido en buho por la irritada Ceres, y esta tuvo que contentarse con que su hija pasase seis meses del año en su compañía y otros seis en la de Pluton, su marido, á cuyo lado la representan comunmente, en un carro tirado por dos caballos negros. No es la castidad por cierto, la virtud principal ó favorita de los dioses del Olimpo griego, ni la heroina de esta biografía, la dió la mayor importancia tampoco, á juzgar por la larga série de sus amorosas aventuras. Fué su primer amor Júpiter, de quien tuvo á Proserpina; la inconstancia del señor del mundo, espúsola á las tentativas, un poco bruscas, de Neptuno, quien viendo que la ingrata, para huirle, se habia transformado en yegua, tomó la apariencia de un caballo, bajo la cual cumplió su mal deseo. Fruto de este enlace fué el caballo Arion, que ademas de estar dotado del don de la palabra, tenia los piés de hombre. Ceres, avergonzada de haber dado á luz un mónstruo semejante, corrió á ocultarse en una caverna de la Arcadia. Con su ausencia, desapareció de la tierra la abundancia, y hubieran sin duda perecido todos los hombres, si Pan no hubiese descubierto el asilo de la fugitiva; revelándoselo á Júpiter, quien, por mediacion de las parcas, consiguió hacerla salir de aquella oculta morada, devolviendo á los campos su lozanía, y á los mortales el preciso sustento. Posteriormente, segun algunos, se enamoró de Jasio, hijo de su primer esposo y de Electra, de cuya pasion correspondida, resultó un individuo mas de la familia divina, que se llamó Pluto, y mereció ser honrado con el título de dios de las riquezas. La severidad de Ceres no tenia límites, cuando se trataba de castigar algun crímen, ó alguna irreverencia cometida contra su persona ó autoridad. Convirtió á Linceo en lince, por haber intentado asesinar á Triptolemo, al niño Estelio en lagarto, porque habiéndola visto comer se burló del ánsia con que lo hacia, y finalmente, condenó á Eresicton, padre de Metra, bisabuela materna de Ulises, á devorarse á sí mismo. Un dia en que el impío penetró en un bosque, que estaba consagrado á Ceres, cometió la profanacion de mutilar con el hacha algunos árboles, de cuyo insulto se quejaron á la deidad las driadas habitadoras de aquellas espesuras. La vengativa diosa, llamó entonces al Hambre y le mandó atormentar á Eresicton, á quien desde aquel instante no bastó á satisfacer ningun alimento. Metra, para sustentar á su padre, hízose vender como una esclava á varios hombres, escapándose luego bajo diferentes formas; pero todo lo que ganaba aquella escelente hija, solo sirvió para prolongar algun tiempo la vida del desgraciado, que en medio de los mas agudos dolores acabó por devorarse á si propio. Tiempo es ya de hablar de Baco, á quien los antiguos apellidaron *liber*, aludiendo sin duda á las virtudes de su descubrimiento, entre las que no es la menor la de desterrar los cuidados y dejar al ánimo en libertad. Se sabe que Semele, hija de Cadmo, rey de Tebas, fué la madre de nuestro héroe. Prendado Júpiter de su belleza, tomó la forma de un gentil mancebo, y la sedujo con la facilidad con que dan cima á todas sus empresas los poderosos. No tardó en saberlo la celosa Juno, y, meditando una horrible venganza, reveló á Semele, que á la sazon se hallaba en cinta, el verdadero nombre y alto empleo de su galan, cuya inesperada noticia hizo enloquecer de orgullo y alegría á la princesa. De-

seando ver al dios en toda su majestad, arrancóle la promesa de concederle el don que pidiese, obligándole á jurar por la laguna Estigia, para que en ningun tiempo, cualquiera que fuese la gracia exigida, pudiera dejar de otorgársela. Esta vana curiosidad la perdió, porque habiendo tenido que complacerla el dios, el fuego de su gloria incendió el palacio de Cadmo, y redujo á cenizas á cuantos en él habitaban, incluso Semele, á quien su mismo amante no pudo libertar del furor de las llamas. La rapidez con que sucedió todo esto, no dió lugar á Júpiter mas que para salvar á su hijo; un mortal hubiera encontrado mas sencillo salvar á la madre, por cuyo medio habria conseguido ambas cosas; pero el rey de los inmortales halló mas fácil lo otro, y tomando el feto, le encerró en uno de sus muslos hasta que cumplidos los nueve meses lo dió á luz, entregándolo á ciertas ninfas del monte Niso, que con ayuda de las Horas cuidaron de él, y que á su vez, cuando el recien nacido salió de la infancia, le pusieron bajo la salvaguardia de Sileno. Era este Sileno un viejo verde y decidor, muy amigo de los dioses, que solian pasarse las horas muertas oyendo sus gracias con el mayor candor del mundo. Su pequeña estatura, ancho vientre, desvergonzada calva y mas que medianas orejas, hubieran hecho desistir á cualquiera que, esceptuando á Momo, hubiese osado disputarle el título de bufon del Olimpo; tanto le recomendaban para aquel empleo. Adornaban su frente dos retorcidos cuernos, segun algunos, aunque otros, en vez de cuernos, le ponen cola, representándole ya montado sobre un asno, ya á pié apoyándose en una vara vestida de hojas de parra. Travieso debia haber sido en sus mocedades el buen ayo de Baco (pues ya habrá adivinado el lector que este era el niño que le confiaban), cuando aun en sus años maduros no habia sentado la cabeza lo bastante para abandonar ciertos hábitos, tales como el de embriagarse, no sabemos con qué, puesto que todavía no se conocia el vino. Semejante maestro, no podia menos de sacar un discípulo como Baco; así este, cuando fué grande, dió repetidas pruebas de lo bien aprovechadas que habian sido sus lecciones, plantó las viñas, enseñó á hacer el líquido precioso y, como al principio de esta biografía se ha dicho, hizo correr abundantes fuentes de vino, que inspiraron un saludable horror al agua, á cuantos tuvieron la dicha de hallarse á sus orillas. Sin embargo, ninguno de estos milagros se hubiera verificado, y el vino se hubiera quedado por descubrir, si el Destino, dios superior á todos los de la fábula, no hubiese salvado al alumno de Sileno, en varias ocasiones, de los mayores peligros. La rencorosa Juno, no satisfecha con la muerte de su infeliz madre, dió principio á sus venganzas contra el hijo, enviando una serpiente de dos cabezas para que le devorase mientras dormia. No le salió bien la invencion, porque despertando á tiempo Baco, tuvo la suerte de matar al mónstruo con una vara de sarmiento. El mal éxito de esta primera tentativa, irritó mas á la diosa. Mudando de plan, atacó por segunda vez á su enemigo, trastornando su juicio en términos que el desdichado, fuera de sí, corrió gran parte del mundo, hasta que Cibeles le curó en Frigia. Otra deidad se hubiera aplacado; pero Juno, naturalmente colérica y vengativa, movió en la isla de Naxos á varios piratas, que le hallaron dormido, á que sublevándose contra su jefe Acetes, asesinasen al dios. Este, despertándose á tiempo, segun costumbre, convirtió á los delincuentes en delfines, y recompuso la virtud de Acetes, que no quiso ser partícipe del crímen de los suyos, nombrándole mas adelante gran sacerdote de su culto. El valor de Baco no era menor que su fortuna. Cuando los gigantes escalaron el cielo para arrojar de él á Júpiter, voló al socorro de su padre, y transformado en un fierísimo leon, acometió á aquellos bárbaros invasores.

Despues, llevando por tenientes á Pan y Sileno, invadió las orillas del Ganges al frente de un numeroso ejército, compuesto de hombres, mujeres y sátiros, mónstruos mitad hombres y mitad cabras, con cuernos; cuyo cuerpo estaba cubierto de áspera cerda. Las armas de estos formidables guerreros eran blandos tirsos, y los escudos sonoras panderetas. La conquista se hizo bailando y bebiendo. Baco, sentado en un carro, del cual tiraban dos, antes feroces, y ya amansados tigres, recorrió triunfante la India á los ojos de sus atónitos habitantes. Las únicas pérdidas que en aquella gloriosa espedicion tuvo que lamentar, fueron las de algunos imprudentes soldados, que, habiendo bebido ó bailado mas de lo que sus fuerzas permitian, pasaron á *peor* vida, pues no podia ser *mejor* otra en que no se hiciesen las mismas alegres proezas. El dolor de aquellos pueblos, cuando vieron partir á su benévolo conquistador, fué tal por lo menos, como su regocijo, cuando le vieron llegar con Pan, dios de los pastos y los ganados, que les enseñó á labrar la tierra, y el festivo Sileno, de quien aprendieron á cultivar las viñas que habia plantado el dios. Pero la marcha estaba decidida, y los amables huéspedes, sin atender á sus lágrimas, hijas de la mas pura gratitud, se alejaron para siempre del teatro de sus victorias, dejando en pos de sí un reguero de felicidad, de placer y de armonía. Al pasar cerca de Naxos oyeron quejarse en alta y lastimera voz á una mujer cuya belleza les dejó encantados cuando llegaron á la isla: era Ariadna, á quien el ingrato Teseo habia dejado sola y abandonada sobre un peñasco. El interes con que Baco escuchó sus gracias, y los consuelos que la prodigó, cautivaron el corazon de la infeliz hija de Minos; el rey de los beodos, (¡cosa que parece increible!) dió su mano á la hermosa, y sus bodas, celebradas con mil alegres fiestas, en las que no escasearon por cierto los brindis, convirtieron en un paraiso aquella triste y solitaria isla. Pero Ariadna era mortal; los dioses, llegado el término de sus dias, la colocaron entre los astros, y su esposo volvió á comenzar sus viajes, pasó por Atenas, y poco fiel á la memoria de su *difunta*, se enamoró perdidamente de una doncella llamada Erígona, ó Aletis, cuya edad no pasaria de quince años, y cuya hermosura en nada cedia á la de Ariadna. No pudiendo seducirla por los medios comunes, recurrió á los sobrenaturales, eligiendo el mas ingenioso, delicado é infalible de cuantos tenian á su disposicion las astutas divinidades de los gentiles. Transformóse en un dorado racimo de ubas, y despertando el apetito de la vírgen con su aroma y transparencia, un dia en que Febo hacia hervir el agua de las mas frescas fuentes, consiguió sin dificultad lo que deseaba. Consumado el hecho, tornó á tentarle el demonio de los viajes, y, despidiéndose de Icario, padre de la muchacha, en cuya casa estaba alojado, partió ufano y contento. Quedólo tambien el engañado viejo con el secreto que Baco le habia comunicado, y que no fué otro que el arte de hacer el vino, arte verdaderamente prodigioso, pero á menos costa y mas desinteresadamente enseñado á los pueblos últimamente sometidos. Hay hombres á quienes todo les sale mal, en quienes una gracia equivale á un castigo, por quienes el mismo sol dejaria de alumbrar la tierra contra su costumbre, si el dia mas claro y mas sereno no fuese noche oscura y tempestuosa para los desdichados. Uno de estos malditos del destino, era Icario: hospedó en su casa al dios de la alegría, y este la llenó de luto y deshonra; siguiendo los consejos de su maestro, vió llenas las cubas de su bodega de esquisito néctar; mas quiso su mala estrella que los Egicoras se embriagasen con él, y que creyéndose envenenados, en vez de tenderse á la bartola y pasar dos dias roncando como parecia natural, arrojasen al mejor fabricante de vinos de Atenas en un

profundo pozo, donde murió estrellado. Erígona guiada por una perra que tenia llamada Mera, descubrió el cadáver de su padre, y desesperada se ahorcó. Ambos y la fiel perra, fueron despues de esta catástrofe transformados en astros. Baco, sintiendo renacer en su corazon el antiguo amor, bajó al infierno en busca de su amada; pero habiendo visto á Proserpina, olvidó enteramente el objeto que allí le llevaba, y no volvió á la tierra hasta pasados tres años, en cuyo tiempo Pluton tuvo el suficiente para arrepentirse del rapto de aquella y purgar su falta. Los mitólogos que hemos consultado, no dicen precisamente en cuáles espediciones siguió al hijo de Semele la suegra de este último; mas sí que le acompañó en muchas. Es indudable que una de ellas fué la de la India, y que Pan, dios rudo y grosero, no enseñó en aquellas regiones la agricultura, sino bajo la direccion de Ceres.

«Para casos tales
tenemos los maestros oficiales.»

Mas inventor que la diosa, Baco no se limitó á aplacar la sed de los mortales con el sabroso zumo de la uba; reunió en torno suyo a la poesía, la música y la danza, y recreó á los hombres con alegres y entretenidas farsas, esparciendo por cuantos pueblos visitó las útiles semillas de la ilustracion. Los griegos celebraban cada tres años fiestas en honor suyo, á las que llamaban *Orgías*, así como los romanos, que les daban el nombre de *Bacanales*. En estas solemnidades, indignas del dios civilizador á quien se consagraban, las *Bacantes*, ó sacerdotisas de Baco, vestidas de medio cuerpo abajo de pieles de tigres, suelto el cabello sobre los hombros desnudos, y dando alaridos espantosos, corrian desalentadas por montes y valles con tirsos y antorchas en las manos, y cometian los mas escandalosos escesos. Baco es todavía honrado, y tiene templos y sacerdotes en todas partes. La religion cristiana, lejos de disminuir el número de sus partidarios, lo ha visto crecer y dilatarse con escándalo de su austeridad entre los mismos que reconocen y adoran al verdadero Dios. Hoy las Bacantes, mas juiciosas que en otro tiempo, no blanden tirsos ni antorchas en las Bacanales, ni como antes se descubren de medio cuerpo arriba... ¡Ojalá fuesen en todo lo mismo! mas alguna vez se oyen sus gritos á lo lejos y se las ve aparecer con el cabello desórdenado, y entonces..... Pero callemos; no descubramos estos misterios á los profanos. Representan á Baco bajo la figura de un robusto y hermoso mancebo, coronado de pámpanos, con una copa en la mano, unas veces en un carro tirado por dos tigres, otras montado sobre un asno, en tan lamentable estado, que ha menester que una de sus sacerdotisas le sostenga, y algunas sobre un tonel ostentando dos graciosos cuernos en la frente. Los antiguos le sacrificaban un macho cabrio, porque en sus viajes solia cubrirse con la piel de uno de estos animales.

CERINTO. Célebre hereje del tiempo de los apóstoles: era natural de Antioquía. Anatematizado por los primeros discípulos de Jesucristo, y arrojado del seno de la Iglesia por sus doctrinas anti-católicas, se trasladó al Asia, y allí formó una secta que contó gran número de prosélitos. Suponia que el mundo no habia sido formado por el Ser Supremo, y sí por un poder inferior á él, pero superior á todas las demas cosas creadas; que este poder habia creado al mismo tiempo genios de diferentes grados, encargados de gobernar el mundo cada uno en la parte que le estaba encomendado. Añadia que este mismo poder, compadecido de la triste suerte y condicion de los hombres, habia enviado á su hijo único para iluminarlos, instruirlos y salvarlos; que Jesus habia nacido naturalmente de José y de María, y que solo era superior á los demas seres racionales en justicia, prudencia y saber; que el Ser Supremo, al aparecérsele en

figura de paloma al tiempo de su bautismo, le habia comunicado el don de hacer milagros; y que, en fin, habiendo Jesucristo caido en manos de los judíos, el Cristo habia vuelto á subir donde está su padre, quedando en el mundo solo Jesus para ser crucificado. Decia que este volveria al mundo y reinaria mil años en Palestina; que durante su reinado recobrarian todos sus cuerpos para gozar de los placeres de la carne, y que despues serian trasportados al cielo. Para refutar tan sacrílegos errores, escribió San Juan su evangelio, á ruego de los fieles, despues de haberle anatematizado públicamente. Créese que este famoso hereje, uno de los primeros que empezaron á turbar la paz de la iglesia cristiana, murió el año 86 despues de Jesucristo.

CERVANTES SAAVEDRA (Miguel de), príncipe de los ingenios españoles. Nació en Alcalá de Henares, de una familia hidalga, pero pobre, y fué bautizado el 9 de octubre de 1547 en la parroquia de Santa María la Mayor de la misma ciudad. Sus padres, Rodrigo de Cervantes y doña Leonor de Cortinas, le dedicaron desde niño á una carrera, pero él, arrastrado por el amor de la gloria y las bellas letras, abandonó los estudios académicos para dedicarse completamente á la profesion que mas en armonía estaba con sus naturales inclinaciones. Uno de sus primeros maestros fué Juan Lopez de Hoyos, que en aquella época enseñaba con mucho crédito en la corte las humanidades, y á él debemos el habernos dado á conocer las primicias del ingenio de Cervantes, en la relacion que hizo de las exequias de Isabel de Valois, pues publicó en este libro una elegía y otros varios versos que su discípulo compuso á la muerte de aquella desgraciada princesa. Corria entonces el año 1569, y Cervantes marchó á Roma, sin duda con el objeto de probar fortuna, lo cual era muy propio de su carácter aventurero: allí entró en clase de camarero al servicio de monseñor Acuaviva, que habia estado de nuncio de la Santa Sede en España; pero bien pronto, disgustado de una condicion indigna de la nobleza de su alma y la independencia de sus aspiraciones, la abandonó, alistándose como voluntario en los tercios españoles que ocupaban á Italia, y logrando así la ocasion de hallarse en la memorable batalla de Lepanto. En esta jornada, Cervantes alcanzó uno de sus laureles, grande como todos los que adornan su frente, el laurel del guerrero; pues, postrado por unas calenturas, y á pesar de las amonestaciones de su capitan, pidió y obtuvo el puesto de mayor peligro, y peleando en él con ánimo esforzado todo el tiempo que duró la batalla, recibió dos arcabuzazos en el pecho y uno en la mano izquierda, que se la dejó manca para toda su vida; por eso le llama el mundo, honrando su valor, el *Manco de Lepanto*. Perseguido hasta entonces por la fortuna, pudo esperar Cervantes que esta le trataria con menos rigor despues de sus merecimientos, y se encaminó á España, provisto de las recomendaciones de sus jefes que habian sido testigos de ellos; pero la galera *Sol*, en que se embarcó con su hermano Rodrigo y otros caballeros principales, fué apresada el 26 de setiembre de 1575 por una escuadra argelina, mandada por Arnaute-Mami, y él y todos sus compañeros hechos esclavos. Los trabajos que pasó Cervantes durante este cautiverio, los esfuerzos de arrojo y de ingenio que hizo para librarse de él, los rasgos que tuvo de generosidad y abnegacion, no son para referidos en una sucinta biografía, ni por otra parte hay persona que los ignore, habiendo leido la *Novela del Cautivo*, que forma parte del *Quijote*, y en la cual nos ha dado el mismo Cervantes una idea de ellos con el encanto y la maestría que caracterizan su pluma. Baste decir, que despues de haber sufrido el hambre, la desnudez, la miseria, las fatigas del cuerpo, las angustias del ánimo, llevado alternativamente de la esperanza á la desesperacion, de la es-

clavitud á la libertad y de la vida á la muerte; despues de trazar muchos planes de fuga que fueron descubiertos, y de haber llegado hasta evadirse de su prision y tener despues que tornar á ella, Cervantes fué rescatado por los religiosos trinitarios de la Redencion, con el dinero que enviaron su madre, ya viuda, y su hermana doña Andrea, y el que añadieron algunas personas caritativas, el 26 de setiembre de 1580, cinco años justos despues de su cautiverio. Así se libró de los hierros de una cadena, pero se vió envuelto en los de la calumnia, pues uno de sus antiguos compañeros de esclavitud, un clérigo infame, cuyo nombre no queremos consignar aquí por no manchar esta brillante página de nuestra historia, empezó á difamarle y á inventar contra él testimonios de acusacion, enconado por ciertos sucesos en que Cervantes no habia hecho por cierto, otro papel que el de víctima, ó movido de esa rabia, innata en ciertos hombres, contra todo lo que es bueno y grande. El bizarro soldado, el sufrido prisionero, el aventurero indomable, el caballero leal y cumplido, tuvo que recurrir á una informacion judicial para vindicar su honra, y ya que no poseyera otro patrimonio, logró salvar este del que pretendia robársele, quedando en la prueba triunfante el virtuoso, y confundido el impostor y el villano. Volvió, pues, Cervantes á España honrado, pero miserable, y se vió en la necesidad de apelar de nuevo á su espada para proporcionarse la subsistencia, alistándose como soldado en el ejército espedicionario contra Portugal, donde peleó con su acostumbrada valentía, y pasando despues á las islas Terceras, en cuyos mares sirvió á las órdenes del ilustre marques de Santa Cruz. Mas viéndose ya entrado en edad, sin haber podido medrar en la profesion de las armas, á pesar de sus méritos, y deseando por otra parte el reposo necesario para las tareas del ingenio, se retiró definitivamente de la milicia en 1584, y se dió á escribir obras literarias, inaugurando esta su nueva carrera con una novela pastoril que llamó *Galatea*, y que alcanzó desde luego una lisongera acogida. Durante este tiempo, tuvo Cervantes unos amores, cuyo fruto fué su hija natural doña Isabel de Saavedra, y poco despues se casó con una señora llamada doña Catalina de Palacios Salazar, natural de Esquivias. Las necesidades de su nuevo estado le obligaron entonces á dedicarse á la literatura dramática, y escribió veinte ó treinta comedias, número indeterminado que él mismo nos ha trasmitido, de las cuales solo han llegado hasta nosotros *El trato de Argel* y *Numancia*, ambas en verdad de escasísimo mérito, si bien Cervantes asegura que ni estas ni las demas fueron desairadas en la escena, al paso que hace mencion de una titulada *La confusa*, la cual obtuvo muchos aplausos, y él consideraba como obra de primer órden. Sin embargo, no sacando el suficiente provecho del teatro, que por cierto no andaba entonces para los autores peor parado que en nuestros dias, habida relacion de tiempos y de épocas, se dedicó á diferentes negocios, pretendió destinos que se le negaron, y por término de tanta desgracia y tanta injusticia, fué encarcelado dos veces, una en la capital de Andalucía, y otra en un pueblo de la Mancha llamado Argamasilla. Aquí fué donde Cervantes concibió la idea del *Quijote*, y la realizó con tan portentosa facilidad, publicando su obra en 1605, y dando á España y al mundo el libro mas precioso que se ha escrito desde Homero hasta nuestros dias, pues en él, como dice muy bien el gran Quintana, no se sabe qué admirar mas, si la fuerza de fantasía que fué necesaria para inventarle, ó el talento divino que se necesitó para escribirle: libro inmortal, libro admirable, siempre leido y siempre nuevo, mas sábio y mas popular que otro alguno en su género, y tan acabado, tan completo, que en vano se esfuerza la crítica por encontrar en él los lunares inherentes

á toda obra humana, pues no parece sino que fué inspirado por el mismo Dios, para que sirviera de inimitable modelo. El *Quijote* hizo una revolucion en su época; en el mismo año en que se publicó se dieron de él nada menos que cuatro ediciones; al poco tiempo se hallaba ya traducido en casi todas las lenguas de Europa, y no habia pais ni aldea ni familia en que no andase de mano en mano este magnífico poema. Tanta y tan justa celebridad despertó la envidia en el ánimo de los poetas contemporáneos, y no hubo apodo, ni censura, ni vituperio, que no empleasen para rebajar la superioridad de Cervantes. Los partidarios del fecundo Lope de Vega se resintieron de la crítica razonada y benévola que habia hecho de sus comedias en el *Quijote*, resentimiento injusto á la verdad, y que dió orígen á algunas contestaciones entre aquellos dos grandes ingenios, como lo prueba el famoso soneto que empieza:

Hermano Lope, bórrame el sone-
con versos de Ariosto y Garcila-

el cual, segun la opinion mas autorizada, es debido á la pluma de Cervantes. Otros escritores empezaron á criticar ágriamente las obras del mismo, llamándole *ingenio lego*, como para demostrar que carecia del conocimiento de las reglas y los preceptos del arte de escribir; pero esto, que sin duda estaba fundado en algunas leves incorrecciones en que incurria á veces Cervantes, solo prueba la riqueza de su imaginacion y su facilidad prodigiosa. Por último, dos Aristarcos, mas ignorantes ó mas atrevidos, Villegas y Avellaneda, tomaron la pluma contra Cervantes, y escribieron el uno una composicion poética, y el otro un nuevo *Don Quijote*. La composicion de Villegas es una diatriva personal que, lejos de lograr el objeto que se propuso, rebaja tanto á su autor, como enaltece á Cervantes, pues en ella moteja á este de viejo, manco y pobre; como si tales cualidades no fuesen otros tantos merecimientos, añadiendo insultos y desprecios que ciertamente valiera mas, por honor de Villegas, que no hubieran salido nunca á luz, como decia él mismo en la dedicatoria que hizo á cierto amigo suyo:

Este mónstruo te envio, mi Laurencio,
de sátira compuesto y elegía;
cierto que es parto digno de silencio.

En cuanto á la *segunda parte del Quijote* de Avellaneda, quedó relegada al olvido desde que Cervantes publicó la suya, y en él permanece todavía sin que haya bastado á restaurarla la diligencia de algun editor que ha creido escitar la curiosidad literaria y hacer un buen negocio reimprimiéndola. Por lo demas, el que no habia rendido su ánimo á la flaqueza, ni en la miseria, ni en la esclavitud, ni en los peligros de la mar y la guerra, no podia desmayar tampoco ante las calumnias de sus detractores; por eso Cervantes, sin curarse de ellas, seguia impávido el camino de su triste vida, consolado en parte de la injusticia agena con su propia gloria, y sostenido por el apoyo de algunos poderosos, que por orgullo ó por caridad, se dignaban alguna vez protejerle. El mas constante fué el conde de Lémos, y aunque todavía no hizo cuanto podia por Cervantes, gustando, sin duda, mas que de su prosa de los versos de los Argensolas, el autor del *Quijote* fué agradecido y le pagó con usura los favores que de él recibiera, dedicándole la segunda parte de aquella obra, é inmortalizando de esta manera su nombre. Vivia, pues, Cervantes, despues de la publicacion del *Quijote*, tan pobre como siempre, pero resignado y humilde en su pobreza, seguia cultivando con igual ardor las bellas letras. Fruto de esta actividad incansable fueron sus novelas, publicadas en 1612, y dedicadas tambien al conde de Lémos, siendo entre ellas las mas notables, ademas de *El Curioso impertinente* y el *Capitan cautivo*, que introdujo en el *Quijote*, las que, como *Rinconete* y *Cortadillo* y el

Coloquio de los perros, pintan las costumbres y el espíritu de su época, género en el cual era verdaderamente maestro Cervantes. En 1614 dió á luz el *Viaje al parnaso*, poema crítico que escribió en verso, llevado de su afan de parecer poeta, como él mismo confiesa en este libro, cuando dice:

Yo que siempre me afano y me desvelo
por parecer que tengo de poeta
la gracia que no quiso darme el cielo.

En 1615 publicó algunas comedias y entremeses, en verso las unas, y los otros en prosa, figurando entre las primeras la que lleva por título *Pedro de Urdemalas*, en que con tanta gracia se ridiculizan las sutilezas de algunos embaucadores á propósito del purgatorio. En 1616 concluyó su novela titulada *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, cuando ya se hallaba atacado de una hidropesía que le condujo al sepulcro, y poco antes de recibir el Santo Oleo, que fué el 18 de abril del mismo año, deshauciado de los médicos y esperando la muerte, trazó aquella admirable dedicatoria al conde de Lémos, que tan bien pinta la generosidad y nobleza de su alma. Por último, el 23 de abril del mismo año, á los sesenta y ocho de su edad, murió Cervantes, y fué enterrado sin aparato ni ostentacion alguna en las Monjas Trinitarias, segun habia mandado él mismo. Muerte á la verdad digna de un cristiano, pero oscura como lo habia sido su vida, y con la cual perdió España, sin saberlo ni sentirlo ella misma, uno de sus mas ilustres hijos. Afortunadamente, la posteridad le ha vengado de la indiferencia de su siglo, y hoy vive en la memoria del mundo, grande, colosal, gigante como sus obras. ¡Ojalá que el respeto de los hombres, y los himnos que por todas partes resuenan en su obsequio, sirvan de grata satisfaccion á sus manes! ¡Ojalá que el culto que en la tierra se le tributa, pueda aumentar la gloria que sin duda disfruta en el cielo el espíritu de Cervantes!

CESAR (Cayo Julio). Este grande hombre, descendiente de la ilustre familia Julia, que contaba entre sus antepasados á Venus y á Eneas, nació en el año de Roma 564 y 100 antes de Jesucristo. Hábil político, entendido escritor, y general tan atrevido como afortunado, hubiera sido el modelo de sus conciudadanos, si como supo elevarse á la mayor altura por sus talentos y victorias, hubiera sabido cerrar su pecho á la ambicion sin límites que le devoraba, y fué causa principal de su caida. El estruendo de las armas de Mario, su tio materno y Sila, dueño mas tarde de la república, arrullóle en la cuna, y tal vez despertó en el tierno corazon del niño el valor del hombre, y la sed de gloria del guerrero. No le perdonó Sila su parentesco con Mario y Cinna, de quien era yerno, viendo, como dijo á algunos de sus amigos, en el jóven César muchos Marios; pero los ruegos de las vestales y el crédito de la familia Julia, le decidieron por último á revocar el decreto de proscripcion espedido contra aquel, aunque muy á su pesar por los temores que abrigaba, y el ódio inestinguible que profesaba á su enemigo. Libre ya César de la proscripcion, dirigióse al Asia, de donde no volvió hasta la muerte de Sila. Pronto se dió á conocer por su elocuencia, acusando á Dolobela de malversaciones en su gobierno, en una causa en que Hortensio y Cotta eran los defensores del acusado, y resuelto á aprovechar todas las ocasiones que se le ofreciesen de sobresalir en el foro y la tribuna, como quien sabia cuán necesario es el don de la palabra para llegar al poder, pasó á Rodas, con el objeto de tomar lecciones de elocuencia de Apolonio Mollon, profesor griego. Unos piratas sicilianos se apoderaron de él en la travesía, pidiendo por su rescate veinte talentos; pero á César pareció escasa la suma, y la hizo ascender á sesenta, por dar sin duda á aquellos bárbaros mas alta idea de su valor é importancia, lo cual consiguió desplegando en su trato con

ellos una energía de carácter, mas propia de un soberano que de un prisionero. Rescatado treinta dias despues por los habitantes de Miseto y conducido á la ciudad, armó sus buques, persiguió á los piratas, y logró apoderarse á su vez de la mayor parte de ellos. Habíanle amenazado repetidas veces cuando le tenian en sus manos con hacerle crucificar, y Cayo Julio, que no habia olvidado esta amenaza insultante, condenó á todos sus prisioneros al mismo horrible suplicio que preparaban para él, vengando así el ultraje que le habian hecho cuando le tenian en sus manos. Hallábase en Rodas, cuando Mitridates invadió varias provincias aliadas de los romanos; así que esta nueva llegó á sus oidos, ardiendo en deseos de distinguirse por su valor, y sin considerar que la república no le habia dado autorizacion para acometer empresa de tanta importancia, ó temiendo quizas que otro le arrebatase el lauro que esperaba recojer, reunió la gente necesaria, voló al socorro de los aliados y alcanzó victoria sobre sus enemigos. Tan cierto es que la fortuna está de parte de la audacia y la proteje en las mas locas empresas. A su vuelta á Roma, abandonó su partido y se adhirió al de Pompeyo, contribuyendo con Ciceron á hacer aprobar la ley *Manilia*, por la cual se concedian á aquel poderes estraordinarios, á despecho de los nobles. Guiaba á César en esto su ambicion, que mas previsora que nunca le hacia ver las ventajas que la nueva ley podia ofrecerle con el tiempo, allanándole el camino para la tiranía, objeto de sus sueños y fin á donde le arrastraba su sed de mando y autoridad absoluta. Nombrado tribuno militar, pidió se levantase el destierro á los que habian tenido parte en las turbulencias escitadas por Lépido, y apoyó á los que querian volver al pueblo los tribunos que Sila le habia arrebatado, tratando de lisonjear así á la multitud para convertirla fácilmente en instrumento de su ambicion. Siendo qüestor, el elogio fúnebre de Julia le presentó favorable ocasion en que atraerse al pueblo, ofreciendo á sus ojos las imágenes de Mario, ocultas desde la dictadura de Sila; y así que se vió elevado á la dignidad de edil, restableció en el lugar que antes ocupaban las estátuas del vencedor de los Cimbros, prosiguiendo con incansable perseverancia su plan hermoseando á Roma, poniendo asientos para los que iban á presenciar los juegos Megalesios, y divirtiendo en fin á los ociosos con magníficos espectáculos; así que cuando en aquella época le acusaron en el senado de que aspiraba á la tiranía, el pueblo rechazó la acusacion ensalzando el valor de César, y el celo con que habia desempeñado el importante cargo que la república le habia confiado. Cuando la conspiracion de Catilina fué descubierta, recomendó César á la clemencia del senado á los acusados, lo que escitó la indignacion de muchos, que le sospechaban complicado en la trama; pero Ciceron, que con una señal hubiera podido hacer caer su cabeza, le salvó. El peligro que aquel dia corrió la vida del futuro tirano fué tan grande, que se asegura que los guardias solo esperaban una indicacion de su libertador para degollarle. Disimulaba César sus ambiciosos proyectos viviendo en aquella época como un hombre frívolo y estraño á los vastos planes que imaginaba; pero los placeres no adormecian su espíritu; su objeto estaba siempre presente á sus ojos, y ni el lujo, ni las mujeres, ni el vino le distraian de él. Las deudas que contrajo entonces fueron tan crecidas, que cuando se le encargó del gobierno de España, Craso tuvo que salir por fiador suyo, por libertarle de los numerosos acreedores que le asediaban, oponiéndose á su partida. Habiendo muerto Autelo, fué honrado con la dignidad de gran pontífice, venciendo con su eleccion á dos poderosos competidores. Dicen que antes de su triunfo estrechó á su madre entre sus brazos, y enjugando las lágrimas que derramaba te-

miendo alguna desgracia, esclamó: «Hoy seré pontífice soberano, ó dejaré á Roma.» Poco tiempo despues acusaron á Clodio de haber querido seducir á su mujer, y él la respondió diciendo: «que la esposa de César ni aun á las sospechas debia dar lugar,» negándose á perseguir á Clodio, á quien el pueblo amaba con estremo, por atraérsele y hacerle contribuir con el valimiento de que gozaba á la realizacion de sus miras. Preguntándole sus amigos, al atravesar una aldea de los Alpes, si en aquel humilde lugar habia quien se disputase el poder y las dignidades, respondió: «Mas quisiera ser el primero aquí, que el segundo en Roma.» Durante su gobierno, sujetó á la Galicia y la Lusitania, por cuyas conquistas no descuidó su interes particular, antes por el contrario se enriqueció con las contribuciones con que gravó á aquellas provincias, volviendo á Roma con una suma de cerca de ciento cincuenta millones de reales, que no le sirvieron poco para aumentar el número de sus adictos. Ya en el Consulado, merced á las intrigas de que se valió para llegar á él, y á la reconciliacion de Craso y Pompeyo, debida á su habilidad y á la necesidad que de ambos tenia por el crédito de que gozaban, prescindió enteramente de Bibulo, su colega, y gobernó la república por su sola autoridad, dando lugar á que algunos dijesen maliciosamente que «aquel no era el consulado de César y de Bibulo, sino de Julio y César.» Por halagar al pueblo, propuso en el senado se distribuyesen las tierras de Campania entre veinte mil ciudadanos que por lo menos tuviesen tres hijos, pero los senadores se negaron á ello; el público entonces adoptó la ley propuesta por el que ya era su ídolo, como si no acabase de ser desechada, y el senado se vió obligado á aprobarla. Despues del matrimonio de su hija con Pompeyo, obtuvo César el gobierno de las Galias y la Iliria con el mando de cuatro legiones, dando principio á la época mas gloriosa de su vida. El número de sus victorias en los diez años que duró la guerra en las Galias fatiga la memoria; la historia de sus hechos parece una fábula. Segun el cálculo de un biógrafo, venció en diversas batallas á tres millones de hombres, de los cuales la tercera parte quedaron muertos en el campo, y otra tercera á discrecion del vencedor; tomó ochocientas ciudades y sometió á trescientos pueblos ó naciones; derrotados los helvecios, corrieron á ocultarse en sus montes; Ariovisto, aliado de los romanos, fué tambien destrozado; los belgas, los mas indómitos de los galos, ofrecieron el cuello al yugo, intimidados por el poder irresistible de sus enemigos; la victoria iba en pos de las águilas romanas; siguiólas hasta mas allá del Rhin, atravesó con ellas el mar, é incansable como ellas, las acompañó en su espedicion á la Gran Bretaña. Tantas fatigas, tan repetidos triunfos, ni cansaron ni satisfacieron la ambicion de César: las riquezas de los pueblos sojuzgados pasaron á su poder, y como si esto no fuese suficiente aun, la tierra de los mismos aliados de Roma fué invadida, y ni templos ni dioses fueron respetados. Cuando el senado quiso examinar la conducta del ambicioso general, el mucho oro derramado por este, el amor que el pueblo le profesaba, la fama de su valor y el esplendor que por todas partes acompañaba á su nombre, sirviéronle de escudo contra las tentativas de sus émulos; lejos de unirse á estos, Roma celebró las victorias del afortunado caudillo, y hasta el senado mismo tuvo que ponerse de su parte; los acusadores enmudecieron, se dió gracias á los dioses, las alabanzas á César resonaban por toda la ciudad. Veinticuatro dias duraron estas fiestas, cosa no vista hasta entonces; la buena estrella del rival de Pompeyo brillaba demasiado, para que este no se apercibiese, aunque tarde, de que tenia en su suegro un enemigo poderoso y disimulado que podria derribarle algun dia. Contentóse, sin embargo, con

aprovechar las ocasiones que se le ofreciesen para humillarle, medio mas político que enérgico, si bien las circunstancias no daban lugar á adoptar otro. Entretanto César llevaba adelante su plan recompensando espléndidamente al soldado, comprando á los ciudadanos y colmando de dádivas á cuantos acudian á él. Irritados sus enemigos trataron de hacerle caer de una vez y á impulsos de un solo golpe, y por un decreto del senado se declaró que si dentro de un plazo limitado no dejaba el mando, se le consideraria traidor á la república. Marco Antonio, Curion y Casio, tribunos amigos de César, alzaron su voz contra este decreto, pero habiendo sido arrojados del senado, tuvieron que huir á Rávena, donde á la sazon se hallaba César con una legion, disfrazados de esclavos. La guerra quedó declarada desde entonces; avanza César con sus soldados hácia las orillas del Rubicon, rio que separa la Galia Cisalpina de la Italia, pero los riesgos de la nueva empresa que iba á acometer se presentan á su imaginacion y le dejan suspenso; decídese por fin pensando en el ódio que le tenian sus contrarios; «está echada la suerte» esclama y atraviesa el puente. Su llegada á Rimini llena de consternacion al senado; en vano se reune este y busca salida al peligro que le amenaza: ya no es tiempo de adoptar ninguna medida: el pueblo pertenece á César, y Pompeyo está sin tropas: seguido de los cónsules y los principales senadores, abandona á Roma, pasa á Cápua y despues á Brindis. Persíguele el vencedor, ataca la plaza y trata de cerrar el puerto con un muelle; pero Pompeyo, temeroso de caer en sus manos, se embarca una noche para Dirraquio, y toda la Italia queda en poder de su enemigo. La entrada de César en Roma fué un nuevo triunfo; apoderóse del tesoro público, único acto de violencia que cometió, amenazando al tribuno Metelo que se opuso á ello; y cuando la guerra se estendió á todos los puntos de la república, confió el mando de la Italia á Antonio y partió á España. En España derrotó á dos tenientes de Pompeyo, llamados Petreyo y Afrinio; marchó enseguida contra Marsella, la sometió y volvió á Roma, donde el pretor Lépido le dió el título de dictador. Deseoso de acabar de una vez con su enemigo, que al frente de un poderoso ejército se hallaba en Grecia, voló en su busca, pero al desembarcar en Chaonia supo que la escuadra que conducia víveres para su gente habia sido destrozada. Esta nueva le obligó á salir al encuentro de Antonio en un barco de pescador, solo y amenazado de los mayores peligros. «No temas, dijo á su conductor; contigo van César y su fortuna.» Socorrido por Antonio, que le llevaba nuevas legiones, trató de atacar á Pompeyo, pero temiendo empeñar una batalla que debia ser decisiva, se retiró á Macedonia. La victoria, su inseparable compañera, le ofreció al cabo el lauro de aquella contienda en las llanuras de Farsalia. Generoso con el enemigo, perdonó á los prisioneros, quemó la correspondencia de Pompeyo sin leerla, y cuando despues en Egipto le fué presentada su cabeza, apartó de ella los ojos llorando. Despues de algun tiempo, y apenas hubo apaciguado una sedicion que le puso en gran peligro, marchó contra Farnaces, rey de Ponto, y le destrozó con la celeridad que él mismo esplica con aquellas famosas palabras: «*Veni, vidi, vici:*» *Llegué, ví, vencí.* Amenazaban volver á levantar en Africa el partido de Pompeyo, Escipion, Labieno, Caton y Juba, rey de Mauritania; pero pronto los romanos allí establecidos se sometieron á su autoridad, fuera de Caton, que se dió muerte, y cuya dignidad admiró César, derramando lágrimas por aquella pérdida, como antes las habia derramado por la desgracia de su rival. Roma le recibió á su vuelta con el mayor entusiasmo; los banquetes y fiestas públicas fueron sin número; pródigo con los ciudadanos y los soldados, el dictador

colmó de gracias á todos; pero las circunstancias no le permitieron gozar por mucho tiempo del descanso que exigian tantas fatigas, y tuvo que partir para España, donde los dos hijos de Pompeyo habian reunido un ejército numeroso, ganosos de vengar la muerte de su padre. Dióse la batalla en los llanos de Munda, y fué una de las mas reñidas y que mas esfuerzos costaron al vencedor de los galos y los egipcios, que ya desesperando de alcanzar la victoria, peleaba, segun él mismo confiesa, por salvar su vida ó perderla con gloria en la lucha. Sus hazañas en aquella ocasion le dieron por fin el mismo resultado que otras veces, y dueño del mundo, dió la vuelta á Roma, donde su autoridad adquirió un ensanche tal, que puede decirse no tenia límites, nombrándosele cónsul por diez años y dictador perpétuo, con los títulos de emperador y padre de la patria; declaróse sagrada é inviolable su persona, concediósele el privilegio de asistir á los espectáculos en una silla dorada, ceñidas las sienes con una corona de oro, y por último se previno que á su muerte estos mismos objetos ocupasen un lugar en las fiestas públicas. Bien podia satisfacerse con tan estraordinarios honores la ambicion de César; créese sin embargo, que todavía trató entonces de coronarse rey, pero que no lo hizo porque gozando á la sazon de una autoridad absoluta, temió el mal efecto que aquel nombre, odiado de los romanos, podia hacer en el pueblo. Poco suspicaz y tal vez demasiado generoso, licenció su guardia española á despecho de sus amigos, que le aconsejaban que no confiase de aquella manera enmedio de la elevacion á que habia llegado, y desterrando toda inquietud, vino á entregarse á los mismos que le aborrecian y deseaban su ruina. El título de rey que hasta entonces no habia osado añadir á los muchos que ya tenia, volvió á encender su sed de honores, y le arrastró á la orilla del abismo que debia tragarle. La guerra contra los partos, que proyectaba, sirvióle de pretesto para obtenerlo. Esparcieron sus partidarios por la ciudad la voz de que para vencer á aquellos era preciso que César fuese honrado con la régia dignidad, segun se decia en los libros de las Sibilas, esperando sin duda que el pueblo se allanase á ello. Temerosos de que así sucediese, los enemigos particulares del dictador y algunos de los mas ardientes republicanos, formaron contra él una conspiracion. Los mismos amigos de César, en quienes el amor á la libertad y á la república, pudo mas que la amistad y la gratitud por los favores que le debian, se unieron á los conjurados: Bruto y Casio, nombrados pretores por él, fueron de este número, poniéndose á la cabeza de los descontentos. No dejó de traslucirse algo de esto, y aun de llegar á los oidos de César; la época señalada para su caida, era los *idus* de marzo, dia en que la coronacion del ambicioso dictador debia tener lugar, segun los rumores esparcidos entre el pueblo, tal vez maliciosamente y por sus mismos enemigos. Sea que Calpurnia, su mujer, tuviese noticia de la trama por algun amigo fiel, ó que su corazon le anunciase la desgracia que tan próxima estaba á suceder, cuando llegó el dia funesto de la ruina de su esposo, lloró, suplicó é hizo tanto por detenerle á su salida para el senado, que César, conmovido ó alarmado por algun secreto presentimiento, determinó quedarse en su casa y aplazar para otra ocasion la reunion del senado. Decimo Bruto, entonces, le hizo ver lo vano de aquel temor, inspirado por la débil imaginacion de una mujer apasionada, pintándole con vivos colores el amor que el pueblo romano le profesaba, y la amistad de los que como él eran hechuras suyas, le exageró el poco favorable efecto que aquella repentina resolucion debia producir y la importancia de los asuntos que en el senado iban á tratarse, todo lo cual decidió á César y sosegó á Calpurnia, que ya no se opuso á la salida de su

marido. Un tal Artemidoro se llegó á este cuando se dirigia al senado, y puso en sus manos una carta en la que le descubria toda la maquinacion; otros varios le dieron el mismo aviso valiéndose de igual medio que Artemidoro; pero César, rodeado de la multitud, no leyó ninguno de aquellos escritos, y entró en la sala del senado, donde todos los conjurados se acercaron á él, aparentando el mayor respeto á su persona. Uno de estos, Atilio Cimbor, cuyo hermano habia sido desterrado, le pidió alzase aquella pena, inclinándose para cogerle una punta del manto en muestra de sumision; pero tirando violentamente de él, dejó ver su traidora intencion y falsedad, dando la señal convenida á los otros, que no esperaban mas para caer sobre César: Casca tiró de su espada y le dió un golpe en el hombro; pero César se arrojó á él y detuvo su brazo. Los demas, aprovechando la ocasion y viendo la sorpresa de los senadores, que sin fuerzas para huir ni para socorrer á la ilustre víctima, les dejaban hacer, sacaron los aceros y se precipitaron sobre él, dándole repetidas estocadas. Defendíase César como quien tantas pruebas de intrepidez tenia dadas en peligros semejantes; acababa de recibir una profunda herida en la cabeza, que Casio, mas animoso que los otros, habia conseguido hacerle enmedio de la confusion de aquel desigual, pero reñido combate, cuando vió á Bruto con la espada en alto para herirle: «¡Tú tambien, Bruto!» esclamó admirado, y se cubrió el rostro con el manto, renunciando á defenderse. Un momento despues caia el grande hombre á los piés de la estátua de Pompeyo, traspasado de treinta y tres heridas. Era el 15 de marzo del año 43, antes de Jesucristo. Horrorizados los senadores huyeron; el espanto se comunicó al pueblo; tres esclavos condujeron el cuerpo de César á su casa. La gloria no abandonó en la tumba al que tanto habia halagado su vida; los mismos senadores, que tan cobardes se habian mostrado poco tiempo antes, no solo no consintieron que se hiciese la menor alteracion en sus leyes, sino que ademas ordenaron que se le hiciesen los funerales con una pompa inusitada, elevando al rango de los dioses al que unos cuantos republicanos habian asesinado á sus mismos ojos. Cuando en la tribuna de las arengas se leyó su testamento, el pueblo, irritado contra los conspiradores, los amenazó, manifestando el mayor dolor por la muerte de César. Era este, en efecto, digno de aquellas demostraciones; tenia muchos vicios, pero no menos virtudes; habia perdonado siempre á sus detractores; acompañábale un aspecto de imperio y de dignidad que imponia á sus mismos enemigos; una sola palabra suya bastó á veces para apaciguar una rebelion; sabia hacerse obedecer y mantener la disciplina entre sus soldados. Poseia grandes talentos: era uno de los mas hábiles oradores de Roma, y uno de los inteligentes militares de la antigüedad. Todos sus escritos se han perdido á escepcion de los *Comentarios sobre la guerra de las Galias y la guerra civil*, y de algunos fragmentos. Parece que entre las obras estraviadas habia algunas sobre gramática, astronomía, religion, historia y literatura, lo que demuestra que los conocimientos de César no eran menos vastos que su imaginacion.

CESONIA MILONIA, cuarta mujer del emperador Calígula. Casóse con él viviendo con otro marido de quien tenia cuatro hijos, y hallándose en cinta segun Dion; aunque Suetonio asegura que su enlace no se verificó hasta el dia en que dió á luz una niña, á la que Calígula puso el nombre de *Julia Drusilia*. Dicen que la llamó así en memoria de Drusilia su hermana, con la cual habia tenido incestuosos amores, y que habiéndola hecho llevar al templo de las diosas poco despues de su nacimiento, la dejó en el regazo de Minerva, encargándola que la diese de ma-

mar. El amor que Cesonia supo inspirar á aquel mónstruo, á pesar de su falta de juventud y de belleza, fué tan frenético, que él mismo decia que estaba tentado de hacerla dar tormento para averiguar la causa de su pasion. Acompañábale en la guerra vestida de amazona, y no omitia medio de complacerle, ni habia esceso, por infame que fuese, á que no se entregase con él, lo cual, lejos de amortiguar, avivaba cada vez mas la llama del amor en el corazon de Calígula, tanto que, el vulgo llegó á creer que Cesonia le habia dado un filtro amoroso con el objeto de asegurar su conquista, pero que este no habia producido otro efecto que el de hacerle perder el juicio. Ciertamente, las infinitas estravagancias del emperador romano no dan lugar á imaginar otra cosa. En una ocasion pretendió pasar por dios, y bajo el nombre de *Júpiter Latino* se hizo construir un templo, del que nombró sacerdotes á su mujer, á su tio Claudio, y á las personas mas poderosas de Roma, no escluyéndose ni aun á sí propio (¡á la misma deidad!), si bien todo parece poco, despues de saber que hasta á su caballo *Incitatus* hizo partícipe de aquella dignidad ridícula. Cesonia murió cosida á puñaladas por mano de un centurion, el mismo dia que Calígula acabó de deshonrar á Roma con sus locuras y sus atrocidades. No tuvo menos triste fin su hija Drusilia, quien, en medio del furor de los amotinados, fué estrellada bárbaramente contra una tapia.

CESON ó COESO (Quincio). Era hijo del dictador Quincio Cincinato. Dotado de estraordinarias fuerzas y de una poderosa elocuencia, él solo, segun Tito Livio, hacia frente á los ataques tribunicios y á las borrascas populares, animando de tal manera á los jefes patricios con sus palabras, lo gigantesco de su estatura, el vigor de su brazo y el valor de su corazon, que mas de una vez, con su auxilio, arrojaron del Foro á los tribunos, y pusieron al pueblo en derrota. «Cualquiera que osara resistirle, dice el citado historiador, estaba seguro de tener que desistir, saliendo con el cuerpo maltratado y el vestido hecho girones.» Ceson es sin disputa el orador de la antigüedad que mas se asemeja al famoso Danton, el mas imponente y terrible de los oradores de la Montaña en la época de la revolucion, que convirtió á la Francia en un vasto lago de sangre en los últimos años del pasado siglo. El terror que causaba su voz, y lo violento de sus arrebatos, impidió por mucho tiempo que se llevase á efecto la ley agraria; pero los tribunos escitaron contra él al pueblo y le obligaron á partir de Roma, donde corrió gran peligro de ser inmolado. En vano su padre y Capitolino Quincio, su tio, hicieron presentes á sus perseguidores los muchos servicios que habia prestado en el ejército; en vano el mismo Ceson trató de parar el golpe que le amenazaba implorando la piedad de la junta ó asamblea del pueblo: Cincinato tuvo que vender todos sus bienes para pagar la caucion de su hijo, quien, al abandonar á Roma, lo habia hecho antes de que la causa que contra él se seguia, se fallase, si bien, segun Ciceron, no tardó en ser llamado, á lo cual no osaron oponerse los tribunos, considerando lo mucho que el pueblo amaba á su padre.

CÉSPEDES (Pablo de). Nació en Córdoba en 1538, y fué canónigo de la catedral de la misma ciudad. Muy pocos artistas se podrán contar que hayan reunido los vastos conocimientos de nuestro compatriota, quien con la misma perfeccion poseia los idiomas hebreo, griego, latino, italiano y árabe, que la pintura, la escultura, la arquitectura, la arqueología, la poesía y la elocuencia. Las obras suyas que aun se conservan, pertenecientes á algunos de los ramos mencionados, acreditan la superioridad de su talento, que le sacaba airoso en cuantos trabajos emprendia. Los viajes que hizo á Roma le

fueron de mucha utilidad, porque con el trato de los artistas que por entonces descollaban en la capital del mundo cristiano, y con el estudio de los grandes maestros, cuyos cuadros tenia á la vista en aquellas magníficas galerías, se desarrolló su genio de una manera admirable. En uno de dichos viajes obtuvo un triunfo en estremo lisonjero. La estátua de su compatriota Séneca, el maestro de Neron, estaba sin cabeza, y Céspedes hizo una, mas que con aspiraciones, que no cabian en su conocida modestia, con la idea de remediar la mutilacion; pero la casualidad dispuso que entonces se encontrase la antigua cabeza, y comparada con la de Céspedes, calificóse la de este como de mas mérito, por cuyo motivo pusieron en el pedestal la siguiente inscripcion: *Victor il spagnuolo*. Varias son las obras que se conocen de Céspedes, contándose entre las mas apreciadas una admirable pintura al fresco que ejecutó en Roma en la pared de la iglesia de Araceli, sobre el sepulcro del marques de Saluzzo, y que no consiste mas que en un grupo de niños. Es asimismo digna de la celebridad que goza la que existe en la capilla de la Anunciata en la Trinidad del Monte. Representa esta obra la historia de la Vírgen y los profetas en los pilares, y se distingue por lo grandioso de las formas y por las buenas maneras. La catedral y el alcázar de Sevilla, la catedral, iglesia y convento de Córdoba, y la academia de San Fernando, debieron tambien algunas creaciones al sábio artista cordobes. Quedan de Céspedes algunos fragmentos del *Poema sobre la pintura*, en octavas reales, que revelan las altas dotes poéticas que le adornaban. La descripcion del caballo, que forma parte de dichos fragmentos, es una de las mas hermosas que hay en castellano, y digna de rivalizar con lo mejor que sobre el mismo asunto nos queda de los antiguos. Grandes elogios han recibido las composiciones á la pintura de Du-Fresnoy, Le Mierre y Watelet, pero son inferiorísimas á la de nuestro compatriota bajo muchos conceptos. Escribió tambien un tratado sobre antigüedades de Córdoba. Concluirémos estas breves noticias con las palabras que don Antonio Pons dedica á Céspedes, considerándole como pintor: «Si así como Céspedes, di«ce, tuvo amistad con Federico Zúcaro, «hubiese alcanzado á Rafael, y podido «ser su amigo, hubiera sido uno de los «mayores pintores del mundo, así como «lo fué de los mas doctos.» Murió este célebre artista en la ciudad natal á 26 de julio de 1608.

CÉSPEDES Y MENESES (Gonzalo de). Nació en Madrid á fines del siglo XVI, y es considerado principalmente como apreciabilísimo historiador. Las diferentes obras que quedan de este escritor, dan una idea muy honrosa de su ingenio y de los profundos conocimientos que poseia en varios ramos del saber humano. He aquí el catálogo de las mas conocidas: *Historia do Felipe IV.*—*El español Gerardo* y *desengaño de amor lascivo*, poema trágico en prosa.—*Historia apologética de los sucesos de Aragon en los años 1591 y 1592, y relaciones fieles de la verdad.*—*El soldado Píndaro.*—*Historias peregrinas.*—*Francia engañada* y *Francia respondida*, bajo el pseudónimo de Gerardo Hispano.

CETINA (Gutierre de). Poeta sevillano del siglo XVI. Fué uno de los ingenios que mas contribuyeron al mejoramiento de la poesía española, al mismo tiempo que Boscan, Garcilaso y Mendoza. Pocos son los pormenores que se saben acerca de la vida de este insigne español, y todo lo mas en que se está de acuerdo, es en que despues de concluida la carrera de teología, recibió el grado de doctor en la misma facultad, y fué cura de una de las iglesias parroquiales de Madrid. La época de su muerte se ignora. Distinguióse Cetina en los madrigales y en las anacreónticas; y en los pocos versos que han llegado á nuestros dias del ilustre

sevillano, se ve que era muy digno de la fama que unos y otras le conquistaron. Respiran todas sus composiciones ternura esquisita, sentimiento delicado, naturalidad, sencillez é ingenio sin afectacion. Por la segunda clase de las mencionadas composiciones, le dieron algunos el nombre de *Anacreonte español*, nombre que hubiera conservado á no sobrepujarle en este género el inimitable Villegas y Melendez Valdes. Como prueba de la belleza de sus madrigales, que en su tiempo aun no tenian modelo en España, citarémos el siguiente que el señor don Manuel José Quintana trae en su coleccion de *Poesías selectas castellanas:*

Ojos claros, serenos,
si de dulce mirar sois alabados,
¿por qué si me mirais, mirais airados?
Si cuanto mas piadosos
mas bellos pareceis á quien os mira
¿por qué á mí solo me mirais con ira?
Ojos claros, serenos,
ya que así me mirais, miradme al menos.

Parece que escribió Cetina algunas comedias, mas ajustadas á las reglas del arte y al buen sentido, que las de sus contemporáneos, pero tambien han desaparecido. Es digno ciertamente de notarse que muchas de las obras de los mejores autores antiguos hayan corrido la misma suerte, al paso que se conservan las de otros que corrompieron el idioma con sus detestables partos. Fernando de Herrera, Argote de Molina y Cristobal de Mesa elogian al poeta sevillano, y particularmente el primero, que no vacila en compararle á Garcilaso por la elegancia, correccion de estilo, delicadeza y otras brillantes dotes. No es tan favorable el juicio de Mr. Bouterweck, quien le critica severamente por lo absurdo de las hipérboles de sus canciones, absurdo que creemos nosotros está en la crítica del mencionado estranjero, que no debia conocer muy á fondo nuestro idioma, ni haber leido con cuidado á Cetina, pues nada hay en este que autorice semejante juicio.

CETRAS, célebre mecánico; nació en Calcedonia. Perfeccionó el ariete, máquina militar, cuyo descubrimiento se debió á los cartagineses. Durante el sitio de Cádiz, apoderáronse estos de un fuerte inmediato á la plaza, y careciendo de instrumentos para demolerlo, idearon batir los muros con un tronco de árbol, consiguiendo poco á poco su objeto con los repetidos golpes que daban en ellos. *Pefaimenes*, obrero de Tiro, habiendo presenciado esto, añadió al ariete otra pieza de madera transversal, de la que le suspendió: sostuvo esta en dos postes, y probó su invento en el sitio de la misma ciudad con un éxito que correspondió desde luego á sus esperanzas. Las ruedas sobre que descansaba la máquina, la cabeza de bronce, la especie de techo que cubria todo aquel aparato, cuyos lados se guarnecieron de pieles de búfalo, y á cuyo abrigo los guerreros maniobraban sin temor á las saetas y piedras del enemigo, son invencion de Cetras, á quien Ateneo, da el nombre de *Geras*. En varios monumentos antiguos se halla representada la máquina tal como la inventaron los cartagineses, segun las modificaciones que hizo en ella Pefaimenes y últimamente en la forma que le dió Cetras, la mas cómoda y á propósito de todas para el uso á que estaba destinada.

CHABANES (Antonio de), gran maestre de Francia. Tuvo parte en las hazañas de la célebre Juana d'Arc, fué el salvador de Lagny y Compiegne, y unido al valiente Lahire, de quien habia sido page, asoló el Artois, el Cambresis, el Henault y la Picardía. Inauguró sus campañas en el sitio de Vernuil, distinguiéndose despues en el de Orleans en 1428. Gobernó con Cárlos de Borbon la isla de Francia y el Beauvoisis. Cuando infestaban la Francia los salteadores conocidos en la historia por el nombre de *Desolladores*, en vez de poner dique á su audacia y desenfreno, se hizo su capitan, recorriendo con ellos la Borgoña, Champaña y Lo-

rena. Separóse de aquellos miserables en 1439, despues de haber escandalizado á toda la Francia con sus hechos, verificando su matrimonio con Margarita de Nanteuil y titulándose con este motivo conde de Dammartin. En esta época sirvió á Cárlos VII, por cierto con mayor celo y fidelidad que prometian sus antecedentes, pero enemistado al fin con aquel príncipe, que en cierta ocasion se irritó con él hasta el punto de llamarle *capitan de desolladores*, á cuyo insulto contestó Chabanes con la altivez propia de su carácter, aconsejó al delfin se adhiriese á los descontentos en la guerra de la *Praguerie*. Habiendo vuelto á la gracia del rey, luego que la paz quedó restablecida, obligó al conde de San Pablo á someterse á la autoridad del monarca. Otro servicio hizo ademas á este, y fué descubrir una conspiracion que su hijo tramaba contra él; y cuando Luis negó su complicidad en el hecho, tratando de impostor á su acusador, le respondió con su acostumbrada intrepidez y altanería, que no ignoraba el respeto que le debia, como á heredero de la corona; pero que estaba dispuesto á sostener cuanto habia dicho en el campo, y cuerpo á cuerpo contra todos sus servidores, si osaban presentarse, á cuyo reto enmudecieron los que se hallaban presentes, conociendo el valor jamas desmentido de Chabanes. Nombrado presidente de la comision encargada de juzgar á Santiago Coeur, uno de los complicados en la trama, procedió aparentemente con una delicadeza digna de los mayores elogios, pero en realidad no era así, pues, si hemos de creer á varios historiadores, se apoderó de muchas haciendas del acusado, abusando de su posicion. No tardó el rey en honrarle con otra nueva comision, que le ofreció ocasion de añadir una prueba mas á las muchas que tenia dadas de su esfuerzo y pericia militar: habiendo levantado el Delfin algunas tropas contra Cárlos, demostrando así la verdad de la acusacion de Chabanes, este de órden del rey, partió á someter el Delfinado, lo que consiguió, aunque sin lograr prender al rebelde Luis, quien para frustrar sus pesquisas tuvo que fingir una romería á San Claudio. Hasta entonces la fortuna habia sonreido siempre á Chabanes; pero la muerte de Cárlos VII y la subida al trono, que dejaba desocupado aquel monarca, de su hijo Luis XI, mudaron la faz de las cosas y precipitaron al favorito en un abismo de males. Perdidos todos sus honores y empleos, preso en la torre del Louvre, declarado reo de lesa majestad y condenado á muerte sucesivamente, hubiera acabado sus dias en un cadalso, si el soberano, á quien ya en otra ocasion habian hablado en favor suyo, Rouhault, el duque de Borbon y otros poderosos señores, no hubiese creido haber avanzado ya bastante en el camino de su venganza. Su odio, un tanto satisfecho con las desgracias y la humillacion de su enemigo, hizo lugar á la clemencia, y conservando la vida al favorito de su padre, mandóle desterrado, con prevencion de no volver mas á la corte, á la isla de Rodes. Mucho debió de costarle este rasgo de generosidad, pues arrepintiéndose á poco, hizo encerrar á Chabanes en la Bastilla y distribuyó sus bienes entre los señores que le rodeaban; pero Chabanes logró fugarse en 1465, é incorporándose á los príncipes rebeldes, volvió en el mismo año á disfrutar de la posesion de las haciendas que Luis le habia arrebatado. No desconocia este el mérito de Chabanes, y calculando cuán útil le seria atraerle á su partido, despues de haberle hecho declarar inocente de los delitos que antes se le imputaban, le colmó de mercedes é hizo su íntimo confidente. En la guerra contra el duque de Borgoña, salvó Chabanes al rey, que habia caido prisionero, alcanzando por tan notable accion la cruz de San Miguel. Acrecentóse con esto la confianza que en aquel buen vasallo tenia, y poniéndole á la cabeza de la

espedicion contra el duque de Nemours, el señor de Albret y los condes de Foix y de Armagnac, dióle ámplios poderes para disponer de sus haciendas y vidas; libertad de que Chabanes usó de la manera mas decorosa y digna, perdonando generosamente á los rebeldes. Este hombre ilustre, dotado de un raro valor y de virtudes que grandes defectos no pudieron oscurecer, murió sirviendo á Cárlos VIII, sucesor de Luis XI, en 1488.

CHABANES (Santiago de), fué uno de los hombres mas belicosos de su tiempo; hallóse en todas las guerras de entonces, y se distinguió en las principales batallas. Su intrepidez y los muchos servicios que hizo á su patria le valieron los títulos de señor de la Palice y mariscal de Francia. Fué ademas honrado con los cargos de gobernador del Borbones, de la Auvernia, de Forez, de Beaujolais y del Leonesado, viósele con Cárlos VIII en la conquista de Nápoles, con Luis XII en la recuperacion del ducado de Milan, debiéndosele en alguna parte el buen éxito de la batalla de Rávena. Fué hecho prisionero en la jornada de Eperons, pero habiendo conseguido salvarse, tomó mas adelante parte en la toma de Villafranca y en las batallas de Mariñan y de la Bicoque, pasando á España, donde dió nuevas muestras de su valor socorriendo á Fuenterrabía; hizo despues levantar el sitio de Marsella y terminó por fin sus dias peleando valerosamente en Pavía el año 1525.

CHABOT (Francisco), republicano, miembro de la *Asamblea nacional* y diputado de la *Convencion*, en tiempo de la revolucion francesa. Fué el que propuso que fuesen echados de la república todos aquellos que no tuviesen las manos callosas, y el que hizo adoptar la calificacion de *Montagnards* (montañeses) para los diputados de su partido, los cuales se colocaban constantemente en las gradas mas elevadas del salon. Nació en 1759 en San Gemez en el Rovergne. Era hijo de un cocinero del colegio de Rodez, donde se educó. Pronto su aplicacion y su talento le granjearon el cariño de sus profesores. Era Chabot uno de sus mas aventajados discípulos, así que cuando salió del colegio, habia adquirido profundos conocimientos en muchas ciencias. Separóse de su padre para vestir el hábito de capuchino, y habiéndose ordenado de sacerdote, llegó á ser guardian de su convento. Suprimidas las comunidades religiosas, Chabot, que, segun un biógrafo, habíase dedicado á la lectura de los autores profanos de su siglo, con el objeto de combatir sus máximas, cedió al influjo de estas, y se hizo uno de los mas exaltados partidarios del nuevo órden de cosas. Eligióle el obispo de Blois para vicario general de su diócesis, y los electores del Loira, á quienes presentó á su protegido, le dieron su voto para diputado de la Asamblea, donde el antiguo capuchino se distinguió por su elocuencia y por la audacia con que atacaba á sus contrarios en ideas, y particularmente á los eclesiásticos y al monarca. Aborrecia á los aristócratas, y hasta en su traje procuraba manifestar el ódio que abrigaba contra los poderosos: el aseo de otros, y hasta la decencia en el vestir le parecian afeminacion y lujo. Verdadero *sans-culottes*, *(descalzonado*, ó menos literalmente, *descamisado)* presentábase en público con la cabeza grasienta y despeinada, el cuello y el pecho descubiertos, las piernas desnudas: su vestido componíase únicamente de una chaqueta, que llevaba llena de mugre, y un pantalon de paño grosero. Atribúyese á sus denuncias el decreto de acusacion fulminado contra el duque de Brissac, y dicen que contribuyó mas que ningun otro en 1792, á la persecucion de los Borbones. Su exaltacion no logró ponerle á cubierto de los tiros de los mismos republicanos: denunciado en cierta ocasion por estos, entre los que no dejaba de proporcionarle enemigos la audacia con que atacaba aun á aque-

llos que entonces tenian el poder en sus manos, un tal Esteban Lariviere, juez de paz, dió contra él un auto de prision; pero sabido esto por la Asamblea, el desgraciado juez, acusado de haber atentado contra la inviolabilidad de sus individuos, y conducido al alto tribunal de Orleans, pagó con la vida su imprudencia. Chabot tenia alguna semejanza con Marat; feroz como él, necesitaba víctimas, y no comprendia á la libertad, no reconocia á la república si no la veia manchada de sangre, entre cadáveres y ruinas. Tal vez obraba por patriotismo; tal vez la patria se le representaba cercada de peligros y amenazada por tiranos; preciso era salvarla, mas para llevar á cabo tan noble objeto, él no encontraba otro medio que el puñal ó el cadalso. Agitado de la calentura que devoraba á los revolucionarios de entonces, y temiendo que estos se durmiesen ó entibiasen en medio de un triunfo que juzgaba pasajero ó poco seguro, mientras un solo enemigo de la república alentase, trató de animarles, de irritar su ódio contra los grandes y los tronos, de mantener en fin viva la llama de la revolucion en el corazon del pueblo, para lo cual rogó á dos amigos suyos que le diesen de puñaladas y llevasen su cuerpo ensangrentado al arrabal de San Antonio, acusando á los aristócratas de su muerte; pero no habiéndose atrevido aquellos á poner por obra tan infernal proyecto, mas propio de un demente que de un hombre que, como Chabot, salvó despues la vida á algunos eclesiásticos y al abate Licardo, en los desastrosos dias de agosto y setiembre de 1792, tuvo que contentarse con herirse y esparcir la voz que seis hombres pagados por los amigos del rey habian intentado asesinarle, empezando por él la destruccion de los verdaderos patriotas. Elegido diputado de la Convencion, siguió trabajando con el mismo ardor por el triunfo completo de las nuevas ideas, tal como él lo habia comprendido; pero ya entonces hombres mas diestros ó mas afortunados habíanse dado á conocer, eclipsando con su fama la de Chabot, que desde entonces quedó confundido entre las reputaciones subalternas, siendo no pocas veces blanco de los epigramas y los ataques de la prensa. Por entonces casóse con una austriaca llamada *Leopoldina Frey*, cuyos dos hermanos se hallaban hacia algun tiempo establecidos en Francia; pero sus enemigos dieron á este enlace una significacion maligna, y para perderle supusieron que la causa de su matrimonio habia sido su avaricia, y que para enriquecerse á costa de los franceses se habia unido á aquellos estranjeros. Preso en la cárcel del Luxemburgo, Chabot, á quien no quedaba esperanza de salvacion, pidió á su mujer un veneno; consiguió proporcionárselo esta, y habiéndolo tomado, empezó luego á sentir sus efectos, revolcándose por el suelo y dando espantosos gritos. Hallábase en la cárcel un médico, denunciado por él, el cual, habiendo acudido con el alcaide y otros presos, con el objeto de conservarle la vida para que fuese al cadalso, le recetó un contraveneno. Tres dias despues, el 5 de abril de 1794, dió su cuello al verdugo el casi moribundo Chabot, á la edad de 35 años. Sus cuñados siguieron la misma suerte.

CHABRÍAS ó CABRÍAS, general ateniense. Tomó durante su vida, segun Demóstenes, diez y siete ciudades y setenta buques; hizo tres mil prisioneros y enriqueció el tesoro público con ciento diez talentos. El mismo autor asegura, que bajo su mando jamas perdieron los atenienses una sola ciudad, una sola fortaleza, ni un solo buque. Plutarco dice que era tardo en sus resoluciones, pero que, una vez decidido y lanzado en el combate, su arrojo no reconocia límites. Cabrías fué discípulo de Platon en su juventud; hizo sus primeras campañas en la Laconia, donde penetró al mando de un cuerpo de tropas estranjeras que los atenienses mantenian en Corinto. Per-

seguido por Agesilao, que con fuerzas muy superiores á las suyas trataba de empeñarle en una batalla, cuyo éxito no podia ser dudoso, recurrió á un ingenioso ardid para burlarle y evitar el peligro que le amenazaba, y fué á reunir sus tropas y su botin en unas montañas, donde mandó encender grandes hogueras, haciendo creer así á su enemigo que iba á pasar allí la noche. Esperaba Agesilao la aurora para atacarle, y permaneció quieto enfrente del monte toda la noche; pero al amanecer vió con sorpresa que ya Cabrías habia desaparecido: en efecto, no bien oscureció, el astuto general bajó por la parte opuesta con sus tropas, dejando las hogueras encendidas, y al contrario engañado con esta estratagema. Pocos años despues, derrotó á Gorgopas Sparciata, con muerte del mismo general, y enviado al socorro del rey de Salamina, que habia declarado la guerra al de Persia, hízole conseguir una paz honrosa. Igual servicio fué á prestar á Acoris en Egipto, precisamente contra el mismo rey de Persia; pero las quejas que Farnabazes les habia dirigido, obligaron á los atenienses á llamarle. Habiendo arrojado los tebanos la guarnicion que los espartanos tenian en la Cadmea, quisieron los atenienses apoyar este rompimiento; y Cabrías, para distraer las fuerzas de los lacedemonios, partió y sublevó contra ellos la Eubea y las islas Cícladas, volviendo inmediatamente á Atenas á ponerse al frente de cinco mil hombres, con cuya fuerza voló á socorrer á los tebanos. En esta guerra se le presentó otra nueva ocasion de burlar á Agesilao; habia conseguido este valiente rey algunas ventajas sobre sus tropas ligeras, y esperando alcanzar iguales resultados sobre el grueso del ejército, trató de atacarle. Cabrías, entonces, mandó á sus soldados que permaneciesen inmóviles, con la rodilla izquierda apoyada contra el broquel, y la lanza hácia adelante: astucia que no le salió peor que la otra, porque Agesilao, viendo aquella muralla de hierro, creyóla impenetrable, y se retiró á la Laconia. No dejó de envanecer este último triunfo á Cabrías, que con mucha menos gente que el rey lacedemonio, considerábase perdido en el caso en que este hubiese aceptado la batalla, así que, cuando los atenienses le erigieron una estátua, pidió que le representasen en la misma actitud que en aquella ocasion habia hecho adoptar á sus soldados: orgullo disculpable y aun digno de alabanza, en quien con esto recordaba los servicios hechos á su patria. ¿Podrian los atenienses mirar la estátua de su ilustre conciudadano sin sentir un noble deseo de imitarle? No se durmió Cabrías sobre sus laureles: el año 376 antes de Jesucristo, obtuvo una nueva victoria sobre los lacedemonios, capitaneados por Pollis, derrotando su escuadra y restituyendo á Atenas el imperio del mar, que desde el combate de Aegospotamos habia cesado de pertenecerle. Despues de la batalla de Leuctres, tomaron los atenienses las armas á favor de los espartanos, y Cabrías rechazó á sus antiguos aliados, los tebanos, en el momento en que iban á apoderarse de Corinto. Hallábase en Beocia, cuando, acusado de traicion, tuvo que volver á su patria, donde todos sus amigos le abandonaron, escepto Platon que abogó en su favor, y no se separó de él hasta que le vió absuelto. Entonces, pareciéndole peligrosa su permanencia en Atenas, partió á Egipto, y no regresó á su patria hasta que las revueltas en que Agesilao tomó parte contra el rey de aquel pais, le obligaron á huir de allí. Honrado nuevamente con la confianza de sus conciudadanos, confiósele el mando del ejército, que, á las órdenes de Atenodoro, hacia la guerra en Tracia á Cersobleptas; pero habiéndose encontrado con que aquel general habia licenciado sus tropas, por no tener dinero con qué acudir á sus necesidades, se vió precisado á firmar con Cersobleptas un tratado de paz poco ventajoso para los atenienses. Cabrías murió gloriosamente en la guerra que el año 358 antes de Jesucristo sostu-

vieron los atenienses contra los pueblos é islas de Bisancio, Chio, Rodas y Cos, atacando á Corinto. Abandonado de los suyos, cuando ya habia conseguido penetrar á viva fuerza en el puerto, vióse cercado por todas partes de enemigos, y prefiriendo la muerte á la salvacion, que fácilmente hubiera podido obtener arrojándose al agua, pereció defendiendo la nave que le conducia. Su pérdida causó un vivo dolor á los atenienses, quienes en premio de tantos y tan señalados servicios, honraron su memoria con magníficos funerales.

CHACON (Pedro), sacerdote español, y uno de los mas sábios literatos de su tiempo. Su modestia era tanta, que durante su vida no permitió que ninguna de sus obras viese la luz; aunque tenia escritas varias, que despues han sido celebradas por muchos eruditos, particularmente estranjeros, quienes, entre otros epítetos honrosos que prodigan á su autor, le llaman tesoro, prodigio y manantial de ciencia. Chacon, á semejanza de la mayor parte de los sábios, amaba la oscuridad y el retiro, estimando en tan poco la gloria literaria, que dicen llegó hasta á rogar á sus amigos publicasen en su nombre las obras que él escribia: rara desconfianza, que sin embargo no impidió que en Roma, donde pasó la mayor parte de su vida, se le mirase como al *Varron* de su siglo, señalándosele con el dedo por las calles por donde pasaba. De esta justísima admiracion participaba Gregorio XIII, quien confió al cuidado de nuestro erudito compatriota la revision de la Biblia, la de los escritos de los santos padres y la del decreto de Graciano, empleándole igualmente en otros trabajos de no menor importancia. Desempeñólos Chacon, como era de esperar de hombre tan profundo, y el papa, en premio de todos estos servicios, le nombró canónigo de Sevilla. Las noticias que se tienen acerca de la vida de este eminente español, son bien escasas por cierto; por otra parte, su aficion á los libros, á los que llamaba sus *fieles compañeros y amigos*, su grande amor á la soledad, que á veces le hacia esclamar con Escipion el africano: «Jamas estoy menos solo que cuando parece que lo estoy,» y finalmente, su ninguna ambicion no daban lugar á hechos mucho mas interesantes que los conocidos, si bien es cierto que la vida de los grandes hombres no necesita de otro aliciente que su nombre, para despertar el interes de cuantos saben apreciarlos. Chacon nació en Toledo en 1527, é hizo sus estudios mayores en Salamanca, en cuya universidad se le ofreció mas adelante una cátedra, que rehusó por seguir su natural inclinacion á aprender. Su talento corria parejas con su aplicacion; baste decir, que mientras vivia dedicado al profundo estudio de las ciencias exactas, aprendia perfectamente sin maestro alguno la lengua griega, una de las mas difíciles. Dueño de un inmenso caudal de ciencia, pasó despues, por consejo de sus amigos, á Roma, donde murió el 25 de octubre de 1581, dejando todos sus bienes á la iglesia de Santiago, á beneficio de los españoles pobres que se hallaban en aquella capital.

CHAH-AALEM (antes de subir al trono *Aly-Goher*), emperador del Indostan. Nació en 1723. En 1756 le nombró su padre Aalem-Guir II, naib, ó virey de Djedjer, á donde el jóven príncipe se retiró, no pudiendo sufrir las maquinaciones de un ministro ambicioso que á la sazon gobernaba el imperio. Hecho prisionero por los ingleses en 1759, en una espedicion sobre Bengala, no recobró su libertad hasta la muerte de su padre, á quien el traidor ministro asesinó el 30 de octubre del mismo año. Aly-Goher, ó Chah-Aalem, como se llamaba entonces, se unió á Choudjaa-ed-Doulah, para marchar sobre Delhy, donde residia la corte, con ánimo de castigar al asesino, á quien defendia una guarnicion marata. El 7 de enero de 1761 dióse la batalla de Pan-

nibet, cuyo resultado, si bien fué ventajoso para el emperador, no así para el imperio, pues debilitadas las fuerzas maratas por la terrible pérdida que esperimentaron en aquella ocasion, y siendo las únicas que podian resistir á los ingleses, estos consiguieron sin dificultad derrotar á los vencedores en 1764. Chah-Aalem, amedrentado por el éxito de la funesta batalla de Bacar, escribió al coronel Monró y pasó á buscar un asilo en el campo ingles, acusando de haberle comprometido en aquella guerra á su aliado, y ofreciendo á sus enemigos los dominios de Choudjaa. El débil monarca estableció su corte por entonces en Allah-Abad, hasta que en 1771 hizo su entrada en Delhy. Su conducta en aquella época fué digna de un soberano; pero en vano sembraba beneficios entre sus súbditos; ingratos y rebeldes estos conspiraban contra su trono, y el desventurado Chah-Aalem veíase amenazado por los traidores, no solo en las provincias, no solo en la misma capital, sino hasta en su propio palacio. Los Roliyllachs, los maratas, los amigos de Choudjaa y principalmente los ingleses, no cesaban de trabajar por destronarle. Uno de los primeros, llamado Gholam-Cadyr, se levantó contra él, y acaso le hubiera puesto en un conflicto si la princesa Samron, con algunos de sus feudatarios, no hubiera salido en su persecucion, rechazándole. Gholam-Cadyr imploró entonces la clemencia de Chah-Aalem; pero su arrepentimiento fué solo pasajero y obra de las circunstancias: habiendo reunido nuevos satélites, pronto se atrevió á pedir al soberano que abdicase la corona. Resistióse este, mas viéndose rendido por los mismos que formaban su consejo, hubo de ceder por último, y la multitud triunfante entró en su palacio, lo saqueó, robó el tesoro imperial, y hasta penetró en el harem para despojar á las mujeres de sus joyas. Cuando el desórden se apaciguó, fué proclamado emperador Djihan-Chah, hermano de Chah-Aalem, y este que lejos del gobierno hubiera podido vivir con algun sosiego, tuvo el disgusto de ver á sus hijos perseguidos y atormentados, y escarnecida su desgracia. «Miserables, esclamó un dia oyendo los gemidos de uno de ellos, evitad á lo menos á los ojos de un padre este horroroso espectáculo.» Estas palabras, lejos de apiadar á sus enemigos, encendieron mas su encono, llegando su maldad hasta arrojar al suelo al infortunado monarca, y arrancarle los ojos con la punta de un puñal; accion que los historiadores atribuyen al cruel Cadyr, pero que no quedó impune, pues habiendo acudido, indignados de lo que veian los maratas, resueltos á vengar tamaña atrocidad, el malvado tuvo que huir, siendo habido mas tarde y encerrado en una jaula de hierro, donde le dejaron espuesto á los insultos del pueblo, que, irritado, le sacó los ojos, cortándole ademas en su furor las narices, las orejas, las manos y los piés. Chah-Aalem fué nuevamente colocado en el trono, pero ocupóle poco tiempo, pues las desgracias habian minado su existencia. Dedicado al cultivo de la poesía en sus últimos años, publicó algunas elegías que respiraban el mas puro sentimiento. Débil, pero justo y benéfico, hubiera sido acaso modelo de soberanos en una nacion civilizada. Llorado de cuantos eran capaces de apreciar las escelentes cualidades de que habia sido dotado, bajó al sepulcro á fines del año 1806.

CHAH-DJIHAN, esto es, soberano del mundo, llamado antes de su elevacion al trono Sultan-Khorrem, nació en 1592. Era hijo de Djihan-Guyr emperador del Indostan. A los veintiun años confióle su padre el mando de algunas tropas, con las que partió á someter al Decan, cuyos habitantes se habian rebelado contra el emperador. El éxito de esta espedicion fué tan completo, que su padre, á quien una favorita habia procurado, desde la niñez del valeroso mancebo, prevenir contra él por asegurar á un hijo suyo la co-

rona, no pudo menos de reconocer en el bisoño general las mejores dotes, colmándole á su vuelta de mercedes y distinciones. La muerte de uno de sus hermanos vino á interrumpir la armonía que desde entonces se habia establecido entre padre é hijo, y fué causa de que sospechándose de este último, se le obligase á salir de la corte por evitar los efectos de la cólera de Djihan-Guyr, que desde aquel momento le juró un ódio inestinguible. Es la ira mala consejera, y Chah-Djihan, que no podia olvidar su resentimiento, dióla oidos, y obedeciendo á sus impulsos como no debiera, alzóse contra su padre, haciéndose proclamar emperador; y dirigiéndose sobre Delhy, donde se hallaba el soberano, dió una sangrienta batalla, en la que la fortuna (no siempre contraria á las buenas causas) no quiso favorecerle con la victoria. Amábale Djihan-Guyr, á pesar de su ingratitud y falta de cordura, y satisfecho con haber humillado su orgullo, convidóle con la paz bondadosamente, poniendo así término á aquellos desórdenes. Poco despues de esta reconciliacion, acaeció la muerte del monarca, y Chah-Djihan ascendió al trono, no sin haber tenido antes que luchar con dos opositores, de los cuales uno fué encerrado en su propio palacio, donde murió en un horrible abandono, habiéndose tapiado las ventanas y puertas del aposento que debia servirle de tumba. La rapidez con que el nuevo emperador se deshacia de sus enemigos, no fué suficiente para asegurar la paz, que interrumpida con el levantamiento de algunos pueblos vecinos, y por una invasion de los tártaros-ouzbeks, á la que sucedió otro alzamiento del Decan, cuyos inquietos hijos, alentados en vista de la magnanimidad con que antes habian sido tratados por el príncipe, proyectaban invadir á semejanza de los tártaros el imperio, tardó algun tiempo en restablecerse. Chah-Djihan rechazó á los invasores, y sujetó á todos los rebeldes, dando una severa leccion á los habitantes del Decan, para lo cual formó, de trescientos mil infantes y cien mil caballos que componian su ejército, doce divisiones que á la vez penetraron en aquel pais por otros tantos puntos. Dos años duró esta espedicion, que, como era de esperar, tuvo por resultado la victoria mas completa. Pero una nueva calamidad, el hambre, sucesora de la guerra, y muchas veces mas cruel que esta, empezó á asolar el imperio. Para hacer frente á este horrible azote, Chah-Djihan trató de fomentar la agricultura; y considerando la religion de Brama como un obstáculo que era preciso destruir para conseguirlo, porque los indios, ocupados en sus supersticiones, no se curaban de otra cosa, espidió varios decretos mandándoles derribar las pagodas, y sepultar entre sus escombros los ídolos, puesto que entre tantos dioses, les decia, no tenian uno solo que cuidase de alimentarlos; pero viendo que los indios tomaban la defensa de sus divinidades, oponiendo á su proyecto una resistencia enérgica, digna en verdad de mejor causa, revocó sus disposiciones, y so pretesto de vengar cierto ultraje que los portugueses le habian hecho en vida de su padre, marchó con un grueso ejército contra la ciudad de Hongly, donde aquellos se hallaban, y habiéndola tomado por asalto, pasó á cuchillo la guarnicion é hizo destruir las imágenes de los santos por complacer á la sultana favorita, que era grande enemiga de los cristianos. En medio de los graves cuidados que le rodeaban, no olvidó Chah-Djihan el hermosear la capital, gastando inmensas sumas en la construccion de un palacio, cuyos muebles y adornos le costaron mas de cincuenta y seis millones de reales. En aquella magnífica morada, rodeado de sus mujeres y ajeno á los negocios del imperio, vivió hasta que uno de sus hijos quiso usurparle el trono. Salió á la defensa de su padre un hermano del rebelde, pero, vencido, cayó en poder de este, que habiéndole hecho degollar, envió al

emperador su cabeza. Desde entonces, el infeliz monarca fué encerrado en un calabozo, donde murió siete años despues, el 21 de enero de 1666, sin mas consuelos que el amor de una tierna hija que le acompañó en su desgracia. Los biógrafos celebran su aficion á las bellas artes y á las letras, citando en apoyo de sus alabanzas los muchos edificios que hizo construir y el ejemplo de un sábio, que habiendo presentado una historia de sus diez primeros años en el dia en que verificó su traslacion al nuevo palacio de Delhy, recibió de él una magnífica recompensa. Su manera de administrar justicia, aunque algo original, revela desde luego una prevision poco comun, como se verá por la siguiente anécdota: robó un soldado á un escribano su mujer, y esta, que al parecer era mas inclinada á las armas que á las letras, puesta en presencia de su marido, fingió no conocerle, negando resueltamente el parentesco que entre ambos mediaba. Propúsose el emperador averiguar la verdad, é hizo quedar á su lado á la causa del pleito algunos dias, al cabo de los cuales, cuando ya ella habia casi olvidado del todo al marido y al amante, aparentó tener que escribir varias cartas, quejándose repetidas veces de la mala calidad de la tinta de que se servia para el efecto. ¿Es posible, esclamaba, que un emperador tenga que valerse de esto para asunto de tanta importancia? ¿No habrá en todo el imperio uno que sepa hacer buena tinta? Yo le daria gustoso lo que me pidiese. Hallábase presente la mujer del escribano, y entendiendo que si sacaba de aquel apuro al emperador conseguiria fácilmente volver á los brazos de su galan, se apresuró á decir que ella sabia hacer la mejor tinta del mundo, y que si le daban el tiempo necesario, lo haria ver así á toda la corte. Entonces el justiciero Chah-Djihan, viendo patente la verdad, cogió á la mujer de un brazo, y empujándola fuera de su palacio, la dijo: «Pues bien, hija mia, anda; pero para que la operacion salga mas á mi gusto, vete á hacerla á casa de tu marido el escribano.» Con lo cual terminó el pleito, la justicia quedó en su lugar y la mujer volvió á la pacífica posesion de su marido, confusa si no arrepentida, porque no todo habia de ser obra del soberano. La historia no dice si al soldado le pesó de esta sentencia, que á juzgar por el silencio que guardan los biógrafos, no tuvo apelacion.

CHAH-ROUTZH-MIRZA, cuarto hijo de Tamerlan, reunia á las brillantes dotes de su padre las mas raras virtudes, sin que ninguno de los vicios propios de los príncipes orientales las afease ú oscureciese. Protegió el comercio, honrando y favoreciendo á cuantos estranjeros iban á sus estados á ejercerle, y distinguia tanto á los hombres sábios de su pais, que solo á ellos enviaba por embajadores á los soberanos del Asia. Nació el 21 de julio de 1377. Siendo todavía un niño, siguió á su padre á Persia, donde dió ya muestras de un valor superior á sus años. Solo tenia diez y siete cuando por sí mismo cortó la cabeza á Mansour, capitan de unos rebeldes, y arrojándola en seguida á los piés de su padre, esclamó: «¡Ojalá veas del mismo modo á tus plantas las de todos tus enemigos!» Queriendo aprovechar Tamerlan las bellas disposiciones del mancebo, le confió varias espediciones, dándole el gobierno de Korasan, donde desplegó tanta prudencia y tino para cumplir con los deberes que tan grave cargo exigia, que á la muerte del conquistador tártaro, todos aquellos pueblos le reconocieron por su señor y legítimo soberano. Habiendo tenido que tomar las armas para combatir á los enemigos de Tymour, que ansiosos de vengar los ultrajes que de este habian recibido, provocaron nuevamente la guerra, sujetó el Trabistan, la Transaxiana y por último toda la Persia, parte de la India y la Tartaria, estendiendo así sus estados hasta la China. Despues de un reinado de cuarenta

años, en los que á las mas gloriosas victorias hizo suceder una paz duradera, con gran provecho de los pueblos que le obedecian, bajó al sepulcro, llorado de todos sus súbditos y respetado por sus enemigos, dejando el trono á Oloug-Beig, su hijo mayor, célebre por su amor á las ciencias. La muerte de este escelente monarca, uno de los mas grandes del mundo, ocurrió el 20 de marzo de 1447, á los 71 años de su edad, en un pequeño lugar llamado Facharoud. Segun los autores que han escrito acerca de su vida, escogia con el mayor cuidado las personas á quienes encargaba el gobierno de las provincias del imperio, haciéndoles de viva voz ó por escrito, las mas juiciosas advertencias, con el objeto de que conociesen toda la importancia de la mision que les confiaba, é hiciesen felices á sus gobernados. No faltan historiadores que censurando su economía, acaso demasiado severa para un soberano tan poderoso, digan que esta rayaba ya en él en avaricia. Para probarlo, refieren que habiéndole encontrado un dia un alfarero, sumamente pobre, le preguntó si creia en el dogma de su religion, que enseña que todos los musulmanes son hermanos. «—Ciertamente, respondió el monarca, téngole por muy verdadero: — Pues entonces, replicó el alfarero, ¿cómo permites que yo viva en la indigencia mientras tú eres tan rico? Dame la parte que me corresponde como á hermano tuyo.—Dices bien, contestó Chah-Routzh, entregando al pobre una moneda de escaso valor; pero este, sumamente descontento, esclamó: —¡Cómo! ¿y no es mas que esto la parte que me corresponde de un tesoro tan grande? Retírate, y no lo digas á nadie, le dijo el emperador, porque si tus hermanos acudiesen á mí con la misma peticion, aun no podria darte tanto.»

CHALIER (José María), natural de Beaulard en el Piamonte, nació en 1747. Disgustado de la carrera eclesiástica, que empezó á seguir en su juventud, la abandonó, pasando á buscar fortuna á Nápoles, y de allí á España, Portugal y Leon de Francia, donde estableció una academia para enseñar los idiomas español é italiano. Las utilidades que le daba este nuevo ejercicio eran tan escasas, que á poco tuvo que mudar de ocupacion, asociándose con un comisionista de tegidos de la misma ciudad. La suerte, que hasta entonces le habia sido contraria, mostrósele favorable y amiga por fin, y á los pocos años Chalier se vió dueño de una fortuna bastante considerable. Su entusiasmo por las nuevas ideas le hizo tomar parte en la revolucion y darse á conocer como uno de los mas decididos republicanos. Cuando hablaba en la junta de que era individuo, la sala se llenaba de gente y apenas era posible contener á los concurrentes, que no cesaban de aplaudirle. En los viajes que por entonces hizo á Paris, conoció á Marat y se hizo uno de sus mayores apasionados. Inútil es decir que su exaltacion creció en su trato con el *amigo del pueblo*, á quien llamaba su maestro. Aseguran que al volver de uno de sus viajes, distribuyó entre sus compañeros en ideas, su propio retrato, en el cual hizo poner esta singular inscripcion: «El patriota Chalier ha pasado seis meses en Paris para ser el admirador de la montaña y de Marat.» Siguiendo el ejemplo de este último, formaba largas listas de proscripcion, á las que daba el estraño título de: *Brújulas de los patriotas para navegar por el mar del civismo*. Aborrecia á la aristocracia y á los ricos, y en sus arengas, algunas veces elocuentes y sembradas de atrevidas imágenes, procuraba irritar á la multitud contra ellos, mirándolos como los mas terribles enemigos de la Francia. En cierta ocasion habló así á un general, que habia llamado *su ejército* á las tropas que mandaba: —«¡Tu ejército! ¿piensas que estás hablando con esclavos? dí el ejército de la república, ó teme la cólera del pueblo.» En 1793 pro-

puso en una junta de jacobinos la formacion de un tribunal popular para juzgar á los aristócratas. «Para salvar á la patria, esclamó lleno de fervor revolucionario, son necesarias novecientas víctimas!» Por fortuna, no todos los republicanos que se hallaron presentes en la asamblea, aprobaron aquella bárbara determinacion, y revelando cuanto habia pasado, al corregidor de la ciudad, lograron frustrar el proyecto. Arrestado posteriormente en su propia casa de campo por ciertos desórdenes ocurridos en las calles de Leon, fué condenado á muerte como autor de aquella sangrienta conspiracion, el diez y siete de julio del mismo año, y conducido al siguiente dia al cadalso, al cual fué por su pié y aparentando la mayor tranquilidad. Marat, para libertarle, pidió á la Convencion un decreto á favor de su amigo, que no tuvo efecto por haberse anticipado la ejecucion de la sentencia. Un biógrafo hace de Chalier el siguiente retrato: «era de pequeña estatura, tenia la tez amarilla y todas las señales de un temperamento bilioso, sus ojos centellantes, sus lábios gruesos, cubria su calva con una peluca empolvada; sus miradas eran equívocas, y en su cuerpo se advertia cierto aire convulsivo que indicaba el estado de agitacion en que constantemente se hallaba.»

CHAMOUSET (Claudio Humberto Piarron de). El personaje de la biografía que vamos á presentar á nuestros lectores, no es un sábio, notable por la profundidad de sus sentencias, ni mucho menos un soldado, victorioso en cien batallas, cubierto de laureles y de gloria. Es un hombre nacido para hacer bien, el cual ha derramado á manos llenas, y cuyas virtudes, menos brillantes que las envidiadas dotes que distinguen al héroe, al artista, al filósofo, han tenido y tendrán por desgracia pocos imitadores. Nació en Paris en 1717, de una familia distinguida, y era empleado en el tribunal de cuentas de aquella capital. Su amor á la humanidad, demasiado ardiente para contentarse con proporcionar algunos débiles socorros á sus semejantes, le hizo convertir su casa en un hospital, donde cien enfermos de ambos sexos y de todas edades hallaban la mejor asistencia, el restablecimiento de su salud y el resarcimiento del trabajo perdido; pues nada habia olvidado de cuanto podia aliviar la desgracia de sus protegidos (que eran todos los pobres), la previsora caridad de Chamouset. No entraba en los planes de este la menor idea de especulacion; aquel hombre benéfico no *adelantaba* á los necesitados su capital con el fin de doblarlo, ó de quedar recompensado algun dia: *daba* sin esperanza ni deseo de recobrar, cuando probablemente para cubrir los gastos que le ocasionaba su filantropía, tenia que imponerse privaciones, cuya idea solo hubiese hecho arrepentirse y abandonar tan laudable empresa á otro; pagaba con la mayor generosidad á varios médicos y cirujanos, con el piadoso objeto de que cuidasen con todo el esmero que les fuese posible á los enfermos que recibia en su casa. No era Chamouset estraño al arte de curar: doce años tenia cuando, sin mas conocimientos que la observacion, ni otro instrumento que un alfiler de tocador sangró á la camarera de su madre, deseando aliviarla de unos fuertes dolores de cabeza que padecia. Esta prueba, cuyo éxito fué el mas feliz, aumentó su aficion á la ciencia, y con el tiempo el novel cirujano, ayudado de su buen deseo, llegó á penetrar sus secretos, lo que le valió de mucho para algunas de sus publicaciones. A Chamouset debe Paris la reforma del hospital de pobres, en el cual, á semejanza del que en la barrera de Sevres, y en una casa cómoda y bien ventilada fundó nuestro filántropo con la mira de que sirviese á los demas de modelo, se dió á cada enfermo cama separada. Hasta entonces, muchas veces se habian visto reunidos en un mismo lecho varios desgracia-

dos, con gran peligro de su vida, respirando un aire infecto y desalentándose mútuamente con sus gemidos; Chamouset, llevado de su celo por la humanidad, escribió contra aquella amalgamacion, probando sus peligros con razones, que unidas al ejemplo, convencieron al gobierno de la necesidad de evitar tan funestos abusos. A esta publicacion siguieron otras no menos importantes; fué la primera el plan de una *casa de asociacion*, donde por una suma módica se aseguraba cada sócio los socorros de que mas adelante podia necesitar en caso de caer enfermo: proyecto de grande utilidad para las personas aisladas, y que aunque mereció la aprobacion del gobierno, no fué puesto en ejecucion. Sin desanimarse por esto, Chamouset tomó de nuevo la pluma y escribió varias *Memorias* sumamente interesantes, sobre los *Hospitales militares*, *los expósitos*, *el abasto de carnes*, *la estincion de los mendigos*, etc., etc. El gobierno, conociendo por la primera de estas memorias, el partido que podia sacar de sus talentos, le nombró intendente general de los hospitales permanentes de los reales ejércitos, ocupacion que no le distrajo de sus benéficos planes á pesar del mucho tiempo que le robaba. Este hombre, verdaderamente grande, murió llorado y bendecido de todos el 27 de abril de 1773. Aseguran que no quiso casarse por el temor de tener que renunciar á sus proyectos filantrópicos. Hablando del respeto con que le miraba el gran filósofo de su siglo, Juan Jacobo Rousseau, refiere un biógrafo la siguiente anécdota. Fué un dia nuestro héroe á visitar á este y hallóle sentado, notando con estrañeza que ni se levantaba, ni le saludaba, ni hacia el menor cumplimiento. El autor de las *Confesiones*, conociendo en su semblante la sorpresa que aquel frio recibimiento le causaba, le esplicó en estas palabras las razones de tan singular conducta: «Os estimo demasiado, dijo lacónicamente, fijando por primera vez los ojos en Chamouset, para trataros como suelo tratar á los demas hombres.»

CHANDOS (Juan), famoso capitan ingles del siglo XIV. Hallóse en España en 1366, mandando con el príncipe de Gales el ejército del rey don Pedro. En la batalla de Nájera, cuando la victoria se declaró por este, las tropas de Bernardo Du-Guesclin, que combatian á favor del duque de Trastamara, le rindieron las armas, mientras el vencido general las rendia al príncipe de Gales. Pocos años antes habia hecho la guerra en Bretaña á las órdenes del duque de Lancaster. Cuando, faltando á todas las condiciones de la tregua, Tomas de Cantorbery se apoderó de la persona de Olivier Du-Guesclin, hermano de Bernardo, este se presentó á pedir justicia al duque. Chandos, que estaba jugando con él al ajedrez, le ofreció, despues de saludarle, una copa de un vino escelente que llevaba en su frasco; pero Bernardo le dijo que no le beberia hasta que se le hubiese dado satisfaccion de la ofensa que habia recibido. Entonces Chandos le aseguró que quedaria satisfecho, cualquiera que fuese el autor del agravio, presentando á Du-Guesclin su caballo y sus armas, cuando Cantorbery le arrojó su guante en señal de que estaba pronto á darle la satisfaccion que pedia. En 1360 asistió, en nombre de Eduardo VI, rey de Inglaterra, á las conferencias que se abrieron para la paz en el *Hospital de leprosos* de Londjumeau; y cuando por el tratado de Bretigny quedó dueño de la mitad de las provincias de Francia aquel soberano, fué el encargado de recibir los homenajes de los caballeros franceses que se sometian á su autoridad. Chandos era el mejor consejero del príncipe de Gales, al propio tiempo que el mas hábil de cuantos generales le rodeaban. La primer batalla en que se vieron combinaciones y maniobras bien dirigidas, fué la de Auray, en la que este distinguido capitan mandaba el ejército del duque de Monfort contra Du-Guesclin, ge-

neral del de Cárlos de Blois. Ambos jefes pelearon en aquella ocasion con estraordinario valor: penetraba Chandos con su hacha por entre las filas enemigas hiriendo y matando á cuantos guerreros se le ponian por delante: sembraba por todas partes la muerte Du-Guesclin con su martillo de acero; pero la sangre corria de sus heridas en abundancia; Cárlos de Blois habia muerto, y la batalla estaba perdida. De repente aparece un guerrero, cuyas armas, teñidas de sangre humeante, revelan un brazo vigoroso y diestro, y un corazon de bronce fundido para los peligros de la guerra. Du-Guesclin se adelanta hácia él esgrimiendo su martillo; pero el desconocido baja su hacha y le nombra. ¿Quién eres? le pregunta Bernardo, deseando abreviar aquella tregua y venir con él á las manos:—Chandos, responde el otro, y Du-Guesclin, que le reconoce, y que solo peleaba ya por no confesarse vencido por guerrero de menos valía, le rinde sus armas. Despues de la batalla, el duque de Monfort dijo á Chandos: «Mi señor Juan, sé que todo lo debo á vuestro valor, y querria que me hiciéseis la honra de probar mi vino,» y alargóle su frasco y una copa, nombrándole en seguida señor de Garre, á despecho de Olivier de Clisson, que reclamaba aquel señorío, y que viéndolo perdido, juró desde entonces ódio eterno á Monfort y á los ingleses. Chandos murió en 1369 en una batalla, llorado por sus compatriotas y respetado por sus enemigos, que no fueron los últimos en rendir el debido homenaje á sus virtudes. El rey de Inglaterra, entre otras mercedes que le hizo durante su vida, le nombró lugar-teniente general de las provincias que poseia en Francia. Algunos biógrafos elogian la moderacion y generosidad de Chandos, á quien á la vez consideran como uno de los mas grandes capitanes y mas cumplidos caballeros de su tiempo.

CHAO-HAO, cuarto emperador de la China. Sucedió en el imperio á su padre Hoang-ti el año 2598 antes de Jesucristo. Edificó muchas ciudades, inventó una música nueva y obligó á los mandarines á llevar en su traje por distintivo, diferentes figuras de animales, pintadas ó bordadas, en el pecho ó en las espaldas; dió por divisa á los letrados ciertas aves, tales como el faisan, el pavo y el cisne, y á los militares el leon, el tigre y otras bestias feroces. Hasta su reinado los chinos no habian reconocido mas que un Dios; pero habiéndoles hecho supersticiosos los magos, que entonces empezaban á aparecer, fascinando al pueblo con sus prestigios, corrieron llenos de terror á ofrecer sacrificios á los espíritus malignos, con el fin de tenerles propicios, adaptando cada familia particularmente diversas prácticas supersticiosas, sin que el emperador, que no era ciertamente de los alucinados, se opusiese á estos desórdenes. Chao-hao ocupó el trono ochenta y cuatro años, siendo uno de los nueve que reinaron antes de la primera dinastía. Aun cuando este príncipe no hubiese dado lugar con su indiferencia religiosa, á que la idolatría se enseñorease de los pueblos que estaban sometidos á su autoridad, triunfando de antiguas y sólidas creencias, su largo y al mismo tiempo pacífico reinado le aseguraria un lugar en nuestra coleccion de *vidas interesantes*. Si lo primero es una curiosa noticia para el lector que desea instruirse en la historia general, lo segundo parece tan nuevo, y es en realidad tan sorprendente en nuestros dias, que acaso si no se tratase de la China (pais cuyas costumbres tan poca semejanza tienen con las nuestras), y de hechos ocurridos en época tan remota, lo creeríamos una graciosa invencion de algun historiador realista.

CHAO-KANG, sesto emperador de la familia de los *Hias*, primera dinastía china. Su reinado nada ofrece de particular; pero la vida oscura y miserable que le obligaron á arrastrar las pes-

quisas del tirano Han-tsou, usurpador del trono de sus padres, abunda en cambio en sucesos, sino enteramente nuevos, poco comunes, cuya relacion creemos será del agrado de nuestros lectores. Hallándose en cinta la emperatriz Min, madre de nuestro héroe, su esposo Ti-siang partió á la guerra, donde no solamente fué vencido, sino muerto por los rebeldes á quien pensaba sujetar. Era el jefe de estos rebeldes Han-tsou, quien, viéndose victorioso, hízose proclamar emperador, y dió órden de que fuesen degollados dentro de su mismo palacio todos los Hias. Avisada oportunamente la emperatriz, huyó disfrazada á Yuyang, y allí dió á luz un niño, á quien llamó Chao-kang, sin que el tirano, á quien las delicias del mando empezaban á adormecer, tuviese la menor noticia de la existencia de ambos. Ocurrieron estos sucesos en el año 2118 antes de Jesucristo, y ocho años despues, cuando ya la confianza habia vuelto al corazon de la ilustre proscripta, súpose en la corte el nacimiento del príncipe. Alarmado Han-tsou los hizo buscar por todas partes; pero la Providencia que guardaba á Chao-kang para que algun dia ocupase el trono de su familia, humillando al soberbio usurpador, y vengando la muerte de su padre, quiso que hallase seguro asilo en unos montes, y fieles amigos en los pastores que habitaban aquellas asperezas, hasta que su madre, conociendo la rectitud del gobernador Mi, le proporcionó entrada en su casa en calidad de criado. No tardó en llamar la atencion del gobernador el aire de nobleza que distinguia al príncipe, á pesar de la humildad con que obedecia todas sus órdenes, y de lo oficioso que se mostraba en su servicio; pero en vano procuró aclarar el misterio, é hizo mil preguntas á Chao-kang con el objeto de descubrir su orígen: este, aconsejado por su madre, guardó el secreto, respondiendo de una manera tan anfibológica al gobernador, que este, mucho mas confuso que al principio, resolvió disimular su curiosidad hasta mejor ocasion, convencido de que todas sus preguntas eran inútiles. Pasado algun tiempo, Chao-kang creyó llegado el momento de descubrirse, y confesó á su señor su nombre y el de sus mayores; contándole todas sus desgracias, con gran sorpresa de Mi, que arrojándose á sus piés, le ofreció todo su poder para colocarle en el trono. El príncipe, obligándole á alzar del suelo, le rogó que le indicase un asilo donde pudiese retirarse hasta que las circunstancias variasen, y el gobernador le cedió una grande estension de tierra que habia comprado en el pais de Lo-Feu, dándole ademas á dos hermosas hijas que tenia, por esposas y compañeras, y haciéndole custodiar por quinientos hombres, toda gente escogida y dispuesta. Despues de la partida del príncipe, tuvo Mi secretas conferencias con la emperatriz, acerca del plan que debian seguir para realizar sus proyectos, y atrayendo á su partido al gobernador de Yuyang, proclamó emperador al hijo de Ti-siang, por quien luego se declaró casi todo el ejército. Los pocos que permanecieron fieles al usurpador, le siguieron al campo de batalla, donde, despues de una encarnizada lucha con las tropas imperiales, fué derrotado y hecho prisionero, viniendo á acabar sus dias en un suplicio por órden de su soberano. Chao-kang manifestó en el trono las virtudes de que ya habia dado alguna muestra en Lo-feu, donde fundó una colonia y empezó á merecer el amor de sus súbditos por la sabiduría que desplegaba en sus loables acciones. La emperatriz vivió aun algunos años, y los dos gobernadores, puestos al frente del consejo, fueron los favoritos del monarca, que jamas, en los veintidos años que duró su reinado, olvidó que habian sido sus mejores amigos en la desgracia. Chao-kang murió á los 61 años de edad, dejando el imperio que tantos sudores le habia costado reconquistar, á su hijo Tichú, quien continuó la dinastía de los Hias.

CHAO-YONG, filósofo chino. Vivia en una miserable casucha, abierta á los vientos, y en la que ni aun estaba resguardado de la lluvia. No tenia fuego en el invierno, ni procuraba defenderse del calor en los rigores del verano. Su alimento consistia en ciertas yerbas saladas y arroz, manjares para él delicadísimos, con los cuales solia beber un vino detestable; su lecho no era nada mejor, pues se reducia á dos ó tres tablas mal unidas. Esta humilde é incómoda morada era en su concepto tan agradable, que cuando hablaba de ella, se entusiasmaba hasta el punto de llamarla *casa de la paz y la alegría*. Allí pasaba los dias enteros solo, mientras vivió desconocido, y en compañía de muchos sábios y grandes que le visitaban, en sus últimos tiempos. Su fama llegó á ser tan grande, que el emperador, en muestra de la admiracion con que le miraba, le hizo llamar el *Doctor sin tacha*. *Chao-Yong* rehusó cuantos honores y distinciones le ofrecieron durante su vida, aunque, á su muerte, fué puesto en posesion de todos ellos. Cuando salia, los niños corrian á verle, y los artesanos se ponian en pié saludándole con el mayor respeto. Tan cierto es, que la sabiduría es honrada por todos. Este célebre filósofo publicó un comentario en sesenta tomos sobre los *kona* ó *Trigamma de Yonki*, el escrito mas antiguo de la China, cuyo testo consiste en líneas cortadas que se combinan de diferentes maneras entre sí, y hasta veinte volúmenes que comprenden varios opúsculos en prosa, y muchas y muy notables composiciones poéticas. Su muerte ocurrió en el año 1077 de nuestra era. Sobre su sepulcro se hizo grabar una inscripcion, en la que decia: que desde Mengtsée, uno de los discípulos de Confucio, ó lo que es lo mismo, en el discurso de diez siglos, no habia habido filósofo á quien Chao-Yong no hubiese superado por su sabiduría y las grandes virtudes de que estaba dotado, con las cuales alcanzó gloriosa y eterna fama.

CHAPELLE (Claudio-Manuel-Luillier). Muchos, sin exámen, conceden la palma de la escentricidad á los filósofos, como si, habiendo literatos y artistas en el mundo, la cuestion fuese tan fácil de resolver como á primera vista parece. Si en España fuésemos mas celosos de nuestras cosas, sabríamos multitud de estravagancias de nuestros hombres de genio, á la par que infinitas circunstancias de su vida, ignoradas por nuestra desidia, é interesantes por mas de un concepto. Pues qué, ¿nuestros poetas, nuestros pintores, tan célebres por lo menos como los estranjeros, habian de ser en esto diferentes de sus *semejantes*, y decimos *semejantes*, porque indudablemente el genio no tiene otro que el genio, su igual, su hermano? Seguramente que no, y que si nuestros abuelos hubieran sido menos indolentes, los redactores del *Panteon* podríamos hoy engalanar las biografías de la *gente de casa* con multitud de anécdotas curiosas, que harian mas amena nuestra publicacion, en lo cual ganaríamos todos, el público, los editores y nosotros. Con vergüenza lo confesamos; pero hay ingenio español de quien apenas se conoce mas que las obras, mientras los estranjeros, mas amantes de sus talentos que nosotros, rara vez ignoran una sola circunstancia importante de la historia de estos, han estudiado su carácter, adivinado sus caprichos, y en busca de una noticia que añada novedad á los hechos conocidos, penetran hasta en los mas profundos abismos de la vida privada. Nuestros vecinos, los franceses, son los que mas se distinguen en esta especie de espionaje, en estas patrióticas pesquisas, que muchas veces sus hombres célebres ahorran á los biógrafos publicando sus *Memorias*. La biografía de su primer poeta cómico, el festivo y original Moliére, escrita por Mr. de Taschereau, no ocupa menos de un tomo, por cierto bastante abultado, en el cual los sucesos mas interesantes se agolpan, por decirlo así, como pidien-

do todavía mas espacio para su entretenida y agradable narracion. Nosotros, mas breves por necesidad que el historiador estranjero, con menos datos que él, y limitados á héroe de menos importancia literaria que el que es objeto de sus tareas biográficas, vamos á ofrecer á nuestros lectores algunas noticias acerca de uno de los escritores de aquella nacion, al cual damos la preferencia sobre algunos otros, por la singular independencia de su carácter y la escentricidad de sus costumbres. Claudio Manuel Luillier, mas comunmente conocido por Chapelle, nació en 1626, en la aldea de la Chapelle, entre Paris y San Dionisio. Introducido en los círculos literarios de su tiempo, de los que formaban parte hombres como Racine, Moliére, La Fontaine y Boileau, pronto se hizo apreciar de los escritores mas distinguidos y las personas de mas elevada posicion, que entonces, por vanidad, ó por la aficion á las letras, que empezaba ya á desarrollarse entre nuestros vecinos, se hermanaban hasta tratar y confundirse con los que las cultivaban. La vivacidad del ingenio de Chapelle y la jovialidad de su carácter, merecian en efecto las simpatías que, á despecho de algunos defectos, no muy á propósito para conservarlas, le granjearon á su entrada en el mundo sábio. La conversacion del buen poeta era tan agradable, que un dia en que se hallaba en casa de la señorita Chonars, jóven de mucho talento, la camarera de ésta halló á ambos, anegados en lágrimas, y preguntando la causa de aquel desusado llanto, supo por boca del hijo de Apolo, que lo motivaba la muerte de Píndaro, cuya relacion estaba haciendo en aquel momento. Quiso oirla la camarera, y el poeta, volviendo á trazar la pintura de aquella patética muerte, acaecida dos mil años antes, consiguió conmoverla tan profundamente que á poco la camarera rompió á llorar como su señora, triunfo que envidiarian á Chapelle muchos de nuestros oradores. No vayan á creer por esto nuestros lectores que Luillier era uno de esos poetas empalagosos y llorones, que solo cantan al compas de una lira destemplada, á la sombra del sauce, ó, como los románticos, *entre las ruinas del antiguo monasterio.* Las composiciones de Chapelle son ligeras, alegres, y su *Viaje*, escrito en union con Bauchemont es el primer modelo de esa poesía espontánea y fácil que dictan el placer y la indolencia. Su estilo, frecuentemente desaliñado é incorrecto, ha merecido la censura de Despréaux, y lo demasiado libre de sus conceptos hállase mas en armonía con sus costumbres que con el buen tono, del que solia prescindir fuera de sus escritos, embriagándose con la mayor despreocupacion, aunque no sin fruto de sus amigos, á quienes esplicaba despues el sistema de Gassendo, su maestro de filosofía, quedándose, cuando los oyentes le abandonaban, con el amo de la posada, que recibia sus lecciones por largo rato con la conformidad de todo aquel que no entiende lo que le dicen. En vano las personas mas respetables aconsejaban á Chapelle que mudase de vida y se enmendase. El poeta hallaba justas alguna vez las observaciones que se le hacian, y hasta llegó á prometer una reforma completa en sus hábitos á Boileau, un dia en que enérgicamente le afeó su conducta. Satisfecho el crítico con aquella promesa, en la que confió mas que debia, se dejó conducir por su amigo á una tienda de vinos, donde pensaba acabar de convencerle. Menudeaban los consejos, y los vasos se desocupaban con frecuencia: bebia y escuchaba Chapelle, meneando la cabeza en señal de aprobacion, y el crítico, imaginando que cada palabra suya era un rayo para el ya casi convertido pecador, bebia y aconsejaba. A la salida, el uno se apoyaba en el otro por no caer, pero ambos decian pestes de la embriaguez, y hubieran jurado que no estaban borrachos. Para que el lector se forme una idea de la independencia de nuestro héroe, bastará decir que habiéndo-

le convidado á cenar en una ocasion el príncipe de Condé, prefirió á esta honra el placer de acompañar á la mesa á unos jugadores de bochas, con los cuales se embriagó como de costumbre. Reconvínole por este desaire el príncipe, y él, lejos de disculparse, respondió: «Señor, los que me dieron de cenar eran muy hombres de bien y saben vivir mas á sus anchas que otros.» Chapelle disfrutaba de una renta vitalicia de treinta y dos mil reales con ayuda de la cual vivió, sin obligaciones ni deudas, hasta el año de 1686, en que le cogió la muerte á la edad de 60; con sentimiento de cuantos le trataban ó conocian por sus escritos. Los enemigos de Moliére le atribuian cuando vivia, parte de las glorias de este eminente escritor, esparciendo la voz de que le ayudaba en la composicion de sus comedias. Moliére halló un medio ingenioso de confundirlos, encargando al autor del *Viaje*, le escribiese una escena para sus *Facheux*; la escena se hizo, pero Chapelle, menos feliz en esta ocasion que en otras, desengañó de su error á los que de buena fe se habian dejado arrastrar por los envidiosos del gran poeta, obligando á enmudecer á la calumnia.

CHARES, escultor, discípulo de Lisipo, y autor del famoso *Coloso de Rodas*, una de las siete maravillas del mundo. Esta estátua de bronce, en cuyo trabajo invirtió doce años, se hallaba colocada en la isla de Rodas en la embocadura ó entrada del puerto. Plinio asegura que tenia 70 codos ó 105 piés de elevacion, aunque otros suponen que 150. Representaba el coloso al sol ó Apolo, de pié sobre las dos orillas del puerto, de manera que los buques pasaban por debajo sin tropezar en él, si hemos de creer á un escritor del siglo XVI que así lo refiere. Un terremoto derribó esta magnífica obra, que parecia desafiar al tiempo por sus estraordinarias dimensiones, cincuenta y seis años despues de su colocacion en el lugar referido. Un mercader judío la compró al califa Moavias, cuando los sarracenos se apoderaron de la isla, empleando para su conduccion 900 camellos.

CHARES es tambien el nombre de un general ateniense, á quien Alejandro perdonó despues de la toma de Tebas, permitiéndole volver á Atenas. Aunque su reputacion no estaba muy bien sentada, obtuvo algunas victorias en los primeros tiempos de su mando, á las que mas adelante sucedieron derrotas y contratiempos de consideracion. Era de elevada estatura y colosales fuerzas, dotes que quisieron hacer valer algunos oradores amigos suyos, presentándole al pueblo como el salvador de la república. «¡Hé aquí, esclamaban con el mayor entusiasmo, el hombre que necesitan por general los atenienses!»—«Decid mas bien, replicó Timoteo, con quien se le trataba de poner en competencia, el mas á propósito para llevar el equipaje del general.»

CHARETTE DE LA CONTRIE (Atanasio Francisco de), general vendeano, descendiente de una familia distinguida. Nació en Couffé en 1763. Á los diez y seis años entró á servir en la marina, llegando á ser teniente de navío, pero habiendo contraido matrimonio con una jóven parienta suya, abandonó esta carrera. Cuando estalló la revolucion, vivia retirado en Poitu, de donde á poco tiempo salió para reunirse á los emigrados de Coblentz. Antes de las ocurrencias del 10 de agosto, dejó la corte de los príncipes y se vino á Paris, donde dicen trató de oponerse al pueblo penetrando en las Tullerías para defender al rey; pero desistió de esta idea convencido de lo inútiles que serian sus esfuerzos, y volvió á Poitu, absteniéndose por entonces de tomar parte en las cosas políticas. Despues de la accion de San Florencio, declaróse como otros muchos por el partido realista, decidiéndose á ponerse á la cabeza de los paisanos,

cuando la derrota de Andres Larrochejaquelein aunque con pocas probabilidades de buen éxito por carecer de oficiales, y ser las tropas cuyo mando le confiaban, demasiado bisoñas é indisciplinadas para contrarestar á las divisiones de Bonchamps y de Cathelineau. Sin embargo, su primer paso en aquella nueva carrera fué una victoria; atacó á Portic, se apoderó de la ciudad, y envalentonado con este triunfo marchó contra Challans; pero ni allí, ni en San Gervasio le fué favorable la suerte, como tampoco en Nantes, en cuyo ataque se halló con las demas tropas vendeanas. Las pérdidas que sufrió en todas estas ocasiones, en nada disminuyeron su crédito, y, fiel siempre á la causa que habia abrazado, el general realista se puso mas adelante de acuerdo con Lescure y d'Elbée, para emprender contra la ciudad de Luzon otro nuevo ataque, cuyo éxito fué tambien fatal para los vendeanos por la incapacidad de D'Elbée segun algunos, y segun otros por la superioridad de la artillería de sus enemigos. Las victorias de Torfou y de Montaigu, vengaron á Charette de todos estos reveses, y la revolucion empezaba ya á ver en él uno de sus mas terribles adversarios, cuando la discordia se introdujo en el campo vendeano. Charette entonces se separó de los demas jefes repentinamente, y atacó y tomó solo con su division la isla de Noirmontier, mientras los republicanos derrotaban á aquellos en Cholet, obligándoles á volver á pasar el Loira. De resultas de este último desastre, Charette, perseguido y abandonado en medio de sus contrarios, se vió precisado á pelear huyendo, á la manera de los Partos, recorriendo todo el bajo Poitu, y perdiendo la mayor parte de sus tropas, que por último le dejaron en Maulevrier para unirse á las de Larrochejaquelein. La muerte de este sugirió á Charette la idea de colocarse al frente de todo el ejército, pero, malogrado su plan, las tropas vendeanas quedaron divididas en tres cuerpos, y hasta junio de 1794, el incansable jefe no volvió á hallarse en disposicion de tomar la ofensiva, verificándolo entonces con tanta fortuna como valor: tres campos atrincherados tomó á los republicanos, y hubiera tal vez llevado adelante sus victorias, si los demas generales de su partido le hubiesen ayudado; pero los principales habian muerto ya en aquella época, y los soldados tenian poca confianza en los que quedaban. Queriendo poner término á aquella desastrosa guerra, la Convencion nacional propuso un tratado de pacificacion, que Charette contra su voluntad aceptó, mas sin dejar por eso de trabajar secretamente por el triunfo de su causa. Sabido esto por los republicanos, trataron de apoderarse luego de su enemigo, enviando con este objeto un destacamento á Belleville, donde el jefe vendeano tenia su cuartel general, y la guerra volvió á encenderse de nuevo, consiguiendo por el pronto algunas ventajas las tropas realistas sobre las de la república. Lisonjeábase Charette con la esperanza de que el conde de Artois, despues Cárlos X, se presentaria á exaltar el entusiasmo de los vendeanos; pero la derrota de Saint-Cir destruyó todos sus planes, y redujo su ejército á solos treinta hombres, por lo cual no se abatió aun su ánimo, antes desechando con altiva dignidad las proposiciones que le hacia el general Hoche, quien le ofreció dejarle paso libre para que pasase á Inglaterra, resolvió defenderse hasta que, herido y sin fuerzas, uno de los suyos tuvo que tomarle á cuestas para salvarle de la activa persecucion de los republicanos. La fatiga venció por fin á aquel fiel soldado, y ambos cayeron en poder de sus enemigos el 25 de marzo de 1796, en un soto cerca de San Sulpicio entre Montaigu y Belleville. Habiéndolos conducido á Nantes, los hicieron atravesar las calles á pié por entre una multitud curiosa que se agolpaba á ver al mismo que un año antes habia hecho su entrada triunfante en la ciudad. Charette, no pudiendo con-

tener su indignacion, volvióse al encargado de su escolta y le dijo: «Señor oficial, si yo os hubiese cogido prisionero, os hubiera mandado fusilar en el acto.» La misma altivez manifestó en el sitio del suplicio, mandando hacer fuego a los soldados con la serenidad de un valiente, cuatro dias despues de su captura.

CHARIDEMO, capitan griego. Siendo jefe de una de las bandas que despues de la guerra del Peloponeso, se ponian á sueldo de los soberanos que mas les pagaban, sirvió á los atenienses, á los macedonios, á los tracios y al Sátrapa Artabano en ocasion en que hacia la guerra al rey de Persia, volviendo mas adelante á Atenas, donde el areópago se opuso á que se le nombrase general de la república, como deseaba el pueblo, atendiendo á que era estranjero. Habiéndose pasado á Persia, por temor á la venganza de Alejandro el Grande, á quien habia opuesto una valerosa resistencia en Tebas, tuvo la imprudencia de decir que los persas jamas podrian hacer frente á aquel gran conquistador sin el socorro de los griegos, lo que ofendió tanto á su príncipe Dario, que le condenó á muerte. Esta cruel sentencia se llevó á efecto en el año 333 antes de Jesucristo. «Arrancadme la vida, esclamó el ilustre mercenario cuando le conducian al suplicio, pero estad ciertos que mi muerte será vengada por el hijo de Filipo.» Los acontecimientos demostraron mas tarde á los persas la verdad de esta profecía, que entonces solo sirvió para aumentar su encono contra el infortunado Charidemo.

CHARILAO, ó CARILAO, rey de los lacedemonios. Durante su minoría, su tio y tutor Licurgo dió á Esparta sus famosas leyes, entregándole la autoridad luego que llegó á la edad competente para reinar por sí solo. Despues de haber hecho varias incursiones en el pais de los argivos y tomado parte en la toma de Agis, fué derrotado por los tegeates, quienes habiéndose apoderado de su persona, le exijieron el juramento de no volver á atacarles, con cuya condicion le pusieron en libertad. Carilao murió por los años 770 antes de Jesucristo, dejando por sucesor á su hijo Nicandro. Del mismo nombre hubo otro lacedemonio que se hizo notable en su patria por el cuidado que ponia en conservar su cabellera. Preguntáronle un dia la causa y respondió: «Hágolo así, porque la cabellera es el mas hermoso adorno del hombre.» En nuestros tiempos hay pocos Carilaos por fortuna; verdad es que tampoco abundan las cabelleras. En otra ocasion preguntaron al almivarado lacedemonio por qué habia hecho Licurgo tan pocas leyes, y respondió que «porque no necesitaban muchas los que hablaban poco.» Es de advertir que los espartanos eran tan parcos en el uso de la palabra, que solo pronunciaban las necesarias para hacerse entender. En nuestros dias las costumbres han variado bastante; pero no puede negarse que tambien entre nosotros hay *espartanos* (los porteros de los ministerios, por ejemplo) tan lacónicos como los antiguos. La historia no dice mas de Carilao, que probablemente pararia en calvo si continuó cuidando con el mismo esmero sus cabellos.

CHARON ó CARON, tebano célebre por haber contribuido á la libertad de su patria con Melon y Pelópidas. Cuando los lacedemonios se apoderaron de la ciudadela de Tebas, desterraron un gran número de personas, siendo una de ellas Pelópidas, quien, con otros desterrados, se puso de acuerdo con Caron, que no habia salido de la ciudad, para sacudir el yugo de sus enemigos. Hallándose una noche reunidos en casa de este buen ciudadano todos los conjurados, sorprendiéronse al ver que Arquías le enviaba un recado, mandándole compareciese ante él inmediatamente. Caron, por

calmarlos, les dejó en rehenes á su propio hijo, y partió á casa de Arquías, el cual solo le llamaba para participarle el rumor que corria por la ciudad de la vuelta de los desterrados, tal vez por sospechar de él y ver el efecto que en él hacia la noticia. Pero Caron, disimulando, le tranquilizó, y volviendo á donde estaban sus compañeros, dijo á Melon que se disfrazase de mujer, é hizo él lo mismo con el objeto de penetrar en la casa en que Arquías y Filipo acostumbraban entregarse á los escesos mas escandalosos, y asesinarlos. La fortuna protegió este atrevido plan, y los patriotas tebanos lograron restituir la libertad á su patria, por cuya heróica accion fueron nombrados hocotarcas, juntamente con Pelópidas.

CHARONDAS ó CARONDAS, célebre legislador siciliano. Sus leyes, que como las de todos los antiguos, estaban escritas en verso, cantábanse en Atenas en los banquetes por los jóvenes, á quienes se obligaba á aprenderlas de memoria. Los habitantes de Capadocia, que así como los de Mazaca y otras ciudades los adoptaron, tenian un magistrado espresamente para esplicárselas, despues de habérselas cantado segun la costumbre de entonces. Las leyes de Carondas prohibian á los viudos pasar á segundas nupcias si tenian hijos, obligaban á los ciudadanos á denunciar cuantos crímenes llegasen á su noticia, é imponian á los calumniadores un castigo particular, que en aquellos pueblos se tenia por el mas afrentoso é infamante, y que consistia en coronar de tamarindos al reo y pasearle por la ciudad. El terror que causaba este singular castigo era tal, que muchos se mataban por no sufrirle. No se mostraba menos severo el legislador con los desertores y los cobardes: juzgándoles indignos de su sexo, los condenaba á presentarse en público tres dias vestidos de mujeres. Todos los ciudadanos estaban obligados á instruir á sus hijos en las bellas letras y las ciencias. Ninguno podia eximirse de ejercer el poder judicial, so pena de pagar una multa, mas ó menos crecida, segun sus facultades. Al que en las juntas ó reuniones del pueblo se presentaba armado, imponíasele la pena de muerte, considerándose esta circunstancia como una especie de atentado contra el reposo público, por evitar sin duda las consecuencias que podia tener si la discusion se animaba, y hacer que en esta dominase la razon y no la fuerza. Dicen que esta misma ley costó la vida á Carondas, que impensadamente la infringió, en ocasion en que volvia de perseguir á unos malhechores. Olvidóse de dejar la espada, y con ella ceñida penetró en el recinto donde se hallaba reunido el pueblo. ¿Cómo faltas así á la ley? le dijo uno; el legislador, conociendo su error en aquel mismo momento: «No falto, respondió, la confirmo,» y se mató sin dar tiempo á que los mas próximos de sus amigos pudiesen detenerle.

CHARRIER DE LA ROCHE (Luis), obispo de Versalles, nació en Lyon en 1738. Tenia un gran partido entre la gente del pueblo por las muchas limosnas que hacia. Encarcelado en 1793, y espuesto como tantos otros á perder su vida en un cadalso, vióse, cuando menos lo pensaba, restituido á su libertad por las súplicas de los desgraciados á quienes tantas veces habia socorrido. Tan cierto es, que tarde ó temprano la virtud tiene su recompensa. Charrier combatió en la Asamblea nacional la proposicion de no considerar al matrimonio sino como un acto civil; pero viendo el giro que tomaban las cosas en Francia, no quiso intervenir mas en los negocios, y se retiró al seno de su familia. En 1802 fué nombrado obispo de Versalles, y por aquel mismo tiempo, ó poco despues, Bonaparte le hizo su capellan mayor, lo que no disminuyó en nada su afecto á los Borbones. Cogióle la muerte en 1827, á la edad de 89 años, dejando algunos escritos apreciables, la mayor parte sobre religion.

CHARTIER (Alano), poeta y orador de gran reputacion en su siglo. Habiendo quedado un dia dormido en una silla en una de las habitaciones de palacio, Margarita de Escocia, esposa del Delfin de Francia, se acercó á él y le dió un beso en los lábios. Sorprendiéronse las damas y los señores de la comitiva, preguntando á la princesa cómo hacia tan señalada honra á un hombre tan feo (porque Chartier lo era en efecto), y ella, sonriéndose, les respondió: «No he besado la persona, sino la boca de que han salido tan hermosos discursos.» Chartier nació en Normandía en 1386. Desde sus mas tiernos años manifestó una rara facilidad para aprender todos los idiomas, descubriendo un talento poco comun, que dió pruebas poco despues de cumplido el tercer lustro, formando el proyecto de escribir la historia de su tiempo. El pensamiento pareció tan bien al rey de Francia, Cárlos VI, que deseando proteger á su jóven autor, le nombró secretario y notario de la real casa. Chartier publicó varias obras en latin y frances, que son muy aplaudidas por los críticos, quienes convienen en que la lengua francesa le debe mejoras considerables.

CHATEAUBRIAND (Francisco Renato de), vizconde del mismo nombre, es uno de esos franceses de pura raza, para quienes las empresas mas gloriosas de cualquier otro pais son nada, comparadas con la del suyo propio, cuyo carácter frívolo solo les permite rebajar ó disminuir el valor de los mas elevados acontecimientos, no viendo desde el principio sino la parte ridícula y mezquina que puede haber en ellos, que no conciben grandes génios, ni grandes cosas, fuera de los de su nacion, y en una palabra, es uno de tantos ultrapirenáicos como han dado en la flor de llamar á los españoles bárbaros africanos, sin duda por la manera brusca y poco cortes con que estos señores saludaron á los caballeros de Cárlos Martell en Roncesvalles, á los súbditos de Francisco I en San Quintin y Pavia, y por último á las formidables huestes de Napoleon en Bailen, Albuera y Vitoria. Así, pues, le estaria muy bien empleado, si ahora nosotros á nuestra vez, é imitando su ejemplo, solo detallásemos la parte verdaderamente ridícula de su vida militar, apenas comenzada cuando concluida, si nos entretuviéramos únicamente en hacer presentes los numerosos y considerables tropiezos dados en su carrera literaria, y ya finalmente, si en vez de formar un juicio crítico imparcial y exacto de su carrera política, nos contentáramos con decir aquí todo lo torpe y errado que anduvo en ella, las contradicciones chocantes y monstruosas en que incurrió á cada paso, el pequeño renombre en fin que ha dejado en su nacion, en el estranjero, como hombre de negocios y de tacto diplomático. Sin embargo, no lo teman los franceses: leales y honrados nosotros, á fuer de españoles, no sabemos ser injustos, y ademas tampoco lo necesitamos, pues harto se nos ocurre que una fama mas ó un renombre, siquier sean de un héroe ó un sábio estranjero, no alcanzarán nunca, por muy altos que ellos estén á disminuir el número y á eclipsar la gloria de tantos y tan esclarecidos héroes, de tantos y tan verdaderamente sábios españoles. Lo que en Chateaubriand haya de grande lo dirémos sin vacilar; lo que pueda rebajarle en el concepto público estará tomado de las *Memorias* que él mismo escribió para que se publicasen despues de su muerte. Es así: Francisco Renato de Chateaubriand nació en San Maló, pueblo de la Bretaña (Francia), el dia 4 de setiembre de 1768. Descendiente, aunque á la larga, de los duques de Bretaña, por parte de padre, y de los condes de Bedea por parte de madre, el vizconde de Chateaubriand, no cabe duda, era noble por sus cuatro y aun diez y seis costados. Y esta circunstancia, en un tiempo todavía en que los muy altos y poderosos señores (como el padre de

Chateaubriand se decia), solo destinaban sus hijos para la guerra, fué causa de que la instruccion primaria de Francisco estuviera completamente descuidada, y aun de que en su educacion moral hubiera el abandono que él mismo marca en sus Memorias. «Mis amigos mas queridos, dice, eran los pilluelos de la ciudad, y contínuámente estaba lleno el patio y la escalera de mi casa de estos famosos camaradas, á quienes yo me parecia en un todo, hablaba su mismo lenguaje, tenia sus maneras, su porte; cual ellos iba siempre desabrochado, hecho una miseria, con la camisa rasgada y andrajosa, las medias agujereadas, los zapatos tan destrozados, que á cada paso se me salian de los piés; á veces perdia mi sombrero y hasta mi chaqueta, regularmente tenia la cara manchada, arañada, con cardenales y las manos negras como un carbonero.» Sin embargo, habiéndose discutido un dia en consejo de familia, sobre el cuerpo en que deberia entrar á servir el famoso pillete, luego que tuviese la edad, quedó resuelto que en la marina; con lo que ya fué indispensable encerrarle en un colegio para que allí estudiase las materias necesarias. Sabia, pues, el latin, las matemáticas, el griego y otros idiomas, cuando destinado á Brest para sufrir allí el exámen de guardia marina, por su soberana y esplícita voluntad se escapó de este punto y regresó, sin saber á qué, al hogar paterno, donde nadie le esperaba. Dió entonces por escusa, que no le agradaba la marina y que preferiria á cualquier otro el estado eclesiástico; en virtud de lo cual, se le trasladó al colegio de Dinan para que cursara las humanidades. Pero, como la verdad era que Chateaubriand no queria seguir ninguna carrera, sino vaguear en el castillo de Combourg, á donde habitaba ahora su familia, se obstinó en volver al seno de esta, y allí permaneció en la holganza y el abandono mas completo por espacio de algunos años. Fué, pues, preciso, que un dia le llamase su padre, y que, afeándole su proceder, le obligase á ponerse en marcha inmediatamente para Cambray, residencia entonces del regimiento de Navarra, al cual Chateaubriand se incorporó en clase de subteniente. Una licencia temporal fué lo primero que solicitó de su coronel este militar bisoño, luego de pasar su primera revista, licencia que yendo á disfrutar casualmente á Paris, le proporcionó la honra de ser presentado en palacio á Luis XVI, y de acompañar al rey á una partida de caza. Murió á poco su padre, y el arreglo de los asuntos de familia fué un nuevo pretesto para la solicitud de una nueva licencia que vino á disfrutar á su pais en 1787 y 1788: sin que nos conste á nosotros si fué á favor de esta misma licencia ó de otra nueva que obtuviese el insigne alferez, del coronel de su regimiento, por lo que el año de 1789 se hallaba en Paris cuando la toma de la Bastilla y otros acontecimientos. «Aquellas cabezas (dice Chateaubriand, aludiendo á las de Foulon y de Bertier, cortadas por los revolucionarios y clavadas en sendas picas), y otras que ví pasear poco despues, produjeron un cambio en mis disposiciones políticas, y brotó en mi ánimo el pensamiento de abandonar la Francia para ir á lejanos climas.» Lo cual, con perdon sea dicho de la memoria del ilustre vizconde, no nos parece muy exacto en ninguno de sus estremos, lo primero, porque recordamos haber leido en sus Memorias, que el año anterior á este suceso habia asistido ya á una asamblea compuesta de nobles de su provincia, en la cual se tomaron acuerdos muy contrarios al *estado llano*, y de donde fué preciso salir y él salió uno de tantos, espada en mano, y abriéndose paso á estocadas por entre una multitud de pueblo, que recibió á sus señores á silbidos, pedradas y garrotazos; y lo segundo, porque tambien cuenta, si nuestra memoria no es infiel, que el pretesto de que se agarró para abandonar la carrera eclesiástica, fué su de-

seo ardiente de pasar al Canadá ú otros paises mas lejanos. Chateaubriand, pues, abrazó la causa de los nobles, porque corria por sus venas la sangre azul; la abrazó porque no pudo menos de abrazarla en un tiempo en que bastaba llevar un nombre aristocrático, cual el suyo, para verse espuesto á persecuciones y á perecer en un cadalso, y partió para América, porque su carácter inconstante, altivo y aventurero, así como no le dejó sujetarse á la reclusion de un colegio, ni permanecer en la marina ni en la clerecía, tampoco le permitió acomodarse con la subordinacion y disciplina militar, ni con las leyes, usos y costumbres de su propio pais. Mas sea de esto lo que quiera, el novel viajero quiso dar á su espedicion el carácter de espedicion científica, anunciando que iba á descubrir el paso al Nor-Oeste de América, y se hizo á la vela en el puerto de San Maló en 1791, para ir á desembarcar á mediados de aquel mismo año en Baltimoro. De este punto siguió á Filadelfia, donde merced á una carta de recomendacion que llevaba para el presidente Washington fué bien recibido y aun obsequiado por el general republicano. Continuó luego á Nueva-York y de aquí á Boston, y por último estaba ya muy internado en las Floridas y muy aburrido tambien en aquellas vastas soledades, cuando felizmente, para disculpar su inconstancia y el ningun éxito de su esploracion, llegó á sus manos un periódico inglés, en el que se leia el relato de la prision de Luis XVI en Varennes y los progresos de la emigracion, con mas la desercion de muchos oficiales del ejército revolucionario, y su incorporacion al de los príncipes fugitivos. Entonces, dice Chateaubriand, que así como Reinaldo vió su debilidad en el espejo del honor de Armida, así él vió la suya en los verjeles de América; en consideracion á lo que resolvió al punto su regreso á Francia, y le verificó tan pronto como tuvo medios. Sabidos son los resultados que tuvieron todos aquellos grandes preparativos que se hicieron en Tréveris contra la república por los emigrados franceses, al abrigo de los prusianos, y cómo todo aquel indisciplinado ejército se desbandó despues de levantado el sitio de Thionville; pues hé aquí que el viajero de los Estados Unidos, á quien habia costado sumo trabajo el incorporarse con los príncipes, fué uno de los que mas sufrieron en esta dispersion, ya por carecer hasta del sustento necesario, y ya en fin por una plaga de viruelas que le acometió sobre la misma marcha. Tales acontecimientos le obligaron á trasladarse á Lóndres, donde llegó el 21 de mayo de 1793, y en cuyo punto principió á vivir en la mayor miseria. Quiso empero la suerte, que cierto editor rico se encargase de imprimir y publicar su obra titulada: *Ensayo histórico sobre las revoluciones*, y ya entonces los apuros pecuniarios de Chateaubriand cesaron en algun modo. Y, como si esta fuese todavía pequeña, ocurrió á mayor dicha suya que, habiendo venido á hospedarse por una feliz y rara casualidad en casa de un ministro ingles, vió aquí á una hermosa niña de la cual quedó prendado, y á la que muy luego supo inspirar Chateaubriand igual pasion que la que él ya abrigaba. Esto, no obstante, para estrechar mas y mas tales relaciones, como querian los padres de la bella, se halló el pequeño inconveniente de que Chateaubriand era casado. El autor, pues, del *Génio del Cristianismo*, y de otros escritos á cual mas morales y religiosos, tuvo que acusarse en *Ultra-tumba*, entre otros pecadillos, de haber intentado una seduccion vaga, por lo mismo que se complacia en fomentar una inclinacion cuya ilegitimidad era insuperable, y de haber dejado en el alma de la pobre niña, triste desengaño y dolor inmenso. En cuanto al mérito del *Ensayo histórico*, solo dirémos que es una obra de la que su mismo autor se encuentra arrepentido, tanto porque se traslucen allí las ideas de un filósofo escéptico, cuanto por al-

gunos juicios disparatados sobre determinados sugetos y asuntos que modificó despues. Esto, no obstante, y de que el ilustre poeta se rebaja mucho siempre que se propone filosofar, el *Ensayo* vale mas para nosotros, que otras obras á las que el mismo autor estima en mucho. Otro tanto debió parecerle á la alta emigracion francesa, puesto que, por este libro, principió á concederle una importancia y una consideracion tales, al desconocido proscripto, que no hubo mas que ver. A todo esto Napoleon imperaba ya en Paris, y el órden iba renaciendo de enmedio del caos: las familias principiaban á reunir sus miembros dispersos por mil partes, y estos acudian á la llamada general. Uno de tantos fué Chateaubriand, quien provisto de un pasaporte dado por el embajador de Prusia á nombre de Mr. Lassagne, suizo, dejó la Inglaterra en 1800, y arribó á Francia en solas cuatro horas. Aquí principió á escribir en el *Mercurio*, periódico que en cuanto era posible hacia la oposicion á Bonaparte, y en el que habiendo insertado una carta á madama Staël, logró mayor popularidad que con los dos tomos del *Ensayo*. Así es que, cuando apareció en el mismo año de 1801 su aplaudida novela, *Atala*, encontró ya el terreno muy bien dispuesto, y no le fué difícil aclimatarse en el país. El éxito de esta novela fué completo; multitud de grabados que representaban las escenas mas interesantes entre Chactas, el padre Aubry y la hija de Simaghan, se esparcieron por toda Europa. En mil partes se enseñaban cajitas de madera que contenian dentro estos mismos personajes hechos de cera, como se enseñan imágenes de santos y vírgenes en las ferias. Se multiplicaron las ediciones en Paris y las traducciones en el estranjero, y hasta la música de una cancion de Atala, compuesta tambien por el mismo Chateaubriand, fué trasladada á diferentes paises. No de igual suerte se popularizó y fué aplaudido el *Génio del Cristianismo*, obra entre poética y filosófica que salió á luz poco despues de la anterior; y eso que, como confiesa el mismo autor, «llegó en una época en que los fieles se creyeron salvados por la lectura de este libro; cuando por la misma privacion de consuelos religiosos en que se habia vivido en Francia durante muchos años se tenia necesidad de fe, y avidez de esos mismos consuelos; en aquellos dias en que se precipitaba todo el mundo en la casa de Dios, como se entra en la casa de un médico en los dias de contagio; cuando, en una palabra, las diferentes clases de víctimas de las revueltas populares se refugiaban en el altar, á la manera de náufragos que se agarran á las rocas en busca de salvacion.» Tal desaire, hecho por la opinion pública á la obra de que mas se envanece Chateaubriand, nace, en nuestra opinion, de que estando toda ella, como está, plagada de cuestiones teológicas abstractas y metafísicas, allí donde la mente del poeta no se ha perdido por espacios imaginarios, cuestiones tratadas con harta confusion en unas partes, por lo que no llegan á dominarlas todos, y mal resueltas en otras por falta de conocimientos de parte del autor, se hace pesada y peca de fastidiosa como muy acertadamente se lo pronosticó ya madama Staël. El autor del *Génio del Cristianismo*, no alcanzándosele otra cosa, prueba la inmortalidad del alma por el deseo, inseparable del hombre en todas las clases y condiciones, de la felicidad, no pudiendo comprender él, ni mucho menos acertando á esplicar dicho deseo, sino en virtud de la existencia de la inmortalidad mencionada. Sin embargo, el trabajo de Mr. de Chateaubriand tuvo un voto favorable que valia el solo por otros muchos: este voto fué el de Napoleon. Y era que, halagado este de ver defendida su política esterior, por la opinion que el *Génio del Cristianismo* suscitaba, ahora que acababa de hacer arreglos con la corte de Roma, para fundar su poder en la religion, primera base de la sociedad, no

habia advertido que las ideas monárquicas de derecho divino brotaban á una con las ideas religiosas: mas tarde se arrepintió de su error. Entretanto, suponiendo el coloso del siglo que en ninguna parte le seria tan útil un literato de las circunstancias de Chateaubriand como en la embajada de Roma, se le destinó de primer secretario á su tio el cardenal Fesch. Pero, como este señor se dejase sorprender por ciertas intriguillas que urdieron contra su inmediato jefe los oficiales de la secretaría, mandó dos comunicaciones á Paris reclamando que se le separase luego ó se le destinase á otro punto al mencionado secretario. Hízolo así Bonaparte, solo que en vez de separar á Chateaubriand completamente, como parecia lo mas probable, le ascendió á ministro plenipotenciario en la república de Valesa. Hallábase en Paris, de paso para su destino, el agraciado, cuando oyó pregonar la muerte del duque de Enghien; y este acontecimiento que parecia no deber ser mal visto por ninguno de cuantos habian tomado ya partido con Napoleon, produjo tan mal efecto en el ánimo de Chateaubriand, cambió á tal estremo sus disposiciones políticas, que presentó al punto su dimision, y de sencillo admirador que era del presidente de la república francesa, se convirtió luego en su mas decidido y pertinaz adversario. Prueba de esto último es el famoso artículo que insertó en el *Mercurio*, condenando de un modo hábil el fusilamiento del mencionado duque, y otros escritos que publicó; en todos los cuales hizo alusiones terribles al emperador de los franceses. Sin embargo, Chateaubriand, por solo el hecho de presentar su dimision, habia desafiado las iras del poder, y no ocultándosele los peligros á que con esto se esponia, para sustraerse á ellos, proyectó un viaje á levante que llevó á cabo en 1806 y 1807. A su regreso á Francia escribió el *Itinerario de Paris á Jerusalen*, ó sea una relacion circunstanciada y curiosa, hecha dia por dia, de los lugares que habia recorrido. Esta obra, en la cual están marcadas escrupulosamente las jornadas y trazada una verdadera carta de ruta, puede tomarse por un manual útil á cuantos viajeros emprendieran la peregrinacion á los Santos Lugares. Retirado á una casa de campo en el valle de los Lobos, cerca de la aldea de Aulnay, escribió tambien *Los Mártires, Los Abencerrajes*, y *El Moises*, obras todas ellas que no carecen de mérito, y en particular la primera, escrita con conciencia y con lenguaje mas correcto y castizo que todas las anteriores. Asimismo puso la fecha en el mencionado valle al primer capítulo de sus *Memòrias de Ultra-tumba*, obra que no debia ver la luz pública hasta treinta y cinco años mas adelante, esto es, despues de su muerte. Finalmente hallábase aun Chateaubriand en dicha alquería, cuando fué recibido miembro del instituto, y hubo de escribir para el solemne acto el indispensable discurso. Con esto dió fin á su carrera literaria, emprendida en 1800, para dedicarse con mayor libertad á la carrera política, muy formalmente inaugurada ahora, á la caida del imperio y restauracion de la monarquía. En efecto, el enemigo declarado de Napoleon, desde lo del duque de Enghien, no bien supo que divagaban los aliados sobre á quien sentaria mejor la corona de Francia, si á un Bonaparte ó á un Borbon, se apresuró á publicar un folleto titulado *Bonaparte y los Borbones*, en el que tomándolo desde la antigua familia real de Francia, y haciendo ver los beneficios que su reinado habia reportado en todos tiempos al pais, se estendia en detalles del carácter bondadoso, y escelente índole, de cuantos individuos contaba en la actualidad esta familia, esforzándose, por el contrario, en desconceptuar á Bonaparte y á toda su descendencia. Pues folleto es este, del que presume su autor que valió á Luis XVIII mas que un ejército de cien mil hombres. Creyéndolo tambien así el ya coronado

rey, y persuadido de que tal servicio merecia tal recompensa, concedió á Chateaubriand, por intercesion de una señora, la embajada de Suecia. Pero llega en esto el 1.° de marzo de 1815, y el leon encadenado en la isla de Elba, quebranta sus yerros y reaparece en las costas francesas. Entonces todo fué confusion y desórden en el palacio de las Tullerías; el nuevo monarca y el embajador en ciernes, se vieron precisados á escapar de Paris; y por último, corriendo de aquí para allá, no pararon hasta llegar á Gante. Aquí fué nombrado ministro del interior, interino, el vizconde de Chateaubriand: solo que, como su jurisdiccion no se estendia sino á un radio de muy pocas millas, no tuvo apenas negocio alguno de qué ocuparse: el período de los Cien dias le pasó ó abismado en profundas meditaciones dentro de los claustros del Beaterio, ó entretenido en enseñar la doctrina cristiana á los niños de la ciudad. Terminada borrasca tan desecha, y vuelto á Paris el monarca legítimo por la soberana voluntad de los aliados, Chateaubriand fué nombrado miembro de la cámara de los Pares. No era sin embargo, la tribuna, donde el famoso escritor estaba destinado á mas lucir; de lo que apercibido él mismo en sus primeros ensayos, quiso disculparse apelando de nuevo á la pluma, y publicando el folleto de *La Monarquía segun la Constitucion*. Era este un catecismo constitucional, lleno de principios y teorías, como el de *El rey reina y no gobierna*, á cual mas bellos y sublimes, pero á los que faltaba, sin embargo, la posibilidad de una inmediata aplicacion práctica. Los reyes han gobernado hasta ahora, y seguirán gobernando en adelante, las naciones sobre que reinen. A pesar de todo, es lo cierto, que el folleto en cuestion fué embargado, oponiéndose la autoridad á su circulacion. En vista de lo que, y de otras tendencias cada vez mas marcadas al despotismo, del gobierno frances, Chateaubriand se decidió á hacer á este una porfiada y cruda guerra, ya en las cámaras con terribles discursos, y ya en la prensa á favor de su periódico titulado *El Conservador*. Pero, como era de esperar, los consejeros responsables de la corona, le devolvieron sin ceremonia sus cumplidos: á su vez borraron á Chateaubriand de la lista de los ministros de Estado y le retiraron la pension que como tal disfrutaba. Esto, no obstante, él continuó en su empresa, hasta que, al cabo de dos años, merced á la coincidencia fatal del asesinato del duque de Berry, triunfó la oposicion. Entonces, parte del ministerio atacado fué destituido, entrando á reemplazarle, como era consiguiente, hombres del *Conservador;* el vizconde de Chateaubriand se contentó con la embajada de Berlin. Poco tiempo, sin embargo, permaneció este en su destino, puesto que, habiendo sufrido el año siguiente una nueva modificacion el ministerio en Paris, el plenipotenciario en Prusia fué trasladado con igual encargo á Lóndres. Mas hé aquí que hemos llegado ya á la época mas curiosa é interesante de su vida; á aquella de la que él mas se envanece; y sobre todo, á una época que está muy interesado en describir con datos auténticos el honor español, siquiera de ello resulte comprobada la falsedad y vista la ridiculez de los asertos que estampó en varias de sus obras el presumido y necio diplomático. Fácil es conocer que aludimos al proyecto inícuo de la intervencion francesa en España, concebido en Inglaterra por Chateaubriand y otros plenipotenciarios, discutido luego en Verona por los príncipes y enviados de las potencias del Norte, y finalmente, puesto en ejecucion y realizado por el dicho Chateaubriand en 1823, siendo ministro de negocios estranjeros en Francia. Acerca de este proyecto ha estampado su autor en sus *Memorias:* «La guerra de España, el grande acontecimiento de mi vida política era una empresa jigantesca. La legitimidad iba por primera vez á romper cartuchos bajo el

pabellon de las lises, y á disparar su primer cañonazo, despues de los cañonazos famosos del imperio, que retumbarán en la mas remota posteridad. Ponerse de un salto en España, triunfar en el punto mismo en que poco antes los ejércitos de un conquistador habian sufrido reveses, hacer en seis meses lo que aquel no habia podido hacer en siete años, era un prodigio increible. Yo lo hice no obstante.» En otras páginas de su historia del Congreso de Verona habla con igual jactancia de la guerra de España, y de la superioridad que hay que conceder á su génio sobre el génio de Bonaparte, por haber obtenido el ministro en la Península, un triunfo que tan distante estuvo del emperador. Y por último, en la página 328, tomo X, de las mismas *Memorias* añade: «Tres cosas pertenecen á la legitimidad restaurada: la entrada en Cádiz en 1823, la independencia que en Navarino otorgó á la Grecia, (triunfo que tambien se atribuye Chateaubriand) y la emancipacion de la cristiandad, apoderándose de Argel (en lo que declara asimismo tener una buena parte); tentativas ante las cuales habian fracasado Bonaparte, la Rusia, Cárlos V, y la Europa entera.» Ahora bien; meta la mano en su pecho todo el que sintiere latir corazon español, recuerde lo que presenció ó infórmese al menos de lo que presenciaron sus padres en 1823 en la península, y diga si no es un impostor infame, ó un iluso el funcionario público que así altera la verdad de los hechos, ó á tal punto la desconoce. ¿Cuándo, ni dónde, le han dado motivo los españoles al ministro frances para gloriarse de unos triunfos que jamas pudo alcanzar sobre ellos el gran Napoleon? ¿Cuántos son los hechos de armas, ni cuáles las victorias del ejército de Angulema, que pueden oponerse ventajosamente á los hechos y á las derrotas de los generales Duppont, Soult, y Massena? ¿De cuántas plazas, ni de cuántas ciudades se apoderó el ejército ultramontano en 1823, peleando cuerpo á cuerpo, en que ostentase su pericia el general príncipe y su valor y denuedo los cien mil quintos novatos en la guerra? Y por último, ¿á quién sujetó, á quién dominó, cuáles fueron las conquistas gloriosas en España de ese ejército sin igual en los fastos militares franceses; cosas todas que nosotros los españoles ignoramos? Sépase de hoy, mas, que acá no hemos visto en la tan decantada intervencion francesa otra cosa que un socorro, algo mezquino sin duda (tal vez por no esponerse á perderlo todo), de las potencias del norte, dado en hombres, armas y dinero franceses á la miserable regencia de Urjel; socorro que esta tuvo á bien distribuir luego entre el fraile Trapense, el cura Merino, Chafandin, Misas, Hierro, Santos Ladron y otros de igual calaña. Y harto sabe el mundo, y Chateaubriand no lo ignoraba, que si Fernando VII salió salvo y libre de su prision de Cádiz, á nadie se lo debe sino á la nunca desmentida lealtad española; del mismo modo que, si la Constitucion vino por tierra, esto fué obra de españoles y solo de españoles, como españoles eran los que la proclamaron. Pero á fe que el mismo embajador, ministro y administrador de la intervencion francesa, nos dirá, sin querer tal vez, lo que haya de cierto en esto. Desde luego encontramos en la página 117, tomo I, de su historia del Congreso de Verona, lo siguiente: «Los españoles en vez de oponerse á la invasion francesa, acogieron á nuestros soldados como á libertadores.» Seguimos mas adelante, y hallamos en la página 139, marcada la línea de conducta que han de seguir los invasores en las siguientes bases de Chateaubriand: 1.° «Declarar por una proclama, al entrar en España, que no se trata de atacar su independencia, ni de imponer leyes á la nacion española, ni de dictarle su forma de gobierno, ni de mezclarse en nada de lo que concierne á su política interior. 2.° Hacer que nuestros soldados lleven la escarapela española, ocupar las ciu-

dades y villas en nombre de Fernando, enarbolar en todas partes el pabellon español al lado de la bandera blanca, y no hablar jamas sino en nombre de las autoridades españolas, que se irian restableciendo en todas partes á medida que avanzásemos. 3.° Marchar hasta el Ebro, establecerse en él, y no pasar adelante sino en caso de absoluta necesidad. Suministrar armas y dinero á los españoles fieles; dejarles terminar por sí mismos la contienda, limitándose á apoyarlos en ciertas posiciones para asegurarles la victoria. 4.° Declarar que no se pretende ocupar la España, ni hacerle pagar los gastos de la guerra; ofrecer sin cesar la paz, y retirarse tan pronto como se haya entrado, luego que las circunstancias lo permitan.» Damos otro paso mas y tropezamos con la página 247 de dicha historia; en ella se lee: «¿Cuál era el estado de la península en el momento en que los franceses pasaron el Vidasoa? ¿No se estendia la guerra civil hasta las puertas mismas de la capital? ¿La Cataluña no estaba toda armada? ¿Valencia no estaba amenazada de un sitio? ¿No estaba el reino de Murcia en una completa insurreccion? ¿No se batian en las calles de Madrid? ¿No se nos recibió aquí como á libertadores, mas bien que como á enemigos?» Y finalmente avanzamos hasta la página 350, en la cual escribe su autor lo siguiente: «Imposible nos hubiera sido dar un paso del otro lado de los Pirineos sin contar con las poblaciones.» Ahora bien, ¿se quiere mayor prueba de que el denominado ejército frances invasor, no adquirió, no ya mayor gloria sobre los españoles que las formidables huestes de Bonaparte, pero ni aun otra cosa que envilecerse y deshonrarse al prestar su ayuda y servir de escolta á miserables hordas de asesinos é incendiarios? ¿Se necesita algun dato mas que acredite la ridícula presuncion y jactancia necia del ministro frances, sobre la guerra de España? Pues si en efecto se quisiera, si todavía se necesitase, allá van esas líneas trazadas por el héroe de la intervencion que no dejan la menor duda del valor de este, de su audacia, de la superioridad de su génio sobre el del coloso del siglo, y en una palabra, de la independencia, de la libertad con que obró, por lo cual á él solo es debido todo honor y gloria, todo entusiasmo, toda admiracion. «Las disposiciones de la alianza respecto á la España son las siguientes: La Rusia está en un todo á favor nuestro; el Austria nos apoya en esta cuestion; la Prusia sigue al Austria; y finalmente la guerra con España es el voto esplícito de estas potencias.» Ademas, con esta intervencion armada, no consiguió Chateaubriand alguno de los objetos que se proponia: puesto que, tanto en el interior como en el esterior de la Francia, todo el mundo se apercibió luego de que aquel ejército era un ejército bisoño, bastante mal organizado por cierto, é incapaz de resistir todo entero á cien granaderos de la antigua guardia. Las potencias del norte, por su parte, no se asustaron de verle, como pensaba Chateaubriand, y por lo tanto no se dieron prisa á modificar los tratados de Viena. Tampoco se logró por esto, que al reconocer la independencia de las colonias españolas, se estableciesen aquí monarquías para los Borbones, otro sueño del poeta ministro. Y finalmente, la Francia no tuvo en cuenta para nada la subordinacion y disciplina del grande ejército, cuando á los pocos años destronó la legitimidad. Queda pues demostrado que *la empresa jigantesca, el acontecimiento mas grande de la vida política* de Chateaubriand, fué una empresa ridícula, un acontecimiento vergonzoso de que solo podria jactarse un hombre falto de sentido comun, un diplomático obstinado en disculpar su mas torpe error, ó un poeta frances. Esto no obstante, la Francia no se apercibió por completo de lo bien que habia servido con la mencionada espedicion los intereses de las potencias absolutistas, sino cuando vió á sus respectivos mo-

narcas mandar condecoraciones y honores al ministro espedicionario. La Rusia le nombró caballero de la órden de San Andres: Prusia del Aguila negra: Cerdeña de la Anunciada: España del Toison de Oro, y hasta Portugal de la de Cristo. Entonces fué cuando reconociendo el monarca, bien á sí como los demas ministros, su gran desacuerdo, destituyeron solemnemente á Chateaubriand, para premiarle tambien, segun lo merecian, sus grandes servicios prestados á la Francia. El ex-ministro por su parte, volvió á colocarse al frente de la oposicion realista, y en ella continuó hasta que, muerto Luis XVIII y exaltado al trono Cárlos X, se le dió la embajada de Roma en premio á su folleto titulado: *El rey ha muerto: ¡Viva el rey!* Lo que en esta embajada hizo, el mérito que contrajo como encargado de negocios, cerca de la Santa Sede, para con su propio pais, él nos lo dirá en la página 49 de sus *Memorias*; sino con toda la moderacion y modestia apetecibles, al menos con una exactitud que desdice poco de nuestras noticias. «En primer lugar se habrá notado que atiendo á todo; que me ocupo de Reschid-Pacha y de Mr. de Blacas; que defiendo contra todo el mundo mis privilegios y derechos de embajador en Roma: que soy cauteloso, falso, astuto hasta el punto de no contestar por escrito á una carta de Mr. de Funchal, quien se hallaba en una posicion dudosa, pero al cual visité por refinamiento de astucia, á fin de que no pudiera enseñar un solo renglon mio, y de que al propio tiempo quedara satisfecho. No hay una sola palabra imprudente que reprender en mis conversaciones con los cardenales Benetti y Albani, que fueron los dos secretarios de Estado; nada se me escapa, desciendo á los mas íntimos detalles; restablezco la contabilidad de los franceses en Roma, de un modo tal que subsiste con las bases que yo dí. Con mirada de águila descubro que el tratado de la Trinidad del Monte, firmado entre la Santa Sede y los embajadores Saval y Blacas es abusivo, y que ninguna de las partes tenia el derecho de estipularlo. Pasando de ahí á la gran diplomácia, y elevándome mas, doy por mí y ante mí la esclusion á un cardenal, porque un ministro de Estado me dejaba sin instrucciones y me esponia á ver nombrar pontífice á una hechura del Austria. Me procuro el diario secreto del conclave, cosa que ningun embajador jamas pudo obtener, y mando dia por dia la lista nominativa de los escrutinios. No miro con indiferentes ojos á la familia de Bonaparte, ni renuncio á precisar, valiéndome de finos procederes al par que astutos, al cardenal Fesch, á que dé su dimision de arzobispo de Leon. Si un *carbonario* se mueve, lo sé, y juzgo de la mayor ó menor verdad de la conspiracion; si algun sacerdote intriga, lo sé tambien y destruyo los planes que se formaron para alejar ó desviar a los cardenales del embajador de Francia. Finalmente, descubro que el cardenal de Latil deposita un secreto importante en el seno del penitenciario mayor. ¿Se está satisfecho? ¿Se llama esto ser un hombre que sabe su profesion?» De Roma regresó el diplomático á Paris, pasando luego á Cauterets en el Pirineo, en cuyo punto se encontraba tomando los baños, cuando recibió la noticia de la caida del ministerio Portalis y la subida del príncipe Polignac al poder. Entonces se trasladó inmediatamente á la corte, hizo su representacion contra aquella medida al monarca, y como viera que no era atendido, presentó al punto su dimision. Los sucesos de julio le encontraron todavía en Paris, y en aquella época hizo Chateaubriand cuanto pudo porque no dejara de reinar la dinastía borbónica. Tanto en la Cámara con sus discursos, como en la prensa con sus escritos, abogó fuertemente por la causa de Enrique V; sin embargo, su voz no fué escuchada, ni sus artículos apreciados, porque los partidarios del nuevo régimen no podian

olvidar que el abogado del nieto de Cárlos X lo habia sido antes de la libertad de imprenta y otras libertades, cuyo ejercicio acababa de prohibir ahora el monarca. Chateaubriand, empero, para dar mayor importancia y solemnidad al acto, y que nunca se pusiese en duda su lealtad á los Borbones, el último dia que ocupó la tribuna se fué al vestuario cuando concluyó, quitóse el uniforme de par, la espada y el sombrero de plumas, descosió la escarapela blanca, metióla en el bolsillo del pecho de su levita, y mandando al criado que se llevase estos atavíos, y sacudiendo el polvo de sus piés, abandonó (dice él) aquel palacio de traiciones para no volverle á pisar jamas. Otra prueba, tambien, muy incontestable de su adhesion á los Borbones, dió el ex-embajador y el ex-ministro en el palacio real, cuando, llamado por el duque y la duquesa de Orleans, se negó obstinadamente á tomar partido con Luis Felipe y á seguir desempeñando la embajada ó el ministerio, á su eleccion. Pero hé aquí que hemos llegado ya al término de su carrera política, pues si bien el resto de sus dias lo pasó siendo el corre, ve y dile de la legitimidad, trayendo y llevando memorias del hijo para la madre, y de esta para los abuelos, corriendo de ceca en meca, con encargos y comisiones de poquísima importancia, todo esto lo hizo, como se supone, de una manera no oficial. Ahora, lo que sí merece referirse y otorgarse por ello alguna consideracion á su autor, es la publicacion de su obra titulada: *Estudios históricos*. En este escrito, que no consta menos que de cuatro tomos voluminosos, deja ver claramente Chateaubriand, las muchas noticias que habia llegado á reunir de las épocas mas antiguas, y su buen criterio al compararlas con las modernas. Tambien es obra de mérito, literariamente hablando, la titulada *Memorias de Ultra-tumba*, en cuya redaccion se ocupó su autor por espacio de treinta y cinco años, y la cual no viene á ser otra cosa que una apología de toda su vida, y una sátira mordaz contra la mayor parte de los personajes que figuraron en su tiempo. Para el flagrante diplomático, para el incomparable hombre de Estado, autor de la guerra de España, el coloso del siglo es el hombre mas torpe y criminal que se ha visto, el duque de Wellington un presuntuoso, indigno de su fama, Mr. Caning poco sagaz, Mr. de Montmorency un cobarde, Mr. de Villele un ingrato y un ambicioso, el cardenal Fesch, tio de Napoleon, un pobre hombre, el príncipe de Metternick poco conocedor del espíritu de la época, Luis Felipe de Orleans un hombre sin honor y sin vergüenza, Mr. Tiers algo menos que una mediania, Mr. de Lamartine un principiante, y en una palabra, todo cuanto le rodea y goza de alguna fama, todo cuanto durante su vida se ha tenido por grande y de estraordinario mérito, todo le parece defectuoso á Chateaubriand, y en todo encuentra motivo para ejercitar su crítica, menos en las acciones que él por sí ha ejecutado. Allá van esas líneas, tomadas aquí y acullá, en varios lugares de dichas *Memorias*, como prueba irrecusable de nuestro anterior aserto. «Yo era el hombre de la restauracion de *posible* existencia. Conozco perfectamente que ninguna de mis facultades ha degenerado: comprendo mejor que nunca el espíritu de mi siglo; y penetro mas osadamente que nadie en lo porvenir.—Mi aparicion en las letras hizo una revolucion en ellas: lo mismo sucedió en la política, y formulé los principios del gobierno representativo.—Mi sino me escogió para encargarme de la poderosa aventura, que bajo el cetro de la restauracion hubiera podido regularizar la marcha del mundo hácia lo porvenir.—Por la guerra de España habia dominado á la Europa, y despues de mi caida fuí el dominador conocido de la opinion.—Prosperaron los Borbones mientras se dignaron prestarme oidos. En cuanto se arrancó el junco que crecia al pié

del trono vaciló la corona y cayó luego: sucede á veces que arrancando una yerbecita se desmorona un edificio.—Me atrevo á decir, que en la época de la guerra de España yo no conocia á nadie capaz de desempeñar el ministerio de negocios estranjeros, y de dirigir las operaciones conforme á mis ideas.» Estas *Memorias* no han visto la luz pública hasta despues de la muerte de Chateaubriand, con arreglo á lo que él mismo tenia dispuesto, y por lo cual las dió el indicado título de *Ultra-tumba.* Falta pues en ellas todo lo referente á los últimos momentos de su vida; estos son poco curiosos, y no ofrece otra novedad su muerte, sino que despues de ella fué enterrado en el Grand-Be, pequeño islote de la rada de San Maló, donde se habia hecho construir en vida una humilde sepultura. Allí yacen los últimos restos de aquel hombre inconsecuente y singular, que al lado de sus folletos *Bonaparte y los Borbones*, *El rey ha muerto, ¡viva el rey!* y aquel otro en defensa de la madre de Enrique V que concluye: *¡señora, vuestro hijo es mi rey!* puede presentar su *Historia del Congreso de Verona*, en donde se lee: «Los reyes no tienen para mí mayor atractivo que yo para ellos.—Tengo la cabeza muy fria y mi corazon no ha latido jamas por los reyes.—Es evidente que Fernando VII hubiera incendiado el reino con su cigarro; los soberanos de este tiempo parecen nacidos para perder una sociedad condenada á perecer,» de aquel hombre, en una palabra, que para definir bien su carácter ha escrito afortunadamente estas líneas, las mas á propósito para sacarnos á nosotros de un compromiso, y con las cuales terminarémos ya, esta casi interminable biografía. «En política, el calor de mis opiniones no escedió jamas á la longitud de mi discurso ó de mi escrito; en la existencia interior y teórica soy el hombre de los ensueños, y en la esterior y la práctica el de las realidades. Arreglado y aventurero, metódico y apasionado, nunca existió ser que fuera á un tiempo ni mas quimérico ni mas positivo, ni mas ardiente ni mas glacial que yo; soy, en una palabra, estraña mezcla y masa que formó la diversa sangre de mi padre y de mi madre.»

CHATEIGNERAYE (Francisco de Vivonne, señor de la), noble frances, nació en 1520. Era uno de los hombres mas vigorosos de su tiempo, así como uno de los mas diestros en los juegos caballerescos de entonces. Ocasion hubo en que por tres veces consecutivas se le vió arrojar la lanza y volverla á coger al vuelo, sin que hubiese entre los caballeros que formaban la corte de los reyes Francisco I y Enrique II, quien le aventajase en la suerte llamada de la sortija, en la que jamas se verificó que dejase de salir triunfante. No menor que en la sortija era su habilidad en la lucha, por lo que todos, si no le temian, le respetaban, particularmente desde que le vieron coger á un animoso toro de las astas y derribarle en tierra con pasmosa facilidad, hazaña que tambien por aquel tiempo habia quien la hiciese del otro lado de los Pirineos con toros mucho mas bravos, no faltando tampoco quien, si hemos de dar crédito á las historias, con la sola ayuda de su espada separase la cabeza de la fiera del tronco, lo cual no honra menos al brazo que lo ejecutaba que al temple de las famosas armas españolas. A pesar de la gran reputacion de la Chateigneraye, no faltó quien atendiendo mas á la ofensa que al valor del enemigo, se desafiase con él y solicitase el permiso de Francisco I para llevar á cabo el duelo. Era este otro bizarro caballero frances, llamado Guido de Chabot, señor de Jarnac, cuya fama sin embargo no llegaba ni con mucho á la de su temible adversario. El rey, conociendo el valor de ambos, les negó su licencia para el combate, tal vez porque creyó que así les obligaria á reconciliarse. Desistieron por entonces los dos, pero á la muerte de Francis-

co, acudieron con la misma súplica á su sucesor, quien consintió en ello, destinándose para teatro de aquella lid el parque de San German, y presentándose en el dia aplazado, que fué el 10 de julio de 1547, el rey Enrique, el condestable de Francia y otros muchos señores, á ser testigos de la satisfaccion que los dos irreconciliables enemigos anhelaban dar á su honra. No podian creer los espectadores que la Chateigneraye fuese vencido; la resolucion de su contrario pareciales una loca temeridad, y mas que admiracion les inspiraba lástima, figurándoseles, desde el momento en que se puso delante de aquel, víctima de la notoria superioridad del esforzado caballero. Pero bien pronto el éxito demostró lo contrario: herido el de Vivonne en una corva, tuvo que abandonar el campo, y su rival, ufano con la victoria, suplicó al rey se dignase disponer de la persona del mismo á quien momentos antes miraban todos como invencible. Llevado la Chateigneraye á su tienda por órden del monarca, fué tanto su despecho y la vergüenza que le causó su derrota, que en un acceso de rabia se arrancó la venda, perdiendo gran cantidad de sangre y empeorando, en tales términos la herida, que á los tres dias dejó de existir, no obstante el empeño que se puso en salvarle. A consecuencia de este suceso, Enrique II declaró que no volveria á dar su licencia para semejantes combates, y los duelos en campo cerrado terminaron para siempre en Francia, sucediéndoles los particulares, que no han hecho derramar menos sangre, si bien no tan ilustre, por la saludable inclinacion á la paz y á la conservacion del individuo que se advierte en los actuales caballeros. La cuchillada que Guido de Chabot dió á su adversario, quedó en proverbio entre los franceses, y se llamó *golpe de Jarnac*. Los duelistas de nuestros dias, esgrimidores de mas conciencia que los antiguos, dirigen los suyos á mas elevadas regiones, á riesgo de no tocarse. El golpe de Jarnac seria hoy un anacronismo en un desafío.

CHATEL (Juan), natural de Paris, hijo de un mercader de paños. El 27 de diciembre de 1594, un jóven de aspecto melancólico, que al parecer acababa de salir de su tercer lustro, entraba en el palacio del Louvre con aire siniestro, é introducíase en la estancia de Gabriela de Estrees, donde á la sazon se hallaba Enrique IV, rodeado de sus grandes que le felicitaban por su vuelta de Picardía. Este jóven era un estudiante llamado Chatel, á quien el fanatismo habia inspirado un horrible pensamiento. En el momento en que penetró en la régia estancia, dos señores se inclinaban respetuosamente delante del monarca, y este les tendia la mano para levantarles. El mancebo, atravesando resueltamente por entre la noble comitiva, adelántase hácia Enrique, saca un puñal que llevaba oculto, y le hiere en el lábio inferior rompiéndole un diente. El rey mira alrededor, ve una mujer llamada *Maturina*, que hacia algun tiempo seguia á la corte, y á la que todos tenian por loca, y esclama: «¡Qué demonio de loca! me ha herido.» Tan rápida habia sido la accion de Chatel que ninguno se habia apercibido de ella. Pero la loca corre á cerrar la puerta, y la turbacion descubre al regicida; el conde de Soissons le asegura por su propia mano, regístranle, y el puñal, manchado con la sangre del soberano, cae en tierra, aumentando la confusion del asesino, que al fin confiesa su crímen. «Abrid las puertas, grita Enrique, y dejadle; no ha hecho mas que herirme levemente.» Mas, ora fuese por adular al rey manifestándole el mayor celo por su seguridad, ora porque los testigos de aquella atrevida accion la juzgasen realmente imperdonable, el delincuente fué conducido á una prision, donde interrogado, respondió que habiendo contraido desde el principio de su adolescencia un hábito infame, que en varias ocasiones habia tratado de

desechar inútilmente, y deseando espiar sus culpas con la muerte de un rey hereje, delito que en el colegio le solian representar como un acto meritorio, se habia arrojado á cometerlo con la esperanza de alcanzar su salvacion. Los jueces, por ver si declaraba otra cosa, mandaron darle tormento, y el jóven sin hacer mas declaracion lo sufrió con un valor increible. Dos dias despues se pronunció y ejecutó la sentencia, llevando el reo en la mano el puñal con que cometió el crímen. La mano y el puñal cayeron al mismo tiempo, en el suplicio, bajo la cuchilla del verdugo, y el desventurado mozo, sin dar el menor indicio de arrepentimiento, fué atenaceado y descuartizado por cuatro potros, despues de lo cual sus miembros fueron quemados y sus cenizas esparcidas por el viento.

CHATELAIN (Martin), ciego de nacimiento, nació en Warwik en el siglo XVII. Construia con singular perfeccion diferentes instrumentos de cuerda, tales como violines, violas, etc. Un dia le preguntaron qué era lo que mas deseaba ver, y respondió: «Los colores, porque casi todo lo demas lo conozco en el tacto.—¿Y no preferiríais á eso ver el cielo? le replicaron.—No, añadió el discreto Chatelain, mas quisiera tocarle.» Esta respuesta ha dado mas celebridad al buen ciego que sus magníficos instrumentos músicos.

CHAUMETTE (Pedro Gaspar), nació en Nevers el 24 de mayo de 1763. La humildad de la clase á que pertenecia no fué obstáculo para que su padre, á quien el oficio de zapatero proporcionaba algunas comodidades, se propusiese darle una educacion esmerada, que desgraciadamente no produjo los resultados que apetecia. El jóven Chaumette, demasiado inquieto por sus años y su carácter, mas que independiente, turbulento, abandonó cuando mas podia esperarse de sus disposiciones, la casa paterna, y se embarcó en clase de grumete. No debió de parecerle mucho mejor que la que dejaba su nueva carrera, pues á poco tiempo se le vió en Paris, donde le cogió la revolucion. Ya por entonces habia hecho conocimiento con el célebre Camilo Desmoulins, el cual, conociendo el partido que podia sacar de su audacia, y viendo su entusiasmo por las ideas que á la sazon empezaban á reinar en Francia, le encargó que arengase al pueblo. Desempeñó Chaumette su comision con el calor propio del que da el primer paso en la senda que su ambicion le indica, como la mejor para salir de su oscuridad, á lo que debió el ser admitido en el club de los jacobinos y acaso el que se le llamase para formar parte del periódico *Las revoluciones de Paris*, en cuya redaccion se distinguió por la exageracion de sus principios. Sea que, en efecto, esta estuviese en su manera de ver las cosas, ó que él la considerase como un medio de alcanzar reputacion y medrar, Chaumette era uno de los mas exaltados jacobinos, y aun muchas veces les dejaba atras, no solo en las juntas, sino tambien en las matanzas, como sucedió el famoso dia 10 de agosto, cuyos desórdenes hirieron de muerte á la revolucion. Nombrado procurador del ayuntamiento, á causa de sus opiniones avanzadas, dicen que respondió así al presidente que le preguntaba su nombre: «En el antiguo régimen me llamaba Pedro Gaspar, porque mi padrino era un imbécil que creia en santos; pero ahora me llamo *Anaxágoras*, porque quiero únicamente por patron á un santo que sufrió el martirio por su republicanismo.» Pero el republicanismo de Chaumette, como el de casi todos los jacobinos, era una especie de delirio, que santificaba los crímenes, proscribiendo á la misma libertad que apellidaba. Confundida esta con la licencia, lejos de aumentar el número de sus partidarios, halló tantos enemigos, como amantes del progreso y del órden habia en Francia. Los errores de los que á sí mismos se llamaban sacerdotes de

la calumniada deidad, alejaron de su templo á sus adoradores, y sirvieron de pretesto á los enemigos de su culto para desacreditarlo. No fué Chaumette en su nuevo destino mas moderado que hasta entonces; la calentura que le agitaba ponia en su boca los discursos mas incendiarios; su voz de trueno, su audacia imperturbable, le daban cierta influencia entre los hombres de su partido, es decir entre los mas exaltados y ambiciosos de la faccion de Hebert, con quien trabó estrecha amistad. Pronto esta influencia creció, estendiéndose hasta la misma Convencion nacional, que no se atrevió á negarle su aprobacion para la formacion de un tribunal, que no debia causar menos males á la causa de la verdadera libertad, que la ley contra los sospechosos y alguna otra, propuestas segun parece por Chaumette, y aprobadas del mismo modo por la asamblea. Un biógrafo, no de los mas desapasionados por cierto, á juzgar por el tono agrio con que habla de cuantos personajes figuraron en la revolucion, atribuye á nuestro jacobino las siguientes palabras, despues de referir que, añadiendo el delirio á la atrocidad de los principios, quiso hacer decretar que todos los habitantes de Paris llevasen zuecos en lugar de zapatos, y que los jardines de las Tullerías y del Luxemburgo se sembrasen de patatas: «Con patatas, decia, deben mantenerse todos los franceses», y no obstante, añade el mismo biógrafo, se presentaba muchas veces en el ayuntamiento embriagado, siendo entonces cuando mejor hablaba. El carácter inquieto y suspicaz de Chaumette asemejábase algo al de Marat. No solo le hacia mirar con horror á sus enemigos políticos, sino á los mismos republicanos, á los cuales trató de proscribir formando una fraccion nueva con algunos municipales tan insensatos como él. Verdad es que, como hemos dicho antes, la libertad podia ser la bandera, mas nunca el verdadero objeto de la adoracion de hombres que, como Chaumette, se entregaban á los mayores escesos, impropios del buen republicano. Ni aun la religion de sus padres respetaban aquellos miserables. Las fiestas de la Razon sustituyeron bien pronto á las del verdadero Dios con escándalo de toda Europa. La faccion de los Hebertistas, uno de cuyos jefes era el personaje de la biografía que nos ocupa, consiguió, aunque solo por un momento, sofocar la fe en los corazones republicanos. Pero ni Robespierre, ni Danton, ni otros muchos tomaron parte en las impiedades que con motivo de aquellas fiestas sacrílegas se cometieron. Chaumette con su acostumbrada audacia se presentó delante de la Convencion, á darle cuenta de la primera celebracion de los nuevos misterios. Precedíale una comparsa de jóvenes tocando diferentes instrumentos, y entonando canciones alusivas á la ridícula festividad que se solemnizaba. Iban detras algunos huérfanos, á quienes la nacion tomaba bajo su tutela, demostrando en esto la tendencia humanitaria de aquella misma revolucion, que locas ambiciones, al par que una funesta exageracion de principios, desviaron de su camino, sumergiendo á la Francia en un mar de sangre. Una multitud de jacobinos venia despues ostentando el gorro colorado en la cabeza, y dando atronadores vivas á la *montaña* y á la república. Cuatro hombres llevaban en unas andas guarnecidas de guirnaldas de encina á una jóven actriz de la ópera, llamada *la Maillard*, la cual representaba á la diosa del dia, á la *Razon*. Los hermosos cabellos de la deidad formaban vistosas trenzas; ceñia airosamente sus sienes el gorro colorado ó republicano, una lanza resplandecia en su diestra, y de sus miembros torneados colgaba un magnífico manto azul. La belleza de aquella mujer, á quien con razon llamó luego Chaumette en su discurso *Obra clásica de la naturaleza*, contribuia poderosamente á aumentar el entusiasmo de los sectarios del moderno culto. El impío jacobino, al concluir la arenga que dirigió á la Convencion,

osó proponer que la que hasta entonces habia sido metrópoli de Paris, se llamase en adelante *Templo de la Razon*, y Chabot poniéndose de su parte, influyó para que la asamblea lo decretase, á pesar de la repugnancia de algunos de sus miembros. Pero el ídolo no debia ocupar por mucho tiempo el lugar que usurpaba. A la fiesta de la Razon sucedió la del *Ser Supremo*, y pronto se leyó encima de casi todas las puertas de las iglesias de Paris esta inscripcion: *¡Los franceses creen en Dios!* Al arresto de Hebert, del prusiano Cloots y otros de la faccion atea, siguió el de Chaumette, al que su popularidad solo sirvió de escudo algunos dias, no bastando á librarle de la guillotina, donde terminó su existencia el 13 de abril de 1794. Dicen que en la prision le faltó el valor en tales términos, que irritados sus compañeros le insultaron, recordándole la osadía con que les arrastró á cometer los crímenes que iban á espiar; pero que recobrando su energía en el cadalso, alzó la voz para pronosticar la misma suerte á Robespierre y á los que le condenaban.

CHAVES (Nulfo de), capitan español. En 1557 partió del Paraguay por órden del gobernador, con una flotilla y doscientos soldados, con el objeto de establecer una colonia en el territorio de los indios jarayes. En la provincia de Chiquitas ó Matogroso tuvo noticia de la existencia de varias minas de oro, y penetrando mas adelante en el pais, fué bien recibido de los indios paisuris, jaramasis y saramacosis, mas no así de los trabasicoris, que le atacaron en diferentes ocasiones, aunque con poca fortuna por el valor y la disciplina de la gente que llevaba. Resuelto á formar un gobierno independiente del Paraguay en las tierras que habia descubierto, pidió al virey del Perú autorizacion para ello, y habiéndola obtenido, fundó en 1560 la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, donde revestido con título de virey permaneció con su familia hasta su muerte, cuya fecha no hemos podido averiguar.

CHENIER (José), célebre poeta dramático, nació en Constantinopla en 1764, é hizo sus estudios en Paris, adonde le llevaron siendo todavía muy jóven. Siguió en un principio la carrera militar, sirviendo en clase de oficial en un regimiento de dragones; pero, mas inclinado á las letras que á las armas, pidió su licencia y se dedicó á escribir, particularmente para el teatro, con tanto éxito, que acaso hasta entonces no se habian visto obras mas aplaudidas que las suyas en la escena francesa. Empezaba entonces la revolucion, y Chenier, ardiente republicano, trató de darle impulso con sus obras dramáticas, presentando á los ojos del pueblo en cuadros animados y patéticos los horrores de la tiranía, que deseaba desterrar para siempre de la Francia, y las virtudes cívicas, con cuyo ejemplo queria escitar á sus conciudadanos, á imitar las grandes acciones de los héroes de la antigüedad. Sus tragedias Cárlos IX, Enrique VIII y la muerte de Calais, produjeron un entusiasmo frenético en los espectadores; la de Cayo Graco puso el sello á su reputacion de patriota y poeta. El nombre de Chenier se hizo tan popular en el espacio de dos ó tres años, que acabó por eclipsar á las demas glorias literarias de la época. No solo el teatro, la poesía lírica brindó tambien con sus triunfos al afortunado escritor, y sus himnos y canciones en loor de la república, repetidos en todas las fiestas, aumentaron, si cabia, su popularidad. No siempre acompaña el mérito literario á las composiciones de circunstancias; pero la revolucion francesa, tan fuera en todo lo comun de las revoluciones, no podia menos de inspirar cantos vigorosos y llenos de fuego á un poeta de las cualidades de Chenier. La mayor parte de sus obras viven aun, y son leidas con gusto hasta por aquellos cuyas opiniones son mas opuestas á las máximas de que el

autor las ha sembrado. La política, en la que á la sazon era casi imposible no tomar parte, abrió nueva senda á los vastos talentos del cantor republicano, y la Convencion le recibió en su seno en 1792, desde cuya época hasta 1802 fué individuo de todas las asambleas legislativas. Las ideas que habia espuesto en sus dramas, su misma imaginacion volcánica, le arrastraron á ser de los mas exaltados en sus discursos; mas no por eso se le vió señalarse en las proscripciones injustas de aquellos tiempos, que acaso en su interior rechazaba con toda la indignacion de un patriota. Acusáronle sin embargo de haber contribuido á la muerte de su hermano, cuya pérdida habia lamentado en una de sus mejores composiciones; pero su reputacion venció á la calumnia, y obligó á desistir á sus enemigos. Sucedió Chenier á la Harpe en el Ateneo de Paris, y publicó todavía algunos escritos, así políticos como sobre otras materias, siendo encargado por el instituto de recopilar las obras que mas habian honrado la literatura francesa desde 1788 hasta 1808; trabajo que no vió la luz hasta su muerte, acaecida en 1811. El puesto que acababa de dejar en el instituto el ilustre poeta, fué ofrecido á Chateaubriand, quien no quiso pertenecer á aquella corporacion hasta que volvió á tomar el nombre de la academia francesa. Hermano de José es el célebre Andres Chenier, tan conocido por sus bellísimas poesías; algunos artículos que publicó en 1792 en el *Diario de Paris*, irritaron á los jacobinos, de tal suerte, que le hicieron condenar á muerte dos años despues por el tribunal revolucionario, cuando apenas tenia 31 años.

CHEOU-SIN, ó TCHEOU, último emperador de la segunda dinastía china, llamada Chang, subió al trono el año 1154 antes de la era cristiana. La historia de su imperio parece una horrible fábula, inventada por una imaginacion enferma, segun lo atroz y estravagante de los crímenes que hasta la última página la manchan y ennegrecen, sin que una sola virtud, ni un solo rasgo digno de un monarca, venga á disipar la desagradable impresion que causa tan estraordinario cúmulo de maldades. Cheou-Sin fué en la China lo que Neron en Roma. Como este, atrajo sobre sí el ódio de sus súbditos, desplomando en su caida una dinastía que contaba seiscientos cuarenta y cuatro años de gloriosa existencia. Hay entre los dos tiranos tan espantosa semejanza, que casi podria asegurarse que en iguales circunstancias uno y otro hubieran cometido las mismas atrocidades. Al lado del emperador de Roma veíase á una mujer ambiciosa hasta el delirio, cruel y desenfrenada; al lado del soberano de la China sentábase en el trono del império otra mujer de tan detestable corazon como aquella, entregada á los mismos escesos y desórdenes. La una, Agripina, era la madre del emperador; la otra, Tan-ki, su esposa. A la natural perversidad de esta, que para mal de los pueblos que la obedecian, ejercia una funesta influencia sobre Cheou-Sin, atribuyen los historiadores, todos, ó gran parte de los crímenes de este. Segun ellos, logró persuadir á su marido de que la salvaguardia mas segura de los monarcas era el terror, y de que solo por él seria respetado de sus vasallos. Para animarle á seguir tan bárbaros consejos, añadió el ejemplo á las palabras, inventando multitud de suplicios á cual mas terribles. Describirémos uno de ellos para dar á nuestros lectores una idea de lo que en materia de ferocidad alambicaba aquella odiosa mujer, que hacia una especie de estudio de la manera de atormentar á sus súbditos, complaciéndose en sus dolores como si tuviese á la vista el mas alegre espectáculo. Esta obra maestra de la crueldad mas fria y bárbara que ha manchado la historia, consistia en una columna de bronce hueca, barnizada por fuera con pez y resina, á la que daban fuego lento hasta que quedaba he-

cha ascua. Conseguido esto, despojaban al paciente de sus vestidos, y le amarraban á ella con fuertes cadenas de hierro, de manera que sus brazos y piernas permaneciesen sujetos y estrechamente enlazados al candente tronco, con cuyo fuego sus carnes, tostadas al principio, iban lentamente consumiéndose hasta desaparecer enteramente, dejando limpio y mondado el esqueleto, abrazado á la enrojecida columna. La vanidad de la emperatriz competia con su perversidad natural y arraigada. No considerando suficiente el fausto con que vivia en su magnífico palacio, centro de todas las comodidades que ha inventado la molicie, y del mas refinado lujo, mandó construir una soberbia torre de mármol, á la que dió el nombre de *torre de los ciervos*, en cuyo adorno interior empleó parte de las riquezas del imperio, haciéndola circuir de un jardin que dejaba atras á los mas vistosos que en aquellas regiones se habian visto, é iluminar con una prodigiosa cantidad de lámparas que jamas se apagaban. Seis meses pasaban todos los años en aquel espléndido recinto ambos esposos, sin mas objeto que el de entregarse á los mas repugnantes escesos, con la comitiva de jóvenes del uno y el otro sexo que les acompañaban. Gemian en tanto los pueblos, y los grandes y ministros buscaban un medio de salvar al Estado de la ruina completa que le amenazaba, cuando uno de ellos, Kieu-kon, conociendo cuánto convenia arrancar del corazon del emperador la pasion que profesaba á su mujer, para inclinarle á la dulzura y á la humanidad, que enteramente habia llegado á desconocer, probó á hacerle olvidar á la emperatriz, presentándole una jóven de no menos belleza, aunque la de Tan-ki era estremada, virtuosa y discreta que le inspirase un amor tierno y puro que con el tiempo borrase las huellas del otro. Reunia todas estas prendas la elegida, pero á pesar de su inesperiencia, obedeció temblando las imprudentes órdenes de sus padres, entreviendo el peligro á que la esponian. Menos perspicaces ellos, cedieron á los ruegos de Kieu-kon, sin considerar que lo que este les pedia no era nada menos que el sacrificio de su hija, á la que mandaron seguir en todo las advertencias del ministro, y ayudarle con todas sus fuerzas en la difícil empresa de la conversion ó enmienda del soberano. La singular hermosura de la doncella, no produjo sin embargo, en Cheou-Sin, el efecto que esperaban los que la introducian en palacio; solo despertó en él brutales apetitos, que luego se propuso saciar admitiéndola como deseaba Kieu-kon á su servicio. La bondad con que la recibió, bastó para acabar de engañar á los que estaban en el secreto; pero el tirano les sacó bien pronto de su error, añadiendo á la larga série de crímenes con que hasta entonces habia escandalizado á sus pueblos, uno no menos horrible que aquellos. Desde el dia en que la desdichada doncella entró á servir al emperador, este, para quien su honestidad y discrecion eran un incentivo mas, no cesó de importunarla con torpes proposiciones. La resistencia avivó la llama de sus impuros deseos, y aun tal vez la misma Tan-ki, sospechando alguna cosa y deseando perder á su rival contribuyó á ello. Cansado el mónstruo de suplicar, apeló por fin á la fuerza; pero la honrada jóven se defendió con el valor que da la virtud aun á los mas débiles, é irritado Cheou-Sin solo pensó en vengarse, asiéndola de los cabellos en un movimiento de ira, y clavando en su inocente pecho un puñal, que, rojo con la sangre humeante de la víctima, sacó y volvió á hundir repetidas veces en un cuerpo sin vida y destrozado, delante de la emperatriz que presenciaba aquella horrorosa escena con la satisfaccion de una mujer celosa y perversa. Ayudado de ella, cortó en seguida en menudos trozos los miembros delicados de la vírgen, y se los envió á su padre, dando órden á los verdugos encargados de aquella cruel comi-

sion, que así que el buen viejo los hubiese reconocido le degollasen. ¿Pero qué no habia de hacer poseido de furor el que á sangre fria no reparaba en llevar á efecto las mayores maldades? Los deseos de Cheou-Sin y de la emperatriz eran leyes, que aun á riesgo de comprometer su trono habian de cumplirse. Un dia les ocurrió á ambos el capricho de saber cómo se forman y desarrollan los fetos en el seno materno. ¿Cómo satisfacer tan singular curiosidad? Los mismos aduladores que componian su corte, acostumbrados á presenciar y aun á tomar parte con frecuencia en los crímenes de sus señores, esprimian en vano su ingenio para conseguirlo. Los tiranos, mas fértiles en recursos, hallaron al cabo el medio y resolvieron ponerlo por obra. Inmediatamente dispusieron que los trajesen cierto número de mujeres embarazadas de distintos meses, é hicieron que les abriesen el vientre, contemplando con la mas inhumana indiferencia el sacrificio de aquellas desgraciadas, al que siguió un exámen detenido de la causa que uno y otro querian averiguar, con su discusion científica correspondiente. Unos mancebos atravesaron á nado en otra ocasion un ancho rio, cuya superficie empezaba á helarse, con admiracion de cuantos les veian desafiar los rigores de la estacion con tan temeraria prueba. Uno de los espectadores, por desgracia, era el emperador, á quien sorprendió del mismo modo la robustez de los nadadores. ¿Residia la causa de aquella fuerza estraordinaria que les hacia insensibles al frio, en la conformacion de sus músculos? Cheou-Sin quiso averiguarlo. Los jóvenes fueron traidos á su presencia, y allí mismo por su órden les rompieron las piernas y los brazos, para satisfacer la bárbara curiosidad del mónstruo. No faltan buenos consejeros á los príncipes. Su número es escaso sin duda, porque para decir la verdad á un soberano no basta tener valor, es necesario escoger un lenguaje tal que no ofenda sus oidos, ni carezca por eso de energía para convencerle, y aun para obligar á callar si es preciso, á la turba de cortesanos vulgares que le rodea. Cheou-Sin, á pesar de su despótico carácter, tuvo tambien quien se atreviese á aconsejarle, si bien con la mesura y templanza que la prudencia y el respeto exigian. Este noble consejero fué su tio y ministro Pikan, hombre de una inflexible probidad, que viendo con dolor hundirse á su pais por la barbárie de su sobrino, quiso hacer un esfuerzo para evitar la caida de ambos. Pero el tirano no lo comprendió así, y volviéndose á él de repente un dia en que le estaba escuchando al parecer con alguna calma, le habló en estos términos: «Recuerdo haberos oido decir, querido tio, que el corazon de los sábios tiene siete cabidades diferentes, y quisiera enterarme hoy de la certeza de esa observacion.» La resolucion estaba tomada: Pikan fué degollado, y su corazon arrancado y traido al emperador, que lo encargó así muy particularmente. Tantas crueldades esparcieron el terror por todo el imperio; la misma familia del tirano no se creyó á cubierto de sus sanguinarios caprichos, y huyó de la corte; los grandes, cuyo temor era mucho mas fundado aun, siguieron su ejemplo, y solo vinieron á quedar al rededor del Neron de la China, algunos miserables ejecutores de sus sentencias de muerte. Ou-Ang, poderoso príncipe feudatario, recibió en sus estados á los fugitivos. La reputacion de sábio y virtuoso que gozaba, movió á estos á suplicarle tomase las armas y marchase contra Cheou-Sin, en lo cual no veria el pais una usurpacion, sino un servicio de inmensa importancia que le sacaria de la postracion en que se hallaba. Vaciló al principio Ou-Ang, mas los ruegos de los refugiados fueron tantos, que al cabo le obligaron á partir al frente de un numeroso ejército. No era menester grande aparato de guerra para derribar al aborrecido monarca; casi todos los príncipes tributarios, y un gran

número de gobernadores se presentaron en el campo de su enemigo; gente de todas clases corrió á alistarse bajo la nueva bandera, y todo en fin, parecia pronosticar el triunfo de la buena causa. Los dos ejércitos vinieron á las manos en las llanuras de Muyado, las mas vastas de la provincia de Ho-nan. La victoria costó algunos esfuerzos, pero al cabo se declaró por Ou-Ang, mientras Cheou-Sin, cobarde como todos los malvados, corria á refugiarse en la capital. A su llegada encerróse en su palacio, y vistióse el mas rico de todos sus trajes, sobre el cual colocó las joyas mas preciosas que tenia, pegando en seguida fuego al edificio. Mas resuelta la emperatriz salió al encuentro del vencedor, adornada como su esposo de sus mejores galas, aunque con muy diferente intencion. Ou-Ang se apoderó de ella y la condenó á muerte, ocupando por aclamacion general el trono el año 1122 antes de Jesucristo.

CHEREAS (Casio), tribuno de una cohorte pretoriana, y jefe de la conspiracion que libertó á Roma de la dominacion bárbara de Calígula. Señalóse por su valor en las guerras de Alemania; pero la rigidez de sus principios y la manifiesta repugnancia con que obedecia las órdenes sanguinarias del tirano, dieron lugar á este á creerle un hombre pusilánime, y á que le insultase, tratándole de cobarde y afeminado. Ardia en deseos de vengarse el pundonoroso romano; pero disimulaba por asegurar mas el golpe. Los juegos palatinos, establecidos en honor de Augusto, ofreciéronle la ocasion que buscaba por la mucha gente que de todas partes acudia á verlos, y reuniéndose á otros varios descontentos, determinó llevar á cabo su proyecto de derribar al mónstruo el cuarto dia de aquellas famosas fiestas. Habiendo tomado asiento Calígula contra su costumbre, uno de los conjurados, llamado Asprenas, temiendo que se malograsen todos sus planes, logró persuadirle á que fuese á tomar un baño, con el objeto de que, pasando por cierta galería subterránea, diese en manos de los conspiradores que allí se ocultaban. Al atravesar Calígula, Chereas le salió al encuentro, y dándole una puñalada, le dejó tendido á sus piés. Pareciéndole todavía pequeña aquella venganza, para tantos ultrajes devorados en silencio, hizo asesinar á Cesonia, mujer del emperador, y á Drusilia, hija de ambos. Los soldados, obstinados en elegir nuevo tirano, cerraron los oidos á las arengas que les dirigió con el fin de impedirlo, y el trono del imperio quedó ocupado por Claudir. Este, queriendo vengar la muerte de su antecesor, mandó castigar á los principales conjurados, en cuyo número perdió la vida con estraordinaria serenidad el altivo Chereas.

CHERILE, historiador y poeta griego de Samos. Todas las noticias que se tienen acerca de su vida, se reducen á saber que nació hácia la olimpíada 73, y que, precisado á abandonar su patria, se fué á Halicarnaso, donde trabó estrecha amistad con Herodoto. Dicen que Arquelao, rey de Macedonia, le tenia en tanta estima, que le asignó una pension de cuatro minas diarias, (1341 rs. 6 mrs.) Los atenienses le pagaron una moneda de oro, por cada uno de los versos de un poema en que celebraba la victoria alcanzada por los griegos sobre el ejército de Jerjes. Ignórase la estension que tendria esta afortunada epopeya, de la cual solo han llegado hasta nosotros algunos versos. Una sola desgracia ocurrió á Cherile, que, por no haber sucedido en su tiempo, es una prueba mas del buen sino con que nació, y es el haber existido hácia la olimpíada 113 otro poeta del mismo nombre, pero tan pobre de númen, que Alejandro el Grande, á quien acompañaba en sus espediciones, solia decir cuando le hablaban de él, «que hubiera querido ser mas bien el Tersites de Homero, que el Aquiles de Cherile.» Menos dichoso que

el vate de Samos, el príncipe macedonio, tuvo el desconsuelo de oir repetidas veces los graznidos de aquel ave agorera del parnaso, que á cada victoria le espetaba un canto capaz de hacer dormir á todas sus tropas á la vista del enemigo. Cansado de sufrirle, y deseando alentarle á la vez, mandó darle un *filipo* por cada verso bueno que hiciese, y un bofeton por los que generalmente escribia. Este singular ajuste fué la sentencia de muerte del poeta, que al cabo de cierto tiempo dejó para siempre de pulsar la lira en honor de Alejandro, de resultas de los infinitos bofetones que recibió por premio de sus tareas literarias. Cherile, el bueno, por el contrario murió rico y colmado de honores en Macedonia, contra la costumbre establecida desde mucho antes que hubiese poetas griegos en el mundo, despues de haber escrito diferentes obras.

CHICLANERO (José Redondo, conocido por el) nació en Chiclana, pueblo situado á tres leguas de la ciudad de Cádiz, el año de 1819. Fueron sus padres José y Dolores Dominguez, quienes sumidos en la mayor miseria, á la época del nacimiento de su hijo, no pudieron proporcionarle una educacion brillante y esmerada. Aplicáronle, sin embargo, al estudio de las primeras letras, y en él hubiera hecho Redondo muy grandes progresos, á no habérselo impedido la aficion loca y decidida que desde muy temprano sintió por el toreo. Pero sucedia que, en vez de ir á la escuela, se encaminaba muy á menudo al matadero de las vacas, y allí aprendia las lecciones de torear de otros aficionados, con mayor perfeccion y prontitud que las que le daba su maestro de leer y de escribir. Tal conducta llegó al fin á noticia de sus padres, quienes emplearon todos los medios que estaban á su alcance para hacérsela abandonar, y obligarle á desistir del temerario empeño que habia formado de ser torero. Esto no obstante, Redondo, conforme crecia en edad, iba cobrando mayor aficion á la lidia de los toros, y á medida que eran mas grandes los obstáculos que tenia que vencer para llegar á sortear algunas reses, tanto mas gozaba y se divertia cuando habia alcanzado su objeto. Fué, pues, preciso, que los que le dieron el ser desistieran de su propósito, y abandonasen á Redondo á aquella inclinacion que, de un modo tan patente, habia manifestado desde sus primeros años. Verdad es que, á esta última resolucion, contribuyó mucho la enfermedad de su padre, que no terminó sino con la muerte, y el haber ido empeorando cada vez mas la situacion de la familia. Pero sea de ello lo que quiera, es lo cierto que el año de 1838 estuvo ya en disposicion, José, de presentarse á torear en clase de aficionado en la plaza de Chiclana, en donde lució su garbo y su destreza ante un numeroso público, y sobre todo, en presencia del primer torero de aquella época, el incomparable Francisco Montes. Pues prueba fué esta, de que habiendo quedado muy complacida la concurrencia, y que estimada en lo que valia por el *maestro* (1), quien se apercibió al punto de las escelentes disposiciones que presentaba para la lidia Joselito (2), le acarreó á este el quedar contratado con dicho Montes, formando desde entonces parte de su cuadrilla. Innumerables son los triunfos que, al lado de este famoso lidiador, alcanzó el Chiclanero en las diferentes plazas donde salió á banderillear. Y era que, decidido su protector y maestro á sacar de él el mas aventajado discípulo, le obligaba contínuamente á ejecutar las suertes mas arriesgadas y difíciles, esmerándose tambien por su parte el aprendiz, en dejar airoso á su maestro, y en no desmerecer en nada de la alta opinion que á este le merecia. Entonces, y vistas estas marcadas predilecciones de Montes por Redon-

(1) Tal es el nombre con que le distinguian á Montes todos los aficionados.

(2) Así le llamaba á Redondo su paisano y maestro el célebre Montes.

do, fué cuando creyeron muchos que existia entre ambos algun inmediato parentesco, error que despues se ha ido desvaneciendo poco á poco, sabiéndose que lo motivaban todo los sucesos que nosotros aquí esponemos. El Chiclanero, pues, aprendió á banderillear á media vuelta, por ambos lados, al cuarteo, de frente, al sesgo, y en una palabra, de cuantas suertes se conocen en la tauromaquia, inclusas aquellas de mayor esposicion y riesgo. En la decision y arrojo con que metia el capote á un toro, en la inteligencia y agilidad con que corria una res, se distinguia tambien Redondo de todos sus compañeros; habiendo comenzado desde muy luego á ejercitarse en las suertes de recortes y galleos, que, por sí solas, bastaran á formar la reputacion de Montes. Cuatro años trascurrieron antes que este declarase á su protegido matador de toros; pero ya en el de 1842, animado con las inequívocas muestras de aprecio que el público daba á su discípulo, no vaciló en ascenderle á la categoría de media espada, por mas que se le ocurriese al célebre lidiador de cuánta serenidad, y de cuán profundos conocimientos debe estar provisto un torero, para desempeñar con algun lucimiento, sin un inminente riesgo, la mas espuesta y difícil suerte. Por lo que hace á Redondo, no ambicionaba otro honor, habia ya mucho tiempo; así es que, en la primera temporada del citado año de 1842, apareció ya con el antedicho carácter de media espada, en la cuadrilla de Francisco Montes. Y tal maña se dió ahora, cuando por primera vez tomó en sus manos la muleta y el estoque, con tal destreza y agilidad dió los primeros pases al *bicho*, se presentó, en fin, delante del toro con tanta serenidad y aplomo, que su mismo maestro hubo de quedar absorto de tan rara habilidad, de tan estraordinaria bizarría. Esto, no obstante, no hay que atribuir á un efecto de mera casualidad el acierto con que el Chiclanero desempeñó en aquella ocasion su cometido; pues tal resultado se debió á un tino instintivo, de imposible definicion, eso sí, mas del que no fué posible dudar tan pronto como se vieron repetidos los ejemplos. El mismo Francisco Montes llegó á persuadirse tanto de que el Chiclanero, sorteando los lances, obraba á impulsos de su natural discernimiento, ó por inspiracion propia, que ya en la segunda temporada del mismo año; no quiso algun otro á su lado; sino que Redondo alternase con él en la suerte de matar. Fué, pues, en la plaza de Bilbao en la que este diestro se estrenó con el carácter de segundo matador; la misma, donde, habiéndole cogido un toro, quedó señalada la época del ascenso de José por un incidente desgraciado. Por fortuna, la herida no fué de la mayor gravedad, como se creyó en un principio; así es que curó en breve de ella, si no completamente, al menos lo necesario para poder dar cumplimiento en la temporada porque se contrató. Terminadas las fiestas de Bilbao, pasó la cuadrilla de Montes á Vitoria y á Tudela, en donde desempeñó Redondo las mismas funciones de segundo matador, á gusto y satisfaccion del público, y con mayor aplauso por parte de Montes, á quien no se le ocultaban los grandes adelantos de su discípulo. De Tudela pasó Redondo á Madrid, y el público de la capital, naturalmente descontentadizo y muy exigente en esta clase de espectáculos, tuvo ocasion de admirar al nuevo espada y aun de prodigarle las mayores muestras de su estraordinario aprecio. Pero, hé aquí, que terminadas estas fiestas, y despues de haber regresado á su pais el ya famoso torero y permanecido en él, durante la estacion cruda del año, llega la temporada de 1843, y entonces sin mas director que su propio genio, sin otro apoyo ni confianza que los que le podian prestar sus conocimientos y facultades, decídese el Chiclanero á hacer ajustes por sí y á trabajar sin superior en las plazas de primer órden, dirigiendo como es consiguiente toda la cuadrilla. Pues

arrojo fué este, que saliéndole bien en todas partes, hubo de acrecer estraordinariamente su fama, y aun de dar lugar á que se le reclamase de Madrid, en cuya plaza, siendo aplaudido estrepitosa y unánimemente, alcanzó el triunfo mas completo. Tres años consecutivos permaneció Redondo en la corte, toreando en su plaza, y captándose las consideraciones y el aprecio de la alta aristocracia, principalmente, cuyos individuos en su mayor número se disputaban la amistad del Chiclanero. Entonces fué, cuando de los palcos principales y de otros asientos de preferencia llovieron sobre Redondo, al ejecutar las mas difíciles y lucidas suertes, magníficos cigarros, riquísimas petacas de plata y oro, soberbias sortijas de brillantes, cucuruchos de dulces, y otros objetos de valor y gusto, con los cuales le querian manifestar sus dueños su satisfaccion y complacencia: y entonces tambien, cuando las mas encopetadas damas dirigieron sus perfumados billetes, como otras tantas felicitaciones y enhorabuenas, al elegante y bizarro torero; si nuestras noticias son exactas, la condesa de Teba, actual emperatriz de los franceses, fué una de las que mandaron sus autógrafos al afortunado hijo de Chiclana. Verdad es que, estas y otras estruendosas demostraciones, á favor de José, reconocian por orígen, no solo el mérito real y positivo del lidiador, sino tambien el intolerante espíritu de partido, que no queria reconocer dotes tauromáquicas, comparables á las de Redondo, en otro lidiador tambien muy aventajado; pero como quiera que, la intolerancia de este anterior partido, provenia de la que habia manifestado antes con igual ó superior esceso el partido contrario, esto es, el que sostenia la preferencia del torero rival de José, nosotros no podemos deducir de aquel hecho ninguna consecuencia, que rebaje en lo mas mínimo la alta fama y opinion del Chiclanero. Una parte del público aplaudia á su torero favorito, mientras la otra le silbaba y guardaba los aplausos para cuando estuviera en suerte el que ella protegia. Ahora bien; en cuanto á si la parte que votaba por Redondo iba ó no mas fundada, denotaba mayor inteligencia, cuestion es esta que nosotros no acertarémos á resolver, sino poniendo de manifiesto las condiciones y cualidades que reunen, y al propio tiempo les hacen distinguirse á cada uno de los diestros rivales. El primero, José, era un jóven esbelto, elegante en la figura, garboso en el andar, de ademanes nobles y llenos de brío, estatura proporcionada, muy ágil y muy desenvuelto delante de los toros, limpio y airoso en todas las suertes, que ejecutaba con nobleza y dignidad suma, arrojado cuando el caso lo requeria, prudente si las circunstancias lo exigian, sereno y en el completo uso de sus facultades aun en los momentos de mayor peligro; toreaba de capa con la maestría que ningun otro; ponia banderillas con mas gracia que cuantos toreros han pisado la arena en sus tiempos; ejecutaba los recortes y galleos con tanta perfeccion como su maestro, pero hechas por él lucian mas ambas suertes, con la muleta en la mano descubria que pertenecia á la escuela de Montes, pero en las estocadas llevaba una gran ventaja al famoso lidiador, sobre dar magníficos volapiés y no abusar del recurso de los mete y sacas que aquel acostumbraba tanto, paraba los piés y recibia los toros con la firmeza que ningun otro espada; finalmente, era todo un torero. No así su rival; este, sobre carecer de aquellas ventajas físicas de que le dotó al primero naturaleza, esto es, de una estatura conveniente, de una planta bien dibujada, de una agilidad y una soltura grande en todos sus remos, pertenece á otra escuela, que no es la escuela de Montes; á una escuela donde se aprende, eso sí, á torear, ó mas bien á matar toros con la menor esposicion por parte del diestro, pero con poco lucimiento; escuela, donde la parte mímica, tan indispensable en toda clase de espectáculos, está

desterrada completamente, así es que, los matadores que pertenecen á ella, solo ponen su cuidado en que el toro muera cuanto antes, y mas que para conseguirlo no empleen ninguno de esos medios que tanto agradan al público algunas veces. Por lo que hace á nosotros, se nos antoja la escuela de Sevilla una escuela de matadero, y la del Puerto verdadera escuela de plazas públicas. Esto, no obstante, el famoso competidor del Chiclanero, puso en grande aprieto á su contrincante en mas de una ocasion que pretendian ambos la preferencia del público; pues el arrojo personal del primero en algunos lances de esposicion, y el manejo de la muleta en el acto de matar, eran cosas que le daban una notable supremacía sobre el segundo. ¡Escelentes ratos y complacencia suma, los que proporcionó al público, en aquel tiempo, la digna competencia de los mas famosos lidiadores! Algunos oficiosos, sin embargo, ocasionaron que lo que no habia sido hasta allí sino una noble emulacion, se convirtiese despues en una honda y profunda enemistad entre los dos toreros, quienes faltó poco para que terminaran sus desavenencias de un modo indigno de hombres que valen algo. Este fué el motivo de que Chiclanero se trasladase á Andalucía y permaneciese en su pais natal por espacio de dos años. En el de 1850 volvió Redondo á la corte, en compañía de su maestro Montes, y aquí toreó con la misma ó mayor aceptacion por parte de sus amigos, y con alguna tolerancia de parte de sus adversarios. Finalmente, en el año de 1852 se ajustó de nuevo con la empresa de toros de la corte, y mató en compañía de su antiguo rival, bien que, procurando ahora el uno y el otro no dar motivo á que sus respectivos partidos se exaltasen. Esta fué la última temporada que el malogrado torero se presentó en el redondel, porque habiendo enfermado gravemente del pecho, murió á principios de la siguiente, y el mismo dia 28 de marzo, en que habia de inaugurarla. Esto no obstante, entre los aficionados á las funciones de toros, vivirá eternamente la memoria de José.

CHILDEBERTO I, hijo de Clodoveo y de Santa Clotilde, dió principio á su reinado en Paris el año 511. Ayudado de sus hermanos Clodomiro y Clotario, con quienes habia hecho alianza contra San Segismundo, rey de Borgoña, venció á este príncipe, é hízole cortar la cabeza, llevando la crueldad hasta el estremo de mandar degollar á toda su familia, cuyos cadáveres, tambien por órden suya, fueron arrojados despues en un pozo. Gundemaro, sucesor de Segismundo, volvió por el honor de sus armas; pero habiendo sido igualmente derrotado, la Borgoña, que hacia mas de un siglo gozaba del título de reino, quedó dividida entre los vencedores, y pasó á formar parte del imperio de Francia en 524. Terminada la guerra, Childeberto y Clotario rompieron la alianza á que debian las pasadas victorias, volviendo contra sí las armas; pero una violenta tempestad que descargó sobre el campo del primero, le obligó á solicitar la paz, asentada la cual, los dos hermanos penetraron juntos en España, pusieron sitio á Zaragoza, y no tornaron á su pais hasta que el mal éxito de su empresa les forzó á ello. Una grave enfermedad acometió á Childeberto á su regreso á Francia, con cuyo motivo hizo cesion de la herencia que en él recaia por sucesion de Teodebaldo, bastardo de Teodeberto su sobrino; mas no bien se hubo restablecido, trató de anular aquella disposicion. Ocupábase en favorecer la revolucion de Cramne, hijo de Clotario, cuando le cogió la muerte en 558. Este monarca, cuyo reinado mancharon la crueldad y la ambicion, no carecia, sin embargo, de buenas cualidades. Para socorrer á los pobres, cedió en una ocasion su rica vajilla de oro y plata, caridad que á la verdad no parece compatible con algunos de sus defectos. No habiendo dejado á su

muerte hijos varones, sucedióle en el trono su hermano Clotario.

CHINCHON (La condesa de), española, mujer del virey del Perú. A esta ilustre señora se debe el conocimiento de las propiedades medicinales de uno de los agentes terapéuticos que mas beneficios han prestado á la humanidad doliente; y aunque no hay otra circunstancia notable en la historia de su vida, baste la espresada para que el nombre de nuestra compatriota ocupe un lugar en esta obra. La condesa de Chinchon padecia hacia largo tiempo unas calenturas tan pertinaces, que fueron inútiles cuantos remedios se administraron para combatirlas con fruto. En este conflicto, y decidiéndose, por fin, á hacer uso de la corteza de un árbol que se criaba en aquel pais, corteza muy alabada por los indígenas, que eran los únicos que conocian sus virtudes, vió que, en efecto, desapareció prontamente la calentura que iba destruyendo su naturaleza. Regresó á Europa la condesa en 1632, y deseando contribuir al bien de la humanidad, en vez de especular con el secreto que poseia, lo comunicó á cuantas personas conocia, y aun proporcionó á varias alguna porcion de la prodigiosa corteza, cuyos efectos casi siempre fueron favorables. El cardenal de Lugo la llevó algunos años despues á Roma, y reconocida al cabo de algun tiempo su eficacia, se generalizó su uso en Europa, dándole el nombre de *Corteza del Perú* y de *Quina*. Tambien se conoció con el de *Polvos de los jesuitas*, porque los religiosos de esta órden que habia en América, enviaron á Europa una gran cantidad de la ya célebre corteza; todo lo cual está consignado en la obra titulada: *Anastasis corticis Perubiani seu Chinæ defensio*, escrita por Sebastian Bado, médico del cardenal de Lugo. El eminente naturalista Linneo pagó un tributo de respeto á la memoria de la noble condesa, dando el epíteto de *cinchona* al género de plantas rubiáceas que comprende el árbol de la quina, epíteto que perpetuará el nombre de aquella ilustre dama, acreedora al reconocimiento de sus semejantes.

CHINDASVINTO, vigésimo nono rey de los godos, principió su gobierno en 10 de mayo del año de Cristo 642, y lo ejerció solo, seis años, ocho meses y once dias, y en compañía de Recesvinto, su hijo, otros cuatro años ocho meses y once dias, y murió en Toledo en 30 de setiembre de 653. Son pocos los que se someten á aquellas leyes que se oponen á sus deseos, cuando tienen poder ó arbitrio de eludirlas. A la mayor parte de los hombres hace obedientes la fuerza, y á poquísimos persuade y sujeta la razon, aun cuando viene autorizada con el relevante título de ley. Acababan de hacerse las mas justas y severas ordenanzas en el concilio V toledano contra los que por fuerza se levantasen con la autoridad real; á las penas temporales se habian añadido las mas fuertes conminaciones espirituales, para hacerlas mas respetables y tremendas: pero nada bastó para contener á Chindasvinto. El ser descendiente de la real prosapia, y el hallarse con poder suficiente para intentar la usurpacion y sostenerla, creyó ser bastantes títulos para privar á los próceres y electores de un derecho, en cuya posesion se hallaban. Así, habiéndose hecho proclamar rey con las armas en la mano, ocupó el reino que habia dejado vacante la temprana muerte del pacífico Tulga. Colocado en el sólio no depuso Chindasvinto las armas hasta que con sus obras, y las heróicas cualidades que le adornaban, hizo ver á sus vasallos, que el haber usado de la fuerza para coronarse, era mas por desconfiar de la justificacion de los electores, que de sus méritos y aptitud: circunstancias y prendas que muchas veces se desatienden en las elecciones tumultuarias y apasionadas, cuales se han esperimentado en todos tiempos con trastorno de las monarquías en los reinos electivos, y de que

dió un lastimoso ejemplo el de los godos á principios del siglo octavo. Luego que se aseguró en el trono, desarmó su brazo Chindasvinto, y aplicó todos sus desvelos al gobierno de su reino, á la correccion de los vicios y desórdenes que dominaban en él, y á la conservacion de la pureza de la religion católica. Habia sucedido á San Isidoro en la silla de Sevilla, Teodisclo, griego de nacion, con todos los vicios de aquella gente. La envidia á las virtudes de su antecesor, y el crédito que le habian adquirido sus escritos, atormentaban de tal suerte el espíritu de Teodisclo, que determinó en algunos libros del santo, que antes de su publicacion llegaron á sus manos, sembrar varios errores para oscurecer su fama. Averiguado este delito, y otros igualmente detestables, se congregó por disposicion de Chindasvinto el séptimo concilio de Toledo (1) compuesto de cuatro metropolitanos y treinta y cinco obispos, los veinticuatro personalmente, y los demas por sus vicarios, por sentencia de los cuales fué Teodisclo privado de su silla. En el mismo concilio se reformó el gasto de los obispos en las visitas de las iglesias: reduciendo su equipaje á 50 cabalgaduras y la visita de cada iglesia á un solo dia. Estendióse el celo de Chindasvinto á otras acciones que le adquirieron la mayor reputacion, aun fuera de su reino. Habíanse desaparecido en él los *Morales* de San Gregorio papa, y no pudiendo tolerar este piadoso rey, faltase en un reino tan católico obra tan recomendable y necesaria á la instruccion de los fieles, y principalmente de los eclesiásticos, envió á Roma á Tajon, despues obispo de Zaragoza, con la comision de recojerla; lo que logró en los términos que parece de varios testimonios. Pasó á Roma Tajon con esta embajada. Hizo su demanda al Pontífice, el cual le remitió á sus ministros para que buscasen los libros y se los entregasen. Los ministros hacian con poco cuidado las diligencias, como es ordinario en las grandes cortes, ó por las muchas ocupaciones, ó porque con poco afecto á los negociantes, los suelen traer engañados de un dia á otro con grave daño del príncipe, atribuyéndose á él las dilaciones de sus ministros. Escusábanse con que no los podian hallar en la librería vaticana por ser tan grande, y no dispuesta con órden. Cansóse Tajon de las vanas esperanzas con que le detenian; siendo estilo de las cortes mantener con ellas, y no con el desengaño, y procuró alcanzar de Dios su despacho, ya que no podia de los hombres, y postrado de rodillas en el templo de San Pedro, pidió á Dios la gracia de hallar los libros, y en el mayor fervor de su oracion ilustró una luz celestial el templo, entre cuyos esplendores con armonía divina se presentaron los apóstoles San Pedro y San Pablo acompañados de otros santos. Turbó la vision los sentidos de Tajon, hasta que los mismos que los enagenaron se los restituyeron con suaves palabras, y San Gregorio le mostró el lugar donde estaban los libros con los cuales volvió á España muy consolado. Es Dios maravilloso con sus santos, y si la impiedad no diere crédito á esta demostracion suya, menos le dará á las que refieren las sagradas letras haber hecho con los patriarcas y profetas, y con personas particulares, cuando aun no habia empa-

(1) En el Concilio VII de Toledo, segun Loaisa, pág. 408 y siguientes de su coleccion de Concilios, suscribieron 4 metropolitanos, 14 obispos y 11 vicarios, en todos 39; y esto mismo aparece del cardenal Aguirre, tomo 2. pág. 525; pero en los epígrafes de uno y otro colector se dice que fué de 30 obispos, y que se congregó el dia 18 de octubre de la era 684, año de Cristo 646, y quinto del reinado de Chindasvinto.

En la Coleccion Ms. de concilios del Ilustrísimo señor conde de Campomanes, tomo 2, pág. 1003, consta se celebró el Concilio VII de Toledo en la era 683, y esta correspondió al año 645 de Cristo; y aun se nota por el códice de Urgel que fué la era 682. Conviene en el dia XV, Kal. Novemb. en el año V de Chindasvinto: y no se diferencia en las suscriciones de las ediciones de Loaisa y Aguirre.

rentado con los hombres, ni era su amor á costa de su sangre. Queremos imprudentes medir los consejos divinos y la grandeza y majestad de Dios con nuestro modo de entender y con el estilo ordinario de los príncipes, y queda engañado el juicio. Otros consejos, otros estilos son los de la Divina Providencia, ocultos á las tinieblas de la humana sabiduría. Tuvo Chindasvinto de su mujer, la reina Reciberga, un hijo llamado Recesvinto, á quien nombró compañero en la administracion de sus Estados á los seis años de su reinado, con general consentimiento de los electores y del pueblo. Finalmente, murió en Toledo Chindasvinto atosigado, segun la opinion de algunos, año de Cristo 653, era 691.

CHING-NONG; el segundo emperador de la China, de los que reinaron antes del establecimiento de las dinastías. El imperio chino contaba ya en su tiempo con una poblacion numerosísima, pero miserable en gran parte, porque los productos de la tierra no alcanzaban á satisfacer las necesidades públicas. El nuevo emperador se propuso atender por todos los medios imaginables, á aquel mal que reclamaba pronto y eficaz remedio; y no le fué muy dificil conseguirlo, porque poseia un profundo conocimiento de las plantas y de las propiedades de sus frutos ó semillas, y conceptuó que con muchas de ellas, casi despreciadas á la sazon, podria suministrar á sus súbditos un alimento sano y agradable. Al número de estas plantas pertenecian el trigo, el arroz, los garbanzos y otras que hoy constituyen parte del alimento de los pueblos civilizados. Verdad es que los productos de la caza, de la pesca, de los rebaños, y ciertos vejetales y frutos espontáneos de la tierra, eran considerables, pero siempre inciertos al par, así es que á una gran abundancia, solia suceder una escasez no menos grande. Este último resultado no debia ser tan temible ni desastroso en lo venidero, cultivando la tierra como Ching-Nong se proponia, y dando á conocer las inmensas riquezas que hasta entonces habian estado abandonadas, ya por la ignorancia de los naturales, ya por falta de fomento é impulso en el gobierno. Su benéfico y útil proyecto iba á producir una trasformacion asombrosa en la China; los mismos terrenos que antes ofrecian el aspecto de la aridez y de la esterilidad, se cubrieron como por encanto de verdes y risueños sembrados, debidos á la laboriosidad de los habitantes. El príncipe, á quien se atribuye el precioso descubrimiento del trigo en aquel imperio, vió realizadas y aun escedidas sus esperanzas, y este resultado le animó para proseguir la empresa comenzada. Todavía, entre otros muchos instrumentos agrícolas de su invencion, se usa en la China el arado que lleva su nombre, y á él se debe asimismo el establecimiento de los mercados públicos, que dieron colosal impulso al comercio interior del imperio, que entonces fué realmente cuando comenzó á tener importancia. La física, la botánica y otros ramos de las ciencias naturales, de que en aquel tiempo solo se tenian confusas nociones en la China, fueron objeto de particular interes y estudio del ilustre príncipe, quien reuniendo todos los datos y noticias que existian, purgándolos de muchos errores y preocupaciones, y formando con ellos y su propia esperiencia y observaciones un cuerpo de doctrina, formó una especie de historia natural, que se conoce con el título de *Herbolario* de *Ching-Nong*, del cual se hacen grandes encomios. Fué Ching-Nong uno de los mejores príncipes que han regido los destinos de aquel apartado imperio, y el amor de los pueblos recompensó los desvelos á que habia sacrificado gran parte de sus dias. Pero en los últimos años de su vida, ya porque su edad avanzada hubiese debilitado la energía de su carácter, y entibiado su antiguo celo en el gobierno, ya por otras razones en cuya enumeracion no es necesario entrar, tuvo

el sentimiento de que muchos de los mas poderosos gobernadores de las provincias, se declarasen en abierta rebelion. El principal de todos ellos era Suan-Yuen, que despues subió al trono con el nombre de Hoang-Ti, célebre en los anales de la China. Contra este, pues, se dirigió Ching-Nong, y viniendo á las manos los dos ejércitos en una gran llanura de la provincia de Ho-Nan, despues de una sangrienta batalla que duró tres dias, fueron derrotadas y puestas en dispersion las tropas imperiales. Fué tal la impresion que causó esta desgracia al anciano Ching-Nong, que sobrevivió muy pocos dias á ella, muriendo en 2699 antes de Jesucristo. El poder imperial pasó en seguida, por aclamacion del pueblo, al afortunado y célebre Suan-Yuen, que, como ya hemos dicho, reinó bajo el nombre de Hoang-Ti.

CHING ó XI. Nació por los años de 240 antes de Jesucristo. Fué emperador de la China, y no de los menos famosos por sus victorias, pero cruel, particularmente con los vencidos, que es la crueldad mas indigna de un hombre. Cuando subió al trono, solo poseia alguna parte del territorio de la China, pero triunfó en varias ocasiones de sus enemigos, y de esta suerte fué estendiendo progresivamente sus dominios, hasta que por fin logró realizar la conquista de todo el imperio celeste. Los mas temibles vecinos, los que mas solian inquietarle con sus belicosas espediciones eran los tártaros; y deseando cerrarles de una vez la entrada á sus Estados, mandó construir la famosa muralla que, aun en nuestros dias, separa completamente por muchos puntos entrambos imperios; construccion jigantesca, que no ha evitado, sin embargo, las irrupciones y dominacion de los tártaros en la China. Cinco años se tardó en concluir la muralla que, comprendiendo en ella los fosos y los espacios que ocupan las montañas, y que ofrecen otras tantas fortificaciones naturales, tiene cuatrocientas leguas de larga. La parte de muro no consta verdaderamente mas que de ciento, y es de ladrillo y tierra apisonada. No tenia tanta inclinacion Ching á los libros como á la guerra, y así no vaciló en admitir y ejecutar el consejo de su ministro Lissé, reducido á quemar todos cuantos escritos existian, menos la historia de la imperial familia.

CHINTILA (Flavio), vigésimo séptimo rey de los godos, principió su reinado en el año 636 de Cristo, reinó tres años, nueve meses y nueve dias, y murió á principios de enero de 640. Despues de la muerte de Sisesando fué elegido rey de los godos Flavio Chintila, en quien resplandecian las mismas virtudes que hicieron recomendable á sus vasallos el anterior reinado. La piedad sobresalia entre las muchas que le adornaban. Preciábase de seguir los pasos y máximas de Sisenando, y con este propósito mandó convocar el Concilio quinto toledano el año de Cristo 636 primero de su reinado, á que concurrieron veinte y siete prelados (1). En

(1) Don García de Loaisa pag. 376 de su coleccion de Concilios dice: que fué congregado este V de Toledo el año de 636, y que suscribieron 22 obispos y dos vicarios de otros dos ausentes, aunque en el epígrafe se espresa que fueron 20; pero el cardenal de Aguirre, tom. 2, pág. 507, conviniendo con él en haber concurrido los 24, señala en su epígrafe 22, y en efecto consta por las referidas suscriciones que intervinieron personalmente los 22, y con ellos los otros dos vicarios, que componen los 24.

En la coleccion Ms. del señor conde de Campomanes, tom. 2, pag. 968, dice el epígrafe gótico de este Concilio V de Toledo haber asistido en él 20 obispos, en lo cual se advierte diferencia notable: pues resulta de las suscriciones haberle presidido Eugenio, arzobispo de Toledo, y haber concurrido personalmente 21 obispos y dos vicarios de los ausentes, á saber:

«Aspalius in Christi nomine presbiter agens vicem Domini mei perseveranti episcopi his decretis subscr.»

«Petrus Diaconus agens vicem Domini mei Antonii Epi.»

Comparadas estas suscriciones con el epígrafe que trae el cardenal de Aguirre, resulta haber sido 22 los prelados que perso-

este Concilio se confirmaron los cánones y decretos relativos á la autoridad real, establecidos en el concilio cuarto, y se hicieron otros nuevos que tienen por objeto la reforma de las costumbres y el buen órden del Estado. No contento Chintila con autorizar con su asistencia personal el Concilio, publicó un edicto en que mandó que en sus reinos se observase y cumpliese lo que el mismo Concilio habia determinado, ordenando se hiciesen letanías todos los años en tres dias consecutivos, santificándolos con abstenerse de negocios y trabajo corporal de todos sus súbditos. El corto número de prelados que asistieron á este Concilio y acaso algunas otras razones que no es fácil descubrir, movieron á Chintila á hacer convocar en el año 638 otro concilio mas numeroso, que fué el sesto toledano á que concurrieron por sí mismos, ó por medio de sus vicarios cincuenta y dos obispos de España y de la Galia Narbonense (1). Entre otros cánones relativos á la fe católica y á la disciplina, se estableció en este Concilio que los reyes que fuesen elegidos en adelante, jurasen antes de tomar posesion del reino, la observancia de la religion católica, y que no permitieran vivir en él á ninguno que siguiese otra creencia, conminando con excomunion al que quebrantase establecimiento tan santo. Decreto no menos santo, que político, porque no se pueden conservar los reinos sin la concordia, ni esta mantenerse sin la unidad de la religion, y como Dios castiga ordinariamente con la guerra y con la eversion ó mudanza de las formas de gobierno, á los que no le sirven con verdadero culto, está sujeto á las iras de su divina justicia el Estado donde se consiente la perfidia de la herejía. De este decreto hecho á instancia del rey, argumenta Baronio la antigüedad, y la justicia del título de católico, concedido á los reyes de España. Ordenóse tambien que los que ocupaban en el palacio real los primeros puestos fuesen respetados de los inferiores, á los cuales tambien ellos favoreciesen y adelantasen. Que no pudiese ser ningun religioso, ni aquel á quien hubiesen quitado el cabello, ó no fuese digno por su persona y costumbres del cetro real. El ánimo pacífico de Chintila mantuvo el reino con la mayor tranquilidad; y aunque fué corto su reinado, se esperimentó en él lo mucho que la paz contribuye al bien y mayor prosperidad de los estados. En su liberalidad hallaron premio los sábios y beneméritos; su clemencia prudente corrigió á muchos díscolos, á quienes hubiera obstinado ó perdido enteramente un castigo riguroso, y su equidad y justa distributiva premió la virtud ele-

nalmente asistieron al Concilio V de Toledo, y otros dos por medio de sus vicarios.

Convienen todos en que este Concilio se celebró en la era 674, año primero del reinado de Chintila, á quien en la referida coleccion Ms. se le denomina *Quintiliano*.

Ambrosio de Morales tom. 3, de su Cronic., cap. 23, fól. 130 vuelto, hace mencion de haber visto una moneda de oro de Chintila, en cuyo anverso se lee: *Chintila Rex*, y en el reverso *Toleto Pius*, con lo que prueba ser este su verdadero nombre.

Esta la estampó el P. Florez en el tomo ó parte 3 de su obra de medallas pág. 246, tomada del museo del colegio mayor de San Ildefonso de Alcalá, y publicó otras cinco, las dos de ellas grabadas; una de Valencia en la pág. 247, con la variedad en el reverso del nombre del pueblo: y la otra en la página 248, con la de *Emerita*, y en todas seis menos en esta última se lee: *Chintila*, de que se deduce que este fué su verdadero nombre, como dice Morales.

(1) En la referida coleccion Ms. del señor conde de Campomanes se denomina al Concilio VI de Toledo con el título siguiente: *Concilium Toletanum VI universale;* y en su entrada se dice haberse celebrado en la era 677, año segundo del reinado de Chintila, que corresponde al año de Cristo 639, diferenciando en un año de la cronología de Loaisa y de Aguirre citados, en cuyas colecciones se fija la era 676. Los prelados que asistieron personalmente á este Concilio VI fueron 47, y cinco los vicarios de otros tantos ausentes que hacen el número de 52 suscriciones: debiendo corregirse por los Ms. referidos el epígrafe de Loaisa y Aguirre, que señalan por asistentes á este Concilio 48 obispos.

vándola á altas dignidades, para que pudiese servir á los demas de ejemplo y estímulo. La notable piedad de este rey, la aplicacion al gobierno de sus reinos, la beneficencia que esperimentaron sus vasallos y los bienes y felicidades que se prometian de su aplicacion al bien del Estado, hicieron mas sensible su muerte, que se verificó en Toledo á los tres años y mas de nueve meses de su eleccion, esto es, en la era 678, año de Cristo 640.

CHOUEDÉ, primer ministro de Kien-Long, emperador de la China. Bastóle á este ministro desempeñar con celo é integridad ejemplares, el alto destino que por algun tiempo le confió su príncipe, para que pérfidos enemigos del favor que alcanzaba, y de la reputacion que sus virtuosas acciones le dieron, trabajasen en labrar su ruina, para levantarse ellos en su lugar. Uno de los mas delicados, importantes y difíciles cargos del imperio, es el de gobernador de Pekin, ó ciudad de los nueve puertos, y ese empleo, que sirvió Chouedé á satisfaccion de Kien-Long y del pueblo, era la presa que codiciaban los émulos del primero. No lograron estos inutilizarle del todo tan pronto como se proponian, pero parte del proyecto les salió á su gusto, porque Chouedé fué enviado al ejército, que se ocupaba entonces en la conquista del pais de Eleuths. Chouedé no presumia de guerrero, ni jamas se habia ocupado de los negocios de la milicia; y persuadidos de esto mismo los intrigantes cortesanos, juzgaron que podian contar ya por destruida la bien sentada reputacion del famoso ministro. Afortunadamente para este, el general que mandaba las tropas espedicionarias, conociendo la gran capacidad de Chouedé para las funciones administrativas, en estas le ocupó, encargándole la provision de subsistencias para el ejército, como el único hombre tal vez capaz de cumplir fiel y exactamente su cometido. En tanto, los enemigos de Chouedé no descansaban, y mucho menos pudiendo trabajar sin obstáculo en su perdicion, como lo ejecutaron, temiendo que en su nuevo destino, el ministro caido demostrase talentos que en vano pretenderian aquellos eclipsar. En efecto; la conducta de Chouedé en tan críticas circunstancias, y el dictámen que dió acerca de las mismas, y de las medidas que en su opinion debian adoptarse, fueron tan desfavorablemente interpretados en la corte, en donde le atribuian proyectos criminales en venganza de los agravios recibidos, que el emperador le condenó á muerte. Parte el conductor que lleva la órden fatal; trascurren cinco dias; algunos mas, y aquel sábio y leal ministro habrá dejado de existir, porque no vislumbra ni un rayo de esperanza; pero hé aquí que el segundo ministro del emperador, el respetable anciano Lipao, hombre virtuoso, recto y generalmente querido, se presenta á Kien-Long, y se echa á sus plantas pidiendo justicia en favor de Chouedé, justicia solo, no gracia alguna, pues la relacion de los méritos y servicios del sentenciado consejero, pronunciada por el venerable Lipao, era la prueba mas elocuente de la inocencia y fidelidad de aquel. Lipao no vaciló en decir á la faz de todo el mundo, que Chouedé era quizá el hombre mas sinceramente adicto á los intereses del imperio y á la persona del soberano. Hizo ver al emperador, que solo intrigantes y viles cortesanos podian haber desconceptuado en su ánimo á un ministro, modelo de honradez, y le dijo que la revocacion de la sentencia seria un acto de reparacion que ilustraria en gran manera su reinado.—«Ya es tarde, «respondió Kien-Long, hace ya cinco «dias que partió el correo, y es impo«sible que otro le alcance.—Sin em«bargo, hay ejemplos de gran celeri«dad, replicó el ministro, y suplico á «V. M. que comunique sus órdenes «á mi hijo.—Sea lo que tú quieras, «dijo el emperador, que parta tu hijo «y lleve el perdon á Chouedé,» y al

punto salió de la corte el emisario. Por mas velozmente que caminase, faltábanle aun muchas jornadas cuando llegó el primer correo al punto en donde estaba Chouedé. El yerno del monarca, que era el encargado de tan funesta comision, se presenta á Chouedé y le notifica la fatal sentencia; de manera que solo un acontecimiento imprevisto, ó un milagro, podian salvar la vida al inocente ministro. Chouedé no se sobrecogió; esperaba hacia mucho tiempo aquel golpe, porque sospechaba los ocultos y constantes manejos de sus envidiosos rivales; así es, que sin dar muestras de la menor turbacion, con el semblante tranquilo, que revelaba el sosiego y serenidad de su ánimo, con voz grave y pausada, y con heróica entereza al par, respondió que estaba pronto á obedecer, añadiendo solo las siguientes palabras: «No obstan«te, ya veis cuál es el estado presente «de los negocios, los apuros que ro«dean al ejército, los peligros que nos «amenazan, y es un deber vuestro, «aunque espongais vuestra cabeza, el «dejarme vivir algunos dias, puesto «que así lo reclaman el bien del impe«rio, la gloria de nuestro príncipe, y la «seguridad de las tropas. Para ocurrir á «todo esto ya he dado varias disposicio«nes, esperemos el resultado, y cúmpla«se en seguida el fallo del emperador.» Terrible era el apuro en que ponia al yerno de Kien-Long el noble discurso del antiguo ministro; pues si no obedecia la órden, seria castigado con la pena capital, segun las leyes del pais, y obedeciendo, tal vez espondria á perecer á todo el ejército, cuyo estado él mismo veia palpablemente. En este apuro, pues, le ocurrió una idea que en cierto modo conciliaba los estremos; concedió á Chouedé un plazo de quince dias, cuyo tiempo fué suficiente para que este, con sus acertadas y previsoras medidas, asegurase la conservacion y salvacion de las tropas imperiales. Llega en aquella ocasion propicia el hijo de Lipao, y queda perdonado y libre enteramente Chouedé, quien á las muchas pruebas de fidelidad que ya habia dado, agregó otras nuevas, con las cuales, no solo resplandeció con mas brillo la inocencia, sino que se granjeó el afecto y la confianza del emperador, que le colmó de distinciones y honores, nombrándole otra vez su primer ministro, en cuyo empleo murió en 1777, causando su pérdida general sentimiento. Para perpetuar Kien-Long la memoria de aquel insigne modelo de ministros, mandó colocar su retrato en el *Hien-Leang-Tsé*, templo consagrado á los hombres eminentes por sus luces y por sus virtudes.

CIBELES, hija de Urano ó Cielo, y esposa de Saturno. Los antiguos le daban diferentes nombres, tales como Rhea, Ops, Vesta, Tellus, Cibebbea y otros. Diodoro la supone hija de Meon, rey de Frigia, y dice que nació 1580 años antes de Jesucristo. Los mitólogos refieren que se enamoró de uno de sus sacerdotes, llamado Atis, pero que prendado este de las gracias de la ninfa Sángaris, no correspondió á su pasion, lo que irritó tanto á la diosa, que en un arrebato de celos, dió muerte á su rival. Parece que la existencia de esta estaba unida á un árbol que Cibeles echó á tierra, deseando vengarse del ingrato sacerdote que la menospreciaba. Atis en su desesperacion, al saber el fin de su amada, se redujo voluntariamente al estado de eunuco, para quitar toda esperanza de ser correspondido á Cibeles, y esta, enternecida, le trasformó en pino, por lo cual despues le fué consagrado este árbol. Otros dicen que la diosa dió al cadáver de su adorado el privilegio de ser incorruptible, y hacen recorrer á Atis, despues de su mutilacion, gran parte de la tierra, refiriendo sus desgracias. En la Grecia se celebraban ciertas fiestas alusivas á ellas, á las que llamaban *Deufroborias*, ó de *los Pinos*. La efigie de Cibeles, fué en un principio una piedra negra, labrada en forma de cono, y otras de cubo ó de dado, para significar la estabilidad del globo ter-

restre, cuyo movimiento no se habia descubierto aun. Mas adelante, la piedra varió de forma, convirtiéndose en la estátua de una robusta matrona, coronada de almenas y hojas de encina; en sus manos se veian una llave y un globo, y á veces tambien el cuerno de la abundancia; cuatro leones tiraban de su carro para denotar el poder de la diosa, y si la representaban á pié, colocaban á su alrededor varias castas de animales cuadrúpedos, con lo cual daban á entender que Cibeles era la tierra, ó la deidad encargada de su gobierno. Los sacerdotes de *Vesta la antigua*, que este nombre daban tambien á la hija del cielo para distinguirla de su hija; se llamaban *Galos*, *Corybantes* y *Dáctilos*. Los primeros, llamados así por el rio Galus, donde iban á cortarse los órganos de la generacion cuando entraban al servicio de la divinidad, cantaban himnos en honor suyo, y los demas la festejaban bailando alrededor de su estátua, y haciendo las mas espantosas contorsiones. En estas fiestas, que se celebraban todos los años á las orillas del Almon, se lavaba en las aguas del rio la estátua de Cibeles, á quien sacrificaban una cerda preñada. Hasta la invasion de la Italia por Aníbal no se dió culto en Roma á la diosa, que sin embargo era tenida por madre de las demas divinidades paganas. Habiendo declarado el oráculo que el enemigo no seria rechazado mientras la ciudad de Rómulo no tuviese en su seno á la *madre de los dioses*, se pidió á Atalo, rey de Pérgamo, una imágen de Cibeles que habia en Pesinonte, y que no era sino una piedra caida del cielo, ó llámese aereolita, tenida en gran veneracion por los habitantes de aquella ciudad. Enviada la efigie á Roma, buscóse un varon de reconocida virtud para colocarla en el templo, y cupo á P. Escipion la honra de ser elegido. Desde entonces Cibeles tuvo altares en Roma, donde se le edificó un templo circular, á semejanza del planeta que representaba. A las noticias que hemos dado de esta deidad, añadirémos, para concluir su biografía, que habiendo sido espuesta en su infancia al furor de las fieras, estas, segun varios mitólogos, lejos de ofenderla, cuidaron de ella y la criaron. Hé aquí como los brutos saben alguna vez *distinguir de personas*, y olvidar su natural ferocidad, al reves de algunos racionales, á quienes la ciega fortuna no ha vacilado en elevar hasta la portería de un ministerio.

CICERON (Marco Tulio). Nació en Arpino á 3 de enero de 647 de Roma, 107 antes de la venida de Jesucristo. Descendia de una familia antiguamente agregada al órden ecuestre. El célebre orador Craso, amigo del padre de Ciceron, fué el que cuidó de que la educacion de Marco Tulio y de su hermano Quinto fuese esmerada, á cuyo efecto les proporcionó maestros de los que mas fama tenian en Roma, y él mismo contribuyó con sus lecciones y sábios consejos, á desarrollar los precoces talentos del que mas adelante habia de asombrar al mundo con su elocuencia. Desde los primeros años de su tierna juventud fué la admiracion de sus condiscípulos, amigos y hasta de los mismos preceptores. No debió Ciceron solo á su natural y prodigioso talento los progresos que hizo en cuantos estudios emprendió, sino á su estremada aplicacion, porque la noble sed de gloria que ya sentia, el ardiente deseo de distinguirse, exigian mucha constancia, grande asiduidad, y comprendiéndolo así él, en vez de ocuparse en los juegos propios de su edad, empleaba todo el tiempo en aumentar el caudal de sus conocimientos. De esta suerte le llegaron á ser familiares la poesía, la retórica, la filosofía, el idioma griego, en el cual escribia mucho, y los demas ramos del saber humano que, segun él mismo, deben adornar al *orador*. Los versos de Ciceron, despreciados por unos y escesivamente ensalzados por otros, no merecen sino una consideracion muy secun-

daria. Despues de la campaña que hizo con Sila contra los marsos, concurrió á las lecciones del filósofo Filon y del retórico Molon, y prosiguió con nuevo ardor sus estudios, en tanto que las crueldades de Mario y de Cinna, y las proscripciones del dictador Sila llenaban de luto y desolacion el suelo de la república. Veintiseis años de edad contaba entonces Ciceron, y aunque en la defensa de algunas causas civiles llamó la atencion, no la fijó tanto, sin embargo, que se viese ya al eminente orador. Pero habia una causa criminal muy ruidosa, y que prometia tanta gloria como dificultades y riesgos al orador que defendiese al acusado, por la circunstancia de ser parte contraria de este, Crisógono, liberto de Sila, ante quien temblaban los viejos oradores. La causa á que aludimos era la de Roscio Amerino, acusado de parricidio. Ciceron conoció que aquella era la ocasion de desplegar todas las riquezas de saber y de elocuencia que habia estado atesorando por espacio de largos años; que aquella defensa habia de hacer su gloria imperecedera, y se encarga de ella, con el valor propio de la juventud, y con la confianza del que antes ha medido exactamente sus fuerzas. Habla Ciceron, confunde á los oradores con un discurso vehemente, persuasivo, audaz, brillante, hábil y lleno de magníficas imágenes, y los jueces pronuncian la absolucion de Amerino, entre las aclamaciones de entusiasmo con que el auditorio saluda al valeroso jóven. Algunas faltas de buen gusto, alguna pequeña incorreccion son los lunares que pueden advertirse en la defensa de Roscio Amerino; pero son lunares que parece que lejos de perjudicarla, hacen resaltar mas y mas las grandes bellezas que la adornan. Pasó despues á Atenas, ó para dar descanso á su salud quebrantada, ó para acabar de perfeccionarse en la elocuencia, oyendo las lecciones de los sabios de aquella famosa metrópoli. Muerto Sila, se dirigió al Asia, y en Rodas volvió á encontrar á su maestro Molon, que continuó ilustrándole con sábios consejos encaminados á reprimir el escesivo fuego de su genio. Tan profundo era el conocimiento que Ciceron poseia del griego, que declamando un dia en este idioma, recibió grandes aplausos de todo el auditorio, menos de Molon que permaneció silencioso y pensativo. Preguntóle Ciceron la causa, y el maestro le dijo:—«Tambien yo te alabo y te admiro; pero compadezco á mi patria, porque veo que el saber y la elocuencia, únicos bienes que nos habian quedado, son conquistados por tí y pasarán á los romanos.» El trato y las lecciones de los griegos contribuyeron mucho sin duda á los triunfos que el jóven orador obtuvo sucesivamente en su regreso á Roma; siendo una de las causas que por entonces le dieron mas fama la del célebre comediante Roscio, que le habia enseñado el arte de la declamacion y á quien honraba con su amistad. Llegó por fin á los treinta años de edad, y juzgándose ya en estado de entrar en la carrera de los destinos públicos, solicitó la cuestura, inmediato escalon de la magistratura ó dignidad senatorial. Nombrado cuestor de Sicilia, dejó gratos recuerdos de su gobierno en aquel pais, no obstante haber tenido que sacar de allí una gran remesa de trigo para Roma, en circunstancias difíciles. Volvió á la capital, y tuvo ocasion de conseguir nuevos lauros en el foro. Pero donde mas se manifestaron las asombrosas facultades con que le habia dotado la naturaleza, fué en la defensa que hizo de Sicilia contra Verres, que por sus crímenes y escandalosas exacciones era generalmente odiado en aquel afligido pueblo. ¿Quién no ha estudiado, quién no ha leido, quién no conoce siquiera de oidas las magníficas y nunca harto ponderadas oraciones de Ciceron contra Verres? Era este uno de los primeros potentados de Roma, contaba con el apoyo de los grandes, defendíale un buen orador, como era Hortensio, derramaba el oro á manos llenas para comprar

su absolucion, pero la verdad y la justicia hablaron por boca de Ciceron, y la verdad y la justicia confundieron al acusado en tales términos, que él mismo se desterró voluntariamente. «El conjunto de las oraciones de Ciceron ha «quedado—dice un biógrafo—como la «obra clásica de la elocuencia forense, ó «mas bien como el monumento de una «ilustre venganza ejercida contra el «crímen por la virtuosa indignacion del «génio.» Despues de este famoso proceso empezó Ciceron el ejercicio de su edilidad, y entonces se convirtió en panegirista de Pompeyo que ya era el primer ciudadano de Roma. Nombrado pretor apoyó una nueva ley, favorable al poder de Pompeyo, y en la competencia que tuvo con Catilina, con motivo de la pretension al consulado, venció á este célebre conspirador, y fué elegido primer cónsul con unánimes aclamaciones, en lugar de serlo por escrutinio, segun la costumbre establecida, lo cual prueba el estraordinario aprecio en que le tenian los romanos. Catilina seguia conspirando sordamente para lograr el próximo consulado, pero Ciceron supo destruir todos sus manejos, consiguiendo entre otros felices resultados, debidos á su habilidad política, el de separar á su colega Marco Antonio del partido de los conjurados, con quienes tenia secretas relaciones. Habiendo presentado el tribuno Rulo, una nueva ley agraria que amenazaba á la libertad de Roma, por los poderes casi omnímodos que en ella se daban á los comisarios, Ciceron atacó al tribuno con tanta habilidad y con tal ingenio, que aunque la ley era enteramente popular, el mismo pueblo la desechó. Esta habilidad, este talento solo pueden apreciarse con exactitud, considerando que merced á ellos se granjeó el respeto y el amor de las diversas clases del Estado, y venció mas tarde á su temible rival Catilina. En vano los conjurados, que eran numerosísimos, trabajaban para derribar al primer cónsul y apoderarse del gobierno de la república; Ciceron mantenia inteligencias secretas entre aquellos, y no daban paso alguno, ni acordaban ninguna medida en sus conciliábulos, que al punto no llegase á noticia de Marco Tulio. Con el objeto de no hallarse desprevenido si llegaba á ocurrir algun suceso de gravedad, Ciceron logró que el senado espidiese un decreto, por el cual se concedia á los cónsules un poder dictatorial en todas aquellas circunstancias en que se considerase la república amenazada de grandes peligros. Escluido Catilina en la nueva eleccion de cónsules, jura en su despecho incendiar la soberbia capital y ejecutar las mas terribles venganzas, reuniendo al efecto á todos sus cómplices, dos de los cuales prometieron asesinar á Ciceron en su propia casa. Pero este seguia el hilo de la conspiracion y sabia todos sus pormenores por Fulvia, querida de Curio que tambien estaba en la trama. Confiado Catilina en la insolente audacia, que formaba el principal distintivo de su carácter, ó creyendo tal vez que sus proyectos permanecian ocultos, tuvo la osadía de presentarse en el Senado, pero fué para quedar confundido bajo las tremendas acusaciones del primer cónsul, que entonces pronunció su primera Catilinaria. No escarmentaba el temerario faccioso, antes bien profiriendo terribles amenazas, partió para Etruria, acompañado de algunos revoltosos. Por entonces defendió Ciceron á Murena, acusado por Caton, quien puesto en ridículo en el famoso alegato del elocuente orador, dijo entonces la conocida frase: «Tenemos un cónsul muy festivo.» Léntulo era el jefe de los conjurados que habian quedado en Roma, pero descubierto y averiguado plenamente su delito fué muerto en el encierro, á cuya sentencia contribuyó Ciceron, considerando que de otro modo no era posible conservar la tranquilidad de la república. Entonces el pueblo aclamó á Ciceron *padre de la patria*. Pero estaban reservados momentos muy amargos al grande hombre. Llegado el término de su consulado,

escribió en griego las memorias relativas al mismo, y un poema latino sobre el propio asunto; aquel consulado fué, sin embargo, el pretesto de que se valieron sus contrarios para perseguirle, y particularmente Clodio, que hizo aprobar una ley que declaraba traidor á todo el que ordenase la muerte de cualquier ciudadano romano, antes de que el pueblo lo hubiese condenado. Ciceron, que no habia convocado al pueblo para que sentenciase á Léntulo, cubriendo así su responsabilidad, conoció entonces la ligereza que habia cometido, decretando su muerte con tanta precipitacion; vistió luto, y acompañado del cuerpo entero de caballeros y de muchos jóvenes de las primeras familias, se presentó en las calles de Roma implorando el favor del pueblo; pero el furioso Clodio, que llevaba consigo una multitud de hombres armados, le insultó repetidas veces, amenazando hasta al mismo Senado. César y Pompeyo, sus antiguos amigos, le abandonaron en aquella ocasion, y el noble orador se desterró voluntariamente del teatro de sus glorias, anduvo errante por algunos pueblos de Italia, y se acogió por fin en casa de Planco en Tesalónica. El ilustre desterrado no encontró en la soledad de su retiro los consuelos que esperaba, porque contínuamente llegaban á sus oidos noticias de la atroz persecucion con que Clodio afligia á su mujer, á sus hijos y á todos los suyos. Pero estos desafueros llegaron á hacerse intolerables, la insolencia de Clodio ofendia ya hasta á los mismos que antes le habian favorecido; Pompeyo se interesó por Ciceron, y aprobado por el pueblo el decreto por el cual se alzaba el destierro del célebre orador, este despues de otras muchas distinciones que señalaron su tránsito por varios pueblos, al regresar á Italia, entró en Roma en medio de festivas aclamaciones, siendo recibido por el senado en las puertas de la ciudad. Las casas de campo de Ciceron habian sido arrasadas de órden de Clodio, pero la república las reedificó á sus espensas. Agradecido Ciceron á Pompeyo por la parte activa que habia tomado en su restablecimiento, se adhirió á él proclamándole su bienhechor, y solo por complacerle defendió á dos hombres perversos, llamados Vatinio y Gabinio, que siempre se habian mostrado acérrimos enemigos suyos. ¡Estraordinario rasgo de generosidad, propio solo de un alma noble y grande como la suya! Por aquella época se dedicó á componer sus tratados de oratoria, fué recibido algunos años despues en el colegio de los augures, y con la muerte de Clodio se vió libre de su mas furibundo enemigo. Clodio sucumbió bajo el acero de Milon, y el célebre orador defendió al homicida en una de sus mejores arengas. Las victorias que alcanzó por entónces, siendo gobernador en Sicilia, hicieron que sus soldados le diesen el título de *Imperator*, por lo cual, un tanto envanecido Ciceron solicitó los honores del triunfo, cuyas pretensiones no quiso apoyar Caton. Su conducta en el gobierno de Sicilia, no pudo ser mas acertada ni equitativa, así es que se veia generalmente respetado y querido; pero el rompimiento de César y Pompeyo era un suceso de inmensa trascendencia para el imperio; Ciceron estaba impaciente en el retiro de la provincia, y no bien hubo terminado su mision, regresó á Roma, encontrándose, como él mismo dice, en medio de las llamas de la discordia. El ilustre orador alimentó por algun tiempo la dulce ilusion de que tal vez con su persuasiva elocuencia y sinceridad podria reconciliar á los dos poderosos rivales, pero pronto quedaron desvanecidas todas sus esperanzas, pues pasando César á Roma, huyeron Pompeyo, los cónsules y el senado. Ciceron se fué á reunir con Pompeyo, no obstante ofrecerle muchas mas ventajas el partido de los rebeldes, entre los cuales tenia á su yerno Dolabela, confidente de César. La memorable batalla de Farsalia, en la que se disputó el imperio del mundo

entre dos de los hombres mas grandes de la antigüedad, fué como es sabido funestísima para las armas de Pompeyo, que tuvo que apelar á la fuga. Entonces Ciceron, negándose á tomar el mando de ciertas tropas, regresó á Italia, gobernada á la sazon por Antonio, lugarteniente de César. Este paso fué considerado como poco honroso para Ciceron, quien en medio de los sinsabores que con este motivo amargaron su pecho, recibió por parte del vencedor la mas favorable y amistosa acogida. Ocupóse entonces en la literatura y la filosofía, y por aquel tiempo fué tambien cuando á causa de ciertas disensiones domésticas, repudió á su mujer Terencia y se casó con su bella y opulenta pupila. Parece que la necesidad determinó en gran manera á Ciceron á contraer este enlace, pues el estado de sus intereses no era nada halagüeño. Sea de esto lo que quiera, preciso es convenir, no obstante, en que de su boca ni de su pluma salieron elogios del poder, que le hubieran valido grandes recompensas, hasta que el perdon de su amigo Metelo le obligó á romper el silencio en favor de César, con una arenga que es de las mas sobresalientes. La muerte de su hija Tulia, á quien amaba entrañablemente, le sumergió en el mas profundo abatimiento, y le obligó á vivir en el retiro en donde no tenia mas consuelo que los libros y las tareas literarias. Allí compuso muchas obras, algunas de las cuales se han perdido. Sabido es el trágico fin de César: el asesinato de este grande hombre, lejos de causar sentimiento á Ciceron, que tanto le habia elogiado poco antes, fué, por el contrario un motivo de júbilo para él, pues estaba en la persuasion de que aquel acontecimiento era la señal de la libertad de su patria, y que él mismo recobraria el crédito y ascendiente que habia gozado entre sus conciudadanos. Los proyectos de los conspiradores, no obstante haber realizado parte de ellos con el asesinato de César, encontraban grandes obstáculos en la conducta de Antonio, que no solo le sucedió en el poder, sino que mantuvo en su fuerza y vigor las leyes que aquel habia dictado. En este estado de cosas escribió Ciceron algunas otras obras; y despues comenzaron sus *Filípicas*, obra admirable de elocuencia y de patriotismo. Creyendo que Octavio era menos peligroso á la república que Antonio, contribuyó eficazmente á la elevacion de aquel. Octavio se apoderó algun tiempo despues del consulado, y uno de los primeros pasos que dió fué hacer alianza con Antonio y Lépido, constituyendo un triunvirato que amenazaba destruir completamente la libertad de la república. Así lo comprendió Ciceron, que poco antes habia propuesto á Bruto que se reconciliase con Octavio, á quien temia menos que á Antonio. Hallábase el insigne orador retirado en Túsculo, cuando supo con asombro é indignacion la ingratitud de Octavio, que habia permitido que el nombre de Ciceron se pusiese entre el de los proscriptos por los triunviros. Parece que entonces tuvo la idea de ir á Roma y darse la muerte en casa de Octavio, para que las sospechas recayeran contra este, y el pueblo se alborotase y diese el castigo á que se habia hecho acreedor por su perfidia. Los pocos dias que le restaban de vida los pasó en su quinta de Formies, por cuyas inmediaciones vagaban los soldados de los triunviros que acechaban sus pasos. Sus esclavos hubieran querido resistir á los asesinos, pero Ciceron se lo prohibió, y cayó bajo los golpes de aquellos desalmados, cuyo jefe era el feroz Popilio, á quien en otro tiempo habia salvado la vida la elocuencia de aquel mismo que ahora se revolcaba á sus piés con las convulsiones de la agonía. Sesenta y cuatro años tenia Ciceron cuando murió, y su cabeza y manos fueron clavadas de órden de Antonio en la tribuna de las arengas, desde la cual el *orador*, segun la espresion de Tito Livio, habia hecho resonar una elocuencia que jamas igualó ninguna voz humana. Es-

cusado creemos encarecer aquí detallada y estensamente el mérito incomparable que en general tienen las obras de este génio superior. Muchos de sus contemporáneos le juzgaron como el primer orador del mundo, y la posteridad ha confirmado constantemente este juicio. Como escritor, en la mayor parte de sus composiciones brillan con magnífico esplendor la ciencia, el buen gusto, la elegancia, la armonía, el ingenio, un delicado aticismo que encanta, y en fin, todas las cualidades que constituyen uno de los génios mas eminentes que han existido, y aunque las obras mas sublimes y originales del arte de escribir, como dice un biógrafo, pertenecen tal vez á Homero, á Granada, á Cervantes, á Bossuet y á Pascal, Ciceron es tal vez el hombre que ha hecho uso de la palabra con mas ciencia y mas ingenio, y el que en la perfeccion habitual de su elocuencia y de su estilo ha esparcido mas bellezas y cometido menos faltas. Ciceron, como ciudadano, fué uno de los mas virtuosos de Roma; su sincero republicanismo, su amor á la libertad de su patria, le inspiraron sus mejores oraciones; como hombre privado, jamas desmintió la nobleza de sus sentimientos. Hé aquí las obras de Ciceron que han llegado hasta nuestros dias: *De Officiis.—De inventione libri duo.—Libri quatuor rethoricorum ad Herennium*; estos se atribuyen por algunos á L. Cornificio, padre, al hijo de este ó á Timolao, uno de los treinta tiranos. —*Dialogi tres de oratore ad Quinctum.* —*Brutus, sive de claris oratoribus.—Orator sive de optimo genere dicendi;* este tratado se llama tambien *Liber de perfecto oratore.—Topica ad C. Trebatium.—De partitione oratoria dialogus*: algunos creen que este tratado no pertenece á Ciceron.—*De optimo genere oratorum.* Las oraciones del ilustre orador romano, que han llegado hasta nuestros tiempos, son cincuenta y nueve, y entre ellas catorce contra Marco Antonio, con el nombre de *Filípicas*, siete contra Verres, cuatro contra Catilina y tres sobre la ley agraria. Sus epístolas son las siguientes:—*Epistolæ ad diversos*, llamadas tambien *Epistolæ familiares.—Epistolæ ad Pomponium Atticum.—Epistolarum ad Quinctum fratrem libri tres.—Epistolarum ad Marcum Brutum liber*; comprende veinte y cinco cartas, pero siete de ellas se tienen por apócrifas.—Las obras filosóficas tienen los títulos que van á continuacion:—*Academicæ quæstiones*, que tambien llevan el de *Libri academici.—De finibus bonorum et malorum libri quinque.—Tusculanarum quæstionum libri quinque.—De natura deorum libri tres.—De adivinatione libri duo.—De fato.—De legibus libri tres.—De officiis libri tres.—Cato major, sive de senectute, ad T. Pomponium Atticum.—Lælius sive de amicitia.—Paradoxa.*—Ademas de veintiseis oraciones del ilustre orador, que no han llegado hasta nosotros, tampoco se conservan las obras cuyos títulos á continuacion se espresan: *Commentarii causarum.*—*Cartas* griegas y latinas.—Dos libros *De gloria.—Económica*, en tres libros.—*Protágoras,* traduccion de Platon.—Una traduccion de las oraciones de Esquines y de Demóstenes sobre la corona.—*Laus Catonis.—Anti-Caton.—De philosophia liber*, tambien llamado *Hortensius.—De jure civili.—Liber de suis consiliis.—De auguriis.—Consolatio sive de luctu minuendo.—Chorographia.—Alcyones, Limon, Marius*, y *De consulatu suo, sive de suis temporibus, libri tres*, poemas heróicos.—*Focularis libellus*, poema.—*Pontius Glaucus*, poema.—*Anécdota.*—Tambien se le han atribuido ó disputado estas obras: *Responsio ad invectivam C. Sallustii Crispi*, cuyo autor es M. Porcio Latro.—*Oratio ad populum et equites antequam iret in exilium.—Epistola ad Octavium.—Oratio de pace.—Consolatio.—Oratio adversus Valerium.—Liber de Synonymis.—De re militari.—Orpheus, sive de adolescente stu-*

dioso. — *De memoria*, se cree que es de un liberto de Ciceron.—*Notæ tachygraphicæ.*-*De petitione consulatus.* De todas las obras del célebre orador, así como tambien de las que se le atribuyen, se han hecho en varias épocas y paises numerosísimas ediciones.

CIELO ó URANO, y TITEA ó la TIERRA, son los mas antiguos de los dioses de la fábula, despues del Destino y del Caos. Los mitólogos hacen al primero esposo de la segunda. Su descendencia fué numerosa: cuéntanse entre sus hijos Saturno, ó Crono, El Océano, Creio ó Crios, Caeos, Titan, Hyperion y Japet; hermanas de estos eran Thia, Rhea ó Cibeles, Heribea, Temis, Mnemosina, Febea y Tetis. Los cinco varones últimos se denominaron grandes Titanes, ó hijos gigantes de la Tierra; siguen á estos los Cíclopes, que solo tenian un ojo en la frente, Esterope y Arges ó Harpes, y por último los Centimanos, que tenian cincuenta cabezas y cien brazos, Coto, Briareo y Giges. Tambien tuvo la Tierra del Tártaro á Tipheo ó Tiphon, gigante espantoso, mas valiente y temible que todos los otros juntos. Este último fué dado á luz espresamente para volver por el honor de su raza, vencida por Júpiter, y continuar la guerra contra los dioses. Urano, á medida que su familia se aumentaba, iba encerrando á sus hijos en el Tártaro, abismo profundísimo donde jamas penetraba la luz del sol. Sabido esto por los gigantes, concibieron el mayor ódio contra su padre, y aun trataron de quitarle la vida; pero él los aprisionó en unas lóbregas y horribles cárceles, á despecho de Titea, que, queriendo librar á Saturno, le indujo á cometer el crímen de parricidio. Entonces el rebelde hijo, tomando una guadaña de hierro, acometió á Urano, privándole para siempre de la facultad generatriz, y destronándole puso en libertad á sus hermanos. La sangre que manaba de la herida del dios, produjo á las tres Furias, al caer sobre la Tierra; y de la parte que saltó al mar nació Venus, llamada por lo mismo *Afrodita*, que quiere decir «nacida de la espuma.» Otros dicen, que Urano fué el primer rey de los pueblos africanos que habitaban en la falda del Atlas, y que estos, en recompensa de los beneficios que le debian por haberles reunido en sociedad y enseñado la agricultura, la astronomía y las artes, le adoraron por dios á su muerte, dando su nombre á la bóveda celeste. Urano y Titea son hijos del Caos, quien, segun algunos, los lanzó de su seno juntamente con la Discordia, Pan, las tres Parcas, el Erebo y la Noche.

CIENFUEGOS (Nicasio Alvarez de). Nació en Madrid en 14 de diciembre de 1764. La universidad de Salamanca, era todavía, por el tiempo en que Cienfuegos principió sus estudios, centro de la juventud mas ilustrada de España, que concurria á aquellas aulas de donde tantos hombres distinguidos salieron para honra de su patria. En Salamanca, pues, siguió su carrera Cienfuegos, y allí trabó grande amistad con Melendez, adquiriendo con su trato tal aficion á la poesía que, unida esta circunstancia á su constante amor al trabajo, á los ilustrados consejos de aquel grande ingenio y á sus propios talentos, nada comunes, logró en breve darse á conocer como uno de los poetas mas dignos de ocupar un elevado puesto en el parnaso. Concluidos sus estudios pasó á la corte, y como no tenia otra ambicion que la de adquirirse nombradía por sus obras, se dedicó casi esclusivamente al ameno trato de las musas. Algunas de sus composiciones, que circularon entre sus amigos, fueron muy celebradas, y esto le animó á dar otras al público, aunque siempre con la desconfianza propia de todo hombre de mérito. Poco despues se representaron la *Zoraida* y la *Condesa de Castilla*, que tal vez son sus dos mejores tragedias, y acaso sin disputa las mejores tambien que se han escrito en castellano. Cono-

cido ya ventajosísimamente, no solo en los círculos literarios de la corte, sino tambien en todo el público, dió á la estampa en 1793 sus obras poéticas, que acabaron de formar su reputacion. El gobierno quiso entonces premiar el estraordinario mérito de nuestro jóven compatriota, cuyas luces le hacian apto para desempeñar cualquier cargo por delicado que fuese; y despues de confiarle la redaccion de la *Gaceta* y del *Mercurio*, le confirió el empleo de oficial de la secretaría de Estado. Invadida luego España por los ejércitos de Napoleon, cautivo el monarca y esclavizado el pueblo, Cienfuegos no podia permanecer indiferente á tamaños males, cuando todo buen español defendia la independencia de su patria. Un artículo publicado en la *Gaceta*, de cuya revision continuaba aun encargado, le acarreó sérios disgustos por parte de los estranjeros, y en el sangriento *Dos de mayo* estuvo en inminente riesgo de aumentar el número de las víctimas bárbaramente sacrificadas. No pudo evitar, sin embargo, el ser perseguido por Murat, quien reconviniéndole por su patriótica conducta, recibió una contestacion llena de sublime entereza, que por lo mismo exaltó la cólera del frances hasta el punto de disponer que el ilustre poeta fuese conducido á Francia, quedando allí en rehenes con otros muchos españoles que no querian humillarse ante los caprichos del déspota. El sentimiento que le causó este bárbaro atropello, y el de ver á su patria ultrajada y oprimida por un tirano, unido á los achaques que habian ido alterando su delicada constitucion, apresuraron el fin de su vida, á poco de regresar de Francia. Muchas obras de este poeta han desaparecido, y algunas de las que de él se conocen, se deben á la solicitud de S. M., que dispuso que la imprenta real publicase la segunda edicion, aumentada con varias composiciones cuyos manuscritos compró aquel establecimiento. Una de estas composiciones es la tragedia titulada *Pitaco*, á la que el autor habia debido la entonces señalada honra de ser recibido en la Academia española. La imprenta real, respetando la voluntad de Cienfuegos, «suprimió—como dice el editor—una «oda con que en la primera edicion «celebró al general Bonaparte, cuando «en una de sus campañas de Italia «respetó el sepulcro y la memoria de «Virgilio, habiéndose hecho indigno «de aquel elogio con sus posteriores «usurpaciones y violencias.» Los generosos sentimientos de Cienfuegos, su acendrado amor á la libertad, la independencia de su carácter y su acrisolada virtud, se descubren en la mayor parte de sus composiciones. En cuanto al mérito de sus obras, es tan conocido por todos los amantes de nuestras glorias literarias, que casi es ocioso ponderarlo aquí. Dotado Cienfuegos de una ardiente fantasía, de robusta y elevada imaginacion, sus composiciones, especialmente las trágicas, no pueden leerse sin entusiasmo; y admirar la gran copia y riqueza de imágenes, la dignidad, el buen gusto, la energía, los pensamientos profundos, las ideas filosóficas, las sanas sentencias, adornadas con todo el esplendor poético que abundan en sús obras. Cienfuegos habia hecho un estudio concienzudo de los clásicos; y aunque observaba escrupulosamente sus reglas, supo evitar en sus obras la languidez que se advierte en las tragedias antiguas. ¡Digno es por cierto de lamentar que, cuando todos los dias invaden nuestros teatros detestables traducciones de obras no menos detestables; que cuando aun en las de nuestros modernos poetas, no siempre preside la eleccion mas acertada; y, por último, que cuando se han resucitado algunas de las comedias del inmortal Moratin, nadie se acuerde de Cienfuegos, cuyo nombre debia ser uno de los mas populares y mas justamente respetados! En el prólogo de la segunda edicion se leen las siguientes líneas, que no podemos menos de trasladar, por hallarnos en un todo conformes con la opi-

nion que en ellas se emite: «Muchas «son, en efecto, las composiciones que «eternizarán el nombre de Cienfuegos, «y en las cuales ha sabido espresar con «una diccion verdaderamente poética «y llena de energía, los elevados senti- «mientos que le animaban. Estos se «distinguen particularmente en sus tra- «gedias, donde si falta aquella secreta «mágia, con que el elegante y afectuo- «so autor de la *Fedra* mueve podero- «samente las pasiones y enternece el «corazon humano, se encuentran no «pocas veces aquellos pensamientos su- «blimes y animado diálogo que inmor- «talizaron al autor del *Cina.*» Tradujo Cienfuegos con notable acierto algunas odas de Anacreonte, y la de Horacio que empieza, *Cœlo tonantem etc.* Los títulos de sus producciones dramáticas son estos: *Las hermanas generosas*, comedia.—*Idomeneo*, *Zoraida*, *La Condesa de Castilla* y *Pitaco*, tragedias. Nos quedan tambien de Cienfuegos algunas obras de elocuencia y filología, varias observaciones sobre la gramática castellana, y los sinónimos que se publicaron en una edicion en miniatura hecha por la imprenta real, á continuacion de los de D. J. García de la Huerta. En todas estas obras se revela el sano criterio, talento y vasta instrucion del insigne poeta.

CILLICON. Nació en Mileto, y su verdadero nombre era *Achæus*. Referirémos brevemente la historia de este hombre, no porque por sus hechos le consideremos acreedor á ello, sino para que su ejemplo sirva de aviso siquiera, ya que no de escarmiento, á los que con perfidia tratan de elevarse. Sitiada por los Prienios una isla que formaba parte de la ciudad natal de Cillicon, este traidor la entregó á los enemigos, pensando sin duda que así labraba su fortuna. Uno que presenciaba la traicion le preguntó:—«¿Qué es lo que haces?» y él respondió al punto: «Todo para mejor» cuyas palabras quedaron en proverbio. Retirado despues á Samos, en donde parece que habia fijado su residencia, fué un dia á comprar carne á casa de Teágenes, compatriota suyo, y persona que le conoció en el momento mismo, si bien procuró disimular por el pronto. Dijo á Cillicon que le señalase el lugar de donde queria la carne, y alargando este la mano para indicarlo, Teágenes descargó la cuchilla y se la cortó diciendo: «Esta mano ya no venderá otra ciudad.»

CIMAROSA (Domingo). Nació en Nápoles, en 1754, y es mirado como uno de los compositores de música que mas celebridad han alcanzado en Europa. Sachini fué su primer maestro, y en el conservatorio de Loreto, casi concluyó de perfeccionarse en su difícil carrera. Su precoz talento, su génio superior, y los muchos desvelos y vigilias que pasó para adquirir los conocimientos á que aspiraba, con el objeto de aplicarlos con fruto y cuanto antes á la composicion, le pusieron muy pronto en estado de darse á conocer. Veinticinco años contaria escasamente, cuando ya su nombre era pronunciado con admiracion en las cortes mas cultas, y saludado con aplausos en los primeros coliseos de Italia. Fué llamado sucesivamente á Rusia, y muchos príncipes de Alemania tambien quisieron que honrase sus teatros con sus brillantes creaciones. Cimarosa recorrió todos los tonos de la composicion lírica, pero descolló principalmente en la ópera bufa. Distínguense sus partituras por la fantasía, la novedad, la pureza y la gracia del canto; á estas condiciones, que por sí solas pueden labrar una reputacion legítima, iban unidos el conocimiento profundo de la escena, el de los efectos dramáticos y el de la armonía, por cuya razon sus acompañamientos son notables por su riqueza, animacion y originalidad. Los principales teatros de Europa han resonado con las bellas armonías de Cimarosa, hasta hace pocos años, ascendiendo el número de sus partituras á mas de

veinticinco. Las sérias se titulan: *El sacrificio de Abraham.—Penelope.—Los Horacios y Curiacios.—La Olimpiada.—Artajerjes* y casi toda la *Artemisa de Venecia*, pues aun no estaba concluida cuando la muerte sorprendió al grande artista. Las principales bufas son:—*La italiana en Lóndres.—El amor constante.—El pintor parisiense.—El imprudente afortunado.—La trama burlada.—El empresario en apuro.—Los enemigos generosos.—El Crédulo.—Juanita y Bernardito.—La Bailarina amante* y *El Matrimonio secreto*, que obtuvo una acogida brillantísima, escitando el entusiasmo general en todos los teatros en que se puso en escena. El mismo emperador Leopoldo, parece que quiso oir por segunda vez, aquella misma noche, la magnífica composicion que tanto le habia complacido, y al efecto convidó á toda la compañía lírica á un banquete, despues del cual se cree que le repitió la ópera. En todas las demas composiciones que en diversos géneros hizo, como salmos, misas, etc., demostró un talento de primer órden. Cuando la primera entrada de los franceses en Nápoles, era Cimarosa maestro de capilla de Fernando IV; y obligado por los invasores, segun dicen unos, y llevado de sus ideas liberales, segun afirman otros, compuso un himno republicano. Variaron las circunstancias, regresó el monarca á su corte y el artista fué encarcelado. Así permaneció algun tiempo, hasta que recobrando por fin su libertad se retiró á Venecia, en cuya ciudad murió á 11 de enero de 1801. En las exequias que por su alma celebraron los músicos de Roma, se cantó una misa de *Requiem*, compuesta por el mismo Cimarosa en su juventud para los funerales de su suegro, y que es considerada como una obra muy digna de aprecio.

CIMON. Fué hijo del famoso Milciades y de Hegesipile, hija de un príncipe de Tracia. Los primeros años de su juventud no se señalaron como los de otros héroes por rasgos, que ya desde la mas tierna edad indican lo que que han de ser con el tiempo. Al contrario; el que hubiera querido juzgar á Cimon en aquella época de su vida, no hubiera formado nunca un concepto muy ventajoso del que mas adelante se hizo digno del renombre que la fama ha conservado hasta nosotros. No hubo género de escesos á que el jóven Cimon no se entregase, llegando estos á tal estremo que se le acusó de tener relaciones ilícitas con Elpinice, hermana suya por parte de padre. Plutarco dice, que se casó con ella por no permitirle el estado de su fortuna dotarla cual correspondia á su clase, y que luego se la cedió al opulento Calias, porque este pagó la multa á que habia sido condenado Milciades. Todo esto es demasiado vago, ó al menos tal aparece en los historiadores, para que nos detengamos mas tiempo en consideraciones que á nada conducirian. Lo cierto es, que Cimon se distinguió ya en la guerra contra los persas. La serenidad, el valor y los conocimientos que mostró en la memorable batalla de Salamina, aumentaron en gran manera su reputacion, y el mismo Arístides, que desde entonces le concedió su aprecio y confianza, formó una alta idea de Cimon, á quien consideró á propósito para contrarestar el ascendiente que Temístocles ejercia sobre el pueblo, ascendiente que le parecia peligroso para las libertades públicas. Cuando la espedicion de los atenienses al Asia, para sacudir el yugo de los persas que oprimian la Grecia de aquella region, Arístides y Cimon fueron los encargados del mando de las naves, así como Pausamias, rey de Esparta, era el que mandaba en jefe todas las tropas. Este príncipe se hizo odioso al ejército con sus repetidas arbitrariedades; irritados por esta causa los ánimos, despojaron del mando á los lacedemonios, y como Arístides hubiese regresado á Atenas, quedó Cimon al frente de todas las fuerzas navales de Grecia. Entonces puede decirse que

empezó su brillante carrera, que fué una série casi no interrumpida de triunfos, y entre otros las acciones en que se halló en la Tracia, la derrota de los persas en las orillas del Eurimon, la conquista de un estenso territorio, en donde luego se fundó la ciudad de Amfípolis, la de la isla Esciros y la de todas las ciudades y poblaciones de la costa del Asia Menor. La gloria seguia por todas partes á sus armas, pero uno de los triunfos mas memorables que consiguió, fué la derrota de la escuadra persa, en la embocadura del rio Eurimedon, escuadra compuesta de mas de doscientas naves, y la del ejército que atacó sin pérdida de tiempo. Resultado de estas importantes batallas, fué la paz que Jerjes tuvo que firmar, bajo condiciones muy ventajosas para Atenas, y que aseguraron la independencia de las colonias griegas establecidas en Asia. Las espléndidas liberalidades de Cimon, al regresar á Atenas, le enaltecieron en el concepto público tanto como sus hechos de armas. Con el objeto de que todo el que quisiese disfrutase de los productos de sus heredades y jardines, mandó quitar los cercados, y los ciudadanos de su curia tenian mesa franca en su casa. Siempre que salia á la calle iba acompañado de algunos esclavos bien vestidos, y si encontraba en el camino algun anciano pobre y andrajoso, mandaba á los esclavos que luego le diesen los vestidos que llevaban puestos. Los paseos, las fuentes, muchos edificios de la ciudad recibieron grande ornato y mejoras á sus espensas, lo cual unido á su trato sencillo y afable le granjeó numerosas simpatías, así por parte de los atenienses como de los lacedemonios. Los rebeldes tasianos fueron algun tiempo despues derrotados por Cimon, que se apoderó de su ciudad y riquísimas minas; y el pueblo ateniense le dió un solemne testimonio de aprecio y respeto, desechando la acusacion que contra él suscitó Pericles, suponiendo que el rey de Macedonia le habia sobornado, y que por esta causa no habia querido despojarle de algunos de sus dominios en cierta ocasion favorable. Pericles no olvidó el desaire que habia recibido su acusacion, y aprovechándose de la ausencia de Cimon, que entonces sitiaba á Itomo, usurpó unido á Efialtes gran parte de las facultades del areópago, dándolas al tribunal heliaco en que él tenia no pequeña influencia. Regresa Cimon á Atenas, y pretende volver las cosas al estado antiguo, pero inútilmente, pues lejos de conseguirlo, él mismo tuvo que salir desterrado de su patria, por su afecto á los lacedemonios, ó segun Andocides por su trato con su hermana Elpinice, aunque no faltan fundamentos para creer que esta última es una suposicion gratuita. Beocia fué el punto á donde fué confinado el ilustre Cimon, quien olvidando los agravios recibidos se presentó á combatir con su curia, cuando los atenienses fueron á Tanagro á disputar el paso á los espartanos que volvian de una espedicion; Pericles le mandó que se retirase, y los atenienses perdieron la batalla. Los triunfos que despues consiguieron los lacedemonios contra los ilotas, pusieron en consternacion á los de Atenas, que temian ver invadidos sus pueblos por los vencedores, y entonces llamaron á Cimon, que mediando entre unos y otros, logró con su conciliadora política ponerlos en paz. La última empresa que proyectó fué una espedicion contra Egipto y la isla de Chipre, pero despues de tomar la ciudad de Citio, la muerte le atajó los pasos, viéndose obligadas á retirarse sus tropas con este motivo.

CIMON, romano. Siendo de edad muy avanzada, y en castigo de algun crímen que habia cometido, segun se sospecha, el Senado le condenó á morir de hambre en un estrecho y oscuro calabozo. Allí hubiera perecido el infeliz Cimon, á no haber sugerido á su hija, el amor entrañable que le tenia, la feliz idea de alimentarle con la leche de sus pechos. En efecto, aquella

piadosa jóven tenia libertad para visitarle siempre que quisiese, y por entre los hierros de las rejas, que cerraban la entrada del lóbrego calabozo, le daba todos los dias el alimento suficiente para conservar su vida. Este sublime acto de piedad filial llegó á noticia de los jueces, y no queriendo dejarlo sin recompensa, premiaron á la hija con la libertad del padre, ó de la madre, que segun Tito Livio era la condenada á la fatal sentencia. Valerio Máximo habla de un cuadro en que esta sublime escena estaba representada, y dice que no se podia mirar sin enternecerse. *Hærent et stupent hominum oculi, dum hujus facti pietam imaginem vident; casus quæ antiqui conditionem præsentis spectaculi admiratione renovant.*

CINCINATO (Lucio Quincio). Llamáronle Cincinato, porque tenia rizado el cabello. El nombre de este varon ilustre ha quedado en la historia como un ejemplo vivo de las virtudes de los antiguos romanos, que en los hermosos dias de la república no vacilaban en sacrificar sus intereses, su ambicion, sus afecciones mas queridas en aras del bien del Estado. Era Cincinato senador romano, pobre en bienes de fortuna, porque casi le habia arruinado una multa que tuvo que pagar por su hijo, pero rico en honradez y amor á la patria. La causa que acabamos de indicar le obligó á retirarse á una cabaña al otro lado del Tiber, y allí se dedicaba pacíficamente al cultivo de la escasa tierra que constituia á la sazon toda su fortuna. La agitacion de Roma á consecuencia de la muerte del cónsul P. Valerio cuando el ataque del Capitolio, inspiraba sérios temores á los que miraban por la conservacion del Estado, y en tal conflicto recurrieron á Cincinato, á quien eligieron para el consulado el año de la fundacion de Roma 296, y 457 antes de la venida de Jesucristo. Envióle el Senado una diputacion para darle parte del nombramiento, en ocasion en que se hallaba arando sus tierras; y comprendiendo que el resistir á la invitacion seria demostrar poco patriotismo en trance tan difícil, cedió aunque con repugnancia, porque tenia que volver al tumulto de la populosa capital. Al tiempo de partir dijo á su mujer: «Mucho me temo, mi querida es«posa Acilia, que nuestro campo esté «mal labrado este año.» Sus acertadas disposiciones, sus medidas conciliadoras, su carácter bondadoso, devolvieron el sosiego á Roma, y procedió con tal rectitud en la administracion de justicia, que su consulado dejó los mas gratos recuerdos. Tratóse de prolongar sus funciones, considerándole como el único hombre capaz de conservar el órden y buena armonía entre los ciudadanos, pero él lo rehusó abiertamente, puesto que habia cumplido con su mision, prefiriendo su humilde cabaña á todos los honores y riquezas que el cargo con que le brindaban podria proporcionarle. El cónsul Minucio que combatia contra los volscos, se vió encerrado con todo su ejército en un peligroso desfiladero, y con este motivo fué nombrado dictador Cincinato, que nuevamente hizo el costoso sacrificio de abandonar su campestre retiro en obsequio de la patria. La eleccion fué tan acertada como habia fundamento para esperar; Minucio y el dictador atacaron al mismo tiempo al enemigo con tal fortuna, que este no tuvo otro remedio que entregarse á discrecion. Para castigar á Minucio le hizo dejar el consulado, y no quiso que sus soldados participasen del botin. Los soldados de Minucio, en vez de resentirse y considerarse agraviados por el dictador, le concedieron una corona cívica, reconocidos al gran servicio que les habia hecho salvándoles el honor y la vida. En solos quince dias concluyó gloriosamente Cincinato aquella guerra, y tornó á Roma donde recibió los honores del triunfo. Aun no habia terminado su dictadura, pero el virtuoso romano la abdicó al punto, no queriendo apro-

vecharse del plazo de seis meses que le restaban, puesto que alejado el peligro que amenazaba á la patria, ya no era necesaria aquella. Hasta en los últimos años de su vida, tuvo Cincinato ocasion de servir á la república, con la misma abnegacion, con el mismo desinteres que anteriormente lo habia hecho. Ochenta años tenia, cuando acusado Espurio Melio de haber formado el proyecto de proclamarse rey, acordó unánimemente el senado poner otra vez en sus manos la dictadura. Melio, en vez de acudir al tribunal para responder á los cargos que sobre él pesaban, emprendió la fuga, pero sucumbió bajo la espada de Servilio. Presentóse este á Cincinato con el acero ensangrentado aun, y el anciano dictador le dijo al verle: *Has hecho bien, Servilio, acabas de salvar la república.* Luego que el pueblo reunido tuvo noticia de la conspiracion, la casa de Melio fué arrasada, y repartido entre los pobres todo el trigo que se halló en sus graneros. Despues de esta dictadura, Cincinato volvió á su cabaña, en donde terminó tranquilamente sus dias, venerado por el pueblo, como uno de los hombres mas grandes por sus virtudes.

CINEGIRO, soldado ateniense. Pocos rasgos de valor y de firmeza refieren las historias que puedan compararse al que ha inmortalizado á Cinegiro. Fué este uno de los que pelearon en la famosa batalla de Maraton, por los años 498 antes de Jesucristo. En medio del ardor del combate, y cuando ya el cansancio debia haber hecho desmayar su aliento, logró asir con una mano una de las naves de los persas, y aunque se veia rodeado de mil peligros, no soltó la presa hasta que le cortaron la mano; entonces se asió con la otra al buque enemigo, pero tambien fué separada del brazo; en cuya desesperada situacion, y no queriendo ceder sino con la vida, se aferró con los dientes á la nave, y en esta disposicion cayó muerto y acribillado de heridas. Dícese que este valeroso griego era hermano del célebre poeta Esquilo.

CINNA ó CINA (Lucio Cornelio). Pertenecia á la ilustre familia de los Cornelios, una de las principales de Roma. Es célebre por el papel que desempeñó en la guerra entre Sila y Mario, que tantas lágrimas y sangre costó á la república. No era Cinna hombre eminente por sus talentos militares, pero suplia estos, en cierto modo, con su génio intrigante y díscolo, que nunca estaba contento sino entre las discordias y revueltas intestinas que entonces se sucedian con gran frecuencia. En este particular no ha dejado Cinna de tener imitadores, pues sobran, por desgracia, hombres que, no pudiendo aspirar por sus méritos á un puesto elevado, los escalan con su osadía y espíritu revoltoso. Nombrado cónsul en el año 665 de Roma, uno de los primeros actos que intentó, fué el de levantar el destierro á Mario y á los suyos, de quienes era celoso partidario, é intrigar para alejar á Sila, que le inspiraba serios temores, y á quien no podia menos de mirar con celos. Pero este proyecto de difícil realizacion, era casi imposible de llevar á cabo, á no promover desórdenes, á favor de los cuales tornasen aquellos á Roma. No vaciló en ello Cinna, é intentó al efecto restablecer una ley por la cual los nuevos ciudadanos tenian derecho á ingresar en las antiguas tribus. Pero el partido contrario al del cónsul, se reveló contra esta disposicion, y viniendo entrambos á las manos, la sangre corrió por las calles de la capital, de cuyo recinto fué arrojado Cinna, despojándole tambien el senado de la dignidad que representaba. El turbulento carácter del depuesto cónsul no escarmentó con tan severa leccion; antes, enconándose contra los vencedores, Cinna resolvió sobornar un ejército que militaba en Campania, cosa que no le fué muy difícil, así como tampoco el ponerse al frente de él. Su actividad era incansable; hallábase

el rebelde en todas partes, á todo acudia, y logrando sublevar las poblaciones mas importantes de Italia, no tardó mucho en ver aumentadas sus fuerzas hasta el número de treinta legiones, con las cuales, el ejército de Mario que volvió de Africa, y con las tropas de Sertorio y Carbon, todas reunidas, con sus jefes á la cabeza, marchó contra Roma y la puso sitio. Defendian la ciudad los soldados del cónsul, de Octavio, de Metelo y de Craso, pero la resistencia hubiera sido temeraria al par que inútil; así lo comprendió el senado, y como no hubiese otro medio de salvacion, capituló con Cinna, y nombróle cónsul, sin que este quisiera jurar, no obstante, que respetaria la vida de sus conciudadanos. Semejante negativa debió infundir graves sospechas en el senado acerca del sanguinario proyecto acordado entre Cinna, Mario y otros de los sitiadores; pero no fué así, mandó abrir las puertas de Roma á los cuatro ejércitos, y las feroces tropas, que ya habian recibido órdenes oportunas, se desbandan por la ciudad, y pasan á cuchillo á multitud de ciudadanos indefensos é inocentes. Cinna fué hasta cuatro veces cónsul, viendo de esta suerte colmada en gran parte su ambicion; pero Sila volvia vencedor de Asia, despues de tres años de ausencia, y como hallase tan variado el estado de las cosas, quejóse al senado y aun le reconvino, anunciándole al mismo tiempo que vengaria á la república de las atrocidades é injusticias cometidas por Cinna y los suyos. Este último, al punto salió á su encuentro, pero su carácter le habia ya hecho odioso al ejército y aun á muchos de sus partidarios, reveláronsele las tropas, y un centurion le atravesó con su espada, de cuyas resultas murió, en el año de Roma 668, 85 antes de la era cristiana.

CIRCE, maga, hija de Apolo y de Perseis, segun la fábula, era tan caprichosa, como cruel con sus amantes. Semejante á la mayor parte de las hermosas, cuya competencia no tenia que temer, los trasformaba en brutos; pero como iniciada en los secretos de un arte, cubierto por fortuna, á los ojos de las bellezas mortales, con el velo del mas impenetrable misterio, no se limitaba á privarles del uso de la razon, sino que física y moralmente los convertia en animales de la especie que se le antojaba, destinándolos, ora á habitar en el seno de los mares, ora á cruzar con ligeras alas el espacio, y tambien á permanecer en la tierra, olvidados, al parecer, de lo que habian sido hasta entonces. No era esta todavía la mayor habilidad de Circe. Dotada de tan claro ingenio como divina hermosura, podíaselas apostar al mas entendido farmacéutico de nuestro siglo (y decimos este y no otro, porque consideramos al nuestro como el mas adelantado, y queremos dar una idea exacta de lo que en la materia alcanzaba la célebre encantadora), á conocer las virtudes de todas las plantas, cuyo jugo estraia, siempre que lo juzgaba á propósito, para componer drogas, que si no resucitaban á los muertos, como los que diariamente anuncian los modernos esculapios en la última plana de los periódicos, acababan infaliblemente con los vivos; lo cual no será lo mismo, pero jamas probará la ineficacia de la medicina. Claro es que el que ha hecho profundo estudio de una ciencia, sea la que quiera, no ha de poder pasarse sin un ensayo, ó leccion práctica, que le dé á conocer la estension de sus conocimientos y sus fuerzas. Circe no quiso ir muy lejos á buscar materia hábil para el indispensable esperimento, é hizo su primer ensayo en el rey de los Sármatas, su marido. La prueba fué feliz, pero los Sármatas perdieron á su soberano, y la reina envenenadora, protegida por Apolo, corrió á refugiarse en la isla Egea, que despues se llamó de Circe, donde á su muerte la erigieron altares y veneraron como á diosa. En la biografía de Ulises verán nuestros lecto-

res el conflicto en que la artificiosa maga puso al sutilísimo monarca de Itaca, y la triste suerte que cupo á los compañeros de este, á quien en aquella ocasion no valió la astucia, y sí la fuerza, recurso grosero de que algunas veces suele echar mano el sábio, obligado por las circunstancias.

CIRO, rey de Persia. Nació en el año 599 antes de Jesucristo, de Cambises, rey de aquella parte del Asia y de Mandane, hija de Astiages, rey de Medía. Aunque no merecen gran crédito los hechos que algunos historiadores, como Herodoto y Justino, refieren acerca del nacimiento de Ciro, cuyo nombre, segun Ctesias, quiere decir *Sol*, deber es nuestro, sin embargo, consignar aquí el que, con fundamento ó sin él, vemos consignado en varias historias. Parece, pues, que Astiages habia tenido un sueño espantoso, cuyos presagios le anunciaban que seria arrojado del trono por el primer nieto; y con el fin de alejar el peligro que él creia casi inevitable, en vez de dar la mano de la hija Mandane á un príncipe, poderoso como él, se la entregó á un persa de cuna muy humilde. No bien hubo nacido Ciro, Harpages recibió el encargo de darle la muerte, pero horrorizado de tan bárbara sentencia aquel oficial, entregó el niño á un pastor, cuya mujer compadecida, se propuso criarle en el mayor secreto. Vengamos ahora á lo que consta de una manera mas positiva. Muerto Astiages, emprendió Ciro una espedicion contra los asirios, acompañado de su tio Ciaxares, rey de Medía, y esta campaña le proporcionó una victoria completa, puesto que el mismo rey de Asiria quedó muerto en el campo, y los vencedores hicieron un gran número de prisioneros. Entre estos habia una princesa de singular hermosura, pero Ciro no quiso verla, y mandó que se la tratase con los respetos y consideraciones debidas; dando así un ejemplo de moderacion y generosidad, que no siempre tenian los vencedores con las prisioneras de guerra. El marido de Pentea, que así se llamaba aquella jóven encantadora, agradecido al monarca persa, pasó á su servicio con 2,000 caballos, y fué uno de los que mas lealtad le conservaron. Pero uno de los proyectos que mas halagaban la ambicion de Ciro, era la conquista de Babilonia, que por entonces no pudo realizar, no obstante haber llegado hasta las mismas puertas. El sucesor de Neriglisor, no aceptó el reto particular que le hizo el hijo de Cambises, por lo cual este regresó á la Medía. Esta especie de tregua no podia ser muy duradera, como lo demostraban los grandes preparativos y armamentos que se hacian por entrambas partes. Llegó por fin el dia de la batalla, y encontrándose los dos ejércitos en Timbrea, el enemigo mandado por Creso, y el persa por Ciro, el primero quedó derrotado, el campo lleno de cadáveres de sus soldados, y la fama de Ciro asegurada, pues ciertamente la batalla de Timbrea fué una de las mas célebres de los tiempos antiguos. Tan importantes fueron los resultados de esta sangrienta campaña, que despues de ella, ya no hubo obstáculos que entorpeciesen la marcha triunfante del ejército persa, que se apoderó de los pueblos del Asia Menor, comprendidos entre el mar Egeo y el Eufrates, de la Siria, la Arabia y parte del reino Asirio. Esta magnífica espedicion fué dignamente coronada con la conquista de la famosa capital del imperio babilónico, el cual dejó de existir el año 538 antes de Jesucristo, con su último rey Belesis, que fué asesinado en su propio palacio por los soldados de Ciro, en ocasion en que aquel pueblo degradado, se entregaba, segun costumbre, á los escesos de la crápula en medio de una alegre fiesta. Despues de la muerte de Ciaxares, con quien Ciro habia dividido su monarquía, y de Cambises, el jóven conquistador se vió dueño de uno de los imperios mas vastos que han existido, pues comprendia los reinos de Egipto, de Asiria, de Medía y

de Babilonia, ademas de sus grandes estados. En aquel mismo año se cumplió la prediccion de Isaías, relativa al templo de Jerusalen, que fué restablecido por los judíos, á quienes Ciro permitió que volviesen á Judea y realizasen esta obra. Referirémos la muerte de Ciro, no menos estraordinaria que su nacimiento, si ha de creerse á Herodoto, aunque en verdad no inspira gran confianza en este punto. Dice, pues, que en la guerra de Ciro con los escitas, este mató al hijo de la reina Tomiris, cuyo furor no conoció ya límites. Deseando vengar por sí misma al desgraciado príncipe, supo conducir al monarca persa á una emboscada, en donde acabó con él y con todo su ejército. Despues de esta victoria mandó que la llevasen á su tienda la cabeza del matador de su hijo, y metiéndola en un odre lleno de sangre, le dirigió estas palabras como si todavía estuviese dotada de sensibilidad y de inteligencia: *Hártate ahora con la sangre que tanto has ansiado*. Jenofonte dice que Ciro murió en su lecho. Este monarca, que segun los datos mas probables, dejó de existir á fines del año 530 antes de Jesucristo, no solo fué uno de los conquistadores mas célebres del mundo, sino un príncipe amado de sus pueblos por la rectitud y sabiduría con que los gobernó, aun en medio de las calamidades de la guerra, y de las graves atenciones políticas que le ocuparon durante todo su reinado.

CLAUDIO I (Tiberio Druso). Nació en Leon de Francia en el año 16 antes de Jesucristo. Fué hijo de Druso, y el único individuo de la familia á quien su tio, el feroz Calígula, dejó con vida. A la muerte de este, fué proclamado emperador por los soldados, que le encontraron al tiempo de ocultarse tras de unos tapices, para libertarse de los asesinos que le andaban buscando. Como en aquel tiempo, mas fuerza tenia la voluntad del ejército, que las pacíficas resoluciones del senado, este no se atrevió á oponerse á la eleccion del nuevo emperador, por mas grandes que fueran sus deseos de restablecer la república. Cincuenta años de edad tenia Claudio cuando subió al trono; y sus primeros actos, encaminados al bien, parecian demostrar que Roma iba á vivir en el seno de la paz y de la dicha. A él se debió la abolicion de la ley de lesa majestad; el pueblo estaba abrumado de tributos, y en su consecuencia agobiado de miseria, y él los disminuyó considerablemente; los desterrados que gemian fuera de su patria, volvieron á ella; á Mitrídates y Antíoco de Comageno, inícuamente despojados, les fueron restituidos sus reinos; todo, en fin, anunciaba, como hemos dicho, una era de clemencia, de reparacion y de prosperidades. Pero su carácter débil le fué conduciendo poco á poco á su perdicion, dejándose dominar, así de su mujer Mesalina, á quien amaba con ceguedad, como de sus propios libertos. Los grandes conocieron los riesgos á que esta debilidad les esponia, y con el objeto de conjurarlos, se sublevaron Venicio y Escribonio al frente de algunas tropas. La rebelion fué desgraciada, porque los mismos soldados que tomaron parte en ella, dieron muerte al último de aquellos dos jefes. La conquista de la Gran Bretaña fué el suceso militar de mas importancia acaecido en tiempo de este emperador, quien, pasando el Támesis, derrotó á las tropas que le salieron al encuentro, dejó el gobierno del pais á Plaucio, y volviendo al punto á Roma, le fué concedido por el senado el triunfo, dándole el título de *Británico*. La escandalosa impudicia de su esposa Mesalina ya no reconocia freno ni límites; ciegamente enamorada entonces de un hermoso jóven, llamado Silio, se propuso casarse con él públicamente, y á presencia de toda Roma; tamaña osadía solo se comprende en una mujer, cuya historia entera es un escándalo, y que se prevalia de la imbecilidad de Claudio para deshonrar la majestad y decoro del trono. Cuando llegó la noticia del proyecto á oidos de

Claudio, este esclamó espantado: «Voy á dejar de ser emperador.» No hubiera tenido nada de estraño que así sucediese, pero los soldados tomaron á su cargo el vengar la afrenta á que no tenia el valor de oponerse el príncipe, y quitaron la vida á Silio y algunos otros amantes de la emperatriz. Tranquilo ya Claudio despues de estos sucesos, volvió á Roma y mandó que se presentase Mesalina ante él; ella, conociendo que nada bueno podia esperar de aquel juicio, intentó quitarse la vida, y al herirse con un puñal, un tribuno la atravesó el corazon con su espada. La noticia de la muerte de Mesalina llegó á oidos del emperador, hallándose este comiendo con sus hijos, que al saberla derramaron abundantes lágrimas; Claudio pidió de beber con la mayor serenidad, y manifestó una completa indiferencia por la desgracia de su infiel esposa. Su edad, su quebrantada constitucion y los disgustos que le habia ocasionado con su relajada conducta la difunta emperatriz, le hicieron formar la resolucion de no contraer nuevos lazos; pero sus propósitos fueron vanos en aquella ocasion como en otras muchas de su vida, pues por su debilidad era juguete de sus pasiones y de las personas que le rodeaban. Agripina, una de sus sobrinas, logró inflamar el corazon del mísero príncipe, en términos, que este se casó con ella, siendo víctima de la nueva emperatriz, cuyo ascendiente sobre él era mayor aun que el que habia ejercido su primera mujer. Agripina consiguió con arte que el emperador adoptase á Neron, en perjuicio de *Británico*, hijo de Claudio, y que tomó este nombre al mismo tiempo que su padre cuando la conquista de la Gran Bretaña. Las desazones domésticas amargaban el apocado espíritu de Claudio, quien en varias circunstancias habia indicado que estaba destinado por su mala estrella á sufrir los desórdenes de sus mujeres, y á castigarlas al fin. No quedaron desapercibidas por parte de Agripina estas palabras, y temiendo que su marido tomase alguna resolucion terrible en un momento de cólera, determinó anticiparse al intento que recelaba en Claudio, enfermo á la sazon. Habia entonces en Roma una envenenadora llamada Locusta, que tenia la fama de confeccionar tósigos con tal arte, que no se conociesen sus estragos hasta que ya no hubiese remedio. A nadie mejor que á ella podia recurrir Agripina; entendiéronse muy pronto las dos mujeres, y un eunuco puso en la mesa del emperador un plato de setas envenenadas. El veneno, aunque seguro, era muy lento, y Agripina tenia mucha prisa en que aquel negocio quedase terminado cuanto antes, así por salvar ella su propia vida, que no creia muy segura, como por dar cima á los ambiciosos proyectos que ocupaban su pensamiento. Avistóse, pues, con un médico que era de su devocion y entera confianza, y este miserable, bajo el pretesto de hacer que vomitase el emperador, con lo cual, segun él, esperimentaria notable alivio, le introdujo en la garganta una pluma empapada en un veneno tan activo, que el emperador quedó muerto en el acto. Tal es al menos la relacion de Tácito, si bien no todos se hallan conformes en lo relativo á este hecho. Murió Claudio en el año 54 de Jesucristo. Buenas cualidades adornaban á este príncipe desgraciado, pero al mal que hizo y á las crueldades que consintió, debe atribuirse el que se le cuente en el número de los príncipes odiosos. Aficionado, como muchos de los que gobernaron el mundo para oprobio de la humanidad, á los espectáculos horrorosos, dispuso en cierta ocasion un simulacro naval en el lago Fucino, en el cual diez y nueve mil criminales pelearon como gladiadores, solo porque Claudio disfrutase el bárbaro placer de verlos destrozarse. Las construcciones que en su tiempo se hicieron, le honraban seguramente; el admirable acueducto, principiado en tiempo de Calígula, fué concluido bajo el reinado de Claudio;

para secar el citado lago Fucino, mandó abrir una montaña y en ella un canal, obra asombrosa al decir de Plinio; el puerto que se estableció en la embocadura del Tíber, para facilitar la importacion de subsistencias en Roma, y el ensanche de los muros de esta capital, fueron tambien obras de su reinado. No carecia Claudio de talento é instruccion; sabia y hablaba fácilmente el griego, y escribió unas memorias de su vida, y la historia del tiempo de Augusto. Era costumbre que los emperadores, despues de muertos, fuesen declarados dioses, por cuya razon, cuando él conoció que se hallaba en los últimos instantes de su vida, dijo graciosamente: «Conozco que ya me voy convirtiendo en Dios.»

CLAUDIO II (Marco Aurelio), apellidado el *Gótico*. Nació en Iliria en el año 214. Antes de subir al trono, se distinguió como tribuno militar en tiempo del emperador Decio, y en el gobierno de la provincia en donde habia nacido, bajo el imperio de Valeriano. Fué uno de los cómplices en el asesinato de Galiano, á quien sucedió por aclamacion del ejército que le amaba, así por sus prendas militares, como por su afabilidad con el soldado, con quien compartia todos los peligros, fatigas y privaciones. Pocos emperádores, ó tal vez ninguno, fueron nombrados con mas entusiasmo que Claudio, pues las aclamaciones se repitieron setenta ú ochenta veces por todas las tropas. El imperio se hallaba en una situacion lamentable al advenimiento de Claudio, pero resuelto este á gobernar con arreglo á los principios de la equidad y de la justicia, determinado á aliviar las cargas que pesaban sobre el pueblo, y que eran un obstáculo al desarrollo de su riqueza y prosperidad, y persuadido, en fin, de la necesidad de defender y hacer que se respetase el imperio, llevó á cabo su propósito, de una manera á que no estaban acostumbrados los romanos, algun tiempo hacia. Abolió los tributos, y restituyó á los particulares los bienes de que su antecesor Galiano les habia despojado. Él mismo quiso dar ejemplo de respeto á la equidad, y aprovechó la primera ocasion que se le presentó. Confiada en la rectitud del emperador, acudió á él una mujer y le dijo: «Señor, un tribuno llamado «Claudio ha recibido de mano de Clau«dio una propiedad que constituia mi «única fortuna, y vengo á que me ha«gas justicia.» Conoció el príncipe que el tribuno á que aludia aquella buena mujer, no era otro que él mismo, y la respondió con dulzura: «Es muy justo «que Claudio, emperador, restituya lo «que tomó Claudio el tribuno,» y al punto mandó que así se verificase. Por aquella época invadieron y saquearon los godos, en número de 320,000, la Tracia y la Grecia; pero el intrépido Claudio salió en su persecucion, y alcanzándolos en el monte Hemo, hizo en ellos el destrozo mas sangriento, pues no fueron menos de 50,000 los que quedaron muertos sobre el campo. Esta gloriosa batalla fué todavía mas importante, porque lo que no acabó el cuchillo de los romanos, fué destruido por la fatiga, el hambre, la peste y otras calamidades; en términos, que cuando Claudio escribió al gobernador de la Iliria, le dijo que habia esterminado 320,000 godos, y echado á pique dos mil naves. Tres años solos duró el glorioso imperio de Claudio, porque el contagio que diezmaba á sus tropas, le atacó tambien á él, y murió en Sirmium en el año de 270. El sentimiento que su pérdida causó fué universal, como lo habia sido el aprecio que le conquistaron sus hechos militares y paternal gobierno; así es que, los funerales que se celebraron en honor suyo, escedieron en pompa á cuantos hasta entonces habia presenciado Roma: el senado colocó en el lugar de sus sesiones un escudo con un busto de oro representando al emperador; el pueblo le erigió una soberbia estátua dorada en el Capitolio, y en los Rostros una columna con otra estátua de

plata, de peso de mil quinientas libras romanas. Trebelio Polio dice que Claudio tenia el valor de Trajano, la piedad de Antonino y la moderacion de Augusto.

CLEANTO. Nació en Assos, en la Troada, y es contado en el número de los estóicos. En los primeros años de su vida fué atleta, pero atraido despues por la fama de Zenon, ú obedeciendo tal vez á su inclinacion, asistió á las lecciones de este filósofo. Carecia enteramente de bienes de fortuna, y con el fin de que el dia le quedase libre para sus estudios, pasaba gran parte de la noche sacando agua de un pozo, cuya humilde ocupacion apenas le proporcionaba el preciso sustento. Preguntado por el areópago, cuál era su oficio conocido, presentó un jardinero y una mujer, quienes declararon que el pobre filósofo surtia al uno de agua para regar las plantas, y amasaba la harina para la otra, que era panadera. Cleanto hacia alarde de aquella pobreza, que no estando acompañada de ningun crímen ni bajeza, era considerada por él como altamente honrosa, por cuyo motivo, aunque los jueces quisieron socorrerle, rehusó las dádivas que le ofrecieron. Despues de la muerte de su maestro, desempeñó el empleo de este en el Pórtico, teniendo por discípulos, entre otros hombres notables, á los reyes Antígono y Crisipo. Murió Cleanto, ó mejor dicho, se dejó morir de hambre por los años de 260 antes de Jesucristo, á los 70, ó segun otros, á los 99 de su edad. Si es cierto que se mató de hambre, apenas se acierta á comprender cómo no teniendo valor suficiente para sobrellevar la vida, sufria con heróica resignacion el escarnio y la befa de otros filósofos. No por esta aparente paciencia dejaba de tener su vanidad, la cual se descubria muchas veces en los chistes con que solia contestar á los demas. Llamáronle asno en cierta ocasion, y él respondió: «Lo soy de Zenon, y soy el único que puede llevar su carga.» Echándole en cara su timidez, dijo sin detenerse: «Es un defecto feliz, así cometo menos faltas.» Los peripatéticos le merecian el mas profundo desden, y los comparaba á los instrumentos de música, que hacen ruido sin entenderse ellos mismos. Escribió Cleanto algunas obras, pero todas han ido desapareciendo con el tiempo, quedando solo unos cuantos fragmentos que los curiosos pueden consultar en los *Estromatas* de Clemente Alejandrino, y el *Carmina novem poetarum* de Plantini.

CLEMENCIA (Isaura), noble protectora de las letras. Pertenecia á la ilustre familia de los condes de Tolosa, segun algunos escritores, pero en su epitafio no consta mas, sino que era de noble alcurnia: *Ex Clara Isaurarum familia*. Vivió esta célebre dama á fines del siglo XV, y reanimó en Francia el gusto y el amor á la literatura. Por la inscripcion de su sepulcro se sabe tambien que cuando murió tenia cincuenta años de edad, que nunca estuvo casada, y que dejó á la ciudad rentas considerables para subvenir esclusivamente á los gastos que ocasionasen anualmente los *juegos florales*, prometiendo un premio al autor del mejor poema. Eran los *juegos florales* una especie de torneos de la inteligencia, en la que luchaban los mas famosos poetas, ansiosos de alcanzar una recompensa que entonces solo se concedia al mérito. Los *juegos florales*, parece que existian ya en el siglo XIV, en que algunos ciudadanos de Tolosa, reunidos bajo el título de *Gaya sociedad de los siete trovadores de Tolosa*, invitaron á los poetas del Languedoc, á que concurriesen á leer sus obras en aquella ciudad el dia 1.º de mayo, ofreciendo al autor de la mejor composicion una violeta de oro, á lo cual se añadieron con el tiempo una zarza rosa y otra flor de oro tambien. El primer poeta premiado, parece que fué Arnaud Vidal de Castelnaudari, autor de un himno á la Vírgen, y ademas

fué creado en el acto doctor en la *Gaya ciencia*. La misma academia publicó mas adelante unos estatutos con el título de *Leyes del amor*. Esta sociedad, pues, recibió nueva vida con la proteccion de Clemencia. La fiesta que anualmente se celebra, se inaugura con misa y sermon, se dan limosnas á los pobres, y los poetas coronan de flores la tumba de la ilustre dama, á quien la ciudad reconocida erigió una estátua de mármol blanco. Solamente la plaza llamada de la *Piedra*, que forma parte de las rentas que dejó Isaura, produce una suma anual de unos cuarenta mil reales. Disuelta dicha academia en 1790, fué restablecida en 1806.

CLEMENTE (fray Jacobo). Nació en la ciudad de Sorbon (Francia), en la diócesis de Reims, y despues de recibir las órdenes de sacerdote, en cuya época tendria unos 25 años de edad, se propuso asesinar al rey Enrique III. No se habia distinguido Clemente por su talento en la carrera eclesiástica, ni al parecer se cuidaba mucho de la política de su tiempo, así es que su insensato proyecto solo podria atribuirse á un estravío de la razon, preocupada por un fanatismo religioso, cuyas consecuencias acaso se hubieran evitado, si Clemente en vez de consultar el pensamiento de regicidio con su prior, se hubiera dirigido á un hombre de sanas intenciones. Este prior, pues, á quien no debió disgustar aquella sanguinaria idea, porque á ser así la hubiera reprobado con todas sus fuerzas, aconsejó únicamente al perverso fanático que se entregase á la oracion y al ayuno para conocer la voluntad de Dios. ¡Consejo sacrílego é hipócrita, indigno, mas que de nadie, de un ministro del Señor! Tambien se dice que la duquesa de Montpensier, hermana de los Guisas, contribuyó eficazmente á que se realizara el horrible plan, asegurando al religioso dominico, que la corte de Roma le recompensaria largamente, y que si perecia en la empresa, los católicos le canonizarian como libertador de la Francia, gobernada por un enemigo de la fe. Alentado con la favorable acogida que habia tenido su pensamiento en quienes, bien considerado, no podia tenerla mala, se dirigió Clemente de Paris á Saint-Cloud, no sin ir provisto de muchas cartas de recomendacion para varios personajes, que era indispensable se enterasen de lo que se trataba, para que el golpe no les cogiese desprevenidos, y en su consecuencia se perdiese todo. Esto sucedia en el último dia de julio de 1589. El procurador general la Guesle llevó al religioso á Saint-Cloud, en donde le rodeó de espías, que acechasen sus pasos sin perderle de vista, porque temia que Clemente abrigase alguna mala idea. Una vez le sorprendieron dormido con el Breviario al lado, y como observasen que lo tenia abierto, esto escitó su curiosidad, y recorriendo el pasaje hallaron que era el de la muerte de Holofernes por Judit. La Guesle, con este indicio, debió andar ya mas avisado, pero no fué así, y Clemente logró que el rey le concediese al dia siguiente una audiencia á solas, con el objeto, segun aquel decia, de revelarle importantes secretos en nombre de sus fieles habitantes de Paris. No bien se vió en presencia del monarca, se lanzó á este como un tigre y le clavó en el vientre el puñal regicida. Enrique esclamó al punto, entre los crueles dolores de la herida: *¡Miserable! ¿qué te he hecho yo, para que así me asesines?* En vano trata luego de huir el delincuente; á los gritos del rey acude en tropel la gente de palacio, y al ver á su príncipe bañado en sangre, con el cuchillo todavía clavado, y que este mismo se arrancó poco despues hiriendo con él la cabeza del mónstruo, dieron mil golpes á Clemente, que por último espiró descuartizado por cuatro caballos, echándose al fuego su cadáver y esparciéndose al viento sus cenizas. ¡A tales estremos conducen algunas veces el fanatismo religioso y las

pasiones de los partidos políticos, que en su ceguedad suelen olvidarse de lo que deben á Dios, á la humanidad, y á sí mismos!

CLEMENTE XIV, sucesor del papa Clemente XIII. Nació en 31 de octubre de 1705, de una familia ilustre, oriunda de San Angelo en Vado, ducado de Urbino, y llevó hasta su exaltacion al trono pontificio el nombre de Lorenzo Ganganelli. Su padre era médico pensionado de aquella ciudad. La vocacion del jóven Ganganelli por el estado eclesiástico era tan decidida, que todo el tiempo lo dedicaba á estudios sérios y religiosos en Rimini, así es que en breve hizo los mas rápidos progresos, causando profunda admiracion á sus condiscípulos y aun á sus maestros, no menos por su aplicacion ejemplar que por sus muchos conocimientos. Cuando tomó el hábito de San Francisco no tenia mas que 18 años de edad, algun tiempo despues fué nombrado Consultor del Santo Oficio por el pontífice Benedicto XIV, á quien llamó particularmente la atencion el claro talento del jóven religioso. Por último, Clemente XIII le dió la púrpura cardenalicia. Con motivo del fallecimiento de este se trataba de proceder á nueva eleccion, pero en circunstancias tan difíciles, á causa del estado en que el difunto pontífice habia dejado los asuntos, que las principales cortes católicas se hallaban vivamente interesadas en el nombramiento que iba á verificarse. Uno de los puntos en que mas se fijaba la consideracion de aquellos monarcas era, el de que la eleccion recayese en una persona conocida por su poca adhesion á los jesuitas, y en este concepto ninguna tan á propósito como Ganganelli, ya por sus ideas en este particular, ya por el ánimo resuelto, la capacidad, la prudencia y otras cualidades que eran indispensables, en quien hubiese de llevar á cabo la delicada empresa que al fin acometió Ganganelli, cuya eleccion se efectuó en 19 de mayo de 1769. Ya Cavalchini, decano del Sacro Colegio habia dicho «que era llegada la hora en que habia que obedecer á los soberanos, si se queria salvar á Roma, que sus brazos se estendian mucho mas allá de sus fronteras, y que su poder se elevaba por encima de los Alpes y de los Pirineos» cuyas palabras demuestran que aquellas ideas circulaban y tenian partidarios en la corte romana. Luis XIV contribuyó en gran parte á la eleccion de Ganganelli, persuadido como estaba de que ni este faltaria á sus compromisos y promesas, ni desmayaria ante obstáculos que no dejarian de presentarse. El buen Cárlos III, rey de España, habia ya elevado algunas quejas contra la bula *In Cœna Domini*, y Ganganelli la relegó al olvido; renunció á sus pretensiones sobre el ducado de Parma; se puso de acuerdo con la corte de Lisboa en la cual no mediaban antes las mejores inteligencias; y satisfaciendo de este modo á todas las reclamaciones, su política encontró escelente acogida, siéndole devueltos el condado de Aviñon y el ducado de Benevento. Su empresa magna, aquella que habia de inmortalizarle, era la estincion de los jesuitas, y á ella dirigia todas sus miras, sin hacer á nadie partícipe, tanto que las negociaciones relativas á esta importantísima cuestion fueron conducidas por él mismo con el mayor sigilo, y sin que llegasen á traslucirse. No procedia, sin embargo, Clemente con precipitacion, ni guiado por prevenciones ó animosidades que no cabian en su noble alma, al contrario, queria estudiar con reflexion el asunto, meditar los inconvenientes ó ventajas que pudiera ofrecer, pesando, como él decia, aquella resolucion *en el peso del Santuario*. Examinó una y otra vez los escritos, registró los archivos, consultó, en fin, todos los datos y documentos relativos á la Compañía de Jesus, para decidir en vista de ellos lo mas conveniente. En tanto menudeaban reclamaciones, anónimos, escritos públicos, amenazas, predicciones fa-

tales, todo para intimidar al valeroso pontífice, que lejos de retroceder adelantaba, lenta sí, pero firmemente hácia su objeto, espidiendo, por fin, en 21 de julio de 1773 el Breve de estincion. La sorpresa y el asombro fueron generales, pero en la ejecucion del decreto de Su Santidad no hubo resistencia alguna, siendo únicamente arrestado en el castillo de San Angelo el P. Ricci, general de la Orden, por negarse á obedecer lo dispuesto por la autoridad competente, única y esclusiva en aquel asunto. Clemente XIV obró, pues, con entera libertad, y ajustándose al mismo tiempo á las reglas de la conveniencia política que entonces reclamaba aquella medida como una necesidad de la época. Llegamos á la parte mas triste de esta historia. Poco tiempo despues del famoso Breve, el heróico príncipe de la Iglesia sintió que su salud se alteraba profundamente, que una enfermedad secreta le devoraba y consumia, y que el término de su vida se acercaba á pasos agigantados; un año justo, dia mas ó menos, hacia que el Breve se habia espedido, y apenas podia ya sufrir el varon fuerte los crueles dolores que le martirizaban. Conociendo que sus fuerzas iban á estinguirse por momentos, esclamó: *Voy á la eternidad y no ignoro por qué*. Palabras cuyo sentido han interpretado harto bien todos los corazones sensibles y honrados. Espiró Ganganelli en 22 de setiembre de 1774, y aunque su médico declaró despues de abrir el cadáver, que la enfermedad que habia conducido al noble pontífice al sepulcro provenia de un trabajo escesivo y de mal régimen, hoy cuenta con mas votos la opinion de que un veneno fué el que cortó el hilo de existencia tan preciosa. Fué Clemente XIV, un pontífice ilustrado, magnánimo, valeroso, humano, recto y amigo entusiasta de las letras y de las artes, su modestia corria parejas con su eminente mérito, y aunque desde un humilde claustro se elevó hasta el trono de San Pedro, lejos de envanecerle esta posicion, solo sirvió para poner mas de relieve su humildad y sus virtudes cristianas. Los ingleses, justos apreciadores del mérito de Ganganelli, colocaron, en vida de este, su busto entre los de los grandes hombres. Al saberlo Clemente, se refiere que esclamó: *¡Ojalá hiciesen por la religion lo que hacen por mí!* El pontificado de Ganganelli, segun la exacta espresion de un cardenal, no era el de los curiosos, aludiendo con esto á la profunda y prudente reserva que aquel guardaba en todos sus asuntos. Preguntado Ganganelli cierto dia por un personaje, si estaba seguro de sus secretarios, le contestó: *Segurísimo, aunque tengo tres*, mostrándole los tres dedos de la mano con que tomaba la pluma. Acostumbraba á decir este papa, que *un soberano que tiene muchos confidentes no puede dejar de ser vendido;* y esta otra sentencia: *Lo que no se ha dicho no se escribe*. Todas sus máximas estaban acordes con su conducta, así como su conducta se conformaba á las reglas de la moral y de la razon, dos jueces infalibles, y así solia oírsele: *La regla es la brújula de los religiosos, pero la necesidad de los pueblos es el reloj de los soberanos; á cualquiera hora que los pueblos nos necesiten debemos apresurarnos á atenderlos*. La gravedad é importancia de su estado no escluia la agudeza de su genio festivo, y sazonaba sus conversaciones con chistes tan delicados como honestos, sin dar á nadie el mas leve motivo de agravio. *Nada estraño*, dijo un dia, *que el cardenal de Bernis haya deseado mucho verme papa. Los que cultivan la poesía, gustan de metamorfosis*. Ganganelli, llevado de su amor á las letras, fundó en Roma un Museo de antigüedades. Atribúyense unas cartas á Ganganelli, cuya mayor parte se tienen por apócrifas; estas cartas no dejan de ser interesantes.

CLEMENTE (Simon de Rojas). Nació en Titaguas, reino de Valencia, á 27 de setiembre de 1777, y es mirado

como uno de los naturalistas mas sábios de España. Despues del estudio del latin en Segorbe, cursó filosofía y teología en la universidad de Valencia, advirtiendo que se dedicó á esta última facultad únicamente por complacer á sus padres, pues su verdadera vocacion era la de naturalista. Sin embargo, no por eso dejó de hacer notables progresos, ayudando mucho á su claro talento, la lectura de obras provechosas, á la cual se entregó con gran perseverancia desde sus primeros años, con no poco detrimento de su salud, á pesar de hallarse dotado de una complexion robustísima. Cuando concluyó el estudio de la filosofía hizo oposicion al grado de maestro en artes de *premio*, con que aquella universidad recompensaba á los alumnos mas distinguidos al terminar los cursos de todas las facultades, y obtuvo dicho grado habiendo hecho unos ejercicios brillantísimos. Desde su infancia habia concebido la idea de reunir los nombres de todos los seres existentes, y á manera que avanzaba en años, esta necesidad se iba haciendo mas imperiosa, constituyendo por sí sola los ensueños de su juventud. Dedicóse tambien al estudio de la música, de los clásicos latinos, de las lenguas griega, árabe y hebréa, y recibió la investidura de doctor en la facultad de teología, habiendo ganado el grado de premio, lo cual prueba su estraordinaria capacidad, pues de quien sin aficion á una carrera sobresale en ella, mucho debe esperarse cuando dedique á otra todos sus afanes y la siga con gusto. Hizo asimismo oposicion en Madrid á las cátedras de hebreo, lógica y ética, y aunque no la ganó, en atencion á los conocimientos que habia demostrado, le dieron en San Isidro la institucion de dichas tres cátedras, á que habia aspirado mientras concurria á las de griego y árabe. En 1800 y 1801 estudió botánica, mineralogía y química, y contribuyó á la composicion de un tratado sobre las criptogamas españolas. «Entonces— «dice—se desfogaba mi aficion al es«tudio de la naturaleza por las inme«diaciones de Madrid y las alturas de «Guadarrama, así en la canícula como «en las escarchas del invierno, dur«miendo donde quiera que me cogia la «noche, lo que he hecho hasta el año «de 1817, semanas enteras, en mis es«cursiones, despues de perdida la for«taleza de mi atlética complexion.» Habiéndole propuesto el señor Badia una espedicion científica al interior del Africa, con el objeto de hacer descubrimientos, nuestro sábio compatriota accedió gustoso, recibiendo pocos dias despues el nombramiento real de agregado á dicha empresa, con el sueldo de diez y ocho mil reales. Todo el mundo pintaba este viaje como una locura arriesgadísima, pero el deseo de instruirse y la sed de gloria fueron superiores á todas las reflexiones, y los dos jóvenes salieron de Madrid con ánimo resuelto de llevar á cabo su pensamiento. Antes de ponerlo en práctica recorrieron algunos paises de Europa, y asistieron en Paris y Lóndres á las lecciones públicas, teniendo el gusto Rojas Clemente, de presentar á los sábios de aquellas capitales algunas plantas no descubiertas ó poco conocidas. Visitó asimismo los templos y sinagogas, con el fin de estudiar los diferentes cultos, y para que no quedase ramo de instruccion que no abarcase su vasta capacidad. Honerman y otros viajeros habian visto malograda su empresa por no haberse circuncidado, requisito indispensable para penetrar en Africa, y así, ellos, para obviar dicho inconveniente, se determinaron á sufrir tan molesta operacion. El primero que se sometió á ella fué Badia, pero habiéndose visto en peligro de perder la vida de sus resultas, tal vez por habérsela hecho á sí propio, Clemente no se resolvió á imitar á su compañero, y uno y otro se dieron á la vela para Cádiz. Restablecido Badia de su penosa enfermedad, pasó solo al Africa, desde donde escribió á su amigo que no pensase en ir allí, porque sin la circunstancia que él ya

tenia no podria viajar por aquel pais. En Andalucía, donde por entonces se quedó Rojas Clemente, le llamaban el *Moro sábio*, y escitaba la curiosidad general. «Entonces—dice—me ocupé «en trabajar el *Ensayo sobre las varie-«dades de la vid*, publicado en 1807, «de que se han impreso estractos y ca-«pítulos enteros en todas las lenguas «europeas, y en la latina por los mas «acreditados botánicos y agrónomos. «De la traduccion francesa mandó «Luis XVIII que se repartiesen ejem-«plares entre las autoridades civiles de «los departamentos, para que la reco-«mendasen á los pueblos.» El gobierno de aquella época hubiera querido que Clemente emprendiese el viaje al Africa, con el nombre de Mahamet-Ben-Alí, pero como esto no pudiera verificarse se le confió una comision científica. En cumplimiento de su cargo recorrió todo el reino de Granada, midió geométricamente las alturas del pico de Mulaacen, Sierra Nevada y otras del mismo pais, formando al par la escala del reino vegetal desde sus cumbres hasta el nivel del mar; rectificó su geografía y, por último, hizo cuanto cumple á un viajero instruido y deseoso de dotar á la ciencia con nuevas observaciones y descubrimientos. La Europa culta espera ansiosa la publicacion de tan importantísimos trabajos, especialmente en la parte de botánica geográfica, que sin duda deberá muchos de sus progresos á nuestro infatigable y sábio naturalista. De regreso á la corte, en 1805, fué agraciado con el empleo de bibliotecario del Jardin botánico, trayendo mas de ochenta arrobas de preciosidades de Granada y una série de frumenticias, con la idea de componer una *Ceres española*, en union con don Mariano Lagasca. Hasta el año de 1807 trabajó Clemente en el *Semanario de agricultura*, en el cual constan sus escritos desde el tomo diez y ocho hasta el veinte y tres. Un año dió lecciones en el jardin esperimental de Sanlúcar de Barrameda, cuyo establecimiento duró poco tiempo, desapareciendo con motivo de la invasion francesa. Los acontecimientos políticos que entonces se verificaron, fueron causa de que se perdiesen las preciosas colecciones que Clemente habia formado en una espedicion que hizo á toda Andalucía, á costa de grandes fatigas, dispendios y peligros. Habiendo arribado de América á Cádiz un rebaño de llamas, vicuñas y alpacas mestizas de ambas especies, aunque en un estado lastimoso, recibió el insigne valenciano el encargo de recibirlo y cuidarlo, escribiendo con este motivo una memoria, que seria de desear viese la luz pública por las interesantísimas observaciones que contiene. Retiróse en 1812 al pueblo de su naturaleza, á *Titaguas*, cuyo oscuro nombre ilustró, escribiendo su historia civil, natural y eclesiástica. En los años de 1815, 16 y 17 ganó los cursos de farmacia, y en el de 18 fué nombrado censor en las oposiciones á la cátedra de zoologia. Escribió Rojas el prólogo y los artículos que se ven en la edicion de la Agricultura general de Alonso de Herrera, hecha por la Sociedad económica matritense en 1818 y 19, y como una prueba del grande aprecio en que se tenia á nuestro compatriota, le remitieron sus diplomas la real academia de ciencias de Baviera, la de ciencias y artes de Barcelona, la fisiográfica de Lund, la real sociedad de Agricultura del alto Garona, las económicas de Madrid, Granada y Sanlúcar y el suprimido instituto militar Pestalozziano. Fué en 1820 diputado á cortes por la provincia de Valencia, y algun tiempo despues fué llamado por el rey á Madrid para que continuase y concluyese la *Ceres española*, terminando la vida en 27 de febrero de 1827 á consecuencia de un vómito negro. En su testamento dejó al rey su *Historia natural de Granada* y el tratado de la *Ceres española*, y al real gabinete una coleccion de animales disecados y de reptiles en espíritu de vino. Hé aquí los títulos de las obras que escribió, aunque no todas han visto la luz pú-

blica: *Reglas para el cultivo del algodon.— Ensayo sobre las variedades de la vid comun que vegetan en Andalucía, con un índice etimológico y tres listas de plantas en que se caracterizan varias especies nuevas.— Historia civil, natural y eclesiástica de Titaguas.— Ceres española.— Introduccion á la criptogamia de España*, que escribió con don Mariano Lagasca y don Donato García y se insertó en los Anales de ciencias naturales, núm. 14, tomo V, página 135.—*Memoria sobre el rebaño de vicuñas, alpacas mestizas, etc, y su naturalizacion.*

CLÉOBIS y BISTON, hijos de una sacerdotisa de Argos. Debiendo trasladarse esta á cierto templo lejano, y no teniendo caballos que tirasen de su carro, ambos hermanos se ofrecieron á conducirla. La necesidad obligó á su madre á aceptar la oferta, y el viaje se verificó tan pronta como felizmente, yendo uncidos Cléobis y Biston al vehículo, mientras la sacerdotisa, enternecida al ver aquel sublime rasgo de amor filial, pedia á los dioses les concediera aquello que mas les conviniese. Los dioses, segun la fábula, no hallando nada mejor que la muerte, se la otorgaron á estos buenos hijos, que no bien dejaron á su madre á las puertas del templo, cayeron en tierra, de repente, sin movimiento.

CLEOMENO. Floreció en Atenas por los años 180 antes de la venida de Jesucristo, segun el erudito M. Visconti. Fué Cleomeno uno de los escultores mas célebres de la antigüedad, y lo que de él se conserva es un testimonio irrecusable de su eminente génio artístico. La *Venus de Médicis*, que actualmente adorna la galería de Florencia, cuya joya mas rica es, se debe al cincel de Cleomeno, así como tambien son obra suya *Las Tespiades* ó *Musas*, así llamadas porque están vestidas á la usanza de las mujeres de Tespies. Estas obras que han sido suficientes para inmortalizar á su autor, estuvieron primeramente colocadas en un templo del monte Helicon, consagrado á las nueve hermanas, y trasladadas despues á Roma por el cónsul Mummio embellecieron el consagrado á la Felicidad.

CLEONICE. Era una de las doncellas mas nobles de Bizancio. Prendado Pausanias de su estraordinaria belleza, quiso tenerla por querida, disponiendo al efecto, que la arrebatasen de aquella ciudad y la trasladasen á su casa. Ejecutáronse puntualmente las órdenes del general, y Cleonice se conceptuó perdida, porque no vislumbraba en tan apurado trance, ni un rayo de esperanza que la sacase á puerto de salvacion, antes de que aquel atentase contra su virtud. Ya se disponia á penetrar Cleonice en el aposento en donde la esperaba Pausanias, y manifestando el rubor y timidez propios de su juventud y de su sexo, suplicó á los encargados de conducirla á presencia de aquel, que apagasen todas las lámparas; hiciéronlo ellos así, pero al tiempo de entrar Cleonice derriba una, y Pausanias que estaba dormido, despierta lleno de sobresalto como si temiese alguna sorpresa, coge un puñal, se precipita hácia el punto donde ha sonado el ruido, y creyendo que corre en persecucion del enemigo, tropieza con la hermosa é infeliz doncella, y la traspasa el pecho dejándola tendida á sus piés; donde al poco exhaló el último suspiro. Este trágico incidente apresuró la rebelion de los súbditos de Pausanias, que ya tenian muchos motivos para mirarle con ódio.

CLEOPATRA, reina de Egipto, hija de Tolomeo XI, conocido tambien con el nombre de Auletes. Al morir este dejó por herederos del trono á Cleopatra y á Tolomeo II, su hermano, quien siguiendo la costumbre de Egipto debia casarse con ella. Diez y siete años solamente contaba entonces aquella princesa, pero su hermano era menor, cuya circunstancia despertó am-

biciosos deseos en el corazon de Cleopatra, que creyó que podria reinar de una manera absoluta. Sin embargo, el jóven príncipe no estaba muy dispuesto á dejarse dominar; oyendo, ademas, los consejos de algunos cortesanos interesados en su elevacion esclusiva, pretendió tambien reinar solo, y Cleopatra hubo de retirarse á Siria con ánimo de levantar un ejército contra su hermano. Tolomeo Auletes habia nombrado al pueblo romano tutor de sus hijos, y César creyó que ninguna ocasion mas favorable que aquella podia presentársele para reclamar su derecho, como dictador, tanto mas cuanto que odiaba profundamente á Tolomeo II, causante de la muerte de Pompeyo, de quien César fué, sin embargo, terrible adversario, como es sabido. Declaróse, pues, árbitro de las desavenencias de los dos hermanos, pero sin querer oir á un diputado que Cleopatra le envió para que la defendiese. El ánimo resuelto de esta princesa no desmayó ante la negativa que acababa de recibir, antes envuelta en un tapiz y con un lio al hombro, para no ser conocida, entró en Alejandría, residencia de César á la sazon, y despues en la estancia habitada por el célebre romano. Cleopatra, ateniéndonos á la relacion de algunos historiadores, no estaba dotada de una belleza estraordinaria, pero su majestuoso aspecto, sus gracias y atractivos brillaban con un encanto y una mágia indefinibles, y á las cuales casi era imposible resistir. Poseia ademas, un talento y una penetracion admirables, le eran familiares muchas de las lenguas de aquel tiempo, y habia adquirido en sus constantes relaciones con la Grecia una cultura, una política y unos modales, que formaban hermosa armonía con la magnificencia oriental que desplegaba á los ojos de todo el mundo. Verla César, y quedar ciegamente prendado de ella, todo fué obra de un momento; y deseando complacerla quiso que Tolomeo dividiese el trono con ella; pero este último, adivinando lo que habia pasado, corrió al punto á la plaza pública gritando que estaba vendido. Alborotóse el pueblo, pero César sofocó la rebelion, declarando que no habia hecho otra cosa que ejecutar el testamento de Tolomeo Auletes. Sitiaron luego al dictador en su propio palacio, en donde el romano supo defenderse, hasta que socorrido por algunas fuerzas que llegaron de la Siria, dió una batalla á los egipcios en la que murió el hermano de Cleopatra, ahogado en el caudaloso Nilo. Durante el sitio del palacio de César, se quemó la soberbia biblioteca fundada por Tolomeo Filadelfo, siendo devorados por las llamas cuarenta mil volúmenes. Habiendo desaparecido el principal y casi único obstáculo que se oponia á la coronacion de Cleopatra, César la sentó en el trono, casándola con otro hermano menor, de once años, que esta tenia. Cleopatra dió á luz al poco tiempo un hijo, á quien puso el nombre de *Cesariano*. En el viaje que la reina de Egipto hizo con su esposo á Roma, entre otras distinciones con que la colmó César, una fué la de colocar las estátuas doradas de aquella princesa, junto á la de Venus, en el templo de esta diosa, con gran disgusto de los romanos. Parece que, despues de regresar á su reino, mandó envenenar á Tolomeo, su hermano y esposo, que ya habia cumplido catorce años de edad, y podria ser obstáculo á sus ambiciosas miras; con lo cual quedó soberana absoluta de aquellos dominios. Acusada mas adelante, por los romanos, de haber socorrido á Bruto y Casio, Marco Antonio la mandó comparecer ante su presencia para justificarse. Hallábase entonces en Sicilia Marco Antonio, y la reina de Egipto determinó pasar á verle. No pensó ya en los medios de esplicar su conducta, sino en los de cautivar el corazon del romano con sus atractivos, como quien estaba convencida del irresistible poder que tenian sobre todos los que la contemplaban. Para que la impresion fuese mayor aun, se em-

barcó en una galera, en la que por todas partes resplandecian el oro, la plata, la seda y la púrpura; cien pebeteros de oro esparcian en los aires el humo de los mas delicados aromas del oriente; multitud de flautas, liras y otros instrumentos músicos poblaban el viento de dulces armonías, y tiernas niñas ejecutaban graciosas danzas. Cleopatra iba recostada sobre un magnífico lecho en la cubierta, y sus hijos, figurando los amores, jugueteaban á sus piés. Las mas bellas damas de su corte, vestidas de Nereidas, estaban situadas las unas junto al timon y las otras al lado de los remeros, formando el todo un conjunto maravilloso. Cleopatra parecia una Venus saliendo del mar. Esta reina llegó á Tarso, en donde Antonio administraba entonces justicia en su tribunal; así que tuvo noticia del arribo de Cleopatra, mandó que la invitasen á que pasase á verle, pero como la idea de aquella era deslumbrar al romano con sus encantos é incomparable magnificencia, pretestó hallarse fatigada del viaje, rogándole al mismo tiempo que aceptase un convite en su nave. Presentóse, en efecto, Marco Antonio, y fué tan espléndidamente obsequiado, que en vano pretendió igualarla cuando despues la recibió él en su palacio. A propósito de esto refiere Plinio, que en cierta ocasion quiso demostrar Cleopatra, que escedia en magnificencia á su amante, apostando á que en un solo banquete gastaba la enorme suma de diez millones de sestercios, lo cual se le hacia increible á Antonio. Entonces la reina se quitó de sus pendientes dos perlas, de un tamaño cual nunca se habian visto, y pidiendo una copa llena de vinagre fuerte, disolvió allí una de dichas perlas, tragando luego la bebida. Planco, que era el juez nombrado por entrambas partes para decidir la apuesta, declaró que el romano quedaba vencido, y se apoderó de la otra perla, que llevada á Roma despues de la muerte de la reina de Egipto, y dividida en dos partes, sirvió de pendientes á la estátua de la Venus del Panteon. El carácter del feroz triunviro era indomable, pero los atractivos de Cleopatra lo afeminaron en tales términos que ya no era conocido. La caza, los juegos, las danzas, los festines y toda clase de placeres fueron las habituales ocupaciones de Antonio, mientras permaneció al lado de la reina de Egipto, olvidándose de sus proyectadas espediciones militares. Las desavenencias ocurridas entre este y Octavio, obligaron al primero á pasar á Italia, en donde por fin se reconciliaron, casándose Marco Antonio con Octavia, hermana de su antiguo rival, sin que por esto dejase de amar á Cleopatra. Muchos años pasaron de ausencia ambos amantes, pero al fin se vieron cuando la funesta espedicion de Antonio contra los partos, y tornaron á sus disoluciones. La conducta licenciosa del triunviro, suscitó á este muchos y poderosos enemigos en Roma, y Augusto, irritado por el apoyo que la reina de Egipto prestaba á su rival, la declaró la guerra. El ascendiente que Cleopatra ejercia sobre el ánimo de Antonio, no reconocia límites; y aun prevaliéndose de él hizo que muriese en Efeso su propia hermana Arcinoe, que la inspiraba ardientes celos. Horacio hablando de Cleopatra, la llama con razon *fatal prodigio*. Llegó por fin el dia de la batalla de Accio, una de las mas sangrientas y memorables de que hay memoria, y en la cual, como dice Propercio «lucharon juntas las fuerzas del mundo.» En medio del feroz combate, el terror se apoderó del alma de Cleopatra, que ya habia perdido gran parte de su antigua energía, y revirando de bordo su nave, las demas egipcias siguieron el movimiento. Antonio pasó á la nave de su amante, pero no bien puso el pié en ella, corrido de vergüenza y de dolor, se acercó al timon, y allí permaneció triste y pensativo durante tres dias, sin dirigir ni una sola palabra á la mujer á quien habia sacrificado su honor, su gloria, su salud, su sosiego, su valor, y todo

lo que mas aprecia un hombre. Su sentimiento fué, no obstante, de poca duracion, porque luego que llegó á Alejandría volvió á entregarse á los placeres que la astuta sirena cuidaba de prepararle siempre, para tenerle esclavizado, en tanto que Octavio continuaba haciendo progresos, y la causa de Antonio caminaba hácia su completa ruina. No faltan historiadores que dicen, aunque al parecer no con mucho fundamento, que la reina de Egipto andaba en secretas negociaciones con Octavio. Sea de esto lo que quiera, Cleopatra concibió el colosal proyecto de llevar sus naves por tierra, atravesando el istmo de Suetz, hasta el golfo arábigo, y pasar en seguida á la India; pero este proyecto no pudo realizarse. La batalla que se dieron los poderosos rivales, fué como era de esperar funestísima al romano, afeminado por los placeres y la indolencia, y Cleopatra se encerró en un magnífico sepulcro que habia de antemano mandado construir junto al templo de Isis en su corte, y en el cual estaban tambien ocultas todas sus riquezas. Esparcióse por disposicion suya el rumor de su muerte, y Antonio se dió de puñaladas. Conducido luego este en su agonía al pié del sepulcro, ella y sus damas, tirando por unas cuerdas desde una ventana, le subieron hasta aquel fúnebre monumento, en donde asistido con la mas tierna solicitud, el desdichado amante espiró por fin en brazos de Cleopatra. Los soldados de Octavio descubrieron el retiro de esta, y apoderándose de ella la presentaron al vencedor, que no habia anhelado otra cosa que verla en sus manos. Entonces ella rogó á Octavio que la permitiese hacer los funerales á Marco Antonio, y habiendo aquel accedido, la reina de Egipto empleó todos los tesoros que poseia para que las fúnebres ceremonias fuesen dignas de ella y de su infortunado amante. Refiérese que fué tan estremado el dolor que la causó la pérdida de Antonio, que se hirió el rostro y los pechos contra el soberbio sepulcro que guardaba los restos de aquel ser amado. Tambien se dice que, no obstante la sinceridad de su dolor, cuando pasó á verla Octavio esperimentó la necesidad invencible, como sucede en ciertas mujeres dotadas de una naturaleza singular, de agradar al dueño del mundo. Pero Octavio, bien por la esperiencia que tenia á la vista, bien porque su corazon fuese menos accesible á las seducciones de la hermosura, bien, finalmente, por otras causas que no nos detendrémos en enumerar, Octavio, decimos, permaneció impasible y escudado con su prudencia característica. Aunque el vencedor trataba de ocultarla su pensamiento, respecto á ella, Cleopatra logró descubrir con su penetrante sagacidad, que el romano pretendia llevarla á Roma atada á su carro triunfal; pero tambien la infeliz reina habia tomado su partido, conociendo que no podia seducir con sus encantos á Octavio. Pidió, pues, permiso al célebre conquistador para hacer con él algunas libaciones sobre las cenizas de su difunto rival, y despues de una dolorosa plegaria, dirigida á aquellos restos inanimados, pidió unas flores que la llevaron sus damas, entre las cuales habia un aspid, y poniéndose el ramillete sobre el pecho, al poco tiempo cayó muerta entre horribles convulsiones, á consecuencia de la mordedura del venenoso reptil. Algunas de sus damas se quitaron tambien la vida en el acto. Tenia Cleopatra cuando murió treinta y nueve años de edad, y habia reinado veintidos. Al regresar Octavio á Roma, se le hicieron los honores del triunfo; llevó tras su carro la imágen de Cleopatra con un aspid en el brazo; pero permitió que el cadáver de la reina de Egipto, fuese sepultado con el de Marco Antonio.

CLEOPATRA, reina criminal, mala esposa y madre desnaturalizada. Fué hija de Tolomeo Filometor, rey de Egipto; estuvo casada con tres reyes de Siria, y reyes fueron tambien los

cuatro príncipes que hubo en estos matrimonios. A su primer marido, Alejandro Bala, sucedió Demetrio, quien, enamorado de Rodogunda, determinó á Cleopatra á ofrecer su mano y corona á Antioco, su hermano. La vengativa princesa fué causa de la muerte de Demetrio; y Seleuco, hijo primogénito de este, pretendió reemplazarle en el trono; pero inútilmente, porque Cleopatra tuvo la bárbara crueldad de matarle á puñaladas, sin que la sangre de aquel á quien habia llevado en su seno acobardase su insensible corazon. Los sirios no podian sufrir resignados aquel crímen que clamaba al cielo, y la astuta princesa llamó al punto á su segundo hijo, Antioco Gripo, que se hallaba en Atenas, y le proclamó rey. Pero quien verdaderamente reinaba con despótica autoridad era ella, pues aquel era demasiado jóven todavía para poder dirigir por sí solo la nave del Estado. Para distraer mas y mas á su hijo del cuidado del gobierno, le envió á combatir contra Alejandro Zebina, que pretendia arrebatarle el trono, y que ademas de vencido, fué muerto por Antioco, completamente dueño, con esta victoria, del reino disputado antes por varios pretendientes. Pero ¿de qué le servia haber acabado con los enemigos estraños, si le quedaba uno doméstico mil veces mas temible, por esta misma circunstancia, que los restantes? Este enemigo no era otro que su propia madre, aquella mujer infernal, que viendo ya á su hijo en edad y disposicion de regir el poder que á ella se le escapaba de las manos, trata de proclamar rey de Siria á un hijo que habia tenido de Antioco Sidetes, y que contando aun pocos años, la proporcionaba otra minoría en que esclavizar al pueblo y no sujetarse á voluntades agenas. Al efecto, preparó un veneno que debian presentar á Gripo al regresar de un ejercicio; pero prevenido este por un confidente, rogó á su madre que bebiese ella antes como estaba en el órden; resístese Cleopatra, declárala su hijo que todo lo sabe, y que el único medio de justificar que le han engañado, es el beber en la copa con que ella misma le brinda. No tuvo mas arbitrio la perversa reina que apurar el tósigo, que puso término á su vida, y juntamente á sus crueldades, por los años de 121 antes de Jesucristo.

CLEOPATRA. No cede esta á la anterior en perversidad. Dominada por la insaciable ambicion de reinar, todos sus pasos iban encaminados á este fin, cualesquiera que fuesen los obstáculos que tuviese que vencer. Cleopatra era hija de Tolomeo Filometor, y casó con su tio Tolomeo Fiscon; enlace digno seguramente de una princesa que carecia de todo sentimiento de humanidad y de pudor, puesto que el príncipe su esposo habia repudiado á su madre, llamada tambien Cleopatra, por unirse á ella. Dejó Fiscon, al tiempo de su muerte, la monarquía de Egipto á su esposa, con la libertad de que asociase á ella al hijo que mas le acomodase de los dos que habian tenido. El primogénito era Latino, pero como de mayor edad que Alejandro, que era el segundo, no podia convenir mucho á la ambiciosa Cleopatra, quien no pensaba dividir con nadie la autoridad soberana. Asocióse, pues, á Alejandro, y temeroso este de que su madre cometiese algun crímen para dar satisfaccion cumplida á sus deseos ambiciosos, tuvo que cederla el trono; pero el pueblo de Alejandría la obligó á que llamase nuevamente á su hijo. Condescendió Cleopatra en fuerza de la necesidad, aunque con el pensamiento de deshacerse de Alejandro para reinar sola; pero este comprendió, por fin, que aquella habia resuelto su muerte, y anticipándose á este criminal proyecto, quitó la vida á su madre en el año 89 antes de Jesucristo. ¡Tal es por desgracia el horrible espectáculo que muchas veces nos presenta la historia, á consecuencia de la insaciable sed de mando, de la criminal y desenfrenada ambicion que suele dominar á los príncipes!

CLIO, musa de la historia. La representan con una corona de oro, un rollo de papel desplegado en una mano, y un lapicero en la otra. Dicen que inventó la guitarra, y que enseñó á Orfeo á tocar la lira. Contra la comun opinion de que las musas conservaron siempre su virginidad, la suponen algunos mitólogos madre de un poeta llamado *Linus*, notable en la época en que floreció. Clio es la mas severa de las habitadoras del Pindo; pero, acostumbrada á ser creida bajo su palabra, suele abusar de su reputacion de imparcial y verídica, y dar apariencias y visos de verdad en sus narraciones á las mas estupendas mentiras. Su vista es mas perspicaz cuanto mas distante está el objeto. La luz de lo presente la turba, mientras las tinieblas mas espesas de lo pasado, se abren para mostrarle sus mas ocultos secretos. Distraida con la compañía de sus bulliciosas hermanas, la pobre musa se olvida algunas veces de su rectitud, para convertirse en eco, ó aduladora servil de mezquinas pasiones. No obstante, ha dado á los pueblos saludables lecciones para lo porvenir, enriqueciendo su literatura con el libro mas interesante y juicioso de todos: la historia, cuyo principal defecto, por desgracia, es hacer eruditos, gente inconsiderada, á quien se debe la terrible invencion de las *notas*, y la no menos alarmante del *prefacio* ó prólogo.

CLODIO ó CLAUDIO (Publio). Descendia de una de las familias mas ilustres de Roma; pero no siguió el noble ejemplo de sus antecesores, antes bien se entregó á toda clase de escesos, siendo un modelo de depravacion, así como aquellos lo habian sido de virtudes y patriotismo. Cuando se proponia conseguir un objeto, no respetaba nada de lo que pudiera oponérsele, por sagrado que fuese, así es que, ni el parentesco, ni la amistad, ni el mérito, eran obstáculo á sus deseos, con lo cual logró al fin que los romanos le mirasen con ódio. Bien patente fué el ejemplo que dió de su insolente conducta en su espedicion al Asia con su suegro Lúculo, contra quien trató de sublevar el ejército, aprovechándose de la desmoralizacion é indisciplina de los soldados; pero Lúculo tuvo aviso de su complot hallándose ausente, y empleando la mayor diligencia posible, desbarató las infernales maquinaciones de su yerno, que no le dió la muerte, aunque la tenia merecida, pero le degradó; ¡leve castigo, ciertamente, para quien ya ha perdido todo sentimiento de honor, castigo mas grande que la misma muerte para todo hombre pundonoroso! Marcio Rex, su cuñado, quiso templar con su generosidad la desgracia de Clodio, confiándole el mando de una armada, que poco despues quedó vencida, y el mismo jefe en poder de los piratas enemigos, aunque fué muy pronto puesto en libertad. Otros varios disgustos tuvo, debidos todos á su génio díscolo, que solo vivia de la intriga y de las revueltas. Pero ni su mala estrella, ni los sinsabores que le rodeaban, fueron parte á domar su carácter fiero, orgulloso y aúdaz. Regresó á Roma, y en aquella capital brilló por su elocuencia, á la que debió el cargo de questor, así como tambien se hizo notable por sus ruidosos escándalos, en los que comprometia nombres tan ilustres como el de Pompeya, mujer de César. Esta habia tenido la debilidad de seguir relaciones secretas con Clodio, quien, no satisfecho con esto, quiso entrar disfrazado en su casa en ocasion en que se celebraban los misterios sagrados, quebrantando así una de las leyes mas respetadas por los romanos. Hecho tan indigno fué reprobado por todo el mundo, y por un decreto del senado tuvo que someterse Clodio al juicio del pueblo, en el cual tomó gran parte Ciceron. Lo estraño es que, á pesar de tan marcada reprobacion, lograse el acusado que le perdonasen, lo que no hubiera sucedido á no ser venales los jueces y dejarse vencer por las intrigas ó dádivas del delincuente; y lo que cau-

sará todavía mayor asombro, es que el mismo César fuese uno de los que, con Pompeyo, contribuyeron mas á que se le nombrase tribuno, si bien es cierto que en estos dos grandes hombres podia mas la ambicion que todos los afectos, y uno y otro querian, favoreciendo á Clodio y por medio de Clodio, vengarse del senado y de Ciceron, que eran sus contrarios. Lo primero que hizo el nuevo tribuno fué contribuir á que se promulgase una ley, en virtud de la cual, al que hubiera mandado ó mandase la muerte de un ciudadano, sin previa formacion de causa, se le condenase á destierro. La ley era buena, absolutamente considerada, mas no sucedia así con el espíritu que la habia dictado, porque, aunque en ella no se nombraba á Ciceron, Clodio se la aplicó á este. El senado, los caballeros y los mas ilustres ciudadanos de Roma se asociaron para defender al elocuente orador, pero el vengativo tribuno, capitaneando una turba revoltosa, entre la cual figuraban muchos esclavos, y con el apoyo de los cónsules Pisson y Gavino, dijo públicamente estas palabras: «Es preciso «acabar de una vez con Ciceron, ó que «sea dos veces vencedor.» Ciceron, por evitar mayores conflictos á su patria, pues todo anunciaba que aquella cuestion iba á producir grandes desgracias, huyó de noche á Sicilia. Ni aun la generosidad tuvo Clodio de olvidarle; ya que con su ausencia no debia temerle, hizo que se decretase su destierro, y en su consecuencia todos sus bienes y haciendas fueron confiscados ó destruidos. Pompeyo, que habia sido su favorecedor, tambien se vió espuesto á perder la vida por aquel desalmado, que viendo á Ciceron libre de su destierro, persiguió de muerte á los amigos de este. Todos en Roma temian á Clodio, y este temor era causa de que el malvado se ejercitase mas y mas en sus venganzas; pero habia un hombre, que, cansado ya de tolerar al causante de todos los desórdenes que hacia algun tiempo turbaban á la capital, y especialmente á los buenos ciudadanos, se resolvió á acabar con aquel revoltoso, que era una verdadera calamidad social. Acusóle, pues, de enemigo de la tranquilidad pública, pero los jueces no le apoyaron y se encontró enteramente solo. Este resultado aumentó la insolencia de Clodio, que nombrado edil, acusó á su vez á Milon de varios delitos contra el pueblo romano, é insultó á Pompeyo; que á todo se atrevia por el temor que inspiraba. Felizmente para Roma, cuando Milon y Clodio aspiraban, el uno al consulado, y el otro á la pretura, con cuyo motivo los ánimos andaban inquietos, los dos rivales se encontraron en la *Via Apia*, y Clodio, acompañado de fuerzas superiores á las de Milon, amenazó á este de muerte, no sin llenarle antes de insultos é improperios; pero arrojándose sobre él los gladiadores que seguian á Milon, le hirieron en la cabeza, le obligaron á huir y meterse en una casa, de donde pocos momentos despues le sacaron, acabaron de matarle, y su cadáver fué abandonado en el campo á la voracidad de las fieras.

CLODOVEO I. Nació en el año 465, y sucedió en el trono á su padre Childerico, en 481. Es generalmente considerado como fundador de la monarquía francesa. La parte de las Galias, comprendida entre el Somma, el Sena y Aisne, fué teatro de sus victorias contra los romanos, y estas victorias, ademas de estender sus dominios, robustecieron y aseguraron su poder. Estableció la residencia de su corte y trono en Soissons, y cerca de esta ciudad derrotó á Siagrio, general romano, que cayendo en manos del vencedor, fué decapitado. No fué menos feliz con los germanos, á quienes derrotó en Tolbiac, que hoy lleva el nombre de Zulpich, y corresponde al electorado de Colonia. Ya comenzaban á desmayar sus soldados, y todo parecia anunciar un gran desastre, no esperando auxilio humano por ninguna,

parte, cuando inflamado en santo fervor, imploró la ayuda del cielo, haciendo la promesa de que si esta no le faltaba, renunciaria á los falsos dioses que hasta entonces habia adorado, y se convertiria á la religion del Crucificado. La historia refiere, que no bien hubo concluido su plegaria, hecha en presencia de todas sus tropas, la suerte principió á ponerse de parte de los suyos, y reanimado el valor de estos, consiguió sobre el enemigo la victoria mas importante de su reinado. San Remigio, obispo de Reims, le recordó el cumplimiento de su promesa al entrar el rey en esta ciudad, y Clodoveo le contestó que no pensaba faltar á ella, pero que queria reunir sus soldados con el fin de que su ejemplo fuese seguido de todo el ejército. Congregada, en efecto, la milicia, y lo mas ilustre de la nacion francesa, les hizo ver que cuando ya la victoria se declaraba por el enemigo, él imploró el divino auxilio, haciendo la promesa que todos sabian, y que desde el momento mismo todo varió de aspecto. El tono de persuasion con que pronunció su breve arenga, la fe que resplandecia en sus miradas y en sus ademanes, y la confianza que respiraban sus palabras, arrancaron á la multitud un grito inmenso de aprobacion, y casi todo el auditorio esclamó conmovido y como de concierto: «Nosotros renunciamos «tambien á los dioses mortales, y no «queremos adorar mas que al Ser in«mortal, no reconociendo otro Dios que «el que nos ha predicado el santo obis«po Remigio.» El bautismo del rey de Francia, y de tres mil soldados de los suyos, se verificó en el dia de Navidad del mismo año, siendo Clodoveo el único príncipe católico que á la sazon habia en el mundo. Con la nueva religion parecia haber recibido Clodoveo el poder de someterlo todo á sus armas triunfantes, pues fueron muchos los prósperos sucesos que coronaron su conversion á la verdadera fe. Entonces se incorporaron á la naciente monarquía los pueblos que se hallaban situados entre las desembocaduras del Sena y del Loira, y los romanos que ocupaban las orillas de este último rio; entonces ganó Clodoveo la batalla de Vouillé junto á Poitiers, matando con su propia mano á Alarico su enemigo, rey de los godos. Las provincias que se estendian del otro lado del Loira hasta los Pirineos; el Poitou, la Santonge, el Bordelis, Auvernia, Querci, Rovergne, el Albiges, Angulema y Tolosa se le sometieron, y únicamente fué vencido en aquella época (509) por Teodorico. El emperador de Oriente, Anastasio, le envió los títulos y ornamentos de cónsul, de patricio y de augusto, añadiendo á estas honoríficas distinciones una corona de oro y un manto de púrpura. Algun tiempo despues estableció su trono en Paris, muriendo en el año 511. Estuvo casado Clodoveo con la princesa Clotilde, y de este enlace tuvo cuatro varones, Thierry, Clodomiro, Childeberto y Clotario, y una hija llamada tambien Clotilde. Fué un príncipe distinguido por sus luces, y autor, segun se cree, de la ley Sálica. Convocó un concilio en Orleans, é introdujo el órden en la administracion y gobierno del Estado; pero su ambicion era ilimitada, y por saciarla cometió en muchas ocasiones barbáries que horrorizan, contra los príncipes sus parientes, y contra varios reyes que sucumbieron á su ciega pasion, y de cuyos Estados se fué apoderando sucesivamente, aun despues de entrar en el seno de la Iglesia cristiana.

CLOOTS (Juan Bautista de Vall de Gracia), baron prusiano. Nació en Cleves en 1755, y era heredero de una fortuna inmensa. Se hizo notable en la revolucion francesa por la estravagancia de sus ideas, hijas tal vez de la mejor buena fe ó de una verdadera manía, puesto que las conservó firmemente, así como tambien su carácter, hasta en los últimos momentos de su vida. A la tierna edad de once años pasó á Paris, ciudad de su adopcion, y

allí siguió los estudios. La lectura de los filósofos franceses y de los antiguos legisladores llenó su cabeza de pensamientos singulares, que él creia aplicables á la época en que vivió, proponiéndose hacer de aquella populosa capital nada menos que la metrópoli del mundo. No faltaban talento, ni perspicacia al jóven prusiano, pero su imaginacion era demasiado viva, y le pintaba con halagüeños colores realizables las mas descabelladas utópias; utópias que si en algun tiempo han de ser verdades, será cuando hayan pasado muchos siglos y la humanidad haya entrado en su período de madurez. Guiado por su estravagancia abandonó su nombre patronímico, y adoptando el de *Anacarsis Cloots*, visitó varios paises de Europa propagando por todas partes sus ideas. Cuando volvió á Paris trocó el nombre de *Anacarsis*, por otro mas retumbante aun, que fué el de *Orador del género humano*, y entonces renunció tambien su patria, nobleza y privilegios, entregándose ciegamente á los delirios que hervian en su cabeza acalorada. Desde el principio de la revolucion se distinguió por sus ideas escesivamente exaltadas, por sus sanguinarios proyectos, y formó parte de la asamblea legislativa, en la cual no justificó ciertamente su título de *Orador del género humano*, porque aunque no carecia de elocuencia, esta no era tal, sin embargo, que no hiciese recordar las altas pretensiones que revelaba aquel bautismo significativo; así es que sus mismos compañeros solian burlarse de él. Pero como en aquella época de agitacion, de efervescencia y de locura no habia pensamiento por disparatado que fuese que no hallase alguna acogida, cuando Cloots esparció por la capital de Francia la voz de que todas las naciones del mundo habian enviado diputados á la asamblea nacional para felicitarla por sus medidas, pocas personas hubo en Paris que no le diesen crédito, en tales términos, que la misma asamblea señaló una sesion para recibir á los supuestos mensajeros. Llegada la noche y hora señaladas, se presentó Cloots acompañado de unos cuantos mulatos, negros y otros criados suyos, vestidos con diversos trajes estranjeros, y se les hizo una recepcion digna de unos verdaderos representantes. Estas y otras farsas contribuian no poco á desacreditar una revolucion, grande en su objeto y grande en sus consecuencias, pero que las pasiones dirigieron muy mal en mas de una ocasion. Los diputados cosmopolitas fueron admitidos despues en la famosa federacion del 14 de julio, y así los legisladores de la asamblea, como la mayor parte del público, siguieron por algun tiempo en su ignorancia y ceguedad respecto de aquellos farsantes. Cloots era enemigo acérrimo de los reyes, mas su delirio consistia en serlo tambien de Dios, como lo demostró patentemente en el 10 de agosto. Predicaba tambien la república universal. Justo es decir, no obstante, que era uno de los pocos hombres que defendian sus doctrinas sin miras interesadas y solo porque triunfasen, pues gran parte de su fortuna desapareció en estas y otras vanas especulaciones políticas y sociales. Despues de los asesinatos de setiembre fué elegido miembro del cuerpo legislativo, y entonces ya no conoció límites su exaltacion. Siempre se señalaron sus peticiones entre las de casi todos los mas furibundos anarquistas, por lo sanguinarias. Una vez pidió que se pusiese á precio la cabeza de su rey, á quien apellidaba el *Sardanápalo del Norte*, y la del duque de Brunswick; hizo una apología del asesinato del rey de Suecia, y al votar la muerte de Luis XVI añadió: «Condeno igualmente al infame Federico Guillermo.» Desde 1792 publicó dos escritos, titulado el uno *La República universal*, y el otro *Certidumbre de las pruebas del mahometismo*. Este último fué impreso por acuerdo de la Convencion que dispuso su circulacion por todos los departamentos. El mismo Robespierre debia estar asombrado de la ferocidad de

Cloots, uno de los que con mas ardor defendieron á los asesinos de setiembre; ó tal vez le diese celos el partido y la nombradía que el baron prusiano habia llegado á adquirir, particularmente entre los jacobinos; lo cierto es que determinó hundir á él y á todos los suyos para siempre. Las traiciones y los desengaños, habian vuelto recelosos á los que mas empeñados y comprometidos estaban en la revolucion; y donde mas rigor se observaba respecto del exámen de antecedentes y conducta de las personas, era en la sociedad de los jacobinos. En esta sociedad se estaba practicando un escrutinio purificativo, cuando se presentó Cloots, y quiso encarecer sus títulos diciendo: *que su corazon era frances y su alma descamisada.* Entonces Robespierre le contestó con energía «que él desconfiaba de todos aquellos estranjeros que «pretendian ser mas patriotas que los «mismos franceses; que sospechaba de «la buena fe de un supuesto descamisado, que tenia cien mil libras de «renta, y que por otra parte el sistema «de Cloots, su república universal y su «monstruosa incredulidad, no podian «producir otro efecto que el de hacer «á los franceses odiosos á todas las na«ciones y aumentar el número de sus «enemigos.» En seguida pidió Robespierre que se espulsase á Cloots de aquel sitio. Este golpe dejó desconcertado al desdichado Cloots, que no tuvo mas remedio que salir de allí mientras que oia los estrepitosos aplausos con que saludaban á su enemigo. Es admirable la firmeza, la constancia de Cloots en las ideas que desde sus primeros años habia profesado, y que nunca desmintió con sus palabras, con sus escritos, ni con sus hechos. Condenado á muerte en 24 de marzo de 1794, de resultas de la causa que se le formó, prendiéndole con el famoso Hebert y otros de su faccion, pidió la gracia de ser conducido á la guillotina despues de todos sus cómplices, «con el objeto, decia, de tener tiempo «para establecer ciertos principios, «mientras se decapitaba á aquellos des«graciados.»

CLOVIO (Julio). Ningun pintor miniaturista ha producido la escuela italiana mas sobresaliente que el que es objeto de estas líneas. Nació en la Crocia en 1498, y aunque pudo elevarse á un puesto eminente en la gerarquía eclesiástica, pues cuando contaba aun pocos años ya era canónigo regular, solicitó y obtuvo licencia de Su Santidad para secularizarse, y luego se dedicó esclusivamente al dibujo, para el cual manifestaba las mas felices disposiciones. Fué su maestro Julio Romano, quien conociendo su talento especial para la miniatura, le disuadió de pintar figuras grandes, como Clovio hubiera deseado. No salieron fallidos los cálculos del famoso artista; Clovio se entregó á este género de trabajo, estudiando tambien al lado del verones Gerónimo de Libri, á cuyas sanas lecciones debió alguna parte de sus rápidos adelantos. El colorido de las obras de Clovio era escelente y delicado, y á estas dotes reunia la grandeza de Miguel Angel y de la escuela romana. Era muy inclinado á pintar muchas figuras en una misma obra, cualesquiera que fuesen las dimensiones de esta, y sin que la escesiva pequeñez del cuadro perjudicase en nada á la verdad y espresion de sus admirables figuras. El duque de Florencia le encargó el adorno de un oficio manuscrito de la Vírgen, y Clovio empleó figuras tan diminutas, que apenas podian distinguirse á simple vista: *Non accedévano la misura di una picciola formica*, dice Vasari. Para dar á estos pequeñísimos cuadros la perfeccion debida, se comprenderá el inmenso trabajo que tendria que emplear el artista. Nueve años tardó Clovio en pintar los veintiseis cuadros de que constaba la procesion del Corpus en Roma y la fiesta del monte Testacio. Otras muchas obras, aunque muy pocas históricas, produjo el pincel del eminente pintor, cuyos numerosos retratos hechos

ya para príncipes, ya para particulares, hay quien no vacila en comparar con los del Ticiano por su vigor y naturalidad. Todos estos retratos eran miniaturas. En un convento del Cister en Milan causaba la admiracion de los inteligentes, no ha muchos años todavía, un descendimiento de la cruz, obra de Clovio, notable especialmente por la originalidad de la composicion. Murió Julio Clovio á la édad de 80 años.

COCLES (Publio Horacio), sobrino del cónsul Horacio Pulvillo. Tito Livio refiere un acto de valor heróico, que es el que ha dado celebridad á Cocles, si bien el insigne historiador citado no lo considera muy digno de fe, como lo manifiestan las siguientes palabras: *Rem aussus plus famæ habituram ad posteros quam fidei*. Era por los años 246 de Roma y 507 antes de Jesucristo; Porsena, rey de Etruria, se disponia ya á entrar en Roma por el puente Sublicio, habiendo antes echado á los que defendian el monte Janículo. Encargado Horacio Cocles del mando de aquel punto, logró con persuasivos discursos y amenazas detener á los fugitivos, que al fin se le unieron, rompiendo el puente de órden suya, mientras él con solos dos compañeros resistia el ímpetu del enemigo. Pero aquella situacion era demasiado crítica para que pudiera prolongarse por mucho tiempo, y no queriendo Cocles comprometer inútilmente la existencia de los dos guerreros que le acompañaban, les obligó á que se salvaran por la parte del puente que aun permanecia en pié, quedándose él completamente solo y rodeado de enemigos, que deseaban con tanto mas ardor su muerte, cuanto mas tenaz habia sido su empeño en sostener el honor de las armas romanas con tan escasas fuerzas. Viéndose solo Cocles, dirigió una terrible mirada á los etruscos y pronunció con voz atronadora y arrogante estas palabras: «¡Esclavos de un rey orgulloso! «¿Cómo olvidais la libertad de vuestra «patria, para atacar la de otros?» Los etruscos, aunque llenos de asombro al presenciar tanto valor, no quisieron dar muestras de generosidad, suspendiendo el desigual combate, antes por única respuesta le dispararon una lluvia de saetas. Ya los soldados de Porsena iban á arrojarse contra el intrépido Cocles, cuando oyeron los gritos de alegría de los romanos que acababan de ver desplomarse el puente. «Dios «del Tiber,—esclamó entonces Horacio —recibe favorablemente en tus aguas «á un soldado cubierto con sus ar«mas;» dijo y se arrojó al rio, y nadando llegó á la otra orilla sin recibir ninguna herida. Algunos historiadores dicen que fué herido en un muslo, y otros que pereció ahogado en el Tiber, pero esto hace poco al caso. La república le dió un solemne testimonio de su reconocimiento y admiracion, erigiéndole una estátua y concediéndole haciendas. Con motivo de una gran carestía que hubo en Roma por aquella época, todos los ciudadanos sacrificaron parte de lo mas preciso de su subsistencia, para socorrer las necesidades de su heróico compatriota.

COELLO (Alonso Sanchez), portugues de nacion. Célebre pintor, tan apreciado de Felipe II, rey de España, que este monarca le llama en sus cartas *Ticiano* portugues, dándole tambien en ellas el cariñoso nombre de *querido hijo*. Cuando se edificó el suntuoso monasterio del Escorial, su poderoso fundador le encargó varios cuadros de santos, entre los cuales figura principalmente el retrato de *San Ignacio*, parecidísimo por haberlo copiado de su figura en cera, tomada al natural despues de su muerte. No es menos notable el que representa el *Martirio de San Sebastian*, con el Cristo, la Vírgen, San Bernardo, San Francisco, y el Padre Eterno en una gloria. Consérvase esta obra en la iglesia de San Gerónimo de Madrid, y llama la atencion por su colorido y belleza de espresion. Llevado de su amor al arte, pasó en su juventud á Roma,

en donde siguió la escuela de Rafael, haciendo rápidos progresos, como era de esperar, en vista de sus buenas disposiciones y constancia en el estudio. Cuando regresó á España, fué dirigido por Antonio Moro, alcanzando entonces la perfeccion à que tanto habia aspirado. Perteneció luego al servicio del rey don Juan de Portugal, y de la reina doña Juana despues del fallecimiento de aquel. Felipe II pidió á esta princesa, hermana suya, que enviase á la corte de España al insigne Coello, pues habiendo muerto Antonio Moro, con ningun otro podia reemplazarle mejor que con el artista portugues. Ya hemos indicado el aprecio con que el monarca español distinguia á Coello, quien tanto con sus obras como con su bello carácter, llegó con el tiempo á merecer la completa confianza del segundo Felipe, siendo muchas veces el estudio del pintor, inmediato á la cámara del rey, el punto de reunion de toda la real familia. Allí se empleó su pincel en muchos retratos de Felipe y de los mas altos personajes de la corte, y mas de un pretendiente y de un cortesano, acudió en diversas ocasiones á Coello, para que este interpusiese su valimiento con el príncipe en favor de ellos. Los pontífices Gregorio XIII y Sisto V, los duques de Florencia y de Saboya, el cardenal Farnesio y otros soberanos y personajes, le dieron tambien señaladas pruebas de estimacion. Antes de su muerte, acaecida en 1590, fundó Coello una casa de espósitos en Valladolid, y el *Fénix de los ingenios*, Lope de Vega, compuso su epitafio.

COELLO (Claudio). Nació en Madrid en 1521, y era hijo de Faustino Coello, portugues, de la misma familia que el pintor Alonso Sanchez Coello. Claudio se dedicó tambien al arte que con tanto brillo habia cultivado Alonso, y es considerado como el mejor pintor español de su época, época de decadencia del buen gusto. Fué su maestro don Francisco Rici, y con los buenos modelos que se propuso, como Ticiano, Rubens y Vandick, sobresalió en el colorido de una manera estraordinaria. Los elogios que los inteligentes han prodigado á nuestro compatriota, nos parecen muy dignos de las obras á que este aplicó su genio; y hallamos justísima la comparacion que se ha hecho de él con Cano, Murillo y Velazquez; diciendo que igualó al primero en el dibujo, en el colorido al segundo, y al último en los efectos. Fué tambien Coello uno de los artistas encargados de pintar las decoraciones ó escenas del teatro del Buen Retiro, y trabajó con Donoso en el *Vestuario* de la catedral de Toledo, en la capilla de San Ignacio, en la del Cristo, en la de San Isidro el Real, y en otros varios templos. Deseando Cárlos II recompensar el mérito sobresaliente de Coello, le nombró pintor de cámara. Su alma de artista era estremadamente sensible como la de todo hombre de verdadero genio, á cuanto puede ofender su orgullo legítimo, y una reputacion con justicia adquirida; y esta susceptibilidad esquisita fué causa de su muerte, acaecida 1693. Habia el monarca llamado de Italia á Jordan, para que pintase la escalera grande y la bóveda del Escorial, y esta preferencia le causó tal abatimiento, que al poco tiempo cayó enfermo para no volverse á levantar ya mas. Refiérese que habiéndole dicho un amigo suyo: «*Ahora vendrá Jordan á enseñar á ustedes y á ganar mucho dinero*. contestó Claudio: *si señor, y á absolvernos de muchas culpas y quitarnos muchos escrúpulos.*» Entre el considerable número de obras que dejó Coello, todas ellas merecedoras de la fama que gozan, distínguense como modelos del arte el cuadro que representa *Cárlos II de rodillas, y rodeado de los principales personajes de su corte;* el *Martirio de San Estéban*, que se conserva en el Colegio Viejo de Salamanca, ó por otro nombre en el colegio de San Estéban, y por último el de las *Santas formas* del Escorial. Cean Bermudez dice á pro-

pósito de este: «Claudio Coello se tendrá por pintor insigne, mientras dure el cuadro de las *Santas formas*, del Escorial.»

COLATINO (Tarquino), romano y pariente de Tarquino el Soberbio. Es demasiado conocida la trágica historia de Lucrecia, mujer de Colatino, para que tengamos necesidad de narrarla; ademas, no es este el lugar que la corresponde; por cuyo motivo dirémos únicamente, que despues del fin sangriento de aquella hermosa y honesta matrona, que con el sacrificio de su vida compró la libertad de la patria, Colatino juró en union con Marco Junio *Bruto*, espulsar á los Tarquinos, como lo verificó en efecto, con el auxilio del senado y el pueblo, que desde aquel momento se constituyó en república. Colatino y Bruto, cuyo padre y hermano habian sido asesinados por el perverso monarca, fueron los dos primeros cónsules. Cuando Tarquino reclamó sus bienes, como si con esta demanda pareciese indicar que no pretenderia el trono, sino que se alejaria para siempre de la capital de la nueva república, el esposo de Lucrecia fué de parecer que se le entregasen, al paso que Junio Bruto opinó lo contrario; el pueblo decidió á favor de Colatino, pero no mas que por un voto. Hallándose en otra ocasion complicados en una conspiracion contra la naciente república, tres sobrinos de Colatino, y los hijos de Bruto, el primero hizo los mayores esfuerzos por salvar la vida á sus parientes, cuya desgracia no cesaba de lamentar, mientras que el otro severo republicano no vaciló en condenar á muerte lo que mas amaba. Esta sentencia fué confirmada por el pueblo. Semejante conducta en Colatino, á cuya afrenta habia sido sensible todo el mundo menos él, como lo demostraba con harta evidencia su empeño en favorecer á los Tarquinos, despertó las sospechas del pueblo, que aun tenia muy presente el despotismo del monarca proscripto; Bruto conocia muy bien el estado de los ánimos, y temiendo acontecimientos fatales para la república, se aprovechó de aquellas sospechas para que despojasen del consulado á Colatino. No contaba este con elementos bastantes para oponer mas que una débil resistencia, asi es que la necesidad y las instancias de su suegro Espurio Lucrecio, le determinaron á renunciar su cargo. Entonces el pueblo dió á Colatino una suma considerable para atender á su subsistencia, y el esposo de Lucrecia, vivió y murió oscuramente, en Lavinio, adonde se habia retirado.

COLBERT (Juan Bautista), uno de los mejores ministros que ha habido en Francia. Nació en Reims á 29 de agosto de 1619, y su padre fué señor de Vandiere, gobernador de Fimes, y mayordomo mayor del rey. Si Colbert no hubiese tenido el poderoso protector que le encumbró rápidamente desde el principio de su carrera, es probable que su estraordinaria capacidad le hubiera conducido por sí sola á los mas altos puestos del Estado. Sus grandes disposiciones para las ciencias y artes adquirieron en muy poco tiempo un desarrollo considerable, porque el jóven Colbert, no fiándolo todo al estudio de los libros y á sus dotes naturales, quiso observar por sí mismo el estado de su patria, y principalmente del comercio, con cuya idea recorrió la mayor parte de las provincias de Francia, adquiriendo al propio tiempo relaciones que en lo sucesivo podrian serle muy provechosas, con varios personajes de los que entonces brillaban mas por su talento, posicion y riqueza. En 1648 fué colocado en la secretaría de Estado que desempeñaba Le-Tellier, y en este empleo dió tales pruebas de talento, que admiró al mismo Mazarino, cuya penetracion sabia descubrir el mérito por oculto que estuviese. No tardó mucho el cardenal en justificar el aprecio que de él hacia, porque en setiembre del año citado le llevó á su despacho para confiarle traba-

jos importantes. A los 29 años de edad, recibió el nombramiento de Consejero de Estado, y siguió al ministro en varias campañas, ganando mas y mas, con su celo y conocimiento profundo de los negocios que estaban á su cargo, la intimidad de Mazarino. No tuvo que arrepentirse el famoso cardenal de la proteccion que habia dispensado á Colbert, porque perseguido aquel por el ódio público y retirado á Colonia, desde donde seguia gobernando el pais, su protegido le manifestó su gratitud sirviéndole de agente en la correspondencia secreta que mantenia con Lionne, Servien y Le-Tellier, y desempeñando todos sus negocios con la discrecion, interes y exactitud que podia apetecer Mazarino. Variaron las circunstancias algun tiempo despues, el cardenal recuperó el perdido favor, y no olvidando los servicios de Colbert le proporcionó la mayordomía de la casa del duque de Anjou, el nombramiento de secretario de órdenes de la reina, y estendió su proteccion á su familia. En 1659 pasó Colbert con una mision diplomática á Roma, siendo ya marques de Croissi, despues á Florencia, Génova y Turin, con el objeto de proporcionar socorros para la isla de Gandía, sitiada por los turcos, en cuyo poder cayó mas adelante. Quebrantada estraordinariamente la salud del cardenal ministro, nadie podia ser mas útil á este célebre hombre de Estado que Colbert, con quien consultaba, en efecto, los negocios mas graves, y con especialidad los relativos á la administracion de la hacienda. Los conocimientos que Colbert demostró en cuantas conferencias secretas presenció entre Mazarino y el jóven monarca, y en las cuales esponia su parecer con entera libertad, le conquistaron la confianza del rey. El mal estado del cardenal se agravaba mas y mas, y tanto Luis como Colbert iban á ver al ministro todos los dias á Vincennes, á donde este se habia trasladado. La situacion de la hacienda era seguramente lamentable; necesitábase un génio que la pusiese en órden, que la sacase del caos, que la crease, en una palabra, sin lo cual ni habria prosperidad en el pais, ni humanamente podria atenderse á las necesidades del gobierno. Así es que Mazarino, cada vez mas persuadido del mérito de Colbert, le recomendó al monarca como el único hombre capaz de llevar á cabo tamaña empresa, diciendo á Luis pocos momentos antes de espirar: «Todo os lo debo, señor, pero creo pagaros en parte dando á V. M. á Colbert.» En efecto, no bien murió Mazarino, nombró intendente de hacienda á Colbert, advirtiendo que este empleo como otros análogos habia sido suprimido por fallecimiento de su último poseedor, prueba insigne de que Luis estaba muy conforme con la idea del cardenal, respecto de su protegido. Conocidas son las escandalosas dilapidaciones del superintendente Fouquet, para que nos detengamos en hablar de ellas estensamente; baste decir que al propio tiempo que sus caudales aumentaban de una manera enorme, la hacienda, como ya hemos manifestado, iba decayendo á pasos de gigante. No cabe duda en que los sanos consejos de Colbert contribuyeron mucho á que Fouquet perdiese el favor que gozaba con el monarca, y á que este tratase de poner remedio á los males que presenciaba. No falta quien atribuya á Colbert acciones que verdaderamente no se hallan muy de acuerdo con su conducta; pero se cree que se le han atribuido sin fundamento alguno. Lo cierto es que en la posicion en que uno y otro se hallaban, naturalmente habian de tener amigos y adversarios, y su conducta ser censurada ó aplaudida. Una de las inculpaciones que se dirigen á Colbert, es que con motivo de haber fortificado su rival á Belle-Isle, que le pertenecia, le indispuso en el real ánimo, diciendo á Luis, que Fouquet trataba de hacerse soberano de Bretaña. Otra es que, deseando que se respetase y quedara sin mancha la fama y memoria del cardenal su protec-

tor, se apoderó de algunos documentos que poseia el superintendente, para que este se viese imposibilitado de defenderse, siendo ellos los únicos que podian darle el triunfo. Los hechos hablarán con mas elocuencia en favor de Colbert, que todas las suposiciones con que sus interesados enemigos le pintaron á sus contemporáneos y aun á la posteridad, la cual reconoce en aquel uno de los hombres mas eminentes de Francia. Nombrado por S. M. contralor general, en poco tiempo se vieron los saludables efectos de una administracion acertada, y el órden y la prosperidad nacieron por todas partes. La nacion francesa agobiada, ó mas bien saqueada por los arrendadores de la real hacienda, acogió con júbilo sus medidas salvadoras. El tribunal de justicia establecido entonces, castigó la inmoralidad, la insolencia y las rapiñas de aquellos usureros sin alma, ya condenándolos á multas pecuniarias, suprimiendo en forma de confiscacion las rentas que se les habian dado en pago, y rebajando al mismo tiempo algunos millones en las tallas designadas. Pero esto era poco, si la reforma no se estendia mas. El descrédito de la hacienda era grande; grande debia ser tambien el remedio para salvarla de una bancarrota. Al efecto, Colbert se propuso llegar á su fin sin consideraciones de ninguna especie, siempre que fuesen en perjuicio del Estado y del pueblo: así, pues, suprimió infinidad de destinos inútiles, y que no servian mas que para embrollar la administracion y alimentar á los favoritos de los altos empleados; disminuyó los crecidos sueldos que disfrutaban otros muchos funcionarios públicos; los recaudadores no encontraron ya las inauditas ganancias con que antes les brindaba el desórden; no se vendieron los destinos, se introdujeron otras varias mejoras en todos los ramos de las rentas y gastos públicos. Para pintar el estado de la hacienda cuando Colbert subió al ministerio, baste decir, que siendo la deuda de cincuenta y dos millones de francos, los réditos ascendian á ochenta y nueve, y que siendo en la misma época de treinta y siete millones la renta disponible, cuando Colbert murió llegaba á ochenta y tres. No solo la hacienda recibió este grande impulso, sino tambien la marina, de cuya cartera estaba asimismo encargado Colbert. Los ejércitos de mar y tierra se aumentaron considerablemente, porque el activo é inteligente ministro sabia proporcionarse con su crédito cuantos recursos necesitaba; nada, pues, tiene de estraño que con un monarca como Luis XIV, y un hombre de Estado como Colbert, la Francia de aquella época llegara á hacerse temible y respetable en Europa. Las siguientes palabras dan una idea bastante exacta del espíritu económico de Colbert y de sus buenos sentimientos al par: «Es preciso ahorrar cinco sueldos—decia al rey—en las cosas que no son muy necesarias, y tirar los millones cuando se trata de la gloria de Luis. Un banquete en que se gastan inútilmente tres mil libras, me causa una pena increible, al paso que cuando se trata de millones de oro para la Polonia venderia cuanto poseo, empeñaria mi mujer y mis hijos é iria á pié toda mi vida para completarlos.» El comercio de Francia estaba casi únicamente reducido á las provincias con la capital, de manera que las relaciones con el esterior en este particular apenas existian, y en su consecuencia se hallaban obstruidos, digámoslo así, todos los caminos que conducen una nacion á su engrandecimiento y bienestar. Los establecimientos que se fundaron con este designio durante el memorable ministerio de Colbert, fueron numerosísimos, y necesitaríamos grande espacio para demostrar, que de aquella época data la prosperidad de la nacion francesa, haciendo ver uno por uno todos los beneficios debidos á la creadora actividad de Colbert. Enumerarémos, sin embargo, los principales, puesto que ellos constituyen la gloria del célebre ministro. La union de los

dos mares, se ejecutó durante el ministerio Colbert, quien proyectó el canal de Borgoña, estableció varios tribunales mercantiles, conservó las aduanas fronterizas; escribió sábios reglamentos é instrucciones relativas á su pensamiento de reforma; fomentó el comercio, la industria y la agricultura, disminuyendo el valor del numerario; rescató á Dunkerque del poder de los ingleses, mediante una suma de cinco millones, estableció las compañías de las Indias orientales y occidentales, colonizó á Cayena, otra colonia tomó posesion del Canadá y puso los fundamentos á Quebec, y la tercera de Madagascar. El comercio de Levante y el del Norte recibieron un impulso desconocido hasta entonces, se persiguió sin descanso á los piratas africanos que infestaban los mares y embarazaban el comercio, y se tomó el puerto de Gigerí. En 1669, nombró el rey ministro de Estado y de Marina, al que con tan buena fortuna y admirable talento habia tenido á su cargo el despacho de la hacienda. La vasta capacidad de Colbert todo lo abarcaba, y la marina que era un cadáver, digámoslo así, fué reanimada como por encanto, llegando á ser tan floreciente, que Francia pudo en poco tiempo disputar el cetro de los mares á los ingleses y holandeses que entonces lo poseian. La vida, el movimiento, la actividad mas sorprendentes reinaban en todos los puertos, poco antes tan abandonados y silenciosos los de Brest, Tolon y Rochefort; los del Havre y Dunkerque, se restablecieron y fortificaron, y de las escuelas de náutica abiertas por él, salieron escelentes marinos, al paso que cien navíos de línea surcaban los mares, con una dotacion de sesenta mil hombres. La reparacion de los edificios del rey, el establecimiento de muchas fábricas, y entre otras la de espejos que surtiese á Francia, evitando con esto el recurrir á los venecianos cuyo precio era escesivo, la de Gobelins, la de estofas de oro y plata, las de paños, las de seda, etc. Todos estos progresos fueron obra de Colbert. Si mucho protegió las industrias, mucho le debió la agricultura, á la cual libertó de una porcion de trabas y gabelas que la impedian caminar desembarazadamente hácia mejores destinos. El rigor de los embargos reducia á la desesperacion y á la miseria á los infelices labradores, y él lo disminuyó considerablemente, obedeciendo en ello tanto á sus propios sentimientos cuanto al bien general: «no queriendo—dice Necker —que se castigase la desgracia con la imposibilidad de repararla» palabras que encierran una verdad demasiado amarga por cierto, pero mal comprendida generalmente por los gobiernos ó sus agentes, que creen que con la severidad lograrán lo que mas fácilmente alcanzarian con leyes en que no fijan mucho la consideracion, por ocuparla en lo que á todo conduce menos al bien. Nunca será bastantemente aplaudido su proyecto de Catastro, y no menos elogios merecen sus ordenanzas administrativas, marítimas y mercantiles, así como el código negro formado para suavizar la desdichada suerte de los esclavos. Las ciencias y las artes se levantaron de su postracion, tendiéndolas el celoso ministro una mano protectora, y secundando de esta suerte los deseos de su ilustrado monarca. La academia de inscripciones y la de ciencias fueron fundadas y generosamente auxiliadas por él, y la biblioteca de esta última se formó con un donativo de seiscientos volúmenes que hizo en su favor el ilustre ministro, quien reunia en su casa de Esceaux á los hombres mas eminentes por su génio y por sus luces. Fundó asimismo la academia real de pintura, arquitectura y escultura, enriqueció el jardin botánico, la biblioteca del rey fué considerablemente aumentada, así como tambien el gabinete de medallas é inscripciones, dispuso la construccion del observatorio de Paris, mandó principiar la meridiana de Francia. La soberbia columnata del Louvre, el arco triunfal de la puerta de San Martin, el de la

calle de San Dionisio, la casa de Inválidos, y otras obras de utilidad y ornato público se hicieron igualmente durante su ministerio. Los literatos y artistas fueron magníficamente recompensados, se establecieron pensiones, y como dice Perault «no habia sábio alguno de mérito distinguido, por distante que estuviese de Francia, á quien no fuesen á buscar en su misma casa las gratificaciones por medio de letras de cambio á su favor.» Los sábios estranjeros recibieron repetidas pruebas de aprecio del ministro frances, quien sabia revestir su proteccion de las frases mas halagüeñas. «Aunque Luis no es vuestro soberano—escribia á Isaac Vossio—quiere, no obstante, ser vuestro bienhechor.» Balurio, Boileau, Gallois, Racine, Cotin, Chapelain, Boyer, Corneille, Flechier y otros escritores franceses cuyos nombres van acompañados de justa celebridad, disfrutaron de las liberalidades de Colbert, á quien, sin embargo, nadie consideraba como sábio, ni literato; pero tenia el suficiente buen sentido para comprender que las naciones no son grandes solo por su comercio, por su industria, por su riqueza, sino tambien por su estado de ilustracion y cultura. ¡Pobres pueblos aquellos que no gocen los beneficios de las luces! ¡Menguados ministros los que no alcanzan con su mirada mas que el estrecho horizonte de las conquistas materiales, sin hacer nada en pro de las letras y de las artes! Dicen que Colbert era escesivamente ambicioso; y ¿cómo sin esta ambicion hubiera concebido ni realizado los vastos proyectos que formaron la gloria de su administracion? Cuando la ambicion se dirige por caminos tortuosos para llegar á un fin funesto para los pueblos, entonces con justicia puede vituperarse; pero cuando un hombre de Estado emplea todos sus desvelos, su influencia, su poder, su talento y su vida en servicio del bien, lejos de ser un vicio la ambicion, es una cualidad digna de elogio y de admiracion. Tan amigo como era Colbert de las tranquilas conquistas de la paz, tanto aborrecia el estruendo de la guerra; y mientras insensatos cortesanos lisonjeaban al rey ensalzando sus triunfos militares, é inclinaban su ánimo á los azares de la guerra, el prudente ministro le hablaba de la miseria de los pueblos, de la necesidad y conveniencia de la paz. Deslumbrado el monarca con las adulaciones de los palaciegos, no veia que al mismo tiempo que la gloria de sus armas hacia respetable el nombre frances en toda Europa, el reino caminaba á su ruina. Los consejos de Colbert fueron por entonces desestimados, y no pudiendo continuar el celoso ministro un momento mas en aquel puesto sin comprometer su fama y violentar sus ideas de gobierno, presentó su dimision y se retiró á su casa. Luis guardó silencio, pero no tardó en llamarle nuevamente recibiéndole con inequívocas muestras de cariño y estimacion, y tranquilizándole con la esperanza de una próxima paz, pero como la guerra se dilatase mas allá de los términos regulares, no obstante los recursos que Colbert buscó para atender á los gastos, tornó este á reproducir sus pacíficas gestiones, hasta que por fin logró que se firmase la paz de Nimega, por medio de un tratado tan honroso como útil para Francia. Hemos dicho ya que Colbert no perdonaba medio alguno de economizar gastos, siendo esta economía la base de la prosperidad del reino, cuyo gobierno le estaba encomendado. Conociendo los cortesanos cuanto amaba el monarca el fausto y la ostentacion, y lo mucho que desagradaban los gastos al ministro, creyeron comprometer á este, lisonjeando al rey con una funcion que diese á los estranjeros una idea elevada de Luis y de la Francia. No le disgustaba el pensamiento al rey, pero apenas se atrevia á indicárselo á Colbert, quien no dejaria de hablarle como siempre que de cosas análogas se trataba, de los grandes apuros del tesoro. Decidióse por fin á hablarle de la funcion, y con no

poco asombro oyó á Colbert estas palabras: «Señor, puesto que se trata de dar una fiesta, es preciso que esta sea digna del rey mas grande del universo, y no olvidar cosa alguna de cuanto pueda contribuir á su mayor brillantez.» Presentóle el monarca los planes, y examinados por él, dijo á Luis que el gasto ascenderia á un millon ochocientas mil libras—«no es mi intencion—esclamó el monarca al oirlo—arruinar al pueblo para divertir á mis cortesanos.—Señor—repuso Colbert—vuestro honor se halla comprometido á dar la fiesta; nada revelará mejor el mal estado de vuestra real hacienda, que el disminuir con este motivo la natural magnificencia de V. M.» No habia á la sazon fondos suficientes para costear la funcion,. pero Colbert se comprometió á buscarlos, y anunció en los periódicos que Luis XIV daria en Paris unas corridas de caballos. La concurrencia á este espectáculo fué numerosísima y brillante, acudiendo á verlo, así la nobleza del reino como muchos personajes poderosos del estranjero, siendo el resultado de todo, que habiendo ascendido los gastos á un millon doscientas mil libras, los productos de los arriendos públicos no bajaron de dos millones. Finalmente, despues de haber trabajado todavía por espacio de algun tiempo con el mismo interes y acierto que siempre, despues de haber librado á su pais de la ruina que le amenazaba por culpas de las anteriores administraciones, y de haberlo colocado en una situacion brillantísima y envidiable, Colbert murió á 6 de setiembre de 1683. Pocos momentos antes de espirar recibió una carta en que el rey le manifestaba su tierno y bondadoso afecto, y que hizo derramar lágrimas de gratitud y consuelo al eminente ministro. Otros dicen que no leyó la carta, sino que metiéndola debajo de la almohada sin abrirla, dijo: «La voz del soberano me es muy grata; pero me preparo á dar cuenta al rey de los reyes, y si la abriese, tal vez el amor que he profesado y profeso á Luis me distraeria de mi principal obligacion.» Tambien aseguran algunos historiadores que el mismo Luis XIV en persona pasó á visitarle. Dícese que mas que los años y los achaques causaron su muerte las exigencias de Louvois, favorito del monarca, que le obligaba á abrumar con vejaciones á aquel mismo pueblo á quien él habia procurado levantar de su postracion, abriendo todos los veneros de la pública riqueza. Sea de esto lo que quiera, su memoria no fué honrada á su muerte como lo habian merecido sus talentos y servicios, y se le enterró en San Eustaquio en medio del silencio y oscuridad de una noche, habiendo ido hasta aquella iglesia escoltando su féretro alguna fuerza armada. Dos elogios fúnebres de Colbert se pronunciaron en la Academia francesa, en verso el uno y el otro en prosa, aquel por Quinault y este por el abate Tallemant. Los enemigos del célebre ministro, que apenas habian osado aparecer en vida de aquel, á su muerte se desataron en improperios y severas censuras, escribiendo un sin número de epitáfios satíricos, canciones, epigramas, etc., que reunidos en coleccion se publicaron con el siguiente título: *Cuadro de la vida de MM. los cardenales Richelieu y Mazarino, y de Mr. Colbert, pintados en diversas sátiras y poesías, etc.* En esta obra se dice que Colbert habia convertido á Francia en un hospital, se le llamaba *destructor de su patria*, *el tirano mas grande*, *hongo de la corte que el sol hizo nacer*, *etc.* Los restos de Colbert fueron depositados en la citada iglesia de San Eustaquio, en un magnífico monumento hecho por Girardon.

COLETÉS ó COLOTHES. Segun la tradicion, era descendiente de Hércules, segun varios historiadores nació en Paros, y su maestro de escultura, que es en lo que se distinguió, se llamaba Praxiteles, á quien no debe confundirse con otro escultor y griego, tambien del mismo nombre, que vivió en Roma en

tiempo de Ciceron. Plinio dice que fué discípulo de Fidias; lo cual induce á presumir que hubo dos escultores célebres llamados *Coletés*, y que el que nos ocupa tuvo dos maestros. Sea de esto lo que quiera, lo mas probable parece ser que Coletés fué contemporáneo de Fidias, con quien trabajó en la famosa estátua de Júpiter Olímpico, una de las maravillas del mundo. La fama de Coletés, antes de emprender esta obra, ya era grande, debiéndolo al precioso escudo que hizo para una estátua de Minerva. Pero las dos obras que inmortalizaron su nombre, y en que trabajó él esclusivamente, fueron un esculapio de marfil que se veia en Cilena, ciudad de la Elida, y la mesa de esta misma materia y de oro, en la que se ponian en Elis las coronas que habian de ceñir las sienes de los vencedores.

COLIGNI (Gaspar de), segundo de este nombre, almirante de Francia. Nació en Chatillon en 1517, y se distinguió por sus prendas militares. Inclinado desde muy niño á la carrera de las armas, entró en ella cuando contaba aun pocos años de edad, y el conde de Eugen le armó caballero en el campo de batalla de Cerisoles, reinando Francisco I. Los brillantes servicios de Coligní fueron ampliamente recompensados por Enrique II, sucesor de aquel monarca, pues en 1552 ya era almirante de Francia. En la batalla de Renti, y en la defensa de San Quintin, nadie dió mas pruebas de valor y arrojo que él, y viéndose reducido al último estremo por las tropas españolas, al mando del duque de Saboya, tuvo que rendirse prisionero, si bien luego quedó libre mediante la suma de 50,000 escudos. A la muerte de Enrique II se puso al frente de los calvinistas, cuyo partido adquirió con el prestigio, la influencia y la capacidad del almirante nuevas fuerzas, en términos, que parecia haber llegado la última hora del catolicismo en Francia. Solo un hombre rivalizaba con él entonces, y era Condé, cuyas altas cualidades no eran superiores á las de Coligní. Aquel era activo, este prudente, el primero ambicioso en estremo, el segundo constante en sus empresas, Condé entusiasta, Coligní hábil y reflexivo; así es que nunca le temian tanto sus enemigos triunfantes, como despues de una derrota. Tampoco le faltó jamas la serenidad ni aun en los trances mas difíciles. Habiendo recibido en cierta ocasion una herida, sus amigos y oficiales rodeaban su lecho llorando por aquella desgracia, pero él les dijo sin turbarse: «La profesion que ejercemos «debe acostumbrarnos del mismo modo «á la muerte que á la vida.» En 1562 se dió una batalla, que fué la de Dreux, entre católicos y hugonotes, en la que estos quedaron vencidos, y hubieran sido muertos á manos de sus enemigos, á no haber llevado un jefe tan entendido como Coligní, que por último logró salvar felizmente el ejército. Los dos partidos citados se perseguian con un encarnizamiento de que hay pocos ejemplos en la historia de las guerras civiles; y se perseguian, no solo con las armas, sino con la calumnia, con el engaño y con las traiciones. Muerto el asesino del duque de Guisa, Juan Pultrot, se acusó de complicidad en el horrible atentado al almirante, quien se defendió con el ardor que exigia el asunto, pero no de tal manera, sin embargo, que destruyese con sus palabras, ni con sus escritos, las sospechas que sobre él recaian. Despues hubo una especie de tregua entre los dos partidos que se disputaban el poder, pero esta tregua fué de corta duracion; la discordia levantó de nuevo la cabeza en 1567, y se reprodujeron todos los desastres con que aquella lucha fratricida habia ensangrentado el suelo frances. Esta guerra fué fatal á los calvinistas, pues perdieron las batallas de San Dionisio, de Jarnac y de Moncontour, mandada esta última solo por Coligní, porque Condé habia muerto en la segunda. Finalmente, cansados hugonotes y católicos de una guerra

que parecia interminable, ó con el objeto de reparar unos y otros sus fuerzas para tornar á la pelea con mas bríos cuando lo estimasen conveniente, se firmó en 1571 una paz, en consecuencia de la cual, Coligní se presentó en la corte, siendo muy bien acogido en ella, y recibiendo de Cárlos IX cien mil francos y la reposicion en la plaza del Consejo. El rey conocia cuánto le interesaba atraer á su corte á un hombre de tanta importancia como el almirante, si bien no podia olvidar que era el enemigo que mas obstáculos habia opuesto al triunfo del catolicismo, que aquel monarca aparentaba hipócritamente defender, desacreditándolo, por el contrario, con los horrendos crímenes que contienen las páginas de su odioso reinado. No tardó mucho tiempo en esperimentar Coligní el afecto que le profesaban en la corte, pues al salir un dia de palacio, le dispararon un tiro que le hizo dos heridas. El miserable monarca no se limitó á naturales demostraciones de sentimiento, sino que al mismo tiempo que fingia perseguir á los autores del atentado, para castigarlos como merecian, daba á Coligní el nombre de padre, ocultando de esta suerte la espantosa ejecucion que meditaba. Realizóse esta, en efecto; bajo el pretesto de que se tramaba una conjuracion de calvinistas contra su persona y su trono, decretó el horrible degüello que se efectuó en la memorable y funesta noche de San Bartolomé. Los asesinos despachados por el rey se esparcieron por la populosa capital, y á sus manos acabaron multitud de inocentes. Una de las víctimas ilustres de aquella sangrienta bacanal de la monarquía, fué el valiente almirante, cuyo cadáver, arrojado por una ventana, fué colgado luego por los piés en la horca de Montfaucon, y allí permaneció algunos dias, sirviendo de espectáculo al pueblo, hasta que fué sepultado en la capilla del castillo de Chantilly. Su cabeza fué enviada á Catalina de Médicis, como un digno presente, y de manos de esta princesa, pasó embalsamada á Roma. El diario que habia escrito Coligní, y que ciertamente contendria noticias curiosísimas é interesantes acerca de aquella calamitosa época, fué quemado de órden del mariscal de Retz, aunque se dice que Cárlos IX lo habia considerado digno de darse á la estampa. Serres, Brantome, Sandras de Courtilz, Peran y Paulmy han escrito la vida del almirante Coligní, que puede consultar, así como tambien las Memorias de este mismo, que existen manuscritas en varias bibliotecas, todo el que desee tener mas datos acerca de los hechos militares y políticos de este hombre célebre. Tambien existen en la biblioteca real las cartas y negociaciones de Coligní.

COLON (Cristóbal), descubridor del Nuevo Mundo. Nació en Génova, en 1436, siendo primogénito de un cardador de lanas, oficio en nuestros dias humilde, profesion liberal y casi noble en aquella época, y sobre todo en aquellas repúblicas industriales y mercantiles de Italia. Tenia dos hermanos, Bartolomé y Diego, á quienes llamó despues á participar de sus trabajos, de su gloria y sus desgracias; tambien tenia una hermana mas jóven, la cual casó con un artesano de Génova, viviendo largo tiempo en su oscuridad, al abrigo de la grandeza y los infortunios de aquellos. Las primeras miradas de Colon contemplaron el firmamento y el mar de Génova, y la astronomía y la navegacion dirigieron bien pronto sus ideas hácia aquellos dos espacios abiertos á sus ojos. Su padre, hombre instruido y bien acomodado en su profesion, no resistió á la naturaleza que por tan estudiosas tendencias se manifestaba en su hijo, y le envió á Pavía á estudiar la geometría, la geografía, la astronomía, la astrología, ciencia imaginaria de la época, y la navegacion. El talento de Colon traspasó en poco tiempo los límites de estas ciencias, entonces incompletas, y sabiendo ya á los catorce años todo lo

que se enseñaba en las escuelas, volvió á Génova, al lado de su familia. La profesion sedentaria y puramente mecánica de su padre no podia aprisionar sus facultades: así es que navegó muchos años en los navíos de comercio, de guerra, de espediciones aventureras, que las casas de Génova armaban en el Mediterráneo, para disputar sus puertos y sus olas á los españoles y los musulmanes. Soldado sábio y marinero, á la vez, se embarcó en los navíos que su patria prestó al duque de Anjou para conquistar á Nápoles, en la flota que el rey de Nápoles envió á conquistar á Túnez, y en las escuadras genovesas que hacian la guerra á España, elevándose á puestos importantes en todas estas espediciones navales. En los intérvalos de ellas, Colon encontraba en el estudio la satisfaccion de su aficion á la geografía y la náutica al mismo tiempo que su humilde fortuna. Dibujaba, gravaba y vendia mapas marítimos, bastando apenas esta industria para su subsistencia; pero él buscaba en ella mas bien que el lúcro, el progreso de la ciencia, y su espíritu y sus sentidos, contínuamente fijos en los astros y en los mares, seguian con el pensamiento un término que él solo habia entrevisto. Un naufragio, acaecido despues de un combate naval y de la pérdida de una galera que montaba en la rada de Lisboa, le obligó á establecerse en Portugal. Este pais, dominado entonces esclusivamente por su aficion á los descubrimientos marítimos, era una residencia conveniente á las inclinaciones de nuestro héroe. Colon esperaba hallar allí ocasion y medios de lanzarse á su albedrío en el Océano; pero no encontró mas que el trabajo ingrato del geógrafo sedentario, la oscuridad y el amor. Enamoróse de una doncella, llamada doña Felipa de Palestrello, hija de un noble italiano, agregado al servicio de Portugal, y se unió á ella en matrimonio, fiado en la Providencia y en su trabajo, único dote de los dos esposos. Pero Felipa le entregó los papeles de su abuelo, y las correspondencias de este con Toscanelli, famoso geógrafo de Florencia, suministraron, segun se ha dicho, á Colon, nociones exactas acerca de los mares remotos de la India, proporcionándole los medios de rectificar los elementos entonces confusos ó fabulosos de la navegacion. Enteramente absorto en su felicidad doméstica y en sus contemplaciones geográficas, tuvo un hijo á quien puso el nombre de su hermano Diego, y pasó algunos años retirado en su taller de mapas y globos, alimentando en su imaginacion proyectos que tendian al descubrimiento de un no sé qué grande y desconocido en el mundo. Contorneando con sus manos aquellos globos, señalando en aquellos mapas islas y continentes, Colon creyó notar un vacío inmenso en medio del Océano atlántico. Parecíale que faltaba allí, á la tierra, el contrapeso de un continente. Rumores vagos, maravillosos, terribles, hablaban á la imaginacion de los navegantes de costas entrevistas desde la cima de las Azores, unas inmóviles y otras flotantes, que parecian en tiempo sereno y desaparecian ó se alejaban cuando algun piloto temerario trataba de acercarse á ellas. Un viajero veneciano, *Marco Polo*, á quien se miraba entonces como un inventor de fábulas, y cuya veracidad se ha reconocido despues, contaba en Occidente las maravillas de los continentes, los estados y las civilizaciones de la Tartária, la India y la China, las cuales se suponia que se prolongaban á donde en realidad se estienden las dos Américas. El mismo Colon se lisonjeaba de encontrar á la estremidad del Atlántico aquellas regiones del oro, de las perlas y la mirra, de donde Salomon sacaba sus riquezas; aquel *Ophyr* de la Biblia, oculto entre las nubes de lo remoto y lo maravilloso. No era un continente nuevo, sino un continente perdido lo que él buscaba, y de este modo el atractivo de lo falso le llevaba á la realidad. Suponia en sus cál-

culos, siguiendo á Ptolomeo y los geógrafos árabes, que la tierra era un globo, al cual podria darse la vuelta, y consideraba este globo algunos miles de leguas menos estenso que lo es efectivamente, imaginándose, por lo tanto, que el mar que habia que recorrer para llegar á los paises desconocidos de la India, no era tan inmenso como creian los navegantes. Confirmábanle en la existencia de aquellos paises las relaciones estrañas de los pilotos que habian pasado mas allá de las islas Azores. Unos habian visto flotar en las olas ramas de árboles desconocidos en Occidente; otros, trozos de madera esculpidos, pero cuyas labores no estaban hechas con instrumentos de hierro; estos, canoas enormes formadas de un solo tronco de abeto y que podian conducir hasta ochenta remeros; aquellos, cadáveres de hombres blancos ó cobrizos, pero cuyas facciones no tenian ninguna semejanza con las de las razas occidentales, asiáticas ó africanas. Todos estos indicios, flotantes en el Océano y arrastrados de vez en cuando en sus olas por las tempestades, indicaban á Colon la existencia de ciertos paises mas allá de las últimas playas trazadas por la mano de los geógrafos en los mapamundis. Solo que él estaba convencido de que aquellos paises no eran mas que una prolongacion del Asia, y de que llenaban mas de una tercera parte de la circunferencia del globo. Esta circunferencia, ignorada entonces por los geógrafos y los filósofos, dejaba abierto el campo de las conjeturas sobre la estension del Océano, que era preciso atravesar para llegar á aquella Asia imaginaria. Quién la creia inconmensurable; quién otro se la figuraba como una especie de éter profundo y sin límites, en el cual se estraviarian los navegantes, como hoy los aereonautas en los desiertos del firmamento. La mayor parte, ignorando las leyes de la pesantez y la atraccion que arrastra los cuerpos hácia el centro, y admitiendo sin embargo ya la redondez de la tierra, creian que los hombres y los navíos á quienes la casualidad condujera á los antípodas, se desprenderian del globo para caer en los abismos del espacio. Desconociendo las leyes que gobiernan las nivelaciones y los movimientos del Océano, se representaban el mar, mas allá de cierto horizonte, limitado por islas ya descubiertas, como una especie de caos líquido, cuyas desmesuradas olas se elevaban en montañas inaccesibles, se hundian en golfos sin fondo, se precipitaban del cielo en cataratas inabordables, que arrastrarian consigo y sumergirian á toda embarcacion bastante temeraria para acercarse á ellas. Los mas instruidos, admitiendo las leyes de la pesantez y cierto nivel en los espacios líquidos, pensaban que la forma redonda del globo daba al Océano hácia los antípodas, una pendiente que arrastraria los navíos á riberas ignotas, pero que no les permitiria nunca remontarla para volver á Europa. De estas diversas preocupaciones sobre la naturaleza, la forma, la estension, las subidas y bajadas del Océano, resultaba un terror general y misterioso, que solo podian disipar un génio investigador y una audacia sobrehumana, abordándole con su pensamiento y arrostrándole con sus velas. Era la lucha del espíritu humano contra un elemento; para emprenderla se necesitaba mas que un hombre, un Cristóbal Colon. Vasco de Gama, bajo los auspicios del ilustrado Juan II, que á la sazon gobernaba el Portugal, hacia incesantes tentativas navales para unir la Europa con el Asia, y no estaba lejos de descubrir la via marítima de las Indias por el cabo de Buena-Esperanza. Colon, convencido de que encontraria un camino mas ancho y mas directo, navegando antes que él directamente al oeste, pidió y obtuvo, despues de muchas instancias, una audiencia de aquel monarca para revelarle sus planes de descubrimiento, y pedirle los medios de realizarlos en provecho y gloria de sus Estados. Juan II le escuchó con inte-

res, y encargó á una reunion de sábios y de estadistas que examinase las proposiciones del navegante genoves, y le presentara un informe sobre las probabilidades de su empresa. El consejo declaró las ideas de Colon quiméricas, contrarias á todas las leyes de la física y la religion, y esta absurda sentencia fué confirmada por otra junta de exámen, á la cual apeló nuestro héroe con el permiso del rey. Hubo mas: por una perfidia de que no tuvo noticia aquel príncipe, sus consejeros comunicaron los planes de Colon á un piloto, y enviaron secretamente un navío para buscar la vía que él habia indicado hácia el Asia. Pero la Providencia fué justa, y el navío, despues de navegar algunos dias mas allá de las islas Azores, volvió espantado del vacío y la inmensidad del espacio que habia entrevisto, confirmando al consejo en su desprecio á las conjeturas de Colon. Entretanto, este habia perdido á su esposa, y viéndose lleno de deudas, cargado de años y de miserias, con un hijo ya crecido, á quien debia educar y proporcionar un porvenir, se evadió una noche de Lisboa, sin otro recurso para su viaje que la hospitalidad; y llevando á su Diego unas veces de la mano y otras sobre sus robustos hombros, entró en España, decidido á ofrecer á Fernando é Isabel, que ocupaban entonces el trono, los imperios que Portugal no habia querido aceptar. Dícese, sin embargo, que antes creyó de su deber, como genoves, y como italiano, ofrecer su descubrimiento á Génova, su patria, y al senado de Venecia; pero que estas dos repúblicas, empeñadas entonces en proyectos de ambicion mas inmediatos y en rivalidades mas urgentes, respondieron á sus instancias con frialdad y con desaires. De todos modos, lo cierto es que Colon vino á España, y que dirigiéndose hácia la movible residencia de la corte, llegó con su hijo al convento de Santa María de la Rábida, cerca del pequeño puerto de Palos. Corria entonces el año 1471, y nuestros dos viajeros, llenos de polvo, inundados de sudor, cansados de un viaje tan largo, á pié y bajo los ardientes rayos del sol de la primavera, llamaron á las puertas del monasterio para pedir agua que calmara su sed, y reposo que restaurase sus fuerzas. Los monjes, enternecidos al aspecto de la nobleza del hombre y la gracia del niño, que contrastaban con la pobreza de su equipaje, los hicieron entrar en aquel asilo, y despues de ofrecerles de buena voluntad cuanto necesitaban, dieron parte al prior de su llegada. Este prelado era Juan Perez de Marchena, antiguo confesor de la reina Isabel, hombre de santidad, de ciencia y de recogimiento, que habia preferido el abrigo de su cláustro á los honores é intrigas de la corte, pero que conservaba, por su mismo retiro, un gran influjo en el palacio y en el ánimo de la reina. Informado del estraño interes que inspiraban los viajeros, acudió á conversar con ellos, y cuando hubo sabido por boca del mismo Colon la sublime relacion de sus desgracias y sus proyectos, se sintió arrastrado por una oculta é irresistible simpatía á remediarlas y favorecerlos. Fray Juan Perez era mas versado en las ciencias relativas á la náutica, de lo que convenia á un hombre de su profesion; así es, que, conmovido primero de piedad, despues de entusiasmo y de convencimiento por las ideas de Colon, invitó á este á que permaneciera algunos dias en el convento. Colon aceptó, y durante aquel tiempo, el prior convocó á algunos de sus amigos de Palos, para que vinieran á apreciar las teorías de su huésped. Entre ellos se contaban un hombre eminente, el médico Fernandez, y un piloto consumado, Pedro de Velasco; ambos participaron bien pronto de las creencias del marino genoves, comprendieron sus conjeturas y sus cálculos, y confirmaron en sus sentimientos al ilustre prior de la Rábida. Juan Perez no vaciló ya; dando rienda suelta á la pasion que habia concebido por su huésped, le proveyó de un equipaje

decoroso, una mula, un guia y un bolsillo de dinero; le dió una carta de recomendacion eficacísima para Fernando de Talavera, superior del monasterio del Prado, y que por indicacion de él mismo, tanto como por su mérito y sus virtudes, ejercia entonces el cargo de confesor de los reyes, y le hizo partir para la corte, quedándose él al cuidado del niño Diego. Colon, penetrado de gratitud hácia aquel primero y generoso amigo que le deparaba el cielo, se encaminó á Córdoba, donde á la sazon residian los reyes, con esa confianza en el éxito, que es la ilusion, pero tambien la estrella del génio. Una y otra no tardaron, sin embargo, en desaparecer para él. El momento en que el aventurero genoves iba á ofrecer un mundo á la corona de España no parecia oportuno; Fernando é Isabel, lejos de pensar en la conquista de posesiones problemáticas mas allá de los mares, estaban ocupados en rescatar su propio reino de manos de los moros, y empleaban todos los esfuerzos, todos los recursos que poseian, en arrancarles el último baluarte de su poder, la fértil y maravillosa Granada. En vano presentó Colon á Fernando de Talavera la carta del prior de la Rábida; esta carta, leida con prevencion por el confesor de la reina, no hizo mas que abrir á nuestro héroe una larga perspectiva de paciencia y de desaliento. Los reyes no oyeron ni siquiera hablar de él, y Fernando de Talavera burló completamente las esperanzas que en su influjo habia puesto Juan Perez. A pesar de esto, Colon, obstinado como todos los hombres de fe, no se alejó de Córdoba, á fin de espiar de cerca un momento mas propicio. Esperando dias y dias, agotó la módica bolsa de su protector, y tuvo que apelar de nuevo á su antiguo tráfico de mapas y globos, para ganar miserablemente su subsistencia. En medio de su oscuridad, de sus trabajos, de sus esperanzas burladas, tuvo, sin embargo un consuelo, el amor, la pasion que dominaba en su alma con la noble ambicion de la gloria, y que habia sido con el estudio el único placer de su vida. Abrigaba un corazon todavía jóven, y amó durante aquellos años de prueba, siendo su segundo hijo Fernando, fruto de una union misteriosa, jamás consagrada por la iglesia. Entretanto su tráfico y sus conversaciones le habian granjeado algunos amigos poderosos; contábase entre ellos el cardenal de Mendoza, arzobispo de Toledo, y este hombre ilustre, cuyo crédito era tal que se le llamaba el tercer rey de España, seducido por el sistema de Colon, obtuvo para él una audiencia de sus soberanos. Fernando escuchó á Colon con gravedad: Isabel con entusiasmo; ambos nombraron un consejo de exámen, compuesto de los hombres mas versados en las ciencias divinas y humanas de los dos reinos, bajo la presidencia de Fernando de Talavera, y ante aquel consejo, que se reunió en Salamanca, compareció el gran marino, lisonjeándose de que iba á ser juzgado por sus iguales. Pero no lo fué en realidad mas que por sus enemigos y pretendidos sábios, convencidos de antemano de que toda teoría que no alcanzaba á comprender su ignorancia ó su rutina, era el sueño de un espíritu enfermo ó soberbio, no vieron en Colon mas que un aventurero que trataba de hacer fortuna por medio de sus quimeras. Nadie se dignó escucharle, y á escepcion de dos ó tres oscuros religiosos del convento de San Estéban de Salamanca, mas instruidos que el clero superior, los demas examinadores le confundieron con citas de la Biblia y de los Santos Padres, que probaban desde luego la impiedad y herejía del nuevo sistema. Diego de Deza, monje de la órden de Santo Domingo, hombre superior á su siglo, y que mas adelante fué arzobispo de Toledo, se atrevió á defender las ideas de Colon contra las preocupaciones del consejo, pero este auxilio inesperado no pudo vencer la obstinacion de los examinadores, y las conferencias se multiplicaron sin resulta-

do alguno, hasta que vino á interrumpirlas la guerra de Granada. Entonces Colon, triste, despreciado de todos, no encontró apoyo mas que en la reina Isabel, que le hacia seguir á su ejército, y le sostenia decorosamente como agregado á su servidumbre. Así se pasaron muchos años, durante los cuales el rey de Portugal, el de Inglaterra y el de Francia, habiendo oido hablar de aquel hombre estraño que prometia un nuevo mundo á los reyes, hicieron á Colon proposiciones para que entrase á su servicio; pero él las rechazó por gratitud hácia Isabel, queriendo pagar con imperios las bondades que le habia merecido. Por fin, cayó Granada en poder de los reyes católicos; la paz que siguió á esta conquista en 1492, motivó otra reunion de examinadores en Sevilla, y su informe, combatido en vano como en Salamanca por Diego de Deza, fué que se rechazasen, si no como impías, como quiméricas y atentatorias á la dignidad de la corona, las ofertas del aventurero genoves. Fernando, cediendo al influjo de Isabel, suavizó la dureza de esta resolucion, dando á Colon para mas adelante esperanzas que, no cumpliéndose, le movieron á tentar el ánimo de la grandeza española; pero no halló en ella mejor acogida que en la corte. Entonces desesperado, abatido, muerto en sus ilusiones, partió de Córdoba á pié y fué á buscar al monasterio de la Rábida á su hijo Diego, para confiarle con su segundo hijo Fernando, á la madre de este último, doña Beatriz Enriquez, y huir despues á otras tierras, á otros paises, donde se apreciasen mejor su ciencia y su génio. Pero su digno amigo Juan Perez no le permitió consumar su resolucion; sino que despues de consolarle, de devolverle su antigua energía, envió á llamar al médico Fernandez, á Alonso Pinzon, rico navegante de Palos, y á Sebastian Rodriguez, piloto consumado de Lepí, y desarrollando ante ellos las ideas de Colon, los escitó en nombre de la gloria, del patriotismo, de la religion, del interes, á que le ayudasen á llevarlas á cabo. Consintieron ellos con gusto. Pinzon prometió contribuir con sus riquezas y sus navíos al armamento de una flotilla, y sin perder mas tiempo, Juan Perez escribió á la reina misma, interesándola por lo mas sagrado del mundo en aquella empresa. Isabel leyó la carta, mandó llamar al instante al prior de la Rábida, y envió á decir á Colon que esperase en el convento la vuelta de aquel y la resolucion del consejo. Esta, merced á la intercesion de Juan Perez, de la reina y de la marquesa de Moya, que se unieron para proteger á Colon, fué entonces favorable, y el héroe de los mares, provisto de una suma de dinero que Isabel le dió de su tesoro secreto, partió á Granada y fué admitido á debatir sus planes y sus condiciones con los ministros de Fernando. Los primeros fueron aprobados; las segundas parecieron exorbitantes. Colon exigia el título y los privilegios de almirante, el poder y los honores de virey de todas las tierras que descubriese, el diezmo perpétuo para él y sus descendientes de todos los productos de aquellas posesiones. Pero los ministros, que no veian en tan justas exigencias el legítimo orgullo de un elegido de Dios, que no consideraban cuán mezquino era semejante precio para tan inmenso servicio, le ofrecieron condiciones menos onerosas á la corona, y Colon, en medio de su pobreza, se creyó obligado á rechazarlas, tomando en su consecuencia el camino de Córdoba para trasladarse á Francia. Entonces Isabel, presintiendo las grandes cosas que se alejaban para siempre de ella con aquel hombre predestinado, mandó á un emisario, que fuese á alcanzar al fugitivo; le rogó que volviese; consiguió de Fernando la ratificacion de las proposiciones de él mismo, y no habiendo ya otro obstáculo que la penuria del tesoro real, que encarecian el rey y sus ministros, esclamó en un transporte de generoso entusiasmo: «¡Pues bien!... yo sola me

encargo de la empresa por mi corona personal de Castilla!... Yo empeñaré mis alhajas y mis diamantes para sufragar los gastos del armamento!» Este arranque de corazon de una mujer triunfó de todo; firmóse el tratado entre los reyes católicos y el aventurero genoves, el 17 de abril de 1492, y se señaló el puerto de Palos, para ser el centro de organizacion y el punto de partida de la escuadra espedicionaria. Nuevos obstáculos se opusieron, sin embargo, al logro de los designios de Colon. Faltó el dinero en el tesoro real, los navíos empleados en espediciones mas urgentes se alejaban de los puertos de España, y los marinos mismos se negaban á alistarse para un viaje tan largo y misterioso. La incredulidad, el terror, la envidia, la irrision, la avaricia, hasta la rebelion destruyeron cien veces los medios materiales debidos al favor de Isabel, y ya la espedicion, que activaba en vano el ilustre marino desde el monasterio de la Rábida, parecia imposible, cuando el dignísimo Juan Perez, en su incansable amistad por aquel, en su férvido entusiasmo por los grandes proyectos que debia llevar á cabo, recurrió á sus amigos de Palos y obtuvo de los tres hermanos Pinzon, que se asociaran espontáneamente á la empresa. Estos ricos navegantes suministraron el dinero necesario, equiparon tres carabelas, comprometieron á muchos marinos del mismo puerto y otros inmediatos, y para inspirarles mas confianza, tomaron el mando de dos de los navíos, *La Pinta* y *La niña*, embarcándose en ellos. Colon montó el tercero, llamado *Santa María* ó *Capitana*; y despedido por el prior y los religiosos de la Rábida, que bendijeron el mar y sus olas; despues de haber abrazado á sus hijos, enarboló su pabellon de almirante, y se dió á la vela el viernes 3 de agosto de 1492, á la vista de un pueblo numeroso que asistia á su partida con el miedo en el corazon y las lágrimas en los ojos, creyendo que no volverian de ella los padres, los hijos, los hermanos que se habian separado pocos momentos antes de sus brazos. El aspecto de aquella flotilla, apenas comparable á una espedicion de pesca, contrastaba singularmente con la grandeza de sus proyectos y la estension de los peligros que iba á arrostrar. Tripulábanla ciento veinte hombres, y de los tres barcos que, como hemos dicho, la formaban, solo tenia puente la *Santa María*. Una brisa favorable que soplaba de la parte de Europa, la llevó suavemente á las islas Canarias, última estacion de los navegantes del Océano, y allí tuvo que hacer alto Colon durante algunos dias, para componer la *Pinta*, cuyo gobernalle se habia roto, y renovar el velámen de la *Niña*. Llegado á Tenerife, el aspecto de aquel volcan sembró el terror entre sus marineros; él le disipó, pasando de navío en navío, para esplicar científicamente á aquellos hombres sencillos las leyes físicas del fenómeno, pero la desaparicion de este les inspiró un profundo desaliento, creyendo haber perdido hasta los mojones de su ruta á traves del espacio inconmensurable, y Colon tuvo que emplear otra vez toda su elocuencia para animarlos. Tranquilos ya, sobre este punto, ocultóles una parte del espacio que recorrian, con el objeto de que no se les hiciera tan largo, y de este modo logró mantener por algun tiempo la confianza en su gente. Él, sin embargo, anotaba en secreto para su conocimiento, el verdadero número de leguas andadas, y cuando calculaba que se hallaban á doscientas de Tenerife, empezó á observar con cierto temor un fenómeno que desconcertaba su propia ciencia y que aun no ha sido bien esplicado, la variacion de la aguja imanada de la brújula. En vano quiso entonces ocultar tambien este fenómeno; sus pilotos le echaron de ver bien pronto, y creyendo que los elementos se turbaban ó cambiaban de ley al borde del espacio infinito, abandonaron los navíos á merced de las olas y los vientos, únicos guías que les quedaban enton-

ces. Su desaliento consternó á toda la tripulacion, y Colon, no pudiéndose él mismo esplicar aquel misterio de la naturaleza, inventó una hipótesis que satisfizo y devolvió la fe á sus compañeros. La vista de un ave del trópico, de algunas plantas desconocidas que flotaban sobre las olas, acabó de desvanecer su espanto, siendo á sus ojos indicios de la proximidad de la tierra, que creian reconocer en las brumas que se divisaban á lo lejos, en forma de playas y de montañas. Pero la tierra no aparecia nunca, y cada aurora disipaba ante las proas de los navíos aquellos horizontes imaginarios. La tristeza y la incredulidad surgian de nuevo entonces en todos los corazones, y de nuevo volvia Colon á disiparlas, repitiéndose diariamente los augurios felices ó siniestros, segun la disposicion de ánimo de los observadores, y repitiéndose tambien con estos augurios las esplicaciones ingeniosas, las arengas inagotables del almirante. En estas alternativas llegaron á navegar mas de ochocientas leguas y Colon, que veia tocar el límite de sus cálculos sin encontrar la tierra que buscaba, empezó á perder el rumbo, y aunque sin desesperar de una empresa, en la cual habia puesto toda la fe de su alma, se abandonó al vuelo de las aves, siguiéndole por espacio de dos dias consecutivos. Sus gentes, sin embargo, no tenian ya ninguna esperanza; imagináronse que vagaban por mares sin límites, y depuesto todo respeto, se amotinaron contra el almirante, queriendo en su furor obligarle á volver á Europa. Colon no halló entonces otro medio que pedir un plazo de tres dias, haciendo juramento de acceder á sus deseos, si, pasado este, no llegaban al término del viaje, y la Providencia se encargó de realizar aquella especie de profecía. Sesenta horas habian transcurrido apenas, cuando un cañonazo, retumbando en el Océano, estalló á los oidos de los rebeldes como el ruido de un mundo. ¡Era el grito de *tierra!* que daba la *Pinta* con la señal convenida; Colon, al escucharle, cayó de rodillas, y toda la tripulacion siguió su ejemplo, entonando el *Tedeum*. A la mañana siguiente, desembarcaron en una isla que llamaron *San Salvador*, y el intrépido almirante tomó posesion de ella, revestido de todas sus insignias é invocando el nombre de Dios y el de los reyes católicos. La isla estaba poblada por hombres de tez cobriza, de cabellera larga y suave, de ojos oscuros, de facciones delicadas, de fisonomía franca, estos hombres iban desnudos y llevaban sus miembros pintados de figuras estrañas, que con algunos pendientes de oro en las orejas, constituian todo su lujo. Al principio no se atrevieron á acercarse á los españoles, sorprendidos y espantados de sus vestidos, de sus armas, y hasta de sus caballos; despues cayeron de rodillas ante ellos, considerándolos como seres sobrenaturales. Colon, bondadoso y filántropo por religion y por instinto, mandó que se les tratara con dulzura, y ellos no tardaron entonces en comunicarse con sus huéspedes, ofreciéndoles sus chozas, sus frutas, cuanto poseian, con la buena fe propia de un pueblo sencillo é inocente. Por lo demas, el clima de aquellas regiones era tan apacible como sus habitantes; un cielo siempre azul y sereno; una brisa fresca; una tierra fértil y desplegando todas las riquezas de una vegetacion verdaderamente maravillosa. Los españoles gozaron por algun tiempo de estos encantos de la naturaleza; pero ellos buscaban el país del oro y de las perlas, y creyendo comprender por las señas de los indios, que se hallaba hácia el mediodia, volvieron á embarcarse y navegaron por los canales de un archipiélago compuesto de mas de cien isletas, hasta tocar en las costas de Cuba, que Colon tomó por una prolongacion de aquellos paises, donde los viajeros entusiastas colocaban el imperio y las maravillas del Japon ó el Camay. No encontrándolos allí tampoco, dió la vela hácia otra isla que llamó *La Española*, fijo siem-

pre en la creencia de que detras de aquellas regiones estaba el Asia y la imaginaria tierra de *Cipangú*, cuna de todas las riquezas. De este modo, una ilusion le impedia tocar la realidad, el continente americano, al cual no arribó, á pesar de tenerle tan cerca, dejando la gloria de darle nombre al oscuro navegante *Américo Vespucio*, que no la codiciaba y que la alcanzó algunos años despues, siguiendo las huellas de su predecesor. En la *Española*, hoy *Santo Domingo*, encontró Colon la misma hospitalidad que habia recibido en todas partes de los habitantes, los cuales eran tan cándidos, tan sencillos, como los de San Salvador y Cuba, y vivian en medio de una vegetacion tan rica, de un clima tan saludable y benéfico como el que disfrutaban aquellos. Seducido por tantos atractivos, el almirante edificó allí un fuerte, y dejando en él algunos hombres que le custodiasen, y mantuvieran con los indios un comercio amistoso y lucrativo, dió la vuelta á Europa, á la cual ansiaba llevar la noticia del término feliz de su empresa. La envidia habia germinado entretanto en el corazon de algunos de sus compañeros; Alonso Pinzon, comandante de la *Pinta*, fingiendo estraviarse, se habia apartado de los demas navíos con objeto de proseguir por sí mismo los descubrimientos de Colon, y en vez de imitar su dulzura y su política, habia llevado la muerte y la desolacion á la misma isla de la *Española*, donde desembarcó una noche por otro punto del que eligiera el almirante. Este, al encontrar á Pinzon, fingió, sin embargo, contentarse con sus escusas, y ordenándole que le siguiese, se hicieron juntos á la vela para Europa. Pero el mar, tan complaciente para llevarlos de ola en ola á la costa de América, parecia, con sus vientos contrarios, querer rechazarlos obstinadamente del viejo mundo. Para colmo de desgracias, estalló una tempestad terrible cuando se hallaban á la vista de las islas Azores, y las tres carabelas azotadas por un huracan furioso se separaron violentamente, perdiéndose de vista. Colon, indiferente á su propia suerte, pero temiendo la que pudiera caber á su descubrimiento, si él perecia en aquellos supremos instantes, escribió en un pergamino muchas relaciones cortas de su viaje; encerró unas en un rollo de cera y otras en cajas de cedro, y arrojó al mar estos testimonios, por si la casualidad los hacia llegar algun dia á las manos de los hombres. Tres siglos y medio despues, si no ha mentido la fama, halló, en efecto, un navegante europeo un coco petrificado, dentro del cual habia un pergamino con las siguientes palabras escritas en caractéres góticos: «No podemos resistir un «dia mas á la tempestad; estamos en«tre España y las islas descubiertas de «Oriente. Si la carabela se va á pique, «quiera el cielo que recoja alguno este «testimonio. *Cristóbal Colon*.» Felizmente, el ilustre marino y sus compañeros, rechazados primero de la isla de Santa María, situada al estremo de las Azores, por la celosa persecucion de los portugueses que la poseian, pudieron arribar al fin sanos y salvos á la embocadura del Tajo en Lisboa, y Colon, presentado al rey de Portugal, Juan II, le hizo una relacion de sus descubrimientos, aunque sin revelarle la ruta por temor de que enviara al Nuevo Mundo sus flotas antes que Isabel. Algunos consejeros de la corte aconsejaron entonces á aquel príncipe que asesinara al gran navegante, á fin de sepultar con él su secreto y los derechos de la corona de España; pero Juan II se indignó de semejante bajeza, y Colon, honrado por él, envió por tierra á sus soberanos un correo, para anunciarles el éxito de su empresa y su regreso por mar al puerto de Palos. En él desembarcó, en efecto, el 15 de marzo, al rayar el dia, en medio de un pueblo ébrio de gozo y orgulloso, que se adelantó hasta las olas para llevarle en triunfo á tierra. Una vez allí, abrazó á su mas fiel ami-

go, el pobre prior de la Rábida, Juan Perez, y á sus hijos Diego y Fernando que habian ido á esperarle, trasladándole despues al convento, descalzo y en procesion solemne para dar en el templo gracias al Supremo Hacedor, por su salvacion, su gloria y la conquista que acababa de hacer para España. Y como si el cielo quisiera poner el colmo á su felicidad, vengándole de la envidia que le perseguia, Alonso Pinzon entró al dia siguiente con la *Pinta*, en el puerto de Palos, el cual esperaba llegar antes que su jefe y robarle las primicias del triunfo. Pero, engañado en su culpable designio y temiendo el castigo de su desercion, revelada por el almirante, Pinzon murió de dolor y de envidia, al tocar la ribera, y á la vista del navío de Colon, anclado en el puerto. Isabel y Fernando, informados de su vuelta por el mensaje que les habia enviado desde Lisboa, le esperaban en Barcelona con honores y munificencias dignas de la grandeza de sus servicios. Colon entró en aquella ciudad en triunfo, acompañado de toda la grandeza de España, que habia acudido para servirle de comitiva, y ofreció á sus soberanos ricos presentes de animales y aves, de plantas desconocidas, de piedras preciosas, conducidos en vasijas de oro por esclavos indios, y recogidos todos en las playas del Nuevo Mundo. Varios correos partieron al instante de España para llevar á todas las cortes de Europa, la gran noticia de aquel descubrimiento, y el nombre del gran marino, que con tan sublime fe le habia llevado á cabo, llenó bien pronto los ámbitos de la tierra. Él, por su parte, no se dejó ensoberbecer por los honores que se le tributaban, ni humillar por las envidias que comenzaban á rodearle. Un dia que habia sido invitado á la mesa de los reyes, uno de los convidados le preguntó astutamente si pensaba que, en el caso de no haber él nacido, no hubiera descubierto otro el nuevo hemisferio. La respuesta de Colon fué tan sencilla como ingeniosa: tomó un huevo, y dirigiéndose á los demas, les escitó á que le hicieran tenerse derecho sobre uno de sus estremos; no habiendo podido conseguirlo ninguno de ellos, le aplastó él mismo por aquel punto, y poniéndole sobre su óvalo roto, demostró así á sus rivales que no tiene ningun mérito una idea simple, pero que nadie puede, sin embargo, adivinarla, hasta que un inventor le ha dado el ejemplo. Los honores, los títulos, las futuras dotaciones de las tierras cuyo descubrimiento ó conquista debia terminar, fueron despues el objeto en que se ocupó Colon, estipulando tratados formales con la corte. Por este medio obtuvo el vireinato, la administracion y la cuarta parte de las riquezas ó productos de toda especie de los mares, islas ó continentes, donde plantase la cruz de la Iglesia y la bandera de España. Encargóse á Fonseca, archidiácono de Sevilla, el armamento de una nueva espedicion, dándole el título de Patriarca de las Indias; pero este prelado se hizo desde entonces el rival oculto de Colon, y á fuerza de intrigas y pretestos logró reducir á diez y siete el número de los navíos que debian componer la escuadra. Sin embargo, el génio aventurero de aquella época, el espíritu de caballería y de proselitismo religioso, precipitaron en ella un gran número de monjes, de hidalgos y de advenedizos, entre los cuales se hallaba el famoso *Alonso de Ojeda*, que habia sido paje de la reina y pasaba por el mas bello é intrépido de los caballeros de la corte. El 25 de setiembre de 1493, salió la flota de la bahía de Cádiz, y Colon montó en el navío almirante, despues de haber bendecido y abrazado á sus dos hijos. El Océano se dejó surcar tan fácilmente como la vez primera; los navegantes descubrieron el 2 de noviembre la Guadalupe; cruzaron por medio de las islas Caribes, y tocando bien pronto en la punta de la *Española*, hicieron velas hácia el golfo en que Colon habia construido el

fuerte y dejado cuarenta de sus compañeros. Pero ¡cuál fué la sorpresa del almirante al encontrar desierta la playa, derribado el fuerte y sepultados entre las ruinas los huesos de los guardadores! Todo anunciaba una venganza de los indios, y en efecto, despues se supo que habiendo abusado los españoles de la hospitalidad, persiguiendo, robando y matando á los pacíficos naturales de la isla, estos, en defensa propia y en castigo de tantos crímenes, los habian esterminado. Colon lloró las desgracias de sus compañeros, y dirigiéndose á otra playa vírgen de la misma isla, fundó en ella una poblacion que llamó Isabela, y que en poco tiempo llegó á ser una colonia floreciente. Habia agotado los recursos que llevara de Europa, y envió la mayor parte de sus navíos á España, para pedir otros á sus soberanos; pero en esta flota se embarcaron muchos descontentos, no pocos envidiosos, y fueron á sembrar contra su gobierno, la murmuracion y la calumnia. Él se quedó enfermo en la isla, estenuado y teniendo que luchar contra la penuria y los desórdenes vergonzosos de su gente. Los españoles abusaban de la supersticion de los indios, que miraban á sus huéspedes como seres sobrenaturales, y los martirizaban de mil modos diferentes. Colon, por el contrario, queria llevar á aquella raza sencilla y primitiva, la fe, las artes y la civilizacion de Europa, no el vicio, la tiranía y la muerte, y se indignaba contra la conducta de sus compañeros, castigándola con penas severas cuando no podia evitarla. Por fin, despues de haber restablecido entre ellos algun órden, se embarcó para ir á visitar á Cuba, apenas entrevista en su anterior viaje. Costeó mucho tiempo esta isla, sin ver la estremidad de ella, que tomó por un continente; navegó desde allí á la Jamáica, y atravesando despues un archipiélago que llamó los *Jardines de la reina*, volvió á Cuba y logró establecer relaciones de amistad con sus naturales. Allí permaneció algun tiempo, esplorando la isla y dejando por todas partes las huellas de su génio y su filantropía; pero cuando se hallaba mas ocupado en esta sublime empresa, le asaltó una enfermedad gravísima, y sus marineros tuvieron que trasladarle insensible y moribundo á la Isabela. La Providencia, que no le habia abandonado nunca, veló por él mientras le faltó la razon, y al volver en sí, encontró á la cabecera de su lecho á su hermano Bartolomé, que era la fuerza de la familia, como Diego, su tercer hermano, y Colon mismo eran la dulzura y el génio de ella. El almirante le confió durante su enfermedad, el mando supremo, con el título de *Adelantado*, y Bartolomé, administrador mas severo que su hermano, supo imponer el respeto y la subordinacion en la colonia. Sin embargo, la temeridad y la perfidia del jóven Ojeda, suscitaron guerras de desesperacion entre los indios y los españoles. Los primeros tramaron una vasta insurreccion, y el mismo Colon, restablecido apenas de sus achaques, se vió arrastrado á emplear el hierro y el fuego contra aquellos desgraciados. Hízose guerrero y pacificador, despues de haber sido navegante; alcanzó victorias decisivas sobre los rebeldes, y les sujetó á un yugo suave por su bondad y su política, imponiéndoles solo un corto tributo de oro y frutos, en señal de alianza mas bien que de servidumbre. Entretanto, los enemigos de Colon habian logrado perderle en el ánimo del rey, quien, á pesar de la oposicion de Isabel, siempre bondadosa y justa para con aquel grande hombre, envió á la Española un agente investido de poderes secretos para residenciarle. Este agente, llamado Aguado, apenas llegó á la isla, mandó prender al almirante y empezó á instruir contra él un largo proceso. Colon, rodeado de algunos de sus parciales, fuerte con su inocencia y su derecho, pudo haber negado la sumision á tan insolente mandato; pero, fiel siempre, respetuoso hasta el estremo con su so-

berano, inclinó su cabeza ante el solo nombre de este, y se entregó él mismo á su juez, depositando en él toda la autoridad de que se hallaba investido. No bastó entonces á conmover el ánimo de Aguado ningun respeto divino ni humano; sin consideracion á la edad de Colon, á su carácter, á su sabiduría, á su dignidad, á los servicios que habia hecho anteriormente, y al especial que prestó, mientras estaba encausado, descubriendo un rio que arrastraba oro en sus arenas, le condenó como á un reo, se embarcó con él para España, á donde llegaron despues de ocho meses de navegacion. Colon, recibido en todas partes por la injuria y la calumnia, se presentó en la corte en traje de franciscano, con la cabeza descubierta y los piés desnudos, como si fuera á pedir perdon de su gloria. Justificado ante el rey, gracias al favor de la reina, que ni un solo momento habia dejado de creer en la inocencia y las virtudes de su protegido, propuso nuevos viajes y descubrimientos, que aceptó Isabel, concediéndole nuevos títulos y poderes. Provisto de ellos volvió á embarcarse en Cádiz; pero la envidia le persiguió hasta el borde mismo del navío donde enarbolaba su pabellon de almirante. Briviesca, tesorero del Patriarca de las Indias Fonseca, se atrevió á insultarle, en el momento de levar el ancla; pero Colon, que se habia contenido hasta entonces, dejó estallar por primera vez su indignacion y su cólera, y cayendo sobre él con todas las fuerzas de su alma y de su brazo, le aterró sobre el puente y le holló con desprecio bajo sus piés. Venganza justa, pero que dejó un nuevo resentimiento en el corazon de Fonseca, y una nueva acusacion que esplotar á los enemigos del ilustre marino. Por lo demas, la flota se hizo á la vela, siguió un nuevo camino, llegó á la Trinidad, y doblando esta isla, costeó la verdadera tierra de América, cerca de la embocadura del Orinoco. Colon desembarcó por un momento en ella, y encontrándola desierta y silenciosa, volvió á embarcarse, sin dejar ninguna huella de su paso. Despues remontó el golfo de Daria, y enfermo, abatido, aniquilado por los años, los trabajos y los pesares, arribó por fin á la Española. La colonia que habia dejado en esta isla, bajo el mando de su hermano Bartolomé, se hallaba en el mas lamentable estado. Dividida por ambiciones impacientes, por envidias crueles; dominada por un fanatismo bárbaro, habia encendido en su seno la guerra civil, llevándola hasta las poblaciones mismas de los pacíficos indios, en las cuales habia escitado un ódio implacable contra los españoles. Toda la política, toda la sabiduría y la buena fe de Colon, no bastaban á calmar tan malas pasiones, y mientras que él se afanaba por pacificar á uno y otro partido, el rey Fernando, informado por sus enemigos de las desgracias de la isla, las imputaba á su incuria ó su falta de gobierno. Habiendo pedido Colon á la corte, que le enviase un magistrado para imponer por sus juicios la autoridad real á sus compañeros indisciplinados, el rey le envió á Bobadilla, hombre íntegro, pero orgulloso y fanático, y que, apenas llegó á la Española, prevenido como estaba contra el almirante, hizo uso de sus mal definidos poderes, mandando prenderle y cargarle de cadenas. Colon no resistió, como podia, á este acto de arbitrariedad y despotismo: encerrado en el calabozo del fuerte de la Isabela, esperó muchos meses la conclusion de su proceso, que instruia con las acusaciones de sus enemigos Bobadilla, y al cabo de aquel tiempo, este juez estúpido y bárbaro le condenó á ser espulsado de la colonia y enviado á España á disposicion del soberano. Embarcóse, en efecto, bajo la custodia de Alonso de Villejo, perseguido hasta el navío por los insultos de un populacho grosero, y desembarcó en Cádiz, cargado de las cadenas con que le habia atado la envidia y que él no quiso quitarse en toda la tra-

vesía, á pesar de las instancias del mismo Villejo. Sin embargo, los oidos de los partidos no atraviesan los mares: el despojo y la cautividad de Colon, sublevaron á la España entera contra Bobadilla. Isabel, que se hallaba entonces en Granada, derramó lágrimas al saber el indigno tratamiento que sufria el almirante; mandó que sus cadenas fuesen reemplazadas por vestidos magníficos y sus carceleros por una escolta de honor; le llamó á la corte; cayó á sus plantas, ahogando apenas los sollozos, y ni ella ni el rey se dignaron examinar el procéso de Colon, absolviéndole desde luego de todas las culpas que se le imputaban. Hicieron mas; le retuvieron algun tiempo en la corte, y enviaron á la Española un nuevo gobernador llamado Ovando, con encargo de que devolviese á Colon los bienes que se le habian confiscado, y le enviara la parte de las rentas que le pertenecian y que aun no habia percibido. El ilustre marino, insensible á su edad, que se acercaba á los setenta, y repuesto ya de las persecuciones, sufria con impaciencia el reposo y aun los honores en su patria. Vasco de Gama acababa de descubrir el camino de las Indias por el cabo de Buena Esperanza, y él, ardiendo en una rivalidad noble, convencido siempre de que podria encontrar otra via mas corta para el mismo punto, solicitó el mando de una espedicion, y se embarcó en Cádiz el 19 de mayo de 1502, acompañado de su hermano Bartolomé y su hijo Fernando, que tenia entonces catorce años, con cuatro navíos tripulados por ciento cincuenta hombres. Dirigióse primero á la Española, en medio de un temporal borrascoso, y tocó en ella con autorizacion de la corte para renovar sus víveres. Pero Ovando se negó desapiadadamente á recibirle en el puerto, y Colon, temiendo, por sus conocimientos náuticos, una tempestad todavía mas fuerte que la que habia sufrido, se alejó de allí para buscar un asilo en las gargantas apartadas de la isla, no sin manifestar antes sus temores al mismo Ovando, para que detuviese una flota considerable que estaba pronto á enviar á España. El orgulloso gobernador no hizo caso del aviso, y la tempestad que Colon habia predicho, sumergió la flota entera, los tesoros que conducia y mas de mil españoles que la tripulaban. Calmado el temporal, que duró sesenta dias, Colon ancló entre una isla deliciosa y aquel continente de la América, cuya conquista parecian disputarle los huracanes. Visitó la isla y la esploró largo tiempo, recogiendo oro y perlas en abundancia, y sosteniendo guerras encarnizadas con los naturales, hasta que pudo torcer de nuevo el rumbo hácia la Española. Pero, habiendo perdido dos navíos, y llevando los otros dos destrozados, tuvo que detenerse en el camino y anclar en una bahía desconocida, mientras un emisario, que partió á la isla, arrostrando los mayores peligros, le traia los socorros que habia pedido al gobernador Ovando. En este intérvalo se sublevó su gente, y Colon estuvo espuesto á perder la vida, como hubiera sucedido sin la decision de su hermano. Por fin, despues de injustificables dilaciones, Ovando le envió algunos navíos, y con ellos fué á descansar de un naufragio de diez y seis meses, de los achaques de su edad, de sus enfermedades y sus infortunios, á aquella isla que habia él convertido en un imperio, y de la cual le proscribian la ingratitud y la envidia. Permaneció allí algun tiempo, bien acogido en apariencia en la casa del gobernador, pero escluido de todo influjo en el gobierno, viendo á sus enemigos en favor, á sus amigos perseguidos, sus propios bienes confiscados, sus rentas dilapidadas, sus tierras despobladas ó incultas, y por término de todo la vejez, el abandono y la miseria. Relegado, por fin, con su hermano, su hijo y algunos servidores al fondo de un navío que volvia á Europa, la mar implacable le llevó de tempestad en tempestad á Sanlúcar, donde desem-

barcó el 7 de noviembre, siendo desde allí trasportado á Sevilla sin fuerzas y casi moribundo. El posesor de tantas islas y continentes no tenia un techo bajo el cual reposar su cabeza. «Si quiero comer ó dormir, escribia desde Sevilla á su hijo, tengo que llamar á la puerta de una hostería, y muchas veces no puedo pagar, ni mi alimento, ni mi sueño.» Sus desgracias le eran, sin embargo, menos intolerables que la miseria de sus compañeros y servidores: escribió en favor de ellos al rey y á la reina, pero Isabel se hallaba enteramente entregada al dolor de haber perdido á su hija predilecta, á la cual no tardó en seguir al sepulcro, y Fernando habia dado oidos, como otras veces, á las calumnias de los detractores de Colon. Las reclamaciones de este al gobierno no fueron escuchadas, y el descubridor del Nuevo Mundo, despues de una larga agonía moral, pagó, por fin, su tributo á la muerte. La envidia y la ingratitud de su siglo, y su soberano, desaparecieron con su último suspiro; hiciéronsele funerales régios, y su cuerpo, despues de haber habitado muchos monumentos sepulcrales en varias iglesias de España, fué sepultado, segun él mismo habia dejado dispuesto, en la Española, desde donde se le ha trasladado despues á Cuba. Aquí termina la vida de Cristobal Colon. Oigamos ahora el retrato que hace de él uno de sus mas ilustres biógrafos, Alfonso Lamartine, de quien tomamos estos ligeros apuntes. «Era, dice, un hombre de elevada estatura, formas robustas, actitud majestuosa, frente noble, fisonomía franca, mirada pensadora, dulce y graciosa sonrisa. Sus cabellos, de un rojo oscuro en su primera juventud, se habian teñido prematuramente hácia las sienes, de esas canas que anticipan el trabajo intelectual y la desgracia. Su tez, primitivamente sonrosada, se habia vuelto pálida con el estudio, y el sol y el mar le habian dado un tinte de bronce. El sonido de su voz era varonil, sonoro y penetrante como el acento de un hombre habituado á proferir pensamientos profundos. Nada de ligero ó irreflexivo se revelaba en sus gestos; todo era grave y simétrico hasta en sus menores movimientos; parecia respetarse modestamente á sí mismo, y obrar siempre con la reserva de un hombre piadoso en un templo, como quien se halla en presencia de Dios; todos los verdaderos caractéres de un grande hombre se reunieron en él. Genio, trabajo, paciencia; oscuridad de la suerte vencida por el trabajo de la naturaleza; obstinacion dulce, pero infatigable hasta el fin; confianza en la Providencia; lucha contra las cosas; larga premeditacion del pensamiento en la soledad; ejecucion heróica de ese mismo pensamiento en la accion; intrepidez y sangre fria contra los elementos en las tempestades, y contra la muerte en las sediciones; confianza en la estrella, no de un hombre, sino de la humanidad; vida gastada con abandono y sin mirar nunca á lo pasado; estudio incesante; conocimientos tan vastos como el horizonte de su tiempo; manejo hábil, pero honrado, de los poderosos para reducirlos á la verdad; conveniencia, nobleza y dignidad de formas esteriores, que revelaban la grandeza de su alma, y encadenaban los ojos y los corazones; lenguaje proporcionado á la grandeza de sus ideas; elocuencia que convencia á los reyes y dominaba á los revoltosos; poesía de estilo que igualaba sus relaciones á las maravillas de sus descubrimientos y á las imágenes de la naturaleza; amor inmenso, ardiente y activo de la humanidad; prudencia de un legislador y dulzura de un filósofo en el gobierno de sus colonias; solicitud paternal para con aquellos indios, niños de la raza humana, cuya tutela queria dar al viejo mundo, no su servidumbre y su esclavitud; olvido de las injurias; magnanimidad de perdon para sus enemigos; piedad, en fin, esa virtud que contiene y diviniza todas las demas, cuando es lo que era en el alma de Colon; recuerdo constante de

Dios, justicia en la conciencia, reconocimiento en la victoria, resignacion en los reveses, adoracion por todas partes y en todas ocasiones. ¡Tal fué aquel hombre! No conocemos ninguno mas acabado; contenia muchos en sí mismo; era digno de personificar el mundo antiguo ante ese mundo desconocido que él abordó el primero, y de llevar á aquellos hombres de otra raza todas las virtudes del viejo continente, sin uno solo de sus vicios. Nadie por su gran influencia mereció mejor el nombre de civilizador. Completó el universo; acabó la unidad física del globo, y esto era adelantar, mucho mas de lo que se habia hecho hasta él, la obra de Dios: *la unidad moral del género humano*. Esta obra, á que tanto concurrió Colon, era demasiado grande para recompensada dignamente con la imposicion de su nombre al cuarto continente de la tierra. Sin embargo, si la América no lleva el nombre de Colon, el género humano, agrupado y reunido por él, le llevará en toda la estension del globo terráqueo.»

COLONA (Próspero), hijo de Antonio, príncipe de Salerno, puesto al servicio de los franceses en 1494, esto es, cuando Cárlos VIII invadió el reino de Nápoles con ánimo de agregar aquellos estados á sus dominios, dió á conocer sus grandes talentos militares. Pasado algun tiempo, volvió á la amistad y gracia del católico don Fernando, rey de Aragon, y nunca desmintió el celo y lealtad con que prometió pelear por su causa contra los franceses en la península italiana. Fué su maestro en el arte de la guerra Gonzalo de Córdoba, mas conocido con el nombre de Gran Capitan, y á su lado y con su ejemplo no podia menos de aprovechar grandemente en su carrera. Un descuido fué causa de que los enemigos contra quienes combatia le sorprendiesen comiendo en Villafranca del Pó, precisamente cuando él proyectaba impedirles el paso de los Alpes; hecho prisionero fué conducido á Francia, pero habiendo recobrado su libertad, se desquitó con usura en la célebre batalla de Bicoca (1522), en que derrotó á los franceses. Estos, á las órdenes de Bonivet, bloquearon luego á Milan, pero acudió con presteza Colona é hizo que levantasen el bloqueo y huyesen. Murió al año siguiente, con gran reputacion de consumado militar, en términos, que al saberse la noticia de su fin en el campamento frances, no se oia mas por todas partes que estas esclamaciones: *¡Animo! ¡Milan es nuestro! ¡Colona ha muerto!*

COLONA (Marco Antonio). Reputado por escelente militar, y célebre por haberse hallado en una de las mas gloriosas acciones de las armas cristianas contra los infieles; hablamos de la batalla de Lepanto, dada en 1571, y en que quedó casi completamente arruinado el poder de la media luna. Cupo á Colona la gloria de ser uno de los que mas contribuyeron al buen éxito de aquella célebre campaña naval, asistiendo á ella en clase de teniente general y de general de las galeras del papa. El júbilo con que esta señaladísima victoria fué recibida en la cristiandad, solo puede esplicarse en algun modo diciendo, que al regreso de Colona á Italia, quiso el Papa que entrase en triunfo en la ciudad eterna como los antiguos romanos cuando se habian hecho acreedores á tan alta honra por servicios insignes en favor de la patria. En efecto; dispusiéronse soberbios arcos triunfales, y el general penetró por bajo de ellos en Roma entre las inmensas aclamaciones de la multitud; precedíanle algunos cautivos, y entre ellos varios hijos del bajá Alí; subió al Capitolio, y de allí pasó al Vaticano, en donde el pontífice rodeado de su corte y de todo lo mas ilustre que habia en Roma, recibió al hombre que tanto habia coadyuvado con su valor y talentos á salvar los intereses del cristianismo amenazados de inminente peligro por las armas turcas. Muret fué el panegirista de Colona, quien

murió repentinamente en Medinaceli en 1584; estando al servicio de Felipe II que le habia mandado venir á España, trayendo á sus órdenes diez galeras. Fué Colona, duque de Palliano, gran condestable de Nápoles y virey de Sicilia, en donde el monarca español habia hecho armar las espresadas galeras.

COLSTON (Eduardo). Pocas líneas bastan para consignar los actos de este hombre virtuoso, mas digno ciertamente de estimacion que los que se han adquirido celebridad por hechos que deslumbran al mundo, pero que las personas sensatas reprueban en lo interior de su pecho. Nació Colston en la ciudad de Bristol (Inglaterra) en 1636, y murió en 1721, dejando fama de haber sido uno de los hombres mas filántropos que han existido. Dedicado al comercio desde su juventud, logró reunir una fortuna considerable, con especialidad en los negocios que hizo en España, y casi toda ella la invirtió en obras de caridad. Muchas ciudades de Inglaterra le deben la fundacion de varios establecimientos de beneficencia, que el honrado negociante dotó con espléndida generosidad, calculándose las donaciones que hizo para los pobres en 17,000 libras esterlinas de renta. Casi es inútil decir, que el carácter de Colston correspondia á sus obras, y que su conducta era tan irreprensible como afable su trato y sencillas sus costumbres. Bristol, su ciudad natal, que cuenta en su recinto varios hospicios y escuelas para pobres, no ha sido ingrata con él, pues desde su muerte todos los años tributa á su memoria una oracion fúnebre que se pronuncia en la iglesia principal, que es en donde se hallan tambien depositadas las cenizas de este insigne filántropo.

COLUMELA (Lucio Junio Moderato). Nació en Cádiz por los años 750 de la fundacion de Roma, segun se cree, bajo el imperio de Augusto César. Marco Antonio Columela, su tio, fué su maestro y sábio director, y el jóven Lucio aprovechó tan bien sus lecciones en varios ramos, que con el tiempo llegó á sobresalir en todos ellos, mereciendo ser en algunos considerado como modelo. La agricultura, la astronomía, los estudios filosóficos y la poesía fueron los que mas cultivó. Criado desde sus primeros años en los campos y entre labradores, tuvo ocasion de observar la naturaleza y hacer las aplicaciones que este exámen y su talento le suministraban. Háse llamado á Columela, príncipe de la agricultura romana, y no sin razon, pues merced á las circunstancias de que dejamos hecho mérito, consiguió perfeccionar de tal suerte el arte de la labranza, que poco se ha dicho despues que no se halle consignado en sus obras. A la edad de veinticinco ó treinta años pasó á Roma, y los sábios de aquella ilustrada capital le recibieron con el aprecio que merecian sus escelentes cualidades. L. Volucio, que habia sido cónsul, Ameo Novato ó Galion, hermano de Séneca, y Publio Silvino, hombres todos insignes, se honraron con su amistad. Segun se colige de sus obras, parece que viajó algun tiempo por Asia y otros paises pertenecientes al imperio romano, si bien no faltan motivos para presumir que pasó á aquella parte del mundo con un empleo, que en tal caso seria el único que desempeñaria, puesto que los honores, las distinciones y las vicisitudes y agitacion de la vida pública no tenian para Columela los encantos del retiro, de la paz y de las tareas campestres. Publio Silvino, distinguido poeta de aquella época y amigo como hemos dicho de nuestro compatriota, decidió á este á escribir su obra maestra de *Re rústica*, dedicada al mismo Silvino, basada en justísimas observaciones y en la larga práctica del autor, y la cual contiene descubrimientos preciosos para aquel tiempo. En la citada obra se hallan el *Cultivo de los huertos* en verso heróico, y el *Tratado de los árboles*. Nues-

tro erudito y juicioso crítico Masdeu compara el libro del cultivo de los huertos con las obras de Virgilio, y seguramente iguala á estas en cuanto á la propiedad, el buen gusto, la elegancia del estilo y otras dotes que seducen en el autor de las *Geórgicas;* no es menos lisonjero el dictámen de Jorge de Alejandría, quien dice que «habiendo dejado Virgilio esta materia, «para que la ilustrase alguno de sus «sucesores, parece que aquel escelente «poeta adivinó que este seria Columela.» Tal ha sido tambien la opinion de muchos varones ilustres en letras como Casiodoro, San Isidoro, arzobispo de Sevilla, Juan Grial, Gaspar Barthio, Quensted, el cardenal Bona, Luis Vives y otros escritores antiguos y modernos. Lo que prueba mas que nada la escelencia de la obra de nuestro sábio compatriota, es que hasta sus propios émulos, esceptuando Plinio el mayor, hacen grandes elogios de ella, poniéndole en el lugar mas alto, sin que por esto dejen de señalarla algunos defectos de que ninguna obra humana se halla exenta, y que á otros no les han parecido sino bellezas. Mas de cuarenta ediciones van hechas de la obra de *Re rústica*, que se halla traducida en todos los idiomas cultos y que cada dia se lee con mas gusto, por la amenidad, interes é instruccion que ofrece. Don Juan María Alvarez de Sotomayor la tradujo tambien al español en 1824, y en verdad que este es uno de los trabajos mas bien desempeñados de esta especie. En dicha traduccion leemos las siguientes palabras, que parecen haber sido dictadas por la mas severa imparcialidad y que sirven para corroborar el juicio formado por tantos hombres eminentes: «es la obra mas «completa, dice hablando de la titula-«da de *Re rústica*, que nos queda de «la antigüedad acerca de esta materia; «y aunque muchos autores modernos «han copiado lo mejor que contiene, «no dejarán los lectores de sentir mu-«cho placer en consultarla, y encon-«trarán en ella muchas especies de «utilidad incontestable que se nos han «vendido por nuevas.»

COLLADO (Diego). Nació en un pueblo de Estremadura, y habiendo entrado en la órden de Santo Domingo partió para el Japon en 1619, con el objeto de predicar las misiones en aquellos remotos paises, en los cuales sufrian los cristianos una furiosa persecucion. No fué Collado de los que menos contribuyeron á la piadosa obra de que los religiosos que allí habia estaban encargados, y su celo y caridad encontraron numerosas ocasiones en qué emplearse. En 1625 fué á Roma, especialmente comisionado por los compañeros de mision apostólica para solicitar de su Santidad Urbano VIII nuevas facultades, y este se las dió conforme á los deseos manifestados por los religiosos, y relativas á la predicacion evangélica que querian estender por la China, el Japon y todo el Oriente, sin necesidad de dirigirse especialmente á sus superiores en cada pais. Algun tiempo despues tuvo que embarcarse para volver á España, á donde habia sido llamado; pero, en la navegacion de Nueva Segovia á Manila, se levantó una recia tempestad que le hizo naufragar y perecer con todos sus compañeros de infortunio. Tal vez hubiera podido salvarse Collado, porque sabia nadar muy bien, pero tuvo la sublime abnegacion de esponer su existencia, quedándose en el buque solo, por prestar á los infelices que en él iban los auxilios de la religion cristiana en el último trance de su vida. Escribió nuestro compatriota varias obras que revelan el gran conocimiento que poseia en los idiomas de la parte mas oriental de Asia, y que bajo este punto de vista son utilísimas para todo el que se proponga estudiarlas. El mérito de estas obras es tanto mayor, cuanto que son muy pocas las que tenemos sobre la misma materia. Hé aquí sus títulos: *Ars grammatica japonicæ linguæ.—Diccionarium, sive thesauri linguæ japonicæ compendium;* en esta

obra van comprendidos dos suplementos, titulado el uno *Prætermissa* y el otro *Additiones*. — *Modus confitendi et examinandi pœnitentem japonensen, formula suamet lingua japonica.* — *Historia eclesiástica de los sucesos de la cristiandad en el Japon, por el P. M. Orfanel, añadida por Collado.*— *Dictionarium linguæ sinensis cum esplicatione latina et hispanica, charactere sinensis et latino.*—*Diversos opúsculos.*

COLLADO (Luis). Floreció en el siglo XVI, y fué uno de los médicos mas célebres de su tiempo. Siguió la carrera en la universidad de Valencia, en donde recibió todos sus grados, sobresaliendo particularmente en el ramo de la anatomía. La fama de Collado se estendió muy pronto por el reino, en ocasion en que Valerio, eminente práctico, disfrutaba de gran favor en la corte. A ella fué llamado aquel distinguido profesor, pero mas amigo de la paz y el retiro de una provincia que del bullicio cortesano, prefirió conservar su independencia á todos los honores y distinciones con que la suerte le brindaba. En consecuencia de esta resolucion no quiso admitir el empleo de médico de cámara, proporcionándole el ejercicio de su profesorado en Valencia lo suficiente para vivir con ciertas comodidades y holgura, preferibles siempre, una vez gustadas, á la contínua agitacion de las cortes. Dícese que fué el primer anatómico que descubrió el *estribo*, uno de los huesecillos que forman en el oido la cavidad llamada *Caja del tímpano*. Dejó las siguientes obras: *In Galeni librum de ossibus commentarius.* — *Ex Hippocratis et Galeni monumentis isagoge ad faciendam medicinam.*—*De indicationibus, liber unus.*

COLLE (Rafael del). Nació en Italia, en el pueblo de Santo Sepulcro, en 1490, y dejó una fama que no perecerá mientras existan las obras y sean apreciadas las bellas artes. Se dedicó desde su mas tierna edad á la pintura, para la cual manifestaba tan felices disposiciones, que el gran Rafael y Julio Romano sus maestros, le consideraban como uno de los génios que mas llegarian á honrar el suelo italiano, por cuya razon tanto el uno como el otro se esmeraron en la educacion artística de Colle, que ciertamente correspondió á las grandes esperanzas que habian concebido. El mejor elogio que puede hacerse de Colle, es decir que ayudó con su delicado pincel al mismo Julio Romano en algunas de sus propias composiciones, escediendo á este en la viveza y brillantez del colorido. Por la primera de estas dos cualidades pertenecia Colle á la escuela veneciana, y por la sabiduría de sus cuadros á la romana; siendo, por lo demas, correcto y puro su dibujo, noble y severo su estilo como el de Julio. Entre otros cuadros notables, el primero en mérito fué el que pintó del *Diluvio*, y se consideran como modelos los frescos que hizo en los aposentos del Vaticano. Imitaba de una manera maestra el estilo de Rafael, como lo demuestran algunas de sus obras, y el sobrenombre que le dieron de *Rafaelino* los artistas contemporáneos. Murió Colle en Roma en 1530. Merecen verse los grabados de Lesneur, Cailo y Gisberto Venius de los dibujos de Colle que representan á *Jesucristo apareciéndose á sus discípulos*, y *Las cuatro estaciones*, con el nombre este último de Rafael Urbino, pero el dibujo es de Rafael del Colle.

COLLOT D' HERBOIS (J. M.), uno de los hombres que mas se distinguieron en la revolucion francesa por sus ideas exaltadas. Antes de dedicarse á la política habia pertenecido como actor á varias compañías dramáticas, en cuyo ejercicio adquirió el tono, la voz y las maneras declamatorias que empleaba en todos sus discursos, llamando tanto la atencion por esta circunstancia, como por la energía de sus doctrinas revolucionarias. Su carácter

estaba en armonía con todos estos signos esteriores; carácter impetuoso, violento, inflexible que le condujo á estraordinarias acciones. Un hombre de esta naturaleza no podia menos de ser bien recibido por los jacobinos. Tambien contribuyó en gran parte á su fortuna política un opúsculo que escribió en defensa de la revolucion, y que ganó el premio propuesto por los jacobinos. Cuando los rebeldes de Nanci fueron vencidos, Collot presentó á la Asamblea legislativa una peticion en favor de algunos soldados suizos, condenados á presidio, por las leyes de su patria, como revolucionarios, y fué tan perfectamente acogida, que cuando aquellos entraron en Paris el pueblo los recibió con entusiastas aclamaciones, se les obsequió con un espléndido banquete, y hasta se instituyó una fiesta cívica en su honor por el corregidor Petion. Con estos y algunos otros hechos adquirió Collot gran popularidad, y fué nombrado miembro de la municipalidad de Paris. En esta nueva posicion presidió en 10 de agosto la asamblea electoral que debia hacer el nombramiento de los diputados de la Convencion. Collot fué uno de los elegidos, y reunido este cuerpo se apresuró á pedir la abolicion de la monarquía. Cuando llegó el caso de formarse el proceso de Luis XVI estaba él en Niza, y aunque ausente, quiso contribuir con su voto escrito á la sentencia de muerte de aquel monarca, y lo remitió, en efecto, á la Convencion. Tomó parte en las proscripciones que por aquella época se verificaron y estuvo en los departamentos de Oise, Loire y Lyon cuando los asesinatos de aquellas poblaciones. Decretada la demolicion de esta ciudad, dirigió á la Convencion un discurso lleno de frases blasfemas é inhumanas que revelaban toda la perversidad de su alma. Francia se hallaba en la mayor consternacion en medio de tantos crímenes, como, invocando el santo nombre de la libertad, cometia una turba de facinerosos que desacreditaban aquella misma revolucion, no dirémos si necesaria y providencial, pero inevitable al menos, y que hubiera dado mejores frutos á no ser dirigida por las pasiones desencadenadas, mas bien que por el juicio y la prudencia. Pero no querian los bandidos que arruinaban y asesinaban al pais, que nadie se lamentase de lo que estaba á vista de todo el mundo; y así Collot declaró en una furiosa proclama ó manifiesto, que todo el que diese muestras de tristeza ó de compasion al ver las miserias que affligian á Francia, fuese mirado y tratado como sospechoso, de manera que el padre no podia llorar por su hijo, la esposa por el esposo, el hermano por el hermano, sin escitar la crueldad de aquellos hombres insensibles. Collot habia estado unido en estrecha amistad con Robespierre, pero la popularidad del uno estorbaba á la del otro, deseando cada cual que llegase una ocasion en qué perder á su amigo. Aquellos vínculos formados por el crímen, debian desatarse por la perfidia. Observábanse estos dos hombres mútuamente, hasta que al fin un jóven llamado *Admiral* disparó un pistoletazo á Collot, al retirarse este una mañana á su casa. El tiro no hirió á Collot, y propagada al punto por Paris la noticia, la popularidad del antiguo comediante creció hasta el punto de que no pudiendo ya disimular por mas tiempo Robespierre la envidia que le inspiraba, se declaró abiertamente su enemigo. Esto duplicó la actividad de Collot, quien conociéndole demasiado trataba de prevenirse para cualquier evento. Si hubiera subsistido por algun tiempo el triunvirato de Robespierre, Couton y Saint-Just, tal vez el primero hubiera aprovechado la ocasion para deshacerse de su rival, pero su duracion fué de pocas semanas, disolvióse el 9 termidor, y Robespierre debió su arresto al mismo que tanta sombra le hacia. Pero las crueldades de Collot iban á tener término: la opinion pública, la prensa, sus colegas, todos los que antes le habian aplaudido se declararon contra él,

en términos que la Convencion decretó su arresto en 2 de marzo de 1795, y su deportacion á la Guayana. Salió, en efecto, para su destino, y acostumbrado, como estaba, á vivir en medio de las escenas de tumulto y de revolucion, lejos de temer mayor escarmiento que el que esperimentaba, proyectó sublevar á los suyos contra los blancos; el proyecto se frustró, encerraron en un fuerte á Collot, en donde halló triste término á su azarosa existencia el 8 de enero de 1796, arrepentido segun se dice, de los males que habia causado á su patria. Entre las obras que dejó escritas Collot, se cuentan diez y seis composiciones dramáticas.

COLMENAR (Juan Alvarez de). Floreció en el siglo XVIII, y es uno de los historiadores españoles mas apreciables. Dejó escritas dos obras bastante conocidas, una en catorce tomos en octavo, con el título de *Anales de España y de Portugal*, que, como indica este mismo título, comprende los de entrambas monarquías, desde su fundacion ó establecimiento hasta la época en que Colmenar la escribió; y la otra es, *Las delicias de España y de Portugal*, obra tan interesante por sus descripciones como por la verdad con que están hechas. Este autor fué el primero que dió algunas noticias curiosas y exactas sobre los caminos de España y sus poblaciones mas importantes.

COLOMÉS (Juan Bautista). Nació en Valencia en 22 de febrero de 1740, y es conocido por su erudicion y sus grandes facultades para todo género de literatura. Concluidos sus estudios entró en la Compañía de Jesus, cuyos individuos, como es sabido, fueron espulsados de España, y el insigne valenciano siguió su suerte, en ocasion en que esplicaba gramática en Orihuela. Pasó el tiempo de su espatriacion en Bolonia, pero en virtud del real decreto que les permitia volver á España, Colomés regresó á Valencia en 1798. Tornó á Bolonia en 1801, y en esta ciudad permaneció hasta su muerte acaecida seis años despues. No es tan conocido Bautista Colomés como lo merecen sus obras, y es estraño que cuando tanto afan se muestra por desenterrar muchas veces antiguallas desprovistas de mérito, se dejen en el olvido producciones altamente recomendables. Varios de los hombres mas eminentes de aquel tiempo, así nacionales como estranjeros hicieron justicia á los talentos del ilustre valenciano. Veamos cómo se espresa el célebre P. Andres en una carta escrita desde Parma á su hermano, en la que ademas de ensalzar el ingenio y buen gusto que brillan en la *Adoracion de los Reyes*, drama sacro de Colomés, demuestra el conocimiento artístico con que supo vencer las dificultades del plan «uniendo con delicado artificio las sencillas gracias pastoriles con la majestad de los personajes que ennoblecen la accion, y á quienes él hace hablar con los sentimientos elevados que nacen de su ingenio poético y de las sublimes ideas que le inspiran los sagrados libros.» Despues de estas palabras, se estiende el abate Andres en elogiar sus vastos conocimientos en literatura, en matemáticas y otros ramos del saber humano, en todos los cuales sobresalia igualmente. Las óperas y tragedias que compuso en italiano, fueron representadas con grande aplauso, y sus disertaciones críticas y eruditas, tienen un mérito nada comun. La pintura, las nobles artes en general, y algunas lenguas completaban la selecta instruccion de nuestro compatriota. El idioma italiano, en particular, lo poseia con tal perfeccion, que sus obras escritas en él causaron la admiracion de todas las personas ilustradas. Su tragedia titulada *Cayo Marcio Coriolano,* fué mirada en Italia como un verdadero acontecimiento literario, pues estaba escrita en aquel idioma y, no así como quiera, sino en los términos que revelaban estas líneas insertas en las *Efemérides de Roma:* «Anunciamos—

decian — una hermosa tragedia escrita en elegantísimos versos italianos por un español, y quisiéramos que de ella tomasen ocasion de avergonzarse aquellos literatos de nuestra nacion, que han corrompido nuestro purísimo idioma con sus bárbaras espresiones.» Los primeros poetas de Italia, como Vavani, Albergati, Betinelli, Metastasio, etc., celebraron estraordinariamente el mérito de la espresada composicion, y con especialidad el último que escribió á Colomés la carta mas satisfactoria, añadiendo despues de muchas alabanzas de tanto mas precio cuanto que eran espontáneas: «La índole poética que claramente se observa en todas sus espresiones, manifiesta ya mucho y promete aun mas del talento del escritor.» Su tragedia *Agneie di Castro* (Ines de Castro), tambien en italiano y publicada en Liorna, fué recibida con mayor aceptacion, si cabe, que el *Coriolano*. Compuso, ademas las obras siguientes: *Poesías españolas sobre la pasion de nuestro señor Jesucristo.* — *Certámen literario*, en cuyo libro, que no conocemos, parece que está su tragedia titulada *Hermenegilda* ó *Armengola.*—*Escipion en Cartago*, drama en italiano. — *Observaciones sobre el Aquiles en el Circo de Metastasio*, es una delicada crítica que revela un profundo conocimiento del arte dramático.—*Memoria apologética acerca de un mármol de Viterbo*, *que contiene el decreto del rey Desiderio.*—*Historia de Méjico*, con el nombre de *El abate Clavijero.*—*Reflexiones sobre la conjetura meteorológica del doctor Lorenzo Pigneti*, *profesor de física en la universidad de Pisa.*—*Miscelánea curiosa y erudita.* —*Los filósofos en el encanto,* escrita en frances en forma de diálogo, y segun dice Fuster *con suma elegancia de la lengua, y con todas las gracias del griego Luciano.*—*Poesías castellanas y valencianas*, *compuestas para las fiestas en honor de San Vicente Ferrer;* y otros varios dramas y disertaciones. Poco antes de morir tenia dispuestos para darlos á la estampa los escritos que se indican á continuacion: *Sobre la fe que se debe á los poetas en muchos puntos de historia.*—*Sobre la direccion de los globos volantes ó aereostáticos.*—*Sobre la famosa estátua colosal de Pompeyo Magno, á cuyos piés fué muerto Julio César*, *y sobre ocho bajo relieves antiguos que se conservan con dicha estátua en el palacio Spada de Roma.*—*Enriqueta de Suffolk*, tragedia representada con estraordinaria aceptacion, etc.

COMO Y MOMO, divinidades mitológicas de segundo órden. Presidia el primero á los banquetes, á los regocijos nocturnos, al tocador de las damas y al de los jóvenes. Represéntanle jóven, grueso, coronado de rosas, en un estado bastante parecido al de la embriaguez, y con una hacha encendida en la mano. Algunas veces tambien le pintan apoyándose en una robusta estaca. Los griegos y los romanos, en su manía de personificarlo todo, dando á cada cosa su deidad protectora particular, no quisieron dejar á los festines sin una divinidad que los representase, y á quien los gastrónomos y bebedores pudiesen dirigir sus fervorosas súplicas. Como no tiene padres conocidos, pero dos pueblos igualmente poderosos y sin rivales en la antigüedad le adoptaron, honrándole con la dignidad y el positivo empleo de dios de las cocinas y de la mesa, y haciendo de él la deidad mas amable de todas las del olimpo, al par que la mas alegre despues de *Momo*. Era este último el *Quevedo* de su tiempo, por los innumerables chistes que salian de sus lábios, alternando no pocas veces con profundísimas sentencias que dejaban á los dioses aturdidos y maravillados. Su carácter de bufon oficial de estos, dábale cierta intimidad con ellos, que le permitia abusar de su posicion sin peligro y espetarles sendas claridades. Cuéntase que habiéndole hecho juez de sus obras en una ocasion Neptuno, Vulcano y Minerva, esta le presentó, para que diese su voto, una casa,

Neptuno un toro, y Vulcano un hombre formado por él. El bufon se burló igualmente del trabajo de los tres, dándole por imperfecto é indigno de sus manos. «La casa, dijo, es muy pesada, y su dueño no podrá cargar con ella y llevarla á otra parte cuando importunos vecinos le molesten: el toro no vale mas, puesto que tiene los cuernos en la frente y no delante de los ojos, como parecia natural para que se defendiese é hiriese mas atinadamente con ellos: en cuanto al hombre, añadió, creo un gran disparate no haberle puesto una ventana en el corazon por cuyo medio se podrian saber sus mas ocultos sentimientos.» Momo era hijo del Sueño y de la Noche. Represéntanle con una máscara en la mano derecha y una muñeca en la otra, como para dar á entender que descubre y pone de manifiesto los vicios, burlándose de las miserias de la humanidad.

CÓMODO (Lucio ó Marco Elio Aurelio). Nació por los años de 161 de Jesucristo, y fué hijo de Marco Aurelio y viznieto de Trajano. Cinco años tenia de edad solamente cuando obtuvo el título de *César* con su hermano Annio Vero. Desde su mas tierna infancia dió este emperador muestras de inaudita soberbia y perversidad, de que no se arrepintió con el tiempo, antes bien conforme crecia en años se iban desarrollando sus malos instintos, llegando á ser el escándalo y horror de Roma. No todos los historiadores están conformes, sin embargo, respecto de sus malas inclinaciones cuando niño, pero la opinion mas probable es la que dejamos asentada. El primer hecho, que en prueba de su maldad vemos, es que habiendo encontrado un dia mas caliente de lo regular el agua del baño, mandó echar en un horno encendido al infeliz que habia tenido este descuido. Entonces apenas contaba Cómodo doce años de edad. Los que le defienden citan varios rasgos de bondad y de valor, que á ser ciertos no probarian otra cosa sino que como su padre vivia entonces, no era fácil que su perversa índole se manifestase en toda su fealdad, pues sabido es que pocos príncipes se sentaron en el trono imperial mas virtuosos que Marco Aurelio; con quien en 176 triunfó en las campañas contra los germanos y los sármatas, debiendo á estas victorias los sobrenombres de *Germánico* y *Sarmático*. Despues de la muerte de su padre, cuyo buen ejemplo no debia haber olvidado jamas, Cómodo principió á darse á conocer al pueblo que estaba llamado á dirigir y gobernar, firmando vergonzosos tratados de paz con los mismos pueblos poco antes vencidos por las armas romanas. Esto no obstante, habia llegado á tal estremo de degradacion la capital del mundo, que cuando Cómodo regresó á ella le concedió los honores del triunfo, le aclamó emperador y aun llegó á confiar en que el jóven príncipe seguiria las huellas de su padre. A esta ilusion contribuyeron en gran parte los discursos, las promesas, las mercedes y dádivas del nuevo emperador, las cuales amenazaban un venturoso y tranquilo porvenir; pero, fuese plan de Cómodo, fuese que se permitiera de esta suerte asegurarse en el trono al principio de su reinado, fuese, en fin, que su corazon quisiera obedecer á su natural tendencia, pronto Roma esperimentó los efectos de la tiranía del mónstruo coronado. Despues de la guerra contra los bretones (año 184), á la que no asistió el emperador, sino Ulpio Marcelo, Cómodo tomó el nombre de *Británico*. Como de lo que menos se cuidaba era de honrar la memoria de su padre, ya que no con acciones virtuosas, siquiera con victorias de importancia, no es estraño que al paso que tomaba títulos que en justicia no le pertenecian, separase de su lado á todas las personas en quien Marco Aurelio habia depositado su confianza, menospreciando de esta suerte á los que con tanto celo y lealtad sirvieron á su glorioso predecesor. Al mismo tiem-

po que esto hacia, se dejaba dominar completamente por Perennis, á quien dió el mando de las cohortes pretorianas, y que no solo disfrutaba de gran favor con el príncipe, sino que le manejaba á su antojo, y le alejaba de los negocios para conducirle por el camino del mal. Al casarse con Crispina, Cómodo, Lucila hermana mayor de este, viuda de Lucio Vero su colega y que habia conservado hasta los honores de emperatriz, se vió privada de todos ellos, y llena de despecho empezó á conspirar contra Cómodo, haciendo cómplices de su trama á los jóvenes Quintiano, Cuadrato y á muchos senadores. Resuelta por los conjurados la muerte del emperador, Quintiano se ofreció á darle el golpe mortal, y al efecto le esperó en un paraje oscuro junto al anfiteatro y por el cual debia pasar Cómodo. Así sucedió; aparece en dicho paraje el emperador, lánzase á él Quintiano, armado de puñal, y le asesta un golpe al corazon, esclamando: «Hé aquí lo que te envia el senado.» Afortunadamente para Cómodo, el arma no le tocó, y como con motivo de este atentado mandase practicar las mas esquisitas diligencias, al cabo dió en el hilo de la conspiracion, y descubiertos algunos de los comprometidos en ella, Lucila fué deportada á la isla de Caprara, en donde poco despues pereció de órden de su hermano; Crispina su esposa tambien murió, é igual suerte sufrieron los demas conjurados descubiertos. Perennis en tanto adelantaba en su privanza, y se aprovechaba de ella contra todos sus enemigos, preparando al par á su amo un lazo que este no podia recelar ni remotamente. Trataba nada menos el traidor, que de apoderarse del imperio, y trabajaba de concierto en la empresa con su hijo que se hallaba mandando algunas fuerzas en Iliria; pero descubierto el complot, uno y otro pagaron con la vida su perfidia. Cómodo no podia disfrutar sosiego, amenazado como se veia de contínuos peligros; y creyendo conjurarlos entregándose á toda clase de crueldades y desórdenes, remedio á que recurren siempre los tiranos, cuya ceguedad no les advierte que mas pierden en ello que ganan, y que no es ese el camino de recobrar la quietud de espíritu y la seguridad de la existencia. Sucedió á Perennis en el favor y en el ascendiente sobre Cómodo, el frigio Cleandro, que habia sido esclavo, hombre de alma torcida y ruin, quien no parecia sino que elevado al puesto de primer ministro, se habia propuesto vengar lo sufrido en su esclavitud, aconsejando á su príncipe todo lo que mas podia perjudicar á su fama y á la salud del Estado. Los placeres eran la ocupacion ordinaria de Cómodo, y tan poco caso hacia de los negocios, que muchas veces ni aun queria siquiera gastar tiempo en firmar sus órdenes y nombramientos, y cuando por casualidad se determinaba á escribir á algun amigo, no ponia mas que *Vale*. Con este abandono de la primera persona del imperio, fácil es colegir lo que abusaria Cleandro de su posicion, puesto que nadie le iba á la mano en las disposiciones, cualquiera que fuese su naturaleza; una porcion de libertos tomaron asiento en el senado, cuando poco antes habian sido esclavos, creó un escandaloso número de cónsules en solo un año por dar empleo á sus amigos, vejó por varios modos al pueblo, y cometió innumerables escesos, en términos que se adquirió el ódio de los romanos, é hizo recaer parte de la odiosidad sobre su amo, que á todo se mostraba insensible ó indiferente. Pero semejante estado de cosas debia naturalmente tener su término, y este se aceleró cuando menos podia pensarse, y de una manera original por cierto. A tiempo que se celebraban un dia los juegos, entró en el circo una mujer de terrible presencia y estatura de gigante, acaudillando un tropel de muchachos que empezaron á pedir á gritos la muerte del favorito del emperador. El pueblo, que se hallaba muy dispuesto contra Cleandro, secundó el grito, y abandonando los juegos se di-

rigió en número imponente á un palacio inmediato á Roma en donde se hallaba con Cómodo, muy lejos de recelar lo que ocurria. El pueblo repitió con redoblada furia sus gritos cuando llegó al palacio, llenando de maldiciones al malvado ministro; este despachó al punto contra los rebeldes una respetable fuerza de caballería pretoriana, que en su primera acometida dispersó á aquellos é hizo que se refugiasen en la ciudad, por cuyas calles los persiguió; pero los soldados no podian defenderse contra los habitantes de Roma, que desde las ventanas de las casas les arrojaban piedras, tejas, etc., así es que se vieron obligados á abandonar la ciudad, siendo perseguidos á su vez hasta el palacio del emperador, quien ocupado en las liviandades con que le brindaba su favorita, ignoraba completamente cuanto pasaba en torno suyo. Sabe por fin el peligro que amenaza tanto á su ministro como á él, y manda sin detenerse en consideraciones humanas, que degüellen al mismo á quien antes llamaba amigo, al que disponia del poder á su antojo, al que poseia la ilimitada confianza del príncipe; que semejantes amistades suelen dar frutos por el estilo. En efecto, cortada la cabeza del ministro, el emperador la entregó á la multitud, y desde entonces empezó á apaciguarse el tumulto. No bastó, ni era posible que bastase este escarmiento para librar al emperador de nuevos disgustos, puesto que con su conducta los escitaba contínuamente. Materno, que de simple soldado se llegó á ver al frente de un numeroso partido que asolaba las Galias, penetró secretamente en Italia con el designio de asesinar á Cómodo y proclamarse emperador, pero Cómodo tuvo la fortuna de saberlo á tiempo, merced á la traicion de algunos de los conjurados, y Materno sufrió la última pena. Horroriza la lectura de los crímenes que durante su imperio ejecutó Cómodo, sin que apiadasen su corazon de hiena el sexo, la edad, ni la posicion de las personas, pues mujeres, niños, jóvenes y ancianos, pertenecientes á todas las categorías sociales, desde los de la casa imperial y las familias consulares y patricias, hasta los de mas humilde esfera, fueron frecüentemente víctimas de sus sangrientos caprichos. Cuando no encontraba motivos suficientes que justificasen sus terribles castigos, fingia conspiraciones para comprometer á aquellos de quienes queria deshacerse; ejemplo, que dicho sea de paso, hemos visto imitarse en nuestra época por hombres que careciendo de méritos y talentos, apelaron á la sanguinaria farsa de conspiraciones que no existian, para presentarse despues de la victoria, que no podia menos de ser segura, como desde luego se concibe, con la arrogancia del que ha combatido y vencido terribles enemigos. Refieren sus historiadores que mandó echar á las fieras á un hombre, solo por haber leido en las vidas de los emperadores romanos escritas por Suetonio, la de Calígula; que en otra ocasion quiso medir sus fuerzas, que eran hercúleas, con las de un desgraciado que no debian ser escasas á juzgar por su corpulencia, y que en el bárbaro ensayo le dividió el cuerpo en dos pedazos; que tenia la salvaje diversion de mutilar en sus correrías nocturnas á cuantos encontraba al paso; y que su corte era un cenagal inmundo de prostitucion, como lo prueba el hecho de que no bastando á su infame libertinaje y disoluciones, seiscientas concubinas, deshonró su propia sangre atropellando la honestidad de sus hermanas. ¿Cuál no seria el estado de abyeccion de Roma, cuando toleraba semejantes infamias? Cómodo era no menos estravagante que los Nerones, los Calígulas y los Heliogábalos, y por lo tanto igualmente caprichoso. No quiso que se le llamase por su propio nombre, sino con el de *Hércules hijo de Júpiter;* y en verdad que en cierto modo se fundaba, porque en lugar de dedicarse á hacer la felicidad del pueblo, se entretenia en matar fieras en el cir-

co y en su palacio, vestido como aquel héroe fabuloso con una magnífica piel de leon y armado de una clava. Tambien se apellidaba *Hércules Romano*, segun lo acreditan las medallas que se conservan de aquel tiempo, y en las cuales está representado con todos los atributos que el mencionado título exigia. El senado reducido á la mas ignominiosa obediencia, suscribia á todos los antojos del emperador, á quien ademas no escaseaba los dictados mas pomposos al par que injustos; y así se vió cuando, pidiéndole aquel que el nombre de Roma fuese sustituido con el de *Colonia Commodianà*, el senado condescendió dando al emperador los títulos de piadoso, feliz, etc. Habia una soberbia estátua del sol, que los romanos reverenciaban estraordinariamente; no sirvió esto, sin embargo, para que el mónstruo no la profanase, como lo verificó mandando que la quitasen la cabeza y pusiesen la que representaba la suya, con esta inscripcion: *Cómodo vencedor de mil gladiadores*. Adiestrado por los partos y los moros en el manejo de la flecha y del dardo, tenia un tino tan certero que allí donde ponia el ojo clavaba el arma; de suerte que, pocos hombres habria mas hábiles que él en dicho arte, en el cual estaba sumamente práctico, pues siempre tenia á su disposicion fieras en que ensayarse. Dícese que, viéndose un hombre á punto de ser despedazado por una pantera que ya le tenia entre sus garras, Cómodo disparó una flecha con tal fuerza, que el fiero animal quedó sin vista en el acto, y sin lesion alguna la amenazada víctima. Fecundo fué en iniquidades el reinado de Cómodo, pero breve la vida de este por fortuna, pues no contaba mas que treinta y un años cuando envenenado al salir de un baño por una de sus concubinas llamada Marcia, terminó su existencia. Despues de su muerte, Sentimio Severo quiso que se le colocase en el número de los dioses. Las medallas del emperador Cómodo son bastante comunes, y en ellas aparece de hermosa y gallarda presencia, aunque su rostro revela la fiereza del alma; tambien hay algunas que se cree sean de la misma concubina que le envenenó, y en honor de quien Cómodo habia querido que se llamara *Amazoniano* al mes de diciembre, porque aquella vestia á menudo el traje de amazona; así como dió los nombres de *Cómodo* y *Hércules, invicto y triunfante*, á setiembre, octubre y noviembre.

CONCINO CONCINI (N.). Nació en Florencia, y fué su padre Bartolomé Concino, que desde simple escribano llegó á ser secretario de Estado. Es mas conocido N. Concino Concini con el nombre de mariscal de Ancre. Cuando María de Médicis, esposa de Enrique IV, pasó á Francia (1600), Concino fué en su compañía, y protegido por aquella princesa, su compatriota, obtuvo sucesivamente el nombramiento de gentil-hombre de la real cámara, el título de marques de Ancre, comprado por él, el gobierno de Normandía, y el empleo de mariscal de Francia. Debió tan rápida y escandalosa fortuna, no á sus talentos, que no salian de la esfera comun, sino al favor de su mujer Leonora Galigay, hija de la nodriza de María de Médicis, que poseia toda la confianza de esta. Cierto es que la mayor parte de estos empleos ó títulos no los obtuvo hasta despues de la muerte de Enrique el Grande, los hubiera conservado, no obstante, el advenedizo italiano, á no haber abusado escandalosamente del nuevo monarca, así como tambien de la paciencia del pueblo, á quien se hizo odioso por mil arbitrariedades á su influencia atribuidas con justicia. Unidas estas causas á su improvisado encumbramiento, y á los celos que su privanza inspiraba á los principales señores del reino, se formó un poderoso partido contra él, que le amenazaba con una desastrosa ruina. El osado ministro habia sabido reunir una fortuna opulenta, cuya legal procedencia se dudaba, ó en la cual, por mejor decir,

no se creia; pero con cuyo auxilio levantó á sus espensas un ejército de siete mil hombres, prometiéndose, no solo mantener á raya á los descontentos, y aun destruirlos en caso necesario, sino ejercer la régia autoridad en nombre de su jóven soberano y de una reina débil. Su esposa, Leonora Galigay, abusaba no menos que él de la confianza que la dispensaban los reyes, y de esta manera ya se consideraban invencibles. Pero todos estos planes se desvanecieron como el humo, porque existia un rival con quien Concino no habia contado, y era Luines, favorito de Luis XIII, que deseando reinar solo en el ánimo del monarca, precipitó con sus consejos la ruina del intrigante italiano. Dióse por Luis la órden de arresto, de cuya ejecucion iba encargado Vitri; pero resistiéndose Concino á entregarle su espada, Vitri mandó matarle sobre el puente levadizo del Louvre, en abril de 1617. Y luego fué enterrado sin ceremonia alguna; pero el populacho, que siempre habia mirado á Concino como causa de males sin cuento, desenterró el cadáver y ejecutó su venganza, arrastrándolo por las calles, entre salvajes ahullidos, colgándolo por los piés en una de las horcas que el audaz estranjero habia mandado levantar para los que incurriesen en el grave delito de hablar mal de él; en seguida lo apedrearon y descuartizaron. No paró aquí el furor de los enemigos de Concino, es decir, los amotinados, porque enemigo lo era todo el pueblo, sino que cada cual deseaba poseer alguno de los restos del *judío escomulgado*, como le llamaban. Segun la relacion de varios historiadores, las orejas de Concino fueron compradas á gran precio, sus entrañas arrojadas al Sena, y los demas restos quemados en el mismo lugar de su muerte, ante la estátua de Enrique IV, siendo luego vendidas sus cenizas á cinco reales la onza. Increibles parecen las atrocidades que con el profanado cadáver se ejecutaron, y para poner término á tan triste narracion, dirémos únicamente que hubo un hombre de ferocidad tan estremada, que arrancándole el corazon, lo coció y se lo comió públicamente. Una venganza tan atroz parecia que debia haber dejado satisfecha la vindicta pública, pero no fué así, sino que el Parlamento de Paris, ademas de proceder contra la memoria de Concino, lo cual no era ciertamente estraño, sino hasta conveniente y necesario, condenó á muerte á Leonora, su mujer, y declaró á su hijo incapaz de obtener empleos públicos. Leonora Galigay fué quemada como hechicera, y se dice que preguntándola uno de los jueces que de qué sortilegios habia usado para hechizar á la reina, respondió con el orgullo del talento: *Mi sortilegio ha sido el poder que las almas fuertes deben ejercer sobre los espíritus débiles.* Registrada la casa de Concino, se encontraron en ella enormes sumas de dinero en varias inscripciones.

CONDAMINE (Cárlos María de la). Nació en Paris en 1701, y retirado del servicio militar por tener mas inclinacion á las ciencias, á cuyos adelantos, como es sabido, contribuyó mucho con sus luces, emprendió varios viajes por el Mediterráneo, las costas de Africa y Asia, el Perú y algunos de los principales paises de Europa. Los amantes de las letras saben cuánta actividad, cuánto interes, qué celo y qué conocimientos demostró en la comision que le fué confiada para determinar la figura de la tierra, así como en las demas empresas científicas en que tomó parte; por lo tanto escusado es que nos detengamos mas en hacer su elogio. El papa Benedicto XIV le dió una prueba de lo mucho en que apreciaba sus talentos, regalándole su retrato poco despues de regresar aquel sábio á su patria, y concediéndole la dispensa para casarse con una sobrina suya, jóven de quince años de edad, que fué el ángel que le consoló en todas las amarguras de su vida, amenazada continuamente por los numerosos achaques

que iban minando su salud. Despues de Roma visitó la Condamine otros Estados de Italia, con el deseo de instruirse mas y mas, y de hacer observaciones que no han sido estériles para las ciencias. Entre otras anécdotas que se refieren del filósofo frances que nos ocupa, mencionarémos una que, al paso que hace honor á su juiciosa despreocupacion, pinta el espíritu fanático que reinaba en Italia, que fué en donde se verificó. Hallábase la Condamine en un pueblo inmediato al mar, y en una de sus visitas científicas entró en una iglesia, en la cual le enseñaron, como una curiosidad prodigiosa, un cirio que ardia perennemente, como el fuego sagrado de las antiguas vestales, y que si llegaba á apagarse, el pueblo, segun le dijeron, seria al punto tragado por las olas. La Condamine, disimulando lo que proyectaba, preguntó al capellan, que era el narrador de la inocente tradicion:—«¿Estais cierto de eso?—El capellan le contestó afirmativamente.—Pues bien, replicó el filósofo, vamos á verlo,» y diciendo estás palabras, apagó de un soplo el cirio. El mar no tragó á la iglesia, pero el populacho hubiera devorado al sábio á poderle coger, si este no hubiera huido de su fanática saña, que le persiguió hasta perderle de vista. Cítase tambien su muerte como un efecto, en cierto modo, de un acto análogo de curiosidad. Sus tenaces dolencias se agravaron á tal punto, cuando regresó del viaje que hizo á Inglaterra, que se veia imposibilitado de asistir á la academia, aunque no por ello dejaba de trabajar en su casa; pero llegó á su noticia que un cirujano habia inventado una operacion atrevida, precisamente sobre uno de los males que mas le molestaban, y sin atender á los riesgos á que iba á esponerse, mandó llamar á aquel profesor, con ánimo de someterse al ensayo del invento. El facultativo le dijo:—«¿Y si tengo la desgracia de «no acertar?—¿Eso no es cuenta vues«tra, le respondió la Condamine, ya «lo veis; yo soy viejo y achacoso; si «no acertais, direis ó se dirá que la na«turaleza no os ha ayudado, y si, por «el contrario, me curais, yo mismo lo «comunicaré á la Academia, y habreis «hecho vuestra reputacion.» De nada sirvieron las reflexiones que nuevamente le hizo el jóven cirujano, quien al fin hubo de decidirse á operarle. La Condamine resistia con admirable valor los crueles dolores que le causaba la operacion, y no satisfecho todavía con esta prueba de serenidad, quiso enterarse por sí mismo de todos los detalles, diciendo al facultativo: «Id po«co á poco, amigo, y permitid que me «entere viéndolo, pues de lo contrario «no podré dar cuenta á la Academia.» Las consecuencias de tan dolorosa operacion acarrearon la muerte del sábio en 1774. Fué la Condamine caballero de San Lázaro, miembro de la Academia francesa, de la de ciencias de Paris, de las reales de Lóndres, Berlin, San Petersburgo y Nanci, y del Instituto de Bolonia. El ameno trato de la Condamine, ademas de sus grandes talentos, le granjeó el aprecio, así de los sábios, como de los ignorantes, pues sabria sazonar todas sus conversaciones con anécdotas y chistes que revelaban su delicado ingenio. Sus obras son las siguientes: *Relacion compendiada de un viaje á lo interior de la América meridional.—La figura de la tierra determinada por las observaciones de la Condamine y de Bouger.—Medida de los tres primeros grados del meridiano en el hemisferio austral.—Viaje hecho de órden del rey de Francia al Ecuador, con un suplemento en dos partes*, seguido de la *Historia de las pirámides de Quito.—Diversas memorias sobre la inoculacion.—Versos de tertulia*, coleccion de poesías en su mayor parte ingeniosas y satíricas, y en la cual están comprendidas la *Disputa de las armas de Aquiles*, la *Epístola de un anciano*, *etc.*

CONDÉ (Luis II de Borbon, príncipe de), duque de Enghien, llamado el *Grande*. Nació en Paris en setiembre.

de 1621, y fué hijo de Enrique II de Borbon, príncipe de Condé, y de Carlota Margarita de Montmorency. Es tenido por uno de los mejores generales de Europa. A su ilustre nacimiento reunia todas cuantas prendas constituyen un militar consumado, de manera que, á poco de salir del colegio de jesuitas de Burgos, en donde siguió sus estudios, se vió en disposicion de dar á conocer aquellas, dedicándose á la carrera de las armas, en donde varios de sus antecesores habian conquistado gloriosos laureles con sus hazañas. A los veintidos años de edad dió la famosa batalla de Rocroi. Sabido es que en aquel tiempo se miraba á los soldados españoles como los mejores del mundo, y especialmente á la infantería; esta circunstancia dió doble valor al triunfo causado por Condé contra tan terribles enemigos en la citada batalla, mucho mas, si se considera que su consejo se habia opuesto á ella, conceptuándola arriesgadísima para la causa de Francia. No menos brilló su valor en la espedicion que hizo poco despues á Inglaterra, en donde las tropas francesas habian sufrido varios reveses, no obstante de pelear bajo el mando de Turena, otro de los mas célebres capitanes de aquella época. El prestigio que acompañaba al nombre de Condé, recientemente ilustrado en Rocroi, la juventud, la noble presencia, la actividad y el génio del intrépido general, reanimaron el abatido espíritu del soldado, que desde aquel momento mismo combatió con nuevo ardimiento, en términos de recuperar lo anteriormente perdido, sacando victoriosas las banderas de Francia. Verdad es que Condé no perdonaba diligencia, ni fatiga alguna para inspirar á sus subordinados el amor á la subordinacion y á la disciplina, los sentimientos de que él se hallaba poseido, y la intrepidez de que él mismo daba ejemplo con hechos que se grababan indeleblemente en la memoria del soldado que le idolatraba. Desalentadas ó descontentas sus tropas bajo los muros de Friburgo, el jóven príncipe arrojó su baston á las trincheras enemigas, y parece que en seguida se adelantó á recogerle seguido de sus soldados, que al presenciar tal acto de intrepidez no quisieron dar muestras de cobardía. La brillante victoria de Nortlinguen y la toma de Dunkerque, acabaron de consolidar la alta reputacion que desde sus primeros pasos en la milicia habia adquirido por sus méritos. Tanta gloria no podia menos de despertar los celos de sus rivales ó enemigos, que trabajaban secretamente en la corte para separarle de aquellos soldados que bajo sus órdenes habian hecho prodigios de valor; al cabo lograron su torcido intento, y Condé pasó á Cataluña, sufriendo por vez primera una gran derrota bajo los muros de la heróica Lérida. Mas feliz fué en Flándes, pues ademas de vencer en Leus al archiduque Leopoldo en 20 de agosto de 1648, decidió con la poderosa influencia que le daban sus eminentes servicios la conclusion de la paz con Alemania. El cardenal Mazarino, que entonces se hallaba al frente de los negocios en Francia, habia suscitado con algunos de sus actos, el descontento de muchas de las personas mas importantes del pais, y con este motivo no faltaba á los grandes materia para la censura. Uno de los que mas públicamente manifestaron su oposicion al cardenál ministro fué Condé; pero convenia al astuto italiano que aquella oposicion no pasara mas adelante, porque podria hacerle vacilar en su elevado puesto si cundia, y mucho mas apoyada por quien, como Condé, tanto valia y con tanta fuerza contaba. Apenas se vió en libertad, se puso al frente del ejército protestante, faltando por primera vez á lo que debia á la patria y á sí propio, en fuerza del despecho y venganza que le animaban contra Mazarino. Las tropas reales estaban mandadas por Turena, y encontrándose en Paris los dos ejércitos, el de Condé quedó vencido, como si el cielo hubiese querido castigar una deslealtad que nada favorecia á

tan distinguido príncipe, quien no hallando otro medio de salvarse del castigo que le amenazaba, se pasó á los españoles, siendo perseguido tambien entonces por su mala estrella. En 1660 se firmó la paz llamada de los Pirineos, y con este motivo Condé volvió al camino del honor de que se habia separado, sirviendo en adelante á su soberano, así en el Franco-Condado, como en Holanda, con el acreditado valor y la buena fortuna que antes de su falta le habia acompañado. La última batalla en que se halló fué la de Senef, y en ella se condujo como un verdadero héroe, hasta que atormentado por los ataques de gota, murió en Fontainebleau en diciembre de 1686, como buen católico y con el valor de un escelente soldado. Seria largo de referir todo lo que contribuyó á eternizar la fama de Condé, cuyos hechos le merecieron de sus contemporáneos el sobrenombre de *Grande*, que la posteridad le conservará siempre con justicia. Entre otros eminentes oradores que hicieron su elogio fúnebre, se cuenta á Bossuet, y este elogio es considerado como una de las obras clásicas de literatura. Escribieron la interesante historia de Condé, Turpin en los tomos 24 y 25 de las *Vidas de los hombres ilustres de Francia*, y Luis José de Borbon, cuarto descendiente de Luis, con el modesto título de *Bosquejo histórico de la vida del gran Condé.*

FIN DEL TOMO PRIMERO.

